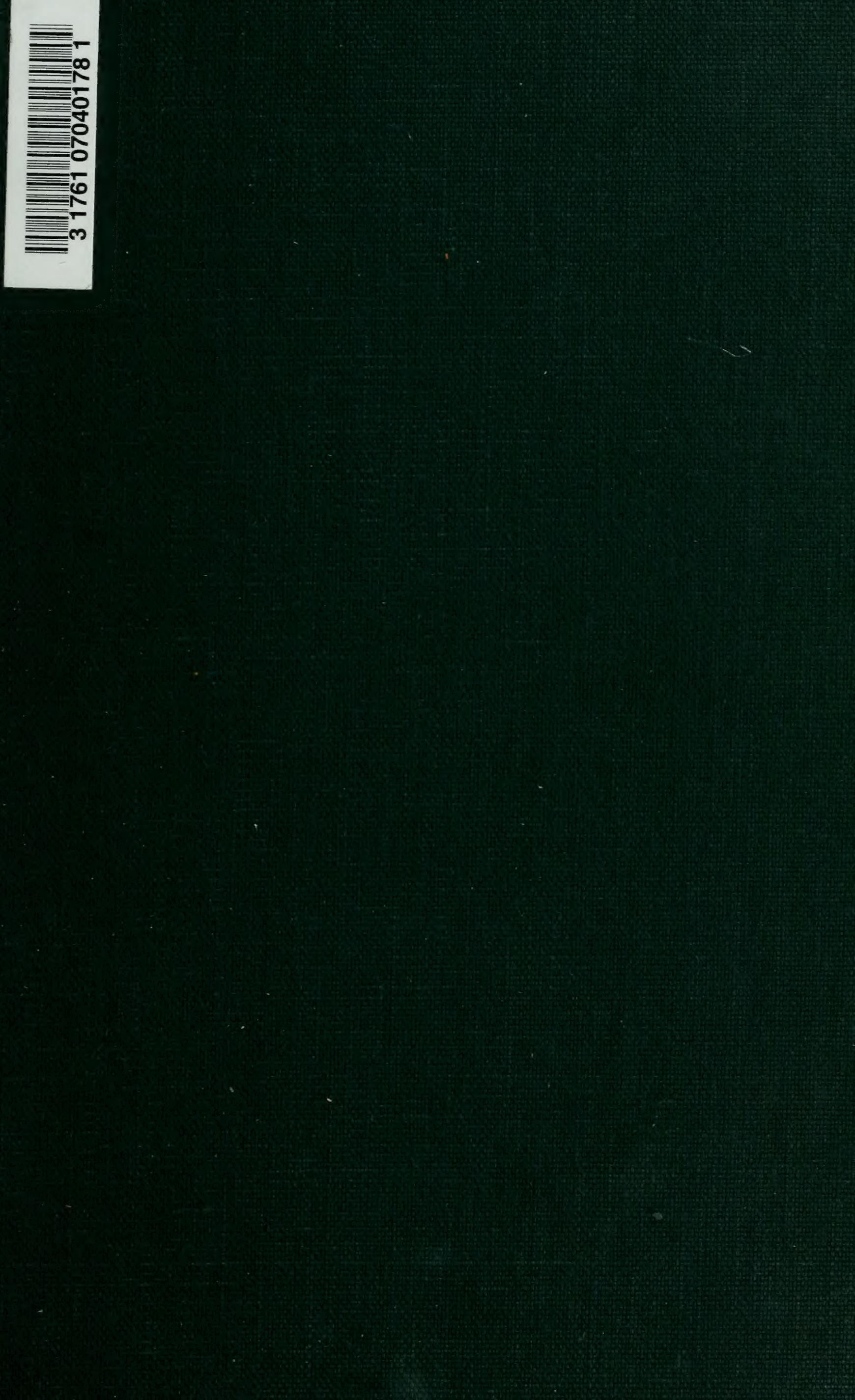

3 1761 07040178 1


HISTORIA de las
MISIONES CATÓLICAS,
por el BARON HENRION
DEDICADA AL
CARDENAL
BONALD
Vᵗ Beaucé del.
E. GUILLAUMOT. SC.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

I.



VIAGE PINTORESCO A LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATOLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ORDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LAZARO; COMENDADOR DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE; AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO REFERENTE A ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES

TOMO PRIMERO

PRIMERA SERIE

BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.

PREMIADO POR S. M. [illegible]

ESCUDILLERS, NUM. 57

1863

PRÓLOGO DE LOS EDITORES.

He aquí una obra de provechosa enseñanza, de vasta erudicion, de importancia suma, y de utilidad inmensa, como todas las que se inspiran en el espíritu religioso, orígen inagotable y divino, que desde los dias del pueblo hebreo hasta los nuestros, ha creado esa pléyade, mas numerosa que las estrellas del cielo, de santos mártires, confesores y escritores ilustres. Ese espíritu, unido á la sabiduría del Hombre-Dios, fué del que se inspiraron esos Padres de la Iglesia, así griega como latina, esos genios gigantescos, de corazon ardiente y de imaginacion oriental, aparecidos providencialmente como faros luminosos de ciencia, de fervor y caridad, en medio del abatimiento mas vergonzoso de los espíritus, en un imperio gobernado por eunucos, é invadido luego por los bárbaros.

¿Qué doctrina, sino la del Evangelio, enseñó á un Atanasio á soportar con mansedumbre los destierros y persecuciones de sus enemigos, y á resistir las iras de Constancio? ¿Quién dá el poder divino á su palabra y escritos, para que, desde las vastas soledades del Egipto, sin que el *simoun* los lleve, ni la abrasadora arena los borre, se esparzan y lleguen hasta los confines del Oriente; dando aliento á los caidos, fé á los cristianos, y espanto á sus perseguidores?

¿Qué musa prestó sus armonías al grande S. Basilio y rodeó de poéticos encantos la austeridad de su vida? ¿Quién le inspiró aquella regla, la mas sábia entre todas las constituciones, y le dotó de aquella elocuencia enérgica, apasionada y conmovedora, en favor del indigente? ¿Quién, sino el espíritu religioso, le hizo comprender y enseñar que la igualdad social existe únicamente en la caridad cristiana?

¿Quién dió aquella elocuencia ardiente y semidivina al Nazianzeno. ¿Quién pudo influir en el corazon de un Crisóstomo, para esponer á la faz de cristianos, paganos y judíos, y en medio de la sábia y voluptuosa Antioquía, los deberes de la moral mas rígida, y para atacar con varonil esfuerzo los vicios de su pueblo, y en ella como en la corrompida Bizancio la molicie y el fausto de los grandes, la licencia de las mugeres y el orgullo de los filósofos?

San Ambrosio, cuyos lábios destilaban miel, ¿en nombre de qué principio y con qué superior fuerza defendió la Basílica Portia, y prohibió en ella la entrada al poderoso conquistador Teodosio, al ver su púrpura cubierta con la sangre de súbditos inocentes?

¿Quién dió la verdadera ciencia á S. Agustin; quién desarrolló ese genio vastísimo que todo lo abarca, y que, á pesar del transcurso de los siglos, llega hasta nosotros, llenándonos de asombro?

No fué por cierto el mundo profano, que en su tiempo llegó al colmo del envilecimiento y de la degradacion, el que le prestó sabiduria: lo fué, sí, una religion que proscribe la esclavitud y devuelve al hombre su dignidad y libertad perdidas; lo fué, una religion que pasó desde las catacumbas al trono de los Césares; lo fué, en fin, el cristianismo, asistiendo á la agonía del Imperio; el cristianismo, transformando completamente la sociedad, suavizando y amoldando á sus leyes y doctrinas, la doctrina y las leyes de los bárbaros; el cristianismo, consuelo de todos los dolores, solucion de todos los problemas, fuente de toda vida, y que, á la igualdad estéril ante la ley, añade la fraternidad del corazon, y dá los tesoros de la caridad a la plebe hambrienta y menesterosa. Hé aquí el elevado objeto que alimentó la mente del sábio de Hippona, y que le dió aquel talento de concentracion profunda y sentimental, de concepcion sublime y de dulces fruiciones, que solo esperimenta el que con amor puro é ideal solo quiere reinar entre los espíritus.

Citadnos otros nombres que llenen con mas justicia tan brillantes páginas en la historia religiosa, y con decir religiosa, se entiende la historia de la civilizacion. Citadnos reputaciones mas universalmente estendidas y admiradas, consagradas por el juicio inapelable y desapasionado de la sucesion de los tiempos. La gloria de los sábios, el valor de los guerreros y la fama de los conquistadores, se eclipsan ante la de estas columnas firmisimas de la Iglesia; y es porque la verdad religiosa tiene un interés mas general, mas inmediato y de un órden superior á todos los intereses creados.

Pues ahora bien: entre los diversos medios humanos de que la Providencia se vale para aumentar y difundir el conocimiento de nuestra religion augusta, las misiones católicas son sin duda el mas eficaz, á la par que el mas penoso y meritorio. Ellas hacen mas perceptible el carácter universal del catolicismo con las poderosas fuerzas de la caridad en las regiones pobladas por la ignorancia y la barbárie, infiltrándose como los raudales cristalinos en las profundidades de la tierra; ellas, con sus incesantes tareas, con sus sacrificios, y hasta con el martirio, ilustran y santifican al mundo, aumentando la poblacion de la celeste morada. ¡Ah! seguid con los ojos del alma, ya que no podeis acompañarles, porque os rendiria el cansancio y la fatiga; seguid en sus largos viages, al través de los mares, ó por los desiertos que no ha hollado planta humana, á esos infatigables misioneros, á quienes no detienen en su marcha bienhechora los rigores de las estaciones y los climas, lo largo y áspero de los caminos, la evidencia del peligro, ni la multiplicidad de los obstáculos. Vedlos esparcidos por toda la haz de la tierra, en las vastas soledades y sombrios bosques de América, en las mortíferas costas ó abrasados arenales del Africa, en las inmensas sabanas del Asia y en los desconocidos paises de la Oceania; ved el órden y la táctica de ese ejército del amor divino, de esas invencibles cohortes de la caridad cristiana. El primero que en ellas se distingue, es el sacerdote como padre y legislador de la humanidad; lleva la cruz por única bandera, como signo de la redencion, y como árbol precioso, bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos. Siendo su esclusivo objeto el alma del hombre, y no pudiendo esta conquistarse con la fuerza ni sujetarse con grillos ni cadenas, no tiene otras armas para conseguir la victoria, que las de atraccion, de afecto, de ciencia, de mansedumbre, de sufrimiento y de persuacion; como su principal objeto es el religioso, su vida es una continua lucha encontrandose frente á frente, y á cada paso, con creencias absurdas, errores inveterados y abominables prácticas; como los bienes materiales son el objeto secundario, el mismo sacerdote se convierte luego en agricultor, que rompe con el arado las entrañas de un suelo virgen; en operario, que construye, antes que la choza, el altar, antes que su propia morada, la iglesia. ¡Oh! ¡qué superiores son, ó mejor dicho, qué punto de comparacion tienen bajo el aspecto religioso y social las mal llamadas misiones

protestantes con las verdaderamente católicas! Nótase desde luego en estas el espíritu de santidad que las guia; precédelas siempre la Cruz; y esta no es un signo que halaga los sentidos, es un instrumento de martirio y de muerte, es la imágen de un suplicio. Las misiones católicas no transigen con prácticas ni creencias opuestas á nuestra religion santa; las misiones católicas no fundan factorías, sino que levantan templos á Dios, como otros tantos castillos para combatir el error; no se crean amigos con la tolerancia, sino enemigos con el consejo, ó hermanos con la correccion y el ejemplo; las misiones católicas no temen el enojo de la soberbia, ni los brutales instintos de la barbárie; las misiones católicas, como avanzadas religiosas, solo viven y alientan con el peligro, penalidades y tribulaciones; cánsales el reposo, y apenas han convertido á un pueblo, cuando le dejan regido por una constitucion regular y duradera, y buscan luego espacios nuevos y desconocidos á sus interesantes empresas; diríase que temen con el descanso quedar demasiado adheridas á la tierra, y procuran llegar pronto al término de este mundo, como principio dichoso del cielo.

Tanto heroismo, tanto desinterés terrenal, tanta abnegacion y sacrificio, tanta sangre derramada, y tanta verdadera ilustracion difundida, forman el cuadro de la presente historia, rica en hechos prodigiosos, y hasta novelescos en su verdad misma; tierna, grave, de variedad suma é importante bajo todos conceptos; que, mas que *Historia de las Misiones*, debiera llamarse historia de la humanidad ó de la civilizacion de los pueblos. Tal es la que, con copiosa erudicion, amenidad y elegante estilo, ha escrito el baron de Henrion, y la misma que aumentada é ilustrada con nuevos datos y observaciones, hemos vertido á nuestro idioma, para fomento de la religiosa piedad, á la par que como medio de ilustracion y recreo.

Encarecer el mérito de este trabajo fuera inútil, cuando es tan conocido su autor, y tanto se ha acreditado en otras producciones, ya notorias en nuestro pais, y que en él han merecido la mas favorable acogida.

Pero si bien la publicacion en nuestro idioma de la *Historia de las Misiones*, y la idea de popularizar y poner al alcance de todos, los triunfos de nuestra religion santa, y los heróicos sacrificios de los adalides de la fé, son y serán siempre agradables y provechosos á todas las clases de la sociedad, que encontrarán unida á aquella la instruccion mas variada y fecunda ¿qué dirémos de la oportunidad con que sale á la estampa en la época presente? Hoy, que la indiferencia religiosa viene á secar en el corazon del hombre los gérmenes del bien y las mas nobles aspiraciones del alma; hoy, que el grosero materialismo que nos circuye, destruyendo las fuerzas intelectuales con asuntos poco elevados, las enerva y esteriliza para los mas importantes y dignos objetos para que fuímos criados; en este período ingrato, que si no desconoce, olvida los legados de la historia; en esta era revolucionaria, que pone sus manos en las mas santas instituciones, que quebranta las leyes y conculca los mas constituidos derechos; en esta época en que tenemos que oir, por desgracia, defensas y elocuentes apologías de principios que nunca debieron ser atacados; en esta época, ahora repetimos, como antídoto y correctivo de semejantes ideas, juzgamos mas que nunca oportuna la publicacion de las Misiones. Refresquen su memoria, ó si no, revuelvan los anales, los que han olvidado ó desconocen el principio religioso, y háganle la justicia que tan dignamente se merece. No pedimos mas. ¿Pero pedimos demasiado? ¿será nuestra súplica voz perdida en el desierto? No; no somos los únicos que volvemos por los fueros de la verdad. Podrá esta oscurecerse por algun tiempo; pero el triunfo á la larga es suyo. Por providencial designio sale la vindicacion de la boca de los mismos hombres del mundo. Entre el tumulto de las luchas de los partidos, entre el goce y embriaguez de los intereses mundanales, se alza la voz severa de la verdad con las formas de la mas elevada elocuencia. Un hombre político ha dicho: «Todo cuanto nace y crece, y res-

« plandece y dura, y queda en la historia, hasta el siglo XVI, tiene el principio religioso por « generador y a la Iglesia cristiana por madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes « obras de la paz, todas las colosales empresas de la literatura, todas las maravillas de las ar- « tes, todos los descubrimientos en la ciencia, y todos los progresos y adelantos de la legis- « lacion, de la enseñanza y de la política.... » Pues bien, leed la *Historia de las Misiones*, y sabreis la parte que les toca en esa larga y prodigiosa elaboracion, en esa regeneracion social. Leed y meditad sus interesantes páginas: y si no conoceis individualmente á esos soldados de la fé, á esos mártires de la caridad cristiana, destinados á abrir senderos transitables en este valle de lágrimas, haciéndole fructífero con su sangre, relegando su existencia y terminándola en paises los mas apartados del lugar que los vió nacer, conocereis colectivamente esa milicia celestial que dilata todos los dias los horizontes del mundo civilizado, y que ansiosa de otra patria, término de su terrena peregrinacion, redime con sus trabajos las fragilidades de la vida, comprando con el olvido de los hombres la sola gloria de un Dios. Abrid el libro y leed; si sois hombres de corazon, sentid y llorad; si sois hombres de pensamiento, estudiad, aprended, aprovechaos; si sois superficiales, y no buscais mas que un honesto recreo, tambien lo encontrareis en esta obra, que lo abraza todo. La fotografía y el grabado, con sus adelantos y prodigiosos esfuerzos, contribuirán por su parte á haceros mas amena su lectura. Ellos ilustran en exactos y completos cuadros los pasages mas interesantes del texto, os ofrecen copias y exactas vistas de paisages, ciudades, monumentos y antigüedades de las cinco partes del mundo, y por medio de las cartas geográficas y derroteros, os trazan el camino y las ásperas y dilatadas sendas y distancias, que, regadas las mas veces con su sangre, han recorrido paso á paso los apóstoles del Crucificado; y por último, para perpetuar su memoria, y trasparentar, por decirlo así, en sus rasgos fisionómicos el alma y caridad ardiente que animó á aquellos héroes del cristianismo, numerosos retratos auténticos de los misioneros mas notables, así como de otros personages insignes, completan el ornamento de esta publicacion, que bajo todos aspectos ha sido considerada por todas las naciones europeas, como uno de los monumentos literario-religiosos que mas han descollado en el siglo XIX. Todas le han apadrinado, todas le han vertido en su respectivo idioma. España no debia quedarse atrás en popularizar esa obra, y la hemos llevado á cabo, sin que nos arredráran los obstáculos y sin escasear sacrificios.

AL EMINENTÍSIMO

SEÑOR CARDENAL DE BONALD,

ARZOBISPO DE LYON.

MONSEÑOR:

«Cuando á la voz de la sabiduría eterna salió el mundo cristiano de las espesas nubes en que le envolvia la antigua ley, la palabra que le hizo surgir del seno de estas oscuridades, fué una palabra de Caridad y un precepto de amor: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (Matth., xix, 9.) El corazon del hombre regenerado, esa admirable creacion del poder y de la misericordia de un Dios, llegó á ser desde ese momento *aquella tierra nueva y aquel cielo nuevo* de que hablan los profetas. Inundado por todas partes de raudales de una luz sobrenatural, y consumido hasta en sus mas delicadas fibras por los ardores de un fuego casi desconocido, nada vió alrededor de sí mas que hermanos queridos, no aspiró á otra felicidad que á consolarlos y nutrirlos, aun á espensas de su vida; y si hacía algun voto en favor del prójimo, ese voto no se limitaba á los goces de un solo dia, sino que, por un impulso mucho mas noble, se elevaba hasta la felicidad que no pueden alcanzar ni el tiempo, ni las pasiones. El Redentor habia inspirado un soplo de vida sobre esta imágen de Dios; y ese soplo creador le infundió la compasion hácia el desgraciado, la solicitud heróica en favor de los intereses de la humanidad, la abnegacion de sí mismo la mas pródiga beneficencia y el mayor celo por la salvacion.

«Desde entonces, la Caridad, *recorriendo sus caminos con pasos de gigante* (Act. XVII, 28), esparce sus maravillas á manos llenas. Preguntadle, qué es lo que la mueve y la preocupa, y ella os mostrará, sentados á la sombra de la muerte, á esos pueblos numerosos que pasan sus tristes años sumergidos en los horrores de la barbarie, y á quienes bastaria un rayo de verdad para transformarlos en prodigios de sabiduría, de virtud y santidad; rayo divino que la Caridad quiere hacer brillar sobre todos los séres infortunados, transformacion dichosa por cuya realizacion se agita en vehementísimos deseos. Sondead sus mas reservados designios, y ella señalará á vuestros ojos asombrados el vasto plan de sus conquistas, y trazará con mano firme y vigorosa el itinerario de sus viages apostólicos. A nada menos aspira, que á arrojar la superstición de los tronos que se le han erigido en las orillas del Ganges y en el *celeste Imperio*, y siguiendo, desde estos territorios ya sometidos á Jesucristo, su marcha triunfal por los desiertos de la Tartaria, quiere penetrar en las regiones septentrionales de Europa, para atacar frente á frente al cisma y á la heregía. Despues de haber restablecido la unidad victoriosa en esos reinos, desgarrados por tantos y tan diversos errores, penetrará, sin entregarse al descanso, en las tribus de los negros del África y les anunciará al Redentor, que ha roto las cadenas de la esclavitud y proclamado en la tierra la libertad de los hijos de Dios.

«Ni aun en estas playas abrasadoras agotará todo el ardor que la devora. Sedienta siempre de la salvacion de las almas, vogará la Caridad, bajo el pabellon de la Cruz, dirigiendo su marcha hácia los bosques del Nuevo Mundo, donde la esperan nuevos y no menos gloriosos triunfos: y despues de haber difundido la semilla de la divina palabra sobre las montañas y las orillas de los lagos, desde el pais de los Esquimales á la Tierra de Fuego, medirá con un ojo santamente codicioso el espacio que separa á la América de la Oceanía, y con la rapidez del rayo volará á los archipiélagos de esa quinta parte del mundo, para hacer de un pueblo de caníbales un pueblo de santos. La mision de la Caridad no podria ser comprendida por todas las inteligencias, y su paso sobre la tierra no seria tan bien acogido por las almas agobiadas con el peso de los cuidados del mundo, si no apareciera en medio de las naciones, mas que para hablarlas de los intereses del cielo y para despertar solamente en los corazones el deseo de las cosas que no se ven. Pero no debemos olvidar que ella es eminentemente bienhechora y que quiere que *todos los bienes vengan con ella* (Sap., VII, 11.)

«Se consagrará sin duda y ante todo, á tratar del importante negocio de la sal-

vacion; pero depositando siempre un gérmen de civilizacion, allí donde ha levantado su enseña religiosa. La civilizacion por la fé: tal es el fin de sus esfuerzos, de sus viages, de sus fatigas y de sus martirios.

«Si cubre á las almas despojadas de la gracia con los vestidos de la justicia y de la inocencia, tambien cubre al mismo tiempo el desnudo cuerpo del salvaje, á quien instruye, con el manto, que ocultando su vergüenza, le enseña á respetarse á sí mismo. Si se espatría para ofrecer al infiel el pan de la inteligencia, tambien enseñará á sus manos á trazar los surcos de que han de brotar para su familia la abundancia y las riquezas, y á amasar con aquellas ese pan material, que debe alimentar su vida. Si instruye al hijo del desierto para que dentro de sí mismo levante un templo al Espíritu-Santo, tambien le dá lecciones para que construya el techo que le ponga á cubierto de la intemperie de las estaciones y le permita entregarse con seguridad al reposo de la noche: en una palabra, enseñar al hombre *á buscar el seno de Dios, dándole todo lo demás en creces* (Matth., VI, 33), es decir, la poca felicidad de que podemos disfrutar en la tierra, y la industria necesaria para atender á sus necesidades, hé aquí la mision de la Caridad en este mundo y la obra que se ha encargado realizar, esparciendo por todo el universo el divino fuego que Jesucristo vino á encender sobre la tierra (Luc., XII, 49).

«Por estos rasgos, con que hemos intentado delinear la caridad cristiana y sacerdotal, habreis reconocido la obra admirable de la propagacion de la fé. En ella está efectivamente personificada la Caridad.

«Objeto es de eterna admiracion cuanto hace en el mundo por la gloria de Dios y desenvolvimiento del misterio de la redencion de los hombres. Por sus conquistas, por sus victorias y sus mártires podemos considerarla como continuadora de la mision de Jesucristo sobre la tierra.

«Sus magníficos destinos, su hermosa participacion en la economía de la salud del género humano, le asignan un puesto muy elevado entre las obras del catolicismo, y la hacen en cierto modo tan necesaria para la religion, que el reino que sostenga esta institucion de vida y de fé, tiene derecho á esperar en cambio una señalada proteccion y especiales bendiciones, el dia en que invoque el brazo del Señor para defensa de su honor y de su existencia. Como en los tiempos en que el Dios de Israel hacia pactos con su pueblo escogido, parece que ha mediado una convencion entre el Redentor y el pueblo que se ha encargado de continuar con sus liberalidades y su celo, el trabajo de la redencion. Sea fiel nuestra patria á su vocacion, y Dios lo será tambien á sus promesas; que comprenda lo que puede por la Caridad, por la fé católica y por la

dicha del mundo, y la gloria de sus triunfos pasados no será sino un pálido reflejo de otra gloria mas sólida y efectiva, de esa gloria que los apóstoles alcanzaron, libertando á los pueblos con la Cruz, civilizándoles por medio de la Religion y haciéndolos pasar de las tinieblas á la luz con el auxilio de sus doctrinas.»

Meditando las hermosas palabras del edicto publicado por V. EMINENCIA en 1843, sobre la Obra de la propagacion de la fé, he comprendido, que como cristiano y francés, importa estimular el celo de todos los amantes del cristianismo y de la civilizacion en favor de la asociacion, cuya cuna es Lyon, la Roma de Francia. El mejor medio de interesar en el sosten y desarrollo de una obra, auxiliar tan útil de los misioneros, es presentar el cuadro de los beneficios debidos á las misiones católicas, y hé aquí porque he intentado trazar su historia. Dígnese V. EMINENCIA permitirme la publique bajo la proteccion de un nombre tan ilustre, con lo que tendré además la dicha, no solo de pagar un tributo de admiracion á la ciudad de Lyon, que ha visto nacer la Obra de la propagacion de la fé, cuyo pontífice sois; sino de rendir un público homenage al generoso interés, al esforzado celo, y al noble carácter que han suministrado tan hermosas páginas á los anales de la Iglesia.

Soy con la mas profunda veneracion y respetuoso reconocimiento,

MONSEÑOR,

DE VUESTRA EMINENCIA,

muy humilde y sumiso servidor,

BARON HENRION

AL LECTOR.

Existen relaciones particulares de diferentes misiones; pero la literatura no posee ninguna relacion general, que trate de todas, por el órden cronológico de sus progresos y en su magestuoso conjunto.

La historia general de la Iglesia abraza en su plan los trabajos apostólicos de los misioneros; pero la estension de este mismo plan no la permite hablar, mas que de una manera secundaria y reducida, y solo ofrece é indica su historia, dejando al lector el sentimiento de no poder contemplar este rico y hermoso cuadro en sus convenientes proporciones.

Hace mucho tiempo que los católicos deseaban ver lleno este vacío. Ya ha llegado el instante de satisfacer su anhelo, pareciéndonos que nunca podria publicarse una historia especial de las misiones con mas oportunidad que en la época, en que bajo el impulso de un soberano pontífice, que ha elegido por nombre papal el del fundador de la Propaganda, y que ha sido prefecto de esta congregacion, antes de ser sucesor de Gregorio XV, vemos multiplicarse los apóstoles de la fé católica de una manera tan consoladora, y llevar á los pueblos infieles la antorcha del cristianismo y de la civilizacion.

La oportunidad de esta publicacion, es aun mas perceptible á vista de los redoblados ataques de la falsa filosofía y de la concurrencia, aunque estéril, del protestantismo. A los sofistas, que no ven en la religion católica mas que una *forma envejecida*, les mostraremos la savia que en los paises mas lejanos, lo mismo que en nuestra Europa, hace brotar al árbol del cristianismo, verdes y robustas ramas, á cuya sombra se acogen las muchedumbres, y cuyos frutos de salud comunican á los pueblos la vida del alma y la de la inteligencia.

A los protestantes, que ven á la religion católica siguiendo con gloria la carrera de sus triunfos sobre la idolatría, les invitaremos á que nos digan, porqué las iglesias separadas carecen de fuerza y de energía, cuando la iglesia romana está dotada de una fecundidad tan prodigiosa.

Es muy digno de admiracion, que habiéndose publicado en nuestros dias tantas y tan bellas páginas sobre la civilizacion, no haya aparecido ninguna *Historia general de las Misiones*.

Los misioneros tienen por fin, procurar, no solo la felicidad eterna, sino la temporal de

los pueblos que evangelizan. Impulsados de un noble ardor por la cultura y desarrollo de las inteligencias, y abrasados en santo celo por la salvacion de las almas, arrancan á la barbarie á los infelices que se entregan á la superticion, civilizándolos, por lo mismo que los inician en el conocimiento del verdadero Dios, de los deberes del hombre para con su Criador, para consigo mismo y para con sus semejantes. La *Historia de las Misiones Católicas* no es propiamente mas, que la historia de la civilizacion de los pueblos infieles, por la fé.

Para presentar el cuadro de la propagacion de la fé y de la influencia ejercida por el cristianismo sobre la civilizacion de los pueblos, la era moderna, comenzando desde el siglo XIII nos servirá de punto de partida. La cristiandad estaba fuertemente constituida; y abiertas el África y el Ásia por las guerras santas á los cristianos de Europa, fueron los misioneros á admirar y á convertir á los infieles que las Cruzadas aun no habian podido dominar. La América se abrió tambien á su vez ante estos heraldos pacíficos de la religion, y despues de recorr rla, marchan en nuestros dias á plantar la Cruz sobre las playas mas distantes de la Oceanía.

Mr. de Chateaubriand ha dicho en su *Genio del Cristianismo*: «Regenerada ya la Europa, y viendo en ella estos predicadores de la fé una gran familia de hermanos, volvieron los ojos há ia aquellas rem tas regiones, en donde aun perecian tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos de compasion al ver esta degradacion del hombre, se sintieron con un deseo inmenso de derramar su sangre por la salvacion de aquellos pobres estrangeros. Los antiguos filósofos jamás abandonaron los jardines de la Academia, ni las delicias de Atenas, para ir, movidos por un impulso sublime, á humanizar los salvages, á instruir al ignorante, á curar á los enfermos, á vestir al pobre, y á sembrar la concordia y el pan entre pueblos enemigos; solo los religiosos cristianos han hecho esto y lo repiten todos los dias. Los mares, las borrascas, los hielos del polo, el fuego del trópico, nada les detiene. Viven con el esquimal en su cueva hecha con pieles de vaca marina; se nutren como el groelandés con aceite de ballena; recorren la soledad con el iroqués ó el tártaro; cabalgan en el dromedario del árabe ó siguen al cafre errante en sus abrasados desiertos; el chino, el japonés y el indio han llegado á ser neófitos suyos; no hay escollo en el Océano que haya podido escaparse á su celo, y falta tierra para su caridad, como antes faltaron reinos para las ambiciones de Alejandro.»

Cada mision tiene un carácter que le es propio, y los apóstoles de la fé, segun la diversidad de estas misiones, han seguido vias diferentes; vias de sencillez, vias de ciencia, vias de legislacion, vias de heroismo. Es justo motivo de orgullo para las naciones, á quienes pertenecen los misioneros, ver todos los años salir de su seno hombres que van á hacer brillar en las cinco partes del mundo los milagros de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor.

«Los que no creen en la religion de sus padres, añade Chateaubriand, confesarán á lo menos, que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvacion fuera de la cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios puede hacer la humanidad.

«Que un hombre, á la vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se esponga á la muerte por su patria, nada tiene de estraño: trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria; ilustra su familia, la adquiere honores y riquezas, y hace brillar su porvenir. Pero un pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero, que acaba sus dias con una muerte espantosa, sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; oscuro, menospreciado, tratado de loco, de necio y de fanático, y todo esto por dar una felicidad eterna á un salvage desconocido, ¿con qué nombre podrá distinguirse esta muerte, y tan estraño sacrificio?»

Por lo tanto establecemos la utilidad de la *Historia general de las Misiones*, considerándola: 1.°, como complemento de todas las historias de la Iglesia. — 2.°, como justificacion de la religion católica contra los ataques de la falsa filosofía y del protestantismo. — 3.°, como la mejor y mas terminante prueba de que el cristianismo es el mas seguro, ó mejor dicho, el único y verdadero conductor de la civilizacion de los pueblos.

En época como en la actual, en que abundan tantas y tan injustas prevenciones contra los institutos religiosos, conviene hacer resaltar su valor y utilidad, como demostracion perentoria de lo necesarias que son, é inestimables bienes que reportan semejantes asociaciones, principal núcleo y semillero de los obreros evangélicos. Dedíquense los hombres preocupados á leer en estas páginas, y verán lo que han sido y lo que han hecho los franciscanos, los dominicos y los jesuitas precursores de los hijos de S. Vicente de Paul y de otros fundadores de misiones estrangeras, y no tememos asegurar que cesarán sus preocupaciones, concibiendo en su lugar afectuosa admiracion en favor del misionero, que solo con su crucifijo y breviario, realiza para la felicidad de sus semejantes, cosas mas admirables de las que intentan con sus planes de civilizacion los individuos mas sábios de las academias científicas.

La *Historia general de las Misiones* será además útil bajo otro punto de vista; es decir, como escitacion á la piedad por el ejemplo de la sublime abnegacion de los misioneros, y ferviente religiosidad de los pueblos convertidos. La tibieza no podrá resistir á la influencia poderosa del celo y del heroismo de los apóstoles, unida al angélico fervor y docilidad de los neófitos. Semejantes cuadros despiertan la edificacion en el alma del lector, alentándole á perseverar con nuevos brios en la carrera de la vida cristiana.

Nuestra obra se remonta al orígen de cada mision, descubre sus progresos hasta el dia, y una vez que se la dé lugar en las bibliotecas cristianas, se tendrá en los *Anales de la propagacion de la fé* su continuacion permanente. Los elementos de este libro han sido tomados de las relaciones de los antiguos misioneros, de las historias particulares de muchas misiones, de las *Cartas edificantes*, y para los últimos tiempos, de los *Anales* publicados en Lyon, de los manuscritos que poseen las bibliotecas de Paris y de las cartas inéditas que debemos á la benevolencia con que se nos han ofrecido. Aunque formada de estos elementos, adquiridos en los orígenes mas auténticos, no es la obra que ofrecemos al público una reproduccion de las cartas de los misioneros; sino una narracion, para la que estas han servido de base, á fin de que recibiera una forma regular y la precision de una obra histórica.

Al mismo tiempo que edificar é instruir al lector, nos hemos propuesto interesarle bajo

otro punto de vista. Los detalles sobre la religion y las costumbres de los pueblos, á donde los misioneros han llevado la antorcha de la verdad, los relativos á la historia, situacion y producciones de los paises que han recorrido, abundan en este libro hasta tal punto, que al título de *Historia general de las Misiones* se le puede agregar como complemento, el de Historia general de los viages.

En efecto, no se trata de otra cosa, que de un viage hecho con la cruz en la mano, durante los seis ultimos siglos, en todos los puntos del globo en que reinaban las tinieblas de la infidelidad y de la idolatría.

Asi nos hemos propuesto reemplazar con esta, á esas publicaciones pintorescas, que han estado últimamente tan en boga, pero que presentando un alimento variado á la curiosidad del lector, no escaseaban con prudencia detalles de costumbres que deberian ocultar á la juventud, y que tenian además el inconveniente de chocar con la fé de los católicos.

Al contrario de aquellas obras, la nuestra utiliza los datos comunicados por los principales viageros, respetando siempre la religion y las costumbres. Hemos incluido en esta historia que se vá á leer, el resultado de concienzudas y laboriosas investigaciones; nuestros deseos son, que en medio del laborioso desarrollo de las inteligencias, y de esa nueva efusion del espíritu de caridad que caracteriza á nuestra época, sea mas y mas amado el cristianismo, único principio civilizador, única base del órden social.

Acompañan á esta *Historia general de las Misiones* grabados de acreditados artistas, á fin de que la religion y el arte se reunan para facilitar su acceso á todas las familias, siguiendo el gusto de la época, y mezclando, en variedad amena, la sólida instruccion, con el honesto recreo.

HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

INTRODUCCION.

« Id, enseñad á todas las naciones... Hé aquí que yo estaré siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» (Math. XXVII, 19, 20). La mision que Jesucristo ha conferido en estos términos á sus apóstoles para instruir y bautizar á los pueblos, se estiende á todos los tiempos; el celo apostólico no se estinguirá jamás en la Iglesia y durará en tanto que haya sobre la tierra infieles que convertir. Nosotros vamos á limitarnos á bosquejar en esta introduccion, el cuadro de la propagacion de la fé, desde la predicacion de S. Pedro hasta el siglo XIII.

La Iglesia es la única que tiene el honor, el poder y el derecho de las misiones. Sin el papa no hay Iglesia. Apenas descendió el Espíritu-Santo sobre el cenáculo, se confirió la solicitud universal al romano pontífice, y Pedro, delante de los once, fué el primero que anunció la verdad á los judíos que acababan de sacrificar á la Verdad viva.

« Los israelitas, dice Mr. de Marguerye, obispo de Saint-Flour, separados de la masa corrompida de los pueblos idólatras y encerrados en los estrechos límites de una nacion, no habian sido aun elevados á la perfeccion de esa caridad espansiva y universal que dilata el corazon de la esposa de Cristo y á la que « han cabido en herencia todos los pue- « blos de la tierra.» (Psalm. II, 8). Por otra parte, la mision providencial de los hijos de Jacob, era mas bien de conservar fielmente el depósito sagrado de las antiguas creencias y promesas, y ponerlas al abrigo del impuro contacto de los estúpidos adoradores de los falsos dioses, que esparcir la doctrina de la verdad y ofrecer la luz de las revelaciones á ojos enfermos, cuyo brillo no hubieran podido soportar. A escepcion de este pueblo, objeto de las predilecciones divinas, ¿qué otra cosa vemos en los anales de la humanidad, mas que el reinado del frio y desolador egoismo, que comprime los corazones, divide á los hombres, engendra la opresion y conduce á la anarquía para crear en último análisis esa culpable adoracion del *yo mismo*, única divinidad que tuvo siempre su culto y sus altares?

« Pero á la sombra de la cruz tutelar, plantada en el mundo como un signo de paz y de alianza, el género humano ha sido llamado á la unidad de la familia. « En Jesucristo, sal- « vador de todos los hombres, no hay ni judío, « ni gentil, ni griego, ni bárbaro.» (Rom. X, 12), y sobre la cima de la santa montaña, desde donde estiende sus divinos brazos para estrechar sobre su corazon á la humanidad regenerada en su sangre, se realiza el oráculo del anciano Simeon, que saludó á la aurora « de « la luz que debia alumbrar á todos los pue- « blos» (Luc. II), cumpliéndose esta palabra

del divino Libertador de todas las naciones: «Cuando esté elevado entre el cielo y la tierra, «todo lo atraeré hácia mi.» Joan., XII. 32).

Entonces empieza esa maravillosa regeneracion de las naciones, llamadas á la nueva vida, que el profeta Isaias habia cantado tantos siglos antes, cuando esclamaba con su entusiasmo divino: «Levántate, brillando con «celestes claridades; levántate, Jerusalen; «dilata tus entrañas hechas doblemente fecun- «das, y abre tus brazos á los hijos y á las «hijas, que de todos los puntos del globo, «te saludan con el nombre de madre.»

Desde el momento que el Salvador trazó á sus apóstoles la via sangrienta en que les escitaba á seguirle, el mundo asombrado se abrió con rapidez ante los pasos de estos heraldos de la gran nueva. De la Judea á Roma, el cristianismo no dió mas que un paso, y en el mismo instante se vieron salir de este inmenso foco, torrentes de luz que llevaron el conocimiento de la verdad hasta las estremidades de la tierra. Aquel fué el tiempo de los martirios y de todo género de sufrimientos. La Iglesia, engendrada en la muerte de su divino Esposo, debia acabar de recibir su acrecentamiento con la sangre de sus primeros hijos, y este magnífico período se prolongó hasta el momento en que la cruz triunfante brilló en fin sobre la diadema de los césares y sobre las vencidas colinas de la ciudad eterna. Al haber concedido Dios el imperio del universo á esa Roma, que llegó á ser nuestra madre, despues de haber derramado con tanta profusion la sangre de sus mártires, reunió por lo mismo al universo entero con los vínculos de una misma familia; y la reina del mundo auxilió desde su orígen á los primeros predicadores de la fé, en la obra de la propagacion del Evangelio. Sometidos á las mismas leyes, y formando un solo imperio, los diferentes pueblos de la tierra, no opusieron á los misioneros de aquella época las dificultades que otros encontraron, cuando la fé no reclamó una difusion tan rápida.

Todos los territorios tenian entonces relaciones con el centro del imperio, y la fé romana se aprovechaba de ellas para difundirse en todas las partes de este gran cuerpo. Los navios que iban á las estremidades del mundo á pedir á las naciones el tributo de su suelo y de su industria; los ejércitos que llevaban la gloria y el terror del pueblo rey; las conquistas del lujo, como las de las armas, todo vino á ser para la divina madre de los cristianos, un medio de dar á conocer á Jesucristo y de fundar iglesias. Entonces, como en nuestros dias, donde quiera que habia un soldado, un comerciante, un conquistador, allí se encontraba un cristiano, un apostol; y cuando era necesario, un generoso mártir. Los misioneros se esparcieron pues en todo el mundo, y la Iglesia así fortificada y engrandecida, pudo bien pronto decir con Tertuliano, que nacida ayer, llenaba ya los ejércitos, el senado, los foros, las ciudades y las campiñas del imperio, sin que nada quedase á los paganos, mas que sus templos. La Iglesia podia decirles, que si todos sus hijos salieran del imperio, los señores del mundo se horrorizarian al ver la soledad á que quedarian reducidos. Por fin llegó el dia en que el heredero del trono de los perseguidores, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, vino á proclamar, que el Dios de los cristianos iba á ser para siempre el Dios del imperio; y que los vanos simulacros del paganismo estaban condenados á volver al polvo de la nada, de donde habian salido.

Desde entonces, se realizó un gran hecho social y religioso. Se cumplieron los destinos de Roma pagana, y de sus manos debia caer el cetro del mundo. La tempestad se hace oir en sus fronteras mas lejanas, y en vano quieren defenderlas sus innumerables legiones.

Dios retira su mano, y con ella, la fuerza invencible que ha destrozado tantas naciones. Levántanse los pueblos, rompen sus cadenas, y vienen y se lanzan los bárbaros sobre el imperio conmovido: el coloso de Roma no tiene ya ningun fin sobre la tierra. En lo sucesivo no habrá en el mundo mas monarquía universal, que el reino de Jesucristo; el mismo emperador acabará de cumplir la mision que

Dios le ha confiado, abandonando á esa Roma, cuyas murallas van á conmoverse, y cediendo su lugar al soberano pontífice, quien levantará en ella un nuevo trono á la sombra de la tumba del Pescador.

La Iglesia, en paz bajo Constantino, no debia disfrutar por mucho tiempo de una paz que en este mundo no se ha hecho para ella. Bien pronto el impío Juliano, denigrado con el nombre de Apóstata por la justicia de la historia, va á esforzarse para destruir en el Imperio, la cruz de Jesucristo, sustituyéndola con los dioses vencidos del Capitolio; pero poblando el cielo con nuevos mártires, contribuirá mas y mas á difundir en el mundo el convencimiento de las verdades cristianas. Tambien se levantarán enemigos de otro género para combatir al Señor y á su Cristo. Las doctrinas impías de Arrio turbaron la paz de las iglesias desde el imperio de Constantino; pero una protesta memorable, será el resultado de la reunion solemne de Nicea, á la cual concurrieron representantes de todas las partes del mundo Arrio, condenado por los padres, no se considerará vencido, y el Occidente, agitado por los esfuerzos de sus sectarios, nos haria casi dudar de las promesas divinas, si semejante pensamiento pudiera concebirse sin incurrir en blasfemia. Despues vendrán Macedonio, Nestorio, Eutiques, todos airadamente conjurados para destrozar el seno de la Iglesia que los ha criado.

Entonces, como siempre, triunfó Dios de sus enemigos. La Iglesia tuvo mucho que sufrir en medio de esos desastres, que se estendieron á lás mas bellas provincias del imperio; pero la asistencia divina la hizo superior á los terribles sucesos, que por de pronto la destrozaron cruelmente. Sus hijos se aumentaron, en vez de disminuirse, por efecto de estas desolaciones; porque sus conquistas empezaron á estenderse sobre los vencedores de Roma, cuya orgullosa frente se inclinó bien pronto delante de la cruz.

El arrianismo ponia en cuestion el fondo mismo del cristianismo, puesto que negaba la divinidad de Jesucristo; pero en el momento en que, segun la espresion de un santo padre, se asombra el mundo de ser arriano, empieza á manifestarse la mision especial de la Francia en la obra de la propagacion y conservacion de la fé. (1) « Cierto dia, dice el P. Lacordaire, no léjos de las orillas del Rhin, travaba un gefe bárbaro batalla con otros bárbaros; sus tropas se replegan, y de repente se acuerda que su muger adora á un Dios, cuyo poder ella misma le habia encomiado. El gefe bárbaro invoca á este Dios, invoca al Cristo, al rey de los reyes, al Dios de los

(1) Aunque no podemos dejar de reconocer la vasta erudicion, la elevacion de miras y la reconocida maestría del historiador, con todo creeríamos faltar á nuestro deber, y á lo que pueden esperar de nosotros nuestros lectores, si de vez en cuando nos vemos en la precision de modificar algun pasage, ó completar alguna idea, sin pretension alguna de atenuar la autoridad y el respeto que de otra parte nos merece el célebre escritor. Hecha esta salvedad, nos ocurre indicar ahora, que la espresion de S. Gerónimo no tiene á nuestro entender el sentido que le dá el autor; lo que en nada rebaja su mérito indisputable, pues que varios otros grandes eruditos han sido del mismo parecer.

Ursacio y Valente, comisarios del emperador, arriano, viendo que no podian atraer á su heregía á los obispos católicos del Concilio de Rimini, trataron de recurrir á la astucia. Temiendo sus tretas y sus embustes algunos prelados ortodoxos, que ya en otra ocasion habian esperimentado su carácter perversamente mañoso, se separaron de la asamblea, en número de veinte. Quedaron en Rimini ochenta arrianos, con mas de trescientos católicos. Menos linces estos que sus veinte compañeros mencionados, cayeron en el lazo preparado por Ursacio y Valente de aprobar una forma, ó profesion de fé, capciosa en su redaccion, de manera que podia interpretarse tanto en sentido herético, como católico.

Llegados apenas á la corte los comisarios imperiales, un edicto anunció á todo el cristianismo, que los obispos católicos del Concilio de Rimini habian abrazado la heregia, y sus autores pretendian probarlo, interpretando en sentido arriano, las palabras de la forma que aquellos prelados habian firmado de buena fé, en sentido católico. *Tunc*, dice S. Gerónimo refiriendo aquellos hechos, *universus orbis ingemuit, ac se arrianum esse miratus est.* Prorumpió entonces el mundo entero en un quejido de dolor, indignado de la artimaña de que habia sido víctima, y quedó asombrado de que oficialmente se le declarase arriano, siendo católico. En efecto: si el arrianismo hubiese sido su religion, léjos de *gemir*, se habria alegrado; y de ningun modo podia *asombrarse* de lo que, en la suposicion contraria, ya sabia de antemano.

Por tanto, aquellas palabras de S. Gerónimo, en lugar de probar los exagerados estragos de la secta arriana, demuestran al contrario, cuanto florecia el catolicismo, á pesar de haber inficionado la heregía á mas de un monarca y á muchos ambiciosos, pues que el dolor arrancó un gemido « á todo el mundo. » *Universus orbis ingemuit.*

A este espíritu de catolicismo, pues, debe atribuirse esclusivamente el haber sido paralizados los embates de los arrianos en tan críticas circunstancias (en 359), y de ningun modo á la conversion de Clodoveo (no nacido aun), verificada ciento treinta y ocho años despues, (en 497).

Convenimos, sin embargo, en que mas tarde la conversion del francés Clodoveo contribuyó á desvanecer las esperanzas del arrianismo, así como despues la del español Recaredo le dió el golpe de gracia, cuando ya desacreditado y moribundo se retorcia en sus últimas convulsiones.

ejércitos, y suya es la victoria; y despues de la victoria, fiel á sus promesas, corre á prosternarse delante del obispo, ministro del Dios de Clotilde.» «Apacible Sicambro, le dice «S. Remigio; adora lo que has quemado: «quema lo que has adorado.» Y Clodoveo recibió el bautismo, y con él sus guerreros todos. ¿Quiénes son, pues, ese rey, esa reina, ese obispo y esos soldados?.. Somos nosotros, son la nacion francesa...

«No os asombreis al escuchar esta palabra. El cristianismo nos ha hecho á todos unos en Jesucristo, y á todos nos ha confundido en una misma y sublime solidaridad.

«Habia una nacion católica, la nacion francesa, y no soy yo quien hace este elogio magnífico de mi patria, es el pontificado. Así como Dios dijo en la eternidad á su Hijo: «tú «eres mi primogénito,» de la misma manera, el papado ha dicho en su tiempo á la nacion francesa: «tú eres mi hija primogénita.» Aun hay mas; para espresar el pontificado con mas energía lo que pensaba de la Francia, la llamó *Christianissimum regnum*.

«Primogenitura en la fé, escelencia en la fé; hé aquí nuestros títulos. Aun no habia ninguna nacion, que como tal sirviera á Dios y á su Iglesia, y entonces fué cuando nuestro abuelo Clodoveo recibió el bautismo de manos de S. Remigio, que arrojando á las turbas arrianas, aseguró el triunfo de la fé.

«Luego que el franco fué desposado con la Iglesia y armado caballero de Dios, los pontífices, escribe el benedictino Pitra, recitaban en sus preces, en los dias mas solemnes del año, estas proféticas palabras, que de nuestros misales galicanos pasaron á la liturgia romana, donde se conservan: «Roguemos «tambien por los reyes cristianísimos, á fin «de que nuestro Señor haga que les estén «sometidas todas las naciones bárbaras, para «nuestra paz perpétua.» Y en otra parte: «Omnipotente y eterno Dios que habeis es«tablecido el imperio de los francos, para ser «en el mundo instrumento de vuestra santi«sima voluntad, espada y baluarte de vues«tra santa Iglesia, os rogamos, Señor, que «favorezcais siempre y en todo lugar, con «celestial luz, á los hijos suplicantes de los «francos, á fin de que vean cuanto sea nece«sario hacer por vuestro reino en este mun«do y sean fortificados en valor y caridad.»

«La Santa Sede tuvo sus proféticas complacencias acogiendo en sus brazos á estos nuevos hijos. Clodoveo, al salir del baptisterio de Reims, ofreció á la Confesion de S. Pedro, en homenage y como en símbolo de su soberanía, una corona que se la llamó *Regnum*; y conocidas son tambien las felicitaciones que Anastasio II le dirigió. El papa Vigilio, cautivo en Byzancio, combatiendo contra los ardides de la astucia griega, llamaba á su glorioso hijo Childeberto, á quien, segun dice, consideraba adherido con entera veneracion á la Santa Sede, correspondiéndole impedir que nada turbase el reposo de la iglesia católica, porque es digno y conveniente que siendo él, rey católico, defienda con toda generosidad á la fé y á la Iglesia en que Dios ha querido sea bautizado, pues escrito está: «Yo glorificaré á quien me glorifique.» San Gregorio el Grande saludó aun con mas entusiasmo esta inauguracion de la Francia, diciendo á los hijos de Brunegilda: «Así co«mo la dignidad real se eleva sobre los de«más hombres, así domina sobre todos los «reinos de los pueblos la preeminencia de «vuestro reino. Ser rey, como tantos otros, «no es una cosa estraña; pero ser rey católi«co, cuando los otros son indignos de serlo, «esa es la mayor grandeza. Como un faro lu«minoso brilla por su esplendor en la sombra «de una noche oscura, así resplandece el es«plendor de vuestra fé al través de las tene«brosas perfidias de otras naciones.» No es aislado este homenage; es como una parte de ese concierto continuo de proféticas alabanzas, de preces y bendiciones que consagran la mision católica de la Francia y hacen de ella un nuevo pueblo de Dios.»

La conversion de las naciones del Norte es una de las épocas mas notables de las misiones realizadas por la Iglesia en el seno de los infieles. Al clero secular, único propagado,

en sus principios del cristianismo, han venido á asociarse las órdenes religiosas, útiles auxiliares, que acabarán por ponerse á la cabeza de esta obra de solicitud evangélica.

Los monasterios que S. Atanasio construyó en Milan y en Tréveris, durante su destierro en Occidente; los que S. Eusebio de Verceil fundó en su diócesis; los que S. Hilario y S. Martin edificaron en las Galias, todos seguian la regla de los de Oriente. San Benito escribe la suya, y este patriarca de los monges de Occidente, muerto en 543, deja una familiar cuyos individuos, tan sufridos como intrépidos, se consagraron á instruir y á civilizar á los bárbaros y á crear entre ellos ese espíritu general y ese génio fraternal, que distinguen á los católicos. De los monasterios de Irlanda, que han tomado su regla de la de S. Basilio y de los monges orientales, salió S. Colombano, muerto en 615, autor de otra regla diferente que siguieron la mayor parte de los monasterios de Francia, hasta el reinado de Carlomagno. Así es como el clero regular se organiza y se desenvuelve en el Occidente, con aprobacion de la Iglesia, de quien será por espacio de mucho tiempo, instrumento casi único de la grande obra del apostolado esterior y de la estension del reino de Dios. Bástanos consignar la intervencion de los regulares en esta obra, porque seria demasiado largo indicar los principales civilizadores, que la familia benedictina prodigó al mundo bárbaro é infiel, al que convidaron á participar de los frutos de la redencion, patrimonio comun de la humanidad. Aun hoy mismo, la empresa social y religiosa de los misioneros benedictinos, no puede menos de escitar la admiracion de esos modernos campeones de la causa de los pueblos.

La pluma espiritual del cardenal Giraud los llama « sábios de grandes concepciones, que ven á la humanidad como á un solo hombre marchar con un paso constante, aunque desigual, hácia un término indefinido de perfeccion, y cuyas simpatías cosmopolitas, alejando las ideas demasiado esclusivas de nacionalidad y patria, abrazan el mundo entero en sus planes de regeneracion universal. Admitiendo que el catolicismo no basta á la realizacion de los nuevos destinos que nos preparan, y de ese porvenir encantado que nos auguran los estudiosos observadores del camino y estaciones del género humano, reconocen al menos, que el cristianismo ha sido un progreso incontestable hácia la perfeccion, en favor de las pobres naciones que ocupan el último grado en el órden de la escala social. Los falsos profetas que anuncian, que el catolicismo toca á su fin, confiesan que su vigorosa juventud y su fecunda virilidad han sido honradas con los servicios de los hijos de S. Benito.

Faltos de fé, no comprenden, que el proselitismo de los misioneros tenga ante todo por fin, hacer partícipes á todos sus hermanos en Adan de los beneficios de la redencion, y de formar un solo rebaño, y bajo un solo pastor, de la multitud de pueblos de todas lenguas y tribus, de atraer en fin á Jesucristo todas las naciones que le han sido dadas en herencia. Pero si pierden de vista este fin sublime del apostolado, alaban á los misioneros, por haber sabido transformar el sér casi material, degradado por la idolatría, en el sér moral y social de la sociedad cristiana, capaz de vivir á la vez en el órden y en la libertad.

En tanto que los monges van á cambiar la faz de la Europa septentrional por su enseñanza moral y civilizadora, Mahoma hace renacer la idea de Arrio con la punta de su cimitarra. Reconoce sí, que Jesucristo es un gran profeta, pero como su predecesor, niega la divinidad del Salvador.

Le parece que Arrio no habia hecho bastante en favor de la corrupcion, y él hace mucho mas; y considerando aun insuficiente este medio, desencadena y pone en movimiento todos sus ejércitos. La Siria, la Palestina, la Armenia, la Persia, el Egipto, y aun la España, ven la cruz cubierta con los ultrages de la heregía, desterrada y humillada por el mahometismo. La media luna cerca á la Iglesia, el islamismo ataca por todas partes á la cristiandad; pero la invasion musulmana encuentra en 732, en los campos de Poitiers,

un dique, contra el cual se estrella. Este dique fué el celebre Carlos Martel.

El pueblo que ha vencido á Arrio con Clodoveo y á Mahoma con Carlos Martel, se prepara á hacer importantes servicios á la Iglesia. Es necesario que esta sea independiente y libre de las influencias y dominacion de los reyes de la tierra, la es indispensable una soberania temporal, y á su gefe, que una el cetro á la tiara.

La Francia se encarga de ponerle en manos de la Iglesia; se lo dan graciosamente Pipino y Carlomagno, y sus sucesores hasta el dia, se lo conservan y protegen.

La derrota del arrianismo, la destruccion del islamismo y la ereccion de un trono estable para el pontificado, hé aquí las tres primeras coronas de esta reina de las naciones católicas.

Carlomagno, bajo cuya mano se reconstituye la sociedad, sostenida en su ruina por la Iglesia, impone á los pueblos del Norte con el yugo de su poder, el yugo suave de Jesucristo: ¡servidumbre dichosa, que poco á poco les libertó de sus propias violencias! Ya que nos ocupamos de este misionero rey, muerto en 841, conviene citar esta reflexion del conde José de Maistre.

« Todo príncipe que emplea sus fuerzas en la propagacion del cristianismo legítimo, es infaliblemente recompensado con grandes hechos; con un largo reinado; con una reputacion inmensa, ó con todas estas cosas reunidas. Ni hay, ni habrá, ni puede haber escepcion sobre este punto; Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlomagno, S. Luis, Manuel de Portugal, Luis XIV, etc., todos los grandes protectores del cristianismo legítimo, se distinguen en la historia por todos estos caractéres. Desde que un príncipe se asocia á la obra divina y la dá impulso, segun sus fuerzas, podrá sin duda pagar á la triste humanidad su tributo de imperfecciones y desgracias: pero no importa, su frente estará señalada con un signo que reverenciarán todas las edades; por el contrario, todo príncipe, que habiendo nacido en la luz, la desprecie ó se empeñe en estinguirla, y que sobre todo, se atreva á poner su mano sobre el romano pontífice, ó á afligirle sin consideracion, puede estar seguro de que alcanzará un castigo corporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mal renombre durante su vida y memoria mancillada despues de su muerte, tal es la suerte que en mayor ó menor grado le espera. Desde Juliano Apóstata hasta Felipe el Hermoso, existen escritos los testimonios de esta verdad, y en cuanto á los ejemplos modernos, el hombre prudente, en vez de publicarlos, debe esperar á que el tiempo los haya depositado en la historia.»

Mientras que el Evangelio se propagaba en Occidente, el Oriente por el contrario se preparaba al cisma deplorable que todavía le destroza. « Fecunda hasta el momento de su rompimiento con el centro de unidad, la Iglesia de Constantinopla, dice el obispo de Hesebon, habia atraido algunas naciones á la fé. Las invasiones de los bárbaros la habian proporcionado, como en Occidente, la ocasion de someter una parte de aquellos á la ley del Salvador. Pero llegó el tiempo en que el orgullo debia consumar en su seno la obra de iniquidad por tan largo tiempo meditada.

« Fócio, muerto en 891, y Miguel Cerulario, en 1059, no temieron romper con la Iglesia, madre y maestra, á quien Jesucristo confió el depósito de las divinas verdades; y el Oriente entero, seducido por sus palabras de mentira, levantó el estandarte de la mas funesta rebelion. Desde entonces se estinguió toda la vida en la iglesia separada, se marchitó la hermosura de su frente, y heridas sus entrañas con la esterilidad, dejaron de producir hijos de luz para la celestial Jerusalen.» El conde de Maistre dice tambien: « Al papa y á sus ministros pertenece la obra de las misiones, porque el cristianismo no tiene accion esterior sino por los soberanos pontífices. Todas las iglesias separadas del papa se dirigen entre sí, como mejor pueden, pero nada pueden hacer para la propagacion de la luz evangélica. La obra del cristianismo no puede adelantar nada por medio de ellas, y justamente

estériles desde su divorcio, tampoco pueden recuperar su fecundidad primitiva, sino reuniéndose al esposo.» Hablando en particular de las iglesias orientales y de las que de ellas dependen, ó que con las mismas forman causa comun, añade lo siguiente: «Ellas mismas se hacen justicia. Penetradas de su impotencia, han concluido por hacer de su apatía una especie de deber, y se considerarian ridículas si se dejáran apoderar de la idea de avanzar á las conquistas del Evangelio y por ellas á la civilizacion de los pueblos.»

El islamismo, levantando de nuevo la cabeza, amenazó por segunda vez á toda la cristiandad, y la mision de la Francia se manifestó nuevamente en la obra de la conservacion y propagacion de la fé. «¿Quién pensó, pregunta el padre Lacordaire, en reunir la Europa alrededor de la cruz para precipitarla sobre este indómito enemigo? ¿Quién tuvo la primera idea de las Cruzadas? Un papa francés, Silvestre II, muerto en 1003. ¿Dónde fué inaugurada? En un concilio nacional, en Clermont, en 1095; en una asamblea nacional, en Vezelay, en 1146.

Despues tuvimos dos siglos de caballería y de sangre derramada sobre la Tierra Santa; dos siglos que coronó gloriosamente S. Luis. La Francia, Carlos Martel, Luis el Jóven, Felipe Augusto, S. Luis; hé aquí nuestros padres defendiendo á la Iglesia contra el mahometismo; si dudais de ello, preguntad al Oriente; aun se acuerda de ellos, nuestro nombre está allí vivo todavía.»

NOTA DEL TRADUCTOR ESPAÑOL.

Creemos deber completar las bellas páginas de esta introduccion, en las que el autor ha trazado con su reconocida maestría el grandioso cuadro de la influencia, que en el sosten y propagacion del cristianismo ha tenido la Francia, con lo que la historia nos ofrece bajo este concepto, por lo que respecta á nuestra patria.

Privilegiada la España en su iniciacion del cristianismo por la predicacion y apostolado de Santiago el Mayor y de sus siete discípulos, y favorecida con la singular proteccion de la purísima Madre de Dios, que en carne mortal se apareció en Zaragoza á aquel Santo Apóstol, designándole el lugar, donde habia de erigirse el primer templo cristiano, cabe por esto solo á este reino un lauro inmarcesible, de que no puede gloriarse otra nacion alguna.

Mas que en ninguna parte, y con mayor rapidez, se propagó el cristianismo en nuestra península ibérica, en términos de que, no obstante las persecuciones de Tiberio, Neron y Domiciano, ya en el siglo II de la Iglesia, el grande Tertuliano dijo de la España, que la religion del Crucificado ya abrazaba *Hispaniarum omnes terminos, et Galliarum diversas nationes*, ó lo que es lo mismo: que ya en ese siglo, todos los reinos de España eran cristianos, mientras que en las Galias (hoy Francia) solo lo eran diferentes naciones. En el III, ya estaban establecidas las mas de las sedes episcopales, quienes comunicaban con el soberano pontífice; y por último, en el IV, la persecucion de Diocleciano, á pesar de hacer correr á torrentes la sangre de los mártires, no hizo mas que aumentar el número de fieles, que saludasen la aurora de la paz, que proporcionó á la Iglesia la conversion de Constantino.

Un español, el grande Osio, obispo de Córdoba, la gran lumbrera del cristianismo, el alma de los concilios de Nicea y de Sárdica, el pacificador de la Iglesia, el destructor por fin de la heregía de Arrio, como amigo y consejero del primer emperador cristiano, contribuyó en gran parte á tan gloriosa y admirable transformacion.

La vida de Osio, como dice un historiador, no es precisamente la historia de la España cristiana en la primera mitad del siglo IV; es la historia general de la Iglesia en aquella época; Osio preside el primer concilio ecuménico; Osio es el distinguido por los pontífices, es el maestro favorito de Constantino; Osio es el mas temible adversario del arrianismo, y Osio, en fin, un español, es quien prepara el triunfo del cristianismo y el sucesivo desprestigio de la religion gentílica, y el que en su persona, reasume las glorias todas de la Iglesia española hasta la venida de los bárbaros.

La invasion de estos, derrocando hasta sus cimientos el imperio occidental de los césares, cambió la faz de las naciones y dió al cristianismo nuevos triunfos, despues de anteriores persecuciones y desastres, sujetando aquel á su yugo y á su civilizacion á ese enjambre de desbandadas hordas, que cubrieron y talaron la Europa, cual plaga de langosta.

La España, al verse inundada por las hordas de godos, visigodos, suevos, alanos y vándalos, si bien no padeció tanto como las Galias y el Africa, tuvo sin embargo que sostener dos luchas á un tiempo; la lucha de la heregía y la lucha de las supersticiones paganas, que nuevamente se la vinieron encima. Por unos y otros errores habia sufrido persecuciones en otros tiempos, por unos y otros, iba de nuevo á verse perseguida. La superstición pagana se presentaba acompa-

ñada de barbárie; la obstinacion arriana resucitaba aun mas temible, porque dominaba en la política. Críticos eran los momentos; pero la iglesia de España añadió nuevos triunfos y nuevas glorias á sus crónicas, llevando á término su proyecto: la conversion de idólatras y arrianos.

La Providencia designó á Recaredo para verificar esa feliz trasformacion, y la España cristiano-goda no es menos notable que la romana.

Los concilios de Toledo, esas asambleas religioso-políticas, únicas y originales en su especie, el rito muzárabe, y los escritos de S. Isidoro, S. Julian y S. Ildefonso, quien mereció ser revestido por la misma Vírgen con un celestial ornamento, son el mas grande testimonio de esta verdad.

Pero en medio de esas flores, sobrevino luego la cizaña; á la virtud y religiosidad antigua de los príncipes godos, sucedió el vicio y el escándalo; los súbditos siguieron su mal ejemplo y corrupcion, y el cielo, que privilegió á esta nacion en sus favores, como en otro tiempo á los hijos de Israel, la privilegió igualmente, como á aquella, en ejemplares castigos, que acrisolando su fé, la hiciesen de nuevo renacer con mas vigor y lozanía.

Los hijos de Mahoma sirvieron de azote divino para llevar á cabo esta mision, y al principiar el siglo VIII, con la derrota del Guadalete, la España godo-cristiana se convirtió en España árabe; el árbol de la monarquía fué arrancado de cuajo, y solo alguna de sus raices quedó brotando, para perpetuarle en lo mas fragoso de las sierras de Asturias y de Cantábria.

Aquí comienza otra nueva era y nueva propagacion del cristianismo en España, era de fatiga y sufrimiento, y mision de nueva especie, á la que precisamente, la victoria y la reconquista habian de preceder á la ereccion de la Cruz en el suelo restaurado. Mas de setecientos años de gigantesca lucha fueron menester para reconstruir en su totalidad el edificio, que en pocos meses arruinaron las huestes de Tarif y Muza, y en ese tiempo, ¡qué cuadro tan glorioso el de la España, que puede llamarse militante, y cuán grande su influencia sobre los destinos de la Europa cristiana! ¿Quién sino ella, entregada á sí misma, con solo sus esfuerzos, fué en determinadas y azarosas épocas, el dique que contuvo á la morisma, de la parte acá del Pirineo, humillando sus huestes, aumentadas con los ausilios del África, en los campos de las Navas y de Benamarin ó del Salado? ¿Qué nacion, sino la España, convertida en cruzada contínua y permanente, presenta mas ejemplos de caballerosidad cristiana, en reyes, como Alfonso VIII, Jaime el Conquistador y Fernando III, el Sto.; en caudillos, como el Cid y Guzman el Bueno, y en guerreros, como los célebres Almogavares y los que pelearon bajo los pendones de las cuatro órdenes militares?

Si buscamos adalides de otro género y mas inmediatos propagadores de la religion, ahí están los españoles Sto. Domingo de Guzman y sus hijos, antorcha del cristianismo y cuya milicia se estiende por todo el orbe, y Pedro Nolasco y sus redentores, que rompiendo las cadenas de los cautivos, llevaron su fé y su caridad hasta las mazmorras de los infieles.

Tanta abnegacion y tamaño sufrimiento, y sobre todo, una pureza de fé nunca desmentida en el espacio de catorce siglos, habia de tener su recompensa; á la unidad religiosa habia de seguirse la política, y España llegó á ser grande, cuando sus monarcas lograron el renombre de Católicos. Entonces, á un estrangero, á un genovés inspirado se le ocurrió el regalar un nuevo mundo á Castilla; Isabel I lo acepta; Colon le descubre y se lo entrega, y España, por su fé, llega á ser la primera nacion del universo: y mientras que en el siglo XVI, impíos y orgullosos sectarios introducen el cisma y la heregía en Alemania, Inglaterra y Francia, y causan bajas y defecciones en las filas del catolicismo, la España, incólume de esos errores, con centuplicada usura las cubre, haciendo cristiana la América y á sus multiplicados imperios; y si la faltan operarios para esa mies tan abundante, y para reducir á la fé de Jesucristo á tantos millones de almas, otro español, un soldado de Loyola crea una *compañía*, que se encarga de esa empresa, y de ser además el mejor y mas fuerte baluarte del catolicismo, combatiendo sin tregua á la incredulidad y á la ignorancia. Los hijos de S. Ignacio han correspondido y corresponden siempre á los sábios designios de su santo maestro. A España se debe esa institucion inimitable. La presente *Historia de las Misiones Católicas* está llena de sus hazañas, predicaciones y martirios.

A España igualmente se debe el gran número de misiones, que de las demás órdenes religiosas han salido en los tres últimos siglos, para reducir al rebaño de Jesucristo á tantos idólatras de Asia, Africa y Oceanía: díganlo sinó, la contínua mision de Filipinas, las constantes de Tierra Santa, y las modernas, de California, Mesopotamia y Nueva-Holanda, fundadas y sostenidas por varios pobres esclaustrados.

De todo lo enunciado, resulta, la importancia inmensa y el influjo grande de nuestro católico reino en la propagacion y adelantos del catolicismo. Conservando siempre, y por especial proteccion divina, su unidad religiosa, y sin haber dado jamás carta de naturaleza al cisma y la heregía, ha sido en todo tiempo, y sin escepcion de épocas, grey escogida del rebaño de Jesucristo, guiada por el supremo pastor de la Iglesia y sucesor de Pedro; y si es de fé, que esté, como asentado en piedra firme, es el cimiento de la Iglesia universal, *contra lo cual no prevalecerán las puertas del infierno*, y si lo es tambien, como lo afirma el mismo Henrion, que el reino, que esté unido con indisoluble lazo á esa misma piedra angular, y que fomente con generoso celo la propagacion de la fé, que es la salvacion de las almas, ha de triunfar de sus enemigos, y se le prometen dichas y terrenal grandeza, á nadie mejor que á nuestra Católica España le cabe ese privilegio. Ejemplos mil antiguos y modernos presenta la historia de la realizacion de esa promesa. Siga esta nacion como hasta aquí, y así como en la actualidad los vé recientes, la generacion que nos suceda disfrutará los venideros.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ÓRDENES DE SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO, HASTA EL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPITULO I.

Celo de san Francisco y santo Domingo por la conversion de los infieles. — Primeras misiones de franciscanos y dominicos. — Rescate de cautivos por los religiosos trinitarios y de la Merced.

Los religiosos Menores y Predicadores aparecieron en el mundo cuando las Cruzadas abrieron el Oriente á los cristianos de Europa. Hijos de S. Francisco y Sto. Domingo, empezaron á comunicar á los infieles la doctrina evangélica, no sin haber deseado sus fundadores llevar por sí mismos las luces de la civilizacion y de la fé (1).

San Francisco arrastrado por su celo se embarcó para la Siria, pero los vientos contrarios le dirigieron á Esclavonia, en donde esperó por espacio de algunos dias la llegada de algun buque; mas no habiéndose presentado ninguno, el santo, reputado como un pobre, fué recibido de limosna por los marineros que iban á Ancona. En 1214 marchó á Marruecos, con el designio de dar á conocer la palabra de Dios al Miramamolin y á sus súbditos, que profesaban el islamismo. La palabra *Miramamolin*, que significa gefe de los creyentes ó rey de las naciones, era un título que se daban los primeros soberanos mahometanos de Africa (1). Aunque la salud de S. Francisco era entonces muy débil, su celo por la salvacion de las almas le hacia marchar á pasos agigantados, teniendo además tal ansiedad para llegar á donde se proponia, que adelantaba á todos los que le acompañaban. Dios, sin embargo, le obligó á detenerse en España por causa de una enfermedad, y los asuntos de su órden le obligaron despues á marchar á Italia.

Apesar de que no se conocian, existia ya una armonía maravillosa entre S. Francisco y Sto. Domingo. Ambos residian en Roma, en tiempo del cuarto concilio de Letran, sin que el nombre del uno hubiera llegado á oidos del otro. Estando una noche orando Sto. Domingo, segun tenia de costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo, y á su Madre que le presentaba dos hombres para mitigar su enojo. Santo Domingo se reconoció á sí mismo en uno de aquellos dos hombres; pero ignoraba quien fuese el otro, cuya imágen quedó profundamente grabada en su memoria. Al dia

(1) Los franciscanos ú órden de los *Menores*, fueron instituidos por S. Francisco de Asis, italiano. Esta órden fué aprobada por Inocencio III en el cuarto concilio Lateranense, y despues por Honorio III. Consta de muchas familias, siendo la mas numerosa la de observantes, que se divide, en conventuales de la comun observancia, llamados los claustrales, á quienes es permitido poseer bienes, y en hermanos de la estrecha observancia que hacen profesion de absoluta pobreza. Los dominicos ú orden de Predicadores, fueron instituidos en 1215 por el español Sto. Domingo de Guzman, canónigo de Osma, de la órden de S. Agustin, y primer maestro del sacro palacio. Inocencio III confirmó esta órden en el concilio cuarto Lateranense, año 1215, y despues la aprobó tambien Honorio III. Al tiempo de la esclaustracion habia en España 1175 conventos, pertenecientes á diversas familias de la órden de S. Francisco, y 351 de la órden de Predicadores.

(1) El gran Abderrahman III, hijo de Mohamad, denominado el Muktal (el asesinado) porque su padre el rey Abdallah, le mandó matar, siendo la esperanza del reino, fué el primero que en España llevó el augusto título de Amir-el-Mumenin ó Príncipe de los Creyentes, habiéndose contentado sus antecesores con llamarse solamente Amires, segun se vé en todos los monumentos arqueológicos de aquella época, y en el historiador árabe Aben-Alabar, cuyas palabras se copian en el tomo v de Memorias de la Academia de la Historia.

siguiente, vió en una iglesia, no se sabe cual, cubierta con pobres vestidos, y apariencia de mendigo, la misma figura que le habia sido revelada la noche anterior, y dirigiéndose á este pobre, le estrechó entre sus brazos, diciéndole con ternura: « vos sois mi compañero, vos marchareis conmigo; estemos siempre unidos, y nada podrá prevalecer contra nosotros.» Desde esta época se estrecharon ambos con los vínculos de una santa é inalterable amistad, dividiéndose el mundo que su celo aspiraba á salvar y á regenerar (1).

Es admirable, dice un escritor antiguo, ver á dos hombres, pobres, mal vestidos y sin influencia alguna, dividirse entre sí el mundo entero, y acometer la empresa de vencerle; y le han vencido por la ciencia y el amor, reconciliados por sus abrazos. Francisco y su órden, encendidos con el fuego de los serafines, derramaron en el mundo los torrentes del amor; Domingo y sus hijos, revestidos con el esplendor de los querubines, propagaron y difundieron la verdad. Dos monumentos imperecederos se conservan de la union de estas dos órdenes religiosas; el primero, en las tiernas y patéticas ceremonias celebradas en comun, en la solemne festividad de estos dos patriarcas, los cánticos pronunciados en su honor, los perfumes quemados sobre sus tumbas; el segundo, consiste en una magnífica carta dirigida á todos los religiosos de ambas órdenes, por Humberto, general de los dominicos, y por S. Buenaventura, general de los franciscanos, exhortándolos á auxiliarse mútuamente para el mayor servicio de la Iglesia.

Estas dos familias no se han separado nunca de tan piadosas enseñanzas; juntas han orado, juntas se han dedicado á los trabajos apostólicos, juntas han sufrido, y mas de una vez se ha mezclado su sangre, derramada en unos mismos suplicios. Por esto escribia Sixto IV lleno de admiracion: « Estas dos órdenes, como los dos primeros rios del paraiso de las delicias, han regado la tierra de la Iglesia universal con su doctrina, con sus virtudes y sus merecimientos, haciéndola cada dia mas fértil y mas fecunda. Son dos serafines, que arrebatados en alas de una contemplacion sublime y de un amor angelical sobre todas las cosas de la tierra, con el cántico constante de las divinas alabanzas, con la manifestacion de los beneficios inmensos que Dios, obrero supremo, ha confiado al género humano, aumentan sin cesar, en los graneros de la Iglesia católica, las mieses abundantes de la pura cosecha de las almas, rescatadas por la preciosa sangre de Jesucristo. Estas dos órdenes son en fin las dos trompetas de que se sirve el Señor para convocar á los pueblos al banquete de su evangelio santo.

Despues del capítulo general de las *esteras*, llamado así porque los 5,000 religiosos que á él concurrieron se hospedaron en cabañas formadas de esteras, alrededor del convento de la Porciuncula, S. Francisco envió misio-

(1) Monsieur Juan Bareille, actual director de la escuela de Soréze, departamento de Tarn, trae en su Vida de Santo Tomás el siguiente párrafo notable sobre estas dos órdenes religiosas, y sus admirables fundadores: « Al encumbrarse en el trono universal el pontífice, penetró mas hondamente todavía las aflicciones y los peligros de la Iglesia. Hé aquí, que cierta noche, en sueños, sobre cuya significacion simbólica destella una luz triste; vió la antigua basilica de Letran, metrópoli de todas las iglesias cristianas, bambolear sobre sus cimientos y próxima á arruinarse. Pero el sueño cambia súbitamente de aspecto: la basilica es sostenida por dos firmes columnas; y esas dos columnas del templo recuerdan perfectamente su fundacion, infundiendo en los corazones cristianos el consuelo y la esperanza: una de ellas es un mendigo italiano, rudo y seglar; y la otra es un sacerdote español, voluntariamente desprendido de sus riquezas y honores. Estos hombres comprendieron igualmente la debilidad del celo evangélico en el aislamiento, y sintieron la necesidad de comunicar á las almas simpáticas sus ideas y aspiraciones; con igual objeto apareció uno al pié de los Alpes, y el otro al pié de los Pirineos; y ambos reunieron algunos hermanos, con el atractivo del sacrificio, y formaron los primeros cuadros de la santa milicia, que sin demora vá á levantarse en el mundo para la defensa de la religion. Las diferentes tendencias de sus almas se formularon ya en los primeros ensayos de su noble empresa; el uno marcha mas directamente hácia las brillantes visiones del espiritu; el otro hácia el generoso entusiasmo del corazon: pero solo, bajo la fecunda influencia de la iglesia romana, llegan uno y otro á la perfeccion. Una vez trazado su plan, ambos acudieron á la capital del mundo cristiano. Presentándose en actitud de la mas profunda meditacion, un desconocido, un estrangero, se pasea lentamente bajo el pórtico de una iglesia de Roma; viste la augusta librea del sacerdocio; y sale á su encuentro un pobre tan profundamente abismado como aquel en la meditacion. Abrázanse mútuamente; los que se abrazan, eran los dos grandes elementos de la vida, las dos fuerzas eternas de la religion, la inteligencia y el amor. El primero se llamaba Domingo de Guzman, y el segundo Francisco de Asís.»

neros á diversos paises, y especialmente á Africa, reservándose para sí la mision de Siria y de Egipto, donde esperaba encontrar la corona del martirio. El hermano Gilles y sus compañeros, enviados á Túnez, no pudieron conseguir nada de la obstinacion musulmana; tal rumor se suscitó contra ellos, que los mercaderes cristianos, temerosos de la persecucion, los condujeron á sus navios y les obligaron á salir para Europa, á escepcion del hermano Eleu y otros, que se habian dirigido á diferentes puntos para anunciar la palabra del Señor. San Francisco, embarcado en Ancona con once religiosos, en 1219, arribó á la isla de Chipre, y al cabo de algunos dias, volvió á hacerse á la vela, deteniéndose en el puerto de Ptolemaida, ó de S. Juan de Acre, en Palestina, y dejando en ambos puntos á diez de sus compañeros. En aquella época, los cristianos que componian la sesta cruzada (1), tenian sitiada á la antigua Damieta, en el Egipto, donde hoy está la villa de Ishbé, pues la moderna está situada á mas de dos leguas de la boca del Nilo, llamada por los antiguos Phanitica. El sultan de Damasco ó de Siria tenia á su vez sitiados á los cristianos en sus mismos atrincheramientos, sostenido por un ejército numeroso, que habia traido el sultan de Egipto ó de Babilonia, ciudad situada en frente de Memfis, cerca del Nilo, y cuyas ruinas han servido para formar el gran Cairo. Francisco, acompañado del hermano

(1) Achaque comun de los escritores estrangeros, es enaltecer cuanto á su pais se refiere, y olvidar cuanto interesa á la gloria de nuestra nacion. La verdad y la imparcialidad históricas, siempre necesarias, y mucho mas en una obra de carácter religioso, ya que no el pundonor y aun el orgullo nacional, nos imponen el deber de hacer en este lugar una declaracion importante.

El baron Henrion guarda en este lugar, lo mismo que en su introduccion, un profundo silencio, al tratar de las Cruzadas, sobre la participacion que en ellas, y desde la primera, tuvieron los españoles, y si bien el laconismo de esta introduccion no le permitia dar muchos detalles, tampoco le escusaba hacer al menos una ligera indicacion, para dar á conocer, que no ignoraba los errores, en que, sobre esta materia, habian incurrido otros escritores.

Permitasenos en gracia de nuestros buenos deseos dar á esta nota mas estension de la que en las demás nos proponemos.

Prescindiendo nosotros del orígen de nuestras luchas con los árabes, luchas, que solo el espíritu religioso pudo sostener por espacio de siete siglos, prescindiendo tambien de los esfuerzos hechos por los muzárabes para conservar su rito, olvidando las pretensiones galicanas y hasta los ardides sugeridos para variar el rito nacional y *allá vayan leyes dó quieren reyes*; olvidándonos en fin, si olvidarnos pudiéramos, de tantos y tantos hechos gloriosos de nuestros prelados S. Leandro, S. Isidoro, S. Ildefonso y otros y otros cien en favor de la propagacion del cristianismo, vamos á demostrar la participacion de la España en la primera y ulteriores cruzadas.

Paulo Emilio en su tratado de *rebus gestis francorum*, lib. 4; Sueyro, en los Anales de Flandes, t. I, p. 128; Sandoval, en la Historia de los reyes de Castilla y especialmente en la de D. Alonso VI; Vertot, en la Historia de Malta, no escluyen á nuestra nacion de la cooperacion real, efectiva y poderosa què prestó á las Cruzadas, si bien, suponiendo que la necesidad de atender á sus combates con los árabes, escusaba á los reyes de Aragon, de Castilla y de Navarra de intervenir en esta empresa. Grandes eran en verdad las necesidades á que tenian que atender; pero no por eso dejaron de ofrecer muchos de sus hijos para que esmaltáran su pecho con la enseña gloriosa de la cruz enrojecida.

El conde de Tolosa, D. Ramon, que con otros caballeros distinguidos pelearon en España contra los moros, en las tropas auxiliares, enviadas por el rey de Francia á D. Alonso VI de Aragon, pasó á Francia, despues de haber contraido matrimonio con doña Elvira, hija de aquel monarca español.

Despues de celebrado el concilio de Claramonte, al que convocó Urbano II á los principales magnates y prelados de Occidente, fué el conde de Tolosa uno de los primeros que se alistaron en la santa Cruzada y pasó los Alpes con cerca de cien mil hombres, muchos de ellos catalanes y de los demás reinos de España, segun se lee en Malmbourg, *Histoire des Croisades* y la Conquista de Ultramar, en que se refiere su arribo al Asia.

No nos esforzaremos en investigar, si el arzobispo de Toledo D. Bernardo fué ó nó uno de los muchos españoles que acompañaron á la condesa doña Elvira en su espedicion á Palestina; pero sí es un hecho inconcuso, que este prelado con otros personajes españoles asistió al concilio de Claramonte, lo cual basta para probar la representacion que España tuvo en él.

En 1092 habia partido para Tierra Santa, Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, acompañando á Guillermo IV, conde de Toledo.

Entre los muchos españoles que acompañaron á doña Elvira, se distinguieron en estas espediciones, y en las luchas con los infieles, los aragoneses: Guillen, conde de Cerdania; Guitardo, conde de Rosellon, y Guillen de Canet: la insigne dama Azolaida, en la espedicion de 1104, Guillermo Ramon, en la de 1110, Arnoldo Valgario en 1116, S. Olegario, obispo de Barcelona, en 1124, su sucesor Arnoldo en 1143, y antes, y en este intermedio, otros muchos que seria molesto enumerar.

El reino de Castilla, recuerda al conde D. Rodrigo Gonzalo Giron, el que construyó en Jerusalen el fuerte llamado Toron; Galicia, al conde D. Fernando, y en las piedras de Anticquía está escrito aun el nombre de Golfan de las Torres, de Juán de Mesa, de Pero Gonzalez Romero y otros mil y mil. No puede bastar una nota para ilustrar esta materia, pero sí para subsanar una omision con indicaciones que pueden verse mas esplanadas en la España sagrada y Reinas católicas de Florez; en Mariana; en Escalona, historia del monasterio de Sahagun; en Pisa, Historia de Toledo; en Zurita, Anales de Aragon; en Capmany, en Campillo, en Rebullosa, en Berganza, etc., etc.

La sesta cruzada fué conducida en 1248 por S. Luis á Egipto. Los cruzados tomaron á Damieta; pero despues fué recuperada por los musulmanes, quedando cautivo el rey, que despues fué rescatado por una gran suma.

Iluminado, habia llegado en esta ocasion al campo de los cruzados, donde tuvo revelacion de que no alcanzarian victoria, si daban la batalla á los infieles, procurando disuadirlos de que vinieran á las manos. Los cristianos desoyeron sus consejos, y saliendo de sus atrincheramientos, el 29 de agosto, para atacar al enemigo, fueron rechazados con pérdida de seis mil hombres. Mientras que los ejércitos estaban en presencia uno de otro, no era posible alejarse del campamento sin peligro, porque los musulmanes habian prometido un bezante de oro á todo el que les presentase la cabeza de un cristiano. Francisco no se intimidó por esto; con un solo compañero se dirigió á los infieles, y habiendo encontrado en el camino dos ovejas: « valor, hermano mio, le dijo el santo, valor y confianza en el que nos envia como ovejas en medio de los lobos. » Los musulmanes corrieron á ellos, les dieron de palos, y los llenaron de injurias. « Yo soy cristiano, les dijo Francisco con firmeza, llevadme á presencia de vuestro señor. » El sultan de Egipto, ante quien en efecto los condujeron, preguntó á los dos religiosos, quién era el que los enviaba. « Soy enviado, respondió el santo, no por los hombres, sino por Dios Altísimo, para mostraros á vos y á vuestro pueblo los caminos de la salvacion, anunciándoos las verdades del Evangelio. » El sultan se admiró á la vista de su firmeza, y animado por sentimientos mas humanitarios, invitó á Francisco á que permaneciera cerca de él: « Consiento con mucho gusto, replicó el hombre de Dios, con tal que vos y vuestro pueblo querais escuchar la palabra divina; mas si vacilais entre Jesucristo y Mahoma, haced encender una gran hoguera, y yo entraré en ella junto con los doctores de vuestra ley, á fin de que Dios, criador de los elementos, os manifieste cuál es la fé que debeis seguir. » El sultan manifestó no creer que hubiese doctor alguno de su ley, que aceptase el desafio y se espusiera á los tormentos en gracia de su religion; y así fué en efecto, porque uno de los imanes mas antiguos habia desaparecido, solo al oir la proposicion del santo. « Pues bien, dijo Francisco, yo solo entraré en el fuego, si me prometeis haceros cristiano con vuestros súbditos, en el caso de salir ileso de las llamas. » El sultan replicó, que temia se levantase una sedicion, si empeñaba su palabra; ofreció muchos presentes al santo, que rehusándolos, se hizo mucho mas venerable á sus ojos, y le envió, custodiado por una escolta, al campo de los cristianos, diciéndole: « Rogad á Dios por mí, para que me haga conocer la religion verdadera, y me dé valor para abrazarla. » Desde entonces, se manifestó mas favorable á los cristianos, y no faltan autores que aseguren recibió el bautismo, poco tiempo antes de su muerte.

Bossuet, en su panegírico de S. Francisco de Asis, despues de enaltecer el generoso y triunfante entusiasmo del cristianismo, se espresa en estos términos: « Corre al martirio como un insensato, sin que detengan su ardor, ni los rios, ni las montañas, ni el vasto espacio de los mares; vá al Asia, al Africa, á todos los paises donde cree que es mayor el odio contra el nombre de Jesus, predica á estos pueblos la gloria del Evangelio y les descubre las imposturas de Mahoma, su falso profeta. Estas impugnaciones tan vehementes ¿cómo es que no escitan la ira de estos bárbaros contra el generoso Francisco? Al contrario; admiran su infatigable celo, su invencible firmeza, su prodigioso menosprecio de todas las cosas del mundo, y le rinden mil homenages de honor. Francisco, indignado de verse tan respetado por los enemigos de su Maestro, reproduce las invectivas contra su monstruosa religion. pero, ¡estraña y maravillosa insensibilidad! nada consigue sino mayores muestras de deferencia. Viendo este bravo atleta de Jesucristo, que no podia merecer el don de que le diesen la muerte, decia á su compañero: « Salgamos de aquí, hermano mio, huyamos, huyamos lejos de estos bárbaros, demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos obligarlos, ni á adorar á nuestro Maestro, ni á perseguir á los que, como nosotros, somos servidores suyos. »



¡Oh, Dios mio! ¿cuándo mereceremos el triunfo del martirio, si nos vemos honrados, aun entre los pueblos mas infieles? Ya que Dios no nos juzga dignos de la gracia del martirio, ni de participar de sus gloriosos oprobios, marchémonos, hermano mio, y vayamos á acabar nuestra vida en el martirio de la penitencia, ó busquemos algun otro sitio de la tierra, en que podamos beber hasta las heces la ignominia de la cruz.» San Francisco marchó á la Palestina y á la Siria. Los frailes de la observancia deben el que les hayan confiado la custodia de los Santos Lugares, á la piedad que movió á su santo patriarca, á ir á buscar al Oriente los trabajos del apostolado y la corona del martirio. De este modo alcanzó el privilegio concedido á su órden de orar y morir entre la cuna y el sepulcro de Jesucristo. Aun hoy mismo, estos buenos religiosos, cuyo hábito respetan los mismos infieles, y cuya hospitalidad bendicen numerosos peregrinos, tienen un techo y un altar en Jerusalen, en Belen, en Nazaret, en Jaffa; por todas partes en fin, donde la redencion ha dejado un recuerdo.

Luego que S. Francisco volvió á Italia supo con alegría el fin glorioso de sus cinco hermanos Berardo, Pedro, Othon, Ajut y Acursio, que encargados por el fundador de ir á predicar el Evangelio á los mahometanos de Occidente, habian empezado su mision por los moros de Sevilla. Un cristiano, en cuya casa pasaron ocho dias entregados al rezo y á las obras de mortificacion, pidiendo á Dios les diese valor para el martirio, quiso apartarlos de su proyecto, temiendo que su celo perjudicára al comercio y comunicacion que se conservaba entre cristianos é infieles. Los religiosos abandonaron su morada y se dirigieron sucesivamente á dos mezquitas, de donde fueron lanzados con violencia. Despues se presentaron á la audiencia del gefe de los moros, como embajadores, que le eran enviados de parte de Jesucristo, rey de reyes; y de seguro hubieran sido sacrificados en el acto, si el hijo del príncipe no hubiera mitigado el enojo de su padre, el cual se contentó con encerrarlos en una torre. Desde ella anunciaban á los hombres la palabra de Dios; pero fué interrumpido su apostolado metiéndolos en lo profundo de un calabozo. Pasados cinco dias, el gefe de los mahometanos los hizo comparecer á su presencia, prometiéndoles muchos favores, si renunciaban á su fé: «Plegue á Dios, respondieron, que vos quisiérais haceros á vos mismo la gracia que nos ofreceis, abandonando vuestros errores, para conseguir la salvacion, por la luz del Evangelio de Jesucristo. Vos podeis destruir nuestros cuerpos; pero enviareis nuestras almas al cielo, porque estamos seguros, que con la muerte conseguiremos la inmortalidad.» Viendo el príncipe su constancia les permitió embarcarse para Marruecos, en un buque que conducia á Berbería á muchos cristianos descontentos.

La Berbería es esa parte de Ard-el-Magreb ó tierra del poniente, que comprende lo largo del Mediterráneo, la zona cultivable llamada Tell ó Tierras Altas. Marruecos pertenece á Magreb-agssay ó poniente lejano, la Argelia á Magreb-aussath, ó poniente medio. Túnez y Trípoli ocupan el Alfyqyah de los árabes. Marruecos comprende una parte de la Mauritania Cesariense, y de la Mauritania Tingitana.

Habiendo pasado estos territorios, como todo el resto del Africa septentrional, del poder de los romanos al de los vándalos, y de estos al imperio griego y á los árabes, las diferentes dinastías de estos últimos se disputaron su dominacion hasta que Muley-Ali-Scherif, descendiente de Mahoma, colocó en el siglo XVI á su familia sobre el trono, que hasta el presente no ha dejado de ocupar. El reino de Fez, situado al norte del Marbeya; el de Marruecos, al sur de este rio; el de Sus, la provincia de Darah, y el reino de Tafilete, volvieron á estar comprendidos en los límites de este estado. La gran ciudad de Marruecos está situada en una llanura fértil, que es al mismo tiempo un plano elevado cerca de 250 toesas sobre el nivel del mar. (Pl. I, n.º 1.)

La capital está rodeada de acueductos, algunos de los cuales tienen de diez á doce piés

de profundidad, pero están arruinados casi todos. Estos conductos de agua, que se prolongan hasta el pié del Atlas, algunos, á distancia de veinte millas, son signos evidentes de un conocimiento muy avanzado en las artes y de una poblacion mucho mas numerosa, que la que existe desde el siglo XIII. En un rádio de veinte y ocho millas, y al sud-sudeste de Marruecos, se eleva el Miltsin, la cima mas alta del Atlas, cuya altura absoluta es de 1,782 toesas. Hácia el sud-este, y como á distancia de 18 millas, se ven ruinas inmensas llamadas por los indígenas Tassremont; despojos de fuertes y espesas murallas de piedra tallada, de baños, de bóvedas, etc., que han pertenecido probablemente á alguna ciudad romana ó cartaginesa, refiriendo la tradicion popular, sobre la destruccion de esta ciudad antigua, circunstancias análogas á las que intervinieron en la caida de Troya.

En Argelia se levanta la antigua Cirtha, hoy Constantina, patria de dos poderosos reyes de Numidia, Massinissa y Jugurta, la cual fué despues capital de la Mauritania Cesariense. El puente sobre el Rumel ó Sufegmar, construido por los romanos, las cuatro puertas, llenas de elegantes esculturas, el arco de triunfo, el bajo relieve que hay cerca del puente, muchas piedras sepulcrales, gran cantidad de ruinas de templos, de acueductos y de columnas, recuerdan las magníficas construcciones de esta ciudad, que fué en otro tiempo una de las mas importantes del Africa.

En la parte superior, el Ouad-el-kebir (1) sale de un subterráneo y forma una gran cascada. Este punto se eleva 600 piés sobre la llanura.

Aun se ven en la Argelia los restos de Hippona, ciudad episcopal de S. Agustin, cuyas ruinas eran en el siglo XIII, emblema fiel de las pérdidas sufridas por el cristianismo y de la civilizacion en esta tierra de Africa, que ilustraron en otro tiempo los trabajos de tantos santos doctores. Dos prelados que han hecho la peregrinacion á Hippona, hacen la siguiente descripcion de su caida y de sus ruinas.

« El imperio de Occidente mutilado por la pérdida de Roma, caia por todas partes hecho pedazos, dice M. Donnet: los godos reinaban en la mitad de Italia, los vándalos desolaban la España, los francos destruian las fronteras de la Galia, los hunnos se habian puesto en marcha para arruinar á un tiempo á los pueblos bárbaros y á los civilizados, y el Africa no podia libertarse de tantas calamidades. Los vándalos pasaron el mar en 428, y agitados por un espíritu de fanatismo, que servia de pretesto á sus rapiñas y á sus furores, espantaban á los pueblos tímidos, reducian á cenizas las iglesias y los monasterios, saqueaban toda la costa de Africa, cubierta de ciudades florecientes, y llegaron á las puertas de Hippona con Genserico á su cabeza.

« En medio de estas escenas de horror, S. Agustin, asentado en su ciudad episcopal, que nunca quiso abandonar, prodigaba ejemplos de resignacion y de valor; cuidaba de los heridos y de los combatientes, los animaba con su fé, y los sostenia por su caridad. Su nombre era una *muralla inespugnable* y se veian realizadas en su persona estas palabras del profeta de los dolores: *Yo te presentaré á este pueblo como un muro de bronce, un muro inespugnable; se levantarán contra ti y no prevalecerán.* (Jeremias, XV, 20). Los bárbaros atacaron largo tiempo, sin éxito favorable, los muros defendidos por la presencia del santo pontífice; pero al tercer mes de asedio, consumido por inquietudes y dolores, murió á la edad de setenta y seis años, con el corazon destrozado por los males de sus hijos, y con los ojos clavados en la ciudad celeste, cuya historia maravillosa habia escrito.

« Hippona fué tomada y arruinada. La célebre iglesia de Africa, teatro de tantos combates y de tanta gloria, que se estendia desde

(1) Palabras árabes que significan Rio Grande.

[illegible] recordaban de su pais. Por esta razon llamaron Hemesa á Sevilla [illegible]

Cartago hasta el desierto, desapareció con sus trescientos obispos. San Agustin habia sido el último grande hombre de esta parte del mundo, y la barbárie empezó despues de él.

« Los vándalos que habian turbado sus últimos dias, amenazaron igualmente su tumba, y fué preciso ocultar los restos mortales del glorioso defensor de la fé. Los prelados, que sobrevivieron á S. Agustin, llevaron su cadáver á Cerdeña, no queriendo, al tomar el camino del destierro, dejar á merced del arrianismo perseguidor, los despojos del que por tan largo tiempo fué su guia, su padre y su modelo. San Fulgencio de Ruspe, uno de los mas venerables proscriptos, descendiente de una familia senatorial, fué el encargado de cumplir esta mision. La lectura de un sermon de S. Agustin le habia movido á renunciar al mundo, y era natural que procurase custodiar lo que quedaba de su ilustre maestro.

« La Cerdeña, que tan pronto tuvo la dicha de conmoverse al oir la palabra evangélica, y cuyos hijos habian confesado la fé bajo el hacha de los verdugos, merecia el honor de servir de asilo á los restos mortales de San Agustin. Dos siglos despues, los sarracenos, que acababan de dejar huellas sangrientas de su paso por el mediodía de Francia y de Italia, se hicieron dueños de la Cerdeña y se apoderaron del cuerpo de S. Agustin. Un piadoso rey lombardo, Luitprando, rescató estos sagrados restos, y en Pavía encontraron un abrigo digno de su gloria.

« Los huesos de S. Agustin, arrojados sucesivamente de su sepulcro por el arrianismo y por el islamismo, han participado tambien de los destinos del catolicismo en Oriente. »

M. Sibour describe en estos términos su visita á Hippona :

« Atravesamos el Abu-Djemma (Padre de la Iglesia) por un puente romano, el mismo que con tanta frecuencia pasaron S. Agustin y su amigo Alipio. Saliendo del puente, tomamos á la derecha un camino con diversos árboles, y nos encontramos en el límite de la antigua ciudad. La sombra de S. Agustin parecia levantarse llorando para acompañarnos al través de las ruinas y de la soledad de su querida Hippona.

« Las primeras ruinas que se presentan son las de la basílica de la Paz, situada en la llanura, entre el montecillo y el mar, y consisten en una gran parte de un gran arco y puerta con bastidor unido lateralmente á un reducto circunscrito en tres lados por un muro regular, coronado de una bóveda semicircular, y en otros grandes trozos destruidos de obra de albañilería.

« Debajo de la cima de una de las dos colinas, sobre las cuales estuvo en otro tiempo Hippona, se ven las vastas *cisternas* llamadas de *S. Agustin*. Son dos grandes paralelógramos abovedados, divididos transversalmente por muros espesos, en grande número de salas, que forman la mas considerable de las ruinas que visitamos. Hácia la mitad de la altura del muro que separa los dos paralelógramos, y en su mismo espesor, se conserva un paso ó especie de galería, y además varias aberturas circulares hechas en la bóveda, de trecho á trecho, y que parece servian para conducir el agua al interior de las cisternas. En un estremo de esta estrecha galería fueron escondidas, segun la tradicion, las reliquias de S. Agustin, despues de la invasion de los bárbaros. Los musulmanes, que de cierto en cierto tiempo blanquean con cal este sitio, no entran en él, sino despues de haberse purificado, con el sacrificio de un gallo, encendiendo cirios y quemando incienso los viernes en honor del marabut Rumi-el-Kebir (1), como llaman á S. Agustin. La providencia ha querido, que el que en su vida habia sido honrado por los paganos, lo fuese tambien despues de su muerte por los infieles.

« La hermosa colina y sus alrededores están cubiertos de olivos, en su mayor parte silvestres, de higueras, de azofaifos y algarrobos, viéndose tambien algunos áloes. Detrás de Hippona se estiende un ancho y ame-

(1) Palabras árabes que significan el Gran Sacerdote Cristiano.

nísimo valle rodeado de altas y frondosas montañas, regado por las aguas del Abu-Djemma, estendiéndose hasta la costa de Constantina. »

Las ruinas de Hippona, tan tristes en el siglo XIII, alcanzarán un dia de consuelo. Despues de la muerte de S. Luis, en Túnez (1) brotaron de su lecho fúnebre muchas semillas para la civilizacion de Africa, y las cenizas del gran obispo saltaron de gozo en el santuario de Pavía. La Francia, que nunca dice *basta*, cuando hay gloria que conquistar, plantará su bandera sobre la plaza africana, acabará la obra de S. Luis, haciendo mas de lo que hizo Cárlos V, preparará la tumba de S. Agustin en Hippona, y abrirá la única puerta por la que pueda volver á entrar la civilizacion en sus antiguos dominios. Obispos fugitivos y proscriptos han atravesado el mar con el depósito sagrado, á quien rehusaba una tumba la tierra natal. Obispos libres y dichosos por su mision, surcando el mismo mar, volverán á S. Agustin á su patria y la restituirán al culto de imitacion y de amor de su sucesor inmediato.

Túnez está situada en una altura que se eleva desde el fondo de una gran laguna llamada Boghaz. Hácia el nord-este de la península, formada por esta laguna y el Mediterráneo, construyeron los fenicios la soberbia Cartago, rival de Roma, y señora por mucho tiempo del comercio de estos mares. Una triple muralla de treinta codos de altura y flanqueada por muchas torres, ceñia en gran parte á la ciudad propiamente dicha, denominada Megara.

En el interior de las murallas habia dos grandes pisos abovedados, sirviendo el uno para alojar trescientos elefantes y cuatro mil caballos, y el otro, para depósito del pienso, provisiones, arneses, etc., teniendo además cuadras, que podian contener veinte mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería. La ciudadela, llamada Birsa, estaba situada en la parte superior de una colina que aun existe. El puerto, construido artificialmente, al cual dieron el nombre de Coton, estaba dividido en dos partes, una para la marina mercante, y otra para la de guerra. El palacio del almirante estaba situado en el centro, y desde él, no solo se veian los buques que salian y entraban, sino que alcanzaban sus vistas á la alta mar. Esta ciudad, incendiada y demolida, cuando sucumbió á los esfuerzos de los romanos, fué reconstruida y llegó á ser capital de una de las provincias romanas del Africa.

San Cipriano tuvo en ella su cuna y su silla. Despues de haber sufrido mucho con la invasion de los vándalos, cayó á fines del siglo VII en poder de los árabes, que la dieron el golpe mortal. Antes de S. Luis, no existia mas que un pequeño castillo, una torre y algunas casas esparcidas entre las ruinas. No son hoy raros en el suelo de Cartago y sus alrededores, los restos de la antigüedad, como templos, teatros, inscripciones, etc. El monumento mas importante es un acueducto de setenta piés de elevacion, que partiendo de Zawan y de Zungar, á cincuenta millas de la ciudad, proveia de aguas á todos sus habitantes. Los restos de las cisternas públicas ofrecieron á M. Chateaubriand un golpe de vista imponente. Forman una série de bóvedas, que se enlazan unas con otras, corriendo por todas ellas, y en toda su estension, una especie de anden. Cada casa tenia su cisterna, y en los antiguos arrabales, se distingue, en el espacio de cerca de tres millas, una série de aljibes dispuestos para recibir el agua de las lluvias, precauciones contra la sed, que era natural multiplicar en un pais tan cálido y de tanta aridez. Esta observacion nos obliga á hablar de la temperatura de este pais, en que se goza de un clima delicioso. El invierno ofrece la imágen de la primavera; los campos están cubiertos de verdor y esmaltados con mil flores, desde el mes de enero, sosteniéndose ordinariamente el termómetro á diez ó doce grados, y no subiendo regularmente mas que á quince ó diez y seis. El viento del nor–

(1) San Luis murió de la peste durante la séptima cruzada que se verificó en 1270.

te, que se desencadena algunas veces con violencia, levanta tempestades en la costa, hace peligrosa la navegacion y siempre anuncia lluvias, que empiezan á caer en octubre y continúan, con alguna interrupcion, hasta fines de abril.

Cuanto mas abundantes son, tanto mayor es la esperanza de una cosecha abundante. Las nubes desaparecen á principios de mayo, y el cielo se conserva sereno hasta la vuelta del invierno. En los meses de junio, julio y agosto, la temperatura es, á la sombra, de veinte y cuatro á treinta grados. Estos calores abrasadores del estío serian insoportables, si no fueran mitigados por un viento fresco, que se levanta hácia las nueve de la mañana, viniendo de la mar, aumentándose mientras que el sol sube sobre el orizonte, y disminuyéndose en proporcion que el astro desciende, calmándose enteramente á la llegada de la noche.

Entonces reina en la naturaleza una calma absoluta. Los vapores acuosos, levantados y esparcidos por la atmósfera por el calor del dia, caen en rocíos abundantes y esparcen sobre la tierra árida y sedienta, una frescura deliciosa. Millares de estrellas resplandecen sobre un cielo azul, que lanzan fuegos mas vivos y mas brillantes que en los climas templados. Tal es el de que disfrutaba esa Cartago, de la que apenas descubre la vista mas que tristes despojos, sin que, á escepcion de las cisternas, se vea monumento alguno anterior á la dominacion romana.

En la region de Trípoli, la magnífica Cirene ha dejado sobre el llano de Bargach, numerosos vestigios de su eclipsado esplendor. La Necrópolis (1) atrae principalmente todas las miradas, y sus tumbas abiertas en la roca, y suntuosamente decoradas, atestiguan el respeto que los cireneos profesaban á sus muertos.

Despues de haber descrito esta region del Africa septentrional llamada Berbería, vamos á presentar á los intrépidos hijos de S. Francisco, procurando volver á encender en ella el fuego, por tanto tiempo estinguido, del cristianismo.

Pedro, infante de Portugal, se habia retirado á Marruecos, á causa de algunas diferencias con su hermano el rey Alfonso II. El castellano Fernando de Castro le presentó á los cinco religiosos, que acababan de llegar de Sevilla, enterándole de lo que les habia sucedido con los moros de España.

El príncipe les aconsejó, que moderáran su celo, para que no sufrieran en Africa la misma suerte; pero desde el amanecer del dia siguiente, se pusieron á predicar á los musulmanes, donde quiera que los encontraban. Estando un dia Berard, que sabia el árabe mejor que sus compañeros, rodeado de un gran grupo, á quien queria atraer al cristianismo, pasó el Miramamolin, y su presencia, lejos de intimidar al misionero, contribuyó á que fueran sus exhortaciones mas animadas. El Miramamolin, que no comprendia un celo tan ardiente, creyó que Berard estaba loco, y mandó que los franciscanos fuesen conducidos á pais cristiano. El infante les dió guias que los condujeran á Ceuta, plaza situada en una península, á la estremidad oriental del estrecho de Gibraltar, y que tiene un mal puerto. (Pl. I, n.º 2.) Los misioneros se separaron de sus conductores en el camino, y á su vuelta á Marruecos, continuaron sus predicaciones en la plaza pública. El Miramamolin mandó encerrarlos en un calabozo, con órden de que allí se les dejara morir de hambre; pero habiéndose multiplicado las enfermedades de una manera repentina, por efecto de los escesivos calores, los volvió á poner en libertad, haciéndolos marchar á un puerto. Los franciscanos volvieron á escaparse y á aparecer en Marruecos, confiando que las verdades del evangelio encontrarian espíritus mas dóciles. Temiendo los cristianos de esta ciudad, que el ardor de un celo tan generoso suscitase nuevas persecuciones, los obligaron á hospedarse en la morada del infante, y acompañaron al príncipe portugués en una espedicion contra las tribus rebeldes del interior del Africa. El ejército volvió victorioso; pero ade-

(1) Palabra compuesta de dos griegas, que significan: ciudad de los muertos.

más de estar estenuado por una marcha de tres dias, á través del desierto, se sentia afligido por los tormentos de la sed; mas Dios manifestó su poder á los ojos de los infieles por medio de un humilde discípulo de S. Francisco. Los anales de la órden refieren, que Berard, como un nuevo Moisés, dió un golpe en la arena ardiente, haciendo salir de ella un manantial abundante. Los franciscanos, luego que volvieron á Marruecos, continuaron su predicacion, y el Miramamolin mandó que fuesen decapitados.

El que recibió esta órden, habia sido testigo de aquel milagro, y confiando poder mitigar el enojo del príncipe, se contentó con poner presos á los misioneros. El carcelero, cristiano renegado, no economizó ultrage de ningun género. Como la cautividad no disminuia ni su valor, ni su celo por la conversion de los moros, al fin fueron entregados á sus verdugos.

Se les azotó con tanta crueldad, que quedaron con las costillas descubiertas, se derramó sobre sus heridas aceite hirviendo y vinagre, y se les arrastró sobre pedazos de cacharros rotos. Durante su suplicio, no cesaron de cantar alabanzas á Dios, fortificados interiormente por el espíritu de los consuelos. El Miramamolin mandó traerlos á su presencia, y estando en ella, los solicitó un musulman para que abrazaran la religion de Mahoma. Othon, para indicar el horror que le causaba la apostasía, escupió sobre la tierra, por cuya demostracion recibió una gran bofetada; pero él presentó al momento la otra megilla, rogando á Dios perdonara á su enemigo. El Miramamolin preguntó á los misioneros, luego que los vió: «¿Sois vosotros esos impíos, que desprecian la verdadera fé, esos insensatos, que condenan al profeta de Dios?» «Nosotros, replicaron, no despreciamos la verdadera fé; dispuestos estamos á morir en su defensa; pero sostenemos, que la vuestra es falsa, y detestamos á Mahoma, su inventor.» El príncipe les ofreció oro, é hizo venir mugeres ricamente ataviadas, creyendo cederian á la seduccion, los que resistian á los tormentos: «seguid la ley de Mahoma, les dijo, y os daré esas mugeres por esposas con cuantas riquezas deseeis.» — «Guardaos vuestros bienes y vuestros falsos placeres, respondieron los confesores, nosotros no queremos mas que á Jesucristo; atormentadnos con los mas crueles suplicios, que ellos servirán para que veamos colmados nuestros deseos.» Furioso el Miramamolin por la ineficacia de los esfuerzos empleados para conmover su constancia, cogió su cimitarra, y con su propia mano, les partió la cabeza á 16 de enero de 1220. El infante de Portugal hizo recoger ó rescatar sus reliquias, que fueron conducidas á Coimbra (1), y depositadas en la iglesia de Santa Cruz. Sisto IV canonizó á estos santos religiosos en 1481, y sus nombres fueron inscritos en el martirologio romano.

Al año siguiente, se embarcaron siete religiosos de la misma órden en un puerto de Toscana para dirigirse á Marruecos, proponiéndose, como los cinco mártires anteriores, anunciar el nombre de Jesucristo á los musulmanes. Sus nombres eran: Daniel, Samuel, Angel, Donato, Leon, Nicolás y Hugolin; el primero, provincial de Calabria, á quien los demás miraban como padre. A su llegada á Ceuta, predicaron por espacio de tres dias en el arrabal de dicha ciudad, habitado por mercaderes cristianos de Pisa, Génova y Marsella. El sábado, 2 de octubre, se prepararon al martirio con la recepcion de los sacramentos, y se lavaron mútuamente los piés á ejemplo de Jesucristo, que antes de su pasion lavó los de sus discípulos. Al dia siguiente, domingo, entraron en la ciudad y se dirigieron á los infieles, llevando la cabeza cubierta de ceniza y el corazon abrasado con el fuego del espíritu divino. Desde el momento que se les oyó proclamar, que Jesucristo era el único Dios verdadero, y que no habia salvacion mas que en él,

(1) Este mismo infante, que aquí se cita, fué el que personalmente las condujo, y por su intercesion se libró de la activa persecucion del Miramamolin en su fuga de Marruecos, habiéndole valido además tan precioso tesoro el perdon de su hermano el rey de Portugal. Hay tambien de particular en este suceso, que la legada de estas santas reliquias movió á S. Antonio de Padua, á la sazon agustino de Coimbra, á pasar á la religion franciscana para poder ir á predicar á los infieles.

fueron prendidos, golpeados y conducidos á la presencia del gefe mahometano. Al ver este príncipe su trage grosero y su cabeza rapada, los tuvo por locos, y mandó fuesen encerrados en una oscura prision, donde los atormentó de diferentes maneras. Desde el fondo de su calabozo tuvieron medios para dirigir al capellan de los genoveses, así como á un franciscano y á un dominico, la siguiente carta, espresion de su júbilo y de sus esperanzas. «Bendito sea el padre de nuestro señor Jesucristo, el padre de las misericordias y el Dios de toda consolacion, que nos sostiene en nuestro sufrimiento, y que preparó al patriarca Abrahan la víctima para el sacrificio, á Abrahan, que ha obtenido con justicia el título de amigo de Dios, porque salió de su tierra, y marchó en el mundo lleno de confianza en las órdenes del Señor; así pues, hágase loco el que es sabio, para llegar á ser sabio; porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios, que nos ha dicho, «id «á predicar el Evangelio á todas las criaturas, «y enseñad, que el siervo no debe ser mas que «el Señor.»

«Si sois perseguidos, considerad que yo tambien lo fuí.» «Nosotros, pequeños é indignos siervos, hemos dejado nuestro pais y hemos venido á predicar el evangelio á las naciones infieles, siendo para unos, olor de vida, y olor de muerte para otros. Delante del rey y de su pueblo, hemos predicado la fé de Jesucristo, y nos han cargado de cadenas. Sin embargo, consolados estamos en nuestro Señor, y confiamos en que recibirá nuestra vida como un sacrificio agradable.» Habiéndose apercibido el gefe mahometano de la dicha de que gozaban en su prision, los hizo comparecer, y tentó su fé con ofertas de riquezas, que ellos despreciaron. El príncipe, creyendo que aislándolos, lograria mas fácilmente reducirlos, los mandó separar, uniendo las promesas á las amenazas; pero los confesores, con una constancia igual, despreciaron los tormentos y rehusaron los vanos placeres de la tierra.

Un musulman, enagenado de cólera, descargó un golpe de cimitarra sobre la cabeza de Daniel, á quien otro mahometano queria hacer apostatar, para evitarle una suerte mas terrible. El generoso franciscano le respondió, invitándole á que él mismo se convirtiera, para que no fuera al infierno, donde ya estaba Mahoma y á donde el Alcoran le conducia. Los demás religiosos se echaron á los piés de Daniel, dando gracias á Dios de que su superior cogiera las primicias del martirio, de que todos esperaban participar. El confesor los abrazó y los bendijo diciendo: «gocémonos; el cielo nos está abierto, los ángeles vienen delante de nosotros, y este dia será el de nuestra victoria.» Viendo su firmeza el príncipe mahometano, pronunció contra ellos decreto de muerte. Con las manos atadas á la espalda, perseguidos por las injurias de los musulmanes, pero radiantes de alegría, marcharon al suplicio, celebrando las misericordias del Señor, que los llamaba á sí. El 10 de octubre de 1221, presentaron llenos de gozo sus cabezas á los verdugos, quienes, despues de haberlas cortado, destrozaron los cuerpos de estos mártires, de los que hace mencion el martirologio romano el 13 de dicho mes. Los mercaderes de Génova, Marsella y Pisa, recogieron sus restos mutilados.

Del mismo modo que S. Francisco, Sto. Domingo no cesó de pedir á Dios por el renacimiento espiritual de los pueblos, sentados en la sombra de la muerte. Habia hecho del ministerio de la palabra el fin principal de su instituto, y su mas vivo deseo hubiera sido ir á evangelizar á las naciones bárbaras. «El santo padre, dice Fontana, para dar á sus hijos el ejemplo de las buenas obras, pensó en conseguir la conversion de los moros y de otros gentiles, por la predicacion del evangelio. Por esta razon, habiendo confiado el cuidado de la órden al P. Mathieu, francés, que fué el primero y el último abad en este instituto, resolvió marchar á Africa, para unir á la predicacion de la verdadera fé, la palma del martirio. Pero Dios, que le habia destinado para que hiciera mayores servicios á la Iglesia, no permitió que el santo pusiera en ejecucion su proyecto.»

Habiendo mandado el papa Honorio, que enviase algunos religiosos entre los mahometanos de España y de Africa, escogió para este apostolado á hermanos recomendables por su doctrina y costumbres, y cuyas predicaciones y preces hicieron entrar en el seno de la Iglesia á una multitud de infieles. La presencia en Ceuta de un fraile dominico, uno de aquellos, á quienes los siete mártires franciscanos habian escrito la carta, de que antes hemos hecho mencion, prueba que los dominicos penetraron en Marruecos. Entre los discípulos que Sto. Domingo envió al norte y al este de Europa, se distinguen S. Jacinto, el taumaturgo de su siglo, Pablo de Hungría, y Sadoc. Honorio, lleno de ardor por la propagacion de la fé, quiso que los obispos designasen cuatro frailes dominicos, ó al menos dos, en las provincias en que estaban establecidos, de entre los que fuesen mas aptos para el ejercicio de las misiones, y los hicieron marchar á Roma. Este papa les encargó fuesen con los franciscanos á llevar la palabra de la salud á las naciones bárbaras. El padre Jordan, que fué elegido general de los dominicos, en el capítulo celebrado despues de la muerte de Sto. Domingo, siguiendo las intenciones del fundador, exhortó á sus hermanos para que se ocuparan de la conversion de los infieles, invitando á los que quisieran hacerlo, á que lo manifestáran, prosternándose en tierra. Todos, á escepcion de algunos impedidos por el peso de los años, se arrodillaron diciendo: « Padre mio, enviadme; » palabras que pronunciaron, derramando abundantes lágrimas, como muestra inequívoca de que el celo por la salvacion de las almas inflamaba sus corazones. Jordan, enagenado de alegría, viendo el entusiasmo con que sus hijos procuraban, con peligro de su vida, la conversion de los infieles, escogió los que eran mas á propósito para el ministerio apostólico, distribuyéndolos en el norte, el oriente, y principalmente en Tierra santa. Ya Sto. Domingo habia encargado á Xuron, de Milan, que se dirigiese con algunos compañeros suyos á evangelizar la Palestina y la Siria, formando en ella residencias, mision que habia desempeñado perfectamente, regenerando á muchos infieles con el agua del bautismo. Brochard, enviado por Jordan á la Palestina con muchos hermanos, estableció en Damasco el primer convento, fundando en seguida otros en Nazareth, Belen y otros lugares, en términos, que á los pocos años, los dominicos poseian ya diez y ocho casas en Tierra santa. En el norte de Europa, la órden de predicadores pagó los frutos de salud, que habia producido entre las naciones bárbaras, con la vida de mas de noventa hijos suyos, unos degollados, otros muertos á flechazos ó á lanzadas, y otros consumidos por el fuego.

Los dominicos y franciscanos, que se encontraban en Marruecos, recibieron del papa Honorio la dispensa de la observancia de aquellos estatutos de su órden, á los cuales no podian conformarse, sin inconveniente para la conversion de los infieles; por esta razon, se les permitió dejar el hábito regular, comer carne, leche, etc.; se les concedió además, para toda el Africa, la facultad de predicar, bautizar y confesar, absolviendo de todas las censuras reservadas á la silla apostólica; fulminar escomuniones contra las heregías que pudieran suscitarse, y en una palabra, hacer todo cuanto fuera necesario para propagar el evangelio entre los infieles, y para defenderle contra la perfidia de los apóstatas. Para asegurar mas entera libertad al ministerio de los dominicos, decidió el mismo papa, que los legados no pudieran conferirles, contra su voluntad, comisiones apostólicas. Jordan, en el capítulo general de 1226, manifestó los progresos que los frailes dominicos hacian entre los bárbaros, y la necesidad que habia de ausiliarles. Un gran número se manifestó dispuesto á aceptar el apostolado, y el vicario general eligió á los mas capaces, enviándolos al norte de Europa, hácia el Africa y la Palestina.

Marruecos, regado con la sangre de los cinco franciscanos, cuyas cabezas habia cor-

tado el mismo Miramamolin, no se mostró siempre tan hostil al cristianismo. El príncipe mahometano, que habia visto los estragos que el hambre y la peste habian hecho en sus estados durante cinco años, y que estas calamidades se habian mitigado por la intercesion de los mártires, cuyo ausilio se habia invocado para ello, permitió la predicacion de la fé en todos sus dominios, y el que se estableciese un obispo en Marruecos, con tal que fuese de la órden de S. Francisco. El establecimiento de esta silla episcopal, fué determinado por el papa, no solo en consideracion á las conquistas evangélicas entre los mahometanos, sino á la necesidad de proveer de una manera permanente al pasto y cuidado espiritual de los cristianos que existian en esta capital. Mármol Carvajal dice, en efecto, que habia en Marruecos dos grandes palacios en que moraban los cristianos muzárabes (1), de los cuales se servian los reyes para la guerra, permaneciendo con ellos sus mugeres y sus hijos. Jacob Almanzor, los llevó de España para custodia de su persona: su número era regularmente el de quinientos, que estaban muy bien pagados. Como se les permitia vivir en su religion, tenian en el mismo cuartel una iglesia, á la que iban á oir misa. Así permanecieron largo tiempo, hasta que D. Juan I, rey de Castilla, los hizo volver á España, haciéndoles cuantiosas donaciones y otorgándoles muchos privilegios. El hermano Agneau fué el primero que ascendió á la silla episcopal de Marruecos, en la que tuvo despues muchos sucesores. Contrasta admirablemente con estas

(1) Sin negar nosotros que hubiera en aquella época algunos cristianos naturalizados en Marruecos, á quienes se diera el nombre de muzárabes, creemos necesario advertir, que eran distintos de los descendientes de la raza goda, que habiendo conseguido de los árabes la libertad de su culto y la conservacion del rito de S. Isidoro, quedaron en Toledo despues de la conquista. Los árabes llamaban generalmente muzárabes, no solo á los cristianos, que entre ellos vivian, sino á todas las razas de orígen estrangero, que se naturalizaban en su pais. Por esta razon llamaron tambien muzárabes, y aun las llaman hoy, á las tribus de Beni-Kaleb, ó hijos de Kaleb, descendientes de Cais-Ailan de Aduan, el cual procedia en línea recta de Ismael, hijo de Abraham, á quienes los árabes dan el nombre de padre de los *muzárabes* á estrangeros naturalizados; como *mezclados con los árabes*, que es lo que propiamente significa aquella palabra introducida en la lengua árabe, despues de la conquista de Toledo.

El baron Henrion incurre en un error digno de rectificar, en obsequio al lustre de aquella raza, á que tenemos el honor de pertenecer; como lo es, el de suponer que los muzárabes volvieron á España en compañía de Jacob Almanzor.

Las nuevas que Jacob Almanzor recibió de las ventajas obtenidas en España sobre los muslimes, y la carta que le remitió el rey D. Alonso, de tal modo exasperaron su enojo, que le devolvió la misma al citado rey, escribiendo en el respaldo estas palabras, dictadas por su hijo Cid-Muhamad: « Dijo *Alá* omnipotente: revolveré contra ellos, y los haré polvo de podredumbre, con ejércitos que no han visto, y que no podrán evitar ni escapar de ellos, y los sumiré en la profundidad y los desharé. »

Para cumplir estas amenazas y entusiasmar el fanatismo mahometano, mandó sacar el pabellon rojo y la espada grande; y á su voz acudieron gentes de todas provincias, hombres, mujeres y niños. ¿Es creible que viendo los cristianos esta proclamacion de la *guerra santa* tomasen parte en ella para venir á combatir á sus hermanos, á su patria y á su misma religion? Prueba *evidente*, de que los llamados muzárabes, no eran cristianos naturalizados, ni mucho menos de la raza goda, que es á quienes propiamente se dá aquel nombre.

Por fortuna nos han trasmitido los historiadores árabes los detalles mas minuciosos de las tribus y razas, que vinieron de Africa en esta espedicion. Hé aquí lo que dice uno de ellos, describiendo su llegada á España:

« Cuando llegó el campo á Alcázar Alger (Algeciras) fueron pasando las taifas unas en pos de otras: la primera que pasó el mar fué de las tribus árabes, luego las zenetas, masamueles, gomaras, los voluntarios de las kabilas de Almagreb y otras de algiazazes, despues la ballestería; los almohades, guardias de servicio, pasaron y se acamparon en las playas de Algezira, Alhadrâ, y entonces pasó Amir Amuminin detras de ellos con numerosa compañía de xekes almohades, visires y alfakies de Almagreb, y quiso Dios que pasase con mucha felicidad, y en muy breve tiempo acampó en Alhadrâ. »

El historiador árabe no hace mencion de los muzárabes, circunstancia que por haber sido cierta, no habria omitido, para dar mas importancia á las manifestaciones del entusiasmo producido por la proclamacion del Alhiged ó guerra santa.

No nos parece menos aventurado, lo que en seguida añade el baron Henrion, diciendo, que los muzárabes pertenecieron al servicio de los príncipes de Marruecos, hasta que D. Juan I de Castilla los hizo volver, concediéndoles grandes privilegios. Prescindamos del silencio, que sobre esta materia, guardan algunos historiadores, que nos son familiares, y prescindamos tambien, de si eran aquellos solamente cristianos naturalizados; pero sí debemos asegurar, que no eran muzárabes toledanos de la raza goda.

Si así hubiera sido, constarian los privilegios que se dice les fueron concedidos. Nosotros hemos leido todos los otorgados á nuestra raza, desde D. Alfonso el VI hasta D. Juan I, y aun hasta Felipe V, último que los favoreció con sus concesiones, y no encontramos ninguno relativo á este hecho, pudiendo decir, que D. Juan el I no concedió á los muzárabes mas que un solo privilegio, y este no de cosa nueva, sino de confirmacion de los ya otorgados por sus antecesores. Su fecha es en Burgos á 30 de setiembre de 1379, está escrito en pergamino, y contiene el privilegio dado por D. Alfonso el VI en Toledo, á 20 de marzo, año 1101, el cual es el orígen de todos los demás, y la confirmacion de D. Enrique II, dada en Toro á 15 de octubre de 1371.

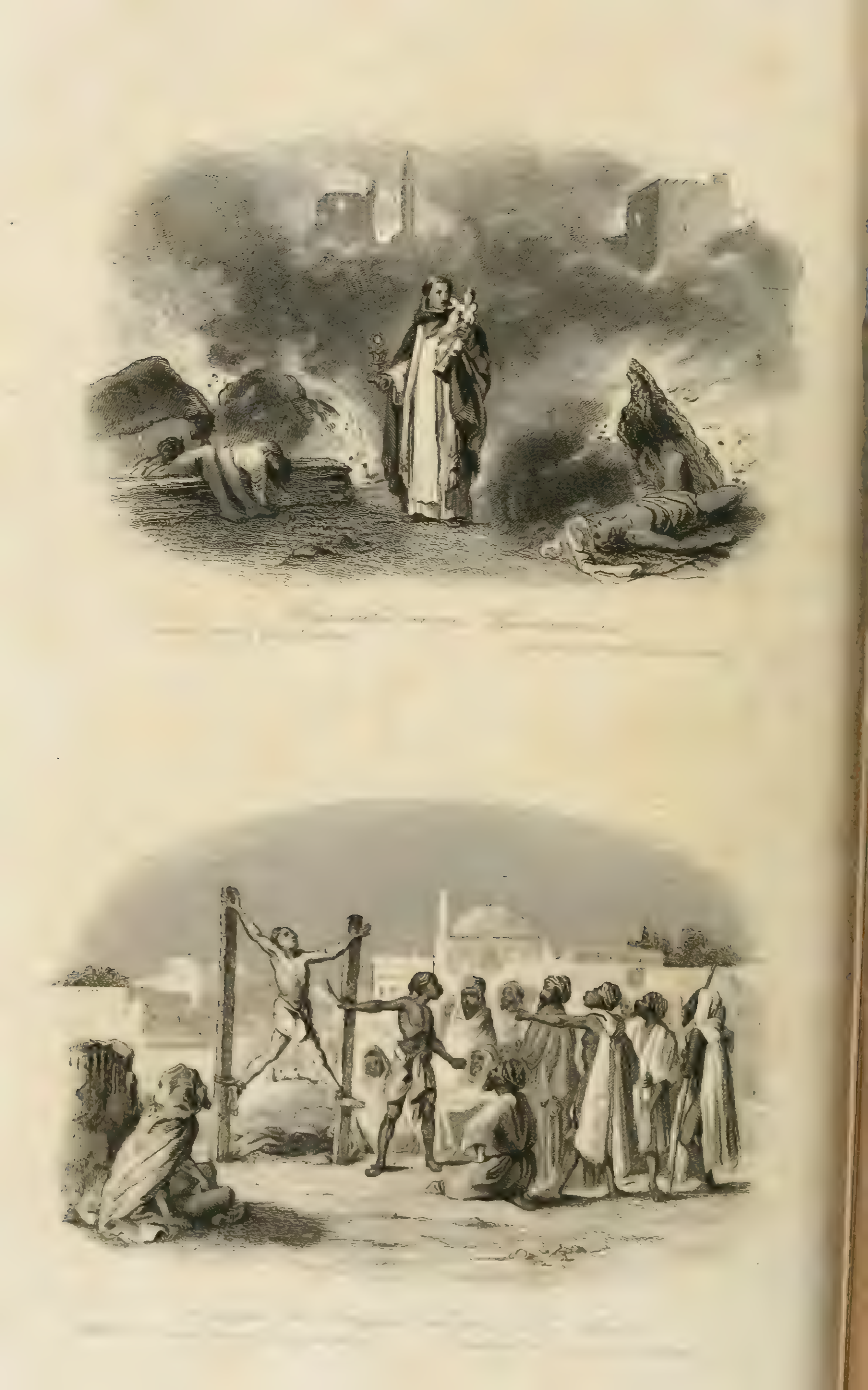
disposiciones favorables de los mahometanos, el martirio que los hermanos Hugues, Leon y Domingo, sufrieron en Marruecos hácia el año 1232.

Poco tiempo antes, y en otro punto de Berbería, habia alcanzado tambien la corona del martirio el hermano Eleu; el cual pasó á Túnez con el hermano Gilles, y despues de haber predicado en otra ciudad, durante algunos años, fué perseguido por varios musulmanes. Viendo que acudian á él sumamente enfurecidos, se puso de rodillas, tomó su regla en la mano, pidió la absolucion á su compañero, y entregando el cuello á sus verdugos, recibió la palma en recompensa de su celo. Estas alternativas de tolerancia y de persecucion, no desalentaron á los franciscanos, y en tanto número acudieron al suelo de Africa, que llegaron á formar una provincia de su órden. Gregorio IX escribió en 1235 al gefe mahometano de Túnez, que tratase con consideracion al hermano Juan, provincial de Berbería.

La crueldad de los moros de España era igual á la de los mahometanos de Africa. Los franciscanos Juan y Pedro, que habiendo ido á Valencia á predicar el Evangelio, fueron conducidos ante el príncipe, y puestos en alternativa de renegar de Jesucristo, ó de morir, prefirieron perder la vida, antes que la fé. En el acto de conducirlos al suplicio, en 1231, manifestaron su gratitud al gefe de los musulmanes por la gracia que les hacia, y pidieron á Dios, se dignase concederle la conversion en recompensa. Dios oyó esta sublime súplica: el perseguidor se hizo cristiano, y Vicente (este era el nombre del convertido), despues de la conquista de Valencia por el rey de Aragon, quiso donar á los hermanos de aquellos, á quienes antes de ser cristiano, habia martirizado, el palacio que se le habia señalado para su residencia (1). El celo de Gregorio IX por la conversion de los infieles, y para la reunion de los cismáticos, le impulsó á enviar á muchos franciscanos á diferentes partes del mundo. Uno de estos mensajeros, puso en manos del sultan de Damasco una carta, en que el papa le exhortaba á recibir la fé de Jesucristo, cuya esposicion le hacia, invitándole á que acogiese bien á los franciscanos, quienes le esplicarian los medios de alcanzar la salvacion. « Si, lo que Dios no permita (añadia el pontífice), despreciais abrazar y conservar esta fé, que ha sido probada por testimonios tan auténticos, y por milagros tan evidentes, jamás podreis encontrar escusa alguna para vuestro pecado, ante los ojos de aquel soberano, que ha de venir con todo el esplendor de su poder y de su magestad á juzgar al mundo por el fuego. Por lo demás, nosotros no vamos en busca de vuestros bienes, sino de vos mismo, y todo nuestro deseo se reduce á procurar la salvacion de vuestra alma; tampoco pretendemos disminuir en nada, ni vuestro dominio, ni vuestra gloria; al contrario, deseamos que una y otro se acrecienten.

« Este aumento sucederá por la gracia de Jesucristo. Si ejecutais lo que os dirán estos nuncios de paz, llegareis á ser las primicias de los fieles en Jesucristo, por el conocimiento de su fé, del mismo modo que sois el gefe y el príncipe de vuestros súbditos por el vigor de vuestra inteligencia, en que tanto os distinguis de ellos. Otros soberanos han tenido la misma dicha; instrumentos han sido de salvacion para su pueblo, por medio de sus creencias, y en vez de disminuir por esto la gloria temporal de sus estados, la han cimentado, mereciendo recibir de Dios el reino de los cielos, que nunca se acaba. » El franciscano Jacobo de Russano, que volvia de Africa, refirió á Gregorio IX la abundante cosecha de estos territorios, pidió mas obreros evangélicos, y el papa le envió con muchos compañeros, para que pudiesen recorrer la tierra de los musulmanes,

(1) Consta que se lo dió realmente, y es el convento de franciscanos, llamado el Grande. Este rey se llamaba Azoto, y es muy tierna la narracion, que del martirio de esos santos, y de la conversion de Azoto, asi como de la donacion del palacio, hace S. Antonino de Florencia. Dos ó tres anos atrás se descubrió en Valencia, en el mismo convento, ex-palacio, el sepulcro de Azoto.





entregándole una carta dirigida al rey de Georgia, en que le recomendaba los misioneros. Otros frailes franciscanos llevaron cartas, semejantes á las que habian sido dirigidas al sultan de Damasco, para el califa de Bagdad y para el Miramamolin de Marruecos.

Una feliz rivalidad estimulaba á los hijos de S. Francisco y de Sto. Domingo, igualmente escogidos por Gregorio IX, para la regeneracion de tantos pueblos, en las tres partes del mundo entonces conocido. Los dominicos, habian establecido una mision en el reino de Nápoles, para separar de las supersticiones del islamismo á los musulmanes que permanecian aun en Nocera, inteligencias obcecadas, que no tardó en alumbrar la verdad católica, y los franciscanos habian sido llamados para realizar y desenvolver la conversion de los pueblos del norte.

No podemos menos de indicar en este lugar los admirables trabajos de S. Jacinto, sobrino de Ives de Konski, obispo de Cracovia. Despues de haber recibido en Roma el hábito, de mano de Sto. Domingo, con su hermano S. Ceslas, y reanimado la fé en Polonia, fué á combatir los restos obstinados de la idolatría en Prusia, en Pomerania, en Dinamarca, en Suecia, en Gothia, en Noruega, en la Rusia *Roja* y *Negra*, en el Archipiélago griego y entre los Comeranos. Su celo abrazó el Asia entera, recorrió despues la Gran Tartaria, penetró en el Tibet, y llegó hasta la China, de donde volvió á Polonia, señalando cada dia con una victoria sobre el paganismo, sobre la infidelidad musulmana, ó sobre el cisma ó la heregía.

La Tierra santa habia sido ya erigida en provincia dominicana, y Jordan habia manifestado en el capítulo general de 1235, la intencion de ir á aquellos paises, para ver los frutos abundantes de la solicitud de sus hermanos. En 1236, se embarcó efectivamente con muchos compañeros suyos, pero sorprendidos por una tempestad, cerca de Ptolemaida, ó S. Juan de Acre, perecieron todos á vista de los lugares que iban á visitar. Las aguas, despues de calmada la tempestad, arrojaron sus cadáveres á las playas. Felipe, prior de los dominicos en Tierra santa, logró atraer á la unidad al patriarca de los Jacobitas, que por desgracia no tardó en volver á apostatar. Tancredo, nombrado por Jordan vicario de los conventos de Tierra santa (y que despues llegó á ser provincial) obtuvo mejores resultados, atrayendo, por el fuego de su palabra, á una multitud de hereges, judíos y mahometanos.

Los dominicos de la mision de Africa, consiguieron que un nieto del gefe musulman de Túnez, abrazára la fé católica, pero al ser conducido á Roma para ser bautizado por el romano pontífice, fué hecho cautivo por los sicilianos. La amenaza de las censuras eclesiásticas le volvieron la libertad, y al fin pudo conseguir, que el padre comun de los fieles le administrara el bautismo y la confirmacion.

Otros dominicanos se dirigieron á Georgia, desolada por los tártaros, para hacerla entrar en el seno de la iglesia romana. Los bárbaros tenian sitiada á Kiew, capital de ambas Rusias. San Jacinto, que habia fundado en ella un convento, se halló en medio del incendio y de los arroyos de sangre producidos por el asalto, y con el copon en una mano y con una imágen de la santa Vírgen en la otra, atravesó las llamas. (Pl. III, n.º 1.) San Ceslas, su hermano, habia enviado veinte y siete dominicos á predicar la fé y á recibir la corona del martirio. Él mismo se consagró á evangelizar la Silesia, y con los habitantes de Breslau, se retiró á la ciudadela por causa de la invasion de los mongoles. Ya se preparaban estos bárbaros á escalar los muros, cuando el humilde hijo de Sto. Domingo, que acababa de celebrar los misterios divinos, renovó los prodigios de Elias y Eliseo. Apenas se presentó, cayó del cielo, en el campo de los infieles, un globo de fuego que esparció el terror y la confusion entre los tártaros, quienes viéndose al mismo tiempo atacados por los sitiados, renunciaron á su empresa. El hermano Pablo, dominico tambien, convirtió á un gran número de idólatras en Croacia, Esclavonia, Transilvania, Valaquia, Moldavia, Bosnia y Servia; llevando además la

antorcha de la fé á los habitantes de la Comania, mision que los dominicos desempeñaban en union con los franciscanos. El hermano Pablo y noventa religiosos de su órden, sufrieron el martirio en 1242, despues de haber invadido los tártaros el territorio, en que aquellos habian ejercido su celo con tanto fruto. Unos fueron quemados, otros decapitados y otros muertos á flechazos ó á lanzadas.

En tanto que franciscanos y dominicos se consagraban á estas obras de misericordia espiritual, dos nuevas órdenes, en las cuales se personificaba la caridad católica de la manera mas tierna, se dedicaban á las obras de misericordia corporal, en favor de los cristianos cautivos por los mahometanos. Gloria es de la Francia haber sido patria de sus fundadores.

San Juan de Mata y S. Félix de Valois fueron fundadores de la órden de la santísima Trinidad, cuyos individuos, dedicados al rescate de los cristianos cautivos entre los infieles, se proponian, con esta buena obra, no solo la libertad del cuerpo, sino la salvacion de las almas espuestas al peligro de la apostasía (1). Las costas de Berbería y de España, ocupadas por los moros, eran teatro del celo de los trinitarios, cuando S. Pedro Nolasco, francés tambien, como S. Juan de Mata y S. Félix de Valois, fundó, con el concurso de S. Raimundo de Peñafort, la órden de la Merced (2). «Nò está exento de misterio, dice la historia de esta militar órden, el hecho de haber nacido Nolasco el dia 1.º de agosto, consagrado á S. Pedro *Ad-Vincula*; ni el de que recibiera el nombre de Pedro en el bautismo, que le fué administrado en una parroquia dedicada á S. Pablo. Dios quiso señalar por todas estas circunstancias, que Nolasco estaria en algun dia cargado de cadenas por los turcos, como S. Pedro su patrono lo habia sido por Herodes, y que seria la piedra fundamental del edificio espiritual de una nueva órden, en la cual, á ejemplo de S. Pablo, llegaria á ser cautivo de Jesucristo por su mucha caridad. La divisa de este santo era: *Vincula me manent.* «Las cadenas de los cautivos me pertenecen, la esclavitud es mi herencia.» El rescate de 2120 cautivos le preparó al establecimiento de la órden de la Merced. «La Francia, añade la historia de este instituto, se enorgullecerá eternamente con haber sido cuna de S. Pedro Nolasco, y este se glorificará, sin menoscabo de su humildad, de haber empleado los primeros treinta y seis años de su vida en prodigar á los cautivos su ternura y su caridad.»

Como no bastaba rescatar á los esclavos, y como frecuentemente enfermaban los cristianos rescatados, á causa de las consecuencias de la esclavitud y de las penalidades del camino, los conventos de la Merced fueron tambien, desde 1238, hospitales para la curacion de estos y otros enfermos pobres. Dos religiosos, á quienes por su ocupacion, se dió el nombre de redentores, iban á los paises infieles á socorrer y rescatar á los cautivos cristianos. San Pedro Nolasco, despues de haber ejercido este cargo en lás costas de España, partió para Argelia, donde tuvo mucho que sufrir y donde fué cargado de cadenas por la fé de Jesucristo. La violencia no pudo enfrenar su lengua, y tanto era su deseo de alcanzar el martirio, que á pesar de todas las prohibiciones, continuó todo el tiempo que duró su cautividad, combatiendo los errores de los infieles.

1 La órden de la Trinidad fué fundada en 1198, y aprobada por Inocencio III en el mismo año. Contaba en España al tiempo de la esclaustracion, ochenta y cinco conventos. Fué reformada por el español Juan Bautista de la Concepcion, que cursó en la universidad de Toledo. Clemente VIII aprobó la reforma, y contaba en España en 1835, veinte y ocho conventos.

(2) La órden de la Merced, no fué fundada en los términos que dice el baron Henrion; lo fué en Barcelona, en 1218, por el rey D. Jaime I de Aragon, y si bien no puede negarse que en ello influyó el consejo de S. Pedro Nolasco y S. Raimundo de Peñafort, tampoco debe quitarse á D. Jaime la gloria de haberlo aceptado y realizado. Gregorio IX aprobó esta órden en 1218, y en 1835 contaba en España noventa y siete conventos.

Sobre la reforma de esta órden, hecha tambien por españoles en 1603, hé aqui lo que dice el P. M. Florez: «La reforma de mercenarios descalzos, tuvo su origen en la córte de nuestros reyes católicos. Diéronla principio el dia 8 de mayo de 1603, cuatro religiosos de heróica y calificada virtud, con la direccion y asistencia del maestro general de la observancia, fray Alonso de Monroy, y auxiliados de la Excma. Sra. Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa de Castellar. Tiene esta reforma por patronos generales y fundadores de muchas casas á los Excmos. Sres. Duques de Medina-Sidonia.»

Siguieron las huellas del fundador muchos intrépidos religiosos, entre los cuales merecen especial mencion, el P. Serapion, inglés, y el español S. Ramon Nonato.

El primero, enviado como redentor á Argel, consiguió la libertad de muchos cautivos, quedándose él en rehenes; reanimó la fé vacilante de otros, y aun convirtió á muchos mahometanos, por lo cual fué apaleado y preso. Fué condenado despues á una muerte tan cruel, como ignominiosa, pues completamente desnudo, se le espuso á las iras del populacho. Se pusieron dos palos clavados en la tierra, á distancia conveniente, y se le suspendió de ellos, atándole una mano y un pié, formando una cruz, ó mejor dicho, una haspa, y por último, los verdugos multiplicaron sus dolores cortando á trozos su cuerpo. Serapion, durante tan horrible suplicio, no cesó de bendecir á Dios, y de exhortar á los cautivos á que sufrieran con resignacion. (Pl. III, n.° 2.)

San Ramon Nonato, enviado á Berbería, consiguió de los argelinos la libertad de gran número de esclavos. Luego que se le acabaron los fondos, se entregó á sí mismo, en rescate de aquellos cristianos, cuya situacion era mas penosa, y cuya fé estaba mas espuesta. El sacrificio generoso que hizo de su libertad, irritó á los musulmanes, y le trataron con tanta inhumanidad, que hubiera perecido entre sus manos, si el temor de perder la suma estipulada para su rescate, no hubiera movido al cadí á ordenar, que se le perdonase. Aprovechándose del permiso que se le concedió para salir, visitó y consoló á los cristianos, logrando tambien convertir á varios judíos y musulmanes. El gefe mahometano de Argel, luego que supo los resultados de su celo, mandó que fuese empalado; pero los interesados en percibir el precio del rescate, alcanzaron se le conmutase la pena, con el castigo de los palos. Ni aun este nuevo suplicio disminuyó su ardor, figurándose que nada habia hecho, en tanto que estuviesen sus hermanos en peligro de perecer por toda una eternidad. « Aun cuando se diera á los pobres tesoros inmensos, decia con S. Juan Crisóstomo, esta buena obra no llega ni con mucho, á la del que contribuye á la salvacion de un alma. Esta limosna es preferible á la distribucion de diez mil talentos, y vale mas que el mundo entero, por grande que parezca á nuestra vista, porque un hombre es mas precioso que todo el universo. » No solo volvió á exhortar á los cristianos, sino á instruir á los infieles. El gefe mahometano, irritado al ver su perseverancia, mandó fuese azotado en las esquinas de todas las calles de la ciudad. En medio de la plaza pública se le horadaron los labios con hierros encendidos, poniendo en los agujeros una cadena, que no se le quitaba, sino para darle de comer cada tercer dia; por último, se le cargó de hierro y fué metido en un oscuro calabozo. Allí permaneció por espacio de ocho meses, al cabo de los cuales, fué rescatado por los padres de la Merced, con el dinero remitido por S. Pedro Nolasco. Puesto en libertad, solicitó se le permitiera vivir entre los esclavos, que tenian gran necesidad de sus ausilios; pero se vió obligado á marchar, obedeciendo las órdenes de su general. A su llegada á España, fué nombrado cardenal, sin que esta dignidad modificase sus sentimientos, ni método de vida, cubriendo su púrpura con el velo de la humildad. Al dirigirse á Roma, á donde el papa le llamaba, murió en Cardona, provincia de Barcelona, el 31 de agosto de 1240, á la edad de treinta y siete años, dejando un ejemplo admirable de caridad cristiana.

En 1242, se dirigieron á Argel los hermanos Raimundo de S. Victor y Guillermo de S. Leonardo, francés, los cuales, despues de haberse librado de un naufragio, cayeron en manos de los mahometanos, que se apoderaron del dinero que llevaban para la redencion de los cautivos. Otros musulmanes los detuvieron en Andalucía, cuyo gefe, irritado por el desprecio que los generosos confesores hacian del Alcoran, mandó cortar sus cabezas en la prision. La muerte de estos dos religiosos aumentó los deseos, que S. Pedro Nolasco te-

nia, de morir en manos del verdugo, ejerciendo el cargo de redentor: pero Dios se contentó con la vehemencia de ese deseo, sin permitir llegára á verse realizado en los muchos viages emprendidos por el fundador.

Un franciscano alcanzó tambien la corona del martirio. Pedro de S. Denis, que se ocupaba en Túnez en el rescate de los cautivos, y en consolar la miseria de los demás esclavos, se puso á predicar públicamente las verdades de la fé, tan opuestas á los groseros errores del islamismo; pero acusado de impiedad, fué entregado al furor de los soldados, y despues de mil ultrages, le cortaron la cabeza en 1247 y arrojaron su cuerpo á las llamas. La historia de la órden de la Merced hace notar sobre esto, las tres siguientes circunstancias: 1.ª, que los mercaderes cristianos ofrecieron dinero para el rescate de su vida; 2.ª, que el confesor de Jesucristo prometió en este acto, que en el caso de que no le diesen muerte, pasaria el resto de sus dias en Túnez, para servir y consolar á los cautivos; 3.ª, que el santo religioso no dejó de pronunciar el nombre de Jesus, hasta que exhaló el último suspiro, á pesar de los palos que sus enemigos le daban en la boca, para privarle de este consuelo.

Al año siguiente escribió Inocencio IV al Miramamolin y á los gefes mahometanos de Túnez, de Bugía, etc., invitándolos á que no se opusieran á la mision del segundo obispo de Marruecos. Despues de la muerte del hermano Agneau, eligió el romano pontífice á su hermano Lope Fernando Dain, aragonés, revestido por Inocencio IV con la dignidad episcopal de Marruecos, que aceptó por obediencia; y en vez de dirigirse á Levante, para donde anteriormente se le habia destinado, tomó el camino de Africa con muchos hermanos suyos. Allí ejerció su cargo con gran celo y algun fruto; pero viendo al cabo de algunos años, que los musulmanes se obstinaban en su error, rogó al romano pontífice aceptára su dimision. Los dominicos, como los franciscanos, recibieron testimonios de la proteccion de Inocencio IV, que concedió á los frailes de Tierra santa, encargados de evangelizar á los jacobitas, nestorianos, gregorianos, armenios, griegos, maronitas y otras naciones semejantes, el privilegio de comunicar con los escomulgados, y el de absolverlos de las censuras, caso de que volvieran á la iglesia romana. De la enumeracion que acabamos de hacer, es fácil deducir que se habia estendido por el oriente gran número de dominicos, ocupados en la conversion de cismáticos y hereges, además de la de los idólatras é infieles.

CAPÍTULO II.

Misiones y embajadas de dominicos y franciscanos entre los tártaros.

Las irrupciones de los tártaros, de que hemos hablado en el capítulo anterior; nos mueven á tratar de las misiones establecidas por la solicitud de los romanos pontífices en favor de estos pueblos. Para considerar á la Tartaria en su mayor dimension, es preciso tirar una línea desde la embocadura del Oby hasta la del Dnieper, siguiéndola por el lado del este, á través del Ponto Euxino, comprendiendo la península de Crimea, prolongarla, siguiendo el pié del Cáucaso, por las riberas de Kur y de Arras, hasta el mar Caspio. Partiendo despues de la ribera opuesta de este mar, se sigue el curso del Djhyun y la cadena opuesta del Cáucaso hasta el Imans; se continúa la línea mas allá de la gran muralla de la China y del pais de Yetso, pasando las fronteras de Persia, de la India, de la China y de Corea, pero comprendiendo una parte de la Rusia y todos los paises situados entre el mar glacial y el mar del Japon. De Guignes nos presenta un cuadro magnífico de esta vasta region. La describe como un edificio imponente, cuyos pilares son una miltitud de filas de colinas magestuosas, que tienen por cúpula una montaña colosal, que los chinos llaman *celeste*, y cuyos lados están bañados por grandes rios. Si el edificio es de una magestad tan asombrosa, el pais que le rodea tiene una estension proporcionada, sien-

do aun mucho mas admirables sus variadas riquezas. Tiene paises incrustados en hielo, y otros abrasados por un cielo de fuego y cubiertos con lava. Aquí encontrareis espacios inmensos, ocupados por desiertos arenales é impenetrables bosques; allí jardines, alamedas y prados perfumados, que regados por arroyos sin número, esmaltan además variadas flores y sazonados frutos. Del este al oeste, se encuentran muchas grandes provincias, que son planos de las mas altas montañas del mundo, ó al menos del Asia, y que se les tendria por valles, comparándoles con las elevaciones que los dominan. En algunos puntos de esta region estraordinaria se disfruta de un clima tan delicioso como el de Grecia, Italia y la Provenza; otros tienen la misma temperatura que la Inglaterra, la Alemania ó el norte de la Francia; pero las regiones hiperbóreas no son recomendables por su belleza, al menos en el estado actual de la temperatura del globo. Hácia el sur, sobre las fronteras del Iran, están los hermosos valles de Soghd y las famosas ciudades de Samarcanda y de Bokhara: en las del Tibet, los territorios de Kachghar, Khoten, Chegnyl y Khata, célebres por sus perfumes y belleza de sus habitantes: en las de la China, el pais de Tchyn, que fué en otro tiempo un reino poderoso, cuyo nombre como el de Khata ó Kathai, ha sido dado en los tiempos modernos á todo el imperio chino.

No debemos pasar en silencio el hermoso territorio de Tangut, conocido por los griegos con el nombre de *Serica*, y que consideraban, como la estremidad mas apartada del mundo habitable por la parte del oriente.

La palabra *Scythia* parece ser la denominacion general dada por los antiguos europeos á toda la porcion de este estenso pais, que les era conocido; pero los nombres *Scythia* y *Tartaria* no son los que los habitantes usan para designar esta region, ni tampoco los de *India*, *China*, *Persia* y *Japon*, son denominaciones usadas en lengua del pais. La Tartaria, que segun Plinio, comprendia una multitud de naciones, que subyugaron en diferentes épocas el resto del Asia y de Europa, es llamada, segun las diversas figuras que han ocurrido á la imaginacion de los historiadores, *la gran colmena de los enjambres del norte*, *el semillero de legiones irresistibles*, y como metáfora mas atrevida, *fábrica del género humano*.

Fácil es suponer, que las infinitas agregaciones de tártaros, establecidos, ya en grandes poblaciones, ya en llanuras, ya en habitaciones movibles que trasportaban en busca de pastos, debian diferenciarse por sus facciones, tanto como por sus dialectos; se distinguen sin embargo, los tártaros, que no han emigrado, ni se han confundido con otra nacion por cierto aire de familia y principalmente en los ojos, en el aire del cuerpo, y en esta forma de delineamientos que llamamos fisonomía tártara. En general, estos pueblos carecian de literatura; y en esta parte están contestes todas las autoridades; los turcos no tenian caractéres, y los hunnos, segun Procopio, ni aun habian oido hablar de ellos. El magnífico Gengis-Khan, cuyo imperio comprendia una estension de noventa grados cuadrados, no encontró entre sus mongoles un solo hombre que pudiera leer sus despachos; ni aun Tamerlan, salvage dotado de una gran fuerza de inteligencia, sabia escribir, ni leer. No debe estrañarnos que los idiomas de los tártaros, del mismo modo que los de América, hayan estado en una fluctuacion contínua, ni que las numerosas tribus, establecidas entre Moscou y la China, hablen cincuenta dialectos diferentes. Cierto es, que se ha celebrado mucho en Tartaria el código llamado Yacag, que se cree haber sido promulgado de nuevo por Gengis-Khan, del mismo modo que sus instituciones fueron despues adoptadas por Tamerlan; pero estas leyes fueron mas bien que otra cosa, una especie de derecho comun y tradicional, y es probable que no han sido escritas, sino luego que Gengis-Khan conquistó á alguna nacion que supiera escribir. Caso de haber sido cultivadas las ciencias en las regiones del norte de la India, debieron serlo en el Oighur el Kachghar, el Kathar, el Tehyn, el Tangut y otros paises de la Tartaria china, si-

tuados entre los 35 y 45 grados de latitud septentrional, que fueron deudores de sus luces á la proximidad de la India y de la China. Podemos creer á los que nos lo aseguran, que las tribus de tártaros errantes, eran muy hábiles en aplicar las plantas y los minerales para los usos de la medicina, y que se tenian por muy sabios en la mágia. Hé aquí ahora cual parece haber sido el carácter general de esta nacion. Los tártaros eran cazadores ó pescadores de profesion, y moraban por consiguiente en los bosques, ó á las orillas de los grandes rios, en tiendas groseras ó en carros que sus caballerías conducían de un lugar á otro; eran arqueros diestros, escelentes ginetes, intrépidos combatientes que fingian huir en desórden, para renovar el combate con ventaja; bebian leche de yegua, comian su carne y gustaban mucho de licores espirituosos.

Abul-Ghazy refiere, que la adoracion pura de un solo Dios dominó en Tartaria durante las primeras generaciones de Jafet, y que cesó antes del nacimiento de Oghuz, por quien fué restablecida en sus estados; que algunos siglos despues los mongoles y los turcos cayeron en la mas grosera idolatría, pero que Gengis-Khan era theista, y que en una conversacion con doctores mahometanos, convino en que no se podian refutar sus argumentos en favor de la existencia y de los atributos de la divinidad, negando al mismo tiempo la verdad de la mision de su profeta. Antiguos autores griegos nos enseñan, que los massagetas adoraban al sol, y la relacion de la embajada que Justino envió al khagan ó emperador, que residia entonces en un hermoso valle, cerca del nacimiento del Irtich, hace mencion de una ceremonia, con la cual fueron purificados los embajadores, haciéndolos pasar entre dos fuegos. Se representa á los tártaros de aquel siglo, rindiendo adoraciones á los cuatro elementos y creyendo en un espíritu invisible al que sacrificaban toros y carneros. En las solemnidades de muchas tribus tártaras, se derramaba sobre las estátuas de los dioses algunas gotas de un licor consagrado, y en seguida uno de los servidores arrojaba por tres veces un poco de lo que quedaba, hácia el sur, en honor del sol; hácia el oeste, en honor del aire y del agua, y hácia el norte, en honor de la tierra, que encerraba los restos de sus antepasados.

Es preciso recordar que los antiguos no conocian nada del norte de Asia, y que ni aun sospechaban la existencia de los vastos territorios que terminan al este. Las nociones, que sobre el oriente, trasmitieron á los pueblos modernos de Europa, se borraron en cierto modo, ó fueron de inútil aplicacion, por la decadencia rápida del imperio de los califas. Habian desaparecido ciudades antiguas; se habian fundado y engrandecido otras; se habian difundido nuevas lenguas; se habian acreditado nuevas dominaciones, mientras que los pueblos de Europa, hechos presa de la invasion de los bárbaros, divididos por sangrientas luchas, y sumergidos en las tinieblas de la ignorancia, se habian hecho cada vez mas estraños los unos á los otros, y aun al resto del mundo. Dos grandes acontecimientos, las cruzadas y las conquistas de Gengis-Khan, contribuyeron á principios del siglo XIII á destruir este aislamiento. Las cruzadas obligaron á las diversas naciones europeas, á reunirse bajo unas mismas tiendas, á formar parte de la misma confederacion, y á considerarse en cierto modo, como individuos de una misma familia; les fué en fin preciso aprender á conocer esas comarcas orientales, que invadian con sus ejércitos. Las hordas de Gengis-Khan, inundaron repentinamente el Asia y Europa, y el terror que produjo su irrupcion, desde la Corea y el Japon, hasta Polonia y Silesia, se propagó por Alemania, por Italia y aun por la misma Francia. Por la primera vez en Europa, se llegó á formar conjeturas sobre la vasta estension de las llanuras del norte de Asia, que la antigüedad designaba con el nombre de Scythia. Los grandes y ricos territorios que terminaban, al oriente, esta parte del mundo, salieron en cierto modo, para los pueblos de occidente, del seno del Océano, en que los sistemas de los geógrafos antiguos los habian sumergido. En me-

dio de este súbito acrecentamiento del poder mongol, objeto de un terror tan universal, buscó la santa sede, en union con muchos príncipes cristianos, los medios de estender la religion católica hasta las estremidades del Asia, y de procurarse un socorro eficaz contra los musulmanes, que estaban á punto de arrebatar á los cruzados las conquistas, que habian costado tanta sangre y tantos tesoros. Algunos misioneros piadosos, encargados de inspirar á los feroces conquistadores de Asia los intereses del cristianismo, se dirigieron á los príncipes mongoles, que fluctuaban entre el islamismo y sus antiguas creencias.

El sobrenombre de Preste-Juan habia sido atribuido á muchos grandes khanes de los mongoles Kerastes (1) porque eran cristianos nestorianos y sacerdotes. Sabido es que Nestorio enseñó, que habia en Jesucristo dos personas, Dios y el hombre; de donde se seguia, que entre la divinidad y la humanidad de Jesucristo no habia una union sustancial, sino solamente una union de afecciones, de voluntades y de operaciones. La profesion de fé nestoriana de estos gefes mongoles Kerastes, data desde fines del siglo VIII y principios del IX, en que Timoteo, patriarca de los nestorianos, que residia en el monasterio de *Bet-Aba* en Asiria, envió á muchos de sus religiosos á predicar entre los tártaros, próximos al mar Caspio, logrando hacerse escuchar y establecer iglesias hasta en Kathai. El sobrenombre de Preste-Juan se aplicó á Ung-Khan, desde el tiempo de Alejandro III.

Felipe, médico del papa, que acababa de recorrer la Tartaria, manifestó á este pontífice, que el príncipe nestoriano estaba inclinado á abrazar la fé de la santa sede, y con este motivo escribió Alejandro á Ung-Khan (1177) confirmándole en su resolucion, y exhortándole, enviára diputados á Roma, donde veria la verdad en su mismo orígen. El poder de Ung-Khan se eclipsó en 1203, ante el del terrible Gengis-Khan; pero el contacto de los nestorianos, que hicieron conocer á sus vencedores el cristianismo, aunque de una manera imperfecta, debió fortificar la rivalidad que existia entre tártaros y mamelucos, por la diferencia de su religion y costumbres. La oposicion á las naciones musulmanas, que era comun á mongoles y cristianos, movió á unos y á otros á combinar sus esfuerzos, y despues de la division del gigantesco imperio fundado por Gengis-Khan (muerto en 1226), (1) sus sucesores, sometidos á las ordinarias vicisitudes de la política y de la guerra, concluyeron por apreciar todas las ventajas de la alianza con los francos.

Batchu, nieto de Gengis-Khan, llevó la desolacion á Rusia, Polonia, Hungria y Bulgaria. Inocencio IV, desde el mes de marzo de 1245, antes de la apertura del primer concilio general de Leon, que no tuvo lugar hasta el mes de julio, se determinó á enviar misioneros en-

(1) No seria muy aventurado encontrar la etimologia de este nombre, en la palabra árabe Kharedjitas, que significa rebelde, con que designan los musulmanes á todos los que se sublevan contra su legítimo príncipe.

La analogia de ambas voces, y su aplicacion á los individuos, que separándose de la unidad católica, se rebelaron contra la cabeza de la Iglesia, son hechos que autorizan nuestras conjeturas.

(1) Sobre el origen de esta palabra hé aquí los datos curiosos que leemos en Anquetil.

Despues de otras victorias, renovó Ternugin la misma inauguracion á la cabeza de su ejército, con ceremonias de menos pompa, pero mas enérgicas en su sencillez. Se sentó en una silla, sin adorno alguno, colocada en una eminencia formada de césped, y desde allí, arengó á la junta con una elocuencia, que le era natural. Concluido su discurso, se sentó en el suelo sobre un paño negro, y el orador que tenia el encargo de hablar, hizo este breve discurso: «Por grande que sea, oh, príncipe, vuestro poder, le teneis del cielo. Dios echará su bendicion á vuestros designios, si gobernais á los vasallos con justicia. Lo contrario sucederá, si abusais de vuestro poder: os vereis negro como el paño en que estais sentado, es decir, miserable y reprobado.» Recibido este buen consejo, le levantaron con respeto siete kanes, le colocaron en el trono, y le declararon cabeza de todo el imperio del Mogol. Se halló á propósito uno de sus parientes, llamado Kokja, que por su rigorosa práctica en las obligaciones de su religion, pasaba por hombre inspirado. Este se llegó al príncipe, y le dijo: «Vengo de parte de Dios á deciros, que desde hoy os llamais Ghengnis-Kan, y mandeis que en adelante os den vuestros vasallos este nombre.» Debe advertirse que esta palabra significa el mayor de los Kanes. Se le ratificó esta denominacion con las mas grandes espresiones de alegría; y como los mongoles creyeron la falsa revelacion, empezaron á mirar el resto del mundo como una propiedad perteneciente al gran Kan, por derecho divino; en este concepto, no respiraban ya mas que guerra; y aun la resistencia de los príncipes, que emprendian la defensa de sus estados, les parecian delito contra el cielo.

tre los tártaros, para tratar de dulcificar la ferocidad de estos pueblos, escogiendo para esta mision á varios dominicos y franciscanos.

Cuando el prior de los dominicos de Paris anunció el establecimiento de misiones para Tartaria, todos se prestaron á inscribirse, llenando la sala capitular de sollozos, y pidiendo unos con lágrimas ser destinados á aquellas, y afligidos otros, con la idea de las inmensas fatigas, y de la muerte cierta, que iban á arrostrar sus queridos hermanos. Unos lloraban de gozo, porque se les habia concedido el permiso de marchar, y otros de dolor, porque no habian podido obtenerle. Estos detalles, transmitidos por los historiadores de la órden, prueban cuán grande era la caridad de los hijos de Sto. Domingo en favor del prógimo; cuán grande el deseo por la salvacion de las almas, y cuán grande el ardor de que estaban animados por la estension de la fé católica.

Los dominicos escogidos por Inocencio IV, fueron: Nicolás Ascelin, gefe de la legacion, Simon de S. Quintin, Alejandro, y Alberto; á los cuales se reunieron despues, en el camino, Ricardo de Crémona y Andrés de Lonjameau. Esta embajada siguió el sur del mar Caspio, atravesó la Siria y la Persia, y llegó en el mes de agosto de 1247, dia de la traslacion de Sto. Domingo, al ejército de Nuian Batchu, uno de los primeros gefes mongoles, que estaba acampado con sus nómadas en el Chowarezem.

Batchu envió á su principal consejero y á sus intérpretes, para que preguntáran á los religiosos quiénes eran. Los dominicos respondieron que se presentaban en calidad de embajadores del papa, el mas elevado en dignidad entre los cristianos, y á quien todos honraban como á su padre. Sorprendidos los tártaros, al oir esta respuesta, preguntaron á los misioneros, si no sabian que el khagan *era hijo del cielo*, título chino, que significa emperador, y que nuestros historiadores han traducido por *hijo de Dios*. Los bárbaros se admiraron, cuando Ascelin replicó que el papa no sabia lo que era el khagan, y se aumentó su asombro, al ver que, contra el uso constante de los embajadores en Asia, estos no traian ningun presente, y que los religiosos rehusaban prosternarse delante de Batchu, especie de homenage, que este gefe, como lugar-teniente del *hijo del cielo*, exigia en testimonio de la sumision del papa. Cuando los dominicos, despues de haber deliberado entre sí, ofrecieron rendir á Batchu los honores que reclamaba, con la condicion de que se hiciera cristiano, montaron en cólera sus enviados y llenaron de injurias á los religiosos. Batchu, á quien se dió noticia de lo ocurrido, quiso condenar á muerte á los embajadores, con desprecio del derecho de gentes, aconsejándole algunos oficiales suyos desollára al gefe de la embajada, llenara su piel con paja, y se la entregára á sus compañeros, para que se la llevaran al papa. La mas antigua de las seis mugeres de Batchu, y los oficiales encargados de los negocios de los embajadores, se opusieron á este acto de barbarie, haciendo ver á su gefe, que de esta manera se dificultaba para lo sucesivo la introduccion de embajadores, y por consiguiente el interés de recibir presentes; que se podia tomar en represalia á sus propios enviados; y en fin, que el khagan habia ya manifestado su disgusto, cuando, en una ocasion semejante, se arrancó el corazon á un embajador. Batchu consintió en dejar vivir á los misioneros, pero quiso que fuesen á la *orda* (habitacion) imperial, llamada por los mongoles *syra orda*, á fin de que pudiesen ver la magnificencia y gloria del khagan. Ascelin declaró, que su mision se reducia á unirse al primer ejército de los tártaros, y sin duda fué esta manifestacion de firmeza, causa de que no se les diese por todo alimento, mas que un poco de pan y agua, y alguna vez algo de leche. Despues de muchas dilaciones, fueron traducidas en persa las cartas del papa, por intérpretes turcos y griegos; luego se vertieron del persa al tártaro por los de Batchu, y se trató de despedir la embajada, y de enviar al romano pontífice nuevas órdenes del kha-

gan, que los tártaros llaman *cartas del cielo.* Ascelin nos las dá á conocer, en la relacion de su viage, traducida por Bergeron, el cual califica sencillamente de *barones tártaros* á los oficiales de Batchu. Dos enviados tártaros llevaron la respuesta á Inocencio IV, en el estío de 1248, época de la vuelta de Ascelin. Esta respuesta fué traducida tres veces, de lenguajes desconocidos, á otros mas conocidos, en proporcion que los enviados se aproximaban á las comarcas occidentales. Hé aquí el tenor de esta respuesta: «La palabra de Batchu es transmitida por la divina disposicion del gran khan. Vos papa, sabed, que vinieron á nosotros vuestros mensajeros y nos trajeron vuestras cartas. Nos han dicho palabras maravillosas, y no sabemos, si vos les habeis encargado que nos hablen así, ó si lo han hecho ellos por su voluntad. Vuestras cartas contenian entre otras palabras, las siguientes: «Ma-« tais y perdeis á muchos hombres;» pero el mandato de Dios firme y estable, y que se estiende sobre toda la faz de la tierra, nos lo previene así: Todo el que oiga esta órden, que permanezca en su propia tierra, y ponga su fuerza y su poder en manos del que contiene todo el universo; el que no la oiga, que sea para siempre perdido y esterminado.

«Os remitimos este mandato y ordenanza, y si quereis permanecer tranquilo en vuestra tierra, vos papa, venid personalmente á nos, á encontrar al que contiene toda la faz del universo; si no escuchais el mandato firme y estable de Dios, no sabemos lo que sucederá: Dios solo lo sabe. Antes de disponeros á venir, es necesario, que nos envieis embajadores, para que nos digan si lo hareis ó no, y si deseais estar en armonía con nos, ó ser contrario nuestro. No dejeis de darnos respuesta pronta á este mandato, que os remitimos por manos de Aibeg y Sargo, fecha el dia 20 de la luna del mes de julio en las cercanías del castillo de Sitiens.» Aunque los embajadores llegados con Ascelin, ó poco tiempo despues, viniesen á intimar al papa las órdenes de sumision al khagan, Inocencio IV, valiéndose de una política prudente, los recibió con señales de la mas alta distincion, les dió trages de púrpura, bordados de oro, les habló diferentes veces, por medio de intérpretes; testimonios todos muy á propósito, para disponer á los mongoles á recibir bien á otros misioneros.

Hemos dicho, que además de los dominicos, encargó el romano pontífice á algunos franciscanos para que fueran á exhortar á los tártaros á que cesasen en sus devastaciones y abrazasen la fé cristiana.

Fray Lorenzo de Portugal fué nombrado gefe de esta mision. Inocencio IV escribió al gran khan, esponiéndole los misterios de nuestra fé, y el deber, que como vicario de Jesucristo, tenia de velar por la salvacion de todos los hombres; y añadia, que no pudiendo ir en persona, enviaba á Fr. Lorenzo y á sus compañeros, hombres sabios y prudentes, para que les instruyeran en todas las verdades que necesitaban conocer; y por último, que habia escogido á estos religiosos, que hacian una profesion particular de la humildad del redentor, porque habia creido, que semejantes enviados serian mas agradables para él, que otros de mayor dignidad. Fray Lorenzo, penitenciario del papa, fué nombrado legado en oriente, con poder absoluto para Grecia, Armenia, Iconia, Turquía, griegos de Chipre, y del patriarcado de Antioquía, y maronitas y nestorianos del patriarcado de Jerusalen, y justificó, en el empeño de estas funciones, la reputacion que habia adquirido de prudencia y santidad.

Inocencio IV, envió tambien al gran khan á Fr. Juan de Plan-Carpin, en compañía de otros franciscanos. Era este hombre de gran virtud, de vasta sabiduría y muy propio para tratar con los tártaros. Nació en el distrito de Perusa, cerca de Asis, fué compañero de S. Francisco, custodio de Sajonia y provincial de Alemania, y propagó su órden en Bohemia, Hungría, Noruega, Dacia, España, y aun en Berbería. La carta que le dió el papa, no se diferenciaba de la dada á Fr. Lorenzo, mas,

sino en que Inocencio IV invitaba en ella al gran khan á tratar de la paz con Juan de Plan-Carpin, y los motivos de la guerra, que hacia á los cristianos, de quienes no habia recibido daño alguno. Plan-Carpin nos ha dejado la relacion de las circunstancias de esta mision, en la que se llama legado de la sede apostólica, y embajador enviado á la Tartaria y otros pueblos del oriente.

Acompañado de Esteban de Bohemia, salió de Leon el 16 de abril de 1246, y en Breslau, encontró al otro compañero suyo, Benito de Polonia, que debia servirle de intérprete. Se dirigió á Rusia, cuya capital Kiew, dependia entonces de los tártaros; pero Esteban de Bohemia no pudo pasar de Kaniew, primera aldea sometida á estos terribles conquistadores. Plan-Carpin atravesó la Comania y el mar Negro, y llegó al *Ulus* ó campamento de Batchu, nieto de Gengis-Khan.

Despues de haber sufrido grandes privaciones, durante una cuaresma, en que no comió mas que maiz, ni bebió mas que nieve derretida, los franciscanos tuvieron necesidad de someterse á pasar entre dos fuegos, para purificarse ante los tártaros de toda sospecha de maleficio.

Se les previno tambien se inclinaran por tres veces, con la rodilla izquierda, delante de la puerta de la tienda del príncipe, teniendo cuidado de no tocar al umbral. Batchu estaba con una de sus mugeres, en una silla elevada á manera de trono; sus hermanos, sus hijos, y los principales gefes, estaban en medio, sentados en un banco; todos los demás se hallaban colocados detrás, los hombres á la derecha, y las mugeres á la izquierda. Los enviados del papa se sentaron á la izquierda, como se hacia con los embajadores, en la audiencia de su recepcion; pero en la de despedida, se sentaban, á la derecha. Cerca de la puerta habia una mesa con copas de plata y oro, y ningun gefe tártaro las llevaba á sus labios, sin que se hiciese oir el ruido de los cánticos y de los instrumentos. Batchu despidió á Plan-Carpin y á Benito, para el khagan de Oktas, pasando al pais de los bisermines y de los naymanes, y llegaron el 22 de julio de 1246 á la orda imperial.

Oktay habia fallecido. Su viuda Turakina, investida de la regencia, hasta la eleccion de sucesor, queria que su hijo Kasuk fuese proclamado en el *kurillai* ó asamblea general. Como Kasuk no se mezclaba ostensiblemente en los asuntos, antes de la eleccion, no recibió entonces la embajada, limitándose á hacerla hospedar, y á enviarla, pasados algunos dias, á su madre la emperatriz regente. Turakina, que ocupaba una magnífica tienda de seda blanca, dispuesta para las audiencias solemnes, estaba rodeada de una empalizada de madera; en su parte interior se reunian los gefes tártaros para tratar de la eleccion, y mas allá de la empalizada, se colocaban el pueblo y los estrangeros. (Pl. IV, n.° 1.) Allí habia reunidos mas de cuatro mil diputados, ya portadores de tributos, ya cargados de presentes, gefes; que venian á prestar sumision, ó gobernadores de provincias. Todos los príncipes estaban en este dia vestidos de seda blanca; al siguiente de la llegada de Kasuk, de seda encarnada; al tercero, de seda azul, y el último, de las mejores sedas de Bagdad. Los mongoles, dice M. d'Avezac, acostumbraban en sus solemnidades vestirse todos del mismo color, cambiando de trage de piés á cabeza, en cada uno de los cuatro dias que duraba la fiesta; lo cual se esplica muy bien, sabiendo qué todos estos vestidos eran regalos, que el soberano les hacia con este motivo. Los mismos religiosos pusieron sobre sus humildes trages, ricos vestidos de baldakin (brocado de seda y oro). Cuatro dias permanecieron en este lugar, llamado *siraorda*, que los historiadores orientales presentan como un campo de dos mil tiendas blancas. Plan-Carpin cree, que allí se hizo la eleccion del nuevo emperador, aunque no fué proclamado, sino despues de algun tiempo, y el hermano Benito asegura, que la eleccion se verificó en el dia en que los tártaros estaban vestidos con trages encarnados. Cada vez que Kasuk salia de su tienda, era saludado con



cánticos, inclinando delante de él las colas ó insignias del mando supremo.

Todo el acompañamiento salió de *sira-orda*, dirigiéndose á caballo á otro campamento, distante unos tres cuartos de legua, cuyo nombre significa la *orda de oro*. La tienda imperial destinada para la proclamacion de Kasuk, estaba sostenida por pilares cubiertos de oro, el interior estaba cubierto de baldakin, y el esterior de otras telas preciosas. Aunque estaba señalada la inauguracion para el 15 de agosto, no pudo verificarse hašta el 24, á causa de las granizadas. Las ceremonias que la precedieron y siguieron, ofrecen una mezcla estraña de magnificencia y grosería, y caracterizan bien á un pueblo, que alcanzaba los primeros grados de la civilizacion.

Bergeron, traductor de Plan-Carpin, dice lo siguiente. «Todos los señores y barones reunidos en aquel lugar, pusieron en medio de ellos una silla dorada, sobre la que hicieron sentar al príncipe, diciendo: «Queremos, os rogamos y mandamos que tengais poder y dominacion sobre todos nosotros.» El príncipe respondió. «Si quereis que sea vuestro rey ¿estais dispuestos y resueltos á hacer todo lo que yo os mande, á venir cuando os lo prevenga, á ir donde quiera enviaros, y á matar á cuantos yo os diga?» Todos respondieron, sí. «Pues entonces, replicó, de aquí en adelante, mi palabra me servirá de machete;» á lo cual todos asintieron. Despues, pusieron un cojin sobre la tierra, en el cual le sentaron, diciéndole. «Mira á lo alto y reconoce á Dios, y mira el asiento que tienes sobre la tierra. Si gobiernas bien á tu estado, si eres liberal y benéfico, si haces reinar la justicia, si honras á tus príncipes y barones, á cada uno segun su rango y dignidad, dominarás con todo esplendor y magnificencia, la tierra toda te estará sometida y Dios te concederá todo cuanto desees. Pero si haces lo contrario, serás miserable, despreciado y vil, y tan pobre, que ni aun tendrás dominio sobre el cojin en que te sientas.» Despues hicieron sentar á la muger de Kasuk, sobre el mismo cojin, y levantándoles en alto (Pl. IV, n.° 2.) proclamaron á ambos, emperador y emperatriz de todos los tártaros. Concluida esta ceremonia, presentaron al nuevo emperador gran cantidad de oro, de plata, de piedras preciosas y otras riquezas, que Oktus habia dejado despues de su muerte, y sobre las que le dieron un poder absoluto, haciendo con ellas el emperador diversos regalos á todos los príncipes y señores presentes, y guardando el resto para sí. Despues, y siguiendo su costumbre, se pusieron á beber hasta la llegada de la noche, en que trajeron carretas cargadas de carnes cocidas sin sal, de las cuales se dió un trozo á cada uno de los oficiales, y en el interior de la tienda del khan, se distribuyó carne y otros alimentos condimentados con sal. En esta orda de oro se verificó la primera recepcion de Plan-Carpin, siendo introducido en ella por el canciller, al mismo tiempo que los demás embajadores, que presentaron ricos y magníficos regalos, entre los cuales era notable un quita-sol, guarnecido de piedras preciosas. Kasuk era hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de estatura pequeña, de aspecto grave, y que jamás escuchaba ni respondia, sino por medio de su primer ministro.

De la orda de oro, pasaron á otra residencia, en la que fueron admitidos los religiosos dentro de la tienda imperial, que era de púrpura, y tenia sobre un estrado circular un trono de marfil maravillosamente esculpido y guarnecido de oro y pedrería, obra de un artífice ruso llamado Como. De este lugar, marchó la emperatriz por un lado; y el khagan por otro para administrar justicia, se procedió á la ejecucion de muchos criminales, entre los cuales se encontraba una tia del emperador, acusada de haber envenenado á Oktai. El gran duque Jaroslaw de Sindad, pereció al mismo tiempo, víctima de un envenenamiento, perpetrado por la emperatriz madre, que escribió á Rusia, para que viniera el Gran duque Alejandro, bajo el pretesto de darle la investidura de sus dominios paternos; pero no aceptó esta peligrosa invitacion. Jaroslaw habia puesto en manos de Plan-Carpin, por medio de uno de sus conse-

jeros, el compromiso formal de entrar en la iglesia romana. Luego que Khaiuk supo que los franciscanos habian sido conducidos por sus guias á la residencia imperial, los envió á su madre, porque no queria fuesen testigos de otra ceremonia, que consistia en levantar una gran bandera al lado del occidente, agitándola y amenazando entrar á sangre y fuego en los pueblos de esta comarca, si no se le sometian con toda la tierra. Los religiosos volvieron algunos dias despues, sufriendo por espacio de un mes mucha escasez de víveres, y entonces tuvieron no poco que agradecer al platero Como, que les instruyó de todas las particularidades relativas al khagan. Tambien recibieron instrucciones y noticias de muchos rusos y húngaros, sacerdotes y seglares, que sabian el francés y el latin, y que habia mucho tiempo que vivian entre los tártaros.

En las audiencias concedidas por el Gran-Khan á los embajadores, usó este de un tono amenazador con los del Califa; despidió con desprecio los de los ismaelitas ó assessinos, pero trató con consideracion á los del papa. Al presentarse al khan, todos debian doblar cuatro veces la rodilla izquierda, cuidando de no tocar el umbral de la puerta; se les registró cuidadosamente, para asegurarse que no llevaban armas escondidas, y despues, se les introdujo en la tienda por la puerta del oriente, porque solo el emperador puede entrar por la de occidente, uso que siguen en sus tiendas todos los caudillos principales. Los franciscanos preguntaron á Kaiuk, por qué destrozaban al mundo sus ejércitos, y respondió «que Dios habia mandado á sus abuelos y á él, castigar á los naciones criminales.» Los religiosos añadieron, «que el papa deseaba saber si el khagan era cristiano,» y les respondió, «que Dios lo sabia, y que si el papa tenia gana de enterarse mas, podia él mismo venir á averiguarlo.» Kaiut, hijo de un nestoriano, tenia á su servicio algunos cristianos, entre ellos un ministro y un secretario suyos. Delante de su tienda se veia una capilla, á la que aquellos asistian para oir el oficio divino, tolerancia que no autorizaban los gefes inferiores al khagan.

Juan de Plan-Carpin da sobre la religion de los mongoles los siguientes detalles. «Creen en un solo Dios, criador de todas las cosas visibles é invisibles, que premia y castiga á los hombres, segun su mérito; pero á pesar de todo, no le rinden adoraciones, alabanzas, ni ninguna clase de servicio ni ceremonia. Tienen algunos ídolos hechos de fieltro, con figuras de hombres, colocados en las puertas de sus habitaciones, y debajo de los cuales ponen ciertos bultos de telas, que creen influyen en la custodia de sus rebaños y en el aumento de las crias. Tienen además otros ídolos de seda, á quienes rinden grandes honores, colocándolos algunos sobre hermosos carros cubiertos, delante de las puertas de sus casas, y es condenado á muerte todo el que tome alguna cosa de ellos. Los caudillos de mil hombres, y aun de cien, colocan estos ídolos en el centro de sus moradas, les ofrecen la primera leche de sus ganados, y nunca comen ni beben sin haberles ofrecido antes el alimento ó la bebida. Cuando matan algun animal, presentan al ídolo el corazon de la bestia, puesto en un plato, donde le dejan hasta la mañana siguiente, que le cuecen para comérsele. Uno de estos ídolos está colocado delante del palacio del emperador, y, además de otros presentes, le ofrecen caballos, que nadie puede despues montar. Tambien ofrecen otros animales, y asan los que han de comer, sin romper nunca sus huesos, que queman al fuego. Adoran al sol, á la luz y al fuego, al agua y la tierra; les ofrecen las primicias de lo que comen y beben, y muy especialmente por la mañana, antes de desayunarse. Aun cuando no tienen ninguna ley, por lo que respecta á la justicia, ó para preservarse de pecado, conservan ciertas tradiciones, de cosas que consideran pecaminosas, tales, como poner un cuchillo en el fuego, sacar la carne con el cuchillo, del puchero hirviendo, partir madera con un hacha, cerca del fuego, apoyarse en el látigo que usan para acarrear los caballos, porque nunca llevan

espuelas; cojer los pájaros nuevos, castigar al caballo con la brida, romper un hueso con otro, derramar sobre la tierra, leche ú otra clase de comida ó bebida, y otras supersticiones, que seria difuso referir; pero matar á los hombres, invadir los paises agenos, injuriar á los demás, y contravenir á los preceptos de Dios, son cosas de las cuales no son muy escrupulosos. Aunque no saben en qué consiste la felicidad ó desdicha de la vida eterna, creen, que despues de la muerte, gozarán de otra vida, en que tendrán rebaños, bebiendo, comiendo y haciendo todo cuanto hacen en esta. Son muy dados á las adivinaciones, augurios y otros encantamientos, y cuando el diablo les dá alguna contestacion, la reciben, como si viniera del mismo Dios. Llaman al diablo *Itoga*, es decir, emperador, le temen y reverencian mucho, y le hacen ofrendas, segun las respuestas que les comunica. Siempre que tienen que emprender alguna obra nueva, dan principio á ella en la luna nueva ó en la luna llena, y á este astro llaman emperatriz y gran reina, rindiéndola preces y adoraciones. Cuando alguno cae enfermo, colocan en su habitacion una lanza rodeada de fieltro negro, señal que denota la prohibicion impuesta á los estrangeros de penetrar en aquel lugar. Todos abandonan al moribundo, desde el momento que empieza á agonizar, porque todo el que se encuentre presente á su fallecimiento, está impedido de entrar en la morada del emperador y del capitan, antes de la luna nueva. Si el difunto es de los hombres principales, se le entierra sigilosamente en su casa de campo, colocándole sentado delante de una mesa, sobre la cual ponen un plato lleno de carne, y una taza con leche de yegua. Tambien entierran con él á su yegua, á su potranca y á su caballo embridado y ensillado. Despues se comen otro caballo, cuya piel llenan de paja, levantándola sobre cuatro palos, para que el muerto tenga en el otro mundo medios de proveerse de leche, y de multiplicar sus ganados. Así mismo entierran con él, todo su oro y plata, rompen el carro de su uso, abandonan su morada, y nadie puede pronunciar su nombre hasta la tercera generacion. Tienen además otro modo de enterrar á los grandes personages, que consiste en llevar secretamente el cadáver á la campiña, en arrancar todas las yerbas y hasta las raices, y en hacer una gran fosa, en la que meten debajo del cadáver al criado á quien mas apreciaba, sacándole cuando apenas puede ya respirar, y repitiendo esta operacion por tres veces distintas. Si el criado sale con vida de ella, consigue la libertad, hace todo lo que quiere, y se le considera como uno de los principales de la horda.

«En otra fosa abierta, al lado de la primera, es enterrado el cadáver con todas las cosas que antes hemos referido. Tienen dos lugares destinados para la sepultura, sin que nadie pueda acercarse á estos cementerios, sino aquellos á quienes está encomendada su custodia. Si alguno hiciese lo contrario, es prendido y castigado con severidad. Nosotros entramos en este recinto vedado, ignorando su prohibicion, y empezaron á tirarnos flechas; pero como éramos embajadores, que ignorábamos las costumbres del pais, nos dejaron marchar, sin causarnos otras vejaciones.

«Los parientes del muerto y todos los que con él moraban, están obligados á purificarse por medio del fuego, cuya ceremonia hacen del modo siguiente: encienden dos hogueras, y al lado de cada una, ponen lanzas, con una cuerda que las une por lo alto, por debajo de la cual, hacen pasar, por entre ambos fuegos y lanzas, á los hombres y á los animales que deben ser purificados, y á uno y otro lado, hay dos mugeres que les echan agua, pronunciando algunas palabras. Si al pasar se rompe algun carro ó se cae alguna cosa, los adivinos se apoderan de ello y lo conservan como cosa suya. Si el muerto lo hubiese sido por un rayo, es preciso que todos pasen tambien por el fuego, y nadie podrá tocar á la casa, lecho, carros, vestidos, ni demás objetos de la pertenencia de los que así falleciesen, porque todo es rechazado como cosa inmunda.» Todos estos detalles prueban, cuán necesaria

era entre los tártaros la presencia de los misioneros católicos.

Plan-Carpin añade, que estaba admitida en estos pueblos la pluralidad de mugeres, y que cada hombre podia tener tantas, cuantas pudiera mantener. Se casaban hasta con sus mas próximos parientes, escepto sus madres, sus hijas, y sus hermanas de padre ó madre. El hermano mas jóven estaba obligado á casarse con la viuda de su hermano mayor. Escogian sus mugeres, segun mejor les parecia, y las compraban muy caras á sus parientes. Las mugeres eran castas y reservadas en sus palabras y en su conducta. La ley de los tártaros permitia matar á los hombres y á las mugeres, sorprendidos en adulterio, disposicion que se estendia, cuando un padre y una hija cometian este horroroso crímen. Los hombres no se dedicaban á trabajo alguno, sino á hacer flechas, á guardar rebaños, á cazar, y á ejercitarse en el tiro de ballesta; todo el peso del trabajo gravitaba sobre las mugeres, que montaban á caballo, y manejaban el arco con la misma destreza que los hombres. Plan-Carpin nos pinta la Tartaria como la patria de hombres de mediana estatura, de cara ancha, de mejillas abultadas, de nariz corta y chata, de ojos pequeños y rasgados, de cejas muy separadas y de poca barba: retrato por cierto tan exacto, que un naturalista moderno no le haria mejor, tratándose de las facciones que distinguen á los mongoles. Los tártaros se visten, durante el invierno, de ricas pieles, y en el verano, de púrpura ó baldakin. Las mugeres casadas llevan la cabeza adornada con un peinado elevado, que se parece al que usan nuestros cauchoises. (Pl. V, n.º 1.)

El medio de que se valian los tártaros, para pasar los rios y los torrentes, que encontraban al paso de sus espediciones, está tambien minuciosamente descrito por Plan-Carpin. «Cuando quieren intimidar á sus enemigos, dice, preparan maniquíes, que sujetan á los caballos, para hacer creer que el número de los combatientes es mucho mayor. Matan á sus prisioneros de guerra, dividiéndolos en centenas, y solo reservan, los que destinan á la esclavitud.» (Pl. V, n.º 2.)

Limitamos á estas observaciones el estracto de la relacion de Juan de Plan-Carpin, libro curioso, cuya autoridad no puede disminuir la escesiva credulidad que el autor ha manifestado en algunos pasajes. Cuando el buen religioso refiere, que los tártaros, han descubierto en el desierto un pueblo monstruoso, en que los hombres tenian figura de perro; cuando habla de cinocéfalos, de hombres con cabeza de perro y piés de buey; cuando admite, sin crítica, la existencia de hombres (en la Armenia), que con un solo pié, corren mas que un caballo á todo galope, y que no teniendo mas que un brazo en medio del estómago, era preciso que se reunieran dos para tirar el arco, no puede uno menos de reirse, al verle aceptar estos delirios de la imaginacion de un pueblo grosero; pero el escrúpulo, que se los hace reproducir, para no omitir ningun detalle, garantiza bastante su exactitud sobre todo lo demás, pudiendo prescindirse de todo lo que cuenta de oidas, y creer en todo cuanto dice haber visto y presenciado. M. d'Avezac añade á estas reflexiones lo siguiente: «Estos cuentos no están desnudos de todo valor, á los ojos de aquellos, que además de los hechos reales, quieren estudiar la forma con que los reviste la tradicion popular. El cuento del narrador de buena fé, no es una invencion aislada, forjada para abusar de su credulidad; es mas bien una opinion recibida, una especie de mito acreditado, cuya existencia repite; y bajo este punto de vista, el cuento, debe llamar la atencion del hombre reflexivo, como monumento de la historia intelectual del pueblo, que con él adorna sus anales.» No tenemos ni tiempo ni espacio para desenvolver este asunto; pero para justificar nuestra asercion, sobre el carácter tradicional de las fábulas referidas por Plan-Carpin, nos basta hacer notar, que aquella, por ejemplo, la de un pueblo compuesto de mugeres y de perros, se encuentra testualmente en la relacion armenia del rey Hetum, del mismo modo, que en la



enciclopedia china Santhasai-thouhoei, citada por Klaproth.

Los misioneros partieron en el mes de noviembre, llevando al papa cartas escritas en tártaro, árabe y latin. Kiauk se habia propuesto enviar embajadores con los franciscanos; pero temiendo estos, que el espectáculo de las disensiones que dividian á los cristianos, escitase á los tártaros á venir á atacar á la cristiandad de Europa, les obligó á rechazar esta proposicion. Turakina regaló á cada uno de los misioneros, en el acto de su despedida, una hermosa piel de zorro, guarnecida de algodon finísimo, y un kaftan de honor. Los franciscanos se volvieron á su pais por el mismo camino que llevaron. Como esto sucedió en invierno, dormian ordinariamente sobre la nieve. Entraron en Kiew en 9 de junio de 1247, y Plan-Carpin vió entonces realizadas las proposiciones, que á su marcha para Tartaria, habia hecho á los príncipes y obispos rusos, para que procediesen á su reunion con la iglesia romana. Atravesó en seguida la Rusia, la Polonia, la Bohemia, la Alemania; pasó el Rhin, se dirigió á Colonia, continuó su camino por Liege y la Champagne, y luego que llegó á Leon, entregó la carta de Kaiuk al papa Inocencio IV.

Este pontífice quiso, que por espacio de tres meses, permaneciera á su lado el valeroso franciscano, que habia arrostrado tantas fatigas y peligros, para el mejor desempeño de su mision. En esta ocasion, vacó la silla de Antivari, metrópoli de la Dalmacia, á la que fué elevado Fr. Juan Plan-Carpin, diciéndole el romano pontífice: « Bendito seas por el Señor y por mí, su vicario, porque en tí veo cumplida esta palabra de la sabiduría: *Como copo de nieve en tiempo de siega, así el mensajero, fiel á aquel que lo envió, hace descansar su alma.* (Prov. xxv, 13.) *Puesto que has sido fiel en cosas pequeñas, yo te confiaré otras mayores.* » (S. Mateo; xxv, 23.) El nuevo arzobispo desempeñó, algun tiempo despues, una mision importante cerca de S. Luis; pero no sobrevivió apenas, á su vuelta de oriente, y le sucedió en la silla de Antivari, Fr. Lorenzo de Portugal, que habia sido encargado de una mision entre los mongoles.

La Europa entera estaba conmovida, con las desolaciones de los tártaros. San Luis, viendo á su madre, la reina Blanca, aterrada por esta irrupcion, la dijo: « Madre mia, invoquemos el consuelo del Altísimo; si vienen los tártaros, ó los haremos entrar en el *tártaro*, de donde han salido, ó nos harán disfrutar en el cielo de la dicha prometida á los elegidos. » Este juego de palabras, atribuido á Luis IX, se encuentra en casi todos los escritos de aquella época. Esta es quizá la verdadera causa de la alteracion introducida por los occidentales en la palabra *tataros*, y *tartari, imo tartarei*, como los llamaba el emperador Federico, espresion que estuvo mucho tiempo en boga. Efectivamente, se habia difundido la opinion, de que los mongoles eran demonios enviados para castigar á los hombres, es decir, que tenian comercio con el diablo; sentimiento que acreditaban los fuegos y los torbellinos de humo, que artificialmente, segun se dice, sabian escitar en las batallas; pero que solo eran efecto de las piezas de artillería, y de la pólvora inflamable, de que, segun la historia china, se servian los mongoles en esta época. Al principio del año 1247, y en el momento en que Luis IX celebraba una asamblea de grandes del reino, y se disponia á marchar á Egipto, llegó una órden del nuyan Batchu, en la que le exigia sumision, como súbdito del kagan; pero Luis no se cuidó mucho de este incidente, cuyas consecuencias confió á los designios de la providencia. El santo rey, que se habia embarcado en Aigues-Mortes, el 25 de agosto de 1248, llegó poco despues á la isla de Chipre, donde tambien arribaron enviados de Ilchi-Katai, sucesor de Batchu en el mando de los ejércitos del mediodía. Como la espedicion de los franceses contra los musulmanes, estaba en armonía con los intereses de los mongoles, debian concertar entre todos un plan de ataque comun. El dominico Andrés de Lonjumeau, que

hacia poco habia vuelto con Ascelin del campamento de Batchu, reconoció á David, uno de los enviados, á quien habia visto entre los tártaros, y vertió al latin la carta de Ilchi-Kathai al rey de Francia, traducida al francés por Bergeron, en estos términos: « Por el poder del gran Dios, hé aquí las palabras de Ilchi-Kathai, enviado por el rey de la tierra Kan, al gran rey de muchos paises, valiente y belicoso, espada del mundo victorioso, entre los cristianos, defensor de la fé apostólica, hijo de la ley del evangelio y rey de Francia, que Dios aumente su poder, le conserve largo tiempo en su reino, y haga que se cumpla su voluntad. »

Despues de haber saludado á S. Luis, añadia el gefe tártaro: « Nosotros hemos venido con poder y encargo de librar á todos los cristianos de todo tributo, de todo gravámen y servidumbre. »

Estaba en armonía con la carta de Ilchi-Kathai, la dirigida al rey de Chipre por el condestable de Armenia. Los embajadores, para asegurarse mas de la cooperacion de Luis IX, aseguraron, pero faltando á la verdad, que Kaiuk, con sus principales gefes, profesaban ya la religion católica; que Ilchi-Kathai estaba bautizado, y que los tártaros se proponian la libertad y triunfo de los cristianos. Como su designio era atacar al califa, pidieron que el rey cayese sobre el Egipto, para impedir que los egipcios socorrieran al gefe mahometano. De este modo se debia realizar la espedicion del santo rey, en armonía con los tártaros, por quienes tenia seguridad de ser sostenido.

Para corresponder á las demandas de Ilchi-Kathai, Luis IX hizo marchar de Nicosia, el 27 de enero de 1249, una embajada, compuesta de tres dominicos, de dos clérigos seculares, y de dos oficiales del rey.

Andres de Lonjumeau, que era el gefe de la legacion, llevaba cartas de S. Luis, y del legado del papa, en las que se invitaba á Ilchi-Kathai, y al khagan, á perseverar en la fé católica, debiendo tambien presentar, al primero, un pedazo de madera de la verdadera cruz, y á Kaiuk otro trozo, con todos los ornamentos necesarios al culto divino, y una tienda ó capilla de escarlata, con otras piezas ricamente bordadas, en que se habia representado con aguja, toda la pasion de N. S. Jesucristo. Luis IX, esperaba poder inspirar al khagan, por este medio, mayor afeccion, y mas vivos sentimientos de benevolencia en favor de la religion católica. La embajada, despues de haber atravesado la Persia, llegó á la corte mongola, para ponerse en inteligencia con Ilchi-Kathai. Kaiuk habia muerto á la sazon, y la regente, Ogul-Gaimisch, recibió á los enviados, interpretando su llegada y aceptando sus presentes, como un testimonio de la sumision de Luis IX, á la autoridad que el khan se atribuia sobre todos los soberanos de la tierra. Para corresponder á estos dones, envió diferentes objetos, entre los que se encontraba, conforme á los usos chinos, una pieza de paño de seda; les entregó tambien cartas, y los despidió con honor; pero sin conseguir nada sobre el objeto principal de su viage, es decir, la conversion de los mongoles principales. Los embajadores vinieron á encontrar á S. Luis dos años despues en la ciudad de S. Juan de Acre.

Tambien fué dominico el designado en 1251 por el santo rey para la embajada enviada á los assessinos ó ismaelitas, cuyo gefe era Ala-Eddin, en quien, hacia trece años, recaian sospechas de haberle querido matar, y el cual habia tenido la audacia de exigir un tributo de sumision, por medio de enviados, dirigidos á S. Luis, á las puertas mismas de Acre. Los emires del Viejo de la Montaña, desconcertados por la firmeza del rey, no tardaron en traerle presentes de parte de su amo, y á su vuelta, fueron acompañados por Ives el Breton, de la órden de predicadores. Ningunos frutos obtuvo el dominico en su mision; pero merece ser señalada, como una prueba del celo de Luis IX, por la estension del cristianismo. Ives dió al rey detalles muy curiosos sobre Ala-Eddin, que era sectario de Alí, y

cuya doctrina, modificada por el mas bárbaro egoismo, aseguraba el paraiso á todos los que fuesen ciegos ejecutores de sus órdenes. Este mónstruo, se complacia en la fanática credulidad de los servidores que le rodeaban, hasta el estremo de hacerlos subir á lo mas alto de una torre, desde la cual, á una señal hecha por su mano, se precipitaban al suelo haciéndose pedazos. « A pesar de la religion del Viejo, dice el P. Ives, encontré en la almohada de su cama un libro, en que estaban escritas por su mano, muchas de las palabras que N. S. Jesucristo dijo á S. Pedro. Entonces esclamé: « Bien por Dios; leed con frecuencia este libro; son palabras muy buenas « y muy hermosas. » — « Así lo hago, respondió el Viejo, yo quiero mucho al Sr. S. Pedro, porque, en el principio del mundo, el « alma del justo Abel, pasó al cuerpo de Noé, « de este, al de Abrahan, y en fin, de patirarca en patriarca, vino á vivificar á S. Pedro, « que aun existe en este mundo. »

« Al oir esto, continúa Ives, quise instruirle en la fé, demostrándole el error de su creencia; pero el Viejo no quiso creerme. Pocos años despues, aquel tirano, cuyo solo nombre hacia estremecer á los reyes sobre su mismo trono, fué precipitado del suyo por una conjuracion tramada en su mismo palacio, sucediéndole su hijo Rokn-Eddin, que habia sido objeto de su mas brutal encono. Los tártaros no tardaron en arruinar todos sus estados, y el nombre del Viejo de la Montaña, fué borrado para siempre del catálogo de los soberanos orientales. »

A pesar del disgusto que causó al rey de Francia la falsa interpretacion que dió Agul-Gaimisch á su embajada, se decidió á hacer una nueva tentativa, con el fin de introducir la religion católica en la Tartaria. Nunca podrá ser bastante encomiado el piadoso celo de Luis IX, que no contento con esponer su vida y la de los suyos para la reconquista de la Tierra santa, quiso establecer estas misiones religiosas en paises tan lejanos y tan peligrosos. Guillermo de Rubruk, nacido en el Brabante, hacia 1220, y Bartolomé de Crémona, enviados del rey, creyeron deber poner á cubierto el honor de este, suponiendo, que no habian recibido órdenes, mas que de sus superiores. De Acre, marcharon á Constantinopla, sometida entonces á los franceses, y Rubruk, predicando en Sta. Sofia, anunció se habia convenido, que él fuese á la Tartaria á anunciar la fé á los infieles, siguiendo los estatutos de los franciscanos. Los embajadores se embarcaron, el dia 7 de mayo de 1253, en un barco, que los condujo á Soldaya, no pudiendo menos de sorprenderse, á su llegada á esta ciudad, al oir se sabia ya que eran enviados por S. Luis. Rubruk se proporcionó ocho carros cubiertos, dos de los cuales debieran servir de cama, y cinco caballos de silla para su comitiva, compuesta de dos religiosos, un intérprete, un guia, y un criado. Despues de dos meses de marcha, por los terrenos que separan el Dnieper del Tanais (el Don) los misioneros llegaron al campamento de Scacatay, para quien les habia dado cartas de recomendacion el emperador de Constantinopla. Desde entonces, empezaron las observaciones interesantes de Rubruk, que completan las de Juan de Plan-Carpin. En seguida atravesaron el Tanais, para dirigirse donde estaba Sartak-khan, que se encontraba á tres jornadas mas acá del Volga.

Este príncipe tenia allí un campamento considerable, y sus seis mugeres, su hijo mayor, y las dos ó tres mugeres de este, contaban para su habitacion con mas de doscientos carros.

Rubruk describe así las moradas de los tártaros: « Las casas que tienen para dormir, están construidas sobre ruedas ó pedazos entrelazados de madera, que en su parte superior terminan con una abertura á manera de chimenea, cubierta de fieltro blanco, vestido de cal, de tierra blanca, ó polvos de huesos, para que reluzca, y aun algunas pintadas de varios colores. Delante de la puerta, colocan un fieltro tejido de colores, representando cepas, árboles, pájaros y otros animales: algunas de estas casas tienen mas de veinte piés

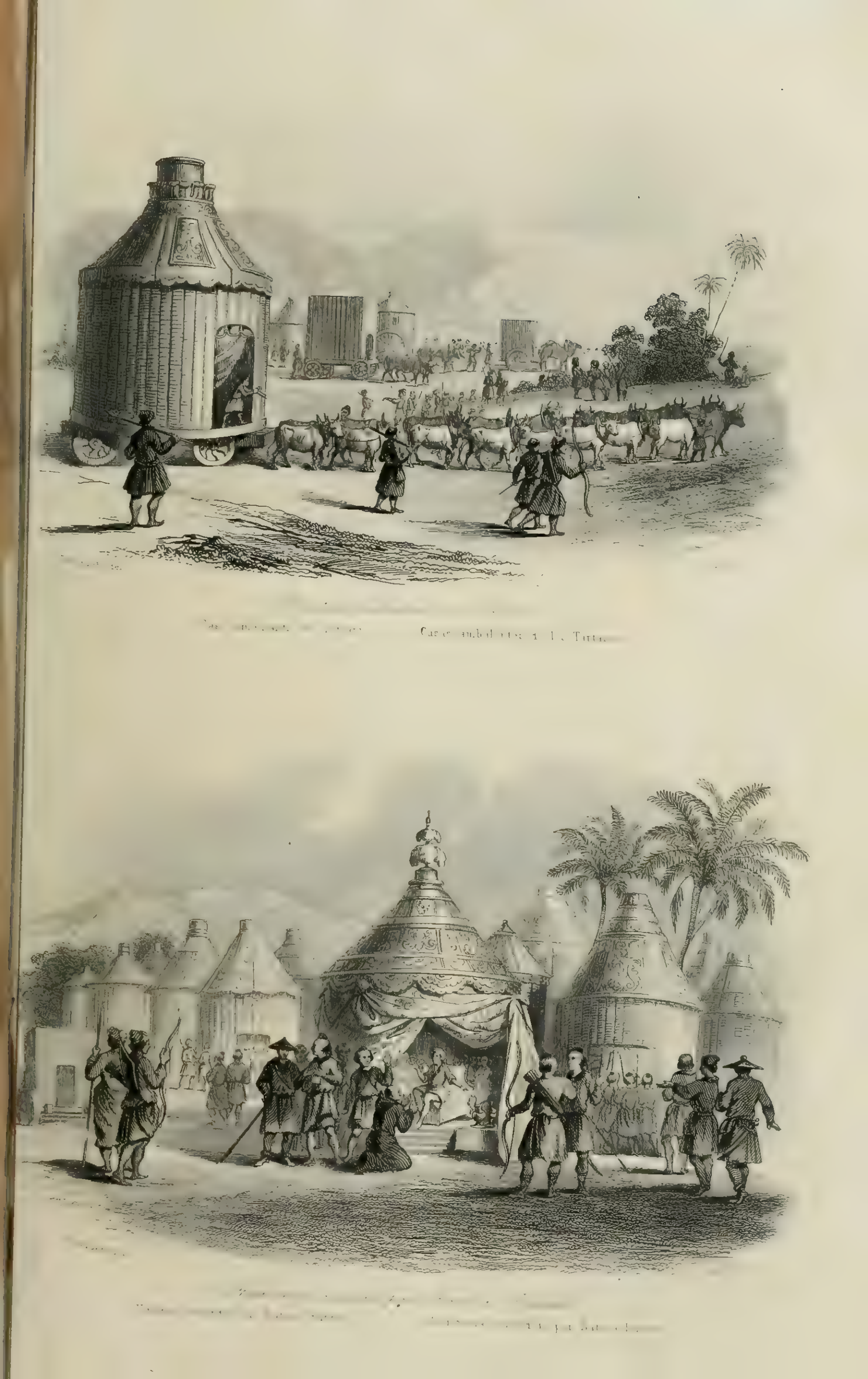
de distancia, de una rueda á la otra, siendo tiradas las mayores por veinte y dos ó mas bueyes apareados. El eje de las ruedas es tan grande como el mástil de un navío, y á la puerta, se coloca un hombre encargado de dirigir los bueyes. (Pl. VI, n.º 1.) Hacen tambien otras, con la figura de grandes cajones, formados de piezas pequeñas cuadradas de madera, teniendo á un lado y á otro una pequeña ventana. Estas casas están cubiertas con fieltro barnizado de sebo de oveja, para que no pueda penetrar la lluvia, y aun las adornan con pinturas y otras galas. Allí encierran todos sus utensilios, tesoros y riquezas, sujetándolo todo sobre las ruedas, y destinando camellos que tiren de estos trenes, para atravesar los grandes arroyos. Jamás quitan estas casas movibles de encima de sus carros, y cuando las paran en cualquier sitio, las colocan de manera, que la puerta, mire al mediodía. En este caso, la primera de las mugeres, establece su pequeña casa al lado del occidente, y lo mismo hacen todas, menos la última que se halla al oriente. El lecho del señor, está siempre situado hacia el septentrion; la habitacion de las mugeres, al oriente, y la de los hombres, al occidente. Al entrar en sus casas, suspenden sus arcos, y carcax, al lado opuesto al en que se encuentran las mugeres. Sobre la cabeza del señor, hay colocada una imágen, ó muñeco hecho de fieltro, llamado *hermano del dueño de la casa*, y otro sobre la cabeza de la muger, llamado *hermano de la dueña*. Entre estos dos, y mas elevado, ponen otro, muy delgado, que consideran como *el guardian de la casa*. La dueña suele poner á su lado derecho, en un lugar elevado, al pié de la cama, una piel de cabra, llena de lana ú otra materia, y junto á ella, una imágen pequeña, que mira á sus mugeres y criados. Cerca de la puerta, y al mismo lado de la muger, hay otra imágen para las mugeres, encargadas de ordeñar las vacas, ocupacion que solo se encarga á ellas, y del otro lado de la puerta, hácia donde están los criados, hay otro pequeño ídolo para los que cuidan de los jumentos. Cuando se reunen para beber, lo primero que hacen, es rociar con la bebida, la imágen que está sobre la cabeza del dueño de la casa, y despues, ejecutan sucesivamente lo mismo con todas las demás.»

Una de las primeras preguntas dirigidas á los misioneros, por el oficial de Sartak, al cual habian sido presentados, se dirigia á saber, cuál era el señor entre los francos, ó cristianos occidentales. Rubruk dijo, que el emperador; á lo cual se le contestó, que no; porque lo era mucho mas el rey de Francia. Sin duda alude Bergeron á esta respuesta, cuando dice en su prefacio de la *Relacion de los viages en Tartaria*, lo siguiente: «Es muy digno de notar, para honra y gloria de esta nacion, que los tártaros, tan formidables para todo el resto de la tierra, no temiesen á ningun pueblo, tanto como al francés.» En muchos lugares de estas relaciones, puede verse la estimacion en que le tenian, el aprecio que hacian de su disciplina militar, que ellos decian, querian aprender, lo cual podia proceder, sino de la fama que tenian los franceses de ser los mejores hombres de armas, los mas apuestos y gentiles caballeros; así lo atestigua tambien el gran emperador Federico Barba-Roja, en la cancion que compuso en alabanza de todas las naciones de Europa en lengua provenzal, y que tan en boga estuvo en todas las cortes de la cristiandad, y empieza:

«Plas mi cavalier francéz, etc.»

Se habia difundido en el oriente, la noticia de que Sartak era cristiano. Rubruk lo habia llegado á saber, y diciéndole que se guardase de usar esta espresion, replicó, que Sartak, no era *cristiano* sino mongol. Así se tomaba el nombre de cristiano, como si fuera el de un pais; especie de desprecio, bastante propio para desconcertar á los misioneros, segun las ideas que se habian formado de la conversion de los principe tártaros. A pesar de todo, Sartak tenia consigo sacerdotes nestorianos, que celebraban los oficios, segun el rito particular de su secta, y manifestó deseos, de que los religiosos, al presentarse en





su audiencia, llevasen sus libros y su capilla. Rubruk, en la carta dirigida á S. Luis, refiere así esta presentacion solemne. «Me revestí de los ricos ornamentos y capas que teníamos, llevando en una mano la hermosísima biblia, que V. M. me habia regalado, y en la otra, un salterio, riquísimo presente de la reina, lleno de hermosas viñetas: mi compañero, llevaba el misal y la cruz, y nuestro asistente, vestido con otros ornamentos, tomó el incensario, y nos dirigimos á Sartak. Levantaron una antepuerta de fieltro, que estaba suspendida delante de la puerta, y mandaron al asistente, y al intérprete, doblaran tres veces la rodilla, ceremonia que no exigieron de nosotros. Despues nos advirtieron con mucho encargo, cuidásemos de que ni al entrar, ni al salir, tocásemos al umbral de la puerta, y que cantásemos algunas preces de bendicion en favor de su señor. Entramos efectivamente, cantando el *Salve Regina*. A la misma puerta, habia un banco, sobre el cual habian puesto tazas, y *cosmos*, ó leche avinagrada de yegua. Acudieron todas las mugeres, y estos mongoles ó tártaros, nos empujaban mucho al entrar con nosotros. Coyat, nestoriano adicto al príncipe, tomó en su mano el incensario, y lo presentó á Sartak, que le miró mucho al vérsele manejar; despues le enseñó el salterio, que examinó tambien en compañía de su muger, sentada á su lado; luego se le manifestó la biblia; preguntó si era el evangelio, y yo le respondí, que este libro contenia toda la sagrada escritura. Al ver una imágen, preguntó si era la de Jesucristo, y yo le dije que sí; porque es necesario hacer notar, que los cristianos armenios y nestorianos, nunca ponen en sus cruces la imágen de Jesucristo, lo cual dá á sospechar, que no creen en la pasion del Hijo de Dios, ó que se avergüenzan de confesarlo. Despues de esto, mandó retirar á todos los que estaban alrededor de nosotros, para examinar mejor todos nuestros ornamentos, concluido lo cual, nos fuimos á desnudar, y vinieron intérpretes con Coyat, para traducir las cartas.»

Sartak mandó que los misioneros fuesen conducidos al campamento de su padre Batu. Este príncipe les exijió esplicaciones sobre el fin de su viage, y Rubruk, al que se obligó á ponerse de rodillas, (Pl. VI, n.º 2.) levantando su pensamiento á Dios, dijo: que rogaba al Señor, que habia dado á Batu todos los bienes de la tierra, le concediese tambien los del cielo; bienes que el príncipe no podia adquirir, sino abrazando el cristianismo, porque Dios mismo tiene dicho: «el que crea y sea bautizado será salvo, y el que no crea, se condenará.» Al oir estas palabras, hicieron los tártaros un ruido amenazador, que en nada alteró la serenidad de Rubruk. Luis IX pedia para los religiosos el permiso de permanecer en Tartaria, á fin de que en ella predicasen la fé; pero Batu no quiso concedérselo por sí mismo, y contestó á los misioneros, debian obtener esta autorizacion de Mangu, hecho khagan, en 1250; y se les exhortó á que continuaran su viage, para lo cual, se les proveyó de víveres y medios de trasporte.

Los franciscanos, casi siempre á pié, y frecuentemente privados de alimento, siguieron las orillas del Volga por espacio de cinco semanas.

El 16 de setiembre se separaron de este rio, y se dirigieron al Jaik (Ural). Les dieron vestidos de mas abrigo que los que tenian, porque ya se hacia sentir el frio, y se les proveyó de caballos, que no mudaban mas que dos ó tres veces al dia, aunque caminaban al menos treinta leguas de las de Francia. Durante su camino, no comieron mas que maiz cocido en agua, y leche agria de yegua. El 27 de diciembre, llegaron al campamento de Mangu, y el 1.º de enero, de 1254, fueron conducidos á la habitacion del khagan. Rubruk describe así el modesto aposento, y la sencillez del monarca, cuyos ejércitos iban á abrazar muy pronto casi toda la estension del Asia. «Entramos en su morada, despues de haber levantado el fieltro que estaba delante de la puerta, y como todavía estábamos en tiempo de navidad, empezamos á cantar el himno: *A*

solis ortus cardine, concluido el cual, empezaron á registrarnos, para ver si llevábamos armas escondidas, obligando al intérprete á que entregára al portero el cinturon, y el cuchillo. A la entrada de este lugar habia un banco con vasijas de leche agria. Nos sentaron en frente de las damas, dejando que nuestro intérprete permaneciera en pié. Este lugar estaba tapizado de telas de oro, y en el centro, habia un brasero, lleno de fuego de espinas y raices de agenjos, arbusto que allí crece en abundancia. El fuego estaba encendido con estiércol de buey. El gran khan estaba sentado sobre un pequeño canapé, y vestido de un rico trage forrado y lustrado, como la piel de una vaca marina. Era hombre de mediana estatura, de nariz pequeña y chata, y de edad de cuarenta y cinco años. Su muger, que era una jóven muy hermosa, estaba tambien sentada á su lado con una de sus hijas, llamada Cyrina, bastante fea, y próxima á casarse, y en otro asiento, estaban sentados sus demás hijos. El khan nos preguntó, si queríamos beber vino ó cerasina, que es un brevaje hecho de arroz ó *carascosmos*, compuesto de leche pura de vaca, ó *ball*, que se hace de miel, bebidas todas de que usan en el invierno. Yo respondí, que no éramos gentes que gustasen de beber mucho, pero que sin embargo, haríamos todo lo que fuese del agrado de su grandeza.

« En seguida mandó se nos diera cerasina hecha de arroz, bebida tan clara y dulce como el vino blanco; yo la probé por condescendencia, pero nuestro intérprete, que se habia sentado con el repostero, con gran sentimiento nuestro bebió tanto, que ni sabia lo que hacia, ni lo que decia. El khan hizo tambien traer muchos pájaros de presa, que puso sobre su puño, mirándolos con mucha atencion. Despues de mucho tiempo nos mandó hablar. Tenia por intérprete á un nestoriano. Despues de habernos puesto de rodillas, le dije; « que « dábamos gracias á Dios, de que se hubiese « dignado traernos desde tan lejos, para ver y « saludar al gran Mongu-Khan, á quien habia « dado un gran poder sobre la tierra; pero « que suplicábamos tambien á nuestro Señor « Jesucristo, por quien todos vivimos y morimos, que se sirviese dar á S. M. una vida « larga y dichosa (porque todo su deseo se « reduce á que se ruegue por su vida): » dije tambien, « que nosotros habíamos oido asegu- « rar en nuestro pais, que Sartak era cristia- « no, noticia que habia alegrado á todos los « cristianos y especialmente el rey de Francia; « el cual, por esta razon, nos enviaba á él, « con cartas de paz y de amistad; y para acre- « ditarle quienes éramos, y con el fin de que « nos permitiera detenernos en su pais, puesto « que, por los estatutos de nuestra órden, es- « tábamos obligados á enseñar á los hombres « á vivir segun la ley de Dios. Que Sartak nos « habia enviado á su padre Batu, y Batu á S. M. « imperial, á quien, ya que Dios le habia con- « cedido un gran reino sobre la tierra, supli- « cábamos nos permitiera permanecer en sus « reinos y señoríos, para que en ellos se cum- « plieran los preceptos de Dios, y para rogar « por S. M. y por su familia. Que no teníamos « ni plata, ni oro, ni piedras preciosas, sino so- « lamente nuestro ministerio y nuestras preces, « que constantemente elevaríamos á Dios en fa- « vor suyo; que al menos le suplicábamos nos « permitiera permanecer allí, hasta que pasara « el rigor del frio. »

« El khan respondió, « que así como el sol esparce sus rayos por todas partes, así se estiende tambien su poder y el de Batu. » Nada mas pude entender por nuestro intérprete, sino que estaba embriagado, lo cual tambien sospeché de Mongu-Khan. Despues de algunos cumplidos, nos alejamos de su presencia con sus secretarios; y uno de sus intérpretes, que dirigia á una de sus hijas, se vino tambien con nosotros, deseoso de saber noticias de Francia, preguntando si habia muchos bueyes, carneros y caballos, como si estuvieran próximos á venir, y á llevárselo todo. Obligado me ví mas de una vez, á disimular mi cólera y mi indignacion, diciéndoles, « que en Francia, habia muchas cosas buenas, y que ellos po-



dian ver, si se aficionaban á ir por ellas.»

Los dos franciscanos vieron en la corte del Mangu gran número de sacerdotes nestorianos. No solo se les daba en todas las fiestas solemnes un lugar preferente, sobre los imanes de los musulmanes, y sobre los bonzos, sino que con frecuencia asistia el príncipe á sus oficios, acompañado de su familia, sentándose con la emperatriz sobre un canapé dorado, que habia colocado en frente del altar. Desde la iglesia nestoriana envió á buscar á los misioneros, á quienes invitó á que cantaran; y los franciscanos entonaron el *Veni Sancte Spiritus*. Examinó con curiosidad su breviario y su biblia. Toleró que los misioneros siguieran procesionalmente á la cruz, cantando en alta voz, el himno *Vexilla Regis prodeunt*. No hay que deducir de aquí, que Mangu se inclinase al cristianismo, pues su conducta no era mas, que resultado de una completa indiferencia religiosa, creyendo solo en prácticas supersticiosas, consistentes en la adivinacion por medio de huesos quemados. Siempre que queria emprender alguna cosa, mandaba traer tres huesos, y teniéndolos en sus manos, examinaba si podia ó no realizarla. En seguida los entregaba para que los quemasen, y luego que habian estado al fuego y se hallaban ennegrecidos, se los volvian á traer para que viese si estaban enteros, en cuyo caso, el negocio debia tener un éxito feliz; pero no, si estaban rotos, lo cual obligaba al emperador á desistir de su propósito.

Los misioneros acompañaron á Mangu-Khan á Karakorun, ciudad situada al pié de las montañas de este nombre, sobre la orilla izquierda del rio Urquh, y de la cual dice Rubruk, que era inferior á la de Saint-Denis de Francia. Tenia doce templos de idólatras, de diferentes naciones, dos mezquitas de musulmanes, y una iglesia nestoriana. Esta ciudad estaba rodeada de murallas, en que habia cuatro puertas; en la de oriente, se vendia el maiz y los demás granos; en la de occidente, las ovejas y las cabras; en la del mediodía, los bueyes y los carros, y en la del norte, los caballos. Los franciscanos, á su llegada entre los tártaros, no podian figurarse, que habian de encontrar en Karakorun un platero de Paris, llamado Guillermo Boucher, que habia ejecutado en el palacio imperial una obra ingeniosa, destinada á servir en los dos festines, que el emperador daba por pascuas y en el estío.

Consistia esta obra, segun Rubruk, en un gran árbol de plata, á cuyo pié habia cuatro leones tambien del mismo metal, cada uno de los cuales tenia un recipiente ó gran tazon. Sobre cada uno de estos, habia caños en forma de serpientes doradas, cuyas colas rodeaban el cuerpo del árbol. De una de ellas corria vino, de la otra *caracosmos*, de la tercera ball, y de la última cerasina. Sobre la cima del árbol, y entre los cuatro tazones, habia un ángel de plata, con una trompeta en la mano, que se hacia sonar por medio de los esfuerzos de un hombre escondido en la parte interior. Las ramas, las hojas y los frutos del árbol, todo era de plata. Cuando querian beber, el repostero daba voces al ángel, para que tocara la trompeta; el hombre escondido soplaba por el conducto correspondiente, y el ángel la hacia sonar. Los criados, advertidos por el sonido, hacian correr la bebida, que era recibida en vasos de plata y presentada á los convidados. Este gran árbol, estaba colocado al mediodía de palacio, en cuya direccion tenia este tres puertas, estendiéndose del norte al mediodía, y siendo, en su forma interior, parecido á una iglesia; pues tenia una nave céntrica, separada por dos órdenes de pilares, de las naves laterales. Al lado del norte habia un estrado con dos escaleras, situado en frente del árbol de plata, en que comia el khagan y recibia los presentes de los embajadores. Los hombres se colocaban á la derecha, hácia el occidente, y las mugeres hácia el oriente. Una sola de las mugeres del khagan se sentaba cerca de él, pero no á nivel suyo. (Pl. VII, n.º 1.) Además del árbol de plata, habia construido el industrioso artífice una cruz con un crucifijo del mismo metal, lo cual irritó mucho á los sacerdotes nestorianos, que no

gustaban de crucifijos; tambien habia esculpido una imágen de la santa Virgen, y grabado alrededor la historia del evangelio. Este platero poseia algunos ornamentos, que presentó á los franciscanos, para que los bendijeran, regalándoles un hierro para hacer hostias y un copon de plata, para custodiar el santísimo sacramento. El jueves santo y el domingo de pascua, celebró Rubruk los santos misterios en el baptisterio de los nestorianos, y dió la comunion al pueblo.

Mangu-Khan quiso que los misioneros disputasen con los sacerdotes de las falsas religiones, en presencia de tres secretarios suyos. Rubruk no tuvo que trabajar mucho para confundirlos; pero estas conferencias no produjeron mas resultado, que suscitar murmuraciones contra el emperador, porque ninguno de sus predecesores, segun se decia, habia permitido descubrir los secretos de la religion.

Mangu-Khan no tardó en mandar que Rubruk viniera á su presencia y empezó á hablar, haciendo una especie de profesion de fé. «Nosotros los mongoles, dijo, creemos que no hay mas que un Dios, por el cual vivimos y morimos, y al cual se dirigen nuestros corazones; que así como habia muchos dedos en las manos, así tambien habia dado á los hombres muchos caminos para ir al cielo; que habia dado la escritura santa á los cristianos, pero que no la observaban, y que habia concedido adivinos á los mongoles, que hacian lo que aquellos les mandaban, por cuya razon vivian en paz; por último, dijo, que los misioneros habian permanecido en su imperio demasiado tiempo, y que debian marcharse sin tardanza.» Desde entonces no volvió á tener Rubruk ocasion de instruir á este príncipe en las verdades de la fé cristiana.

Los adivinos de que hablaba Mangu, eran los sacerdotes de los tártaros, cuyas órdenes se cumplian sin dilacion.

Su gefe estaba siempre hospedado en la habitacion del khagan, y tenian bajo su custodia los carros destinados para la conduccion de los idolos. Como estaban versados en la prediccion de los eclipses, esplotaban en estas ocasiones la credulidad del pueblo, que viendo realizada su prediccion, les presentaba abundancia de provisiones. Tambien anunciaban los resultados felices ó desgraciados para toda clase de asuntos; no se emprendia, sin consejo suyo, ningun levantamiento de hombres, ni espedicion militar, y eran los que esclusivamente presidian á la purificacion, por el fuego, de los hombres y de las cosas. En el noveno dia de la luna de mayo, tenian costumbre de reunir todas las yeguas blancas que habia en sus haras, para inmolarlas á sus dioses, y entonces distribuian las primicias del kumis nuevo. Los sacerdotes nestorianos tenian la debilidad de asistir, y aun de participar de esta ceremonia, á la que concurrian con sus vestidos sacerdotales. (Pl. VII, n.° 2.) Tambien se llamaba á los adivinos, en el nacimiento de los hijos, para que profetizaran su destino; decidian en caso de enfermedad, si era natural ó resultado de un sortilegio, y para curar al enfermo, se valian de sus pretendidos encantos; se reclamaba su intervencion contra la violencia del frio; y antes que confesar su impotencia, señalaban como causa de ese mal, á algunos desgraciados, á quienes su mentirosa acusacion costaba la vida. Vanagloriándose algunos de tener un horrible comercio con el espíritu de las tinieblas, le evocaban por la noche, para conseguir respuestas á las preguntas que el khagan les hacia y deseaba saber su solucion. Despues de haber colocado en medio de la casa, pedazos de carne cocida, se agitaban, tocando un tamboril, exaltándose á este ruido, y á fuerza de contorsiones, haciéndose despues ligar, en ese estado, decian los adivinos, venia el demonio á ellos, les hacia comer las carnes preparadas, y les daba la respuesta que pedian. A tal estado de degradacion moral habia llegado el pueblo, que los misioneros querian civilizar por medio del cristianismo.

Mangu, al despedirlos, les exigió que aceptasen tres vestidos, entregándoles una carta para S. Luis, en la que, el príncipe mongol, se daba el título de hijo del cielo y soberano se-

ñor, y en la que desmentia á David, enviado de Ilchi-Kathai, y á la regente Ogul-Gaimisch, previniendo al rey de Francia, que si queria merecer sus bondades y obtener su amistad, debia seguir exactamente las leyes del sucesor de Gengis-Khan.

Rubruk se vió obligado á partir solo con un guia y un criado, porque Bartolomé de Crémona no quiso volver á pasar el desierto para restituirse al campamento de Batu. Los únicos frutos de su mision apostólica están reducidos al bautismo de cierto número de niños.

Despues de dos meses de marcha, encontró á Sartak, que se dirigia al lado de Mangu. Si no es cierto, que este príncipe tártaro estaba bautizado, segun anunció á Inocencio IV un sacerdote llamado Juan, que se denominaba capellan suyo, es incontestable, que por sus órdenes, se construia en aquel tiempo una iglesia sobre la orilla occidental del Volga. Este príncipe, tuvo mucha satisfaccion en volver á ver al misionero, á quien entregó dos vestidos de seda, uno para él y otro para el rey de Francia. Rubruk envió ambos vestidos á S. Luis. Luego que llegó al campo de Batu (16 de setiembre de 1254) se apresuró á comunicarle la carta escrita por el khagan á Luis IX, segun le habia prevenido; y despues de un mes, consiguió permiso para marchar. Rubruk atravesó el Cáucaso, la Armenia, la Siria, y llegó á Trípoli el 15 de agosto de 1255, y desde Acre, dirigió al rey de Francia el informe detallado de su viage.

CAPÍTULO III.

Estudio de las lenguas orientales — Sociedad de los hermanos viageros por Jesucristo.— Los papas aumentan los misioneros.— Disposiciones adoptadas por los príncipes tártaros con respecto al cristianismo.

La mision de Rubruk entre los tártaros, nos ha hecho descender hasta el año de 1255: remontándonos á los años anteriores, debemos indicar muchas disposiciones adoptadas, con el fin de procurar la conversion de los infieles.

San Raimundo de Peñafort, de quien ya hemos hablado, despues de haber admitido el cargo de vicario general de los dominicos, procuró realizar diversos proyectos, concebidos con el fin, ya de conservar la pureza de la fé entre los cristianos de Europa, cuyas relaciones con los mahometanos pudieran perjudicarles, ya para hacer anunciar con fruto las verdades del cristianismo á los musulmanes, á los judíos, y á los hereges. El P. Touron, dice de este santo « que sus misiones eran contínuas en diferentes provincias de España, donde existia un gran número de sarracenos, y persuadió á sus hermanos, para que siguieran su ejemplo en la costas de Africa.

« Para dar nuevas armas á los propagadores de la fé, y hacer así mas eficaces sus predicaciones, empleó dos medios, que produjeron grandes resultados en favor de los progresos del evangelio.

« Rogó á Sto. Tomás de Aquino, cuya reputacion era ya tan grande en la Iglesia, á que escribiera una obra, en que se encontrara una esposicion clara y metódica de las verdades de la religion cristiana, con sus pruebas, y las respuestas á los argumentos de los infieles. El santo doctor, tomó al momento la pluma y escribió sus cuatro libros *de la fé católica*, ó Suma contra los gentiles; (1) obra

(1) El principal objeto que S. Raimundo de Peñafort se proponia con esta obra, era, el de que sirviera á los religiosos encargados de la conversion de los moros y judios esparcidos por España. El P. Posevin considera esta obra, como la mejor y mas escelente de cuantas en su género haya podido escribir ningun escritor antiguo ni moderno. La Suma contra los gentiles puede considerarse, como el ensayo importantísimo de la gran Suma teológica. Como existen algunos adversarios, ú hombres demasiado preocupados, que miran como una profanacion, la traduccion de las obras de Sto. Tomás, necesario es consignar aquí un hecho importantísimo, y en el cual se contiene la contestacion mas satisfactoria; tal es la de haber sido traducida la Suma contra los gentiles, en griego y en hebreo, segun se cree, por los cuidados de S. Raimundo de Peñafort. Aun lo ha sido, y en muchos mas idiomas, la Suma teológica, puesto que Máximo Planudes la tradujo en griego, cuya version se conserva en las bibliotecas del Vaticano, en la nacional de Paris, y en la de Venecia. Marsilio Ficeo y Demetrio Cydonio hicieron otra version al mismo idioma de otras obras del mismo santo. El P. Rugli la tradujo en chino, De Mirande, Hautville, el P. Griffon, Genoude, el abate Drouix y otros, en francés. Nicolás Antonio habla en su *Biblioteca española* de una traduccion castellana; el P. Echad hace mencion de un es_

que S. Raimundo de Peñafort, recibió como un presente del cielo.

« Estaba ademas persuadido, que para alcanzar todas las ventajas que se proponia, era necesario, que los que anunciaban el evangelio á los judios y á los moros, pudieran entender y hablar su lengua, y leer y examinar los escritos de sus doctores. San Raimundo se valió de la confianza con que le honraban los reyes de Aragon y de Castilla, para sugerirlos fundaran dos colegios de Sto. Domingo, uno en Túnez, y otro en Murcia. Aun los infieles favorecieron sus deseos, porque segun dice un autor antiguo, la reputacion de su santidad, era tan grande, que los príncipes moros, y en particular el rey de Túnez, procuraban ser amigos suyos. San Raimundo, por su parte, se aprovechaba de todo, para la propagacion de la fé. Eligió á los maestros mas acreditados de las lenguas orientales, y los religiosos que destinó para este estudio, se dedicaron á él con ardor, haciendo grandes progresos. Con este nuevo elemento, fueron muy considerables los frutos de sus predicaciones y de sus conferencias. Como si los progresos de la religion hubieran estado en cierto modo unidos al conocimiento de las lenguas, se observaba con placer, que en proporcion que nuestros predicadores eran mas instruidos en ellas, hacian gustar mas, y abrazar con mas facilidad todas las verdades que la religion nos enseña. Por esto dijo luego despues el papa Clemente VIII, que S. Raimundo, al establecer el estudio del árabe y del hebreo en las casas de su órden, habia igualmente contribuido á la gloria de España y á la de la Iglesia, con la conversion de una gran multitud de gentiles.

« El siervo de Dios, escribiendo en 1256 al P. Humbert, quinto general de su órden, no temia anunciar, que habia ya mas de diez mil sarracenos, entre los cuales existian muchos distinguidos por su saber, que habian pedido la gracia del bautismo. Siguiendo este ejemplo, y tomando por modelo los establecimientos de que acabamos de hablar, mandó el concilio general de Viena, celebrado en el siglo siguiente, « que en lo sucesivo hubiera « en el colegio romano, y en las universida- « des de Paris, Oxford y Salamanca, profe- « sores públicos, encargados de la enseñanza « de las lenguas orientales, para facilitar la « conversion de los infieles. »

Juan el Teutónico, cuarto vicario general de los dominicos, no se limitó á dispensar toda su proteccion á los establecimientos formados por S. Raimundo de Peñafort en los estados de Murcia y de Túnez, para iniciar á los jóvenes religiosos en el estudio de las lenguas orientales; sino que influyó, para que en la provincia de España se estableciera un curso especial de árabe. Efectivamente, el capítulo general de los franciscanos, celebrado en Toledo en 1250, decretó el establecimiento de una cátedra de árabe, en el convento de dominicos de Mallorca, á fin de que todos los religiosos, que se destinaban á las misiones, se familiarizasen con la lengua de los pueblos que debian evangelizar. Los franciscanos, aplicándose desde entonces al estudio de este idioma, pudieron esponer, sin necesidad de intérpretes, las verdades del cristianismo á los pueblos mahometanos, y á que fuesen aceptadas por otros muchos infieles (1).

Inocencio IV, en 1252, tuvo el pensamiento de formar un cuerpo de misioneros, cuyos individuos sacados de las dos familias de S. Francisco y Sto. Domingo, fuesen siem-

critor anónimo, que tradujo al mismo idioma la primera parte de la Suma, y en Italia y otros muchos paises, son conocidas las traducciones, que poseen de la Suma y otros tratados de Sto. Tomás. Solo en España no se ha publicado un trabajo tan importante.

(1) El baron de Henrion, que tan pródigo se muestra en espresar las citas de donde ha tomado las noticias, con que enriquece su admirable trabajo, pudo hacer mencion del autor, de quien en nuestro concepto, ha tomado las relativas á la proteccion dispensada al estudio de las lenguas orientales para la propagacion del cristianismo. El P. Cañes, franciscano español, tan célebre por sus trabajos apostólicos en las misiones de Damasco, como por su profundo conocimiento en la lengua y literatura árabe, nos dá en su prólogo al Diccionario español-latino-arábigo, cuantos datos pudieran desearse, sobre el estudio de los idiomas orientales, en las casas de su órden y en las universidades de España.

pre tan numerosos, como llenos de celo. Este cuerpo recibió un nombre, que espresaba su fin: tal fué el de *Sociedad de los hermanos viageros por Jesucristo*, y tuvo en su seno obispos y arzobispos, á quienes la santa sede confirió grandes facultades.

Los religiosos inscriptos, debian esparcirse en las tierras de los idólatras y musulmanes, para predicar en ellas la fé católica. De los diplomas espedidos por diversos pontífices, consta la manera admirable con que desempeñaron su mision.

A ruegos de S. Luis, que buscaba con ardor todos los medios de propagar el cristianismo, ordenó Inocencio IV, en 1253, que un gran número de religiosos marcharan al oriente, á fin de instruir á los paganos, y á los mahometanos, hacer volver á la unidad á los hereges, y sostener la fé de los cristianos cautivos. Encargó á su legado, el cardenal Odon, eligiera de las dos órdenes, de franciscanos y dominicos, hombres de piedad y de saber, que fuesen elevados al episcopado, y estuviesen revestidos de la autoridad necesaria, para conceder á los cristianos de la Tartaria, las dispensas convenientes sobre ayuno y matrimonio. Además de las instrucciones dadas al legado, encargó el papa á los generales de ambas órdenes, remitieran al oriente gran número de misioneros, y confirió á estos apóstoles, diversos privilegios, tales, como promover á las funciones de acólito, dispensar irregularidades, absolver á los asesinos sacrílegos, fundar iglesias, rehabilitar las profanadas, nombrar servidores para ellas, y autorizar á los infieles y cismáticos convertidos, para la conservacion de sus esposas. Exhortó especialmente al provincial de los dominicos de Polonia, para que enviara un gran número de sus hermanos, entre los rutenos, los daneses, los búlgaros, los comanes, los sirios, los iberos, los alanos, los gazares, los godos, los jacobitas, los nubianos, los nestorianos, los georgianos, los armenios, los indios, y demás pueblos paganos, para que se dedicáran á su conversion. Los dominicos, fieles á su vocacion, se dispersaron al punto en el norte de Europa y de Asia.

Inocencio IV autorizó á los misioneros de Polonia, para que llevaran el sombrero, el calzado, y los guantes, de color encarnado, del mismo modo que los cardenales, á quienes ya habia concedido el sombrero de color rojo en el concilio general de Leon; emblemas elocuentes con que significaba, que los dominicos polacos, estaban prontos á derramar su sangre por la Iglesia, y que estaban abrasados del mayor celo por la propagacion del evangelio. El dominico Fr. Benito y sus compañeros, recogieron gran cosecha espiritual entre los comanes, á donde fueron enviados por disposicion del capítulo general celebrado en Buda, en 1254. No fueron menores los resultados que obtuvieron otros dominicos en Tracia y en Georgia. Fray Anselmo, revestido con el título de legado, penetró en el fondo de la Persia, con otros muchos compañeros, donde, despues de haber convertido á muchos idólatras, fueron presos y degollados en 1255, ejercitando su ministerio apostólico.

Alejandro IV, escribió en el año siguiente al provincial de los dominicos de España, para que enviara hermanos suyos á las tierras de los musulmanes, y á Túnez, en Africa, concediendo muchos privilegios á los misioneros que se encargaran de esta empresa. Los deseos del soberano pontífice quedaron realizados con la remision de dominicos, tan sábios como virtuosos, á Murcia, Granada, etc., y aun á Berbería, diciendo de ellos las crónicas de la órden, «que brillaron como estrellas, en medio de las tinieblas de la infidelidad.» La conversion de diez mil musulmanes, resultado de sus esfuerzos, es el mejor testimonio de la fecundidad permanente de la Iglesia. Además de esto, atrajeron á su seno á muchos apóstatas, y sostuvieron la fé de los cristianos esclavos de los mahometanos. Estanislao de Cracovia, provincial de los dominicos de Polonia, recibió de Alejandro IV, las mismas instrucciones que el provincial de España.

Este papa, de tal modo se interesaba por

la estension del reino de Jesucristo, que sin cesar estimulaba el celo de franciscanos y predicadores, por medio de la concesion de nuevos privilegios. Los religiosos, á quienes así abria la carrera de las misiones, se lanzaron á ellas con un ardor generoso, felicitándose de las fatigas y tribulaciones que soportaban por la gloria de Dios.

Del diploma conferido en 1258 á los franciscanos, consta, que sus misioneros se encontraban en todas partes al lado de los dominicos, porque el papa encabeza así este diploma. « A nuestros muy queridos hijos de la órden de S. Francisco, en las tierras de los sarracenos, de los paganos, de los griegos, de los búlgaros, de los comanes, de los etiopes, de los siros, de los iberos, de los alanos, de los gazares, de los godos, de los ziques, de los ruthenos, de los georgianos, de los nubios, de los nestorianos, de los jacobitas, de los armenios, de los indios, de los mostelitas, de los tártaros, de los húngaros, de la gran Hungría, de los turcos, y de las demás naciones infieles del oriente, ó en cualquiera otro territorio: » enumeracion que nos enseña cuántos paises diferentes abrazaba el celo por la propagacion de la fé.

Los tártaros eran los pueblos mas poderosos, de los mencionados por Alejandro IV.

Hulagu, hermano de Mangu-Khan, enviado al Asia occidental en 1255, se señaló por la destruccion de los ismaelitas y por la toma de Bagdad, que puso fin, en 1258, al poder de los califas. Estaba casado con una nestoriana, y trataba bien á los cristianos. En su propio campamento de la llanura de Mughan, habia erigido un oratorio, que servia para la celebracion de los oficios de armenios, siros y georgianos. El campamento de Hulagu, llegó á ser en la Persia un centro de gobierno, casi independiente del gran imperio Mongol.

Otro tanto puede decirse del campamento de Bereka, sucesor de Batu, y por quien fué horriblemente asolada la Polonia. Sadoc, enviado por Sto. Domingo para predicar á Jesucristo en la Hungría, gobernaba una piadosa colonia de hermanos suyos en Sandomir, cuando se verificó en 1260 esta segunda irrupcion de los tártaros. Bzovio refiere, que la gloriosa prueba reservada á estos dominicos, les fué revelada de la manera siguiente. El novicio, que en la víspera de su muerte, leia el martirologio en el refectorio, vió grabadas en él, con letras de oro, estas palabras. « En Sandomir, el suplicio de cuarenta y nueve mártires. » Vacilando si las leería ó nó, concluyó por pronunciarlas en alta voz. Asombrados Sadoc y los demás padres, quisieron ver el libro; pero las letras se desvanecieron entre sus manos; el prior dijo entonces á sus religiosos: «Hermanos mios, estas letras, divinamente trazadas, son un aviso del cielo, y no han sido puestas en vano ante los ojos de este inocente novicio. El autor de la vida y de la muerte, nos invita así, á que nos preparemos para ganar mañana la vida que no concluye; ninguno deje, pues, de fortificarse para recibir el dulce y santo viático. El tártaro nos quitará la vida, pero una vida mortal, pasagera, llena de dolores; y en cambio nos será concedida por Jesucristo, rey de los mártires, una vida eterna y llena de felicidad. » Al dia siguiente, los tártaros tomaron por asalto á Sandomir. Sadoc reunió en la iglesia á todos sus hermanos; cantaron la antífona *Salve Regina* y los bárbaros los sacrificaron, en el momento en que celebraban las alabanzas de Dios, que los habia hecho dignos de la palma inmortal. Pl. VIII, n.° 2.

Sadoc y sus cuarenta y nueve compañeros fueron en seguida honrados como mártires; Alejandro IV aprobó su culto, para la ciudad de Sandomir, y Pio VII le hizo estensivo para toda la órden de dominicos. No fué menos gloriosa la muerte de otro misionero. Era un príncipe de Hungría, que habiendo llegado á una edad avanzada, y fatigado con el peso de las dignidades humanas, cambió las insignias de la soberanía por el hábito de Sto. Domingo, y se consagró á predicar el evangelio entre las naciones bárbaras. El prior del convento, donde residia este anciano misionero, viendo que



los tártaros invadieron la Hungría, pensó en alejarse con sus hermanos como medio de evitar la muerte. El buen religioso le rogó le permitiera quedarse para custodia del convento y de la iglesia; añadiendo, para vencer su oposicion, que ya era un viejo, y que si los tártaros venian á matarle, la muerte de un anciano inútil no podia perjudicar en nada á la órden. Sus instancias triunfaron de la resistencia del superior. Se dedicó á fortificar en la fé á los fieles de la ciudad; á administrarles los sacramentos, disponiéndolos tambien á recibir, por amor de Dios, y sin temor, la muerte que les podrian causar los enemigos de la religion católica. Algunos dias despues volvieron sus hermanos al convento, y encontraron al santo anciano tendido delante del altar mayor, bañado en sangre, con los brazos cruzados, con el cuerpo atravesado á lanzazos, y toda la cabeza destrozada. (Pl. VIII, n.º 2.) Los mongoles, testigos de tanto heroismo, se mostraron insensibles. Bereka acabó por abrazar el islamismo con una parte de sus pueblos, y haciéndose cada vez mas enemigo de los cristianos, persiguió á los príncipes de su sangre, que mandaban en el mediodía y seguian la antigua creencia de los tártaros, preparándoles así á aliarse con el sultan de Egipto. Despues de la muerte de Mangu-Khan, Kublai, hermano de este emperador y de Hulagu, fué proclamado khagan, en 1260; el cual unió el Mangy, es decir, la China meridional, al Katay ó norte de la China. Tambien ensayó este príncipe la conquista del Japon, pero sin obtener mas resultados que la destruccion de su flota. Mas felices fueron los que obtuvo en otros puntos, pues hizo tributarios al Tong-King, á la Cochinchina, al Pegú; dominó el Tibet y los paises que separan el curso del Ganges, de los rios del Asia oriental. Nada nos puede dar á conocer mejor á Kublai y á su imperio, que el viage del veneciano Marco Polo, del cual daremos algunas noticias, tomadas de Klaproth.

El comercio, orígen de la prosperidad veneciana, atrajo á Constantinopla á Nicolás y á Marco Polo, hácia los años de 1250. En 1256 se dirigieron al khan de los tártaros, que ocupaba las riberas del Volga: pero la guerra los obligó á dejar precipitadamente el territorio de Bereka, y pasaron á Boccara, hácia el sud-este del mar Caspio. Su comercio los hizo detenerse en este territorio, por espacio de tres años; estudiaron la lengua y costumbres de los tártaros, y se decidieron á marchar cerca del Kublai.

Marco Polo nació algunos meses antes que Nicolás y Marco marchasen de Venecia, y cuando volvieron á su patria, despues de veinte años de ausencia, el jóven veneciano, que perdió á su madre desde su infancia, conoció por primera vez á su familia. Como los dos viageros manifestaron la necesidad de volver al Asia, Marco Polo quiso seguirlos. Este penoso viage de los venecianos duró tres años, pues no llegaron á la residencia de Kublai sino hasta fines de 1274.

Marco Polo fué destinado al servicio de khagan; los intereses del imperio y los grandes viages, ocuparon los mejores años de su vida. Despues de haber recorrido las islas y riberas del mar de las Indias, volvió á Europa en 1295, y contribuyó, junto con los misioneros, á llamar la atencion de los occidentales sobre regiones, que ningun europeo habia observado antes que ellos. Al pintar las costumbres de Kublai, Marco Polo describe tambien las de todos los pueblos tártaros. La caza es la primera diversion de esta nacion guerrera. Los tártaros adiestran á los halcones y otras aves de presa, para que persigan á los animales mas débiles; traillas numerosas de perros acometen á los jabalíes, á los osos y á los ciervos; hacen lo propio con los leones y los tigres, y aun se les enseña á combatir á otros animales. Los camellos conducen los bagages al campo. En sus ejércitos, introducen los elefantes cogidos al enemigo, y el soberano toma de los pueblos vencidos, los medios de aumentar sus fuerzas. El reino de Kublai, ofrece un fenómeno muy notable. Se veia al soberano de una gran parte del Asia, mandar á la vez á las naciones, que estaban mas civi-

lizadas y á las que estaban mas degradadas; proteger aquí las artes de la paz, sostener allí toda la actividad guerrera, dulcificar á unos pueblos vencidos, y desencadenar contra otros sus ejércitos victoriosos.

Los progresos de la civilizacion, estaban contrariados sin cesar por las costumbres primitivas, que solo podia corregir la religion católica; así es, que el contacto de estas tribus, semi-errantes y belicosas, con una nacion pacífica, y en cierto modo culta, jamás pudo producir la fusion de ambos pueblos. Los tártaros conservaron sus armas y sus costumbres, en medio de las nuevas conquistas; pero respetaron los usos de los vencidos, adoptaron una parte de sus goces, protegieron el ejercicio de las artes que ellos no cultivaban, y se creyeron interesados en mantener la prosperidad del imperio, que habian sometido. El khagan dividió en nueve gobiernos el territorio de Mangu, y confió tres provincias á sus hijos, las demás á sus principales gefes, y Marco Polo estuvo, por espacio de tres años, encargado de desempeñar uno de estos gobiernos. Este elevado empleo le facilitó los medios de conocer todos los resortes de la administracion y todos los recursos del imperio, de una parte de los cuales, se ocupa en su obra. Indica el sistema monetario, adoptado en los estados del khagan, consistente en monedas de corcho, que eran las mas usadas, empleándose tambien en muchas provincias, para los cambios, el oro, la plata, las conchas, y pedazos de sal. Tambien habla de los trabajos emprendidss para abrir comunicaciones entre todas las partes del imperio, ya abriendo canales, que unian entre sí á los grandes rios y prolongaban la navegacion interior, ya haciendo caminos, que partian de la capital á los paises lejanos, y en los cuales habia casas construidas de distancia en distancia, con tiros dispuestos ya para los correos ó enviados, á quienes el gran khagan encargaba alguna mision, ó ya para los que se dirigian á él

Para el paso de los rios, habia establecido barcas. Kubly mandó plantar árboles en los caminos; y en los desiertos estériles, hizo poner hitos de piedra que fueran señal de la direccion. Velaba por las necesidades de los territorios desvastados por un azote cualquiera, y distribuia provisiones á los pobres de de su capital; recogia anualmente mas de veinte mil niños abandonados, de cuya educacion se encargaba, haciendo que los ricos adoptaran una parte, y destinando los demás á su inmediato servicio ó al ejército. Los impuestos sobre el comercio, formaban la parte principal de las rentas del khagan, y además recibia otros tributos, que le ofrecian los gefes, en señal de homenage, en las principales festividades del año. Caballos, ricas telas, piedras preciosas, todo cuanto el afecto ó la ambicion pueden ofrecer al soberano, ya en testimonio de celo, ya por conseguir su privanza, aumentaban los recursos durante la guerra, ó contribuian al esplendor de su corte. El monarca, á su vez, esparcia los tesoros recibidos, y este cambio de servicios y de liberalidades, llegó á ser el primer vínculo de la obediencia y del poder. Las descripciones de Marco Polo, son mas detalladas respecto de las capitales de Kathay y de Mangy. Hace notar en la primera, todas las costumbres de un pueblo conquistador, y en la segunda, todas las relativas á las artes de la paz. Quinsay está situada á la orilla de un gran rio, cortado por numerosos canales, estendiéndose por lo interior un gran lago, en que sin cesar circulan gran números de barcas. Toda la industria de Mangy se refleja en esta capital, habitada por un pueblo disipado, que echando de menos la independencia que no ha sabido conservar, procura, ó sacudir su yugo, ó ganar á sus vencedores con la esperanza de conseguir la libertad, si puede hacer á sus dueños partícipes de sus costumbres. Kublai, despues de haber conquistado un estado floreciente, procuró no destruir sus riquezas; favoreció las relaciones del comercio, y las estendió á las provincias del mediodía, que eran las mas industriosas y fértiles, hácia las islas productoras de especias, hácia la ribera de la Co-

chinchina, y hácia la península de Malaca. Cuando Marco Polo recorrió estos territorios, se presentaron á sus ojos otras muchas producciones, que no consistian en verdad, en pieles variadas, riqueza propia de las comarcas del norte, sino en tisúes de seda y oro, obras maestras de la industria oriental, y porcelana finísima, esmaltada con las mas vivas pinturas. Una naturaleza fecunda, ha cubierto con preciosos vegetales las riberas y las islas del mar de las Indias; el vino está sustituido por el jugo de un árbol; la palma dá su leche, el árbol del pan, nutre á los habitantes que se embriagan con las hojas del betel (1), refrescan con la goma de la almáciga, y aumentan el sabor de los alimentos, con el uso de estimulantes variados. Todo cuanto puede servir para escitar el gusto, abunda en estos climas, de los cuales lo estraen todos los pueblos, difundiéndose en las naciones civilizadas. La tierra, revestida con tan ricos ornatos, en estos territorios equinocciales, encierra tambien en su seno nuevos y multiplicados tesoros. El topacio, la amatista, y la esmeralda, están allí confundidos con los záfiros de Ceylan, con los diamantes de Golconda, con los rubíes de las montañas del nacimiento del Ganges; la perla, en fin, se pesca en las playas de Ceylan y de Ormuz. Todas estas producciones del mar, y de la tierra, son importadas á otros paises, estendiéndose el comercio de la India, como una cadena inmensa, por los estados de Kublay, riberas del golfo Pérsico, del mar Rojo, costas de Africa y de Madagascar. Marco Polo señala esta isla como límite de la navegacion de los asiáticos de la edad media (2). En muchos lugares de su tránsito observó el fenómeno de los monzones (1), que ya le arrastraban hácia los lugares que queria recorrer, ya le obligaban á suspender por algunos meses la ruta que se habia propuesto. Sin llegar hasta Madagascar, entró en el golfo Pérsico, desde las riberas del Indus, por que sabia, que haciendo vela á esta isla, los buques navegan con mas rapidez que á su vuelta, y que serian conducidos hácia el mediodía por una corriente mucho mas impetuosa, si avanzáran mas allá de Madagascar; observacion que esplica muy bien la razon de el por qué los antiguos navegantes no llegaron á descubrir la parte meridional del Africa (2). Una infinidad de pruebas habian dado á conocer, que los barcos arrastrados al mediodía de Madagascar, no habian encontrado tierra alguna en esta direccion, y que delante de ellos se abria un abismo inmenso. Los que escaparon de los riesgos de esta navegacion, y á quienes el monzon de la primavera hubiera podido atraer hácia las Indias, desanimaron á los viageros, que deseaban arrostrar estos peligros. Los procedimientos, la navegacion, y las diferentes clases de buques conocidos de los asiáticos, están indicados en las observaciones de Marco Polo. Los que bogan en el lago de Quinsay, y en los rios ó canales de Mangy, son botes anchos y sin carena, y calan poco fondo; los que frecuentan las riberas del imperio, en el mar de las Indias, tienen cuatro mástiles y nueve velas, y un doble puente para el alojamiento de los pasageros, con capacidad para trescientos hombres. Los buques de Ormuz, calan menos agua; su forma es mas ligera; no tienen mas que un mástil y una vela; sus piezas están unidas por tiras de corteza, y se destrozan con mas faci-

(1) Betel, planta de la familia de las enredaderas, que es muy cultivada por los indios, á causa del frecuente uso que hacen de sus hojas. Continuamente las están masticando por el buen olor y hermoso color, que prestan á los lábios, habiendo venido tal vez de esto, la costumbre en que están, de no presentarse nunca en sus visitas de cumplimiento y respeto, sin llevar estas hojas en la boca y en las manos, y de ofrecerlas, en señal de obsequio, á las personas que se ausentan, metidas en bolsitas de seda. Dicen que sirve tambien para fortificar el estómago y las encías.

(2) Los genoveses y venecianos, segun refiere Chateaubriand, hacian el comercio de la India y de la China en carabanas que partian por diferentes caminos. Pegoletti nota con la mayor proligidad las paradas de una de las rutas seguidas en 1353. Despues de Marco Polo, florecieron Oderico, Mandeville, Clarifo, Josafat, Bárbaro, y otros que acabaron de descubrir el Asia.

(1) Viento reglado y periódico, que sopla en algunos mares, particularmente en el de la India, algunos meses de una parte, y los demás de la opuesta. —(Diccionario de la Lengua.)

(2) La obra de Marco Polo, fué en su tiempo la guia de todos los mercaderes del Asia y de todos los geógrafos de Europa

lidad en el curso de su navegacion. Marco Polo, hace mencion de muchos lugares del mar de las Indias, en que no se vé la estrella del norte, guia de los navegantes; designa los lugares en que aparece; los en que se eleva mas ó menos sobre el horizonte; indica aproximativamente algunas latitudes, pero no hace mencion de la brújula; silencio que podria dar lugar á creer, que los orientales no conocian su uso, por mas que la tradicion les haya atribuido este descubrimiento, con que los pueblos del occidente han querido honrar tambien á un habitante de Amalfi.

El veneciano, antes de terminar sus relaciones marítimas sobre estas islas, en que las ocupaciones de la pesca separan á los hombres y á las mugeres, durante una parte del año, pinta las emboscadas de los piratas contra los navegantes en los mares de Guzurate; describe las playas de Socotora, en que gran número de hombres se dedica á la pesca de la ballena. En esta parte de su obra, se encuentran algunas tradiciones fabulosas sobre objetos, que él no habia observado por sí mismo. Así, coloca al mediodía de Madagascar, el pájaro roc, cuya fuerza exagera, haciendo superior la estension de sus álas á la de las del condor, que parece haber servido de tipo para esta descripcion. Las maravillas del norte corresponden á las del mediodía, en cuyo aire nebuloso levantan su vuelo los grifos, y se precipitan sobre su presa. Los tenebrosos inviernos de las regiones boreales, están representados como si fueran una noche eterna: hordas vagabundas acuden á despojar á sus habitantes; la miseria de estas comarcas salvages, ó el miedo que hay de penetrar en ellas, las hace inaccesibles, y la credulidad las ha considerado como el pais de los mónstruos, en tiempos en que se adoptaban sin exámen estas narraciones maravillosas. De estas tradiciones inverosímiles, que Marco Polo refiere sin garantizarlas, pasa á ocuparse de los sucesos históricos de los últimos tiempos que pasó en el Asia, sucesos que mas vivamente debian interesar á sus contemporáneos. La Europa veia un principio de seguridad para ella, en las guerras y revoluciones que destrozaban la inmensa familia de los tártaros.

CAPÍTULO IV.

Religiones de los paises situados al mediodía, conquistados por el emperador Kublai: 1.º Religion de la India.

Kublai, desde su advenimiento al trono, se fijó en la eleccion de la religion que intentaba hacer abrazar á todos sus pueblos. Para comprender mejor la conducta de este príncipe, cuyas conquistas se estendieron á la India y la China, debemos primeramente echar una mirada sobre las creencias dominantes en estos paises. Hablaremos de la India, en que una nueva escuela, desdeñando el testimonio del *Génesis*, y fijando en otro lugar la cuna de la humanidad, ha pretendido encontrar el orígen de las antiguas tradiciones, el foco de la civilizacion primitiva, y el principio de todas las religiones.

M. Guigniaut, dice: «Si hay algun territorio sobre la tierra, que con justicia pueda reclamar el honor de haber sido cuna de la humanidad, ó al menos teatro de una civilizacion primitiva, cuyos desenvolvimientos sucesivos hubieran llevado á todo el mundo antiguo, y quizá mas allá, el beneficio de las luces, que es la segunda vida de la humanidad; si hay alguna religion, que se esplique, como por sí misma, por las impresiones poderosas de la naturaleza, y por las libres inspiraciones del espíritu, cuyas formas sencillas y sublimes, cuyas concepciones simples, y al mismo tiempo profundas, cuyo vasto y atrevido sistema espliquen á su vez, y con cierto éxito, los dogmas y los símbolos religiosos de la mayor parte de los demás pueblos, esta religion es seguramente la de la India: religion, que aparece viva aun, sobre las orillas del Ganges, con sus sacerdotes, sus altares, sus libros sagrados, sus poesías, sus usos y sus doctrinas. La India, siempre antigua y siempre nueva, está de pié sobre sus propias ruinas, como un foco eternamente luminoso, en que vienen á con-

centrarse los rayos esparcidos, que durante mucho tiempo han ilustrado ó fascinado el mundo.» M. Panthier, dice tambien: «La India, con su lengua sanscrita, tan sábia y tan metafísica, con su idea religiosa, tan profunda y tan sublime, con su pensamiento filosófico tan abstracto y tan atrevido, con su imaginacion tan poética y tan gigantesca, con su naturaleza tan maravillosa y tan fecunda, se nos presenta como el grande y antiguo foco del pensamiento humano, como el punto central y radiante de este vasto círculo de ideas filosóficas y religiosas, de idiomas admirables en consanguinidad, que ha envuelto la alta Asia, y que ha concluido por abrazar casi á todo el mundo antiguo. Efectivamente, sobre las elevadas llanuras del Asia, es donde ha sido primitivamente arrojado el enigma del género humano; de allí es de donde ha partido el gran rio de la civilizacion, antes de cubrir la Europa, y antes de dejar detrás de sí inmensos desiertos de arena.» Segun este autor, la cadena del desenvolvimiento humanitario «tiene su último anillo en la India, y hasta allí es á donde la ciencia humana ha podido remontarse.» De estos pasages se podria deducir, lo que proclaman los protestantes panteistas de Alemania, á saber: que los dogmas fundamentales de la religion católica son restos mal comprendidos de la mitología hinda. Los estudios orientales, que han disipado las objeciones suscitadas por el siglo XVIII, reducen á su justo valor estos enmascarados recuerdos de Voltáire y de Bailly, obras impotentes de un sistema gastado, que se pretende resucitar. M. de Valroger, dice: «La revelacion primitiva ha sido demostrada por la universalidad de las tradiciones, como el mundo primitivo lo ha sido por los fósiles: las naciones muertas, las literaturas sepultadas, se han levantado de su polvo; la palabra ha sido devuelta á los pueblos mudos, y la vida á los siglos muertos; y todos han venido á deponer con unanimidad en favor de la antigüedad y veracidad de nuestras santas escrituras, rindiendo homenage al Dios eterno de la cruz.»

La hipótesis que coloca en la India la cuna del género humano, y que hace proceder del brahmanismo la civilizacion de casi todos los pueblos, se apoya únicamente en las analogías y semejanzas que existen entre los usos, las doctrinas, las mitologías, etc., de los hindos y los de las demás naciones. M. de Valroger, dice: «Pero estas analogías y estas semejanzas se esplican muy bien de otra manera; no suponen mas que la unidad de orígen de todos los pueblos, la identidad del espíritu humano en todos los puntos del globo, y algunas comunicaciones sucesivas. Las familias patriarcales, que se esparcieron por el globo, despues de la confusion de Babel, no perdieron la memoria y llevaron consigo un fondo comun de usos, de creencias y de tradiciones históricas y religiosas. Este fondo primitivo debió conservarse y modificarse en todas partes, casi de la misma manera, y bajo la influencia de las mismas inclinaciones intelectuales y morales. Si añadimos á esto las relaciones de todo género, que en distintos tiempos, han tenido los diversos pueblos, no tendremos necesidad alguna de suponer, contra todos los monumentos históricos mas seguros, que el Indostan es el centro primitivo, que ha irradiado á todo el género humano en todos sentidos, con una antigüedad quimérica.» No puede dudarse, que la region septentrional de la India fué principalmente poblada por los descendientes de Japhet. La tradicion de la creacion, la del diluvio, y el conocimiento del verdadero Dios, debieron conservarse entre ellos de raza en raza, pero al fin se debilitaron y oscurecieron. Es tambien cierto, que los hijos de Cham han poblado la region meridional, y estos fueron los que alteraron los dogmas primitivos, mucho mas que los de Japhet, y los que agregaron á las tradiciones de los antiguos patriarcas, el culto y las fábulas de la idolatría. El brahmanismo es un resto del protestantismo antiguo, y por consiguiente, su sustancia primitiva emana de esta religion patriarcal, cuyo desenvolvimiento, es el catolicismo. No es pues de estrañar, que conserve aun algun vestigio de los dogmas de la palabra y del culto, trasmiti-

dos de Adan á Noé y de Noé á todos los pueblos, del mismo modo que las heregías modernas, en su fondo, contienen mas ó menos los dogmas, la moral y el culto católico, tristemente desfigurados. Si un pueblo primitivo como los hindos, no hubiera conservado ningun recuerdo de la religion revelada desde el orígen del mundo, los racionalistas se hubieran apresurado á deducir, que esta religion no ha iluminado la cuna de la raza humana, como nosotros lo creemos.

El cuerpo completo de la teología índica, de sus leyes y literatura, está contenido en los *Vedas*. Los cuatro libros maravillosos de que consta, son obra, dicen, del dios Brahma, que los escribió por su propia mano sobre hojas de oro, y cuya inteligencia reveló á los cuatro famosos *munys*, ó penitentes, á quienes los confió, encargándoles que los esplicaran á los brahmanes. Vaisampayana, el primero de estos personages, recibió el Yajur-Veda; Paila, el Rig-Veda; Jaimini, el Sama-Veda, y Sumantu, el Atharva-Veda. No podemos fijar con precision la época de estos libros, y solo sabemos que han sido citados en el *Ramayana*, que el sábio Gaspar Gorresió hace subir el siglo XIII antes de Jesucristo. Los Vedas son muy voluminosos, están escritos en el estilo mas metafórico y elevado, y en muchos pasages, son confusos y contradictorios en apariencia. El brahma Ram-Mohon-Roy, de quien es este juicio, añade, que hace mas de dos mil años (por consiguiente, nada mas que dos siglos, antes de Jesucristo), que Uyasa, reputado el mas grande de los teólogos, de los filósofos, y de los poetas hindós, reflexionando sobre las perpétuas dificultades que nacian de estos orígenes, hizo un compendio completo del todo, conciliando tambien los textos, que parecian estar en contradicion. Dió á esta obra el nombre de *Vedanta*, palabra compuesta de otras dos sanscritas, que significan *la solucion ó el fin de todos los Vedas*. El *Vedanta* continuó siendo muy reverenciado por todos los hindos; y en vez de reproducir los argumentos contenidos en los Vedas, se le está siempre dando la misma autoridad. Como este libro está envuelto en las espesas ondas de la lengua sanscrita, y como los brahmanes se reservan su esclusiva interpretacion, ha sido muy poco conocido del público, aunque haya sido frecuentemente citado, y desde entonces, solo un pequeño número de hindos se conformó con sus preceptos (1). Los hindos, segun ya hemos dicho, tuvieron en su orígen, como todos los pueblos que mas tarde fueron idólatras, un conocimiento del verdadero Dios; pero este conocimiento, privado de la antorcha de la revelacion, se oscureció poco á poco, concluyendo por llegar á ser inperceptible, en medio de las tinieblas del error, de la depravacion y de la ignorancia. Confundiendo al criador con la criatura, se formaron divinidades quiméricas y monstruosas, á quienes se rendian homenages dignos de los atributos estravagantes con que su imaginacion les habia dotado. Los brahmas modernos son tanto mas acreedores á la reprobacion, cuanto que han hecho todo lo que les ha sido posible para desfigurar la religion primitiva, cuyos depositarios se constituyeron, y que por imperfecta que aquella fuera, estaba lejos de tener ese carácter de monstruosidad, que adquirió en manos de sus avaros é hipócritas intérpretes. Esta religion no es mas que una palanca, de que se sirven con destreza, para concitar á su placer las pasiones de un pueblo crédulo, y hacerlas servir en provecho suyo. La imagi-

(1) El estudio del sanscrit y de los dialectos asiáticos, á que, con éxito tan feliz, se han consagrado en este siglo muchos hombres eminentes, nos han dado á conocer los monumentos literarios de la India, por medio de la publicacion de sus libros de religion, poesía, artes, etc. El Dr. Max-Muller ha publicado, bajo la proteccion de la compañia de las Indias, la edicion completa del Rig-Veda, ó Veda de los himnos; M. Langlois, miembro del Instituto, ha publicado en Paris, en 1848, 49 y 50, el Veda poético, con la traduccion francesa; MM. Wilson y Stevenson han dado á luz en Inglaterra, el Sima-Veda ó Veda de los cantos litúrgicos; lo mismo ha hecho en Leipsik, M. Benfey, y M. Roth, profesor en Gotinga, ha ofrecido al público, en 1848 y 49, los repertorios de Exégesis mitológicas; indispensables para la interpretacion de los Vedas. Aun pudiéramos citar otros muchos trabajos de este género, como la traduccion del Yadjur-blanco, debida á Weber, profesor de la universidad de Berlin. Sensible es que en España no haya cátedra de sanscrit, y que estén tan poco concurridas las de las demás lenguas orientales.

nacion de los hindos, es de tal temple, que solo puede ser movida por móntruos; los objetos comunes no hacen la menor impresion en su espíritu; y para llamar su atencion, es preciso crear gigantes ó pigmeos. Los brahmas, que han estudiado profundamente el carácter é inclinaciones de sus conciudadanos, han conocido, que todo cuanto es raro y estraordinario, que todo lo que traspasa los límites naturales, era lo mas propio para satisfacer sus afecciones, y nada han economizado para emplearlas en su obsequio. En vez de amoldar las costumbres nacionales al yugo de la religion de sus antepasados, han forjado un simulacro de religion, acomodado á esas mismas costumbres.

«He observado, dice Ram-Mohon-Roy, que muchos europeos, en sus escritos y en sus conversaciones, esperimentan el deseo de paliar y dulcificar las formas de la idolatría índica, y que han llegado á creer, que todos los objetos del culto son considerados por sus adoradores, como representaciones emblemáticas de la divinidad suprema: si así fuera, yo examinaria este asunto; pero la verdad es, que los hindos de nuestros dias, y lo mismo puede decirse de los del siglo XIII, no consideran esto de la misma manera, sino que creen en la existencia real de dioses y diosas innumerables, que poseen, en sus distintas atribuciones, un poder entero é independiente. Para que les sean propicios estos dioses, y no el verdadero Dios, han erigido sus templos y practican las ceremonias de su culto. No ofreciendo esto duda, resta solo probar, que cada rito se deriva de la adoracion alegórica de la divinidad verdadera, pero esto está hoy completamente olvidado, y aun es una heregía, en concepto de la multitud, pronunciar su nombre.» Ram-Mohon-Roy, para defender la fé de sus antepasados, desnaturalizada por la práctica particular de la idolatría índica, se ha dedicado á hacer notar la verdadera significacion de los libros sagrados de la India. Segun él, el *Vedanta*, que es la obra mas célebre y mas reverenciada de la teología brahmánica, establece, que el ser supremo es uno, y que él solo, es el objeto de la veneracion y del culto. Nosotros vamos á citar estas últimas líneas:

«El *Veda*, (se llama indiferentemente, el *Veda* ó *los Vedas*, como se dice, la escritura santa ó las santas escrituras) empieza y acaba con los tres misteriosos y particulares epítetos de Dios, á saber: 1.° *Om*; 2.° *Tat*; 3.° *Sat*; el primero significa: «*Este*, Ser, «que conserva, destruye y crea; el segundo «*Esto*, Ser, único, que ni es macho, ni hem«bra; el tercero, el Ser verdadero.» Los términos colectivos afirman simplemente, que el *ser único, verdadero, desconocido, es el creador, el conservador, y el destructor del universo.*»

El *Manava-Dharma-Sastra*, ó libros de las leyes de Manu, que segun Chezy, y Loiseleur-Deslongchamps, datan del siglo XIII antes de Jesucristo, es verdaderamente el libro de la ley, como lo entendian los antiguos pueblos; porque comprende todo lo respectivo á la conducta moral y religiosa del hombre. Además de las materias, que son ordinariamente objeto de un código, se encuentran reunidas en él, un sistema de cosmogonía, ideas de metafísica, reglas numerosas, relativas á los deberes religiosos, á las ceremonias del culto, y á las espiaciones; reglas de purificacion y de abstinencia, máximas de moral, nociones de política, del arte militar y del comercio; una esposicion de las penas y recompensas para despues de la muerte, así como de las diversas transmigraciones del alma, y de los medios de llegar á la bienaventuranza. Un Dios único, eterno, infinito, principio y esencia del mundo, Brahma ó Paramatma (la gran alma), bajo el nombre de Brahma, rige el universo, cuyo creador y destructor es á la vez.

Vichnu y Siva, á quienes las colecciones posteriores de las leyendas llamadas *Puranas*, presentan como dos divinidades iguales, y aun superiores á Brahma, no hacen ningun papel, ni aun secundario, en el sistema de creacion y destruccion del mundo espuesto por Manu.

Todos los dioses por él mencionados, no son mas que personificaciones del cielo, de los astros, de los elementos y de otros objetos de la naturaleza; sistema mitológico, que parece tener las mayores relaciones con el de los *Vedas*, cuya autoridad es invocada sin cesar en el *Manava-Dharma-Sastra*. Este sistema, es una mezcla informe del monoteismo, que es antiguo en el mundo, y del politeismo que es nuevo. El hombre no ha empezado por el error, como quiere la escuela del progreso, sino por la verdad.

Nos detendremos algo en el fragmento en que Manu espone su cosmogonía. Considerando solo la forma de esta narracion, se descubre en ella el sello de una gran antigüedad, pero inferior á la del *Génesis*, cuya brevedad magestuosa contrasta con la fraseología sutil é inconexa de Manu. Moisés no diserta, ni se detiene en esplicar lo que es Dios; le nombra y refiere sus obras «Dios dijo, que la luz sea; y la luz fué.» Manu, al contrario, espone y parafrasea: «Aquel, á quien el espíritu solo puede percibir, que se escapa á los órganos de los sentidos, que no tiene partes visibles, el Eterno, el alma de todos los seres, que nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor, y resplandeciendo con el brillo mas puro, apareció y disipó la oscuridad.» Aquí se descubre el reflejo de una era filosófica, de una época, en que la reflexion se une ya á la tradicion, mientras que el *Génesis* presenta un carácter mucho mas sencillo y mas íntimamente primitivo.

Pasando de la forma al fondo, es imposible desconocer la identidad de las tradiciones índicas, y de las tradiciones bíblicas. Por ambas partes, vemos un Dios único, eterno, existente por sí mismo, inmaterial ó al menos invisible, ordenador, regulador y soberano dueño de todas las cosas. Manu concibe á Dios, como distinto del mundo, pero su nocion es menos pura que la de Moisés, porque el *Manava-Dharma-Sastra* presenta al mundo, como en cierto modo preexistente, coeterno á Dios, quien no creó la materia, pero la organizó, despues de haberla sacado del sueño y hecho perceptible. Hay un principio de panteismo en este Dios, que despues de haber acabado su obra de organizacion, desaparece, absorto en el alma suprema, en que se disuelven á su vez todos los seres animados, simples formas de que nuestra alma se despoja, y de que sucesivamente se reviste. Si la reflexion humana habia oscurecido, hasta este punto, la revelacion primordial, no quedaban sin embargo menos vestigios preciosos de la revelacion hecha al padre del género humano. En Manu, como en Moisés, el primer estado de las cosas, es el caos y las tinieblas; la primera manifestacion del poder divino, es la produccion de la luz; en Manu, como en Moisés, todo ha salido del seno del elemento húmedo y el espíritu de Dios *se mueve sobre las aguas*. En el *Génesis*, la palabra de Dios es la fecunda, en el *Manava-Dharma-Sastra*. Dios *formó el cielo y la tierra por el pensamiento solo*. Nosotros podríamos llevar este paralelo mucho mas adelante, y señalar quizá en los diez maharchis (*maha*, gran; *richi*, santo), producidos por el criador de todas las cosas, cuando deseó dar nacimiento al género humano, á los diez patriarcas anteriores al diluvio; Adam, Seth, Enos, Cainan, Malaeel, Jared, Enoch, Mathusalen, Lamelch y Noé.

«Los hindos, dice Dubois, reconocen cuatro edades del mundo, que designan con el nombre de *yugas*, dando á cada una tal duracion, que haria remontar la creacion del universo á muchos millones de años. La primera se llama *Krita-yuga*, y la hacen durar 1.728,000 años; la segunda, *Treta-yuga*, tiene una cuarta parte menos, y su duracion es de 1.296,000 años. La tercera, *Dvapara-yuga*, tiene una tercera parte menos que la segunda, y ha durado 864,000 años. La última, en fin, que es en la que vivimos, se llama *Kaly-yuga*, ó edad de la desgracia, que debe durar la mitad menos que la tercera, es decir, 432,000 años. El año 1825 de la era cristiana corresponde al 4,926 del *Kaly-yuga*, y segun este cálculo, el mundo cuenta ya

3.892,926. No creo sea necesario probar que las tres primeras edades son enteramente fabulosas (1); los hindos mismos parece que las consideran como tales, puesto que en el comercio de la vida, no hacen mencion alguna de estas yugas, al paso que todos sus cálculos, todas sus épocas, lo mismo que los monumentos mas antiguos, auténticos, que entre ellos se encuentran aun, datan siempre del principio de *Kaly-yuga*. Estas pretensiones de tan alta antigüedad han sido la quimera favorita de los antiguos pueblos civilizados, que al caer en la idolatría, olvidaron las tradiciones de sus antepasados, relativas á la creacion del mundo, y creyeron darse importancia, atribuyéndose un orígen, que se pierde en la noche de los tiempos imaginarios. Conocido es el estremo á que llevaron esta manía los chinos, los egipcios y los griegos, y es muy propio del carácter de los hindos, dejar á todos atrás en el terreno de las exageraciones. Al fin de cada yuga, se verificó una revolucion universal de la naturaleza, sin que quedara en la siguiente vestigio alguno de la anterior. Los dioses mismos han participado de las alteraciones debidas á aquellos trastornos. Vichnu, por ejemplo, que era blanco en las yugas anteriores, se convirtió en negro en otra posterior. La mas desgraciada de todas estas yugas es la *Kaly-yuga* en que vivimos, verdadera edad de hierro, y época de infortunio y de miseria, en que todo ha degenerado sobre la tierra; elementos, duracion de la vida, caractéres de los hombres, todo está cambiado. El fraude ocupa el lugar de la justicia, y la mentira el de la verdad; estado de degeneracion, que debe durar siempre y aumentarse sucesivamente hasta el fin de la yuga. De todo esto se deduce, que la verdadera era de los hindos, es decir, su *Kaly-yuga*, se remonta poco mas ó menos, hasta la época del diluvio, suceso bien conocido de estos pueblos y perfectamente marcado en sus libros, donde está designado con el nombre de *djalapraleyam*, que significa *diluvio de agua.* »

(1) La prueba de que estas edades son puramente cosmogónicas y no reales, la dá el abate Gorresio en el prefacio del Ransayana, tom. II, pág. 35.

Los poemas hindos contienen la historia del último diluvio, y Loiseleur-Deslong-Champs, dá un estracto de ella, tomado de un episodio del *Mahabharata*. Vaivaswata, es el nombre patronímico del séptimo Manu, y quiere decir hijo del sol. «Este santo monarca, dice el poema, se entregaba á las mas rigurosas austeridades. Estando un dia cumpliendo sus prácticas devotas á las orillas del Virini, un pez pequeño le dirigió la palabra, rogándole le retirara de la orilla, donde probablemente seria víctima de otros peces mayores. Vaivaswata le cogió, le puso en un vaso lleno de agua, en el que engordó tanto, que el vaso no podia contenerle. Manu tuvo necesidad de pasarle á un lago, despues al Ganges, y por último al mar, porque el pescado engordaba cada vez mas, y siempre Manu le llevaba á otro lugar; y á pesar de su magnitud, se le conducia sin trabajo, y sin que ofendiera ni al tacto ni al olfato. Luego que el pescado estuvo en el mar, dijo este al santo personage: « Dentro de poco será destruido todo cuanto existe «sobre la tierra; hé aquí el tiempo de la sumersion de los mundos; ya ha llegado para «todos los seres movibles ó inmovibles, el «momento terrible de la desolacion. Construirás una gran nave, pertrechada de lo necesario, en que te embarcarás con los siete «Richis, llevando contigo las provisiones indispensables. Me esperarás en tu nave y vendré á tí, trayendo un cuerno sobre mi cabeza para que puedas reconocerme. »

«Vaivaswata obedeció; construyó una nave, se embarcó, y pensó en el pescado, que no tardó en presentarse. El santo ató un gran cable al cuerno del pescado, el cual hacia bogar la nave con la mayor rapidez, á pesar de la impetuosidad de las olas, y la violencia de la tempestad, que no permitian distinguir la tierra ni las regiones celestes. El pescado arrastró así el barco por espacio de muchos años, haciéndole en fin, llegar á la cima del monte Himavot (Himalaya), en que mandó á los Ri-

chis atracar la nave. «Yo soy Brahma, señor «de las criaturas, dijo entonces, ningun ser «es superior á mí; bajo la forma de un pes- «cado, os he salvado del peligro; Manu, que «está aquí, va ahora á obrar la creacion.» Concluidas estas palabras desapareció, y Vaivaswata, despues de haber practicado sus austeridades, se dedicó á crear todos los seres (1).» Ninguno de los autores profanos, que han conservado la tradicion del diluvio universal la ha indicado de una manera mas clara, ni que mas se aproxime á la narracion de Moisés.

M. el abate Dubois, vé en los siete Richis libertados de la catástrofe, á los siete hijos de Japhet, algunos de los cuales, en la época de la dispersion de los hombres, debieron venir á establecerse en la India por la via de la Tartaria, llegando á ser el tronco de los brahmas, y los legisladores de las familias que poblaron esta parte del globo. Los siete Richis, despues de haber sido en la tierra ejemplo de todas las virtudes, fueron á brillar al cielo, donde son las siete estrellas de la osa mayor. Esta opinion de los indios sobre el primer orígen de los brahmas, está confirmada por la conducta recíproca que guardan entre sí. Los del norte de la India, se consideran mas nobles y de un rango mas elevado que los del sur, en atencion, á que estando menos distantes de los lugares de su antiguo orígen, es mucho menos dudosa la realidad de su filiacion directa.

Al mismo tiempo que los libros hindos contienen su orígen histórico, indican otro fabuloso, cuando refieren, que de la cabeza de Brahma, á quien atribuyen la creacion, nacieron los brahmas, del mismo modo que los kchatrias ó rajahs salieron de sus espaldas; los veissias, de su vientre, y los sudras de sus piés; fácil es comprender el sentido alegórico de esta tradicion, en la que están distintamente marcados los grados de subordinacion que existen entre las tribus ó castas. Los brahmas, destinados á desempeñar las funciones elevadas y espirituales del sacerdocio, y enseñar á los hombres los caminos de la salud, debieron salir de la cabeza del criador; la fuerza, patrimonio de los kchatrias, destinados por su nacimiento para las fatigas de la guerra, debió tener su orígen de las espaldas y de los brazos de Brahma; los veissias, ocupados en recoger cuanto sirve para alimentar, vestir y satisfacer las demás necesidades del hombre, tuvieron que nacer del vientre de este dios; y los sudras, destinados para la esclavitud y trabajos mas penosos de la agricultura, salieron de los piés. La necesidad de señalar á cada uno, de una manera especialísima, el puesto que debia ocupar en la sociedad, hizo despues necesaria la subdivision de cada tribu principal en otras muchas, cuyo nú-

(1) Para hacer notar á nuestros lectores las diferencias que existen, entre el estracto hecho por el baron Henrion, y la narracion integra sobre el diluvio, contenida en el libro Calapatha-brahmana, depósito de tradiciones y mitos, que es el verdadero gérmen de la poesía épica de los indios, vamos á ofrecer á nuestros lectores el párrafo integro de este libro índico tomado de la traduccion de Weber: dice así:

1. Por la mañana temprano llevaron á Manu agua para lavarse, del mismo modo que se hace hoy; y luego que se lavó, apareció en sus manos un pescado.

2. Y el pescado le dijo: Cuida de mí; yo te salvaré. ¿De qué me quieres salvar? Un diluvio va á destruir á todas las criaturas, y yo quiero que tú no perezcas en él. ¿Y de qué modo he de cuidar de tí?

3. Y el pescado dijo: Mientras que somos pequeños nos rodean muchos peligros de muerte, porque un pescado se traga á otro pescado; lo primero que debes hacer, es guardarme en un vaso, y luego que yo no quepa en él, me pondrás en un estanque, y despues que tampoco quepa en él, me arrojarás al mar, porque ya podré arrostrar todos los peligros.

4. El pescado (Dhascha) llegó á su última magnitud, y dijo á Manu: En tal año sucederá el diluvio; debes hacer una nave y rendirme homenage. Cuando suban las aguas del diluvio, y hayas entrado en tu nave, yo te salvaré.

5. Durante el diluvio, el pescado empezó á nadar hácia Manu, el cual ató un cable á su cuerno, con cuyo ausilio pasó la montaña del norte (Uttaranugirim).

6. Y el pescado dijo: Ya te he salvado; atraca la nave á un árbol, para que no te lleve el agua, aun cuando estés en la cima de la montaña. A medida que el agua baje, tú bajarás tambien poco á poco. Manu bajó insensiblemente, y por esto se llama á la montaña del norte, *descanso de Manu*. El diluvio arrastró á todas las criaturas; Manu solo ha sobrevivido.

7. Manu vivió orando y mortificándose, deseoso de posteridad, y entonces cumplió el sacrificio llamado *paka*. Hizo ofrenda á las aguas, de manteca clarificada, de leche cuajada, de leche sin cuajar, y de ambas cosas reunidas. Al cabo de un año, salió una muger destilando gotas de la manteca, y con ella vinieron al mismo tiempo Mitra y Varuna.

8. Estas dos *devas* la dijeron: ¿Quién eres? La hija de Manu. La nuestra, habla. No, dijo ella, yo soy de aquel que realmente me ha engendrado, etc.

mero no es fácil conocer, porque esta subdivision varía segun las localidades, y porque la casta que existe en un punto, no se encuentra en otras partes. La tribu en que están mas multiplicadas las categorías, es la de los sudras, á quienes está encargada la mayor parte de las profesiones mecánicas, y casi todos los trabajos manuales. No pudiendo ningun hindo, segun las preocupaciones del pais, ejercer dos profesiones á la vez, no debe estrañarse que los numerosos individuos de que esta tribu se compone, estén repartidos en tantas ramas distintas. La costumbre de dividir la poblacion en tribus, como en la mayor parte de las naciones antiguas, debia ser tambien adoptada en la India, cuyos legisladores conocian demasiado bien el genio del pueblo que debian gobernar, para dejar al arbitrio de cada uno el ejercicio de las diversas profesiones necesarias á la conservacion y al bienestar de la sociedad. Partiendo del principio, que á nadie es permitido ser inútil al estado, vieron que se las tenian que haber con una nacion naturalmente indolente, cuyo clima favorecia además la inclinacion á la apatía, y que si no asignaban á cada uno su empleo, la sociedad no tardaría en caer bien pronto en la anarquía, y despues en la barbárie. Queriendo establecer reglas duraderas é imprescriptibles entre las diversas castas, adoptaron, como medio mas seguro, anteponer la religion, como principio y fin de todos los usos y costumbres, de tal suerte, que la manera de saludarse, de vestirse, la forma de los trages, de las joyas y demás adornos; los detalles del peinado, y cuanto se refiere al tocador; el modo de edificar las casas, el de acostarse, el de dormir; las reglas de la educacion, en una palabra, todo, está arreglado por la supersticion, y como las costumbres están íntimamente unidas á la religion, han llegado á ser por consiguiente tan sagradas y tan invariables como ella. El abate Dubois, sin omitir los inconvenientes de esta distribucion por castas, la considera, sin embargo, como la obra maestra de la egislacion india. « Podemos juzgar, dice, de lo que serian los hindios, si no estuvieran contenidos en los límites de los deberes sociales por los reglamentos de las castas, al ver lo que son los pueblos próximos á ellos, de este lado de la península, y del otro lado del Ganges hasta la China. En este último pais, el clima templado de que goza la nacion, dotada de un gobierno particularmente acomodado al genio del pueblo, que no se parece á otro ninguno de la tierra, ha producido el mismo efecto, que la division de las castas entre los indios. Reflexionando bien sobre la causa que ha podido impedir á los hindos caer en el estado de barbárie, en que aun viven las naciones que los rodean, así como casi todas las que están esparcidas en las regiones próximas á la zona tórrida, no encuentro otra mas, que la division en castas, que, marcando á cada individuo su empleo y su profesion, y perpetuando este sistema por la sucesion de padres á hijos, y de generacion en generacion, hace imposible, que ninguno de los individuos de la sociedad, ni sus descendientes, salga de la condicion que le ha sido asignada, y ocupe otra distinta.

«Semejante institucion, era quizás el único medio humano que la prudencia mas previsora pudo inventar para sostener la civilizacion en un pueblo como el de la India, formado con estas disposiciones naturales. Considerando lo que son los parias (1) de la India, que no conociendo freno alguno moral, pue-

(1) El paria es un indio de casta tan infame, que puede matarle cualquiera á quien él se haya aproximado. El indio que entra en su habitacion, no puede penetrar en ninguna pagoda por espacio de nueve lunas, y para purificarse, es preciso que se bañe nueve veces en el Ganges, y que otras tantas se lave de piés á cabeza con orines de vaca. En el Zenda Vesta de Zoroastro, se refiere así el orígen de la infamia de los parias. «Un príncipe del Indostan, dice, llamado Schoparia, predicó, á persuasion de sus sacerdotes, un edicto muy severo, prohibiendo comer carne de vaca, y no habiendo querido obedecerle una parte de la nacion, la declaró abominable; y de estos transgresores descienden los parias...» Pero aun hay en el Malabar otra casta en mas lastimoso estado de humillacion, que es la de los *pulchis*, á quienes prohibe la ley, no solo toda comunicacion, sino hasta el levantar cabaña para habitar, viéndose precisados á construir en los árboles una especie de nidos; y si por acaso, cuando han bajado al suelo, para recoger el sustento, sienten algun indio, se tienden boca abajo, para que no se hagan impuros, mirándoles.

den entregarse á sus inclinaciones naturales, llegaremos a formarnos una idea de lo que habrian llegado á ser los hindos, si no hubieran estado contenidos en los límites del deber por los reglamentos y policía de los castas. Todo el que haya examinado la conducta y las costumbres de la ínfima clase de sus individuos, la mas numerosa de la India, convendrá, en que un estado compuesto de tales ciudadanos, no solo no podia subsistir, sino que debia caer muy pronto en la barbárie. En cuanto á mí, que me he hecho familiar con esta casta, que conozco sus pasiones y sentimientos, estoy íntimamente persuadido, que una sociedad de parias independientes, llegaria a ser en poco tiempo mucho peor que las hordas de antropófagos, que vagan en los vastos desiertos del Africa, y concluiria por devorarse los unos á los otros. No estoy menos convencido, de que si no fuera por las razones anteriores, los hindos no tardarian en asimilarse á los parias, la nacion entera seria víctima de la anarquía mas espantosa, y antes de estinguirse la generacion actual, este pueblo seria contado en el número de los salvages que existen sobre la tierra.»

Salidos de la cabeza de Brahma los brahmas, brahmanes ó brac-manes, toman de él su nombre. Las demás tribus, procedentes del mismo padre, podian aspirar tambien á recibir esta denominacion; pero los brahmas se han abrogado este derecho esclusivo, ya por que han sido producidos los primeros, ya por que han salido de la parte mas noble del padre comun, ya por que á ellos solos pertenece el conocimiento de Brahma, ya por que dicen tener sobre este gran ser, las ideas mas sanas y claras, y ya por último, por que ellos solos están investidos de la mision de dar á conocer sus perfecciones y atributos á los demás hombres. Tan celosos son del derecho de leer los *Vedas*, ó por mejor decir, tan interesados estan en impedir que las demás castas tengan conocimiento de lo que estos libros encierran, que han llegado á hacer creer, que si un individuo de cualquiera otra tribu, lee el título solo, se dividiria su cabeza en dos pedazos. El reducido número de brahmas que hoy dia, puede leer estos libros en el original sanscrit, no lo hace nunca sino en voz baja y en secreto; y el que se atreviera á esponerlos á las miradas de los profanos, seria por lo menos escluido de su casta para siempre.

Brahma, Vichnu y Siva, son las tres principales divinidades reconocidas por los hindos, á quienes se representa, ya separadamente, con sus símbolos particulares, ya reunidas en un solo cuerpo con tres cabezas. Bajo esta última forma reciben el nombre de *Trimurty*, que significa, *los tres cuerpos y las tres potencias*, es decir, la *creacion*, atributo especial de Brahma; la *conservacion*, atributo especial de Vichnu, y la *destruccion*, atributo especial de Siva. Aunque muchos indios consagran su culto, ya á Siva, ya á Vichnu, sin embargo, cuando los dos están unidos á Brahma, no formando mas que un solo cuerpo con tres cabezas, adoran á los tres, sin consideracion alguna á los puntos particulares de doctrina que los divinizan.

Segun Dubois, esta representacion emblemática de tres dioses reunidos en un solo cuerpo, es la de los tres elementos mas sensibles á la vista: la tierra, el agua y el fuego. Los fundadores de la teogonía hinda, quieren dar á entender de esta manera, que el concurso de estos tres seres primitivos era indispensable para la produccion y reproduccion de todos los cuerpos secundarios. Otros autores deducen del Trimurty, que los pueblos de la India han tenido desde su orígen algun conocimiento de la Trinidad. «Estos tres dioses, dicen los libros indios, no son mas que uno solo. Siva es el corazon de Vichnu, y Vichnu, es el corazon de Brahma; es una lámpara en que se han encendido tres luces.» Efectivamente, parece que estas proposiciones indican un dios en tres personas, y aunque el augusto misterio de la Trinidad esté horriblemente desfigurado bajo la forma y los atributos de Trimurty, sin embargo, dá de él cierta nocion

La religion de la India admite, como uno de sus puntos fundamentales, el sistema de la metemsícosis ó transmigracion sucesiva de las almas á otros cuerpos, sistema que parece no haber sido inventado mas, que para justificar, por medio de una alegoría grosera, la conducta del ser supremo en la dispensacion de los castigos y de las recompensas. Al través del tejido de estravagancias, en que abunda el sistema de la metemsícosis, brillan algunas pálidas luces de la verdadera religion, trasmitida por los patriarcas á sus descendientes, porque independientemente de las recompensas y castigos, que segun ellos, se esperimentan en la tierra, en premio del bien, ó en castigo del mal que se ha hecho en el curso de una generacion anterior, reconocen estos pueblos la existencia del paraiso y del infierno. El infierno, llamado *naraca* ó *patala*, cuyo rey es Yama, está dividido en siete moradas principales; pero sus penas no son eternas. Hay cuatro lugares principales de beatitud, en que son recibidas las almas de los que han espiado sus faltas por regeneraciones repetidas, y por la práctica de las virtudes; el *Svarga*, en que preside el dios *Indra*, y al que van á habitar las almas virtuosas sin distincion de casta ni de secta; el *Veiconta*, paraiso de Vichnu, en que son admitidos sus sectarios; el *Keslassa*, paraiso de Siva, reservado á los fervorosos adoradores del lingam, símbolo obsceno de este dios; el *Sattia-Loca*, lugar de la verdad, paraiso de Brahma, en que solo tienen derecho á entrar los brahmas virtuosos. En estas diferentes moradas no se disfruta mas que de placeres corporales y temporales; pero cuando el alma está tan pura como el oro, por la penitencia y la práctica de la virtud, entonces, vá á Para-brahma, ó á reunirse el alma universal, como la gota de agua vuelve á caer en el mar donde ha salido; felicidad suprema, á que los hindos llaman *mokctam*, libertad, *mukty*, último fin. A pesar de esta tendencia de la idolatría, para corromperlo todo, ha respetado al menos ciertas verdades fundamentales grabadas en el corazon de todos los hombres, y cuyo conocimiento parece indispensable para la estabilidad de toda sociedad civilizada. Así es, que los pueblos de la India, sumergidos desde tiempo inmemorial en las tinieblas del error, por la avaricia y la ambicion de los ministros de su culto, conservan aun nociones positivas, aunque desfiguradas, sobre un ser supremo previsor, bueno y justo; sobre la inmortalidad del alma; sobre la necesidad y la existencia de otra vida y sobre las penas y recompensas.

De todo esto es preciso deducir, que jamás se borrarán sobre la tierra estas verdades sagradas. Vanos serán los esfuerzos del ateo y del materialista, por mas que amontonen sofismas sobre sofismas, para oscurecer su brillo y ocultarle á los ojos de las naciones. Estas verdades están grabadas en los corazones con caractéres indestructibles, y germinarán y fructificarán, mientras haya sobre la tierra criaturas racionales y pueblos civilizados.

Brahma, Vichnu y Siva han engendrado una multitud de dioses, que los hindos, consiguientes al sistema de exageracion, hacen llegar hasta el número de 330.000,000.

Daremos algunos detalles sobre los principales, sin detenernos en las monstruosas contradicciones del politeismo índico.

Brahma, autor y criador de todas las cosas, dispensador de todos los dones y de todas las gracias, árbitro del destino de todos los homhombres, salió, segun la fábula, de una flor de *tavarai*, especie de lirio de agua ó nenufar (*nymphoca lotus*). Nació con cinco cabezas; pero Siva, ultrajado por él en su honor conyugal, le cortó una al dios adúltero; quien por lo tanto, no está representado sino con cuatro; por lo que le llaman muchas veces el *dios de las cuatro caras*. Tiene por cabalgadura un cisne, y por emblema un lirio. Sarasvatty, su propia hija, es al mismo tiempo su esposa. Esta, ya sea por haber violado las leyes de la naturaleza, con semejante enlace, ó ya por haber incurrido en la maldicion de un célebre penitente, que fué irreverentemente recibido en su paraiso, carece de templo, sacrificio y cultos.

Vichnu, redentor y conservador de cuanto existe, se llama *Perumat*. En el mediodía de la península, situada á este lado del Ganges, es invocado por sus sectarios con el nombre de *Narayana*, además de otra multitud de sobrenombres, dispuestos en forma de letanías, formadas por los brahmas, de quienes es el dios favorito. Se le representa con cuatro brazos, por lo que se le suele llamar el *dios de cuatro brazos*, montado en el pájaro *garuda*, teniendo en la mano, como símbolo característico, una especie de tridente llamado *nahman*, cuya figura estampan sus sectarios sobre su frente. Vichnu, en su cualidad de conservador, ha tomado diversas formas designadas por los hindos con el nombre de *avataras* ó encarnaciones. Debemos hacer notar en este lugar, que la encarnacion de la segunda persona de la Trinidad, es decir, la venida de un libertador, de un santo, de un dios, habia sido predicha á Adan, como lo atestigua el *Génesis*, y esta promesa, renovada despues á los patriarcas, fué conocida de todo el género humano; por consiguiente, no es de estrañar, que las naciones consignáran en sus libros encarnaciones divinas, anteriores al nacimiento de Jesucristo, pero posteriores á la promesa de su venida. Los indios enumeran diez principales encarnaciones de Vichnu; 1.ª, en pescado; 2.ª, en puerco; 3.ª, en tortuga; 4.ª, en mónstruo, mitad hombre y mitad leon; 5.ª, en brahma enano; 6.ª, en la persona de Parasu-Rama; 7.ª, en la persona del héroe conocido con el nombre de Rama; 8.ª, en la persona de Bala-Rama; 9.ª, en la persona de Bahuda; 10, en figura de caballo que será el que venga al concluir el reino del pecado, que empezó con el *Kaly-yuga*. Hay además, la famosa encarnacion de Vichnu, en la persona de Krichna; el *Bagavatta* ó purana 18 le está propiamente consagrado; del mismo modo que la 7.ª encarnacion en la persona de Rama, es el objeto del *Ramayana*, poema épico muy célebre en la India y del cual vamos á dar los siguientes datos tomados del abate Gorresio.

«El objeto del *Ramayana* es muy sencillo, como el de todos los poemas de las edades primitivas; es la guerra de una antigua raza del norte de la India, probablemente de orígen jafético, una de esas razas numerosas y fecundas, salidas del Iran, que se precipita sobre otra raza enemiga del sur, de orígen chamítico, y que procura dominarla, imponiéndola sus leyes, su civilizacion y sus creencias. Los guerreros del norte de la India, reunidos en gran parte de las regiones mas montañosas de este territorio, son conducidos á la conquista del sur, por Rama, avatara de Vichnu, salido de la estirpe de Ayodhya, raza muy ilustre, que se remonta hasta Manu, organizador de la civilizacion índica. Los pueblos que Rama quiere esterminar, reciben en el poema el nombre de *Racsasi*; pero es probable, que sea mas bien una palabra despreciativa, que verdadero nombre propio. El gefe mas temible de los racsasi, y el enemigo mas grande de Rama, es Ravana, que tenia el asiento de su dominacion en la isla de Ceilan, pero cuyo imperio se estendia por una gran parte de las regiones meridionales de la India.

«El *Ramayana*, es la narracion épica de esta gran lucha, cuya victoria decisiva se presenta al fin del poema, recayendo en favor de Rama y sus guerreros. La historia, sin embargo, parece estar en contradiccion con el triunfo de que habla la epopeya, porque algunos siglos despues, vuelven á aparecer los racsasi tan poderosos como lo eran antes. El *Ramayana*, á pesar de su sencillez, no tiene menos de 50,000 versos, es decir, dos veces mas que la Iliada y la Odisea reunidas. La razon de esto es, que este poema tuvo su orígen en un pueblo lleno de tradiciones, de toda especie, de símbolos, de doctrinas y sistemas, de recuerdos de antiguas luchas; en un pais, en que el lujo de la naturaleza supera á todo cuanto la imaginacion puede concebir, y cuyos detalles todos procuró describir Valmici, el Homero indio, su autor. Bajo este aspecto, podemos comparar su obra á una gran capa geológica, que cubre los fósiles de las edades mas remotas, así como bajo el aspecto de las bellezas

literarias, se pueden asimilar sus grandes cuadros de poesía á esas masas de gigantescas rocas que componen el Himalaya.

«El *Ramayana*, es sin disputa, uno de los monumentos épicos mas magníficos de las naciones antiguas y modernas.» El abate Gorresio, protegido por el rey Carlos Alberto, ha publicado el testo sanscrit de este poema, trabajo tan notable por su crítica como por su erudicion. Continuemos ocupándonos de los dioses de la India.

Siva, á quien se dan tambien los nombres de *Isvara*, *Roudra*, *Sadasiva*, *Mahadeva*, *Paramesvara*, etc., etc., está representado por una forma horrible, aludiendo al poder que tiene de destruirlo todo, haciéndose aun mucho mas espantoso su aspecto, porque cubren su cuerpo de cenizas. Su larga cabellera está raramente trenzada; y sus ojos, de una magnitud desmesurada, se presentan como agitados por un contínuo furor.

Sus orejas, en vez de zarcillos, tienen serpientes que rodean además su cuerpo. Este dios está montado sobre un toro, y armado con el tridente, denominado *trisula*. El *lingam*, destinado al principio para recordar la fuerza reproductora de la naturaleza, es el símbolo característico de este dios. Algunos de sus sectarios, en lugar de llevar consigo el lingam, como signo de respeto á Siva, se frotan la frente y otras partes de su cuerpo con cenizas de estiércol de vaca; así como, en vez del nahman, los sectarios de Vichnu, se pintan en la frente una línea roja perpendicular.

Para demostrar que no han sido desconocidas á los hindos las virtudes morales mas sublimes, nos ofrece el abate Dubois el siguiente retrato de un verdadero *guru*, (sacerdote de la secta de Siva) retrato tomado del *Vedanta-Sara*.

«Un verdadero guru, es un hombre familiarizado con la práctica de todas las virtudes; que con la espada de la sabiduría ha derribado las ramas y arrancado las raices del pecado; que con la luz de la razon, ha disipado la sombra espesa en que está envuelto; que, aunque sentado sobre la montaña de los pecados, opone á sus invasiones un corazon tan duro como el diamante; que en todo se conduce con dignidad é independencia; que tiene entrañas de padre para todos sus discípulos; que no hace distincion entre amigos ni enemigos, apreciando á todos de la misma manera; que vé el oro y las piedras preciosas con la misma indiferencia que pedazos de hierro ó de cacharros, haciendo el mismo caso de unos que de otros; y que pone todo su esmero en disipar las tinieblas de la ignorancia, en que está sumergido el resto de los hombres.

«Es un hombre, consagrado á todas las prácticas de devocion, que tienen por objeto á Siva, sin omitir ninguna; que no reconoce otro dios que á él; que ni lee ni oye mas historia que la suya; que, en medio de las nubes espesas que le rodean, brilla como el sol; que medita sin cesar en el lingam; que por todas partes publica las alabanzas de Siva; que aleja de sí la idea de toda accion, aunque sea poco criminal; que solo practica actos de virtud; que conociendo todos los caminos que conducen al pecado, conoce tambien los medios de evitarlos; que observa en fin, con escrupulosa exactitud, las reglas de recato en honor de Siva. Es un verdadero sabio, que posee perfectamente el *Vedanta*.

«Es un hombre, que ha hecho peregrinaciones á todos los lugares santos, y que ha visto con sus mismos ojos á Cassy, Kidaram, Kantchy, Ramessuaram, Strirudram, Sringuery, Gocarnam, Calastry, y otros célebres lugares consagrados á Siva.

«Es un hombre, que ha hecho sus abluciones en todos los rios sagrados, como el Ganges, el Yumna, el Sarasvaty, el Sindu, el Godavery, el Krichna, el Nerbonda, el Carery, etc., y que ha bebido sus aguas santificantes.

«Es un hombre, que se ha lavado en todos los manantiales y estanques sagrados, tales como el Suria-Puchkarany, Tchendra-Puchkarany, Indra-Puchkarany, y otros, en cualquier parte que se encuentren.

«Es un hombre, que ha visitado todos los

desiertos y bosques sagrados, como el Neimiss-Arania, Badaric-Arania, Dandac-Arania, Goch-Arania, etc., y que en ellos ha dejado estampadas las huellas de sus piés.

«Es un hombre, que conoce todas las prácticas de penitencia ó *sramas*, recomendadas por los mas ilustres devotos, conocidas con los nombres de Narayana-Srama, Vamana-Srama, Geotma-Srama, Vachichta-Srama; que se ha familiarizado con estos ejercicios, y que ha saboreado sus frutos.

«Es un hombre, que conoce perfectamente los cuatro Vedas, el tarca-sastram, (la lógica), el buta-sastram, el mimansa-sastram, etc.

«Es un hombre, versado en el conocimiento del vedanga, del djotchia-sastram (la astronomía); del veiddia-sastram (la medicina); del dharma-sastram; del kavianahacam (la poesía), etc.; que sabe perfectamente los diez y ocho puranas y los sesenta y cuatro calais, (estos comprenden toda clase de conocimientos profanos).

«Tal es el carácter del verdadero guru; tales las cualidades que debe poseer, para poder enseñar á los demás los caminos de la virtud y apartarlos de los del vicio.»

Es muy estraño, que se exijan estas nociones de moral, precisamente en un guru de la obscena secta de Siva. Esta moral, pasa difícilmente de la teoría á la práctica, porque es imposible, que el carácter de depravacion que se nota en todas las instituciones religiosas de los hindos, no influya de una manera deplorable sobre las costumbres sociales. El dominio de la práctica de las virtudes es enteramente imposible en un pais, en que los vicios de los hombres están legitimados por los vicios de sus dioses.

Vignesvara, el dios de los obstáculos, llamado tambien *Ganesa*, *Pulleyar*, *Inahika*, etc., es hijo de Siva y de Badra-Cali, la cual, la primera vez que le vió, redujo su cabeza á cenizas por el esplendor de sus miradas. Siva, deplorando tener un hijo sin cabeza, mandó á sus criados fuesen á cortársela al primer ser que encontráran durmiendo con la cara vuelta al norte. El primero que hallaron en esta posicion, fué un elefante, y despues de haberle cortado la cabeza, se la acomodaron al cuello de Vignesvara.

Esta cabeza y el raton representado á los piés del dios, son probablemente emblemas de la sagácidad, y de la prevision que los hindos le atribuyen. El ídolo de Ganesa, es uno de los mas venerados por los hindos de todas las sectas.

Estos pueblos, despues de los dioses del primer rango, colocan en la cima del órden gerárquico, á los Achta-dikg-palagas, es decir, á Indra, y á los otros siete dioses, que presiden con él á las ocho principales divisiones del mundo de que son custodios. Indra está montado en un elefante, y tiene por armas el *vadjira*, especie de tranchete, ó el rayo.

Como las religiones idolátricas, descansan sobre las bases del interés y el temor, el pagano considera, como digno de culto, todo cuanto puede serle útil ó perjudicial; por consiguiente, los hindos dan á casi todas las criaturas vivas, honores calculados, ó por los favores que de ellas esperan, ó por el miedo que les inspiran; y en este concepto, colocan en primera línea, y dan solemne culto al mono, al toro, al pájaro *garuda*, y á las serpientes. Estos brahmas, que despliegan tanta ternura en favor de los reptiles, de los monos, y de las aves de rapiña, se muestran frecuentemente insensibles á los males y á las necesidades de sus semejantes; y los alimentos que prodigan á animales viles, los rehusarian desapiadadamente á un infeliz, estraño á su casta, aunque le vieran morir de hambre. Canter encontró, cerca de una pequeña pagoda, dos toros brahminas, cuya grosura contrastaba mucho con las escuálidas fisonomías de las poblaciones inmediatas; y en tanto que la raza humana sucumbia, diezmada por el hambre, los animales consagrados á Siva, estaban hartos, hasta de los manjares mas delicados. No puede mirarse, sin un movimiento de indignacion, la cruel indiferencia con

que los brahmas contemplan algunas veces las miserias de sus compatriotas, al paso que se apresuran á ofrecer á seres irracionales, alimentos que bastarian para salvar de la muerte á familias numerosas. Los toros brahminas llevan estampado en el anca el emblema del dios Siva. Tal es la veneracion que se profesa á estos animales, que está prohibido castigarlos, impedir que pasten donde quieran, ó comer todo lo que encuentren. Se les ve recorrer los bazares, comer el grano tendido para la venta, trastornarlo todo á su paso, con gran perjuicio del mercader hindo, que todo lo soporta con paciencia en obsequio del toro sagrado.

No pudiendo apreciar la idolatría, los designios de la providencia sobre estas alternativas del bien y del mal que esperimenta la especie humana, se ha imaginado que las aflicciones son producidas por espíritus invisibles y maléficos, á quienes es preciso apaciguar por medio de adoraciones y sacrificios; en la India, por consiguiente, se practica el culto de los demonios (*Butams*, *Pichachas*, *Dehias*), pero este culto directo está mas estendido en las comarcas montañosas, agrestes, ó distantes de las grandes poblaciones, donde la supersticion está en razon directa de la ignorancia.

Para que el número de los dioses llegase á 330 millones, era preciso, dice Dubois, que los brahmas pusieran en contribucion á los tres reinos de la naturaleza. Entre las sustancias inanimadas, que reciben las adoraciones de los indios, está en primera línea la piedra *salagrama*, (concha fósil del género de los *cuervos de Ammon*, ó marisco), la yerba *darba* (de la familia de las borragíneas), el árbol *asnata* (higuera de las pagodas, *ficus religiosa*, el árbol de Dios de la *historia de los viages*).

Estos detalles sobre las divinidades de la India, prueban que no conoce límites la locura de un pueblo idólatra. Aun hay que añadir un último rasgo al cuadro de los estravíos de los hindos. Tanto en los tiempos antiguos, como en los modérnos, han sido degollados los hombres sobre los altares de los dioses de la India. El *Kaly-Purana* recomienda espresamente estos infames sacrificios; describe las ceremonias con que deben hacerse, y enumera los beneficios que de ellos resultan. La presencia de los mahometanos, y despues de los europeos, ha contribuido á su abolicion. El *Kaly-Purana* indica tambien el modo de proceder en los sacrificios de los animales, designando las especies y cualidades de las víctimas, y las divinidades á quienes son aceptables estos homenages sangrientos. Jamás pueden los brahmas presidir ni participar de sacrificios de esta naturaleza.

Estos brahmas tan meticulosos, que dan tanta importancia á la vida del insecto mas vil; que se llenan de piedad y de indignacion al ver degollar una vaca, contemplan con la sangre fria de los caníbales, y lo que es mas, con un regocijo atroz, el sacrificio de las viudas, que movidas por sus hipócritas y bárbaras sugestiones, suben con una resignacion lastimosa á la hoguera en que se queman los cuerpos de sus difuntos maridos. Efectivamente, una costumbre antigua, que tuvo su orígen en la noble tribu de los kchatrias ó rajahs, y que fué propagada por razones de una gloria tan falsa como vana, impone á las viudas, que no tienen hijos jóvenes, el deber de quemarse sobre el cadáver de sus esposos. Cuando una muger ha declarado que quiere ser quemada con el cuerpo de su marido, no puede retractarse, y aun cuando lo hiciera, seria conducida por la fuerza al lugar del sacrificio. Los brahmas, que dirigen todos los actos de esta tragedia, y los parientes de la víctima, vienen sucesivamente á felicitarla por su heroismo, y por la gloria inmortal que va á conseguir; y llegado el dia fatal, adornada con sus mas ricos vestidos, se la conduce á la hoguera, alrededor de la cual da tres vueltas antes de precipitarse al fuego. Cuando un marido tiene muchas mugeres legítimas, lo cual es muy frecuente en la tribu de los kchatrias ó rajahs, se dispustan á veces el honor de ser quemadas con su difunto esposo, y los brah-

mas deciden, cual es la que debe obtener la preferencia. Despues de la muerte, se hace una especie de apoteosis de estas víctimas desgraciadas; se recogen religiosamente los restos de sus miembros, que no han sido consumidos por las llamas; se erigen en el mismo lugar pirámides monumentales, para trasmitir á la posteridad la memoria de su fidelidad conyugal, homenage tanto mas noble, cuanto que el uso de los mausoleos es casi desconocido en la India; se coloca á estas heroinas entre las divinidades, y los hindos supersticiosos acuden de todas partes para ofrecerlas sacrificios y solicitar su proteccion. La mayor parte de las castas de los sudras, y los hindos, adscritos á la secta de Siva, entierran á sus muertos, en vez de quemarlos, y no faltan ejemplos de mugeres que han consentido en ser enterradas vivas con sus maridos. Respecto de estas, sucede lo mismo que lo que ya hemos indicado, acerca de las que se queman con sus esposos.

Hemos presentado la religion primitiva sucesivamente alterada por falsificaciones; y el culto antiguo, reemplazado por las prácticas supersticiosas y detestables de los brahmas, innovaciones todas que debian producir protestas, como la escision ocurrida con el motivo del establecimiento del *ekiam*, sacrificio en que ordinariamente era inmolado un carnero. Los disidentes tomaron el nombre de *djeinas*, y formaron una asociacion compuesta de brahmas, de kchatrias, de veissias y de sudras. Largo tiempo sostuvieron la lucha, pero la mayoría no adoptó las innovaciones, y los antagonistas, privados de toda libertad religiosa y política, se vieron precisados á sucumbir y aun á desaparecer de muchas provincias de la India.

La reaccion que ha dejado huellas mas marcadas y numerosas, es la del budhismo, cuyo orígen se remonta, segun Dubois, á la novena encarnacion de Vichnu en la persona de Bahuda. Este sabio misionero afirma que los brahmas no rinden culto á Budha, ó á Vichnu, bajo este avatara, circunstancia que se esplicaria por la esclusion violenta que hicieron del budhismo.

El año 619 antes de Jesucristo, segun los singhalais, nació de los sakyas de Kapilavastu, de una familia de kchatrias, un jóven príncipe, que renunciando al mundo á la edad de veinte y nueve años, se hizo asceta bajo el nombre de *sakyamuni* (el penitente de los sakyas), y el de sramana (asceta) *gotama*. Tambien se le llama Sakyasinha, es decir, el leon de los sakyas; su palabra, considerada como victoriosa, se denomina el rugido del leon.

«Su doctrina mas moral que metafísica, dice M. Burnot, cuya ciencia ha levantado el velo que cubria la historia del budhismo, en su orígen, descansaba sobre una opinion admitida como un hecho, y sobre una esperanza presentada como una certidumbre. Esta opinion es, que el mundo visible está en un perpétuo movimiento; que la muerte sucede á la vida, y la vida á la muerte; que el hombre, como todo cuanto le rodea, rueda en el círculo eterno de la trasmigracion; que pasa sucesivamente por todas las formas de la vida, desde las mas elementales, hasta la mas perfectas; que el lugar que ocupa en la vasta escala de los seres vivos, depende de sus acciones en este mundo, y que así, el hombre virtuoso, debe por consiguiente renacer despues de esta vida con un cuerpo divino; y el culpable, con un cuerpo de reprobado; que las recompensas del cielo, y las penas del infierno, no tienen mas que una duracion limitada, como todo cuanto existe en el mundo; que el tiempo destruye el mérito de las acciones virtuosas, y el demérito de las malas, y que la fatal ley del contínuo cambio presenta sobre la tierra, al salvado, y al condenado, para ponerles de nuevo á prueba, y que recorran otra serie de transformaciones sucesivas. La esperanza que Sakyamuni daba á los hombres, era la posibilidad de escapar de la ley de la transmigracion entrando en lo que llama el *nirvana*. La muerte era el signo definitivo de este anonadamiento. Un signo precursor anunciaba, des-

de esta vida, al hombre predestinado para esta suprema felicidad, que consistia en la posesion de una ciencia ilimitada, ó del conocimiento de las leyes físicas y morales, y en la práctica de seis perfecciones transcendentales: la limosna, la moral, la ciencia, la energía, la paciencia y la caridad. La autoridad en que el religioso de la raza de sakya fundaba su doctrina, era enteramente personal, y se componia de dos elementos, uno real, y otro ideal; el primero, consistia en la regularidad y santidad de su conducta, por medio de la castidad, de la paciencia, de la caridad y de otras virtudes; y el segundo, en la pretension que tenia de ser *Budha*, es decir, ilustrado, y como tal, el poseer una ciencia y un poder sobrehumanos. Con su poder hacia milagros; con su ciencia, descubria clara y completamente el pasado y el porvenir. Podia contar todas las acciones del hombre en sus anteriores existencias, y afirmaba tambien, que un número infinito de seres habia llegado como él, por medio de la práctica de las virtudes, á la dignidad de Budha, antes de entrar en el anonadamiento completo; por último, se presentaba á los hombres como su salvador; les prometia que su doctrina no pereceria con él, sino que, por el contrario, debia durar un gran número de siglos, y que cuando hubiese cesado su accion saludable, vendria al mundo un nuevo Budha, que él designaba por su nombre, y á quien, segun las leyendas, habia consagrado por sí mismo en el cielo, en calidad de Budha futuro, antes de descender sobre la tierra.»

La predicacion fué el medio empleado por Sakyamuni para convertir al pueblo á su doctrina; medio, tanto mas digno de atencion, cuanto que era desconocido en la India antes de este reformador, y que produjo el efecto de poner al alcance de todos, ideas, que antes eran patrimonio esclusivo de las castas privilegiadas. Sakyamuni admitia la gerarquía de las castas, pero las hacia iguales entre sí, confiriendo indistintamente á sus individuos la investidura de aquella dignidad, con el rango de asceta. Además, reemplazó el sacerdocio hereditario de los brahmas, por medio de una asociacion de religiosos, consagrados al celibato, que reclutaba de todas las clases de la sociedad. Si las castas inferiores, fundadas sobre una division del trabajo, que perpetuaba el nacimiento, podian subsistir bajo la proteccion del sacerdocio búdhico, que acogia á sus miembros en sus filas; los brahmas, por el contrario, debieron resentirse, y mostrar su aversion á una reforma, que destruia su monopolio.

Para ser religioso budhista, bastaba profesar la fé contenida en Budha, y declarar el propósito de seguirla. Despues, se cortaban la barba y los cabellos del neófito, vistiéndole una especie de túnica y un manto formado de diversas piezas teñidas de amarillo. Un tapiz para sentarse, y un vaso para mendigar, componian todas sus riquezas. «El asceta de la clase brahmánica, dice M. Burnouf, llevaba mucho mas allá su desprendimiento, cuando vivia enteramente desnudo, sin pensar en cubrir su cuerpo, que consideraba haber domado, lastimando por este medio un sentimiento de pudor, que existe en todos los hombres, despues de haber perdido su inocencia primitiva. Sakyamuni, por el contrario, dió en su moral mucha mas importancia al pudor; aun parece que quiso fuera la valvaguardia de la castidad, que exijia de sus discípulos. Llenas están sus leyendas de las reprensiones que dirige á los mendigos que viven desnudos, y el espectáculo repugnante de su grosería, forma un gran contraste con el cuadro de castidad que presenta una reunion de religiosos vestidos con decencia.» Despues de la obligacion de observar las reglas de castidad, no hay otra mas imperiosa para el asceta budhista, que la de vivir de la caridad pública. Viviendo de los dones que otros le ofrecen, jamás, en cambio, puede rehusar á un huésped el auxilio de que pudiera necesitar, prescripcion fundada en las ideas que los orientales tienen sobre los deberes de la hospitalidad. Los budhistas, por un efecto de su predileccion por

los sentimientos morales, han hecho una aplicacion especial de estas ideas, adoptándolas para la práctica de la vida religiosa, que presentan como el ideal de la vida del hombre en este mundo. « Allí, dice M. Burnouf, aparece el carácter propio del budhismo, doctrina en que domina la moral práctica, y que se distingue del brahmanismo en que, en este, ocupan un lugar mas estenso, no solo la especulacion filosófica, sino la mitología. »

Este carácter, propio del budhismo, es aun mas notable, por la institucion de la confesion. « La ley fatal de la transmigracion, dice aquel sabio, señala premios para las acciones buenas, y castigo para las malas, y establece la compensacion de unas y otras, ofreciendo al culpable el medio de rehabilitarse por la práctica de la virtud, en lo cual está el orígen de la espiacion, tan importante en la ley brahmánica, porque el pecador, además del interés de su rehabilitacion presente, desea recojer en la otra vida los frutos de su arrepentimiento. Esta teoría, que el budhismo ha adoptado junta con otros muchos elementos constitutivos de la sociedad india, ha tomado una forma particular, con que ha modificado su aplicacion práctica. Los budhistas han continuado en creer, con los brahmanes, en la compensacion de las acciones malas con las buenas, porque admitian con ellos, que estas eran fatalmente recompensadas, y aquellas fatalmente castigadas; pero como no creian en la eficacia moral de las torturas y penitencia, con que el culpable podia borrar su crímen, segun los brahmas, la espiacion quedó naturalmente reducida á su principio, es decir, á la idea del arrepentimiento; y por lo mismo, la única forma que recibió en la práctica, fué la de la confesion. »

Al cuerpo de ascetas mendicantes, siguió el de los religiosos, igualmente mendicantes, para cuya admision se observan las mismas reglas: y además de estas dos órdenes, que constituian el fundamento de la asamblea de Sakyamuni, las leyendas hablan de los fieles que hacian profesion de creer las verdades reveladas por Budha, sin profesar la vida ascética.

El reformador, segun estas leyendas, iba siempre seguido de un número mas ó menos considerable de religiosos, que mendigaban en pos de él. Cuando las lluvias dificultaban las comunicaciones entre las campiñas y los pueblos, se dispersaban estos religiosos, hospedándose en las casas, cuyos dueños sabian que les habian de recibir con benevolencia, donde predicaban ó se consagraban á las meditaciones, y terminados estos cuatro meses de retiro, se reunian en una verdadera asamblea religiosa. Un solo paso hay de esto, al establecimiento de los *viharas*, especie de monasterios, situados en bosques ó jardines, y á que asistian en comun para oir la enseñanza del maestro. Los religiosos llamados *sravakas* ú oyentes, con relacion á este último, tomaban el nombre de *áryas* ú honorables, con relacion á los demás miembros de la sociedad india.

El viage de la China á Ceylan, hecho por los años de 400 á 414 de la era cristiana, por un sacerdote budhista, llamado Fa-hian, sirve de base á la teoría de Sykes y de Manpied, que creen, que el budhismo ha precedido al brahmanismo, por el cual ha sido suplantado. El abate Gorresio refuta esta nueva teoría en pocas palabras: « De lo que Fa-hian ha escrito sobre el budhismo y sobre su estado floreciente en la India, muchos siglos antes del viage de aquel chino, pretende inferir M. Sykes, que el budhismo es anterior en la India al brahmanismo. No me detendré mucho para probar, que los principios fundamentales del budhismo presuponen ya las doctrinas del brahmanismo; solo indicaré algunos pasages de la disertacion de M. Sykes, ó por mejor decir, del budhista chino, á quien ha reasumido y tomado por guia. M. Sykes escribe que, un discurso pronunciado en Benarés por el budha Sakyamuny, tuvo por oyentes á los *brahmas* y *al mismo Brahma*. Despues, entre los adversarios del budhismo, contra quienes Sakyamuni tuvo que combatir, hace mencion de los sectarios de los *Vedas*, *monumento fundamental del brahmanismo*, y de los sectarios de la doctrina *vaisesica*, y de la doctrina *san-*

kya, sistemas todos *nacidos del brahmanismo*.

« Tambien está citada la leyenda de un brahma estenuado de hambre, á quien Budha dió á comer su propia carne, y otra, en que se cuenta, que Brahma é Indra, divinidades *brahmánicas*, acompañaron á Budha en el viage que hizo al cielo para ver á su madre. No añadiré mas citas, y dejaré al cuidado de los hombres juiciosos para que vean, si de las que he reproducido, puede deducirse que el Budha Sakyamuni y su doctrina son anteriores al brahmanismo. »

Despues de haber espuesto el orígen del budhismo, conviene decir algo sobre su apreciacion. Como esta doctrina, profesada hoy por una cuarta parte del género humano, es en todos los paises, en que está propagada, casi la misma, que en la península Malaise, nos valdremos para este juicio de la autoridad del abate Bigadet, misionero del seminario de las misiones estrangeras de Paris en dicha península.

El budhismo, dice, es un sistema absurdo en alto grado; no reconoce ninguna primera causa, ni puede dar idea alguna clara y exacta sobre el último fin del hombre. Despues de haberle hecho girar en un círculo casi infinito de existencias diferentes, le transporta fuera de la esfera de cuanto existe, para arrojarle en el vacío, donde se pierde, desaparece, y se anonada. La mayor parte de las virtudes morales, enseñadas por el cristianismo, están consignadas en el *Tripitaka*, gran coleccion dividida en tres partes; (el *Sutra-pitaka*, ó discursos de Budha, el *Vinaya-pitaka*, ó la disciplina, y el *Abhidarma-pitaka*, ó la metafísica), sin que de aquí pueda deducirse, que este sistema se aproxime á la perfeccion, ni que merezca las alabanzas que ciertos incrédulos le han prodigado, en odio de la religion de Jesucristo; porque esto equivaldria á decir, que una estátua sin piés ni cabeza, era una obra maestra. La tierra, en el sistema budhista, que no admite creador, ha sido formada por el resíduo y sedimento de las aguas; el mundo que habitamos, y otros cien mil que existen por sí mismos, están sujetos á ser destruidos, despues de cierto tiempo, pero son reproducidos por una fuerza desconocida, inherente á la materia, y que es con poca diferencia lo que nuestros incrédulos decoran con el nombre vago y abstracto de naturaleza.

El budhista, no tiene verdadera nocion de Dios, sino de un *Phra* (sinónimo de Budha), es decir, de un ser, que durante muchas series de existencias diferentes, ha trabajado para adquirir una cantidad prodigiosa de méritos. Cuando los ha obtenido, se dice que está maduro el *phra-laong* (ó *bodhisattva*), es decir, el ser, capaz de llegar á ser Phra ó Budha. En este estado, se le comunica súbitamente un poder estraordinario; su espíritu abarca lo pasado y lo presente; sus oidos perciben todos los sonidos; su alma conoce á fondo todos los seres, las relaciones que existen entre sí, y las leyes que rigen al mundo físico y moral. Esta ciencia profunda, le dá á conocer la fé, que ha de ser predicada á los diferentes seres; su simpatía para sus miserias, le mueve á anunciársela, para escitarlos á libertarse del principio productor de todos los males, y á dirigir sus miradas hácia el *neiban* (sinónimo de *nirvana*), que es la falta de todo sentimiento de pena y de placer, la ausencia de las vicisitudes de la existencia, y en resúmen, el aniquilamiento del ser. Luego que un Phra ó Budha ha cumplido con esta mision, cae precipitado en el neivan ó nirvana. La idea de Phra ó Budha, no despierta la de un Dios eterno, creador y conservador de todas las cosas, autor de la gracia, juez de las acciones de los hombres, etc.; el budhismo refleja solamente de una manera vaga la idea de un redentor, conservada en medio de las familias esparcidas por el género humano.

Este sistema monstruoso, en vez de ser teista, como se ha creido, es ateo. Cierto es, segun hace notar M. Burnouf, que una escuela, poco numerosa, y relativamente reciente entre los budhistas, admite un dios, esencia inteligente, que bajo el nombre de Adibudha, es, para unos divinidad única, y

para otros, primer término de una dualidad, cuyo segundo término es el principio material, que es co-existente y co-eterno á él; pero aunque estos teistas reconozcan una esencia inmaterial y un Dios, niegan su providencia y su imperio sobre el mundo; y aunque se dirigen vagamente á Dios, como el autor de los bienes de la existencia, consideran la union de la virtud y de la dicha, mientras existe, como absolutamente independiente de Dios. Creen, que el hombre no puede llegar á ella mas que por sus propios esfuerzos, por medio de las austeridades y de la meditacion; y piensan que estos esfuerzos pueden hacerlo digno de ser honrado sobre la tierra como un Phra ó Budha, y elevarle, despues de su muerte, al cielo, para participar de los atributos y de la dicha del supremo Adibudha. La idea de Dios no ha echado por consiguiente profundas raices en esta escuela, introducida en la India en el siglo x de la era cristiana.

Todos los seres que existen, están clasificados por los budhistas en treinta y un estados ó regiones diferentes, partiendo del grado inferior al superior: 1.°, cuatro estados de castigos; 2.°, el estado del hombre; 3.°, seis moradas de seres dotados de cuerpo y alma, que habitan los cielos inferiores, y que vuelven á la tierra, despues de haber agotado la suma de goces que les ha sido asignada en recompensa de sus buenas obras; 4.°, los diez y seis cielos materiales, habitados por los brahmas y por seres muy avanzados en la perfeccion; 5.°, los cielos inmateriales, morada de los seres mas perfectos, que no tardarán en alcanzar el neiban, es decir, el salir de la escala de los seres, puesto que mas allá de los cielos inmateriales, no existe mas que el vacío. Nacer y morir, en el sistema budhista, es lo mismo que pasar constantemente de una de las treinta y una moradas á la otra, ó quedar siempre en el mismo estado, ocupando un lugar mas ó menos dichoso. Como no puede haber en este cambio de moradas ninguna accion providencial, puesto que este sistema no reconoce la existencia de Dios, la causa que hace pasar á los seres de un estado á otro, no es mas que la influencia de los méritos y faltas, que obra por sí sola, y sin la intervencion de ningun agente esterno.

Hemos dicho antes, que en este sistema, en que no hay creador, la tierra habia sido formada por el resíduo de las aguas, y ahora debemos añadir cómo llegó el hombre á ella. Luego que la tierra salió de las aguas, algunos de los seres que habitaban en la morada de los brahmas dejaron los cielos para habitar este globo. Entre estos nuevos habitantes no se conocia sexo. Los rayos de luz, que emanaban de sus personas, alumbraban todos los cuerpos, sobre los cuales se reflejaban. Estos brahmas, que saborean las mas puras delicias, no usaban alimento alguno; pero despues esperimentaron la necesidad de tomarle, y entonces, por virtud de la gloria, inherente á sus personas, apareció una especie de cuerpo craso, que tenia el mismo gusto que un panal de miel, del cual tomaron un poco con la estremidad del dedo, y lo pusieron sobre la lengua. A este cuerpo craso, sucedió una especie de rama tierna y delicada, que satisfacia el apetito, y vino luego el *Ça le tsan*, especie de arroz, sin cáscara, con que los hombres se alimentaron.

Como este alimento es grosero, las secreciones se hicieron indispensables, los sexos aparecieron en el esterior, y en el interior se dejaron sentir las llamas de la concupiscencia. Los hombres avergonzados de su estado, desgajaron del árbol *padeca* los vestidos que en él están suspendidos, y con los cuales cubrieron su cuerpo: antes de este momento podian subir y bajar de la tierra al cielo, pero despues de haber comido el funesto *Ça le tsan*, perdieron este precioso privilegio, y ya adheridos á la tierra, prorumpen en inútiles gemidos, suspirando por la morada de que se veian escluidos. Desvanecidos los rayos luminosos, que brillaban sobre sus personas, piden luz desde el seno de la oscuridad, y hé aquí que el sol apareció por la vez primera. Al ponerse en el horizonte, vuelven á lamentarse de la oscuridad, hasta que saliendo la luna de una espesa

nube, vino á consolar á los hombres con su presencia. Las estrellas y los planetas vinieron tambien á adornar el firmamento, y el dia, la noche, los meses y los años, empezaron sus evoluciones periódicas. La concupiscencia ingerta en el hombre por el *Ça le tsan*, engendró las pasiones, verdaderos azotes de la humanidad; nacieron *lo mio* y *lo tuyo*, estallan las disputas, se hace sentir la necesidad de una autoridad; los habitantes de la tierra eligen un gefe, que tenga poder sobre las personas y sobre las cosas de todos, dándole en tributo la décima parte de todas las producciones, y desde entonces, en fin, quedó organizada la sociedad. En esta historia de la aparicion del hombre, se ven sin duda algunas reminiscencias evidentes de la tradiccion primitiva, sobre su caida y sus consecuencias, y sobre el principio del órden social.

Aunque los budhistas y sus libros sagrados, afirman en algunos lugares la existencia de la libertad del hombre, se deduce necesariamente de sus principios, que está muy distante de ser un agente libre. El hombre tiene en sí tres pasiones distintas, la concupiscencia, la cólera y la ignorancia, orígen de todas sus faltas; y tres pasiones opuestas, que son, por el contrario, el principio de los merecimientos. La voluntad es casi el juguete de estas influencias, que sin cesar están en oposicion como dos encarnizados enemigos. Cuando el principio bueno es el dominante, la voluntad se inclina al bien, y por el contrario, al mal, cuando el principio malo es el que vence. La dicha, la desdicha, la prosperidad, y la miseria, son resultado de la influencia de los méritos y de las faltas; y por consiguiente, si un hombre nace con alguna imperfeccion, esta es debida á las faltas cometidas en una existencia antecedente; así como si nace rico ó poderoso, debido es tambien á las buenas obras practicadas en una existencia anterior. La evidencia del libre albedrío, obliga á proclamarle, pero el espíritu sistemático subordina la libertad á la ley de los méritos y de las faltas. Los buhdistas, no admiten diferencia esencial entre el animal y la naturaleza del hombre, sino en el mayor ó menor número de las perfecciones de ambos, como consecuencia de los merecimientos; uno y otro pertenecen á la misma familia, y solo se diferencian en cuanto á su condicion. Los animales, que no están dotados de razon, pueden ser considerados como seres, en un estado de castigo, y avanzan progresivamente á un estado mas dichoso, cuando se va debilitando la influencia de las faltas anteriores. El ser que ha alcanzado la naturaleza humana, es únicamente, porque ha hecho mas progresos en la vía de los merecimientos, que el ser reducido al estado animal. Esta nocion esplica la aversion de los budhistas por la destruccion de los animales, crímen igual al homicidio, del que solo se distingue, en razon de la gravedad, puesto que el animal, es un ser menos noble y elevado que el hombre.

Este paso contínuo de una existencia á otra, ó metemsícosis, dogma fundamental del budhismo, es un verdadero mal, porque la dicha de que se goza en un estado, está siempre mezclada de amarguras, y de aquí deducen los budhistas, que la única cosa digna de la ambicion de los hombres, es el no existir, ó verse libre de las desgracias y vicisitudes de la existencia. En resúmen, la ley de Budha enseña, que la concupiscencia, con las otras dos pasiones compañeras suyas, son el principio del mal, y que destruyéndolas, es como puede llegarse al nirvana. «Para combatir la concupiscencia, dice el abate Bigandet, el budhista, está abandonado á sus fuerzas naturales, sin que tenga que esperar ningun auxilio superior, porque para él, no existe actualmente dios alguno. El griego y el romano, creyendo en sus dioses, se veian escitados á obrar, considerando que, desde lo alto del olimpo, contemplaban aquellos sus esfuerzos y los alentaban con sus aplausos. El amor, ese poderoso resorte del corazon humano, es una palabra vacía de sentido, cuya influencia no ha sentido nunca el budhista. Imaginándose, que no puede haber sinceridad en el goce, y que la felicidad no puede existir sin su contrapeso,

la desgracia, tampoco le agita el deseo de la dicha, que impulsa al hombre al heroismo y le sostiene en medio de las mayores dificultades. El budhista, desesperado, solo suspira por la exencion de los goces y de las penas, ó lo que es lo mismo, por un reposo, que equivale á la destruccion del ser; así es, que podemos compararle al infeliz agoviado con el peso de todas las miserias reunidas, y que viendo la ineficacia de sus luchas y de sus esfuerzos, pone sus ojos en la muerte, como único medio de salir de ese abismo de calamidades. Por esta razon suspira por el neiban, ó cesacion de la existencia, único medio de salir de esa rueda sucesiva de placeres y disgustos, tanto mas, cuanto que la suma de estos, supera infinitamente á la de aquellos.»

Cuando el mundo que existe, esté próximo á concluir su revolucion, Lauka-biu-ha, descenderá de los cielos inferiores, en medio de los hombres, trayendo en su mano un ramillete encarnado, y exhortándolos á la práctica de la ley. Los hombres, teniendo siempre presente este gran suceso, observan con puntualidad los preceptos que les impone. Transcurridos cien mil años, despues del advenimiento de Lauka-biu-ha, se verificará el fin del mundo, sin que lo determine ninguna causa esterior, y despues de haber recorrido la série de millares de centurias, que le fueron asignadas, llegará á su término, como el sol, que al concluir su curso diario, desaparece sobre el horizonte. El fuego, el agua y el aire, concurrirán sucesivamente á la destruccion de nuestro planeta, y de una parte de los cielos que cubren su superficie. Los seres que han llegado á la morada de los brahmas, permanecerán sanos y salvos; los que están en los cielos inferiores, conseguirán por sus constantes súplicas, elevarse hasta la morada de los brahmas; los demás seres, aunque no merezcan actualmente un lugar en los cielos superiores, le alcanzarán, sin embargo, en esta ocasion, por la influencia de sus buenas obras en las existencias precedentes; y en cuanto á los seres que padecen en el infierno inferior, pasarán al infierno correspondiente á los mundos no sujetos á esta revolucion, donde continuarán sufriendo las mismas penas. Tal es el fin de los seres animados; los inanimados, como las plantas, los árboles etc., serán consumidos por el fuego, sin ulterior reproduccion.

El Budha, su ley, y la asamblea de los justos, son el triple y verdadero objeto de la veneracion del budhista, y se considera como un crímen digno de castigo, toda palabra ó accion que directa ó indirectamente tienda á despreciar *estos tres preciosos tesoros*. Las súplicas ó preces de los budhistas, se dirigen siempre á estos tres objetos, y á ellos se refiere tambien la triple postracion que hacen en sus pagodas, ó cuando van á visitar á los sacerdotes de Budha. La profunda veneracion que se rinde á Sakyamuni, es solo en su cualidad de Phra ó Buda, no debiendo perder de vista, que los honores y las alabanzas que se le prodigan, no se dirigen á él, como si tuviera una existencia real, sino como el ser, que, siendo antes Phra ó Buda, tenia las mas escelentes cualidades, y se dedicaba á la reforma del género humano por la promulgacion de su ley.

Esta ley eterna é inmutable, y como nuevamente creada por el génio omnipotente de Phra ó Budha, es el segundo objeto de la veneracion de los budhistas, que la dan las calificaciones mas elevadas, representándola, como capaz de lavar las manchas del alma.

El budhista, en tercer lugar, honra la asamblea de los justos, es decir, de los mas avanzados en la práctica de la ley. En el primer lugar están los sacerdotes, sucesores y representantes de Phra ó Buda, guardianes de su ley, y encargados de hacerla conocer á los demás, por cuya razon se les profesa una veneracion, superior á todo cuanto puede imaginarse. Despues de los sacerdotes, están los *aryas*, que practicando los preceptos de la ley, en un grado muy elevado, no tendrán que atravesar mas que una ó dos existencias, para completar su santificacion, y para llegar al neivan, saliendo así de la escala de los seres.

Comunmente se divide á estos justos en ocho clases, que son honrados á causa de su virtud, y de su proximidad á la perfeccion de Budha. Bien pudiera decirse, que lo que se honra en estos justos imaginarios, es la virtud y la perfeccion consideradas en abstracto

Preciso era que el autor del budhismo estuviese convencido de la vanidad del culto de los ídolos, para no ofrecer á la veneracion de sus partidarios, mas que ideas abstractas de virtud y de desprendimiento de cuanto existe, sin presentarles uno ó muchos objetos, que merecieran esclusivamente el culto real de la idolatría. El politeismo brahmánico con sus estravagancias, habia suscitado esta reaccion, que llegó hasta el ateismo, en vez de elevarse al reconocimiento del ser supremo, perfecto y único, digno de las adoraciones de todas las criaturas; pero el alma del hombre tiene tanta necesidad de un objeto de adoracion, como el cuerpo de aire para vivir, y de alimento para sostenerse. Si no adora al creador, se prosterna delante de la criatura, rindiéndola homenages, que se ve precisado á tributar á una cosa que esté fuera de él. Los discípulos del fundador del budhismo, no carecieron pues, de ídolos, y adoraron, desde luego, la representacion figurada de Sakyamuni. La imágen de Budha, no tiene entre aquellos, un número exagerado de atributos, como las de Vichnu y de Siva, ni se multiplica por medio de ese lujo de encarnaciones que hacen salir del mismo dios una infinidad de personas diferentes. Solamente representa la imágen de un hombre sentado, en actitud de meditar ó enseñar. El transcurso del tiempo asoció otros objetos de adoracion á las reliquias de Sakyamuni, como lo fueron, en primer lugar, las estátuas de los Phras ó Budhas, por quienes decia aquel habia sido precedido en el período actual; y en segundo, las de otros Phras (Boudhas) ó Phra-laongs (Bodhisattvas) mitológicos, que se remontan á millares de siglos. De esta manera, la invasion de la mitología, desenvolvió el culto búdhico. Lo importante, es saber, si la adoracion del budhista, es relativa ó absoluta. Decir que tiene intencion de referir su culto á Sakyamuni, es engañarse groseramente, como dice el abate Bigandet, puesto que el budhista, sabe bien, que Phra ó Budha ha desaparecido ya, y que para nada entra en los negocios de este mundo; mal puede por consiguiente ser objeto de adoracion aquello que no existe. Se concibe muy bien, que pueden adorarse algunas divinidades, que se cree erróneamente existir en algun lado, pero jamás puede admitirse haya quien refiera su culto á una imágen, á un prototipo, que está seguro no se encuentra en ninguna parte, ni bajo forma alguna. Los budhistas adoran, pues, verdadera y escrictamente hablando, los ídolos presentes á sus ojos, y nada mas allá, á diferencia de los católicos, que no se sirven de los objetos visibles, mas que para elevarse á los invisibles y sagrados que representan, y á quien refieren el honor rendido por medio de la imágen. Los budhistas no creen que el ídolo pueda dispensarles favor alguno: tampoco suponen que tenga vida ni inteligencia; pero prosternándose delante de ellos, consideran sus postraciones y sacrificios como actos buenos, prescriptos por la ley, y por cuyo cumplimiento les están señaladas grandes recompensas. Del mismo modo que creen obtener este ó el otro merecimiento, de los enumerados en el libro de la ley, por una buena obra, así creen tambien, que fabricando un ídolo, construyendo una pagoda ó presentando ofrendas á las estátuas, podrán obtener los premios señalados en la ley.

Las reliquias de Sakyamuni, recogidas sobre la pira que consumió sus restos mortales, fueron encerradas en ocho cajas de metal, sobre las cuales se levantó un número igual de *stupas*, ó montones de piedras reunidas con argamasa, reliquias que fueron distribuidas, destruido el mausoleo, algunos siglos despues, en diferentes puntos. Aunque los budhistas no creen que las imágenes de Sakyamuni tengan alguna virtud particular, suponen que sus reliquias, como parte de un cuerpo dotado de

las mas altas perfecciones, han conservado algunas virtudes secretas, por medio de las cuales, se verifican grandes maravillas en las pagodas que encierran estos preciosos restos, estando algunas veces, segun ellos, llenas de luz durante la noche, y aun, segun dicen, se las ha visto cubiertas repentinamente de oro. Segun la leyenda mas auténtica, las reliquias de Phra ó Budha eran poco considerables, pero el interés y la ignorancia las han multiplicado tan estraordinariamente, que apenas hay pagoda algo célebre que no se vanaglorie de poseer algunas, y no faltan charlatanes, que pretenden tambien ser dueños de alguna parte de ellas.

Los homenages esteriores, que los budhistas rinden á los ídolos, consisten en postraciones y ofrendas de perfumes, de flores, de banderas y de quitasoles blancos ó dorados. No se conocen ni sacrificios sangrientos, ni ofrendas trasmitidas por medio del fuego; lo primero, porque uno de los principios fundamentales de la moral búdhica, es no matar á nada de lo que vive, y lo segundo, porque la teoría del *Veda*, segun la cual, los dioses se alimentan de lo que se ofrece al fuego, que es su mensagero sobre la tierra, es radicalmente incompatible con las ideas de los budhistas, cuyo culto no se dirige ni á un dios único, ni á esa multitud de seres divinos, que la imaginacion del brahman entrevé, ya ocultos en la naturaleza, ya dispersos en los elementos. En las cuatro fases de la luna, y principalmente en los novilunios y plenilunios, es cuando las pagodas y las casas de los sacerdotes reciben ofrendas de toda especie, siendo aquellas mas ó menos importantes, en proporcion de la fortuna ó de la piedad de los que sufragan los gastos. Los libros sagrados conceden grandes recompensas á los que hacen ídolos ó construyen pagodas; y como nada dicen en favor de los que las reparan, rara vez se ve á los budhistas emprender restauraciones, cuyos beneficios, segun ellos, redundarian en provecho del primer fundador.

En las pagodas, y delante de los ídolos, se dedican á recordar rasgos de la vida de Phra ó Budha, á celebrar sus virtudes y sus triunfos sobre las pasiones, y sobre los enemigos que se oponian á su marcha hácia la perfeccion, haciendo tambien citas numerosas y grandes elogios de la ley, y celebrando las alabanzas de los aryas, ó de los justos, que cumplen sus preceptos con mas exactitud. Jamás sale de boca de los budhistas, espresion alguna que indique, solicitar favores, ó ser librados de peligros, y por consiguiente nada hay que despierte la idea de la plegaria ó súplica propiamente dicha. El budhista, fiel á su principio de fatalidad, dice siempre: «Ojalá que «pueda yo practicar tal virtud, como Budha «la ha practicado.»

Todo está en contradiccion en las mitologías de la India, así es que, despues de haber dado la nocion del Budha, que entra en su neiban y que sale de la escala de los seres, debemos mostrar á Budha, encarnado en otro tiempo en la persona de Sakyamuni, tomando de nuevo el privilegio de la encarnacion para perpetuar su doctrina. Apenas murió, volvió á aparecer, y llegó á ser sucesor de sí mismo, no muriendo ya desde entonces, mas que para volver á nacer. Los primeros patriarcas, herederos del alma de este Budha, vivieron siempre en la India y en la corte de sus reyes, de quien eran consejeros espirituales; pero sin tener funcion alguna particular que ejercer. El dios, cuya intencion primitiva habia sido reclutar el sacerdocio búdhico en todas las castas, se recreó en renacer, ya en las castas de los brahmas, ó en la de los guerreros, ya entre las de los mercaderes ó labradores. Tan variado es el lugar de su nacimiento, que apareció sucesivamente en el norte y en el mediodía de la India, en Candahar, en Ceylan, conservando en la nueva vida el recuerdo de lo que habia sido en las existencias anteriores. Cuando la mayor parte de estos pontífices llegaban á una edad avanzada, ponian por sí mismos fin á las miserias de la vejez, y aproximaban, subiendo sobre la pira, el momento en que debian volver á gozar de los placeres de la infancia.

Las colonias judías, establecidas entre los hindos, debieron despertar en ellos los recuerdos tradicionales, estinguidos en la noche del paganismo que acabamos de describir. «El año 719, antes de Jesucristo, dice el abate Maupied, Salmanasar, rey de los asirios, se apoderó de Samaria y trasportó á sus habitantes á las ciudades mas lejanas de la Media.

«En 676, antes de Jesucristo, Assaharaddon dispersó los restos de los reinos de Siria y de Israel, por la Persia, por la Media y por las mas remotas regiones del oriente. El año de 606, antes de Jesucristo, empezó la cautividad de Babilonia; Nabucodonosor llevó á su reino, que se estendia hasta la Media, la mayor parte de los judíos, y sobre todo gran número de príncipes, sacerdotes y profetas. Los israelitas de las diez tribus, y los de la Judea, participaron de las desgracias de la cautividad, confundieron allí sus lágrimas, y puede decirse que este fué el fin del cisma. En esta época, los libros de los judíos contenian el Pentateuco, el libro de Job, el de los Jueces, los libros Sapienciales, la mayor parte de los Salmos, y á Isaias, que empezó á profetizar en 735, y murió antes de la cautividad por él anunciada, y aun todo Jeremías, que empezó á profetizar en 629, casi en el momento de la cautividad, y cuyos escritos fueron trasportados á Asiria. Recogieron tambien durante la cautividad las profecías de Daniel y de Ezequiel, que profetizaron en Asiria despues del año 606. Los judíos, pues, poseedores de estos libros, y mas apegados que nunca á las doctrinas que contenian, se esparramaron por todo el oriente, por la India y por la China, pasando de la Persia, por la Bactriana y el Tibet, para dirigirse á la China. La India septentrional y central no está separada del Tibet mas que por las montañas del Nepal. Los judíos llegaron pues á la India en el momento de la dispersion, es decir, en el siglo VII, antes de nuestra era, y no fueron solamente algunos judíos, fué la nacion entera, la que se vió obligada, por la cautividad, á dedicarse al comercio y á hacer el *colportage* de todos los pueblos del Asia. Todo cambió desde entonces. Los judíos llevaron consigo sus doctrinas y sus libros, cuyo fondo se tomó, pero mezclando las fábulas locales y adoptándole al espíritu y las costumbres de los pueblos. Los judíos, esparcidos á la vez en todos estos territorios, hicieron renacer las creencias antiguas.» Todo esto está confirmado por hechos exactos. Claudio Buchanan, dice, en sus *Investigaciones sobre los cristianos de Asia*, publicadas en 1812: «Es un hecho demostrado por monumentos históricos y por la tradicion judía, que los judíos negros se establecieron en la costa de la India, mucho tiempo antes de la era cristiana. Hubo tambien otra colonia de ellos, en Rajapur, territorio de los Mahrattas, que aun no se ha estinguido, puesto que en la actualidad existen oficiales y soldados, judíos indígenas, al servicio de Inglaterra. Todo esto nos hace sospechar que son los restos de los judíos dispersos en la primera cautividad de Babilonia. Además, hay otras muchas familias que se han establecido en Persia, donde no hay duda alguna sobre su orígen hebreo, en Arabia, en la India septentrional y en la China, sin que fuera muy difícil descubrir todos sus diversos lugares de residencia, siéndolo ya con toda certidumbre hasta el número de cincuenta y seis. Estos emigrados, y principalmente los que pasaron el Indus, se asimilan mucho á los usos y costumbres de los territorios en que viven, pudiendo cualquier viagero encontrarlos, sin adivinar fácilmente que son judíos. La poca semejanza que hay entre estos judíos y los de Europa, indica que se separaron del tronco principal de la Judea muchos siglos antes que los que se difundieron por el occidente. Viene á confirmar esta opinion el hecho de encontrarse algunos, que no se llaman judíos, sino beni-israel ó israelitas, porque el nombre de judío se deriva de Judá, mientras que los antepasados de estas tribus negras estaban sometidos al rey de Israel, y no al de Judá. Poseen en muchos lugares, el Pentateuco, el libro de Job y los Salmos, pero conocen poco las profecías. Habiendo perdido algunos el Pentateuco, saben que son israeli-

tas, solo por la tradicion y por la observancia de los ritos particulares. Los sabios desearon por largo tiempo una copia de las partes de la escritura, que poseen los judíos de oriente, de quienes no se puede sospechar tuvieran comunicacion alguna con los de occidente. En una sinagoga de judíos negros del interior del Malayala (Malabar) se ha encontrado un ejemplar del Pentateuco, escrito en un rollo de cuero, de cerca de cincuenta piés de longitud. Creen algunos judíos, que este rollo vino originariamente de Sennaar, en Arabia, y otros que fué traido de Cachemira. Los judíos cabules, que hacen todos los años el viage al interior de la China, dicen, que en algunas de sus sinagogas, se encuentra el Pentateuco en un rollo de cuero muy flexible, preparado con pieles de cabras, y teñido de color rojo, lo cual conviene con el rollo antes mencionado.» Los judíos blancos de Cochin, llamados así por oposicion á los anteriores, dan sobre su orígen una esplicacion confirmada por los antiguos anales de Malabar, y por los anales mas modernos de los musulmanes, cuyos padres, segun dicen, salieron de Jerusalen despues de la destruccion del segundo templo, y vinieron á la India con sus hijos, sus mugeres, sus doctores, y sus sacerdotes, á quienes un rey de la India señaló para morada la ciudad de Cranganor y les otorgó diversos privilegios.

Como prueba de este hecho, conservan y enseñan á los estrangeros una plancha de cobre, llena de antiguos caractéres malabares, y la traduccion hebrea, en que se encuentra la carta que les fué concedida, firmada por otros siete reyes de los paises inmediatos. La traduccion hebrea, aunque poco inteligible, aun para ellos mismos, parece estar en armonía con esta narracion. Poco tiempo despues de su establecimiento en estas comarcas, se les unieron otros judíos salidos de Jerusalen, y mas tarde llegaron de España y de otros puntos, muchos que oyeron hablar de la prosperidad de que aquellos disfrutaban. Las discordias intestinas, suscitadas entre ellos, fueron causa de que llegasen á ser presa de un rey indio que destruyó á Cranganor, sacrificando y cautivando á sus habitantes, que solo en muy pequeño número, pudieron refugiarse en la ciudad de Cochim, donde les encontró Buchanan. De la llegada de los judíos á la India, y especialmente, de la de los negros, en una época tan remota, se puede deducir que los antiguos indios pudieron conocer, por este medio, al verdadero Dios, y adoptar las prácticas judías; en lo que no hay duda es, en que al reformador Sakyamuni, muerto en el año 543 antes de Jesucristo, obedeciendo á la influencia judía, se declaró contra el politeismo de los brahmas, reaccion que tuvo por resultado el ateismo, en lugar de dar á conocer en la India al Dios de Israel y de Judá. El P. de Bourzes asegura, que en algunos paises de la costa de Malabar, celebraban los gentiles la libertad de los judíos bajo Esther, y que daban á esta fiesta el nombre de *Yuda Tirunal* (fiesta de Judá).

Una profecía hinda prueba lo que dice S. Pablo, que Dios no ha dejado á los gentiles sin testimonio; y habiendo mostrado que éstos pueblos tenian conocimiento del Redentor, se encuentra tambien justificado el sentido de las siguientes palabras de la profecía de Jacob: «Él será la espectacion de las gentes.» En un monumento tomado de los antiguos libros, están tan marcados los caractéres del Redentor, que no se puede dudar del enlace íntimo, que tiene con las santas escrituras, ni desconocer el orígen de donde se ha tomado. El poema llamado *Barta-Sastra*, en el tercer volúmen, que tiene por título *Arania-Parva*, ó libro en que se cuentan las aventuras de la floresta, despues de un largo detalle de los desórdenes y desgracias del Kaly-yuga, es decir, de la cuarta edad del mundo en que vivimos, refiere, que Marandeya, sabio hindo, dirigió la palabra á Darma-Raja, uno de los mayores reyes de la India, diciéndole: «Entonces, quiero decir, al fin del Kaly-yuga, «nacerá un brahma en la villa de Sambhala.

Este brahma será *Vichnu iesu* (1) que po-

(1) Nombre de nuestro Redentor, conservado con bastante integridad

« seerá las divinas escrituras y todas las ciencias, sin haber empleado para aprenderlas « mas que el tiempo que necesita para pronunciar una sola palabra; por esto se le dará el nombre de Sarva-Budha, esto es, el « que sabe perfectamente lo que son todas las « cosas.

« Este *Vichnu iesu*, brahma, conversando « entre los de su raza, será el único que purgará la tierra de pecadores, que hará reinar « en ella la verdad y la justicia, que ofrecerá el « sacrificio del caballo, y someterá á los brahmas el universo entero. Cuando haya llegado á la ancianidad, se retirará al desierto, « para hacer penitencia, y establecerá el órden entre los hombres; fijará la verdad y la « virtud entre los brahmas, hará que las cuatro castas se contengan en los límites de sus « leyes, y entonces será cuando aparezca la « primera de las edades. Este rey supremo « hará el sacrificio tan comun en todas las naciones, que ni aun desconocido será para « las soledades. Los brahmas no se ocuparán « mas que de las ceremonias de la religion y « de los sacrificios; florecerán entre ellos la « penitencia y las demás virtudes que van en « pos de la verdad, y difundirán por todas « partes el esplendor de las divinas escrituras. « Se sucederán las estaciones con un órden invariable; las lluvias inundarán en su tiempo las campiñas, las cosechas harán reinar « la abundancia, la leche correrá á raudales, y « la tierra, dotada de la prosperidad de la edad « primera, ofrecerá á todos los pueblos delicias inefables. »

No nos detendremos en comentar esta profecía, anterior al advenimiento del Salvador, tan claramente anunciado en ella.

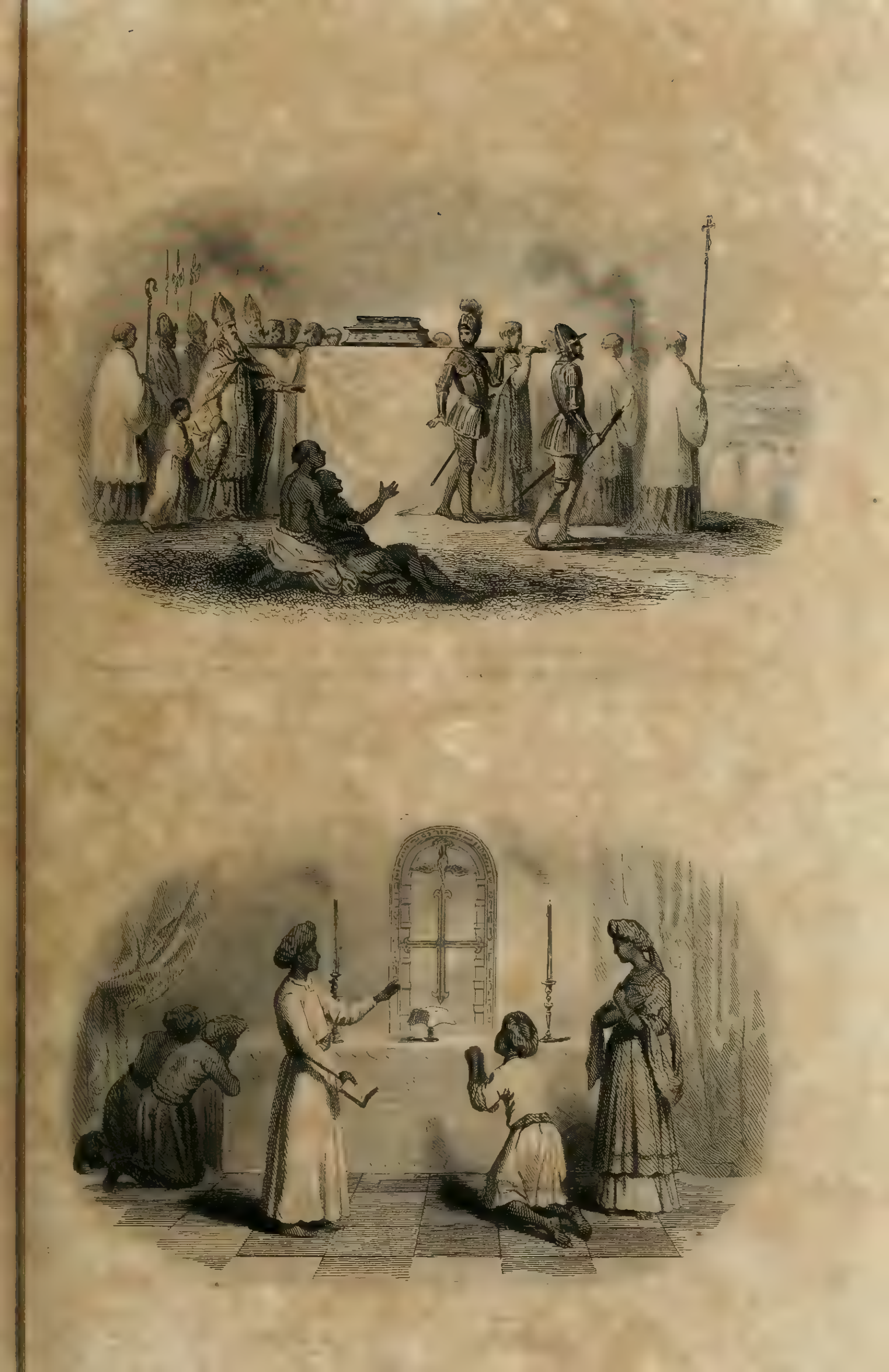
Despues de realizada la salvacion del mundo, los apóstoles S. Bartolomé y Sto. Tomás, escogieron la India para teatro de su celo. Eusebio, refiere, que S. Bartolomé penetró hasta la estremidad de las Indias, y que llevó el evangelio de S. Mateo, escrito en hebreo moderno ó en siro-caldeo, lengua de los judíos despues de la cautividad. La tradicion de los primeros tiempos de la Iglesia atestigua la predicacion de Sto. Tomás. Efectivamente, hé aquí como responde S. Gregorio Nazianceno á la objecion que se le hace de ser estrangero. «¿Pues qué los apóstoles eran estrangeros? ¿Qué tenian de comun, Pablo con las naciones, Lucas con la Acaya, Andrés con el Epiro, Juan con Efeso, *Tomás con la India*, Marcos con la Italia?» S. Gerónimo dice que Sto. Tomás murió en Calamina, ciudad de las Indias, y aun suponiendo que esta página no sea del ilustre doctor, sino de Sofronio, y añadida por los griegos, siempre es una prueba de que ni Sofronio, ni los griegos, ponian en duda el hecho de la predicacion de Sto. Tomás en la India. Por lo demás, tal era el sentimiento de S. Gerónimo, puesto que al hablar de la inmensidad del Salvador, considerado como Dios, se espresa en estas palabras, de cuya autenticidad no respondemos: « El hijo de Dios, durante los cuarenta dias que siguieron á su resurreccion, se encontraba al mismo tiempo con los apóstoles; con los ángeles en el seno de su padre, y mas allá de los mares. Estaba presente en todos los lugares, con *Tomás en la India*, con Pedro en Roma, con Pablo en Iliria, con Tito en Creta, con Andrés en Acaya, con cada apóstol y cada predicador del evangelio, en todas las regiones que recorri n. » Theodoreto, hablando de la predicacion de los apóstoles, dice tambien, que estos «hicieron recibir la ley del crucificado, no solo á los romanos, y á los que vivian bajo su imperio, sino á los escistas, á los persas, á los seros, á los hircanios, á los bretones, á los cimerianos, á los germanos, y en una palabra, á todos los hombres y á todas las naciones. » Santo Tomás, pues, es el único á quien se ha atribuido siempre la mision de las Indias, y Baronio hace observar, que únicamente á él son aplicables las palabras de Theodoreto.

Nicéforo tiene tambien á Sto. Tomás como apóstol de los indios, y Gaudencio, del mismo modo que Sofronio, aseguran, que murió en Calamina, en la India, ciudad que se cree

ser Meliapur, á poca distancia de Madras. La tradicion que presenta á Sto. Tomás penetrando hasta las Indias y predicando el evangelio, está aun viva en los reinos de Maduré y Carnate, glorificándose además muchos pueblos de que sus antepasados fuesen ilustrados por este apóstol. Se cree en Meliapur, que Sto. Tomás murió en un montecillo próximo á la ciudad, cuya tumba visitan sus habitantes todos los años. El P. Pons, jesuita, dice, habia brahmas que aseguraban existir, entre los libros de que era depositaria la academia de Cangipur, obras de historia muy antiguas, en que se hablaba de Sto. Tomás, de su martirio, y del lugar de su sepultura, escritos que los brahmas no rehusaban comunicar á los misioneros, pero á costa de sumas que no podian satisfacer. Muchos hechos referentes á la época de la conquista portuguesa, corroboran la tradicion sobre el apostolado y muerte de Sto. Tomás en las Indias. Alfonso de Alburquerque, denominado el Grande, por sus hazañas, se apoderó de Goa en 1510, y quiso poner este lugar á cubierto de los ataques del enemigo, por medio de nuevas fortificaciones. Al abrirse los cimientos de estas, se descubrió, entre las ruinas de los edificios destruidos, una cruz de bronce en que estaba la imágen de Jesucristo crucificado, la cual mandó colocar en la iglesia que se edificaba, para dar gracias á Dios por el buen éxito de sus empresas. La invencion del cuerpo de Sto. Tomás tuvo lugar en Meliapur, el año de 1521. Bajo las ruinas de una antigua iglesia, y á gran profundidad, se encontró un sepulcro que contenia osamentas muy notables por su blancura, el hierro de una lanza aun engastado en su palo, un pedazo de baston con cabo de hierro, y un vaso de arcilla lleno de tierra. Como este descubriento coincidia con la tradicion local sobre la presencia del cuerpo de Sto. Tomás en Meliapur, los portugueses no concibieron duda alguna sobre el hallazgo del cuerpo del santo apóstol. Sus restos fueron depositados en una caja, guarnecida de plata, que conducida despues á Goa, fué colocada en la iglesia edificada en honor de Sto. Tomás. (Pl. XII, n.° 1.) El P. Du-Jarric, jesuita, refiere, segun Osorio, historiador de D. Manuel, y obispo de Silves, en Algarbe, que hácia el año de 1543, fué presentada á Martin Alfonso de Sousa, lugar-teniente general de las posesiones de Portugal, una lámina de cobre, en que estaban grabadas letras borradas ya por el tiempo, y que nadie podia leer. Un judío, versado en los idiomas y antigüedades de la India, pudo conocer, que hablaban de la donacion, que el rey, que vivia en tiempo de Sto. Tomás, hacia al santo apóstol del terreno para levantar un templo al verdadero Dios.

Du-Jarric añade, que hácia el año de 1548, siendo Juan de Castro gobernador de las Indias, quisieron algunos portugueses construir una capilla en el mismo sitio en que se decia que el apóstol habia sido muerto por los brahmas. Al hacer las escavaciones, se encontró una piedra de dos piés de longitud y pié y medio de latitud, que tenia esculpida en relieve una cruz, cuyas cuatro estremidades estaban adornadas de flores y lises abiertas, y en cuya cima estaba colocada una paloma en actitud de picarla; notándose en la cruz, y en ciertos sitios de la piedra, algunas manchas de sangre, que tocadas con un lienzo, dejaban en él su huella. El altar de la nueva capilla fué colocado encima de este monumento, y Dios hizo por medio de esta cruz innumerables prodigios. (Pl. XII, n.° 2.) El 18 de diciembre, al celebrar los santos misterios, en el momento mismo en que se leia el evangelio, empezaron á caer de esta cruz gotas de sangre, que continuaron corriendo hasta que se concluyó la misa; milagro que se renovó despues, casi todos los años en el mismo dia, y en el mismo acto del santo sacrificio, segun lo refieren testigos dignos de fé. El capitan y el vicario de la ciudad de Meliapur, queriendo saber lo que significaban ciertas letras que habia grabadas al rededor de la cruz, se dirigieron á un brahman: del reino de Narsinga, célebre por su saber, el cual respondió: que eran signos geroglíficos que decian: « Desde que





apareció en el mundo la ley de los cristianos, treinta años despues, el 25 del mes de diciembre, murió el apóstol Sto. Tomás, en Meliapur, donde se dió á conocer al verdadero Dios, y donde se obró el cambio de la ley y la destruccion del demonio. Dios nació de la vírgen María, bajo cuya obediencia estuvo por espacio de treinta años, y era un Dios eterno. Este Dios enseñó su ley á doce apóstoles, y uno de ellos vino á Meliapur, con un báculo en la mano, y edificó una iglesia. El rey de Malabar, el de Coromandel, el de Pandi, y otros, de diversas sectas y naciones, se decidieron de buena voluntad y se convinieron en someterse á la ley de Sto. Tomás, hombre santo y penitente. Llegó el tiempo en que Sto. Tomás murió á manos de un brahma, y con su sangre hizo una cruz.» De otro pais lejano se hizo venir otro brahman, que sin estar de acuerdo con el primero, y sin conocer su interpretacion, dió otra igual en su fondo. El obispo de Cochin, envió en 1562, al cardenal Henrique, entonces infante, y despues rey de Portugal, testimonios auténticos de todos estos hechos, reconocidos por el historiador Osorio, y en los que convienen todos los historiadores portugueses. El P. Tachard, jesuita, en una carta del 18 de enero de 1711, habla de dos cruces que se ven en el monte Chico y en el monte Grande, montañas próximas á Meliapur, ó Sto. Tomás, que es el nombre dado por los portugueses á esta ciudad. Como los monumentos descritos en 1711 por el misionero confirman la tradicion antigua sobre el apostolado de Sto. Tomás en la India, vamos á presentar un estracto de su carta.

«El monte Chico, dice, es una gran roca, muy escarpada por tres de sus lados, teniendo en el de sud-oeste una pendiente bastante suave. (Pl. XI, n.º 1.) En la parte del norte, que mira hácia Madras, y en el centro mismo de la montaña, está la iglesia de Ntra. Señora. Debajo del altar hay una caverna, de cerca de catorce piés de latitud, y de unos diez y seis de profundidad, á la que se desciende por una escalera estrecha labrada en la misma peña, sin que se haya creido conveniente ni embellecerla, ni cambiar en nada su forma, porque se cree que esta gruta es el lugar solitario á que se retiraba Sto. Tomás para hacer oracion. En la estremidad oriental de la gruta, han levantado un altar los misioneros, y es tradicion popular, que una especie de ventana, como de dos piés y medio, colocada al sur, y que dá una luz bastante oscura á toda la gruta, fué hecha milagrosamente, y que por ella se salvó el santo apóstol de manos del brahman, que le atravesó con la lanza, yendo á morir en el monte Grande, que está como á media legua de distancia hácia la parte del sud-oeste. Sin embargo, no todos convienen en este hecho, pues hay quienes aseguran que el santo fué herido en el Gran monte, estando en oracion delante de la cruz, que él mismo habia tallado en la roca, y que se conserva todavía.

«De la iglesia de Ntra. Señora se sube á la cima de la montaña, en que nuestros Padres han levantado un edificio, no sin haberles costado bastante trabajo allanar algun tanto el terreno, para mayor comodidad de esta pequeña ermita. Hácia el sud de la hospedería, está la iglesia de la Resurreccion, en la que se encuentra una cruz de la altura de un pié, metida en una roca, sobre la que está el altar de la iglesia; tambien es de relieve, y muy parecida á la cruz del monte Grande. En este sitio se observan los mismos prodigios, y por decirlo así, los mismos síntomas milagrosos, pues cuando la cruz del monte Grande cambia de color y suda sangre, se observa lo mismo en la del monte Chico, aunque no de una manera tan abundante. El P. Silvestre de Sousa, misionero de la compañía, en la provincia de Malabar, y que permaneció largo tiempo en el monte Chico, me ha asegurado que ha sido testigo ocular de este prodigio.

«Se sube á la iglesia de la Resurreccion por una gran escalera de piedra, de una pendiente bastante áspera, tomando despues el pié occidental de la montaña hasta una esplanada cuadrada, practicada delante de la puerta de la iglesia. Al lado del altar, hácia la parte del

sud, hay una abertura hecha en una roca, que tiene cinco ó seis piés de longitud y de cinco á seis de profundidad, y se la dá el nombre de fuente de Sto. Tomás. Es tradicion, muy comun en el pais, que el santo apóstol, vivamente afectado de que los pueblos, que venian en multitud á oir sus predicaciones, sufriesen las angustias de la sed, porque no se encontraba agua sino á gran distancia, se puso de rodillas en el lugar mas elevado de la montaña, dió con su baston en la roca, y al momento saltó un manantial de agua clara, que curaba las enfermedades, cuando la bebian con confianza, y por la intercesion del santo...

«El monte Grande no dista mas que media legua del pequeño, y aunque no he medido su altura, me parece á la vista, tres ó cuatro veces mas elevado y mayor que el otro...

«La iglesia de Ntra. Señora está construida en la cima de la montaña, y es sin contradiccion, el monumento mas célebre, y mas frecuentado por los cristianos de las Indias, y especialmente por los cristianos denominados de Sto. Tomás. Estos, que habitan las montañas de Malabar, vienen de mas de doscientas leguas...

«La cruz tallada en la roca por Sto. Tomás, está colocada sobre el altar mayor de la iglesia antigua, la cual fué despues embellecida por los armenios ortodoxos y cismáticos, y se llama ahora la iglesia de Ntra. Señora del Monte. Desde el momento en que los buques portugueses ó armenios la ven desde el mar, la saludan siempre con una salva de artillería. Esta cruz tiene cerca de dos piés cuadrados y como una pulgada de relieve, y los indios, ya cristianos, ya idólatras, creen que es obra de Sto. Tomás, y que al pié de esta misma cruz fué muerto de un lanzazo, que le dió un brahman gentil. Manifestar tener otros sentimientos sobre la mision y muerte de este gran apóstol, seria esponerse á la indignacion y á los resentimientos de los cristianos de toda la India, que la creen como tradicion constante.

«Tampoco puede negarse, que se verifican continuos milagros en Ntra. Señora del Monte; y en esta iglesia, como en las de Europa, en que hay imágenes milagrosas, se ven diferentes señales de la piedad de los fieles, que han sido curados de diversas enfermedades (1). Ocho dias antes de navidad, celebran los portugueses, con gran pompa, la fiesta llamada la Espectacion de la Santísima Vírgen, sucediendo frecuentemente en esta ocasion un prodigio, que contribuye mucho á la veneracion que profesan los pueblos á este lugar santo; prodigio tan averiguado, tan público, y tan examinado por los católicos y protestantes, que acuden en este dia á la iglesia, que ni aun los mas incrédulos de entre estos, pueden dudar de su exactitud, segun puede verse por los detalles siguientes, tomados de uno de nuestros misioneros, que en union de mas de cuatrocientas personas, entre las que se encontraban muchos ingleses, á quienes no hemos de suponer crédulos sobre este asunto, ha sido por dos veces testigo de estos prodigios.

«Hace cerca de siete ú ocho años, que durante el sermon de la fiesta de la Espectacion, y que la iglesia estaba llena de gente, se oyó gritar por todas partes: ¡milagro! ¡milagro! El misionero, que estaba próximo al altar, no pudo menos de repetir el grito de los demás. Efectivamente, me aseguró, que esta santa cruz, hecha de piedra tosca y sin pulimento, de un color gris que tira á negro, empezó á enrojecerse; despues se puso negra; luego tomó un color blanco sumamente brillante; se cubrió despues de manchas negras, que la ocultaban á nuestra vista, y que se disipaban por intervalos, y que por último, empezó á destilar un sudor abundante, que caia sobre el altar. Los cristianos tienen devocion en conservar paños ó lienzos empapados en esta agua milagrosa.

«El misionero, cediendo á los ruegos de muchas personas respetables, y por asegurarse mas de la verdad del prodigio, subió al altar, y empapó en el sudor de la cruz, siete ú ocho

(1) Convendria mucho que se hiciese en este lugar una distincion entre los monumentos que acreditan los verdaderos milagros, y los *ex-votos*.

pañuelos, despues de haberla enjugado antes. Es muy de notar, que esta cruz, formada de un pedazo de piedra durísimo, y en todo semejante á la roca que tiene á sus lados, destilaba el agua en abundancia, al paso que el resto de la roca permanecia completamente seco, y que el dia era sumamente caluroso por los ardores del sol. Muchos ingleses protestantes, no pudiendo negar lo que veian con sus propios ojos, visitaron el altar, y examinaron escrupulosamente todas sus partes interiores y esteriores, para averiguar si habia algo con que se quisiera sorprender la credulidad de los pueblos. Despues de muchas pesquisas inútiles, se vieron obligados á confesar, que nada habia de natural en este suceso, y que por el contrario, era sobrenatural y divino. Se persuadieron; pero no se convirtieron. Luego que cesó el sudor de la cruz, el rector de Sto. Tomás, envió un misionero al monte Chico, á fin de examinar lo que sucedia, y me aseguró, que encontró la cruz, que tambien está tallada en la roca, toda mojada del mismo modo que la hendidura en que estaba colocada.

«Hace muchos años, que no ha vuelto á suceder este prodigio en el monte Grande. Los portugueses, acostumbrados á referirlo todo á su pais, me han asegurado, que cuando ocurria este fenómeno, era presagio de que la nacion estaba amenazada por alguna desdicha, poniendo diversos ejemplos de sucesos ocurridos en el siglo pasado, y anunciados por esta cruz milagrosa.

«Hé aquí todo cuanto puede decirse con certeza sobre las maravillas de estos dos santuarios tan célebres en la India.»

Las *Investigaciones inéditas sobre la India*, se anticipan á ciertas objeciones. «Si se supone, dicen, que diversos autores hablan de traslaciones de reliquias de Sto. Tomás á otras ciudades, nosotros responderemos con Baronio, que estas ciudades han podido muy bien poseer alguna parte de los restos del santo apóstol; pero ninguna presentará títulos que destruyan los de Santo Tomé ó Meliapur. Se dice tambien, para debilitar el testimonio de los autores que hablan de la predicacion de Sto. Tomás en las Indias, que los antiguos daban este nombre á todos los pueblos orientales. Veamos las pruebas de una asercion tan estraña. Desde la espedicion de Alejandro, y por efecto de las relaciones comerciales sostenidas con las Indias, desde el tiempo de aquel conquistador hasta nuestros dias, nunca se ha considerado á la India, como si por este nombre se entendiera todo el oriente. Aun suponiendo, que hablando de una manera vaga, se haya dado algunas veces el nombre de indios á los orientales en general, no puede decirse ciertamente, que se haya hecho así, cuando se hablaba detalladamente; cuando se hacia enumeracion de los pueblos de oriente, ó se designaba de una manera particular á los etíopes, persas, circasianos, indios, etc.»

M. Coquebert-Montbret, habla tambien de la conversion de los indígenas de la India, por Sto. Tomás. «Esta opinion, dice, tiene á su favor la tradicion mas constante y el sufragio de la mayor parte de los católicos. Cierto es, que ha sido combatida por La-Croce, segun el cual, tomaron por Sto. Tomás, á un eclesiástico nestoriano, llamado Mar Tomás; pero á pesar de todo, está en boga lo primero, aun entre los protestantes, así como se ve apoyada la opinion favorable al santo, en la disertacion de M. Holemberg y en la obra de M. Claudio Buchanan, si se han de interpretar las siguientes palabras de este autor en un sentido favorable. «Estoy convencido, que hay tantas razones para creer que Sto. Tomás murió en la India, como para afirmar que S. Pedro murió en Roma.»

Ya que la predicacion y muerte de Sto. Tomás en las Indias, están atestiguadas por la tradicion y por monumentos irrecusables, recordaremos, que los hindos, que hacian el comercio con Alejandría, tuvieron con este motivo ocasion de conocer á S. Panteno, padre de la Iglesia, que estaba á la cabeza de la escuela de los cristianos, antes del año 179, y á quien rogaron los hindos, pasara á su pais, para que combatiera la doctrina de los brah-

mas, predicando la de Jesucristo. Panteno cedió á sus ruegos, dejó su escuela, y marchó á las Indias, con permiso de Demetrio, obispo de Alejandría, en 189, y el cual le nombró predicador del evangelio para las naciones orientales. Al llegar á la India, encontró destellos de la fé, que antes habia sido predicada, y vió tambien una copia del evangelio de S. Mateo, dejada en este pais por S. Bartolomé, y que se llevó consigo, luego que algunos años despues se restituyó á Alejandría.

Despues de S. Panteno, viajó por la India el obispo Museus. Este fué á Ceilan, y llegó hasta el continente. Nosotros añadiremos, que un prelado, llamado Juan, firmó en el año de 325, como obispo de la India, las actas del concilio de Nicea; que muchos religiosos venian de la India á Jerusalen en tiempo de S. Gerónimo, en 385, lo cual prueba que ya existian monasterios en aquellos paises; que el monge Cosmas encontró cristianos en la India en el siglo VI; que la ciudad de Calliana, hoy Calianapur, era entonces silla episcopal; que los sacerdotes cristianos habian levantado sus altares hasta en las playas de Ceilan, con un éxito tanto mas feliz, cuanto que el budhismo habia abolido el culto de los brahmas; y por último, que Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, en el siglo IX, remitió presentes á la tumba de Sto. Tomás, en la India.

Los discípulos de este apóstol conservaron por mucho tiempo la fé que les habia predicado, pero la doctrina de los hindos, que tenian mas comunicaciones con el Egipto y la Grecia, que con la ciudad en que Jesucristo estableció el foco de la verdad y el centro de su Iglesia, degeneró poco á poco, por sus relaciones con estos volubles orientales, sometidos á la influencia del cisma y de la heregía. Las iglesias nestorianas, establecidas en Persia, eran bastante numerosas, y estaban regidas por eclesiásticos, que á pesar de su heregía, conservaban bastantes grados de luz; y estas iglesias fueron las que enviaron sus misioneros á la India, y sobre todo á la isla de Ceilan. Los pueblos los escucharon con ciega docilidad, se sometieron á ellos, y quedaron bajo la dependencia del patriarca nestoriano. Segun Canter Wisscher, que durante cinco años ha residido en Cochin, en calidad de misionero protestante, y que asegura haber recibido sus datos del obispo nestoriano Mar Gabriel, el número de cristianos llamados en Santo Tomás, nazarini, siro-caldeos y simplemente siriacos, estaba reducido á sesenta y cuatro familias, cuando el patriarca envió, de Bagdad, de Nínive y de Jerusalen algunos individuos de ambos sexos, por medio de un comerciante llamado Tomé, acompañado de algunos eclesiásticos. Estos colonos consiguieron del soberano de Cranganor, el permiso de establecerse en su pais, de cultivar las tierras que se les concedieran, y de dedicarse al comercio. Construyeron muchas iglesias y casas, en su mayor parte tiendas de comercio, hasta el número de cuatrocientas setenta y dos. Desde el siglo IX, se multiplicaron en las montañas de Malabar y en todo el litoral.

El Malabar se estiende desde cabo Dilly al cabo Comorin, que termina magestuosamente la cadena y cordillera de Gatos. Su cima, sumamente elevada y cubierta de risueño verdor, domina á una hermosa cascada y á una llanura llena de bosques. (Pl. XI, n.º 2.) Este pais, que reune montañas tan altas, costas tan prolongadas, y tan hermosas campiñas, ofrece el golpe de vista mas variado y agradable. Se dice, que el rey de todo el Malabar, llamado Sarama Pereimal, se hizo cristiano, y marchó para Jerusalen; pero otros suponen que abrazó el islamismo, y que despues de abdicar, se fué á pasar el resto de sus dias en la Meca; pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto, que antes de partir, hizo la division de sus estados entre sus mas próximos parientes; uno de ellos, á quien profesaba particular cariño, reinó en el pais de Calicut, con el título de Samorin, al que estaba unida una especie de supremacía, sobre las demás desmembraciones del reino. Cupo en parte al segundo, el estado de Cananor, y el tercero, fué nombrado rey de Colam, con la cualidad

de gran Brammi y de Cobrisim, que equivale á sumo pontífice; pero despues los cobrisines trasladaron su residencia á Cochin, de donde aquel gefe tomó el título de rey.

El rajah Sijak Rawisti sucedió á Percimal en el gobierno de esta ciudad, el cual concedió á los cristianos de Santo Tomás numerosos privilegios, ya para estender por medio de ellos el comercio de su capital, ya para aumentar el número de sus partidarios. Se sabia que este acto solemne habia sido grabado en planchas de metal, pero desaparecieron estos preciosos monumentos, ignorándose qué habia sido de ellos, hasta que Maccaulay, inglés, residente en Travancore, tuvo la suerte de encontrarlos. En 1807, permitió á Claudio Buchanan que sacara un *facsímile*, que segun se dice, depositó este en la universidad de Cambridge, así como los de otras dos planchas del mismo género, que poseen los judíos de Cochin. Entre los privilegios concedidos á los cristianos de Santo Tomás, era uno el de permitirles tuvieran un gefe, ó como se decia en la edad media, un rey de su nacion.

Se hace mencion de uno de estos gefes, llamado Beliarte, que transmitió esta dignidad á sus descendientes; pero habiéndose estinguido su raza, pasó aquella al rey de Diamper, adoptado por el último descendiente de Beliarte, y de Diamper, al rey de Cochin, tambien por título de adopcion. Desde entonces, quedaron los cristianos de Santo Tomás privados de tener reyes de su nacion, y sometidos á los de los estados en que residian.

En cuanto á sus gefes espirituales, continuaron recibiéndolos del patriarca nestoriano, denominado de Babilonia, que residia sucesivamente en Nínive y en Seleucia, y despues, del patriarca jacobita de Nínive, prestando además obediencia á un obispo enviado ya por uno, ya por otro, y el cual tomaba el título episcopal de Augamale. Su grosera ignorancia, no les permitió distinguir los símbolos contrarios de Eutiques y Nestorio, á quienes alternativamente admitian sin comprenderlos.

Los obispos, no menos indiferentes que el pueblo y clero, se contentaban con profesar esteriormente la doctrina del patriarca que les habia sido enviado.

El P. Francisco de Sousa, Canter Wisscher, y Claudio Buchanan, dan sobre los cristianos de Santo Tomás detalles, con que M. Conquebert-Montbret ha formado un cuadro interesante. En el Malallala, que nosotros llamamos Malabar, están cubiertas las alturas de bosques de teac (*tectoria grandis*); los valles producen pimienta, canela, casia, diversas resinas y gomas aromáticas. El P. Sousa habla de Augamale, como del sitio mas notable de la cordillera de Gatos, y dice que las iglesias son bastante grandes, pero mal cuidadas y peor adornadas. Buchanan afirma, que las mas antiguas se parecen á las antiguas parroquias de Inglaterra; que están cubiertas de techos inclinados, á la europea; que sus muros son de piedra rojiza, que se endurece al aire, y que sus ventanas son todas de figura ogiva. En las principales, se ven colocados, al lado del altar, los sepulcros de los obispos. El enmaderado está descubierto en la parte interior, pero adornado; y el coro y la parte del santuario, son los únicos trozos que están construidos en forma de bóveda. Estas iglesias tienen campanas, y algunas bastante grandes, con inscripciones en lengua malabar y en siriaco; todos los individuos del clero recibian el nombre de *cassanares*; pero cuando se habla de sacerdotes y de diáconos en particular, se les da el de *cachicas* y *chomchanas*; los eclesiásticos todos, y aun los obispos, podian casarse y contraer segundas nupcias, despues de la muerte de sus mujeres. Los cristianos de Santo Tomás comian de pescado los miércoles y los viernes, y sus ayunos eran tan multiplicados como los de la iglesia griega, sin olvidar la continencia de los esposos. Uno de estos ayunos duraba tres dias, y se llamaba el ayuno de Jonás, porque este profeta, considerado como tipo del Salvador, permaneció sin comer, por espacio de tres dias, en el vientre de la ballena. Estos cristianos tomaban el viernes santo, el abysinto, en memoria de

la hiel que los judíos presentaron á Nuestro Señor. Sousa dice, que aunque pagaban tributo á los reyes del pais, no reconocian en lo espiritual ni en lo temporal, mas jurisdiccion que la de su obispo, el cual nombraba los jueces encargados de sentenciar las diferencias ó pleitos civiles, no pudiendo en la parte criminal imponer mas castigo que multas. Los sacerdotes llevaban regularmente calzoncillos muy anchos de tela blanca, que llegaban hasta la rodilla, un jubon bastante corto, y un bonete regularmente negro; iban con los piés desnudos, con una larga caña en la mano, y con un rosario de cuentas negras, pendiente del cuello.

Los cristianos de Santo Tomás no se diferenciaban en sus vestidos de los demás habitantes del Malabar, y consistian en un manto, cogido algunas veces por la cintura con un pañuelo. Los que Sousa vió en las montañas, iban desnudos hasta la cintura, vestidos de un jubon de tisú de seda, con aretes de oro y piedras preciosas, con brazaletes en el morcillo del brazo, y como signo distintivo de su religion, un rosario con una cruz de oro ó de plata; los ancianos, los célibes, y sobre todo, los que habian hecho la peregrinacion á Meliapur, que por ello afectaban una devocion particular, tenian los cabellos cortados. El vestido de las mugeres era muy honesto, y su conducta correspondia á su modestia esterior; un manto blanco ó azul, las cubria de piés á cabeza. Cuando el obispo entraba en la iglesia, iban todas las mugeres á besarle la mano con tanto órden y recogimiento, como pudieran hacerlo unas religiosas. Los matrimonios se celebraban con gran pompa: el marido ponia una cinta en el pecho de su esposa, y esta, para manifestar su consentimiento, se cubria con un velo el rostro y la cabeza, entregándose despues mútuamente algunos granos de oro. El sacerdote tomaba la décima parte de la dote, sin que percibiera otra especie de diezmo. Los hijos varones se presentaban á la iglesia á los cuarenta dias despues de su nacimiento, y las hembras á los ochenta, siendo conducidos por sus madres, las cuales no podian entrar en el templo antes de esta época. Estos cristianos tenian en general grandes pretensiones de nobleza; se consideraban como de la clase de los nairas, es decir, de los nobles, y del mismo modo que los de esta casta, jamás salian á la calle sin llevar el sable en la mano, ni se unian con los individuos de las clases inferiores, ni comunicaban con ellos, aunque hubieran abrazado el cristianismo. Aunque siempre iban armados, dejaban sus armas al entrar en la iglesia. Tan buenos y caritativos, como valientes y belicosos, trataban á sus esclavos con dulzura, y habia algunos, que al morir, dejaban sus bienes á los esclavos nacidos en sus casas. Dotados de gran inteligencia, aprendian fácilmente á escribir y hablar en diferentes idiomas, y hábiles en el manejo de los negocios, entendian bien las reglas del comercio, y especialmente el de la pimienta, que era casi esclusivamente suyo. Sus habitaciones, eran muy miserables, y estaban diseminadas en diferentes grupos, formando ciento cuarenta villas y ascendiendo á cerca de 22,000 almas, antes de la conqnista portuguesa, época en que ya poseian 127 iglesias. Necesario ha sido consignar detalladamente los hechos que acabamos de esponer; porque si las tradiciones primitivas fueron llevadas á la India por los descendientes de Noé; si los judíos se establecieron allí siete siglos antes de Jesucristo; si Sto. Tomás predicó allí el evangelio desde el nacimiento de la Iglesia, y si desde entonces, el judaismo, el cristianismo y la religion de los hindos no han cesado de estar en contraposicion, fácil será concebir que esta religion ha debido participar de las de los judíos y cristianos (1).

(1) En estas últimas líneas se halla compendiado el fundamento del juicio crítico de la naturaleza del brahamismo y demás sectas idólatras. Una mezcla confusa y monstruosa de errores, sugeridos por una imaginacion estraviada, y de doctrinas verdaderas (que todos recibieron por medio de los descendientes inmediatos de Noé, y algunos por su contacto con judíos y cristianos), aunque desfigurados, forman la esencia de todas estas falsas religiones.

A este propósito, son muy interesantes las siguientes palabras: «Casi en todas las creencias de los idolatras hay algun

CAPÍTULO V.

Religiones profesadas en los paises del mediodía conquistados por el emperador Kublai. — Religion de la China y del Tibet.

Aunque Kublai no haya estendido sus conquistas por toda la India, hemos debido hablar del brahamanismo del Hindostan, para llegar á la esposicion del budhismo, que obraba contra el politeismo de los brahmas, y que se estableció despues en todos los paises, en que el emperador mongol hizo, en una época posterior, reconocer su autoridad. Antes de decir cómo invadió la China este sistema religioso, conviene hacer notar los caractéres de civilizacion patriarcal que presenta el imperio chino.

Esta colonia, probablemente jafética, ha vivido separada de los otros pueblos del continente asiático, y en su aislamiento, se ha estendido y prosperado bajo la influencia de sus propias tradiciones, respetando con mas fidelidad sus instituciones políticas y civiles. Despues de haber entrado en relaciones con los pueblos estrangeros, ha sabido conservar el fondo primitivo en que estaban originariamente basadas su organizacion y sus costumbres. Para establecer la antigüedad de los pueblos chinos, basta recordar la lengua, la gramática, y la escritura de esta nacion singular. Efectivamente, una lengua, que ha logrado conservarse pura y sin mezcla; que no cuenta mas que un número muy pequeño de palabras radicales, todas monosílabas, no puede menos de estar en armonía con la idea que nos formamos de una lengua primitiva. El sistema gramatical de los chinos tiene tanta sencillez, y se aleja tanto de las formas gramaticales adoptadas sucesivamente por los demás pueblos, que debemos reconocer en ella un resto precioso de la primitiva civilizacion. En cuanto al sistema gráfico, los chinos no han traspasado el límite, que separa la escritura geroglífica de la escritura alfabética, y á diferencia de los babilonios, asirios, persas y egipcios, que muchos siglos antes de la era cristiana comenzaron á usar este último modo de escribir, los chinos han quedado casi en el mismo punto en que verosímilmente estaban los hombres, cuando acometieron la empresa de construir la torre de Babel.

El carácter primitivo, tan profundamente grabado en la fisonomía de la nacion china, resalta mucho mas, cuando dejando la parte material, nos fijamos mas en la moral. Remontándonos mas allá de la época que ha marcado el principio de los grandes imperios, es un hecho indudable, que en el centro del Asia, es donde se encuentran las instituciones patriarcales, únicas que conoció el género humano, instituciones que fueron el punto de partida de todas las naciones, y que rigieron durante mucho tiempo la mayor parte de las tribus que se estendieron sobre la tierra. Cuando la humanidad se encontró reducida á una sola familia, Noé, concentrando en su persona todos los poderes, se constituyó rey, pontífice y juez. La supremacía paternal, orígen de este antiguo realismo, arregló su transmision con una autoridad soberana; el

símbolo de la Trinidad. Minerva, saliendo de la cabeza de Júpiter, el Brahma, Vischnu y Siva de los indios; el Osiris, Isis y Oros de los antiguos egipcios; el Om, Ha, Hum del Tibet, etc., son una prueba incontestable de ello. Una escuela francesa, á la cual perteneció Lammenais, pretende, que la existencia del misterio de la Trinidad puede probarse por estas tradiciones, porque siendo universales (no lo son, no teniéndolas el islamismo), pertenecen al consentimiento universal de los hombres.

«Esta consecuencia es falsa y errónea. De esta y de muchas otras verdades del cristianismo, se hallan vestigios en casi todas las creencias. Así, limitándonos á la sola teogonia griega, vemos indicada la creacion del hombre en la estátua de Prometeo; el Paraiso terreno en la edad de oro; el pecado de nuestros primeros padres y sus consecuencias, en la caja de Pandora; el diluvio de Noé, en el de Dencalion y Pirra; la torre de Babel en los esfuerzos de los Titanes; la redencion, en las víctimas de sus sacrificios; la remision de los pecados, en sus oblaciones, etc. Pero esto prueba únicamente, que al dispersarse los hombres por la tierra, poseian verdaderos conocimientos religiosos, comunicados por Noé, y que por lo tanto, debian quedar algunos vestigios de los mismos al traves de los siglos, y de la supersticion y de la fábula, de sus degenerados descendientes. Conservaron estos vestigios no conociendo su significado. Propónganse á los mismos, que los conservan, el misterio de la Trinidad, el de la Redencion, etc., y se verá que los ignoran completamente. (*Mestres*, Compendio de Historia sagrada, parte 2.ª, leccion 10.)

patriarca designaba á su sucesor, que era casi siempre el mayor de sus hijos; pero su voluntad hacia ley, siempre que tenia por conveniente derogar la supremacía inherente á la primogenitura. La religion era la piedra angular de este edificio; la bendicion del patriarca moribundo, consagraba en cierto modo al que, despues de él, debia entrar en posesion de las prerogativas patriarcales. En este poder de bendecir y maldecir, cuyo ejercicio era delegado de lo alto, y ratificado en el cielo, habia una cosa infinitamente superior á la nocion del realismo moderno. Por lo demás, la religion era muy sencilla, y las costumbres recordaban, en muchos puntos, la fraternidad original de todos los hombres. La poligamia estaba admitida en estas edades, en que la propagacion del género humano, era la suprema ley; se profesaba gran respeto á los antepasados, y se honraba la memoria de los finados con un duelo solemne. El pueblo chino, que se considera como una inmensa familia, presenta precisamente el fenómeno de un régimen puramente doméstico. La administracion pública no tiene mas base, que los deberes de padre y de hijos; el emperador lleva el nombre de padre y madre del imperio; el rhig ó virey, es el padre de la provincia que manda, y el mandarin lo es de la ciudad que gobierna. El sacerdocio no ha estado nunca separado de la autoridad suprema, y el emperador, gran sacerdote de la nacion, con esclusion de otro, es el único que tiene derecho de sacrificar públicamente al cielo, porque los chinos adoran á *Tien* (el cielo) y á *Changty* (el supremo señor), palabras que en su orígen designaban quizás al Dios uno y verdadero, pero que recibieron una acepcion diversa, luego que prevaleció la supersticion. Durante mucho tiempo, han sido interpretadas por los misioneros en sentidos diferentes; unos, creyendo que estas palabras se referian siempre al Dios único y verdadero, y otros, que no eran aplicables mas que *al cielo material*, y *al espíritu del cielo*, considerado como una divinidad local. Los chinos adoran tambien, pero con un culto subordinado, á espíritus inferiores que presiden á las ciudades, á los rios, á las montañas, etc., rindiendo además culto á sus antepasados, absteniéndose de toda funcion pública, durante el duelo de los parientes, que es muy prolongado. El imperio es hereditario; el hijo mayor, nacido de la muger que lleva el título de emperatriz, sucede al padre, con preferencia á sus hermanos; sin embargo de que el padre puede designar en vida á cualquiera otro de sus hijos. Entre las analogías de las costumbres chinas y de las patriarcales, nos limitaremos á señalar el uso de la poligamia, con la circunstancia singular, de que cuando la esposa ha perdido toda esperanza de fecundidad, ella es la que elige á la compañera de segundo rango que debe dar hijos á su marido. No debemos pasar en silencio la predileccion que los chinos tienen por la agricultura, y que aseguran ser tan antigua como el imperio.

Si los hombres que, no sabiendo apreciar en su justo valor la tradicion mosáica, se entregan á hipótesis imaginarias sobre el estado primitivo de las sociedades humanas, consintieran en estudiar al pueblo chino segun estos datos, de seguro que ni tendrian la osadía de colocar en primer órden un período de embrutecimiento indefinido, como punto de partida del género humano, ni dirian, que el hombre ha pasado del estado bruto al de salvaje, de la semi-civilizacion de los bárbaros, á la civilizacion griega y romana; y dejarian de sostener, al hablar del sentimiento religioso, que este se manifestó primero por el fetichismo, de donde el hombre llegó sucesivamente á la idolatría, al sabeismo, y luego á una concepcion mas pura de la divinidad. La contemplacion del pueblo chino, que se remonta hasta los tiempos próximos á la gran catástrofe, cuya huella ha conservado la historia, y cuyos vestigios nos ofrece la naturaleza, hace que esta hipótesis sea inadmisible, y prueba, que los habitantes de la China, despues de tener una verdadera nocion de Dios, cayeron, en cuanto al dogma, en una

teoría panteista, y en cuanto á la moral, en un abismo de corrupcion (1).

Tres religiones principales son las que existen en la China; la de los Tao-sse (*Tao-Kiao*), que consideran á Lao-tseu como fundador de su doctrina; la de los letrados (*Ju-Kiao*), cuyo culto tiene por base los honores hechos á Kong-fu-tse (Confucio), y el budhismo, ó religion de Fo (*Chi-Kiao*). La cuna de Lao-tseu, que nació hácia el año de 604 antes de Jesucristo, está rodeada de inmensidad de fábulas; se dice que la madre de este filósofo le llevó en su vientre nueve veces nueve años, que vino al mundo con los cabellos blancos, y que por esto se le dá el nombre de Lao-tseu, (el niño anciano); que hácia el fin de su vida salió de la China y viajó por los paises lejanos del occidente. «Sabemos por un testimonio digno de fé, dice Abel de Remusat, que vino á Bractriana, y no es imposible que llegase á la Judea y aun á la Grecia. La existencia de un chino en Atenas, ofrece una idea repugnante á nuestras opiniones, ó por mejor decir, á nuestras preocupaciones sobre las relaciones de las naciones europeas. Creo, sin embargo, que debe uno acostumbrarse á estas singularidades, no porque pueda demostrarse, que nuestro filósofo chino haya penetrado hasta la Grecia, sino porque nada destruye la posibilidad de que él ú otros vinieran en la misma época, y que los griegos los confundieran con el nombre de estos escitas ó hiperbóreos, que se hacian notar por su cultura y por la elegancia de sus costumbres. Cuando uno se detiene esclusivamente en la investigacion de los hechos, apenas se concibe, que el deseo de saber pudiera ser el móvil de viages tan penosos; pero esta era la época de los viages filosóficos, en que se arrostraba todo por ir en busca de la sabiduría. El amor á la verdad, hacia entonces á los hombres acometer empresas, que no hubiera arrostrado el deseo de adquirir riquezas. En estas lejanas escursiones, se descubre algo de novelesco, que nos las presenta como increibles; porque apenas podemos imaginar, que en tiempos, en que tan atrasada estaba la geografía, hubiera filósofos que impulsados por una laudable curiosidad, dejasen su patria y recorrieran, atravesando mil obstáculos, paises desconocidos y partes considerables del antiguo continente, lo cual pudiera inducirnos á creer, que los obstáculos no eran tan grandes, ó las regiones no tan desconocidas. La hospitalidad, que es la virtud de los pueblos bárbaros, dispensaba á los viageros de mil precauciones, que son necesarias entre nosotros, y la religion favorecia esos viages, que no eran, en cierto modo, mas que una larga peregrinacion de templo en templo, y de escuela en escuela. El comercio ha tenido siempre sus caravanas, y en el Asia se han conocido, desde la mas remota antigüedad, caminos trazados que se han seguido hasta que el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza, cambió la direccion de los viages. En una palabra, se ha creido que las naciones civilizadas del antiguo mundo, estaban mas aisladas y en menos comunicacion de lo que realmente sucedia, y es porque nos son desconocidas sus relaciones recíprocas; así atribuimos á ignorancia suya lo que es un resultado de la nuestra.» Estas juiciosas observaciones, esplican el modo con que la tradicion primitiva, destruida por la idolatría, en diferentes pueblos, pudo reanimarse en ellos, por las comunicaciones con la Judea.

Lao-tseu, pudo finalmente adquirir muchos de sus conocimientos, de los judíos de las diez tribus, dispersos en el Asia, por las conquistas de Teglath-Phalassar, anteriores al año 730, y por las de su hijo Salmanasar, en 719, antes de Jesucristo. El abate Sionnet, no encuentra dificultad en decir, que la accion del filósofo y de sus sectarios sobre sus compatriotas, fué un ensayo de purificacion de las doctrinas materialistas de la China, ensayo inspirado por el judaismo y ejecutado bajo su influencia. Esta proposicion está apoyada en un triple hecho: 1.°, que los mas antiguos fragmentos de los chinos, no contienen nada que se aproxime á la doctrina de los libros santos; 2.°, que no se encuentran rasgos de semejanza con

(1) Véase la nota final del capítulo IV.

esta doctrina mas que en autores que han escrito doscientos años despues de la dispersion de las diez tribus, y 3.°, que todos estos autores han pertenecido á la secta de Lao-tseu. Este filósofo eleva la cadena de los seres al que él llama *Uno*, despues á *Dos*, despues á *Tres*, quienes, segun dice, han hecho todas las cosas. Platon adoptó posteriormente este dogma, que temió comunicar á los profanos; pero Lao-tseu no se anduvo en rodeos, y lo que mas claro hay en el *Libro de la razon y de la virtud*, en que espone su doctrina, es la formacion del universo, por un Dios trino, siendo muy de notar, que dá á este ser el nombre hebreo algo alterado, esto es, el mismo nombre con que nuestros libros santos designan *al que ha sido*, *al que es*, *y al que será*, Jeho-Vah (J. H. V.), hecho que no permite dudar de las relaciones del filósofo chino con los judíos. Lao-tseu admite por primera causa á la *Razon*, ser inefable, increado, que siendo tipo del universo, no tiene mas tipo que á sí mismo; considera las almas humanas, como emanaciones de la sustancia etérea, á la que se reunen por su muerte, y rehusa á los malvados la facultad de entrar en el seno del alma universal. La perfeccion, segun él, consiste en no tener pasiones, para contemplar mejor la armonía del universo; su filosofía respira dulzura y benevolencia; solo aborrece á los hombres violentos y de corazon duro. Lao-tseu recibió la visita que le hizo Kong-fu-tse, á quien hechó en cara su adhesion por las máximas de los antiguos chinos. Del mismo modo que ha sucedido á otros fundadores, no pudo prever la direccion, que discípulos indignos darian á sus opiniones despues de su muerte, ocurrida en 523. El estado pasivo, el estado perfecto del alma, á que querian llegar estos discípulos, estaba turbado sin cesar por el temor de la muerte, y publicaron que podia inventarse un brevage que haria inmortales á los hombres. El deseo de librarse de la tumba, atrajo á la nueva secta una multitud de partidarios, 140 años antes de Jesucristo. Los hombres opulentos, los grandes, las mugeres sobre todo, y todos aquellos, que estaban mas apegados á la vida, abrazaron la religion de *Tao-sse*. La práctica de los sortilegios, la invocacion de los espíritus, el arte de adivinar los sucesos futuros, hicieron rápidos progresos en todas las provincias; los emperadores mismos dieron el ejemplo en su corte, y se vió inundada esta de una multitud de doctores, á quienes se dió el título de *thien-sse* (doctores celestes). Esta secta se propagó en Cochinchina, en Tong-King y en el Japon.

Lao-tseu habia fundado su doctrina sobre los impulsos primitivos de la inteligencia humana, y por la forma de su enseñanza, llegó á ser en la China el padre del racionalismo; pero Kong-fut-se, contemporáneo suyo, en vez de ayudar á este filósofo á romper el hilo de las tradiciones chinas, se empeñó en reanudarle. Así es, que este, cuando perdió á su madre, obedeciendo á las leyes antiguas, ya casi olvidadas, y que prohibian á los hijos el ejercicio de todo empleo público, despues de la muerte de sus padres; cesó de desempeñar las funciones de mandarin, y practicó los antiguos ritos funerarios, que la nacion adoptó de nuevo, siguiendo su ejemplo. En estos honores hechos á los antepasados, se distinguen, el culto solemne, y el culto sencillo. Las ceremonias del culto solemne, tienen lugar en tres épocas distintas: 1.°, antes de la sepultura, y cuando el cuerpo está todavía espuesto; 2.°, cada seis meses, en la sala particular de la casa, llamada *sala de los antepasados*; 3.°, al principio del mes de mayo de cada año, en las tumbas colocadas fuera de las poblaciones, y no pocas veces en las montañas. Llegado el dia del sacrificio, se reune la familia, cuyo gefe, asistido de muchos criados, elige y prepara la víctima. En seguida, se aproxima respetuosamente á las mesas en que se cree que ha de venir á reposar el espíritu de cada difunto, y prosternado, del mismo modo que todos los asistentes, las inciensa repetidas veces. Durante el tiempo de la ceremonia, se queman perfumes delante de las mesas de los antepasados á quienes se dirige, para mani-

festarles, que esperan de ellos, favores y prosperidades temporales. La asamblea se prosterna y se levanta por tres veces, luego que el maestro de ceremonias evoca á los espíritus, para que vengan al seno de la familia y acepten sus dones. Despues invita tambien al sacrificador, para que haga postraciones delante de los espíritus, cuya presencia anuncia, y á quienes aun hay que ofrecer el vino (líquido preparado con arroz) y las viandas del sacrificio. Un criado presenta el vino al sacrificador, el cual le derrama sobre una figura de forma humana, dispuesta de antemano, y la concurrencia se hinca cuatro veces de rodillas; entonces se ofrece la cabra y demás viandas, que se ponen sobre las mesas, el sacrificador levanta el vaso lleno de vino, y bebe este licor, «prenda de todos los bienes y de todas las prosperidades.» La reunion se arrodilla otras tres veces, los criados llevan las mesas á su lugar ordinario, y las cubren con un velo de seda. Las viandas se distribuyen entre los concurrentes, y el maestro de ceremonias asegura en alta voz, que el sacrificio hará benévolos á los antepasados, y que todos los que le han ofrecido alcanzarán gracias temporales; esta seguridad es tambien ratificada por el sacrificador. Ultimamente, queman una cantidad de papel cortado en forma de moneda, y preparado antes fuera de la sala, porque segun los chinos, el uso del dinero, es tan necesario en el otro mundo como en este, y creen subvenir por este medio á las necesidades de los muertos, para quienes, segun dicen, se convierte el papel en moneda verdadera. El culto simple, de que nos resta hablar, consiste en colocar en las casas, tablillas con el nombre del difunto, cuyo espíritu creen reposa en dicho sitio, y á quien ofrecen súplicas y sacrificios en las épocas marcadas en los rituales, practicando lo mismo, al tiempo de los funerales sobre los sepulcros, y en los dias reputados mas propicios.

Kong-fu-tse no se limitó á los ritos funerarios, que, segun hemos visto, constituyen una verdadera idolatría; emprendió restaurar todos los usos antiguos, de cuya práctica dependian las virtudes políticas y sociales, y puso en órden los seis *king*, libros sagrados, que contenian los mas antiguos monumentos escritos de la China. La palabra *king*, significa un libro, que contiene una doctrina emanada de un orígen infalible y sin defectos, doctrina que no puede sufrir mudanza alguna. Todas las sectas chinas tienen sus *kings*; pero no hablaremos aquí mas que de los siguientes, que pertenecen á la secta literaria ó Ju-kiao, á saber: **1.°**, el Y, á que se refieren los demás, como la rama de un árbol á su tronco; 2.°, el *Chu*; 3.°, el *Chi*; 4.°, el *Li*; 5.°, el *Yo*; 6.°, el *Tchun-tsieou*. *El Li*, (libro de los ritos), y *el Yo*, (libro de la música), son los libros que han perecido.

El *Y-king* ó libro canónico de las mudanzas, dice el padre Visdelou, jesuita, es como la enciclopedia de los chinos, pudiendo sin embargo reducirse sus materias á la metafísica, á la física y á la moral. En la metafísica habla muy superficialmente del primer principio. Allí se lee, que *Taiki* ha engendrado dos efigies *Yan* é *Yn*; estas dos efigies han engendrado cuatro imágenes, y estas, los ocho trigramas; enigma interpretado por los filósofos, en sentido de que *Taiki*, la razon primitiva, engendró el cielo y la tierra, estos, los cinco elementos, y estos otros, en fin, á todas las cosas. El *Y-king*, se estiende mas sobre la física, pero no contiene mas que ciertas nociones generales, y en cuanto á la moral, nada olvida de lo que pertenece á la vida del hombre, considerado como individuo, como padre de familias y como hombre de estado. Es además el libro de las suertes, y como tal, ha servido para las predicciones desde la mas remota antigüedad; porque Kong-fu-tse, no solo aprueba las suertes, sino que enseña el modo de deducirlas. Este filósofo ojeaba sin cesar *Y-king*, y deseaba ver su vida prolongada, para adquirir un conocimiento perfecto de este libro, que enriqueció con comentarios, divididos en diez capítulos, á los cuales se llamó, las diez alas con que el *Y-king* volaria á la posteridad.

El *Chu-king*, que comprende la historia antigua de la China, es un libro de moral. Kong-fu-tse tuvo por principal objeto, el conservar los principios del antiguo gobierno y las máximas fundamentales de la moral política, reuniendo en una misma obra los discursos y las reglas de conducta de los emperadores, de los ministros y de los filósofos mas antiguos. El *Chi-king*, es una coleccion de canciones usadas en los diferentes reinos de la China, que tenia entonces muchos reyes tributarios del emperador. El *Tchun-tsieou*, comprende los anales del reino de Lu, patria de Kong-fu-tse, desde el año 712, antes de Jesucristo, hasta la muerte de este filósofo, ocurrida hácia el año 479.

La admiracion de Kong-fu-tse por la teoría panteista del *Y-king*, nos hará leer sin sorpresa estas palabras del padre Longobardi, jesuita: «En el libro llamado *Kialu*, se dice, que Confucio, queriendo en una ocasion librarse de la importunidad de sus discípulos, que no cesaban de preguntarle sobre los espíritus, sobre el alma racional, y sobre lo que sucede despues de la muerte, resolvió darles una regla general, que fué el raciocinar y disputar cuanto quisieran sobre las cosas comprendidas en las seis posiciones, es decir, que son visibles ó están en el mundo visible, con tal que sus disputas no diesen márgen á las dudas; pero en cuanto á las cosas que no están en esas seis posiciones, quiere que se les deje tal y como están sin disputar sobre ellas, ni aspirar á profundizarlas.» Esto era lo mismo que reducir á los letrados chinos á no pensar mas que en las cosas palpables, y á ponerlos en peligro de incurrir en el ateismo.

El respeto hácia Kong-fu-tse, restaurador de la doctrina tradicional de los chinos, llegó á ser tal en este pueblo idólatra, que se le erigieron templos públicos, en los que, en la primavera y otoño de cada año, se le ofrecia un sacrificio solemne, á que debian concurrir el mandarin de cada ciudad y los letrados de su distrito. El llamado á presidir el sacrificio, debia prepararse desde la víspera con el ayuno y la continencia. Sobre mesas dispuestas al efecto, se colocaban las telas que debian quemarse, y los frutos, arroz y otros objetos que debian servir para ofrenda en el dia siguiente. El nombre del filósofo, escrito sobre una tablilla, estaba colocado sobre un altar, ricamente adornado con telas de seda. El encargado de desempeñar las funciones de sacerdote, preparaba delante del templo, un lugar rodeado de cirios y braseros con perfumes, y él era el que examinaba los puercos y demás animales que habian de ser inmolados. Derramaba vino caliente en las orejas de estos mismos animales, admitia como propios para el sacrificio, á los que sacudian la cabeza, y desechaba á los demás. El sacrificador hacia en seguida una inclinacion profunda; se inmolaba un puerco á su presencia, y volvia á prosternarse; por último, se raia la piel de la víctima, se cogian sus intestinos, y se guardaba su sangre para el dia siguiente. Al cantar el gallo se dá la señal. El sacrificador y los servidores, se dirigen al templo, donde cada uno escribe sobre un papel, cortado en redondo, caracteres chinos, invitando al espíritu de Kong-fu-tse á que venga á recibir las ofrendas preparadas. El sacrificador se lava las manos, enciende los cirios, echa perfumes en los braseros, los músicos empiezan á cantar, y el maestro de ceremonias pronuncia estas palabras: «Que se ofrezca la sangre y el pelo de los animales muertos.» El sacrificador, levantando sobre el altar la fuente en que está esto colocado, sale procesionalmente, llevándola en sus manos, para hacer la ofrenda en el recinto preparado delante del templo, en cuyo lugar se descubren las carnes de las víctimas. El maestro de ceremonias grita de nuevo: «Que descienda el espíritu de Kong-fu-tse,» y el sacrificador derrama el vino sobre una imágen de forma humana, dirigiendo una súplica al espíritu del gran maestro, despues de haber tomado la tablilla colocada sobre el altar; en cuyo acto se arrodillan y levantan sucesivamente los asistentes. El sacrificador, despues de haberse lavado otra vez las manos, recibe el vino que le presentan en un vaso y



un pedazo de seda en una fuente; se aproxima al trono de Kong-fu-tse, se arrodilla, y ofrece el vino y la pieza de seda, levantando ambas manos. Despues se quema el pedazo de seda, y el sacrificador dirige algunas preces á Kong-fu-tse, para que acoja las ofrendas favorablemente. El sacrificador, dice entonces: «Poneos de rodillas, sacad de vuestro pecho la tablilla de marfil, aproximaos al trono de Kong-fu-tse y bebed el vino de la felicidad,» y todos beben. Uno de los servidores pone en sus manos la carne del sacrificio, y despues de haber sido ofrecida, se distribuyen á los concurrentes las demás ofrendas consagradas. (Pl. XVII, n.º 1.) Además de este culto solemne, rendido á Kong-fu-tse, se disponian otros honores, á que se daba el nombre de culto simple, por los mandarines, al entrar en el desempeño de las funciones de su cargo, y por los letrados, al tiempo de recibir sus grados. Los mandarines gobernadores de las ciudades de las tres primeras clases, iban á saludar y á incensar la imágen de Kong-fu-tse, así como la de *Ching-hoang*, espíritu protector de la ciudad. Cada virey ó mandarin que por primera vez se presentaba en público, iba por la mañana á incensar y adorar la imágen de Kong-fu-tse, al mismo tiempo que la del espíritu de las murallas de la ciudad; despues de lo cual, hacia juramento de portarse con arreglo á los principios de la justicia y de la equidad. Los letrados practicaban las mismas ceremonias, al tiempo de recibir sus grados.

No nos proponemos esponer los vestigios de los dogmas revelados, relativos á *Dios uno y trino*, al *estado de la inocencia*, al del *pecado* y *á la naturaleza reparada por medio de los sufrimientos de un hombre-Dios*, vestigios introducidos en los libros chinos, ya por la enseñanza de los patriarcas, como han creido los jesuitas, ya por las comunicaciones posteriores con los judíos, como opina el abate Sionnet; solo diremos que el mismo Kong-fu-tse ha repetido muchas veces en sus escritos, que debia nacer al occidente un santo, á quien los justos esperaban hacia mas de tres mil años; un santo, el mayor de los santos. «Vasto y estenso, dice, como el cielo; profundo como el abismo; será respetado por todo el pueblo, todo el mundo creerá en su palabra y todos aplaudirán sus acciones, su nombre y su gloria se estenderán por todo el imperio, se difundirá entre los bárbaros del norte y del mediodía, por todas partes en que anden carros y donde arriben buques, donde quiera que puedan penetrar las fuerzas del hombre, en todos los lugares que el cielo cubre y que la tierra tiene, en todos los sitios iluminados por el sol y la luna, y fertilizados por el rocío y la escarcha. Le honrarán y amarán todos los seres que respiran y tienen sangre; él es igual á *Tien* (el cielo)» ¿No es esto, pregunta el abate Sionnet, un eco débil pero fiel del lenguage de los profetas? ¿quién sino los judíos podian haber enseñado á Kong-fu-tse el lugar del nacimiento del salvador, y la gloria reservada á su nombre? Quizá desde el siglo séptimo, anterior á la era cristiana, existian judíos en el mediodía de este imperio, y esto sin tener en cuenta las relaciones establecidas fuera de la China, entre muchos chinos é israelitas, á quienes Dios dispersó entre las naciones, para darlas á conocer su nombre y preparar los caminos del Mesías. Muchos de estos judíos ó *Tia-kin-kiao* fueron colocados en los primeros puestos militares, y aun hubo algunos que llegaron á ser gobernadores de provincia, ministros de estado, bachilleres y doctores. Estos mensageros de la verdad no faltaron á su mision, y «hablaron tan alto, segun el abate Sionnet, que el año 65 de nuestra era, el emperador Ming-ti envió al Si-yu (al occidente) una embajada para buscar al santo, que debia haber aparecido en el Thiant-cho (territorio del occidente). Estos embajadores encontraron en el pais de los Yue-chi, dos *cha-men* (budhistas), ó religiosos de *Fo* (Sakyamuni); y creyendo, que el dios que estos adoraban era el objeto de su viage, los llevaron consigo. El emperador y sus cortesanos reconocieron que la doctrina de estos cha-men, no era la del santo que les habia

sido anunciado: abandonaron á estos impostores, y el príncipe de Tchu fué el único que se declaró partidario suyo, pero ya no se trató mas del Dios recien nacido, ni de mandarle otra embajada, contentándose Ming-ti con recomendar á sus súbditos el estudio de los *kings* y otros libros sagrados. ¿Quién no reconocerá en esta indicacion del lugar y de la época del nacimiento del Salvador, la enseñanza de los judíos, hermanos de aquellos que pocos años antes instruian, en el mismo Thian-tcho, á los Magos, conducidos á Jerusalen, por semejante comunicacion, y por un aviso particular del cielo, de que habian pasado los tiempos señalados por los profetas y que el Mesías debia nacer en Bethlen?

Hemos probado que el apóstol Sto. Tomás evangelizó la India, y la tradicion asegura, que llevó tambien á la China la antorcha del cristianismo; hecho fundado en la mencion que de esto se hace en el breviario caldeo de la iglesia de Malabar. El cánon del patriarca Teodosio habla del metropolitano de la China, cualidad que formaba parte del título episcopal del prelado, que gobernaba la cristiandad de Cochin, cuando los portugueses llegaron á las costas de Malabar. Además de esto, Arnobio cuenta á los Seros, habitantes de Tangut, entre los pueblos que en su tiempo abrazaron la fé. Sin embargo, la primera predicacion del cristianismo en la China, atestiguada con monumentos, es la de O-lo-pen en 635, el cual vino del gran Thsin, es decir, del imperio romano, segun la denominacion china, ó de la Judea, segun la aplicacion contenida en la inscripcion hallada en 1625 en Si-gan-fu, ciudad de la provincia de Chen-si. El nombre de O-lo-pen, tal y como los chinos nos lo han trasmitido, parece atestiguar un orígen siriaco, y de Guignes veia en las dos primeras sílabas el nombre de Eloho, Dios, en siriaco. El emperador Thai-tsung, fundador de la dinastía de los Thang, envió á sus oficiales cerca del misionero, hasta un arrabal occidental de Si-gan-fu, capital del imperio, á los cuales alojó en su palacio, mandando traducir al chino los libros santos que O-lo-pen habia llevado. El emperador, despues de haberlos examinado, creyó que la doctrina era buena, y que podia publicarse, y en la inscripcion está citado el decreto dado con este motivo. No usa del lenguaje de una persona verdaderamente convertida al cristianismo, sino del de un filósofo chino, dispuesto á creer que todas las religiones son buenas segun los tiempos y los lugares. Este modo de pensar, que la historia atribuye efectivamente á Tahi-tsung, debe unirse á otras señales de autenticidad contenidas en la inscripcion. El emperador permite en ella, que en el arrabal de Yining se erigiera un templo á la manera de los del gran Thsin, es decir, una iglesia, para cuyo servicio nombró á veinte religiosos ó sacerdotes. El número de las iglesias, y el de las personas que abrazaron la ley del gran Thsin, se aumentó bajo los sucesores de Thai-tsung por los cuidados de los sucesores de O-lo-pen. No puede dudarse que este último fundó una cristiandad en la capital del imperio chino, y así lo atestigua de una manera irrecusable la inscripcion de Si-gan-fu, en la que se encuentra la historia de esta cristiandad, desde la llegada de O-lo-pen, en 635, hasta el año 781, época de la inscripcion. Voltaire quiere á todo trance hallar defectos en este monumento, y aun se ha acusado á los jesuitas de haberle supuesto, pero Abel de Remussat ha probado su autenticidad de la manera mas sólida. La piedra, que tiene diez pies de altura, sobre cinco de ancho, fué encontrada por operarios chinos, al sacar los cimientos de una casa particular; el gobernador la colocó en un pedestal de un templo próximo, habiéndose sacado facsímiles de todos los caractéres de la inscripcion, y héchose de ella un grabado, que se conserva en la biblioteca real de Paris. (Pl. XVII, n.° 2.)

Los sacerdotes cristianos tomaron el nombre y probablemente tambien el traje de los *bonzos*, ó sacerdotes budhistas de la China, quienes, despues de su entrada fraudulenta en este imperio, año 65 de Jesucristo, hicieron en él rápidos progresos.

Sakyamuni previno las persecuciones contra sus sectarios y rompió el monopolio hereditario de los brahmas, formando su sacerdocio de individuos de todas las castas. Las persecuciones sin embargo fueron tan violentas en el siglo v que el Budha, hijo de un rey de Mabar en la India meridional, salió del Hindostan para no volver mas, y fué á fijar su residencia en la China. En esta época llamaban *Bodhidharma* á Dios, y los chinos, le nombraron Tamo. El budhismo, proscripto en el pais que le vió nacer, perdió insensiblemente el mayor número de sus partidarios, al paso que aumentó rápidamente las filas de los suyos en la China, Siam, Tong-King y el Japon, que fueron su patria adoptiva. La religion de *Fo*, designacion china de Sakyamuni, de tal manera fué admitida en la China, en union con las de Tao-sse y la de los letrados, que las estátuas de *Fo*, de Lao-tseu, y de Kong-fu-tse, fueron colocadas en un mismo altar, y honradas con un culto mismo en los templos de la union de estas tres sectas. Las tres divinidades estaban de pié, cogidas por la mano, y Kong-fu-tse estaba en medio de las otras dos. Sobre la puerta de estos templos se leia esta inscripcion: *San-kiao-tang*, es decir. «Santuario de las tres leyes y de los tres legisladores.» Los patriarcas budhistas, una vez establecidos en la China, recibieron diferentes títulos, y entre otros los de *grandes maestros*, y *príncipes espirituales de la ley*, cuyo orígen se remonta al año 706. Los príncipes mongoles que abrazaron el budhismo, siguiendo el ejemplo de los emperadores chinos, admitieron en su corte, como directores de conciencia y gefes de negocios espirituales, á los *maestros del reino*, que se preciaban de estar animados por los espíritus divinos, aunque subordinados al Budha viviente. La existencia precaria y dependiente de los patriarcas del budhismo, se prolongó en la China hasta el reinado del emperador Kublai.

El rey del H'lassa, en el Tibet, pais donde tambien penetró el budhismo, hácia el año 65 de Jesucristo, envió en 632 á su primer ministro al Hindostan para estudiar allí la doctrina de Sakyamuni; erigió en H'lassa el templo principal, estableció conventos, y fundó escuelas en los mejores sitios. Cuando en 1260, resolvió Kublai elevar al Budha viviente al rango de los reyes, siendo un tibetano el primero que se vió honrado con esta dignidad, se le asignaron para su dominacion los territorios del Tibet; y la palabra *lama*, que en su lengua significa sacerdote, empezó á adquirir cierta celebridad. La fundacion de la gran silla *lamaica* de Pontala, no tiene otro orígen mas que esta circunstancia fortuita, ni se remonta tampoco á una época mas atrasada. Así se destruyen las suposiciones de Voltaire, de Volney, de Bailly y de Langles, que de la semejanza de algunos símbolos esternos del culto de los lamas, con las formas del católico, dedujeron que el cristianismo habia descendido de las montañas del Tibet; hipótesis que implicaba la alta antigüedad del pontificado y de las prácticas lamaicas, siendo así que, por el contrario, las instituciones de los lamas habian sido calcadas sobre las nuestras. La presencia simultánea de los sacerdotes cristianos establecidos por O-lo-pen y de los patriarcas budhistas en la capital de la China, hasta que una persecucion suscitada por los bonzos destruyó esta cristiandad; el establecimiento de los sacerdotes nestorianos en todas las partes de la Tartaria próximas al Tibet, anterior á la época en que los patriarcas budhistas se fijaron en este pais; los viages, en fin, de los misioneros católicos enviados por el papa y por el rey de Francia, misioneros, que llevaban consigo ornamentos y celebraban las ceremonias de la religion á presencia de los gefes mongoles, dieron ocasion á los budhistas para que admiraran todo el aparato del culto cristiano; católicos, cismáticos, idólatras y musulmanes, todos vivian confundidos en la corte de los emperadores mongoles. Los tártaros abrazaban fácilmente la fé, pero con la misma facilidad renunciaban á ella, para volver á caer en la idolatría. Habiendo sido fundada en el Tibet, y en medio de estas variaciones, la

nueva silla de los patriarcas budhistas, no es de estrañar, que interesados en aumentar el número de sus sectarios, y ocupados con este fin en dar mas magnificencia á su culto, se apropiasen algunos usos litúrgicos, algunas de esas pompas cristianas, que atraian á la multitud; ni que introdujeran, en su organizacion y en su gerarquía, algo de las instituciones del occidente, que los misioneros les daban á conocer, y que las circustancias les movian á aceptar. La coincidencia de los lugares y de las épocas, autoriza esta conjetura, que convierten en demostracion, infinitas particularidades. Los budhistas y mongoles, no imitaron solamente el culto cristiano, puesto que la vida de Sakyamuni, tal como nos la ha dado Klaproth, segun sus libros, es, en muchos de sus lugares, una asimilacion del evangelio.

CAPÍTULO VI.

Predicaciones y muerte gloriosa de varios misioneros de las órdenes de Sto. Domingo y de S. Francisco.

En tanto que Kublai estendia por el oriente sus conquistas, se dejaban sentir en el Asia occidental los efectos de la division del imperio mongol, resultando de esto un cambio favorable en las relaciones de los tártaros de la Persia con los francos. El primer misionero, que encontró un gefe mongol, corrió los mayores peligros, puesto que este quiso desollarle, y enviar su piel llena de paja al *apóstol*, es decir, al romano pontífice. Los diversos misioneros, enviados por S. Luis, habian sido tratados con menos barbárie, aunque recibidos con orgullo. Las victorias obtenidas por los mamelucos, cambiaron estas disposiciones.

Los padres predicadores, que evangelizaban á Damieta y territorios inmediatos, perecieron en 1261, víctimas de la crueldad de los musulmanes. Estos doscientos confesores de la fé, fueron precursores gloriosos de ciento noventa dominicos, que ejerciendo el apostolado en Hungría, Bosnia y Dalmacia, murieron en estos paises, martirizados por sus habitantes.

Bibars, sultan de Egipto, tomó á los cristianos el castillo de Safet, en 24 de junio de 1265, y con menosprecio de la capitulacion, hizo saber á la guarnicion, que optára entre el islamismo y la muerte. Los franciscanos, Santiago de Podio, y Jeremías, animaron á los cristianos, para que prefirieran el martirio á la apostasía; y en efecto, los valerosos confesores de Jesucristo, en número de mas de seiscientos, presentaron sus cabezas á las cimitarras de los mahometanos. El tirano, para castigar á los franciscanos, por haber fortificado á estos héroes en la fé, los hizo desollar vivos, así como al prior de los templarios; en seguida se les apaleó, y conducidos al lugar en que los otros habian sido decapitados, recibieron allí la misma corona del martirio y con el mismo suplicio (Pl. XVI, n.º 1.)

El año 1268, se apoderó Bibars de muchas ciudades de Siria, y hasta de Antioquía, en cuya última ciudad habia dos conventos de dominicas y franciscanas. El patriarca, que era de la órden de predicadores, reunió á todas las religiosas en la casa de las hijas de Sto. Domingo, tan pronto como tuvo noticia de la aproximacion de los infieles, creyendo ponerlas así mas fácilmente al abrigo de los insultos, pero inculcándolas el designio de sufrir la muerte antes que sucumbir á impuros ultrages; inspiradas por el Espíritu Santo, resolvieron desfigurarse cortándose la nariz, para librarse de este modo de los peligros que amenazaban á su pudor. Los bárbaros al verlas, cambiaron su lúbrica pasion en furor, y las sacrificaron sin piedad. (Pl. XVI, n.º 2.) El patriarca, por su parte, revestido de pontifical, se prosternó delante del altar mayor de su iglesia, para encomendar á Dios á su pueblo, y allí fué degollado por los musulmanes con otros cuatro dominicos. Todos los franciscanos, que se encontraban en los conventos de la ciudad y de la montaña Negra, vieron sus iglesias destruidas, y fueron hechos cautivos; y mas de doscientos dominicos de la provincia de Tierra santa, fueron tambien martirizados en el curso de aquel año.

Fray Guido Longimel, dominico de gran



santidad, y lleno de celo por la salud de las almas, anunciaba el evangelio á los mahometanos, y recibió, con otro compañero suyo, la corona del martirio, en 1270, época de la cruzada de S. Luis contra Túnez (1). Fray Raimundo Martin, residente en el convento que los dominicos tenian en esta ciudad, hombre muy versado en las lenguas árabe y hebrea, habia procurado la conversion de muchos musulmanes, y habia escrito una vigorosa refutacion del Alcorán. El gefe mahometano de Túnez, no le estimaba menos que los reyes de Francia y Jaime de Aragon. Este favor dispensado por Mohamed á un predicador del evan-

(1) Algunos historiadores franceses cuentan, que el rey D. Jaime de Aragon, fué convocado para esta jornada, y que para el apresto de su armada, le anticipó el rey de Francia, 30,000 marcos de plata, y alguna gente el rey de Castilla, su yerno; pero que habiéndose embarcado él mismo, y sufrido una horrible tormenta, se vió precisado á regresar á Barcelona, cumpliendo despues su empeño, con enviar algunas tropas auxiliares. No falta escritor estrangero, que se propase á injuriar la buena memoria de aquel ilustre monarca, atribuyendo á una pasion criminal y vergonzosa, el regreso á sus estados, y la mudanza del propósito de ir á la Tierra santa, con el pretesto de que conocia no era agradable á Dios este viage, y que le dispensaba de hacerlo, oponiéndole tantos obstáculos y contradicciones. Hallamos en esta narracion, tan confundidos unos hechos, y tan equivocados otros, por ignorancia, ó por malicia, que hemos creido conveniente ilustrar esta parte de nuestra historia, con presencia de algunos diplomas y documentos inéditos, tomando el asunto desde tiempo anterior, para dar mejor á conocer la conducta noble y generosa del rey D. Jaime, respecto á las cruzadas de ultramar. No pudo auxiliarlas en los primeros años de su reinado, segun el espíritu de aquel tiempo, por lo mucho que le ocuparon los negocios de su reino, y la conquista de Mallorca. Resuelto despues á hacer la guerra á los moros del reino de Valencia, publicó en Monzon, el año de 1232, la bula de la cruzada, otorgada por el papa Gregorio IX, á todos los que saliesen cruzados á esta jornada para el año inmediato. Con este llamamiento y aliciente, concurrieron muchos caballeros y gente de Granada, de Aragon y Cataluña, de quienes hacen honrosa mencion nuestros historiadores, con cuyo auxilio, sitió D. Jaime á Valencia, obligando á Zayen, rey moro de aquella ciudad, á capitular, firmando un tratado en 28 de setiembre de 1238, por el que le cedió además, todo el territorio, desde el Júcar, para levante. Asi pudo el rey de Aragon, entrar triunfante con su ejército en la ciudad, el 9 de octubre, dia de S. Dionisio, segun antigua tradicion, y continuar en los años siguientes la conquista y reduccion de lo restante de aquel reino. Apenas habia descansado de tan gloriosas fatigas, cuando ya comenzó Inocencio IV á instarle para que contribuyese con sus fuerzas á la reconquista de la Tierra santa, concediendo indulgencia plenaria, á todos los vasallos suyos que coadyuvasen á esta empresa, como consta del breve espedido por aquel papa á 25 de enero de 1245, año segundo de su pontificado; pero otras atenciones muy graves, ya domésticas, ya de sus súbditos, y ya de los príncipes comarcanos, que le ocuparon de continuo en los años sucesivos hasta el de 1266, en que verificó la conquista de Murcia, no le dejaron por entonces acudir á aquel llamamiento. Entre tanto, su hija tercera, la infanta doña Sancha, pasó en peregrinacion á visitar los Santos lugares, el año de 1251, y murió en el hospital de S. Juan de Jerusalen, habiendo residido en él mucho tiempo, en trage desconocido, sirviendo á los enfermos con indecible caridad y amor.

Ni del corazon de su padre, faltó jamás el ánimo de verificar aquella empresa, como lo manifestó, cuando supo el buen recibimiento que habian tenido sus embajadores del soldan de Babilonia, con cuya amistad y auxilio contaba para llevarla á efecto; y con iguales miras habia enviado á Juan Alarich, con embajada al gran Kan, emperador de los tártaros, para entender su voluntad y determinacion, acerca de la conquista de Jerusalen, y certificarse de su poder y forma que tenia en esta jornada. Resolvió al fin ejecutarla, hallándose en Toledo, á fines de 1268, para asistir á la primera misa de su hijo el infante D. Sancho, arzobispo de aquella iglesia metropolitana; porque allí supo la llegada á Cataluña de dos embajadores de aquellos príncipes de oriente, y recibió al mismo tiempo las instancias del emperador de Constantinopla, Miguel Paleologo, para que no retardase la ejecucion de su empeño, el cual, tomó desde entonces con tal calor, que no pudieron apartarle de él, ni las reflexiones de su yerno, D. Alonso el sabio, ni las instancias y lágrimas de sus hijos. Viéndole, pues, tan resuelto y obstinado, prometió ayudarle D. Alonso con 100,000 mrs. de oro, y con 100 caballos; y se ofrecieron á servirle tambien en esta jornada, D. Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, con 100 caballeros de su órden, y D. Gonzalo Pereira, lugar-teniente general de la de S. Juan, en los reinos de España. La ciudad de Barcelona contribuyó para los gastos con 80,000 sueldos barceloneses, y los naturales de Mallorca, con 50,000 sueldos de plata, habiendo pasado el rey D. Jaime á aquella isla, con solo una galera y un bergantin, así para proveer lo conveniente á su gobierno y defensa, como para recoger las naos y otras provisiones con que le sirvieron los isleños en esta ocasion.

Desde el mes de mayo habia celebrado en Barcelona, varias contratas con muchos caballeros y otros particulares, para que á mediados de agosto se presentasen allí, unos con los soldados, caballos y armas á que respectivamente se comprometieron, y otros con las embarcaciones armadas y equipadas que se necesitaban para la espedicion. Componíase la escuadra de 30 naves gruesas y 12 galeras, todas catalanas, además de muchos bergantines y fragatas, y se embarcaron 800 hombres de armas con tres caballos para cada uno, los almogávares tambien de á caballo, y la demás gente de á pié, en número, segun fué fama, de 20,000 infantes. Embarcóse tambien el rey, y dió la vela de la rada de Barcelona, el 4 de setiembre; pero hallándose sobre Menorca, sobrevino tan furiosa tempestad, que dispersó el convoy, de manera que una parte corrió hasta la Siria, parte arribó á Cerdeña, con pérdida de algunos buques, y parte aportó á las costas de Languedoc, muy maltratada, con gran peligro de aquel soberano. Este desembarcó en el puerto de Aguas-muertas; y dirigiéndose á Montpeller, regresó por tierra á Cataluña. Las naves que llegaron á Acre, pudieron animar y abastecer de víveres á los cristianos, que acababan de tener grandes pérdidas, y padecian suma carestía; pero viendo al cabo de algun tiempo, que ni parecia el rey, ni las tropas de sus aliados los emperadores de la Tartaria y de Constantinopla, regresaron á Barcelona, tocando antes en las islas de Creta y de Sicilia, y habiendo dejado en Acre, muchos militares de á caballo, y otros ballesteros y hombres de armas, con las provisiones y caudales necesarios para su socorro y el de los embajadores aliados, que habian trasportado, para que regresasen á su pais.

Tal fué el éxito desgraciado de esta espedicion. (Memorias de la Academia.—T. V.)

gelio, disponia á mirar como sinceras las promesas que trasmitió á S. Luis, al saber que se hacian en Francia preparativos de una cruzada. Sus embajadores dieron á entender, que agitado en sus creencias, no estaba distante de abrazar la fé de Jesucristo. Nada podia ser mas grato á Luis IX que semejante noticia. «¡Oh Dios, esclamó, qué consuelo tan grande ser padrino de un rey mahometano!» La embajada tunecina, á la que el rey prodigó los mayores honores, asistió el dia de S. Dionisio al bautismo de un judío, de quien el rey era padrino en las fuentes bautismales, y concluida la ceremonia, dijo á los enviados de Mohamed: «Asegurad á vuestro señor, el rey de Túnez, que deseo con tanto ardor la salvacion de su alma, que consentirió en pasar el resto de mi vida en poder de los sarracenos, con tal que él recibiera el bautismo, en union de su pueblo, con tanta sinceridad como este judío.» Por desgracia no se realizaron las esperanzas del rey.

No presentaremos el cuadro que ofrece S. Luis, espirando sobre un lecho de cenizas, asistido del obispo de Túnez; de aquel héroe, cuya magestad jamás brilló con mas esplendor que sobre este trono de penitencia, de ese héroe en fin, por cuya muerte alcanzó la Francia el privilegio de regenerar al Africa. «Tratemos por Dios, decia, antes de exhalar el último suspiro, tratemos de hacer que el evangelio sea predicado en Túnez. ¡Oh! ¿á quien se podria enviar allí?» Y pronunció el nombre de un dominico, que en otra ocasion habia evangelizado en esta ciudad. Aun se ven en las orillas del mar, algunos restos, y muros muy espesos, y en algunos lugares, muy elevados, que servian de circuito á un espacio cuadrado de trece á catorce, mil toesas, en que estuvo sin duda aposentada la guardia real, y colocados los equipages y almacenes. En medio de esta plataforma, se construyó, en el siglo XV al XVI, una torre semicircular, llamada por los musulmanes: *torre de S. Luis*, como si su construccion se remontára á la época de este príncipe.

Cuando despues de la muerte de Luis IX, los reyes Felipe de Francia, Carlos de Sicilia, y Teobaldo de Navarra, ajustaron una tregua con los tunecinos, se estipuló como condicion espresa de la suspension de armas (1), la li-

(1) Bien sabido es el celo y empeño con que S. Luis, rey de Francia, procuró contribuir á sostener la guerra santa de ultramar, solicitando para la segunda espedicion, que dispuso con este intento, la alianza y los auxilios de otros príncipes cristianos. Sus vínculos y relaciones con los que dominaban en España, le facilitaron tenerlos enteramente á su arbitrio y devocion. Por una parte, su primogénito Felipe III de Francia, estaba casado con doña Isabel, hija del rey D. Jaime de Aragon, y hermana de doña Violante, muger de D. Alonso el Sabio; y por otra, sus dos hijas doña Blanca y doña Isabel habian contraido matrimonio, la primera, con D. Fernando de la Cerda, infante y heredero de los reinos de Castilla y Leon, como hijo de D. Alonso X, y la segunda, con Teobaldo II de Navarra. Para unirse este príncipe con su suegro en aquella empresa, aprestó allí muchas tropas, y á su ejemplo, tomaron la insignia de la cruz para seguirle, muchos señores, vasallos y dependientes suyos de Navarra y de Gascuña, y algunos de Castilla y Aragon. Entre los primeros, cita Aleson á los señores de Agramunt, con los de su bando; de la parte de los vascos, y de las montañas, el señor de Lusa, con los suyos: D. Corbaran de Lehet, con su casa y parientes: D. Juan de Ureta, con los suyos: el señor de Monteagudo y D. Diego Velazquez de Rada: el señor de Aybar, con las gentes de la ribera. D. Iñigo Velez de Guzman, y D. Ladron de Guevara su hermano: D. Iñigo de Avalos, con los de la divisa: D. Martin de Avalos, señor de Leyva: D. Aznar de Torres, señor de Cortes: D. Diego Fernandez de Ayanz: D. Pedre Perez de Losada: D. Iñigo Velaz de Medrano. D. Sancho Ramirez de Arellano, señor de la casa de Vidaurreta y tierras de la Solana, y otros muchos nobles y caballeros de no menor calidad, con D. Juan Gonzalez de Agoncillo, alferez. Garibay nombra, entre los de Castilla, á D. Juan Nuñez de Lara, hijo mayor del conde D. Nuño Gonzalez de Lara; y como el primogénito del rey de Francia llevó consigo en esta espedicion á su muger, hija del rey D. Jaime, es natural tambien que mucha parte de la comitiva y servidumbre de aquella princesa, se compusiera de señores y caballeros aragoneses. Salió la espedicion de los puertos de Marsella y Aguas-muertas, á principios de julio de 1270, en buques, cuya marinería, por ser la mayor parte de genoveses, fué mal recibida en Caller de Cerdeña, cuya isla dominaban los pisanos, sus émulos naturales. Reparados allí de los descalabros y fatigas de las borrascas que sufrieron en la navegacion, trataron del objeto de su jornada, y adoptado al fin el dictámen de S. Luis, se dirijieron á Túnez, donde desembarcaron despues de mediado el mes de julio, quizá demasiado confiados en las promesas é ideas favorables de aquel rey mahometano. Mas enterados de su perfidia por dos soldados catalanes que huyeron de los reales de los moros; debilitado el ejército al cabo de tres meses con los continuos reencuentros y batallas, con el progreso de las enfermedádes, de que fueron víctimas el mismo S. Luis y otros caudillos principales, y con la intemperie del pais en tan rigorosa estacion, se vieron precisados los cristianos á quitar treguas con los infieles, y á embarcarse para Europa, tan perseguidos de la mala fortuna, que por efecto de las terribles tormentas que sufrieron en esta travesía, perdieron diez y ocho naves grandes, además de otras menores, y en ellas, como cuatro mil personas de ambos sexos, logrando los príncipes de Francia y de Navarra, salvarse con gran trabajo en el puerto de Trapana, donde falleció Teobaldo á 5 de diciembre de 1270, de resultas de tantas fatigas y contratiempos. Su muger, la reina doña Isabel, murió cuatro meses despues en

bertad de la predicacion evangélica; tratado que abrió las puertas de este pais á franciscanos y á dominicos, y que garantizaba á los infieles que se convertian al cristianismo, la facultad de recibir el bautismo con toda seguridad; tratado, en fin, que rompia las cadenas de los cristianos cautivos.

La muerte de S. Luis, y la audacia y el poder de los musulmanes, entonces tan esparcidos por el Asia occidental, contribuyeron á que Guillermo de Trípoli, nombrado nuncio apostólico de Tartaria, no pudiera penetrar en estos paises. Habia nacido este, en Trípoli de Siria, hácia el año de 1220, tomó el hábito de Sto. Domingo en San Juan de Acre, y se dedicó al estudio de las lenguas orientales, para glorificar mas á Jesucristo con la conversion de los infieles, esfuerzos que vió recompensados con la de mas de mil musulmanes, segun dice en uno de sus libros, compuesto para refutar el islamismo, é intitulado: *Del estado de los sarracenos*. Thibaut, arcediano de Lieja, edificado de sus virtudes, contrajo con él estrecha amistad. Este arcediano, que llegó á ser papa con el nombre de Gregorio X, quiso utilizar el perfecto conocimiento que aquel tenia de los asuntos del oriente, y le nombró nuncio del gran Khan. Entonces se dirijian á San Juan de Acre los venecianos Polos, y debemos á uno de ellos, los principales rasgos de la descripcion de la China y de la India, en esta época. Guillermo de Trípoli y Nicolás de Vicenza, fueron asociados á ellos por disposicion del mismo sumo pontífice; pero al entrar Guillermo en la Armenia, se encontró cercado por las tropas de Bibars, y tuvo necesidad de retroceder á la Palestina, en donde continuó sus trabajos apostólicos hasta su fallecimiento. El deseo de procurar la conversion de los infieles, era tan general y tan ardiente en los dominicos, que Pedro Fulques, nombrado gran penitenciario de Gregorio X, rogó al romano pontífice, en 1273, se dignára aceptarle la dimision, á fin de marchar á Tierra santa.

Hieres en Provenza, y el rey Felipe, habiendo atravesado la Italia y la Francia, hasta S. Dionisio, depositó allí las reliquias del santo rey su padre.

Memorias de la Academia de la Historia.

Los mongoles de Persia, empezaron por este tiempo á enviar embajadores al papa y á los reyes cristianos. Abaka, sucesor de Hulagu, deseando contraer amistad con los príncipes de Europa, paras ostenerse contra los musulmanes, envió hasta diez y seis embajadores al segundo concilio general de Leon (1), en el que griegos y latinos cantaron unidos el símbolo, gracias á los esfuerzos de los nuncios franciscanos, enviados á Constantinopla. Gregorio de Ascoli, que llegó á ser papa, y los demás nuncios de la órden de S. Francisco, introdujeron á los embajadores tártaros, á quienes se colocó cerca de los patriarcas. El 16 de julio de 1274, recibieron tres de ellos el bautismo, y Gregorio X les regaló telas preciosas. Abaka envió otros embajadores á Juan XXI, á cuya vuelta fueron acompañados de los franciscanos Gerardo de Prats, Antonio de Parma, Juan de

(1) El papa Gregorio X procuró pocos años despues fomentar y dar vigor á la guerra de la Tierra santa, con cuyo objeto, y el de unir á la iglesia griega con la latina, juntó concilio en Leon de Francia, año de 1274, y allí trató con el rey de Aragon de los apreslos que serian necesarios contra el Soldan, y para defender las fortalezas que conservaban los cristianos en Asia. Ofrecia el papa ir personalmente á esta jornada, y D. Jaime, despues de dar su voto y manifestar su opinion, añadió que acompañaria tambien con su persona á la del sumo pontífice en esta espedicion, sin embargo de su vejez, siguiéndole con un buen ejército; y que en el caso de que no fuese su santidad, enviaria 1000 caballos muy escogidos, pagados por todo el tiempo que durase la guerra. Espresó tambien los servicios que habia hecho á la religion cristiana, conquistando tres reinos de moros, é introduciendo en ellos la fé católica, en cuya consideracion pedia que su santidad le coronase por su mano, con las ceremonias acostumbradas en tales casos: pero negándose á ello el papa, si primero no renovaba la promesa de pagarle el censo, en que su padre habia grabado su reino, en favor de la santa sede, no solo se escusó D. Jaime de contestar á esta demanda, prefiriendo su propio honor y el bien de su pueblo á una satisfaccion tan estéril, sino que se despidió del pontifice con mucha sequedad, perdiendo este entonces, por su falta de condescendencia, los socorros que habia procurado y consentido reunir para la jornada de ultramar. Apenas murió Gregorio X, cuando su sucesor, Inocencio V, á causa de la guerra promovida por el rey de Fez y Marruecos, que ayudaba á los moros de Murcia y Granada contra el rey D. Jaime, mandó al arzobispo de Sevilla, D. Raimundo Losana, en el año de 1276, pasase al reino de Aragon á publicar la cruzada contra infieles, por la plena confianza que tenia de su virtud y de la pericia de su fé.

V. Tomo 5.º de Memorias de la Academia de la Historia.

Santa Agata, y Mateo de Arezzo, á quien Nicolás III habia enviado á la corte de Kublai, para que se dedicara á la conversion de los mongoles. La barbárie de los tártaros, la indiferencia de los chinos, las prevenciones de los idólatras y la rivalidad de los nestorianos, opusieron obstáculos al celo de estos misioneros, que sin embargo, no fué del todo infructuoso. Nicolás III, creyó conveniente establecer un obispado entre los mongoles, mediante á que los franciscanos habian hecho un gran número de conversiones.

Don Jaime, rey de Aragon, llamado el Conquistador, que falleció en 1276, dió á Jaime II, su segundo hijo, la isla de Mallorca y sus adyacentes, con los condados de Rosellon y de Montpeller, y este príncipe, aconsejado por el célebre Raimundo Lull ó Lulio, estableció en el convento de franciscanos de Mallorca, un curso especial de lenguas orientales, en favor de aquellos que debian iniciarse en el conocimiento del árabe, para emprender la conversion de los infieles. Lulio, nacido en Palma, senescal, y mayordomo del rey, se habia separado de su muger y de sus hijos, dejándoles una parte de sus bienes, y distribuyendo el resto entre los pobres, para retirarse, á la edad de treinta y dos años, á la montaña de Randa, en una cabaña construida por sus manos. El ermitaño de la órden tercera de S. Francisco, segun él mismo se llamaba, se preparó en aquel lugar á trabajar en la conversion de los infieles, y sobre todo de los sectarios de Mahoma. Se dedicó á los estudios gramaticales y científicos, que consideraba como indispensables para el cumplimiento de su generoso proyecto, aplicándose con un ardor particular al idioma árabe, que queria saber hablar y escribir, para poder atacar las falsas doctrinas de los musulmanes, con el doble ausilio del raciocinio y de la palabra. Despues de nueve años de retiro, empezó á realizar su pensamiento. Para familiarizarse mas con el árabe, tomó á su servicio á un africano, que no conocia mas lengua que la de su pais, el cual, viendo que su amo queria servirse de este medio contra la ley de Mahoma, concibió el proyecto de asesinarle, tirándole una puñalada. Raimundo detuvo el golpe, y se contentó con desarmar al homicida; pero no pudo impedir que se le prendiese, y el africano, desesperado de no haber podido quitar la vida á un hombre, que pensaba destruir el islamismo, se suicidó, ahorcándose en la misma prision. Lulio, sin intimidarse por este incidente, se dirigió á Roma, para conseguir el establecimiento de otros colegios iguales al que Jaime II habia fundado en Mallorca, para lo cual contaba con el celo de Honorio IV, que habia mandado organizar en Paris, la enseñanza de las lenguas orientales, y para lo cual habia escrito á Juan Cioletti, cardenal, con el título de Santa Cecilia, y legado apostólico en Francia. Despues de la muerte de este papa, Lulio estuvo dedicado á la enseñanza en Paris y Montpeller, en donde recibió cartas patentes del general de los franciscanos, para que enseñara en las casas de la misma órden. De Montpeller, marchó á Génova y despues á Roma, para determinar á Nicolás VI, á que fundara colegios para el estudio de las lenguas orientales; pero no pudiendo ver realizados sus votos, porque el papa estaba ocupado en otras atenciones, volvió á Génova, y de aquí partió á Túnez, con todos los libros que habia compuesto en refutacion del islamismo. Su primer cuidado fué buscar á los hombres mas sabios de la ley de Mahoma, para discutir con ellos, convencerlos de la verdad de la religion cristiana, y formar un núcleo de discípulos. Aunque ocupado en sus predicaciones, que se le dejaban hacer con libertad, tuvo tiempo y tranquilidad bastante para componer su *Tabla general de las ciencias*; pero esta calma no duró largo tiempo. Fué acusado de haber atacado á la religion establecida, y puesto en una prision, donde se le hubiera quitado la vida, á no haber mediado un sabio doctor árabe, que le habia oido discurrir con interés sobre el cristianismo, el que logró que se le conmutase la pena en un simple destierro. Rodeado de un populacho, que le tiraba piedras, salió de la ciudad, con prohibicion de volver á ella; se em-

barcó para Génova, y en seguida partió para Nápoles (1).

Las fundaciones que Raimundo Lulio deseaba multiplicar, hacian mas fácil y mas provechoso el apostolado de los misioneros, que el general de S. Francisco enviaba sin cesar al Africa y al Asia.

Los que evangelizaban los territorios en que reinaba Abaka, se vieron espuestos á graves y frecuentes peligros, despues que este rey de

(1) La decadencia y la ruina del imperio de los cristianos en Asia, y el deplorable estado á que los habian reducido, á fines de este siglo, la imprudencia y la division de sus caudillos, dando márgen á que los mahometanos dilataran su poder, con la victoria y buen éxito de sus armas, exaltaron el ardiente celo del célebre Raimundo de Lulio, que despues de haber ofrecido á la santa sede y al colegio de cardenales, su Arte general, en 1288, y de haber merecido en Paris el aprecio del famoso Escoto, y la aprobacion de aquella universidad, volvió á Montpeller, y de allí pasó á Génova y á Roma, donde en el año de 1290, propuso al sacro colegio un plan para destruir el paganismo y dilatar la religion católica, conquistando la Tierra santa, el cual contenia: 1.° Que en cada provincia se fundase un colegio, donde hombres doctos y celosos estudiasen su Arte general, y las lenguas de los paganos, para predicarles el evangelio. 2.° Que de todas las religiones militares se formase una sola, que tuviese por cabeza un príncipe ó persona real, y que se ocupase de continuo en guerrear contra los infieles, que no aceptasen la predicacion. 3.° Que las décimas de la Iglesia, que su santidad tenia concedidas á los principes cristianos, se gastasen en los aprestos de esta guerra, hasta que se recuperase la Tierra santa de Jerusalen. Propuso además, que el sumo pontífice prohibiese á los cristianos navegar á Egipto para la compra de los aromas y especias; con cuya providencia, el Soldan quedaria dentro de seis años empobrecido, y los genoveses y catalanes se ingeniarian para ir á buscarlas á Bagdad y á la India en derechura; proyecto que presentó despues en un libro titulado: *de Fine*, escrito en 1305, y que era enteramente conforme con el que en el año siguiente de 1306, manifestó tambien á Marino Sanuto, patricio veneciano, despues de haber recorrido como observador la Palestina, las islas del archipiélago y el Egipto. Inflamado con estas ideas, partió Lulio para la Armenia; peregrinó por la Palestina; pasó á Chipre, atravesó el Egipto, y de allí, por tierra, caminó á Túnez, predicando en todas partes, y facilitando los caminos para hay cer revivir el espíritu de las primitivas cruzadas, ya muamortiguado en su tiempo, y contribuir á la que nuevamente meditaba. Vuelto á Roma, solicitó de Bonifacio VIII su autoridad para la conversion de los infieles, presentándole con este objeto un tratado que habia concluido en 1296; pero no habiendo lugar su propuesta, se retiró á Génova, donde la nobleza le ofreció mucha cantidad de dinero para la conquista de la Tierra santa. De allí pasó á Montpeller, á verse con el rey D. Jaime de Mallorca, de quien habia conseguido anteriormente la fundacion de un seminario en aquella isla para la enseñanza de la lengua arábiga, volvió á Paris y obtuvo de Felipe el Hermoso largos ofrecimientos para su proyectada espedicion, sobre lo cual despachó este rey un embajador al papa. Con el mismo empeño y diligencia, vino á España, y habiéndole oido los soberanos de Castilla y Aragon, enviaron tambien sus embajadas al sumo pontífice con iguales ofrecimientos; pero todo se desvaneció por la dificultad de concertarse entre sí aquellos príncipes. Lulio, sin embargo, inflexible á todos los contratiempos, peroró en público consistorio sobre la obligacion de recuperar los santos lugares, pintó la miseria que ya padecian los cristianos de Armenia, y anunció, que si se retardaba el socorro, en breves dias se veria la Grecia presa y esclava de los turcos, como en efecto sucedió. Ni el retiro, ni la ocupacion de escribir varios tratados podian entibiar su celo ni apartarle de su propósito. Marchó nuevamente al Africa, y en Bona, en Túnez, y en Bugia predicó el Evangelio con algun fruto, pero con mayores trabajos. Restituido á Roma, insistió en su proyecto favorito, y desesperanzado de efectuarle, salió para España, y poco despues marchó á Paris, donde el rey de Francia le prometió, entre otras cosas, dejaria encargado en su testamento á los que le sucedieran, que acordando con la santa sede la conquista general de las provincias infieles, promoviesen eficazmente su ejecucion. Celebrábase por aquel tiempo un concilio general en Viena; y aprovechándose Lulio de esta oportunidad, presentó en él su plan para la empresa de una nueva cruzada, y para el establecimiento de escuelas en toda la cristiandad, con el objeto de enseñar en ellas las lenguas de los infieles; y logró que el concilio determinase, á persuasion suya, que en las universidades de Roma, Paris, Bolonia y Salamanca, se fundasen cátedras de las lenguas hebrea, arábiga y caldea. Satisfecho con esto, volvió á Mallorca, y de allí emprendió nuevo viage á Egipto, y por la costa del mar, á Jerusalen, á donde llegó cerca del año 1314; y continuó su peregrinacion por la Armenia, la Siria, la Bohemia y la costa de Bretaña, hasta parar en Inglaterra. Volvió otra vez á España, visitó de nuevo todos sus reyes y provincias, se retiró á Mallorca, donde escribió varios tratados sobre los caminos que podrian tomarse para ir á Jerusalen, con muchos discursos militares para hacer la guerra santa con buen éxito; pero cansado de ver que no se cumplian sus deseos, ni se tomaba buena resolucion en un asunto, en que él creia vinculada la gloria y la dilatacion de la cristiandad, marchó al Africa con el fervor de un apóstol, y allí, por resultado de sus predicaciones, padeció con heróica constancia sol trabajos y la muerte de los mártires. El celo infatigable de Lulio, por despertar en todas partes el espíritu de las primitivas cruzadas, solo puede compararse al del ermitaño Pedro de Amiens, que promovió la primera, con sus exhortaciones y su ejemplo, y al de S. Bernardo, que predicó la segunda con sumo fervor y devocion por diversos paises de Francia y Alemania; pero estos tuvieron la satisfaccion de ver cumplido sus planes y lleno el objeto de sus predicaciones, mientras que Lulio halló siempre mayor tibieza ó dificultad en los príncipes y en los caudillos que podian ejecutar sus ideas. Tal debia ser el resultado de los desengaños y escarmientos adquiridos en el espacio de dos siglos, en que, á la sombra de la religion, se hizo del Asia la morada de la ambicion, de la discordia y de la corrupcion de costumbres, el sepulcro de millones de hombres, y la sima de innumerables riquezas y propiedades. Los príncipes cristianos, ocupados en estender sus dominios, y en afirmar su autoridad, consideraron prudentemente, que unos establecimientos tan lejanos de Europa, rodeados de naciones guerreras, y animadas de un celo no menos exaltado que el de los mismos cruzados, estaban contínuamente espuestos á su próxima destruccion; y en tales circunstancias, no era de esperar que las exhortaciones de Lulio pudiesen mas, que los desengaños y que los intereses mejor entendidos de los pueblos.

Pero por grandes que apareciesen en aquellos siglos los males que ocasionaban las cruzadas, no tiene duda que fueron mas generales, y de mayor consideracion y trascendencia, las ventajas que produjeron para lo sucesivo.

(Navarrete. — Disertacion sobre las cruzadas. Pág. 93.)

los mongoles de Persia, fué muerto por su hermano, que abrazando el islamismo, se declaró ciego perseguidor de los adoradores de Jesucristo, y principalmente de sus ministros. Entre los franciscanos, víctimas de la persecucion, citaremos á Fr. Antonio, que predijo su muerte, y sufrió el martirio en Salmastra, en Persia; á Fr. Aldobrandino, de Florencia; á Fr. Conrado y á Fr. Voisel, y á otros dos, uno viejo y otro jóven, á quienes los mahometanos ataron á un poste y desollaron sus cabezas; tambien citaremos á otro Fr. Conrado, sajon, y al húngaro Fr. Esteban, muertos por los cismáticos, cerca de los puertos Caspios. Las crónicas de los franciscanos dicen, que una muger piadosa, en cuya casa estaban alojados, vió en sueños á dos halcones con plumas doradas y de estremada belleza, que levantaban su vuelo al cielo. Al dia siguiente, encontró la esplicacion de esta vision, porque los religiosos salieron á ejercer su apostolado en medio del pueblo, como dos generosos halcones, dicen las crónicas, para arrebatar almas á la infidelidad; y los cismáticos, celosos de su éxito, los asaltaron y castigaron cruelmente. Gozosos en sufrir por Jesucristo, murieron pronunciando su nombre, y se alzaron al paraiso, en alas de la caridad. Dios, á quien se elevó la sangre de los mártires, pidiendo misericordia, permitió que el príncipe, autor de todo el mal, sucumbiese despues de dos años de tiranía.

Su sobrino Argun, hijo de Abaka, hizo reconstruir las iglesias, al mismo tiempo que destruia las mezquitas. Este príncipe envió embajadores al papa, y entre ellos al obispo Barsanmas, con cartas en que espresaba su deseo de bautizarse, pero despues que hubiese recuperado á Jerusalen, á fin de ser regenerado en la misma ciudad, en que se habia cumplido la salvacion del género humano; añadiendo, que entre tanto favoreceria á los cristianos de sus estados; que dos princesas de su familia habian recibido el bautismo, y que muchos obispos orientales cismáticos, habian vuelto á la unidad romana por el ministerio de los franciscanos. En el mes de abril de 1288, Nicolás IV, acogió con las mayores distinciones á los enviados del rey mongol, al que exhortó por medio de ellos, para que no dilatára recibir el bautismo. Tambien invitó á las dos princesas, para que perseveráran en la fé, y á los obispos reunidos, para que procuráran atraer á los demás; por último, confirió diversos privilegios á los franciscanos dispersos en Tartaria, y felicitó por su celo á los intérpretes, que secundaban el de estos religiosos.

No debemos omitir, al hablar de la embajada de Argun, un hecho que demuestra hasta qué punto se habian modificado las disposiciones de los mongoles, con respecto á los príncipes cristianos. Tan orgullosos y menos sutiles que el Tebano Ismenias en la corte del gran rey, los enviados franceses, que se dirigieron al de Persia, en 1288, rehusaron saludar á este príncipe, posternándose delante de él, segun exigia la etiqueta, porque, segun decian, habrian faltado á lo que se debian á sí mismos, rindiendo un homenaje semejante á un rey, que no era cristiano. El príncipe tártaro sufrió este desaire sin indignacion, y dirigió á Felipe el Hermoso, quejas aunque sentidas, moderadas. Si el rey de Francia decia, ha mandado á sus embajadores que obren así, queda completamente satisfecho, porque de su agrado es todo lo que pueda agradar á este príncipe; pero si envia los mismos ú otros mensageros, en adelante, ruega á Felipe el Hermoso, que los mande hagan al rey de Persia tal reverencia y honor, como es uso y costumbre en su corte, *sin pasar fuego*. Estas últimas palabras significan, que por la amistad que profesaba al rey de Francia, se dispensaria á sus enviados de la ceremonia usada entre los tártaros, que consistia en hacer pasar á todos los estrangeros, viageros, embajadores y reyes, entre dos hogueras encendidas, para purgarlos de las malignas influencias que hubieran podido traer. La omision de esta precaucion diplomática, es una nueva prueba del crédito de que gozaban los franceses en la corte de los mongoles de Persia.

Nicolás VI, ocupado de la conversion de los infieles, no solo encargó á los dominicos y franciscanos, la de los idólatras de la nacion de los Comanes, sino que los envió á anunciar la fé á los pueblos mas remotos del oriente, concediéndoles muchos privilegios. Waddingo refiere, en el año 1288, el martirio de muchos franciscanos, los de Monaldo de Ancona, Francisco de Pitriolo, ó de Formo, y el de Antonio de Milan, en Erzingan, en Armenia; el de Felipe de Puy, en Auvernia; el de 2,000 soldados cristianos, en el castillo de Azot, en Palestina, y el de Fr. Francisco de Spoletto, en Damieta de Egipto.

Monaldo de Ancona, Francisco de Pitriolo, y Antonio de Milan, escogieron principalmente el viernes, dia del Señor, entre los mahometanos, para anunciarles el evangelio en presencia del cadí de Erzingan. Este último los despidió encolerizado, viendo al pueblo conmovido por la palabra de los tres apostóles, que se manifestaban dispuestos á sellar la fé con su sangre. El viernes siguiente, segundo de cuaresma, volvieron al mismo lugar y renovaron su generosa predicacion. El cadí creyó confundirlos, oponiéndoles un antiguo doctor de su ley, pero esta discusion, que produjo un resultado contrario al que se proponia, confundió á los mahometanos, y escitó una viva conmocion entre los mas fanáticos; mas á pesar de todo, el cadí dejó marchar á los misioneros. Habiendo reunido á los ancianos imanes, conferenció con ellos sobre el partido que deberia tomar, y todos convinieron, en que se debia obligar á los franciscanos á hacer una reprobacion pública de su doctrina. Al cuarto viernes de cuaresma, se condujo á los tres misioneros á la presencia del consejo; pero en lugar de renegar de Jesucristo exaltaron su santo nombre, é hicieron notar las imposturas de Mahoma. Entre los concurrentes se encontraba uno que era ciego, y esto dió ocasion al cadí para decir á los confesores: «Vosotros pretendeis que vuestra fé ha sido confirmada por milagos; pues bien, haced que este ciego vea, y creeremos lo que decís.» «Dios es omnipotente, replicaron los religiosos, y si su voluntad es dar la vista á este ciego, lo hará.» En seguida oraron por algunos momentos, é hicieron la señal de la cruz sobre los párpados del ciego; de ellos salió agua y sangre, y se abrieron de nuevo á la luz; milagro, que lejos de convencer á los que lo presenciaron, endureció mas sus corazones; así es que hicieron retirar al ciego, y todos á una voz condenaron á muerte á los franciscanos. Los tres religiosos fueron conducidos inmediatamente al suplicio, inundados de alegría y felicitándose de ver sus votos cumplidos. Luego que llegaron al sitio designado, se arrodillaron, levantando sus manos al cielo, y los musulmanes, que los rodeaban con espada en mano, empezaron á darles terribles golpes. Un mahometano, que movido por un sentimiento de compasion natural se atrevió á dirijir algunas reconvenciones á los homicidas, murió tambien victima de su furor. Las crónicas de los franciscanos compararon á estos mártires á corderos destrozados por lobos rabiosos. Los cristianos de la ciudad, horrorizados de la rábia de los musulmanes, se dispersaron, y ocultaron para no ser víctimas de ellos. Los tres franciscanos espiraron el viernes al mediodía, y sus cuerpos, hechos cuatro pedazos, fueron espuestos en las puertas de la ciudad y demás parages públicos, quedando custodiados por centinelas, para que los cristianos no cogiesen estas preciosas reliquias, que fueron despues arrojadas para pasto de los perros y de las aves de rapiña. Un sacerdote armenio, que se habia declarado en favor de los religiosos, durante la discusion que sostuvieron con los mahometanos, fué tambien apresado con otro compañero suyo, le despojaron de sus vestidos, y con una de las cuerdas que los franciscanos llevaban por cíngulo, colgaron á su cuello la cabeza de uno de los religiosos, y despues se le azotó por las calles de la ciudad. Luego que recobró la libertad, se dedicó y logró recoger los restos que pudo de los mártires, que fueron igualmente venerados por los griegos, por los latinos y los armenios.

No debe admirarnos la simpatía de este sacerdote en favor de los misioneros, puesto que hacia mucho tiempo que franciscanos y dominicos evangelizaban su patria, segun veremos en el capítulo siguiente.

El martirio de Felipe de Puy, fué predicho por S. Antonio de Padua á su madre, cuando le llevaba en su seno. Este hijo bendito, vivió con la pureza de un ángel, se hizo franciscano, emprendió por devocion la peregrinacion á la Tierra santa, y se encontró en Azot, cuando la traicion arrebató esta ciudad á los cristianos, que fueron condenados á muerte en número de 10,000. Los musulmanes, abrigando la esperanza de que Felipe renegaria de Jesucristo, accedieron desde luego á las súplicas que les hizo de ser martirizado el último; pero el santo no se aprovechó de este plazo mas que para alentar á sus compañeros, que, fortificados con la esperanza de alcanzar la corona que les anunciaba, suspensa sobre su cabeza, entregaron sucesivamente su cuello á la espada de los verdugos. El sultan, luego que supo la conducta observada por Felipe, mandó que se le cortaran una á una todas las articulaciones de los dedos, á presencia de los cristianos, á quienes no dejó por esto de exhortar á cojer la palma del martirio, de tal suerte, que animados por su ejemplo, despreciaron igualmente las riquezas ofrecidas para tentar su fé, y los suplicios desplegados para conmover su constancia. El sultan, irritado de la constancia de este religioso, le hizo desollar vivo hasta la parte inferior del cuerpo, y mandó que le cortaran la lengua. La serenidad con que soportó estos tormentos, inflamó á la vez la rábia musulmana y los corazones de los cristianos, tanto mas dispuestos á aceptar la muerte, cuanto mas invencible era la firmeza con que se la veian sufrir. No permitiéndole hablar ya su lengua mutilada, exhortaba á sus compañeros con el gesto y con los movimientos espresivos de su cuerpo ensangrentado. Por último, fué decapitado con los demás. Aunque los cadáveres de tantos cristianos, quedaron arrojados en las calles por espacio de muchos dias, lejos de exhalar mal olor, salia de ellos un grato perfume, signo de la santidad y gloria de los mártires.

Francisco de Spoletto, esponia las verdades del evangelio á los musulmanes de Damieta; y estos, cuyo espíritu se abria á la luz, pero cuyo corazon se inclinaba á la ley de Mahoma, tan favorable á sus pasiones, preguntaron al misionero, qué pensaba sobre el Alcorán, y el celoso religioso no pudo ocultarles, que esta falsa doctrina arrastraba la desgracia eterna de sus sectarios. Denunciado y preso, no tardó en ser condenado á pena capital. Los musulmanes, que fueron á buscarle á su calabozo, le dijeron: «Piénsalo bien, porque es preciso, ó que al instante abjures tu fé, para hacerte mahometano, ó que pierdas la vida.» — «Yo, respondió Francisco, elijo gustoso la muerte por amor de Jesucristo, y considero como la mayor de las gracias poder dejar esta vida tan llena de miserias, para volar al cielo, donde se vive siempre feliz; mi único sentimiento es dejaros sumergidos en los groseros errores y en los culpables placeres, que autoriza vuestra falsa ley, que os conducirá al lugar de los suplicios eternos, en que ya está vuestro depravado Mahoma.» Los musulmanes, al oir estas palabras, pronunciaron un grito de muerte, y uno de ellos le dió un golpe tan fuerte de cimitarra, que le partió en dos pedazos. Francisco invocó el nombre de Jesucristo, que le abria las puertas del cielo, y entró por ellas triunfante, cubierto con la púrpura de los mártires.

CAPÍTULO VII.

Misiones de los dominicos y franciscanos en Armenia

Es bastante difícil hacer una descripcion exacta del territorio de Armenia, el cual, segun M. Eugenio Bore, es igual, con poca diferencia, á la estension de la Francia, si se incluyen en él todas las provincias de que constaba en el tiempo de su mayor prosperidad. La Armenia está cortada en todas direcciones

por los cien brazos de la inmensa cadena del Taurus. Aquí y allí se elevan picos gigantescos, cubiertos de hielos y nieves perpétuas, que alimentan grandes corrientes. El invierno reina todo el año en el plano superior de las montañas, y los hielos, no ceden en los valles, mas que á los rayos de un sol abrasador é intolerable. Algunas llanuras, como la de Erzingan, de que hemos hablado en el capítulo anterior, se distinguen por su fertilidad, y son consideradas como los graneros de reserva para la poblacion. El resto del suelo es mas á propósito para los rebaños que para el hombre. En ciertas provincias, como la de Vasburagan, es preciso marchar muchos dias seguidos, antes de poder encontrar un miserable abrigo en que meter la cabeza; el encuentro de un arbolillo es un fenómeno escepcional al paso del viagero. El laberinto fugitivo, y sin fin de estos valles, no ofrece, de distancia en distancia, mas que algunos sáuces y yerbas inútiles, secadas por el sol y por los vientos.

Si la Armenia ha sido el lugar del paraiso terrenal, como creen ciertos comentadores de la Escritura, porque allí se encuentra el nacimiento de los cuatro rios, que como el Eufrates, está testualmente designado en el *Génesis*, preciso es conocer al mismo tiempo, dice M. Bore, que la maldicion atraida por el hombre culpable pesó con toda su fuerza sobre la naturaleza que habia sido testigo y ocasion de su caida, y esta será la razon por que conserva un carácter imponente de tristeza y de desolacion. No es inútil citar con este motivo, el nombre que los armenios dan á la morada primitiva de la felicidad y de la inocencia, que llaman *trakhel*, palabra, que como la voz *derakht* del persa actual y de las lenguas hermanas de la armenia, tiene la significacion de *árbol*; de este modo, una sola palabra del idioma del pueblo, cuyo pais fué quizá cuna de la humanidad, ó el mas próximo á ella, conserva y perpetúa el recuerdo del *árbol misterioso de la ciencia del bien y del mal*. El *Génesis* señala á la Armenia como el lugar, en que Noé y sus hijos salieron del arca, la cual se detuvo en las montañas de Ararat. Sin examinar cuál es el anillo de la cadena del Taurus, al que es preciso aplicar la designacion de la Escritura, recordaremos con Mr. Bore, que las antiguas tradiciones de los pueblos están unánimes en señalar á esta comarca del Asia, como la primera patria del género humano. La llanura de Sennaar, en que se fundaron las primeras poblaciones, y en que Nemrod estableció su dominacion, no está en verdad muy distante de la Armenia, y se puede asegurar, que este pais fué habitado desde la mas remota antigüedad. El nombre de la nacion armenia no conviene propiamente mas que á la raza conquistadora, traida de Babilonia por Haig, hijo del patriarca Thorgom, en el año 2107, antes de Jesucristo.

La religion primitiva de la Armenia, basada en la tradicion que Thorgom habia recibido de los primeros patriarcas, consistia en la adoracion del verdadero Dios, en el arrepentimiento de la falta original, y en la esperanza del supremo reparador. La oracion y el sacrificio cruento eran los fundamentos del culto. El padre de familia, rey y pontífice á la vez, ofrecia al altísimo las preces y las víctimas, dirijia con equidad á los individuos de la familia y terminaba las diferencias. Los hijos de la raza maldita de Cham, no tardaron en hacer renacer en cierto modo la depravada y anti-diluviana de Cain, y turbaron la armonía que reinaba entre los descendientes de Sem y de Jafet. Abandonando desde muy luego, la tradicion de sus padres, para seguir los caminos de la concupiscencia y del orgullo, sustituyeron, al culto del verdadero Dios, honores dispensados á seres secundarios de la creacion, como los astros y las fuerzas superiores de la naturaleza. La Caldea, cuyo pueblo manifestó siempre una inclinacion irresistible á leer los secretos del cielo y sus destinos terrenales, en la escritura misteriosa de los astros, dió orígen al sabeismo; Babilonia llegó á ser el foco de la idolatría, y la colonia traida por Haig, de esta ciudad, á la Armenia, sintió los efectos de la revolucion religiosa de la metrópoli. Efectiva-

mente, el amor á las conquistas, consecuencia del despotismo inaugurado en Babilonia, al mismo tiempo que la idolatría, puesto que á la opresion del hombre por el hombre, se sigue su resistencia á obedecer á la divinidad, lanzó fuera de la Caldea á los asirios, dominadores de la Armenia, en 1725, antes de la era cristiana. La religion y el culto de la Caldea, se propagaron durante los diez siglos, que este pais estuvo sometido al imperio de Asiria. Cuando el rey Anuschavan, vencido el año de 1725, ofrecia sacrificios bajo los plátanos de la antigua Armavir, su capital, el estremecimiento de las hojas agitadas por un viento ligero ó impetuoso, servia ya á los sacerdotes, para hacer pronósticos mas ó menos favorables. Despues que Nabucodonosor llevó los judíos á Babilonia, y obligó á algunos á emigrar á Armenia, Sempad, gefe de la familia de los Pagratides, de orígen judío, se presentó delante del rey Erovant I, quien le persiguió cruelmente, porque rehusaba rendir adoraciones á los ídolos. La Armenia, libertada por la caida del imperio asirio, fué arrastrada, en el concepto religioso, por el movimiento de la Asiria y de la Media, conquistadas por Ciro. El sabeismo ó la idolatría pura, cedió á los ataques poderosos del magismo, ó culto del fuego, regenerado por Zoroastro. La religion sensual y propiamente pagana de Alejandro el Grande, y de los conquistadores griegos, rodeada del seductor acompañamiento de las divinidades del Olimpo, trabó una lucha bastante débil, con el culto mas serio y mas intelectual de la Persia. La modificacion, obrada en las ideas religiosas de los armenios, llegó á ser mas sensible bajo el poder de los romanos, cuya política obligaba á los vencidos á aceptar sus divinidades y sus leyes; pero este cambio no fué completo ni radical, porque los armenios preferian unir los elementos heterogéneos del politeismo y del dualismo. La India, intentó tambien ejercer una influencia religiosa sobre la Armenia, pero su accion fué muy restringida. El evangelio cambió el estado de las creencias de este pueblo, y modificó afortunadamente su posicion social é intelectual.

Segun la tradicion, Abgaro, rey de Edesa, intruido por la fama de los milagros de Jesucristo, le envió á pedir su curacion; súplica que el Salvador oyó, porque habia sido hecha con fé y con humildad. Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, y que fué el que curó á Abgaro, arrojó la primera semilla del cristianismo en Edesa. El apóstol S. Bartolomé, á quien la India, la Arabia, y la Persia, veneran como su primer misionero, vino tambien á esta ciudad, y desde aquí marchó con Tadeo, á recorrer la Armenia, la Capadocia y la Albania. Desde el principio de la mision de los apóstoles, vemos ya que los gérmenes de la fé, fueron depositados en Armenia; gérmenes que no se aumentaron ni fructificaron, hasta que S. Gregorio vino á fecundizarlos con sus sudores y su sangre. El título de *iluminador*, fué dado á este verdadero civilizador de la Armenia, porque alumbró con la luz del evangelio, á sus habitantes sepultados en las tinieblas de la idolatría. El santo, para darla un golpe mortal, levantó la iglesia patriarcal de Echmiatzin (Utch kilisseh) ó *Tres iglesias* de los turcos. (Pl. XXI, n.º 1.) En el recinto del claustro que la rodea, ha encontrado M. Bore, fustes y capiteles de columnas, cuyo estilo bello, á pesar de su rudeza, pertenece á una época muy remota. *Las cartas edificantes*, dicen que este monasterio era la ordinaria residencia del patriarca armenio. «Está compuesto, añaden, de cuatro grandes habitaciones, formando un vasto recinto, mas largo que ancho, y en el cual está la iglesia patriarcal, construida con una forma sólida y antigua. Esta disposicion de las habitaciones y la estructura de la iglesia, está en armonía con la antigüedad. Eusebio, que nos da la descripcion de la iglesia construida en Tiro, por S. Paulino, la coloca en un gran centro, rodeado de habitaciones para hospedar al obispo, al clero y á sus dependientes. Echmiatzin, significa *descension del hijo único*, porque segun una tradicion antigua, fué el lugar en que Jesucristo se apareció á S. Gregorio el iluminador, apóstol de la Armenia,







y á quien la iglesia está dedicada. Tiénese tambien por cierto en el pais, que Tiridates, primer rey cristiano de Armenia, tenia su palacio en este sitio, que se le cedió á S. Gregorio, y que este palacio estaba situado en el centro de una gran ciudad, capital del reino, llamada Vagharchabad, de la que ya no queda vestigio alguno. La iglesia de este monasterio es oscura, pero muy rica en vasos sagrados y ornamentos, porque siendo el objeto principal de la veneracion de los armenios, el pueblo, naturalmente devoto, contribuye generosamente á su decoracion. Siempre hay en Echmiatzin un buen número de prelados y versabietos (nombre de sus doctores ó predicadores), que viven como los monges, es decir, con mucha frugalidad. Los monges cultivan grandes y hermosos jardines y todas las tierras de alrededor. Las otras dos iglesias de este monasterio, están fuera de su recinto, una dedicada á Sta. Cayena, y otra á Sta. Rhypsima. Estas dos santas, segun la tradicion, eran nobles vírgenes romanas, que para sustraerse de la crueldad de Diocleciano, se refugiaron á Armenia con otras veinte y tres compañeras suyas, donde no pudieron evitar la de Tiridates, otro perseguidor, que despues se hizo cristiano por la misericordia de Dios, misericordia, que, siempre propicia á nuestros verdaderos intereses, puso la palma del martirio en manos de estas vírgenes.» Aunque las revoluciones políticas hayan anonadado los monumentos literarios de la Armenia, la biblioteca del monasterio de Echmiatzin posee aun de cinco á seis mil manuscritos.

San Gregorio fué el primer patriarca de la nacion Armenia; pero despues de haber constituido su iglesia naciente, se retiró al monte Sebuh, cuyas colinas, formadas de pisos graduados, están dominadas por un pico, cuya cabeza resplandece coronada de nieves. (Pl. XXI, n.° 2.) Los armenios señalan con orgullo este pico, como al verdadero Macis ó Ararat, primer refugio de la última familia humana, salvada del diluvio universal. En el retiro del santo, está construido el monasterio de Lusavoritch, que siempre ha llamado la atencion de los curiosos que le han visitado. La casa no tiene apariencia de convento, y solo puede llegarse á ella por una estrecha senda. La iglesia se parece á una granja, y sus tres modestos altares, es lo único que nos dá á conocer que este lugar sea un templo. Uno de estos altares, segun la tradicion, cubre la fosa donde el santo fué depositado por los ángeles, y de donde le sacó el anacoreta Arnug, advertido por una vision sobrenatural. Tambien asegura la tradicion, que la fuente de Parchamtchur, es decir, *de agua sabrosa*, que está á algunas toesas de la iglesia, tenia las aguas amargas, hasta que el santo las dulcificó bendiciéndolas. Una modesta obra de albañilería defiende este manantial, trasparente como el cristal mas puro, brotando en abundancia de un suelo pedregoso. La fuente de S. Gregorio, cuya claridad estrema admiró M. Bore, y cuyas aguas le parecieron sumamente frescas y deliciosas, merece ser distinguida entre todos los raudales que corren con profusion de las montañas de Armenia, y que todos tienen un sabor escelente, que la naturaleza ha rehusado á los de los territorios inmediatos. Por una cuesta rápida y resbaladiza se llega á la cueva, que fué asilo del patriarca, hecho anacoreta. A sus lados, hay una gruta estrecha, en la que encontró á Sta. Mané, moribunda, cuando vino á tomar posesion del lugar en que pasó tantos años entregado á la oracion, al silencio y á las maceraciones. ¡Qué morada, dice M. Bore, qué roca esta, en que los hielos del invierno no se derriten mas que por los fuegos de la canícula, y que forma como un asilo suspendido sobre un valle mudo y muerto, por una naturaleza trastornada como el caos! Ni un árbol existe allí, cuyo verde follage recuerde la vida; ni un torrente, cuyo eco modifique la perpétua uniformidad de los dias y de las noches. El águila, cuyo grito parece como una queja lanzada en estas soledades, es el único ser viviente, que se eleva sobre las alturas. El viagero, sentado en el lugar en que el anacoreta velaba y oraba, siente una

gota de agua helada que cae de la bóveda, y que segun la leyenda, es la lágrima, que la roca vierte constantemente, desde el dia en que S. Gregorio, fué arrebatado por los ángeles y depositado en la fosa de que ya hemos hablado. Esta gota, que se desprende de dia y de noche, á intervalos, mas exactos que las divisiones del tiempo en un reloj, no cae en un lugar fijo, y rehusa tocar al peregrino, que está sin pecado. La sencilla creencia de los armenios, demuestra así en una gota de agua, la prueba de los juicios de Dios. Tambien se enseña en el fondo del valle, un enorme pedazo de piedra, partida, segun se dice, por la espada de Tiridates, príncipe, cuya penitencia le ha elevado, en la iglesia armenia, al rango de los santos, y el cual vino á visitar al solitario, á quien debia su conversion, para consultarle sobre los destinos de su pueblo. S. Gregorio, segun la leyenda, tomó la espada, la misma que Tiridates recibió de Constantino el Grande, en premio de su valor, y dejándola suspendida en el aire, por el efecto milagroso del signo de la cruz, dijo al rey: «Vendrá una nacion valiente, esta nacion será la de los francos, y todo el mundo se reunirá á ella.» La alianza de los cruzados, con los reyes armenios de la Cilicia, inspiró sin duda, y pareció realizar esta profecía, á cuyo cumplimiento contribuiria la preponderancia de la Francia, tan deseada en el oriente.

En S. Gregorio empieza esa série de otros patriarcas, que sin interrupcion se suceden hasta nuestros dias. Consagrado el primero por S. Leon, obispo de Cesarea, el gefe, por consiguiente, de la iglesia armenia, habia quedado bajo la dependencia de aquella silla; pero el patriarca Sahag no quiso ir á Cesarea á recibir la investidura, y esta disposicion enojosa, rompia ya algunos de los lazos de la unidad, y hacia presagiar un rompimiento mas tenaz. La Armenia habia caido bajo el yugo de la Persia, y estaba agravada por las exacciones de los *merzbans* ó sátrapas. La impaciencia con que soportaba la tiranía, dió á los reyes de Persia ocasion para sospechar, que los cristianos de este pais rechazaban á sus dominadores, no solo como á enemigos políticos de su nacion, sino como idólatras contrarios á su fé. Causa fué esta de la persecucion por aquellos suscitada, y de que corriera á torrentes la sangre de los mártires. La fidelidad inviolable, y la fé vigorosa de los armenios, brillaron en esta ocasion, saliendo de la lucha mas fuertemente adheridos á sus creencias. No era su enemigo mas peligroso la Persia, cuyos hierros habrian roto á la larga, sino el espíritu racionalista de los griegos, que descomponia su fé, hasta entonces tan pura. Nestorio, que, con la iglesia, reconocia dos naturalezas en Jesucristo, se habia separado de la *ortodoxia*, deduciendo, de la dualidad de las naturalezas, la dualidad de las personas; y Eutiques, adversario del nestorianismo, sosteniendo la unidad de personas, habia defendido la unidad de naturaleza; heregía mas sutil y peligrosa que la otra, porque pareciendo glorificar la divinidad de Jesucristo, producia la negacion de su humanidad. Los defensores de la unidad de naturaleza, fueron generalmente designados con el nombre griego de *monophysitas*. El concilio de Calcedonia, cuarto ecuménico, condenó la doctrina de Eutiques, en 451, y sus partidarios, reunidos á los de Dioscoro, se esparcieron en Asia, propalando que esta asamblea habia admitido la dualidad de las personas y renovado los errores de Nestorio. La nacion Armenia, mal dispuesta con los griegos, que habian intervenido en sus asuntos á mano armada, y cuya política suspicaz era tan detestable como la de los persas, acogió con avidez los falsos rumores esparcidos contra el concilio de Calcedonia y el papa Leon. El patriarca Abraham I, reunió en Tovin á los obispos de Armenia, en número de diez, y anatematizaron al concilio. Así fué como se impulsó á los armenios á un cisma, marcado por las alternativas de su adhesion y de su separacion de la unidad. Una nueva prueba del espíritu de individualismo de la iglesia armenia y de su alejamiento de cuanto pertenecia á la comunion de las demás iglesias, es que al reformar su

liturgia, quiso tener su era propia; pretension vituperable, puesto que todas las iglesias cristianas, tenian la de la venida de Jesucristo. El patriarca Moisés II, fijó la era armenia en el año 551, y este modo particular de contar, no produjo mas efecto que confusion y oscuridad en la cronología. Recordando que la lengua armenia, tuvo como la griega y la caldea, en la primitiva iglesia, el derecho de formular una liturgia propia, notaremos con M. Bore, que esta variedad ha engendrado y favorecido los cismas, las heregías y las vanas disputas filosóficas. Separadas del catolicismo, que adoptando por órgano especial la lengua latina, se ha asegurado la condicion filológica de la universalidad, estas comuniones disidentes parece continúan llevando la pena impuesta á los orgullosos constructores de la torre de Babel; pena que el progreso de la redencion en el mundo, debe disminuir, hasta que los hombres lleguen al estado dichoso de glorificar á Dios y á su iglesia, en una lengua única, espejo de la unidad de Dios y de esta iglesia santa. La tierra presentará la imágen de lo que será una de las primeras y de las mas dulces felicidades de los cielos, luego que la liturgia y dogmas católicos hayan triunfado de las liturgias y de los dogmas parciales profesados por las lenguas reducidas y variables de las sectas protestantes. Esta observacion nos conduce á reproducir otra de M. Bore. Las preocupaciones comunes al amor propio de cada nacion, que se vé impulsada, como el individuo, á creerse mas noble ó mas antigua, ó dotada de cualidades mas escelentes que el resto de la humanidad, han contribuido á hacer, que algunos sostengan que la familia armenia posee la lengua anti- diluviana. Hoy, que el estudio de los idiomas, procediendo por medio de síntesis y comparaciones, busca y se afana por encontrar el lazo que une á los diversos dialectos de las principales ramas de la especie humana, no es posible imaginar opiniones contrarias á la autoridad tradicional de los libros santos. El testimonio del *Génesis* nos obliga á creer, que la malicia progresiva de los hombres, determinó al Todopoderoso á separarlos poco tiempo despues del diluvio, confundiendo su lenguaje; es decir, sustituyendo á la unidad primitiva de la palabra, una variedad de sonidos y de fórmulas, correspondiente al número de los gefes de tribus, que existian en la sociedad. La providencia, en sus miras misericordiosas, quiso prevenir de esta manera los efectos de una corrupcion opuesta á su accion reparadora. Los trabajos recientes de la filología, así como los de las demás partes de la ciencia, tienen de admirable y satisfactorio para la fé, que en lugar de contradecir sus testimonios, los confirman, y estos trabajos demuestran, que la lengua armenia, aunque estampada con un sello particular, está abierta sobre el tallo de todas las demás, sin poder ocultar su orígen, aunque tiene, como todos los hijos de un mismo padre, una fisonomía y caractéres diferentes, sin poder desconocer su orígen comun. Lejos de enorgullecerse, de tener una lengua esclusivamente propia y estraña á la de las demás naciones, seria preciso lamentarse de ello, como si por este hecho se hubiera rechazado del seno de la humanidad, que la religion y la ciencia nos previenen creer, que aquella tuvo radicalmente una, semejante y homogénea. Lejos de hacer alarde de este triste privilegio, convendria confesar la insuficiencia de nuestras luces, y esperar á aquellas, que necesariamente debe procurarnos el progresivo desenvolvimiento de los conocimientos ethnográficos. Llegará un tiempo, en que los idiomas que parecen mas distantes, serán coordinados, y así como las razas, puestos en armonía con un tipo único y primitivo. Este bello descubrimiento, será el comentario de las palabras bíblicas que espresan una simple division, una simple mezcla en el lenguaje humano, en la época de la dispersion de los hombres.

Es muy de notar, que las tres sectas de armenios, nestorianos y jacobitas, den respectivamente á su patriarca el nombre impropio y contradictorio de *católico ó gefe universal*; como si no hubieran conservado del catolicismo mas que esta palabra, espresando por ella

el error que se le hizo perder. La veneracion de las reliquias fué siempre muy profunda entre los armenios, cuyo pais está cubierto de iglesias antiguas, que se honran de poseer los restos de los santos, que evangelizaron ó robustecieron su fé. Pero, como observa M. Bore, cuando el cisma alteró el dogma, la parte del culto, que se dirige á los santos, perdió esa rectitud admirable, que en la iglesia católica separa la *latría* de la *idolatría*; así es, por ejemplo, que el derecho mismo del primado se apoyó en la iglesia patriarcal de Echmiatzin por la poseccion de las reliquias de S. Gregorio. Sis y Agthamar, que sucesivamente llegaron á sustraerlas, creyeron legitimar por este medio la usurpacion del poder espiritual. El brazo derecho de S. Gregorio, trasladado de Sis á Echmiatzin, y restituido despues, le habia devuelto el derecho de preeminencia, perdido momentáneamente por esta silla, cuando en **1113**, y con motivo de haber vuelto á la unidad el patriarca Gregorio III, un monge cismático se llevó furtivamente dicha reliquia y se declaró patriarca de Agthamar.

El que lo era de Echmiatzin, empleó todos los medios imaginables para recuperar este depósito; pero cuando Agthmar fué desposcido de él, sus prelados hicieron valer, como derecho el patriarcado, la posesion de otras reliquias. El monasterio de Agathamar, residencia del pretendido patriarca, está situado en una pequeña isla del *mar de Van*, gran lago, azul y salado. El símbolo y la liturgia de esta iglesia, que ha hecho cisma del cisma, son exactamente los mismos que los de la iglesia de Echmiatzin.

«Las dos comuniones están separadas de la iglesia verdadera, dice M. Bore, porque rechazan el concilio de Calcedonia, y no es porque sostengan toda la doctrina de Eutiques, puesto que le anatematizan, como cómplice de Apolinario, en cuanto que niega que nuestro Señor Jesucristo es hombre como nosotros. Pero despues de admitir, que el Salvador es Dios y hombre perfecto, que ha sufrido segun la carne, y no segun la divinidad, no quieren sin embargo reconocer que haya dos naturalezas en su persona, participando así, del error de los sirios jacobitas, de los coftos y de todos los monosophitas. La unidad de naturaleza los conduce á decir, que no hay en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion. Es muy digno de atencion, que el error, despues de haber puesto á una iglesia fuera del seno de la católica, agotára al momento en ella todos los orígenes de la fé y de la caridad; es decir, que en primer lugar, en vez de ser desenvuelta la doctrina por las luces de una enseñanza legítima, quedó inerte y como herida de esterilidad teológica; y en segundo lugar, que el foco de actividad, que siempre va dilatándose en el catolicismo y siempre reproduciéndose, bajo las mil invenciones del espíritu evangélico de sacrificio, está yerto por esta primera negacion; de suerte, que su fuego divino se retira, aun de aquellas instituciones en que ordinariamente se manifiesta. El culto armenio cismático nos servirá de ejemplo.

«El santo sacrificio de la misa, de que la iglesia católica es tan santamente pródiga, como del milagro mas grande de bondad celeste, y como el medio mas propio para la santificacion del hombre, se ha hecho raro, como una escepcion, y su celebracion llega á ser cada vez mas difícil. En primer lugar, es preciso separar los dias de ayuno, tan numerosos en el rito armenio, y en segundo, el hecho de que nunca se celebran dos misas en un dia y en la misma iglesia, y jamás sobre el mismo altar.

«El espíritu de los sacramentos está falseado en su aplicacion, y así el bautismo no se administra á los niños, sino al octavo dia despues de su nacimiento; y si muere en este intervalo, prefieren, para justificarse, negar implícitamente el pecado original, antes que confesar el defecto de su liturgia. La confirmacion se administra á los niños despues del bautismo, arrogándose el simple sacerdote la facultad de conferir este sacramento.

«La eucaristía se administra bajo ambas especies, y los fieles la reciben de pié delante de la sagrada mesa.

«El sacerdote no consagra mas que una sola hostia, que divide en tantas partes, cuantos son los comulgantes; así es, que el santísimo sacramento no está siempre presente en las iglesias. Aun debemos añadir, que ya sea por un espíritu de rigorismo insensato, ya por una indiferencia culpable, las comuniones son sumamente raras, no solo entre los simples fieles, sino aun entre los obispos y los vertabietos, que apenas celebran una vez al año. ¿Quién podria además concebir el esceso de orgullo de estos últimos? Un doctor creeria menoscabar su dignidad, si recibiera al Hijo del Eterno de manos de un sacerdote inferior, ó si se arrodillára á sus piés para ser absuelto.

«La estrema-uncion, administrada por algunos en estado de salud, así como durante la enfermedad, es enteramente suprimida por otros, como pudiendo favorecer la relajacion; porque ofrece al moribundo, segun ellos, un último medio de salud; ¡estraña interpretacion de la prevision misericordiosa de la Iglesia, que nos favorece con sus gracias hasta en los brazos de la muerte!

«El sacramento del órden es el que mas conserva su integridad primitiva, y como esta iglesia recibió sus ceremonias de S. Gregorio, su rito es casi igual al de la iglesia romana. Una diferencia esencial distingue al sacerdocio armenio; tal es la facultad conferida, y aun el deber impuesto al simple sacerdote, para contraer matrimonio. Todos los *derders*, que forman la clase de los ecónomos, que equivalen entre nosotros á la de vicarios y curas, tienen sus *eretsgnin*, tal es el nombre dado á la esposa del sacerdote. El matrimonio obliga al pobre derders á trabajar con sus manos para atender á la subsistencia de su familia; y efectivamente, despues de haber rezado sus preces al amanecer, vá á arar ó á apacentar sus ganados, cuando no está ocupado en otras faenas domésticas, hasta la hora de vísperas, que reza al ponerse el sol, y que compone la segunda parte obligatoria de su breviario. Carece de tiempo y de medios para estudiar, y parece resignarse á la necesidad humillante de su ignorancia, abandonando la lectura y la instruccion á los vertabietos, que viven en el celibato, así como á los demás eclesiásticos superiores, quienes tratan á estos sacerdotes inferiores con tal desden, que jamás les permiten, ni aun sentarse en su presencia.

«El matrimonio está sometido á impedimentos mas severos que en ninguna otra parte; pero cuando las reclamaciones dirigidas al patriarca van acompañadas de algunos dones, se encuentran medios para legitimar hasta el divorcio.

«Los armenios son llamados los grandes ayunadores del oriente, y son muy acreedores á este nombre, porque, durante los dos tercios del año, observan una abstinencia rigurosa, que les prohibe el uso de la vianda, del pescado, del aceite y del vino. Este espíritu de mortificacion, en sí verdaderamente laudable, degenera en un orgullo farisáico, en virtud del cual, acusan de relajacion á la iglesia romana. Fácil es conocer, que la intencion de S. Gregorio el iluminador, al instituir estos ayunos, era santificar por la religion, las privaciones que la naturaleza hace necesarias. El pan, la leche, y la carne de las ovejas, son los únicos alimentos posibles en el pais, y todo lo demás es lujo. Las frutas y la uva no maduran mas que en cuatro ó cinco lugares privilegiados. El pescado que se coje con mas abundancia en el lago de Van, y solo en dos meses del año, se reduce á dos únicas especies. La abstinencia de la carne es ya tan corta privacion para los armenios, que la mayoría del pueblo no la come ni aun en los dias en que está permitida. La vida sedentaria de las mugeres, contínuamente encerradas y sentadas, y la indolencia de los hombres, esplican esta posibilidad de grandes abstinencias. En cuanto al aceite, es tan raro en el pais, que el patriarca y los obispos se ven obligados á usar el de sésamo ó alegría (1), y aun de la

(1) Planta ánua de un pié de altura, con los tallos y hojas ve-

manteca, para las unciones de la liturgia.»

Entre las comuniones disidentes del oriente, no se acostumbra formar el signo de la cruz como en la iglesia católica. Los armenios le hacen arbitrariamente, y de la misma manera que los griegos. Los jacobitas se persignan con un solo dedo, de izquierda á derecha, espresando así, segun dicen, su fé en la unidad de la naturaleza del Salvador, y en la traslacion de la gracia, pasando del lado izquierdo, que es el del pecado, al lado derecho, que figura el perdon. Los nestorianos, por el contrario, se persignan con dos dedos, de derecha á izquierda, símbolo de la dualidad de la naturaleza y de la aparicion de la fé, partiendo de la derecha ó del buen principio, victorioso de la izquierda, ó del mal principio. Los disidentes gustan mucho de este género de interpretaciones, y las aceptan como un artículo de fé. Dicen tambien, que si no puede celebrarse el santo sacrificio de la misa, mas que una vez cada dia en un mismo altar, es porque este altar, representa el sepulcro en que fué depositado el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo una sola vez despues de su muerte.

M. Bore, dispensa á los armenios ciertos elogios, asegurando, que entre todas las sectas del oriente, son los que mas cuidado ponen en la conservacion de la casa del Señor; aunque se hallen reducidos á la última pobreza, el altar está siempre ricamente adornado, lo cual prueba un espíritu nacional, íntimamente religioso. El pueblo no participa de las preocupaciones ni de los ódios de sus gefes espirituales, y no necesita mas que ser instruido para abjurar sus errores.

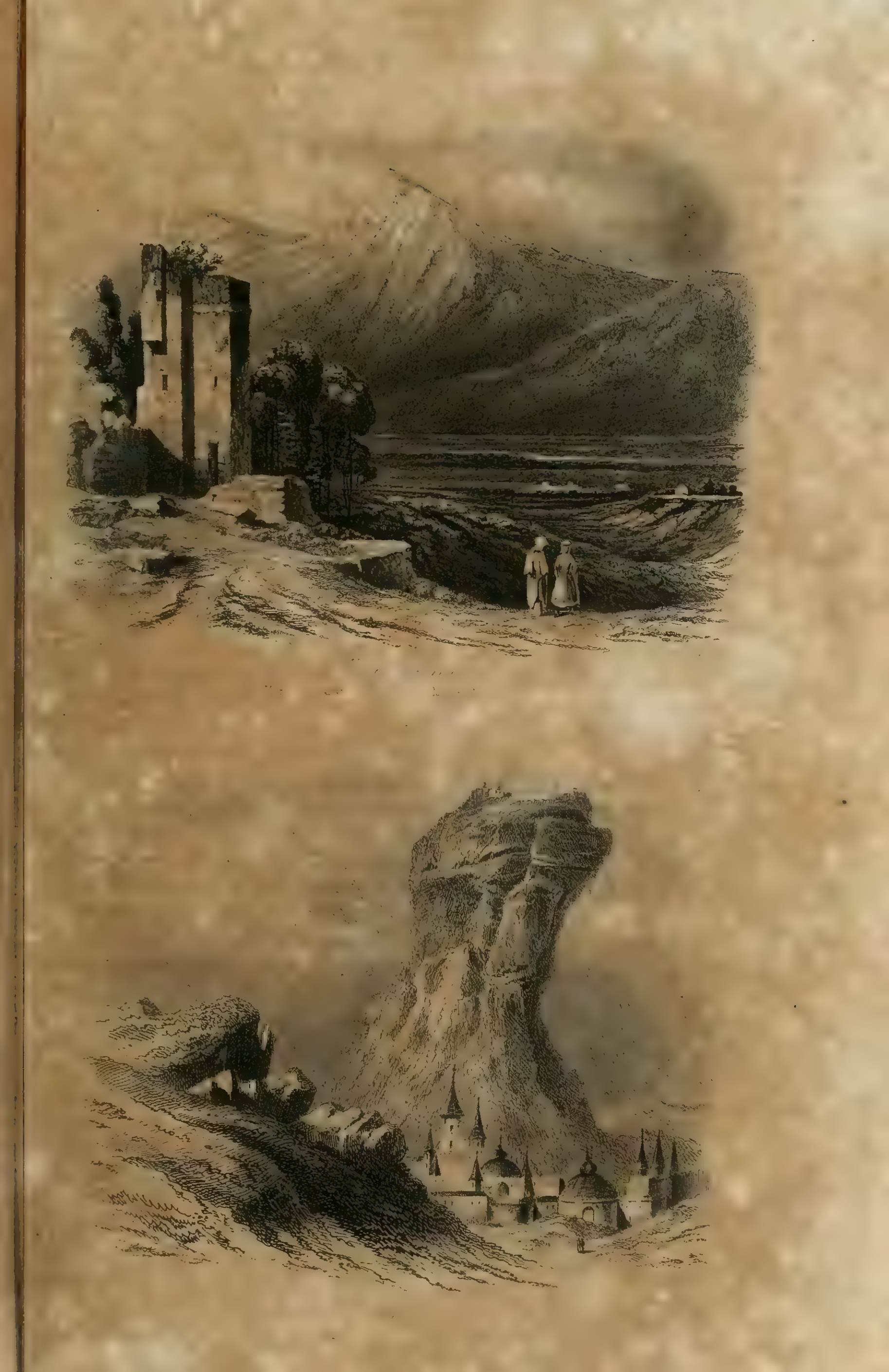
Despues de haber indicado las revoluciones religiosas de Armenia, bastarán pocas palabras para apreciar las vicisitudes de su fortuna política. Al pié del monte Ararat, que levanta su cabeza consagrada por las tradiciones primitivas, corre el Araxe, y no lejos de él, existen seis ciudades, decoradas con el título de capitales, que atestiguan la instabilidad de los armenios. (Pl. XVIII, n.° 1.)

El monte Ararat es tan célebre, que creemos deber transcribir lo que sobre él dicen las *Cartas edificantes*. «Los armenios le tienen en tanta veneracion, que al punto que le ven se prosternan y besan la tierra. Dan á esta montaña el nombre de *Mesesnat*, es decir, *montaña del arca*. Su cima está dividida en dos puntas, siempre cubiertas de nieve, y casi siempre rodeadas de nubes y de nieblas, que la ocultan á la vista. Al pié de la montaña, hay arenas movedizas, con algunas yerbas que sirven para pasto de los ganados, y en la parte superior, tiene rocas negras, amontonadas unas sobre otras, en que se crian tigres y cornejas, y donde no se puede llegar, sino con mucha dificultad, á causa de la gran pendiente, abundancia de arena y falta de agua. Cuando los rayos del sol iluminan la doble cima del monte Ararat, su aspecto imponente aparece con toda su magestad. El viagero fija su mirada respetuosa sobre sus hielos resplandecientes, y se dice á sí mismo, que independientemente de la autoridad de las sagradas letras, los pueblos han debido naturalmente ser movidos á colocar en este monte alguna gran escena de la humanidad, á causa de su forma única, de su aspecto severo y religioso, y sobre todo, á causa de su altura, superior á la del monte Blanco.»

Entre las ciudades tituladas capitales de la Armenia, es preciso nombrar en primer lugar á Armavir, la Armorica de Ptolomeo, y que fué corte de los soberanos hasta el siglo primero de la era cristiana. Situada en el estrecho de Archaruni, hácia la embocadura del Khasag, está á la sombra de aquellos árboles sagrados, á cuyas hojas movidas con los vientos, se consultaban los misterios de la adivinacion.

Erovantachad, situada frente la embocadura de Akurean y Vagharchabad, consagrada por el paganismo á la diosa Diana, se disputan tambien el honor de la residencia real, y los reyes habitaron la última hasta el siglo IV de nuestra era. Cerca de Erovantachad, habia

llosas y la flor blanca, y que produce una cajilla, dentro de la cual se contienen cuatro semillas ovaladas, que se usan para condimento y en algunas partes para sacar aceite.



un canton llamado *Pakrevant*, es decir, pais de los ídolos, á cuyo lugar se habian trasladado las estátuas de los dioses venerados en Armavir; y Erovaz, hermano del rey Erovant, era el gran sacerdote. Tambien tenia el magismo sus altares, y el rey de Persia, Ardachir, restaurador del culto de Zoroastro, habia mandado, que se conservara un fuego perpétuo; este fuego fué estinguido por el agua bautismal, que S. Gregorio, el iluminador, derramó sobre la cabeza de los habitantes, y el templo llegó á ser una iglesia, dedicada á S. Juan Bautista. En la confluencia del Araxe y del Mazamor, estaba el antiguo Ardachad, otro foco del magismo. En la época de la dispersion de las tribus, que tomaron la direccion de la Parthyene y de la Media, se fijó allí una colonia israelita, y los ejércitos del rey sasanidés, Chapur II, la saquearon, y destruyeron nuevecientas casas judías. Despues de la llegada de la poderosa familia de los Pagratidas, los privilegios políticos que se concedian á los judios, atrajeron á la Armenia muchas emigraciones de este pueblo. Ocho mil casas de israelitas pueblan aun á Zarchuan, ciudad vecina al canton de Pakrevant. De Nagar-Chavad, los reyes fueron á Tovin, al norte de Ardachat, sobre el Mazamor. Esta ciudad fué la residencia de los últimos Arsacidas, y de los Merzvans, ó *guardas de la frontera*, bajo la soberanía de la Persia, así como de los gobernadores, propuestos por los califas de Bagdad y de Damasco. Los emires musulmanes la destruyeron, al mismo tiempo que á Ani, ciudad situada sobre el Arpatchai, y cuyas ruinas ha visitado últimamente Mr. Ker-Porter. Al norte y al este, está Ani, rodeada por una doble fila de elevadas torres y murallas. La superficie del terreno, no presenta mas que capiteles rotos, columnas y frisos de un trabajo esquisito, conservando aun algunos restos de la antigua magnificencia, muchas iglesias y otras partes de la ciudad.

A la estremidad occidental, está el palacio de los antiguos reyes de Armenia, magníficamente decorado en su interior y esterior, sin que pueda darse una idea exacta de la variedad y riqueza de las esculturas que se encuentran por todas partes, ni de los adornos en mosáico de su pavimento, y de sus innumerables salones. La solidez de la construccion corresponde á la escelencia del trabajo de los edificios de Ani.

Al norte de Ararat, es decir, de esta provincia, que se estiende en círculo hasta el interior de la monarquía armenia, y hácia las montañas que se unen á la cadena de Tcheldir (*montes caldeos* de los antiguos geógrafos), está Kars, sinónimo de puerto. Esta plaza, es efectivamente el lugar de entrada y de salida de los que se dirigen hácia los reinos de Armenia y de Georgia.

Para completar esta lista de capitales, se podrian aun añadir los nombres de Van, de Khelad, de Amid, de Miafarekin y de Sis, en Cilicia. Van, sobre el lago de este nombre, ocupa un lugar distinguido en la antigüedad, porque Semíramis, despues de haber unido la Armenia á sus conquistas, quiso fundar en ella su residencia imperial, y ejecutó trabajos dignos de una reina de Asiria. Moisés de Khorene habla de una montaña artificial, situada al norte de la actual poblacion, y sobre la cual estaba edificado el palacio. M. Schulz visitó este pais en 1827, y encontró la colina, formada de enormes pedazos de roca, en direccion de este al oeste, y en cuyo interior hay inmensas cavernas y habitaciones abovedadas, en que Semíramis pasaba el estío. No es raro encontrar bajo estas bóvedas fragmentos de estátuas y monumentos antiguos; pero escitan mayor interés las inscripciones que cubren la entrada y costados de la montaña. La única de estas inscripciones cuneiformes que se ha podido leer, contiene el nombre de Xerces, hijo de Darío; de donde resulta, que los reyes de Persia, posteriores á Ciro, adoptaron el gusto de los antiguos monarcas de la Asiria para la residencia de Van. (Pl. XVIII, n.º 2.)

La enumeracion de estas capitales, nos suministra la indicacion completa de las alteraciones del poder vacilante del Asia.

La historia de Armenia, prueba además, que la posicion geográfica de los pueblos, influye directamente en sus destinos. Este reino, aislado, en medio de las naciones que han constituido sucesivamente las grandes monarquías del Asia, no ha tenido jamás bastante fuerza ni union social suficientemente compacta, para libertarse de la tutela ó del yugo de sus vecinos; ha sido perpétuamente un campo abierto á la ambicion, y como la via pública, que han hollado todos los triunfadores del oriente, dice M. Bore. Los babilonios han grabado en caractéres indelebles, sobre la roca de la fortaleza de Van, el recuerdo de su conquista; y despues de ellos, vinieron los medos y los persas, de quienes, los curdos, recibieron las provincias meridionales, como una herencia de sus antepasados. Alejandro el Grande, envió á uno de sus generales para que fuera á someter la Armenia; los romanos enviaron sus cónsules, y los griegos de Bizancio, la sugetaron en diversas ocasiones. Separándose de la iglesia romana, y de la iglesia griega ortodoxa, se privó, no solamente de la civilizacion de Roma y Constantinopla, sino de la proteccion que hubiera podido alcanzar contra el poder invasor de los árabes. El mahometismo tenia una alta mision que cumplir, y debia dar una correccion sangrienta y ejemplar á los pueblos de oriente, primeros depositarios de la fé cristiana, á la que hicieron traicion de la manera mas deplorable, por efecto de las disputas teológicas, inspiradas únicamente por una vanidad pueril, que rechazaba la supremacía de la santa sede. Las provincias de Siria, y el reino de Armenia, separadas de la unidad católica, esperimentaron tambien las primeras invasiones del islamismo, ejemplo que siguieron los griegos, y que despues se vieron obligados á sufrir su yugo. Dios sacó de los desiertos de la Arabia, y despues, de las llanuras del Asia septentrional, pueblos bárbaros á quienes entregó los prevaricadores, como abandonó en otro tiempo á los israelitas que le habian olvidado, á la espada de los filisteos y de los monarcas de Babilonia. Tal ha sido, bajó el aspecto religioso y político, el reino, en que los franciscanos y dominicos ejercieron su celo, afanándose por atraerle á la santa sede, con el mismo ardor que empleaban para la conversion de los infieles. Los dominicos habian hecho ya muchas conquistas sobre el cisma, cuando el rey Hetun I, se dirigió, en 1275, al capítulo general de la órden, para alcanzar que se enviase á otros misioneros encargados de sostener y reanimar la fé católica en sus estados, demanda á que accedió el capítulo, disponiendo el establecimiento de una casa de dominicos en Armenia.

El año 1289, encargó Nicolás IV, al franciscano Juan de Montecorvino, cartas para Hetun II, á quien daba gracias por la acogida favorable dispensada á los franciscanos; escribiendo al mismo tiempo á una hermana del príncipe, llamada Maria, recomendándola los religiosos destinados para ser instrumentos de una union tan deseada. Habiendo pedido el rey de Armenia, al general de los franciscanos, que enviase nuevos misioneros á sus estados, marcharon los PP. Raimundo, Tomás de Tolentino, Pedro de Macerata, Angel de Cingoli, Marcos de Montelupone, y un tal Pedro, á todos los cuales dispensó Hetun II, las mayores demostraciones de veneracion. Tanta fué la confianza que les otorgó, que cuando solicitó recursos, contra los musulmanes, de Nicolás IV, y de los reyes de Francia y de Inglaterra, acreditó, en calidad de embajadores, á Tomás de Tolentino, y á Marcos de Montelupone. Su afecto hácia la órden de S. Francisco, se manifestó mucho mas, cuando, despues de la abdicacion de Hetun I, para hacerse despues premostatense, en cuya órden entró luego otro príncipe Hetun, llamado el historiador, su sucesor, vistió el hábito de esa seráfica religion.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de las misiones de Africa y de Asia. — Ereccion de la metrópoli de Kan-Balikh (Pekin).

Nicolás IV, era el mismo Gerónimo de As-

coli, nuncio en otro tiempo en oriente, y que en el segundo concilio general de Leon, fué introductor de los embajadores de Abaka. El jóven Conrado, su hermano, dotado del don de profecía, se prosternaba algunas veces delante de Gerónimo, siendo aun niño, honrando así las llaves del cielo, que veia de antemano depositadas en sus manos. Conrado de Ascoli entró tambien en la órden de S. Francisco, y llegó á ser un gran misionero. Habiendo obtenido de Gerónimo, entonces vicario general de la órden, permiso para ir al Africa, se adelantó hasta el interior, al mediodía de la Berbería, y recorrió diferentes territorios del centro. Por su dulzura, por sus virtudes, y por sus milagros, se atrajo las simpatías de los infieles, y ganó muchos millares de almas para Jesucristo. Su vida era muy austera, pues cubierto de un pobre vestido, andaba con los piés desnudos; no se alimentaba mas que de pan y agua: ayunaba cada ocho dias, y meditaba sin cesar en la pasion del Salvador. Vuelto á Europa, por disposicion de sus superiores, profesó teología en Paris. Nicolás IV, queria honrar la púrpura haciendo entrar al B. Conrado en el sacro colegio, al mismo tiempo que este antiguo apóstol del Africa interior, moria en Ascoli, el 29 de abril de 1289. Pio IV autorizó el culto de este santo misionero.

La mision de Marruecos, fundada por los franciscanos, llamaba la atencion del papa, que habia salido de esta órden. En 1289, puso fin á la vacante de la iglesia, que habian gobernado Fr. Agneau y Fr. Lope, dándoles por sucesor á Fr. Rodrigo, á peticion de los cristianos del pais, y de los reyes de Castilla y Portugal. Este nuevo obispo de Marruecos, á quien Nicolás IV concedió muchos privilegios, fué tambien nombrado legado apostólico de toda el Africa.

El celo de las órdenes religiosas, consagradas á la redencion de cautivos, se ejercia sin cesar en la costa de Berbería; y en la imposibilidad de recordar todos los héroes de la caridad, hablaremos únicamente de S. Pedro Armengol. Descendiente de los condes de Urgel, familia célebre en Cataluña, pasó su juventud en la disipacion; pero Dios movió su corazon, y entró en 1258, en la órden de la Merced, donde hizo una penitencia tan rigurosa, que sus superiores le enviaron á la redencion acompañado de otros religiosos. Luego que llegó á Granada, se sintió vivamente conmovido, á vista de la miseria de los esclavos, y con tal entusiasmo se consagró á aliviarlos, que edificó á los mismos musulmanes. Sus superiores, informados de su ardiente celo, le enviaron á Argel, donde rescató 346 cautivos; y de Argel, pasó á Bujía, donde rescató tambien á 119, así como á muchos religiosos, que estaban en rehenes. En el momento de embarcarse, se enganchó por 18 niños, que sus amos iban á sacrificar á su brutalidad, y prometió 1,000 ducados por la libertad de estos desgraciados, á quienes envió á Cataluña. Durante su permanencia en Bujía, no solo consoló á los cautivos, sino que convirtió y bautizó á muchos mahometanos, conversiones que provocaron el ódio de los musulmanes, y que le acusasen ante el cadí, quien le mandó prender. Viendo los que le habian entregado los 18 niños, que habia espirado el plazo señalado para su rescate, le persiguieron con tanto furor, que habiéndole denunciado como á un espía, hicieron fuese condenado á morir ahorcado. La sentencia se ejecutó con la misma precipitacion con que habia sido pronunciada, y el verdugo le dejó suspenso de la horca, creyéndole muerto. Seis dias despues de esta cruel ejecucion, llegó con los 1,000 ducados el P. Florentin, compañero del santo.

Al recibir el dinero, le ocultaron su muerte; pero luego que tuvo noticia de ella, solicitó con vivo interés permiso para retirar el cuerpo de la horca y enterrarle. Así se le concedió, pero en vez de encontrar un cadáver, halló un mártir todavía vivo, el cual le dijo, que Dios, por intercesion de la santísima Virgen, no habia permitido que el cordel le estrangulase. Muchos mahometanos, que

acompañaban al P. Florentin, se convirtieron á vista de este milagro. En la ciudad de Bujía, todos querian ver al santo, y algunos musulmanes, fueron en secreto á pedir les administrára el bautismo. Aquel acto de crueldad, obligó al P. Florentin á reclamar los 1,000 ducados de las personas que los habian recibido; y el divan, á título de reparacion, compró con este dinero, veinte y seis esclavos, que S. Pedro Armengol condujo á Barcelona. Para acreditar el milagro, permitió Dios, que durante el resto de su vida, tuviese el cuello torcido, y el semblante pálido. En los diez años que vivió despues, no cesó de dar gracias á Dios y á la santísima Virgen, redoblando sus austeridades para aumentar el mérito del martirio que habia sufrido en Africa. Predijo su muerte cinco dias antes; espiró el 27 de abril de 1304, é Inocencio XI, permitió á la órden de la Merced, el culto del santo (1). Los cristianos estaban aun en posesion de la Palestina, cuando el dominico Brocardo, fué enviado á Tierra santa en 1232, pudiendo penetrar en lugares donde antes era imposible hacerlo. Este religioso, ha dividido su relacion en muchos viages particulares, siendo la ciudad de Acre, el punto comun de su partida. Fija su atencion sobre todos los objetos que pueden escitar la curiosidad del viagero; los vé bien, los observa con sagacidad, los describe con exactitud, y lo que dice de muchos vegetales, estraños á los territorios frios de Europa, es tan claro y tan preciso, que se les reconoce sin trabajo, aunque no esprese sus nombres. Su relacion fué impresa por primera vez, en una especie de historia universal, traducida en francés gótico, con el título de *Mar de las historias,* á la que se ha unido una carta de la Tierra santa, grabada en madera, quizá la mas antigua que se conoce.

La ciudad de Acre, punto de partida de sus viages, cayó en 4 de mayo de 1291, en poder de Melik-Aschraf, sultan de los mamelucos de Egipto, que con esta conquista, dió un golpe mortal á la dominacion cristiana en Palestina. Muchos dominicos y franciscanos fueron sacrificados, desempeñando las funciones de su ministerio, en medio de los muertos y de los moribundos. San Juan de Acre, vió el sacrificio de las vírgenes de Antioquía, renovado en sus muros, bajo la inspiracion especial del Espíritu Santo. Habia en esta ciudad un monasterio de religiosas de Sta. Clara, y la superiora, al saber que los musulmanes estaban ya en la plaza, temió menos por su vida, que por su castidad y la de sus hermanas, á todas las cuales reunió en capítulo, diciéndolas: «Este es el momento en que vamos á presentarnos á nuestro esposo, y agradable le será el sacrificio que le hagamos de nuestra vida si morimos puras en el alma y en el cuerpo; haced, pues, lo que me veais hacer.» Al acabar estas palabras, se cortó la nariz; su rostro se llenó de sangre, y las demás siguieron su ejemplo, desfigurándose de diversas maneras. Cuando los mahometanos penetraron con espada en mano en el monasterio, no pudieron menos de asombrarse; pero la ira sucedió á su admiracion, y sacrificaron á todas estas víctimas voluntarias. «Así fué, dice el P. Touron, como estas vírgenes sabias conservaron la castidad, por una accion, que célebres autores llaman ilustre, porque suponen fué inspirada por el Espíritu santo.» El dominico Nicolás de Hanaps, de la diócesis de Reims, patriarca de Jerusalen, legado apostólico en Chipre, Siria y Armenia, y que gobernaba al mismo tiempo la iglesia de San Juan de Acre, no cesó de exhortar á los sitiados á que defendieran la ciudad, mientras que hubo alguna esperanza de victoria, y espuso su persona cuando fué tomada la plaza, con el fin de facilitar la fuga á una parte de la poblacion; siendo preciso llevarle, como por fuerza, á una lancha para entrar en la galera que estaba próxima. Muchos cristianos se precipitaban en el mar, y nadando, se dirigian hácia su embarcacion, y él los alargaba sus manos,

(1) San Pedro Armengol nació en Cataluña, en el lugar de la Guardia de los Prados. Una pequeña diferencia encontramos entre lo referido por el autor francés y lo que dicen las crónicas del santo, pues segun estas, no se llamaba Florentino, sino Guillermo, el que lo descolgó del árbol, y no de la horca.

recibiendo con bondad á todos cuantos se presentaban ; pero su número era escesivo, y el bote se sumergió en el fondo. Así murió, en el ejercicio de la caridad, el último patriarca latino de Jerusalen, residente en el pais, porque no han tenido mas que el título los que despues han sido nombrados por los papas.

Raoul de Granville, francés, como Nicolás de Hanaps, gefe de los misioneros dominicos, y provincial de Tierra santa, habia animado el valor de sus hermanos hasta la toma de San Juan de Acre. La predicacion del evangelio fué desde esta época mirada por los musulmanes, con mas ódio que nunca, y los misioneros esperimentaron la crueldad de los bárbaros de muchas maneras. Desde el momento que cogian alguno, le degollaban sin piedad ; y si dilataban el suplicio, era para hacerle mas prolongado y penoso. Raoul de Granville volvió á Italia, ya para informar á sus superiores del triste estado de las religion en Palestina, ya para dar lugar á que se mitigase un poco la persecucion y el furor de los infieles, en aquellos momentos tan poco favorables para escuchar la palabra de salvacion.

El mismo dia de la toma de San Juan de Acre, el capítulo de dominicos, celebrado en Palencia, en España, recibió de Sancho el IV, rey de Castilla, nuevos medios para la propagacion de la fé. La esperiencia habia hecho conocer, que para trabajar con éxito en la conversion de los judíos, y de los mahometanos, que tanto abundaban en España, era necesario saber el hebreo y el árabe. Sancho escitó al capítulo, para que aceptára la fundacion de tres nuevos conventos que se encargaba de establecer ; pero con la condicion, de que, en el de Játiva, en el reino de Valencia, se enseñáran siempre las lenguas orientales. El capítulo general de la misma órden, celebrado en Metz, en 1298, encargó á los provinciales exhortaran á los religiosos á marchar entre los infieles para anunciarles á Jesucristo, y que entregaran á los que quisieran consagrarse á este ministerio, cartas patentes, remitiendo la nota respectiva al vicario general. Una multitud de dominicos pidieron estas cartas patentes á sus provinciales, tan pronto como de ello tuvieron noticia ; pero los superiores, limitándose á escoger los sugetos mas á propósito para las misiones, los diseminaron en los paises idólatras del nord-este de Europa, y de los infieles de ultramar. Estos celosos misioneros, no ambicionaban otra suerte que la de Andrés de Perouse, á quien, en el año de 1300, cortaron la cabeza, despues de haber hecho muchas conversiones. Los rayos luminosos que resplandecieron sobre el cuerpo de este mártir, prueban cuán preciosa habia sido á los ojos de Dios, la muerte de este valiente atleta de Jesucristo. El capítulo celebrado en Tolosa, en el año de 1304, concedió á todos los religiosos destinados á evangelizar los infieles, la facultad de tomar por compañeros, en el ejercicio de este ministerio apostólico, á los dominicos que voluntariamente quisieran asociárseles, á escepcion de los de las provincias de Grecia y Tierra santa, cuya presencia era tan necesaria en estos paises, para el fomento de los intereses católicos. Gran número de dominicos se consagraron, en virtud de esta disposicion, á ejercer el apostolado en las naciones que no conocian al verdadero Dios.

Benedicto XI, de la órden de predicadores, elevado á la santa sede, el 22 de octubre de 1303, llamó de oriente al dominico Ricold de Montecroix, por cuyo medio queria instruirse de ciertas cosas relativas á la fé de los pueblos, á quienes este misionero habia anunciado el evangelio. Los escritos de este santo y sabio religioso, han servido para formar la historia de su vida. Nacido en Florencia, pasó los primeros años en el estado eclesiástico antes de recibir el hábito en el convento de dominicos de Sta. Maria la Nueva. En uno y otro estado emprendió largos y penosos viages por motivos diferentes; primero, con el único deseo de conocer á los sabios de su tiempo y de aprovecharse de sus luces, y consagrado despues en el retiro del claustro, á la meditacion de las santas escrituras, se sintió abrasado

del celo mas puro, y no pensó en hacer valer sus talentos, mas que para gloria de Dios y la salvacion de sus hermanos. «Cuando empecé, dice en su *Itinerario*, á reflexionar sériamente en la bondad infinita de Dios, que por un esceso de su amor se dignó hacerse semejante á nosotros, y aparecer sobre la tierra para enseñar á los hombres el camino del cielo, y acordándome que yo habia sufrido con gusto las mayores fatigas, ya para satisfacer mi curiosidad, ya para aprender lo que es permitido ignorar, concebí un grandísimo deseo de consagrar mis fuerzas y el resto de mis dias al servicio de Jesucristo, por medio de la predicacion del evangelio. El mandato de mis superiores, favorecia este designio, y ya no dudé de la voluntad de Dios. Despues de haber recibido la obediencia de nuestro P. General, con las instrucciones y las bendiciones del papa, partí para el oriente, y me dirigí á S. Juan de Acre.» La descripcion que hace Ricold de los santos Lugares, y del estado en que entonces se encontraba Jerusalen, Belen, Nazaret, etc., es una prueba de que se detuvo algun tiempo en la Palestina, donde quiso empezar su mision. En seguida, se internó mas entre los infieles, y despues de muchos peligros y fatigas, llegó á Bagdad, sobre el Tigris, á una jornada de la antigua Babilonia. Los musulmanes tenian en esta ciudad una escuela célebre, y el misionero se detuvo para aprender el árabe, de que se sirvió para refutar el Alcorán, y para predicar el evangelio á sus ciegos partidarios. No solamente disputó con los doctores musulmanes, sino que acometió la empresa de traducir su ley, con el fin de dar á conocer mejor sus errores á los predicadores de la fé, que no entendian el árabe; pero disgustado de tantas estravagancias, no concluyó esta traduccion; y en lugar de una simple version de la última parte del Alcorán, escribió unas reflexiones ó comentarios sobre este libro, que dirigió despues en forma de cartas á las iglesias cristianas. Ricold compuso otras muchas obras, además de esta *Defensa de la fé católica, contra las impiedades de los sarracenos y las mentiras del Alcorán*. La primera obra titulada: *Generosa confesion de la fé cristiana, hecha en presencia de los sarracenos*, está llena del espíritu apostólico. La segunda, esplica y refuta, al mismo tiempo, la doctrina de los judíos, de los mahometanos y de los idólatras, haciendo notar los errores característicos de estas diferentes sectas: Ricold la dirigió á todos los pueblos orientales. Las continuas predicaciones del misionero, entre los enemigos de la cruz, sus disputas con los doctores musulmanes, y los escritos que compuso en oriente, fueron causa de las persecuciones que suscitaron contra él los cismáticos, los judíos, los mahometanos y los idólatras. Pero la divina providencia multiplicó en su favor los milagros de la proteccion, y su ministerio, útil para muchos, no le proporcionó la gloria del martirio. El celo de la salvacion de las almas, y la obediencia que debia á sus superiores, le habian empeñado en una larga y penosa mision, y estos mismos motivos le hicieron volver á Europa, despues de veinte y cinco ó treinta años de trabajos. Estando ya en su patria, y bajo el pontificado de Benedicto XI, escribió en latin su *Itinerario*, que es su última obra, y la emprendió en favor de aquellos que la providencia condujera á los paises que él habia recorrido, para llevar la luz del evangelio, á fin de que, instruidos préviamente de todo lo que debian saber, pudiesen combatir con mas facilidad el error, y predicar con fruto las verdades del cristianismo. Contiene esta obra una descripcion de todas las comarcas del oriente, de sus leyes, costumbres, opiniones, dogmas, heregías, y sectas de sus diversas naciones, en el siglo XIII; en una palabra, todo lo que era digno de notarse en su religion, en su organizacion y en su vida social. Este libro, tan á propósito para ilustrar la geografía de la edad media, fué traducido al francés, á mediados del siglo XIV, por Juan de Ipres, monge de S. Bertin. Ricold, despues de haber edificado á sus hermanos por espacio de muchos años, murió en el Señor el 31 de octubre de 1309.

Benedicto XI, desde el principio de su corto pontificado, envió algunos dominicos á Persia, para que reconocieran el estado religioso y moral de este pais, así como los sentimientos de los obispos que se encontraban en él, con respecto á la santa sede. No tardó el sumo pontífice en recibir diputados de Jaballaha, patriarca de los nestorianos, los cuales le presentaron una profesion de fé ortodoxa, reconociendo el primado de la silla apostólica, y solicitando la comunion por la iglesia romana. El patriarca hablaba en nombre suyo, y en el de su clero, disposiciones por desgracia demasiado variables entre los orientales.

Tambien vinieron embajadores tártaros cerca de Benedicto XI. El poder de los francos en Siria se habia eclipsado, pero podian las nuevas cruzadas restaurarle en un instante. Para conseguirlo, apelaron á la súplica los tártaros, que en otro tiempo empleaban el lenguaje de la injuria y de la amenaza, y uniendo ahora sus exhortaciones á las de los georgianos, armenios, griegos y cruzados refugiados en Chipre, procuraban encender en Italia, en España, en Inglaterra y en Francia, el fuego de las guerras santas. Es una circunstancia tan singular, como poco notada hasta ahora, que las instancias para empeñar á los reyes cristianos á emprender el rescate del santo sepulcro, surgian de las cortes de los reyes idólatras. Cuando Clemente V predicó la gran cruzada, que debia poner la Palestina en manos de los francos, vió en Poitiers enviados mongoles, que le dieron noticia de la paz general, ajustada entre todos los príncipes de la Tartaria, desde la gran muralla de la China, hasta las fronteras del pais de los francos. Esta paz, permitia al rey de Persia, en 1305, poner á disposicion de Felipe el Hermoso, para una espedicion de Siria, 200,000 caballos, 200,000 cargas de trigo y 100,000 ginetes tártaros, que ofrecia conducir en persona. Los archivos del reino poseen aun la carta en que se contenian estas proposiciones, que es un rollo de 18 pulgadas de alto por 9 de ancho, escrito en lengua mongola. La diplomacia oriental, dice Abel de Remusat, tiene sus reglas de conveniencia y de minuciosa etiqueta, sin que puedan dejar de parecernos estrañas. Los asiáticos dan mucha importancia á la longitud, latitud, y al grueso del papel, al grandor de los márgenes, y á la anchura y disposicion de las líneas. Todo esto está en proporcion, y puede decirse en razon compuesta, de la dignidad del príncipe que escribe y de aquel á quien se escribe, y mucho mas aun frecuentemente, en razon de la necesidad que el primero tiene del segundo, y de los servicios que de él se promete conseguir. Las primeras misivas de los tártaros, eran simples billetes para intimar al papa, al rey de Francia y al emperador, á que sin dilacion le rindieran en tributo las rentas de sus estados. La forma de estas orgullosas comunicaciones correspondia á su contenido; pero la carta dirigida á Felipe el Hermoso, era tan honrosa, cuanto podia desearse. Un rollo de 9 piés de longitud, era el mas glorioso testimonio de consideracion que un rey de los francos podia esperar de un soberano mongol.

Un suceso mucho mas memorable debe principalmente formar época en los anales de la historia de las misiones de la China. Queremos hablar de la ereccion de una silla arzobispal en el centro mismo de la dominacion de los tártaros, medida preparada por los trabajos apostólicos del franciscano Juan de Montecorvino.

Este misionero, á quien Nicolás IV habia dado cartas para el rey de Armenia, era uno de los apóstoles, que la órden de S. Francisco tenia en oriente hacia ya muchos años. Luego que el papa supo por él las disposiciones favorables, no solo de los armenios, con respecto á la unidad católica, sino de los diversos príncipes mongoles, con respecto al cristianismo, no vaciló en enviarle cerca del emperador Kublay, gefe supremo de los tártaros, y á quien los embajadores de Argun habian presentado como dispuesto á recibir misioneros. Le dió cartas para el khagan y para el rey mongol de Persia; para Denis, que era obispo de Tauris;

para un tal Pisano, llamado Joló, cuya activa cooperacion secundaba en oriente el celo de los apóstoles de la fé; para los gefes de los nestorianos, y para los reyes de la India. Revestido con el título de legado y nuncio de la santa sede, partió Juan de Montecorvino para Persia, á fin de entregar al rey Argun la carta del soberano pontífice. Despues de haberse detenido algun tiempo en la residencia real de Tauris, salió de esta ciudad, en 1291, para pasar á la India; por espacio de trece meses estuvo en compañía del mercader Pedro de Lucalongo, y del dominico Nicolás de Pistoya, el cual murió en Meliapur, habiendo sido enterrado en una iglesia de Santo Tomás. Juan de Montecorvino bautizó allí á una centena de personas, é internándose mas en el oriente, con el compañero que le quedaba, vino á Catay ó China septentrional, y entregó al emperador mongol la carta del papa, en que le escitaba á abrazar el cristianismo. Conviene recordar, que á ejemplo de los reyes antiguos de la China, y de muchos príncipes tártaros y emperadores chinos de la dinastía de los Tang, el khagan habian creado un pontífice budhista con el título de *maestro del reino*, título que confirió á un jóven tibetano, cuya familia ejercia desde tiempo inmemorial el cargo de gran sacerdote de los reyes del Tibet. Por medio de este pontífice se continuó la sucesion de los antiguos patriarcas budhistas, y empezó la de los grandes lamas, y por su medio tambien, el lamismo ó budhismo reformado llegó á ser la religion comun de los mongoles. Pero como la adopcion de un nuevo culto era para Kublay, un asunto de política, mas bien que de persuasion; y como este príncipe, del mismo modo que Mangu-Khan, seguia la falsa máxima, de que en el fondo no hay mas que una religion, cuya forma han hecho variar los sabios de diversos paises, segun los tiempos y los lugares, no dejó de acojer á los misioneros católicos, tanto mas, cuanto que habia ya dispensado antes á los cristianos muchas gracias, y particularmente á los nestorianos, cuyos progresos en estas comarcas hemos indicado antes. Juan de Montecorvino, tuvo mucho que sufrir por sus envidias, pues se oponian á que los cristianos de otro rito tuviesen aun el mas pequeño oratorio, y á que predicasen otra doctrina distinta que la suya. Estos cismáticos, con el fin de desacreditar al misionero, le presentaron como un aventurero, que se llamaba enviado por el papa; le acusaron de haber matado en la India á un embajador que traia magníficos presentes para el khagan, y presentaron testigos falsos, que depusieron sobre esta impostura. El legado hubiera sucumbido bajo el peso de sus acusaciones, si la providencia no hubiera permitido que el emperador reconociera su injusticia.

Juan de Montecorvino, iba ya á ser condedo al último suplicio, cuando la confesion de uno de los falsos testigos ilustró á Kublay, el cual desterró á los calumniadores y á todas sus familias. Once años despues de la llegada de Juan de Montecorvino, se unió á aquel misionero el franciscano Arnold de Colonia, que habia tardado seis años en construir una iglesia en la ciudad de Kan-Balikh, palabra que significa residencia real (1). Juan de Montecorvino, construyó además el campanario, en que se colocaron tres campanas, que se tocaban á todas horas para los oficios divinos; bautizó cerca de 6,000 personas, compró 150 niños menores de once años, hijos de paganos, que no conocian ninguna religion, los instruyó en la fé católica, les enseñó las letras griegas y latinas, escribió para ellos, salterios, himnos, y dos breviarios, con cuyo auxilio, cantaban estos niños el oficio, como se practica en los monasterios, complaciéndose mucho el emperador en oirlos cantar en el coro, al que asistia en presencia, y en ausencia de Montecorvino. Aun alcanzó otras muchas ventajas para la religion, con la conversion de un príncipe mongol, de la tribu de los Keraitas, llamado Jorge, y descen-

(1) Constando como consta que los emperadores tártaros Kublay y Temour, contemporáneos del misionero, residian en Yan Kin, hoy dia Pekin, esta ciudad, sin duda alguna, es la misma que corresponde al término mongol de Kan-Balikh.

diente, segun él, de aquel Vug-Kan, á quien las relaciones de la edad media designan con el nombre de Preste-Juan de las Indias. Jorge, vestido con las insignias reales, servia algunas veces á Juan de Montecorvino en el altar. Una gran parte de los gefes subordinados á este príncipe, adictos antes al nestorianismo, siguieron su ejemplo, y perseveraron en la unidad católica hasta la muerte de Jorge, acaecida en 1299. La mayor parte de estos, sucumbieron, despues de esta época, á las seducciones de los nestorianos, compañeros suyos; y el misionero, que se encontraba cerca del gran Khan, ni pudo impedirlo, ni enviar á nadie que se opusiera á esta defeccion. El aislamiento en que se encontraba, le movió á escribir á los religiosos de su órden, en 8 de enero de 1305, pidiendo cooperadores, y que le enviaran, entre otros auxilios, un antifonario, la leyenda de los santos, un gradual, y un salterio. En esta carta, que nos ha conservado Waddingo, anunciaba Juan de Montecorvino, que habia aprendido la lengua de los tártaros, es decir, el mongol; que leia, escribia, y predicaba en este idioma; que habia traducido á esta lengua, el nuevo testamento y los salmos, escritos con el mayor cuidado en los caractéres propios; y que si el rey Jorge, hubiera vivido mas, hubiera acabado la traduccion de los libros necesarios, para propagarlos en todas las tierras de la dominacion del gran Khan. En otra carta, escrita al año siguiente, habla de la bondad con que este soberano le trataba, de los honores que hacia se le rindieran como enviado de la santa sede, y del nuevo favor que le habia concedido, permitiéndole construir una segunda iglesia, á un tiro de piedra del palacio imperial, y tan cerca de la cámara misma del príncipe, que podia oir los cánticos de los que celebraban los oficios; añadia tambien, que para instruccion de los mas ignorantes, habia mandado hacer viñetas del antiguo y nuevo Testamento, con inscripciones ilustrativas en caractéres latinos, *társicos* y persas, á fin de que todos pudiesen leerlos. Las letras *társicas* son las de los oighurs, á cuyo pais las relaciones de esa época dan el nombre de *Tarse*, de una palabra tártara, que significa *infiel*, y que parece haber sido sucesivamente aplicada en la Tartaria, á los sectarios de Zoroastro y á los cristianos nestorianos. Clemente V, instruido de los progresos de Juan de Montecorvino, erigió á Kan-Balikh en metrópoli, el año 1307, y encargó al vicario general de los franciscanos, eligiera á siete religiosos, para que se unieran al arzobispo electo, á todos los cuales hizo obispos antes de partir, á fin de que á su llegada consagrasen al metropolitano de quien habian de ser sufragáneos. El papa, concediendo grandes prerogativas á á la metrópoli de Kan-Balikh, en vista de la importancia que pudiera tener en los progresos del cristianismo, en las estremidades del oriente, confirió á Juan de Montecorvino y á sus sucesores el derecho de instituir y consagrar obispos, de ordenar, en todas las provincias orientales, de presidir en ellas á todos los prelados, con la condicion de reconocerse siempre sometido al romano pontífice, y de recibir de él el *pallium*. La bula que contenia estas disposiciones, recomendaba á Juan de Montecorvino hiciera pintar en las iglesias nuevamente construidas, los misterios del antiguo y nuevo Testamento, para atraer por este medio á los pueblos bárbaros al culto del verdadero Dios. De los siete obispos sufragáneos, tres murieron durante su viage á la India, el cuarto volvió á Italia, pero Gerardo, Peregrino, y Andrés de Perusa, llegaron en 1308 cerca de Juan de Montecorvino, al que consagraron obispo, y llevaron cartas del papa para Timur, entonces emperador. Clemente V, además de estos sufragáneos, nombró otros tres para el arzobispado de Kan-Balikh; tales fueron los franciscanos Tomás, Gerónimo y Pedro de Florencia.

El pontífice, en la bula en que los instituyó, hace los mayores elogios del metropolitano de la China, y de sus cooperadores.

Los cinco franciscanos, Francisco, Angel, Tomás, Juan y Monaldo de Ancona, fueron

tambien enviados á oriente, en 1307, para sostener la fé de los cristianos, y procurar la conversion de los infieles. Angel, que se dirigió á Tartaria, murió mártir de los búlgaros; Monaldo y Francisco recibieron tambien el martirio, el primero, predicando, y el segundo, celebrando los santos misterios; otros muchos franciscanos se dirigieron hácia Jerusalen.

Un diploma pontificio, concedió grandes facultades á los misioneros de la familia de S. Francisco, y entre otras, la de conferir las órdenes menores y el sacramento de la confirmacion.

Raimundo Lulio seguia con perseverancia la ejecucion de sus proyectos, para la enseñanza de las lenguas orientales, con cuyo fin, fué hasta Chipre, en el año de 1300; de allí volvió á Armenia, y despues de haber recorrido este pais, bajó á la Palestina, donde anunció el cristianismo á los mahometanos, esforzándose para atraer á la unidad católica, á los nestorianos y jacobitas. Despues volvió á Berbería, donde sufrió toda clase de oprobio en el pueblo de Bujía, logrando convertir, sin embargo, á 70 filósofos, partidarios de Averroes, que consideraban á la fé, como opuesta á la razon. Habiéndose dirigido tambien á Argel, atrajo al cristianismo á gran número de infieles; y habiendo sido preso por los imanes, procuró instruir aun á aquellos á quienes estaba confiada su custodia; para impedir lo cual, le pusieron una mordaza, privándole además de todo alimento por espacio de múchos dias. Por último, le pasearon ignominiosamente por toda la ciudad, y despues de haberle golpeado terriblemente, le desterraron, amenazándole con pena de la vida. Aunque ya se habia pronunciado contra él una sentencia igual en Túnez, no vaciló en volver á esta ciudad, favoreciéndole para ello, la alteracion que la edad habia producido en sus facciones, puesto que ahora tenia 71 años, y la primera vez que fué, no tenia mas que 53. Entre los doctores musulmanes, con quienes tuvo conferencias sobre materias religiosas, habia un filósofo árabe, que, confundido por la lógica de Lulio, tomó el partido de hacerle meter en un calabozo, en el que sin duda hubiera perecido, á no ser por los auxilios que le prestaron unos mercaderes genoveses, quienes lograron además, fuera trasladado á una prision menos mal sana, en la que aun permaneció por mas de seis meses, y en la que fué visitado por sabios del pais, atraidos por su elocuencia y por la facilidad con que se espresaba en árabe. «Los doctores de la ley de Mahoma, dice Mr. Delecluze, en un estudio lleno de interés sobre Raimundo Lulio, empeñados en probarle la verdad de su religion, y en hacérsela confesar, no omitieron ninguno de los medios con que creian poder alcanzar esta importante victoria sobre el anciano cristiano. Reflexiones, súplicas, amenazas, esperanzas lisongeras, todo fué puesto en juego para convencer, para intimidar ó para seducir á Raimundo Lulio, pero el *doctor iluminado* (1), permaneció firme en su fé. Las razones en favor de las dos creencias se habian multiplicado hasta el punto, de que el órden escolástico no podia reinar ya en las discusiones, y convinieron, en que cada uno desenvolviera metódicamente sus argumentos por escrito. Entonces el infatigable Raimundo Lulio, á quien un volúmen de teología no costaba mas trabajo que hacer un viage de Europa á Africa, se puso á componer un libro; pero en el momento en que su obra estaba casi concluida, el soberano del pais, temiendo los efectos de la discusion, hizo abrir las puertas de la prision, y le arrojó de la ciudad, como perturbador del reposo público. Lulio, dejando con sentimiento el pais en que se prometia hacer una guerra intelectual á los sarracenos, se embarcó con todos sus libros en una nave genovesa; pero asaltado por una tempestad, á diez ó doce millas de Pisa, naufragó, salvándose en una tabla, en la que encontró medio de colocar todos sus libros.»

Lulio, tan ardiente propagador del estudio de las lenguas orientales, vió con alegría, que Clemente V habia fundado en Roma, en 1310,

(1) Véase la nota final del capítulo VIII.

cátedras para las lenguas hebrea, árabe y siriaca, como medios eficaces para la propagacion de las misiones. El ejemplo del papa fué seguido por Aimery, vicario general de los dominicos, disponiendo, que en un convento de cada provincia, se enseñasen tres idiomas, cuyo uso fuera necesario, para alcanzar la conversion de los judíos, de los infieles y de los idólatras. El concilio general de Viena, realizando los votos de Raimundo Lulio, prescribió el establecimiento de cinco colegios para el estudio de los idiomas orientales; el primero, en Roma, el segundo, en Bolonia, el tercero, en Paris, el cuarto, en Salamanca, y el quinto en Oxford, costeados á espensas del papa, y de los obispos de estas iglesias, á escepcion del de Paris, que el rey de Francia se encargó de fundar y establecer. En este mismo año, de 1312, se erigió por la órden de dominicos, una congregacion particular en Africa, para la conversion de los infieles; y como los padres franciscanos de España, estaban familiarizados con el conocimiento del árabe, se les escogió con preferencia para este apostolado.

Aunque Raimundo Lulio tenia ya cerca de ochenta años, se lanzó con nuevo ardor á la carrera de las misiones. Despues de haber desembarcado en Egipto, partió á Jerusalen, y luego á Túnez, á donde llegó en 14 de agosto de 1314, donde, á pesar de la sentencia capital, fulminada contra él, visitó á los discípulos, á quienes antes habia instruido en la religion cristiana, exhortándolos á la perseverancia, y enseñándoles con su ejemplo á despreciar la muerte, para gloria de Dios y triunfo de la fé. Luego que reanimó su valor, se dirigió á Bujía, donde tambien estaba condenado á pena capital. Por espacio de algunos dias, adoptó todas las precauciones que aconsejaba la prudencia para asegurarse de que los cristianos de esta ciudad habian permanecido firmes en sus creencias, y despues, saliendo de los lugares en que se ocultaba, volvió á presentarse á los infieles, predicando en las plazas públicas al hijo de Dios encarnado. El populacho, luego que le vió y oyó proclamar la fé católica, le llenó de injurias y de golpes. Rodeado por una multitud, Raimundo Lulio, estrechado cada vez mas, retrocedió hasta la playa, logrando contener el furor de los musulmanes, por su venerable aspecto, por la firmeza de sus palabras, y sobre todo, por el desprecio de los peligros. El soberano del pais, supo, no sin inquietud, la serenidad heróica con que Raimundo hablaba al frenético populacho, y alentando á los habitantes que habian permanecido indiferentes, les representó la injuria que se hacia á la ley de Mahoma, resultando de aquí, que todos los musulmanes fanáticos de Bujía, se dirigieron á la playa en que estaba Lulio, derribándole á pedradas, y dándole tantos golpes, que le dejaron por muerto. Ninguno de los cristianos de Europa, residentes en Bujía, durante esa escena terrible, se atrevió á defender á Raimundo, temiendo comprometer sus relaciones mercantiles; pero sin embargo, no permanecieron insensibles á la suerte del confesor de Jesucristo.

Algunos mercaderes genoveses, creyéndole ya cadáver, y deseando hacer á su cuerpo los honores de la sepultura, vinieron de noche en una barca para recojerle, y cuando se disponian á ejecutar este piadoso deber, conocieron que aun estaba vivo. Luego que le recogieron, lo llevaron á su buque, y se dirigieron á Mallorca, su patria; pero Lulio, no sobrevivió mucho, porque estando ya á vista de la isla, rindió su alma á Dios, en 29 de julio de 1315, y á la edad de ochenta años. El virey y los principales de la ciudad, vinieron á recoger su cuerpo, que fué colocado en la tumba de la familia de Lulio, en Sta. Eulalia, de donde fué trasladado á la iglesia de franciscanos, por reclamacion suya, y en cuyo lugar se le venera como á un mártir. Tal es el cuadro de la vida de Raimundo Lulio, en el cual, no hemos presentado mas que al hombre apostólico, sin decir nada de los trabajos del filósofo, que para probar que los misterios de la fé no son opuestos á la razon, formó un árbol de las ciencias, cuya raiz y cuya cima era la teología, puesto

que todas sus ramas se dirigian á la ciencia divina. Cuando se reflexiona, dice M. Delecluze, en la infatigable actividad corporal que empleó este piadoso sabio en cruzar los mares y en recorrer el mundo, nos parece maravilloso el número de sus libros. Efectivamente, compuso 486 tratados, á saber: 60 sobre el arte demostrativo de la verdad; 7 sobre gramática y retórica; 22 de lógica; 4 sobre la memoria; 8 sobre la voluntad; 12 de moral y de política; 8 sobre el derecho; 32 de filosofía y física; 26 de metafísica; 19 de matemáticas; 20 de medicina y anatomía; 49 de química, y 212 de teología (1). El órden de este cuadro sinóptico, formado por M. Delecluze, además de indicar la marcha y encadenamiento de ideas de Raimundo Lulio, caracteriza el espíritu enciclopédico que animó y arregló los trabajos intelectuales de los hombres distinguidos del siglo XIII.

CAPÍTULO IX.

Misiones en la Persia, en la India y en la China.—Ereccion de la metrópoli de Sultanieh y del obispado de Ceyton. — Martires de Tana.

El celo apostólico del franciscano Juan de Montecorvino, habia preparado la ereccion de la metrópoli de Kan-Balikh en China, y el del dominico Franco de Perusa, preparó el establecimiento de la silla arzobispal de Sultanieh en Persia.

Franco, natural de Perusa, al abrazar el instituto de Sto. Domingo, hácia el año de 1270, pareció lleno del espíritu del santo patriarca. A principios del siglo XIV, y despues de haber ensayado sus talentos en Italia, fué destinado, segun sus deseos, á las misiones estrangeras; y pasó al oriente, donde los armenios, los persas y los tártaros, se aprovecharon de sus predicaciones. Ayudado de muchos hermanos suyos, combatió con éxito las supersticiones paganas; destruyó los ídolos de las naciones, y sus templos profanos, levantó altares al verdadero Dios, y purificó en las aguas del bautismo, á muchos millares de nuevos discípulos de Jesucristo. La mayor parte de estas conversiones se verificaron en la Persia, sometida entonces á los mongoles, y en los territorios inmediatos.

Esta parte del Asia obedecia sucesivamente á Ghazan-Khan, á Oldjaitu, y á Abu-Said. El primero, sea que fuese idólatra ó cristiano, antes de determinarse á abrazar el islamismo, por miras puramente políticas, no ocultaba su predileccion en favor de los cristianos, y se le puede considerar como el primer monarca persa, que manifestó deseos de ayudarlos en la conquista de la Palestina. Oldjaitu, que segun se dice, fué bautizado con el nombre de Nicolás, se hizo musulman despues de la muerte de su madre. Este príncipe, fué el primero de su raza que exigió tributos á los judíos y á los cristianos, obligándoles á llevar un trage particular, para que se distinguieran de los mahometanos. En el año de 1303, fundó en Irak-Agemi, y acabó en dos años, la ciudad de Sultanieh, en la que fijó su residencia, que no tardó en ser el centro del comercio entre la Europa y las Indias, y en la cual hacia cada dia nuevas conquistas espirituales Franco de Perusa. Abu-Said, que sucedió á su padre Oldjaitu, en 1317, no le puso tampoco obstáculos; de suerte, que la religion católica estaba cada dia mas floreciente. Tanto se multiplicó el número de cristianos en Sultanieh, que tuvieron veinte y cinco iglesias, entre las cuales era notable la de los dominicos, por su estraordinaria belleza.

(1) Lo mas admirable de aquel varon portentoso, es que compuso casi todas sus obras, en medio las fatigas de sus azorosos viages. El pobre religioso terciario de S. Francisco llevaba en su zurron recado de escribir, y sentado sobre la cubierta del buque, ó bajo la sombra de un árbol, componia algunos capitulos en los ratos que él llamaba de descanso

La edad media dió el nombre de doctor con algun calificativo á sus ingenios mas estraordinarios, así como la antigua Grecia dió el de *sabio* á los suyos. La religion franciscana, aquel gran semillero de santos y de sabios, á mas del *doctor iluminado* (Raimundo Lull), tuvo el *irrefragable* (Alejandro de Ales), el *seráfico* (S. Buenaventura), el *sutil* (Juan Duns Scoto), el *invencible* (Guillermo Ockam), el *sólido* (Ricardo de Mediavilla) y el *admirable* (Rogerio Bacon).

Este Raimundo Lull, el *doctor iluminado*, no debe confundirse con el herege Raimundo Lull de Terraca, llamado *el neófito*, cuyos errores condenó la santidad de Gregorio XI.

Franco envió á Europa al dominico francés Guillermo Adan, para que informara al vicario de Jesucristo del estado de la mision, y para pedirle auxilios. Veia con alegría, abierta la puerta al evangelio en las Indias, y en la Abisinia; porque segun Fontana, ocho dominicos hicieron en estos paises, en 1316, una cosecha abundante. « Despues de haber besado los piés de Juan XXII, dice este autor, dejaron á Roma, fueron á visitar la Tierra santa y el santo Sepulcro, pasaron á Egipto, y sufriendo grandes fatigas, penetraron entre los etíopes y abisinios, donde no solo predicaron el evangelio, sino que dieron muchos hábitos de Sto. Domingo, especialmente á un príncipe de sangre real, que despues de su profesion, fué nombrado guardian de la fé de los nuevos convertidos. » Franco no dudaba, que si se aumentaba el número de los obreros evangélicos, seguirian nuevos pueblos la direccion dada á tantas y tan diversas naciones. Así lo creia tambien Juan XXII.

Con el fin de consolidar la religion en la Persia, dirigió, en 1.° de mayo de 1308, á Franco de Perusa, un breve, en que erigía en metrópoli á la ciudad de Sultanieh, y en que nombraba su arzobispo á este celoso misionero. El papa no se limitó á encargarle la administracion de esta iglesia, sino la instruccion, el gobierno y la salud de todos los fieles que se encontraban, ya en la mayor parte de las tierras ocupadas por los mongoles, en el occidente de Asia, ya en los diversos reinos de las Indias, y hasta en la Etiopía. Para auxiliar al prelado, cuya jurisdiccion se estendia sobre este inmenso territorio, le dió seis obispos, tambien dominicos, en calidad de sufragáneos, tales fueron: Gerardo de Calbi, Guillermo Adan, Bartolomé de Podio, Bernardino de Plasencia, Bernardo Moreti y Bartolomé Abaliati. Una bula particular autorizaba tambien al arzobispo electo, para que escogiera misioneros apostólicos, y para la consagracion de otros obispos, si lo consideraba necesario para la propagacion de la fé. El papa disponia tambien, que, en el caso de que los prelados que falleciesen, no pudiesen ser inmediatamente reemplazados, las comunidades de dominicos quedaban encargadas del cuidado y direccion de las iglesias que carecian de pastores. « Esto suponia, dice el P. Turon, que la órden de Sto. Domingo, tenia ya muchas casas en la Persia, en Armenia y en Etiopía, ó que nuestros obispos y predicadores, se aprovecharon desde entonces de las disposiciones favorables de los pueblos y de los príncipes, para hacer en estas provincias del Asia, lo mismo que S. Jacinto habia hecho en casi todos los reinos del norte, para asegurar el fruto de sus misiones. Obtenido ya el gran número de conversiones de que hemos hablado, no era difícil, al arzobispo de Sultanieh, construir monasterios y llenarlos de individuos, puesto que, no siendo aun mas que un simple religioso, y un desconocido entre los bárbaros, habia dado una idea tan alta de su virtud, de su doctrina y de sus talentos, que se habia hecho en cierto modo dueño de las inteligencias y de los corazones. De tal manera estaba persuadido Juan XXII, que la presencia de Franco era necesaria en un pais, que le consideraba como un apóstol, que prescindiendo de la antigua costumbre, segun la cual, debian los nuevos metropolitanos ir en persona cerca de la santa sede, para recibir la consagracion, quiso que el arzobispo de Sultanieh la recibiese en aquellos lugares, así como la imposicion de manos y el *palio*, segun ya se habia hecho con Juan de Montecorvino. Guillermo Adan, consagrado en Aviñon, fué encargado de cumplir esta ceremonia, y de llevar las cartas apostólicas á su metropolitano. Franco de Perusa dimitió bien pronto su silla, ya para poder consagrarse con mas reposo á la oracion y á la contemplacion de las cosas celestiales, ya para llevar mas lejos la luz del evangelio, y trabajar con mas libertad en la propagacion de la fé, en los diferentes territorios del Asia. El breve de Juan XXII, fechado en Aviñon á 1.° de julio de 1323, y por el cual aceptó la cesion voluntaria del siervo de Dios, favorece este úl-

timo sentimiento. El papa, permite á Franco llevar siempre las insignias de la dignidad que dimite, dar la bendicion episcopal á los griegos, y á los demás pueblos, « entre los cuales, dice el romano pontífice, trabajó en la salvacion de las almas, y en los progresos de la fé católica. » Guillermo Adan, sufragáneo de Franco de Perusa, le sucedió inmediatamente, como metropolitano de Sultanieh.

En el número de los misioneros que secundaron el celo de Franco, debemos hacer mencion de Jordan Catalani, francés, entusiasta por su patria, porque en la descripcion que ha dejado de las *maravillas de una parte del Asia*, se espresa así:

« Creo que el rey de Francia, sin ausilio de nadie, podria subyugar y convertir al mundo entero. » Este religioso nació en Severac, probablemente en la Bouergue, que es hoy tan fecunda en apóstoles de la fé. Entró en la órden de predicadores, y fué destinado á las misiones de Levante, y especialmente en la Persia, donde aprendió el idioma de este pais. El 12 de octubre de 1321, se encontraba en Caga ó Khunuk, puerto de la Persia, en el golfo Pérsico, de donde escribió á los predicadores y franciscanos, residentes en Tauris, en Tongan ó Djagorgan y en Marogo ó Merga, indicándoles, como estaciones propias para recibir misioneros, á Supera, Paroco, y Columbum, lugares situados en la India. Jordan quiso ir á difundir la palabra de Dios hasta el Kathay, para lo cual se unió con cuatro franciscanos: Tomás de Tolentino, que ya habia evangelizado la Armenia, Santiago de Pádua, Pedro de Sienne y el lego Demetrio, de Tiflis, georgiano de nacion, y tan versado en las lenguas orientales, que servia de intérprete á los predicadores de su órden. Estos franciscanos permanecian en Tauris; pero la esperanza del martirio, y el deseo de propagar la fé entre los musulmanes y los idólatras, aun á costa de su sangre, les movieron á embarcarse con Jordan en el puerto de Ormuz. Se hicieron á la vela para Columbum (Colam, en la costa del Malabar) y contaban con ir á visitar la iglesia de Santo Tomás en Meliapur; pero la tempestad, ó mas bien la mala voluntad del piloto, los condujo, en el mes de abril de 1322, á Tana, en la isla de Salcetta, donde fueron acogidos por los nestorianos. Estos les rogaron, para que designaran á uno de ellos, á fin de que se dirigiera á Paroco (Baróch, sobre el Nerbecdha, en el Guzerate) y bautizara á algunos cristianos, pero que lo eran solo en el nombre, residentes en aquel pais. Jordan fué nombrado, por unanimidad, para esta mision, porque sabia la lengua persa mejor que sus compañeros.

Habiéndose suscitado una desavenencia entre los que hospedaban á los franciscanos, la muger de uno fué á quejarse de su marido al cadí, añadiendo, que podia presentar el testimonio de los cuatro religiosos. Luego que el cadí supo por este medio su permanencia en Tana, mandó que se le presentasen, como lo verificaron, Tomás, Santiago y Demetrio, quedando solo Pedro en la casa para custodiar los ornamentos y demás objetos que consigo habian llevado. Interrogados sobre materias religiosas, por sugestiones de un musulman de Alejandría, llamado Yusuf, los tres franciscanos proclamaron la divinidad de Jesucristo, pero como se les exigiera manifestáran su opinion sobre Mahoma, Tomás contestó, que este impostor acarreaba la perdicion eterna de los que seguian su falsa ley. Furiosos los musulmanes, emplearon sucesivamente las amenazas y las promesas para conseguir una retractacion; pero viendo que los franciscanos rehusaban apostatar, y permanecian firmes en la fé, les arrancaron las capuchas y los ataron á unos postes, esponiéndolos al ardor del sol, cuyos rayos ardientes en esta época, no era posible soportar durante una hora, sin perder la vida. Sin embargo, los tres religiosos permanecieron así, desde la hora de tercia hasta la de nona, viniendo de tiempo en tiempo un suave rocío á mitigar los ardores del sol. El asombro y la rábia de los perseguidores, les hicieron inventar un nuevo suplicio. El cadí y el gobernador, dis-

pusieron se hiciera en la plaza pública una gran hoguera, á la que fueron conducidos los religiosos, diciéndoles, que si su fé era verdadera, no serian abrasados; pero, que si por el contrario, era falsa, quedarian reducidos á cenizas. «Prontos estamos, respondieron, á entrar en esa hoguera, y á sufrir todos los tormentos por amor de Jesucristo; pero si el fuego nos consume, en castigo de nuestros pecados, no por eso será nuestra fé menos verdadera, porque trae su orígen de la verdad misma; y si salimos sin lesion, se lo deberemos á la clemencia divina.» Tomás reclamaba el privilegio de la edad para ser el primero que entrara en la hoguera, pero cuatro musulmanes, á vista de un pueblo inmenso, llevaron primero á Santiago, el mas jóven de los religiosos. Escudado con el signo de la cruz, penetró en medio de las llamas, con los brazos abiertos y los ojos levantados al cielo, glorificando á Dios y á Jesucristo, su único hijo, é invocando á la vírgen Maria. Así permaneció preservado milagrosamente, hasta que se consumió todo el fuego, sin que faltase al religioso ni un cabello de su cabeza, ni un hilo de sus vestidos. El pueblo, conmovido á vista de este prodigio, se inclinaba á favor del cristianismo, y proclamaba la santidad de los siervos de Dios, ministros de una religion verdadera y vivificante; pero el cadí, levantando la voz, protestó, que ni eran santos ni siervos de Dios, ni ministros de la religion verdadera; y que Santiago habia sido preservado por su vestido, tejido de lana de la tierra de Abrahan, que el Señor habia bendecido. En seguida mandó preparar una hoguera dos veces mayor que la primera, en la que echó aceite y resina, y haciendo desnudar al mártir, dispuso se lavase su cuerpo, para quitarle todo preservativo mágico, untándole despues con aceite y manteca. En presencia de gran número de idólatras, muchos de los cuales adoraban al fuego; de muchos musulmanes, de algunos cristianos, y de otros religiosos, que prosternados, invocaban á Dios con fervor, entró Santiago en esta segunda hoguera, con la misma libertad de espíritu, permaneciendo en ella, y saliendo ileso, protegido por la misma virtud divina. La multitud, sobrecogida de asombro, gritó á una voz, que estos hombres eran justos y santos. El gobernador, al ver las disposiciones del pueblo, abrazó á Santiago, que ya se habia puesto sus hábitos, haciendo lo mismo con los demás franciscanos; hizo grandes elogios de su religion, les prometió su amparo, pero les rogó, que con el fin de burlar la malicia del cadí, y de librarse de todo engaño, pasaran el brazo de mar, que separa á la isla de Salcetta de tierra firme. Los franciscanos se lo prometieron así, protestando que no huian, ni de las emboscadas, ni de la muerte que pudieran sufrir por amor á Jesucristo. El nestoriano, dueño de la casa en que se hospedaban, los condujo al continente, dejándolos en la de un idólatra amigo suyo. A la noche siguiente, fué el cadí á buscar al gobernador, y á quejarse de la injuria hecha á Mahoma, cuya ley abandonaria todo el pueblo para aceptar la fé de los cristianos. El gobernador se resistió á sus insinuaciones, y alegó la inocencia de los mártires; pero el juez inícuo hechó mano de las amenazas, y el gobernador, débil, temiendo la desgracia del príncipe, dispuso que cuatro satélites fueran á perseguir á los siervos de Dios, y que se prendieran á todos los cristianos de la ciudad. Los verdugos buscaron en vano la morada de los tres franciscanos, pero habiéndose levantado á media noche para rezar maitines, fueron al fin descubiertos. Luego que se apoderaron de ellos, los llevaron al pié de un árbol, donde les digeron: «Encargados estamos de quitaros la vida, y no lo hacemos sin pesar, sabiendo que sois buenos y santos, pero debemos obedecer, para no perder la nuestra, y la de nuestros allegados.» Los religiosos recibieron esta noticia con la mayor alegría, y se exhortaron para recibir el martirio. El primero, á quien se dirigieron los satélites, fué á Santiago, cuya cabeza partieron hasta los ojos de un golpe de cimatarra. Otro de los mismos

cogió por la barba á Fr. Tomás, cuya edad le hacia mas venerable, metiéndole la espada por su costado, y otro le degolló, viendo que en su caida invocaba el nombre de Maria santísima. Demetrio recibió muchas heridas, y al fin murió atravesado por una espada. Los satélites cortaron en seguida las cabezas de los tres mártires, y destrozaron sus cuerpos de una manera horrible. En este momento, la noche, que estaba demasiado oscura, se iluminó de tal modo, que parecia de dia; los relámpagos, el granizo y el trueno, se sucedieron de una manera amenazadora, y el buque que habia traido los mártires á Tana, pereció con sus mercancías y marineros en este puerto, ordinariamente tranquilo y seguro, en medio de una tempestad, tal, cual nunca se habia conocido en este pais. Los verdugos se dirigieron despues al primer asilo de los franciscanos, y apoderándose de Fr. Pedro, á quien encontraron en oracion, lo llevaron delante del cadí, el cual le prodigó promesas y amenazas para obligarle á apostatar; pero el fiel siervo de Dios solo contestó pronunciando anatemas contra Mahoma. Al dia siguiente, volvieron á hacerle comparecer, con el fin de que pronunciara una sola vez la palabra *Ilat Allah*, sinónimo de *un solo Dios* (1). No pudiendo lograr que Pedro la pronunciase, se le golpeó cruelmente, y con una cuerda se le colgó de un árbol, donde permaneció dos dias sin ser estrangulado, alabando á Dios, exhortando á los neófitos á que permanecieran firmes en la fé, y procurando convertir á los infieles. Descolgado fué despues por órden del gobernador, y decapitado fuera de la ciudad. Pasado algun tiempo, se aparecieron los cuatro mártires juntos, á un cristiano de Tana, que viéndolos rodeados de un vivo esplendor, les preguntó si vivian, á lo que contestaron, que gozaban en el paraiso de una vida de delicias exenta de pesares y contradicciones, y que en aquel momento, Jordan, compañero suyo de viage, entraba en el puerto.

Efectivamente, Jordan, que habiendo salido para Paroco, se habia detenido quince dias en Supera (Sefer), donde supo la prision de los franciscanos de Tana, retrocedió á este lugar para interceder en favor suyo, ó para participar de su corona; pero á su llegada, tuvo noticia de que los cuatro religiosos habian sido ya sacrificados. Con el ausilio de un jóven genovés, residente en Tana; se ocupó de recoger los cuerpos de los mártires. El de Pedro, no pudo ser hallado, y los de Santiago, Tomás y Demetrio, yacian aun en el lugar del suplicio, sin que nadie se hubiera atrevido á darles sepultura, por temor al cadí, siendo de notar, que exhalaban un olor suave, y que estaban tan frescos como en el dia de su muerte. Jordan los llevó reservadamente á Supera, y los depositó honoríficamente en una iglesia.

No quedó impune el suplicio de los mártires, y el gobernador que lo habia ordenado, ó permitido, espió su crímen. Estando durmiendo una noche, se le aparecieron los cuatro franciscanos, colocados en los cuatro ángulos de su cama, blandiendo espadas de fuego, y amenazando matarle, sino trataba á los cristianos con mas humanidad. Espantado de esta vision, prorrumpió en grandes gritos, y á la mañana siguiente, por consejo del mismo cadí, rompió los hierros de los cristianos cautivos, llamó á los que estaban desterrados, pidió perdon á todos, y por medio de un edicto público, prohibió, con pena de la vida, causar la menor ofensa á los adoradores de Jesucristo; distribuyó muchas limosnas entre los pobres, y erigió cuatro oratorios, consagrados á los cuatro mártires. Estas nuevas disposiciones, secundaron la conversion de gran número de idólatras y musulmanes, que fueron bautizados por Jordan, el cual, en virtud de la libertad concedida al ministerio apostólico, determinó permanecer en Tana; y en una carta, dirigida en el mes de enero de 1323, á los

(1) Creemos que lo que se le haria pronunciar, no seria solamente la palabra Ilat, sino la conocida forma alcoránica *la illah illa allah wa Mohammad rasula-illah*, que significa, no hay mas que un solo Dios, y Mahoma es el enviado de Dios, fórmula fundamental de la creencia mahometana, enteramente contraria al misterio de la Trinidad y á la divinidad de Jesucristo.

superiores de los dominicos y franciscanos de la Persia, les pedia le proveyesen de los ausilios necesarios. Las reparaciones del gobernador fueron insuficientes, pues Dios quiso, que el príncipe de los mahometanos, fuese el instrumento de su justicia, respecto del perseguidor. Así es, que este príncipe le hizo venir, y fundando su sentencia contra el gobernador, en que habia despreciado los milagros de Dios, y condenado sin piedad á hombres, á quienes recomendaban tantas maravillas, le condenó á muerte, así como á toda su familia. Las reliquias de los mártires franciscanos fueron trasladadas del Hindostan á la China, por el B. Oderic, natural de Pordenone, en el Friul, donde nació, hácia el año de 1286, habiendo entrado en la órden de predicadores en Udina. Siempre llevaba un cilicio pegado á la carne; siempre marchaba con los piés desnudos, cubierto de una simple túnica, y nunca tomaba mas alimento que pan y agua. Rehusó todas las dignidades que se le ofrecieron en su órden. Amigo de la soledad y de la oracion, obtuvo licencia de sus superiores, para dedicarse á la vida eremítica, en la cual hizo tantos progresos en virtud y santidad, que logró gran número de conversiones, y Dios le concedió tambien el don de los milagros. Hácia el año de 1314, se dedicó á las misiones lejanas del Asia. Fué á Constantinopla, atravesó el mar Negro, desembarcó en Trebisonda, se dirigió por la Armenia, sobre Ormuz, y se embarcó en este puerto para la costa de Malabar. En Tana, tuvo noticia de la muerte gloriosa de los cuatro franciscanos, y recogió las reliquias de estos, que estaban depositadas en Supera; visitó las islas de Ceylan, de Sumatra, de Java y de Borneo; y por la enumeracion de las dificultades que tuvo que vencer, para llegar á la China, se puede suponer que penetró en ella por los pantanosos territorios de Pegu y de Ava. En Zeyton, ó Siven-Tcheu, fué donde Oderic dejó su precioso depósito, circunstancia que nos hace recordar lo que hicieron los primeros sufragáneos de Juan de Montecorvino.

Por espacio de cinco años recibieron los misioneros de Kan-Balikh, para el mantenimiento de ocho personas, el *alafá*, ó pension anual, que el khagan concedia á los enviados de los grandes, á los embajadores, á los guerreros y á los artistas. Cerca del océano, estaba situada la gran ciudad llamada Zeyton, en persa, y en la cual acababa de edificar una iglesia una armenia rica, que por instancias suyas, la erigió en catedral el arzobispo Juan de Montecorvino; despues se la cedió á Gerardo, que fué enterrado en ella, y cuyo sucesor fué Peregrino. Habiendo querido establecerse en Zeyton Andrés de Perusa, el emperador Temur le dió una escolta de honor para que le acompañara. El prelado, con el ausilio del alafá, que se le continuaba prestando, construyó en un bosque inmediato á la ciudad, una iglesia y un convento para veinte y dos religiosos. Este edificio, además de las habitaciones regulares, tenia cuatro departamentos cómodos para residencia de los obispos. Ningun convento de la provincia de Perusa podia entrar en paralela con este, por su hermosura y comodidad. Habiendo muerto Peregrino, en 1322, el arzobispo encargó á Andrés el cuidado de la iglesia de Zeyton. En la carta, que en 1326, escribió al guardian del convento de Perusa, dice: que en el vasto imperio de los tártaros, habia hombres de todas sectas y naciones; que se permitia, que cada uno siguiera su religion; que los misioneros podian predicar la fé con toda libertad; que no se convertia ningun judío ni mahometano, al paso que muchos idólatras recibian el bautismo, pero que despues no vivian como cristianos; y por último, hace mencion esta carta del martirio de los cuatro franciscanos de Tana, cuyos preciosos restos poseia la ciudad episcopal.

El B. Oderic, atravesó la China del sur al norte, y permaneció tres años en Kan-Balikh. Por su testimonio sabemos, que los franciscanos eran muy honrados en la corte del gran Khan. « Yo asistia frecuentemente á las fiestas reales, dice en su relacion, en las cuales estaba reservado un lugar particular para los franciscanos; nosotros marchábamos siempre

los primeros, y dábamos la bendicion al emperador.» Oderic, á instancias del khagan, partió para Europa, para reclamar misioneros, atravesando el pais en que habia reinado Ung-Khan, la provincia de Kassan, el Tibet, etc. A su vuelta á Italia, dictó, por órden de sus superiores, el resúmen de su viage, á Guillermo de Solagna, y el 14 de enero de 1331, murió en su convento de Udina. La humildad de Oderic, le hizo suprimir en su libro, la relacion de sus triunfos; pero esto no obstante, se sabe, que bautizó á mas de 20,000 infieles, muchos de los cuales ocupaban una posicion elevada en la córte del gran Khan. Es muy digno de notar, que el itinerario de este apóstol de la fé, es el mismo que el del inglés Juan de Mandeville, que copia páginas enteras de la relacion del religioso italiano, y cuyas observaciones, aun cuando no las copie, tienen siempre por objeto las mismas particularidades.

CAPÍTULO X.

Misiones de los franciscanos y de los dominicos en Tartaria, en Crimea, en Lituania, en Armenia y en Georgia.—Ereccion de los obispados de Caffa y de Maraga, de la metrópoli de Nakchivan, y del obispado de Tiflis.

El pontificado de Juan XXII, es una época brillante en la historia de las misiones, porque la solicitud infatigable de este papa, multiplicó los apóstoles de la fé en todos los puntos, entonces accesibles, de las tierras de los infieles.

Algunos franciscanos, que evangelizaban los diversos territorios del oriente, vinieron para darle cuenta de su mision, y le hablaron de las disposiciones de muchos pueblos, para abrazar el cristianismo, y de las de muchos cismáticos, para entrar en el seno de la iglesia. El papa, en virtud de estos informes, encargó á los franciscanos atrajeran á la unidad á los georgianos cismáticos, y á que se repartieran en seguida entre los tártaros; renovó á favor suyo todos los privilegios que les habian sido concedidos por Gregorio IX, Alejandro IV, y Urbano IV, y les entregó cartas para diferentes príncipes. Los religiosos Pedro y Santiago, que desde el interior de la Tartaria, habian venido tambien cerca del papa, volvieron á marchar, colmados de gracias espirituales, y con breves para los gefes mongoles.

La órden de S. Francisco abrazaba en su celo la gran península de Crimea, á la que se dá de 70 á 80 leguas de longitud por 50 de latitud. Su figura se parece á la de un triángulo, cuya base, por la parte del mediodía, presenta una cadena de altas montañas, que se internan mas de ocho ó diez leguas, siendo sus dos lados grandes llanuras muy abiertas, en que reinan dos vientos furiosos. Los genoveses tomaron á los griegos la ciudad de Caffa, es decir, la Teodosia del Chersoneso Táurico de los antiguos, la cual conservaron, hasta que se la arrebataron los turcos bajo Mahometo II.

Los franciscanos establecieron en esta ciudad los dos conventos de Sta. Maria y S. Francisco, y en 1320, la erigió Juan XXII en silla episcopal. Fr. Gerónimo, que ya habia evangelizado el Asia oriental, como sufragáneo de Juan de Montecorvino, fué su primer titular; pero habiéndole alejado de su silla los malos tratamientos de los genoveses, el papa le envió á la Tartaria septentrional, acompañado de cuatro franciscanos. Un dominico fué el sucesor de Gerónimo en la silla de Caffa, porque entre los siete sufragáneos de Guillermo Adan, creado arzobispo de Sultanieh, en 1323, se nombra al dominico Tadeo, entonces obispo de esta ciudad, y el arzobispo y sufragáneo suscribieron en un ejemplar de la bula de canonizacion de Sto. Tomás de Aquino, conservado en la casa de su órden de Tívoli.

En el norte de Europa, los franciscanos y los dominicos propagaban la fé entre los lituanios, los cuales adoraban á Per-Kun, dios del trueno y del rayo, y á diferentes animales, tales como serpientes y lagartos. Un dominico, llamado Vitus, fué consagrado primer obispo de Lituania, en 1252; pero el príncipe Mindowe, despues de haber obtenido del papa el título de rey, se convirtió en persegui-

dor de la religion, y la idolatría volvió allí á recobrar su imperio. Cuando se presentaron los nuevos misioneros, se les permitió edificar conventos, y los franciscanos construyeron dos; pero á la tolerancia sucedió la persecucion, y durante el año de 1325, hubo 36 mártires franciscanos en Lituania. Juan XXII, designaba incesantemente obreros apostólicos, entre los dominicos y franciscanos, á vista de los progresos que hacian en Tartaria, en Armenia, en Persia y en la India. Ya hemos hablado de la congregacion de *Peregrinos de Jesucristo*, formada de individuos de las dos familias de S. Francisco y Sto. Domingo, y á la cual, es preciso añadir ahora, que Juan XXII la dió nueva vida. En 1324, escitó al vicario general de los dominicos, á designar los misioneros de su órden, que formasen parte de la asociacion, bajo la direccion de un vicario general, el cual tendria facultades para enviarlos á aquellos paises, cuyas necesidades espirituales reclamáran mas su presencia. Tan grande fué el número de los dominicos asociados, que quedaron como despobladas las provincias de la órden, causando en cierto modo perjuicios á sus conventos. El vicario general lo puso en conocimiento de Juan XXII, en el año de 1325. Este pontífice, admirando el celo, y ardiente caridad de los dominicos esclamó: « Verdaderamente, son como antorchas brillantes en la iglesia de Dios; » pero escribió á los que estaban reunidos en el capítulo de Venecia, para que no permitieran que tantos religiosos se dedicáran á la predicacion del evangelio, y que solo admitieran al ministerio apostólico, á los que obtuvieran cartas especiales de sus superiores, para escoger entre ellos, á los mas aptos y sabios, y para enviar á los demás á sus conventos. La órden tenia entonces en el arrabal de Pera, cerca de Constantinopla, y en la isla de Chio, casas, ó pequeños conventos llamados vicarías. El capítulo general dispuso, que estas vicarías, pertenecientes á la provincia de Grecia, fuesen erigidas en conventos, donde se recibiera á los religiosos dedicados á las misiones de los infieles, para remitirlos despues á sus diversos destinos. Dos casas fueron asignadas á la provincia de Tierra santa, la una en Rodas, y la otra en Armenia, pais que vivificaban los trabajos del B. Bartolomé.

Este religioso, descendiente de una noble familia de Bolonia, habia abrazado, desde muy jóven, el instituto de los dominicos, en el célebre convento de S. Nicolás de su ciudad natal. Tan elocuente predicador, como hábil teólogo, fué aun mas recomendable, por el ardor de su caridad, y por la vehemencia de su celo para la salvacion de las almas, que por las brillantes y sólidas cualidades de su inteligencia. Cuando empezaba á recoger los primeros frutos de sus predicaciones, y cuando su reputacion era cada dia mayor en las diferentes provincias de Italia, el espíritu de Dios le inspiró ir á buscar mas lejos á la oveja estraviada, procurando la conversion de los cismáticos, de los hereges y de los infieles. Hácia el año 1318, vino á Aviñon, por disposicion de Juan XXII, quien destinándole para ser el gefe de las misiones de los dominicos en Armenia, le consagró obispo de Maraga. Esta ciudad, en que el conquistador Hulagu habia construido el observatorio, que ha ilustrado el autor de las *tablas astronómicas*, fué patria de Abulfaragio, denominado Bar-Hebrœus, que redactó su sabia crónica, en la rica biblioteca reunida por el nieto de Djengis-Khan.

Este pais, en que los musulmanes, mezclados con los idólatras y cismáticos, dominaban por el número y la influencia, era un teatro digno del celo de Bartolomé. Luego que aprendió el idioma del pais, espuso á sus habitantes las verdades de la salvacion. Los idólatras fueron las primicias de su cosecha espiritual, y los mahometanos empezaron despues á ceder, al doble ascendiente de su palabra, y de los milagros con que esta era apoyada. Se edificaron iglesias, en que con toda libertad se celebraban los divinos misterios; y Bartolomé, erigió además, sobre la montaña, un humilde monasterio, cuyos vestigios

se ven aun. Las celdas practicadas en la roca, eran el asilo de la penitencia y de la oracion, y á este lugar se retiraban todas las tardes el obispo y sus compañeros, para cantar alabanzas á Dios, durante una parte de la noche. Despues de celebrado el oficio de la mañana, volvian á consagrarse al ejercicio de la predicacion. Los religiosos, llamados de S. Basilio, muy numerosos en Armenia, no habian conservado en este pais, ni la pureza de la fé, ni la santidad de su instituto; sino que erraban, menos por obstinacion, que por ignorancia, como lo prueba la conducta de Isaias, superior general de los monges armenios, que habia conferido el grado de doctor á 370 monges, por solo la entrega del libro y del baston segun uso del pais. Isaias, á quien todos los religiosos de S. Basilio consideraban como á su maestro y á su oráculo, sabiendo las maravillas que Dios obraba por ministerio del obispo de Maraga, encargó á Juan, superior de un monasterio de la ciudad de Chernac, fuera á buscar al prelado, examinára su modo de vivir y predicar, y se informára de lo que era preciso creer, con respecto á aquellas conversiones que tanto ruido hacian en la Armenia. Juan, despues de cuatro dias de camino, llegó á donde estaba Bartolomé, año 1328, deteniéndose cerca de seis meses, é instruyéndose á fondo de la creencia y de los usos de los latinos. Persuadido de la necesidad de abandonar el cisma, se ocupó de los medios de lograr que tambien se separaran sus hermanos. El obispo de Maraga compuso, y Juan tradujo en armenio, muchas instrucciones, en que se esponian con claridad y se probaban con solidez, todos los puntos de la doctrina ortodoxa, oscurecidos ó contrariados por los cismáticos. Para completar la obra, se convocó á asamblea general, á los principales religiosos y á todos los superiores de las casas de S. Basilio, en la ciudad de Chernac. El príncipe Jorge, tio de Juan, los trató, por espacio de un mes, con tanta caridad como magnificencia.

Esta especie de sínodo, al que habia acudido el obispo de Maraga, con uno de sus compañeros, examinó de buena fé el orígen y los desgraciados progresos del cisma; quedaron proscriptos, y fueron abjurados todos los errores que aquel habia producido; quedó decidida, por unanimidad, la vuelta á la unidad romana, y así se verificó, sin oposicion alguna, en el año de 1330. En testimonio de alegría y reconocimiento, echó el príncipe Jorge los cimientos de una nueva iglesia, que unió al monasterio de Chernac. Bartolomé, por su parte, cuidadoso de consolidar la obra de la reunion, prolongó su permanencia en la comunidad de Chernac, y tradujo en armenio diferentes libros, con el fin de dar un conocimiento mas exacto de los misterios, tanto á los que estaban encargados de la instruccion de los pueblos, como á los fieles nuevamente convertidos. Además de una suma de casos de conciencia, y de algunos pequeños tratados sobre los sacramentos, que compuso para aquellos, tradujo, con la ayuda de un compañero suyo, y de Juan, el Salterio, los cuatro libros de Sto. Tomás contra los gentiles, y la tercera parte de su Suma teológica. En tanto que Bartolomé se ocupaba en estos trabajos, Juan XXII, le nombró obispo de Nakchivan, una de las ciudades mas antiguas de la Armenia, al pié del monte Ararat. De tal modo se grangeó la confianza de los armenios, en esta nueva silla, que tuvo el consuelo de ver abrazada la verdadera fé por grandes y por pequeños, honrada de todos, y públicamente profesada en esta provincia; desterró el cisma y el islamismo; corrigió las costumbres, afirmó y perpetuó las conversiones hechas, y construyó iglesias y monasterios. Tal fué el orígen de la cristiandad de Nakchivan, que se resistió á frecuentes revoluciones políticas, y cuya silla, adscripta á la órden de Sto. Domingo, desde que la ocupó el B. Bartolomé, fué en lo sucesivo provista por medio de la eleccion hecha por los superiores de los ocho conventos, que componian esta pequeña provincia dominicana, y por los ocho principales habitantes de otras tantas ciuda-

des, en que se conservó la religion católica. El santo fundador, dispuso tambien, que en el momento en que se verificase la eleccion de un nuevo arzobispo, iria el electo á presentarse á la santa sede, para recibir su confirmacion.

Esto nos conduce á hablar en este lugar, de una modificacion introducida en los religiosos armenios de S. Basilio, cuya relajacion afectó al B. Bartolomé. Ayudado del abate Juan, se dedicó el siervo de Dios á persuadirles, que en vano habrian renunciado al cisma y á la heregía, si rehusaban vivir segun el evangelio, y en armonía con su santo estado. La mayor parte se rindieron á sus solicitaciones, y desde entonces, empezó un nuevo instituto, llamado la congregacion de los *Hermanos unidos*, cuyos individuos recibiendo el hábito de Sto. Domingo, hicieron profesion de vivir en adelante como verdaderos religiosos, siguiendo la regla de S. Agustin, y las constituciones de los dominicos. Como no sabian mas idioma que el armenio, el celoso reformador, ayudado del dominico Juan, inglés de nacion, y del abad de Chernac, tradujo, para su uso, la regla, los estatutos, el breviario, y el misal de su órden.

Bartolomé solo tuvo la satisfaccion de ver inaugurada su reforma, porque llamado para el cielo, cuyo camino habia enseñado á tantos pueblos, descansó en el Señor el 15 de agosto de 1333. Dios glorificó con gran número de prodigios la tumba del misionero, visitada con respeto por cristianos y musulmanes. Los primeros, rindieron un culto religioso á este amigo de Dios, continuando honrándole como á su apóstol; los segundos, sin dejar de ser infieles, pidieron y obtuvieron algunas veces, por su intercesion, la curacion de sus enfermedades; pareciendo así, que el santo predicador, aun despues de su muerte, anunciaba por milagros las verdades, que durante su vida habia predicado con tanto celo.

Al mismo tiempo que los dominicos fundaban de esta manera su mision de Armenia, los franciscanos continuaban allí mismo, entregados á sus trabajos apostólicos. A instancias de Zacarías, arzobispo de S. Tadeo, el general envió á la gran Armenia nuevos franciscanos, sacados de la provincia de Aquitania, nombrando gefe de esta mision á Fr. Vital Saurat, llamado por otros Gonsalve, y el cual hizo muchas conversiones, tanto por su predicacion, cuanto por medio de los libros que tradujo al armenio. En 1333, partieron otros franciscanos para la Armenia, dirigidos por Fr. Roger Guerin, que al marchar á su destino pasó por el Egipto, y obtuvo del Sultan, que los franciscanos pudiesen permanecer en algunos santuarios de Tierra santa.

Juan de Florencia, luego que convirtió á los georgianos, estableció su silla en la ciudad de Tiflis, poco tiempo despues, y antes de la fundacion de la iglesia de Nakchivan, que el B. Bartolomé, de quien era compañero, hizo abrazar el cristianismo y abjurar el cisma y la heregía, á los habitantes de Maraga.

Juan, cuyo nacimiento era oscuro, ejercia la profesion de cordonero, cuando tomó el hábito de lego dominico, en el convento de Sta. Maria la Nueva de Florencia. La pureza de sus costumbres, su modestia, su tierna solicitud por complacer siempre á sus hermanos, le conciliaron el afecto de los superiores, y estos le dedicaron al estudio. Sus progresos en las letras divinas y humanas, correspondian á los que hacia en la virtud y en la piedad, y se le elevó á las órdenes sagradas. Asociado en su ministerio al B. Bartolomé, predicó con gran fruto en Toscana y Lombardía. Luego que Juan XXII se persuadió de que su celo podria ser mas útil en oriente, que en Italia, Juan de Florencia mereció ser nombrado, el primero entre los misioneros elegidos, y puestos á disposicion del obispo de Maraga, quienes durante muchos años, trabajaron unidos en la gran Armenia, para destruir la idolatría y el islamismo, para estirpar la heregía, y para reunir á los cismáticos; pero la estension del pais, y la multitud de aquellos á quienes debian evangelizar, les obligó á separarse. Bartolomé continuó su mision entre los armenios, y Juan

fué á llevar á la Georgia la antorcha de la fé.

« La doctrina de los georgianos, dice el P. Touron, no era mas ortodoxa, ni sus costumbres menos corrompidas que la de los armenios, pudiendo fácilmente conocer, por lo que ya hemos dicho sobre los errores de estos, cuánto habia que trabajar para hacer que fueran verdaderos cristianos aquellos. Tenian aun vicios y prácticas que les eran propias, se les acusaba de rendir á las imágenes un culto idolátrico y supersticioso, haciendo constituir en él, la base fundamental de su religion. La venganza, era el vicio dominante, entre estos pueblos guerreros y supersticiosos, y la primer cosa que acostumbraban pedir á sus imágenes, en recompensa del culto que las rendian, era la muerte de sus enemigos, es decir, de aquellos que les habian robado, ó que les querian mal. Sus sacerdotes, tan poco instruidos, y ordinariamente mas interesados que los legos, favorecian todas sus pasiones y prácticas supersticiosas. El fraude, la simonía, la impostura, no eran para ellos crímenes de que debieran sonrojarse, ni consideraban tampoco la mas crasa ignorancia, como un defecto capaz de escluirlos de las funciones del sacerdocio. Tales eran, y mayores aun, los abusos ó los vicios, que Juan de Florencia tuvo que combatir. »

Juan XXII le escribió desde Aviñon, el 19 de octubre de 1329, diciéndole: « Hace algun tiempo, que el deseo de estender la fé cristiana y el culto del santo nombre de Dios, nos ha hecho concebir el designio de erigir un nuevo obispado en Tiflis, ciudad considerable del reino de Georgia. Al mismo tiempo hemos puesto nuestros ojos en vos, para poneros en esta nueva silla, sabiendo como sabemos, que una larga esperiencia os ha enseñado todo lo que puede interesar á estos pueblos y paises, en que se asegura, que por la influencia de vuestras predicaciones, habeis hecho entrar gran número de personas en el conocimiento de la verdad y en los senderos de la justicia. »

Juan de Florencia, durante un episcopado de diez y nueve años, se hizo amar de los georgianos y de los infieles, de quienes estaba rodeado, sirviéndose del ministerio de muchos religiosos de su órden y de la de S. Francisco, para atraer á unos y otros á la verdadera fé. Hecho gefe de las misiones de Armenia y de Georgia, despues de la muerte del B. Bartolomé, fué considerado por los *religiosos unidos*, como protector y principal apoyo de la reforma naciente. El abad de Chernac, al volver de Italia á oriente, renovó su profesion religiosa en manos del santo obispo de Tiflis, comisionado al efecto por el papa. Lo mismo hicieron todos sus hermanos, y Juan de Florencia, les permitió elegir á este abad, en calidad de primer provincial de su congregacion. Los religiosos reformados, se contentaron con tomar la regla, la constitucion, el breviario, el misal y el hábito de los dominicos; pero el abad de Chernac, luego que fué nombrado superior, procuró que la union fuese mas íntima. « Puesto que somos deudores, decia, á los religiosos de este instituto, de nuestra vuelta á la Iglesia, de la que nos habíamos separado por cisma, y de la reforma de nuestros monasterios, justo es, que los honremos siempre como á nuestros padres, como á nuestros maestros y fundadores; queremos, pues, que nada se haga en nuestra congregacion sin conocimiento suyo, y que todos nuestros capítulos se celebren siempre á su presencia. Procuraremos tambien que haya algunos dominicos en nuestras casas, en las que serán principalmente atendidos, y siempre que se susciten dificultades relativas á la fé ó á la doctrina, seguiremos su opinion, si no hubiere facilidad de acudir á la santa sede. » La nueva reforma difundió un olor de vida en todo el pais, y *los religiosos unidos*, empezaron á ser útiles. El obispo de Tiflis los recibió en Georgia, donde le prestaron grandes ausilios para desarraigar las supersticiones. Mas allá del mar Negro, se edificaron monasterios para ellos, y Caffa les proporcionó un colegio, de donde salieron muchos hombres eminentes. Los turcos, por desgracia, no dejaron subsistir estos establecimientos preciosos, de suerte, que los

religiosos unidos, concluyeron por encontrarse de nuevo encerrados en la pequeña provincia de Nakchivan, en la que, aunque rodeados de infieles y cismáticos, conservaron la pureza de fé y los ritos de la iglesia romana. Juan de Florencia, despues de haber predicado el evangelio á los orientales, por espacio de mas de treinta años, murió en 1348, en el convento de dominicos de Pera, cerca de Constantinopla.

CAPÍTULO XI.

Continuacion de las misiones, especialmente en la India, y entre los alanos. — Ereccion de los obispados de Semiscante y de Colam, de la metrópoli de Vospro y de los obispados de Cherson y de Serai.—Nuevos mártires.

Juan XXII, á fin de apresurar la conversion de los infieles, escribió al capítulo general de dominicos, celebrado en Tolosa, en 1328, para que escogiesen cincuenta individuos, por lo menos, que consagrándose voluntariamente á esta obra, fueran á plantar la viña del Señor, en los territorios incultos. Las súplicas de los dominicos fueron tan vehementes, que fué preciso escoger mas de ciento, que se dirigieron á las diferentes partes del mundo. El papa, informado de la fama de sus predicaciones, dió en su favor las letras apostólicas de 1329, en las cuales recordaba los trabajos de los dominicos, arzobispos, obispos y simples sacerdotes, les concedia muchos privilegios y les exhortaba á continuar sus generosos esfuerzos para la mayor gloria de Dios. Entre los nuevos prelados de esta órden, haremos mencion de tres, instituidos en 1328: Tomás, para la iglesia de Semicante, en la pequeña Armenia; Guillermo Ligius, para la de Tauris, en Persia; Jordan Catalan, para la de Colam, en la India. Juan XXII encargó á este último, viniera desde el Malabar á Francia, para que llevara el pálio á su metropolitano, el dominico Juan de Cor, nuevo arzobispo de Sultanieh.

Jordan, al volverse á la metrópoli de la Persia, pasó por el estrecho de Mesina, por la Grecia, donde visitó á Tebas, y por la gran Armenia, que atravesó casi toda. En su *Descripcion de las maravillas de una parte del Asia*, no cita, entre las ciudades de la Persia, y antes de Sultaniech, mas que la de Tauris, que presenta como muy poblada, y despues á otra ciudad muy rica, que pretende ser Ur de Caldea, patria de Abrahan. Se limita á decir de la Persia, que es pais abundante en seda y lapiz-lazuli, que los persas no saben preparar; y que tampoco saben estraer el oro en que abundan sus rios.

Jordan, se dirigió, desde la Persia, á la India, embarcándose sin duda en un puerto del golfo Pérsico. Llama *India menor*, á la parte de la India á que se dirigia; habla de las conversiones que hizo entre idólatras y musulmanes; indica algunas curiosidades naturales, y refiere que las mugeres se queman en las piras de sus maridos, lo cual ha presenciado muchas veces. La otra parte de la India, que llama *India mayor*, y que fué el término y objeto de su viage, es la península de esta parte del Ganges, y describe las producciones del pais y las costumbres de sus habitantes, segun lo que él mismo ha visto; refiriéndose á otros en sus narraciones, acerca de las islas de la Sonda; de la tercera division de la India (*India tertia*), y del imperio del gran Khan.

El objeto de la mision del prelado, no era solamente trabajar en la conversion de los indios y de los mahometanos, sino atraer á la unidad á los nazarini ó cristianos de Santo Tomás. Juan XXII invitaba á estos hereges á que abjuraran sus errores, en cartas apostólicas dirigidas á Jordan, con fecha 9 de abril de 1330.

El obispo de Colam, aunque mas ocupado de la salud de las almas, que de los objetos temporales, no dejó sin embargo de fijar su atencion en la historia natural del pais que habitaba. Reuniremos las indicaciones que hace, empezando por el reino animal. Todo cuanto dice de los elefantes, de su fuerza, de su sagacidad, y del modo de cazarlos y domarlos, está en armonía con lo que se sabe por otros conductos; hace mencion de murciélagos tan grandes como gatos, que vió estando en Colam; habla de pájaros, cuya pluma es muy

variada, y especialmente de los papagayos, que los hay de todos colores, menos negro. Un pájaro, muy semejante al milano, que tiene la cabeza y el vientre blancos, y la parte superior del cuerpo roja, es tan voraz y tan atrevido, que se lanza sobre los pescados que llevan los pescadores ú otras personas y se los arranca de las manos; hay gran número de serpientes, y muchas de ellas enormes, pero es muy raro que sean maléficas; los demás insectos de que habla Jordan, son abispas bastante fuertes para atacar y matar grandes arañas, que llevan á sus asilos, abiertos en la arena, donde es imposible descubrirlas. Con respecto al reino vegetal, dice, que la India mayor produce toda clase de especias, particularmente pimienta; la planta que la produce es rastrera como la yedra, y tiene racimos parecidos á los de la cepa silvestre. La pimienta, aunque verde, ennegrece al madurar, sin necesidad de la accion del humo ó del agua caliente, como algunos han creido, observacion que hace tambien Juan de Marignoli. Jordan cita tambien el gengibre, y en cuanto al cinamomo, se contenta con decir, que es la corteza de un gran árbol, cuyas flores y frutos son parecidos á los del giroflo ó clavero. Quizá, dice M. Coquebert-Montbret, una residencia mas dilatada, y un ministerio menos sobrecargado de atenciones, hubieran permitido al prelado reunir mayor número de datos del mismo género.

Las persecuciones que sufrió por parte de los mahometanos, le obligaron á retirarse; pero ignoramos la época y las circunstancias de su marcha, las de su vuelta, y los lugares que habitó desde entonces. Hay motivo para sospechar, que el obispo de Colam volvió á Europa, por la Arabia, el Asia menor y la isla de Chio. El título *Mirabilia*, que tiene su relacion, era muy ordinario en la edad media, para escitar mas la curiosidad del lector. El estilo de Jordan, no es inferior al de algunas otras obras de la misma época; y aun puede colocársele en la misma línea que la traduccion latina de los viages de Marco Polo, pudiendo creerse, que los que componian estos libros, evitaban usar de un latin mas puro, temiendo no ser comprendidos de lectores poco familiarizados con un latin elevado y correcto. En cuanto á la falta de órden, y á los vacíos que se notan en la relacion de Jordan, no se puede hacer responsable de ellos á un religioso profeso, perteneciente á una órden célebre por la instruccion que daba á sus individuos, y que deseaba propagar; á un religioso, sobre todo, tan distinguido, que mereció ser elevado al episcopado, pues nosotros creemos con M. Coquebert-Montbret, que no nos quedan mas que fragmentos de la obra primitiva, mutilada por una mano poco hábil, que habrá separado todo lo que no consideraba bastante sorprendente para ser colocado entre las *Mirabilia*.

Juan XXII no se limitó á instituir un obispo para Malabar; envió, en 1330, á muchos religiosos de Sto. Domingo y S. Francisco, para que ayudaran á este prelado. Fontana habla de un dominico, llamado Teclaimanot, que anunció el evangelio en la India, que fundó muchos conventos de su órden, que convirtió á un rey, que bautizó á sus súbditos mahometanos, y que murió en 1336.

Juan de Cor, nuevo arzobispo de Sultanieh, á quien su sufragáneo Jordan llevó el pálio, asistió á los funerales de Juan de Montecorvino, arzobispo de Kan-Balikh, que falleció hácia 1330.

El viage que hizo á la China le dió ocasion para redactar un documento curioso, titulado: *Del estado y del gobierno del gran khan de Cathay, soberano emperador de los tártaros, y de la disposicion de su imperio y demás principes*, etc. El santo arzobispo de Kan-Balikh, durante su larga y laboriosa mision, convirtió á mas de 30,000 infieles.

Luego que Juan XXII tuvo noticia de su muerte, nombró por sucesor á Fr. Nicolás, religioso de la misma órden, que recibió como ausiliares veinte franciscanos sacerdotes y seis legos, dándole además el papa cartas, fechadas en Aviñon, en octubre de 1333, para Leon IV, rey de Armenia, y para el khagan.

Es digno de notarse que Fr. Nicolás, habia sido profesor de teología de la facultad de Paris, y que era un francés el elegido para ser segundo arzobispo de Pekin.

La precaucion que tuvo Juan XXII, de autorizar á este prelado con cartas de recomendacion, no la omitió para ninguno de los numerosos misioneros de las familias de S. Francisco y Sto. Domingo, que enviaba al oriente. Su correspondencia con los diferentes gefes mongoles, así como con los príncipes, que eran tributarios suyos, servia para proporcionar á los apóstoles de la fé una acogida mas favorable, y para afirmar su autoridad en el ejercicio de su ministerio.

Entre los mas ilustres apóstoles de la órden de dominicos, es preciso hacer mencion del P. Pablo, que, enviado á oriente, desde el convento de Perusa, trabajó en Grecia y Constantinopla, para atraer á los griegos á la unidad, y predicó la palabra de Dios en Crimea, en el Asia menor y en Chipre. Tambien debe ser recordado el P. Nicolás de Perusa, que recorrió toda la Palestina, afirmando á los cristianos en la fé, y regenerando por el bautismo á muchos infieles. De los dominicos, que el convento de Pera, próximo á Constantinopla, enviaba á las diversas naciones del Asia, eran entonces los principales, Francisco, natural de Camerino, en la Marca de Ancona, y Ricardo, de nacion inglés, consagrados ambos á la conversion de los pueblos situados al norte del mar Negro. Los principales gefes de los zicos y alanos cismáticos, que habia en estos paises, encargaron á Francisco y á Ricardo, lleváran el acta de su sumision á la santa sede. Al atravesar Constantinopla, procuraron estos misioneros preparar los espíritus para que aceptáran la reunion. Por último, llegaron á Roma, y la relacion que hicieron al papa de los triunfos y esperanzas de la religion en oriente, llenó su corazon de alegría. El 22 de mayo de 1333, escitó Juan XXII al capítulo de dominicos reunido en Dijon, para que proporcionára á esta parte del mundo un número de misioneros, bastantes para atender á todas sus necesidades. El capítulo no se limitó á satisfacer los deseos del pontífice, pues con el fin de facilitar la obra de las conversiones, se habia decretado ya, que el vicario general dominicano de la sociedad de *Peregrinos de Jesucristo*, estableceria el estudio de las lenguas orientales en las principales casas sometidas á su cuidado. Despues del capítulo de Dijon, se señalaron de una manera especial, dos conventos, uno de Pera y otro de Caffa, para que los misioneros se consagráran especialmente al estudio de aquellos idiomas. Francisco y Ricardo eran muy versados en los de oriente, y capaces de consagrarse á su enseñanza; pero Juan XXII les dió un destino mas elevado, instituyendo al primero arzobispo de Vospro, ciudad situada en el estrecho que los antiguos llamaban Bósforo Cimerino, é instituyendo al segundo obispo de Cherson, ciudad marítima del Cherson eso Táurico. En calidad de nuncios apostólicos, aparecieron en Constantinopla; pero la obstinacion del clero cismático, defraudó sus esperanzas, y si bien no lograron atraer á los griegos, ilustraron á los idólatras y musulmanes. Desde Vospro y Cherson, constituidos puntos de partida de sus frecuentes misiones, enviaron á todas partes obreros evangélicos, que diferentes órdenes les suministraban, para la propagacion del evangelio.

Así como habia alanos cismáticos, habia tambien idólatras. Bruzen de La Martimére, hace observar que estos pueblos nómadas, establecidos antiguamente mas allá de los orígenes del Jaik (Ural), se habian estendido, desde las llanuras de la Armenia, y las lagunas Meotidas, hasta las montañas próximas á la India. Vivian en tiendas, que trasportaban á los lugares de aposentamiento que convenian á sus rebaños, únicas riquezas de los alanos, acostumbrados á nutrirse con carne y leche. Los niños, las mugeres y los viejos, permanecian en sus tiendas, en tanto que los hombres vigorosos, hacian escursiones en los territorios inmediatos, porque la guerra era su única ocupacion. Desde muy niños, acostumbraban á montar á caballo, y aspiraban á

señalarse en los combates; consideraban como vergonzoso, envejecer y morir en paz; envidiaban la suerte del que moria con las armas en la mano, sobre montones de cadáveres que hubiera sacrificado, y eran sumamente respetados los guerreros, cuyos caballos iban adornados con las cabelleras arrancadas á los de los enemigos. Un sable desnudo, clavado en tierra, era el único objeto de sus homenages, y por medio de varetas ó palillos, intentaban presagiar las cosas venideras. Klaproch señala los restos de estos alanos, y de los azos de la edad media, en los osetas, que residen en Circasia, independientes y aun enemigos de los rusos. Sea de esto lo que quiera, nuevas tribus de los alanos, que no habian abrazado el cristianismo, pidieron misioneros; y Juan XXII encargó al obispo Tomás, dominico, y á algunos otros religiosos de su órden, la mision de evangelizarlos. Los franciscanos tenian á su cuidado anunciar á otras tribus las verdades del cristianismo.

Entre este gran número de ministros de la palabra divina, que se difundian por el oriente, para atacar á la idolatría y al islamismo, habia muchos, á quienes la gracia hacia triunfar de los asaltos dados á su fé y á sus costumbres, y á quienes la crueldad de los infieles proporcionaba la corona del martirio. Debemos citar en primer lugar á Guillermo, franciscano inglés, muerto á sablazos hácia el año de 1335, por los mahometanos de Salmastra, en Persia; y al húngaro Fr. Domingo, que fué desollado vivo en Tartaria, por amor de Jesucristo. *Las Crónicas de los franciscanos*, dicen, hablando de Guillermo, que esponia las verdades cristianas, cuando los musulmanes le interrumpieron para preguntarle, qué pensaba de su ley y de su profeta; á lo cual solo contestó el misionero: «Creo en Jesucristo.» Vuelto á interpelar para que manifestára el sentir de los cristianos sobre Mahoma, no pudo menos de decir, que este órgano de la mentira, no habia promulgado mas que una ley falsa. Al oir estas palabras, le encadenaron los piés y las manos, y le metieron en un oscuro calabozo, publicándose en toda la ciudad que el vil *puerco*, (así llamaban al confesor,) habia proferido atroces injurias contra el islamismo. Luego que el pueblo estuvo reunido, propusieron al mártir la alternativa de apostatar ó morir; pero este renovó con valor su profesion de fé, y á los gritos de los musulmanes, cayó atravesado por la espada de uno de ellos. Guillermo, poniendo la mano sobre la llaga, esclamó, que moria contento en defensa de la verdad, y que detestaba los errores de Mahoma; muchos golpes de cimitarra cortaron entonces los últimos lazos que tenian su alma cautiva, y voló á entrar en el seno de Dios. Si habia muchos misioneros que triunfaban de la persecucion, tambien hubo algunos, dice el P. Touron, que se dejaron vencer, ó por el terror de los suplicios, ó por el atractivo de los placeres. La misericordia del Señor no abandonó enteramente á los que así se habian olvidado de su deber; y despues de haber hecho una triste esperiencia de su propia debilidad, tuvieron la dicha de saborear la fuerza victoriosa de la gracia. «El franciscano Estéban, húngaro tambien como Domingo, nos suministra un ejemplo admirable de este esforzado arrepentimiento. Si el espíritu de las tinieblas, supo transformar á este discípulo de S. Francisco en esclavo de Mahoma, la virtud mas poderosa de Dios, hizo del renegado un confesor de Jesucristo, y del penitente, un glorioso mártir.

Diremos algunas palabras sobre el estado de las misiones en el imperio de Kaptchak, en que reinaba una de las ramas de los mongoles Djenghuyz-Khanides, por haber sido el lugar en que ocurrió este suceso memorable.

Uzbek-Khan, soberano de Kaptchak, subió al trono en 1313, y es de notar, que los monarcas tártaros que se hicieron mahometanos, se mostraron mas tolerantes con los cristianos, que los demás soberanos musulmanes. Estéban, franciscano, como el mártir de que vamos á hablar, habia sido nombrado obispo de Serai, capital de Uzbek, en cuya ciudad se predicaba con toda libertad, se esplicaban los divinos

misterios, se celebraban públicamente, y con solemnidad, los divinos oficios; se empezaban á cantar con fervor las alabanzas de Jesucristo; se sabia su ley, y se observaban sus preceptos. No era necesario tanto para alarmar al espíritu de las tinieblas y para promover persecuciones contra la Iglesia. Despues de muchas tentativas inútiles, los enemigos de la religion procuraron persuadir á muchos oficiales de Uzbek, que el sonido de las campanas, de que se hacia uso para reunir á los fieles, era de mal agüero entre los tártaros. Estos oficiales, mas supersticiosos que mal dispuestos, comunicaron sus temores al príncipe, el cual publicó inmediatamente un edicto para prohibir, no la predicacion del evangelio, ni la celebracion de los oficios divinos, ni las reuniones ordinarias de los fieles, sino solamente el sonido de las campanas, que creia anunciaban alguna cosa triste y funesta para su imperio. El obispo de Serai tranquilizó á los cristianos, alarmados con esta medida, y los exhortó á que continuáran pidiendo por la prosperidad del khan. A fin de disipar las nubes que se habian formado en Kaptchak, escribió Juan XXII á Uzbek-Kkan, en 28 de marzo de 1318, dándole gracias por los favores concedidos hasta entonces á los misioneros, exhortándole á que abrazára el cristianismo, y rogándole que revocára el edicto dado sobre el uso de las campanas. Diez y seis años habian pasado despues de esta carta del papa, cuando un franciscano consternó con su caida, pero consoló luego por su admirable conversion, á todos los misioneros y á la nueva cristiandad de Kaptchak.

Estéban, natural de Grand-Waradin, ciudad episcopal de la alta Hungría, tomó muy jóven el hábito de franciscano y fué elevado á sacerdote. A la edad de veinte y cinco años, residia en el convento de S. Juan, á tres millas de Serai. Su primitivo fervor no tardó en debilitarse; y conducido á esa indiferencia, que nos hace, sino despreciar, olvidar al menos nuestros deberes, sintió bien pronto vacilar su fé, y concluyó por olvidarse de todo lo que habia creido. No fué, sino despues de grandes luchas, cuando sucumbió á las sugestiones del enemigo tentador. Recluso en una ocasion por una falta de disciplina, intentó fugarse; pero rechazando el pensamiento de desercion, se recomendó á las súplicas de los religiosos. Próximo estaba otra vez á caer en la tentacion, cuando viendo la cruz del campanario de la iglesia, esclamó: «¿Podré yo ofender hasta este punto á aquel que sufrió por mí el mas cruel suplicio?» A la mañana siguiente, se recomendó de nuevo á las oraciones de sus hermanos, y les rogó velaran por él. Sus superiores resolvieron enviarle al convento de Caffa; pero logró escaparse burlando la vigilancia de su compañero; en seguida entró en Serai, y manifestó á los musulmanes sus designios de abrazar su falsa ley. El cadí, juez civil, y en algunos casos, eclesiástico, recibió esta noticia con la mayor emocion, y acogió á Estéban, comprendiendo cuán importante era para el islamismo, la adhesion de un sacerdote cristiano, individuo de una órden religiosa, cuyos progresos eran tan notorios, y cuya ciencia era igual á su virtud. Desde la mañana del siguiente dia, en que los musulmanes celebraban con pompa la fiesta llamada *Mereth*, y que en este año de 1334, desgraciadamente coincidia con el viernes santo, fué conducido el apóstata á la mezquita, donde abjuró el cristianismo, aceptando públicamente la doctrina del Coran. El mismo cadí le despojó de su hábito religioso, que en señal de desprecio, holló con sus piés, revistiéndole un trage de escarlata y de tela de oro. A presencia de una multitud inmensa, porque la mezquita podia contener cerca de 10,000 musulmanes, escitó á Estéban á la apostasía, prometiéndole honores y riquezas, haciendo difundir la noticia de que un gran sacerdote de los cristianos acababa de convertirse á Mahoma. El pueblo acudió en tropel, y Estéban, en medio de los principales habitantes, marchaba sobre un caballo ricamente enjaezado, precedido de estandartes, y especialmente de su hábito religioso, que en señal de triunfo, llevaban suspendido de la punta de una lanza. El acompañamiento recorrió toda

la ciudad al sonido de las trompetas, para alegría de los mahometanos y confusion de los católicos, y sobre todo de los religiosos, que anegados en lágrimas, se alejaron de esta multitud embriagada de la gloria, que creia recibir en el oprobio del nombre cristiano.

Pero el que despues de la triple negacion de S. Pedro, hizo con una sola mirada brotar de sus ojos lágrimas de penitencia, dirigió tambien los suyos hácia nuestro Estéban, el cual, viendo la consternacion de los cristianos, y la postracion de sus hermanos, los hijos de S. Francisco, sintió alterado el fondo de su corazon en medio de tanta pompa. Los musulmanes, para hacerle confesar la unidad de Dios, que implica en ellos la negacion de la santísima Trinidad, querian que levantase un dedo en el aire; pero él persistió en levantar tres, indicando así, que la unidad de Dios se concilia con la Trinidad de las personas. Estéban no tocó á ningun manjar en el festin espléndido que sucedió á esta cabalgata, y en el cual sufrió las angustias de su espíritu y el remordimiento por la falta cometida.

Cuando los musulmanes le dirigian alguna pregunta sobre su situacion, contestaba que estaba lleno del espíritu de Mahoma. Despues fué conducido á la casa que se le tenia preparada, con un iman, encargado de instruirle. En el mismo dia, y en el siguiente, recibió y humedeció con sus lágrimas cartas llenas de uncion, escritas por los religiosos, hermanos suyos, reprendiéndole su crímen. «He pecado como Judas, respondió á uno de ellos, llamado Miguel, pero no me entregaré como él á la desesperacion; por la misericordia de Dios, he reconocido mi falta y me arrepiento de ella. Si podeis ocultarme, sin comprometeros ni comprometer á los cristianos, pronto estoy á sufrir una prision perpétua; si no podeis hacerlo, deseo al menos que vengais á prepararme con la administracion de los sacramentos, para la prueba del martirio, porque así como estrepitosamente he renegado de Jesucristo, públicamente quiero reconocerle por mi Dios y Salvador.»

La casa de un cristiano fué la señalada para la entrevista, y al dia siguiente, se presentaron en ella el guardian Pedro de Bolonia con otros religiosos, y Estéban, prosternado en tierra, pidió el perdon de su crímen con lágrimas y sollozos, suplicando se le admitiese á penitencia y á la comunion de los fieles, con tal efusion de corazon, y con tan vivo arrepentimiento, que todos los concurrentes derramaron copiosas lágrimas. Efectivamente, recibió el sacramento de la penitencia, así como la absolucion de sus pecados y del crímen de apostasía, deseando aparecer ante los musulmanes revestido con el hábito religioso, que habia conservado en su morada, detestar de su perfidia, y declararse públicamente cristiano porque no creia poder espiar su crímen mas que dando la vida por Jesucristo, cuya religion habia ofendido con semejante oprobio. El guardian creyó mas conveniente, que Estéban cubriese su hábito de religioso con el trage de los musulmanes, para que despues de haber hecho pública profesion de fé delante del cadí, lo rasgase y apareciese por su vestido y por sus palabras, como verdadero hijo de S. Francisco y confesor de Jesucristo.

Al dia siguiente, vestido de la manera que queda dicha, entró Estéban en la mezquita, donde se habian reunido cerca de 10,000 musulmanes. Con esforzado valor, y lleno del Espíritu Santo, subió á la tribuna, é impuso silencio con la mano; y en el momento en que se esperaba oirle proferir algunas blasfemias contra Jesucristo, dijo con tono firme. «He sido cristiano durante veinte y cinco años; he examinado el cristianismo, y es la verdadera religion y la única en que podemos salvarnos. Durante los tres dias, que como apóstata, he vivido entre vosotros, no he conocido en vuestra religion mas que supersticiones y mentiras, asegurándome mas de que Mahoma no es mas que un impostor y un falso profeta. Confieso, pues que Jesucristo es el verdadero hijo de Dios, y el Salvador del mundo; reconozco que su Santa Madre es vírgen, y abjuro y detesto vuestra falsa religion.» En seguida rasgó su trage de





escarlata, y apareciendo con el humilde hábito de S. Francisco, manifestó que estaba pronto á morir por Jesucristo. Accion tan atrevida le hubiera hecho víctima del furioso auditorio, si el cadí, interponiendo su autoridad, no hubiera anunciado, que no libraba á Estéban de su furor, mas que para hacerle sufrir la pena del fuego establecida por la ley. En seguida, fué conducido el franciscano con las manos atadas á casa del cadí, donde sufrió nuevos tormentos. Habiéndole interrogado el juez, y encontrándole firme en la fé, le entregó á disposicion del verdugo. Ya debilitado por la tortura y por una abstinencia de tres dias, fué golpeado con sacos de cuero, llenos de plomo y arena, de una manera tan violenta, que cayó medio muerto. Los satélites le suspendieron en seguida de un pié y de una mano atados en un palo, y en los miembros opuestos cargaron piedras de enorme peso, en cuya postura permaneció toda la noche. (Pl. XXIV, n.° 1.) Al dia siguiente, le desataron sus verdugos, sorprendidos de encontrarle vivo, y le permitieron tomar algun alimento, enviado por la princesa, muger de Uzbek-Khan. Como en nada se habia disminuido su constancia en la fé, le golpearon de nuevo con los mismos sacos de cuero, y le suspendieron por los piés, separados violentamente á mucha distancia, y poniéndole en la cabeza un enorme peso.

Los musulmanes, que tambien le encontraron vivo al dia siguiente, le descolgaron, y le propusieron, eligiera, ó la ley de Mahoma, ó sufrir en aquella noche la muerte mas horrorosa. Con valor invencible contestó, que nada podia serle mas grato ni dulce, que sufrir la muerte por Jesucristo. Llegada que fué la noche, le castigaron como antes, y atándole una cuerda al cuello, le colgaron de lo alto, encendiendo á sus piés una hoguera bastante grande, en la cual arrojaron gran cantidad de estiércol, para que el humo le ahogara, al mismo tiempo que era pasto de las llamas. Los verdugos, luego que pasó cierto tiempo, y creyéndole muerto, le arrojaron como cadáver á un rincon de la prision. Dos mugeres mahometanas, admiradas de cuanto se decia del valor de este mártir, y de la impotencia de los tormentos que habia sufrido, tuvieron la curiosidad de ir á ver en qué estado se encontraba su cuerpo. Grande fué su asombro cuando vieron á Estéban arrodillado, haciendo oracion, rodeado de un globo de luz, y teniendo sobre sus hombros dos blancas palomas. (Pl. XXIV. n.° 2.) El cadí, luego que tuvo noticia de este hecho, y á presencia del prodigio, vaciló sobre el partido que debia tomar, temiendo que si sometia á Estéban al suplicio del fuego, podria librarle el cielo por un milagro semejante, cuyo resultado seria la conversion de todo el pueblo, y que si le dejaba libre, confesaba su derrota y la de Mahoma. El orgullo venció por fin; pero no fué sino para proporcionar una nueva manifestacion de la omnipotencia de Dios. El cadí mandó encender una grande hoguera en la plaza pública, é hizo anunciar que Estéban iba á ser quemado vivo. Para asegurarse de su muerte, mandó tambien que se encendiera un gran hornillo, donde fuera introducido el mártir, quedando cerrada la puerta. Así se hizo, y el cadí se retiró luego que consideró que el cuerpo estaria ya hecho cenizas. Al dia siguiente por la mañana, abrieron los satélites la puerta del horno, y encontraron á Estéban en oracion, cubierto de un sudor ligero, como si saliera de un baño. El cadí, profundamente conmovido, esclamó, que aquello era un milagro, y que era preciso dar libertad al franciscano; pero los musulmanes, que se mostraban tanto mas tenaces, cuanto mayores y mas manifiestos eran los prodigios del cielo, amenazaron quemar al mismo cadí, si libraba á un hombre, que habia blasfemado de Mahoma. El cadí se lo entregó, y el mártir fué conducido á la prision de los condenados.

A la noche siguiente, se dirigió á ella una multitud armada, que rompió las puertas, y propuso á Estéban la apostasía ó la muerte. El mártir, respondió, que preferia mil muertes, y protestó que era sacerdote de Jesucristo, cuya ley era la única que podia salvarnos, al

paso que la de Mahoma no era mas que supersticion y causa de ruina. Uno de los musulmanes al oir estas palabras, descargó sobre su cabeza un fuerte hachazo, causándole una herida mortal; otro le atravesó el vientre con su espada, echándole fuera las tripas, y el resto de los musulmanes pedia se le reservase para el suplicio del fuego establecido por la ley. El cadí, que acudió al tumulto, propuso á Estéban la curacion de sus heridas, darle á su propia hija en casamiento, llenarle de riquezas, y concederle honores; á todo lo cual contestaba el franciscano: «Haced de mi cuerpo lo que querais.» El juez pronunció la pena capital del fuego.

Al dia siguiente, sesto de este horrible martirio, sacaron al atleta de Jesucristo, le despojaron de sus vestidos, y enteramente desnudo, le ataron á la cola de un caballo, para conducirle á la hoguera. El poder de Dios, se reveló en este momento para confusion de los infieles, porque este hombre, privado de alimento durante tantos dias, teniendo dos heridas en la cabeza y en el vientre, pero sostenido y animado con la esperanza de una recompensa próxima, se lanzó con el vigor de un jigante, y cantando salmos y cánticos espirituales, adelantaba en la carrera al caballo á que iba atado. Los cristianos veian en esto un nuevo milagro, y los musulmanes, cada vez mas enfurecidos, sometieron al mártir á nuevas flajelaciones, con que destrozaron todo su cuerpo. Uno de los concurrentes, le cortó una oreja, y la arrojó al fuego; pero del centro de la hoguera saltó al seno de un cristiano, que la llevó al convento de los franciscanos. Estéban, encadenado y próximo á la hoguera, pidió á Dios, que antes de su muerte, pudiera hacer con su propia mano la señal de la cruz; las ligaduras se rompieron instantánea y milagrosamente, y fortalecido con la señal de la cruz, é invocando á Dios, se lanzó espontáneamente al fuego, que se apagó al contacto de su cuerpo. Los satélites, enfurecidos, trajeron leña seca, derramando en ella materias inflamables, así como sobre el cuerpo del mártir, cuyas manos ataron de nuevo. Tambien esta vez se rompen las ligaduras, por virtud del signo de la santa cruz, y por segunda vez, tambien se estingue el fuego sin tocar á su cuerpo. El poder divino se manifestaba de una manera demasiado sensible, para no escitar el reconocimiento del mártir, quien, reprobando la ley de los musulmanes y á su falso profeta, exaltó la misericordia y el poder de Dios, y desafió á los infieles, asegurándoles, que no le quemarian mientras estuviera vivo. Furiosos los mahometanos, y armados de mil maneras diferentes, se lanzaron sobre él, y le hicieron trizas, consumando por una muerte gloriosa este martirio de seis dias.

El cuerpo de Estéban, que vivo, habia resistido á las llamas, quedó reducido á cenizas despues de su muerte, si bien los cristianos lograron salvar algunos huesos, que Dios quiso honrar despues por medio de muchos milagros. Los fieles, los judíos, y los musulmanes, fueron á la noche siguiente testigos de un hecho estraordinario, que el cielo permitió, para consuelo de unos y conversion de otros, pues todos vieron cuerpos luminosos y brillantes, sobre el lugar mismo en que Estéban recibió el martirio, quien rindió el alma á Dios á 22 de abril de 1334.

Uzbek Khan, cuya capital fué teatro de los gloriosos combates de este héroe, dió á los franciscanos, que evangelizaban el imperio de Kaptchak, un terreno en una ciudad que entonces se construia. Benedicto XII le dió las gracias, en 1338. El soberano tártaro de Kaptchak, se apoderó de Chirwan, en 1335, quitándosela á los mongoles de Persia, cuyo rey, Abu-Said, murió en el mismo año, no dejando mas que un hijo, que los gefes de las hordas no quisieron reconocer, constituyéndose cada uno en pequeño soberano. El año de la muerte de Abu-Said, fué el del nacimiento de Timur-Beig, descendiente por línea femenina del famoso Djenguyz, y mas conocido aun con el nombre de Tamerlan.

Bien pronto no habrá mas que confusion,

no solo entre los mongoles, que desde Hulagu, han dominado la Persia, la Armenia, la Mesopotamia, y una parte del Asia menor, sino entre los que, desde Batu, dominaban con el nombre de imperio de Katchak los paises al norte del mar Negro y del mar Caspio, casi toda la Rusia y una parte de la Polonia; y por último, entre aquellos, que bajo el nombre de imperio de Tchagatay, ocupan el Mawar-el-nahr ó Transoxan, el Karizme, el Mongolistan y muchos paises al este y al sur de los rios Djibun y Sihun (el Oxus y el Jaxartes); pero Timur-Beig, levantándose del medio de estos últimos, sabrá reunir todos estos despojos en un monton formidable.

CAPÍTULO XII.

Nuevos misioneros dominicos. — Misiones de los franciscanos en China y en Tartaria. — Descripcion del Sinaí. — Misiones en la India y en Livonia.

El capítulo general de los dominicos, celebrado en 1337, dispuso que todos los priores provinciales enviaran seis religiosos recomendables por su ciencia y costumbres á las provincias de Grecia y Tierra santa, y á la sociedad de *Peregrinos de Jesucristo*. Como la órden poseia entonces diez y siete provincias, llegó á ciento y dos el número de los padres, que inflamados de santa caridad, se dirigieron en este año, á anunciar la palabra de Dios, á los pueblos que la desconocian.

Benedicto XII, cuya esperanza se fundaba en el celo de los dominicos por la propagacion de la fé, supo al año siguiente, por la embajada, que desde el centro de la China llegó á Aviñon, cuál era el estado de la religion en este imperio tan lejano. El franciscano, Fr. Andrés Franco, y otros quince religiosos, llevaron á Benedicto, al principio de 1338, cartas del Khagan, en las que se denominaba emperador de los emperadores, y en las que suplicaba al papa se acordára de él, invitándole á enviar misioneros para establecer relaciones entre la silla apostólica y la corte imperial, y recomendándole, en fin, á los alanos cristianos súbditos suyos. Bergeron hace observar, que estas cartas del Khagan, estaban fechadas en el *año del raton*, indicacion que esplica así. El emperador, en el primer dia del año, fijaba mucho su atencion sobre el objeto que desde luego se presentaba á sus ojos, atribuyéndole una influencia misteriosa en los sucesos del año, siempre que fuese un objeto animado. Como en el presente año, fué un raton lo primero que se presentó á sus ojos, tuvo de aquí ocasion para designar el año con el nombre de este animal.

La embajada llevó tambien cartas de los príncipes alanos, que pagando un tributo de reconocimiento á la memoria de Juan de Montecorvino, se quejaban de que aun no hubiese llegado su sucesor, y de estar privados del primer pastor hacia ya ocho años. Si es cierto, que en la época en que estos príncipes escribieron al papa, aun no habia llegado á su ciudad metropolitana Fr. Nicolás, segundo arzobispo de Kan-Balikh, resulta de las letras de Benedicto XII, que este prelado y sus compañeros se encontraban en el imperio de Tchagatay, en el que contribuian mucho á los progresos de la fé.

Ily-Balikh, en los últimos confines de este imperio, era el centro de una mision franciscana, de la que formaba parte Pascual de Vitoria. Este franciscano español, que escribió en 1.° de agosto de 1338 al guardian y religiosos del convento de Vitoria, la relacion de su viage, acompañado de Fr. Gonsalve de Transtorna, dejó á Aviñon, con la bendicion de su general, para ir á Asia á ganar la indulgencia. De allí pasó á Venecia, se embarcó en el Adriático para Constantinopla, y despues en el mar Negro para Tartaria.

En cuanto llegó á Serai, se dedicó á aprender la lengua de los tártaros, pudiendo predicar, sin intérprete, tanto á los musulmanes, como á los cristianos, cismáticos, y hereges. Durante su permanencia en Serai, sufrió Estéban de Hungría su glorioso martirio. Continuó sus viages por rios y por tierra, atravesó una ciudad, que dice ser Hus, donde moraba

Job, y entró en Tchagatay, entonces conmovida por revoluciones políticas. En un lugar, en donde, con ocasion de una fiesta de los musulmanes, se habian reunido mucho pueblo y muchos imanes, empezó á predicar á Jesucristo, y se hospedó en frente de la mezquita. El iman principal, disputó con él por espacio de veinte dias sobre las doctrinas del Coran, y tan activa fué la discusion, que apenas tenia tiempo para comer una vez cada dia, un poco de pan, y beber agua. La victoria coronó sus esfuerzos, y movió á sus adversarios á que confesaran el dogma de la santa Trinidad. Con el fin de seducirle, se le ofrecieron riquezas, honores, y placeres; pero rechazando con firmeza estas sugestiones, le apedrearon dos veces, quemaron su rostro y sus piés, y le arrancaron la barba, sin que consiguieran otra cosa que el que diera gracias á Dios, que se dignaba permitir sufriera estos tormentos y estas injurias por su santo nombre. Su viage de Hus á Ily-Balikh, duró cinco meses, sin que dejara de llevar el hábito de su órden, ni de predicar en público. « Amados hermanos mios, (decia al concluir), mi ministerio es anunciar la palabra de Dios á las naciones, y el enseñar á los pecadores á que se separen de sus pecados y entren en los caminos de la salvacion; pero solo á Dios pertenece conceder la gracia de la conversion. » El gefe de la mision de Ily-Balikh, era Fr. Ricardo de Borgoña, obispo de esta ciudad, que al ir á tomar posesion de su título, escogió por compañeros á los hombres mas doctos y celosos de su órden. Además de Pascual de Vitoria, debemos hacer mencion de los sacerdotes Francisco de Alejandría, y Raimundo Ruffi; á los legos, Pedro Martel de Narbona, y Lorenzo de Alejandría. Entre ellos, habia tambien un negro, llamado Juan de las Indias, que convertido por los franciscanos, se habia suscrito en la órden Tercera de S. Francisco, y servia de intérprete al arzobispo de Kan-Balikh. El gefe de los mongoles de Tchagatay, se encontraba enfermo al tiempo del establecimiento de esta mision en su capital. Francisco de Alejandría, que tenia algunos conocimientos quirúrgicos, logró curarle de un cáncer y de una fístula, curacion que le valió la completa confianza del príncipe, á quien llamaba su padre, eligiéndole por consejero suyo. La superioridad de talentos, y mas aun, la pureza de costumbres, y el completo desinterés de los misioneros, hicieron creer al príncipe mongol, que los hombres que se conducian así, tenian por móvil principios muy santos. No atreviéndose á abrazar por sí mismo una religion que le parecia tan bella, entregó á un hijo suyo, de edad de ocho años, para que Francisco le educára en el cristianismo. Efectivamente, este jóven príncipe recibió el bautismo y el nombre de Juan. Semejante ejemplo atraia diariamente nuevos prosélitos á la fé, y es de presumir, que se hubiera propagado en todo el Tchagatay, á no haber sobrevenido una catástrofe política. El soberano, que tan favorable se habia mostrado á los misioneros, y que puso á disposicion del obispo, un terreno, en que se construyó una hermosa iglesia, fué envenenado por un príncipe mahometano de su familia. Irritado el usurpador, del celo con que los franciscanos estirpaban la idolatría y el islamismo, publicó tres edictos, previniendo que todos los cristianos, bajo pena de la vida, renunciáran á Jesucristo y se hicieran musulmanes. Estas órdenes, que eran generales, comprendian por consiguiente á los siete misioneros. Se les propuso hicieran una abjuracion pública y solemne de su religion; pero habiéndolo rechazado, fueron atados todos á una larga cuerda, y espuestos á los insultos del populacho, que los azotó, abofeteó y acuchilló, cortándoles la nariz y las orejas, hasta que viendo, que ni los oprobios ni los tormentos hacian vacilar á estos valerosos apóstoles, cuya voz no cesaba de anunciar el cristianismo y mostrar la falsedad del Coran, les cortaron las cabezas en el mes de junio, de 1342. El populacho en seguida se precipitó sobre el convento de los franciscanos, que fué incendiado y saqueado. Los demás cristianos, ó tuvieron que huir, ó cedieron á la violencia de la persecucion, ó

sufrieron la cautividad y la miseria, hasta que Dios entregó su perseguidor á otro tirano, que le hizo sufrir la muerte mas cruel.

En el momento en que Fr. Pascual de Vitoria, trasmitia á España los detalles de su viage, desde Aviñon á Ily-Balikh, los embajadores del Khagan volvian de Francia á China. Benedicto XII, que con benevolencia los habia acogido, los despidió en el mes de julio de 1338, colmándoles de presentes. Este pontífice les dió cartas para el emperador de los tártaros y príncipes alanos, con una fórmula de fé, y rogó á los reyes de Sicilia y de Hungría, así como al dux de Venecia, para que los trataran bien en su territorio. En el mes de setiembre dispuso marcharan, en cualidad de nuncios apostólicos, revestidos de los mayores poderes, los cuatro franciscanos, Nicolás Bonet, profesor de teología, Nicolás de Molano, Juan de Florencia y Gregorio de Hungría, dándoles cartas para el Khagan, para los soberanos de Kaptchak y de Tchagatay y para cuatro príncipes alanos. Cuando los nuncios llegaron á Ily-Balikh, abrió la carrera de las persecuciones, la muerte del monarca protector de los cristianos; pero en los estados directamente sometidos al Khagan y á los que se dirigian los nuncios, hacian rápidos progresos la fé católica y la órden de S. Francisco. El numero de cristianos ortodoxos se aumentaba sin cesar, y los franciscanos, con su doctrina, prudencia y santidad, hacian una impresion profunda en los pueblos, y multiplicaban sus residencias. Los que habitaban el convento de Kan-Balikh, construido por Juan de Montecorvino, junto al palacio imperial, eran tan honrados, que el emperador los admitia frecuentemente á su mesa, y ninguna noche se acostaba sin recibir antes su bendicion. Además de las residencias fijas de los franciscanos, en toda la estension de la Tartaria, tenian otras movibles, pues no solamente habitaban las ciudades, sino que tenian casas rodadas que trasportaban en esas inmensas regiones por todas partes, en que las necesidades espirituales de las poblaciones, y las felices probabilidades de las conversiones reclamaban su presencia. La estimacion y el ascendiente de que gozaban los franciscanos, se aumentaron con la llegada de Juan de Florencia, y de sus compañeros, que por el tiempo de diez años, estaban revestidos con la cualidad de nuncios apostólicos. El emperador habia facilitado, por medio de un nuevo edicto, el ejercicio de su ministerio, autorizando la predicacion de la fé católica en su imperio, y previniendo á los demás príncipes del oriente, dispensaran á los misioneros la acogida mas honrosa. Juan de Florencia, gefe de la legacion, armándose de un crucifijo, para combatir al espíritu de las tinieblas, que cegaba á estos pueblos, les predicó intrépidamente el nombre de Jesucristo A su voz, levantaron los convertidos nuevas iglesias, y la fé católica penetró victoriosa en diferentes partes del imperio. Sin duda, fué en compañía de los nuncios de Benedicto XII, con quienes, el franciscano Juan del Marignoli de San Lorenzo, marchó por Serac é Ily-Balikh al Katai, á donde llegó en 1342, y desde donde volvió á Aviñon por la India, la Palestina y Chipre. Entonces fué nombrado obispo de Bisiguano y capellan del emperador Cárlos IV, que le encargó, hiciera un resúmen de las antiguas crónicas de Bohemia, y encontró medios de consignar en su redaccion fragmentos de su viage al oriente.

Ozbek, gefe de los mongoles de Kaptchak, siguió el ejemplo del Khagan dirigiendo una embajada al papa, compuesta de dos tártaros católicos y del franciscano Elías de Hungría, á quien el príncipe Djanibek, hijo mayor del Khan, amaba mucho. Estos embajadores ofrecieron presentes á Benedicto XII, quien por medio de ellos, invitó á Ozbek y á Djanibek á que abrazaran el cristianismo; á que favorecieran á los cristianos de sus estados, y á que respetáran las fronteras de Polonia y de Hungría, entonces amenazadas por los tártaros. La irrupcion de los mongoles, conjurada en vano, llegó á ser para muchos franciscanos y dominicos, ocasion de un fin glorioso, porque la espada de los bárbaros los inmoló en

ódio de la fé de que eran apóstoles. Fray Elias de Hungría, que gozaba de todo el afecto de Djanibek, vino en 1343 á decir al papa, entonces reinante, que la predicacion del cristianismo no estaba prohibida por el Khan en el imperio de Kaptchak, y que allí disfrutaba de libertad la religion católica. El soberano pontífice escribió al príncipe tártaro por medio de este franciscano, dándole gracias por su venturosa tolerancia é invitándole á que continuára dispensando sus beneficios á los cristianos.

La Persia, en 1340, suministró un héroe mas al ejército de los mártires en el B. Gentil de la órden de S. Francisco. Nació en el arrabal de Matélica, en la Marca de Ancona, y siendo aun muy jóven, tomó el hábito de S. Francisco. Despues de haber terminado sus estudios, permaneció por espacio de muchos años, en el convento de Monte Alberno, en Toscana, donde, en un éxtasis que tuvo S. Francisco, imprimió un seráfin, en las manos. en los piés y en el costado del santo patriarca, las llagas de nuestro Señor Jesucristo. La santidad del lugar, los buenos ejemplos de los religiosos, y las felices disposiciones del jóven franciscano, le elevaron bien pronto á la práctica de las virtudes mas sublimes. Su celo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, le hizo concebir el designio de anunciar el evangelio, en Egipto y en la Persia. Pasó el mar, y se dedicó á aprender el árabe, pero le engañaron sus deseos, porque nada adelantó en el estudio de este idioma; y despues de inútiles ensayos, decidió volverse á Italia. Cuando ya estaba para partir, se le apareció el Señor, y le dijo: «He puesto mis palabras en tu boca, irás donde te envie, y dirás á estos pueblos infieles, todo lo que yo te mande.» Despues de este suceso milagroso, se notó que Gentil poseia perfectamente la lengua persa, y que predicaba con gran facilidad en este idioma. Convencidos por su doctrina, por sus milagros repetidos, y por su admirable virtud, corrian los persas en tropel á pedirle les administrára el bautismo. Llegó al número de 10,000 el de los infiel[es] que le debieron su conversion, y cuando se l[es] preguntaba cuál era su fé, respondian: «[La] de Fr. Gentil.» El afecto que le profesaban les movió á ofrecerle sumas y terrenos cons[i]derables; pero observador exacto de la p[o]breza evangélica, se contentaba con un frug[al] alimento y con un pobre vestido, sin rese[r]var, de las limosnas presentadas, mas que [lo] rigorosamente necesario para sus necesidad[es] del dia, y disponiendo que el resto fuera d[is]tribuido á los pobres.

El veneciano Marco Cornaro, que hab[ia] sido enviado por su república en cualidad [de] embajador, cayó gravemente enfermo en Pe[r]sia. El bienaventurado le predijo su curacio[n,] la dignidad de Dux, la muerte de su padr[e,] de su muger y de sus amigos, y por últim[o] la prision y el cautiverio; predicciones tod[as] que despues se realizaron. Cornaro, á qui[en] acompañaba Gentil, quiso ir á la Arabia á v[e]nerar la tumba de Sta. Catalina, en la peni[n]sula de Sinai, cuya descripcion creemos d[e]ber hacer en este lugar.

Tirando una línea de Suez al Akabah, s[o]bre las crestas de la cadena de Thyh, di[ce] Mr. Leon de Laborde, se forma un triángu[lo] cerrado al norte por el desierto, y al este [y] al oeste, por los dos golfos del mar Rojo. [T]es la península de Sinai. Esta lengua de tie[r]ra, está formada de una manera, que na[da] hay comparable á ella en ningun pais [del] mundo. Composicion y disposicion de las r[o]cas, formacion de los valles, altura de [las] montañas, todo es nuevo y particular en e[ste] pequeño rincon del globo. Una capa de ro[ca] cubre todo este espacio, que el geólogo di[vi]de en dos grandes partes, una de formaci[on] primitiva, que se estiende al sur, desde [el] Akabah, hasta el Wadi-Mokatteb y Magar[a,] y otra, que está secundariamente compue[sta] de mármoles y piedras calcáreas, que ocu[pa] la parte del norte. Su disposicion es igual [en] todas partes, y se parece á un gran mar, q[ue] por el impulso de una tempestad, levanta [sus] olas al cielo, y abre profundos abismos. A

es como una cascada de saltos violentos, mas allá como un avalanche amenazador; por un lado es un rio desbordado, por otro parecen verse los efectos de un temblor de tierra. Supongamos este estado violento, de repente, fijo, helado petrificado en masa de mármol negro de granito, y de pórfido, y tendremos alguna idea del cuadro que presenta á la vista, cuando se ha llegado á la cumbre de las montañas mas elevadas, tales como el Sinaí, el Serbal, el Salef, el Jorah, ó el Ganne sobre la cadena de Thyh Desde este punto, es un océano furioso de piedras silenciosas, un caos amenazador, pacífico y reposado. En el fondo de los valles, parece verse la corriente rápida del torrente mas violento, súbitamente detenido. Aquí no hay arena, y el pais está completamente desnudo. Se diria que el viento del desierto ha despojado la montaña, y presetado á nuestros ojos este vasto cuerpo sin vegetacion alguna, que parece no haber conservado mas que su trabazon huesosa, su esqueleto gigantesco, y sus articulaciones esparcidas. Al norte de la línea que hemos trazado, se descubre una aridez general; al sur, un verdor fecundo en el fondo de los valles, que riega todos los años la venida periódica de las lluvias.

Los caminos que conducen al valle situado al pié de la roca que comprende al Sinaí, (Tur-Sina), Horeb (Shuyreb) y la montaña de Sta. Catalina, están entre dos lados de masas de granito, que se elevan perpendicularmente hasta quinientos y á mil piés de altura; hay tambien caminos gigantescos y barrancos, que parecen ser callejuelas adyacentes.

Hay en la península del Sinaí, una montaña por escelencia, y sobre la cual dió Dios la ley á Moisés. Si nosotros no poseyéramos otros datos, nuestros ojos buscarian las cimas mas elevadas; el monte de Sta. Catalina ó Om-Schomenar; pero la tradicion señala un pico de menor altura, que aunque no el mas elevado, es sin embargo una alta montaña. Situada exactamente en el centro de la península, es la única á cuya cima puede llegarse para dominar todo el territorio, sin obstáculo alguno; es la mas atrevida en sus formas, y la mas grandiosa por la composicion granítica y basáltica de sus rocas. Desde este punto central, como un foco de luces, parten en todos sentidos, los valles que vierten sus aguas en ambos golfos. Por lo demás, se ha dicho con razon. «El Sinaí-Horeb, el Sinaí propiamente dicho, y el Sinaí Sta. Catalina, son una misma montaña por la base, pero se separan en su cima. El monte Horeb es una roca desnuda en sus formas, que domina á un valle, y que sirve, por decirlo así, de sosten ó fundamento á una masa de granito doble, mas alta, llamada el Sanaí. Esta masa de granito, de granos gruesos, que se eleva detrás del monte Horeb, está igualmente desnuda; pero es mas redonda y está cortada en líneas casi perpendiculares hácia el mediodía. Al sud-oeste del Sinaí, se levanta, en formas redondeadas, la montaña de pórfido de Sta. Catalina, cuya altura es 8452 piés sobre el nivel del mar Rojo.»

El P. Sicard, jesuita, ha descrito la roca de donde brotó el agua con abundancia, cuando Moisés, por órden de Dios, la tocó con su vara. Este prodigio, realizado en el sitio que Moisés llamó *Tentacion*, «es tan evidente, dice el misionero, que no hay ateo, que considerando con atencion lo que nosotros hemos visto, no se vea obligado á reconocer un ser soberano y omnipotente, único capaz de obrar tan gran maravilla. Hácia el centro del valle Rafidim, y á mas de cien pasos del monte Horeb, se descubre, marchando por un gran camino bastante escarpado, una alta roca, entre otras muchas mas pequeñas, la cual, por el transcurso de los tiempos, ha sido separada de las montañas próximas. Esta roca, es una gran masa de granito rojo, con la figura redondeada por un lado, y plana por el que mira á Horeb. Su altura y espesor es de doce piés, es mas ancha que alta, y su circuito es de cincuenta piés. Está atravesada por veinte y cuatro agujeros, y cada agujero tiene un pié de longitud, y una

pulgada de latitud. El lado plano de la roca, tiene doce agujeros, y otros doce el lado plano opuesto, todos colocados horizontalmente á doce piés del borde superior de la roca, y sin que los de un lado comuniquen con los del otro. Es muy importante notar, que esta, y las demás rocas, están situadas en un terreno muy seco y estéril, y que no se descubre en ninguno de los alrededores, rastro ni apariencia de manantial, ni de otra clase de agua. Esplicada así la situacion de esta roca, vamos á ocuparnos de las circunstancias, que prueban manifiestamente el milagro del autor de la naturaleza: 1.º, se nota fácilmente un pulimento en el lábio inferior de cada agujero hasta la tierra; 2.º, este pulimento no se vé mas que á lo largo de una pequeña reguera ó canaleta, abierta en la superficie de la roca, y que sigue la canaleta de un cabo al otro; 3.º, los bordes de los agujeros y de las canaletas están tapizados, por decirlo así, de un pequeño musgo verde y fino, sin que aparezca en ninguna otra parte de la roca ni una sola yerva. Toda la superficie de la roca, tanto en los bordes de los agujeros, como de las canaletas, es pura piedra. Hechas estas tres observaciones, pregunto yo: ¿qué nos significan este pulimento de los lábios inferiores de los agujeros, estas canaletas, igualmente pulimentadas de alto á bajo, este pequeño musgo, que no crece mas que en las estremidades de los agujeros y á lo largo de las canaletas, sin que en 3,000 años que han transcurrido hayan sufrido cambio alguno? Todas estas señales sensibles, son otras tantas pruebas incontestables, de que en otro tiempo salió de todos estos agujeros un agua abundante y milagrosa.»

No puede dudarse, que desde el paso de los israelitas, hasta la era cristiana, el Sinaí y todos los valles que le rodean, han sido objeto de una veneracion sostenida en mucha parte por las tradiciones. En los primeros siglos del cristianismo, se construyó un monasterio al pié del Sinaí y varias capillas en su cima. La emperatriz Elena, madre de Constantino, y despues Justiniano y Teodora, su muger, embellecieron este monasterio, le ensancharon fortificaron con arreglo á sus necesidades. recinto llegó á ser bien pronto demasiado e trecho para contener á los que, movidos p la piedad, concurrian al Sinaí, y entonces, edificó en el monte Horeb, un convento ded cado á Elías, y en el lugar mismo en que habia escondido en una gruta. En el valle, que Moisés hizo brotar la fuente Wady-Ar beyn (1), se edificó tambien otro monaster de mucha mas estension. No bastando tampo estas construcciones, se formó un vasto conjur de edificios, protegidos por los picos elevado que reunen el Serval al monte de Sta. Catali y al Sinaí. En la hoya profunda del monte Se val se levantó otro monasterio, y los religi sos, con la perseverancia característica de l asociaciones, hicieron fértiles estos alveolos los torrentes, en que crecen hoy los manzano los almendros y los granados que plantaro Por medio de muchos millares de gradas, de truidas hoy en parte, hicieron accesibles á l peregrinos, que afluian de todas partes, l oasis perdidos en las montañas, aseguran además el paso contra las rocas amenazadora ya derribándolas, ya afirmándolas.

El monasterio del Sinaí, fué establecido ba la advocacion de la Transfiguracion, y á es título aluden todos los documentos relativos su fundacion, y los monumentos edificados aquella época. Despues fué dedicado á Sta. C talina. La tradicion dice de esta vírgen, q fué atormentada en una rueda, y que la cor ron la cabeza en Alejandría de Egipto, bajo dominacion del emperador Maximino, y q su cuerpo, arrebatado por los ángeles, fué tr portado á la montaña mas alta de la penins del Sinaí, llamada desde entonces montaña Sta. Catalina. Los religiosos del monasterio la Transfiguracion, situado al pié del pico Sinaí, recogieron su cuerpo, y vivieron d de entonces bajo el patrocinio de la glori santa (2).

(1) Palabras árabes que significan fuente ó valle de los á bes.

(2) Al visitar el P. Degeramb la biblioteca del monaste



De aquí procede, que los peregrinos de la edad media que visitaban el Sinaí, como Marco Cornaro, no hablen mas que del convento de Sta. Catalina. El monasterio de la Transfiguracion se eleva á 5,420 piés sobre el nivel del mar Rojo, pero el pico del Sinaí, le domina 2,032 piés, porque su altura total es de 7,452 piés sobre el nivel del mar. Mientras Cornaro subia á la santa montaña, Gentil desapareció repentinamente de su vista, y no se unió á él, hasta ocho dias despues. Obligado á decir dónde habia estado, y qué habia hecho en este tiempo, contestó, que habia asistido á la muerte de su padre, que acababa de espirar en Matelica, y que habia presidido á sus funerales, y arreglado los asuntos de su familia. Efectivamente, á la vuelta de Cornaro á Italia, atestiguaron los habitantes de Matelica, que Gentil habia hecho todo lo que dijo en aquellos ocho dias, conforme á la promesa, que por una inspiracion profética, hizo á su anciano y afligido padre, antes de marchar á la Persia.

Los milagros y las predicaciones de este santo misionero, le hicieron célebre en oriente, pero le señalaron al ódio de los feroces sectarios de Mahoma, irritados por las numerosas conquistas espirituales y por los prodigios que hizo en Trebisonda y Salmastra, así es, que Gentil fué martirizado, el 5 de setiembre del año 1340.

El veneciano Nicolás Quirini, compró sus reliquias y fueron trasladadas á Venecia. Cornaro, que tantas razones tenia para venerar al B. Gentil, adquirió su cabeza, que donó despues á los franciscanos. Despues se edificó una capilla, en honor del mártir, en el convento de S. Gerónimo, y en ella se depositaron sus reliquias. Los milagros que se obraron en esta traslacion, y las gracias que se obtenian sin cesar, por la intercesion del bienaventurado, son testimonios de su santidad.

Fontana, en el año de 1340, habla de dos dominicos, llamados Felipe y Thaclavaret, ambos de sangre real, que recibieron tambien la corona del martirio, por haber reprendido á los reyes de la India, la impureza de sus costumbres.

La sangre de los apóstoles, esparcida en Asia, hacia germinar la fé en los paises idólatras de Europa.

Ulrico y Martin, que recorrian los lugares próximos al mar Báltico y golfo de Finlandia, para difundir en ellos la palabra de Dios, se detuvieron en un lugar fortificado del ducado de Livonia. Al mismo tiempo que Martin celebraba los santos misterios, Ulrico, con un crucifijo en la mano, se presentó en la plaza pública, exhortando animosamente á los paganos á que abandonáran sus ídolos y adoráran al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra. Enfurecidos los bárbaros, se precipitaron sobre él, y le llevaron á la presencia de su duque, (Pl. XXVIII, n,° 1.) quien oyéndole glorificar á Jesucristo, dispuso le metiesen en una prision, y le diesen una muerte cruel. Ulrico, conducido fuera de la ciudad, continuó predicando la fé. Le cortaron las manos y los brazos á trozos, y despues la nariz y las orejas, atando su cuerpo al tronco de un árbol y colmándole de injurias. Un milagro, obrado en este momento por la mediacion del siervo de Dios, convirtió á muchos idólatras que estaban presentes, y tambien se les sacrificó como á aquel, arrojando al rio los cadáveres mutilados; pero Dios permitió que sobrenadasen, y que las aguas los llevaran á una tierra de cristianos. Waddingo, dice, que una columna de fuego fija sobre el cuerpo de Ulrico, indicaba de una manera especial los despojos de este mártir, y los depositaron en un lugar mas honroso que en el que fueron enterrados los demás. Fray Martin, atormentado á su vez, confesaba á Jesucristo con la misma constancia que el bienaventurado Ulrico. Entre otros tormentos, le

del monte Sinaí le enseñaron los monges el libro, album ó especie de registro, en que anotan sus nombres cuantos visitan el monasterio. Entre las muchas firmas y notas que allí vió, cita la de un español, que dice lo siguiente: « El capitan D. Manuel Valdés Alquer, al servicio de S. M. el rey D. Fernando VII, rey de las Españas é Indias, ha visitado estos santos lugares con la mayor satisfaccion en el mes de febrero de 1824. Confiesa que con la mayor admiracion ha sentido en su alma las cosas maravillosas que Dios se ha dignado hacer por medio de su servidor Moisés. » « Viva el rey de quien soy vasallo. » — Degemb, Viage á Tierra santa, cap. 32, párrafo 5. (N del trad.)

hicieron pasar por el gaznate, una larga tira de tisú de seda, que sacaron despues con violencia, llevando consigo una parte de los intestinos. (Pl. XXVIII, n.º 2.) Por último, colgaron al mártir, y entregaron su cuerpo para pasto de los perros y de las fieras, pero estas le respetaron; y una hermana del duque, cismática cristiana, le dió sepultura en el monasterio de que era religiosa. Los livonienses idólatras, martirizaron á otros cinco franciscanos, cuatro de los cuales murieron al filo de la espada, y al quinto, que era el guardian, le cortaron las manos, los piés, y la parte superior de la cabeza, y despues le arrojaron al rio, cuyas aguas, por espacio de doscientas leguas, le llevaron con vida á tierra de cristianos, donde apenas fué recogido, exhaló el último aliento.

CAPÍTULO XIII.

Los franciscanos son constituidos guardianes de los santos lugares.

El patriarca del órden seráfico, cuya sangre fecundó tantas y tan diferentes comarcas, mereció, que se confiase á sus hijos la custodia de los santos lugares. Cuando los príncipes cristianos mandaban en oriente, nada era mas comun, que ver en la Tierra santa, prelados, sacerdotes, seculares y religiosos de todas las órdenes; pero cuando los musulmanes arrojaron de aquellos sitios á los cristianos, todo cambió de aspecto. Sin embargo, desde que S. Francisco por su santidad, sus milagros, y trabajo apostólico, fundó la provincia franciscana de Siria, jamás sus discípulos la abandonaron. Gregorio IX aprobó su residencia, ordenando á los patriarcas de Antioquía y de Jerusalen, á los legados de la sede apostólica, y demás prelados y pastores de almas, que favoreciesen y apoyasen la construccion de iglesias y conventos, que por sí, ó por consideracion suya erigiesen los franciscanos en ese territorio, sin impedirles el uso de la predicacion, bendicion de cementerios, etc. Los pontífices romanos que sucedieron á Gregorio IX confirmaron los mismos privilegios, en especialidad Calixto III, que concedió á los hijos de S. Francisco, que residian en Jerusalen y en toda el Asia, el que para siempre conservasen los lugares, en cuya posesion se encontraban; el que adquiriesen otros de nuevo, y en particular, que pudiesen erigir convento en el Sinaí. Los franciscanos permanecieron constantemente en Asia, y sobre todo en Jerusalen, predicando la palabra de Dios, tanto á los cristianos, como á los infieles, y correspondiendo cumplidamente con su celo á las comisiones que la santa sede les encargaba. Los musulmanes, profanaron y devastaron luego los santuarios, que quedaron en el mayor abandono, hasta que el hermano Roger Guerin, que pasó por Egipto, al dirigirse á Armenia, en 1333, obtuvo del sultan, el que algunos de sus hermanos, pudiesen permanecer en varios de los santos lugares de la Palestina. Resulta de los monumentos de la órden, que en 1336, el príncipe de los mahometanos confió á ocho franciscanos, la custodia del santo Sepulcro, cuando aun ningun privilegio pontificio, les habia concedido hasta entonces tan singular gracia; pero su antiguo derecho á esa custodia, data de dos diplomas de Clemente VI, en 1342, espedidos á instancias de Roberto, rey de las Dos Sicilias, y de la reina Sancha, su esposa; habiéndose el primero interesado, de una manera especial, en calidad de rey titular de Jerusalen, en favor de la Tierra santa; y siendo por otra parte aquel, hermano de S. Luis, obispo de Tolosa, que era franciscano, como miembro de su Tercera órden, tenia el mayor afecto á ese instituto. Resultó de tan eficaz proteccion, que el cenáculo del Monte-Sion, el santo Sepulcro, y el pesebre de Belen, fueron encomendados en depósito á la órden de S. Francisco.

«Terminadas las cruzadas, dice un antiguo documento, la augusta casa de Francia, reinante en Nápoles, en la persona de Roberto de Anjou, nieto de S. Luis, hizo una piadosa obra, que la elevó sobre todas las monar-

quías de la cristiandad. No pudiendo sufrir este buen rey Roberto, que los santos lugares, en que habian tenido su cumplimiento los augustos misterios de nuestra redencion, estuviesen profanados por los griegos cismáticos y herejes, tomó á su cargo el arrojarlos, y superando á fuerza de dinero, cuantas dificultades oponian, tanto los sarracenos, como el mismo emperador griego, pudo lograr, que los griegos cismáticos fuesen desposeidos de todos los santuarios é iglesias de Jerusalen, Belen, Nazaret, y otros, ocupando su puesto los religiosos de S. Francisco. »

Habiendo ya de antemano concedido el sultan de Egipto, á costa de grandes empeños y cuantiosas sumas de métalico, que los franciscanos pudiesen habitualmente morar en la iglesia del santo Sepulcro, y celebrar allí los divinos oficios, y posteriormente otorgado el mismo príncipe al rey y á la reina el cenáculo del Señor, sobre el monte Sion, Sancha mandó edificar para los religiosos un monasterio, en el cual quedase comprendido el mismo cenáculo.

Los franciscanos, ya mas animados por la piadosa princesa, se repartieron en ambos lugares para servirlos con igual solicitud, provistos de todo lo necesario para el culto, y para su manutencion. Clemente VI, á peticion de Sancha, sancionó todas estas disposiciones por su primer diploma, y por el segundo, ordenó al ministro general de la órden, que eligiese, entre los religiosos mas piadosos y capaces, algunos, que por cuenta del rey y de la reina, pasasen á Tierra santa, con la circustancia, de que una vez constituidos allí, quedasen bajo la obediencia y direccion del guardian del convento de Monte-Sion. A esto debemos añadir una bula de Gregorio IX, que permitió á los franciscanos edificar en S. Nicolás, cerca de Belen.

Juana, reina de Nápoles, y nieta de los ya mencionados Roberto y Sancha, obtuvo, en 1360, del sultan de Egipto, los santos lugares del valle de Josafat, donde deseaba que los franciscanos estableciesen un convento, y en virtud de nuevas concesiones de Inocencio VI, y de Urbano V, que allanó todas las dificultades, aquellos religiosos tomaron posesion pública y legal de la iglesia del valle de Josafat, por escritura otorgada en 30 de marzo de 1392. Despues, Martino V, les dió el convento de Beyrut, que comenzaron á habitar al cuarto año de su pontificado. Varios prelados del oriente, acreditaron y asintieron á este derecho, que cada vez se fué haciendo mas incontestable, hasta que, bajo el pontificado de Urbano VIII, la antigua posesion de los Menores de S. Francisco, sobre los santos lugares, fué de nuevo sancionada, é impuesto perpétuo silencio á cuantos se la disputaban.

Para apreciar como se debe el destino y organizacion de los franciscanos de Tierra santa, vamos á estractar un documento en que se contienen sus cargos y obligaciones.

« Los religiosos de S. Francisco, dice, son los destinados á la custodia de los santos lugares, donde se verificó la redencion de los hombres.

« Estos, se sacan ordinariamente de la familia de Tierra santa. Esta familia se compone de religiosos de todas la naciones cristianas, como franceses, alemanes, españoles, italianos, polacos, flamencos, y otras.

« Aunque de diferentes naciones, esta familia siempre ha estado, y está aun, bajo la proteccion de la corona de Francia, y así, no conocen otro protector que su rey, por quien todos los viernes del año se celebra una misa en el Calvario.

« La familia de Tierra santa está gobernada por tres naciones, Francia, España, é Italia. Los demás estados, aunque mandan religiosos suyos, para el servicio de Tierra santa, no tienen parte alguna en el gobierno.

« El P. guardian de Jerusalen, se llama Custodio de la Tierra santa; tiene el carácter y rango de comisario apostólico en el Levante; confiere el sacramento de la confirmacion, y oficia con báculo y mitra. El vicario de Tierra

santa, es siempre francés (1), y el procurador, español. Cada uno de estos superiores, tiene un asistente ó discreto de su nacion, para gobernar toda la familia de Tierra santa, nombrar superiores para los demás conventos, y curas y capellanes consulares, arreglándose todo por consejo y autoridad de seis religiosos que constituyen un cuerpo directivo, al que se llama discretorio de Jerusalen.

«Los cargos de los religiosos de la familia de Tierra santa, son: 1.°, conservar y proveer de lo necesario, con la decencia correspondiente, á los santos lugares, y de dia y noche cantar el oficio divino; 2.°, servir de párrocos en todos los pueblos de Levante, donde existe convento establecido; 3.°, servir de capellanes en las capillas ú oratorios consulares; 4.°, instruir en la religion á los niños de familias cristianas, y enseñarles á leer, escribir y rezar.

«Las cargas y obligaciones de los religiosos de Tierra santa, son: 1.°, pagar las contribuciones anuales, y los sueldos de los intérpretes; 2.°, acoger *gratis* á todos los peregrinos que van á visitar los santos lugares; 3.°, mantener á sus espensas á los niños cristianos pobres, hasta que se hallen en estado de ganar su sustento; 4.°, rescatar, de vez en cuando, algunos cautivos cristianos, para impedir que abjuren de su religion; 5.°, pagar las deudas de pobres cristianos, para estorbar que se hagan musulmanes, vestirles, cuando acaece que han sido despojados por los árabes, dotar á pobres doncellas cristianas, antes que, abusando de su miseria, los musulmanes las compren y retengan por esposas, y por último, suministrar medicinas y otros remedios á los cristianos, en sus enfermedades, y aun á los mismos musulmanes, para conservar mejor la paz con ellos.»

Hé aquí en compendio las funciones y cargos ordinarios de los religiosos que componen la familia de Tierra santa.

(1) Desde que la Francia ha arrojado de su seno las órdenes monásticas, este cargo está confiado alternativamente á italianos y á españoles.

Con el fin de que mejor se comprenda el gran mérito, que ante Dios y los hombres, contraen estos sufridos religiosos, y fieles guardianes, espuestos á tantos peligros y vejaciones, sin que por eso se amortigüe su celo en la conservacion del precioso depósito que se les ha confiado, reuniremos en un mismo cuadro ó conjunto, todos estos santuarios venerables. Pero al penetrar en ellos, al pisar esa tierra de los milagros, no hay que mirar ni oir, con los ojos y con los oidos materiales; no se debe escuchar mas que la voz secreta que habla al corazon, contemplando aquellos sitios, testigos mudos de la vida y muerte de un Hombre-Dios, con los ojos del alma, y con las luces de la fé, y de la piedad cristiana.

CAPÍTULO XIV.

Descripcion de los santuarios de Nazaret, de Belen y de S. Juan del desierto.

El misterio de la encarnacion tuvo su cumplimiento en Nazaret, pueblo perteneciente á la Galilea, que se divide en alta y baja. Nazaret, situado sobre una montaña, á veinte y ocho leguas de Jerusalen, era una aldea poco considerable, perteneciente á la tribu de Zabulon, de la cual, el judío Nathanael decia á S. Felipe: «¿Acaso puede venir de Nazaret algo bueno?» Pero desde que el Verbo divino se hizo allí carne, y desde que el Hombre-Dios residió allí mismo, por espacio de treinta años, preparándose para su mision, esa aldea, antes despreciada, ha llegado á ser para todos los cristianos, objeto de la mas profunda veneracion.

El pueblo actual, no presenta á la vista mas que algunas casas, irregularmente agrupadas en la falda y pié de la montaña, que se eleva en forma de anfiteatro y le domina. (Pl. XXIX, n.° 1.) En lo bajo del monte, y donde pasó la sublime escena de la Anunciacion, estaba construida la casa de la santísima Virgen. Santa Elena mandó edificar á todo su alrededor, una magnífica iglesia. En la





VERBUM CARO HIC FACTUM EST

época de los reyes cristianos de Jerusalen, Nazaret fué sede metropolitana de un arzobispo, que tenia por su sufragáneo al obispo de Tiberiade, y cuyo palacio, unido á la iglesia, sirvió despues para convento de los franciscanos. El 25 de marzo de 1251, S. Luis, rey de Francia, visitó á Nazaret. Mucho antes de apercibirla, se apeó de su caballo y besó la tierra, y entrando luego en la gruta misma donde encarnó el hijo de Dios, recibió allí la sagrada eucaristía. Pudo así mismo el santo rey ver aun, delante de esta misma gruta, la casa que formaba la parte anterior de la habitacion de nuestra Señora, y que Dios, posteriormente quiso sustraer á los trastornos de que Nazaret se iba á ver amenazado, bajo la dominacion de los infieles, transportándola milagrosamente á Dalmacia, el 9 de mayo de 1291, y despues, á Loreto, donde al presente existe.

Despues, en el siglo XVI, los musulmanes quitaron la vida á algunos franciscanos, que habitaban á la sazon el antiguo palacio del arzobispo, y haciendo luego lo mismo con casi todos los cristianos de Nazaret, los religiosos que quedaron custodiando este santo lugar, tuvieron que huir á Jerusalen, dejando las llaves del convento y de la iglesia, á un cristiano llamado Issa, del cual, consta, que por el año 1570, cuidaba de alimentar dos lámparas encendidas en el santuario, con el aceite que le proporcionaba el P. guardian de Monte-Sion. Se consumó al fin la ruina de todos estos edificios; pero en 1620, el hermano Tomás de Novarra, obtuvo permiso para restaurar estos lugares, de los que tomó posesion en noviembre. La habitacion que habia sido del obispo, fué restaurada poco á poco, para servir de asilo á los franciscanos, y hoy dia se ha convertido ese convento, en una especie de ciudadela, á la que no se entra sino por una puerta estrecha, y cerrada con una reja de hierro. Los religiosos, al descombrar las ruinas, encontraron los restos de la antigua basílica, y los cimientos en que se apoyaba la casa de la santa Virgen, ya transportada á Loreto. En su lugar edificaron una iglesia contigua á la gruta de la Anunciacion. La envidia y desconfianza de los musulmanes no permitió que el templo se concluyese, tal cual se habia proyectado, y así resulta hoy dia una gran desproporcion entre su anchura y longitud, que choca á primera vista. «El vaso, ó interior de la iglesia, dice el conde José d'Estourmel, está arreglado al buen gusto de las iglesias de Roma; la bóveda, se halla sostenida por cuatro arcos; pero la nave es muy corta. A la misma entrada, se divisa una larga y doble escalera, que, de una parte, conduce á la capilla de la Anunciacion, y por la otra, se sube al altar mayor; de forma, que el templo está dividido en tres pisos: el del coro, superior al del altar mayor, la nave de piso llano, y la gruta subterránea. Despues de haber bajado algunos escalones, se vé en el centro, un pavimento de mármol, que cubre justamente los cimientos de lo que fué casa de la Virgen, y varias capillas ocupan los costados. Descendiendo aun otros dos escalones, se entra en una gruta, en cuyo fondo hay un altar de mármol con delicadas esculturas. Este altar no tiene frontal, y sobre su mesa, entre vasos de flores y lámparas, que siempre están ardiendo, está incrustado un roseton del mismo mármol, que contiene cinco pequeñas cruces, y que indica el lugar mismo en que Maria Santísima se arrodilló, cuando se le apareció el arcángel. Por encima se lee esta inscripcion, cuya sublimidad confunde nuestra razon: *Verbum caro hic factum est.* «Aquí el Verbo se hizo carne;» concepto el mas enérgico para domostrar el infinito amor de Dios á los hombres. A la izquierda del altar, un poco adelante, allí donde sobresale de la tierra un trozo de columna, fué pronunciado el *Ave Maria.* La madre de Constantino, habia adornado este oratorio con tres columnas de granito encarnado. La que llaman del Angel, se rompió por la mitad, y el trozo que cayó al suelo, fué robado por los musulmanes, creyendo encontrar allí un tesoro; el pedazo restante, que penetraba

en la bóveda, aun subsiste, suspendido de ella.» (Pl. XXIX, n.º 2.)

El abate Pouson, lazarista, dice así, al hablar de esta gruta de la Anunciacion: «Esta santa gruta, tan diferente hoy dia, de lo que era en tiempo de la santa Virgen, á escepcion de la bóveda, toda está revestida de preciosos mármoles: los ojos recorren su contorno, pero muy luego pierden de vista cuanto les rodea, para fijarse esclusivamente, y con el mayor enternecimiento á que puede entregarse un cristiano, en aquellas sencillas palabras, escritas sobre la mesa del altar: *Hic Verbum caro factum est.* A pesar de toda mi sangre fria, continúa, no pude menos de derramar abundantes lágrimas, cuya dulzura á nada puede compararse. Creí ver en aquel momento, al mensagero divino presentarse ante la mas humilde de las vírgenes, para anunciarla la nueva mas sorprendente que se ha anunciado jamás; escuchar luego la respuesta de Maria, y ver, por su aquiescencia á los designios de Dios, desgarrado y hecho nulo el decreto de muerte, lanzado desde el paraiso á todos los hijos de Adan. Estas primeras impresiones se renovaron con mas sensibilidad aun, cuando, en la procesion que se hace diariamente en este santo lugar, despues de vísperas, oí cantar á un niño con una voz de ángel, y señalando con el dedo el lugar de la Encarnacion: *Hic Verbum caro factum est.* La gruta de Nazaret, es la que me ha causado mas dulce emocion, de cuantos santos lugares he recorrido.»

Detrás del altar de la Encarnacion, hay como dos aposentos formados en la roca misma, que hacian parte de la habitacion de S. José: el segundo, comunica con el primero, por una escalera ancha y desigual. En este se vé, sobre el altar, un cuadro que representa á la sacra familia, y sobre el cual se lee: *Hic erat subditus illis.* «Aquí vivia el Salvador, bajo la obediencia de ellos.» Los PP. latinos disfrutan solos la posesion de este santuario, y no mezclados como en otros, con los herejes y cismáticos, por cuyo motivo, los oficios divinos se hacen con mas solemnidad, recogimiento y edificacion, pareciendo al que asiste á ellos que, en aquel sagrado recinto, se respira un ambiente particular, que inclina á la devocion y compostura del corazon, puesto que aquí el Dios de los cristianos, se hace en cierto modo sensible, y bajo la forma del amor, mucho mas que en otra parte.

«Detenido por las lluvias en Nazaret, dice Mr. d'Estourmel, habito al presente, en el lugar mismo en que Jesus vivió humilde y sufrido, por espacio de treinta años, y varias veces, en mis oraciones, repito este versículo del salmo: «He deseado una sola cosa, y se la pediré al Señor, y es permanecer en su casa todos los dias de mi vida.» Al anochecer, aguardamos á que el convento esté en reposo, y cuando, despues de una hora, no se oye ruido alguno en los corredores, salimos de nuestras celdas, á buscar la escalera que guia sobre la bóveda, á la entrada del coro. Despues de haber orado ante su altar, bajamos los treinta escalones que conducen á la capilla subterránea, donde arden treinta lámparas. Arrodillados allí mismo, donde el ángel anunció á la Virgen su maternidad y su gloria, pedimos á Maria llena de gracia, á Maria, bendita entre todas las mugeres, que guie á los peregrinos, y les conduzca á sus hogares. Por el dia, la iglesia se nos presenta bajo otro aspecto no menos edificante. Es preciso estar aquí, para ver la fé con que ora todo este pueblo, que desde la misma aurora llena la santa gruta. Aquellas hermosas mugeres, con su velo alzado, y su ceñidor encarnado sobre una larga túnica azul, me recordaban el traje, y á veces creí ver á las vírgenes de Rafael, en las de Nazaret. Cuando las lluvias nos dejaban algun intervalo, subia á los terrados del monasterio, y desde allí, abrazaba con mi vista las montañas todas que rodean el pueblo. Estos lugares no han cambiado: estas rocas, son las mismas sobre las cuales tantas veces se fijó la mirada de Jesus. Una pequeña linterna se eleva en medio de la principal terraza, ella indica el punto céntrico de

la iglesia, es el lugar mismo que ocupa la santa casa.»

A ciento cuarenta pasos del citado convento de franciscanos, en cuyo recinto está el santuario, donde se cumplió el mas grande de los misterios de nuestra redencion, se vé el sitio donde se cree, que el esposo de Maria, ejercia el oficio de carpintero, que hoy tiene el nombre de *Taller de S. José*. Transformado en iglesia, los musulmanes le destruyeron en parte, y solo queda una capilla, donde se celebra misa diariamente. Mr. d'Estourmel, lo encontró todo renovado, escepto un trozo de muro, que creyó ser resto de la antigua construccion. En este *Taller de S. José*, es donde el hombre-Dios, dió el ejemplo del trabajo, sujetándose al humilde oficio de carpintero. Ya en los tiempos de S. Cirilo, obispo de Jerusalen, en 337, se enseñaba allí una especie de canal ó tubo de madera, que la piadosa tradicion creia obra del divino artesano.

No lejos de aquí, una sala abovedada, sirve de capilla á los griegos unidos. Aquí estuvo la sinagoga en que Jesucristo hizo la lectura del profeta Isaias, y donde escitó la cólera de los judíos, al recordarles, que si bien hubo viudas y leprosos en Israel, en los tiempos de Elias y Eliseo, tambien el primero fué enviado por el Señor á la casa de una viuda de Sarepta, en el pais de los sidonios; y el segundo, curó á Naaman, que era siriaco. Los judíos, en su rábia, arrojaron al Salvador del pueblo, y le llevaron al mediodía de Nazaret, hasta la cumbre de la montaña, para precipitarle. El sitio mismo de este lugar, llamado Precipicio, es imponente. Al pié de la roca, está un altar, donde los franciscanos, en dia señalado, celebran allí una misa, en la que se lee el evangelio que narra este pasage, tomado del de S. Lucas, cap. IV, V, vers. 16 y 30. En el lugar en que Maria, afligida, perdió de vista á su hijo arrastrado por la multitud, á la parte superior de las rocas, Sta. Elena la dedicó una bonita iglesia, bajo la denominacion de Ntra. Sra. del Susto, y ya no quedan mas que ruinas de un monasterio que allí tambien habia de religiosas. Algunos escombros designan el sitio, donde Jesucristo se escondió, para evadirse del furor de los judíos.

A trescientos pasos de la sinagoga, hay una capilla, en la cual se vé un trozo de roca de forma irregular, de doce piés de ancho, y nueve de largo, en su mayor dimension, y contiene una inscripcion latina, en que se advierte al peregrino, que sobre aquella piedra, el Salvador, en compañía de sus discípulos, tomaba á veces alimento: «Es una tradicion constante, y no interrumpida, entre todas las naciones del oriente, que esta piedra, llamada Mesa de Cristo, es la misma, sobre la cual hizo su frugal comida con sus discípulos, antes y despues de su resurreccion gloriosa. Aunque los evangelios no digan espresamente, que despues de su resurreccion, el Salvador se apareciese en Nazaret, el hecho no puede ponerse en duda, puesto que en el de S. Mateo, y en el de S. Marcos, se dice, que el ángel anunció á las santas mugeres, que Jesus se adelantaria á sus discípulos en Galilea y en el de S. Juan, se le pone á orillas del lago de Tiberiade, proporcionando una pesca milagrosa.

El agua es muy escasa en Nazaret y sus cercanías. Por un camino bordeado de árboles frutales, y largo de un cuarto de legua del pueblo, se llega á un pozo, donde la Virgen iba á proveerse del agua que necesitaba para su consumo. El agua de este pozo, que hoy dia está dentro de una iglesia de griegos cismáticos, que cerca de él, han erigido un altar, se mezcla con la de otro manantial inmediato, que la aumenta constantemente, hasta derramarla en un depósito cuadrado, y de fábrica, construido cien pasos mas allá, con una escalera de piedra á uno de sus costados, que de tiempo inmemorial se llama la *Fuente de Maria*.

San Joaquin y Sta. Ana, habitaban en Safuri, la antigua Sephoris ó Dio-Cesarea, situada á una hora y media de Nazaret. La

iglesia que se erigió sobre el solar de su propia casa, no presenta hoy mas que pintorescas ruinas.

A una legua, al sud-oeste de Nazaret, en una miserable aldea, se ven los restos de una iglesia, edificada sobre la que fué casa del Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago y Juan. Al ver aquellos pobres habitantes mal vestidos y ennegrecidos por el sol: «Hé aquí, se dice uno á sí mismo, lo que eran Santiago y Juan, en el momento de su vocacion. Un pobre aldeano, sin mas instruccion que la que recibió del cielo, llegó á ser de repente el mas sublime de los evangelistas, y el mas profundo de los teólogos. Solo con este rasgo se conoce y prueba la mision celestial, y la divinidad del que le dijo: «Sígueme.»

Todos los años, la comunidad franciscana de Nazaret, va en peregrinacion al monte Tabor, (*luz*), montaña calcárea, aislada, de la forma de un cono truncado, y cuyas pendientes están cubiertas de encinas, terebintos y algarrobos. Ciento treinta años antes de Jesucristo, los judíos elevaron allí una fortaleza, que dominaron hasta los tiempos de Vespasiano; pero la estension de la cumbre de la montaña, que tiene una media legua de circunferencia, y el recuerdo de la ciudadela, cuyas ruinas están muy distantes de cubrir toda aquella estension, en nada debilitan la tradicion constante, que coloca la sublime escena de la transfiguracion sobre el Tabor. «Desde lo alto de esta santa montaña, dice Mr. d'Estourmel, se descubre el mas magnífico panorama histórico y religioso, que abraza toda la Galilea. El Tabor está justamente situado entre Nazaret y el lago de Tiberiade, por lo cual, la vista, de un golpe, abarca treinta y dos años de la vida de Jesucristo. Si del nuevo Testamento nos remontamos al antiguo, y en este, hasta los mas remotos tiempos de la Biblia, se ven á nuestros piés, el llano de Esdrelon; Betulia, con su historia de Holofernes y Judith; Eudor, con la Pitonisa y Saul; la aldea de Debora, con la profetisa de ese nombre, y la de Dothaim, nos recuerda la esclavitud de José... Frente de nosotros, al mediodía, las montañas de Samaria terminan el orizonte. Hácia la izquierda, y mas cercanas, las de Gelboé, dominan á Jesrael, la ciudad de Achab; y sobre la derecha, se despliegan hasta el mar las vastas llanuras del Carmelo, testigos de los milagros de Elias. En medio de estas sublimes escenas, está la cumbre del Tabor, y la mas sublime aun, donde el Redentor, en su misteriosa transfiguracion, manifestó á tres predilectos discipulos su naturaleza divina.» La piedad de Sta. Elena, erigió una iglesia en el mismo sitio, en que el evangelista refiere, que Pedro, en su turbacion, propuso á su divino Maestro, el que se alzasen tres tiendas. De los templos, y del monasterio, llamado de los *Tres tabernáculos*, obra de aquella princesa, no quedan mas que tres capillas redondas, dispuestas en forma de cruz: la de la derecha está dedicada á Moisés, la de la izquierda á Elias, y la del centro á Jesucristo, en la que hay un altar (1). Se enseña tambien una gruta, en la que el Salvador, al descender de la montaña, se detuvo, para recomendar el secreto de lo que habian visto, á los apóstoles.

Hemos hablado primero del santuario de Nazaret, porque tuvo allí lugar el misterio de la redencion. Los franciscanos tienen tambien un convento en Belen, donde nació el Verbo encarnado para redimir al mundo.

«Y tú, Bethlem (*casa del pan*), Ephrata (*fecunda*) pequeña, entre las villas de Judá; pero de tí saldrá el que debe reinar en Israel, y cuya generacion es desde el principio, y en la eternidad.» Asi hablaba el profeta; y S. Pablo, aludiendo á la significacion de los dos nombres que se dan á esa villa de la tribu de Judá, esclama: «Yo te saludo, Bethlem, *verdadera casa del pan*, donde nació el pan que descendió del cielo; te saludo, Ephrata, tierra *fecunda*, en la que un Dios ha nacido.» Tambien se llama á Belen, ciudad de

(1) La iglesia de la Transfiguracion que aquí habia, y el convento de la órden de S. Benito, todo ha desaparecido, y los religiosos todos, sufrieron el martirio en 1113, segun dice Castillo, en su Devoto peregrino. (N. del Trad.)







David, quien nació allí, y fué pastor de rebaños, y uno de los antepasados ó ascendientes de Jesucristo.

Sobre la gruta donde nació el Salvador, los primeros cristianos edificaron una capilla, que Adriano sustituyó con un templo de Adónis. «Habia además allí, dice S. Gerónimo, un bosque consagrado á Thamnus, es decir, Adónis, inmediato á nuestra villa de Belen, lugar el mas augusto del universo, del cual dijo el profeta: «La verdad salió de la tierra;» y se adoraba al favorito de Vénus, en la misma cuna donde habian salido el primer lloro de Jesucristo recien nacido.» Santa Elena reparó el escándalo, y dedicada á Maria, mandó construir en este sitio una magnífica iglesia, en forma de cruz, con una fachada al oriente, y muros revestidos de los mas preciosos mosáicos. San Gerónimo se retiró á Belen, y aun se enseña una sala abovedada y sostenida por seis columnas de mármol, en la cual se dice estableció una escuela el santo doctor, el cual se cree tambien, que fué el que plantó un grueso naranjo ágrio, que se vé en el patio del convento, y cuyo fruto es objeto de devocion. Imitando á S. Gerónimo, Sta. Paula, y Sta. Eustochia su hija, de la familia de los Gracos y Escipiones, olvidando las delicias de Roma, vinieron á este punto para vivir, practicando las virtudes mas sublimes, en varios monasterios de mugeres, que ya han desaparecido, no quedando mas que algunos restos. San Eusebio de Crémona, discípulo de S. Gerónimo, fué abad de uno de los monasterios de Belen. Esta villa fué tomada por los musulmanes, al mismo tiempo que Jerusalen, y despues de reconquistada por los cruzados, fué enriquecida por la piadosa munificencia de los reyes cristianos. Los mahometanos la devastaron mas adelante, en 1263, y despues despojaron la iglesia de cuantos mármoles preciosos contenia; despojo, cuyas tristes consecuencias trató de reparar el rey de España Felipe IV, con la donacion de 30,000, ducados que mandó para ese efecto, pero que no fueron suficientes para devolver á ese templo su primitiva grandeza.

Belen, llamada hoy dia Beyt-el-Lahm, está edificada á tres leguas de Jerusalen, sobre un montecillo que domina un ancho valle, y su conjunto le forma una confusa agregacion de edificios, donde habita la miseria y la esclavitud. Las casas son cuadradas, la escalera está por de fuera, y el techo carece de tejado.

Los santos lugares de Belen, están divididos entre los católicos latinos, y los griegos y armenios cismáticos; y estos tienen la mejor parte, injustamente usurpada á sus primeros propietarios. El monasterio, es un edificio muy vasto, y se divide en tres partes, que ocupan los armenios, los griegos, y los católicos. Al vèr la elevacion y espesor de sus muros, cualquiera creeria ver una fortaleza, y mejor aun, al entrar por la puerta, que es tan estrecha y baja, que es precirso agacharse para pasar por ella; precauciones todas indispensables contra la rapacidad de los infieles, y exigencias de los bethlemitas, que cuando se ven agobiados con algun nuevo impuesto, quieren obligar á los religiosos á que lo paguen en su lugar. En 1834, durante el sitio de Jerusalen por los árabes, un violento temblor de tierra destruyó casi en su totalidad esa especie de castillo gótico que formaba el convento. El patio, que está intacto, se halla contiguo á la iglesia. (Pl. XXX, n.º 1.)

El templo, erigido por Sta. Elena, aunque muchas veces reparado, conserva aun la índole de su orígen griego. La nave mas larga, ó si se quiere, el pié de la cruz, no está abovedada, sino sostenida por cuarenta y ocho columnas de mármol de órden corintio, dispuestas en cuatro líneas, que sostienen el friso, y la techumbre de madera de cedro. Doubdan, en 1652, vió aun esta techumbre, cubierta esteriormente de plomo, que los religiosos iban reponiendo, á medida que las planchas caian, ó eran robadas por los árabes para hacer balas; pero esta cobertura se fué degradando hasta tal punto, que Mr. de Chateaubriand, cuando la vió, creyó que jamás

habia estado completa. Los muros, con sus grandes ventanas, no conservan mas ornato, que algun fragmento de mosáico, y alguna pintura en tabla, interesantes para la historia del arte. Esta nave, aislada del coro, y de los brazos laterales de la cruz, por un gran muro, pertenece á los armenios, que celebran en ella sus oficios Al otro lado del muro, y en el coro, un poco mas elevado que la nave, se vé un altar dedicado á los reyes Magos, en el sitio en que la tradicion supone, que se apearon para rendir sus homenages al Salvador. Por bajo del altar, está puesta una estrella de mármol, que corresponde segun la misma tradicion, al punto del cielo en que se detuvo la milagrosa estrella que guió á estos tres reyes, la cual está perpendicular al sitio de la iglesia subterránea, donde nació el Salvador. Los griegos ocupan este coro y santuario de los magos, así como los brazos laterales de la cruz, donde no se oficia jamás. Este mismo coro, da entrada, por medio de dos escaleras de caracol, de quince gradas cada una, á la iglesia subterránea.

Los católicos que están escluidos de la iglesia de Sta. Maria, tienen junto á esta, una pequeña, dedicada á Sta. Catalina, por la que pasan para ir á la santa gruta, á la que se baja por una estrecha y oscura escalera, iluminada por dos lámparas, colocadas una delante de un cuadro de la Virgen, y otra delante de otro de S. Francisco, patriarca de los doce religiosos menores, guardianes de la cuna del Salvador. A la derecha, un corto tránsito conduce al altar de S. Eusebio, y á otros tres, dedicados á S. Gerónimo, Sta. Paula, y S. Eustaquio, y un poco mas lejos, se vé la gruta de S. Gerónimo, transformada en oratorio. « Desde aquí, dice Mr. de Chateaubriand, vió el santo doctor la caida del imperio de occidente; allí fué, donde recibió á aquellos nobles patricios, errantes y fugitivos, que al abandonar los palacios de la tierra, se creyeron muy dichosos con compartir la celda de un cenobita... Aun se vé, en este oratorio de S. Gerónimo, un cuadro al óleo, en que el santo todavía conserva el aire y la espresion que le dieron el Carrachio y el Dominiquino. Otro cuadro contiene las imágenes de Paula y Eustoquia. Estas dos herederas de los Escipiones, están representadas como muertas, y yaciendo en un mismo ataud. El pintor dió á ambas santas una fisonomía igual; pero el aire de juventud, y el velo blanco, distinguen á la hija de la madre.; la una caminó en pos de la otra por la senda de la vida, pero ambas llegaron al puerto en idéntico momento. »

Retrocediendo desde el oratorio de S. Gerónimo, se pasa delante de un altar, bajo el cual está el sepulcro de los Stos. Inocentes, tiernos hijos de Belen, que inmoló Herodes, á fin de envolver en su suplicio, al nuevo rey de los judíos. Al mediodía de su tumba, se vé una gruta dedicada á S. José, donde parece que se retiró el santo durante el parto de la purísima Virgen. Ya desde aquí, no hay mas que algunos escalones para estar dentro de la santa gruta. Tiene esta treinta y ocho piés de larga, por once de ancha, y nueve de altura. Este lugar, siempre reverenciado por el nacimiento del Salvador, está cortado y labrado en la misma roca, sus paredes se ven revestidas de mármol, y otro mas precioso cubre el pavimento. Esta iglesia subterránea, no recibe luz alguna del esterior, y solo la comunican interiormente treinta y dos lámparas, siempre encendidas, regalos de diferentes príncipes cristianos. En su fondo, hácia el oriente, está el sitio en que la inmaculada Virgen Maria, dió al mundo al Verbo encarnado en sus entrañas. Este lugar, está señalado por un mármol blanco, incrustado de jaspe, y rodeado de un círculo de plata, radiante como un sol; y en su circunferencia, se lee esta inscripcion: *Hic de virgine Maria Jesus Christus natus est*. « Aquí nació Jesucristo de la Virgen Maria. » Encima de este círculo, apoyada contra la roca, y sostenida por dos columnas, una tabla de mármol sirve de altar. A siete pasos de distancia, hácia el mediodía, se desciende por dos escalones al Pesebre, que no está al nivel con el resto de



la gruta. Consiste en una hendidura socabada en la misma roca, cuya bóveda es muy baja, y la sostienen tres pequeñas columnas de pórfido. En lugar de la cuna primitiva de madera que allí habia, y que hoy posee la basílica de Sta. Maria la Mayor, en Roma, una como artesa de mármol blanco, de una sola pieza, elevada un pié del nivel del suelo, designa el sitio mismo en que el Soberano del cielo fué acostado sobre la paja. A un lado, está un pequeño altar y un banco de piedra, sobre el que se cree que los Magos colocaron sus ofrendas. En el fondo, un cuadro movible, con marco de plata, representa la adoracion de los pastores, y cubre la superficie misma de la roca, la cual, separando aquel, queda completamente desnuda por aquella parte, el dia de Navidad, para que la veneren los fieles, y el guardian de S. Francisco la limpia, recogiendo, con el mayor respeto las partículas ó granos que de ella se desprenden. A tres pasos, está el espacio donde Maria se sentó con el divino infante en sus brazos, cuando los Magos vinieron á adorarle. Este sitio de la adoracion de los Magos y el Pesebre, pertenecen á los católicos; pero el santuario de la Natividad, está en poder de los griegos y de los armenios. (Pl. XXXII, n.º 1.)

San Basilio pone en los labios de Maria estas palabras dirigidas á su hijo recien nacido: « ¿Cómo os debo llamar, hijo de mis entrañas? ¿Un mortal? No, porque os he concebido por obra divina..... ¿Un Dios? Pero si teneis un cuerpo humano, ¿cómo he de obrar, respecto á vos? ¿He de presentarme ante vos con el incienso en la mano, ú os debo ofrecer para alimento la leche de mi seno? ¿He de emplear con vos los mas tiernos cuidados de una madre, ó postrada en tierra, os he de servir como una esclava? ¡Maravilloso contraste! ¡El cielo es vuestra eterna morada, y os mecen ahora mis rodillas! ¡Vos estais sobre la tierra, sin estar separado del cielo, y el cielo mismo está con vos! »

« Cuando prosternado ante el lugar en que nació el Redentor del género humano, dice el P. Degeramb, dirijo mi vista á esas palabras, *Hic de virgine Maria Jesus-Christus natus est.* « Aquí Jesucristo nació de la Virgen Maria, » siento una cosa completamente diferente de la impresion, que en mí producen otros actos de piedad cristiana. La palabra *aquí*, tiene para el fiel cristiano un encanto, un atractivo, una dulzura, que nunca puede sentirse, ni comprenderse, sino en presencia del sitio mismo. El corazon, el alma, sus facultades todas, se detienen en esta palabra, que se repite mil veces, y se vuelve á repetir otras tantas, y sin cesar se encuentra sobre los ardientes labios que enardecen el reconocimiento y el amor... Ya sabeis con qué pompa y alegría se celebra la fiesta de Navidad, y la misa del gallo en todo el mundo católico... Juzgad, pues, por eso mismo, lo que deberá ser semejante fiesta y esa misma misa, celebrada á media noche en la gruta de Belen, en el sitio mismo en que Jesus quiso nacer. Nada os diré de los ricos tapices que cubren los mármoles, ni de los melodiosos acentos de la música, en armonía con la dulzura y sublimidad del misterio; ni de la inmensa cantidad de cirios, que arden, no solamente sobre el altar, sino en todo el interior de la capilla; ni de la pompa que rodea al R. P. guardian de Tierra santa, en el ejercicio de sus funciones; ni de los ornamentos cubiertos de oro y pedrería, magníficos presentes de príncipes católicos de épocas pasadas; solo os haré fijar la atencion en una ceremonia augusta y edificante, que en parte alguna puede tener lugar sino aquí; y es, una procesion solemne y tierna, sobre el santo Pesebre, por la que comienza el oficio. Al marcar el reloj la media noche, hora de salud para el género humano, en que todas las iglesias católicas del universo tributan homenages á Jesus recien nacido, el R. P. guardian rompe la marcha, y se adelanta á paso lento y con los ojos bajos, llevando respetuosamente en sus brazos al niño Jesus; vienen en pos de él los bethlemistas y los árabes católicos; despues, los peregrinos de todas las naciones, todos con cirios encendidos. Llegados el cele-

brante y el acompañamiento todo al lugar mismo de la Natividad, el diácono, con profundo recogimiento, canta el evangelio del dia, y al llegar á estas palabras: « Y habiéndole envuelto, » recibe el infante de manos del que oficia, le cubre con unos pañales, le deposita en el pesebre, se prosterna y le adora... Entonces circula por el alma una cosa sobrenatural, inesplicable; toda ella se convierte en amor, en reconocimiento; faltan la voz y las palabras, y el sentimiento no se habla, se espresa únicamente, por la mirada tierna, por los suspiros, y por abundantes lágrimas. » (Pl. XXXII, n.º 2.)

Desde el terrado del monasterio, se vé distintamente la granja de los pastores, á quienes se apareció el ángel para anunciarles el nacimiento del Redentor. En el sitio donde esto pasó, hay plantados mas de sesenta olivos, y hoy está rodeado de un muro, que le defiende de cualquiera profanacion. En su centro, está una gruta, en la que Sta. Elena arregló una capilla dedicada á la Virgen. Esta capilla y el recinto de los pastores, que pertenecian antes á los latinos, han sido adjudicados á los griegos, en perjuicio de aquellos. En la granja ó caserío inmediato, habitado por griegos y católicos, cada casa, como generalmente todas las del pais, no es mas que un conjunto de piedras, puestas unas sobre otras, sin órden, ni argamasa, con huecos irregulares, que sirven de puertas y ventanas. A la entrada, se vé una cisterna, llamada el *Pozo de la Virgen*, porque, segun la tradicion, aquí venia la Virgen á lavar los pañales de su divino hijo, cuando antes de la huida de Egipto, la santa Familia tuvo que ocultarse en una cueva llamada *Gruta de la leche*, á doscientos pasos de Belen. Esta, no es mas que un pequeño hueco de una cantera, al que se desciende por seis escalones, y que sostienen tres pilares. Asegura la tradicion, que aquí, dando de mamar la Virgen á su hijo, cayeron en la tierra algunas gotas de leche, de donde tomó esta gruta el nombre con que se la designa. Motiva tambien la devocion á este lugar, el que se atribuye á las piedras de esta cantera, la virtud de dar leche á las madres que no pueden lactar. Se mandan polvos de esta piedra, que es muy floja y deleznable, á España, Portugal, Grecia, Armenia y Rusia, y aun los musulmanes mismos la transportan á Turquía y al interior del Africa. «No me meteré en disertar sobre la causa y orígen de la virtud de esta piedra, dice el P. Degeramb; pero puedo asegurar como cierto, que un gran número de personas han obtenido, por su medio, el efecto que deseaban, y el mismo que se la atribuye. » Hay en esta *Gruta de la leche*, un altar labrado en la roca, en el que se celebra á veces el sacrificio de la misa, y se van á cantar las letanías. Otra iglesia que antes habia, inmediata á esta, llamada de S. Nicolás, ya no existe. Una capilla arruinada, indica, doscientos pasos mas allá, el solar de una casa, que, se dice, perteneció á S. José.

Si hemos de creer la opinion comun, el trage actual de los habitantes de Belen, es poco mas ó menos el mismo que se usaba en tiempo de Jesucristo. El de las mugeres, fué el que mas llamó la atencion del P. Degeramb. «Están vestidas, dice, de la misma forma que se pinta á la santa Virgen, en los cuadros que la representan. No es solo la forma del trage, sino los mismos colores; manto azul y túnica encarnada, ó túnica azul y manto encarnado, y un velo blanco en la cabeza. La primera vez que ví de lejos á una bethlemita, llevando en sus brazos á un tierno infante, no pude menos de estremecerme; me pareció ver á Maria con el niño Jesus. Otra vez, ví á un anciano, con barba y cabello blanco, guiando á un asno á lo largo de la montaña, sobre la que Belen está situada; le seguia de cerca una jóven, vestida de encarnado y azul, y con su velo blanco. Creí en aquel momento hallarme en el tiempo de César Augusto. Ambos personages eran para mí José y Maria, que venian á Belen para hacerse empadronar, obedeciendo al edicto. El trage de los campesinos reproduce la misma ilusion; es en todo semejante al de los pastores de la época del nacimiento del

Salvador, cuya data se acerca á dos mil años. Consiste en una especie de camisa ó túnica, sujeta al cuerpo por una ancha correa, y un manto por encima. No usan calzado, pues ordinariamente van con los piés desnudos.»

La poblacion de Belen se compone de unos mil ochocientos católicos, otros tantos griegos, sobre unos cincuenta armenios, y ciento cuarenta musulmanes. Unos y otros trabajan contínuamente en hacer rosarios, cruces y modelos del sepulcro de Ntro. Señor, que venden á los peregrinos; todo esto se fabrica, ya de madera, ó de hueso, con embutidos de nácar.

En la direccion de Jerusalen, se encuentra un pozo profundo, á cuyo alrededor hay algunos estanques ó albercas, que sirven de abrevaderos, y esta es la cisterna, cerca de la cual, los reyes Magos descansaron. A mitad del camino, se veia antes un viejo terebinto, bajo el cual, segun la tradicion, la Virgen reposó un poco, al llevar á Jesucristo al templo; pero como el afan contínuo de cortar ramas de este árbol venerado, era causa de que los peregrinos echasen á perder un sembrado, que pertenecia á un árabe, propietario del terreno, este le quemó en el siglo XVII, y las piedras hacinadas, que por largo tiempo indicaron el sitio que ocupaba, hoy dia han desaparecido. Mas lejos, sobre un pequeño vallado, á poca distancia del camino, los cristianos habian elevado un monumento, sobre el terreno que ocupó la casa S. Simeon, y del cual apenas quedan restos.

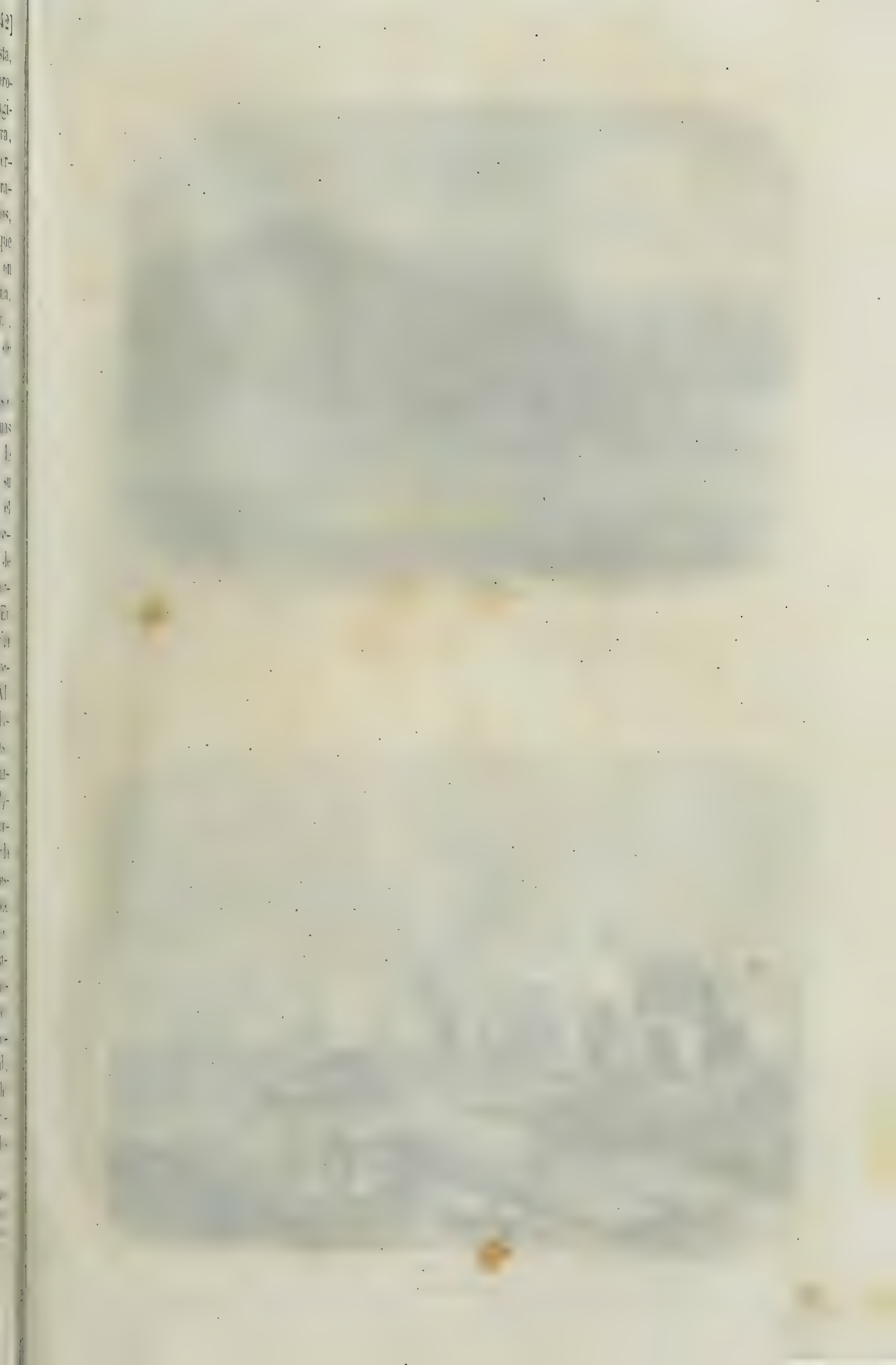
Con los recuerdos de la sacra Familia, se confunden los del Precursor. La aldea, llamada de S. Juan del Desierto, está al norte de Belen, y á dos leguas de Jerusalen, de modo que forma, con estas dos poblaciones, un triángulo. Esta aldea, llamada Ainkaren en árabe, está situada en un sitio agradable y ameno, en medio de valles y montañas pobladas de vegetacion. La gruta en que nació el santo Precursor, es grande y poco profunda. Esta hacia parte de la casa de Zacarías, y se encuentra en la misma iglesia del convento de franciscanos. Este monasterio, situado en medio del pueblo, sobre una plataforma, que le hace divisar desde muy lejos, es un edificio notable. La iglesia, despues de haber sido profanada por los mahometanos, quedó por largo tiempo arruinada; pero restaurada despues por Luis XIV de Francia, es hoy dia una de las mas bellas de Levante. Sostiénenla cuatro pilares; en el fondo está el órgano, y al frente, el altar mayor, entre dos capillas cerradas con sus rejas. A la derecha, se conserva una roca, sobre la cual S. Juan predicaba; á la izquierda, se baja por una escalera de mármol al santuario de la natividad del santo, que está dispuesto poco mas ó menos como los de Nazaret y Belen. La parte superior del altar, en el que diariamente se celebra misa, está adornada con cinco medallones de mármol, que representan la Visitacion, el nacimiento de S. Juan, el bautismo de Jesucristo y la degollacion del Precursor. Un poco adelante, se lee en el pavimento sobre un mármol circular: *Hic Precursor Domini natus est.* «Aquí nació el Precursor del Señor.» Al poniente de la aldea, y á un cuarto de legua de distancia, en una agradable soledad, está el lugar de la *Visitacion.* La tradicion refiere, que Maria fué primero á la casa en que ordinariamente vivia Sta. Isabel, en la poblacion; pero que no encontrando allí á su prima, pasó á la casa de campo, en la que la madre de S. Juan estuvo oculta, durante los seis primeros meses de su preñez, como dice el evangelio. En el sitio mismo de esta casa, sobre la pendiente de una colina, Sta. Elena mandó construir una bonita iglesia. Quedan de ella ruinas considerables, entre las cuales se alzan grandes y copudos árboles. (Pl. XXX, n.º 2.) «Examinando estos restos, cuyo aspecto es verdaderamente pintoresco, encontré, dice el P. Degeramb, una especie de capilla abierta, en cuyo fondo estaba un altar, toscamente formado de piedras puestas unas sobre otras, y supe por el guia que me acompañaba, que los religiosos de S. Juan vienen aquí una vez al año, á cele-

brar el sacrificio de la misa el dia de la *Visitacion*. Esta capilla, si tal puede llamarse, está en el lugar mismo en que Sta. Isabel salió al encuentro de la que llevaba en su seno al Salvador del mundo, y á quien el Espíritu Santo inspiró el admirable cántico, cuyas proféticas palabras, repetidas de generacion en generacion, resuenan despues de diez y ocho siglos en todas las solemnidades de la iglesia cristiana. Sobre el altar, ví dos vasos de barro, llenos de flores, que comenzaban á marchitarse; eran sin duda ofrendas de algunos pobres cristianos de S. Juan. Quise á mi vez hacer lo mismo, y recorriendo la campiña, encontré alguuas flores silvestres, con las que formé un ramillete, que respetuosamente puse sobre el altar, y para dar libre curso á los sentimientos de que estaba poseido, entoné el *Magnificat* en voz alta, y le canté hasta su fin, deteniéndome en cada versículo, para saborear el consuelo y el placer espiritual que disfrutaba.»

De la casa de la *Visitacion*, caminando siempre hacia el poniente, por espacio de una hora, se vé un torrente de agua cristalina, que brota debajo de una enorme roca, junto á la cual sigue una senda, á cuyo pié mide la vista un espantoso precipicio. Aquí fué la retirada de S. Juan Bautista; aqui el desierto, donde permaneció oculto hasta el momento en que debia presentarse al pueblo, aquí, donde se mantuvo, por gran número de años, con langosta y miel silvestre; aquí donde oyó la palabra de Dios, y desde donde el Espíritu divino le condujo á las orillas del Jordan, para predicar el bautismo de la penitencia. Desde tan agreste sitio, se divisa un profundo valle, que se alarga hacia el norte. Este es el valle de Terebinto, célebre por la victoria del jóven David contra el gigante Goliat. Al poniente está la villa de Modin, fortaleza de los ilustres hermanos Macabeos, y lugar de su sepultura. La entrada de la gruta de S. Juan Bautista, es baja y estrecha. Frente á ella hay un banco de piedra donde descansaba el Precursor y que hoy sirve de altar á los franciscanos, cuando, el dia de su fiesta, vienen á inmolar, sobre él, la víctima de propiciacion. La gruta tiene nueve piés de longitud, de norte á sur, cinco ó seis de anchura, y ocho de elevacion, y recibe por una abertura la luz del poniente. A la puerta, el ramage de un árbol dá sombra á los peregrinos, que no dejan de beber en el manantial, que serpenteando entre las flores se precipita en cascadas hasta el valle. A un cuarto de legua, dos bóvedas antiguas, y de desigual altura, restos de una capilla, indican el sepulcro de Sta. Isabel.

La tradicion fija el punto en que Jesucristo fué bautizado por S. Juan, á algunas leguas de la embocadura del Jordan, por frente de Jericó. El Jordan, (*rio del juicio*), toma su orígen en el Anti-Libano, y desagua en el mar de Galilea, que no es salado, y atravesándole de norte á mediodía, vá despues de una corriente de ciento treinta millas, á perderse en el mar Muerto ó lago Asfáltico. En el sitio en que el Precursor vió al Espíritu Santo descender en forma de paloma, y reposarse sobre el Verbo hecho carne (Pl. XXXI, n.° 1.), las dos orillas del rio, están pobladas de sáuces, tamarindos y otros árboles, en que las tórtolas y otras aves hacen sus nidos en verano. Jericó, (Luna), hoy dia *Ryhah*, tiene su asiento en una llanura; el Jordan, aunque de lejos, corre á su izquierda entre dos montecillos llenos de espinos silvestres, de cuyas flexibles ramas, cubiertas de largas y fuertes puas, se hizo, segun se cree, la corona que ensangrentó la frente del Salvador (1). Hácia la derecha, pero en parte oculto por el promontorio de Segor, se aparece el fúnebre aspecto del mar Muerto. « Sus solitarios alzimos, dice Mr. de Chateaubriand, no alimentan ningun ser viviente; jamás ha surcado sus ondas barco alguno; en sus orillas, sin árboles ni verdura, no reposan las

(1) Segun la tradicion latina en Jerusalen, la corona de Jesucristo se sacó del árbol espinoso *Lycium spinosum*. Pero el sabio botánico Halssequist, cree que se empleó para esta corona la nabka de los árabes. Chateaubriand, Viag. (N. del Trad.)







Desierto.

aves; y sus aguas amargas, cual si fuesen corrompidas, son tan densas y pesadas, que el mas impetuoso viento, apenas puede levantarlas... Josefo, sirviéndose de una espresion poética, dice, que desde las orillas del lago, se apercibian las *sombras* de las ciudades destruidas. Estrabon dá sesenta estadios de circunferencia á las ruinas de Sodoma. Tácito, habla tambien de sus restos.» Jericó, cuya situacion acabamos de fijar, no es mas que un conjunto de cabañas de tierra y junco, cubiertas por defuera con una especie de fango. Sus célebres muros, están reemplazados por vallados, formados de maleza, que apenas sirven para resguardar á los ganados, de las embestidas de las fieras. A una legua de esta ciudad, se eleva una masa de rocas escarpadas, y de dificil acceso; y este fué el monte donde Jesucristo se retiró, durante cuarenta dias. Santa Elena transformó en capilla la gruta de la Cuarentena. Pero volvamos á S. Juan del Desierto.

Saliendo de este pueblo, hácia Jerusalen, se vé en el camino un monasterio, que pertenece á los georgianos, que le llaman de Santa Cruz, porque, segun una piadosa tradicion, se hallaba en este sitio el árbol que precipitadamente cortaron los judíos para hacer la cruz, suplicio del Salvador. La iglesia es bastante buena, y su capilla mayor tiene algun adorno, aunque hayan desaparecido los frescos que cubrian sus muros. La piedra de mármol que sirve de altar, ocupa el lugar, segun la misma tradicion, del Olivo en el que fué enclavado el Hombre-Dios, para rescate de la humanidad.

Del santuario de Nazaret, donde se realizó el misterio de la Encarnacion, y del de Belen, donde tuvo lugar el nacimiento del Salvador, el órden de los hechos nos conduce á Jerusalen, teatro sangriento del misterio de la Pasion.

CAPÍTULO XV.

Descripcion de los santuarios de Jerusalen.

Jerusalen fué fundada por Melquisedec, mil novecientos años antes de Jesucristo, á doce leguas del Mediterráneo, y se llamó en un principio Salem (Paz). Ocupaba esta ciudad la colina de Acra, parte baja de la poblacion actual; el profundo valle de Mello, la separaba al nord-este del monte Gihon, y al sud-este, del monte Moria, ahora inhabitado. Desde su principio, fué dedicada al culto del Señor. Melquisedec, como gran sacerdote, recibió el diezmo de los bienes de Abraham, y cuando este patriarca debió inmolar á Isaac, se transportó al territorio de Moria. Los descendientes de Jebus, hijo de Canaan, se apoderaron de Salem, cincuenta años despues de Abraham, y edificaron sobre el monte Moria la ciudadela de Jebus, de aquí tomó la ciudad el nombre de Jebus-Salem, modificado luego en el de Jerusalen (Vision de paz).

Josué, despues de ponerla sitio, no pudo apoderarse mas que de la ciudad baja: los jebuseos quedaron dueños de la alta, cerca de quinientos años, hasta que David, de vuelta de su espedicion de Hebron, la tomó al fin por asalto. Una vez dueño de toda ella, la engrandeció, y fortificó con nuevas murallas, y edificó un palacio para su morada. El monte Moria aun pertenecia al Jebuseo, y el piadoso monarca le compró para elevar allí un templo al Señor.

Salomon rebajó este monte, agrandó su superficie plana, y fortaleció sus costados con inmensas construcciones, á fin de edificar allí el templo. El valle de Mello, terraplenado enteramente, se convirtió, en una gran calle; se hizo además una cortadura, para aislar el palacio de la hija del rey de Egipto, esposa de Salomon, quedando solo un puente para comunicacion de aquel con el templo. El hijo de David hizo tambien la piscina *probática* ó bethsaide (*casa de efusion*), único monumento que nos queda de la primitiva arquitectura judáica, en Jerusalen. Los gabaonitas acudian allí á bañar los animales destinados á los sacrificios, y los levitas repetian la misma ceremonia con las víctimas, en el estanque interior del templo, antes de inmolarlas. Construyó

igualmente Salomon las piscinas de Siloe (*el Enviado*, nombre de una poblacion inmediata), desde donde Ezequias condujo el agua á Jerusalen por un acueducto subterráneo. Cuando el rey sabio, trastornado por las mugeres, edificó un *alto lugar* á los ídolos estrangeros, le colocó sobre una pequeña colina, dependiente del monte Olivete, lo que motivó que con justicia se denominase este, por semejante destino, monte del Escándalo.

Bajo el reinado de Roboan, hijo de Salomon, Sesac, rey de Egigto, tomó á Jerusalen, y saqueó los tesoros del templo. En tiempo de Amasias, rey de Judá, el rey de Israel, despojó por segunda vez la casa de Dios, destruyendo además, gran parte de los muros de la ciudad. Ezequias los reparó, ensanchando su recinto hasta *Ophel*, (lugar oscuro), y se hizo un nuevo cuartel ó barrio, situado entre los montes Sion y Moria. Los asirios se apoderaron de Jerusalen, reinando Manases, 696 años antes de Jesucristo, y el 580 Nabuzandan la destruyó completamente, incendiando el templo que habia subsistido en pié, cuatrocientos setenta años, seis meses y diez dias. A consecuencia de la libertad dada á los judíos el 538, Zorobabel reedificó la ciudad y el templo. Alejandro el Grande, ofreció sacrificios en sus aras. Ptolomeo Philadelfo, regaló para el mismo, una mesa y dos copas de oro, y 50 talentos para comprar vasos sagrados. Antioco Epifanes, por el contrario, colocó en él la estátua de Júpiter Olímpico; Judas Macabeo, despues de arrasar la fortaleza que los sirios habian edificado en el monte Acra, terraplenó el valle que separaba á este del monte Moria. Simon, restableció las murallas, y en el ángulo nord-este del templo, situó la ciudadela llamada Baris, (*Casa fuerte*), empezada por él, y concluida por su hijo Hircano. Pompeyo, destruyó de nuevo los muros de Jerusalen; Craso, la saqueó, juntamente con el templo; pero Cesar, habiendo asegurado el pontificado á Hircano, y el gobierno de la Judea á Antipatro, permitió que se reedificasen las murallas. Herodes, hijo de Antipatro, ya rey de Judea, adornó á Jerusalen con teatros, anfiteatros, colegios y un palacio suntuoso. Edificó además una torre cuadrada de treinta codos de altura, desde la cual se veia el Mediterráneo, á la que dió el nombre de su amigo Hippicos, y otras dos además, la torre Phasael, y la torre Mariamme, en recuerdo de su hermano y de su esposa; reparó la ciudadela de Baris, que mudó su nombre en el de torre Antonia, en honor de Marco-Antonio su favorecedor. Por último, reconstruyó por entero el templo de Zorobabel, rodeándole de torres y murallas, y acababa de estar concluido este soberbio edificio, cuando Jesucristo vino al mundo. Reputábase entonces Jerusalen como una de las mejores ciudades del oriente, segun el testimonio de Plinio. A aquella sazon, comprendia los montes Sion y Moria; pero el Gihon, del que dependia el Calvario, estaba fuera del recinto, á la parte del nord-este. El cuartel llamado de Bezetha (*Ciudad nueva*), situado al norte, habia sido añadido por Herodes, separándole un foso profundo, de la torre Antonia. El plano de la ciudad santa, formaba un cuadrilongo en la direccion de norte á mediodía; su longitud era de novecientas cincuenta toesas, y su ancho, la mitad. Las principales puertas de Jerusalen eran: al este, la puerta Dorada, por la que se entraba al pórtico del templo; la de los Ganados, frente á la montaña de los Olivos, llamada así, porque por ella entraban las víctimas destinadas al sacrificio; la de Efrain, al nord-este; la de Damasco, al oeste; la Judiciaria, que daba salida al Calvario, bajo cuyo arco, á los criminales que salian para el suplicio, se les notificaba su sentencia, que se fijaba despues en una columna, empotrada hoy en el muro; la de Hierro, al mediodía, que conducia de Acra al Calvario; la Esterquilinaria, que daba salida á todas las inmundicias, y por último, la puerta de Sion ó de David, por la que se iba, de la montaña de Acra, á la de Sion, atravesando el muro, que dividia la ciudad alta de la baja.

Jesucristo, cuando entró en Jerusalen, pa-

ra realizar el gran misterio de la Pasion, siguió el camino que guia á la conjuncion del monte Olivete, con el monte del Escándalo. Al bajar por la pendiente, se detuvo en una roca, que figura una plataforma saliente, desde donde se descubre la ciudad toda, cuyo sitio tomó el nombre de roca de la Prediccion. Un poco mas lejos, á la derecha del huerto, que dependia de la hacienda de Gethsemani (Molino de aceite), se veia aun en 333 una palmera, de la cual se arrancaban palmas, que servian para la fiesta del domingo de Ramos. Frente al mismo Gethsemani, y muy cerca, estaba la puerta Dorada, por la que entró el Salvador, que se dirigió en seguida al templo, cuya descripcion vamos á hacer.

Ocupaba esta casa del Señor, un espacio de 774 toesas, sobre el monte Moria, y la rodeaban espaciosas galerías. Los pórticos estaban adornados de ricas tapicerías; flores de oro serpenteaban alrededor de las columnas, y los repliegues de una parra figurada, sobrecargada de hojas y racimos del mismo metal unian los capiteles entre sí. Las puertas, eran tan macizas, que veinte hombres apenas podian cerrarlas; estaban cubiertas de planchas de plata. El primer recinto, llamado pórtico de los gentiles, tenia cuatro de aquellas que miraban á los cuatro puntos cardinales, siendo las principales, la Dorada, única chapada con láminas de oro, al este, y la puerta Bella, al occidente. El interior de este recinto, que tenia quinientos pasos de circuito, no estaba enlosado. Por todo su alrededor, corrian galerías que tenian un estadio de longitud, treinta piés de anchura, y mas de cincuenta de elevacion. Las sostenian ciento sesenta y dos columnas de mármol, tan gruesas, que tres hombres apenas las abarcaban. Su altura era de veinte y siete piés, sin las basas y capiteles. Aquí era donde los gentiles podian comerciar; aquí fué, donde los fariseos condujeron ante Jesus á la muger cogida en adulterio.

El segundo recinto, ó patio de los judíos, era menor que el primero; su pavimento era de mármol, y tambien le rodeaban pórticos con columnas, bajo los cuales, así como en los salones contiguos, se reunian los doctores de la ley. Siendo niño Jesus, se sentó en medio de ellos, y veinte años despues, los mismos que tan tranquilamente le escucharon su moral, resolvieron emplear la fuerza material para perderle.

La tercera parte del templo, ó patio de los sacerdotes, enlosada con ricos mármoles, estaba rodeada de edificios, que servian de habitacion á aquellos, y de almacenes para guardar los vasos sagrados. En el centro, sobre un zócalo, se elevaba el altar de los holocaustos, de forma cuadrada, teniendo cada uno de sus lados diez codos de altura, por veinte de ancho. A su lado, dos grandes estanques ó pilas de bronce, sostenidas por doce bueyes del mismo metal, servian para lavarse los piés y manos los sacrificadores. Sobre el altar de los holocaustos, ardia un fuego perpétuo, destinado á consumir las víctimas despues de sacrificadas. Aquí se hizo la presentacion de Jesucristo en el templo.

A la estremidad del patio de los sacerdotes, comenzaba el templo propiamente dicho, donde no se permitia entrar sino á los sacerdotes que estaban de servicio. Un vestíbulo, de veinte codos de largo por diez de ancho, conducia al santuario, en cuyo centro se alzaba el altar de los perfumes, enriquecido de oro. Estas dos partes, el vestíbulo y el santuario, estaban á cielo abierto. Al frente del santuario, se abrian dos grandes puertas de madera de olivo, doradas, y detrás de ellas, un gran velo de finísimo lino, de color de escarlata y de jacinto, separaba el patio de los sacerdotes del *Sancta Sanctorum* (Santo de los Santos), donde estaba el arca de la alianza. Allí no entraba mas que el gran sacerdote, y eso una vez al año.

Segun la costumbre de los judíos, el *Sancta Sanctorum*, estaba al oeste, y la puerta del templo al este. Los cristianos, por el contrario, pusieron el coro de sus iglesias á levante, y la entrada á poniente.

La piscina probática, vasto depósito de gua de 150 piés de largo por 40 de ancho, odeada de cinco grandes pórticos emboveda-os, se encontraba cerca del muro del tem-lo, al nord-este. Como el agua de este es-nque, milagrosamente agitada por un ángel, n cierta época del año, curaba al primer en-rmo que bajaba á ella, todos los pórticos nmediatos estaban llenos de dolientes, que on los ojos fijos en las aguas, espiaban la ıenor de sus ondulaciones con el cuidado y speranza de su curacion. Fuera de la ciudad, l pié del monte Sion, estaban las piscinas ó años de Siloe, cuyo manantial, partiendo de ıayor altura, se recogia en dos grandes estan-ues revestidos de un triple muro.

Tambien fuera de Jerusalen, y á trescien-os pasos de la puerta de Sion, en la pen-iente de la montaña de ese nombre, se veia n edificio aislado de dos pisos, llamado des-ues el Cenáculo del Señor. Pasado el recibi-or, la primera sala amueblada con banque-ıs, segun el uso de oriente, servia de come-or; y en la segunda, mas pequeña, Jesucristo ıvó los piés á sus discípulos. Igual distribu-ion tenia el piso segundo, donde los apósto-es durmieron. Aquí fué, donde el Salvador izo la última Pascua, é instituyó el sacra-ıento de la Eucaristía; aquí se apareció á sus iscípulos, despues de su gloriosa resurreccion, por último, aquí mismo descendió el Espí-itu Santo sobre los apóstoles. El santo Cená-ulo llegó á ser el primer templo cristiano del ıundo. Santiago el Menor, fué allí consagra-lo primer obispo de Jerusalen; en él se cele-ró el primer concilio de la Iglesia, y desde u recinto, partieron los apóstoles, pobres y lesvalidos, á sobreponersese á los tronos to-los de la tierra.

Un camino, que mas puede llamarse senda, le poco mas de un cuarto de legua de distan-ia, conduce desde el Cenáculo al huerto de Gethsemani. El valle de Josafat y el torrente le Cedron, separaban al este, á Jerusalen lel monte Olivete, cuyos tres picos, dispues-os en línea recta, de norte á sur, reciben á un tiempo los rayos del sol naciente, y cada uno de ellos tenia su nombre particular. La cima del norte, se llamaba *Viri Galilei*, por-que los galileos tenian allí una posada ó fonda. La del medio, llamada propiamente monte de los Olivos, ú Olivete, tiene por nombre hoy dia, monte de la Ascencion, porque á dos-cientos ó trescientos pasos de su cumbre, al nord-este, Jesucristo dejó la tierra para subir al cielo, y la del mediodía, es el monte del Escándalo, por las construcciones que ya di-jimos dedicó aquí Salomon á los falsos dioses, y que destruyó Josias. Este monte, está se-parado del de los Olivos ó de la Ascension, por el camino de Bethania (*Casa de afliccion,* hoy dia de Lázaro) que se encontraba al otro lado de la montaña. Aun existen cerca de Be-thania los restos de una iglesia edificada sobre la casa de Simon el leproso. Tambien están próximas las ruinas de la de Lázaro, y su se-pulcro, gruta de veinte piés de largo por cin-co de ancho socabada en la roca, y á la que se baja por veinte y cinco escalones. Los ras-tos de la casa de Maria Magdalena, están á la izquierda del sepulcro; los de la de Marta, cien pasos mas allá.

Antes de entrar en Bethania, Jesucristo des-cansó, sobre una piedra aislada, de granito, de tres piés de larga, por dos de ancha, y está vedado tomar el menor fragmento de ella, bajo pena de escomunion. En el mismo cami-no de Bethania, está Bethphage, aldea donde Jesucristo mandó á buscar su humilde cabal-gadura. Al este de Gethsemani, despues de haber atravesado el camino, se encuentra la roca de la Prediccion, de la que ya hemos hablado, y casi en frente, al sud-este, el si-tio en que el divino Maestro enseñó la oracion dominical á sus discípulos. El olivo, junto al cual profetizó el juicio final, está á treinta pasos, hácia el norte. En el jardin ó huerto de las Olivas, por bajo de Gethsemani, y á doce toesas al norte, se vé la gruta de la Agonía, cavidad casi redonda, de quince piés de diámetro, tallada en la roca y sostenida por tres gruesos pilares, recibiendo luz por la

puerta y por una abertura circular que rompe la bóveda. Al nord-este del huerto, está el sitio sobre el que se durmieron los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, que forma como un lecho natural, de una piedra algo roja, con unas prominencias calcáreas, que pudieron servir como de almohadas. La puerta de este huerto, en que el Hijo del hombre fué entregado por Judas, no distâ sino diez ó doce pasos.

Aquí comienza la série de estaciones llamada *Via de la cautividad.* Algunas huellas de manos y de piés, impresas en la roca, indican que los verdugos de Jesucristo, le arrastraron al fondo mismo del torrente del Cedron, que á la sazon estaba seco (1). Subiendo luego por el monte Sion, y dando vuelta al esterior del muro del templo, entraron en Jerusalen por la puerta Esterquilinaria, y siguiendo por la calle que habitaban los alfareros, llegaron á la casa de Anás el sacrificador, que estaba cerca de la puerta de David. En el claustro de la iglesia construida en este sitio, se vé aun el tronco de un olivo, al que Jesus fué atado (2). Desde aquí, le condujeron á casa Caifás, situada á doscientos cincuenta pasos de la de Anás, y á sesenta de la puerta de Sion. Se entraba en ella, por la parte del oeste, por una puerta muy baja, y el tribunal se constituyó en una sala del piso bajo. Mientras duró el juicio, Jesus, segun dicen, esperó el resultado en una pieza del lado. Segun una tradicion armenia, el gallo, cuyo canto recordó á S. Pedro su culpa, y la profecía del Señor, se posó en una de las dos columnas del esterior de la puerta, de las que una existe todavía en su propio sitio, y la basílica de S. Juan de Letran, posee la otra. San Pedro, lloroso y arrepentido, se retiró á una gruta que lleva su nombre, y que está en la bajada del monte Sion, cerca del muro de la ciudad.

De la casa de Caifás, fué trasladado Jesus al palacio de Pilatos, que distaba cerca de mil trescientos pasos, edificado al nord-este del monte Moria, y á ciento cincuenta pasos de la puerta de Efrain (1). Se subia á la puerta de entrada de este palacio, por una escalera de veinte y ocho gradas de mármol blanco, que, trasladada á Roma, hoy se venera allí, con el nombre de *Escala santa.* Un corredor abovedado, conducia, desde la sala del pretorio, á una galería cubierta, que atravesaba la calle como un puente cubierto, teniendo en medio un gran balcon, llamado en hebreo *gabbatha*, en griego, *lithostrotos*, en latin *Xistus.* Este pasadizo, que servia de tránsito para ir desde la casa de Pilatos á la torre Antonia, se llama hoy dia, el arco del *Ecce-homo.* Desde el palacio de Pilátos, Jesus, siguió al oeste, por una pequeña calle, que estaba ciento cincuenta pasos del Pretorio, hasta el palacio de Herodes, cuya habitacion, suntuosa en su interior, estaba rodeada en el esterior, de una muralla de treinta codos de altura, flanqueada de torreones (2). Al salir de aquí, volvió por otro camino, á la del procurador romano.

La sentencia de Pilatos, que condenó á Jesus á ser azotado, nos la ha conservado la tradicion en estos términos: « Que Jesus de Nazareth, acusado por los pontífices y principales de su nacion como sedicioso, sea desnudado, atado, y azotado. Al lictor, que prepare las varas. » Frente al mismo Pretorio, en la otra acera de la calle, á cuatro toesas de la escalera del palacio, estaba la sala donde se hizo la flagelacion (3). En medio de ella, se

(1) Segun S. Bernardo, cuando Jesucristo fué atado en el huerto, á mas de las cuerdas, fué empleada una cadena de hierro, con la que se hizo un collar para arrastrar al Redentor. San Luis le trajo á Francia, y enriqueció con él el tesoro de la santa capilla. —Aranda, de Imit. J. C., Lib. II, cap. 7. (N. del Trad.)

(2) El local de la casa de Anás, contiene un convento de religiosas ancianas, bajo la inspeccion de los armenios del convento de S. Jaime; visten estas religiosas un paño grosero y un velo negro. — Goujon, Ramillete sagrado. (N. del Trad.)

(1) La casa de Pilatos ha servido de habitacion á los bajaes que han gobernado el pais. Los antiguos cristianos, convirtieron el pretorio en iglesia y los aposentos en capillas; pero todo lo antiguo está destruido, y apenas quedan algunos trozos.

(2) Este Herodes, fué el llamado Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, y el que hizo cortar la cabeza á S. Juan Bautista. Fué desterrado á Lyon de Francia con Herodiada, por el emperador Caligula, y murió de miseria, el 37 año de Cristo. — Bergier, Dic. Teolog. (N. del Trad.)

(3) En 1618, el hijo del bajá, proyectó convertir la iglesia

alzaba una gruesa columna de dos piés y medio de alto, coronada de un gran anillo de hierro, por él que pasaban las manos del condenado. Esta columna, se trasladó, en 1233, por el cardenal Juan, legado de Honorio III, á la iglesia de Sta. Práxedes, en Roma. Otra columna mas alta, que sostenia la sala, y que tiñó en mucha parte la sangre de Jesucristo, fué colocada por Sta. Elena en la iglesia del Monte-Sion, y hoy se encuentra trasladada á la del Salvador, no pudiendo verla y adorarla los fieles, sino en la tarde del viernes santo.

Despues de la flagelacion, los soldados trasladaron á Jesus al mismo Pretorio, de donde le habian sacado, y en el patio del mismo, le hicieron sentar sobre un trozo de columna, de dos piés de altura, llamada del *improperio* (ó de las injurias), donde le coronaron de espinas. Este trozo de columna se vé en la iglesia del Santo sepulcro. Luego Pilatos presentó á Jesus al pueblo, desde el arco del Pretorio (1).

El decreto que condenó al Salvador á morir crucificado, fué concebido en estos términos... Que Jesus Nazareno, por provocador del pueblo á la rebelion, por despreciar al César, y llamarse falsamente el Mesías, como lo prueba el testimonio de los ancianos de su nacion, sea condenado á morir sobre la cruz, y con el irrisorio aparato de rey, sea crucificado entre dos ladrones. Al lictor, que prepare las cruces.» Para la que habia de servir al Hombre-Dios, se mandó hacer además, una plancha de cedro, en la que se escribió con minio, en griego, en latin, y en hebreo, una inscripcion que dijese: «Jesus Nazareno, rey de los judíos.» Esta plancha se conserva en Roma, en la iglesia de Santa Cruz.

Aquí principia el *Camino de la Cruz* ó la *Via dolorosa* (1). En la esquina que formaba

que habia en este lugar de la flagelacion, edificada allí por los primeros cristianos, en una caballeriza, haciendo sobre ella una habitacion para sí; pero indignado Dios por semejante profanacion, derribó la obra comenzada y no acabada, en 14 de enero de 1619. El hijo del bajá, no dándose por entendido, dispuso se volviese á emprender, y á la mañana siguiente á la noche que habia mandado poner allí sus caballos, los encontró todos muertos, y entonces abandonó el proyecto. Ya en 1670, no presentaba ni interior ni esteriormente forma de iglesia, y hoy dia es un corral inmundo, como dice de Geramb, en que apenas se puede sentar el pié. Cuando le vió Doubdan, habia allí carneros encerrados. Siguió así este local profanado, hasta 1838, que los religiosos, á fuerza de pasos y dinero, consiguieron la propiedad de este sitio, y construyeron sobre las ruinas de una antigua iglesia que allí habia, una nueva que hoy existe, bastante linda y graciosa. (N. del T.)

(1) Goujon, en su Ramillete sagrado, dice estas palabras: «He visto la piedra sobre la cual estaba el Señor, cuando Pilatos le presentó al pueblo, desde este arco, en el cual, en caractéres antiquísimos, se verán todavía cuatro letras, á saber: E ..H...MO.» Castillo, en su Devoto peregrino, dice tambien, que la ventana por la que fué asomado Jesus para que le viese el pueblo, estaba dividida por una columna que la partia en dos, y añade estas palabras, como testigo ocular: «Esta columna, estando yo en Jerusalen, un turco, persona grande, vino á visitar todas las plazas y fuerzas de la Siria y Palestina, por órden del gran Señor, casado con una hermana suya, y porque el guardian de los franciscanos, luego que llegó, no fué á besarle la mano y llevarle un gran presente, le mandó llevar á la mezquita de Omar.» (N. del Trad.)

(1) El baron de Henrion, no marca claramente las estaciones de la Via Crucis, tal como se hacen, y así creemos, nos agradecerá el lector, que detallemos un poco mas, su verdadera situacion.

La primera estacion, empieza realmente en el Lithostrotos, dicho en hebreo Gabbata, que era una azotea, galeria, ó especie de balcon, embaldosado de mármol, desde el cual, Pilatos pronunció la sentencia de muerte. Estaba contiguo al pretorio, mas hoy dia está comprendido dentro del ámbito de la habitacion del gobernador. Como las avenidas están guardadas por esbirros musulmanes, se hace esta primera estacion, en el pórtico de la escalera, situada á la parte mas baja de Jerusalen. En el palacio que tienen en Sevilla los duques de Medinaceli, edificado á la manera árabe, por el marqués de Tarifa, que hizo la peregrinacion á Tierra santa, en el siglo XIV, hay un balcon á la entrada de la puerta principal, á la derecha, que se llama vulgarmente el *balcon de Pilatos*, y se cree ser una imitacion del que habia en el pretorio, y que quizá pudo ver el marqués, y copiarle en esa casa, que por eso conserva hoy dia el nombre de *casa de Pilatos*. Dicho palacio es notabilísimo, porque el piadoso marqués quiso al construirle, comenzar desde él un Via Crucis, que efectivamente, principia desde el interior de la casa y termina en la Cruz del Campo; y dentro de esa casa, hay la estacion de la casa de Anás, la de Caifás, y la del pretorio de Pilatos, siguiendo las demás, desde fuera de la casa en adelante. Dicho palacio está perfectamente reparado por el actual duque, y es una de las joyas de Sevilla. Juan de Mena, que sin duda acompañó al marqués de Tarifa en su peregrinacion, escribió la relacion de ella, que se imprimió despues en el siglo XVI, cuya edicion, muy rara, y que se conserva en la biblioteca Colombina, hemos visto, así como el palacio ó casa de Pilatos, repetidas veces.

La segunda estacion, corresponde al parage en que Jesus, entregado á sus implacables enemigos, fué arrastrado hasta el lugar en que le cargaron la cruz, que era un edificio separado, donde estaban depositadas las cruces para los condenados, y donde estaria allí mismo preparada la de Jesus. Desde aquí á la tercera estacion hay veinte y seis pasos.

La tercera estacion, se halla cerca de un baño turco, donde está una columna derribada. Antiguamente se construyó allí una iglesia, para recordar la primera caida de Jesus debilitado. Cuarenta pasos mas adelante, se entra en una calle, que termina en

la calle que venia de Damasco, á ciento setenta pasos del Pretorio, Simon Cirineo, encontró á Jesus, con su cruz á cuestas (1). Torciendo la calle, hácia el norte, pasó delante de la casa del rico avariento (2); en seguida, volviendo al oeste, está el sitio, donde encontró á las santas mugeres. A cien pasos, antes de llegar á la puerta Judiciaria, estaba la casa de Berenice, honrada hoy con el nombre de Verónica (*Vera icon*, verdadera imágen) (3). La parte inferior de la puerta Judiciaria por la que salió Jesucristo, está al presente tapiada, á mas de la mitad de su altura (4). El Salvador, despues de pasarla, siguió, á su izquierda, un largo trecho entre el monte Gihon y el muro de la ciudad, y despues, una senda tortuosa le condujo al lugar del suplicio.

El Gólgotha ó el Calvario (*sitio de los cráneos*), no era mas que una roca saliente, que hacia parte del monte Gihon, elevada sobre doce piés del camino. La cabeza de Adan, segun una antigua tradicion, fué allí depositada, en prueba de lo cual, una de las capillas de la iglesia del Santo sepulcro, se llama aun la capilla de Adan. Mientras que se hacia el hoyo ó agujero para colocar la cruz, sirvió de prision á Jesus una pequeña cavidad, hecha en la roca misma, y despues de su muerte, las tres cruces, y demás instrumentos del suplicio, se arrojaron, mezclados y en monton, á una fosa natural y profunda, de la misma peña, procedente de una cantera abandonada.

El pié del Calvario estaba ocupado en la parte de mediodía, por el jardin de José de Arimathea. Este, segun la costumbre de los hebreos ricos, habia hecho labrar para sí, en esta roca, en el valle que separa el Calvario del monte Sion, un sepulcro, cuya puerta de entrada, que miraba á oriente, no tenia mas que cuatro piés de alto, y la piedra, sobre la que Jesucristo fué embalsamado, estaba al lado del sepulcro.

Completaremos la descripcion de los santos lugares de Jerusalen, como estaban en la época de Jesucristo, describiendo el estrecho y profundo valle, que separa aquella ciudad del monte Olivete; el *Génesis*, le llaman valle de Melquisedec; el libro de *los Reyes*, valle

la Via Dolorosa, donde antes habia una iglesia, dedicada á la Sta. Vírgen, que Sta. Elena hizo construir, bajo el título del Pasmo, y es la cuarta estacion. Allí se cree que Maria Santisima, rechazada por los soldados, encontró á su hijo, arrastrando penosamente el madero de la cruz. Cuando los turcos la demolieron, el P. guardian compró á buen precio, una piedra que habia delante del altar, sobre la cual se suponia haber caido la dolorosa madre. (N. del Trad.)

(1) Sesenta pasos mas allá de la estacion anterior, es donde principia la quinta estacion, á donde Jesus, debilitado por el peso de la cruz, cayó al suelo, y los judios obligaron á Simon Cirineo, á ayudar al Salvador á llevar la cruz. Este sitio está marcado con una piedra, que besan los peregrinos, y reverencian con mucha devocion, por mas que esté en medio de la calle, y á la vista de los infieles que se mofan de ellos. Sobre el modo que tuvo el Cirineo de ayudar á Jesus, y como debe representársele, véase á Bastus, Semana santa en Jerusalen y Roma, pág. 283. (N. del Trad.)

(2) Muchos han tenido esta historia del Rico avariento por una mera parábola, pero los SS. PP. cuya autoridad es de mucho respeto, como Tertuliano, Orígenes, S. Ireneo, el Crisóstomo, S. Ambrosio, etc., están en que la tradicion es verdadera; y la misma tradicion ha conservado la memoria de su lugar determinado. En 1616, el P. Cuaresmio, habla de esta casa, y dice que existia, aunque no la habitaba ni entraba nadie, á pesar de que no se cerraba por la preocupacion general, de que habia en ella duendes. — Lib. IV, cap. 3. (N. del Trad.)

(3) A ochenta pasos de la estacion anterior está la sesta estacion, en donde está el sitio de la casa de la Verónica, del cual han desaparecido hasta las ruinas, habiendo hoy en su lugar, una habitacion ocupada por una familia griega. Esta tiene la puerta principal muy baja, y elevada sobre el piso de la calle dos escalones. (N. del Trad.)

(4) A unos cien pasos de la casa de la Verónica, está la puerta Judiciaria, por la que salió Jesus al Calvario, y á los ochenta pasos de esta puerta está la séptima estacion, indicada por una incision hecha en una piedra en la muralla. El valle que seguia á la puerta Judiciaria y se interponia con el Calvario, se llamaba Valle de los cadáveres, y era el cementerio de los ajusticiados. La octava estacion estaba á unos sesenta y ocho pasos de la precedente, y está designada con una gran columna, colocada al frente de una puerta de poca importancia, que está tapiada. Allí habló Jesucristo á las hijas de Jerusalen, que derramaban lágrimas sobre su muerte. La novena estacion es en la que por tercera vez cayó el Señor, y en tiempo de Adricomio estaba marcada con una piedra, que tenia impreso el signo de la cruz, y asegura que se veia en su tiempo. Sobre esta estacion, hay que decir, que ya no existe el camino, por el cual se subia antiguamente al Calvario, pues cuando Adriano reedificó á Jerusalen, quedó incluido dentro del recinto de la ciudad. En el dia, ese camino, santificado con los pasos del Redentor, está cubierto de casas, entre las cuales se encuentra esta novena estacion, indicada por una gran columna, en la cual, el fanatismo turco amontona toda especie de inmundicias para que su acceso sea desagradable, y alejar de allí á los peregrinos; así es, que para subir hoy á la santa montaña, el peregrino debe tomar un nuevo camino, distante cincuenta pasos del verdadero. La décima estacion, hasta la décima cuarta, están ya dentro de la iglesia del Santo sepulcro. (N. del Trad.)

del Rey y de Cedron, y Josefo, valle de *Siloe.* En su fondo corre el torrente de Cedron (*Desolacion*) que seco en el estío, se acrecienta despues con las lluvias. Entre las notables tumbas que pueblan sus orillas, se distinguen las de Absalon, del profeta Zacarias, y del rey Josafat, que ha dado su nombre al valle. « El valle de Josafat, dice Mr. de Chateaubriand, parece haber servido siempre de cementerio á Jerusalen; encuéntranse allí monumentos fúnebres de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos; judíos procedentes de las cuatro partes del mundo vienen á morir aquí, y son capaces de comprar á un estrangero, aunque sea á peso de oro un poco de su terreno para poder cubrir su cuerpo en el campo de sus abuelos. Los cedros, que Salamon plantó en ese valle, la sombra del templo que le cubria, el eco de los lúgubres cánticos que allí compuso el rey profeta, y de las lamentaciones que pronunció Jeremias, le hicieron adaptable á la tristeza y á la paz de las tumbas. Jesucristo, le consagró desde luego al dolor, dando principio á su pasion en este lugar solitario, y en él derramó este inocente David, para borrar nuestros crímenes, las lágrimas que vertió el culpable para espiar sus propios delitos; hay ciertamente pocos nombres que despierten en el alma mas ideas, tiernas, á la par que aterradoras, como el del valle de Josafat, valle tan lleno de misterios, que segun el profeta Joel, la humanidad entera ha de comparecer allí en su dia ante el supremo y justiciero juez de vivos y muertos... « Está muy en la razon, « dice el P. Nau, que sea públicamente repa- « rado el honor de Jesucristo en el propio lu- « gar donde se le fué quitado con oprobio é « ignominia tanta, y que juzgue con justicia á « los que tan injustamente le han juzgado...» Al ver la tristeza de Jerusalen, de donde no se vé salir ni aun humo; donde no se oye apenas ruido; al ver la soledad de las montañas, donde no se apercibe un ser viviente; al reparar en el desórden y abandono de todas estas tumbas derrumbradas, destruidas, y medio abiertas, dirá cualquiera que acaba de sonar la trompeta del final juicio, y que los muertos se van á levantar en el valle de Josafat.

Por bajo de él, al este, se vé una especie de cisterna rodeada de doce arcadas. « Aquí fué, prosigue Mr. Chateaubriand, donde los apóstoles compusieron el primer símbolo de nuestra creencia. Mientras que el mundo entero, á la faz del sol, adoraba á miles de divinidades vergonzosas, doce pescadores, ocultos en las entrañas de la tierra, daban á luz la profesion de fé del género humano, reconociendo la unidad de Dios, creador de esos astros, de cuyos resplandores tenian aun que ocultarse para proclamar su existencia. Si algun romano de la corrompida corte de Augusto, hubiere casualmente pasado por este subterráneo, y visto á esos doce judíos que redactaban esa obra sublime, ¡qué desprecio no hubiera manifestado, hácia esta obra, en su concepto supersticiosa! ¡con qué desden é indiferencia hubiera hablado á sus conciudadanos de estos primeros fieles! Y sin embargo, estos hombres, tenidos en tan poco, iban á echar por tierra los suntuosos templos de ese romano, á destruir la religion de sus padres, y á cambiar de lleno las leyes, la política, la moral, la razon, y hasta el pensamiento mismo de todos los hombres.»

Por medio de dos puentes se pasa el Cedron, uno al norte, frente la puerta de S. Esteban y otro al mediodía, frente al monte Moria, que fué el que pasó Jesucristo, al ir del Cenáculo al huerto de las Olivas.

Detrás del monte Sion, al mediodía, á una media legua del monte del Escándalo, se abre el valle de los hijos de Hinnon, en el mismo valle de Josafat. La gruta en que los apóstoles estuvieron escondidos, durante el sangriento drama de la Pasion, se encuentra cerca de este valle, al mediodía de las piscinas de Siloe. Esta profunda cueva se divide en muchas partes, penetrándose en cada una de ellas por una abertura baja, parecida á la boca de un horno. Al nord-este de esta gruta, y á la derecha del camino de Bethania, un poco mas

abajo del sepulcro de Absalon, está el sitio donde Judas el traidor se ahorcó; pero no existe la higuera que sirvió á su suicidio, por haberla destruido los judíos. En este mismo valle, al sur de Jerusalen, está el Hacel-Dama ó campo de sangre, comprado con los treinta dineros, precio de la traicion de Judas (1). La vírgen Maria iba á tomar el agua que necesitaba, en este mismo valle, al oeste de un manantial, cuya entrada es parecida á la de una caverna. Habia que bajar veinte y cinco escalones, por una bóveda oscura, para llegar á esta fuente, que brotaba pura y cristalina de la misma roca. Por esto recibió el nombre de *Fuente de la Virgen*, y por último, en los flancos de la montaña, llamada *Viri Galilei*, al norte del huerto de las Olivas, habiéndose reunido con su divino hijo en los cielos, la madre del Salvador, á los 59 años de la era cristiana, el vacío sepulcro de Maria, semejante al de Jesus, fué labrado cuidadosamente en aquel sitio, entrándose en él por dos pequeñas puertas una al oeste, y otra al norte.

Las crueles persecuciones, que se suscitaron contra los cristianos, desde el primer siglo de la Iglesia, no pudieron impedir á los primeros fieles el reverenciar estos lugares consagrados por los diferentes acontecimientos de la vida de Jesucristo. El Gólgotha y el monte Olivete, estaban entonces fuera de la ciudad, lo que hacia mas fácil el poder orar en ellos, y aunque informes y apenas apercibidos, hubo, desde el principio, pequeños oratorios, sobre la roca de la Prediccion, en la gruta de la Agonía, en el Calvario, etc. Con tanta mas razon se debe creer la existencia de estos santuarios en Palestina, cuanto que los fieles los poseian en la misma época, aunque con grandes precauciones, en el mismo Roma y en casi todas las provincias del imperio.

El emperador romano Tito, instrumento de la justicia de Dios, al envolver como en una red á la ciudad deicida, puso el campamento de la novena legion romana, cerca de la roca de la Prediccion. A pesar de que este príncipe mandó cortar todos los árboles, que existian en toda la circunferencia de Jerusalen, los actuales olivos del huerto de Gethsemaní, no por eso dejan de ser procedentes de los mismos que existian en tiempo de Jesucristo; porque notorio es, que ese árbol se reproduce de sus mismas raices, que no consta se arrancasen. Despues de la casi total destruccion de la ciudad culpable, los cristianos de Jerusalen, retirados á Pella, en las montañas, al mediodía del lago de Genesareth, volvieron, despues de la catástrofe, á establecerse sobre sus ruinas, siendo imposible, el que hubiesen podido olvidar, en el corto espacio de algunos meses, la posicion de sus santuarios, que por encontrarse los mas fuera del recinto de los muros, debieron sufrir menos de los horrores del sitio.

Mas adelante, Adriano, aunque no en su sitio antiguo, reedificó á Jerusalen, bajo el nombre de *Ælia Capitolina*, é incluyó en su nuevo recinto, por una providencia especial, los montes Gihon y el Calvario, pero escluyendo de él al cuartel antiguo, llamado Bezetha, y una parte del monte Sion, y así, esta nueva ciudad quedó en forma cuadrilonga, en la direccion de este á oeste. Al restaurar á Jerusalen, el emperador idólatra, quiso borrar, en cuanto le fué posible, las indelebles huellas que allí existian de la religion cristiana, que él calificaba de locura; pero locura que le convenia ocultar, y al efecto, colocó la estátua de Júpiter sobre el Gólgotha, y la de Vénus sobre el Santo sepulcro, profanaciones, que lejos de hacer perder la memoria de la situacion de esos santuarios, la grabaron mas en la mente, sirviendo de señales fijas ídolos mismos que allí se veneraban. Así permaneció todo hasta los tiempos de Cons-

(1) Este campo, llamado vulgarmente del *Alfarero*, fué destinado para cementerio de los estrangeros. La creencia comun entre los judíos, es que Judas fué enterrado en él. Santa Elena le hizo cercar de pared. Los armenios, que actualmente le poseen, venden á los peregrinos el derecho de enterrarse en él. Sirve igualmente de cementerio á los caraitas, secta particular de los judíos. Graves autores han escrito, que la tierra de este campo tenia la virtud de convertir los cuerpos en polvo á las 24 horas; pero el P. Naud, que reconoció detenidamente este sitio, v. cuerpos enteros, sin haberse consumido, á pesar del mucho tiempo que hacia que estaban allí. (N. del Trad.)

tantino, que cambió la faz del mundo, y dió tantos dias de alegria á la Jerusalen cristiana.

Su madre Sta. Elena, llevó á cabo la restauracion. Por su disposicion, se hizo la gran escavacion en el Calvario, y aparecieron las tres cruces, y un milagro de todos conocido, hizo distinguir la de Jesus de las otras dos. Una parte del sagrado leño, fué enviada en seguida á Constantinopla; el resto quedó en la iglesia del Santo sepulcro (1). La corona de espinas, hallada al propio tiempo, se quedó en la capilla de los emperadores de Oriente, hasta que Balduino III se la donó á S. Luis (2). El 14 de setiembre de 335, se elevó é inauguró una basílica sobre el Gólgotha, por órden de Constantino, que recibió por su primer nombre Martirion (*Testimonio*); mas S. Cirilo, que ya predicó en ella el 347, la dá tambien el nombre de iglesia de la Resurreccion. Las palabras de este santo Padre, dan á entender, que el Calvario y el Santo sepulcro estaban incluidos en un mismo edificio. «Con el fin de arreglar el plano de la montaña para poder edificar allí un gran templo, sus primeros fundadores, dice Brucen de la Martiniere, se vieron obligados á terraplenar muchos puntos de la roca, y á rebajar unos, mientras que elevaban otros. Sin embargo, al hacer esta nivelacion, se tuvo mucho cuidado en no cambiar ni disminuir la montaña, con especialidad en los puntos en que se creyó que habia tenido lugar alguno de los actos de la Pasion de Nuestro Señor. Por esto, ha quedado intacta la superficie del Calvario, en que Jesucristo fué crucificado, de forma que, no obstante la esplanacion, aquel sitio ha quedado en la elevacion de diez y ocho escalones sobre la parte baja de la iglesia, y el Santo sepulcro, que fué en su tiempo una bóveda, labrada en la misma peña, bajo de tierra, ahora se presenta como una gruta aislada al descubierto, habiéndose cortado y desmontado la roca por todo su alrededor.» Eusebio, Niceforo, Sócrates, Teodoreto, Jozomemo, y el autor del *Itineraire de Bourdeaux á Jerusalen*, atestiguan la magnificencia y esplendor de la basílica de Constantino, aunque no entren en minuciosos detalles sobre su descripcion. Además de esta, los santos Lugares son deudores á Elena y á Constantino de otros piadosos monumentos, hoy dia arruinados en su mayor parte; tales son: una capilla en el monte Olivete; una iglesia sobre el sepulcro de la Virgen; una capilla en la gruta de los apóstoles, cubierta de hermosos frescos, que los representaban; otra gran iglesia sobre el solar del santo Cenáculo, conservando en ella la distribucion que tenia el primitivo edificio en tiempo de Jesucristo; el templo, llamado de la Ascension, que la víspera de su fiesta se iluminaba con la mayor brillantez, y por fin, otra iglesia dedicada á S. Pedro, en el sitio mismo de la casa de Caifás, en recuerdo de su negacion y sus lágrimas.

En vano el impio Juliano, apóstata, declarándose enemigo del Galileo, y protector de la idolatría, permitió á los judíos reedificar su templo, para desmentir así las profecías y la palabra del Salvador. «Del seno de la misma tierra, y de los mismos cimientos que escombraban, salieron globos de fuego, dice Ammiano Marcelino, escritor coetáneo, que abrasaron á los obreros que trabajaban, é hicieron

(1) Despues de muerto Jesus y descendido de la cruz, los verdugos, arrancaron precipitadamente, tanto aquella como las de los ladrones, y junto con los demás instrumentos del suplicio, lo arrojaron todo á un sitio lleno de inmundicias y bastante profundo, en la vertiente del Calvario; pero no creyéndolas allí bastante seguras de la curiosidad, las separaron mas del Calvario, y las echaron en una cisterna vieja, sin agua, ocultándolas con tierra, piedra y estiércol, que echaban de arriba, y en esta conformidad, quedó la Santa Cruz perdida, por espacio de 296 años. Pero esta traslacion no se hizo con tanto disimulo, que muchos judíos no lo supieran, asi que, habiendo presentido Sta. Elena, que uno de los mas antiguos de la sinagoga, llamado Judas, que despues se bautizó y llamó Siriaco, obispo de Jerusalen, tenia alguna noticia del paradero de la cruz, le obligó, con imponentes amenazas, á que revelase el secreto, como lo hizo, despues de una resistencia que tan solo puede superar el amor á la vida, y sus declaraciones fueron la causa de poderse encontrar, lo que con tanto afan se buscaba por la santa emperatriz. — Naud , Ram. Sag. (N. del Trad.)

(2) San Luis hizo trasladar esta corona á Francia, como dice Mr. Henrion. Al llegar á Paris, el mismo rey salió á recibirla, y por los años de 1230, hizo edificar una iglesia para guardarla, la cual existe todavía con el nombre de la Santa Capilla, precioso monumento de arquitectura gótica, que se ha restaurado en estos últimos años con la mayor perfeccion.

inaccesible el sitio para cuantos quisieron repetir la operacion (1). »

En el siglo IV, afluian á Jerusalen, peregrinos de la India, de la Etiopia, de la Bretaña, y de la Hibernia, segun lo atestigua S. Gerónimo. A todos se les daba hospitalidad, en un gran hospicio, edificado cerca del Calvario, que tomó el nombre de S. Juan el Limosnero, servido por los religiosos benedictinos, (2) un monasterio inmediato llamado de Santa Maria la Latina. Cerca de este, hizo construir Sta. Paula otro hospicio para mugeres, y la iglesia de Santa Maria Magdalena. Los peregrinos tenian además un cementerio para ellos, fuera de las puertas de la ciudad.

Eudoxia, hermana de Teodosio el Jóven, que despues de dos peregrinaciones á los santos lugares se retiró á Jerusalen, dió á la iglesia del Santo sepulcro una renta perpétua de mil denarios, cuatrocientos, para asignacion á los coristas, y diez mil medidas de aceite para el alimento de las lámparas, que dia y noche ardian en este santo lugar. Antonio de Plasencia, cien años despues, menciona ya esta contínua iluminacion, así como hace mérito del oro y piedras preciosas, con que la piedad de los príncipes habia enriquecido el Calvario.

El emperador Justiniano, bajo cuyo reinado el obispo de Jerusalen fué elevado á la dignidad de patriarca, hizo servir al esplendor del culto cristiano los restos del judío, restituyendo á Jerusalen los vasos sagrados del antiguo templo que Tito habia llevado á Roma, robado despues Genserico, y recobrados mas tarde por Belisario, en Cartago.

Cosroes II, rey de los persas, se apoderó en 613, de la ciudad santa, quemó sus iglesias y llevó consigo el santo madero de la cruz. Cuatro años despues, le rescató el emperador Heraclio y lo devolvió á Jerusalen, llevándolo sobre sus hombros; reintegro solemne, que motivó la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz. El obispo Modesto, reparó la iglesia del Santo sepulcro.

Jerusalen cayó en poder de los mahometanos, llevando á su frente al califa Omar, el 636; pero este dejó á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Al año siguiente de posesionado de la ciudad, hizo descombrar el monte Moria, y construyó, en el lugar del gran templo judáico, una mezquita, que hoy existe, y á la que llamó: Gumeat-el-ak'sa (*la distante* comparativamente á la Meca), y la cual sus sucesores agrandaron y embellecieron. Harum-al-Raschid, cedió á Carlomagno, la propiedad del Santo sepulcro, el 804. Con este motivo, el hospicio de los peregrinos, recibió de la Francia, el don de una biblioteca, y los patriarcas de Jerusalen acudieron en sus necesidades diferentes veces á sus soberanos, y así consta, que Elías III, escribió, en 905, á

(1) Ammiano Marcelino, era un oficial del ejército de Juliano, y contemporáneo del hecho. Wagemell, en su *Tela ignea Satanæ*, pág. 231, cita tambien el testimonio de dos rabinos sobre el particular, cuyas palabras copia; y uno de ellos dice: « Al dia siguiente cayó mucho fuego del cielo, que derritió los fundamentos de este edificio y quemó un grandísimo número de judíos. » El mismo Juliano, en la coleccion de sus obras, por Spanein, pág. 293, se espresa así: « ¿Qué dirán ellos, (los judíos), de su templo, cuando despues de haber sido destruido tres veces, no ha sido todavía reedificado? Por esto no es mi ánimo infamarles, porque *yo mismo he querido reedificar este templo, tanto tiempo hace arruinado, en honor del Dios que era en él invocado.* » No le falta decir mas que « y no he podido, » pero no es estraño que oculte el acontecimiento que se lo impidió. Tres santos Padres de la Iglesia, contemporáneos de Juliano, refieren el milagro como un hecho público, que son, S. Juan Crisóstomo, en sus Homilias contra los judíos, S. Ambrosio, en su carta 40, y S. Gregorio Nacianceno, en su oracion 4.ª, lo refiere con todas sus circunstancias. (N. del Trad.)

(2) Mr. de Henrion padece aquí una grande equivocacion en decir, que este hospicio estaba servido por religiosos benedictinos, siendo así, que habla del siglo IV, y la órden de S. Benito, no tuvo principio hasta el siglo VI, en que el santo dió la primera regla, que mereció la aprobacion de la silla apostólica para el monasterio de Monte-Cairus que fundó. Los religiosos que aquí habria pertenecerian á uno de los diferentes institutos de monges que ya se conocian en el siglo IV, fundados y estendidos por S. Pacomio, S. Eustasio, S. Basilio, y sobre todo S. Gerónimo, que difundió la vida monástica en Oriente, y de aquí la trasplantó á Occidente. Todos los monges de estos monasterios, como dice el mismo S. Gerónimo, eran legos en aquel tiempo, y vivian de 30 ó 40 juntos en cada casa. A mediados del siglo IV, estaba ya tan estendido el instituto monástico por todo el Oriente, en especial en el Egipto y Siria, que se contaban los monges por millares. Todos los monasterios reconocian un gefe, llamado abad, para gobernarle, cada casa, un superior y un prepósito, y cada diez monges un decano, y dependian enteramente de los obispos, y en su principio no hubo regla alguna fija hasta las primeras que dieron S. Pacomio y S. Basilio, en el Oriente; S. Agustin para sus institutos monásticos de Africa, y S. Casiano, S. Cesareo, S. Columbano y otros, para los monasterios de Occidente, las cuales cesaron desde que S. Benito promulgó la suya, la mas admirable segun elogio de S. Gregorio, y á la que voluntariamente se sujetaron todos los monges de Occidente. (N. del Trad.)

Carlos el Gordo, pidiendo recursos para restablecer las iglesias de Judea.

Hakem, califa fatimita de Egipto, y violento perseguidor de los cristianos, mandó destruir en parte, el edificio del Santo sepulcro. Los dos monasterios latinos, las habitaciones del patriarca y de los canónigos, quedaron comprendidos en este espacio, en el que se labró una mezquita.

En 1045, obtuvieron los cristianos, á ruegos del emperador Constantino Monomaco, el permiso de restaurar la basílica, ya muy deteriorada; pero no permitiéndoles su pobreza emprender una reconstruccion completa, se limitaron á erigir sobre cada estacion, un oratorio separado.

El 16 de julio, de 1099, entraron victoriosos los cruzados en Jerusalen. Godofredo de Bullon, primer soberano cristiano (1), restableció la iglesia del Santo sepulcro, comprendiendo en ella el Calvario y la piedra de Uncion. Veinte canónigos, y otros muchos capellanes y cantores, se encargaron del servicio divino. La mezquita del templo fué transformada en iglesia, y se la agregaron igual número de sirvientes. Se construyó el monasterio de Santa Ana, sobre la casa de esta santa, y sobre la gruta en que nació la Virgen sin mancilla, cerca de la piscina probática. Otro monasterio se alzó cerca del sepulcro de Maria. El Cenáculo fué concedido á los religiosos (1), á condicion de sostener cincuenta caballeros para la defensa de la Tierra santa. La espada de Godofredo, larga y pesada, cuya empuñadura retiene aun alguna señal de su dorado, se conserva en la sacristía del Santo sepulcro, resguardada por un estuche de tafilete encarnado.

Jerusalen tenia entonces, segun el testimonio de Benjamin de Tudela, tres recintos de murallas y cuatro puertas principales: al oriente, las de Sion y David; al norte, la de Abrahan, y al este, la de Josafat. Cerca de la puerta de David estaba la torre, llamada de Tancredo. En el ángulo nord-este de la ciudad, se veia la ciudadela, llamada antes de David, y luego de Castel-Pisano, á causa de la parte que los de Pisa tomaron en el sitio. Bajo el reinado de Foulques de Anjou, cuya esposa Melisenda, fundó el monasterio de Bethania, un legado de Inocencio II hizo la solemne dedicacion del gran templo, y una cruz de oro macizo, reemplazó á la media luna de la cúpula.

La descripcion del nuevo reino de Jerusalen, trazada por el abate Guence, es digna de mencionarse. « Este reino, dice, se estendia desde el mar Mediterráneo hasta el desierto de la Arabia, de poniente á levante, y desde el fuerte de Darum, á la otra parte del torrente de Egipto, hasta el rio que corre entre Bento y Biblos, de norte á mediodía. De esta manera, comprendia por de pronto las tres Palestinas, cuyas capitales eran: de la primera, Jerusalen; de la segunda, Cesarea, y de la tercera, Bathsan, despues Nazaret; comprendiendo además todo el pais de los filisteos,

(1) Sobre el titulo que Henrion dá aqui á Godofredo, de primer rey de Jerusalen, hay que advertir, que este religiosisimo caudillo, despues que por la voluntad general y llevado en hombros de sus soldados, fué proclamado rey de Jerusalen, sin embargo, nunca quiso ceñirse la corona, diciendo, que en aquella ciudad santa, en la que el autor de la salvacion del género humano habia llevado sobre su cabeza una corona de espinas, no debia ningun hombre ceñirse otra corona. Por esta causa varios autores no le enumeran en el catálogo de los reyes latinos de Jerusalen, y entre ellos S. Antonino de Florencia en la parte 2.ª de su historia, tit. 16, cap. 13, en que dice: « Para mi, aunque Godofredo no esté en el catálogo de los reyes, le tengo no solo como rey, sino como el mejor de ellos, y luz y espejo de los demás, y debemos creer que prescindió de su coronacion y consagracion, para renunciar humildemente á toda la pompa del siglo y conseguir mejor asi la corona inmarcesible del cielo.» Como prueba de esto, en el epitafio que se puso á su sepulcro, despues que falleció al año siguiente de la conquista, no se le menciona como tal rey. Dicha tumba está en la iglesia del Santo sepulcro y capilla llamada de Adan, y tiene esta inscripcion: « Hic jacet inclitus *Dux* Godefridus de Bullon, qui totam istam terram aquisivit cultui cristiano. Cui anima: regnet cum Cristo. Amen.» El sepulcro de su sucesor Balduino I, que ya se intituló rey de Jerusalen, y que está al lado del anterior, tiene este otro epitafio: « Rex Balduinus Judas alter Machabeus, spes patriæ, vigor Ecclesiæ, virt... hujusque quem formidabant, cui dona, tributa ferebant Cædar, et Egipt. Dan. ac homicida Damascus. ¡Proh dolor! in modico clauditur hoc tumulo.» (N. del Trad.)

(1) Estos religiosos que aquí cita Henrion pertenecian probablemente á los de la órden de S. Benito, que ya estaba estendida por todo el mundo, y podrian ser ó hijos de la casa de Cluni ó mejor aun de la del Cister, fundada por S. Roberto, abad de Molismo, en 1098, en una selva llamada de *Citeaux*, en el ducado de Borgoña. (N. del Trad.)

la Fenicia, con la segunda y tercera Arabia, y algo de la primera.

«Este estado, tenia dos gefes independientes, el patriarca, en lo espiritual, y el rey, en la parte temporal. El patriarca estendia su jurisdiccion sobre los cuatro arzobispados de Tiro, Cesarea, Nazaret y Krak, teniendo por sufragáneos á los obispos de Belen, de Lidia y de Hebron. De él dependian además, las seis abadías de Monte-Sion, de la Latina, del Templo, del monte Olivete, de Josafat, y de San Samuel; el priorato del Santo sepulcro, y las otras tres abadías de Ntra. Sra. la Grande, de Santa Ana y la del Buen Ladron. Los arzobispos tenian por sufragáneos, el de Tiro, á los obispos de Berito, Sidon, Paneas y Tolemaida; el de Cesarea, al de Sebaste; el de Nazaret, al de Tiberiades y al prior del monte Tabor; y el de Krak, al obispo del monte Sinai. Los obispos de San Jorge de Lidia, y de Acre, tenian bajo su jurisdiccion: el primero, á las dos abadías de San José de Arimatea y de San Habacuc, y los dos prioratos de San Juan Evangelista y de Sta. Catalina del monte Gisart, con la abadía de las Tres-Sombras, y el segundo, la Trinidad y las Arrepentidas.

«Todos estos obispados, abadías, cabildos, y conventos de ambos sexos, debieron poseer grandes rentas, á juzgar por las tropas que estaban obligados á suministrar al estado. Tres órdenes, sobre todo, religiosas y militares á la vez, eran las que mas se distinguian por su opulencia, siendo propietarias de terrenos inmensos, villas, lugares y fortalezas.»

Pero desgraciadamente, en 1188, el sultan Saladino, se apoderó de Jerusalen, y se la quitó á Guido de Lusiñan, su último rey. Las magníficas iglesias, fueron devastadas; el templo, se convirtió en mezquita; un colegio de faquires se estableció en el monasterio de Santa Ana, y el agá se alojó en la torre de Castel-Pisano, que despues sirvió de alcázar al gobernador de la ciudad.

A los dos años, en 1190, los cristianos sirios, rescataron el Santo sepulcro por una suma considerable, y como los francos no contribuyeron con nada para esto, quedaron escluidos del servicio del lugar santo, hasta que, en 1192, Huberto de Salisburry, compañero de cruzada de Ricardo Corazon de Leon, pudo conseguir, por órden del sultan, que fuesen admitidos dos sacerdotes, y dos diáconos latinos. Algo mas respiraron los cristianos, cuando el emperador Federico, para asegurar los derechos de un hijo suyo, y de Isabel, hija de Juan de Brienne, último heredero de los reyes de Jerusalen, estipuló con los mahometanos, que estos no reservarian para sí de los santos lugares de Jesusalen, mas que el templo y una parte del monte Moria, entrando los fieles en posesion del resto de la ciudad, y además, de los santuarios de Belen, de Nazaret y otros lugares santos; pero poco despues de este convenio, en virtud del cual, Federico, ciñó sus sienes con la corona real sobre el altar del Santo sepulcro, murió su hijo, y quedó sin efecto lo acordado.

En 1242, el emir de Damasco, que estaba en guerra con el sultan de Egipto, entregó Jerusalen á los cristianos; mas esta desgraciada ciudad, fué tomada y saqueada luego por dos veces por los kharizmis. En vano aguardó su salvacion de los europeos, que aun luchaban en Palestina contra los infieles, y aun aquellos mismos, que pudieron socorrerla, fueron definitivamente arrojados de la Tierra santa, en 1291.

Ya dejamos dicho, que los franciscanos obtuvieron, en 1333, del sultan de Egipto, por la mediacion del hermano Roger Guerin, y el fuerte apoyo de Roberto y Sancha, el privilegio de guardar los santos lugares, privilegio sancionado por Clemente VI, en 1342. Todo esto no fué bastante para que mas de una vez no fuesen molestados por la envidiosa instigacion de los judíos, en la posesion de su principal establecimiento de Monte-Sion. Como se halla en este lugar el sepulcro del rey profeta, los israelitas no podian tolerar que quedase en manos de los cristianos, lo que consideraban de su pertenencia; pero todos

us esfuerzos é intrigas no dieron resultado por ntonces.

La ciudad santa, cambió el yugo de los amelucos por el de los turcos, que se hicieon dueños de ella en 1517, reinando Selim I, uien añadió desde entonces á sus anteriores tulos el de señor y servidor de Jerusalen. us murallas, desmanteladas en parte por Isa, eto de Saladino, fueron restablecidas por Soman II, hijo de Selim, y al saber este príncpe que el arquitecto encargado de construir te recinto, no habia comprendido dentro de al Monte-Sion, le hizo cortar la cabeza.

Continuamente asediados los franciscanos or las pretensiones de los judios, que hallan mejor eco bajo la dominacion de los turos, que en la de los mamelucos, y por la odicia de los santones, vieron con dolor arbatárseles el Cenáculo, y ser convertido en ezquita el lugar donde bajó el Espíritu San- sobre los apóstoles, y desde donde salió cristianismo para conquistar el universo. Pl. XXXIII, n.º 2.) Francisco I, rey de rancia, escribió á Soliman I, con objeto de ue se restituyese el Cenáculo á los PP. de Francisco; en consideracion á la alianza que abia contraido con él; pero el sultan contestó monarca, que no pudiendo complacerle en o, porque segun la ley de Mahoma, á ninun lugar erigido en mezquita, puede en adente dársele otro destino, dejaria á los franscanos la posesion del monasterio inmediato. sta promesa fué desmentida por los hechos espues de la muerte de Francisco I. Complemente despojados, tanto del convento como la iglesia del Cenáculo, los PP. menores se tiraron al monasterio de S. Salvador, en la endiente del monte Gihon, á doscientos paos de la iglesia del Santo sepulcro, entre la uerta de Damasco y la de Belen, donde ya, esde entonces, permanecen, habiéndoles conedido Pio IV, por un diploma de 25 de diembre de 1559, todos los privilegios, gracias, indulgencias y favores, que los anteriores papas, habian otorgado á los religiosos y los santos lugares de Monte-Sion, en cuyo recuerdo, el superior de S. Salvador, conservó el primitivo título de guardian de Monte-Sion.

Tiene la entrada este convento de PP. latinos por una calle abovedada, unida á otra mas larga y mas oscura, la cual termina en un gran patio, donde están la tahona, carnicería, almacenes, y otras oficinas del convento. Una escalera que está á la derecha, conduce al claustro ó corredor alto, que recibe luz del patio. Al oriente de este claustro, una puerta dá á un vestíbulo, que comunica con la iglesia, que es bastante buena, con su coro y sillería correspondiente, bajo una esbelta nave con su altar á la romana, cimborrio y un pequeño órgano sobre una tribuna, todo ello contenido en un espacio de veinte pasos de longitud sobre doce de ancho. Al occidente del claustro, otra puerta conduce al interior del convento. Doubdan, en su descripcion, tan exacta como sencilla, se espresa así: « Este convento es del todo irregular, edificado á la antigua, sin órden en los pisos, ni en el nivel de las habitaciones, que son pequeñas, oscuras, y mal trazadas, y tiene dos, que llaman jardines, de los que el mayor tiene una estension regular, con vistas á la muralla. Hácia la parte occidental, hay otro patio y algunas habitaciones para los peregrinos. Lo único que tiene de bueno este convento, son las hermosas vistas que disfruta, y que sirven de recreo. Hé aquí en pocas palabras el plan y distribucion de esta casa, que imita hasta el estremo, la sencillez y pobreza del que en este mismo lugar, *propter eos egenus factus est, cum esset dives*, (del que siendo rico, se hizo pobre por nosotros. II ad Cor., 8.) » El P. Degeramb confirma estos detalles, añadiendo, que las celdas de los religiosos son reducidas y faltas de lo necesario, inclusa la del P. guardian. La única pieza tolerable y mas decente es el divan ó sala de respeto, donde la comunidad se reune y el guardian recibe á las personas que van á visitarle. Para las personas que se quiere distinguir, hay dos ó tres aposentos igualmente pobres, y desnudos de ornato; los demás se alojan en una hospedería separada.

Los PP. de Tierra santa, son tanto mas dignos de mérito, cuanto que prodigan á los peregrinos de Jerusalen la caridad de Jesucristo, reservándose para sí propios su cruz. Su mesa es sobremanera frugal; á mas de la cuaresma ordinaria, guardan otra, desde el 1.° de noviembre hasta Navidad, santificando además el resto del año con piadosas y frecuentes austeridades.

Deshayes, embajador de Luis XIV, en Constantinopla, en 1621, habiéndosele confiado la mision de visitar la Tierra santa, de establecer un cónsul en Jerusalen, y de sostener á los religiosos latinos en la posesion de los santos lugares, nos ha dejado una descripcion, que es muy conveniente citar, á pesar de su estilo anticuado.

«El Santo sepulcro, y la mayor parte de los santos lugares, dice, están servidos por religiosos franciscanos, que se renuevan de tres en tres años, y si bien los hay de todas naciones, pasan todos por franceses ó venecianos, y están bajo la proteccion del rey. Hace unos sesenta años que habitaban fuera de la ciudad, sobre el monte Sion, en el lugar en que Nuestro Señor hizo la última cena con sus discípulos; pero habiendo sido convertida en mezquita su iglesia, se trasladaron al interior de la poblacion en el monte Gihon, donde tienen su convento, llamado de San Salvador. Allí vive el guardian con el cuerpo de la Familia, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra santa, que tienen de ellos necesidad. La iglesia del Santo sepulcro dista del monasterio unos doscientos pasos.... Esta es de fábrica fuerte, pero irregular, por haberse tenido que sujetar su construccion á los diferentes lugares que en ella se han querido incluir. Guarda la forma de cruz, y tiene ciento veinte pasos de larga, sin contar la bajada de la capilla de la invencion de la cruz, y setenta de anchura. Hay tres domos ó cúpulas, sirviendo de nave á la iglesia, la que cubre el Santo sepulcro. Esta tiene treinta pasos de diámetro, y está abierta por arriba como la Rotonda de Roma; si bien es verdad que no tiene bóveda, pero el techo está sostenido por grandes vigas de cedro traidas del monte Líbano. Antes se entraba en esta iglesia por tres puertas; pero hoy dia no hay mas que una, cuyas llaves guardan con cuidado los turcos, para que no entre peregrino alguno que no pague los nueve zequies ó treinta y seis libras en que han fijado la tasa, entendiéndose esto con los que vienen de paises cristianos, porque los súbditos del Gran señor no abonan mas que la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, sin mas que una pequeña ventana con reja, por la cual, los de la parte de afuera, suministran los víveres necesarios á los que están dentro, que son de ocho naciones diferentes (1).

«La primera es la de los latinos ó romanos, á quienes representan los religiosos franciscanos. Estos guardan el Santo sepulcro, el lugar del monte Calvario donde Jesus fué crucificado, el sitio donde fué hallada la verdadera cruz, la piedra de la Uncion y la capilla, donde Nuestro Señor se apareció á la Virgen despues de su resurreccion.

«La segunda nacion, es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia, donde ellos ofician, y en medio del cual, hay un pequeño círculo en el pavimento que ellos dicen que es el centro del mundo.

«La tercera nacion, es la de los abisinios, y tienen la capilla donde está la columna del *Improperio*.

«La cuarta, es la de los coptos, que son los cristianos de Egipto: estos tienen un pequeño oratorio, cerca del Santo sepulcro.

«La quinta, es la de los armenios, que tienen la capilla de Santa Elena, y la que se llama de la Reparticion y sorteo de los vestidos de Jesucristo.

(1) El oficial del Gran señor que guarda las puertas del Santo sepulcro se llama intendente. Él retiene las llaves y las confia á una persona de calidad, la cual tiene el derecho de estar presente á la abertura. Este derecho es hereditario, acordado por el califa Azumar, á esta familia, cuando conquistó á Jerusalen. Esta ilustre y antigua casa se llama de Beyt-Elasonad, (la casa del negro) y participa del dinero que los peregrinos deben pagar antes de entrar en el templo. (N. del Trad.)

« La sesta nacion, es la de los nestorianos, procedentes de Caldea y de Siria, y tienen un pequeño oratorio, próximo al lugar en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, que por eso se llama la capilla de la Magdalena.

« La séptima, es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor, (*mar Negro*), y el mar Caspio, y les pertenece el lugar del monte Calvario, en que fué elevada la cruz y la prision provisional en que estuvo Jesus, mientras se hizo el hoyo para fijarla.

« Y por último, la octava nacion, es la de los maronitas, que habitan en el monte Líbano. Estos reconocen al papa, como nosotros lo hacemos (1).

« Cada nacion de estas, además de los lugares citados, que son especiales de cada una, y que sus respectivos peregrinos pueden libremente visitar, tiene, ya sea en las bóvedas ó en algunos otros rincones ó sitios de esta iglesia, un local particular para celebrar el oficio divino, segun su costumbre ó rito, por que los religiosos ó sacerdotes que allí entran, permanecen ordinariamente lo menos dos meses sin salir, hasta que vienen otros de afuera que les reemplacen, y no podrian permanecer dentro por mas tiempo, aun estando sanos, porque corre poco aire, y porque las bóvedas y las murallas producen una frialdad insalubre; sin embargo, nosotros tropezamos con un buen ermitaño, que ha tomado el hábito de S. Francisco, que llevaba veinte años sin salir de la iglesia, ocupado incesantemente en cuidar de doscientas lámparas que allí arden, y en limpiar y asear todos los lugares santos, trabajo contínuo, que apenas le dejaba reposar cuatro horas al dia.

« En entrando en la iglesia, se encuentra lo primero, la piedra de la Uncion, sobre la cual fué ungido con mirra y aloe, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de depositarle en el sepulcro. Unos dicen, que esta piedra es del mismo monte Calvario, mientras otros creen que fué llevada allí por José y Nicodemus, discípulos secretos del Salvador, que quisieron hacerle ese piadoso obsequio. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que ha habido necesidad de cubrirla con un mármol blanco, y rodearla de un pequeño balaustre de hierro, á causa de la indiscrecion de algunos peregrinos, que la iban rompiendo para llevarse los pedazos. Tiene esta piedra ocho piés menos dos pulgadas de longitud, y dos piés menos una pulgada de anchura, y arden ocho lámparas á su alrededor.

« El Santo sepulcro, está á treinta pasos de esta piedra, justamente en el centro de la gran cúpula de que ya he hablado. Es como un pequeño gabinete, labrado y socabado en la peña viva, á golpe de cincel. La puerta de él, que mira á oriente, tiene cuatro piés de altura, y dos y un cuarto de ancha, de forma que hay que agacharse bastante para entrar. El interior del sepulcro es casi cuadrado, tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis piés menos dos pulgadas de ancho, y ocho piés y una pulgada de altura hasta la bóveda. Hay además dentro, una plancha ó losa suelta de la misma piedra, que fué allí dejada al labrar el resto, y tiene esta dos piés cuatro pulgadas y media de alto, y llena la mitad del sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de larga, y dos piés y dos tercios y medio de ancha. Sobre está piedra fué colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza hacia el occidente, y los piés al oriente; pero ha sido preciso, á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creen, que habiendo dejado sus cabellos sobre esta piedra, Dios jamás les abandonará, y tambien porque los peregrinos iban cortando

(1) Cosa estraordinaria, esclama el P. Degeramb. Los católicos, los griegos, los armenios, todos los pueblos cristianos de todas las comuniones, tienen representantes en la iglesia del Santo sepulcro, cuyas voces, con el incienso, se elevan hácia el Dios que sacrificó su hijo único por salvar al mundo entero: ¡una sola voz no murmura el nombre de Jesucristo!... ¡esta es la voz protestante! Verdaderamente es estraño, que en mas de 300 años la reforma no se haya acordado del centro de la fé y de los misterios que ella misma confiesa. Hace pocos años, avergonzada de su indiferencia, ó mas bien por motivos de politica y de proselitismo, ha mandado la iglesia anglicana á Jerusalen, un obispo con su muger y sus hijos, y gracias á Dios hasta el presente, no ha tenido resultado su mision. (N. del Trad.)

pedazos de ella, cubrirla de mármol blanco, y sobre ella se celebra hoy dia el sacrificio de la misa. Cuarenta y cuatro lámparas arden contínuamente en este santo lugar, y á fin de que salga el humo, ha sido preciso hacer tres respiraderos en la bóveda. La parte esterior del sepulcro, está tambien revestida de mármol, y adornada con columnas, y una cúpula por encima.

«A la entrada de la puerta del sepulcro, se vé una piedra de pié y medio en cuadro, y alta de un pié, que es de la misma roca que lo demás, la cual sirvió para apoyar la otra mas gruesa que cerraba la puerta del sepulcro. Sobre esta piedra, estuvo el ángel que se apareció á las tres Marias, despues de resucitado Jesus, y tanto á causa de este misterio, como para no entrar desde luego en el Santo sepulcro, los primeros cristianos hicieron aquí una pequeña capilla llamada la *capilla del Angel*.

«A doce pasos del Santo sepulcro, hácia el septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris, que podrá tener cuatro piés de diámetro, puesta allí, para señalar el sitio en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, en forma de jardinero.

«Mas adelante, está la capilla de la Aparicion, donde cree la tradicion, que Nuestro Señor se apareció primeramente á la Virgen, despues de su resurreccion. En este lugar celebran sus oficios los religiosos franciscanos, y es por donde se retiran, pues de allí, pasan á varios aposentos, que no tienen mas salida que esta capilla.

«Continuando la vuelta de la iglesia, se encuentra una pequeña capilla abovedada que tiene siete piés de larga, por seis de ancha, que se llama la *Prision de Nuestro Señor*, porque fué retenido en aquel lugar, mientras se hacia el agujero para fijar la cruz. Esta capilla es la opuesta al monte Calvario, de suerte que estos dos lugares forman el crucero de la iglesia, porque el monte está en el medio, y la capilla al septentrion.

«Muy próxima á esta, se vé otra capilla de cinco pasos de longitud, por tres de anchura, que es el mismo lugar en que Jesucristo fué despojado por los soldados, y sus vestidos repartidos, y jugados á la suerte.

«En saliendo de esta capilla, se encuentra, á mano izquierda, una gran escalera, que corta el muro de la iglesia, por la que se desciende á una especie de cueva, labrada tambien en la roca. A los treinta escalones, hay una capilla, á mano izquierda, llamada vulgarmente la *capilla de Santa Elena*, á causa de que allí estuvo la santa orando, mientras se buscaba la Santa Cruz. Se bajan aun despues, otros once escalones para llegar al lugar mismo donde se encontró aquella, junto con los clavos, la corona de espinas, y el hierro de la lanza, habiendo estado allí todo oculto por mas de trescientos años.

«Próximo á la entrada de la dicha escalera, en la direccion del monte Calvario, está una capilla, que tiene cuatro pasos de larga, y dos y medio de ancha, sobre cuyo altar, se vé una columna de mármol gris beteada de negro, que tiene dos piés de altura, y uno de diámetro, y se llama la *columna del Improperio*, porque sobre ella hicieron los soldados sentar á Nuestro Señor, para coronarle de espinas.

«A diez pasos de esta capilla, se encuentra una escalera muy estrecha, cuyas gradas son de madera y piedra, en número de veinte, y por ellas se sube al plano del monte Calvario. Este lugar, antes tan ignominioso, como santificado despues por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, fué para los primeros cristianos, objeto de cuidado y predileccion especial, quienes, despues de haber quitado todas las inmundicias, y tierra que le cubria, le rodearon de una muralla, en términos, que hoy dia, es una especie de capilla alta, incluida en el recinto de esta grande iglesia. Por dentro está revestida de mármol, y dividida en dos partes, por medio de una arcada. La que está hacia el septentrion, es el sitio en que Nuestro Señor fué enclavado en la cruz, y arden aquí siempre treinta y dos lámparas, mantenidas por los franciscanos,

que celebran diariamente la misa en este santo lugar.

«La otra parte, que mira al mediodía, es en la que fué fijada y elevada la cruz, y se vé aun el agujero, tallado en la misma piedra, de un pié y medio de hondo. El sitio donde estaban las cruces de los dos ladrones, está próximo al anterior, la del buen ladron, estaba al septentrion, y la del réprobo, al mediodia, de manera, que el primero, estaba á la mano derecha del Salvador, que tenia su rostro vuelto hácia el occidente, y su reverso á la parte de Jerusalen, que estaba al oriente. Cincuenta lámparas arden contínuamente dia y noche en este santo lugar.

«Por bajo de esta capilla, están los sepulcros de Godofredo de Bullon, y de Balduino su hermano...

«El monte Calvario, es la última estacion de la iglesia del Santo sepulcro, porque á veinte pasos de él, se encuentra la piedra de la Uncion, que está justamente á la entrada del templo.»

Doubdan, que visitó la Tierra santa en 1652, menciona esta circunstancia omitida por Deshayes: «La abertura que se hizo en la roca del Calvario, cuando Jesus exhaló el último suspiro, tiene de corte mas de un pié de largo, entre el sitio de la Santa cruz y la del mal ladron, de la cual no dista mas que un buen pié. Ordinariamente está cubierta esta hendidura de un alambrado de hierro, para que no se la pueda sondear. Los cristianos tienen gran devocion á este santo lugar, donde se postran por largo tiempo para besarla, y meter en ella la cabeza y brazos hasta los codos.» Addison cuenta, que un viagero inglés, que era deista, al visitar á Jerusalen, hacia por poner en ridículo las esplicaciones de los católicos sobre los santos lugares; pero al ver la hendidura de la roca, se desconcertó, y despues de haberla examinado con cuidado, esclamó: «Ya comienzo á ser cristiano.» Y dirigiéndose á un amigo, que le acompañaba: «He hecho, continuó, un gran estudio de la física y de las matemáticas, y no me queda duda que este rompimiento de la roca, no ha podido producirse por un temblor de tierra ordinario y natural. Un trastorno semejante, hubiera separado unas de otras las diversas capas de que la masa granítica se compone, y esto hubiera sido siguiendo las venas que las distinguen, y rompiendo su trabazon por los puntos mas débiles. Esto es lo comun en los temblores de tierra, y nada mas verdadero y conforme á las leyes de la naturaleza; pero aquí, sucede todo lo contrario; la piedra está partida transversalmente, y la ruptura cruza sus venas de una manera estraña y sorprendente. Veo claramente demostrado, que esto se ha hecho por puro efecto de un milagro, que ni el arte, ni la naturaleza han podido producir. Por lo mismo, doy gracias á Dios de haberme conducido aquí para contemplar este monumento de su maravilloso poder, monumento que pone muy en claro la divinidad de Jesucristo.»

Mr. de Chateaubriand, despues de haber reproducido la descripcion de Deshayes, añade: «Se vé desde luego, que la iglesia del Santo sepulcro, está compuesta de tres iglesias diferentes: la del Santo sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la Santa Cruz. La iglesia propiamente llamada del Santo sepulcro, está edificada en el valle del monte Calvario, y sobre el terreno en que consta fué sepultado Jesucristo. La capilla misma del Santo sepulcro, no es en realidad sino la gran nave principal del edificio, y es circular como el Panteon de Roma. no recibiendo luz sino por la cúpula, bajo la cual se encuentra el Santo sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan y sostienen á la vez esta rotonda, y sobre sus diez y siete arcadas, corre una galería superior, que soporta otras tantas columnas y arcos mas pequeños, sobre los que corre la cornisa general. Por encima del friso de la galería superior, se alzan las pechinas correspondientes á las arcadas, y el gran domo ó cúpula, arranca sobre el anillo circular. Estas pechinas se veian antes decoradas con mosáicos, representando

los doce apóstoles, Sta. Elena, el emperador Constantino, y otros personajes desconocidos.

« El coro de la iglesia del Santo sepulcro, está al oriente de la nave ó rotonda del sepulcro, y es doble como en las antiguas basílicas con una sillería baja en el centro para los sacerdotes, y detrás, una especie de santuario mas retirado, y elevado dos gradas sobre el primero. En derredor de este doble santuario, corren las alas del coro, y en ellas están sitas las capillas descritas por Deshayes, y de la misma manera que él dice. Detrás del coro, se abren dos escaleras en sentido inverso, que conducen, la una á la iglesia del Calvario, y la otra á la de la Invencion de la Santa Cruz. La primera, sube á la cima del Calvario, la segunda, desciende sobre el Calvario mismo, puesto que la cruz se alzó sobre la cumbre del Gólgotha, y se encontró por bajo de esta montaña. En resúmen, la iglesia del Santo sepulcro, está edificada al pié del Calvario, y toca por su parte oriental, é incluye dentro de sí á este monte, sobre el cual, y debajo del mismo, se han construido otras dos iglesias agregadas, unidas por medio de altos muros y escaleras abovedadas é interiores, al principal monumento.

« La arquitectura de la iglesia es indudable que pertenece al siglo de Constantino: el órden corintio es el dominante. Los pilares son de desigual grosor, y su diámetro generalmente no guarda proporcion con su altura. En algunas columnas agrupadas, que sostienen el friso del coro, se nota un estilo mas correcto. La iglesia no tiene peristilo; se entra desde luego por dos puertas laterales, de las que no hay mas que una abierta, lo que hace creer, que el monumento jamás ha tenido decoracion esterior, ni era fácil que la tuviese, encontrándose por otra parte encerrado por grandes murallas, y por los conventos griegos unidos á aquellas.

« El pequeño monumento de mármol que cubre el Santo sepulcro, tiene la forma de un catafalco, ornado de arcos semi-góticos, que se alzan con elegancia bajo la cúpula que le esclarece; pero pierde mucho de su belleza por una capilla cerrada, que los armenios obtuvieron permiso de edificar en una de sus estremidades, lo que le quita el aislamiento. El interior de este catafalco, presenta una tumba de mármol blanco muy sencilla, apoyada de un lado al muro del monumento, y que sirve de altar á los religiosos católicos. Esta es la tumba de Jesucristo. »

Pero esta iglesia del Santo sepulcro, primeramente edificada por Sta. Elena y Constantino, conservada y restaurada tantas veces por la piedad de los cristianos, este templo, el mas augusto y respetable del universo entero, y que era la admiracion y asombro de todas las naciones, aun las mas lejanas, fué devorado por las llamas, el 12 de octubre de 1808. El P. Degeramb, ha estractado los detalles de esta gran catástrofe, de una relacion del mismo incendio, hecha por un religioso italiano, testigo ocular de tan deplorable acontecimiento, que se espresa en estos términos.

« En la noche del 11 al 12 de octubre, sobre las tres de la mañama, comenzó á manifestarse el fuego en la capilla de los armenios, que está sobre la galería ó terrado de la grande iglesia del Santo sepulcro. El subsacristan de los religiosos de S. Francisco, que iba á recorrer las lámparas de la capilla del Calvario, fué el primero que lo notó; pero como allí no hubiese mas que un pobre sacerdote armenio, y anciano, á quien la vista del fuego habia perturbado la razon, corrió desde luego á buscar socorro. La rapidez y voracidad del fuego los hacia todos inútiles, porque cuando vino este, las llamas habian invadido la capilla de los armenios y su habitacion, así como la de los griegos, construida en mucha parte con madera seca y pintada al óleo.

« Los PP. franciscanos se habian ido á descansar despues de los maitines. Despertados por el estraordinario ruido, que oyen en la grande iglesia, se levantan precipitadamente; pero ¡cuál es su espanto!... A pesar de todo, vuelan al lugar del fuego... La puerta está cerrada, y lo que colma su desesperacion, es

el ver pocos instantes despues, que las llamas que salian del lado de los griegos, armenios y jacobitas ó eutiquianos, amenazaban ya la cúpula del gran templo, construida de enormes vigas cubiertas de plomo, y elevadas perpendicularmente sobre el monumento que contiene el Santo sepulcro. Las vigas de que acabo de hablar, habian sido traidas á gran costa del monte Libano, á principios del siglo pasado, cuando los príncipes cristianos hicieron construir esta cúpula, verdadera obra maestra por lo atrevido de su formacion.

« Todos huyeron... Quedaron solos los PP. franciscanos, y faltos como estaban de los útiles é instrumentos necesarios para cortar un fuego, se procuraron un paso por una pequeña ventana, para avisar al monasterio de San Salvador y á las autoridades del gobierno turco. En el intervalo, los jóvenes árabes católicos se precipitan hácia al interior para salvar algo, si es posible, sin arredrarles el inminente peligro que corrian. Pero en este mismo momento, el fuego gana la cúpula, los altares de la santa Vírgen, el órgano; y la iglesia se convierte en una inmensa hoguera. Muy luego caen con estruendo las pilastras, y con ellas los arcos y columnas que circuian el Santo sepulcro, y su rotonda queda inundada con una lluvia de plomo derretido. El fuego es tan activo, que hiende y hace pedazos las mas gruesas columnas de mármol, que quedan calcinadas, así como el pavimento y todo el mármol que cubre el monumento. Por último, entre cinco y seis de la mañana, cae y se desploma de un golpe la gran cúpula con espantoso ruido, arrastrando en pos de sí las agigantadas columnas y pilastras, que aun sostenian la galería de los griegos, así como las habitaciones de los turcos inmediatas al domo. El Santo sepulcro queda sepultado bajo una montaña de fuego, que parece debe aniquilarle para siempre, y la iglesia ofrece el espectáculo de un volcan en el furor de su erupcion.

« Despues de la relacion de un infortunio tan grande, me complazco en poder consolar vuestra piedad refiriéndoos las maravillas de la divina providencia, en favor de los religiosos de S. Francisco.

« Sin embargo de haber alcanzado el fuego á la puerta de madera, que separa el altar de Maria Magdalena de la capilla del coro de la grande iglesia, ha respetado la sacristía con cuantos objetos contenia. Nada ha padecido, ni el pequeño monasterio de estos venerables PP., ni las celdas que encierra, ni la capilla; nada de esto, se resiente del menor daño.

« Ninguno de cuantos mármoles están colocados en el sitio en que Jesucristo, despues de su resurreccion, se apareció á Maria Magdalena, ha sido maltratado, á pesar de la gran actividad del fuego en aquella parte, donde quemó el órgano y calcinó el mármol que tenia á su alrededor.

« Las capillas del Santo sepulcro, servidas por los PP. franciscanos, por mas que se hallasen debajo de la cúpula, y de consiguiente en el centro mismo del fuego, y sepultadas entre las llamas, no han sufrido detrimento en su interior. Se han encontrado intactas las ropas de seda con que estaban adornadas, así como los cordones de las lámparas. El escelente cuadro de la Resurreccion, pintado en el lienzo que cierra la puerta del Santo sepulcro, quedó intacto, al mismo tiempo, que la capilla de los Dolores, perteneciente á los coptos, que estaba pegada al monumento, ha quedado reducida á cenizas.

« La capilla del Angel, que está á la entrada del Santo sepulcro, no ha tenido otra pérdida que la mitad del terciopelo que la servia de adorno. Ni sus paredes, ni el pavimento, han recibido el mas mínimo deterioro.

« En la capilla del Calvario, ha podido salvarse intacta, la hermosa estátua de Ntra. Sra. de los Dolores, donativo del rey de Portugal, que estaba entre el altar de la Purificacion y el de la exaltacion de la Sta. Cruz.

« El sitio en que fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo, que pertenece á los católicos, ha sido muy poco maltratado. No puede decirse otro tanto del en el que fué elevada la cruz, que es de los griegos, y lo mas no-

table es, que á pesar del viento fuerte que soplaba, y de la inmediacion de una ventana, que podia favorecer los progresos del incendio, la capilla contigua y esterior de Ntra. Sra. de los Dolores, no padeció nada. Esta capilla, construida en el mismo parage en que se hallaba la Sta. Virgen con las otras Marias, cuando los judíos clavaron á su hijo en la cruz, ha quedado ilesa, lo mismo que el cuadro que la representa, que aunque tan cercano al fuego, en nada le alcanzó.

«A las seis, la violencia del fuego empezó á ceder, y á las nueve, ya no era peligroso, ni amenazador. Cuando al dia siguiente, pudieron quitarse los escombros, se descubrió, con nueva sorpresa, que la santa piedra que cubre la de la Uncion estaba intacta, cuando todos la creian calcinada.

«Nadie ha perecido; solo algunos religiosos están heridos.»

El *Diario del gobierno*, (es decir el de los *Debates*), al referir esta catástrofe, casi en los mismos términos, añade algunas particularidades que es curioso recoger.

«Encontrándose la capilla del Santo sepulcro enterrada bajo los ardientes escombros, restos de grandes columnas rotas y calcinadas, y bajo una masa candente de metales fundidos, no tenia defensa alguna para evadirse de un fuego tan terrible, y no hubo uno solo que no la creyese totalmente consumida; pero ¡ cual seria la admiracion general, cuando despues de haber cesado el fuego, la puerta misma de la capilla, que era de madera, no solo se halló intacta, sino hasta sin calor! El interior del monumento no padeció la menor alteracion, lo mismo que el altar de mármol, y el cuadro de la Resurreccion. Las llamas respetaron igualmente, las capillas del Calvario, la de la Crucificacion y la de los Dolores, servidas por los católicos. Los mismos turcos han considerado como milagrosas estas circunstancias. Solo un poder sobrenatural ha podido libertar de una completa destruccion el Santo sepulcro en medio de las llamas, que por do quiera le rodeaban Cuarenta y cuatro lámparas que ardian contínuamente en su corto recinto, que por sí solas dan un calor y un tufo que oprime la respiracion, y las tres aberturas practicadas en la bóveda para hacer salir el humo, daban un libre y natural acceso á las chispas de fuego, y aun á las mismas llamas, para penetrar en su interior; el plomo derretido ha estado cayendo durante muchas horas sobre la puerta de madera, y un rio de metales fundidos corria sin cesar sobre esta misma puerta; pero este rio, como si una mano de hielo le detuviese, se cuajaba al tocarla, dejándola fria, y á la capilla intacta, en medio de los ardientes torbellinos.»

«Al dia siguiente del acontecimiento, dice el P. Degeramb, los PP. de S. Francisco, fueron, como de costumbre, al Santo sepulcro á rezar el rosario, que las lágrimas y sollozos no les permitieron acabar. El 14, celebraron el santo sacrificio de la misa, y á pesar de las ruinas, que no les permitian fijar sus piés, en nada interrumpieron sus oficios ni sus acostumbradas procesiones. Marchaban sobre los escombros, sin dejar de cantar por eso las misericordias del Señor.»

La pobreza de los PP. latinos, les ha obligado á ceder el honor de la reconstruccion de la basílica á los griegos y armenios, que como mas ricos, han podido sufragar los gastos para ello, que no han bajado de cinco millones de francos, contando en esto los regalos que han tenido que dar para obtener los firmanes necesarios.

La iglesia actual del Santo sepulcro, tal como se ha reedificado, está sobre el plano y los cimientos mismos de la antigua, mas sin embargo, no es sino una grosera imitacion de aquella. La gran nave, enteramente reparada, es de mala arquitectura, y nada tiene de bello y de elegante. A las magníficas columnas de mármol alzadas por Constantino, han sucedido unos macizos y toscos pilares cuadrados, y su revoque está cubierto de pinturas tan vulgares, como sus toscos materiales. La antigua cúpula aérea, que cubria el templo como una corona suspendida, se ha reemplazado por otra

nueva, parecida á las que se ven en las principales mezquitas de las ciudades de oriente. Esta cúpula, resguardada al esterior por piedra cubierta de estuco, descansa sobre treinta y seis pilastras macizas, separadas cada una por sus arcadas. Estas, están cerradas, menos cinco que sirven de entrada, y en las otras han construido habitaciones para los griegos y armenios. Por encima de los arcos, corre una galería circular, cuya continuidad interrumpe el coro de los griegos. Toda la parte del norte y el oeste pertenece á los latinos, separados por un muro de los armenios, propietarios actuales del resto de esta galería. El Santo sepulcro, colocado como un catafalco de mármol en medio de la iglesia, demuestra en su ornato lo fútil y mezquino del gusto de los griegos modernos. La pedantería griega no se demuestra menos, ni con mas audacia, en la inscripcion que se lee interiormente, encima de la puerta de entrada á la basílica: « De un soplo, un habitante de Mytelene, arquitecto, reconstruyó esta iglesia que estaba en ruinas y reducida á cenizas, en el año 1810. » La entrada del templo está al mediodía. Al lado de su fachada, está una torre cuadrada, de la misma altura que el templo, que no tiene campanario. El pórtico es una plaza de veinte y cinco piés de longitud sobre veinte de anchura, que tiene al norte la iglesia, las cárceles públicas al mediodía, la iglesia y convento de los griegos, al oeste, y el de los abisinios al este. Por esta parte se encuentra la pequeña capilla de Ntra. Sra. de los Dolores, contigua á la gran iglesia.

Los cismáticos se cobraron con usura el gasto de la reedificacion, apoderándose del Santo sepulcro (Pl. XXXIII, n.º 1.), del Calvario, y de la piedra de la Uncion (Pl. XXXIII, n.º 2.) Reducidos los franciscanos á las capillas de la Virgen y de la Magdalena, recurrieron al embajador de Francia en la Puerta, y al cabo de nueve meses, pudieron celebrar de nuevo los santos misterios en el lugar de la Crucificacion y en el sepulcro de Jesucristo, cuya posesion ha sido mas disputada que la de los mas grandes tronos de la tierra (1).

M. el conde de J. d'Estourmel, dice, hablando de la actual iglesia del Santo sepulcro: «El interior comprende muchos conventos, ó llámense al menos casas para habitacion de los religiosos de las diferentes comuniones, latinos, griegos, armenios y coptos. Los siriacos acuden alguna vez en peregrinacion; pero á la sazon, ni uno solo de ellos tiene actualmente residencia en el Santo sepulcro. Los georgianos y los abisinios, nada poseen en él, y los maronitas se alojan y ofician con los PP. latinos, por pertenecer á una misma comunion, de forma, que de las ocho naciones que, en tiempo de Mr. Deshayes, se dividian la iglesia y sus dependencias, han quedado reducidas á cinco, y aun la parte de los coptos y siriacos está limitada á muy pocas piezas. Las comunidades latina, griega y armenia de Jerusalen, suministran al Santo sepulcro un contingente respectivo de sus religiosos, para que sirvan al culto y habiten allí. Los católicos tienen seis sacerdotes y cuatro hermanos legos, que se reemplazan cada tres meses: un italiano y un español ejercen alternativamente la presidencia. En cuanto á los griegos y los armenios, segun ellos mismos me han informado, sus sacerdotes están fijos en el templo, sin ser re-

(1) Las pretensiones de los griegos, habian pasado mas adelante. Su ambicion, los habia sugerido echar á los PP. franciscanos y quedarse con el Santo sepulcro; pero afortunadamente no faltan celosos cristianos que se interesan por la casa del Señor y santos lugares. En estos últimos tiempos, se han instalado en Francia varias comisiones, para reunir fondos en alivio de los cristianos de Tierra santa, y el fuego eléctrico de la caridad, pasó á Saboya y á Ultramar, y ya en 1844, la naciente empresa produjo 20,197 francos. La comision central, residente en Paris, está á la mira de todas las tentativas de los griegos cismáticos, para neutralizar sus efectos; así como de los que emplea la propaganda inglesa, por medio de un obispo protestante que ha puesto en Jerusalen, para introducir la heregía en Tierra santa, desplegando todo su poder para impedir su progreso. La disputa sobre la propiedad del Santo sepulcro, ha quedado terminada, pues, el gobierno francés, consiguió del sultan, que de los gastos de reparacion de la iglesia del Santo sepulcro, que habian anticipado los cismáticos, los latinos abonaran la mitad, con lo cual, se ha garantizado el derecho de los PP. de Tierra santa á poseer como antes el Santo sepulcro. Constan estas noticias del estracto del manifiesto que la misma sociedad, de que aquí se hace mérito, dió á la comision central, el 3 de julio de 1843. (N. del Trad.)





novados. En mi tiempo habia en él cinco caloyers, ó monges griegos, y cinco legos para servirlos. Cada comunion cuida de sus peregrinos, que á veces son en gran número, y se alojan en sus establecimientos respectivos, por lo cual, es preciso decirlo, aunque á mi pesar, que el lugar mas santo del mundo, en que debió habitar esclusivamente el recogimiento y el mas profundo silencio, por la fuerza de las cosas, ha llegado á ser una especie de posada ó fonda.»

El peregrino recibe impresiones diferentes en el templo del Santo sepulcro. Compuesto este de muchas iglesias, edificado en un terreno desigual, y alumbrado por multitud de lámparas, le pareció á Mr. de Chateaubriand, singularmente misterioso, y la oscuridad que allí reinaba, muy propia para la piedad y el recogimiento del alma. El órgano del religioso latino, los címbalos del abisinio, la voz del caloyer griego, y la especie de lúgubre quejido del monge copto, hieren á la vez vuestros oidos, sin saber de donde parten tan desiguales conciertos. Se aspira el humo del incienso, sin ver la mano ni el fuego que lo quema. Únicamente alguna vez veis pasar y ocultarse tras el macizo de un pilar, y perderse en la sombra del templo, al ministro de Dios, que vá á celebrar el mayor de los misterios en el sitio mismo donde tantos se verificaron. «Desafio á la imaginacion mas escéptica y menos religiosa, añade este escritor, á que no se conmueva, al encuentro de tantos pueblos, en la tumba de Jesucristo, y al oir esas preces, pronunciadas en cien idiomas diferentes, en la ciudad en que los apóstoles recibieron del Espíritu Santo, el don particular de hablar todas las lenguas de la tierra.» Las impresiones del misionero no están acordes con las del poeta, y segun el abate Ponsu, lazarista, la iglesia de Jerusalen, la mas augusta, sin disputa, que existe en el mundo, no es sin embargo la mas adecuada para escitar la piedad y el recogimiento. «A todas horas, de dia y de noche, dice aquel, se oye un ruido desacorde, que distrae, por la confusion de sonidos y estrañas voces, que hasta llegarian á escitar la risa, si no estuviese uno contínuamente alumbrado y sostenido por la antorcha de la fé, ocupando un lugar, en que todo recuerda los mas profundos misterios. El latino, hace sonar la campana y el órgano; el griego, dá golpes y redobles sobre una plancha de madera suspendida, que resuena como un tambor; el armenio, agita su bonete chino, y el copto toca el cuerno. El canto grave de los latinos, el nasal de los griegos, con sus centenares de *Kiries*, pronunciados con una rapidez poco edificante; el sordo y bajo murmullo de los armenios, y la voz chillona de los coptos, tal es la música, que, mezclada, resuena sin cesar bajo estas santas bóvedas, y esto se entiende en el curso natural del año; pero llegando el tiempo pascual, y sobre todo en los tres últimos dias de la semana santa, es todavía peor. Los numerosos peregrinos que allí se reunen de todos los puntos del imperio turco, se entregan en estos dias á desórdenes tan grandes, que aun muchos de entre los infieles quedan escandalizados, con grave perjuicio del cristianismo. Este desórden, verdaderamente, no lo ocasionan los católicos romanos, y sí dan á ello márgen los cismáticos griegos, con su pretendido milagro del fuego nuevo, que dicen salir todos los años el sábado santo, del fondo del sepulcro de Nuestro Señor.»

Hé aquí segun el P. Sicard, jesuita, la historia de este supuesto fuego santo: «Foulcher de Chartres, limosnero de Balduino I, segundo rey de Jerusalen, refiere un milagro, del que fué testigo todo el pueblo de Jerusalen, en su tiempo, junto con el mismo que lo cuenta, y es, que el sábado santo, víspera de Pascua, queriendo Dios honrar el sepulcro de Jesucristo, y animar la fé de los cristianos, hizo que visiblemente descendiese del cielo una llama de fuego al Santo sepulcro, y que esta, por sí sola, encendiese las lámparas apagadas que habia dentro, segun el rito y costumbre de la iglesia, en el viernes santo, y á veces, aun las demás que estaban repartidas por el templo, y añade, que aun viviendo el rey Bal-

duino su señor, el mismo Dios, queriendo probar la fé de los cristianos, ó mas bien castigar su relajacion, retardó algunas horas la realizacion del milagro, que no se cumplió, sino el mismo dia de Pascua, y despues de una procesion solemne de rogativa en el templo de Jerusalen, á la que asistió el rey, á la cabeza de todos los fieles, descalzo, como estos, y orando en alta voz con lágrimas y gemidos. Baronio y Spondano mencionan este milagro, como un hecho indudable, pero cuyo verdadero principio y fin se ignoraban, sabiéndose solo, que continuó durante el reinado de Balduino II. Otros muchos autores han dicho lo mismo que Baronio, y no han tenido inconveniente en creer en este fuego prodigioso, parecido al de que hablan las Escrituras, que bajaba tambien milagrosamente para consumir los holocaustos, ó para castigar á los impíos. El papa Urbano II, tambien lo debió creer, cuando en su arenga, pronunciada en el concilio de Clermont, el 1095, escitaba por este milagro á los príncipes cristianos, á fin de unir sus armas para reconquistar una tierra que Dios honraba con semejante prodigio. Hay apariencias de que esto cesó poco despues de los primeros reyes de Jerusalen, habiéndose entibiado el celo de los príncipes cristianos, y degenerado los fieles de la piedad de sus mayores.

« Los católicos confiesan de buena fé la cesacion de este milagro; pero los cismáticos han tenido y tienen un gran interés en perpetuarle en la opinion de los pueblos. Los sacerdotes, los obispos, y aun el mismo patriarca griego, son los primeros que abusan de la credulidad del vulgo, y la esplotan en su favor; porque la esperanza de unos, y curiosidad de otros, de ver descender ese supuesto fuego del cielo, atrae la concurrencia de siete ú ocho mil peregrinos, que vienen de todas partes á Jerusalen, para ser espectadores del milagro, y esto es un recurso seguro y permanente, que produce á estos gefes cismáticos fondos suficientes para subsistir y pagar además al turco el tributo ordinario, y otros regalos además, con que se grangean una especial proteccion.

« Desde el viernes santo, por la tarde, se abren las puertas de la iglesia del Santo sepulcro, y van á porfía, á quien entra el primero, para escojer sitio, sobre las esteras que consigo llevan, para pasar allí la noche de la mejor manera posible. El gentío y la confusion se aumentan el sábado por la mañana, puesto que desde que asoma el dia, una inmensa turba de artesanos, obreros y aldeanos, no bien han puesto el pié en el templo, que se ponen á correr, saltar, cantar y danzar alrededor del Santo sepulcro. Como esto fácilmente origina disputas, y hasta riñas las mas veces, tiene que intervenir el guardian turco, y con un grueso baston, dá palos á derecha é izquierda para aquietar la gente. El tumulto cesa por de pronto, y vuelve á renacer, hasta que comienza la ceremonia de la procesion. Llegada la hora, sale el clero del coro de los griegos con gran órden. Abren la procesion muchos pendones y estandartes, parecidos á los nuestros; aparece en seguida, el clero de inferior órden, con altos y gruesos cirios apagados, llevando túnicas de diferentes colores con sus colas arrastrando. Siguen luego los diáconos, con las insignias de su órden, luego los sacerdotes, y despues los obispos y arzobispos revestidos todos con magníficas capas de diferentes telas bordadas de oro y cerradas por delante, segun el uso antiguo de las iglesias de oriente. El clero griego, como el mas noble y numeroso, vá el primero. Síguenle, el clero armenio, en el propio órden, y despues de él, van el siriaco, el copto, el georgiano, y el abisinio, cerrando y presidiendo la procesion el patriarca de los griegos. Este lleva una larga túnica, sembrada de flores de oro, y encima de ella, una riquísima capa, sostenida por dos obispos, que van á sus costados. Lleva tiara en la cabeza, aunque un poco mas baja que la de nuestros soberanos pontífices. Con la mano izquierda coje el báculo pastoral, y con la derecha bendice contínuamente al pueblo con una cruz pequeña que tiene en su mano. Muchos obis-

pos y diáconos le inciensan sin cesar. Despues de haber recorrido la procesion, en este órden, la vuelta á toda la iglesia por tres veces, los asistentes cantan en alta voz, repitiendo solamente estas palabras: *Eleison*, *Eleison*, y luego el patriarca de los griegos y un arzobispo armenio, comisionado por su patriarca, entran los dos solos dentro del Santo sepulcro y cierran la puerta detrás de ellos. Varios genízaros están pagados para guardar esta puerta y evitar su acceso al infinito pueblo, que se aprieta é interpone, con cuanta fuerza puede, para ver desde mas cerca el fuego que debe aparecer. Los diáconos y los sacerdotes, detenidos en la puerta del Santo sepulcro escitan á los concurrentes á gritar y á cantar muy alto. Las voces y el bullicio se redoblan, y en tanto el patriarca y el arzobispo, que están dentro, sin que nadie les observe, se aprovechan del tumulto y clamoreo, para sacar de un pedernal, sin que nadie pueba oir los golpes, el supuesto fuego del cielo, con el que encienden inmediatamente las lámparas del Santo sepulcro. Entonces se abre la puerta y aparecen el patriarca y el arzobispo, llevando en sus manos paquetes de cerillas encendidas. El patriarca sube sobre una especie de trono cerca del sepulcro, los diáconos le sostienen los brazos, y todos se apresuran á participar del milagroso fuego. En un momento quedan encendidas infinidad de velas y cirios de todos tamaños, en medio del estruendo y aclamaciones de la multitud, que resuenan por todas partes. Todos reverencian y adoran este fuego, que creen bajado del cielo, y á este primer falso milagro, quieren aun añadir otro parecido. «Este fuego, dicen, alumbra pero no quema.» Sin embargo de esto, tienen buen cuidado de alejarle de sus barbas, y á pesar de la precaucion, algunas veces se las vé arder.

«Hé aquí la historia de ese famoso fuego del cielo, que los cismáticos quieren que lo creamos como un articulo de fé, y del cual, los turcos se burlan los primeros, sin que á pesar de eso, y de tantas pruebas de una impostura tan grosera y palpable, se abran los ojos de ese ciego y fanático pueblo, víctima de su lastimosa, aunque culpable ignorancia.»

Hay en esto una circunstancia muy digna de notarse y es, que cuando el gobernador de Jerusalen se halla presente á esta farsa, la maravillosa operacion no comienza hasta que él ha dado la señal. ¡Hecha esta, el cielo obedece, y Dios, para enviar el fuego pascual á sus protegidos, se digna esperar á que un musulman, le dé permiso para ello!

En justificacion de los católicos, debemos decir, que no toman parte alguna en semejantes desórdenes. Los que de esta comunion van á Jerusalen, tienen buen cuidado de hacerse con un certificado de catolicidad, á fin de que, como tales, los reconozcan los religiosos latinos. Estos les administran los sacramentos, y en todo se comportan con la mayor edificacion.

La gravedad y el digno respeto con que los franciscanos celebran los divinos oficios, son muy conducentes para escitar en ellos estos sentimientos. Como muestra únicamente, nos limitaremos á describir las ceremonias de la Semana santa, en la que se cumplieron en Jerusalen los últimos y mas dolorosos misterios de la misericordia del Señor.

El domingo de Ramos los franciscanos, los peregrinos de todas naciones, y aun muchos mahometanos, llenan toda la iglesia del Santo sepulcro. Infinidad de palmas traidas la víspera de Gaza, segun la costumbre, se amontonan junto á un altar provisional, que se coloca cerca de la puerta del sepulcro. El padre guardian, bendice y distribuye las palmas; la procesion dá tres vueltas alrededor del mismo sepulcro, y á ella sigue la misa, en la que se canta la Pasion sobre la tumba del Hombre-Dios. La escasez de fondos que hoy reciben de Europa, no permite hoy á los franciscanos comprar el permiso, como otras veces, de representar de una manera mas sensible la marcha triunfal de Jesucristo. Antiguamente, despues de haber hecho la procesion alrededor

del sepulero, y de haber subido al Calvario, donde se cantaba la Pasion, y se terminaba el oficio en el santo lugar de la Crucificacion, todos tomaban una corta colacion en el monasterio de San Salvador. En seguida, se dirigian á Bethfage, sobre la vertiente oriental del monte Olivete, desde donde se venia á Jerusalen, reproduciendo, con una piadosa imitacion, el solemne triunfo de Jesucristo y su entrada en la ciudad santa, cuando fué recibido y aclamado por el pueblo con las voces de «¡Hossana al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» Cuando se llegaba al sitio mismo en que Jesus mandó á dos de sus discípulos á buscar su humilde cabalgadura, todos se paraban, y el diácono cantaba el evangelio: «Como Jesus se aproximase á Jerusalen, etc.,» y al llegar á estas palabras: «Él envió á dos de sus discípulos, etc.,» el P. guardian, revestido con la estola y representando la persona del Hombre-Dios, llamaba á dos de sus religiosos, y arrodillados estos ante él, les dirigia estas palabras del mismo evangelio: Id á esa aldea que está delante de vosotros, y al llegar á ella, hallareis una asna atada y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos, y si alguno os dijese alguna cosa, responded, que el Señor los há de menester, y luego los dejarán.» Mientras los franciscanos iban al lugar, de donde la asna fué traida á Jesucristo, se esplicaba el misterio del dia á la multitud, en un sermon que enternecia, aun á los mismos enemigos de la fé, y en seguida de este, cuando los religiosos estaban de vuelta con la asna, que habian pedido prestada, aparejaban la dócil cabalgadura con sus hábitos, y subia en ella el P. guardian, y entonaba con voz dulce estas palabras del misal romano: «Los hijos de los hebreos, etc., gloria, alabanza y honor, etc.» Los peregrinos contestaban en alta voz, cada uno en su idioma, «¡Hosanna, Hosanna, al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!» y arrojaban por el camino sus mantos y turbantes, ó flores, palmas, y ramos cogidos en los campos vecinos, teniendo á gala de que sus vestidos se rompiesen ó estropeasen bajo los piés de la asna, que apenas podia andar, obstruido el paso por la multitud inmensa. La marcha triunfal se detenia en el punto en que Jesus, al apercibir á Jerusalen, desde una altura, lloró sobre ella, y entonces el diácono cantaba el evangelio que refiere este hecho, y al llegar á estas palabras del Señor: «Jerusalen, Jerusalen, cuántas veces he querido reunir tus hijos, etc.,» todos prorumpian en lágrimas y gemidos, á la vista de la desolacion, causada por el endurecimiento de los judíos. La procesion seguia su camino, y entraba en la ciudad por la puerta de Monte-Sion, pues los musulmanes, por un secreto juicio de Dios, han tapiado la puerta Dorada, por la que Jesucristo entró. Cuando se aproximaban al monasterio de San Salvador, salian al encuentro los franciscanos que allí estaban, revestidos con sus ornamentos sacerdotales, su cruz al frente, y con cirios encendidos y palmas en sus manos, y en esta forma, recibian con todo respeto al P. guardian, cantando el *Te-Deum*, y ya dentro de la iglesia, el rezo de la colecta del dia, y la bendicion, terminaban la solemnidad.

El lunes santo, los peregrinos, escoltados por un destacamento de tropa mahometana, bien pagada, para que les proteja contra los ataques de los árabes, se dirijen á las orillas del Jordan. El martes, por la mañana, temprano, los soldados de la escolta forman un semicírculo, para contener la gente, y en medio de él, se erige un altar portátil por los franciscanos, en el lugar mismo en que se cree que Jesucristo fué bautizado por S. Juan. El P. guardian celebra allí la misa y dá la comunion á los que la piden. En tanto, la mayoría de los cristianos orientales, se mete en el rio, hasta medio cuerpo, bebe con avidez el agua del Jordan, y se lleva despues una parte en vasijas que traen al efecto, para conservar en sus casas una agua santificada por el contacto del cuerpo inmaculado del Hijo de Dios. Muchos de estos orientales, aplazan su bautismo hasta esta época, en la falsa creen-

cia de que, administrado el sacramento en el Jordan, les será mas provechoso, que en otra parte. Despues de la misa, los peregrinos entran en Jericó, donde se les inscribe, y donde completan el pago del tributo. Durante este tiempo, los PP. franciscanos suben con trabajo hasta la cumbre del monte de la Cuarentena, cuyo acceso es muy difícil, penetran en la gruta en que Jesucristo, por espacio de cuarenta dias, sufrió el hambre y la sed, junto con las tentaciones del demonio, en espiacion de nuestros pecados. Allí se ofrece la hostia santa sobre la misma piedra que sirvió al Salvador de lecho, y despues, trayendo consigo por devocion, algunos pedazos de la roca, bajan por la montaña, donde aguardan los peregrinos, y todos juntos, con la escolta, se vuelven á Jerusalen. Esta peregrinacion al Jordan ocupa el lunes y el martes santo, y la mayor parte de sus dos noches.

El miércoles santo, á las tres de la mañana, los franciscanos se trasladan al valle de Josafat, y huerto de Gethsemaní, para detestar allí la traicion de Judas, y meditar sobre la oracion del Salvador y su sudor de sangre, en la misma gruta en que esto sucedió. Antes se entraba en esta á pié llano, hoy hay que bajar unos siete ú ocho escalones toscamente labrados. (Pl. XXXIV, n.º 2.) En su fondo, y por cima de su altar, se leen estas palabras: *Hic factus est sudor ejus, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* «Aquí fué cubierto de un sudor de sangre, que cayó en gotas hasta la tierra.» Antiguamente los franciscanos ofrecian el santo sacrificio, los unos, en esta gruta de la Agonía, y otros, en una iglesia inmediata, que encierra el sepulcro de Ntra. Sra. Situada frente á frente del huerto de Gethsemaní, y al lado de la gruta de la Agonía, es en sí misma una cripta inmensa, tanto mas notable, cuanto que está labrada en peña viva. Se baja á ella por cincuenta escalones de mármol, largos de quince piés. A la mitad de la escalera, sobre la izquierda, está la tumba de S. José, y las de S. Joaquin y Sta. Ana á la derecha. El sepulcro de Maria está en el fondo, en una pequeña capilla, alumbrada por lámparas de oro y plata, y el altar en que se dice la misa, tiene sobrepuesta una pequeña cúpula. Los latinos poseian antes esta iglesia, que ahora es esclusiva propiedad de los griegos y armenios, y así los franciscanos ya no van allí el miércoles santo.

En este gran dia, se celebra una misa solemne en la gruta de la Agonía, donde el Hombre-Dios, tuvo su alma triste hasta la muerte. Se canta allí la Pasion y se derraman abundantes lágrimas al oir las palabras que Jesucristo pronunció en este lugar. Cuando se llega á estas: «Se cubrió de un sudor de sangre, que corrió hasta la tierra,» todos se prosternan, veneran y besan aquella misma tierra, impregnada del sudor divino; la humedecen con sus lágrimas, y mezclan allí su propia sangre; puesto que terminado el oficio, muchos se castigan con una rigurosa disciplina, mientras que otros recitan salmos, y otras oraciones. De vuelta á Jerusalen, los franciscanos se encierran en la iglesia del Santo sepulcro y cantan el oficio de tinieblas con el mayor recogimiento y solemnidad. Antes se cantaba este oficio en el lugar de la Crucificacion, y para celebrarlo hoy dia, se forma un coro con bancos delante del Santo sepulcro.

El jueves santo, aniversario de la institucion de la santa Eucaristía, de la del sacerdocio, y de la del lavatorio de los piés, es designado en Palestina, mas particularmente, con el nombre de *Dia de los misterios*. El oficio se hace con una dignidad, una pompa, una magnificencia y una piedad, que conmueve el alma de los concurrentes, hasta el mayor grado, dice el P. Neret. Los altares están llenos de regalos de todos los príncipes cristianos, y *ex-votos* de los fieles, obras todas de rara belleza y de riqueza inmensa. Despues de la misa solemne, seis religiosos, con capas brillantes de oro y plata, vienen con un magnífico palio para recibir, bajo de él, al R. P. guardian, que con grande pompa lleva el santísimo sacramento al sepulcro, sigue la procesion dando tres veces la vuelta al monu-

mento, y el cuerpo de Jesucristo, que José y Nicodemus depositaron inánime en la tumba, entra ahora vivo en ella misma. Un tabernáculo portátil de plata, colocado sobre el mármol del sepulcro, recibe y guarda la hostia santa. Despues de una corta refaccion, el P. guardian, arrodillado, lava los piés de sus hermanos y los de los peregrinos latinos, los enjuga humildemente, hace sobre ellos la señal de la cruz y los besa con la mayor caridad y grande admiracion de los orientales, que presencian la ceremonia. Durante el resto del dia y de la noche, los franciscanos, turnando de dos en dos van sucesivamente á pasar una hora de adoracion y vela en la santa tumba, cuyo acceso está prohibido á los frailes legos, y aun á los peregrinos que no son religiosos.

El viernes santo se hace el oficio, de la manera mas tierna, en el Calvario, donde el autor de la vida quiso sufrir el poderío de la muerte. En este dia, toda la comunidad franciscana, con el P. guardian á la cabeza, despues de terminado el oficio de la mañana, come en el refectorio de rodillas, y no se sirve mas que pan, agua y algunas hojas de ensalada. A la caida de la tarde, tiene lugar una procesion, en la que todos los religiosos y sacerdotes, con sobrepelliz, y los concurrentes con un cirio en la mano, y los piés descalzos, van recorriendo los santos lugares, para hacer en ellos las estaciones. En cada una de ellas, uno de los religiosos lee una meditacion referente al misterio de la Pasion, que en cada sitio se recuerda; pero á fin de grabar mas profundamente en los corazones los sentimientos de compuncion, reconocimiento y amor, los PP. franciscanos hacen una ceremonia en todo conforme al génio de los orientales, que se impresionan mejor por las cosas esteriores, ceremonia de la que no se hallan ejemplos, mas que en las misiones de Africa, que probablemente la habrán tomado de lo que se practica en Palestina. Por medio de una figura en relieve de estátua natural, cuya cabeza y miembros son flexibles, y se prestan á los diferentes movimientos que quieren dársele, representan la Crucifixion, el descendimiento de la cruz, y la sepultura de Jesucristo. «Los padres de Tierra santa, dice el P. Degeramb, reunidos en la capilla de la Virgen, salieron á las seis, yendo á la cabeza, el que llevaba el gran crucifijo, escoltado por dos jóvenes árabes del monasterio. Los religiosos y fieles marchaban lentamente en dos hileras, con una hacha en la mano, rezando en tono penetrante y sentido, ya el *Miserere*, ya el *Stabat Mater*. La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division de vestidos*, y en seguida, en el del *Improperio*, para dar lugar á algunas palabras sencillas, pero llenas de uncion, que un padre español dijo en cada uno de estos sitios, relativas á las dolorosas escenas de la Pasion, que ellos recuerdan. En seguida, continuó su marcha sin interrupcion hasta la cima del Gólgotha. Allí, el religioso que llevaba el crucifijo, le depositó respetuosamente al pié del altar, y el padre español, prosiguió su discurso en presencia de la multitud enternecida y bañada en lágrimas, refiriendo los lamentables sufrimientos é ignominias del Salvador, hasta el momento en que fué crucificado. En este instante, cesó su discurso, y despues de poner la imágen de Jesus sobre la cruz, y sujetarla con los clavos que se llevan al intento, se eleva el crucifijo en el sitio y agujero mismo en que fué fijada la verdadera cruz sobre la que se consumó la salvacion del género humano. El padre, entonces, con una voz interrumpida y sofocada por los gemidos, recordó las últimas palabras y postreros momentos de la augusta víctima, inmolada en este mismo lugar para espiar nuestros pecados, y reconciliarnos con su Padre. Pero cada vez era mas difícil poderle entender. La multitud violentamente escitada por lo que habia precedido, ya no atendia mas que á lo que veia, y las palabras apenas alcanzaban á ella, en medio de los gritos, sollozos y lágrimas.

«Despues de un cuarto de hora concedido al dolor, para darle tiempo de aliviarse, uno de los padres, con tenazas y martillo, subió

por una escalera á lo mas alto de la cruz, quitó la corona de espinas de la sagrada cabeza, y mientras que dos frailes sostenian el cuerpo, con bandas blancas pasadas por los brazos, arrancó los clavos de manos y piés, y pronto la efigie del crucifijo fué bajada, casi del mismo modo que lo habia sido Jesucristo. El celebrante primero, y en seguida toda la comunidad, se adelantan en silencio, se prosternan y besan con respeto la corona y los clavos, los cuales son inmediatamente presentados á la veneracion de la multitud. Muy luego la procesion sigue su marcha, guardando el mismo órden anterior. Un religioso trae en una bandeja de plata, la corona y clavos, otros cuatro toman la efigie, y la llevan, como á un difunto, á quien se vá á enterrar. Se detienen en la piedra de la Uncion, para imitar sobre ella la piadosa accion de José de Arimathea, de Nicodemus, y de las santas mugeres. Preparado todo con anticipacion, la piedra, cubierta con una tela blanca muy fina, con los vasos de perfumes en los cuatro estremos, se coloca sobre ella el cuerpo envuelto en un sudario, descansando la cabeza en una almohada. El preste le rocía con esencias, hace quemar inciensos, y despues de estar en oracion algunos instantes en silencio, manifiesta luego al pueblo en pocas, pero sentidas palabras el motivo de esta estacion. Desde allí se prosigue el camino hácia la iglesia; la santa efigie se deja sobre el mármol del Santo sepulcro, y concluye la ceremonia con un discurso.» Los religiosos se van sucediendo dos á dos toda la noche, para velar la sagrada tumba, y á la madrugada, todos los religiosos se mortifican con una dura flagelacion.

El sábado santo, el P. guardian y sus religiosos, celebran los divinos misterios con toda la solemnidad que requieren este lugar venerable, y la solemnidad del acto, que contrasta por su piedad, por su modestia, y por su gravedad, con el empleo que dan á ese mismo dia los cismáticos griegos, esplotando, como arriba dejamos dicho, la credulidad de sus correligionarios.

Todo es augusto en el oficio del santo dia de Pascua. La iglesia del Santo sepulcro, dice el P. Neret, jesuita, se vé colgada con los mas ricos tapices de Persia, y alumbrada por multitud de luces. El altar brilla con la inmensa cantidad de alhajas de plata que le adornan. Hay entre otras, una gran cruz, regalo de los reyes de Francia, y de un trabajo esquisito. Los reyes de España tambien han regalado á esta iglesia muchas lámparas riquísimas dignas de esta monarquía (1). Los ornamentos que sirven para los oficios de ese dia son de tisúes de oro y plata. Imaginaos, pues, un templo de un grandor inmenso, iluminado en todas sus partes con un gusto y magnificencia estraordinarios; diez á doce mil peregrinos, vestidos con sus mejores trajes, con hachas encendidas en sus manos; las mugeres y los niños, ocupando los vastos espacios de las galerías, igualmente con sus cirios, y todos á un tiempo, haciendo retumbar por aquellas sagradas bóvedas el glorioso grito de *Alleluya*, mientras que los celebrantes cubiertos de oro y pedrería, precedidos de turiferarios, que embalsaman el paso con

(1) Entre los muchos títulos que comprueban la munificencia de que dieron brillantes testimonios en otros tiempos, los soberanos y príncipes de Europa á los establacimientos religiosos de Tierra santa, merecen citarse como notables unas cartas patentes de Enrique VIII, fechadas en 1516, quince años antes de que, de defensor del catolicismo, se transformase en su mas furioso perseguidor. En ellas, les señala una pension de mil escudos de oro, y hace de los PP. franciscanos los mayores elogios. El original de este documento curioso consta en los archivos del convento de S. Isidro de Roma. El P. Wadingo le copió en sus anales con el número 52, donde puede verle el lector.

Dejando á un lado la generosidad de los príncipes cristianos de otras naciones, nos concretaremos á la de España, que es la mas notable. Isabel I, además de las joyas de que se desprendió ella misma para que adornasen el Santo sepulcro, asignó á los religiosos una pension de mil escudos de oro. Cárlos V, hizo reparar á sus espensas la iglesia que amenazaba ruina. Felipe II, regaló un ornamento muy rico para el viernes santo con muchas perlas finas. Felipe III y la reina Margarita, asignaron á los PP. una renta anual de 300 ducados, y además regalaron multitud de alhajas de plata y oro, multiplicando sus larguezas hasta tal punto, que en el monasterio era proverbial el decir; S. M. Católica ha tomado á Jerusalen por su Escorial, y la reina Margarita es la sacristana del Santo sepulcro. Pero Felipe IV se escedió á todos sus predecesores. En 1628. hizo un donativo de 300 ducados para reparaciones, y de 1616 á 1652, las limosnas que de él recibieron los PP. latinos fueron tan abundantes, que se decia de él, que depositaba sus tesoros en el sepulcro de Nuestro Señor. (N. del Trad.)

el incienso, y seguidos de un gran número de sacerdotes, con capas blancas ricamente bordadas, dan la vuelta al Santo sepulcro, con el órden y puesto asignado á cada nacion, cantando himnos y cánticos en honor del que ha triunfado de la muerte, con su resurreccion. « Imaginaos, digo, semejante espectáculo, dice el P. Degeramb, y calculad, si podeis, la impresion que debió producir en mi alma, y en la de cualquiera que hubiera sido testigo de ello. De mí, puedo decir, que borró hasta el recuerdo de las escenas dolorosas que poco antes me habian entristecido. *¡Alleluya! ¡Alleluya!* gritaba en los trasportes de una alegría, cuyos fervores me era imposible moderar. *¡Alleluya! ¡Alleluya!* repetia, y bendecia al Dios de las misericordias, por haber dirigido mis pasos á Jerusalen, y concedido la gracia de unir mis gritos de júbilo, á los de los piadosos cristianos que tenian la dicha de celebrar la victoria de su divino Hijo, en el mismo sitio en que este Hijo habia triunfado. » En este dia, el guardian de Monte-Sion celebra de pontifical el santo sacrificio, y ofrece al Padre Eterno, el Hombre-Dios, vencedor de la muerte, á la puerta misma del Santo sepulcro, donde se erige un magnífico altar, pomposamente cargado de cuanto puede realzar el brillo de la solemnidad. En seguida, y por sí mismo, dá la comunion á numerosos fieles y peregrinos, los cuales, de dos en dos, y con entero recogimiento, se acercan á la santa mesa, terminando el oficio con una bendicion solemne.

Hemos dicho que Sta. Elena mandó edificar una iglesia, en el lugar en que Jesucristo resucitado, dejando la tierra, con magestad admirable, se elevó lentamente hacia las moradas eternas, perdiéndole de vista una nube resplandeciente. Segun atestigua S. Gerónimo, nunca se pudo cerrar la bóveda en el sitio en que el Salvador subió triunfante á los cielos. Sobre el terreno que ocupaba este templo, se alzó luego una mezquita de forma octógona, y en su centro, en una especie de capilla, se vé la huella que dejó impresa en la roca el pié del Hombre-Dios, en el momento de abandonar la tierra. Antiguamente, la huella del otro pié se veia tambien; pero se asegura que los mahometanos la han quitado para colocarla en su mezquita del templo (1). Sea de esto lo que quiera, el dia de la Ascension, los PP. franciscanos, despues de haber purificado la mezquita del monte Olivete, celebran allí con toda solemnidad los santos misterios. Cuando el diácono llega al pasage del evangelio, en que Jesucristo anuncia su ascension á su Madre, á sus apóstoles y demás discípulos, el P. guardian, que representa al Salvador, se aproxima á la planta sagrada, y coloca allí el cirio pascual, que la Iglesia conserva hasta aquel dia, en memoria de la resurreccion, y mientras que canta por tres veces con voz grave estas palabras del evangelio: « Yo me voy con mi Padre y vuestro Padre, con mi Dios y vuestro Dios, » palabras que el coro de los religiosos repite otras tantas, el simbólico cirio, por medio de un mecanismo, se vá elevando poco á poco, hasta que desaparece por la abertura superior de la capilla. El diácono acaba entonces el evangelio; el oficio termina, y todos regresan con el mayor órden y silencio á Jerusalen, los franciscanos representando á los apóstoles, y los peregrinos á los discípulos.

A estos detalles sobre las principales solemnidades, nos resta aun añadir algunos otros, sobre la manera de conferir la órden militar del Santo sepulcro, muy antigua en la cristiandad, y antes muy estendida en Europa. El P. guardian de Monte-Sion, tiene únicamente el derecho de conferirla. « El honor de ser caballero de Jerusalen, dice el P. Neret, jesuita, no se concede sino á las per-

(1) La existencia de la huella del otro pié de Jesus, que los moros han arrancado y trasladado á la mezquita de Omar, está confirmada por el dicho del príncipe Radzivil, en su viage á la Tierra santa, que dice, que la vió él mismo, colocada á distancia de cuatro codos de la puerta. El texto latino dice así: *Aliud pedis alterius vestigium, divisa petra, turcæ ad templum Salomonis transtulisse dicuntur. Nobis in portis hujus Moscheæ stantibus fuit ostensum sacrum hoc signum idemque quod ab ipsa porta quatuor circiter cubitis est remotum.* (N. del Trad.)

sonas distinguidas por su nobleza, ó por especiales servicios que hayan prestado á los santos lugares, ó bien por las considerables limosnas que hayan hecho al Santo sepulcro.» El P. guardian de Jerusalen, en su discurso al postulante, eleva á esta órden sobre todas las demás, esceptuando solo la del *Toison de oro*, cuya preferencia confiesa. Instruye luego al caballero en sus nuevas obligaciones, y le recomienda particularmente el buen ejemplo, y el celo por la defensa y conservacion de los santos lugares, y la ceremonia se termina con una procesion solemne alrededor del Santo sepulcro. Mr. de Chateaubriand, que fué honrado con esta particular distincion, nos refiere cómo fué admitido caballero. «Salimos, dice, á la una, del convento, y entramos en la iglesia del Santo sepulcro, y ya en ella, pasamos á la capilla especial de los PP. latinos; se cerraron cuidadosamente las puertas, á fin de que los turcos no apercibiesen cosa de armas, pues esto pudiera costar la vida á los religiosos. El guardian se revistió de sus ornamentos pontificales, se encendieron las lámparas y los cirios, y todos los religiosos presentes formaron círculo á mi alrededor, con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras que en voz baja cantaban el *Veni creator*, el guardian subió al altar, y me puse de rodillas á sus piés. Se sacaron de la sacristía del Santo sepulcro, las espuelas y la espada de Godofredo de Bouillon, y dos religiosos que estaban á mi lado, tenian en sus manos los trofeos venerables. El oficiante rezó las preces del ritual, y me hizo las preguntas de costumbre. En seguida me calzó las espuelas, y por tres veces, con la espada me dió el espaldarazo, con lo que quedé hecho caballero. En seguida, los religiosos entonaron el *Te-Deum*, mientras que el guardian pronunciaba una oracion sobre mi cabeza. Todo esto no es mas que la antigua memoria de costumbres que ya no existen; pero cuando recuerdo, que entonces me encontraba en Jerusalen, en la iglesia del Calvario, á doce pasos de la tumba de Jesucristo, y á treinta de la de Godofredo de Bouillon; que acababan de calzarme la espuela del libertador del Santo sepulcro; y que tocaba con mis propias manos esta ancha y larga espada de hierro, que habia tenido en las suyas un príncipe tan generoso y tan leal; y añadiendo á esto las circunstancias de mi vida aventurera, y de mis viages por mar y tierra, creerá cualquiera sin trabajo, que debí necesariamente conmoverme en aquel momento. Por lo demás, esta ceremonia para mí no era un vano simulacro; yo era francés; Godofredo de Bouillon era compatriota mio, y sus antiguas armas, al tocar á mis espaldas, me comunicaron un nuevo amor por la gloria, y por el honor de mi patria. Estaba muy lejos de ser un caballero *sin tacha*, pero á todo francés puede decírsele *sin miedo*. (1)»

Independientemente de la iglesia del Santo sepulcro, hay algunas otras diseminadas en Jerusalen. Los PP. latinos de Tierra santa, que poseian antes la casa de Caifás, convertida en una bella iglesia, servida al presente por los armenios cismáticos, han conservado el derecho de celebrar en ella la misa una vez al año. Esta iglesia está incluida entre cuatro muros gruesos y elevados, que la dan el aspecto de una prision, mas que de un templo. Se entra en ella por una puerta de hierro, que dá á un pequeño patio, y un naranjo que en él se vé plantado, y al que llaman *árbol de manzanas de oro*, señala el sitio en que estaba S. Pedro calentándose al fuego con los

(1) El tocarse aquí incidentalmente la órden del Santo sepulcro, nos obliga á hacer mencion de todas las demás órdenes religiosas y militares, que con el mismo objeto de la defensa y guarda de ese sagrado depósito se han creado en la cristiandad. Que hayamos podido averiguar, son doce las que se han fundado y son: la de los Templarios; la Teutónica; la de San Lázaro; la de Santa Catalina del Monte Sinaí; la de Monte-Gaudio; la de San Juan de Ancona ó Aconense; la de Santo Tomás; la de San Gereon; la de San Blas; la de Penitencia de los santos mártires. La órden del Santo sepulcro, y la de San Juan Bautista de Jerusalen, despues de Rodas, y posteriormente de Malta. Estas dos últimas son las únicas que existen, las demás han desaparecido. El lector que quiera instruirse en cada una de ellas, que consulte, á mas de los diccionarios que se han escrito de las órdenes religiosas y militares, la obra de Quaresmio, *Elucidarium Terræ Sanctæ*, lib. 2, cap. 31 y siguientes, donde las hallará todas individualmente esplicadas.

criados del pontífice, cuando negó á su Maestro. Cerca de la puerta por donde se entra á la iglesia, se nota á la derecha una columna, sobre la cual, segun la tradicion, cantó el gallo. Los muros de la iglesia están interiormente revestidos de una especie de estuco. El altar le constituye una gran piedra, la misma, dicen, que cerraba la entrada del Santo sepulcro, y que los príncipes y sacerdotes tuvieron buen cuidado de sellar. Unicamente se ven los cuatro ángulos, lo demás está cubierto de fábrica. En el santuario, y lado de la epístola, bajándose mucho, se entra en un pequeño oratorio, en el que apenas caben cuatro personas, y esta es la prision en que se puso al Salvador, la noche misma en que fué preso. Los religiosos armenios cismáticos, están en posesion de la casa de Anás, convertida en una iglesia con la advocacion de los *Santos Angeles*. Venérase allí sobre todo, el lugar donde resonó la sacrílega bofetada, cuyo eco promovió la insolente risa de los enemigos de Jesus. Aquí tienen los armenios además, un vasto y magnífico convento, del que es dependiente la iglesia, edificada sobre el sitio en que Santiago el Mayor, fué martirizado. Despues de las basílicas del Santo sepulcro y la de Belen, esta es una de las mas hermosas y mejor adornadas de toda la Palestina. A la derecha, interiormente, hay una pequeña capilla, con un altar, bajo el cual, un mármol encarnado indica el sitio en que le fué cortada la cabeza al santo Apóstol. Los sirios jacobitas poseen una pequeña iglesia, construida sobre el terreno que ocupó la casa de Maria, madre de Juan Marcos. A esta casa fué donde se retiró S. Pedro, cuando los ángeles le sacaron de la cárcel en la que Herodes Agrippa le hizo encerrar. Esta cárcel estaba cerca del Calvario, de la cual quedan restos de fuertes y gruesas murallas, y se enseñan aun algunas argollas de hierro pendientes de aquellas; pero la *puerta férrea* no existe, y tan solo se indica su sitio (1). Muy cerca de la prision de S. Pedro, los griegos tienen la iglesia de San Juan Evangelista, llamada vulgarmente *Casa del Zebedeo*, padre del discípulo predilecto y de Santiago el Mayor. Está edificada en forma de cruz, y presenta un buen aspecto. Sobre el lugar donde habitó Sto. Tomás, se ha construido otro pequeño templo dedicado al santo.

Si los musulmanes toleran á los religiosos el vivir en medio de ellos, y si permiten la conservacion de los santos lugares, no es solamente por lo caro que han comprado los cristianos el derecho de celebrar los santos misterios en Jerusalen, sino porque la tolerancia de los mahometanos, les rinde constantemente considerables provechos, que halagan su codicioso instinto. Ocupándose solo de los religiosos latinos, un documento inédito que tenemos á la vista, y citado ya otras veces, se espresa así: « El rey Roberto, gran favorecedor, y puede decirse primer instalador de la órden de S. Francisco, en estos santos lugares, dejó en su tiempo para su sostenimiento una renta perpétua, garantida por su patrimonio real, que bastaba en aquella época para la conservacion de las iglesias, y manutencion de los religiosos, por lo poco que habia que pagar de contribucion á los soldanes de Egipto, soberanos á aquella sazon de la Palestina; pero habiéndoles sucedido los otomanos, estos aumentaron los tributos anteriores, y crearon otros estraordinarios de una manera desmesurada. » Además de la contribucion anual que paga el monasterio de los franciscanos, « es preciso, dice Degeramb, sufrir y satisfacer las particulares exigencias de los pachás, gobernadores y otros empleados, y comprar por sumas arbitrarias, una tranquilidad pasagera y de corta duracion. No se pasa mes, sin que dejen de oirse voces de muerte, alrededor de la casa santa; hoy es la peste que á nadie perdona; mañana, una sublevacion; otro dia guerras

(1) Junto á esta cárcel, segun el padre Naud, jesuita, estuvo el primer hospicio de los caballeros Templarios, que era una parte del palacio que les cedió Balduino II. Existe todavia la enfermeria y otras piezas, pero completamente abandonadas. (N. del Trad.)

entre los pachás, y luego las indispensables estorsiones de los vencedores; luego las vejaciones, las piraterías de los árabes, etc. En una palabra, el religioso de S. Francisco que está allí, es un varon de dolor, que no puede esperar sobre la tierra otra felicidad que la de llevar con valor y resignacion su cruz, siguiendo con ella á Jesucristo hasta el Calvario.» Con fecha 27 de diciembre de 1805, el P. guardian y los superiores de Tierra santa, escribieron una carta á M. Horacio Sebastiani, embajador á la sazon de Francia en Constantinopla, y entre otras cosas le decian: «Desde el 1762, al pachá de Damasco, que era al mismo tiempo gobernador de Jerusalen, no se le daban mas que 7,000 piastras (1), con otras 7,000 mas por particulares servicios que habia hecho á la Tierra santa, y así ha continuado, hasta que en 1783, Mahomet-Djezar, que le sucedió, nos ha obligado á pagar á la fuerza 25,000 piastras, además de las que habia costumbre de dar anteriormente. Esto se ha solventado por espacio de siete años, sin contar otras socaliñas que contínuamente se inventaban. Todas nuestras quejas á la Puerta, han sido infructuosas, no habiendo querido obedecer el pachá á los firmanes de S. A., y lo peor es, que los demás pachás sus sucesores han seguido su ejemplo, en términos, que en 1797, el pachá Abdala-Eb-Neladian, nos exigió por fuerza 30,000 piastras mas, sin contar las cargas anuales. Nuestras reclamaciones fueron inútiles, y á mas de eso, los turcos del partido contrario al del pachá, se apoderaron de nuestro monasterio, nos llevaron á la cárcel, y espuestos allí á un peligro contínuo de muerte, tuvimos que darles 700 bolsas (2), para acallar la persecucion que los griegos, habian suscitado contra nosotros, y además otras 24,000 piastras al mufti Seiek-Hassan-Elasnad, nuestro enemigo mortal, y para colmo de desgracia, despues de tantas pérdidas, ha venido el pachá Emad-Abumarah, que en el corto tiempo que ha estado en Jerusalen y Jaffa, nos ha sacado tiránicamente 300 bolsas y otras 200 mas por via de préstamo, del que, ni hemos cobrado, ni cobraremos un cuarto, á pesar de todas nuestras instancias.» Sigue así la carta enumerando otra multitud de estorsiones, las mas inícuas y exhorbitantes, que ascienden á muchos miles de piastras en corto tiempo, y continúa: «Dios sabe cómo acabará esto, y nos faltan palabras para describiros nuestros sufrimientos; todos, hasta los santones del Monte-Sion nos exigen dinero, y nos impiden enterrar nuestros muertos, tanto religiosos como seglares católicos, sino les gratificamos largamente, etc.»

Durante la guerra que hubo entre los pachás de Acre y de Damasco, en 1826, habiendo sitiado el primero á Jerusalen, los pobres franciscanos, durante el asedio, no solo tuvieron que mantener á todos los católicos, que se habian refugiado en el monasterio, para sustraerse á las violencias de los turcos, sino que se les obligó á pagar sumas tan enormes, que les fué preciso empeñar hasta los vasos sagrados; pero ni esto, ni otros mayores sufrimientos, que seria largo enumerar, consumen la inalterable y constante paciencia de los hijos de S. Francisco. «Nada, dice, Mr. de Chateaubriand, les puede hacer abandonar la tumba de Cristo, ni las exacciones, ni los malos tratamientos, ni las amenazas de muerte. Sus cánticos, dia y noche, resuenan bajo aquellas bóvedas sagradas. Despojados de todo por la mañana por un gobernador turco, se les encontrará por la noche al pié del Calvario, pidiendo á Jesucristo por la salud de los hombres, sin esceptuar á sus mismos perseguidores. Sin fuerzas y sin soldados, protegen pueblos enteros contra las iniquidades. Las mugeres, los niños, los ancianos, acosados por el palo ó por el sable, encuentran asilo y refugio en sus claustros solitarios. ¿Quién

(1) La piastra es una moneda arbitraria, que el bajá fija unas veces en doce cuartos, otras á menos, y otras á mas, segun le place. (N. del Trad.)

(2) En Turquia se llama *bolsa* la cantidad de 500 ducados, así como en España se dice que una talega son 1000 pesos fuertes. (N. del Trad.)

impide entonces al malvado con armas, el perseguir su presa y atropellar tan débiles defensas? La caridad de los monges, que se privan hasta de los últimos recursos de la vida, para rescatar á sus protegidos. Turcos, árabes, griegos, cristianos, cismáticos, todos buscan el amparo de unos pobres religiosos, cuando apenas pueden defenderse ellos mismos.» Aquí, hemos de confesar con Bossuet, que «manos alzadas hácia el cielo, vencen mas batallones que manos armadas con instrumentos de guerra.»

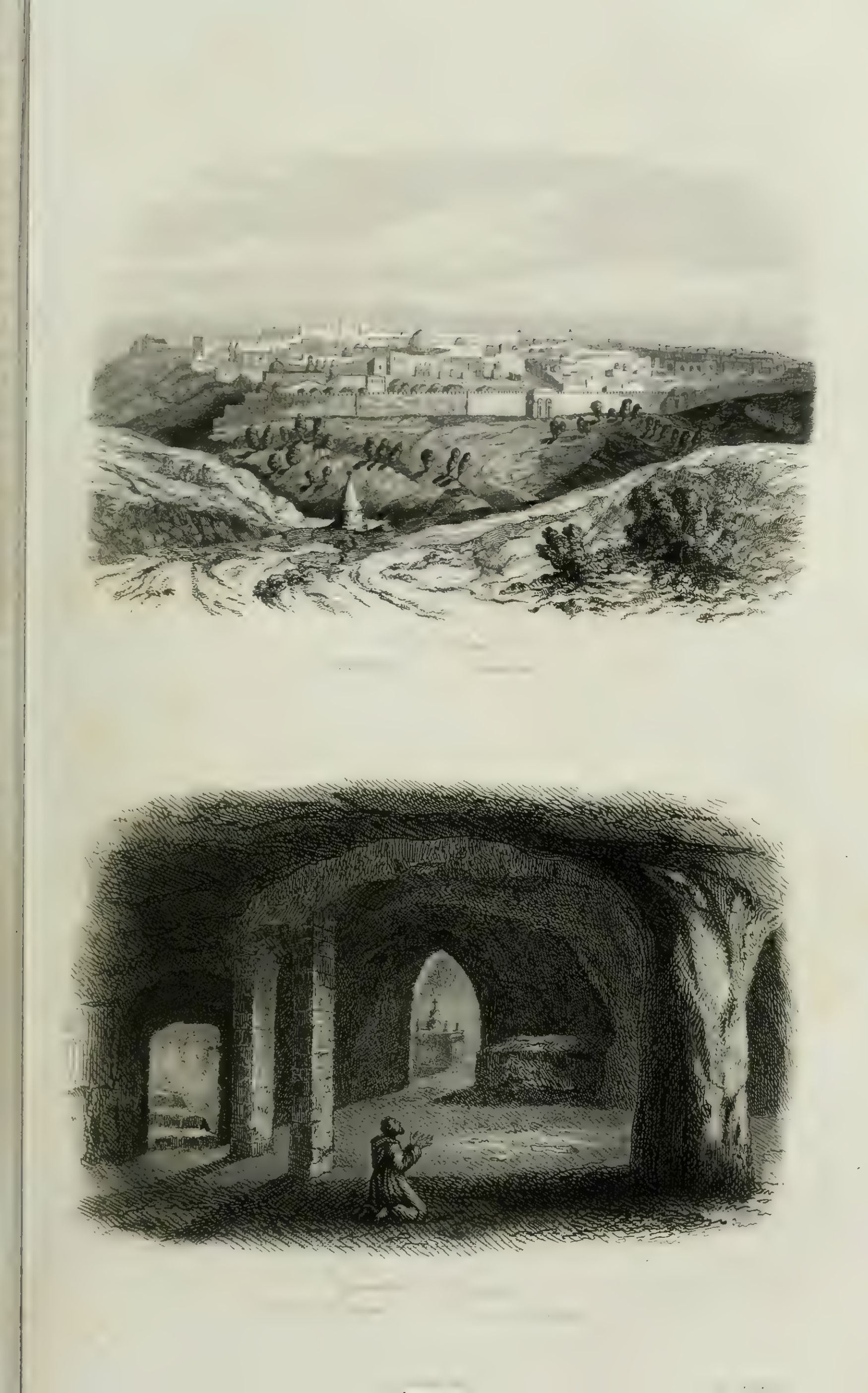
El P. Degeramb, rinde tambien su homenage á la caridad de los franciscanos. «No puedo menos de detenerme, dice, en hablaros de estos fervientes misioneros franciscanos, que vienen por doce años á oriente para entregarse tan de lleno á la salvacion de las almas; y que, lo mismo que en Jerusalen, en el Cairo, en Alejandría, en Chipre, en Belen, en Nazaret, en Jaffa, en Damasco, en Alepo, en Constantinopla, etc., llenan su mision con el mismo celo, con la misma caridad, y con una edificacion dignas de los primeros tiempos de la Iglesia, añadiéndoos, que los PP. de Tierra santa cuidan constantemente de los católicos que están en la indigencia, y principalmente en tiempos de calamidad, en que se hacen superiores á todo elogio, pagando sus alquileres de casa, y las multas y derechos que los turcos, sin consideracion, les exigen; distribuyendo pan á los necesitados, sopa á los hambientos, ropas á los que no las tienen, y médicos y remedios á los enfermos, siendo objeto especial de su paternal solicitud las viudas, y los huérfanos desvalidos. Lo mismo se practica en todos los demás hospicios de Tierra santa, ya sean de Palestina, de Egipto ó de Siria. A mas de esto, los PP. de Jerusalen hospedan y sostienen, durante un mes, á cuantos peregrinos se presentan, á escepcion de los griegos y armenios, etc., que tienen asilo en los monasterios de su respectiva nacion. En todos los puntos donde tienen convento, sostienen á su costa una escuela para enseñar á la juventud árabe la religion, antes de todo, y luego, la lectura, escritura y lengua italiana, y á tan inestimable beneficio, añaden el de mantener á los niños pobres, que reciben sus lecciones.

«Hé aquí el uso que hacen los franciscanos de Tierra santa de las limosnas que reciben, reservándose de ellas, para sí, lo mas estrictamente necesario.» Añade luego algunos detalles sobre lo que se practica por los misioneros en tiempo de peste, y prosigue: «En cada monasterio de Palestina, reside habitualmente el cura del pueblo inmediato. Este, instruido suficientemente en la lengua árabe para ejercer con mas fruto las funciones de su ministerio, en el momento que la peste se declara, se aloja fuera del convento para estar mas á la mano de los que necesiten su auxilio. Él los visita, los consuela, los alienta y les procura todos los alivios corporales que de él dependen y que están á su alcance; él les administra los sacramentos, y además, conocedor de los principales preservativos que la medicina ha descubierto, los emplea para sí, y para los demás. Sin embargo, es muy raro, que á pesar de todas las posibles precauciones, deje de ser víctima de su celo, el que con él, ha salvado antes á tantos otros.»

Observada desde lo alto del monte Olivete la ciudad santa, se aparece al espectador en toda su estension, y nada oculta á la avidez de la vista, que de un golpe quiere descubrir los monumentos todos, que Jerusalen encierra. Desde este sitio, el mas favorable para un panorama, se distinguen: el valle de Josafat y la ciudad, asentada sobre las pendientes de los montes Moria, Sion y Gólgotha. El templo y su vasto pórtico, ocupan el primer término. (Pl. XXXIV, n.° 1.) «Jerusalen, dice el P. Neret, jesuita, no es ya aquella ciudad de David, que encerraba en sus muros el trono y el templo de Salomon, la gloria y la corona de la nacion judía. El Dios de las venganzas, por la ingratitud de un pueblo tan colmado de sus beneficios, ha permitido, que todas las naciones, cada una por su parte, hayan contribuido, como de comun acuerdo, á la deso-









lacion de esta ciudad tan culpable. Pero como su justicia no ejerce jamás sus derechos, sin que su misericordia no ejerza tambien los suyos, ha querido, que una nueva Jerusalen, alzada sobre las ruinas de la primera, conservase los sagrados monumentos de la Pasion y de la muerte de su Hijo, para hacer ver á los hombres de todos los siglos el esceso de su amor para con ellos, y la necesidad en que estaban de que viniese un tan poderoso y benéfico libertador. Estos santos monumentos, que la providencia divina ha tomado bajo su conservador cuidado, son los solos y únicos objetos que merecen ser vistos en Jerusalen. » La ciudad no tiene nada de hermosa, ni está poblada. « Las casas de Jerusalen, segun Mr. de Chateaubriand, son como torreones macizos, cuadrados, muy bajos, sin chimeneas ni ventanas, y terminan en azoteas ó terrados planos, y así, mas que habitaciones para vecinos, parecen cárceles ó sepulcros, y todo apareceria bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, ó alguno que otro ciprés ó nogal, no rompiesen la uniformidad del plan. Al ver estas casas, hechas de piedra, y encerradas en un paisage tambien de piedras, cualquiera duda si lo que vé, son confusos monumentos de un vasto cementerio, puesto en medio de un desierto. Entrad en la ciudad; nada os consolará de la tristeza de su esterior: os perdereis en un laberinto de callejuelas cortas y sin empedrar, que suben y bajan en un terreno desigual, y caminareis siempre, ó entre nubes de polvo, ó sobre guijarros sueltos, donde no podreis afirmar el pié. Toldos, que cubren las calles de una parte á otra, aumentan la oscuridad; bazares abovedados é infectos, acaban de quitar la luz á esta poblacion desolada, y algunas mezquinas tiendas, de entre las pocas que están abiertas, no presentan á la vista mas que la miseria y desaliño. A nadie se vé por las calles; á nadie salir por las puertas. Por todo ruido, se oye por intervalos en la ciudad deicida el galope del caballo del desierto, esto es, el genízaro, que lleva la cabeza del beduino y que vá á cobrar su precio. »

Se cree que Jerusalen podrá contener sobre veinte y cinco mil habitantes; en su recinto podrian caber seis veces mas; gran parte de sus montuosas calles están deshabitadas. Recorriendo estos lugares desiertos, no vé uno mas que malezas y arbustos silvestres, que crecen á su albedrío, sin que nadie los mutile ni los inquiete. La enredadera guarnece las paredes esteriores de los grandes muros, y el áloe crece con toda seguridad en los terrados y en las quebraduras de las rocas. La palmera, olvidada en los jardines, se lanza hasta dominar las mas elevadas cornisas, y su fruto, despreciado por el hombre, sirve de alimento al ave solitaria, ó al insecto que lo encuentra en tierra. El alma se penetra de una tristeza profunda al contemplar tamaña desolacion. El espectáculo de miseria, que el viagero por doquiera advierte, le dice en lenguaje mudo, que está en una tierra de reprobacion, donde se ha cometido un gran crímen, crímen que la cólera celeste persigue despues de mil ochocientos años. Cree ver la mano de Dios, que pesa sobre esta ciudad desgraciada, y la obliga á sufrir la sentencia, que la condena á vivir en una prolongada agonía. Hay momentos en que el viagero se imagina estar asociado á tan funesta suerte, y entonces, le parece que no tiene los precisos elementos de vida el aire que su pulmon aspira. Jerusalen no es mas que una tumba colocada en un desierto, que parece respirar aun la grandeza de Jehovah y los estremecimientos de la muerte.

« En toda la Judea, para servirnos de las espresiones de Mr. de Chateaubriand, se ven fenómenos estraordinarios, que revelan por todas partes, una tierra sembrada de milagros: el sol ardiente, la impetuosa águila, la higuera estéril; toda la poesía, todos los cuadros de la escritura se encierran aquí. Cada nombre es un misterio, cada gruta declara el porvenir, cada altura resuena con los acentos de un profeta. Dios mismo ha hablado en estos lugares; los torrentes, ya secos, las rocas hendidas, las tumbas entreabiertas, atestiguan

el prodigio: el desierto parece que aun está mudo de terror, y se diria, que, desde el instante en que oyó la voz del Eterno, no se ha atrevido a romper el silencio »

La Palestina, sea dicho de paso, no puede ser incrédula. Así se vé, que tres pueblos, los mas enenigos entre sí, y los mas opuestos en costumbres y en creencias, unidos, se confunden alrededor de las rocas del Gólgotha, demostrando todos por ellas una veneracion de que no hay ejemplo en otra parte. Los judíos están apegados á Jerusalen por un instinto, del que no pueden darse cuenta; los musulmanes miran su mezquita de Omar, como un lugar tan sagrado, que, segun ellos, los *infieles* jamás en él pueden penetrar, y los cristianos, arrodillados ante la santa tumba, ven, en el estado actual de Jerusalen, el cumplimiento de todas las profecías y el sello de las eternas verdades, de las que ellos solos son los depositarios. Basta y sobra para matar el escepticismo.

Los PP. latinos de Tierra santa, guardianes del triunfante y Santo sepulcro de Jesucristo, preguntan á esa tumba con S. Pablo: «¡Oh, muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde tu aguijon?» Con esta noble actitud del cristianismo, que tiene á la muerte vencida y encadenada en este monumento, Mr. de Chateaubriand hace el contraste, con la presente abyeccion del judaismo: «Mientras que la nueva Jerusalen, dice, sale así del desierto, brillante de claridad, volved la vista á este otro pequeño pueblo, que aislado, vive con separacion de los demás habitantes de la ciudad. Blanco por do quiera del desprecio, humilla su cabeza sin quejarse; sufre todas las vejaciones sin demandar justicia; se deja apalear, sin emitir una queja; se le pide por un capricho su cabeza, y la entrega á la cimitarra. Si algun miembro de esta sociedad proscrita, exhala su último suspiro, un pariente ó un amigo, irá, durante las tinieblas de la noche, cargado con un cadaver á enterrarle furtivamente en el valle de Josafat, ó á la sombra del pueblo de Salomon. Examinad por dentro las moradas de este pueblo, y en lo general le encontrareis en una asquerosa miseria, ocupado en leer un libro misterioso á sus hijos, para que estos, á su vez, lo hagan con los suyos. Lo mismo que hacia hace cinco mil años, hace este pueblo ahora. Él ha contemplado por diez y siete veces la ruina de Jerusalen, y á pesar de eso, nada es capaz de impedirle que fije sus miradas en el Monte-Sion. Sorprende á la verdad, el ver á los judíos, dispersos sobre la faz de la tierra, sin formar jamás nacion, conforme á la palabra de Dios; pero para que la sorpresa sea mayor, y casi sobrenatural, es preciso encontrarlos en la misma Jerusalen, es preciso ver á estos, naturales y legítimos dueños de la Judea, esclavos y estrangeros en su propio pais; es preciso verlos, esperando aun, despues de tantas opresiones, á un rey que debe librarlos. Aplastados, por decirlo así, por el peso del árbol de la cruz que les condena, y que está implantado sobre sus cabezas; ocultos cerca del templo, del que ya no queda piedra sobre piedra, permanecen sin embargo en su deplorable ceguera. Los persas, los griegos, los romanos, con sus colosales imperios, han desaparecido de la tierra, y un pueblo pequeño, cuyo orígen precedió en mucho al de esos otros grandes pueblos, existe aun, sin mezcla, sentado sobre los escombros de su patria. Si hay algo entre las naciones que tenga el carácter de milagro, creemos que ese milagro se encuentra aquí. Pues acaso, ¡hay algo que sea mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo no cristiano, que este encuentro y roce mútuo de la antigua y de la nueva Jerusalen al pié del Calvario: la primera, afligiéndose al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; y la segunda, consolándose cerca de otra gran tumba que estará siempre cerrada, sin devolver su contenido hasta la consumacion de los siglos!»

CAPÍTULO XVI.

Monasterios de franciscanos de la familia de Tierra santa en Palestina, en Siria y en Egipto

Habiendo ya dado noticia circunstanciada

de los conventos que los padres de Tierra santa poseen en Nazaret, en Belen, en San Juan del Desierto y en Jerusalen, para completar el cuadro de sus establecimientos, debemos añadir los demás, que el guardian de Monte-Sion tiene bajo su jurisdiccion.

Los franciscanos poseian antiguamente un convento en Anathot, patria del profeta Jeremias. El P. Roger, recoleto, dice, que en el mismo sitio en que estuvo la casa del profeta, existia en su tiempo una iglesia de muy buena construccion, con dos órdenes de columnas que sostenian la bóveda. Mucho tiempo despues, ya no se veian mas que las ruinas de este monasterio, habitado antes por la familia de Jerusalen, que abandonó este lugar, porque á fines del siglo XV, los árabes, asaltaron la casa, y degollaron á los franciscanos que allí habia; y despues de haber robado la iglesia y el convento, pusieron fuego á todo, y el templo del Señor ya no sirvió mas que de abrigo á los ganados de Anathot.

El convento de Rama, ciudad que sucedió á la bella Arimathea, hace datar su orígen de la época de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Esta poblacion, situada en el centro de la hermosa y fecunda llanura de Saron, lindante al poniente con el mar, al levante, por las montañas de Judea, y rodeada de mucha vegetacion y arbolado de todas clases, hoy dia, despues que fué antes tan notable y floreciente, no es mas que una aldea, cuyas casas construidas de piedras sobrepuestas y sin reboque, parecen grandes cabañas. El convento que aquí existe de franciscanos, está edificado sobre los restos de la antigua casa de José de Arimathea, y al lado de la de Nicodemus, á quien la iglesia está dedicada (1).

Sobre el solar de la casa de Simon el Zurrador, en la que estuvo alojado S. Pedro, se halla edificado el hospicio que los religiosos de Tierra santa tienen en Jaffa, la antigua Joppe, ciudad á la que se refieren muchos recuerdos del Antiguo y Nuevo Testamento. Con efecto, á su puerto llegaban los barcos cargados de madera, mármoles, y otros efectos, que Hiram, rey de Tyro enviaba luego á Salomon para la construccion del templo de Jerusalen; y el profeta Jonás, declinando la mision que Dios le llamaba á cumplir en Ninive, se embarcó en este mismo puerto para Tarsis, en Cilicia. San Pedro resucitó á Tabitha en Joppe, y aquí mismo le fué anunciada su vocacion á los gentiles por la vision que tuvo de aquel mantel lleno de animales inmundos, y por la voz del cielo, que por tres veces le convidó á este festin, diciéndole: « No llameis, pues, impuro, lo que Dios ha purificado. » Arruinada Joppe por los musulmanes, que se apoderaron de ella, S. Luis la hizo reedificar, pero estando trabajando en eso, los infieles sorprendieron á los obreros, y los mataron á todos. « Al saber esta infausta noticia, dice el P. Naud, jesuita, el santo rey vino desde San Juan de Acre, donde estaba, y al ver aun insepultos los cuerpos de estos pobres cristianos, á pesar de su estado de putrefaccion, mandó enterrarlos con la decencia debida, y para ello, él mismo dió el ejemplo, cargando sobre sus hombros uno de esos cadáveres, para depositarle en la fosa. » ¡Gran ejemplo de caridad y de humilde abnegacion, dado por un rey cristiano sobre la tierra en que el Hijo del Hombre vino á enseñar esas mismas virtudes á los hombres! El hospicio de la familia de Tierra santa en Jaffa, era antes pequeño, oscuro, y mal repartido; la iglesia, mas bien que un templo cristiano, parecia una bodega. Pero los franciscanos, han demolido recientemente todo el antiguo edificio, y construido en su lugar un hermoso y grande convento de piedra, y una iglesia muy decente y capaz, donde los divinos oficios se celebran con bastante magestad. Estas nuevas construcciones se han hecho con materiales traidos de Cesarea, y así, las mismas piedras que sirvieron á Herodes para fundar una ciudad en honor de Augusto, se han aprovecha-

(1) En el monasterio de Rama, hay una cisterna debida á la munificencia de la madre del gran Constantino, á cuyo fondo conducen treinta escalones. Su interior es muy vasto y perfectamente construido. — Degeramb. (N. del Trad.)

do para edificar un templo al Dios cuyo nacimiento causó á aquel príncipe tanto recelo, que quiso á todo trance hacerle perecer, envolviéndole entre inumerables é inocentes víctimas. Este monasterio, aunque de nuevo reedificado, se parece y guarda el mismo órden que todos los de Tierra santa. Su esterior parece una fortaleza del siglo x. No tan grande como los otros monasterios armenio y griego cismáticos que le acompañan en la misma ciudad, disfruta sin embargo de la ventajosa situacion de aquellos, y las alegres vistas de sus terrados dan al mar. Auvergne, arzobispo de Icona, al hacer mencion de la casa de Simon el Zurrador, dice: «Se distingue aun el sitio que ocupaba esta casa, sobre una roca, cerca del mar, precisamente en el interior del convento de Tierra santa. Con el tiempo, se edificó allí una capilla dedicada á S. Pedro, la cual está hoy en mal estado. En la parte superior, donde se cree que tuvo lula famosa vision del santo apóstol, se ha edificado en su memoria una iglesia.» (1).

Mas al norte, sobre el litoral, tienen los franciscanos otro convento en San Juan de Acre, ciudad notable que hemos mencionado muchas veces, y que quedó muy decaida despues de las cruzadas (2).

Poseen tambien los mismos PP. una residencia en Saida, la antigua Sidon, capital de la Fenicia que tomó su nombre de Sidon, el mayor de los hijos de Canaan, y que tan célebre fué en la antigüedad por sus colonias de Tiro y Cartago. Los sidonios se hicieron notar por sus invenciones en las artes; ellos hicieron los primeros el vidrio y las delicadas telas de hilo. Como los mas hábiles carpinteros, fueron empleados en cortar y labrar los cedros destinados á la construccion del templo de Salomon, y del que los judíos reedificaron á su regreso de la cautividad de Babilonia. Sidon es el punto estremo, hácia el norte, como Belen lo es hácia el mediodía, del estrecho espacio en que se reconcentró la palabra divina, que debia resonar luego por todo el universo. «Tiene la gloria esta ciudad, dice Brucen de la Martiniere, de haber visto al Hijo de Dios, y de haberle oido alabar la fé de la Cananea, concediéndola lo que deseaba. En un jardin de la poblacion, á la parte de oriente, se encuentra un notable monumento. Consiste este en una columna de pórfido caida en tierra y abandonada.» Segun una tradicion, Jesucristo descansó sobre una montaña que esta á media legua de la ciudad, y las tres Marias le adoraron en este sitio. Hay en ella además, sobre unos treinta olivos que se remontan á esa época, y que los cristianos han señalado con pequeñas cruces, en muestra de veneracion. Saida se vió honrada con la presencia de S. Pablo, y los cristianos que en ella habia, hicieron un buen acogimiento al santo apóstol, cuando se le hizo pasar por esta ciudad para ser conducido á Roma. Vista Sidon desde el mar, tiene una gran apariencia, pero el interior no corres-

(1) Jaffa, antes Joppe, se tiene por una de las ciudades mas antiguas delmundo. La tradicion cree que Noé entró en ella en el arca. Despues de la retirada de las aguas, el patriarca señaló en parte á Sem, su hijo, todas las tierras dependientes de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, Joppe, segun las tradiciones del pais, es el sepulcro del segundo padre del género humano. (N. del Trad.)

(2) San Juan de Acre es la antigua Ptolemaida. Por las ruinas puede estimarse su antigua hermosura, no menos que sus fortificaciones. En lo antiguo se llamó esta ciudad Acon. San Gerónimo dice, que su antiguo nombre era Eoth. Jamás estuvo bajo la dominacion de los israelitas. En las guerras santas, Acre fué tomada en 1104 por Balduino I, ayudado por los genoveses. En el 1188, el sultan Saladino se la quitó á los cristianos, defendiéndola los caballeros de San Juan como leones, por espacio de dos meses; pero Guy de Lusiñan la recobró de sus enemigos el 1191, despues de un sitio de dos años. Habiendo vencido aquel príncipe mahometano al rey y héchole prisionero, se hizo dueño de Acre en tres dias. Los reyes Ricardo y Felipe echaron de ella nuevamente á los infieles. El 1250, S. Luis, libre de la prision, la fortificó. Fué, en fin, definitivamente tomada por los infieles el 1291 al mando de Seraf, hijo de Melec Messor, sultan de Egipto, que la sitió con ciento sesenta mil hombres. La causa de la pérdida de esta ciudad, principal baluarte del cristianismo en Oriente, fué la division que se introdujo entre mas de quince diferentes naciones que la habitaban, sin querer someterse las unas á las otras, teniendo cada una su cuartel y gefe diferentes. El rey de Chipre, el patriarca de Jerusalen, el príncipe de Antioquía, el conde de Trípoli, los franceses, ingleses, alemanes, venecianos, genoveses, toscanos, armenios, tártaros; los hospitalarios, los templarios, todos tenian allí su parte. Allí reinaban toda especie de pecados, de suerte, que un historiador ha dicho con mucha verdad, que era inevitable la pérdida de Acre, porque Dios la habia de abismar, caso de no haberla entregado á los sarracenos. (N. del Trad.)

ponde á la idea que el golpe de vista del esterior hace concebir al viagero. La iglesia de los PP. de Tierra santa, está situada en uno de esos paradores, que se llaman khans, ó grandes edificios cuadrados que contienen un gran patio interior, y que pueden servir de fortalezas en circunstancias difíciles (1).

A seis leguas de Sidon, al norte, los PP. de Tierra santa tienen otro establecimiento en Beyruht, la antigua Beryto, ciudad colocada en una gran vega á la orilla del mar, y al sud del desagüe del Nahr-el-Sahib. «Los romanos, dice el P. Nachi, jesuita, tenian allí una colonia, y sus habitantes gozaban del derecho de ciudadanía. Fué muy embellecida por el anciano Herodes; y enriquecida despues, con pórticos, baños, teatros y otros muchos edificios públicos, á cual mas grandiosos, por el rey Agrippa. Pero lo que mas honra á esta ciudad, es el poseer un célebre crucifijo, que la constante tradicion dice haber sido obra de S. Nicodemus, poseido despues por Gamaliel, y enviado á Beyruht dos años antes de la toma de Jerusalen por Tito y Vespasiano. San Atanasio, ya hace elogios de este crucifijo, en su sermon relativo al segundo concilio de Nicea. La sangre que brotó de esta imágen, en el acto que fué medio cortada por la impía mano de un judío, conserva aun hoy dia su color propio, que el tiempo no ha podido borrar. Este precioso monumento, arqueológico, á la par que religioso, está colocado en un subterráneo de la iglesia de San Salvador, de la que los turcos han hecho una mezquita, y tanto los musulmanes como los cristianos, recurren con sus oraciones, en caso de enfermedad ú otras necesidades, al amparo de esta sagrada y milagrosa imágen de Jesus crucificado. La misma tradicion, asegura, que el Mesías llegó á predicar el evangelio hasta las puertas mismas de Beyruht, pero sin entrar por ellas, consecuente á la prohibicion que habia hecho á sus apóstoles de ir á las tierras de los gentiles. Pero el Salvador del mundo, que derramó su sangre por la salvacion de todos los hombres, mandó, despues de aquel tiempo, predicar su santa ley lo mismo á los gentiles que á los judíos.»

Cuando el comercio con el oriente tomó la direccion de Alepo, y por consiguiente tuvieron que variar de domicilio los negociantes cristianos, que sostenian con sus limosnas á los PP. de Tierra santa, estos se vieron obligados á abandonar á Beyruth, donde se estableció despues una mision de capuchinos (1).

La rada de Beyruht, está dominada por el Líbano, cordillera que separa la Palestina de la Siria, y cuyo célebre monasterio de Larisa, habitado por la familia de Tierra santa, ocupa uno de sus puntos mas elevados El nombre de *Líbano*, que significa *blanco*, que se dá á estas montañas, proviene sin duda de la mucha nieve que contienen y que constantemente se vé en sus cimas. Presenta esta cordillera en su longitud la forma semicircular de una herradura. Se llama de una manera mas especial, Líbano, á la parte occidental de la montaña,

(1) Sidon es célebre en la Escritura santa por sus virtudes y vicios. Es notable por su antigüedad, pues se atribuye su fundacion al hijo mayor de Canaan, que la llamó Sidon. Otros quieren que se la llame así de la palabra *Sayd*, que en lengua hebrea y árabe significa pesca ó caza, por ser abundante de una y otra. En tiempo de los israelitas, se gobernaba por reyes. Jezabel era hija de un rey de Sidon llamado Etkaal. Los sidonios fueron uno de los pueblos que Dios reservó para que sirviesen de prueba á los israelitas, para hacerles guerreros, y uno de los azotes para castigarles y apartarles de sus desórdenes, por medio de la opresion. Nabucodonosor les hizo la guerra, como á los demás, y condujo cautivos á Babilonia. Alejandro también les domó, se apoderó de la ciudad y privó del gobierno á Straton, que mandaba á nombre de David. La mayor parte de los escritores están contestes, contra lo que dicen Henrion y Brucen de la Martiniere, que Jesucristo no estuvo en esta ciudad, ni por consiguiente se hizo allí el milagro de la Cananea, pues S. Mateo y S. Marcos dicen que pasó *in partes Tyri et Sidonii*. *in fines Tyri et Sidonii*, lo que se interpreta, cerca de esa ciudad y no dentro de ella, y segun enseña la tradicion, pasó por la montaña de S. Elias. Además, el cap. 10 del mismo evangelio de S. Mateo, donde se lee: *Ay de ti, Corozain: ay de tí, Bet-Saida: Si en Tiro y en Sidon se hubiesen obrado los prodigios*, etc., parece nos quita toda duda. En las guerras santas, Balduino I tomó esta ciudad á los sarracenos, en 1109. Estos la volvieron á recobrar, y los sultanes de Egipto y de Damasco la arruinaron casi completamente en 1253, matando 800 cristianos. San Luis la restableció poco tiempo despues. Los templarios, tomada Acre, se refugiaron á ella para defenderse en su castillo; pero amenazados por una poderosa armada, tuvieron que retirarse á Chipre. (N. del Trad.)

(1) En Beyruht se ven aun los restos del palacio Facardin ó Facredin, célebre emir que se titulaba descendiente de Godofredo de Bouillon, conquistador de Palestina. (N. del Trad.)

que está mas aproximada al mar, y á veces tan cercana á sus playas, que apenas deja paso, alejándose de aquel en otros puntos á lo mas tres leguas. Esta cadena se estiende desde Trípoli hasta las cercanías de Damasco. A la parte oriental, que se prolonga mas allá de Damasco, y que se estiende hasta la Arabia, se la llama Anti-Líbano. Entre el Líbano y el Anti-Líbano, se abre el valle de Becao, la antigua Cœlo-Siria ó Siria-Honda propiamente dicha. Su disposicion y encajonamiento profundo, que hace que allí se reunan las aguas todas de las vertientes de las montañas, ha hecho de este valle uno de los cantones mas fértiles de la Siria; pero al mismo tiempo, tan caluroso, aun mas que el Egipto, á causa de la reconcentracion de los rayos del sol en aquella profundidad. El aire, sin embargo, no es mal sano, sin duda por estar contínuamente renovado por el viento norte, y porque, las aguas que contiene el valle, son vivas y no estancadas. El circuito total de las dos cadenas enunciadas oriental y occidental, que los europeos confunden con la general denominacion de Líbano, es de cien leguas. Estas montañas, elevadas unas sobre otras, presentan cuatro zonas muy diferentes. El terreno de la primera es abundante en granos, y en muchos puntos se vé cubierto de árboles frutales. La segunda, es una cintura de desnudas é improductivas rocas. A pesar de su elevacion, la tercera, ofrece el aspecto de una vegetacion siempre verde, y por lo benigno de su temperatura, y por sus jardines y huertos, llenos de los mejores frutos de la Siria, y cristalinos arroyos que la riegan, está reputada por los escritores y viageros como una especie de paraiso terrestre. La cuarta se pierde en las nubes y la hacen inhabitable, y en ciertas épocas del año, inaccesible, las contínuas nieves y el rigor del frio consiguiente á ellas (1). Sobre una de estas cumbres, se encuentran los famosos cedros de que habla la Escritura santa, y que gozan de tanta nombradía. El terreno que los contiene y que guarda una forma elíptica, cuyo eje mide mas de mil metros, está rodeado de altas montañas, que sirven como de muros de defensa á este mismo jardin. Al oeste, se corta la cadena de estos montes, para dejar entrever el mar, y al sur y al norte, algunos otros árboles de diferente especie, y aislados, parecen estar allí puestos espresamente para mejor hacer resaltar la prodigiosa altura de los cedros. Estos están plantados sobre doce pequeñas eminencias ó colinas, de las cuales, la mas elevada ocupa precisamente el centro, formando así como otros tantos grupos ó familias, dependientes de una, que aparece como superior á todas, lo que dá lugar á encontrar la esplicacion al pasage del *Ecclesiástico*, que dice: «La reunion de los hermanos alrededor del gran pontífice, será como una plantacion de cedros sobre el monte Líbano.» Es muy digno de notarse, que en ninguna otra parte del Líbano, se encuentran mas cedros, que los que hay en este recinto. La madera de este árbol es dura é incorruptible, y en verano sobre todo, despide un perfume delicioso; su hoja y su fruto se parecen á los del pino, y como este, se eleva ordinariamente en forma de cono regular. Algunas de las ramas inferiores de algunos de estos cedros, tienen mas de cincuenta piés de longitud. Los árboles mayores están del lado del este, y hay muchos, y en no corto número, que miden treinta ó cuarenta piés de circunferencia. El mas elevado podrá tener sobre trescientos piés de elevacion. Si á todas estas circunstancias se añade la multitud de ellos, pues pasa de cuatrocientos cada grupo, se habrá de confesar que esto es sin duda un objeto de digna curiosidad, aun cuando los recuerdos religiosos que estos mismos cedros encierran, no constituyesen por sí solos uno de los principales ornamentos del Asia. Trein-

(1) En todo el monte Líbano habrá como unos seiscientos pueblos habitados todos por una nacion, que llaman maronita, cristianos católicos y muy obedientes al papa. De estos maronitas, tendremos ocasion de hablar mas adelante, y con mayor estension, así como de los drusos, que viven igualmente en estas montañas. (N. del Trad.)

ta mil obreros mandados por Salomon, vinieron á estos sitios á cortar gran parte de estos cedros, destinados á la construccion del templo de Jerusalen, y es indudable, que entre los que restan hoy, quedan algunos contemporáneos de esa época tan remota. Cuando sentado el viagero á la sombra de sus inmensas ramas, eleva sus miradas á lo último de sus copas, escucha, entre el mayor silencio, y cree oir la voz sublime del profeta, que dice: «He visto al impío elevado sobre la tierra, como los cedros del Líbano, pasé, y ya no existia.» (Salm. XXXI, vers. 35). Otras veces oye la voz del Señor, que hiere su oido, «la voz del Señor, que troncha los cedros,» y este grande y bello espectáculo, que ante sí se le presenta, le inspira las ideas mas elevadas del poder y magestad del Todopoderoso. Por último, aquí está la bella imágen, bajo la cual el Espíritu Santo quiso pintar él mismo la gloria y la exaltacion de Maria, que deja en el corazon un encanto que no puede describirse: «Yo he sido elevada como un cedro sobre el Líbano.» (1).

(1) Acerca de los cedros del Líbano estractaremos algunas otras noticias, que se encuentran en otros autores. Los cedros mas notables y principales son veinte y tres. Estos son altos, gruesos, anchos y frondosos, uno de los cuales tiene el tronco tan grande, que seis hombres no le pueden abarcar. La hoja del cedro es parecida á la del romero, pero mas estrecha y menos larga, y reunida en pequeños ramos, en el centro de los cuales, hay una piña como la de los pinos, pero su corteza es mas delicada, mas unida y menos abierta. Acostumbrados los viageros á poner sus nombres en los parajes qne visitan, han hecho profundas incisiones en la superficie de los cedros mas grandes, para esculpir en ellas el suyo. Por estas incisiones mana un escelente bálsamo en forma de goma, con el cual se secan admirablemente las llagas. Con objeto de conservar los cedros mas antiguos, y de prevenir los accidentes que pudieran influir en su pérdida, ha creido el patriarca maronita que debia fulminar escomunion al que se atreviese á cortar la mas mínima rama, sin preceder su formal permiso. Por desgracia, esta censura no ha sido bastante poderosa para prevenir las contravenciones, de modo que, segun dice Degeramb, solo una especial providencia de Dios es la única que ha hecho, que despues de tantos siglos, se conserváran estos árboles. Al pié de los cedros mayores, hay cuatro altares de piedra. En el dia de la Transfiguracion del Señor, el patriarca de los maronitas, acompañado de mucho séquito y de mas de cinco á seis mil fieles de esa nacion, se trasladan allí para celebrar la fiesta, que llaman de los Cedros. Aunque los maronitas la celebran en ese dia, no es porque crean, como han dicho sin fundamento algunos historiadores, que la Transfiguracion acaeció en esta montaña. El oficio que los mismos rezan en este dia, dice espresamente que se verificó en el monte Tabor. (N. del Trad.)

En uno de los mas retirados sitios de estas montañas, se encuentra el pintoresco monasterio de Larissa, construido á la manera y con el gusto de los conventos italianos. «Su posicion es deliciosa, dice el P. Degeramb, y la perspectiva admirable. Tiene á su frente el mar, que viene por decirlo así á bañar el pié de la montaña, por medio de una bahía cubierta de barcos que entran, ó se dan á la vela; á la derecha, valles tapizados de viñas, y uno mas profundo, en el que se ven salpicadas aquí y allí casas aisladas rodeadas de olivares; mas adelante, hácia la playa, la pequeña aldea llamada de Jonás, porque el profeta fué allí arrojado por la ballena que le habia tragado; á la izquierda, á una distancia de seis leguas, está Beyruth, su rada y los buques que allí flotan, y por último, completan este paisage, multitud de alquerías y casas de campo, y un espeso bosque que le rodea. Pero mas aun que la mar, la bahía, la rada y los barcos, llama aquí principalmente la atencion, el cielo de Larissa, ese cielo puro, sereno, sin nubes casi siempre, y sus deliciosas noches, en que la vista recogida, y sin nada que la distraiga, contempla con asombro, á la dulce claridad de la luna, esos millones de estrellas que tapizan ó recorren silenciosamente la inmensa bóveda del firmamento; esos mundos sin número, que aunque situados á una distancia infinita, al pasar ante la pupila, señalan su presencia con un punto luminoso superior en brillo al del mas puro diamante. Cuando se contempla este esplendor, este lujo de la omnipotencia de un Dios, ¡hasta qué punto el alma conmovida se traslada al seno del que la dió el ser! Que venga á Larissa, que venga, sea el que quiera, que haya tenido la desgracia de dejarse seducir por los sofismas vanos de la incredulidad; que venga á respirar el aire puro, etéreo de la montaña, á contemplar desde ella, en una de esas noches que no conoce el occidente, los pabellones de azul de que al parecer penden esos millones de astros, como otras tantas antorchas, para disipar la oscuridad; que venga á

presenciar el desfile, de ese grande ejército celeste, y al aspecto de su bello órden, y marcha regular, tan constante y armoniosa; al considerar sobre tanta maravillosa grandeza, caerá de rodillas confundido ante Aquel, que á la demostracion de su sola voluntad, en el instante, creó todas estas cosas: y de su corazon ya conmovido y penetrado de admiracion, de reconocimiento y de amor, saldrán, á pesar suyo, y pronunciarán sus labios las palabras de alabanza, con las que el rey profeta proclamaba la gloria del Hacedor Supremo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.» Salm. XVIII, vers. 1.º

Así como Beyruth, Trípoli, está situada al pie del monte Líbano. Llámase tambien, *Tres ciudades*, porque se compone efectivamente de tres poblaciones poco distantes una de otra, perteneciendo la principal á los tirios. Trípoli está regada por el Nahar-Kadisha, rio cuyas aguas distribuidas, sirven para el consumo interior y regadío de los campos. Su puerto tuvo en otro tiempo mucha importancia. El convento que aqui tiene la familia de Tierra santa, nada tiene de notable, á no ser el patio que es bastante grande, enlosado de mármol, y una hermosa fuente en el centro. El jardin llama la atencion por sus muchos árboles, y por un pequeño bosque, tan espeso, que el sol no puede penetrar (1).

Latakia, la antigua Laodicea, que hoy es uno de los depósitos comerciales de Alepo, está indicada por el Mr. el conde d'Estourmel, como una de las residencias de los franciscanos (2).

Mas al norte, poseen otro establecimiento en Alejandretta, *Scanderum* de los turcos, que se llamaba antes la pequeña Alejandría, para distinguirla de la del Egipto. El nombre de esta ciudad, que es el puerto de Alepo, ha hecho creer que Alejandro el Grande, aportó aquí con su flota cuando marchó á la conquista del Asia. El aire es mal sano en Alejandretta, y en toda la costa; pero permaneciendo embarcado, no se siente su influencia (1).

Alepo, llegó á ser por su posicion, un centro de comercio importante entre Europa y una parte de Levante, por lo que la familia de Tierra santa, sostenia hasta doce franciscanos, en el monasterio contiguo á la iglesia, que allí está abierta para la asistencia espiritual de los católicos del rito latino; pero la retirada de los venecianos en la época de su guerra con los turcos, obligó á reducir su número, hasta el punto de no quedar en Alepo, mas que un religioso sacerdote, capellan de la nacion francesa, y con título de comisario apostólico. Esta ciudad, cuya poblacion se eleva á doscientas mil almas, está situada en un valle profundo, regado por el Koik, y tiene una forma oval, y cerca de seis millas de circuito. Está defendida por un muro de regular espesor, flanqueado de torreones de trecho en trecho, y un foso, en parte cegado. Tiene diez puertas, y algunas de ellas, de bella construccion. Bajo una de ellas, se vé una

(1) Trípoli es ciudad muy antigua, y célebre por su puerto, del que se habla en el libro segundo de los Macabeos, cap. XVI, I. Los turcos la llaman Tarabolos. Además del convento de franciscanos, que aqui cita Henrion, hay otros dos, uno de capuchinos y otro de carmelitas descalzos. Esta ciudad y su pais adyacente fué conquistado, cuando las cruzadas, por Balduino, [illegible] que [illegible] hasta el siglo XIII, que cayó la ciudad nuevamente en poder de los musulmanes. (N. del Trad.)

(2) La [illegible] sus ruinas están á un cuarto de legua de Latakia, donde se ven grandes ruinas de [illegible] monumentos grandiosos. Fué fundada en su principio por Seleuco Nicanor, y se hizo célebre en la antigüedad, pero las guerras y la dominacion de los turcos la redujeron á la nada. Posteriormente se reedificó, aunque en diferente sitio, y hoy dia es una de las ciudades mas florecientes de la costa. Su restablecimiento se debe á Coplan-Agá, rico comerciante turco. Los restos mas notables que quedan de la antigua Laodicea, segun dicen los viageros, son los de un magnífico templo, que se dice hizo construir Sta. Elena, el cual parece que estaba en el centro de la ciudad. Se ven tambien ruinas de baños y de templos gentílicos. (N. del Trad.)

(1) Alejandretta, á la que los turcos llaman hoy Scanderum, está fundada en el golfo de Ajaccio, á la orilla del mar y á 22 leguas de Alepo: todavía conserva una gran torre, donde se ven aun las armas de Godofredo de Bullon. La ciudad no es mas que una confusa mezcla de casas habitadas por griegos, que hospedan á los marineros y gente pobre. Los comerciantes y personas acomodadas se reunen en otra especie de ciudad, que poco á poco se ha ido creando á dos millas de la antigua Alejandretta, donde las casas son mejores y el aire mas sano que en aquella. (N. del Trad.)

como cueva profunda, alumbrada de contínuo por muchas lámparas encendidas, en honor al profeta Eliseo, á quien segun se dice, esta caverna sirvió de morada un cierto tiempo. Las casas de la ciudad son de mampostería y piedra labrada, y cubiertas de hermosos terrados. De las mezquitas que aquí hay, la mejor fué en su principio, una iglesia que se cree haber sido erigida por Sta. Elena (1). El comercio de Alepo, perdió mucho, cuando se halló medio de ir por mar á la India, pero las frecuentes y numerosas caravanas sostienen aun su actividad.

« Estas se componen, dicen las *Cartas edificantes*, de un gran número de viageros de todas naciones, casi todos comerciantes, que llevan consigo sus camellos cargados de mercancías. Cualquiera de estas caravanas vista de lejos, parece un cuerpo de ejército ordenado en marcha. Cada una lleva su respectivo gefe, que la conduce y gobierna. Este arregla y distribuye las horas de camino, de comida y de descanso, y es el juez que dirime sin apelacion, cualquiera disputa entre los viageros. Estas caravanas, tienen su parte de cómodo y de molesto. Desde luego, es mucha comodidad para los viageros que van en la caravana, encontrar allí cuanto les pueda ser útil ó necesario, tanto para su subsistencia, como para todo lo demás, durante un tan largo viage; cada caravana tiene sus cantinas y vivanderas, que llevan toda clase de provisiones para vender. Pero el mayor beneficio de la caravana, es para los comerciantes, que llevan consigo sus riquezas, con la seguridad de estar libres de los robos de los árabes, ladrones de profesion, que no viven mas, que de lo que pueden quitar al viagero, esto lo impide una fuerte escolta que acompaña á la caravana, lo cual no estorba que alguna vez no deje de ser sorprendida esta en una emboscada, y logren en parte su objeto, y no poca parte de botin los árabes que están en acecho, y que despues de hecho su negocio, huyen desbandados á la montaña. La parte de molestia de las caravanas, consiste, y no poco, en la falta de tranquilidad, y aun del necesario reposo que falta al viagero, en medio de tan grande aglomeracion de hombres, mugeres, niños y animales de toda especie, que apenas dejan descansar en todo el camino, con el incesante ruido que promueven, y que es imposible acallar. Sin embargo de todo, es mucho mas ventajoso y preferible, viajar con ellas, que ir solo.

« La mas nombrada de todas las caravanas, es la que sale todos los años de Damasco ó de Alepo, para la peregrinacion al sepulcro de Mahoma, y es el en mes de julio. Al aproximarse el tiempo, afluyen diariamente los peregrinos de Persia, del Mogol, de la Tartaria y de otros paises que siguen el mahometismo. Algunos dias antes de la salida de la caravana, los peregrinos hacen una procesion general, que se llama la procesion de Mahoma, para obtener por su intercesion un dichoso viage. En el dia de esta procesion, los peregrinos de mayor rango, y mas distinguidos por su nacimiento ó riquezas, se ponen sus mejores trages, y se presentan montados en caballos ricamente enjaezados, seguidos de sus esclavos, que traen de respeto otros de mano, y los camellos con todo su ornamento. La procesion principia al salir el sol, y las calles están ya obstruidas por una muchedumbre de espectadores. Rompen la marcha los peregrinos, que se dicen ser descendientes de la raza misma de Mahoma, con sus particulares distintivos. Despues de estos, van los camellos con sus jaeces y

(1) Los turcos llaman á Alepo *Aalab*. Está situada á 22 leguas de Alejandretta y del mar de Siria. Los árabes se apoderaron de ella el año 637 de Cristo, bajo el reinado de Heraclio, emperador de Constantinopla. En la mezquita que aquí cita Henrion, y que antes fué iglesia cristiana, edificada, segun se dice, por Sta. Elena, dice La Martiniere que existe una cosa notable, y es una piedra de dos ó tres piés en cuadro, empotrada en un muro, en que se vé de relieve un cáliz con una hostia encima de él, que figura estar cubierta con un velo, cuyas puntas caen sobre los bordes de la boca del cáliz. Muchos cónsules, añade, han querido comprarla, y alguno ha ofrecido hasta dos mil escudos; pero los bajás de Alepo no han querido jamás venderla. Próximo á Alepo, al lado de Levante, se vé una casa de un dervis ó santon, que fué antiguamente un célebre convento de S. Basilio. En Alepo hay muchos cristianos de todas comuniones. Los católicos romanos, además de la iglesia y convento de franciscanos, tienen otras tres, servidas por los capuchinos, jesuitas y carmelitas descalzos. (N. del Trad.)

plumas de todos colores, precedidos de dos timbaleros. Los demás peregrinos de la caravana siguen luego, tambien á caballo, en filas de seis en seis, seguidos de literas llenas de niños, que sus respectivos padres deben presentar al profeta. Rodean á estas literas bandas de cantantes, que hacen, al mismo tiempo que entonan sus canciones, infinidad de contorsiones y posturas ridículas y estraordinarias, á fin de que se les crea inspirados. Van despues de estos, doscientos ginetes, vestidos de pieles de osos, precediéndoles algunas piezas de artillería, montadas en sus cureñas, y que hacen de hora en hora sus descargas, que aumentan la alegría y el griterío de todo el pueblo. Escoltan á estos cañones otra compañía de ginetes, cubiertos con pieles de tigres en forma de corazas, y esto, añadido á su largo bigote, su bonete tártaro, y gran sable pendiente de la cintura, les da un aire imponente y belicoso. Cuatro soldados de á pié, vestidos de verde, y cubierta su cabeza con una especie de mitra azul, preceden al mutfi. Este vá acompañado de muchos doctores de la ley, y gran número de cantores, y lleva por delante el estandarte de Mahoma, que es de seda verde bordado de oro, y por escolta doce ginetes armados de cota de malla, y grandes mazas de plata, acompañados de trompeteros y otros que tocan platillos de bronce. Aparece en seguida el dosel ó pabellon, que se ha de presentar en el sepulcro de Mahoma. Lo llevan tres camellos, cubiertos de plumas verdes y planchas de plata. Este pabellon es de terciopelo verde, y fondo encarnado, con muchos bordados y pasamanería. Por último, cierra la procesion el pachá de Jerusalen, precedido de tambores, trompetas y otros instrumentos turcos, y terminada aquella, cada uno no piensa mas que en su viage. La Meca es el término de este peregrinacion.

Este afan de los musulmanes en visitar, en Arabia, la Meca, donde nació, ó Medina, donde murió Mahoma, su falso profeta, es muy propia para estimular la devocion de los cristianos y su celo por el Pesebre de Belen y el Santo sepulcro de Jerusalen, lugares ciertamente venerables por el nacimiento y muerte del Hombre-Dios, cuya religion parodió y quiso destruir Mahoma. A la descripcion, pues, de Belen y de Jerusalen, haremos suceder aquí, por contraposicion, las de la Meca y Medina.

La Meca, es una gran ciudad, situada en medio de las montañas de la Arabia en un desierto estéril. En ella no puede, ni entrar, ni aun poner el pié en sus cercanías, ninguno que no sea musulman. La principal mezquita de la ciudad se llama *Bethou'llah* (Casa de Dios), ó el *Haram* de la Meca, edificio que nada tiene de notable sino el Ka'aba que contiene; pues en otras capitales de oriente, hay mezquitas tan grandes, y aun mas bellas que esta. Segun la tradicion mahometana, en la Meca fué donde Adan y Eva, despues de su pecado y penitencia, obtuvieron de Dios sü perdon. Dicen tambien, que en la Meca fué donde se estableció Ismael, hijo de Abrahan, cuando arrojado de la casa de su madre Agar, por los celos de Sara, tuvieron que huir, y que dió orígen á la tribu de los kovaichites, á la que pertenecia Mahoma. Abrahan, dicen los musulmanes, visitó allí muchas veces á su hijo querido, y elevó en su honor el templo de la Ka'aba, que los árabes ya venian á visitar, aun antes de aparecer su falso profeta. Este impostor, no quiso abolir tan respetada costumbre; antes por el contrario, ordenó como ley á todos sus sectarios el hacer, una vez en su vida, la peregrinacion á la Meca. El Ka'aba, así llamado, á causa de su forma cuadrada, tiene treinta y cuatro piés de alto, por veinte y siete de ancho. Se sube, por una escalera de madera portátil, á su única puerta, situada á la parte del norte, y que no se abre mas que tres veces al año, una para los hombres, otra para las mugeres, y la restante para asear el edificio. Esta puerta está revestida de plata, y con adornos dorados. Cada noche se colocan á su umbral algunas bugías encendidas y braserillos con perfumes. Al esterior, cerca de la puerta, y al ángulo nord-este de la

Ka'aba, se vé incrustada en la pared, la famosa *piedra negra,* con un gran marco de plata. La costumbre tan contínua de besar y tocar esta piedra, la ha pulimentado completamente, y aun disminuido en su superficie por algunas partes. Dicen los musulmanes, que el ángel Gabriel, trajo por sí mismo esa piedra á Abrahan, cuando edificaba este templo, y que ella, subiéndose y bajándose á voluntad de aquel, le servia de andamio, colocándose sobre ella, á fin de que no se hiciese agujero alguno en el muro. A la parte del oeste de la Ka'aba, y á dos piés, por bajo de la cúpula esterior del edificio, está el mizab ó gran canalon, de oro macizo, por el que sale toda el agua de la lluvia, que cae sobre el techo de la mezquita. En el centro de ella están señaladas las sepulturas de Ismael y de su madre Agar, con dos grandes losas de mármol verde, y los peregrinos creen hacer una obra meritoria, recitando allí algunas preces y prosternándose sobre ellas. Los cuatro muros de la Ka'aba están entapizados de kesua, especie de tela de seda negra, que se renueva todos los años, dejando solo en ella dos aberturas, una para la piedra negra y la otra al sud-este para otra piedra comun, que no sé porqué tienen devocion de tocar. Estas colgaduras contienen en su mismo tejido, varias oraciones y sentencias del mismo color de la tela, lo que las hace difíciles de leer. A sus dos tercios de altura, en una larga banda, se ven bordadas en oro, otras sentencias del Koran, y la conocida formula de la ley del islamismo: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» La parte de colgadura que cubre la puerta, está bordada de plata. Desde la estincion de los califas de Bagdad, y caida de los sultanes mamelucos de Egipto, el Gran señor es el encargado de regalar todos los años esta tapicería al templo, que envia con la caravana del Cairo. Sobre el pavimento de mármol, alrededor de la Ka'aba, se alzan treinta y dos pilares de bronce dorado, ligados entre sí por barras de hierro, de cada una de las cuales penden siete lámparas, que se encienden diariamente al ponerse el sol. Mas allá de estos pilares, una como capilla contiene el *pozo de Zemzem*, el cual, segun la tradicion musulmana, encontró Agar en el desierto, en el momento en que su hijo Ismael se moria de sed. Los peregrinos beben con avidez de su agua, y se llevan botellas que la contienen. Otros varios departamentos de grandor y formas diferentes están destinados á los imanes que dirigen la oracion, ó contienen objetos, que por otras circunstancias, llevan consigo una supersticiosa veneracion. Todo lo hasta aquí referido, está encerrado y circunscrito en un espacio ó recinto, de doscientos cincuenta piés de longitud, y doscientos de anchura, rodeado por fuera de una columnata que sostiene pequeñas cúpulas, y se llama á este conjunto con el nombre genérico de Mezquita sagrada. Al ponerse el sol, dice Burckhardt, que en nuestros dias penetró en la Meca, así como Seetzen y Badía, se reune gran número de musulmanes, para la oracion del anochecer, y se prosternan, colocados en círculos, como alrededor de un centro comun, delante de la Ka'aba. La Meca es el único lugar del mundo en que el mahometano puede mas convenientemente dirigir su vista á todos los puntos del orizonte para hacer sus preces. Un iman se sitúa cerca de la puerta de la Ka'aba, y sus genuflexiones son imitadas por toda la multitud, que acude de los paises mas lejanos. Los peregrinos van tambien por devocion al monte Arafat, no muy distante de la Meca, y al valle de Mina.

La peregrinacion al sepulcro de Mahoma, es un acto meritorio: los musulmanes van á venerar esta tumba en Medina, situada en el gran desierto; cerca de la cadena de montañas que atraviesa la Arabia de norte á mediodía. Edificada esta ciudad en la parte mas baja de una vega, se halla rodeada de jardines y bosques de palmeras, mezclados con campos cultivados. Su principal mezquita, llamada *el Haram*, como la de la Meca, es mucho mas pequeña que aquella. El sepulcro del falso profeta, está al ángulo del mediodía, cercado de una reja de hierro pintada de verde, y tra-

bajada á la manera de la filigrana. Tiene entrelazada una inscripcion en letras de cobre, que el vulgo cree ser de oro. Entre esta reja y la tumba, está suspendido un dosel parecido al de la Ka'aba. Abubekre y Omar, los dos primeros sucesores de Mahoma, están sepultados cerca de él.

Al volver de la caravana, los peregrinos entran en posesion de los privilegios que el islamismo concede á los que han visitado los sagrados lugares de la Arabia. De todos estos privilegios, el mas apreciado por muchos, es la impunidad de cualquier crimen, por el que la justicia musulmana les hubiese condenado; la peregrinacion a la Meca les pone a cubierto de toda persecucion, y de criminales que eran antes, se convierten en hombres de bien. Pero no es solo al peregrino al que se le conceden exenciones; el camello que ha tenido la singular honra de llevar la ofrenda imperial, tiene tambien las suyas, que consisten en no ser tratado de allí adelante como un animal cualquiera; sino con toda la consideracion que se merece, el quedar ya espresamente consagrado á Mahoma Esto le exime de todo trabajo público, y del servicio de los hombres. Se le construye una especial cabaña para su morada, y allí, bien cuidado y mantenido, vive con sosiego el resto de sus dias.

Dejamos dicho que la caravana sale todos los años de Alepo y de Damasco. Los padres de Tierra santa poseen en esta última ciudad un monasterio, servido hoy dia por ocho franciscanos. Damasco ha tenido la gloria de ser reputada desde los primeros siglos, como la capital de la Siria, lo que tambien atestigua el profeta Isaias. A tres ilustres fundadores debe su antiguo origen. El primero, Hus, hijo de Aran y nieto de Sem; el segundo Damascus, intendente ó mayordomo de la casa de Abrahan, que renovó la ciudad, y la dió su nombre, y el tercero, Core, hijo de Esau, por el que recibió una nueva forma. Nabucodonosor que la conquistó y arruinó, no la reedificó en el mismo sitio antiguo, porque se encontraba muy dominada por las montañas; quiso mejor colocarla en el valle, que riegan el Barrady y sus ramificaciones. (1) «La situacion de Damasco, dice el P. Rouset, jesuita, es una de las mejores del mundo. Situada en una llanura, que no tiene mas pendiente que la precisa para que corran las aguas, estas son tan abundantes, que puede decirse que ninguna ciudad está mejor provista de ellas, que Damasco. Toda su vega está regada por la subdividida canalizacion del rio. Esta reparticion del agua en siete brazos ó separaciones, es una obra admirable del arte, por su solidez é ingeniosa manera de construccion, cuya verdadera época, aunque muy remota, nadie á punto fijo me la ha sabido señalar. Por medio de esta gran cantidad de agua que entra en la ciudad, cada casa tiene la suya en abundancia, tanto para los usos domésticos, como para los jardines y fuentes que adornan la parte interior y esterior de las habitaciones. Para conducir estas aguas á los diferentes cuarteles, ha sido necesario construir canales y viaductos subterráneos á costa de inmensas sumas. Estos viaductos son caminos cubiertos, por los que dos ó tres personas pueden andar de frente, y de una fábrica elegante y sólida. Los demás brazos del rio, que se reparten por la llanura, riegan infinidad de huertas que producen frutos variados, y en tanta cantidad, que puede

(1) La palabra *Damascus*, en hebreo *Dammosek*, significa, segun los intérpretes, *Saco de sangre*. Algunos sabios, ateniéndose á esta etimología, han pretendido esplicarla por una antigua tradicion, que dice haber sido fundada cerca del sitio en que Cain mató á su hermano Abel; pero esto no tiene apoyo alguno. Damasco fué capital de la Siria y la Fenicia, hasta que Seleuco Nicanor hizo edificar á Antioquía, trasladando á ella la corte. No cesó de ser tributaria de los judíos, sino despues de la muerte de Salomon. Alejandro la conquistó. Pompeyo envió sus lugartenientes contra ella, los cuales la ocuparon y agregaron al imperio romano. El 636 de Jesucristo, fué invadida por los musulmanes, mandados por Omar, y los califas la poseyeron tranquilamente hasta que, atacada por los cristianos cruzados, en 1148, resistió varios asaltos, y al fin no pudieron tomarla. En 1306, Tamerlan la arrebató á los sarracenos, la arruinó y convirtió en cementerio. El sultan Selim, se apoderó de ella en 1517, y la dejó á sus sucesores. Ultimamente, Ibrahim-Bajá, hijo del virey de Egipto, la conquistó en julio de 1832, y hasta el dia pertenece al nuevo reino de Egipto. Tal es en compendio la historia de esta célebre ciudad, que por tantas vicisitudes ha pasado, y que ha sido teatro de tantos acontecimientos sagrados y profanos. (N. del Trad.)

asegurarse que no hay pais en el mundo que produzca mas, ni que sea mas delicioso.» Damasco tenia en lo antiguo un triple recinto de muros flanqueados por torreones muy próximos entre sí. Aquellos están casi arruinados, y estos, los que el tiempo ha librado de la destruccion, conservan aun sus almenas y parapetos. La ciudad forma casi un cuadrado perfecto, cuyos lados tendrán una media legua de longitud. De los muchos arrabales que antes habia, no queda sino uno, que se estiende de norte á occidente. Las casas no tienen vistas á la calle, y sí solo á los patios y jardines interiores, y su construccion es de madera. Todo lo mezquinas y de mala apariencia que manifiestan ser por su esterior, son bellas, cómodas y ricamente adornadas de pinturas, dorados, muebles y porcelanas, en su parte interior. Cada casa tiene su divan ó salon de recibo para las personas de fuera, ó donde los magistrados tienen su consejo y administran justicia (1). La mayor parte de las habitaciones, tienen sus jardines cercados de muros muy altos y poblados de árboles frutales. La gran calle mayor de Damasco, llamada en latin *Via recta*, (calle derecha) se estiende, desde la parte oriental, hasta la opuesta occidental, atravesando toda la poblacion, incluso el arrabal. Su longitud es de cerca de una legua. A derecha é izquierda, hay grandes tiendas ó bazares, donde se venden todas las riquezas y productos de toda especie, que las caravanas traen anualmente de Europa, Africa, Armenia, Persia y de las Indias. Las mezquitas son los mejores edificios de la ciudad, y se cuentan doscientas de estas, para una poblacion de ciento cuarenta mil almas. La mas bella de todas hoy dia, es la que fué antiguamente una célebre iglesia cristiana, dedicada á S. Zacarias, padre de S. Juan Bautista. Los damasquinos, dicen, que allí se conserva, en un plato de oro, la cabeza del santo profeta, que además está allí enterrado,

(1) Por esta razon, el ministerio ó gran consejo del Gran señor, se llama el *Divan*, como por imitacion, en las naciones europeas, se dice el *gabinete* de Madrid, de Paris, Lóndres, etc.

y la dicha cabeza, segun ellos, está en una gruta interior. A la izquierda de la nave del centro, se vé como un pequeño aposento de madera, muy pintado y dorado con arabescos, y aquí dicen que está la tumba. La mezquita está precedida de un gran patio cerrado por galerías que le dan vuelta. Todas las diferentes partes de este edificio, están construidas con tal arte, que abiertas las grandes puertas, á un golpe de vista, se puede contemplar todo el interior de la mezquita. Entonces no pueden menos de causar admiracion el bello y simétrico órden de las columnas que sostienen la bóveda, así como el rico trabajo de los capiteles y cornisas, que corren por toda la nave con sus relieves y dorados. Los católicos, á la vista de este gran monumento, erigido en otro tiempo por la piadosa liberalidad de sus antepasados, recuerdan con lágrimas, que ese templo, en que antes resonaban nuestros cánticos sagrados, es hoy dia eco de las plegarias musulmanas (1).

Damasco nos interesa mucho por sus recuerdos religiosos. El cementerio de los cristianos, por fortuna aun se conserva en el propio sitio en que S. Pablo fué aterrado y precipitado de su caballo por la mano del Señor (2).

(1) El pueblo damasceno es el peor y el mas fanático del imperio turco. Tal vez, no contribuirá poco á este orgullo intolerante, la casualidad de haber pasado el miserable impostor y falso profeta Mahoma, una parte de su vida en esta ciudad de la Siria, primero en calidad de mayordomo de una rica viuda de un comerciante, con la cual al fin casó á los veinte y ocho años de su edad, teniendo ella ya sus cuarenta; y porque fué tambien allí, donde le dió la epilepsia, que aprovechó para suponer que eran éxtasis, empleados con el ar ángel Gabriel para suscitar su religion, cuya farsa comunicó primero á su muger, luego á su primo Alí, y hasta el número de nueve personas. (N. del Trad.)

(2) El antiguo camino de Jerusalen á Damasco se halla entre dos montes, ambos circulares en su base, subiendo hasta terminar en punta. Distan entre sí como unos cien piés. El mas inmediato á la carretera, se llama aun *Kaukac*, es decir, luz celestial ó astro luminoso. Dióscle este nombre por la brillante luz que circundó á S. Pablo. La otra montaña se llama *Medauar-el-Kaukac*, es decir, círculo de luz. En medio de esta montaña existe un antiguo monasterio, el cual no conserva mas que una cueva muy estrecha. Entre estas dos montañas, fué donde el hombre predestinado por Dios, para llevar su nombre á las naciones estrangeras, yendo por el camino de Damasco, le rodeó un resplandor de luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Él dijo: *¿Quién eres, Señor?* Y aquella: *Yo soy Jesus, á quien tú*

Cerca de la puerta oriental, en la calle mayor, está la casa que perteneció á un judío, llamado Judas, y donde se alojó el santo Apóstol despues de su conversion. En esta casa se vé una especie de celdilla ú aposento, que no tiene mas de cuatro piés de largo, y dos de ancho. La tradicion, cuenta, que encerrado allí S. Pablo, despues de pasar tres dias sin tomar alimento alguno, tuvo la admirable vision que él mismo describe en su segunda epístola á los corintios. Tambien fué en este mismo, que se puede llamar emparedamiento, donde recobró la vista por la imposicion de las manos del discípulo Ananias. Este discípulo, que habia recibido órden de Dios, de ir á buscar á Pablo, desde Tarsis, tenia su habitacion en aquella misma gran calle, cerca de una fuente, de donde tomó el agua para bautizar al Apóstol de los gentiles. Los cristianos de Damasco beben de esta agua por devocion, y se la llevan á sus casas. Sus antepasados habian erigido una pequeña iglesia en el sitio mismo en que estuvo la casa de Ananias, á cuarenta pasos de la de Judas. Actualmente está convertida en mezquita. Saliendo de Damasco, por la parte oriental, se vé una ventana ó especie de tronera en la muralla, por la cual los fieles de la ciudad, advertidos de que los judíos querian matar á S. Pablo, le descolgaron por allí, metido en una canasta, facilitando la evasion un soldado cristiano, abisinio de nacion, que á instancias, y aun á precio de dinero de los mismos judíos, fué luego condenado á muerte por semejante accion, y mandada tapiar la ventana, porque era esta, segun aquellos, un testimonio público de su infidelidad, mientras que en el órden de la providencia, fué aquel acto por sí solo una prueba sensible de la proteccion divina sobre el Apóstol. Los cristianos pudieron recoger el cuerpo del soldado mártir, y le erigieron un sepulcro rodeado de una balaustrada que sostenia una pequeña cúpula que cubria la tumba, y tanto los cristianos, como, lo que es mas sorprendente, los infieles mismos, visitan este monumento con respeto. La gruta donde S. Pablo se refugió, libre ya de sus enemigos, está á poca distancia de la ciudad, cerca del cementerio de los cristianos, donde los franciscanos van á orar el dia de la conmemoracion de los difuntos. Al salir de la ciudad, se unen en procesion con los demás sacerdotes católicos de Damasco; se detienen un instante en el punto mismo desde el en que S. Pablo fué descolgado del muro, y en seguida se van al cementerio, á terminar el oficio del dia.

[illegible] Hechos de [illegible] 3, á 5. [illegible] por esa re[illegible] se retiró á la cueva que [illegible] hasta que se fué á Damasco, en obedecimiento de la voz que le declaró lo que debia hacer. [illegible] despues, [illegible] á este mismo asilo [illegible] de los judíos. (N. del T.)

Los religiosos de Tierra santa están tambien establecidos en la isla de Chipre, una de las mayores del Mediterráneo, pues tiene doscientas veinte millas de longitud y cerca de seiscientas de circuito. Está atravesada de levante á poniente por una cadena de montañas, cuyo punto culminante, llamado monte de Santa Cruz y situado en el centro de la isla, manda á diferentes puntos sus cadenas ó ramificaciones secundarias, que forman los cabos mas salientes á lo largo de la costa. Las ciudades importantes que contiene la isla, son: Nicosia y Larnaka, puerto marítimo que mira á Egipto. En las residencias de los franciscanos que aquí existen, con sus grandes claustros medio derruidos, se ven grabadas por todas partes las armas de Jerusalen.

Tambien tienen convento en Rosetta los franciscanos, lo mismo que en el Cairo, en Alejandría y en Egipto, pais sobre el cual debemos dar algunos detalles.

CAPÍTULO XVII.

Monasterio de los franciscanos de la familia de Tierra santa en Egipto.

El Egipto está situado entre el mar Mediterráneo, al norte; el istmo de Suez y el

mar Rojo, al este; la Nubia, al sud; y los desiertos de la Arabia, al oeste. «Los griegos le han llamado, dice el P. Sicard, jesuita, ya *Aïguptos*, ya *Potamitis* ó *Metambolis*, nombres todos derivados de ser este pais regado por las aguas del Nilo, y abonada su tierra por el limo ó sedimento, que sobre ella deja. Casi todos los pueblos antiguos le conocieron, bajo la denominacion de *Tierra de Cham* hijo de Noé, espresion de que David se ha valido en los salmos, ó con el nombre de tierra de Mersraïm, hijo ó descendiente de Cham.»

Volney nos dá la siguiente descripcion del Egipto: «Alejandría, dice, por su posicion, fuera del Delta y por la naturaleza de su suelo, pertenece al desierto de Africa. Sus cercanías son una campiña de arena, estéril, sin árboles, ni mas produccion que la planta que dá la sosa, y una línea de palmeras, que sigue la corriente de las aguas del Nilo, por el Kalidji. Hasta llegar á Rosetta, puede decirse, que no se entra verdaderamente en Egipto. Aquí cesan ya las arenas, y se pasa á una tierra negra, grasa y ligera, que forma el carácter distintivo de la de este país, y entonces, por primera vez, se ven las aguas del Nilo, cuyo alveo está encajonado á bastante profundidad. Los bosques de palmeras que le bordean; los huertos y jardines que sus aguas riegan y fecundizan, y la gran variedad de árboles, que crecen en sus orillas, dan una especie de encanto particular á Rosetta, que se acrece á medida que se recuerda á Alejandría, y se compara con el mar que se deja. Lo que se encuentra mas allá del Cairo, contribuye á fortificar la idea. En este viage, que se hace remontando el rio, se comienza á tomar una idea general del terreno, del clima y de las producciones de esta célebre comarca. Se ven bosques, no muy espesos, de palmeras y de sicomoros, y algunas aldeas situadas sobre elevaciones ficticias. Todo este terreno guarda un nivel tan igual y tan bajo, que cuando se llega por mar, ya se divisa á tres leguas de la costa, el horizonte con las palmeras y la arena que las produce; de aquí, subiendo mas por el rio, se eleva este por una pendiente tan dulce, que no hace correr al agua mas de una legua por hora. En cuanto al cuadro de la campiña, este presenta poca variacion, siempre palmeras aisladas, ó reunidas, y mas escasas, á medida que se adelanta rio arriba, y una planicie sin límites, que segun las estaciones, ó es un mar de agua dulce, ó un pantano fangoso; un tapiz de verdura ó un campo de polvo, pero por todas partes, un horizonte lejano y vaporoso; por último, en la union de los dos brazos del rio, se comienzan á descubrir en el estío, las montañas del Cairo, y hácia el sur, inclinadas al oeste, tres grandes masas aisladas, que, por su forma, al punto se reconoce ser las pirámides. Desde este momento, se entra en un valle que sube hácia el mediodía, entre dos cadenas de montañas de altura paralela. La de oriente, que se estiende hasta el mar Rojo, merece el nombre de montaña por su brusca y rápida elevacion, y el de desierto, por su desnudo y salvage aspecto; pero la del poniente, que no es mas que una cresta de rocas cubiertas de arena, está muy bien definida, llamándola dique ó calzada natural. Para decirlo de una vez, y para representar al Egipto, no hay mas que figurarse; de una parte, un mar estrecho y grandes rocas; y de la otra, inmensas llanuras de arena, y en medio un rio que corre por un valle de doscientas diez leguas de largo, por ciento veinte de ancho, el que, al aproximarse á treinta leguas del mar, se divide en dos brazos, y subdivide luego en ramales, que corren, y en sus períodos, inundan á su placer un terreno llano, sin obstáculos y casi sin pendiente.

La historia de los egipcios está ligada, desde los tiempos mas remotos, á las de todos los grandes pueblos del Africa y del Asia; pero habiendo desaparecido para siempre, y sin esperanza de encontrarlos, los anales de la mayor parte de estas naciones, es preciso, limitándonos al Egipto, interrogar á sus monumentos escritos, cuya llave nos ha dado Champolion el

Joven, al alzar el velo que cubria la naturaleza y mecanismo del sistema grafico. Sabemos pues en la actualidad, que este sistema empleaba simultaneamente *signos de ideas* y *signos de sonidos*, que los caracteres phoneticos, del caracter mismo que nuestro alfabeto, formaban la parte mas considerable de los testos escritos, representando en ellos los sonidos y las articulaciones de palabras peculiares á la lengua, ó idioma que se hablaba; que la lengna egipcia antigua en nada se diferenciaba, esencialmente de la que hoy vulgarmente se llama copta; que las palabras escritas en caractéres geroglificos, sobre los mas antiguos monumentos de Tebas, y en caracteres griegos, en los libros coptos, tienen un valor idéntico y no se diferencian casi, sino por la falta de ciertas vocales mediales, omitidas, segun el método oriental, en la ortografia primitiva; y bajo todas estas bases, los caractéres simbólicos se han hecho cada vez mas comprensibles con la ayuda de estas nociones, y se han podido afianzar las leyes de sus combinaciones, llegando hasta el punto de conocerse ya todas las formas y anotaciones gramaticales espresadas en los testigos egipcios.

El conocimiento del Egipto importa mucho para los estudios profanos. Tebas, la antigua ciudad real de las cien puertas, la *Diospolis magna*, de los griegos, situada en el alto Egipto, bajo las dinastías de los Faraones XVIII, XIX y XX, es decir, entre los años 1222 y 1300, antes de Jesucristo, tenia mas de treinta millas de circunferencia, y rebosaba en riquezas, de las que Cambises se apoderó, para embellecer con ellas los palacios de la Persia. Devastada mas tarde por Ptolomeo-Philometor, y destruida completamente el año 28, antes de Jesucristo, por Cornelio Galo, primer prefecto romano de Egipto, ya no se alzó mas de su caida, y no presentó desde entonces mas que ruinas, las mas antiguas y las mas sorprendentes que existen en el globo. Luqsor, Karnak, y Med-Amund, á la derecha del Nilo, Medynet-Abu, Gournak y otras miserables aldeas, á la izquierda, están esparcidas sobre su primitivo asiento. Limitándonos solo á hablar de las ruinas de Karnack, son un conjunto de palacios, templos, y otros grandiosos monumentos, que cubren ellos solos una superficie inmensa. El alma se empequeñece y se anonada, bajo el peso de la grandeza egipcia, y es preciso contemplar con el silencio de la admiracion y del pasmo, sus creaciones magestuosas. Pero no es solo como creaciones maravillosas del arte, como escitan el interés esas imponentes ruinas; llaman mas la atencion, considerándolas como archivos existentes de la historia de Egipto; pues los cuadros históricos, que ellas encierran, esculpidos en los palacios de Tebas, nos hacen presenciar, en cierto modo, como si á nuestra visita pasasen, aquellas grandes espediciones militares ejecutadas en Asia, en épocas remotísimas, de las que solo un recuerdo confuso nos han dejado los anales de los hombres, conservándonos además, los nombres propios y sucesion de los monarcas egipcios, autores de tan colosales empresas. Esos bajos-relieves presentan al propio tiempo á nuestra curiosidad, las denominaciones de los pueblos asiáticos, rivales del Egipto, en aquel antiguo mundo político, que la historia tenia ya abandonados hasta aquí á las poéticas ficciones de los mitos heróicos. Ellos nos suministran las mas exactas y precisas nociones, sobre las razas humanas á que pertenecian aquellas naciones, sobre su grado de civilizacion, y hasta de sus usos, costumbres, religion y mecanismo de su vida pública y privada. Esto se podrá juzgar mejor aun, examinando despacio las largas inscripciones esculpidas en las murallas de los palacios de los reyes, que contienen los mas circunstanciados detalles de las espediciones militares, y hasta el peso de las pedrerías, y de los diversos metales impuestos de contribucion al enemigo, y la enumeracion de todo lo que el pais conquistado debia entregar al vencedor. Además, el estudio de los monumentos y de los textos egipcios, que á ellos están adheridos, al presentarnos el estado político y religioso del viejo imperio de los Faraones, bajo su verdadero

punto de vista, nos conduce además al orígen de las primeras instituciones de la Grecia, y demuestra el orígen egipcio de una parte muy importante de los mitos y prácticas religiosas de los helenos, sobre los cuales nos quedaba tanta oscuridad é incertidumbre.

Pasando de la historia al arte, se reconoce en las galerías de Karnak, y en las catacumbas ó hypogeos de Beni-Hasan (*Speos Artemidos*), ejecutados por los egipcios, mucho antes del famoso sitio de Troya, el orígen evidente de la arquitectura dórica de los griegos, puesto que, examinando sin prevencion los bajos-relieves históricos de Tebas y de la Nubia, cualquiera se convencerá que las esculturas egipcias, fueron los primeros modelos del arte de los griegos. Estos, partiendo ya de ese principio, fueron poco á poco modificándole, y adoptando otro en que jamás pensaron los egipcios, que fué la obligada y exacta reproduccion de las mas bellas formas de la naturaleza, y alejándose así mas y mas de la sencillez primitiva, se fué elevando por sí mismo el arte griego, á una sublimidad, á que no han podido llegar los esfuerzos de los modernos. La interpretacion de los monumentos del Egipto, pone tambien en evidencia el orígen egipcio de las ciencias y de las principales doctrinas filosóficas de la Grecia. El platonismo y el pitagorismo salieron de los santuarios de Sais.

No menos importa el conocimiento del Egipto á los estudios de la Biblia. Los recuerdos del Antiguo Testamento, abundan en esta comarca hasta tal punto, que es curioso aplicar á ellos los descubrimientos de Champolion. Este sabio ha demostrado, que ningun monumento egipcio, aun el que se crea mas remoto, es realmente anterior al año 2,200, antes de la era cristiana, antigüedad grande sin duda; pero que lejos de contrariar en nada las tradiciones sagradas, las confirma en todos sus puntos. Con efecto, adoptando la cronologia y la sucesion de los reyes, que nos presentan los monumentos escritos del Egipto, es como se vé la concordia admirable de la historia de este pais, con los libros sagrados de Moisés. Así por ejemplo, Abrahan llegó á Egipto hácia el año 1,900, antes de Jesucristo, esto es, bajo la dinastía de los reyes Pastores, pues los soberanos de raza egipcia no hubieran permitido á un estrangero entrar en sus estados. Igualmente, bajo el reinado de uno de esos reyes Pastores, fué cuando José llegó á ser ministro é intendente general en Egipto, y estableció allí á sus hermanos, lo que tampoco hubiera podido tener lugar, bajo un príncipe indígena. El gefe de la dinastía de los Diospolitanos, que es la décima octava, es el *rey nuevo que no conocia José*, él de la Escritura santa; monarca ya de raza egipcia, que no debia ni tenia motivo para conocer José, ministro de reyes usurpadores, y este fué el que redujo á los hebreos á esclavitud. Esta cautividad, duró y fué seguida por casi todo el tiempo de la décima octava dinastía ya citada; y fué probablemente, bajo el reinado de Ramsés II, hácia la mitad del siglo xv, antes de Jesucristo, cuando Moisés libertó á los hebreos. Esto pasó en la adolescencia de Sesostris, que sucedió inmediatamente á su hermano, y que hizo sus conquistas en Asia, mientras que Moisés, conduciendo al pueblo de Israel, erraba durante cuarenta años por el desierto, por lo cual los libros sagrados no han debido hablar de este conquistador. Todos los demás reyes de Egipto, nombrados despues en la Biblia, se encuentran sobre los monumentos egipcios marcados en el mismo órden de sucesion, y en las mismas precisas épocas que la santa escritura los colocó, y Champolion, añade aun, que en la Biblia, están aun mucho mejor escritos los verdaderos nombres de estos soberanos, que como lo hicieron los historiadores griegos. Atrás dejamos dicho, que Serac saqueó á Jerusalen, bajo el reinado de Roboan, hijo de Salomon. El ilustre arqueólogo, que nos sirve de guia, buscó sobre los muros de Tebas el nombre de Sesac, ya reconocido en Paris por simples dibujos, y no solamente no tardó en encontrar el *cartucho* ó nombre encuadrado de este príncipe, escrito en muchos puntos en las columnas de los geroglíficos de las facha-

das del antiguo palacio de Karnak, sino que ademas, sobre estas mismas fachadas, distinguió un bajo-relieve, representando al Faraon vencedor, dibujado bajo una forma colosal, y teniendo encadenados á sus piés, á los reyes sometidos por él en sus lejanas espediciones. Los príncipes vencidos se ven en los bajos-relieves, colocados detrás de grandes escudos, que indican, por medio de geroglíficos phonéticos, los nombres de los paises donde estos mismos príncipes reinaban y sus diversas calificaciones. El escudo de uno de esos reyes, cuya figura es marcadamente judía, y bella por cierto, aunque con una mirada orgullosa y altanera, presenta clara y distintamente escrita en grandes geroglíficos, la calificacion de *Jeudah* (Juda) *Melek* (rey) colocada por encima de otro geroglífico de *pais montañoso*, símbolo que demuestra y quiere figurar las numerosas montañas en que abunda la Judea. De esta manera, el retrato de Roboam, reproducido en Egipto, en memoria y testimonio de su caida, atestigua aun, despues de tres mil años, este gran suceso bíblico. La lectura é interpretacion de los geroglíficos egipcios, es uno de los acontecimientos mas grandes de este siglo, tan fecundo sin embargo en sorprendentes revoluciones, porque era imposible el prever los grandes secretos que la muerte tenia reservados, y cuyo descubrimiento la ha sido arrancado puede decirse á la fuerza.

El Egipto ha sido uno de los principales teatros del poder de Dios y de su inmediata accion sobre los hombres. Los incrédulos restos de la filosofía burlona y enciclopedista del siglo XVIII, se verian ahora confundidos, si se les presentase como descubierta, y claramente referida, la historia de los sucesos que menciona la sagrada Biblia, bajo el nombre de las *diez plagas de Egipto*, y nada podrian oponer tampoco al testimonio de los escritores egipcios, que contasen con todos sus detalles el desastre de Faraon, en el mar Rojo. Todo esto debe haber sido escrito, como lo han sido otras cosas, y estos documentos existen probablemente aun, y si existen, estamos ya á punto de conocerlos y palparlos. En el siglo pasado, se ha querido hacer hablar á la ciencia contra Dios, y hé aquí, que en el presente, Dios suscita testigos de sus verdades en todas las partes del mundo, y que devolviendo por decirlo así la vida á los cadáveres, les obliga á su pesar á que vengan á deponer de su veracidad: manifestacion nueva de su misericordia, así como de su poder, que nos presagia una época venidera, en la que las inteligencias todas se reunirán por el lazo comun de la fé.

Los mas tiernos y notables recuerdos del Nuevo Testamento, se refieren tambien al Egipto, así como los del Antiguo. On, la ciudad del sol, cuyo nombre fué cambiado despues en el de Heliópolis, bajo los reyes griegos, sucesores de Alejandro, fué la patria de Asenet, hija de Putifar, sacerdote del sol, que casó con el patriarca José. Los judíos refugiados allí, cuando la persecucion de Antioco Epifanes, obtuvieron de Ptolomeo-Philometor, el permiso de elevar al verdadero Dios un templo, que duró y estuvo abierto hasta los tiempos de Tito y Vespasiano. Pero sobre esto, para la consideracion y respeto de los cristianos, es sobre todo célebre Heliópolis, por la residencia que allí tuvo la Santa familia, cuando la crueldad de Herodes la obligó á huir de la Judea. On, hoy dia *Mataryeh*, es una poblacion pequeña, que está á una legua y media del Cairo. Allí se vé, en medio de un vasto jardin, ó mejor dicho, de un bosque de naranjos, un sicomoro, bajo cuya sombra el niño Jesus, Maria y José descansaron. Algunas ramas de las mas considerables, parecen haber sido injertas sobre su enorme tronco, que tiene mas de seis brazas de circunferencia. A cincuenta pasos de este árbol hospitalario, Dios hizo brotar milagrosamente un manantial para apagar la sed del divino Infante, Maria y su esposo José, y por esto se llama hoy *Fuente de la Virgen*; su agua es fina, dulce y agradable, al paso que la de los demás manantiales es muy gruesa y de mal gusto. La Santa familia, despues de su descanso bajo el dichoso sicomoro, se dirigió hácia Memphis,

segunda córte ó residencia de los Faraones, edificada sobre la orilla izquierda del Nilo, y cuyos restos se encuentran entre las miserables aldeas de Bedrecheim, Mit-Rahineh y Memf. Cambises habia ya destruido la mayor parte de sus edificios, pero su total desaparicion se debe á los musulmanes en el año 640 de la era cristiana. Sin entrar en Memphis, dejándola á la izquierda, la Sagrada familia se detuvo, y fijó su residencia en el sitio donde está hoy el Viejo Cairo. Semíramis, á fin de tener siempre en jaque á Menphis, mandó construir sobre la orilla derecha del Nilo, una fuerte ciudadela, que guarneció con soldados babilonios, de donde tomó el nombre de Babylone aquella fortaleza. Los babilonios que quedaron permaneciendo en Egipto despues de la conquista de Cambises, se establecieron en la antigua Leté, y como Leté, al estenderse, se encontró muy pronto comprendida en el mismo recinto que la ciudadela antes citada, el nombre de Babylone quedó comun para Leté y para la fortaleza. Hoy dia se aplica la denominacion de Viejo Cairo á este sitio, en el que permaneció viviendo la Santa familia, hasta la muerte de Herodes. Su morada está incluida dentro del área del monasterio de San Sergio, llamado por otro nombre *Deir-el-Nassara,* y cuyos muros, por su elevacion y espesor, recuerdan los de un castillo de la edad media. En el interior, la iglesia es pequeña, pobre, y sin mas adornos que algunas lámparas de barro ó madera, suspendidas á la bóveda por una cuerda. A cada lado del altar mayor, hay una escalera de doce gradas, por la que se desciende á una gruta subterránea, de veinte piés de larga por doce de ancha. Allí seguramente habitaron Jesus, Maria y José. Por bajo del altar de esta capilla, se vé un cuadro muy antiguo, que representa la Santa familia, sobre la orilla izquierda del Nilo. Este cuadro, sirve de puerta de entrada á una segunda gruta mas pequeña, á la que los religiosos dan el nombre de *horno*, porque tiene en cierto modo la forma de tal, y tambien hacia parte de tan humilde asilo. El P. Sicard, jesuita, habla tambien de la capilla subterránea de San Serapio, y dice: «La tradicion antigua y constante del pais, es que aquí estuvo la morada, en que Jesucristo, Ntra. Sra. y S. José, habitaron todo el tiempo que estuvieron en Egipto, para ponerse á cubierto de la persecucion de Herodes, y así todos los cristianos acuden á visitarla con devocion. Esta iglesia está en poder de los religiosos franciscanos de Jerusalen» Segun Mr. Pousson, lazarista, hoy pertenece á los coptos hereges, pero los PP. de Tierra santa, han conservado el derecho de poder celebrar la misa en la gruta.

En el año 60 de Jesucristo, S. Marcos Evangelista, vino á Egipto enviado por el príncipe de los apóstoles, á predicar la religion cristiana, y fundó la primera de las iglesias patriarcales en Alejandría, que en aquella época era la segunda ciudad del universo. El comercio grande que allí habia, y cuyas ganancias atraian á los escitas, bactrianos, persas, indios, etc., habia hecho de su inmensa poblacion, que constaba de mas de setecientas mil almas, una monstruosa mezcla de todos los errores, y de todas las supersticiones. Pero bien pronto se formó allí una célebre escuela cristiana, que ilustraron los Pantenos, los Clementes, y los Orígenes, contra la cual no podia entrar en lucha la pagana. «El patriarcado de Alejandría, dice el P. Sicard, jesuita, comprendia siete metrópolis, y cerca de ochenta obispados, en el Egipto solo, porque las provincias Pentapolimina, la Libia segunda, la Nubia y la Abisinia, se comprendian tambien bajo este patriarcado. Aunque el tiempo por un lado, y la devastacion musulmana por otro, hayan destruido la mayor parte de estas ciudades episcopales, ó reducídolas á miserables villorrios, se puede muy fácilmente, en medio de ese caos, descubrir el nombre y situacion de cada sede, y distinguir el departamento de cada metrópoli. Los bellos monumentos del cristianismo que aun nos quedan en Egipto, se reducen á ochenta monasterios enteros, y mejor ó peor conservados.

Los que pertenecian á la Tebaida, que hacian un paraiso terrestre de aquellos inmensos desiertos, existen en su mayor parte, así como los de Scete, Tabienne, y Sinai, y ocupan poco mas ó menos el propio lugar que los antiguos. Entre estos asilos de anacoretas, que en su tiempo fueron la admiracion del mundo, los mas notables son los de San Antonio, en el desierto; de San Antonio, sobre el Nilo; de San Pablo, primer ermitaño; de San Macario, de los siros, y de los griegos; de San Pacomio, San Arsenio, San Paese, en Sceta; de San Paese, en la Tebaida; de San Ennodio; del abad Hor, del abad Pithynon, del abad Apolon; el de la Pulla, sobre el Nilo; de Antinoe, de la Cruz, de los Mártires, del Pronóstico, de San Juan, en Egipto; de San Paphnucio, de San Damian de Sinai, y de Raïta, etc. »

Dioscoro, patriarca de Alejandría, al declararse protector de Eutiques, arrastró casi todo el Egipto á su heregia, consumando esta obra de perdicion, el monge Jacobo, por sobre-nombre Zanzalo, que la arraigó mas, y propagó, tanto en Egipto como en Siria. Este Jacobo, consagrado secretamente arzobispo, á su vez luego, ordenó muchos obispos, y su nombre cobró tal reputacion, y fué tan respetado por los eutiquianos de Egipto y Siria, que cambiaron el dictado de su secta, por el de *Jacobitas*, dando en cambio á los católicos romanos, el de *Melkitas*, que significa *Realistas*, de la palabra *Melk*, rey. Como luego despues, los emperadores griegos, esceptuando muy pocos, emplearon su autoridad en hacer que se adoptasen y recibiesen por los disidentes las decisiones del concilio de Calcedonia, de aqui provino que los que les obedecian y seguian la misma fé que aquellos principes, fueron denominados realistas. En cuanto á los *Jacobitas*, su nombre, corrompido despues por los mahometanos, se fué alterando, y acabaron por llamarse *Coptos*, como se dicen hoy dia, contraccion de su primitivo nombre.

La heregia naturalmente, cuando la autoridad la es contraria, conduce inmediatamente á la rebelion, y así los Jacobitas, despues de haber fatigado á los emperadores católicos con sus frecuentes sediciones y levantamientos, debilitando así la fuerza contra el enemigo comun, facilitaron á los musulmanes la conquista del Egipto. Mahoma, hábil político, recomendó á sus sectarios, el que sostuviesen una activa correspondencia con los Jacobitas egipcios. Estos suscribieron á las miras de aquel falso profeta, y recogieron el fruto de su obediencia; porque despues que el califa Omar sometió á su yugo la Siria, su lugarteniente Amru, atacó el Egipto. En seguida, se apoderó de la Babilonia egipcia, y trasformándola, hizo de ella una ciudad nueva á la que llamó *Fostat* (pabellon), y cerca de la cual, Djawar, general del califa Moezz-Ledin-Allah, echó, en 969, los cimientos de Al-Kairah, (la Victoriosa), ciudad nueva, que hoy se denomina el Cairo. La Babilonia antigua, ó séase *Fostat*, ó el viejo Cairo, que los árabes llaman tambien Bulak, se cree fué reconstruida desde el primer siglo de la Egira, así como los dos puertos de Al-Kahirah, ó el Cairo propiamente dicho. Estas tres partes distintas, cuya área toda comprendia la antigua y famosa Babilonia, están distantes unas de otras como una media legua. El Cairo está al norte de Bulak, y el viejo Cairo, al este. Amru, prosiguiendo sus conquistas, se apoderó de Alejandría, el 642, y la posesion de esta capital, le hizo en breve dueño de todo el reino. A los ruegos del célebre Juan el Gramático, estuvo para perdonar de la destruccion á la célebre biblioteca de Alejandría, pero consultando sobre ello al califa, este le dió aquella contestacion célebre: « Si todos esos libros no contienen mas que lo que dice el Coran, son inútiles; y si contienen otra cosa, son peligrosos; y así, que se quemen todos.» Efectivamente, todo aquel inmenso depósito de ciencia, reunido despues de tantos siglos, y que se elevaba, dicen, á mas de 7000 volúmenes, por espacio de seis meses, sirvió para calentar los hornos y los baños públicos, que-

dando reducidos á cenizas, glorioso resultado de la traicion de los Jacobitas.

El califa pidió á su lugar-teniente una descripcion del estenso y rico pais que acababa de someter, para que él, sin verle, pudiese formarse de él una idea aproximada, y Amru le contestó, con una reseña, que es curioso reproducir, tal cual la refiere Volney: «¡Oh, Príncipe de los creyentes! Imaginaos un desierto árido, y una campiña magnífica, en medio de dos montañas, de las cuales, la una tiene la forma de una colina de arena, y la otra, la de un vientre de un caballo flaco, ó el cuello de un camello: hé aquí el Egipto. Todas sus producciones y sus riquezas, le vienen de un rio bendito, que corre con magestad por sus tierras. El período de la subida y del descenso de sus aguas, es tan fijo, como el curso del sol y de la luna. Hay una época marcada en el año, en la que todas las corrientes de agua del universo, afluyen á este rey de los rios con el tributo que la providencia les ha asignado para él, y entonces, su creciente se aumenta, se desborda, y cubre toda la superficie del Egipto, para dejar sobre la tierra un fango que es su mas productor abono. No hay mas comunicacion de un punto á otro, que la que proporcionan ligeros barcos, tan numerosos como las hojas de una palmera. Cuando llega el momento en que las aguas dejan de ser necesarias para fertilizar la tierra, este dócil rio entra en su antiguo cáuce y límites, que el destino le ha prefijado, para dejar á los hombres que recojan libremente el tesoro de abundancia que ha dejado oculto en las entrañas de la tierra. Un pueblo protegido del cielo, y que como la abeja, no parece destinado sino á trabajar para otros, sin aprovecharse él mismo del fruto de sus sudores, remueve ligeramente la tierra ya naturalmente preparada, arroja en ella la semilla, y espera tranquilo su desarrollo; ¡beneficio de aquel sér que hace germinar y crecer las plantas! De esta manera, ¡oh, príncipe de los creyentes! el Egipto presenta á la vez la imágen de un desierto estéril y arenoso; de un plano líquido plateado; de un pantano fangoso y negruzco, y de una amenísima pradera verde como una alfombra; de un parterre lleno de flores variadas y de colores vivos, ó de un sembrado cubierto de mies espesa y frondosa. ¡Bendito sea el Criador de tantas maravillas! Tres cosas, príncipe de los creyentes, contribuirian esencialmente á la prosperidad del Egipto, y á la felicidad de sus dichosos moradores; la primera, el no agravarles mucho con impuestos ni exacciones arbitrarias, hijas de la codicia; la segunda, emplear á lo menos la tercera parte del producto de los tributos que se le impongan, en la conservacion de los canales, puentes, y diques, y la tercera, no imponer contribucion alguna que no sea en especie, sobre los frutos qne la tierra produce. Salud.»

Los consejos de moderacion que con tanto acierto Amru dió al califa, no fueron seguidos por sus sucesores en el mando del Egipto; de aquí, el progresivo estado de degradacion y de desgracia á que ha llegado, bajo la dominacion musulmana, ese pais antes tan rico y floreciente, nuevo y justo castigo de la traicion de los sectarios cismáticos y hereges, que hicieron causa comun con los infieles.

Benjamin, pseudo-patriarca de Alejandría, á quien el emperador Heraclio habia desterrado, volvió á aprovecharse del favor y proteccion de los conquistadores; pero esta proteccion, como comprada por la traicion, no pudo ser duradera. Con efecto, apenas habia transcurrido un medio siglo, y ya los musulmanes hicieron caer el peso de su yugo sobre los jacobitas. Cada vez mas oprimidos y vejados, á mediados del siglo IX, se sometieron vergonzosamente estos sectarios de Eutiques á la práctica de la circuncision, ú obligados por la fuerza, para obedecer á sus tiranos, ó voluntariamente, para ayudarles por una criminal política de condescendencia. De ésta manera, viéndose ya en adelante confundidos en cierto modo con los mahometanos y los judíos, dice el P. Bernat, jesuita, para distinguirse de unos y otros, se marcan sobre la piel del bra-

zo una cruz, picandose con una aguja, y echando sobre las picaduras polvo de carbon, lo cual hace que la marca jamás pueda borrarse, y la cual enseñan, para demostrar que son cristianos. Algunos sabios hacen derivar la palabra coptos, del verbo griego, que significa *cortar*, queriendo entender con esto, que este nombre les proviene á esos sectarios de la circuncision á que se sujetaron; pero el orígen que mas arriba hemos dado á esa palabra, es el mas verosímil, tanto mas, cuanto que el nombre de *coptos* es mucho mas antiguo que la época en que los cismáticos ó hereges eutiquianos adoptaron la circuncision.

El error mas propio y peculiar de estos hereges antiguos y modernos, que es comun á los armenios, á los jacobitas de Siria, á los coptos de Egipto, y á los etiopes, consiste en negar que hay dos naturalezas en Jesucristo, y en sostener además, que las dos naturalezas, desde su union, ya no forman mas que una, y que multiplicar las naturalezas, para ellos, es como multiplicar las personas, que era el error de Nestorio. Aunque sus doctores se han dedicado, y han hecho lo posible para ocultar este error de fé, contrario al dogma cristiano, ellos mismos se contradicen y se descubren á las claras por su terquedad en venerar á Dioscoro como á un santo; en condenar al papa S. Leon y al concilio de Calcedonia, en el que se anatematizó la doctrina de Eutiques, y en desechar absolutamente la espresion católica de las dos naturalezas de Jesucristo. En lo demás, los jacobitas están fuertemente adheridos á los dogmas y santas prácticas que la iglesia católica cree y defiende contra los demás hereges, y así, ellos creen la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, y la adoracion de este sacramento; la devocion á la madre de Dios, que llevan al punto que se puede llevar; el culto de los santos; la veneracion de las imagenes; la necesidad de la confesion secreta y detallada de los pecados; el purgatorio, si bien mezclan en este último dogma algunas fábulas, pero conservando el fondo de la creencia; convienen en que los siete sacramentos fueron instituidos por Jesucristo, y de ellos conservan tambien la materia y formas esenciales, y únicamente hay disputa entre ellos y los misioneros católicos, respecto al vino que emplean para la consagracion, que está sacado de uvas pasas, no tan secas, y algo mayores, que las que se comen en Europa, las cuales meten en agua para que se ablanden y embeban, y espuestas al sol, las prensan en seguida, y el jugo que destilan, despues de reposado, es el vino que consagran. Un respeto mal entendido, y el temor de una profanacion, ha hecho cesar entre ellos la costumbre que se observa, no solamente en la iglesia romana, sino entre todas las demás diferentes comuniones de los cristianos de Oriente, de guardar y conservar la sagrada Eucaristía en los sagrarios de las iglesias, porque dicen, «que una culebra halló una vez, por descuido, ocasion de comerse el pan eucarístico, sobre cuyo estraño acontecimiento, consultado el patriarca, dispuso que el reptil fuese muerto y dividido en pedazos, y que cada uno de los sacerdotes, que habian consagrado aquel pan, comiese uno de aquellos trozos; de cuyas resultas, como el animal era venenoso, murieron todos, y desde entonces, los demás no han querido esponerse á un riesgo semejante.» Han mezclado además otros abusos en la práctica de los sacramentos, y el mas considerable y peligroso, es la dilacion ó aplazamiento del bautismo. Ellos no bautizan jamás fuera de la iglesia, y si el niño está en peligro próximo de muerte, de manera, que no pueda llegar á ser bautizado en el templo, creen suplir el bautismo con ciertas unciones; además, á los varones recien nacidos no los bautizan hasta los cuarenta dias, y á las hembras, hasta pasados los ochenta, y á veces dilatan aun mas este sacramento. Tambien mencionaremos una costumbre introducida aquí en recuerdo del bautismo de Jesucristo. Los coptos tienen, en las mas de sus iglesias, unas grandes pilas ó de-

pósitos, que llenan el dia de la Epifania; el sacerdote la bendice, y mete allí á los niños, y muchos adultos tambien entran dentro del agua, contentándose algunos con lavarse las manos y la cara. En el campo, y á las orillas del Nilo, la bendicion de las aguas, se hace desde la misma orilla; el pueblo se baña en seguida, y algunos mahometanos hacen lo propio, á imitacion de los cristianos.

« Los coptos dice el P. Duvernat, jesuita, así como todos los cristianos del oriente, son grandes observadores del ayuno, guardando cuatro cuaresmas al año. La primera, que llaman la gran cuaresma, es la misma que la nuestra, en cuanto á la época; pero el ayuno es mas largo y riguroso que el nuestro, porque es de cincuenta dias, comenzando desde el lunes de sexagésima. Como los sábados, escepto el de la víspera de Pascua, y los domingos no es dia de ayuno para los coptos, estos cincuenta dias de su gran cuaresma quedan reducidos á cuarenta de ayuno. Durante este tiempo, les están prohibidos la carne, el pescado, huevos y leche, constituyendo todo su alimento las legumbres. Además, están sin comer, beber, y lo que les es mas dificil, sin fumar, hasta despues del oficio divino, ú hora de nona, es decir, tres horas despues de medio dia; pero en el Bajo Egipto, por condescendencia, aquel se adelanta y concluye á la una y media. A esta hora, cada uno come, bebe y fuma á discrecion, mas la costumbre ordinaria es el hacer en seguida una colacion ligera y reservarse para otra comida mas amplia al ponerse el sol. A las dos de la noche se entiende que principia el ayuno para el dia siguiente. La segunda cuaresma es de cuarenta y tres dias para el clero, y de veinte y tres solamente para los demás fieles, y es en la época de adviento. La tercera, tambien desigual para eclesiásticos y seglares, pues para estos, no es mas que de trece dias, es antes de la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y el clero la comienza desde la víspera de la semana de Pentecostés, y así varía de duracion segun la Pascua cae mas ó menos avanzada. La cuarta cuaresma, es antes de la fiesta de la Asuncion de la Santa Virgen y es de quince dias. Hay además otra pequeña cuaresma de tres dias, que precede á la grande, en memoria de los tres que Jonás estuvo en el vientre de la ballena.

« En todas estas cuaresmas, por decirlo así estraordinarias, no hay la misma regularidad que en la de antes de Pascua, porque además de que en estas, el pescado es permitido, no hay hora fija para las comidas, y la costumbre ha hecho que toda la privacion se reduzca, á lo que nosotros llamamos abstinencia, comprendiendo sí en ella los huevos y la leche Sin embargo, la mayor parte ayunan de una manera muy austera en la cuaresma de la Asuncion, privándose del pescado y contentandose con pan, lentejas y algunas frutas. Muchos, por devocion, la anticipan y la hacen de veinte dias, de treinta, etc. Los coptos guardan la antigua costumbre de ayunar los miércoles y viernes, es decir, guardar abstinencia como en las pequeñas cuaresmas.

« Por último no hay entre ellos edad fijada para comenzar á ayunar, y los niños, así que tienen resistencia para soportar el ayuno, están á él sometidos, como los adultos. Unicamente se dispensa este precepto en las enfermedades, y eso cuando absolutamente no se pueda prescindir por otro punto. No se puede esplicar hasta qué grado encarecen los orientales sus ayunos y cuaresmas.

« Jamás ayunan ningun sábado, y si las grandes fiestas, como las de Navidad, Epifania, S. Pedro y S. Pablo, la Asuncion, etc., caen en domingo, sus vísperas no se ayunan.

« Respecto á la sangre de los animales, y carne de los que han sido ahogados ó sofocados, se abstienen de ella, como los judíos, los unos, sin mas razon que así lo han visto practicar desde su infancia, otros porque reputan este alimento mal sano, y otros, por creer, que el precepto de los apóstoles que se refiere en el capítulo XV de los Actos (v. 28 y 29), se estiende hasta el tiempo presente. »

El clero copto está compuesto de un patriarca, con el título de patriarca de Alejandría, aunque tenga su residencia en el Cairo: de once á doce obispos, y de muchos sacerdotes, diáconos, clero inferior, etc., añadiendo á esto las comunidades de los célebres monasterios de San Antonio, San Pablo y San Macario. Despues de la muerte del patriarca, los obispos, los sacerdotes y los principales de la nacion, se reunen en el Cairo para darle sucesor, y como el que obtenga esta dignidad, es preciso que guarde una completa castidad, se escoge entre los monges. Si hay discordancia en la eleccion, en términos que haya dos ó mas que tengan una igual mayoría de votos, los nombres de estos, que hayan obtenido estas mayorías, se ponen mezclados bajo el ara de un altar, en el que por tres dias se celebra misa, pidiendo á Dios haga conocer el mas digno para ser elevado á la cátedra de San Márcos. Pasados los tres dias, un niño de los ordenados, saca una de las cédulas, y el monge en ella designado es el declarado patriarca. Se le vá en seguida á buscar al monasterio donde reside, y despues de haber sido instalado en su dignidad en el Cairo, se le traslada á Alejandría, y coloca en la cátedra de San Márcos. Por lo comun, hay mucha resistencia por su parte, en el monge que se elige para dejar su desierto, y aceptar la dignidad patriarcal.

Los coptos han conservado los obispos, pero en pequeño número, y en cuanto á sus facultades, apenas conservan mas que el nombre de tales. Los obispos están en una estrema dependencia del patriarca, que los elige á su gusto, y si nombra á uno que ha estado casado, queda por esto obligado á la continencia en adelante, sin que por eso se entienda disuelto el matrimonio. En las provincias, estos dignatarios de la iglesia, tan caracterizados en la latina, son una especie de recaudadores del diezmo, destinado para el sostenimiento del patriarca, y cada uno sabe lo que ha de cobrar. El obispo de Jerusalen, cuando ocurre vacante, es el administrador del patriarcado. Este reside igualmente en el Cairo, porque hay pocos coptos en Jerusalen, y se contenta con presentarse en la ciudad santa una vez al año, y celebrar allí los santos misterios.

Los simples sacerdotes pueden ser casados, y no están obligados á guardar la continencia; sin embargo, hay algunos entre aquellos, que ni lo han sido ni lo son. Los sacerdotes coptos casados, no demuestran mucho entusiasmo por su esposa, y á veces hay que obligarlos á que la reciban en su casa. Este alejamiento de sus mugeres, se le inspira el temor de la pobreza. Como generalmente los sacerdotes se sacan de la parte del pueblo, que no subsiste sino de su trabajo, creen que su nuevo ministerio les absorverá mucha parte del tiempo que necesitarian emplear en otra cosa, para el sosten de la familia, tanto mas, cuanto que la iglesia apenas les dá nada por su cargo.

Por esto podrá cualquiera formarse una idea de la ilustracion del sacerdocio copto, sacado de hombres que dejan un oficio á la edad de trienta años, para ser, sin otra instruccion, ministros de Jesucristo. Como sepan leer el copto, esto basta para ordenarles de sacerdotes, porque el oficio divino se hace en esa lengua que casi ninguno de ellos la entiende. De aquí procede, que en los misales, el árabe está en la misma hoja, al lado del copto, y las epístolas y evangelios de la misa se leen tambien en árabe. La necesidad les obliga luego á volverse á ocupar en su antiguo oficio, y siguen en su trabajo, y mejor aun, si les es posible, no esponerse durante él á la vista del público, y hay algunos que no tienen inconveniente en mostrarse sin reserva alguna en su taller, escusándose con que S. Pablo recomienda el trabajo manual á los sacerdotes; pero no piensan, al mismo tiempo, en otras consideraciones de decencia, que estos sacerdotes se dispensan á sí mismos de guardar. Hay entre estos muchos, sin embargo, que esclusivamente se emplean en la instruccion de niños, á los que enseñan

á leer en árabe, y en copto, si pueden, y les hacen aprender el catecismo; pero ninguno sabe anunciar públicamente la palabra de Dios, ya sea por incapacidad, ó ya por timidez; jamás se les vé en el púlpito, y así no hay mas predicadores en Egipto, que los misioneros.

Apesar de ser tan escaso el mérito y darse tan poca dignidad, los sacerdotes coptos son generalmente respetados, y las personas mas distinguidas de la nacion se inclinan al encontrarles, les besan la mano, y les ruegan la pongan sobre su cabeza. Aunque los sacerdotes son escogidos de la clase de artesanos, no quiere decir esto que de un lego ó seglar se haga de repente un sacerdote. Antes del presbiterado, se les confiere el órden de diáconos, lo que algunas veces se hace á niños de seis á ocho años, y como estos están obligados á asistir á la celebracion de la misa, estos pequeños diáconos están siempre dispuestos á eso, y otros servicios que prestan á la iglesia, mientras que los grandes se ocupan en ganar su vida.

Los coptos, así como los griegos, no reconocen mas órdenes sagradas, que el episcopado, el sacerdocio y el diaconado. Los subdiáconos no entran en el santuario, y se están á la puerta, cuando leen las profecías y las epístolas; de aquí viene, el que á estos se les llame comunmente diáconos epistolarios, á diferencia de los otros que se dicen diáconos evangelistas. De las restantes órdenes menores que reconoce la iglesia latina, los coptos no tienen mas que la de lector. De todos modos, la iglesia copta tiene eso de edificante, y es, que el órden gerárquico se conserva perfectamente en ella. Los obispos están sometidos al patriarca, y los sacerdotes á los obispos. El cisma no ha podido hacer borrar enteramente el respeto á la iglesia romana. El patriarca se gloría de ser sucesor de S. Márcos; reconoce que el papa es el sucesor de S. Pedro, y anualmente solemnizan los coptos una fiesta de la superioridad de S. Pedro, sobre los demás apóstoles. Toda la nacion honra al sacerdocio, y la autoridad del patriarca es tan grande y respetada, que él por sí, termina todos los asuntos eclesiásticos.

Los monasterios se llenan de monjes, que renuncian quizá por afeccion á los bienes y goces de la tierra; pero de hecho, los que allí entran, á poco ó nada tienen que renunciar. Los monasterios de religiosas, propiamente hablando, no son sino hospicios, ó especies de retiros para mugeres pobres, viudas la mayor parte, que no tienen con qué subsistir en su casa. Todos estos monasterios no tienen mas fondos que las limosnas de los fieles; pero estas son mayores de lo que corresponde á la condicion y estado de los que las hacen, y por otro lado, la vida es muy frugal en los monasterios, y acarrea poco gasto. [1]

A estos detalles sobre los coptos, añadiremos algunas palabras sobre los melquitas. Los primeros pretenden injuriar á los segundos, apellidándoles con ese nombre, que significa que estos no tienen mas religion que la del príncipe que les manda. Los melquitas están enteramente adheridos por la doctrina y por los ritos á la religion de los griegos, cuya lengua usan en el oficio divino. Su especial patriarca, con el título de patriarca de Alejandría, reside en el Cairo, donde no tienen además ningun otro obispo. Únicamente, como ellos poseen el célebre monasterio de la Transfiguracion, en el monte Sinaí, el abad de esta casa tiene el título de arzobispo, y se cree independiente del patriarca.

Los coptos se anuncian en el Egipto, como los indígenas del pais, descendientes de los antiguos egipcios, que tuvieron por reyes á esas séries de Faraones, y que en adelante, sufrieron el yugo de los persas, griegos y romanos, de los emperadores de Constantinopla, y últimamente de los musulmanes; pero lo mismo hay egipcios de pura raza entre los melquitas, que hay griegos de puro orígen entre los coptos. Porque verdaderamente, no puede admitirse, que en la agitacion en que el Egipto se encontraba despues del concilio

de Calcedonia, todos los griegos precisamente, y sin escepcion, se declarasen á favor del concilio, y los egipcios solos, en contra. Esta unanimidad de los griegos en Egipto, seria tanto mas admirable, cuanto que en las demás provincias del imperio, y aun en la Grecia misma, no habia acuerdo entre ellos. Los primeros patriarcas jacobitas, así como sus mas entendidos doctores, fueron griegos, y la historia no nos presenta el mas ligero vestigio, de esta pretendida division, entre el modo de pensar de ambas naciones. Por lo tanto, la distincion entre melquitas y coptos debe referirse, no á la diversidad de orígen, sino á la de los sentimientos y creencias; y el nombre de coptos, así como el de melquitas, no es mas que un nombre de secta, sin diferencia de razas.

Así pues, los PP. de Tierra santa, párrocos natos de todos los europeos católicos, que residen en Egipto, se encuentran establecidos en Damieta, Rossetta, Alejandría, y en el Cairo, luchando siempre con la heregía eutiquiana de los coptos, y con el islamismo intolerable de los musulmanes, siendo de notar, que así como los demás establecimientos católicos de oriente, están bajo la proteccion de la Francia, el monasterio del Cairo, lo está bajo la del Austria. La familia de Tierra santa ha llegado á poseer en oriente, hasta veinte y cuatro conventos, ó establecimientos, comprendiendo la capellanía de embajada de Constantinopla. De casi todos ellos hemos dado razon en esta estadística, que basta á nuestro entender, para hacer ver los inmensos servicios, que han hecho y hacen á la religion, los humildes hijos de S. Francisco, y terminamos este cuadro, con el origen de los religiosos que pueblan, en este momento que escribimos, las residencias de Palestina y Siria. En Nazaret, Belen y en Jerusalen, los religiosos que allí hay, son italianos y españoles; esclusivamente españoles, en San Juan del Desierto, en Rama, Jafa y Damasco. En los demas puntos, son italianos.

CAPÍTULO XVIII.

Mártires en Egipto y en Siria. — Misiones en Anatolia, en China y en Armenia. — Persecucion contra la familia franciscana de Tierra santa.

Despues de la reseña general que en los cinco capítulos anteriores hemos hecho, sobre las misiones de Tierra santa, vamos á reanudar la relacion cronológico-histórica de los acontecimientos, que dejamos pendientes en el 1342, en que nos detuvimos, para agrupar en un solo cuadro, el conjunto de los principales detalles sobre los Santos lugares. Aun tendrémos ocasion, en sus respectivas fechas, de aclarar algunos hechos, y de añadir algunos rasgos á la anterior descripcion, que hemos dejado imperfecta. Pero harémos ver sobre todo, que los franciscanos, en presencia del islamismo, del cisma y de la heregía, han rendido á la verdad católica el testimonio público de su sangre. Un ejemplo de esto nos lo dará el año 1345.

El hermano Adan, religioso de la provincia franciscana de Francia, y predicador célebre, contribuyó con sus exhortaciones á que el hermano Livin abrazase el instituto de S. Francisco. Grandes progresos hizo en poco tiempo el discípulo, en ciencia y en piedad, bajo la direccion de semejante maestro; pero al honor que se le propuso de enseñar la teología, prefirió el constante estudio de las virtudes cristianas, y los mas humildes ejercicios de la vida religiosa. Habiendo acompañado á Adan á Palestina, vivió algun tiempo con él, en el convento de Monte-Sion, en el que su santidad se puso muy en relieve. Una noche, mientras que Livin meditaba con profunda aplicacion sobre el esceso de amor que Jesucristo demostró en el Cenáculo, con la institucion del Santísimo Sacramento, tres globos de fuego, de repente se aparecieron sobre los terrados de la iglesia, dando lugar á creer á los musulmanes, que se habia declarado un incendio en el convento; pero al quererlo averiguar, no se encontró mas, dentro del templo, que al her-

mano Livin extasiado. De Jerusalen, pasó luego al Cairo, para subvenir á las necesidades espirituales de los cristianos que se encontraban en esta capital del Egipto. La santa Virgen, que se le apareció muchas veces, le habia prometido la palma del martirio; pero como á aquella sazon los cristianos vivian pacíficamente tolerados entre los infieles, no podia pensarse que se presentase ocasion de que Livin llegase á derramar su sangre por Jesucristo. El celoso misionero, se puso entonces á discurrir si le seria permitido, sin pasar por suicida, aventurarse á entrar en alguna mezquita, ó predicar en público contra el Alcoran, delitos ambos, entre los mahometanos, que ordinariamente se castigan con la muerte. Meditando sobre ello, compuso sobre esta cuestion un tratado, en el cual, despues de haber discutido las razones en pro y en contra, adoptó la resolucion afirmativa, autorizándose con el ejemplo de muchos mártires, que de propósito, hicieron demostraciones en defensa de la fé, con la seguridad moral de que les costaria la vida, sin creerse por eso homicidas de sí mismos, y fundándose además, que en el caso que él queria ensayar, la sancion mahometana no habia sido aplicada siempre de la misma manera. Despues de haber establecido el punto de doctrina, que sometia al juicio de la Iglesia entró un viernes en una mezquita, y alzando su voz en medio de los infieles que allí habia reunidos, incluso el sultan mismo, Livin les dijo, que sus preces eran inútiles, sin la fé de Jesucristo, y dirigiéndose al sultan, le propuso el misterio de la Santísima Trinidad, y le exhortó á recibir el bautismo, y á detestar la impiedad de Mahoma. Como se espresaba en francés, los musulmanes no le comprendieron; pero no faltaron algunos renegados, que interrogados por el príncipe, le ocultaron la verdad por un sentimiento de compasion hacia Livin. Pero este, de repente, aunque no sabia el árabe, renueva con el mayor fuego su alocucion en esa lengua, inspirado por el Espíritu Santo. Comprendiéndole entonces el sultan, se arrebató en cólera al ver tal atrevimiento, y sobre la marcha le condenó á muerte; pero pensando luego que podria hacer cambiar de idea al confesor de Jesucristo, prometiéndole honores y riquezas, suspendió la ejecucion de la sentencia, y le convidó con las mas brillantes proposiciones, si dejaba su religion, recibiendo la siguiente respuesta de Livin: «Vos me prometeis bienes perecederos si consiento en seguir la ley de Mahoma; yo en cambio os prometo la vida eterna, si quereis creer en Jesucristo.» El trage pobre y humilde del misionero, y la palidez de sus facciones, alteradas por las austeridades, hicieron por un momento creer al sultan, que el hambre y la miseria habian alterado su razon, y consiguiente á esta idea, le entregó á un musulman para que le tuviese en custodia con órden de reparar sus fuerzas por un abundante alimento. En los dos dias siguientes, sábado y domingo, siguió predicando con el mismo celo contra la ley de Mahoma, suplicando á Dios, al mismo tiempo, le diese valor para el martirio. Esta constancia, le valió los mas groseros ultrajes y crueles tratamientos, hasta que llegando para él, el tan deseado momento, le fué cortada la cabeza en la plaza pública. Al saber el martirio de Livin, el hermano Adan, que se hallaba en Jerusalen, tuvo la mayor pena de no participar de la corona de su amado discípulo. Muy luego fué consolado por Livin, que se le apareció cuando estaba orando en la iglesia. El bienaventurado mártir le dió la seguridad de que le seria igualmente concedida que á él la gracia de morir por la fé, y le enseñó un libro, verdadero libro de vida eterna, donde estaban escritos los nombres de todos los franciscanos que ya habian recogido, ó que debian mas tarde recoger la palma del martirio.

El mismo año, y en la misma ciudad, otro franciscano aceptó generosamente la muerte. Fray Juan de Monte-Pulciano, se encontraba en el Cairo, á la sazon que un cristiano genovés renegó del cristianismo, en abril de 1345. El religioso fué al punto á ver en secreto á aquel desgraciado, á quien hizo muy pronto

reconocer su falta, en términos, que de perjuro, el renegado llegó á ser mártir. Despues de haber recibido los sacramentos, retractó este públicamente en la mezquita todo cuanto habia dicho y hecho en menoscabo de su religion. Esta confesion tuvo por inmediata consecuencia, como era de suponer, una série de tormentos, seguida de una sentencia capital. Pero antes de ejecutarla, llegaron á saber los musulmanes, que el hermano Juan habia sido el instrumento de su conversion. Sin mas averiguacion, prendieron al franciscano, juntándole con el renegado convertido, y nada omitieron de promesas y amenazas para hacerles cambiar á uno y otro. Viendo estrellados todos sus esfuerzos en la constancia de ambos confesores, cortaron primero la cabeza al genoves, y dividieron al hermano Juan en dos trozos de alto á bajo. El misionero tuvo así la alegria de ver á su discípulo subir al cielo, y la gloria de seguirle.

La jurisdiccion del sultan de Egipto se estendia sobre la Tierra santa y toda la Siria. En la Anatolia, al frente de Grecia, el poder débil entonces de los turcos otomanos, se iba desarrollando de una manera terrible. Era ya suya Esmirna, ciudad llamada en otro tiempo la *Corona de la Jonia* y el *Ornamento del Asia*. Segun una tradicion embellecida por la fábula, queriendo una vez descansar Alejandro el Grande de la fatiga de una partida de caza, se detuvo sobre el monte Pagus, y contemplando desde su altura el buen punto de vista que desde allí se disfrutaba, resolvió edificar allí mismo una ciudad para los esmirneos, diseminados entonces en la llanura y valles comarcanos. La construccion de esta ciudad, comenzada mas de 300 años antes de Jesucristo, por Antígono, uno de los generales de Alejandro, fué terminada por Lisimaco. Sean estos, ú otros mas anteriores, los fundadores de esta memorable ciudad, lo cierto es, que la situacion llena completamente cuantas ventajas apetecian los griegos para sus poblaciones principales, es decir, un sitio elevado que les protegiese de los ataques de los enemigos; canteras cercanas para la construccion de bellos y fuertes edificios; un plano inclinado, que permitiese construir en forma de anfiteatro, para que así, á un golpe de vista, resaltase la belleza y magnificencia de las casas particulares y de los establecimientos públicos. Hé aquí, segun Estrabon, lo que era Esmirna en tiempo de Augusto: «Una parte de sus casas, dice, y la mas considerable, está construida en la montaña. Sus magníficas calles, tiradas á cordel y enlosadas, se cruzan en ángulos rectos. Esta ciudad, tiene soberbios pórticos, una biblioteca pública y un monumento dedicado á Homero, por creer los esmirneos, que su patria fué la cuna de ese gran poeta. Entre las ventajas que disfruta Esmirna, deben contarse, el Meles, rio que baña sus muros, y su puerto que se cierra y abre á voluntad.» ¡Qué distante está esa descripcion de la ciudad actual! Desde luego, el puerto no está cerrado; pero su entrada se halla defendida por un castillo, bajo cuyos fuegos han de pasar los barcos. No lejos de esta fortaleza, que nada tiene de notable, se elevan á la parte del sud, el monte Mimas, y á la otra estremidad de la rada, el monte Sypilus, tras del cual se oculta Magnesia (Pl. XXXV, n.º 1.) El Meles, tan celebrado por los poetas, corre manso detrás del monte Pagus, se subdivide despues en arroyuelos que fecundizan algunos jardines, y se pierde luego en el mar. Su alveo está seco en los calores del estío. El gimnasio, el templo de Cibeles, la biblioteca, la estátua de Homero, y los magníficos pórticos y grandes calles, todo ha desaparecido, y á escepcion de la de los Francos, las demás calles de Esmirna son mal cortadas, sin empedrar, y tan estrechas algunas, que un camello apenas puede pasar. En la cumbre del monte Pagus, se vé un viejo castillo en ruinas, cuya construccion se remonta, á lo mas al siglo XIII, y en uno de los muros de esta ciudadela se vé empotrado el busto de una muger, que unos bautizan con el nombre de la amazona Esmirna, y otros por una cabeza de Apolo. Al salir de estas ruinas, en la pendiente de la colina,





se vé un solar en que dicen que estuvo una capilla y el sepulcro de S. Policarpo. En cuanto al anfiteatro, donde el santo fué arrojado á las fieras, el tiempo ha borrado hasta sus menores vestigios, que pudieran atraer nuestra veneracion. Unicamente consta por la historia, que la hoguera en que fué quemado el santo, se puso en lo alto de la colina, cuyas llamas, vistas á lo lejos, tenian la apariencia de una vela de navío ligeramente inflada por el viento, que pareciendo descender desde las nubes, envolvian al santo como con una especie de manto.

La iglesia de Esmirna, tuvo probablemente su principio el año 54 ó 55 de la era vulgar, siendo considerado S. Policarpo, discípulo de S. Juan, no solo como su primer patron, sino como el misionero, especialmente encargado por los apóstoles, de predicar el evangelio en aquella célebre ciudad. Algunos creen que este santo no fué el primero, sino el quinto obispo de Esmirna, cuya opinion se concilia con la de gran número de autores, para quienes el santo es el *Angel* de esta iglesia que S. Juan menciona en su Apocalipsis. Lo que sí es cierto, y es un título de gloria para esta iglesia, es, que de los siete obispos de Asia, á los que Jesucristo habló por la boca de su discípulo querido, el *Angel* de Esmirna es el único á quien no dirige algun reproche. Los *diez dias de sufrimientos* predichos á esta ciudad, fueron interrumpidos, por la conquista que de ella hicieron los cristianos, récobrándola de los turcos el 1344, y entonces se purificaron sus templos profanados, y se celebró en ellos el oficio divino. Esmirna fué el último teatro del celo apostólico de Venturino, nacido en Bérgamo, en 1304, uno de los mas ilustres predicadores del órden dominicano. Despues de haber anunciado con gran éxito la cruzada contra los turcos, anunció el evangelio á diferentes pueblos del oriente, acercándose á algunos príncipes, entre otros, al rey de Rascia (Servia), invitándoles con razones á que abandonasen el cisma y se reuniesen á la iglesia romana, despues de lo cual pasó á Esmirna, en compañía del primer arzobispo latino de aquella ciudad, al que siguieron otros ocho del mismo rito, desde 1346 á 1365, que volvió á entrar en poder de los turcos. Cuanto mas espuesta se hallaba aquella poblacion recien conquistada al furor de los bárbaros, mas acreció el celo de Venturino para fortificar á sus habitantes en la fé. No contento con darles el pan de la divina palabra, les servia por su mano en sus enfermedades, y noche y dia se le veia cerca de los enfermos, dispensándoles y proveyéndoles á sus necesidades espirituales y temporales. Tanto trabajo, unido á la consiguiente falta de salud, abreviaron los dias de su vida, que terminó el 28 de marzo de 1346. Los fieles honraron su memoria, dándole culto como á santo, el que continuó, segun dicen, hasta que Esmirna recayó en poder de los infieles. Llegado este caso, los franciscanos llevaron allí su celo. Los hermanos Pedro de Fano y Ponce Santareli, quedaron allí para consolar y fortificar á los cristianos.

Los prósperos sucesos de los cristianos en Anatolia, sugirieron en Siria, al gobernador egipcio de Damasco, la idea de acusar de traicion á los cristianos de esa ciudad, suponiendo que habian conspirado para hacerse dueños de ella. Unido esto á las riquezas que les procuraba el comercio, y que escitaron la codicia del gefe musulman, recurrió, para apoderarse de ellas, á la mas horrible persecucion, hija de una calumnia. Habiendo él mismo, ú otro por su órden, puesto fuego á dos cuarteles de la ciudad, en 1351, imputó á los cristianos este incendio, á favor del cual, decian, los fieles, contaban apoderarse de Damasco. La violencia de los tormentos arrancó á algunos, aunque inocentes, la confesion que se les exigia por ese medio tan horrible, y esto bastó para implicar la culpabilidad de todos los cristianos. En situacion tan crítica, sucedió lo que el astuto gobernador habia previsto, pues muchos, para huir de esa responsabilidad de que se les culpaba, se sometieron á pagarle sumas inmensas, que acrecentaban su fortuna. A

otros, que nada ó poco tenian que dar, se les propuso la alternativa de renegar de Jesucristo ó de morir crucificados. Si entre estos hubo algunos apóstatas por cobardía, hubo en cambio muchos mártires, y el especial heroismo de veinte y dos católicos, recuerda el igual de las primeras persecuciones de la Iglesia. Clavados en la cruz, estos confesores de Cristo, vivieron de ella pendientes tres dias, hasta que puestos sobre camellos se les hizo pasear en igual forma varios cuarteles de la ciudad. (P. XXXV. n.° 2.) Para mayor tormento, el padre crucificado, tenia delante al hijo renegado, y vice-versa, y los apóstatas solicitaban con lágrimas á su hijo ó padre, mártires, á que se librasen de los tormentos profesando el islamismo; pero estos héroes, viendo que los tentadores eran sus mas próximos parientes, los rechazaban con mas indignacion. «¿Aun no os basta, les decian, la vergüenza y el dolor que nos causa vuestra cobardía, que intentais aun querer arrebatarnos la felicidad eterna, de que vosotros mismos os habeis privado? Nuestro mayor tormento es la suerte que os espera, pues los demás sufrimientos que tenemos, lejos de sentirlos, nos complacemos en ellos, por la semejanza que tienen con los de nuestro Salvador.» Con estos heróicos sentimientos, espiraron estos mártires, á la vista de los infieles, casi enternecidos. El sultan de Egipto, informado despues de la bárbara conducta del gobernador de Damasco, mandó que fuese hecho cuartos.

A fines del año 1353, el franciscano Juan de Florencia, cuyos trabajos y predicacion en la China dejamos atrás mencionados, se presentó al papa Inocencio VI, de parte del Kagan, á pedirle nuevos apóstoles de la fé cristiana, que el príncipe declaraba en sus cartas ser buena y aceptable. Lleno el pontífice de alegría, escribió, en 1354, al capítulo general de los Menores, para que eligiesen algunos religiosos dignos de ser instituidos obispos, pero los disturbios que á poco sobrevinieron en Tartaria, no permitieron tuviese efecto esta mision.

La Armenia reclamaba sin cesar del pontífice romano, ausilios contra la agresion y tiranía de los infieles, y su rey Leon mandó con este objeto á Benedicto XII, dos embajadores, uno de ellos el hermano Daniel, franciscano, y el papa les remitió la lista de los errores que sabia estaban acreditados entre los armenios, disponiendo al propio tiempo, que el Católico y los obispos, se reuniesen para purgar esta iglesia. El rey Gui, envió á su vez á Clemente VI, al franciscano Antonio de Valencia y á Jorge de Segio, á mas de dos obispos, y á Daniel, vicario de los Menores en este pais, para asegurar al pontífice, de que la fé no estaba de todo punto, ni en todas partes alterada. Con el fin de estirpar los errores que la desfiguraban, Clemente VI hizo marchar á la Armenia, en calidad de legados apostólicos, á los franciscanos, Antonio, obispo de Gaeta, y Juan, electo obispo de Coron. El primero murió á su vuelta; pero Juan, presentó al papa en Aviñon una profesion de fé, emanada del Católico, no tan clara, que evitase la necesidad de pedir sobre ella algunas esplicaciones á los prelados orientales.

Mientras que la santa sede se esforzaba por todos los medios en atraer á su redil á la Armenia entera, los hermanos-unidos, reducidos por la incesante persecucion musulmana á un pequeño número, y á la mas estremada pobreza, viendo las consecuencias de su aislamiento, juzgaron que el único medio que les quedaba para sostenerse y ser mas útiles á los progresos de la religion, era el unirse y no formar en adelante mas que un solo cuerpo con la órden de Santo Domingo, con la que les unian tantos lazos de fraternidad. En su consecuencia, enviaron desde el 1355, á dos religiosos, Tomás y Eleuterio, á Roma, á fin de obtener del papa y del general de los predicadores, que este recibiese bajo su jurisdiccion sus personas y sus bienes. Su demanda fué favorablemente acogida, y Simon de Langres, vigésimo primero general de los dominicos, dió su consentimiento con aprobacion del papa Inocencio VI, por bula de 30 de ju-

nio de 1356, que sancionó esta fusion. Eleuterio fué nombrado superior de la congregacion de los hermanos-unidos, como vicario del general, y el papa consagró á Tomás como arzobispo de Nakhivan. Desde entonces, la órden de Santo Domingo, continuó en mandar de tiempo en tiempo algunos de sus religiosos á Armenia, unos en calidad de misioneros, otros para sostener y dirigir á la congregacion, y alguno para ocupar la sede de Nakhivan, y muchos de estos, segun el testimonio del teatino Clemente Galano, despues de innumerables fatigas, han regado esa mies, no solo con sus sudores, sino á veces, con la sangre que han derramado confesando la fé de Jesucristo.

En 1358, y años siguientes, los dominicos, que anunciaban el evangelio entre los infieles, idólatras, mahometanos y cismáticos, tuvieron bastantes mártires. Esta gloria no faltó tampoco en ese mismo año á la familia franciscana de Tierra santa.

Un caballero húngaro, llamado Tomás, por conciliarse el favor del sultan de Egipto, y fomentar así su ambicion, sacrificó á esta su religion, y abrazó el islamismo. El recuerdo de su antigua creencia, le guió á visitar en la semana santa, los santuarios de Jerusalen, en ocasion que una piadosa florentina, llamada Sofia Felipa de los Arcángeles, acababa de dotar un hospicio para los peregrinos, cuya direccion dejó, despues de su muerte, encomendada al guardian de Monte-Sion. Aquí fué donde se hospedó el renegado, y aquí donde el P. Nicolás de Monte-Corvino le habló tan al alma sobre la gloria del paraiso, reservada á los fieles creyentes, y los tormentos del infierno, inevitables para el apóstata, que subyugado y conmovido Tomás, por las razones del franciscano, se convirtió á la fé, y detestó el mahometismo. Preguntándole entonces al religioso, qué reparacion debia hacer para borrar el escándalo de su apostasía, el misionero le contestó con firmeza: «Puesto que públicamente habeis renegado de la religion cristiana, públicamente debeis tambien confesarla, sosteniendo, que Jesucristo es realmente Dios; que el evangelio es verdadero, y que el Alcoran no es mas que un emponzoñado orígen de error.» El caballero objetó, que semejante paso traeria consigo la muerte. «¿No sabeis, repuso el misionero, que debeis morir tarde ó temprano? Dios os concederia el mas insigne favor si perdiéseis la vida, en testimonio de la fé, ¡y quién teme la muerte cuando ella abre las puertas del cielo!» — «Lejos de temerla, ya la deseo, contestó Tomás, únicamente, considerando mi debilidad, temo que mi resolucion no titubee, sino tengo á mi lado persona que me aliente.» Lleno entonces el franciscano, de la caridad mas tierna y mas ardiente, le preguntó de nuevo: «¿Estais resuelto á confesar en público, que Jesucristo es Dios, y su religion verdadera, si por su amor yo os acompaño, y me espongo á igual riesgo que vos?» — «Prometo á Dios, y á vos, contestó Tomás, que si me acompañais valerosamente, confesaré á Jesucristo, y en presencia del sultan, detestaré los impíos errores de Mahoma.» Una vez ambos convenidos, los PP. Francisco y Pedro, religiosos de la misma provincia que Nicolás, animaron mas al renegado convertido, y quisieron acompañarle tambien al Cairo, á fin de sostener su generosa resolucion. La llegada de estos religiosos, alarmo la inquietud de los comerciantes europeos, que al saber el objeto de su venida, les suplicaron encarecidamente se alejasen por no ser causa de una persecucion que envolviese á todos los cristianos del Cairo; pero los hijos de S. Francisco, superiores á ese temor, persistieron en hacer el sacrificio de su vida temporal, por la gloria de Dios ultrajada con la apostasía de Tomás. Como este último era muy conocido del sultan, no tuvo este inconveniente en recibirle, junto con sus compañeros, el domingo de pascua de 1358. «Aunque indigno de la misericordia divina, dijo Tomás al sultan, por haber renegado de Jesucristo, verdadero Dios y hombre crucificado por nuestra salvacion, y aunque me entregué al demonio y á Mahoma; el Señor se ha vuelto á mí en su clemencia, y me ha abierto los ojos á la

luz de la verdad, cuando antes estaba ciego, y así, como sugetado por el mal espíritu, he renegado de mi Dios ante vos: delante de vos mismo, por lo tanto, vengo á declarar mi conversion, añadiendo á la confesion de mis errores, que vuestra ley es falsa, y que la de Jesucristo es vêrdadera, y el único camino de salvacion.» Asombrado el sultan, y profundamente conmovido con las palabras de un hombre á quien particularmente estimaba, y que deseaba retener en su servicio, se contentó con decirle: «No tengo duda, que estos religiosos que veo aqui presentes, son los que te han aconsejado semejante locura.» El P. Nicolás contestó en seguida con firmeza. «No somos nosotros los que le hemos determinado á dar este paso, ha sido la gracia de Jesucristo por nuestra mediacion.» Y en seguida lleno de fervoroso espíritu, habló por largo tiempo sobre la divinidad de la religion cristiana, y lo falso del islamismo. El sultan le escuchó con tranquilidad, y después que terminó su esposicion de fé, dirigiéndose á los otros hermanos Francisco y Pedro, les preguntó, qué les parecia todo lo que su compañero acababa de esponer, y ellos contestaron, que la creencia de Nicolás, era la suya, é idénticas sus convicciones. Al punto ordenó el príncipe se pusiese en prision á los tres religiosos; pero á Tomás en un calabozo particular, esperando atraerle á su voluntad, una vez aislado y privado de sus instrucciones y consejos. Promesas, amenazas, todo fué inútil para hacer retroceder de su propósito á Tomás, fortificado interiormente por la gracia de Jesucristo, que los religiosos pedian incesantemente para el desde su calabozo; á todo respondió constantemente que no podia hacer traicion á su Redentor, ni desertar de la verdadera fé, fuese próspera ó adversa la suerte que se le reservase. Pocos dias despues, los cautivos fueron presentados ante el sultan de Egipto, quien dirigiéndose desde luego al caballero, le preguntó si persistia en su resolucion. «Confieso de todo corazon á mi señor Jesucristo, y su evangelio, y abjuro y detesto la maldita ley de Mahoma; contestó Tomás.» El príncipe se volvió hacia los religiosos y les dijo: «Sabed desde ahora, que si no os retractais de cuanto habeis dicho contra el Alcoran y el Profeta, y si no abandonais la creencia de Jesus para abrazar la nuestra, morireis sin remedio, y morireis como la ley prescribe.» Nicolás, lleno de religioso entusiasmo contestó: «Si temiéramos el morir por nuestra fé, no nos hubiéramos presentado ante vos; pero como aquella es verdadera, y nos promete la vida eterna, poco nos importa la muerte temporal, que nos evitará el perpétuo infierno, justo castigo de Mahoma y de sus pertinaces sectarios.» Transportado de furor el sultan, entregó los cuatro confesores al cadí, quien les condenó á ser hechos cuartos, y luego quemados, el 4 de abril de 1358. Los verdugos desplegaron en esta ejecucion una crueldad salvaje, y los mártires la sufrieron con maravillosa constancia. Tomás, fué el primero martirizado; Nicolás de Monte-Corvino, y los otros dos franciscanos, derramaron su sangre despues de él. Los verdugos se opusieron á que los cristianos recojiesen piadosamente los esparcidos miembros de los mártires; pero una luz milagrosa se apareció de repente, que causó tanto espanto á los infieles, que los primeros tuvieron tiempo para reunir y sustraer á la hoguera los sagrados restos de los cuatro atletas de Jesucristo.

La sangre de los franciscanos, no cesó de correr. La crueldad de los musulmanes, atizada por la perfidia de los hereges, multiplicaban los mártires. El 1362, los hermanos Jacobo de Florencia, obispo de Zeiton, y Guillermo, de la Tierra de Labor, fueron inmolados por los mahometanos de la Media; y los hereges nestorianos, en ódio al nombre romano, hicieron perecer á otros dos franciscanos.

Si el fanatismo hacia mártires, su codicia, interesada en atraer peregrinos, y su política, inclinada algunas veces á las concesiones que reclamaban los príncipes cristianos, autorizaron la fundacion de algunos establecimientos útiles, tales como el hospicio, antes mencio-

nado, erigido en Jerusalen por Sofía de los Arcángeles. A ruego de Inocencio VI, se permitió que se transportasen á tierra infiel los materiales necesarios para su construccion, y á peticion de Pedro, rey de Aragon, el papa permitió se edificase un convento de franciscanos en el valle de Josafat, cerca del sepulcro de la Virgen, y de la gruta de la Agonía, y al sancionar Urbano V esta disposicion de su predecesor, autorizó el transporte de materiales, de Europa á Palestina; pero como la Tierra santa obedecia al sultan de Egipto, la reina Juana de Nápoles, y titular de Jerusalen, escribió sobre esto al príncipe musulman. En 1363, le pidió confirmase á los franciscanos la facultad de residir en los santos lugares y la posesion de los santuarios que les habian sido concedidos; así como el permiso de edificar una iglesia cerca del sepulcro de Maria, y celebrar allí los divinos oficios, como tambien, el no impedir á los religiosos ni á los peregrinos que dispusiesen al morir de lo que poseian, y la autorizacion para guardar en sus conventos provisiones de todo género para alimentar á los cristianos como lo hacian los comerciantes en Alejandría. Todo fué otorgado, pero al mismo tiempo, la persecucion contrastó con la tolerancia, y la tranquilidad no fué completa.

En 1364, predicaba en Gaza, ciudad de Palestina, la antigua capital de los filisteos, (contra los que tan cara vendió su vida Sanson) el hermano Guillermo de Castellamare, siciliano. Segun una tradicion, la Virgen residió allí tres dias en la época de su huida á Egipto. Una hermosa pradera de olivos, sirve de avenida á la ciudad moderna, que presenta desde lejos una risueña prespectiva, que se vá desvaneciendo á medida que se acerca. La existencia de la ciudad antigua se vé atestiguada á lo lejos por restos notables de mármoles, jambas y dinteles, y otras piezas, cuya finura y brillo contrasta en la actualidad con las casas de tierra á que están adheridos, especie de chozas sin ventanas y con techos cubiertos de yerba seca y tierra. Esta ciudad, en rigor, no es sino la reunion de varias aldeas esparcidas, que rodean á una mezquita, un bazar, y la casa del jefe mahometano. Fray Güillermo, que residia allí, sufrió una muerte cruel, pues visto que ni promesas, ni amenazas, ni oprobios de todo género, contrastaban su fé, fué descuartizado en presencia de todo el pueblo, y sus restos fueron reducidos á cenizas, junto con su breviario, pero en cambio, muchos musulmanes, al ver su constancia, abrazaron la religion cristiana. La persecucion se acrecentó á causa de la momentánea ocupacion de Alejandría por los cristianos; suceso que está ligado con el nombre del venerable P. Pedro Tomás, mas célebre por su santidad, que por los grandes servicios que prestó en Oriente en sus diferentes legaciones. Pertenecia este, á la órden del Cármen, cuyo orígen ya hemos indicado, cuando dijimos que desde el Tabor se divisaban las verdes colinas del Carmelo.

«Es notorio, dice Auvergne, arzobispo de Icona, el elogio que del Carmelo hacen las divinas escrituras. Situado en la tribu de Issacar, se le llama *Carmelus maris*, ya porque está á orillas del mar, y ya tambien por distinguirle de otra montaña llamada tambien Carmelo, que está cercana al Hebron. El Carmelo de que aquí hablamos, tiene cerca de treinta leguas de circuito, cubierto de árboles siempre verdes, disfruta de numerosos manantiales, que sostienen la vegetacion, y hay en él varias aldeas y muchas cavernas ó cuevas, que en todos tiempo han sido asilos de piadosos solitarios. Situado el Carmelo entre Samaria y Galilea, tiene el golfo de Acre, al septentrion; las alturas de Nazaret, y la vega de Esdrelon, al levante; las montañas de Samaria, al mediodía, y el mar á poniente. Aquí es, segun la tradicion, de esta parte, y á la estremidad del monte, y en el sitio mismo donde está la gruta llamada de Elias, desde donde ese profeta mandó siete veces á su servidor, el que apercibió al fin sobre el mar, como señal de lluvia próxima, una pequeña nube del tamaño de un pié humano, la que muchos intérpre-

tes miran como una imagen aplicable á Maria, y aquí fué tambien donde el profeta llamó el fuego del cielo, que consumió á dos oficiales y sus soldados. Al pie de la montaña, hay otra gruta, que se dice fué tambien habitacion de S. Elias; es mayor qne la primera, su longitud es de veinte pasos, por diez de anchura, y está como la anterior, tallada en roca viva. A ambas se las tiene veneracion, no solo por los cristianos, sino por los mismos infieles, que respetan mucho la memoria de S. Elias. A cierta distancia de estas grutas, no lejos del mar, está la fuente del profeta, que tiene su nombre, por creerse que hizo brotar milagrosamente el agua. A cinco horas de aquí, siempre en el Carmelo, se enseña el lugar mismo en que descendió fuego del cielo para consumir el sacrificio. Terminada que fué su mision, este santo profeta dejó el Carmelo y se fué á Galgala; y á la orilla misma del Jordan, fué elevado al cielo en una nube de fuego. Por respeto á la memoria de Elias y Eliseo, que ambos habitaron en esta montaña, los hijos de los profetas frecuentaban el Carmelo, y si hemos de creer á una piadosa tradicion se establecieron allí mismo, y tuvieron sucesores. » En el oficio romano del 16 de julio, se lee, que los descendientes de estos discípulos de los profetas, fueron los primeros que abrazaron la fé cristiana, cuando los apóstoles, saliendo del Cenáculo, el dia mismo de Pentecostés, predicaron ya en público la resurreccion del Señor; ellos tuvieron ocasion de conversar frecuentemente con la santa Virgen, y ellos, segun la misma tradicion fueron los que erigieron la primera capilla que se ha dedicado en el mundo en honor de la madre de Dios, hecho que se hace remontar al año 83 de Jesucristo. Al comenzar el siglo XIII, un tal Berthold, reunió á los ermitaños del Carmelo, y Brocardo llegó á ser su superior. Este fué el que solicitó las constituciones de la nueva órden, redactadas por Alberto, patriarca de Jerusalen, y que confirmaron luego, con alguna modificacion. Honorio III é Inocencio IV. San Luis visitó la célebre montaña del Carmelo, y dió principio á una iglesia que sus sucesores terminaron, antiguo y venerable edificio destruido en nuestros dias, y que está reedificándose (1).

(1) La regla que antes tenian los carmelitas que habitaban en el Carmelo era propia de ermitaños y solitarios. Inocencio IV la mitigó de modo que con ella pudiesen vivir en los poblados, por bula de 1248. Diez años antes, ya habian pasado desde oriente á Europa con el rey S. Luis, que los estendió por Francia, y de aquí pasaron á los demás reinos. Los que quedaron en el monte Carmelo, tenian un magnífico monasterio, cuyas ruinas se ven hoy dia, no lejos del que actualmente existe. El otro mas antiguo, en que se dice, que S. Alberto recibió del cielo la regla de los carmelitas, estaba aun mas lejos, legua y media del parage que habitan ahora los PP. Allí permanecieron los ermitaños hasta el 1298, en que los mahometanos levantaron una cruel persecucion contra los cristianos, y despues de quitar la vida á todos los religiosos que habia en el Carmelo, arrasaron casi completamente el monasterio y sus capillas y oratorios, quedando todo aquello abandonado. Sin embargo, Lezana, en sus Anales de la religion del Cármen, dice, que algunos monges griegos siguieron viviendo en el Carmelo por algun tiempo; pero ya en el siglo XVII, estaba todo aquello totalmente desierto, y los santones turcos apoderados de las grutas de los antiguos solitarios. Por el año 1629, visitó el sagrado monte Carmelo el P. Felipe del Espíritu Santo, carmelita descalzo, y al ver aquel abandono y desolacion, determinó fijar allí su residencia y restituir á la órden carmelitana, aquellos sitios consagrados por la presencia de Elias y Eliseo, y de tantos otros profetas. Encontrando muy luego una caverna, que los naturales llamaban aun de S. Elias, la eligió por su habitacion y residencia, dedicándola á S. Onofre. Y dando parte al pontífice Urbano VIII, y buscando la proteccion del señor y dueño de aquel territorio, que se llamaba *Mir-Tarabei* ó príncipe del Carmelo, obtuvo licencia para fundar el convento, que se edificó en seguida en la parte occidental del monte, cerca del pueblo que llaman S. Elias, cuya casa se pobló muy pronto de carmelitas descalzos, y se dedicó á aquel santo profeta, quedando en un todo arreglada en 1633. Fundado el convento, se levantó grande oposicion por parte de los carmelitas calzados, que se creian con mas derecho á la posesion del sagrado monte; pero, al fin, Urbano VIII, por bula de 3 de diciembre de 1633, amparó á los descalzos y les adjudicó para siempre, el esclusivo derecho de permanecer en el Carmelo. Muchas fueron las persecuciones que en un principio tuvieron que sufrir por parte de los moros, pero al fin les dejaron quietos, y cedieron todas las demás grutas y antiguos santuarios del monte, viviendo en él tranquilamente, hasta que en el siglo actual, durante la guerra de los griegos, con la Puerta, Abdallah-Bajá arrasó el monasterio é iglesia bajo el vano pretesto de que los griegos pudieran aprovecharse de él y convertirlo en fortaleza. El Gran señor, conociendo la injusticia mandó al bajá que repusiese el monasterio á su costa, pero esto no se cumplió, y los PP. carmelitas, haciendo una cuestacion en Europa, con los recursos que de ella sacaron, empezaron la obra. El edificio principiado sobre un bello plan, está á la mitad de su construccion, y vista la indiferencia de los cristianos de occidente, es fácil preveer que la obra tardará en concluirse. Sin embargo, ya está bastante adelantado y presenta alguna comodidad.

Con especialidad se dá el nombre de Carmelo á la montaña mas inmediata á Caifa, sobre cuya cumbre está edificado el monasterio y la iglesia dedicada á S. Elias. En ella estuvo mucho tiempo este profeta; en ella reunió al pueblo de Israel, é hizo matar á los profetas de Baal. Dentro de la iglesia, está actualmente la

Tal es la cuna, tal el orígen del órden de carmelitas, que llegó á ser un semillero de celosos misioneros. El hermano Tomás, que fué una celebridad en el siglo XIV, nació en Francia, cerca de Sarlat, en el seno de la indigencia: su mérito le elevó al episcopado, y le fueron confiadas por el pontífice romano legaciones importantes. Habiéndose presentado en Jerusalen, á su vuelta de Chipre, predicó allí públicamente sin que los musulmanes estorbasen su celo. El sultan de Egipto castigó al gobernador por semejante tolerancia, haciéndole cortar la cabeza; mas no pudo hacer lo mismo con el santo, aunque bien lo deseaba, por haber ya dejado á Jerusalen. Nombrado luego despues Pedro Tomás, patriarca de Constantinopla y legado de la cruzada, el 3 de octubre de 1365, fué herido en el sitio de Alejandría, lo que le hace honrar como á mártir, pues esa lesion fué la esclusiva causa de su muerte, acaecida en Famagosta de Chipre, el 8 de enero de 1366. Aunque Alejandría fué abandonada por los cruzados cuatro dias despues de su conquista, la reaccion sin embargo, fué terrible, y la persecucion de los musulmanes contra los misioneros se estendió por toda la dominacion del sultan en Egipto. Doce franciscanos de Tierra santa que estaban en Jerusalen, fueron aprisionados junto con otros cristianos; las incomodidades de este arresto y malos tratamientos consiguientes, causaron su muerte en 1369, á escepcion de uno que les sobrevivió muchos años, pero que, sin que la razon se sepa, los enemigos de la fé le degollaron secretamente. A mas de eso, el hermano Antonio de Rosato, milanés, fué aserrado por medio del cuerpo en Jerusalen. El hermano Francisco, que acababa de confundir á los musulmanes en una controversia pública, en Damieta, confirmó por su martirio la verdad de la fé que habia defendido; la espada de los mahometanos le dividió en dos pedazos.

cueva en que se ocultaba para sustraerse á las persecuciones de Jezabel. Tendrá cerca de quince piés de larga, por doce de ancha. La cueva de Eliseo está un poco mas abajo. Está abierta en la peña, y se dice, que aquí vino la Sunamitis á suplicar al profeta, que resucitara á su hijo. En la parte baja de la montaña hay una caverna, cuya profundidad es de veinte piés, ancha de diez y ocho, y alta de doce. Es de difícil acceso, y se la llama *Cueva de los hijos de los profetas*. Ahora está habitada por un santon. Sobre ella está un campo llamado *de los melones*, por encontrarse allí unas piedras enteramente parecidas á ese fruto, tanto, que parecen melones petrificados. Cuenta la tradicion, que pasando por este campo el profeta Elías, abrasado de sed, pidió al hortelano que los cultivaba, un melon para apagarla. Este hombre no solo se lo negó, sino que le dijo: « Lo que veis y tomais por melones, en realidad no son mas que piedras. » Sobre esto, el hombre de Dios, maldijo el huerto, y desde entonces los melones verdaderos se convirtieron en las piedras de su figura que hoy existen.

Terminaremos esas curiosas noticias que hemos estractado de obras de diferentes autores y viageros, con la etimologia de la palabra *Carmelo*. Esta se encuentra diferentemente esplicada por lo intérpretes. Segun unos, significa *Cordero incircunciso*, segun otros: *Campo cortado ó segado*, y otros la traducen, *Viña de Dios ó del Señor*. (N. del Trad.)

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los dominicos en Abisinia.

Mucho mas arriba del Egipto, cuyo sultan tan cruelmente perseguia á los cristianos, se estendian vastas comarcas y territorios, cuyo estado moral y religioso vamos á esplicar.

Los antiguos han llamado indiferentemente India y Etiopía á toda la estension de terreno, que está mas allá del Egipto, del uno y otro lado del mar Rojo; y lo mismo que la Arabia ha sido llamada Etiopía oriental ó asiática, para diferenciarla de la Etiopía occidental ó africana; igualmente se ha dado el nombre de India al pais que entendemos hoy dia por Etiopía, es decir, la Abisinia y la Nubia.

Siguiendo la tradicion local, poco tiempo despues del diluvio, Cush, hijo de Cam y nieto de Noé, pasó con su familia por el bajo Egipto, entonces inhabitado, atravesó el Atbara, y llegó hasta las tierras elevadas que separan el pais interior de Atbara de las altas montañas de Abisinia. Si se echa la vista sobre un planisferio se verá una cadena de montañas que principia en el istmo de Suez, que se prolonga como una muralla á cerca de cuarenta millas del mar Rojo, hasta que al llegar á los 13 grados de latitud, se divide en dos ramales. El uno, por las fronteras del norte de Abisinia, atraviesa el Nilo, y se estiende, cortando el Africa, hasta la orilla del Océano

Atlantico. El otro, se dirige á la parte de mediodia y tuerce al este, conservando una direccion paralela al golfo de la Arabia, y en seguida, se avanza hácia el sud, por todo lo largo del Océano Indico. Cush y su familia, habitaron por de pronto las cavernas que les presentaba el flanco de estas montañas. Sabemos por Herodoto, que sus descendientes cultivaron las ciencias desde muy antiguo, y con buen éxito, en la isla de Meroe. Bruce, cree que los cushitas avanzaron desde Meroe hasta Tebas, en Egipto, ciudad en cuyos alrededores, asi como en los de Meroe, hay gran número de cuevas, primeras habitaciones de los recien llegados, y que aun son habitadas hoy dia. Mientras que los descendientes de Cush se estendian por el norte y centro de su territorio, sus hermanos, colocados al mediodia, se adelantaban por las montañas, que paralelamente se prolongan al Océano Indico. En todos tiempos fué llamado este pais Saba ó Azab, palabra sinónima de mediodia, y no es que tuviese ese nombre por estar al mediodia de Jerusalen, sino porque estaba sobre la costa meridional del golfo de Arabia, y que partiendo de la Arabia y del Egipto, era la primera tierra al mediodia que servia de frontera al continente de Africa, entonces muy rico y mas importante y conocido que el resto del mundo. Pasado el trópico del sud, encontraron los cushitas en las cadenas elevadas, llamadas montañas de Sófala, mucho oro y plata, en grano puro, sin mezcla, y que no exigia ninguna preparacion para estraerle. Considerados en la India estos preciosos metales, como los mas adecuados para cambiarse por sus mercancias, hicieron muy bien inclinar la balanza del comercio en favor del Africa. Pero las minas y las especerías no hubieran atraido ventajas á los cushitas del sud, si la providencia no les hubiera proporcionado un mensagero, que cuando menos le pensaban, encarriló sus productos.

Era este, una nacion vecina, diferente de aquellos, bajo muchos conceptos; sus individuos eran de cabello largo, fisonomia europea, piel tostada, pero no negra, que se llamaba Changalla. Esta, que hoy dia habita así, como sus primeros padres en las cuevas, fué antes un pueblo sabio y culto, que cayó despues en una ignorancia brutal; pueblo degradado, que sus vecinos cazan hoy como una bestia salvage, en los mismos bosques en que antes vivia en el seno de la libertad, de la magnificencia y del lujo. Esta nacion, mensagera de los cushitas, vivia en los llanos; tenia habitaciones fáciles de transportar, cuidaba de numerosos ganados, y el pais que ocupaba se llamó *Barbaria*, por los griegos y romanos, de la palabra *Berber* que significa originariamente *Pastor*; pero los antiguos escritores que nos hablan de los pastores conocen muy poco á los de la Tebaida, y mucho menos los de la Etiopía. La ocupacion de estos nómadas era la de estender por el continente las mercancías del Africa y la Arabia, y con solo este acarreo, llegaron á ser un gran pueblo, porque, á medida que su comercio aumentaba, creció en proporcion el número de sus ganados y estendian su territorio. La parte de terreno llano, que se prolonga por las orillas del Océano Indico y del mar Rojo, era sumamente necesaria á estos pastores para transportar las mercancías á los puertos de estos mares, y de allí á Tebas, y á Menfis, sobre el Nilo; sin embargo, el principal sitio de su imperio, fué esta parte baja y unida del Africa, que se encuentra entre el trópico del norte y las montañas de la Abisinia. El clima, en esos puntos, es tan bueno y tan arregladas las estaciones, tan abundantes los pastos y tan periódicas las lluvias, que tan notorias ventajas naturalmente indujeron al pastor á elegir su residencia en Bedgya y en Athara, y si bien esto le sometia á la necesidad de cambiar alternativamente de sitio, este inconveniente no era grande, porque huyendo de las lluvias, que en época determinada y constante caian al oeste de las montañas, en cuatro horas de tiempo, podia pasar á la parte opuesta del este, y disfrutar de otra estacion y de toda la brillantez del sol. Los mas belicosos de todos

estos pastores fueron los que antiguamente habitaron las montañas, cuya cadena se estiende desde Massanah hasta Suakin, y se fueron poco á poco estendiendo por todo el pais de Tigre, cuya capital es Axum, y estos se designan en gheez, lengua que se habla en el Tigre, con el nombre de *Ag-azi*, hombres libres.

Independientemente de los cushitas y de los pastores, la Abisinia recibió por habitantes otros muchos pueblos de la Siria y de la Palestina, que llenos de terror á la aproximacion de Josué, buscaron un refugio en una nacion, que el comercio mútuo les habia hecho desde mucho tiempo conocer, por lo cual, la palabra Abisinio, dice M. Eiries, viene de *Abbas-Chi*, denominacion árabe, que indica, que esta nacion es de un orígen múltiple ó mezclado. Aquellos á quienes se aplica, no la aceptan de buena gana, y se llaman á sí mismos en sus libros *Itiopiawani* ó etíopes. Se designan tambien por el nombre de su provincias, como tigrios, de la de Tigre; amhareos, de la de Ambra. El Tigre comprende todo lo que se encuentra entre el mar Rojo y el Tacazze, y el Ambra se estiende, del Tacazze á las orillas del Nilo. Por último, esta division de la Abisinia en dos partes, carece de precision geográfica. Hay otras muchas provincias mas pequeñas contenidas en la primera, é independientes por lo tanto del Tigre; y el Ambra, que dá su nombre á toda la segunda mitad del imperio, no constituye sino su mas corta porcion. Se hablan aquí, sin embargo, infinidad de idiomas diferentes, además del ambaric. En Tigre, no se habla mas que el gheez, es decir, la antigua lengua de los pastores.

Hemos hablado de minas considerables de oro y plata en el pais de Sofala. Se encuentran allí tambien, restos considerables de edificios construidos con piedra y cal. Los habitantes del continente de Africa, y los de la península de Arabia, que les es opuesta, están contestes en decir, que este fué el asiento del imperio de la reina Saba, célebre por el viage que hizo á Jerusalen, y sostienen, que los restos de arquitectura que por aquí se ven esparcidos, junto con algunos otros monumentos, pertenecian á la corte, ó á su principal residencia. Añaden además, que todo el oro, la plata, y los perfumes, procedian de su reino de Sofala, que era el *Ofir* que menciona la Escritura, y que este estado llegaba hasta Aziab, estendiéndose á la vez sobre las costas del Océano Indico, y sobre la del mar Rojo. No nos detendremos en probar, con Bruce, que la reina de Saba no fuese árabe, y sí etiópica, y de la raza de los pastores cushitas. Los árabes sabeos, ó los homeritas, que habitaban la costa de Arabia opuesta á Aziab, eran gobernados por reyes y no por reinas, al contrario que los pastores, que no tenian mas que reinas. A mas de eso, los reyes de los homeritas no salian jamás de su pais, y si se les veia en público, se les apedreaba, y un pueblo que trata así á sus soberanos, mal podria sufrir que su reina se hubiese ido á viajar, si realmente hubiese sido gobernado por una muger, lo que no es cierto. El tráfico contínuo é importante de negocios comerciales que los sirios y judíos tenian constantemente con los cushitas y los pastores de la costa de Africa, les habia familiarizado mútuamente. La reina de Saba, soberana de estos paises, concibió naturalmente el deseo de ver por sí misma el uso que se daba á los inmensos tesoros, que por espacio de tantos años, se esportaban de sus dominios, y quiso conocer á Salomon, que los empleó tan magníficamente. Paganos, árabes, moros, abisinios, todos los pueblos comarcanos están contestes en este hecho, y le espresan en los mismos términos que la Escritura santa. Los anales de Abisinia, llenos de curiosos detalles sobre el viage de Makeda, dicen que está reina era pagana cuando partió de Aziab; pero que, asombrada de ver la sabiduría y las obras de Salomon, se convirtió al judaismo en Jerusalen, y que tuvo del rey de los hebreos un hijo llamado Menilek, que fué primer rey de los abisinios. La reina regresó á Saba ó Aziab con su hijo, le tuvo con-

sigo algunos años, y luego se le volvió á su padre para que le instruyese. Salomon nada perdonó para la educacion de este hijo. Menilek fué despues ungido y coronado rey de Etiopia, en el templo de Jerusalen, y tomó el nombre de David. Al regresar á Aziab, llevó consigo á una colonia de judios, entre los cuales iban muchos doctores de la ley de Moisés, y en particular, uno de cada tribu. Estableció á estos doctores, como jueces en su reino, y de ellos descienden hoy los Umbares actuales, jueces supremos, de los que tres al menos acompañan siempre al rey. Con Menilek, estaba tambien Azarias, hijo del gran sacerdote Sadoc, el que llevó á Abisinia una copia de la ley, que quedó confiada á su custodia. Azarias recibió, pues, el título de *Nebrit*, (depositario); y aunque ese libro de la ley, ha sido quemado, como se asegura, sin embargo, los descendientes de aquel, son aun Nebrits. Así fué, como la Abisinia se convirtió al judaismo, y su gobierno eclesiástico y político, quedó modelado por el que habia en Jerusalen. Antes de morir Makeda ó Saba, dejó establecida la ley de sucesion á la corona, disponiendo, que la corona fuese hereditaria en la familia de Salomon; que en adelante ninguna muger pudiese subir al trono, y que este se adjudicase al mas próximo pariente varon, con absoluta esclusion de las hembras, aun las mas cercanas. Además, para prevenir las guerras civiles, decidió, que los descendientes varones de la casa reinante, fuesen relegados á una montaña inaccesible, donde permanecerian como presos hasta su muerte, ó bien, hasta que la sucesion á la corona se declarase á favor de algunos de ellos. Despues de haber instituido estas leyes irrevocables para toda su posteridad, murió Makeda, ó lo que es lo mismo, la reina de Saba, el año novecientos ochenta y seis, antes de Jesucristo.

Menilek, que la sucedió, lleva tambien en la série de los monarcas abisinios, el dictado de Ebn-Hakin, (*hijo del Sabio*), circunstancia por la que su filiacion parece positivamente confirmada. El P. Tellez, jesuita, autor de una Historia de Etiopía, en portugués, y generalmente estimada, confiesa, que nunca se atreveria á desechar este orígen de la familia real de Abisinia. El emblema de los reyes descendientes de Salomon, y de la reina de Saba, es un leon rampante en campo de gules, y tiene por leyenda: «El leon de la «raza de Salomon, y de la tribu de Judá, ha «triunfado.» Por último, Salt ha quedado sorprendido de la íntima semejanza que se nota entre muchas costumbres de Abisinia y las del pueblo hebreo antes de Salomon, y á veces le costó trabajo el no creerse, en medio de los israelitas, y aun transportado algunos mil años atrás, estando en la Abisinia actual, y remontando aquellos tiempos en que los reyes eran pastores, y en el que los príncipes de la tierra, armados de honda y lazo, se presentaban á combatir á los filisteos. Menilek ó David I, dejó á Aziab ó Saba, lugar de su primera residencia, para venir despues á habitar á Axum que lleva hoy dia el nombre de *Agheda Dawid* (rama de David), y á poca distancia de la cual se vé una llanura, llamada *Azabo*, en recuerdo de la antigua capital Aciab. El pais que se estiende al este de la Abisinia, y al sud, fué largo tiempo gobernado por un caudillo, llamado *Baher-Negache*, és decir, rey de la mar, ó de la orilla del mar. Otro gefe comandaba en el Yemen, que desde los primeros tiempos perteneció al imperio de Abisinia, y cuyos habitantes, sabeos-paganos en un principio, como los demás súbditos de este imperio, fueron convertidos al judaismo, durante la edificacion del templo de Jerusalen El nombre del monarca abisinio era *Negusa-Negast* (rey de los reyes).

En Nubia, (Etiopía inferior), donde todas las reinas han llevado el nombre de *Candaces*, como el de Faraon, todos los reyes de Egipto, se estendieron las primeras semillas del evangelio, por el eunuco, que S. Felipe, uno de los siete primeros diáconos de la Iglesia, bautizó en el camino de Jerusalen á Gaza, cuyo eunuco era gran tesorero de la Candaces

entonces reinante. Hetum, citado por Fabricio, dice qne Sto. Tomás fué el que evangelizó á los nubios. Pero parece que el cristianismo no echó raices en estos pueblos, si atendemos á una inscripcion encontrada en Axum, por el abate Sapeto, lazarista (1), y la cual hace ver que la Nubia no tomó hasta el siglo VI la fé cristiana de la Abisinia (Etiopia superior), y esta misma la recibió el 341 como vamos á esponer.

Un filósofo, llamado Metrodoro, en el siglo IV, penetró en la Persia y en la India ulterior. A su vuelta, presentó al emperador Constantino el Grande, ya dueño y señor del Oriente, piedras preciosas y otros objetos de curiosidad, recogidos en su viage. Alentado por el buen éxito de Metrodoro, Merope, otro filósofo de Tiro, pero griego de nacimiento, emprendió el mismo viage, llevando consigo á sus sobrinos, Edesó y Frumencio. Detenido su barco, en un puerto de la costa de Abisinia, fué asaltado por sus naturales, y muertos todos sus pasageros, perdonando solo de la general sentencia á Frumencio y Edesó, cuya juventud y belleza les interesaron, y se los presentaron al rey, que habitaba entonces en Axum. Este príncipe les acogió con benevolencia, y reteniéndoles consigo, aquellos aprendieron pronto la lengua y se hicieron querer del soberano, que les profesaba ya la mas tierna afeccion. Edesó fué nombrado guardamuebles de la casa real, cargo, que desde entonces hasta ahora, es desempeñado por un estrangero, y de la misma nacion. Frumencio fué tesorero y ministro de Hacienda. Al morir el soberano, les recompensó de sus servicios y les dió además su libertad. Antes de pasar adelante, conviene decir, que, en Abisinia, aunque las mugeres están escluidas del trono, hay en cambio otra ley ó costumbre, no menos rigurosamente observada que la primera, y es, que la princesa que ha sido coronada en vida del rey, su esposo, llega á ser indefectiblemente, á la muerte de este, regenta del reino, y tutora, mientras vive, del rey menor, su sucesor. Suponiendo pues, que una reina, sea coronada por su cónyuge, y que este muere, dejando un hijo, todos los hermanos y tios de este hijo son desterrados y relegados á la montaña, y la regenta gobierna al rey y al reino, durante la minoría. Además, si este hijo que reina, muere, y es reemplazado por uno de sus hermanos que están en la montaña, ó por algun otro príncipe de los relegados, no pariente de la princesa regente, esta no deja por esto la regencia, hasta que el nuevo rey sea mayor de edad; y arregla absolutamente á su placer, así el reino, como la educacion del rey menor. Ahora bien, á la muerte del monarca, protector de Frumencio y de Edesó, sobrevino una minoría, y los dos griegos, en vez de aprovecharse de su libertad para regresar á su pais, se quedaron para aconsejar á la regenta. Frumencio, que era el que tenia mas influencia en los negocios, deseando dar á conocer el evangelio á los abisinios, que eran todos judíos ó sabeos, convidó á muchos comerciantes europeos á que se estableciesen en el imperio, concediéndoles grandes privilegios, y el primero de ellos, el de procurarles la libertad y medios de profesar su religion. Cuando el príncipe llegó á ser mayor de edad, Edesó, volvió á Tiro, en donde fué ordenado sacerdote; pero Frumencio, cuya constante mira era la conversion de la Abisinia á la fé de Jesucristo, tomó el camino de Alejandría, con el fin de verse con su patriarca S. Atanasio, y encarecerle la necesidad que habia de mandar un obispo al pueblo abisinio, que hallaba muy dispuesto á recibir la palabra de Dios. En el sínodo, que á este objeto, reunió el santo patriarca, todos quedaron acordes en que ninguno era mas apropósito para aquel cargo que el mismo Frumencio, que debia consumar la buena obra que habia comenzado, y este, en su consecuencia, fué nombrado y consagrado obispo

(1) Mr. Sapeto, lazarista italiano, autor de unos estudios inéditos sobre la Abisinia, pais que él acaba de evangelizar como misionero, ha tenido la bondad de comunicarnos estas curiosas noticias, que mas completas se hallarán luego que se publique su preciosa obra, destinada á poner completamente en claro la historia religiosa, moral y política de los abisinios. (N. del autor).

de Axum. Revestido con este caracter, el nuevo prelado, volvió á Abisinia, donde sus virtudes, no menos que sus milagros, atrajeron un gran número de conversiones. Ninguna nacion quizá, abrazó el cristianismo con mas ardor y espontaneidad que la Abisinia. Abreha, sucesor de Melek, y su hermano Azbeha, á quien habia asociado al trono, fueron de los primeros en recibir el bautismo, el 341, y segun Sapeto, contribuyeron mucho por su fervor á propagar rápidamente el evangelio entre los abisinios. En esta época el arrianismo turbaba la unidad cristiana; pero Frumencio quedó siempre unido con S. Atanasio, que huyendo de la persecucion se refugió á Abisinia, por lo cual, el emperador Constante, protector de Arrio, escribió una carta altanera y amenazadora á los reyes abisinios, para que estradicionasen al santo, y le entregasen en manos del patriarca intruso Jorge. Ningun caso hicieron estos piadosos príncipes de aquella misiva, que comunicaron á S. Atanasio, quien la inserta en su *Apología á Constancio*. San Frumencio continuó edificando é instruyendo á sus ovejas hasta su muerte. Los abisinios le veneran como apóstol del pais de los axumitas ó Tigre, que constituye la parte mas importante de su imperio, poniendo igualmente en el martirologio á los reyes Abreha, ó Aizan, y á Atzbeha, ó Sazan, entre el número de sus santos. Un solo hecho bastará para demostrar, que se sostuvo por mucho tiempo el celo de los abisinios por el cristianismo. Entre los años 480 y 528, Tacena, llevó la luz de la fé á la Nubia, y aun al corazon mismo de la Libia, como asegura el abate Sapeto: Caleb, hijo de Tacena, llamado el *Bendito*, estendió su celo por la Arabia, que ya tenia en su seno muchos judíos, cuyo número y riquezas les hicieron dueños absolutos de muchas partes de su península. Habiendo perseguido cruelmente el rey de estos judios á los cristianos en tiempo de Justino el Mayor, Caleb, invitado por el emperador griego, se dirigió á combatir al perseguidor, y despues de algunos años de guerra sin resultado, abdicó en favor de su hijo; envió su corona á Jerusalen, y se retiró á un monasterio, sin llevar mas consigo que una copa para beber y una estera para acostarse. Muy luego las conquistas de los mahometanos en Arabia, obligaron á los abisinios á abandonarla y retirarse á la costa de Africa, de la que los musulmanes ocuparon aun algunos pequeños territorios que se erigieron en reinos.

Mucho tiempo antes de la colonia judía que siguió á Menilek á Abisinia, y que abrazó el cristianismo á consecuencia de la predicacion de Frumencio, habian arribado á ese pais, desde la época de Nabucodonosor, otros judíos llamados *falachas*, ó emigrados, gobernados por un gefe particular, y los cuales no se convirtieron al cristianismo. Estos falachas dicen, que Makeda ó Saba, vivió en Saba ó Aziab, pais del incienso y de la mirra, situado á orillas del mar Rojo, y que, bajo los auspicios de Hiram, rey de Tiro, y acompañada de su hijo, fué á Jerusalen; que no hizo el viage por mar, ni atravesó la Arabia; sino que de Aziab fué á Palestina, de donde regresó, dando la vuelta por Masanah y Suakin, escoltada por sus propios súbditos los pastores; y que ella en fin se servia para su montura de un camello blanco y de una talla estraordinaria. Los falachas, apenas se diferencian en nada de los abisinios cristianos, creyendo como aquellos en el nacimiento é instalacion de Menilek, y venida de Azarias y de los ancianos y doctores de Israel, negando únicamente que los descendientes de estos abrazasen el cristianismo. Añaden que cuando el comercio del mar Rojo cayó en manos estrangeras, y por consiguiente quedó interrumpido entre Jerusalen y los judíos de Abisinia, los habitantes se retiraron lejos de la costa, quedando las ciudades y villas de aquella parte desiertas, ocupándolas en su lugar los judíos que siguieron con el comercio, especialmente en el ramo de alfarería, que perfeccionaron en gran manera. Esta clase industriosa se multiplicó prodigiosamente, y ya era muy poderosa en la época de la predicacion de Frumencio, ó como dicen aun los judíos obstinados, de la apostasía, bajo

los reinados de Abreha y Atzbeha. Aunque no por causa de religion, y sí por motivos de ambicion y rivalidad, ambos pueblos se pelearon en muchas ocasiones, y no pudiéndose sostener los falachas en las llanuras de Dembea por falta de caballería, se encastillaron en las escarpadas rocas, de que está erizada la triple cadena del Semen y fundaron su capital en una de esas rocas, llamada despues, por eso, roca judía.

Las tres cadenas de montañas del Semen, que son muy estensas, tienen cada una su fisonomía particular, y presentan el mas bello espectáculo que puede ofrecerse á la vista de un hombre. En su primer plano, las montañas se ven ligeramente empinadas pero compactas, unidas, y tan fuertes, que parecen desafiar á la misma eternidad. La segunda cadena, no menos admirable, se estiende verticalmente, y unida por uno de sus flancos, apareciendo á cualquiera como inaccesible por todos puntos, y elevándose de su centro y costados colosales, pirámides, como asentadas sobre un inmenso pedestal, ó torres gigantescas con chapiteles cónicos, cuyas puntas indican silenciosamente el cielo. Toda la masa de la montaña, en su conjunto, presenta la forma de una vasta fortaleza, por cima de la cual, se han construido formidables defensas para desconcertar todo el poder y los recursos del arte de un enemigo. Detrás de esto, aparece aun mas alta y mas espantable la última cadena, que atraviesa las nubes y se pierde en su oscuridad.

Por los años 979, Gedeon y Judit (nombres adoptados con preferencia por los gefes de los falachas) gobernaban este pueblo. Su hija llamada Ester, se hacia notar por su rara belleza no menos que por su genio intrigante. Habiéndose casado con el gobernador del distrito de Bugna, cercano al de Lasta, paises ambos llenos de judíos, pudo hacerse con un partido tan poderoso, que resolvió, ayudada de él, destruir el cristianismo de Abisinia, y con él la línea cristiana de los descendientes de Salomon. Los hijos de la familia real abisinia, estaban confinados, segun la antigua ley, en la montaña de Devra-Damo en el Tigris, la que MM. Combes y Tamisier tienen por inaccesible: « La cumbre de esta enorme roca, dicen, cortada á pico, por todas partes está cubierta de una capa de tierra vegetal y fértil que se beneficia con cuidado; pero sus productos son insuficientes para abastecer á los habitantes de este monte, que tienen buen cuidado de hacerse con provisiones traidas de fuera. Segun los abisinios, se encuentran en esta planicie ciento cincuenta cisternas, que se llenan del agua llovida, y que jamás se ven secas. Para llegar á la cúspide de la montaña, es menester hacerlo, sujetándose por medio de una cuerda que se arroja desde arriba, de mas de treinta brazas, y ciertas personas no pueden resistir este viage aéreo, sin llegar arriba completamente desvanecidas. » Por inespugnable que pareciese esta roca, Ester la sorprendió, y mandó, una vez dueña de ella, degollar á todos los príncipes que allí habia desterrados, en número de cuatrocientos; pero los nobles de la provincia de Amhara, al saber esta catástrofe, salvaron al príncipe heredero, aun niño, llamado Del-Naad, y le trasladaron al pais fiel de Choa. Judit, por otro lado, taló el pais de Axum, y transportó la residencia del gobierno á Lasta.

La dinastía judía fundada por la cruel Ester, quedó estinguida á la quinta generacion, y la reemplazó una familia cristiana que no era de la línea de Salomon, y uno de sus príncipes llamado Lalibela, comenzó á reinar el 1146. Este fué, el que consta que fundó en Jerusalen un convento de monges abisinios el 1189. Los musulmanes perseguian por ese tiempo en Egipto á los cristianos, ensañándose particularmente con los albañiles y picapedreros, por reputar su oficio como la mayor de las abominaciones. Lalibela abrió generosamente sus estados, á cuantos de estos quisieron en ellos refugiarse, huyendo de la persecucion, y mandó construir muchas iglesias talladas en peña viva, en las grandes

rocas de la montuosa provincia de Lasta, su patria, las cuales aun permanecen intactas hasta el presente. Vénse en su interior grandes columnas aisladas, labradas en la misma roca, y con tanta perfeccion, como las que se ven en edificios hechos esteriormente de mampostería. Por último, uno de los sucesores de Lalibela, á instigacion de Tecla-Haimanut, (*la Planta de la fé*) entonces *Abuna*, (nuestro padre), es decir, obispo, entregó el cetro de Makeda á la raza de Salomon, á quien legítimamente pertenecia, en la persona de Icon-Amlac, descendiente de Del-Naad, que reinaba en Choa, y que en vez de ir á residir á Axum, corte de sus antecesores, habia establecido la suya en Tegulet, entre las comarcas que habian quedado fieles á la familia. Por el tratado concluido en 1268, se asignó al príncipe resignatario, por via de compensacion, el pais de Lasta, como soberanía independiente; y este cedió la tercera parte de este reino al *abouna* ú obispo, para que en adelante pudiese disponer de él á su arbitrio, para las necesidades del clero, y gastos del culto; y á fin de unir mas estrechamente la iglesia de Abisinia con la de Alejandría su madre, se estipuló, en el tratado arriba dicho, que ningun abisinio podria, desde entonces para siempre, ser nombrado obispo; sino que se pediria uno á Egipto, pais que tan desgraciadamente estaba ya sumido en el cisma y heregía de los jacobitas.

Se ha dudado mucho acerca de la época fija en que la Abisinia fué envuelta en esos mismos errores. «La Nubia fronteriza al Egipto, no se pervirtió dicen las *Cartas edificantes*, hasta mediados del siglo XIII. La historia de los jacobitas, nos suministra una prueba cierta, y es, que los patriarcas heréticos de Alejandría, no consagraban aun al obispo de Etiopia, á principios de aquel siglo; y únicamente se vé en dicha historia, como cierta y palpable, la comunicacion de la iglesia etiópica con los patriarcas jacobitas, á principios del siglo siguiente, por lo que se debe suponer que la Etiopia conservó su fé pura, hasta el siglo IX, y no la perdió, sin que este cambio de religion no escitase disturbios. El obispo jacobita, Jacob, enviado por el patriarca de Alejandría, halló resistencia en su admision, y fué desposeido al cabo de algunos años; pero al fin, prevaleció el partido herético, y el abuna jacobita, fué reintegrado en sus funciones. La iglesia etiópica, no podia entonces obtener apoyo alguno ortodoxo de la iglesia griega, inficionada ya y perseguida por los inoclastas.» Hoy dia se tiene por cosa averiguada, despues de las profundas investigaciones del abate Sapeto, que la Nubia y la Abisinia, se pervirtieron en la segunda mitad del siglo VII.

El abuna se escoge de entre los monges coptos; pero el título de obispo de Abisinia no es envidiado por nadie. Debilitado el celo por la salvacion de las almas, y sabiendo el abuna, que su cargo le condena á un destierro perpétuo, y á permanecer hasta su muerte en medio de una nacion, cuya lengua ni aun comprende; mas de una vez ha sido empleada la violencia, para obligar al monge electo por el patriarca, para que acepte el episcopado. El abuna para trasladarse á Abisinia, toma el camino de la Arabia, ó el de Sennaar, y á las duras humillaciones que los musulmanes le hacen sufrir en el tránsito, se suceden las ovaciones desde el punto en que llega á pais cristiano. El abuna Tecla-Haimanut, se hizo célebre, no solo por haber restablecido la línea de Salomon, sobre el trono de Abisinia, como queda dicho, sino por haber fundado el órden de los monges de Debra-Líbanos, en Choa. Estos religiosos tienen por su gefe al *Etchegue*, cuya vigilancia, además se estiende sobre todos los restantes monges del imperio. Los religiosos llamados de S. Eustatio, tienen tambien su superior especial, que lo es el del convento de Mahabara-Selasia, situado al nord-este de Abisinia, cerca de Kuara y del pais de los changallas. Usamos aquí impropiamente de la palabra convento, puesto que los monges abisinios no viven en comunidad en sus monasterios, co-

no los de Europa, sino en casas particulares ›equeñas, que construyen alrededor de sus glesias, cultivando cada uno de ellos el cam›o que se le asigna para su sustento. Poncet, lice de estos religiosos: « Por la noche se evantan dos veces para cantar salmos. Fuera e la iglesia, su trage, es casi igual al de los eglares, diferenciándose únicamente por una specie de gorra morada que llevan en la caeza. Se les respeta mucho en Etiopía. » Tamien se conocen religiosas, y aunque por lo eneral, las mugeres carecen completamente e educacion en Abisinia, muchas de estas onjas saben leer, y se las encuentra á veces rgadas con enormes libros que llevan meti›s en sacos de cuero. Para la bendicion del chegue, dos sacerdotes suspenden un velo mco sobre su cabeza, mientras que un terro reza una oracion análoga á la ceremonia, spues, los tres ponen á un tiempo las mas sobre su cabeza, y cantan algunos sal›s. En épocas de revueltas, el etchegue es personage aun mas importante que el abuú obispo. La codicia, la ignorancia, y so- todo, la falta de firmeza de carácter de abunas, han hecho decaer mucho la ve-acion que antes se tenia por estos prelados. mayor ocupacion es la ordenacion de eclesticos, que son aun mas ignorantes que iellos, y á veces de peores costumbres. a disminuido mucho las pingües rentas que otro tiempo disfrutaban los abunas; pero cambio, se desquitan de esa pérdida, con ueñas retribuciones que exigen á cada uno se ordena, ó á quien bendicen, costum- que les hace ser generalmente acusados simoniacos. Vamos á esplicar, segun el tesonio ocular de MM. Combes y Tamisier, ue es el clero abisinio, bajo la direccion semejantes prelados.

Los jóvenes, dicen, que aspiran al saocio, son generalmente pobres, sin for-, y que viven de limosna. Su trage ordi-, consiste en una capa hecha de pieles ordero negro con la lana por defuera, lo les hace parecer animales salvages, y muchos de ellos sirven de criados á otros sacerdotes de mas importancia.

« Los diáconos llevan tambien una capa, pero esta es de piel curtida y teñida de negro, y la cierran dos como broches compuestos de correas de cuero de varios colores. Un calzoncillo á la albanesa, que cae sobre las rodillas, completa su trage. Cuando un diácono ha llegado á aprender la lengua sagrada, que por lo comun no comprende, como prueba de devocion, está obligado á salir de su pueblo, y emprender una peregrinacion, que suele ser á Lalibela, á Axum ó á Debra-Líbanos, y si es muy intrépido, llega hasta Jerusalen; pero son muy pocos los que se atreven á emprender tan largo viage.

« Los peregrinos, despues de proveerse de un baston y un saco, se unen con las caravanas, y hacen el viage con ellas. Llegados á cualquiera estacion, van de puerta en puerta á rezar algunas oraciones, y en cambio reciben de los fieles un poco de harina de maiz, ó trigo que mezclan con agua, hervida, la que comen sin otro aderezo. En el tiempo bueno, duermen en las cuadras con las bestias, y cuando arrecia el frio, se les dá sitio en el hogar. Si llegan á un pueblo, en el momento de celebrarse un entierro, se les convida al banquete fúnebre, que dá la familia del difunto. Al presentarse á la puerta de la morada de alguna persona rica, ó de importancia, los peregrinos imploran su caridad en nombre de todos los santos, y si se les niega la limosna, invocan al patron del dueño de la casa, y entonces es muy raro que dejen de obtener algun socorro. Su principal recurso es el de los amuletos. Llevan en su saco muchos de estos, hechos de madera de árbol, al que ha tocado un rayo, y á ellos atribuyen la virtud de curar y preservar de toda clase de enfermedades; y otros consisten en dientes de hiena, ó algunos pedazos de su piel, lo que segun ellos, pone á cualquiera al abrigo de cualquier sortilegio ó encantamiento.

« Cuando estos diáconos han sido elevados al sacerdocio, su existencia es mas tolerable,

y su trage mas rico, que consiste en una túnica de tela de algodon fino: y á imitacion de los abisinios bien acomodados, se dejan crecer la barba, y cortan el cabello, rodeando su cabeza con un gran turbante. Calzan su pié con sandalias, y llevan en la mano un quitasol, que los preserva de sus rayos. Algunos llevan contínuamente en la mano una cruz pequeña, que hacen besar á los devotos que encuentran á su paso. Los de mas importancia y mas ancianos de entre ellos, se apoyan en una especie de cayado ó báculo, que tiene en su parte superior una cruz de hierro.

« Para llegar al sacerdocio, no hay obligacion de haber sido antes peregrino. Desde que cualquiera sabe rezar algunas preces, y leer algun capítulo de los evangelios en copto, se puede presentar al abuna, quien sin hacerle sufrir otra clase de exámen, sin informarse de su moralidad siquiera, le impone las manos, y le transmite el poder de atar y desatar; hasta hay personas, que aun sin saber leer, tienen la destreza de hacerse ordenar de sacerdotes; y para eso aprenden de memoria algunos capítulos de los evangelios de S. Márcos ó de S. Lucas, y tomando un libro abierto en la mano, hacen como que los leen, y esto basta.

« El estipendio de los sacerdotes, se lo pagan los *alacas*, que son una especie de recaudadores de las rentas de las iglesias. Estos por lo comun, son legos y arrendatarios muchos de las tierras que pertenecen al clero. Los sacerdotes de mas importancia están bien retribuidos, pero los inferiores ganan muy poco.

« Los donativos y ofrendas de los fieles, en general son muy pequeñas; pero en cambio, los peregrinos y los sacerdotes llamados *Dabsaras* ó doctores se aprovechan bien de la supersticion de los abisinios, respecto á los amuletos. Consisten estos en tiras largas de pergamino, sobre las que escriben los versículos del evangelio, y en los de mas valor, dibujan imágenes de la Virgen, ó de los santos, los cuales venden caros á los grandes personages que los llevan siempre consigo, enrollados en unos como estuches cilíndricos, de badana verde, y con muchos de estos reunidos, se forman collares, que pesan bastantes libras. El uso de los amuletos no es solo reservado y peculiar á los hombres y mugeres, sino que se aplican igualmente á las mulas, caballos, y otros animales. ¡Deplorable supersticion en la que ha sumido el error á los cristianos degenerados! Y lo mas notable es, que los mismos sacerdotes tienen fé en la maravillosa virtud de esos pergaminos que bendicen, y que luego venden á buen precio.

« La mayor parte de los alacas comprenden la lengua religiosa, y por eso, en sus casas dan lecciones á los diáconos, esplicándoles los testos de los libros santos, y enseñándoles á su manera lo que ellos llaman teología.

« Entre los católicos, un defecto físico ó deformidad notable escluyen del sacerdocio; entre los abisinios no es obstáculo alguno para obtener esa dignidad, y así es muy frecuente ver á sacerdotes contrahechos, y de facha repugnante.

« Apesar de todo lo enunciado, estos eclesiásticos llegan á hacerse respetar. Cuando pasan por las calles públicas, son saludados por los fieles, y cuando se presentan en una reunion cualquiera, todos se levantan, y cada uno se apresura á besarles la mano. Los reyes tienen siempre consigo, como de su servidumbre, varios sacerdotes que disfrutan de gran consideracion, y cuya influencia política es á veces inmensa, tanto, que si un príncipe emprendiese una guerra contra el parecer de esos sacerdotes, el ejército, al saberlo, no se moveria ó se batiria mal. Antes del combate, bendicen á las tropas, para inspirarles valor, y despues de la victoria, las bendicen segunda vez, como en recompensa de su arrojo. » Este respeto al sacerdocio, que se nota en este pueblo herético y semi-bárbaro, es una grande leccion para las naciones católicas civilizadas, que desconociendo el carácter sagrado de los ministros del Señor, los miran con la mas desdeñosa indiferencia, si es que no los ultrajan ó desprecian.

«Con dificultad se hallará pais alguno, dice Bruce, donde se hayan edificado mas iglesias que en Abisinia. Aunque el terreno es montañoso y los puntos de vista por consiguiente limitados, raro es aquel, desde el cual no se distingan claramente cinco ó seis iglesias á la vez. Cualquiera persona rica, que durante su vida, ó para despues de su muerte, cuida de levantar un templo, ya cree por ese medio espiar cuanto mal haya podido hacer durante su existencia. El rey erige siempre un gran número de ellos, y cuando se gana una victoria, generalmente se construye una iglesia en medio del campo, infecto aun por el olor de los cadáveres de los vencidos. Los abisinios, cuidan mucho de situar sus iglesias cerca del agua corriente, por la razon de poder así observar mejor y con todo rigor, las leyes mosáicas, en la parte que concierne á las abluciones y purificaciones. Eligen tambien para esos edificios sagrados, las cumbres de las montañas, que rodean luego de bosques de cedros, cuyo conjunto presenta un aspecto magnífico. Todos los templos son redondos, y su techo es de forma cónica ó puntiaguda. Su parte interior está dividida en muchos compartimientos.» Vénse desde luego, dos corredores circulares, como coros, donde los fieles se sientan para orar. En medio está el *Maydas* ó Santo de los santos, que contiene el *Tabot*, ó altar para celebrar el santo sacrificio. Cuantas veces se entra en la iglesia, hay que besar el umbral de la puerta, antes de pasar adelante. Nadie puede penetrar en el Santo de los santos ó presbiterio, como no esté puro. Si no lo está, tiene que quedarse fuera de la iglesia y rezar sus oraciones desde lejos. Las personas de ambos sexos, á quienes, segun los antiguos ritos judáicos, no se permitia la entrada en el templo, se quedan igualmente á una cierta distancia de él, y esceptuando el tiempo de cuaresma, por lo regular hay mas gente fuera de la iglesia, que dentro. En el interior, se ven algunos cuadros ó pergaminos pintados; pero no esculturas, porque esto se considera allí como idolatría. Tambien se ven algunos frescos pintados en los muros esteriores, que representan por lo comun escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, imágenes de Jesucristo, de la Virgen, de S. Miguel, ó S. Jorge. A este santo le presentan montado sobre un caballo enjaezado á lo abisinio, armado como los soldados del pais con lanza, escudo y espada en el costado derecho. No hay dibujo ni perspectiva en estos cuadros. Sobre la cúspide del techo se eleva una gran cruz de hierro, de cuyos brazos cuelgan muchos huevos de tortuga. El pavimento es de ladrillos de colores, formando dibujos, y se observa mucha limpieza en todos los templos. Durante sus misas y el oficio divino, los abisinios están incensando contínuamente. Todos los domingos se leen varios pasages de los evangelios; un año no se lee mas que el de S. Juan, otro el de S. Lucas, y así sucesivamente, y por esto, cuando se pregunta á un sacerdote por la época de un suceso pasado, contesta: «Esto fué en el año del evangelio de S. Mateo ó de S. Márcos, etc.» Jamás se predica un sermon, y cuando los fieles están reunidos en la iglesia, todo se reduce á salmodiar himnos ó cánticos. El canto de los abisinios es ajustado y agradable al oido, y mas, cuando le acompañan instrumentos. La melodía del canto en las fiestas de primera clase, es mas complicada y de tono mas elevado, mientras que en los dias comunes ó festividades pequeñas es mas sencillo y moderno. La leyenda reconoce como el autor de esta música sagrada á S. Yared, que nació en el Semen, bajo el reinado de Guebra-Mascal, hijo de Caleb, y á quien dicen fué milagrosamente inspirada.

Los templos tienen el privilegio de servir de asilo, no solo para las personas, sino hasta para las cosas, y así puede depositarse cualquier objeto dentro de su recinto, con toda seguridad de que no será sustraido. Si es cierto, que los templos paganos de Meroe, de Axum, de Aciab, etc., servian en otro tiempo de estaciones á las caravanas, y si la proteccion concedida á las mercancías, que en esos santuarios se guardaban, permitia á los trafican-

tes dar mayor impulso á su comercio, llevando al Egipto el oro, el marfil y los aromas para embalsamar las momias, no lo es menos, que en la actualidad, la religion cristiana, no menos protectora, toma bajo su tutela en Abisinia las vidas y las propiedades. Poncet, hablando del cristianismo desfigurado de los abisinios, dice, que ellos reconocen la Escritura y los sacramentos; que creen en la transubstanciacion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo; que invocan á los santos, como nosotros; que comulgan bajo las dos especies y consagran el pan con levadura, como los griegos; que observan cuatro cuaresmas como los demás orientales: la gran cuaresma, que dura cincuenta dias, la de S. Pedro y S. Pablo, que dura mas ó menos, segun cae mas ó menos adelantada la Pascua, la de la Asuncion, que es de quince dias, y la de adviento, que dura tres semanas. En todas estas cuaresmas, no comen huevos, leche, ni queso, y ayunan con el mismo rigor todos los miércoles y viernes del año. A nadie se dispensa de esta obligacion: jóvenes, viejos, y aun los enfermos, la guardan mientras pueden soportarla.

Los abisinios han conservado del rito judáico la circuncision. El niño es circuncidado al séptimo dia de su nacimiento. Esta ceremonia no pasa entre ellos como sacramento, sino como una práctica que se hace, como imitacion á Jesucristo que se sometió á esa ley. Por lo que toca á la circuncision de los varones, nadie la duda por poco versado que esté en la historia del pueblo hebreo; pero en cuanto á la de las mugeres, « es, dice Bruce, por lo que ha podido averiguar, una práctica de gentiles, práctica mucho mas generalmente estendida que la primera, en esta parte del Africa, limítrofe del Egipto y de la Arabia, y á la que mejor que circuncision, se deberia llamar escision. »

Cuando los infantes nacen con débil constitucion, se dan prisa á bautizarlos, pero cuando salen á luz robustos y sanos, no se les administra el sacramento, sino pasados ocho dias, si son hembras, y cuarenta, si son varones. El niño que se lleva á la iglesia para este objeto, primero se le desnuda y se le lava de piés á cabeza con agua bendita, en la que se han derramado algunas gotas del santo Crisma; el sacerdote mete la mano en el agua, y hace una cruz sobre la frente del infante diciendo: « Yo te bautizo en el nombre del Padre; yo te bautizo en el nombre del Hijo; « yo te bautizo en el nombre del Espíritu santo. » El sacerdote pone en seguida un cordon de seda azul, al cuello del nuevo cristiano, y le administra en seguida la comunion y la santa uncion. Despues de esta ceremonia, se reviste al niño con una túnica blanca, y el padrino le toma en sus brazos.

Entre los abisinios, la declaracion de los pecados es muy imperfecta: hé aquí de la manera que la hacen. Se prosternan primero á los piés del sacerdote, que está sentado, y se acusan de ser grandes pecadores, de haber merecido el infierno por sus culpas; pero sin citar jamás circunstancia alguna de los pecados que han cometido. Despues de esta declaracion tan genérica, el sacerdote, teniendo en su mano izquierda el libro de los evangelios, y una cruz en la derecha, toca con esta los ojos, los oidos, la nariz, la boca, y las manos del penitente, recitando algunas preces; lee en seguida el Evangelio, hace muchas veces sobre aquel la señal de la cruz, le impone una penitencia, y le despide. Si el que se confiesa, encuentra al director demasiado riguroso, le dá algunas monedas, y este se encarga de ayunar por él.

« Cuando se dá la comunion, dice aun Poncet, todos los fieles se retiran de la iglesia, no quedando en ella mas que el sacerdote y los que van á comulgar. No sé si los que se van, hacen esto por un sentimiento de humildad, creyéndose como indignos de participar de los divinos misterios. » Los abisinios comulgan bajo las dos especies, con pan, que siempre ha de preparar un hombre, no una muger, y con granos de uvas pasas prensados, de los que resulta, como dice Bruce,

una especie de mermelada ó vino muy espeso parecido á un jarabe que se dá con una cuchara. Es un error creer que no hay vino abundante en Abisinia. Lo hay muy escelente en *Ain-Adegha* (cepa de viña), y si este vino se conservase, habria con él solo, mas que cien veces suficiente para administrar la Eucaristía en toda la estension del imperio. Los trozos de pan consagrado, son de un grandor proporcionado al rango y calidad de los que comulgan. «Yo he visto, dice Bruce, comulgar á personas de categoría, á quienes el sacerdote, para demostrar su deferencia con ellos, les encajaba un pedazo de pan en la boca, tan grueso, que les daba angustia el masticarle, y esto lo hacian con tan poca decencia, y con no menos ruido, que cuando comian en su casa ordinariamente. Despues de haber recibido el sacramento de la Eucaristía, bajo las dos especies, el comulgante bebe una copa de agua que le presentan, lo cual para algunos es de absoluta necesidad para poder deglutir todo el pan que de una vez se tragan. En seguida despues de comulgar, se retiran á un lado de la iglesia á orar un rato.» En las épocas de ayuno, los sacerdotes administran la Eucaristía, despues de las tres de la tarde, y en el tiempo ordinario, al rayar el dia.

Poncet nos dá igualmente curiosos detalles sobre los funerales. «Cuando muere algun etíope, dice, por todas partes no se oyen mas que gritos y lamentos. Todos los vecinos y amigos se reunen en casa del difunto, y lloran con los parientes que allí se encuentran. Lavan el cuerpo del muerto con un ceremonial particular, y despues de haberle envuelto en una sábana nueva de algodon, le colocan en el ataud, en medio de una sala, con hachas de cera alrededor. Entonces se redoblan los gritos y los lloros con mas fuerza. Los unos, ruegan á Dios por el alma del finado; otros, recitan versos en su elogio, ó se arrancan los cabellos, se pegan de puñadas, y aun se queman la carne para acreditar su dolor, y esta ceremonia, que es triste y algo ridícula, dura hasta que los religiosos vienen á llevarse el cadáver. Despues de haber cantado algunos salmos, y de hacer incensaciones, se ponen en marcha, teniendo cada uno en su mano izquierda una cruz de hierro, y un pequeño devocionario. Los mismos religiosos llevan el cuerpo durante el camino cantando salmos y oraciones. Siguen, haciendo el duelo, los amigos y parientes del difunto con sus esclamaciones y sollozos. Cuando el acompañamiento pasa por delante de una iglesia, se detiene, le rezan algunas preces, y siguen adelante hasta el lugar de la sepultura. Allí se renuevan los incensamientos, se cantan salmos en tono lúgubre, y despues se entierra el cadáver. Las personas de consideracion, son sepultadas en las iglesias, y los demás en los cementerios comunes, donde se plantan cruces en el lugar de las sepulturas. Todos los asistentes al entierro, regresan á la casa del difunto, donde concurren á un festin que está ya preparado. El duelo dura tres dias, por mañana, tarde, y noche, y siempre se está llorando, menos á la hora de comer, lo que se hace siempre en la casa del finado, y no en otra parte. Despues de tres dias, se separa el duelo hasta el octavo, que se vuelve á reunir en la misma casa para llorar dos horas, lo que se sigue practicando durante todo el año, como por via de aniversario. Cuando muere el príncipe heredero, ó alguna otra persona de rango muy superior, el emperador abandona todo el despacho de los negocios, á no ser los mas urgentes, por espacio de tres meses.» Bruce, tocante á esto, habla de una costumbre que concierne á las mugeres, y á la que él llama incision. Esta se observa con mucha frecuencia aun entre los judíos, á quienes la ley se lo prohibe espresamente cuando dice: «Tú no te dañarás el rostro por causa de los que están muertos.» (Deuteron., cap. IV, vers. 6.°) En cuanto las abisinias pierden un pariente próximo, se hacen en cada mejilla una incision del grandor de dos cuartos; de forma, que en ese pais es muy comun ver cicatrices en la cara de las mugeres; y en tiempo de peste ó de guerra, antes que se ci-

catricen unas, ya se hacen nuevas incisiones.

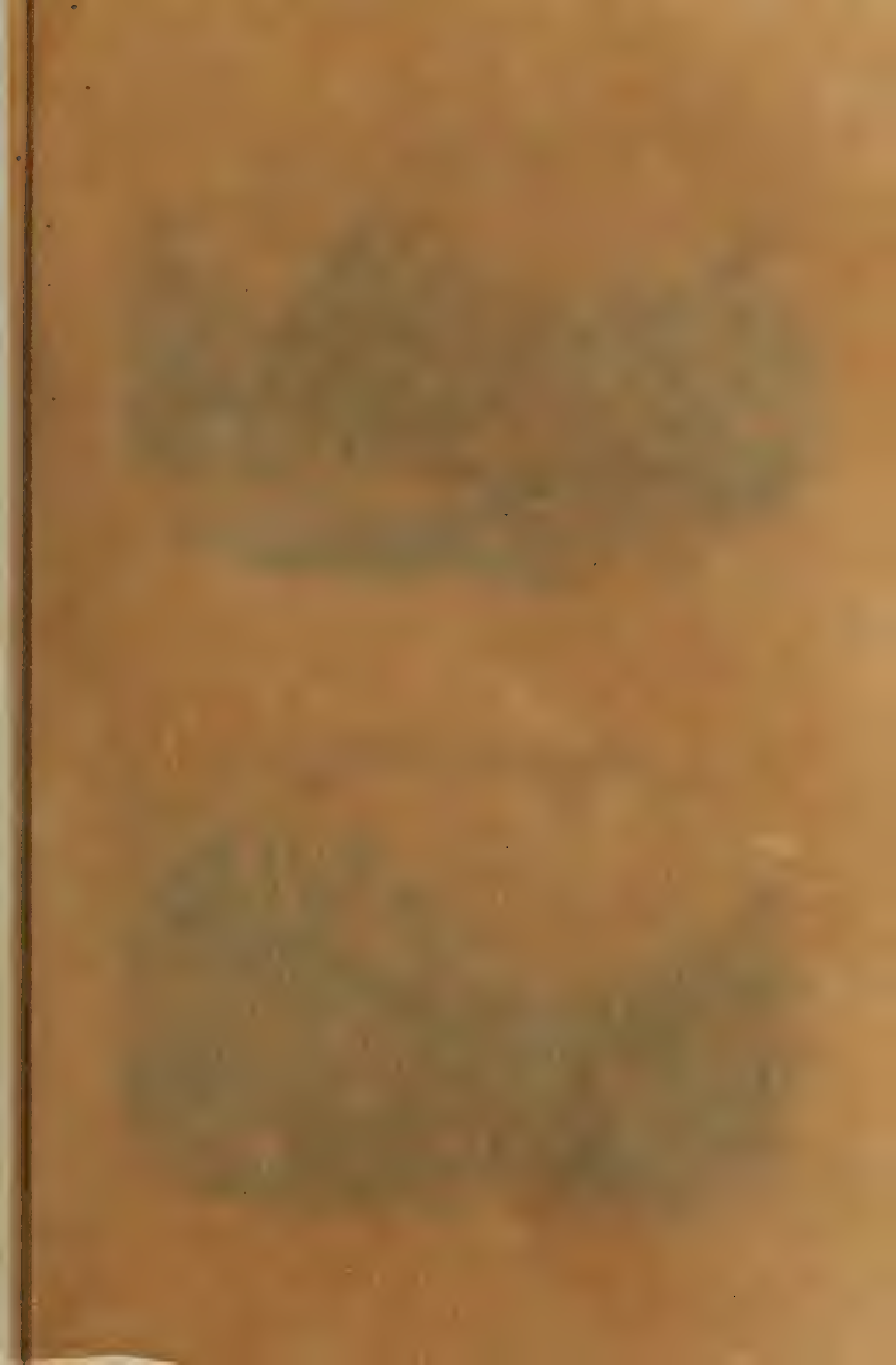
La exactitud de las citas de Mr. Poncet, que hasta aquí hemos hecho, está confirmada por otras relaciones. Pero no podemos admitir su testimonio, como igualmente verdadero, sobre un hecho que narra, referente al año 1362. Por esa época, dice, un solitario llamado Philipos, se retiró á una montaña escarpada, desde la cual descubria gran estension de terreno. Su alimento era solo pan y agua. La reputacion de su santidad se estendió por todas partes, y predijo algunos sucesos que á su tiempo se realizaron. Un dia que este solitario se hallaba en contemplacion, se le apareció Jesucristo, y le mandó que edificase un monasterio en el sitio donde encontrase una varita de oro suspendida en el aire. El anacoreta Philipos la encontró, y obedeciendo, erigió este monasterio llamado *Bihen Jesus* (vision de Jesus), á causa de esta aparicion. Bruce y otros, le dan el nombre de monasterio de Bissan. Poncet, no se limita solo á referir la leyenda etiópica, sino que supone, que en la iglesia de ese convento, vió una varita de oro pendiente en el aire, sin apoyo alguno, lo que creyó un verdadero prodigio, respecto á que examinó bien el local y no halló artificio alguno; pero las *Cartas edificantes* de los jesuitas, posteriores á él, han acreditado este supuesto milagro de impostura de parte de los monges, y por consiguiente de falsa, la relacion de Poncet.

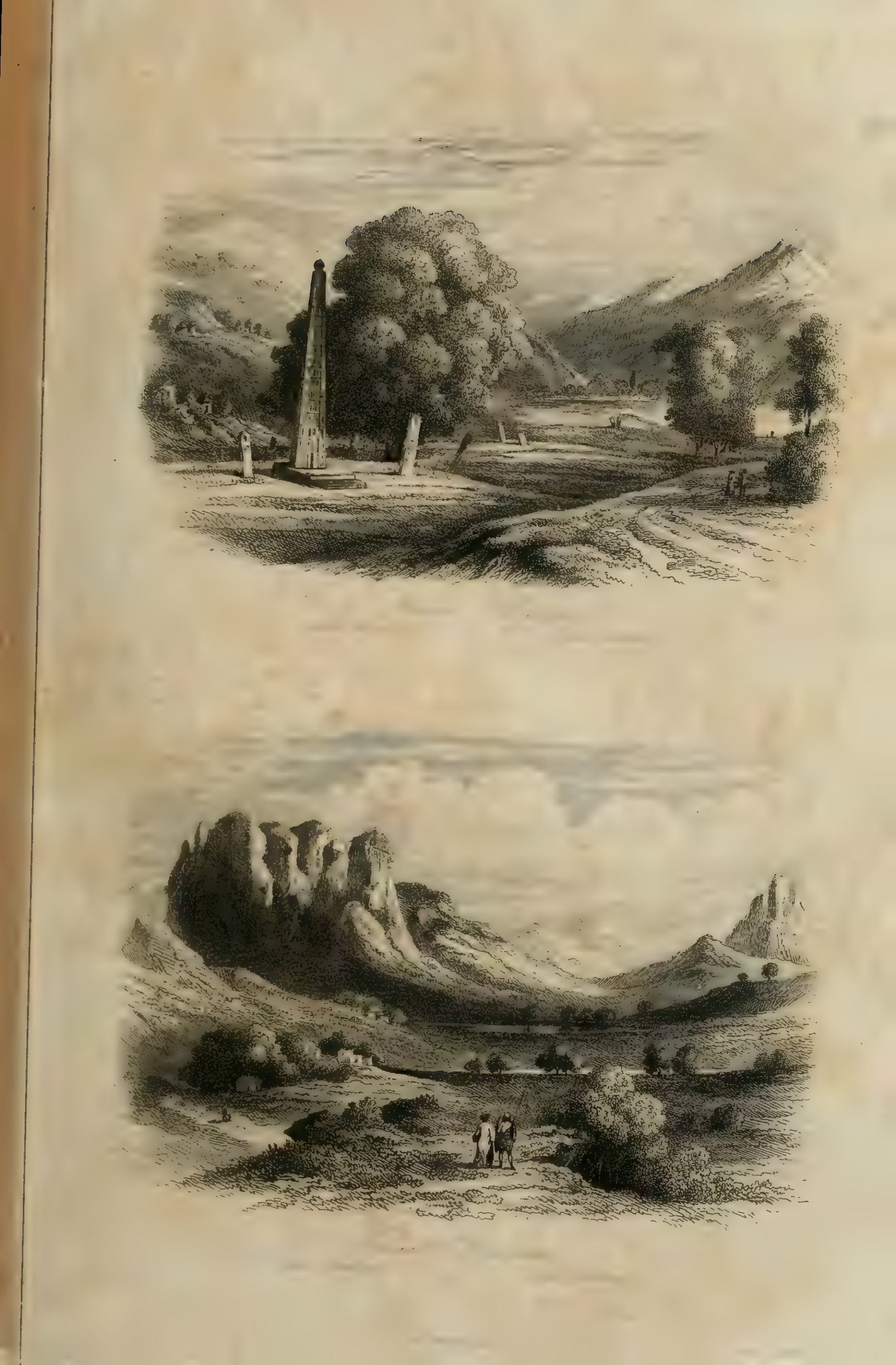
Despues de haber hablado de la religion de la Abisinia, diremos algo acerca de los reyes y de las ceremonias acostumbradas en su coronacion en la antigua capital de Axum, cuyo estado presente nos le describen MM. Combes y Tamisier en estos términos: « Axum es la mejor ciudad del Tigre. Tiene su iglesia, la mas notable de la Abisinia, aunque en realidad sea inferior á nuestros mas comunes graneros. Este edificio se halla dominado por árboles muy grandes que dan sombra y frescura. Las casas de Axum tienen la forma de un cilindro cubierto con un cono. Esta ciudad aparece como recostada al pié de una montaña que la resguarda, y todo respira en ella el mas profundo silencio y calma, despues que los reyes la han privado de ser capital. Al este de la iglesia, se nota un árbol gigantesco, haciendo juego con un elevado obelisco, alto esqueleto que contrasta admirablemente con aquel árbol macizo. Algunas otras columnas, que nada tienen de interesante, y algunos otros obeliscos caidos, iguales al que está aun en pié, es todo lo que Axum posee hoy dia de notable, como objetos de antigüedad. » (Pl. XXVI, n.º 1). La forma de las habitaciones, es casi la misma, en Calaat, (Pl. XXVI, n.º 2), en Dixan, (Pl. XXVII, n.º 1), y en Muculla (Pl. XXVII, n.º 2), que hemos indicado como privativa de diferentes puntos de Abisinia.

El dia de la coronacion, segun describe Bruce, el rey, vestido de damasco encarnado, con una cadena de oro al cuello, y la cabeza descubierta, aparece sobre un caballo ricamente enjaezado, en medio de toda su nobleza. Al llegar á la iglesia, le aguardan allí las hijas jóvenes de los umbares ó jueces supremos, y otro gran número de doncellas de las familias mas ilustres. Dos de las mas nobles, le cierran el paso con un cordon de seda, que coje de una parte á otra de la calle. El rey se adelanta, y al estar junto al obstáculo, las doncellas le preguntan quién es. « Soy vuestro rey, el soberano de Etiopía, contesta el príncipe. » Las doncellas, á una vez replican: « Pues no pasareis de aquí; vos no sois nuestro rey. » El rey retrocede, despues se presenta ante el mismo obstáculo, y las doncellas le tornan á preguntar: « ¿Quién sois vos? » — « Soy vuestro rey, contesta aquel, el rey de Israel. » Pero las jóvenes reponen: « No pasareis, pues no sois nuestro rey. » El monarca se retira, y avanza por tercera vez con aire mas resuelto. Las doncellas, inflexibles, estirando su cuerda, renuevan la pregunta. « Soy, pues, vuestro rey, el rey de Sion, » dice entonces el príncipe, y sacando su espada, divide de un tajo el cordon en dos. Al punto las jóvenes esclaman: « Esto ya es









verdad, vos sois nuestro rey, el verdadero rey de Sion.» Entonan, en seguida, una aleluya, y su voz es acompañada de todo el acompañamiento real. En medio de estas aclamaciones, el príncipe llega al pié de la grande escalera del templo, edificado sobre una plataforma. Detrás del rey, viene el nebrit ó depositario del libro de la ley, que representa á Azarias, hijo de Sadoc. Aparecen en seguida los doce umbares, sucesores de los ancianos gefes de las doce tribus; luego el abuna, al frente del clero secular; el etcheque ó cabeza de los monjes, presidiendo al clero regular, y por último, el acompañamiento todo pasa por entre los dos cabos del cordon de seda, que el príncipe hubo cortado, y que están caidos sobre el pavimento. Se apea luego el monarca del caballo, y se sienta sobre una piedra determinada que está por dentro de la primera puerta de la iglesia de Axum. «En esta parte del templo, dice Bruce, se encuentran tres pequeños recintos cuadrados y cercados de muros de granito con pequeños pilares octógonos en sus ángulos, lo cual parece todo obra egipcia. Sobre una piedra lisa, colocada en medio de uno de estos recintos, es donde, desde tiempo inmemorial se sienta el rey para recibir la corona, y por debajo del asiento, en el sitio donde apoya sus piés, hay como una pequeña prominencia oblonga, que no es de granito, sino de piedra comun, donde se lee aun en una inscripcion ya un poco borrada: «Ptolomeo Evergetes, rey.» Al monarca, en su coronacion, se le unge con aceite de olivo, que se derrama por cima de su cabeza, que aquel frota con ambas manos, para que penetre por sus largos cabellos. La corona de Abisinia se parece á una mitra de obispo, y es una especie de casco que cubre la frente, las mejillas, y el cuello; su forro es de tafetan azul, y su parte superior toda es de oro y plata, filigranada con bastante arte. En lo mas alto de la corona, está colocado un globo de vidrio encarnado, del cual penden varias campanillas de diferentes colores. Despues de coronado, el monarca, sube la escalera de la iglesia acompañado de los sacerdotes que cantan himnos y salmos. En la misa que despues se celebra, recibe la sagrada comunion. Por último, como complemento de esta ceremonia se dedican catorce dias á ejercicios militares, fiestas y regocijos de toda especie. Siguiendo la antigua costumbre, el monarca está obligado, por su coronacion, á hacer varios regalos, recibiendo otros en cambio. El que le hace el gobernador de Axum, consiste en dos leones y una bandera de seda, en la que está escrita esta divisa: «El leon de la tribu de Judá y de la raza de Salomon ha triunfado.» Cuando el rey concede algunas tierras, esta misma divisa ó lema, sirve de título para la investidura, colocando en la cabeza del donatario una banda semejante, en forma de lazo, y en la cual están escritas las mismas palabras. MM. Combes y Tamisier, nos han hecho observar, que desde que Tegulet ha llegado á ser la residencia real, los soberanos se hacen consagrar, sin pompa ni aparato, en su propio palacio.

Conforme á una antigua costumbre, los soberanos inauguraban con una gran partida de caza, la primera espedicion de su reinado. A esta jornada acompañaban al príncipe, todos los grandes oficiales y dignatarios del imperio cuyo mérito y talento estaban reconocidos, y el rey pasaba revista á toda su jóven nobleza, ataviada de la manera mas brillante, montada en soberbios alazanes, y seguida de gran número de criados. La cita para esta cacería, se fijaba por lo comun en el *Kolla* (ó pais bajo), donde abundaban las fieras mas notables y terribles, como elefantes, rinocerontes, leones, osos, leopardos, panteras, etc., y otra porcion de animales salvages. Desde el momento en que las fieras, hostigadas por los ojeadores, salian de sus madrigueras de los bosques, los cazadores, ya juntos, ya separados, las atacaban de frente, armados de largas picas ó javelinas. El rey, cuando no era muy jóven, rodeado de su servidumbre, veia toda la fiesta desde una eminencia, y se enteraba, ya por sus propios ojos, ya por lo que se le decia, de cuáles habian sido los ca-

zadores mas valientes y afortunados. Cada uno de estos, terminada la batida, presentaba como trofeo, ante la tienda del príncipe, una parte del animal que habia muerto, como la piel de un leon ó de un leopardo, los cuernos de un venado, los colmillos de un elefante, la cola de un búfalo, ó el cuerno de un rinoceronte. Lo mas apreciable para el soberano, eran los colmillos del elefante, de los que se hacia brazaletes y otros adornos que llevaba siempre consigo, para distribuirlos como un obsequio especial, entre los guerreros que mas se distinguian en el campo de batalla, y estos los conservaban como irrecusables pruebas de su valor en la jornada, y cuando habian obtenido del soberano suficientes para cubrir todo un brazo, entonces, tenian derecho, en un dia dado, á presentarse ante los doce jueces, que les espedian un testimonio de ello, el cual les daba derecho á optar al dominio de una tierra, cuyo valor no bajaba de veinte onzas de oro. No todas las reses muertas presentadas se pagaban á un mismo precio. Un elefante, un rinoceronte, ó una girafa, que á causa de su agilidad no podia ser cogida, sino por un hábil caballero; un búfalo, un leon, etc., valian dos brazaletes al vencedor; pero no recibian mas de uno por un leopardo, por dos javalíes jóvenes, ó por otras cuatro fieras de diferentes especies. Graves dificultades se originaban generalmente en estas grandes cacerías; y á fin de cortar las disputas, se nombraba un consejo que las dirimia, oyendo á las partes, presidido por un dignatario llamado el *Dims-hasha*, ó el Bonete colorado, por alusion á una especie de turbante que le cubria la frente, dejando la parte superior de la cabeza descubierta. No duraban mas de quince dias las partidas de caza que acabamos de describir. El rey, despues de haber presenciado el porte y respetuoso valor de sus nobles caballeros, aprovechaba ese conocimiento, para elegir con acierto las personas mas dignas de ocupar los puestos en el ejército, y en seguida, terminada la eleccion, los sacerdotes auguraban por ella, si su reinado seria próspero ó desgraciado.

El Kolla, campamento ordinario de estos ejercicios, está habitado por los changallas, negros de orígen, todos paganos, y enemigos naturales de las leyes y gobierno de los abisinios. Sus tribus salvages adoran á diversos árboles, á algunas serpientes, y á la luna y estrellas en diferentes posiciones. Hay entre ellos adivinos; pero á estos mas se les considera como á servidores de un sér malhechor, que como ministros del autor del bien. Estos adivinos no predicen generalmente, sino sucesos desgraciados, y creen tener el poder de quitar la salud á sus enemigos, aunque estén lejanos. Los changallas guardan una costumbre religiosa muy estraña. De cada uno de los animales que matan, sin escepcion, desde el elefante, hasta un lagarto, cojen un poco de su piel, y la rodean á su arco en forma de anillo, y cuando aquel está ya forrado todo de estos anillos, el changalla, á quien pertenece, deja este y toma otro, con el que hace lo propio, hasta llenarle. A su muerte, se pone en su tumba el arco escogido de aquellos, que el difunto mas apreciaba en su vida, con la esperanza de que lo encontrará en el momento que resucite, y entonces, dotado de una superior fuerza, y sin temor de morir otra vez, podrá gozar sin tasa de todos los placeres de la vida, puesto que la resurreccion que estos negros se prometen, es toda física y material. Los changallas de ambos sexos, hasta que no se casan, viven completamente desnudos; pero una vez sometidos á la ley conyugal, se cubren el centro del cuerpo con una tela ligera. La poligamia está entre ellos admitida, y es con el fin, de que acrecentada de ese modo la familia, tenga esta mas medios de resistencia contra los árabes y los abisinios, sus constantes enemigos. Durante la primavera, los changallas no tienen mas abrigo que los árboles, de cuyas ramas, sin cortarlas, doblegándolas, hacen una especie de chozas cubiertas de pieles de animales salvages, en las que viven. Mientras que habitan de esta manera, se ocupan en cazar con la mayor destreza á los

animales mas feroces de los bosques, y una vez muertos, cortan su carne en trozos pequeños y delgados, que secan al sol, para que les sirva de alimento en la estacion de las grandes lluvias, durante la cual abandonan sus chozas, que se hacen inhabitables, y se retiran con sus provisiones á las cavernas que la naturaleza ha formado en las montañas, donde permanecen hasta que el sol ha pasado el cénit, y se adelanta hácia el sud. Luego que el firmamento, oculto por las nubes, resplandece de nuevo con todo el brillo de su azul, los changallas ponen fuego á la yerba, seca por los rayos del sol. El incendio se propaga de una manera increible, inundando de llamas toda la estension del pais, y pasando por los árboles con tal velocidad, que quema su hojas, dejando los troncos y las ramas. Se toman precauciones para que el fuego no se aproxime á las habitaciones, ó á los sitios donde hay agua. Entonces es cuando los changallas arreglan sus tiendas, asilos agradables, pero que fácilmente apercibidos desde las alturas inmediatas, sirven de norte á la persecucion de sus enemigos, para encontrarles fácilmente La segunda espedicion del nuevo rey de Abisinia se dirigia contra estos degraciados, casi asimilados á las fieras, y todos los gobernadores de los territorios vecinos de los changallas, desde el Baher-Negache, hasta el que mandaba en las orillas del Nilo á el occidente, estaba obligado á presentar, como tributo al monarca, cierto número de esclavos arrancados de su suelo natal, de entre aquellos desgraciados. Los menores de diez y ocho años, tanto varones, como hembras, se educaban en la religion cristiana, y pasaban despues al servicio de las primeras casas del imperio.

En otro tiempo los reyes de Abisinia eran muy respetados, tanto por sus enemigos, aun en las guerras mas sangrientas, como por sus mismos súbditos, en caso de guerra civil. Para no esponerles á que por equivocacion fuesen muertos en algun combate ó encuentro, se les invitaba á presentarse en campaña revestidos con los atributos de la monarquía, para ser así mas conocidos, y estos consistian en un caballo blanco, de cuyos jaeces pendian muchas campanillas, un escudo de plata, y una especie de turbante de seda blanca, ó muselina que cubria la frente del príncipe con un doble nudo detrás de la cabeza, flotando sus estremos sobre la espalda.

Antiguamente, jamás se daba al público el rostro del soberano ni otra parte alguna de su cuerpo, á escepcion del pié, que dejaba ver de tiempo en tiempo. El monarca está sentado dentro de una especie de alcoba ó gabinete, cubierto por delante con celosías y cortinas, y cuando tiene que dar audiencia al público, ó administrar justicia, lo hace con la cara tapada. Cuando teme alguna traicion, ó revuelta, su habitacion está completamente cerrada, y se hace entender por un pequeño agujero, junto al que está al oficial de guardia, llamado *Kala-hatzie*, (la voz ó la palabra del rey), y este es el que transmite las palabras del soberano á los jueces, sentados en la sala del consejo. Todo el que se presenta ante el monarca, no solo debe inclinar su cuerpo, sino prosternarse, y esto lo hace dejándose caer primero sobre las rodillas, luego sobre las manos, y en seguida sobre la cabeza, hasta que la frente tóque al suelo, y si espera alguna respuesta, ha de permanecer en esta humillante posicion, basta que el rey se la manda cambiar.

El trono de los reyes de Abisinia, era antes de oro, y parecido á uno de nuestros sofás; se veia cubierto de un tapiz de Persia y de telas de brocado de oro, y estaba asentado sobre varias gradas. Además, habia otro trono portátil, en forma de taburete, tambien de oro, y su forma era parecida á la de las sillas curules, que vemos representadas en las medallas romanas. Se tiene por crímen de alta traicion, sentarse en la silla del rey, y al que lo hiciese, se le castigaria al punto con pena capital, á no probarse que estaba loco.

Un dignatario de palacio, llamado el *Seramassery* (Maestro de ceremonias), tiene el cargo de velar toda la noche á la puerta de la

entrada del palacio del monarca, haciendo chasquear de vez en cuando un gran látigo, con el fin de ahuyentar con su ruido á las fieras que entran en la ciudad durante la noche, y de anunciar al mismo tiempo cuando se levanta el rey, quien antes de desayunarse, se coloca sobre su trono para administrar justicia. A este príncipe, jamás se le vé á pié por la calle, ni pone el pié en tierra en sitio público; y montado á caballo entra en la sala de audiencia, apeándose solo cerca de su trono, ó de la alcoba de su tienda. Cuando entra en campaña, le acompañan muchos jueces, y cuantos rebeldes son cojidos con las armas en la mano, son juzgados al punto por aquellos magistrados. Desde que un preso cualquiera está condenado por un crímen capital, no se le lleva á cárcel alguna, porque esta dilacion se mira como un acto de crueldad, sino que es inmediatamente conducido al sitio de la ejecucion, donde sufre su sentencia. El principal suplicio en Abisinia es la cruz; otro mas terrible aun, consiste en desollar vivas á las víctimas, y llenar su piel de paja, colgándola despues de una horca; tambien se hace morir á los reos apedreándolos. Entre los castigos, debe contarse el de sacar los ojos á los reos, y este es ordinariamente el que se impone á los rebeldes. Algunas veces, se suspende á los criminales de una argolla de hierro, y en esta situacion, se les mata á lanzadas. La degollacion para los hombres, y la horca para las mugeres, son los suplicios mas comunes. Los que roban en las iglesias, se les condena á la amputacion de un miembro, y los verdugos están muy diestros en esta operacion, que ejecutan con un cuchillo de gran filo. Los palos, son castigo para el ladron ó ratero de poca importancia. Los cuerpos de los ajusticiados por crímenes de alta traicion, asesinato, ó violencia, se dejan espuestos en las plazas públicas ó en caminos reales, y rara vez se les entierra, siendo por lo tanto presa de animales feroces durante la noche, que acuden en gran número á devorar estos restos, que arrastran á veces, hasta cerca de las mismas casas, y aun dentro de ellas si pueden penetrar.

Hay la costumbre singular, de que las puertas y ventanas de la morada del rey hayan de estar incesantemente rodeadas de gentes que lloren, se lamenten, y pidan justicia con destempladas voces, pronunciadas en todos los diferentes idiomas del imperio, y verdaderamente, en un pais tan mal gobernado y contínuamente espuesto á los azares y trastornos de la guerra, nada tiene de estraño, que nunca falten individuos que tengan justas razones para quejarse. Pero, cuando las lluvias impiden el acceso á la residencia real, y no hay bastantes que á ella acudan, se alquila por dinero una banda de miserables, que se lamenten y griten alrededor del palacio, como si verdaderamente fuesen víctimas de alguna opresion. Esta costumbre ridícula, dicen que se ha establecido en honor de la monarquía, y para que el soberano no se encuentre solitariamente abandonado en su morada y en tranquilidad ociosa.

El rey come pan de trigo, y no de cualquiera especie, sino del particular que se coje en el pais de Dembea, cuyas producciones todas esclusivamente son destinadas al sostenimiento de la casa real. Los abisinios se sirven, además del trigo, de cebada, judías, lentejas y de otras muchas semillas para hacer pan; pero un cereal particular que tienen, cuyo grano es muy pequeño, es su alimento predilecto; con él hacen lo que llaman la *tabita*, que en la forma se parece á nuestra fruta de sarten; deslíen su harina en mucha agua y la hacen fermentar, hasta que esté ágria, y luego cuecen esa pasta al fuego, sobre un plato de barro, volviéndola de arriba abajo. Tienen además otra especie de pan, que imita mucho al nuestro, y al que llaman *cubacha*, y no emplean en él mas que harina de trigo ó cebada; pero como no saben amasar bien, ni conocen los hornos, la pasta sale mal cocida y pesada. Bruce habla tambien de la costumbre de los abisinios, de comer la carne de los animales viva y palpitante aun, y nos describe uno de

estos banquetes. « Se conduce á la puerta de la sala, donde se vá á comer, una vaca ó un toro, segun el número de convidados, y cuando se le han atado bien los piés, le cortan la piel, que cuelga de la parte baja del cuello, cuidando de no romper sino muy pocas venas, para que apenas salgan solamente algunas gotas de sangre, creyendo con esto haber satisfecho á la ley de Moisés, y en seguida, comienza el lento martirio del desgraciado animal, y la sangrienta operacion del destrozo. Principian por arrancarle la piel de las espaldas, y en seguida, metiendo los dedos entre cuero y carne, desuellan hasta la mitad de las costillas, levantando poco á poco el pellejo, para hacer mejor la operacion y sacar la parte de lomo sin tocar al hueso, y hecho pedazos, se vá preparando para comer, sin hacer caso del tormento del triste irracional, que sus crueles asesinos no tienen la generosidad de matar; sino por el contrario, procuran que le dure la existencia hasta que hayan acabado de devorarle. En lugar de cucharas se ponen delante de cada convidado, unas pequeñas tortas redondas y delgadas, hechas de pan sin levadura, y de un gusto un poco ágrio, pero agradable y fácil de digerir. Las hay de diferentes colores. Además ponen cerca otros panes ordinarios, que sirven de platos, limpiándose en ellos los dedos despues de comer, y que los criados comen despues. Una vez sentados los comensales, se adelantan tres ó cuatro criados, y traen á cada uno de sus señores pedazos de carne cruda y arrojando sangre aun, y los colocan sobre las tortas, que sirven de platos, y unos á otros los convidados se van sirviendo mútuamente estos trozos condimentados con sal y pimienta, y los devoran con avidéz. Al que se engulle mayores pedazos y mete mas ruido al comerlos, se le tiene por mejor educado y de mas tono, y así hay entre ellos un proverbio: « Los mendigos y los ladrones comen poco á poco y sin que se les oiga. » No se bebe jamás hasta que se ha acabado de comer, y todos lo hacen á la vez. Sigue luego una algazara y alegría general, que á veces suele parar en riñas, y entre tanto, la desgraciada víctima, á cuya costa y tormento se hace este bárbaro festin, muere desangrada quedando en su mayor parte en esqueleto. »

Aunque haya autores que no creen que los abisinios comen la carne cortada del animal aun vivo, sin embargo, todos convienen en que este pueblo regala su paladar con carne cruda; añaden tambien, que son muy aficionados á salsas irritantes y cargadas de pimienta y otras especias, y esta aficion se esplica muy bien en un pais tan cálido como este, en el que el cuerpo debilitado siempre por una traspiracion continua, necesita un alimento escitante para no perder su vigor.

Añadiremos por último algunos detalles sobre el trage de los abisinios. La sociedad para ellos se divide en tres clases de hombres, soldados, labradores y comerciantes, y la hechura del vestido es igual para todos. Consiste en un calzon ceñido, que no pasa jamás de la rodilla, un cinturon y una especie de pequeño manto, de tela fina, de mas ó menos valor, segun la importancia ó fortuna de los individuos. Unicamente los soldados se echan sobre la espalda una piel de cordero. Tanto hombres, como mugeres, para tener el pelo suave, le empapan casi de manteca fresca, con la que se untan tambien el cuerpo para suavizar igualmente la piel, é impedir que se arrugue. Con algunas escepciones, casi todos los abisinios van descalzos. Una camisa y un manto de tela componen todo el trage de las mugeres. En un viage, las mas acomodadas llevan un calzon largo, bordado de seda azul y encarnada, y las que han de caminar á pié, arreglan su manto en forma de túnica ó jubon corto, que se ajustan por la cintura. Las princesas usan ricos mantos de brocado, de oro y plata. Cuando se presentan en público, cubren su rostro con un velo, y ciñen la frente con una tira de blonda, y el ocultar la vista, es temiendo el vulgar hechizo que nosotros llamamos *mal de ojo*.

Sin estendernos ya mas sobre el culto religioso, constitucion política, y usos y costum-

bres de la Abisinia, nos ocuparemos en describir los medios de que se ha valido la providencia para difundir el rayo de luz de la verdad católica, en medio de la oscuridad y tinieblas en que, las prácticas del judaismo por un lado, y por otro, el error de los jacobitas, tenian envuelto á este imperio. No ignoramos que por graves autores se ha dudado de la primera mision de los dominicanos en Abisinia; pero para nosotros basta, que en los anales de esta órden se haga espresa mencion de ella, para dejar de omitirla, reservando, sin embargo, sus derechos á la crítica.

Despues de las relaciones que hemos dicho que hubo entre los abisinios con Jerusalen, nada tiene de improbable, que ocho religiosos dominicos, atraidos al oriente por el natural deseo de visitar el Santo sepulcro, hubiesen penetrado por el Egipto, en la Abisinia, por el año 1316, segun ya hemos apuntado, bajo la autoridad de Fontana, quien se funda en el formal testimonio del historiador de la Inquisicion, Paramo. Reinaba por entonces en ese imperio, Amda-Sion, quien tuvo por sucesor en 1342, á Set-Araaz, que poseyó el cetro hasta el 1370. Paramo, llama Felipe á este príncipe, y dice, era hijo de uno de los reyes sometidos al Negus, á quien los ocho dominicos, habian convertido á la religion cristiana, agregado á su órden, y constituídole guardian de la fé de los católicos abisinios. Por la palabra India, en cuyo pais, dicen el analista Fontana, y Paramo, que en 1336 murieron el dominicano Teclaimauot, y otros dos religiosos de esta órden, llamados, el uno Felipe, como el príncipe convertido, y el otro Tecla-Msawariat, (la planta de los apóstoles), que lograron en 1340 la palma del martirio, debe entenderse especialmente la Abisinia, así como lo indica la forma etiópica de los dos nombres de los misioneros. Por último, Fontana, dice espresamente del segundo, que estaba emparentado con la familia real abisinia, y nada tiene de estraño, que los ocho misioneros primeros que penetraron en Etiopía, además de dar el hábito de Sto. Domingo al príncipe Felipe, hubiesen hecho lo propio con otras personas, como ni tampoco, que aquel á su vez revistiese con el mismo carácter á muchos de sus compatriotas, que abjurando la heregía de los jacobitas, adoptaron la unidad romana. Parece ser que Felipe, dió el hábito de la órden, á la princesa Clara, cuya santidad era tal, dicen, que la concedió Dios el don de revelacion, tanto, que habiendo muerto su padre, uno de los reyezuelos sugetos al Negus, ella le vió subir al cielo coronado de gloria. Esta piadosa dominicana, murió el 2 de julio de 1396, fiesta de la Visitacion de Ntra. Sra., una de las mas célebres de Abisinia; pero el príncipe Felipe, la precedió mucho antes en su fallecimiento. Nada sabemos de los trabajos apostólicos que ocuparon la vida de este ilustre dominico, desde el 1316 al 1366, fecha de su muerte; únicamente Luis de Paramo, refiere su fin glorioso de este modo: «Habiendo procedido á castigar, en virtud de su cargo de guardian de la fé, á un gefe que habia incurrido en el delito de bigamia, este, fingiendo primero que se reconciliaria con la Iglesia, atrajo así su confianza, y aguardándole en una emboscada, le hirió mortalmente hasta acabar con su vida, el 4 de noviembre del dicho año 1316.» Pero si nos es permitido admitir como cierto, que una mision dominicana haya hecho brillar, por espacio de cincuenta años, en el siglo XIV, la verdadera religion en algunos puntos de Abisinia, del mismo modo hemos de asegurar que la muerte de este príncipe mártir, fué el término de los trabajos apostólicos de los misioneros.

CAPÍTULO XX.

Misiones en Bosnia, en Bulgaria, en Rusia, en Servia, en Valaquia, en China, en Tartaria, en Georgia, en Armenia, en Grecia y en la India. — Mártires en Egipto, en Tierra santa, en Granada. — Rescates de misioneros cautivos.

Volviendo la vista desde el Africa á la Europa, de la que hace tanto tiempo está separada nuestra historia, veremos ya misiones

que se desarrollan, é iglesias nuevas, que, fecundadas por la sangre y el sudor de los obreros apostólicos, presentan al cielo frutos de salvacion.

El franciscano Pedro de Aragon, así llamado, por alusion á su pais natal, fué uno de los religiosos de la órden, que mas se distinguió en sus misiones, por su celo contra los hereges, y este concurrió muy especialmente al progreso de la religion católica en Bosnia, pais limitado al norte por la Esclavonia, al oriente y mediodía por la Croacia y Dalmacia, y al oriente por la Servia. Rara vez discutia Pedro con los sectarios, que no atrajese muchos á la fé, por la elocuencia y fuego de su palabra. No habiendo podido convencer un dia á aquellos, á pesar de la fuerza de sus razonamientos, lleno de fé, entró en su presencia en medio de un gran fuego, y se detuvo allí algun tiempo sin sufrir lesion alguna. Este prodigio tocó el corazon de aquellos á quienes la razon y la elocuencia no habian convencido. Ocho años despues de la muerte de este ilustre apóstol, ocurrida en 5 de octubre de 1340, Clemente VI ordenó á los ministros de los franciscanos, y priores de los dominicos de la provincia de Hungría, que evangelizasen por medio de misioneros piadosos é instruidos, á los comanos y á otros infieles que les estaban próximos. El celo de los hijos de Sto. Domingo y S. Francisco, correspondió á la invitacion de la santa sede. Segun Wadingo, los dominicanos fueron los esclusivamente empleados en la importante mision de Bulgaria, cuyos grandes resultados aplica Bzovio en favor de los franciscanos.

La Bulgaria es un pais limitado al norte por el Danubio; al mediodía, por la Romania y la Macedonia; al este, por el mar Negro, y al oeste, por la Servia. En la decadencia del Imperio de oriente, fué conquistado por pueblos venidos de la Bulgaria de Asia, que le dieron su nombre. Habiendo querido su gefe Stratimiro, vasallo de la Hungría, sacudir esta dependencia, el rey Luis se apoderó en poco tiempo de sus estados, que le devolvió en seguida; y desde entonces, Stratimiro empleó toda su actividad en la obra espiritual de la conversion de los búlgaros. A imitacion del rey de Hungría, Luis, y por consejo del franciscano Peregrin, obispo de Bosnia, pais que la Servia separaba de la Bulgaria, el vicario franciscano de la Bosnia, mandó á Stratimiro ocho religiosos franciscanos, cuya mision, recuerda la pesca milagrosa del Salvador, pues apenas echaron el anzuelo de la divina palabra, en ese mar de errores, recogieron en la red de su predicacion, á doscientos mil convertidos á la iglesia católica. Con objeto de que un éxito tan portentoso, llevado á cabo en solos quince dias, no pudiese ponerse en duda, se hizo una lista nominal de todos los convertidos. Al mandar esta los misioneros al ministro general de la órden, el rey Luis escribió, que la multitud de los infieles y hereges que estaban dispuestos á recibir la fé verdadera, era tanta, que eran necesarios al menos, diez mil religiosos para instruirles. El general, en vista de esto, mandó al provincial de la provincia de San Francisco, que publicase estas noticias, el 2 de agosto de 1366, en presencia de todos los hermanos menores, que segun costumbre, se reunian, en gran número, en el convento de Ntra. Sra. de los Angeles, para ganar el célebre jubileo de la Porcíumcula, y que se exhortase vivamente á los religiosos allí congregados, á la cooperacion de una obra tan santa. Los hermanos Juan y Andrés, vinieron á dar cuenta á Urbano V, de los satisfactorios resultados obtenidos por los franciscanos en Bulgaria, en Rascia (Servia), y en Bosnia, y le suplicaron se dignase establecer en estos paises, sacerdotes seculares que cultivasen la viña nuevamente plantada, y siguiesen con el cuidado de las almas, mientras que los misioneros se ocupasen en proporcionar otras conquistas á la fé. «Hé aquí, dice Wadingo, cómo se han portado siempre nuestros religiosos; ellos han vencido y superado las primeras dificultades, y despues han dejado el reposo y el aprovechamiento de sus fatigas, á los pas-

tores ordinarios.» El papa escribió en este sentido, tanto al rey Luis de Hungría, como al arzobispo de Colocz, al obispo de Chonaz y al hermano Peregrin, obispo de la Bosnia.

El órden seráfico no plantó la fé en Bulgaria, sin regarla con su sangre. Diez franciscanos se encontraban en la capital de los búlgaros, situada sobre el Danubio, cuando Busarath, príncipe cismático, que reinaba en la parte allá de ese rio, y que estaba en inteligencia con los cismáticos de la ciudad, la sorprendió y tomó por traicion. Cinco de estos franciscanos, se pudieron con tiempo refugiar en la ciudadela; pero los restantes cayeron en manos del tirano. De estos, tres eran sacerdotes y dos legos. Los primeros se llamaban Antonio de Sajonia, elocuente predicador, Gregorio de Trau, de una grande humildad, unida á un conocimiento profundo de la escritura santa, y celo por la fé, y Nicolás de Hungría, sugeto de tal austeridad, que llevaba contínuamente aros de hierro apretados en los brazos y en las piernas, además de un gran cilicio, y que en diez y seis años no habia tomado mas alimento, que pan y agua. Los dos legos eran: Tomás de Foligno, y Ladislao de Hungría, notables ambos igualmente por sus virtudes. Uno de estos cinco religiosos, fué hecho trizas en medio del primer tumulto, cuando los cismáticos de la ciudad la entregaron á Busarath. Los otros cuatro, presos, y llevados ante el príncipe, é interpelados sobre sus creencias, dieron por contestacion, un completo testimonio de la fé católica, tan sólido y razonado, que los cismáticos quedaron confundidos. Sustituyendo á la razon la violencia, solicitaron estos del príncipe que les condenase; pero ocupado este y los suyos en el pillage, no hizo caso de ese asunto, para él muy secundario. Los sacerdotes griegos cismáticos, entonces, por sí mismos y sin autorizacion, condujeron fuera de la ciudad, á los cuatro confesores de Cristo, á orillas del rio, y allí les cortaron la cabeza el 12 de febrero de 1369. Entonces tuvieron lugar los prodigios que referiremos, fundados en el esplícito testimonio de Wadingo. Sobre la orilla del Danubio, donde yacían los cuatro cadáveres insepultos, apareció un resplandor celeste, y se dejó oir un angelical concierto. Informado de este estraordinario acontecimiento, acudió á cerciorarse el mismo Busarath en persona, y aunque aplicó el aguijon de la espuela al caballo, hasta hacerle sangre, nunca pudo hacerle aproximar á los cuerpos de los mártires. Apeándose, quiso adelantarse él mismo, pero un terrible espectro le estorbaba el paso. Los monges cismáticos, á fin de impedir que se tributasen por los católicos honores y veneracion á esas santas reliquias, hicieron acudir perros de presa hambrientos, para que los devorasen; pero en vez de acercarse estos á devorar su presa, huian, dando espantosos ladridos, como si les castigase una mano invisible. Uno solo de estos llegó á morder un poco á uno de estos venerables restos, y esto no sirvió mas que para helar de espanto á los espectadores de esta impía escena, pues, no bien su colmillo tocó á la sola piel del mártir, que salieron de su boca llamas encendidas, con las que, amenazaba contagiar á los circunstantes. Por último, el Danubio, desbordándose lo necesario, fué á buscar á la misma orilla los cuatro cuerpos, que tantos prodigios habian ya glorificado, y dóciles sus olas á la voz de Dios, los depositaron en cuatro ataudes preparados por los ángeles, que el rio recibió en su seno, para devolverlos en su dia.

Urbano V, impulsado por su contínuo celo por la salvacion de las almas, mandó en 1369, á varios franciscanos á las naciones de la parte de oriente, y del norte de Europa, otorgándoles, además de los privilegios comunes á los demás misioneros de la órden, la facultad especial de citar ante la santa sede, á cualquiera que les impidiese ó coartase en lo mas mínimo el ejercicio de sus funciones apostólicas, de cualquier categoría que fuese. Entre los pueblos que á la familia de S. Francisco, la tocaba evangelizar, idólatras, musulmanes, hereges, indios, alanos, escitas, armenios,

georgianos, nestorianos, jacobitas, griegos, etc., vemos especialmente mencionados á los comanos, los rusos y á los búlgaros. Tales eran las legítimas esperanzas de conversion en las provincias desmembradas del Imperio griego, bajo los nombres de Bulgaria, Servia y Bosnia, que en su vista el hermano Bartolomé de Alvernia, vicario franciscano de este último reino, y Luis, rey de Hungría, enviaron en 1372, al pontífice romano, al hermano Berenguer de Aragon, para reclamar un gran refuerzo de misioneros. El papa les concedió sesenta franciscanos, y autorizó en esos paises la ereccion de varios conventos, para que fuesen centros desde donde irradiasen los apóstoles.

Desde el año 1370, habia ya mandado el pontífice romano á Rusia, Valaquia y Lituania, al hermano Nicolás Melsat, con otros veinte y cinco compañeros elegidos por él mismo. En el año siguiente, considerando que las fatigas de tan penosa mision, habian reducido mucho el número de frailes menores, que bajo la direccion del vicario franciscano de Rusia, trabajaban en convertir los idólatras, y atraer los cismáticos al gremio de la Iglesia, permitió á este vicario que hiciese venir otros treinta ausiliares, sacados de la provincia de la órden que mas le conviniese, sin necesidad de pedir consentimiento á sus superiores respectivos, con tal que los designados fuesen de buena vida y costumbres.

Por este tiempo, en Rusia, las predicaciones de un sacerdote llamado Juan, originario de la diócesis de Silesia, tendian á estraviar las conciencias, creando prevenciones entre los cristianos, con gran perjuicio de los misioneros franciscanos, que allí ejercian su ministerio. Juan, disputaba á estos la facultad de administrar los sacramentos, y sostenia, que era preciso bautizar y absolver de nuevo, á los que de aquellos habian recibido el bautismo, y la absolucion de sus pecados. Sabedor de este escándalo tan perjudicial á la propagacion de la fé, el papa, escribió enérgicamente al arzobispo de Guesne, y á otros obispos, para que en manera alguna impidiesen, antes eficazmente protegiesen el ministerio de los frailes menores, y que empleasen las penas canónicas, si necesario fuese, contra los temerarios que les estorbasen ó pusiesen coto al ejercicio de sus funciones apostólicas.

Los franciscanos prosiguieron su laboriosa tarea, no solamente en Rusia, sino en Valaquia, pais cuya parte inferior ha retenido su antiguo nombre, y la parte superior ha tomado el de Moldavia. La Valaquia, propiamente dicha, está limitada, al norte, por la Moldavia y Transilvania; al occidente, por este último territorio; y al oriente y mediodía, por el Danubio. La Moldavia, confinante al mediodía por la Valaquia, lo está, al norte por la Polonia; al oeste por la Transilvania, y al este, por la Ukrania y Besarabia. No teniendo pues los valacos obispo particular, é impidiéndoles, por otra parte, la diferencia de idioma el recurrir al ministerio de los sacerdotes húngaros, la piedad de los cismáticos convertidos se iba debilitando, al paso que se dificultaba la conversion de los que aun persistian en sus errores. En consecuencia de esto, el pontífice romano mandó, en 1374, á los arzobispos de Estrigonia y de Colocz se entendiesen con el rey Luis, bajo cuyos auspicios se estaban realizando las misiones en los paises limítrofes de la Hungría, á fin de que se erigiese una silla episcopal en Valaquia y se pusiese al frente de ella, si era posible, al hermano Antonio de Spalatro, que estaba en Dalmacia, que comprendia bien la lengua nacional, y cuyas predicaciones habian allí ganado tantas almas á la fé católica. Cuatro años despues, otros dos franciscanos, oponiéndose con celo en la Valaquia propiamente dicha, al insensato culto á los árboles que allí se tributaba, y predicando al verdadero Dios, los idólatras los martirizaron de la manera mas cruel. Por último, la familia de S. Francisco no era la única que cultivaba ese campo, en el que tanta maleza se oponia á que los misioneros recogiesen la cosecha de salvacion. Los hijos

de Sto. Domingo, á quienes el celo del hermano Pablo, de quien hemos ya hablado en el año 1242, habia ya en cierto modo naturalizado en todos estos paises, lograron hacer abjurar el cisma á una gran parte de la poblacion griega, que vivia allí mezclada con los idólatras.

En Lituania, tercera carrera abierta por el papa al celo de la milicia franciscana, que Nicolás Melsat condujo á la conquista de las almas, la idolatría dominaba con toda su fuerza, acompañada de la mayor supersticion que quizá se ha visto en ningun pais del mundo, puesto que no habia apenas animal á quien los lituanios no adorasen. Las serpientes, como ya dejamos dicho en el año 1325, y los áspides eran sus dioses mas favoritos. Tenian estos pueblos un gran respeto por los bosques, y nunca se atrevian á quemar alguno, de miedo de ofender por ello á alguna divinidad desconocida, que allí estuviese oculta. El fuego, consagrado por un sacerdote, y mirado como perpétuo, recibia tambien sus homenages. Cuando el gran duque Jaguellon, enemigo entonces de la Polonia, propuso á los grandes de este reino, el reunir ambos paises por medio de su enlace con su jóven reina Hedwigis, introduciendo de esta manera el cristianismo entre sus propios súbditos, una feliz revolucion se manifestó en Lituania. Consintiendo los polacos en el matrimonio de su soberana con el gran duque, este último recibió el bautismo en Cracovia, y tomó el nombre de Wladislao, y su primo Witoldh, bautizado juntamente con él, y con el nombre de Alejandro, obtuvo del nuevo rey de Polonia, el gobierno de la Lituania. Wladislao encargó en seguida á los franciscanos el que preparasen á los lituanios á recibir el cristianismo, y no contento con eso, él mismo, en compañía de la reina Hedwigis, y del arzobispo de Guesne, se trasladó en medio de ellos para apresurar su conversion. Se estinguió el fuego, reputado perpétuo; se desmontaron los bosques sagrados; fueron muertas las serpientes y lagartos, objetos de un culto estúpido, y se destruyeron los ídolos; y viendo los lituanios que sus impotentes divinidades sucumbian sin vengar su derrota, se inclinaron mas á reconocer al verdadero Dios. Wladislao recorria el pais y suplia con sus propias instrucciones, la parte á donde no alcanzaba el clero polaco, ignorante del idioma local. Se atraia á los neófitos, á quienes se dispensaba el bautismo, con el corto regalo de un trage de lana blanca, y no pudiendo ser administrado el sacramento á cada uno de ellos en particular, á causa de la multitud inmensa de convertidos, se les bautizaba por grandes grupos, dando el nombre de Pedro á todos los hombres de un grupo; el de Pablo á los de otro, y así sucesivamente los de los demás apóstoles; y á su vez las mugeres recibian colectivamente los nombres de Margarita, Catalina y otras santas. Unicamente se bautizaba por separado á las personas de rango superior. En Wilna, capital de la Lituania, era donde los idólatras conservaban aun el fuego sagrado, y despues de estinguido, cuando el cristianismo fué adoptado como religion del estado, se erigió allí una iglesia catedral, dedicada á S. Estanislao, patron de la Polonia, y fué su primer obispo el franciscano Andrés Vasillo, polaco de orígen, y antiguo confesor de Isabel, reina de Hungría.

El cuidado que los papas empleaban para las misiones de Europa, no les hacian olvidar las del Asia. En esta parte del mundo acababa de realizarse un grande acontecimiento, que ejerció una notable influencia sobre la predicacion evangélica. Kublay, á quien ya conocemos como emperador de la China, bajo el nombre de Chi-Tsu, habia fundado la vigésima dinastía china, llamada de los Mongoles ó de los Yuen. Esta, fué destruida en 1368, por Tchu-yuang-tchang, que tomó, como nuevo emperador, el nombre de Hung-wou, es decir: *Fortuna inmensa producida por la guerra.* Esta dinastía nacional, fiel á la política china, se dedicó á impedir toda comunicacion con el estrangero, y desde entonces, la mision católica de la China, perdió su antiguo brillo, sin que por eso se borrasen completamente las bue-

llas del cristianismo en ese imperio, quedando aun mas vivas y permanentes que en ningun otro punto, en Tschang-tchu-fu, octava ciudad de la provincia de Fokien. El conde Baldelli, en su obra de: *Il milione di Marco Polo*, habla de una biblia latina, que hoy se encuentra en Florencia, en la biblioteca Medicea, hallada en la casa de un idólatra de Camxo, provincia de Nanking, al cual, segun su declaracion, le habia sido transmitida de mano en mano por sus antepasados, desde la época de la dinastía de los Yuen ó Mongoles. Dos años despues de la revolucion política que privó del mando á esa misma dinastía, llegó á noticia de Urbano V, que á causa de la muerte de casi todos los franciscanos que sus predecesores habian mandado á ese pais lejano, y de la traslacion del hermano Como á la sede de Serai, los príncipes, y el pueblo chino carecian de ministros de la palabra de Dios, y de su primer pastor. Para remediar esta falta, instituyó inmediatamente á Guillermo de Prato, como arzobispo de Kan-Balikh, y vicario general de los franciscanos del Katai, si es que no le habia. Dió al mismo tiempo por compañeros al nuevo prelado á doce hermanos menores, á los que siguieron otros sesenta mas, encargándoles que de paso fuesen preparando la reunion de la iglesia griega á la latina, y despues mandó partir para el mismo punto á otros ocho, cuyos nombres y patrias nos ha conservado la historia, y fueron: Francisco, de Terni; Antonio y Pablo, del Santo sepulcro; Gonzalo y Alfonso, españoles; Pedro, de Monte-Pulciano; Antonio, de Santángelo, y Bernardo, de Roma. En 1371, Francisco de Podio, por sobre nombre Catalan, recibió el título de vicario general de los hermanos menores de la Tartaria del norte, á donde fué enviado con otros doce compañeros, cuya eleccion se le dió. La edad y las fatigas disminuyeron sucesivamente el número de los misioneros, que ejercitaban su celo entre los tártaros del norte, con tan buen éxito, que mas de diez mil infieles habian ya abrazado la fé católica en solos los montes Caspios. El vicario franciscano de estas regiones mandó como diputados á la santa sede á los hermanos Roger, inglés, y Ambrosio, de Siena, para obtener del pontífice nuevos ausiliares, y el papa le concedió, que escogiese veinte y cuatro de los puntos que mas le acomodase con tal que se fuesen voluntariamente, y que sus respectivos superiores les juzgasen á propósito para este ministerio.

En la época misma en que Urbano V instituia á Guillermo de Prats, arzobispo de Kan-Balikh, envió al franciscano Antonio, ya obispo titular de Melo, y á otros veinte y cinco religiosos de la misma órden, á evangelizar á los georgianos y demás cristianos cismáticos de oriente.

La Georgia, la Armenia y la Tartaria, continuaban siendo el glorioso teatro de la celosa predicacion de los dominicos, á quienes Gregorio XI dirigió hasta ocho cartas para felicitarles por su generoso ardor en la propagacion de la fé y constancia heróica en las fatigas de su mision. Este papa hizo marchar un gran número de ellos hácia el oriente acompañados del P. Elias Petit, franciscano, consagrado obispo, á fin de trabajar en el norte y mediodía del Asia, en la propagacion del cristianismo. El dominicano, Juan de Trevisó, obispo en Armenia, al pasar por Constantinopla con sus compañeros, para verse con el pontífice romano, disputó sobre la primacía de la santa sede, con el antiguo emperador de Constantinopla Juan Cantacuceno, que habia dejado el cetro por la cogulla de S. Basilio. Convencido por sus razones el ex-emperador, se mostró dispuesto á secundar con sus esfuerzos é influencia la reunion de las dos iglesias. Gregorio XI, sabedor de esto, encargó muy particularmente á los dominicos que Trevisó habia dejado en Constantinopla, que no dejasen de la mano al anciano emperador, y que no saliesen de allí sin realizar la union tan deseada. Durante la permanencia de los religiosos en la ciudad imperial, los comerciantes venecianos, que en ella se hallaban establecidos, cedieron en propiedad á la órden de predicadores un

oratorio, con la advocacion de San Márcos, y el terreno suficiente para edificar un convento, donacion que aprobó despues el senado de Venecia. El obispo Máximo, cismático, pero que despues de haber abjurado su error, abrazó el instituto de Sto. Domingo, se ocupó con tanto ardor de la conversion de sus compatriotas, que atrajo un gran número de ellos á la unidad católica, por lo cual, Bonifacio VIII le concedió, para consuelo de los griegos unidos de Constantinopla, el poder cantar en las misas solemnes la epístola y el evangelio en su propia lengua. Poco despues, ese celoso dominicano fué personalmente á Roma, y espuso al papa la necesidad de mayor número de obreros apostólicos en este pais, y en su virtud, se le autorizó para fundar un convento de dominicos en territorio griego. Igualmente trabajó mucho el dominicano Nicolás Nocluri, capellan de Bonifacio VIII, para inculcar á los griegos la doctrina católica, y el papa, para favorecer sus intentos, y ponerle mas en ocasion de prestar mayores servicios á la religion, le concedió la iglesia y el hospital de San Antonio, que estaban situados en el arrabal de Pera, cerca de Constantinopla. Apesar de todos estos esfuerzos y de las conquistas individuales hechas por los misioneros, la reunion colectiva, objeto de los ardientes votos de la santa sede, y de los pasos de tantos legados de la misma, no pudo verificarse, al menos de una manera permanente. El cisma obstinado de los griegos rechazaba con ingratitud las tiernas solicitaciones del vicario de Jesucristo. Por lo mismo, como castigo de semejante rebeldía, los turcos otomanos, instrumentos de la cólera del cielo y de la venganza divina, indicaban su proximidad á la infiel Constantinopla, no perdonando en sus contínuas incursiones, ni las iglesias católicas, ni las personas de los misioneros, como sucedió desgraciadamente en Caffa; pero el papa, alentaba sin cesar á los fieles, por medio de concesion de indulgencias, á que se restableciesen los templos arruinados; animaba con gracias espirituales el valor de los apóstoles de la fé, tales como los hermanos-unidos, que residian en Caffa y Armenia; y por último, cuanto mas de cerca amenazaba á Europa la barbárie musulmana, tanto mas cuidaba de combatirla sin tregua, en el Asia, su cuna, con enjambres nuevos de misioneros que sucesivamente enviaba.

Un documento presentado en justicia en Goa el 1533, y mencionado por Du-Jarric, jesuita, prueba, que el conocimiento de los misterios del cristianismo que llevaron los misioros á la India, aun no se habia borrado en 1391. Trátase en él de una donacion grabada sobre una plancha de bronce, en lengua canaria, y por la cual, un rey idólatra, llamado Mantrafor, asignaba ciertas rentas á una pagoda. Esta acta, fechada en el año 1391, comenzaba en estos términos: « En nombre de Dios, que es el creador de los verdaderos mundos, del cielo, de la tierra, de la luna, de las estrellas, al cual ellas adoran, y en el que tienen su apoyo, doy al mismo Señor gracias y creo en él que, por el amor de su pueblo, ha querido venir á tomar carne en este mundo. » Al fin del escrito y cerca de la firma, confiesa el rey la Trinidad de las personas divinas en unidad y esencia. El dogma de la Trinidad, y el de la Encarnacion del hijo de Dios, enseñados tanto tiempo hacia y tan esplícitamente por los franciscanos y los dominicos, subsistia aun en el recuerdo de los habitantes de la isla de Goa.

Los últimos años del siglo XIV, presentaron á los sectarios del islamismo, en Egipto, en Tierra santa, y en España, el heroismo y constancia de muchos mártires, á quienes su fé hizo superiores á los mas crueles tormentos y aun á la misma muerte. El primero de estos ilustres confesores, cuyo fin glorioso vamos á referir, recuerda, así por la caida momentánea, como por su pronta y gloriosa reparacion, al hermano Estéban y al caballero Tomás, martirizados como atrás queda dicho, en Serai y en el Cairo. Juan Ethier, tal era su nombre, nació en España, y llegó á ser confesor del infante Fernando de Aragon. El deseo de estender y propagar la religion de Jesucristo,

le hizo tomar la resolucion de ir á Jerusalen, y pasar allí el resto de sus dias, ocupado en fortificar la creencia de los fieles y predicar el evangelio á los mahometanos. A poco de haber llegado á Palestina, fué arrestado de órden del sultan de Egipto y encerrado en una oscura prision, en compañía del franciscano Gonsalve, que sobrevivió poco á su prision, y murió en ella el 16 de mayo de 1370. Este fué el gran momento de peligro para hacer titubear la firmeza de Juan Ethier. Habiendo quedado solo en el encierro, y maltrâtado de una manera bárbara, sintió debilitarse su fé, y teniendo en mas aprecio la vida, renegó de Jesucristo, cuyo ministro era, y abrazó, sino por conviccion, al menos esteriormente, la ley de Mahoma. Sin embargo, contenido por su carácter de sacerdote, no se atrevió á casarse. Tres años enteros pasó el renegado en su apostasía, combatido sin cesar por el remordimiento, y por el temor de la pena eterna á que se habia hecho acreedor. Por último, al cabo de ese tiempo, el grito de su conciencia fué mas fuerte que todos los intereses de la tierra, y no pudo permanecer por mas tiempo en el horrible estado á que su debilidad le habia conducido. Penetrado de arrepentimiento á la vista de una falta, cuya enormidad conocia, escribió una carta á los franciscanos que estaban en la isla de Chipre, y pintándoles en ella su desgracia, al propio tiempo que su sabia resolucion, les suplicaba que le enviasen al Cairo, donde él entonces se encontraba, á dos de sus hermanos para que le ayudasen en su reconciliacion con la iglesia católica. Desde el momento en que aquella se realizó, hizo públicamente profesion del cristianismo, detestando terminantemente los errores de Mahoma. Como el nuevo convertido espiaba su falta por la penitencia, los musulmanes le apresaron, y desplegaron sobre él toda la rabia que su vuelta á la fé podia inspirar á hombres como ellos, que eran sus enemigos declarados, y despues de haberle apaleado cruelmente y haber derramado sobre sus heridas sal y vinagre fuerte, le clavaron en una cruz con seis clavos, dos en las manos, dos en los codos, y otros dos en los piés. El mártir, que durante los tormentos preliminares se puso pálido, desfigurado y casi cadavérico, se tornó luego su rostro sonrosado y risueño, desde que fué fijado en la cruz; súbito cambio que llenó de admiracion á todos los espectadores de tan sangrienta escena. De este modo, confesando á Jesucristo y anatematizando á Mahoma, espiró tranquilamente el mártir, el año 1273.

El bienaventurado Pablo ó Pauleto, acababa por este tiempo de introducir en la órden de S. Francisco, la reforma llamada de estrecha observancia de la regla, con cuya ocasion vamos á dar cuenta del martirio de cuatro religiosos franciscanos, pertenecientes ya á esta reforma, que son: los hermanos Nicolás de Taulicis, natural de Dalmacia; Donato, de Aquitania; Pedro, de Narbona, y Estéban, de Córcega, todos los cuales componian una mision para evangelizar á los infieles, siendo el gefe de ella, el hermano Nicolás, que ya habia dado muestras inequívocas de su eminente piedad y constancia á toda prueba. Encontrándose los cuatro religiosos en Jerusalen, el Espíritu Santo les inspiró sin duda el pensamiento de entrar, en uno de los dias mas solemnes de los mahometanos, en la mezquita del templo, y de predicar allí mismo las verdades del cristianismo, contra los errores del islamismo. Sorprendidos al pronto los infieles por la inesperada presencia de los misioneros en la mezquita, se enfurecieron luego, cuando les oyeron tratar á Mahoma de impostor, y á su ley, de blasfema. Se arrojaron en tumulto sobre ellos, los llenaron de golpes, y ya medio muertos, los encerraron en una horrorosa prision. En ella pasaron los cautivos tres dias, sin tomar alimento alguno, cantando contínuamente alabanzas al Señor, y exhortándose mútuamente á la perseverancia. Al cabo de ese tiempo, se les sacó del calabozo para obligarles á retractarse delante de todo el pueblo; pero como, en lugar de desdecirse, tornaban á evangelizar con mayor ardor y firmeza, en la plaza pública, los musulmanes,

ciegos de cólera, se lanzaron sobre ellos, y les hicieron pedazos á puros golpes de hachas y alfanges, el 11 de noviembre de 1391. Para consumir los cuerpos santos, los arrojaron en una grande hoguera, pero al tocarlos, esta se apagó de repente. Mas ciegos que antes, arrojaron leña y mas leña constantemente á la pira, nuevamente encendida, durante tres dias, permaneciendo dentro de ella los religiosos, bajo la accion de una llama renovada sin cesar; pero no por eso dejaron de quedar menos intactos los cadáveres, por la milagrosa resistencia á la fuerza del devorador elemento, burlando así la obstinacion de los infieles, hasta que convencidos estos de su impotencia, renunciaron á la idea de quemar estos venerables restos, limitándose á enterrarlos en secreto, á fin de que los cristianos no pudiesen tributarles el respeto de honor y veneracion que como á mártires se les debia.

El martirio de estos cuatro franciscanos de Jerusalen, ocasionó el de otros dos émulos de su gloria, que le sufrieron en Granada. Juan de Cetina, uno de ellos, natural de Aragon, tuvo por padre á Juan de Lorens, y se empleó en sus principios en el servicio de un caballero noble. Muy luego se apercibió, que en ese estado perdia su tiempo, y ni adelantaba en su fortuna, ni hacia progresos en la virtud, y reconcentrándose en sí mismo, se espantó del peligro en que estaba su salvacion. El rayo de luz divina que le tocó, fué tan eficaz, que dejó al punto á su amo, y renunciando á cuantas esperanzas y porvenir le podia proporcionar el mundo, se retiró á la ermita de S. Ginés, cerca de Cartagena. Pasó allí algunos años en el mayor recogimiento, orando asíduamente, y macerando su cuerpo con la mortificacion. Queriendo dar una regla estable á su vida penitente, y unir á sus ejercicios de piedad, el mérito de la obediencia, se volvió á Aragon, y tomó el hábito de S. Francisco, en el convento de Montion. En el momento reconocieron en él sus superiores un gran fondo de virtud, al mismo tiempo que de inteligencia, y pensando en elevarle á las órdenes sagradas, le mandaron á estudiar á Barcelona, donde llegó á ser un gran predicador. Desde que estuvo ya en estado de anunciar el evangelio, se dedicó á la instruccion de los mahometanos y judíos, y no encontraba á uno, que al instante no se pusiese á catequizarle. Habiendo sido mandado á Chelva, en el reino de Valencia, vió allí á los nuevos religiosos franciscanos observantes, cuyo género de vida abrazó al punto, vistiendo su áspero y grosero trage, y caminando con los piés desnudos. Recibióse por entonces la noticia del martirio que los cuatro franciscanos de la estrecha observancia habian sufrido en Jerusalen, y esto inflamó el celo de Juan de Cetina. Se fué á Roma, y solicitó del papa Bonifacio IX, el permiso de ir á predicar en la ciudad santa, donde esperaba recibir la palma de los defensores de la fé. El pontífice, despues de haber probado la firmeza del religioso, le otorgó el poder predicar en Palestina; pero con la condicion de no entrar en Jerusalen, donde sus predicaciones podian causar grave perjuicio á la familia franciscana de Tierra santa, que consevaba los santos lugares, bajo la dominacion de los infieles. Esta restriccion modificó el proyecto de Juan, quién resolvió llevar la luz del evangelio, á los musulmanes de Granada y de la Andalucía. A su vuelta á España, pidió al provincipal de Castilla, Juan Vital, los poderes necesarios para la ejecucion de su proyecto. Este superior, como persona de grande esperiencia, le puso delante los consiguientes riesgos de semejante empresa, añadiéndole, que en presencia de tan inminente peligro, no estaba en el caso de autorizar su mision, sino despues de largas y formales pruebas. Le aconsejó por lo tanto, que emplease primero los ayunos y las fervientes súplicas al cielo, para conocer así la espresa voluntad de Dios, y obtener la gracia suficiente para llevar á cabo tan heróico como generoso designio. Para esto, le señaló su estancia en el convento del Monte, cerca de Córdova, como lugar de soledad y retiro. Juan de Cetina, respetando la voluntad de Dios, en la de

su superior, obedeció con placer, y con ramas de árboles se arregló una estrecha celdilla, en un pequeño valle cercano al convento, donde pasó mas de un año entero entre la oracion y las austeridades. Dios le hizo conocer entonces, por notorias maravillas, que le destinaba á dar público testimonio de la verdad de su evangelio. Habiéndose declarado un incendio en el convento, mediante la intercesion de Juan, no solamente se contuvieron instantáneamente sus progresos, sino que se repararon brevemente sus consecuencias, y no quedó de él la menor huella. Curó además, milagrosamente á Martin Fernandez, bienhechor del monasterio; él solo, y sin esfuerzos, transportó al lugar conveniente una enorme piedra, que muchos obreros juntos no habian podido ni mover. Al ver tan estraordinarios hechos, el capítulo provincial celebrado en Búrgos, decidió que se concediese al fin á Juan de Cetina, tan constante en su celo, y de tan acrisolada fé, el permiso que con tanto ardor solicitaba, dándole por compañero al hermano lego Pedro de Dueñas, natural de Castilla, educado en la corte del rey, y que no tenia mas que diez y ocho años. Una vez recibida por los dos atletas de Jesucristo, la bendicion de sus superiores, se dirigieron hácia Granada. Los primeros mahometanos que encontraron en el camino, les reconocieron al punto por su trage, como religiosos, y les preguntaron cuál era su idea, al tomar aquel camino. Juan y Pedro, contestaron sin rodeos que iban á enseñar á los musulmanes las verdades del cristianismo, y á hacerles ver la falsedad de la religion de Mahoma. Aunque en su tránsito predicaban fuertemente contra las imposturas del Alcoran, nadie les detenia, y aun ni fueron siquiera insultados, hasta que llegaron á Granada el 8 de enero de 1397. Allí encontraron residiendo al franciscano Eustaquio, portugués, capellan de los mercaderes cristianos, á quienes las transacciones comerciales obligaban á permanecer en aquella ciudad. De él se sirvieron los misioneros para aprender á conocer la ciudad, y determinar el sitio mas conveniente para sus predicaciones. Al solo ver el pueblo á los franciscanos recorrer las calles, ya concibió sospechas, y se formó una sorda conmocion. Por anuencia del rey moro que estaba en Málaga, Mahomet-Aben-Balba, el cadí hizo llevar á su presencia á Juan Cetina, y Pedro Dueñas, y les preguntó á qué habian venido; á lo que ellos contestaron, que la causa no era otra, que el anunciar en Granada el evangelio de Jesucristo, y hacer patentes los errores, así como las imposturas de Mahoma, y demás impiedades del islamismo. El cadí, al oir esto, y no queriendo tomar sobre sí la responsabilidad de matarles, se contentó con intimarles, bajo pena de la vida, que en el instante saliesen del territorio de Granada, á lo que Juan le contestó: «Por lo mismo que mandais, dais una gran prueba de la falsedad de vuestra religion, pues tratais de sostenerla con la fuerza material, y no con la razon. Para endureceros mas en vuestra incredulidad, atribuís á la mágia los milagros que Dios ha obrado en favor de la religion cristiana; pero para convenceros, estamos dispuestos á someternos á la prueba mas decisiva. A fin de daros la mas irrecusable del error en que vivís, nosotros entraremos en medio de una gran hoguera encendida, con el mas creyente de vuestros imanes, y el que salga de ella sin quemarse, habrá por ello probado la verdad de su creencia. Creeis que nos concedeis una gracia, con hacernos volver, sin padecer alguna pena, cuando por el contrario, os estaremos muy obligados, si nos haceis sufrir la muerte por Jesucristo.» La proposicion del misionero fué desechada, y el cadí afectó considerar á los franciscanos como insensatos, por no verse obligado á confesar que temia que su creencia fuese demostrada por un milagro. La prohibicion de volver á parecer en la ciudad, se intimó de nuevo á los religiosos. Al dia siguiente, los misioneros, despues de haberse confesado con el hermano Eustaquio, y recibido su bendicion, salieron á predicar intrépidamente por las calles y plazas de Granada. El pueblo amotinado los aprehendió y llevó de

nuevo ante el cadi. Este los condujo inmediatamente á una prision en la que por algun tiempo sufrieron el trato mas inhumano, sin que titubease su constancia, ni se pudiera obtener de ellos la promesa de alejarse. El 17 de febrero, se les sacó de la cárcel, para enviarles á trabajar en las viñas, en compañía de otros esclavos cristianos, los que recibieron un gran consuelo con tener á su lado á unos religiosos que les alentaron en su desgracia, dándoles motivos para poder soportar con paciencia la ruda ocupacion que les imponian los infieles, y los injustos castigos que de ellos recibian. Wadingo, refiere, que durante este tiempo, habiendo tenido el hermano Pedro, que celebrar la misa en un local pequeño, en el que apenas cabrian setenta personas, las paredes se retiraron á su voz, para dar lugar á un número mayor de cristianos que deseaban asistir y ver el santo sacrificio, milagro que sirvió para afianzar en la fé, á los que estaban algo débiles. Teniendo los ilustres confesores que soportar de dia un trabajo fatigoso, y mortificados de noche con las incomodidades de la prision, y añadiendo á esto los ejercicios de su celo, y particulares austeridades, estenuados por todo eso, cayeron sucesivamente enfermos. En este estado, mas sentian el verse alejados del martirio, que el mismo ardor de la fiebre, temiendo morir de un momento á otro por los esfuerzos del mal, y no al golpe de los verdugos, como ellos deseaban. Pero Dios oyó sus súplicas; recobraron la salud, y renovando la fuerza del cuerpo la del alma, comenzaron de nuevo, el segundo domingo despues de Pascua, á predicar á los infieles de Granada, puesto que á los dos meses de trabajar en las viñas, les habian dejado volver á la ciudad. Al encontrar el hermano Juan, en una principal calle de Granada, gran número de musulmanes reunidos, se creyó en deber de esplicarles la parábola del Buen Pastor, y despues de haberles demostrado, por todo cuanto Jesucristo habia obrado por la salvacion de los hombres, que aquel Dios y Hombre, era el verdadero Pastor de las almas, espuso luego detalladamente los engaños de que Mahoma, como verdadero lobo rapaz, se valió para seducir á sus sectarios, terminando con calificar de impostor al falso profeta. Semejantes espresiones, encendieron la cólera de los oyentes, que llevaron su queja al mismo soberano Mahomet-Aben-Balba, que ya estaba de vuelta de Málaga. El sábado, 19 de mayo, hizo comparecer este á su presencia á los dos misioneros, y penetrando por sus mismas contestaciones su firme é invariable resolucion de sostener las verdades del evangelio, y de anatematizar las impiedades de Mahoma, por de pronto les dió un golpe en la cabeza, con su propio baston, diciéndoles: «Vosotros los cristianos os gloriais de que teneis el poder de hacer milagros. Pues bien, yo os voy á hacer cortar la cabeza, y veremos si Jesucristo la reune á vuestro cuerpo. Si sucede esto, soy el primero en creer que vuestra religion es la verdadera.» El pueblo, que se hallaba presente, y que oyó esta proposicion del príncipe, temiendo que los misioneros no la aceptasen, y que un prodigio decidiese de la verdad de ambas creencias, prorumpió en sordo murmullo, y todos á una voz esclamaron, que Mahomet-Aben-Balba, como buen musulman, no debia entrar en trato alguno con los cristianos. El temor de un movimiento popular, hizo cambiar de idea al soberano. Ya no se trató de condiciones, sino de la fuerza, y el gefe musulman, dió otro bastonazo á Juan, que le hizo saltar un ojo de su órbita, y haciendo que le desnudasen, siguió él mismo apaleándole, hasta que se cansó, mandando luego á otros que siguiesen azotándole, hasta acabar con su vida, lo que ejecutaron, hasta el punto de quedar su cuerpo hecho una pura llaga, y vérsele las entrañas. En medio de estos tormentos, el mártir no perdió ni un minuto su presencia de espíritu, y no cesó de alabar al Señor que le habia hallado digno de sufrir por su santo nombre, ni de rogar por la salvacion de sus verdugos. Habiendo apercibido en medio de la turba que le rodeaba, á su lego Pedro Due-

ñas, que con ojo firme y tranquilo, consideraba el detalle de sus torturas, bendijo á su querido compañero, le exhortó á perseverar, y quiso darle el ósculo de paz, lo que no permitió el príncipe. El pueblo impaciente cada vez mas, por la constancia del mártir, instó á su gefe á que terminase el suplicio de Juan, y que reservase á Pedro, de quien se esperaba el poder reducirle á apostatar á causa de su poca edad. Entonces Mahomet-Aben Balba, ocupando el lugar del verdugo, desenvainó su alfange, y de un golpe cortó la cabeza del confesor, y volviéndose en seguida á Pedro, le dijo: « Imprudente, aprende á tener cordura en cabeza agena. La vida, los honores y riquezas, ó la muerte, con estos ó mayores tormentos de los que has visto, están en tu mano, elige, si te arrepientes te colmaré de gracias, pero, si como el otro, te obstinas en tus sentimientos, te haré morir mas cruelmente. » El jóven religioso, animado por el ardor de su fé, le contestó de una manera firme: « ¡ Piérdanse vuestros tesoros con vos mismo! mas aprecio vuestros suplicios, que vuestros beneficios. Mi compañero ha triunfado de vos en medio de vuestro reino, y ya disfruta á estas horas de la gloria del cielo; mis deseos son de seguirle, y unido á él en la fé, colmareis mi gusto haciéndome participar de su felicidad.—«¿Crees, acaso, repuso el príncipe, que tu compañero está en el cielo? ¿Si es así, por qué no le dices que resucite y vuelva?»—«Nada mas fácil para el poder de Dios seria esta resurreccion, replicó Pedro, pues lo mismo le costaria unir su alma á ese cuerpo ya cadáver, que le costó el colocarla en él por primera vez. No le haré por mi parte esa demanda imprudente, pues ignoro si habrá necesidad de semejante milagro. » Viendo el príncipe que eran inútiles las promesas, recurrió á los tormentos; le hizo azotar cruelmente, y cada vez mas irritado por la invencible constancia del mancebo, le cortó igualmente la cabeza el dia 19 de mayo de 1397. El populacho se apoderó en el momento de los cuerpos de ambos mártires, y los arrastró ignominiosamente por las calles. Sin embargo, los cristianos que residian en Granada, pudieron al fin recoger la mayor parte de sus miembros destrozados, y los catalanes los trasladaron á pais católico. Muchas ciudades de España conservan algunas reliquias de ellos; pero la parte mas considerable de estos despojos, existe en Vich, ciudad episcopal de Cataluña, donde están en grande veneracion (1).

No era dado á todos los misioneros el tener la gloria igual de terminar por el filo de la espada, su útil y gloriosa carrera; mas sin embargo, cada uno tuvo su parte de sufrimiento. De esta manera, el dominicano Juan de Francfort, célebre teólogo, ardiendo en deseos de salvar las almas que se perdian en el rebaño de Jesucristo, fué á anunciar la fé á los infieles, y apresado por los mahometanos de Berbería, por espacio de cinco años, sufrió toda clase de privaciones, sumido en un oscuro calabozo. Instruido el papa Bonificio IX de su larga cautividad, trató de rescatarle, y siendo muy gruesa la suma que pedian los mahometanos por su libertad, tuvo el papa que acudir á la piadosa liberalidad de los fieles concediendo indulgencias á los que contribuyesen al rescate del misionero, que al fin se verificó. Otros apóstoles, franciscanos, dominicos, y agustinos, quedaban aun cautivos despues de muchos años por los infieles que intentaban obligarles de ese modo á abrazar el islamismo; pero lejos aquellos de dar á los católicos de esos paises el mal ejemplo de una

(1) La existencia de estas reliquias en la catedral de Vich, consta auténticamente por un acta documentada, que es una visita y reconocimiento que se hizo de estas reliquias el 13 de mayo de 1588. En ella se dice, que los huesos de estos santos estaban en una caja en la que se contenia un pergamino de letra antigua, cuyo contenido se mandó traducir y copiar fielmente, y de él aparece que estos santos mártires sufrieron el martirio en Granada, el 7 de junio de 1397, junto á la puerto de Bibarrambla, y que presenciaron en esa ciudad el martirio muchos fieles cristianos, de los que el documento cita algunos con sus nombres. El acta de visita está firmada por el notario público con todas las formalidades, y existe en el archivo. Dícese tambien en ella que parte de estas reliquias se llevaron tambien á Córdoba y Sevilla. En el documento, al mártir aragones se le llama Juan Lorenzo de Calatayud, y de su compañero, Pedro de Dueñas, se dice ser natural de Toledo. Véase Marcos de Lisboa, *Crónicas de los Menores*; Domenech, *Santos de Cataluña* para 317. (N. del Trad.)

cobarde apostasía, sostenian su fé, y en cuanto les era posible, prodigaban generosas exhortaciones. Benedicto IX, animó á los cristianos por la concesion de indulgencias, á romper las cadenas que impedian á estos ángeles de salvacion procurarla á los mortales. Muchos salieron de sus encierros; no pocos sucumbieron en ellos.

CAPÍTULO XXI.

Los navegantes franceses introducen el cristianismo en las costas occidentales del Africa.

Desde la Berbería, donde Juan de Francfort sufrió la larga cautividad que acabamos de citar, abraza la vista el desierto mas vasto del globo, pues su longitud es de 1100 leguas, y su ancho, por lo menos, de 100 en su parte mas angosta, y con una superficie casi como la mitad de Europa, puede valuarse á casi 230,000 leguas cuadradas. Grandes playas de arena forman su límite en la costa del Atlántico, y los cabos del Agador y Bojador, y el cabo Blanco, célebre por los muchos buques que en él han naufragado, son los mas notables de este litoral. La arena, impulsada por el viento del mar, no solo llena el litoral, sino que invade gran parte de las orillas del mar, haciéndole retroceder, y al lado opuesto del desierto, invade las tierras confinantes. En medio del Sahara, hay espacios habitados y con vegetacion que parecen islas en la misma tierra. Estos oasis interrumpen la monotonía del desierto, cuya atmósfera constantemente abrasada por los rayos del sol, reflejados en la arena, tiene un ardor intolerable. La inmensa claridad deslumbra la vista; el aire, durante una gran parte del año, muestra su color como rojizo que entristece, y á mas de eso, el viagero tiene que temer el ser asaltado en su camino por el simoun, que eleva y traslada de un punto á otro montes de arena en un momento, y cubre los pocos manantiales de agua, que tan raros son en el desierto.

El mahometismo, es la religion de los moros que habitan la parte occidental, así como de los berberiscos que viven en la central y oriental del Sahara, si bien algunas tribus de estos conservan aun la idolatría.

Al sud del Sahara, está la region de los negros de Nigricia. La Nigricia occidental ó Senegambia, comprende el pais situado entre el Sahara occidental, y las costas de Sierra-Leona. La Nigricia oriental marítima ó Guinea septentrional, abraza los paises entre la Senegambia, el Congo, el Atlántico y el Sudan; y la Nigricia central interior ó Sudan, se estiende entre el Sahara, la Guinea, la Senegambia y la region del Nilo. Por último, la Nigricia meridional ó Congo, ó mejor aun, la Guinea meridional, comprende las comarcas situadas á lo largo del Atlántico, desde el cabo Lope, hasta el cabo Frio, y aun se adelanta algo mas por el interior, hácia el oriente.

Si hemos de creer á varios autores, los normandos, particularmente los de Dieppe, ya reconocieron y visitaron las playas occidentales del Africa, desde principios del siglo XIV. Largo tiempo antes de fijarse los normandos en la Neustria, conocian las costas de Francia, España y Portugal. Habituados ya desde el siglo V á los peligros y azares de la navegacion, se hicieron temibles por sus piraterías en las Galias, y á principios del siglo IX aparecieron en ambos mares sus innumerables barcos. Muerto Carlo-Magno, rompieron los diques que contenian sus incursiones y talaron y saquearon todo el litoral, desde el Elva hasta el estrecho de Gibraltar, y hasta la Provenza é Italia. Establecidos los moros en el mediodía de España, estaban en relacion mercantil por medio de su marina, con el Africa, el Egipto y el Asia menor, habiendo progresado en la navegacion así como en las demás artes; progreso y civilizacion cuyas ventajas codiciaban los normandos. Y así fué, que cuando se fijaron definitivamente en la Neustria, dejando de ser la plaga del mundo, conservaron relaciones con los moros á quienes siguieron, penetrando junto con ellos, en las costas de Africa, de donde los españoles, en el siglo XIII, ya

amenazaban arrojarlos; y si bien limitaron desde luego sus escursiones á los confines de la Mauritania, muy luego, ilustrados cada vez mas por los mahometanos, con quienes estaban en contínuo tráfico, y alentados por la esperiencia, quisieron estenderse y reconocer las regiones que veian prolongarse hácia el mediodía. Cárlos V, que fué el que supo apreciar mas las ventajas del comercio, fomentó el de la Normandía, y aprovechando esta proteccion y buenas disposiciones, los dieppeses, en el mes de noviembre de 1374, aprestaron dos navíos que hicieron rumbo hácia las islas Canarias. Por Navidad llegaron á Cabo-Verde, y anclaron delante de Rio-Fresco, en la bahia que aun tenia el nombre de bahia de Francia, en 1666. Despues de haber recorrido la costa de Sierra-Leona, se detuvieron en el sitio, llamado mas tarde por los portugueses Rio-Sestos. Llamándoles la atencion la semejanza que esta situacion presentaba, comparándola con su ciudad natal, la llamaron Petit-Dieppe. Los cambios que realizaron con los naturales del pais, les valió adquirir, por objetos de poco ó ningun valor, cantidades de oro, marfil, especias y otros géneros, de los que reportaron ganancias inmensas á su vuelta en 1365. En el mes de setiembre del mismo año, los comerciantes de Rouen se asociaron con los de Dieppe, y la compañía normanda armó cuatro navíos, de los que dos debian traficar desde el Cabo-Verde hasta Petit-Dieppe, y los otros, ir mas lejos para reconocer las costas. Uno de estos buques, destinados al descubrimiento, se detuvo en el gran Sestre, sobre la costa de Malaqueta, donde encontró gran cantidad de pimienta, de la que cargó el barco. El otro, hizo sus cambios en la costa de los Dientes, y llegó hasta la del Oro, y trajo consigo mucho marfil y algo de oro. No habiendo hecho á los navegantes un recibimiento tan hospitalario los pueblos de estas playas, como lo hicieron los de Malaqueta, resolvió la compañía fijar para en adelante sus establecimientos en Petit-Dieppe y en el gran Sestre, al que los normandos habian llamado en su principio Petit-Paris, en memoria y recuerdo de la capital de su patria. Siguieron las espediciones anuales durante el reinado de Cárlos V, y se crearon en esas costas factorías, llamadas entonces *loges*, para facilitar las relaciones con los indígenas, quienes conservaron por mucho tiempo en su idioma una infinidad de espresiones francesas. La abundancia de especería que de allí sacaban los normandos, disminuyó su valor en el mercado, y este ramo de comercio dejó de producir las ganancias que anteriormente rendia. La compañía, entonces, en el mes de setiembre de 1380, hizo salir de Rouen al navío llamado Ntra. Sra. del Buen Viage, para tratar en la costa del Oro, y formar allí, si era posible, un nuevo establecimiento. El buque llegó efectivamente en el mes de diciembre á los mismos puntos, donde quince años antes, la segunda espedicion habia granjeado cambios ventajosos, y nueve meses despues, regresó á Dieppe con un rico cargamento; y esto fué, dice Bellefont, lo que dió principio al desarrollo del comercio en Rouen. El 28 de setiembre de 1382, se pusieron á la vela, la *Virgen*, *San Nicolás* y *la Esperanza. La Virgen* se detuvo en el primer sitio descubierto en la costa del Oro, que fué llamado la Mina, á causa del mucho oro que allí se encontró. El *San Nicolás*, hizo su negocio en cabo Corso y en Moure, por cima de la Mina, y la *Esperanza*, comerció en Fantin, Sabu y Cormentin hasta el Akara. Diez meses despues, la espedicion regresó con cargamento mejor que todos los anteriores. Visto tan brillante éxito, en 1383, salieron otros tres buques con destino á Akara, para desde allí descubrir las costas del mediodía, y llevando consigo materiales de fabricacion, construyeron una factoría en la Mina, donde quedaron diez ó doce hombres. Este establecimiento, acrecentado muy luego, llegó á ser tan importante, que le fué preciso una iglesia. Pero las calamidades y trastornos que sobrevinieron en Francia poco tiempo despues del advenimiento de Cárlos VI, detuvieron los progresos de esta prosperidad creciente; la decadencia del estado

trajo consigo la del comercio, y cuando el soberano llegó á perder la razon, la Francia, entregada al furor de los partidos, llegó á ser presa de la Inglaterra. En esta funesta época, fué poco á poco estinguiéndose, año por año, el comercio de Africa. La factoría de la Mina quedó abandonada antes del **1410**, y desde ese tiempo hasta despues de **1450**, debemos conjeturar que los normandos no intentaron ya espedicion alguna marítima (**1**).

Despues de haber indicado los descubrimientos de los franceses, debemos precisar detalladamente el estado moral de los pueblos con quienes por intereses de comercio, se pusieron en relacion.

Los negros que habitaban en ambas costas del Senegal, relacionados en los moros del Sahara profesaban el islamismo, mientras que los mandingos, mas celosos que los otros por su primitiva religion, eran como sus misioneros. El resto de los negros, por lo menos aquellos en quienes los normandos comerciaron, desde el rio Gambia hasta Guinea, eran idólatras á escepcion de los nonos, mas conocidos, bajo la denominacion de sererés ó bandidos, y de algunos otros que no tenian especie alguna de religion. El islamismo, establecido entre los negros, estaba muy desfigurado, lo que prueba la ignorancia de los moros que allí le habian introducido, y el carácter naturalmente libre é independiente de los que le habian aceptado, y si bien sus relajadas costumbres se acomodaban á esta ley carnal, no sucedia lo mismo con sus rigores y privaciones. Sin embargo, el Alcoran les obligaba á ayunar una luna entera, y á esto es á lo que llamaban su Ramadan. Entre los musulmanes, este ayuno no cae siempre en la misma estacion, porque como sus años son lunares, la luna de Ramadan cambia de época anualmente; pero los negros fijaron su ayuno en la luna de setiembre ó del equinoccio del otoño. Desde que esta aparece, la saludan, presentándola sus manos mojadas con saliva, y despues las llevan encima de su cabeza, describiendo círculos á su alrededor. Si observan el ayuno durante el dia, con una escrupulosidad hasta ridícula, en general se desquitan de él ámpliamente por la noche, desde que se pone el sol. Al Ramadan sigue el Tabasket, que corresponde al Bairan de los musulmanes, y es la época de su mayor fiesta y regocijo. La ceremonia de la circuncision es la que mas exactamente observan, pero evitan hacerla durante los grandes calores, en la época de las lluvias, ó en la época del Ramadan, y no esponen á sus hijos para esa operacion, sino á la edad de quince años, para que estén en estado de soportar mejor el dolor, y al mismo tiempo, para que tengan el discernimiento necesario que reclama, lo que creen como una profesion de fé. Cuando un gran número de negros tiene la edad requerida, el rey ó gefe, que tiene entre aquellos algun hijo suyo para cincuncidarle tambien, publica la ceremonia en todo el contorno, á fin de que acudan todos los que estén en el caso de presentar sus hijos. Esta gran concurrencia hace mas notable el acto, y crea al mismo tiempo una especie de confraternidad entre los circuncidados. La superesticion mas comun de los negros es la del *gris-gris*, hechizo ó amuleto, que consiste en ciertos caractéres trazados en un papel. Cada uno de estos, tiene su virtud particular; uno sirve contra el riesgo de ahogarse; otro contra la mordedura de las serpientes, etc. La confianza de los negros es tan ciega en estos preservativos, que muchos, con semejante garantía, se espondrian sin dificultad á esperar de cerca un disparo de flecha, y el mas po-

(1) Por este mismo tiempo que los navegantes normandos hacian sus espediciones á Africa, ya las hacian igualmente los españoles, pues Ortiz de Zúñiga asegura que ya en el siglo XIV se habian traido á Sevilla negros procedentes de aquella parte. Navarrete dice tambien que desde fines del siglo XIV ya frecuentaban los castellanos las costas de Africa y hacian un gran comercio con sus naturales. La navegacion se hacia en carabelas y embarcaciones pequeñas, y dicese que tardaban dos ó tres meses en ir, y siete ú ocho en volver, y apenas llegaban á las costas recien descubiertas, cuando los naturales, que vivian en los campos, dispersos, se juntaban á son de bocina para hacer los rescates; y asi los reyes de Castilla miraron siempre aquellas tierras como propias de sus dominios desde que las descubrieron sus vasallos. Navarrete, *Colec. de viages*, etc., pág. 37, tom. I. Mucho mas claro y probado esta esto que los viages de los normandos que cita Henrion. (N. del Trad.)

bre de ellos, al ir á la guerra, llevando un *gris-gris*, que compra al marabut ó sacerdote suyo, ya se cree garantido de cualquier herida; mas si el amuleto falla y carece de poder, los marabuts echan la culpa de su ineficacia al negro que Mahoma no ha juzgado digno de su proteccion. Raro es el negro que no se halle dispuesto á hacerse con un gris-gris de los de primera clase ó virtud superior, y los marabuts fijan á veces un precio tan exhorbitante por ellos, que aun los príncipes mismos no se hallan en disposicion de comprárselos.

La circuncision se practica en casi todos los pueblos de la costa de Guinea, desde Sierra-Leona hasta Benin, aunque los mandingos no han sido los mas propicios para propagar el islamismo. Los negros de Bure, repiten muchas veces en sus oraciones, y al dar principio á muchos de sus actos, los nombres de Abraham, Isaac y Jacob, sin que ellos se den á sí mismos cuenta de cómo han podido conocer estos venerables nombres de los antiguos patriarcas El P. Labat supone, que algun hebreo ensayó el introducir el judaismo entre ellos; mas sea de esto lo que quiera, su religion dominante es una idolatría sin reglas, sin fiestas, ni ceremonias. El número de sus dioses es infinito; la tierra es para ellos un manantial inagotable de divinidades, y cada uno escoje la que se le antoja. A estos dioses llaman *fetiches*. Los unos tienen un cuerno, otros una pata de langosta, aquellos una espina, un clavo, una concha de caracol, una cabeza de ave, ó una raiz cualquiera. Cada negro lleva consigo su divinidad pendiente del cuello, guardada en una pequeña bolsa, y aunque su dios no coma ni beba, no por eso deja de ofrecerle por mañana y tarde lo mejor que tiene para alimentarse, dirigiéndole al mismo tiempo algunas preces.

Los negros de cabo Mezurado, menos esclavos de sus supersticiones, se sirven tambien de fetiches; pero cambian frecuentemente el objeto de su culto. Estos adoran al sol, á quien tributan sacrificios de vino, frutos y animales, y antes le sacrificaban los prisioneros de guerra, hasta que encontraron mas cómodo y ventajoso despues, venderlos como esclavos á los europeos. El gran sacerdote marabut ofrece estos sacrificios. Despues que los animales están degollados, y que se han derramado en tierra, una parte del vino y de los frutos, el marabut se reserva una parte para sí de todo esto, y lo demás se lo reparte al pueblo. De que el nombre de marabut es peculiar de los doctores mahometanos, no debemos deducir que el islamismo se introdujo en Mezurado; los sacerdotes de este pais tomaron aquel nombre por analogía, sin necesidad de que la doctrina de Mahoma se implantase en aquel punto.

La codicia de los feticherés ó sacerdotes, conserva entre los negros de la costa del Oro una idolatría, mezclada de las mas groseras supersticiones. Estos pueblos saben que hay un Dios, creador del cielo y de la tierra, bueno y pródigo en sus bondades con sus criaturas, y á este le llaman el Dios de los blancos. Creen que las almas no mueren; pero suponen, que despues de haber abandonado los cuerpos, tienen aun hambre y sed, y sienten las mismas necesidades de esta vida. En su lastimosa ignorancia, reducen todo su culto al de los fetiches, que son para ellos sus esclusivos dioses; les temen y no los aman; les hacen plegarias para evitar que aquellos les hagan daño, y los que tienen mas luces é inteligencia que el resto del pueblo, convienen en que de ellos no se puede esperar ningun bien. Estos fetiches no tienen forma ni figura determinada, y son á veces un hueso de pollo, una cabeza de mono, una espina de pescado, una piedra, ó cualquiera otra chuchería. Los charlatanes les venden estos dioses ridículos, en cuyo obsequio les imponen ciertas prácticas, y algunas de ellas difíciles y trabajosas, á las cuales se someten aquellos infelices negros, de miedo de morir de repente si faltan á alguna de ellas. Estos fetiches no son mas que para la gente comun; los reyes y los Estados tienen otros, llamados grandes fetiches conservadores del príncipe ó del reino; por ejemplo, una montaña, una gran

roca, un árbol corpulento, ó un gran pájaro. Cualquiera que por casualidad ó de intento matase á un ave de estas, su propia vida estaria en peligro. Si el pájaro fetiche vuela por acaso al jardin ó choza de un particular, este se alegra y lo tiene como un dichoso presagio y no deja de dar de comer bien á este enviado de buen agüero. Los negros respetan tambien á ciertos árboles grandes, á cuyo pié hacen sacrificios, persuadidos que si se cortase uno de estos, todos los frutos del pais se acabarian. Obtienen tambien veneracion de ellos, las montañas elevadas, sobre las que el rayo ha caido varias veces, y las consideran como morada de los fetiches, á quienes, creyéndolos con necesidades como los demás hombres, cuidan de dejar al pié de la montaña reverenciada, arroz, miel, pan, aceite y vino, para que aquellos pobres dioses lo recojan, y se sirvan de ello. El miércoles, que para los negros, es como para los cristianos el domingo, se lavan y visten con mas esmero que los otros dias, y se reunen en la plaza, donde está el árbol del fetiche, (Pl. XIX, n.° 1) á cuyo pié ponen una mesa adornada de flores y llena de manjares, para que el fetiche del pueblo y los particulares de los demás que componen la asamblea tengan buena comida, mientras que ellos cantan y bailan alrededor del árbol, al son de la música bárbara de sus instrumentos. Despues de haber pasado el dia en estos ejercicios, por la tarde se lavan y asean otra vez, y el gefe de la aldea distribuye á toda la asamblea vino de palmera, traido al efecto para esta ceremonia, despues de la cual, cada uno se vá á su albergue para cenar, cuidando de derramar sobre la tierra en ese dia, mas vino que de ordinario para honrar á los fetiches, y hacerles beber. El banquete preparado al pié del árbol, pertenece á los fetícheres, que son los que se aprovechan de él, en vez de los séres fantásticos á quienes se ha ofrecido. Tal es el culto estúpido de estos hombres, criados como los demás á la imágen de Dios. Cuando los europeos les preguntaban la razon de lo que creian, bajando su vista se contentaban con decir: «Vosotros los «blancos sois dichosos en tener á un Dios «bueno que provee á vuestras necesidades, y «que no os hace daño.» Cuando sobrevenia una tempestad, y se dejaba oir el trueno, llenos de miedo se encerraban en sus chozas diciendo: «Que el Dios de los blancos estaba encolerizado.» Ellos creen que su dios es negro, y los feticheres les aseguran que se les aparece al pié del árbol de los fetiches, bajo la forma de un gran perro de este color. Estos truhanes, esplotando la credulidad popular, venden pequeños cayados de madera, semejantes á los que se usan para atraer á sí las ramas de los árboles, haciéndoles creer que el diablo las ha puesto cerca del árbol fetiche, y que á ellos solos es permitido cogerlos y venderlos á los que los necesiten. Aunque estos cayados sean de la misma forma, cada uno no puede servir sino para una cosa sola: y así, el uno, es para proteger las casas; otro, las tierras sembradas; otro, las palmeras, y así sucesivamente. Todo cuanto se diga es poco para encarecer el inmenso respeto de los pueblos, de sus gefes, y hasta de los mismos reyes de los negros, por los sacerdotes de los ídolos, á quienes colman de regalos para que intercedan con los fetiches, para que les sean favorables, y no les causen mal alguno. Hasta tal punto está arraigada la supersticion, que para ellos los fetiches no faltan nunca; sus adoradores son siempre los culpables. Cuando se les quiere obligar á jurar por sus fetiches, rehusan hacerlo cuanto mas pueden, porque siendo embusteros en sumo grado, temerian morir de repente si hiciesen lo contrario de lo que habian afirmado bajo juramento. La mayor parte no dejaban ir á punto distinto del de su residencia á sus mugeres sin hacerlas jurar primero por el fetiche, que les serian fieles, y para mas comprometerlas, las hacian beber una calabaza de vino de palmera, en la cual habian mojado hojas ó yerbas que habian tocado á los ídolos; precaucion que se renovaba á su regreso. En una palabra, el fetiche era en la cos-



ta del Oro, poco mas ó menos, que la *Boca de verdad* fué antiguamente para otros pueblos. En los negros que dejaban sus casas para ir á comerciar, se notaba otra singular superstticion, que era el estornudar al salir, y si al hacer esto, su cabeza se volvia á la derecha, era buen presagio, y malo, si era á la izquierda, en cuyo caso se volvian á entrar dejando el viage para otra dia, que la suerte les fuese mas propicia.

Si los idólatras de otros paises tenian mas de treinta mil divinidades, el pueblo de Wida las tenia por centenares de miles. Sus fetiches se podian dividir en dos clases: la de los pequeños, multiplicados al infinito, y la de los grandes, que se reducian á solos cuatro, á saber: el Agoye, el mar, los árboles, y la serpiente. El Agoye era una monstruosa figura repugnante, de tierra negra, que mas bien parecia un sapo que un hombre. Estaba sentada sobre un pedestal de arcilla roja, y vestida de tela encarnada, con varios dijes. Su cabeza, en lugar de cabello, estaba coronada de lagartos y serpientes, mezcladas con plumas encarnadas, y una luna de plata en su parte superior. Rodeaba el cuello de la figura, una banda de paño color de escarlata, de donde pendian ciertas baratijas. Generalmente se daba á esta estátua, diez y ocho pulgadas de altura, un pié á su corona, y el mismo grandor al pedestal. Este ídolo, objeto de un culto secreto, que no tenia mas testigos que el sacerdote y la divinidad, estaba colocado sobre una especie de altar en casa del gran sacrificador. Como este era el que presidia los consejos, se le consultaba antes de realizar alguna empresa. Los que se creian en necesidad de sus inspiraciones, despues de haber esplicado al sacrificador el motivo de su llegada, ofrecian un regalo al gran ídolo, sin olvidarse de pagar los derechos estipulados para el que le habia de servir de intérprete. Si con esto estaba satisfecho, tomaba unas bolas de tierra, hacia unos gestos que el suplicante contemplaba con mucho respeto, y las echaba á la suerte de un plato á otro, hasta que el número se encontrase impar en cada plato. Repetia muchas veces esta operacion, y si el número continuaba siendo impar, declaraba que la empresa tendria buen resultado, y aunque este desmintiese al oráculo, los negros, frecuentemente prevenidos en favor del ídolo, en lugar de acusarle como embustero, se atribuian la culpa á sí mismos. Las mugeres eran las que mas acudian á consultar, y daban mas productos al oráculo.

En la estacion de las tempestades, en que el movimiento de las olas impedia la pesca, los negros hacian grandes ofrendas al mar, arrojándole objetos de toda especie; pero los sacerdotes no escitaban mucho á hacer este sacrificio, del que reportaban poca utilidad. Si el temporal continuaba adverso, se consultaba al gran sacrificador, y segun su respuesta, se hacia ó nó una procesion solemne que terminaba con el sacrificio de un buey en la playa. Su sangre se derramaba en el mar; y se lanzaba en ella, lo mas lejos posible, un anillo de oro para apaciguarlo. Este no era muy grande para que se prescindiese de su adquisicion, pero la víctima, toda entera, era para el sacrificador. Además, se hacia cada año otra procesion por las orillas del Eufrates, rio principal del reino de Whida, que pasaba tambien por un fetiche. El gran sacrificador y sus sacerdotes la aguardaban en un punto determinado para recibir las ofrendas que se les daban, y ellos echaban al agua la parte destinada al fetiche, que eran algunos puñados de arroz, maiz y otras semillas, y lo demás se lo reservaban para sí.

Algunos árboles de gran magnitud eran tambien objeto de súplicas y ofrendas. En tiempos de peste, los negros creian que el poder de este fetiche se estendia particularmente sobre toda clase de fiebres. Las ofrendas hechas á los árboles, consistian en arroz, maiz y cosas por el estilo. Al sacerdote incumbia el derecho de colocarlas al pié del árbol, objeto de la confianza del enfermo, despues de lo cual, aquel podia disponer de ellas á menos que se le pagase una cantidad

para que las dejase allí, hasta que los animales hubiesen dado cuenta de ellas.

Pero el principal objeto de la religion de Whida, llegó á ser la serpiente de una especie particular que allí se cria (1). Tiene esta la cabeza gruesa y redonda, los ojos fieros y muy abiertos, la lengua corta y puntiaguda como un dardo, el movimiento muy lento, escepto cuando ataca á una serpiente venenosa, en cuya persecucion parece querer complacer á los hombres. El fondo de su color es un blanco sucio, con mezcla de rayas de varios colores. Estos reptiles tienen una mansedumbre sorprendente; cualquiera puede encontrarlos sin temor, y aunque se les pise no se encolerizan ni se vengan. Estas serpientes tienen ordinariamente á lo mas siete piés de longitud, pero son tan gruesas como la pierna de un hombre. Su culto se introdujo de una manera bien rara. Estando dispuesto el ejército de los de Whida á dar una batalla al de Asdra, salió de en medio de este una gruesa serpiente, que se pasó al otro lando. Como su aspecto nada tenia de temible, antes por el contrario, parecia mansa y dócil, todos empezaron á acariciarla. El gran sacrificador entonces, la tomó en sus brazos, y la hizo patente á todo el ejército. A su vista los negros se arrodillaron, adorando esta nueva divinidad, y despues, lanzándose al enemigo con estraordinario valor, lograron una victoria completa. Toda la nacion atribuyó este brillante resultado á la virtud de la serpiente, que desde entonces, recibió adoracion, se la edificó un templo, y asignaron fondos para su subsistencia; y muy luego, este último fetiche, se hizo superior á los antiguos, aumentando su culto á proporcion de los favores que creian debidos á su esclusiva proteccion. Se dirigian al Agoye, para los consejos; á la mar para obtener buena pesca; á los árboles, para recobrar la salud; pero á la serpiente, quedaron reservados el comercio, la guerra, la agricultura, la abundancia y la esterilidad, en cuyos importantes ramos intervenia. El primer edificio que se alzó para recibirla, pareció á poco muy pequeño, y se trató de erigirla un nuevo y suntuoso templo, con grandes patios y habitaciones espaciosas. Se establecieron para su culto un gran pontífice y muchos sacerdotes. Todos los años se elegian algunas doncellas, que la estaban especialmente consagradas. Pero aquí lo que hay mas de notable, es, que los negros de Whida no cesaron de creer que la serpiente que adoraban era la misma que se apareció á sus antepasados, y que les habia hecho ganar una importante victoria. La posteridad de este noble animal llegó á ser numerosa, sin degenerar de la bondad natural de su primer padre. Aunque la descendencia fuese menos honrada que su gefe, que aun creian existente, sin embargo, cualquier negro se tenia por muy afortunado encontrando alguna serpiente de esta especie, la que recogia y mantenia en su casa con gran satisfaccion. Además del templo principal, que habia en la capital, hubo otros muchos en diferentes puntos del reino para dar culto á estos reptiles, y nadie pasaba por junto á uno de aquellos asilos, que no se detuviese, para tributar su homenage á estas serpientes. Cada uno de estos templos tenia su sacerdotisa. Era esta, por lo regular, una vieja, que se mantenia de las provisiones que se dejaban á los reptiles, y que respondia en voz baja á las consultas de los adoradores. A unos, aconsejaba, que en tales y tales dias se abstuviesen de comer este ú el otro manjar; á otros, que no bebiesen vino, etc., y estos avisos se guardaban escrupulosamente, de miedo que la serpiente vengase su menor omision ó negligencia. Las

(1) En el culto de la serpiente podriamos recordar el error criminal de los ophitas herejes del siglo II, que adoraban la serpiente que tentó á Eva, diciendo que aquella fue, ó el mismo Cristo ó la sabiduria eterna oculta bajo la forma de aquel animal. Pretendian estos herejes, que al dar á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal, se habia hecho el mayor servicio al género humano. Cuando los gefes ó sacerdotes de estos ophitas celebraban sus misterios, una serpiente, que ellos tenian domesticada, salia de su madriguera á una voz que la daban, y poniéndose sobre el altar se enroscaba sobre los objetos ofrecidos en sacrificio. Los impostores deducian de aqui, que el [illegible] habia santificado aquellos dones con su presencia y contacto, y los distribuian en seguida á los asistentes como una [illegible] de sus [illegible]. Vease Berguer, *Diccionario de* [illegible] art. ophitas. (N. del Trad.)

estas mayores que se celebraban en honor de ı gran serpiente, eran dos procesiones so-ɛmnes, que se seguian inmediatamente á la oronacion del rey; la madre de este prínci-e presidia la primera, y tres meses despues, ste dirigia la segunda. Esta era la única vez, n todo el curso de su reinado, que era ad-ıitido el soberano á ver el tan celebrado ído-›, entrando en el santuario reservado y solo ccesible siempre al gran sacerdote. A escep-ion de algun acontecimiento estraordinario, omo lluvias, ó sequía escesivas, una peste, ambre ó cualquiera otra calamidad pública, ı gran serpiente se contentaba con el culto iario y regular de sus sacerdotes, que con-istia en cantos y danzas con que acompãñaban as ofrendas del pueblo que contínuamente cudia.

El ministerio religioso estaba repartido en Vhida entre los dos sexos. El gran sacerdocio ra hereditario en una misma familia, cuyo efe unia á esta dignidad suprema, las de rande del reino y gobernador de provincia, se llamaba siempre *Beti*. Los demás fetiche-es dependian de él. Su tribu era mas nume-osa. Los varones, por derecho de nacimiento, a eran todos sacerdotes, y se les reconocia ıor ciertas marcas ó señales, que se les ha-ian en su cuerpo desde su primera infancia. unque su trage comun no se diferenciase del eneral del pueblo, sin embargo, tenian el erecho de vestirse como los grandes, si sus ıcultades se lo permitian. Tanto los fetiche-ɛs como el gran sacrificador, no teniendo, omo no tenian, renta fija, ejercian el comer-io como los demás negros; pero su fortuna staba principalmente cimentada en la ciega redulidad del pueblo, que seducian con todo énero de supercherías y artificios. Las mu-eres elevadas al rango de *Betas* ó sacerdoti-as, se honraban con el pomposo título de *ijas de Dios*. Mientras que las demás muge-es estaban sugetas á sus maridos de la ma-ıera mas servil, las *betas* ejercian una prepon-lerancia y dominio absoluto sobre aquellos y obre sus bienes, teniendo derecho á exigir, que sus consortes las hablasen y sirviesen de rodillas. Todos los años se escogian cierto nú-mero de doncellas, que separadas de las de-más mugeres, se consagraban esclusivamente al culto de la serpiente. Las sacerdotisas an-cianas eran las encargadas de hacer este reclu-tamiento, que verificaban saliendo al campo, y apoderándose de las niñas de ocho á doce años que encontraban, con tal que no entra-sen para este fin en el interior de las casas, y si cualquiera se hubiera opuesto á su captura, las feticheres le hubieran muerto sin remedio. Esta especie de furias conducian á las niñas, de esa manera sorprendidas, á sus propias ca-bañas, donde las tenian encerradas por tiempo determinado para instruirlas y ponerlas la mar-ca de la serpiente, y sus padres, cuando lle-gaban á saber el estado de sus hijas, lejos de lamentar su suerte, se creian muy honrados en que las hubiese tocado aquel honor. Las sa-cerdotisas recorrian de esta manera casi todo el reino, empleando ordinariamente quince dias en esta especie de caza, á menos que se lle-nase mas pronto el cupo de jóvenes que las faltaban para el servicio del templo. Estas aprendian los cantos y las danzas sagradas, que se acostumbraban para el culto de la ser-piente, y despues, con una marca hecha ás-cua, se imprimian en su cuerpo diferentes se-ñales ó figuras de flores, animales, y sobre todo de serpientes. Esta cruel operacion no se hacia, sin sufrir sus víctimas acerbos dolo-res y gran efusion de sangre, á la que se se-guian fiebres peligrosas; pero nada enternecia la dureza de aquellas mugeres, que tranquila-mente ejercian su ministerio, seguras de que nadie habia de estorbar tan bárbara ceremo-nia, por estar prohibido el que alguno se acer-case, desde gran distancia á sus casas. Despues de la curacion de las heridas, la piel recobra-ba su antigua finura, y parecia como de raso negro con flores; pero su principal belleza á los ojos de los negros, era el que esto indica-ba una perpétua consagracion á la serpiente, porvenir que aseguraba á esas doncellas cierto rango y privilegios, entre otros, el de estar-

les completamente sometidos los hombres que con ellas se casasen. Terminada ya su instruccion, y ya del todo restablecidas, se hacia creer á estas jóvenes betas, que la serpiente era las que las habia marcado, añadiéndolas además la prevencion, de que si en algun tiempo revelaban los misterios que se les acababan de comunicar, se las quemaria vivas. Pasado cierto plazo, ya podian ver alguna que otra vez á su familia; pero acompañadas siempre, y en una noche oscura. Aquella les recibia naturalmente con alegría, y disfrutaba de aquel placer un corto rato, pero al cabo de algunos dias, las viejas sacerdotisas, reclamaban por semejante favor una remuneracion á su antojo, de la que nada podia rebajarse, so pena, en caso de regateo, de que se duplicase ó triplicase la suma. Estas contribuciones se dividian en tres partes, una para el gran sacrificador, otra para los sacerdotes, y la restante para las sacerdotisas. Cuando las betas llegaban á la edad de la pubertad, que era á los catorce ó quince años, se celebraba la ceremonia de sus bodas con la serpiente. Sus parientes, orgullosos con semejante alianza, las regalaban ricos trages y adornos, conforme á su condicion. Conducidas al templo estas doncellas, se las bajaba por la noche á un subterráneo, oscuro y abovedado, desde donde oian claramente, que se las apellidaba como esposas de la gran serpiente, nombre que debian llevar ya por toda su vida; y desde entonces, eran partícipes de las ofrendas que se hacian á la serpiente su marido. Si algun negro las pedia despues en matrimonio positivo, obtenian su mano fácilmente; pero con la espresa condicion de respetarlas lo mismo que á la serpiente, cuyos primitivos cónyuges eran.

Nos hemos detenido algo en esplanar esta supersticion, tan inmoral é insensata, á fin de que se comprenda mejor, que no deja de ser gloria para la Francia, el haber tomado la iniciativa en las esploraciones y el comercio de las playas occidentales del Africa. En esto ha merecido bien de la religion, cuya divina llama, encendida por la compañía normanda en estos paises, comenzó á alumbrarles con los rayos de una luz pura y civilizadora. Pero como ya se ha visto, la compañia no pudo sostener su comercio con el Africa, y la interrupcion de sus relaciones mercantiles, aplazó para otra época los progresos del cristianismo, cuya semilla quedó al menos arrojada en medio de esas naciones, que gemian bajo la esclavitud y el imperio del espíritu de las tinieblas.

CAPÍTULO XXII.

La fé católica se introduce en las islas Canarias.

Los navegantes normandos, que por confesion de Fernandez Navarrete, esploraron la costa occidental del Africa, visitaron tambien el archipiélago de las Canarias. Este archipiélago, situado sobre la costa del Sahara, y que los antiguos conocieron con el nombre de islas Afortunadas, se compone de veinte, entre islas é islotes. Las mas considerables son: al oriente, Lanzarote y Fuerte-Ventura; al occidente, Tenerife, la Gran-Canaria, que ha dado su nombre á todo el archipiélago, Palma, la Gomera, y la del Hierro. Su superficie en general, es montañosa y el pico de Tenerife, que por largo tiempo tuvo la supremacía de ser la mas alta montaña del globo, tiene una elevacion de 1858 toesas, apercibiéndosele á mas de cuarenta leguas desde el mar. El viage á la cúspide de este volcan, no es solo interesante bajo el punto de vista del gran número de fenómenos que se presentan á las investigaciones científicas, sino que lo es mas aun, por el cuadro pintoresco que presenta á los que vivamente impresionan las bellezas de la naturaleza magestuosa, cuyas innumerables maravillas revelan el infinito poder del Criador. La esperiencia ha enseñado á los viageros, que las cimas de las montañas mas elevadas, rara vez proporcionan puntos mejores de vista, que los que se disfrutan desde otras menores elevaciones, cuya altura no ascienda poco mas ó menos, á la del Vesubio, el Righi, ó Puy-de-Dome. Las montañas mas

colosales, como el Chimborazo, el Antisana ó el monte Rosa, abrazan en su horizonte una tan considerable estension, que las fértiles llanuras, aunque cubiertas de una rica vegetacion, apenas se aperciben á tanta distancia, cubriendo todo el paisage una niebla oscura y vaporosa. El pico de Tenerife, por su forma empinada y su posicion local, reune las ventajas que ofrecen las cumbres menos elevadas y las de las montañas mas altas. No solamente se descubre desde su cima un estenso horizonte de mar que se eleva por cima de las mayores alturas de las islas adyacentes, sino que se ven igualmente los bosques de Tenerife, y la parte habitada de las costas, en una proximidad tal, que produce los mas bellos contrastes de formas y colores. Cualquiera diria que el volcan confunde con su masa la pequeña isla que le sirve de base, lanzándose del seno de las aguas á una elevacion tres veces mayor que la que sirve de asiento á las nubes. Si su cráter, ya casi estinguido despues de dos siglos, lanzase llamas ardientes como el de Stromboli en las islas Eolias, el pico de Tenerife, semejante á un faro, serviria de guia al navegante en un circuito de mas de doscientas sesenta leguas.

Hay en las islas Canarias gran número de manantiales y torrentes, peligrosos por sus crecidas en tiempos de lluvias; pero no existen rios. Las montañas y la refrigerante brisa que se eleva del Océano, templan en las costas septentrional y occidental, el estremado calor del clima. Sobre las costas opuestas, reinan vientos de sud ó de sud-este, que detienen la vegetacion, secan los manantiales, y dan lugar á enfermedades contagiosas. El higo, el maiz, la cebada, el algodon, la caña de azúcar, el vino, el aceite, las naranjas, limones, dátiles, y muchas plantas medicinales, son producciones comunes en estas islas. La Gran-Canaria es la mas fértil de todas. La pequeña isla del Hierro, está reputada como uno de los mas importantes puntos de la tierra, por ser el sitio del globo, por el cual los geógrafos todos, desde Ptolomeo, hasta Riccioli, hacian pasar su primer meridiano.

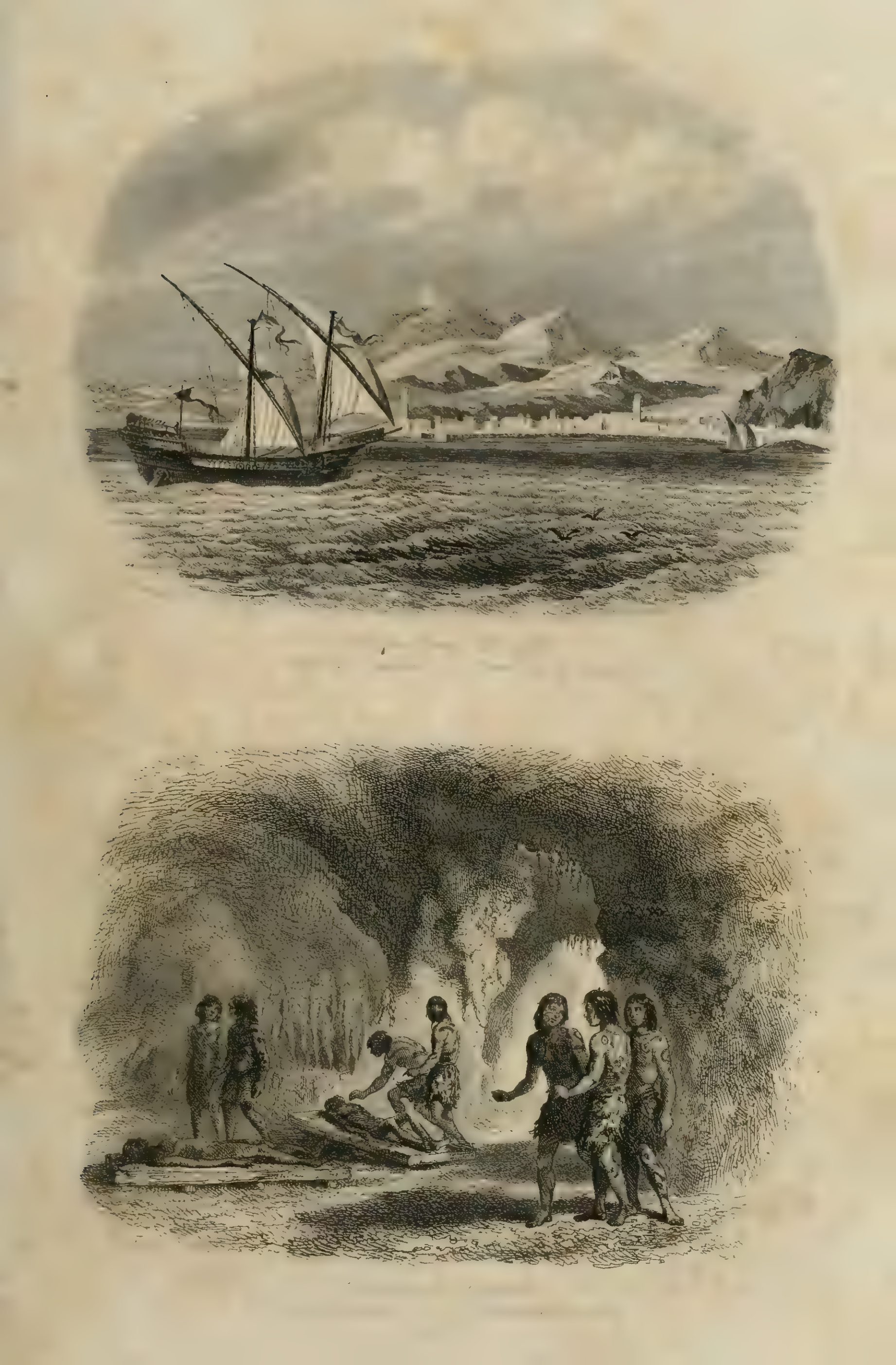
La analogía que existe entre los idiomas que se hablan en los pueblos indígenas del Atlas, con los que usaban los guanchos, antiguos habitantes de las Canarias, indica el orígen de estos últimos, que no tuvieron mas que superar una corta distancia para trasladarse del litoral africano, hasta Fuerte-Ventura. Esta palabra *guanchos* se deriva de *guan*, hombre. La mayor parte de estos estaban contínuamente desnudos, aunque algunos se cubrian con pieles de cabras; pero en lo general, se untaban el cuerpo con sebo mezclado con el jugo de algunas yerbas, cuya variedad de colores pasaba entre ellos por un gran ornato. Además, se encontraban tan avanzados al mediodía, que jamás tenian que sufrir el frio. Su alimento ordinario, eran legumbres, carne de lagartos y serpientes, leche de cabra que tenian en abundancia, y algunos frutos, particularmente higos. Como el clima es muy cálido, hacian su recoleccion en los meses de abril y mayo. Sus habitaciones eran grutas ó cavernas, labradas al pié de las montañas. Eran ligeros en la carrera, y ágiles en trepar por los riscos, y en salvar precipicios, saltando de roca en roca, y á veces, á distancias increibles. Su destreza en tirar piedras era tan maravillosa, que tocaban siempre con ellas al objeto que se proponian. Sus armas, además de la piedra suelta ó guijarro, eran mazas en forma de dardos, cuya punta estaba armada con un cuerno, en lugar de hierro, ó estaba endurecida al fuego. Su elevada talla y fuerza muscular, dió motivo á que M. Humboldt, los considerase como los patagones de la geografía clásica.

En punto á religion, unos adoraban al sol, y otros á la luna y á las estrellas, conociéndoseles nueve especies de idolatría. Los sacerdotes guanchos, así como los egipcios, embalsamaban sus muertos de una manera tan artística como estos, y hacian de este arte, un secreto ó misterio religioso. La perfecta conservacion de las mómias, nos recuerda esta costumbre de embalsamar los cadáveres, pe-

culiar casi esclusivamente del Egipto, y los cordoncillos y pequeños discos de barro cocido, que se encuentran con sus mómias tienen algo de semejanza con los famosos quippos de los peruanos, mejicanos y chinos. Existen aun en Canarias, particularmente en la isla de Tenerife, de la que Santa Cruz es capital, (Pl. II, n.° 1) muchas cavernas, en que los guanchos depositaban los cuerpos embalsamados. Cerca de Quimao, se vé una, y otra, entre el Pico y Candelaria, y allí existen aun, en estas cuevas, mómias perfectamente conservadas, colocadas de pié en sus respectivos nichos, que forman varios pisos ó compartimientos. Están aun en un estado de disecacion tan estraordinario y perfecto, que los cuerpos enteros, con tener todos sus tegumentos, no pesan arriba de seis á siete libras, es decir, un tercio menos que el esqueleto de un individuo de su mismo grandor, recientemente despojado de toda su carne muscular. Al examinar por dentro estas mómias, se encuentran restos de plantas aromáticas, entre las que se distingue constantemente el chenopodium ambroisídeo. Golberri nos dá la siguiente descripcion de una momia de hombre: «Desde la punta del cráneo, dice, hasta lo bajo del talon, tenia de altura cinco piés y diez pulgadas. La fisonomia de su rosto, aun estaba comprensible: sus cabellos eran negros, largos y bien conservados, y estaban bien unidos á la cabeza. Las mandíbulas, conservaban aun treinta y dos dientes, tan bien fijos en sus alveolos, que era difícil estraerlos sin ayuda de un instrumento; la piel, bien conservada por todo el cuerpo, estaba seca, pero estirada, y de color algo parduzco. La espalda y el pecho estaban cubiertos de pelo, y el vientre y el pecho, llenos de envoltorios de una especie de semilla; blancos y ligeros como la hoja del maiz. Toda la mómia, estaba de arriba abajo fajada como un niño en mantillas, con tres vueltas de tiras largas de piel curtida, de cabra ú otro animal, y anchas de tres pulgadas y algunas lineas.»

Las instituciones políticas de los guanchos, nos recuerdan el sistema feudal de la Europa, en la edad media, el mismo que hemos visto establecido desde tiempo inmemorial, sobre las altas llanuras del Asia media, y el que volveremos á encontrar en casi todas las naciones del mundo marítimo. La religion sancionaba entre estos pueblos el gobierno feudal, que es el que mas facilita y perpetúa las guerras. Una tradicion, inventada sin duda para complacer á los ricos vasallos de los reyes pastores, decia: «El grande espíritu Achaman, creó desde un principio los nobles, ó *achimenceis*, entre quienes distribuyó todas las cabras que existen sobre la tierra. Despues de los nobles, Achaman, creó los plebeyos, ó *achicaxnas*, y esta raza, como mas jóven, tuvo la audacia de pedir tambien para sí cabras; pero el sér supremo, les contestó que el pueblo estaba destinado á servir á los nobles, y por lo tanto, no necesitaba propiedad alguna.» Una ley de los guanchos, que por cierto no recuerda la sencillez de los tiempos homéricos, mandaba, que todo achimencei, que se rebajase hasta el punto de tocar una cabra con sus manos, perdia por solo eso sus títulos de nobleza. El Kaycan ó gran sacerdote, ejercia el derecho de ennoblecer los individuos y las familias. Estos idólatras, además del rey vivo, conservaban el anterior muerto en una caverna puesto de pié, y con el baston de mando en la mano, y un tarro de leche junto á él, para que se mantuviese en el otro mundo. Cuando el nuevo gefe entraba en posesion de la autoridad soberana, los guanchos tenian la costumbre de ofrecerle, no solo su fidelidad y servicios, sino hasta el sacrificio de su vida; y no pocos, de la oferta, pasaban á la ejecucion, precipitándose, á la vista de todo el mundo, despues de varias ceremonias y palabras misteriosas, de lo alto de algun risco. La misma costumbre obligaba al rey en estos casos á tener una consideracion particular con los parientes de los que así morian, distinguiéndolos con honores y beneficios.

Las mugeres de los guanchos no eran comunes entre ellos, como algunos han creido;



pero sí no habia ley que les prefijase número determinado. No tomaban por esposa á una virgen, sin que antes precediese un odioso homenage á su gefe, con el cual se creian muy honrados. Para colmo de depravacion moral, permitian á una muger tener muchos maridos, poliandria, que aun hoy se cree únicamente estar en uso en el Thibet, pero que viageros dignos de fé, como dice Balbi, han encontrado establecida, además, en otras regiones al norte de la India, como en Ceilan; en el Dekan; en China, entre personas pobres; á las orillas del Orinoco, y en algunas otras localidades de la América, y hasta en el centro de la Polinesia.

Los antiguos habitantes de Lanzarote, reputados como los mas civilizados de todos los guanchos, habian edificado, para separar las posesiones de los dos estados rivales, entre quienes se dividia la isla, una gran muralla, que recuerda otras murallas semejantes, construidas por los romanos, al norte de Inglaterra, y en Escocia; por los persas, en la region del Cáucaso; por los egipcios, desde Pelusa hasta Heliópolis; por los peruanos, en la América del sur, y por último, la mas sorprendente de todas las construcciones de este género, la gran muralla elevada por los chinos, para poner su vasto imperio al abrigo de las incursiones de los bárbaros.

El archipiélago de las Canarias, se dividia en muchos pequeños estados, enemigos unos de otros, y á veces, uno mismo se veia sujeto á dos príncipes independientes. A causa de las guerras intestinas, promovidas las mas veces por las naciones comerciantes, un guancho llegaba á ser propiedad de otro guancho, que le vendia como esclavo á los europeos. Si alguno de estos, por el azar de la guerra, le tocaba ser prisionero de aquellos, los isleños no tenian la crueldad de darle la muerte; pero en cambio, por un desprecio que reputaban como el mayor de los castigos, le empleaban en ordeñar las cabras, y en matar las moscas que mortificaban á estos animales (1).

Desde el año 1344, D. Luis de la Cerda, conde de Clermont, que descendia de la casa real de Castilla (1) intentó la conquista de este archipiélago, y Clemente V, coronó á este príncipe en Aviñon como rey de las Canarias, con la sola condicion de introducir y predicar allí el cristianismo (2). Urbano V se ocupó tambien de hacer evangelizar estas islas, como

(1) Segun dice Nuñez de la Peña, los primeros que descubrieron las islas Canarias fueron españoles, en la navegacion de Hannon, cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de la Encarnacion de Ntro. Sr. Jesucristo, y estos fueron los que pusieron por nombre á estas islas *Afortunadas*, por los muchos regalos y amenidad de árboles, que en ellas producia la tierra, en donde estuvieron algunos dias y se volvieron á Cartago con Hannon. Españoles fueron tambien los que por segunda vez las descubrieron, que cuenta Plutarco, que arribaron, y dieron noticia de ellas al capitan Sertorio, romano, cuando estaba en Cadiz fugitivo de los romanos; y Lucio Floro afirma, que este pasó á poblar á ellas con algunos romanos y españoles que le siguieron, pasando á la de Tenerife. Juba, rey de la Mauritania, tuvo tambien conocimiento de estas islas, y despues, con la caida del Imperio romano, la noticia de ellas se oscureció y quedaron ignoradas hasta el año 1344, en que una nueva navegacion española las descubrió y dió noticia de ellas á Europa. (N. del Trad.)

(1) Este D. Luis de la Cerda, descendiente del hijo primogénito de D. Alonso el Sabio, cuya rama fué desheredada y privada de la corona de Castilla por el hijo segundo de ese rey, D. Sancho el IV, estuvo casado con D.ª Leonor, hija de D. Alonso Perez de Guzman, el Bueno, y de D.ª Maria Coronel, progenitores de los duques de Medinasidonia, dándole en dote la ciudad del Puerto de Sta. Maria. D. Luis de la Cerda, era hijo de D. Alonso de la Cerda y de D.ª Mahalda de Francia, y tenia título de conde de Telamon, como lo tuvo despues de príncipe de las Fortunadas. Parece, segun Ortiz de Zúñiga, que vino á Sevilla con designio de pasar á Africa, á servir á los reyes de Marruecos, al ejemplo de D. Alfonso Perez, que la fama divulgaba haberse hecho poderosísimo; pero aquel le disuadió de ello casándolo con su hija, en quienes tuvo principio la esclarecida casa de los duques de Medinaceli. (N. del Trad.)

(2) El pontífice Clemente VI, es cierto que dió el señorío de las islas Canarias á D. Luis de la Cerda, con título de príncipe de la Fortuna, y queriendo poner este en ejecucion su investidura, parece que pidió ayuda á D. Pedro IV de Aragon, al arzobispo de Neopatria y á Rodulfo Loferia, y se le dieron, con lo que pertrechó una escuadra para conquistarlas. Dicen algunos autores que D. Alonso el XI, se opuso á esta donacion, por creer estas islas pertenecientes á su corona, por comprenderse en el obispado de Rubicon, que antiguamente era sufragáneo del de Sevilla; pero en Oderico Rainaldo, que refiere esta donacion, se lee una carta del rey para el pontífice en que le dá gracias de haberla hecho, aunque eran de su soberano dominio. Ya desde estos tiempos se navegaba con frecuencia á estas islas, desde los puertos de Andalucía y desde Sevilla; pero ya por esta contradiccion, ó por otra causa, lo cierto es que el nuevo príncipe D. Luis no llegó á conquistarlas, y se fué á Francia en busca de mayores aumentos, y consta que en este mismo año de la concesion, 1344, pasó por embajador del rey Felipe de Francia, cerca del Pontífice, que tenia su corte en Aviñon, dejando en España á sus dos hijos D. Juan y D.ª Isabel (viudo ya de D.ª Leonor de Guzman), y continuando en servir al rey de Francia, murió en una batalla, el 1246, segun Zúñiga. (N. del Trad.)

lo prueba una bula suya, espedida en Viterbo el 2 de setiembre del sétimo año de su pontificado. En ella se dice: «que dos ciudadanos de Barcelona, habian dado cuenta á este pontífice, que en estas islas, sus habitantes no conocian ley ni religion, y que adoraban al sol y á la luna, á los que se dirigian votos y sacrificios.» En consecuencia de esto, Urbano V, quiso que la provincia dominica de España, mandase allí algunos de sus religiosos para la instruccion de los isleños. Pero la conquista y conversion de las Canarias, estaba reservada al francés Juan de Betancour, baron de Saint-Martin-le-Gaillard, en el condado de Eu, y chambelan del rey Cárlos VI.

La poblacion de las Canarias sufria vejaciones contínuas, ya por el comercio de esclavos, ya por las continuas escursiones de los piratas, lo cual, sabido por el rey Enrique III de Castilla, permitió la conquista de este archipiélago á Roberto de Braquemont, que le habia servido en la guerra de Portugal, y que llegó á ser despues almirante de Francia. Braquemont, encargó esta espedicion, que no queria hacer él en persona, á su pariente Juan de Betancour (1). Este, despues de haber empeñado sus tierras de Normandía á Roberto, con los fondos que pudo recojer, se fué por mar á la Rochela, donde se le asoció á su empresa el caballero Gadaifer de la Salle, su compatriota. Salieron ambos de esta ciudad el 1.° de mayo de 1402, arribaron á España, y despues, hicieron rumbo hácia el archipiélago. Betancour se estableció desde luego en la isla de Lanzarote, cuyos habitantes se distinguian de los demás canarios por algunas trazas de civilizacion. Entre ellos se veian casas construidas de piedra labrada, mientras que los guanchos de Tenerife, como verdaderos trotrogloditas, moraban en las cavernas. Esta superioridad de los de Lanzarote, bajo el aspecto material, no estaba acorde con el aspecto moral, puesto que allí mismo, una muger tenia muchos maridos, que ejercian alternativamente las prerogativas de cabeza de la familia; y un marido, no era reputado como tal, sino durante una revolucion lunar, y mientras que sus derechos eran ejercidos por otros, él quedaba confundido con los criados de la casa hasta que le llegase el turno. Una degradacion semejante, hacia por cierto bien necesario la introduccion del cristianismo, por lo cual, la conversion de los guanchos fué ante todo el objeto principal de Betancour, como lo demuestra la relacion que dejaron escrita de su conquista el franciscano Pedro Boutier y Juan Le-Verrier, sacerdotes ambos, y testigos de sus acciones.

Los franceses, para asegurarse, edificaron un fuerte en Lanzarote, y de aquí pasaron á Fuerte-Ventura. Viendo Betancour, que no eran suficientes sus fuerzas para conquistar todas las islas pidió ausilios á Henrique III, quien le concedió el señorío de las islas Canarias, con la facultad de batir moneda, y de percibir un derecho sobre todos sus productos. Boutier, y Le-Verrier, que rinden homenage, tanto á la dulzura como á la fé de aquellos conquistadores, rechazaron con energía los abusos y violencias cometidas en su ausencia por algunos de sus compañeros sobre los indígenas, violencias que daban lugar á aquellos idólatras á poner en duda la escelencia y verdad de las doctrinas del cristianismo que los sacerdotes les predicaban. Sin embargo, muchos isleños de Lanzarote se hicieron bautizar. Al regreso de Betancour, se sometió el principal gefe de la isla y pidió el bautismo, que Le-Verrier le administró, el 20 de febrero de 1404, y el piadoso conquistador, que fué su padrino, le dió el nombre de Luis. Casi todos los isleños imitaron su ejemplo, y Be-

(1) Este mosen Rubin de Bracamonte, almirante de Francia, es progenitor en España de las casas de los marqueses de Fuente el Sol y condes de Peñaranda. Para hacer válida la cesion que de su derecho hizo á Betancour, suplicó á la reina D.ª Catalina, que gobernaba á Castilla, por muerte de D. Enrique, que confirmase esta donacion, porque él no podia pasar á la conquista por su mucha edad, y la reina, en vista de esto, le otorgó la súplica, é hizo merced al dicho mosen de Betancour de que se intitulase rey de las islas, con tal que él y sus sucesores prestasen vasallage á Castilla, como efectivamente lo hizo en Valladolid, en 25 de junio de 1412, por el señorío de las Canarias, conquistadas y por conquistar, pleito-homenage que repitió mas adelante.

tencour les hizo distribuir un formulario de la fé, compuesto por los misioneros, que contenia los principales puntos y misterios de nuestra creencia. Betencour se propuso ya estender sus conquistas hasta la costa de Africa, y se trasladó al cabo Bojador. Las espediciones de la compañía normanda le habian abierto el camino; sin embargo, se limitó por entonces á recorrer el litoral africano. Varias cuestiones que le suscitó su compañero Gaidefer, le obligaron á venir por segunda vez á España, donde le fueron reconocidos sus derechos. Poco despues, se estableció en Fuerte-Ventura de una manera tan sólida como en Lanzarote, cuyos habitantes todos abrazaron el cristianismo. El 18 y el 25 de enero de 1405, los dos gefes ó reyezuelos de Fuerte-Ventura, recibieron el bautismo en una capilla erigida al efecto y recibieron por nombres, el primero, Luis, y el segundo, Alfonso. Desde entonces, las conversiones se multiplicaron por medio de las celosas predicaciones de Le-Verrier y Boutier. Betencour, marchó á Francia, á buscar nuevos medios para consolidar sus establecimientos, y con ellos trató de subyugar la Gran-Canaria. Los vientos le arrojaron al cabo Bojador, donde no encontró obstáculos; pero la Gran-Canaria resistió á sus esfuerzos. Viendo esto, se dedicó á la conquista de otras islas, y se apoderó de Palma y de la del Hierro. Resuelto á regresar á su patria, instituyó en calidad de gobernador de todo lo adquirido, á su sobrino Maciot de Betencour, encargándole muy especialmente que hiciese construir iglesias, y que tratase á los indígenas con toda consideracion y dulzura, ejerciendo la justicia con arreglo á las costumbres de Francia y de Normandía; recomendándole por último, que á lo menos dos veces al año mandase dos navíos á los puertos de aquella provincia (1). En una última reunion, á la que asistieron los gefes canarios, ya convertidos, pronunció estas bellas espresiones: «Amigos mios, y hermanos cristianos, Dios fué servido de estender su gracia sobre nosotros y sobre todo este pais, unido al presente á la fé católica. Dios, por su especial favor, quiere mantenernos á todos en ella y darnos fuerzas para conducirnos de manera que se procure su gloria y los progresos de su religion. Yo os ruego y encargo, que seais buenos cristianos; que sirvais á Dios, amándole y temiéndole; que asistais á la iglesia, y que os conserveis así, anterin que Dios os haya mandado un pastor, es decir, un obispo, que cuide y gobierne vuestras almas, y si Dios quiere, yo mismo iré á Roma á pedir al papa, que cuanto antes os envie uno.» Despues de esta tierna alocucion, se despidió de todos y partió el 15 de diciembre de 1405 para España, desde donde fué á Roma, y allí obtuvo del papa un obispo para las

(1) Maciot de Betencour que siguió en el señorío á su tio, no se portó en manera alguna tan religiosamente como este se lo habia encargado, pues comenzó á vender esclavos y á cometer grandes tropelías con los naturales, á pesar de ser ya cristianos, sin que le contuviesen las serias amonestaciones del obispo D. Mendo, ni las de los principales españoles que ya poblaban aquella isla, los cuales, y el obispo dieron parte de este abuso al rey de Castilla D. Juan II, que le amonestó sin fruto, y viendo por fin su pertinacia y ninguna enmienda, mandó á las islas á Pedro de Barba, con una escuadra, para que le prendiese y desposeyese de su gobierno; pero Maciot, para evitar la afrenta, traspasó y vendió el derecho que en esas islas tenia por cesion de su tio, al dicho general Pedro de Barba, el cual, con aprobacion del rey, quedó con el gobierno de las islas. Maciot, obrando luego villana y deslealmente, se fué á la isla de Madera, donde el 1426 hizo una nueva venta ó traspaso con el infante de Portugal, D. Enrique, hijo de Juan II, que estaba codicioso de aquellas islas, vendiéndole una propiedad que ya no tenia por algunos dineros y heredamientos en la Madera, venta inválida y nula; sin embargo, atropellando por todo, dispuso una armada para apoderarse de las Canarias, y Pedro Barba, su gobernador, auxiliado de los isleños y españoles que allí habia, por dos veces derrotó á los portugueses, que nunca pudieron sentar el pié en las islas, y siguió la contienda hasta las paces generales que se arreglaron entre España y Portugal, el 1479, en que este renunció todo derecho á las Canarias. No contento con la primera venta, Maciot, hizo otra segunda de las islas al conde de Niebla, D. Enrique de Guzman. Pedro Barba despues de dejar inaugurado el señorío de las islas á la corona de Castilla, trató de vender sus legítimos derechos sobre ellas á Fernan Perez, caballero de Sevilla, como así lo hizo con facultad real, y este, con la misma, las vendió al conde de Niebla, á quien antes sin derecho los habia pasado Maciot. El conde hizo cesion de ellas á Guillen de las Casas ó Casaus, que alcanzó confirmacion del rey de Castilla, en 1433, y despues, Güillen de las Casas, su hijo, las vendió á Fernan Perez su cuñado, vecino de Sevilla, con el mismo título y derecho que sus antecesores las tuvieron, por escritura del 1445. Este conquistó las islas de la Gomera y la del Hierro, y otros sucesores suyos lo hicieron de las restantes. En todo lo relativo á estas islas y su cristiandad, véanse las historias de las mismas que escribieron Viera y Nuñez de la Peña. (N. del Trad.)

Canarias, como lo habia prometido, para lo cual se espidió una bula de institucion, de la cual transcribiremos una parte, que dice así: «La fama pública, confirmada por personas dignas de fé, ha llevado al conocimiento de nuestra silla apostólica, — que las islas Afortunadas (archipiélago situado hácia el mediodía, y conocido bajo el nombre de islas Canarias), cuales son ó se nombran: Lanzarote, Fuerte-Ventura, Gran-Canaria, Tenerife, Gomera, Palma, y del Hierro, están pobladas de naciones privadas hasta hace muy poco tiempo del conocimiento del verdadero Dios; — que por el poder y destreza de nuestro querido hijo y noble caballero Juan de Betencour, y de otros muchos fieles en Jesucristo, así como por la predicacion, instrucciones y actividad infatigable de personas religiosas, las susodichas islas de Lanzarote, de Fuerte-Ventura y del Hierro, se han sometido enteramente al yugo de los cristianos; — que los habitantes de estas islas y los de la Gran-Canaria y Gomera, en su mayor parte, se han convertido á la fé católica; — que se ha erigido en Lanzarote una iglesia, con cierta pompa, bajo el título de S. Marcial, á la que se ha proveido de un pastor; — que en las susodichas islas de Fuerte-Ventura y de Gomera, se han construido tambien iglesias: dos en Fuerte-Ventura, una bajo la advocacion de Santa Maria de Betencour, la otra, bajo la de Santa Maria de la Palma; y una en Gomera, con la misma advocacion anterior. — Considerando, que si en la susodicha isla de Fuerte-Ventura, (que es la mas inmediata á las de la Gran-Canaria, Tenerife, Gomera, del Hierro y Palma, donde esta conversion súbita é imprevista, ha ocasionado una gran falta de ministros del evangelio para ocuparse en esta obra, y que ofrece mas comodidad para proseguir felizmente este asunto), si allí repetimos, se estableciese un pastor particular, que instruyese y afirmase en la fé católica á los nuevos convertidos, y que especialmente se consagrase con fidelidad y solicitud á la conversion de pueblos infieles, de aquí podrian resultar, con ayuda de Dios, numerosas conversiones y una gran utilidad para las almas, no solamente en las islas susodichas de Gran-Canaria y Gomera, y para el resto de su territorio, que hasta el presente no es cristiano, sino en las demás de Palma, Tenerife, etc.» Movido por todas estas razones Inocencio VII, instituyó á Alberto de las Casas, que le habia sido presentado por el rey de Castilla, en calidad de obispo de las Canarias. Le-Verrier y Boutier, dicen de este primer obispo: «Monseñor Alberto de las Casas, llegó á estas islas de Canaro, en la isla de Fuerte-Ventura, á donde encontró á Monseñor Maciot de Betencour, y á quien entregó las cartas que Mr. de Betencour le enviaba, de las cuales se alegró aquel mucho, y todo el pais, de tener prelado y obispo, y tanto, que todo el pueblo le hizo un gran acogimiento, tanto mas, cuanto que entendia la lengua del pais. Este obispo dispuso todo lo conveniente, y lo que se debia hacer en la iglesia, y gobernó tan bien, y con tanto acierto y bondad, que obtuvo el favor del pueblo, siendo causa de grandes bienes en el pais. Predicaba mucho, ya en una isla, ya en otra, y no se le conocia orgullo, y á todos hacia que rogasen por Mr. de Betencour, que era la causa de su vida, es decir, de la vida eterna, y de la salvacion de sus almas, y así en la iglesia, diariamente, se hacia oracion por dicho señor, que les habia hecho cristianos. Este obispo, se gobernó tan bien, que nadie tuvo que reprenderle.» (1)

Alberto de la Casas, fué secundado por los franciscanos en la obra de la conversion de las Canarias, á quienes Benedicto XIII, dió al hermano Juan Baeza por superior, de los que evangelizaban en el archipiélago. El papa Martino V nombró al mismo Juan Baeza, vicario general en estas islas con muchos privilegios

(1) Desde que el almirante Bracamonte determinó la conquista de Canarias, dió cuenta al pontífice Benedicto XIII de la merced que le habia hecho el rey de Castilla, y el papa nombró primer obispo de estas islas, antes que Betencour lo agenciase, como dice aquí Henrion, á Fr. Alonso de Barrameda, de la órden de S. Francisco, que fué el primer obispo, y despues fué el mismo papa el que nombró á Fr. Alberto de las Casas, que menciona Henrion y de quien hace tan justo elogio. N. del Trad.

para los conventos que allí ya se habian fundado de la órden de S. Francisco. El hermano Juan de Logroño, que sucedió en este vicariato, obtuvo de Eugenio IV el permiso de establecer un convento en Andalucía, cerca de la costa, para facilitar á los religiosos los medios de comunicacion y de abastecimiento de lo necesario. Estos religiosos tuvieron otro, por el mismo estilo, en la costa de Portugal, y en la época de esta concesion, los hermanos Diego y Juan de Santorcaz, pasaron á trabajar en la conversion de los idólatras del archipiélago. Diego, natural de Sevilla, era uno de los mas recomendables individuos del órden seráfico, y aceptó con alegría la mision que se le confió. Nombrado guardian del convento de Fuente-Ventura, encontró aun el pais poblado de gran número de guanchos, á quienes catequizó con tanto celo, como inteligencia, haciendo que muchos creyesen las verdades del evangelio, y pidiesen el bautismo. Habiendo llegado á su noticia la crueldad y barbarie de los indígenas de la Gran-Canaria y su apego á la mas monstruosa idolatría, deseó ir allí á predicar la fé de Jesucristo, contando con encontrar ocasion de ganar la palma del martirio. Fortificado con todos los ausilios que nuestra religion presta, partió para ese punto, pero Dios no permitió que llegase á la Gran-Canaria; la tempestad le obligó á volver á Fuerte-Ventura. Allí se aplicó de nuevo á la conversion de los guanchos, afirmando además en la fé, por su ejemplo y sus discursos, en la práctica de la religion, á los què ya la habian abrazado. Por ingeniosa que fuese la caridad del hermano Diego, fué necesaria una particular providencia del cielo, para que un simple religioso, que nada poseia, y en un pais, donde todo faltaba, pudiese, como lo hizo, alimentar por bastante tiempo á una multitud de personas. Cuando Diego cumplió los tres años de sus funciones de guardian, regresó á España. Su hermano Juan quedó en el archipiélago. Exacto observador de su regla y por consiguiente de la pobreza evangélica, se concilió la veneracion de los idólatras, que al respetarle, se encontraban mas dispuestos á creerle. Dios, por otra parte, le honró con el don de milagros, y él mismo fué objeto de un prodigio. Habiéndose un dia caido en un rio, cuyo cáuce era muy profundo, se mantuvo por espacio de tres horas completas sobre las aguas, cuando todos le creian ahogado y sin sufrir el menor accidente. Los nadadores mandados en su busca, le encontraron saño y salvo de rodillas sobre la playa. Juan de Santorcaz, murió en una de las islas Canarias, y dejó, así como su hermano Diego, la reputacion de una gran santidad. Treinta franciscanos vivian en el convento de Fuerte-Ventura. Cinco de ellos, que se resolvieron á predicar la fé, en el año 1450, á los indígenas de la Gran-Canaria, sufrieron allí mil ultrages y martirios, hasta que por último, fueron despeñados y precipitados al mar, el 10 de setiembre, desde lo alto de una roca, que en recuerdo de este martirio, se llama hoy dia, aun, el Salto de los Castellanos. Sin estendernos ya mas en detalles, sobre la propagacion del cristianismo, en las islas Canarias, volvamos á tomar el hilo de la historia del valiente y piadoso francés que hizo su conquista.

Betencour, despues de volver á sus tierras de Normandía, en 1406, murió allí, nueve años despues, con la gloria de haber tratado con la mejor buena fé de la conversion de los guanchos. Por lo démás, es muy probable que la soberanía concedida por el rey de Castilla, á este noble conquistador, se limitó á solas las islas de que él tomó realmente posesion, como fueron, Lanzarote y Fuerte-Ventura, pues por una cédula real, de 29 de agosto de 1420, confirmada por otra de 23 de junio de 1430, el rey de Castilla, D. Juan el II, sucesor de Enrique III, concedió á Alfonso de Casaus, el señorío de las islas de la Gran-Canaria, de Tenerife, de la Gomera, y de la del Hierro. La cédula real, ya nos esplica claramente á lo que se reducia este *reino* ó soberanía de las Canarias, cuya diadema ciñó primero un caballero francés. Era simplemente un señorío feudal, dependiente de la

corona de Castilla, cuyo poseedor titular hacia pleito-homenage, y pagaba servicios y lanzas á su soberano (1). De este *señorío*, el orgullo nacional ha hecho un reino, y era muy natural, que los historiadores franciscanos Pedro Boutier y Juan Le-Verrier, que se llamaban á sí mismos *domésticos* del señor de Betencour, diesen todo el realce posible á su patron. Esta consideracion nos esplica la gran dificultad que han tenido todos los que han querido apurar y desentrañar la sucesion de este supuesto *monarca*, y el cómo se ha concluido su *dinastía*. Todo conduce á creer que si el sobrino del conquistador, Maciot ó Massieu, y su posteridad no disfrutaron mas de la soberanía de las islas, al menos poseyeron en ellas rentas y estados que transmitieron á sus descendientes, puesto que en el siglo XVII, aun se conocian en las Canarias y en las Azores, varias familias, con ese apellido, que pretendian descender del primer conquistador, y cuyas armas son efectivamente las mismas que usaba aquel. Creemos, á lo que parece, que existe aun en la Gran-Canaria y en Tenerife una familia apellidada de Massieu, que dice ser descendiente del sobrino de Betencour, y originaria de Normandía, y allí hay en efecto, en el pais de Caux, otra familia noble antigua, de este nombre, que quizá tenga relacion de parentesco con la otra citada de las Canarias.

CAPÍTULO XXIII.

Obstáculos interpuestos á las misiones entre los tártaros despues de Tamerlan.

Al abrir Dios al celo y perseverancia de los misioneros apostólicos el archipiélago de las Canarias, y las costas occidentales del Africa, compensaba á la Iglesia en cierto modo de las pérdidas que Timur-Beig ó Tamerlan la hacia sentir en el vasto continente del Asia. Tamerlan, á ejemplo de Djeuguyz aspiraba á la monarquía universal. «La tierra, decia, no debe tener mas que un señor, así como no hay mas que un Dios en el cielo. ¿Qué es la tierra con todos sus habitantes para poder colmar la ambicion de un gran príncipe?» Despues de haberse hecho proclamar soberano de los tártaros de la Transoxana, y de haber escogido por capital á Samarcanda, que en su tiempo y reinado llegó á ser tan célebre como Bagdad y el Cairo, dió principio á la vasta y no interrumpida carrera de sus conquistas. Victorioso de Bayaceto, cuarto sultan de los turcos otomanos, tuvo con esto un motivo político para buscar relaciones y amistad con las potencias europeas enemigas de los musulmanes, y así nombró por su embajador, cerca de varios príncipes cristianos, á Francisco Sathru, sin duda uno de los religiosos armenios de la órden de S. Basilio, que entrando en la comunion de la iglesia romana, se habian afiliado, como atrás dijimos, á la órden de predicadores. Francisco, llevó cartas para el rey de Francia, monarca cuyos misioneros, que moraban ó recorrian diferentes estados del Tamerlan, le ensalzaban su poder. Estos mismos misioneros, prevaliéndose de la enemistad comun que reinaba entre los príncipes de Eupa y los mongoles, contra los turcos, para asegurarse mas la consideracion y respeto entre los tártaros, tuvieron buen cuidado que el conquistador no ignorase y supiese los pormenores del valor y decision de los diez mil franceses, que á las órdenes del conde de Nevers, habian salido á aumentar las huestes de Segismundo, rey de Hungría, con las que puso un dique á las ambiciosas pretensiones de Bayaceto, vendiendo aquellos héroes bien caras sus vidas, en la tan célebre jornada de Nicopolis. Despues de la batalla de Ancira, que tuvo por consecuencia la derrota de Ba-

(1) En el año 1393 se juntaron en Sevilla varios sevillanos, vizcainos y guipuzcoanos mercaderes, y con licencia del rey arreglaron una armada de cuatro ó cinco navios, para pasar á Canarias, y habiendo llegado á su isla, surgieron en Lanzarote, y alborotados los isleños y resistiendo á los españoles, estos tuvieron batalla con ellos, de la que resultó traer prisioneros á España al rey y reina de aquella isla, y otros ciento y sesenta isleños, y con los cueros, animales y cera, de que sacaron mucha ganancia, volvieron á España é hicieron de ella presente al rey D. Enrique III, y por esta empresa desde entonces la corona de Castilla tomó la posesion de la conquista de las Canarias, que aun no se habia tomado, aunque no quedaron en la isla españoles algunos. (N. del Trad.)

yaceto, quedando él mismo prisionero de Tamerlan, el 21 de julio de 1402; el vencedor, mandó con otra embajada, cerca de Cárlos VI al dominicano Juan, arzobispo de Sultanieh. Recordará el lector la gran estima que los khaqans hacian de los reyes de Francia y de los franceses « á causa, dice Bergeron, de la fama que llevó á todas partes la noticia de las espediciones de Luis el Jóven, Felipe Augusto, y del mismo S. Luis, quien despues de haber hecho personalmente maravillas, fué herido y hecho prisionero, combatiendo con valor y denuedo en el primer viage, y que en el segundo murió santamente en una playa solitaria. La reputacion, pues, del rey cristianísimo, no habia disminuido en Oriente, aun despues de las cruzadas, como lo demuestra la mision de que tuvo encargo el arzobispo de Sultanieh. Los autores de la *Historia de Cárlos VI*, traducida por *Le-Laboreur*, dicen lo siguiente de este año 1403. « Cierto obispo de las partes de Oriente, del órden de los Hermanos Predicadores, vino este año, cerca del rey, de parte de Tamerlan, rey de los tártaros, y le presentó sus credenciales, cuya direccion estaba así concebida: *Al gran rey de Francia, y á los mas poderosos de la cristiandad.* Estas cartas decian, que entre todos los príncipes del Occidente, él, habia particularmente oido hablar mas del rey de Francia, lo que le habia entrado en curiosidad de hacerse informar de la magnificencia de su corte y de su poder. No olvidaba tampoco de vanagloriarse de la conquista de una gran parte del Oriente, y de la prision y derrota de Bayaceto, la cual creia que seria tanto mas agradable á su Magestad, cuanto que aquel, en su cualidad de perseguidor del nombre cristiano, debia ser el enemigo del rey, y de la corona de Francia. » El emperador griego de Constantinopla, y los genoveses de Pera, tambien habian mandado á decir á Tamerlan, que si venia á hacer la guerra á Bayaceto, ellos le podrian ayudar mucho con hombres y galeras, palabra que ciertamente no cumplieron, porque dejaron pasar á los turcos de la Grecia, á la Anatolia, y despues de la batalla de Ancira, transportaron, de la Anatolia á la otra orilla, á los fugitivos, á quienes perseguian los tártaros victoriosos. Rui Gonzalez de Clavijo, uno de los embajadores que Enrique III, rey de Castilla, envió el año de 1403, en compañía de Fr. Alonso Paez de Santa Maria, y Gomez de Salazar, cerca del Tamerlan, y que tres años despues, habiendo regresado desde Samarcanda á Castilla, escribió la relacion de su viage, dice claramente, que la conducta y mala fé de los griegos y genoveses, fué la principal causa de que Tamerlan concibiese mala idea y formase mal concepto de los cristianos (1), lo cual, naturalmente, debia tener malas consecuencias, respecto á los de esta creencia, que vivian bajo su dominacion. El P. Catrou, cree sin embargo, que este príncipe se inclinaba al cristianismo, y el sabio jesuita llega hasta decir, en ocasion de su muerte, acaecida el 1405, cuando estaba para invadir la China, lo siguiente. « No toca á nosotros mas que adorar los decretos del cielo, respecto á un héroe, que conoció la religion cristiana, que la amó, que la protegió

(1) Este curiosisimo viage cuya relacion hizo Rui Gonzalez Clavijo, le publicó Argote de Molina, en Sevilla, el 1582, en fólio, y no encontrándose apenas ejemplares, le reimprimió D. Eugenio Llaguno, el 1784, en 4.º Antes que se verificase este viage de Rui Gonzalez de Clavijo, D. Enrique habia mandado por embajador al gran Tamorlan y turco Bayaceto á Payo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos, caballeros de su casa, á quienes el Tamorlan recibió con mucha benevolencia, y teniendo noticia del poder y grandeza del rey D. Enrique le envió muchos dones, y envió con ellos á un caballero de su casa llamado Mahomad-Alcagi con un rico presente de joyas y mugeres, y con una carta muy atenta. De resultas de esta carta y regalos, tornó D. Enrique á enviar de nuevo su embajada con Rui Gonzalez Clavijo, Fr. Alonso Paez de Santa Maria y Gomez de Salazar, á quienes mandó con cartas y presentes al dicho Tamorlan, los cuales salieron de Madrid en 21 de mayo de 1403; y Clavijo volvió á España en 24 de marzo de 1406. Dicho Clavijo reedificó la capilla mayor del convento de San Francisco de Madrid, y tenia allí un gran sepulcro con este epitafio: « Aquí yace el honrado caballero Rui Gonzalez Clavijo, que Dios perdone, camarero de los reyes D. Enrique de buena memoria, e del señor Rei D. Juan su fijo, al cual el dicho señor rei ovo emviado por su embajador al Tamorlan, et finó dos dias de abril, año del Señor de mil e cuatrocientos e doce años. » Este sepulcro, junto con el del famoso D. Enrique de Villena, y el de la reina D.ª Juana, muger de Enrique IV, desaparecieron cuando la construccion de la nueva iglesia y templo de S. Francisco el Grande, y nunca he podido averiguar donde se trasladaron. (N. del Trad.)

siempre, aunque no la profesó jamás.» Antes de Tamerlan, muchos khanes mongoles, tanto de Kaptchak, como de la Persia, habian abrazado el islamismo, é introducidole en sus estados; si bien no todos sus súbditos habian imitado su ejemplo; pero despues de la reunion de estos tres imperios bajo el cetro de un conquistador, el mahometismo se estableció sólida y generalmente entre los tártaros mongoles, á escepcion de los que arrojados de la China, continuaron habitando en sus regiones mas inmediatas. Como Tamerlan seguia la secta de Alí ó de los chytas, y á pesar de esto, hacia la mas cruda guerra al gefe del imperio otomano, y al sultan de Egipto, que pertenecian á otra secta musulmana, la ignorancia que en su tiempo habia en Europa sobre las costumbres, usos, y religiones del Oriente, y algunas relaciones del príncipe mongol con los monarcas cristianos, hicieron creer á los mas, que un soberano que tan enemigo se mostraba de las potencias mahometanas, debia solo por esto, creérsele protector del cristianismo. Pero la sola relacion de sus crueldades en Georgia, por sí sola, hubiera probado lo contrario, si los medios de comunicacion en aquel siglo, hubiesen sido tan fáciles como en el presente. Tamerlan afectaba un gran celo por el islamismo, y tanto, que á la reputacion de su santidad, es á la que los historiadores musulmanes atribuyen sus triunfos sobre Bayaceto, cuya moral y religion, segun ellos, eran muy relajadas; y cuando ya cercano á su muerte meditaba aun la conquista de la China, afectando un dolor y pesar, que no tenia, de haber derramado tanta sangre musulmana, exhortó á sus guerreros, culpables como él, del propio delito, á espiarla purificándose en la de los chinos idólatras, tratándolos á fuego y sangre, y elevando mezquitas sobre las ruinas de sus templos.

La vasta monarquía del poderoso Tamerlan tuvo igual suerte y resultado que los demás imperios fundados sobre el despojo y violencia; la ambicion se apoderó de los miembros de la familia y de sus mejores generales, como acaeció á la muerte de Alejandro. Los timurides conservaron desde luego la Persia, la Transoxana y las provincias septentrionales del Indostan, pero los turcomanos y los uzbeks, quitaron luego aquellos dos primeros imperios á los descendientes de Tamerlan, y uno de ellos, penetrando mas en el interior de la India, fundó el poderoso imperio Mogol, así llamado, de la nacion á que pertenecia el fundador. Este imperio, que tan notable se hizo en la historia del Asia, despues de haber subsistido dos siglos con gloria y esplendor, le hemos visto caer rápidamente en nuestros dias; sucediendo al que se llamó Gran Mogol en otro tiempo, un residente inglés, y una compañía de comercio.

Como verdaderamente puede aquí cerrarse la historia de las antiguas misiones hechas en la Tartaria, cuyos pueblos diferentes se dividen entre el islamismo y la idolatría, aprovecharemos esta ocasion para indicar el nuevo punto de vista, bajo el cual los indiferentes en materia de religion, apreciarán el mérito é importancia de las misiones de los franciscanos y de los PP. Predicadores; y si estos verdaderamente, por circunstancias escepcionales, no lograron arraigar de una manera general y estable la fé católica entre los mongoles, al menos, indudablemente, concurrieron á crear relaciones entre reinos y paises desconocidos antes los unos de los otros, preparando así la gran revolucion moral, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Dos eran los sistemas de civilizacion que existian y que se habian estendido y perfeccionado en las dos estremidades del antiguo continente por efecto de causas independientes, sin comunicacion por consecuencia entre sí, ni influencia directa y mútua. Las misiones, unidas á los efectos de la guerra y á la combinaciones de la política, contribuyeron á poner en contacto estos dos grandes cuerpos que por tantos siglos habian estado desunidos. Cerca del gran khan, fueron enviados muchos religiosos italianos, franceses, alemanes y españoles; un franciscano del reino de Nápoles

llegó á ser arzobispo de Peking, y tradujo los *Salmos* y el *Nuevo Testamento*, en lengua mongola, y un profesor de teología de la facultad de Paris le sucedió. Un chantre, llamado Roberto, despues de haber recorrido casi toda el Asia oriental, tornó á acabar sus dias, en la catedral de Chartres. Este celo de los misioneros, despertó, aunque por otros instintos, la aventurera curiosidad de los viageros, y la esperanza del lucro en las especulaciones del comercio; y si las ideas y las artes de Europa iban á asombrar el Asia hasta sus mas retirados confines, en cambio, los conocimientos, y los productos de esta misma Asia, se ponian de manifiesto ante la Europa sorprendida. No hablaremos pues de la brújula, mencionaremos solo la polaridad del iman, observada y aplicada en la China, desde los tiempos mas remotos. La pólvora y uso de proyectiles, arrojados á su impulso, fueron conocidos por los hindos y los chinos, quienes aun antes del siglo x, usaban lo que ellos llamaban *carros del rayo*, que no eran otra cosa que cañones montados, y la misma aplicacion tendrian los *pedreros de fuego*, de que se habla tanto en la antigua historia de los mongoles (1). Por otra parte, la edicion *Princeps* de los libros clásicos, grabada en planchas de madera, es del 952. El establecimiento del papel-moneda y de las casas de cambio, tuvo lugar en la casa de los Sutchim, el 1154, y el uso de la moneda de papel fué adoptado ya entre los mongoles, que se establecieron en la China.

(1) La artilleria parece habia sido conocida antiguamente entre los chinos, que usaban de máquinas y armas de fuego, algunos siglos antes que se hiciese en Europa el descubrimiento de la pólvora, si bien, cuando los europeos fueron por primera vez admitidos en sus puertos, ya no tenian sino un conocimiento confuso de lo que en esta parte habian sabido sus antecesores. El 1117 ya conocian la pólvora y las armas de fuego los moros y cristianos de España en el sitio de Zaragoza, segun dice Conde. Tambien se citan en 1160 por mar y tierra en el cerco de Mahedia; en 1205, en el de Almahedia; en 1257, en la defensa de Niebla; en el sitio de Cordova, el 1280; el 1306 en el de Gibraltar, y posteriormente en los de Martos, Baza y Algeciras, en 1326 y 1342. Es indudable que los castellanos fueron los primeros que usaron de la artilleria en el mar en el combate naval de la Rochela, el 1371, á pesar de la opinion de Capmany que dice que no se usó en Castilla hasta el 1404. Véase sobre esto á Navarrate en sus Ilustraciones al primer Viage de Colon, pág. 115, tom. I de su obra. (N. del Trad.)

Por último, los naipes, sobre cuyo orígen tanto han discurrido los sabios, y que han querido que fuese invencion europea, fueron una de las primeras aplicaciones del arte de grabar en madera, é inventado en China, en 1120 (1). La Europa no podia menos de asombrarse con semejantes descubrimientos, y ya comenzó á tener en algo, como dice Abel de Remusat, al Asia, la mas bella, la mas poblada, y la mas antiguamente civilizada de las cinco partes del mundo. Se trató ya de estudiar las costumbres, usos, creencias é idiomas de los pueblos que la habitaban, y hasta se trató de establecer una cátedra de idioma tártaro, en la universidad de Paris. Las relaciones de los misioneros, por otro lado, hallaban eco y difundieron por todas partes, las ideas mas justas y mas variadas. El mundo pareció abrirse como el sol, de la parte de Oriente; el afan y ardor por los descubrimientos, llegó á ser la nueva forma que revistió el espíritu de los europeos, y la idea de otro hemisferio, despues que el nuestro fué mejor conocido, dejó de presentarse á la imaginacion como una paradoja desprovista de toda verosimilitud; y valiéndose de las noticias esparcidas en los viages hechos al Asia, como el de Marco Polo, en busca del Zipango, fué como Cristóbal Colon llegó á descubrir el Nuevo Mundo.

La irrupcion de los mongoles, que sirvió de primera ocasion á las antiguas misiones entre los tártaros, tuvo en el Oriente consecuencias importantes, como fueron: la destruccion del califato de Bagdad, la esterminacion de los búlgaros, de los comanos y de otros pueblos septentrionales; la casi estincion de la poblacion en la alta Asia, tan favorable á la

(1) Es opinion corriente que los naipes tuvieron su orígen en Oriente como el ajedréz; algunos quieren atribuir su invencion á los egipcios; pero es mucho mas probable, que donde primero se conocieron fué en la India: en cuanto á su primera introduccion en Europa, varian los autores; unos dicen que se vieron primero en Alemania, en 1300, y el abate Rive, sienta, que un tal Nicolás Pepin fué el primero que inventó los naipes en España, mientras que otros dan en esto la primacía á Italia, en época mas anterior. Lo cierto es, que el orígen de ese juego es una cuestion arqueológica muy difícil de resolver, y que ha sido tratada profundamente por muchos sabios, á pesar de lo frívolo del objeto. (N. del Trad.)

reaccion, por lo cual, los rusos, antes vasallos de los mongoles, han subyugado á su vez á todos los nómadas del norte; la sumision de la China á una dominacion estrangera; el definitivo establecimiento del budhismo en el Tibet y en la Tartaria, así como la formacion de la gerarquía lamáica ó de los pontífices lamas, producida por la fusion entre los restos del nestorianismo, que quedó en aquel pais, y los dogmas de los budhistas. Pero no entra en los límites de nuestro reducido cuadro desenvolver en su debida estension todas estas consecuencias, únicamente insistiremos en el progreso y adelantos, que ha tenido la civilizacion, por las relaciones de los occidentales con los pueblos de la alta Asia, en los siglos XIII y XIV, debidas en su mayor parte á los misioneros. Los descubrimientos hechos en el Asia oriental, estaban ignorados en el Occidente, la comunicacion tuvo lugar, y se prolongó durante siglo y medio, y apenas fué transcurrido otro, que ya todas estas invenciones y adelantos, que aun estaban en su infancia en el pais que las vió nacer, fueron nuevamente desarrolladas, y puestas en práctica con nuevas y mas fecundas aplicaciones por el génio europeo. De aquí, la prodigiosa impulsion que se dió á la inteligencia humana; por lo tanto, si el cristiano admira en los misioneros la abnegacion y el cristiano celo por la salvacion de las almas, que les hace despreciar las distancias y los peligros todos, por la gloria de Jesucristo, el indiferente, al menos, debe considerarlos como primeros conductos, por cuyo medio las ideas se infiltran y se cambian, y á falta de simpatía religiosa por el apóstol, su admiracion y reconocimiento, recae al menos sobre el agente civilizador, que las conduce y estiende.

CAPÍTULO XXIV.

Misiones entre los musulmanes y los cismáticos orientales. — Conquista de Constantinopla por los turcos. — Otras misiones franciscanas y dominicanas.

Al finalizar el siglo XIV y á principios del XV, los pecados de nuestros padres atrageron sobre su cabeza un terrible azote. El cisma, al romper la unidad de la Iglesia, alteró su belleza, y promoviendo obstáculos relativamente á la accion de los misioneros, entorpeció la propagacion de la fé. Estas divisiones interiores de la Iglesia cristiana, perjudicaron y detuvieron el curso de sus conquistas esteriores, sobre el islamismo y la idolatría. Sin embargo, la bondad y sabiduría infinitas de Dios, protegieron el arca santa destinada á transportar á los elegidos sobre la tempestuosa mar del mundo, á las puertas de la celestial patria. El brazo fuerte del Todopoderoso, suscitó sin embargo hombres escogidos para consuelo de los unos y la conversion de los otros.

Entre los dominicanos, en quienes la vocacion al apostolado, la caridad y el celo apareció entonces como siempre, citaremos primero al Beato Baltasar Alvarez de Córdova, español de orígen, á quien su ardor por la salvacion de las almas, condujo á Palestina. Sus discursos, convirtieron gran número de musulmanes, de cismáticos y de malos católicos, y sus ojos derramaron abundantes lágrimas por el endurecimiento de los demás que quedaban sumidos en el error. Muchas mas vinieron á sus ojos, al considerar la misericordia y esceso de ternura, que habian hecho descender al Hombre-Dios, para regar con su sangre estos lugares venerables, poseidos actualmente por los enemigos de su divinidad, y al reflexionar en la ingratitud de los cristianos, que por no haber cesado de manchar la Tierra santa, con el cieno de sus pecados, habian merecido que la justicia de Dios entregase en manos de un pueblo infiel, lo que hubiera podido y debido ser nuestra mas preciosa herencia y dulce consolacion. Alvarez volvió á España por el 1405, donde trabajó con nuevo celo, en reanimar la fé, y Benedicto XIV, estendió el culto de este bienaventurado á toda la órden de Sto. Domingo.

Los misioneros dominicanos que anunciaban la palabra de Dios cerca de Tiro y de

Trebisonda, tambien sufrian mucho de parte de los musulmanes; pero su constancia dominó todos los obstáculos. Las frecuentes incursiones de los turcos cerca de Constantinopla, no alejaron á los dominicos de sus iglesias, y por atraer mas á los fieles á visitar estos templos amenazados, Gregorio XII concedió indulgencias á los que concurrieran á ellos. En Pera, contínuamente se verificaban conversiones; pero como no pocos cismáticos ó musulmanes convertidos, con el discurso del tiempo, recaian en sus errores, ese mismo papa encargó al dominicano Elias Petit, de nacion francés, el que remediase esta desercion lamentable, confiriéndole al efecto los poderes necesarios. La solicitud de la Silla apostólica, por la perseverancia de los ya convertidos, y por la propagacion de la fé, se hizo mas notable respecto á la nacion armenia, que poseia en Roma la casa de Santa Maria Egipciaca, de la cual fué mucho tiempo superior el P. Pedro Stephani, del instituto de los Hermanos Unidos. Este hombre venerable acogió allí á muchos cismáticos, á fin de poder mejor instruirlos, y estos viageros, atraidos por él á la unidad, sirvieron para inducir á muchos de sus compatriotas de Armenia, á que abjurasen sus errores.

En medio de todos los apóstoles de la fé que dió á la iglesia el órden dominicano, quizá no se conozca otro mas ilustre que S. Vicente Ferrer, nacido en España el 23 de enero de 1357, y que desde 1374, llevaba ya el hábito dominicano. Destinado como el doctor de las naciones, á anunciar á Jesucristo á los pueblos y á los reyes, á los servidores de la fé, como á los infieles, supo hacer respetar su mision, tanto por la santidad de sus costumbres, como por el brillo de sus milagros. Los reyes y los prelados á porfía, consultaban á este varon apostólico, cuyos ejemplos y discursos daban nueva vida á todos los pueblos que tenian la dicha de recibirle en su seno, y hasta un monarca infiel, asombrado de lo que la fama pregonaba sobre los grandes hechos de Vicente Ferrer, le mandó, á fines del 1408 cartas y dos mensageros, para suplicarle viniese á su presencia, protestándole una libertad completa para predicar libremente en todo su reino la fé de Jesucristo. El editor de las *Actas de los Santos*, ha creido que este príncipe musulman, era Mahomet, por sobrenombre Aben-Balba, que ascendió en 1396 al trono de Granada; pero segun la *Historia de España*, Mahomet murió el 11 de mayo de 1408, y Henschenio confiesa que S. Vicente no salió de Francia para ir á Granada, sino á fines de ese mismo año. Es pues probable que la invitacion procedió de Yusuf, hermano de Mahomet, que salió de la prision para ceñirse la corona de su predecesor (1). Sea de esto lo que quiera, viendo S. Vicente una nueva puerta abierta á la predicacion del evangelio, no bien recibió la carta del príncipe musulman, correspondió á sus intenciones. Con este objeto, se embarcó en Marsella, y desde su llegada á Granada, glorificó allí la cruz de Jesucristo en medio de los fanáticos sectarios de Mahoma, y lo hizo con tanta dignidad y celo, que fué aplaudido del monarca y admirado de sus súbditos. Los milagros de Vicente daban mas eficacia á su palabra. Llegó el caso de que muchos abandonaban el Alcoran por recibir el evangelio; y la multitud que reclamaba el bautismo era tanta, y se aumentaba cada dia, hasta el punto que este movimiento engendró ya aprensiones y sospechas políticas; dos principales musulmanes, obedeciendo sin duda á la influencia de los imanes, intimidaron al soberano con una próxima revolucion, si cuanto antes no hacia

(1) Yusuf reinó desde el año 1408 al 1423, y si acaso S. Vicente Ferrer alcanzó á Mahomed-Aben-Balva, fué en el último año de su vida, pues hasta principios de este mismo año, 1408, segun la cronología que ponen los PP. Bolandistas, estuvo en Leon de Francia, y luego en Aviñon con Benedicto XIII, y á fines de octubre de este año estaba en Aguas Sextas, de forma que no vino á lo menos á España hasta noviembre, que embarcado en Marsella, desembarcó en el reino de Granada. Constando en otra parte, que Mahomed murió en mayo de 1408, como dice Lafuente en su Historia de Granada, t. III, pág. 43, es indudable que S. Vicente no pudo predicar allí durante su reinado, y sí á los principios del de Yusuf, que fué aclamado rey de Granada el 11 de mayo. (N. del Trad.)

salir de Granada al predicador cristiano. Algunos historiadores, dicen, que antes de dejar S. Vicente los estados mahometanos, el taumaturgo español, hizo abrazar el cristianismo á los habitantes de dos pequeños lugares, que pertenecieron despues al reino de Valencia. « Jamás podrán ser verdaderamente espresados y conocidos los prodigios que S. Vicente Ferrer obraba diariamente, dice Mariana: él daba la vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los paralíticos y resucitaba á los muertos. Se veia siempre alrededor de él, una multitud de enfermos que acudian á impetrar del Santo la curacion y remedio á sus diferentes dolencias. Despues de esto ¿quién se ha de admirar del gran fruto que sacó de sus predicaciones? Dedicado á instruir á los pueblos mas ignorantes y groseros, llevaba por todas partes la luz del evangelio, y disipaba las tinieblas de la ignorancia y del error... En solos los reinos de España, convirtió con la virtud de su palabra mas de ocho mil moros, y sobre treinta y cinco mil judíos, que de él recibieron la gracia del bautismo. » Segun la espresion del P. Touron, « los rabinos en esto hacen mas honor á nuestro santo, que los cristianos mismos, porque en vez de que muchos historiadores, por lo general, no cuentan mas que ocho mil moros convertidos, treinta y cinco mil judíos y cien mil malos cristianos reducidos á la fé, los rabinos mismos hacen subir á doscientos mil los de su nacion, que recibieron el bautismo, y esto es, lo que leemos en la *Continuacion de la Historia de los judíos*, tom. III., pág. 305., obra escrita por ellos mismos. Creemos, continúa Touron, que en esto hay mucha exageracion; los rabinos son muy capaces de ello, y nosotros no podemos disimular, que de los judíos que S. Vicente Ferrer atrajo al conocimiento de Jesucristo, no perseveraron todos en la profesion de la verdadera fé; pero la ligereza é hipocresía de algunos no sirvió sino para hacer apreciar mas la fidelidad de los restantes, y la recaida de estos apóstatas en nada disminuye el mérito ni la gloria del santo predicador que habia disipado sus tinieblas (1). » El gran canciller Gerson, escribió desde Constancia el 9 de junio de 1417, á S. Vicente Ferrer: « Lo que la voz pública ha hecho llegar á nuestros oidos sobre vuestras virtudes, y lo que yo por mí particularmente he sabido en mis conversaciones con el R. P. general de vuestra órden, me ha dado tan alta idea de vuestro mérito, que me parece, que segun la significacion misma de vuestro nombre, puede decirse que estais perfectamente representado en aquellas palabras de S. Juan, en su *Apocalipsis*: « Ví aparecerse un caballo blanco; « el que sobre él estaba montado, tenia un « arco, y se le dió una corona; y partió ven« cedor, para continuar venciendo. » Vicente humilde hasta lo sumo, en medio de su elevacion, jamás hablaba de sí mismo, y si alguna vez lo hacia, era diciendo: « Toda mi vida no es mas que un olor de muerto; yo mismo estoy infecto y corrompido en cuanto al cuerpo, y en cuanto al alma. Todo en mí exhala fetidez, causada por la abominacion de mis pecados y de mis injusticias; y lo que es peor, es, que yo mismo siento que esta corrupcion diariamente se acrecienta en mí, y se renueva de la manera mas deplorable. » El que domaba su orgullo hasta el estremo de tener de sí mismo sentimientos tan bajos y humillantes, se elevó por esta humildad al grado de santidad mas eminente. Vicente Ferrer, muerto el 5 de abril de 1419, fué inscrito por Calixto III, en el número de los santos (2).

(1) A las muchas conversiones de los judios en España, contribuyó tambien un notable acontecimiento, que se verificó á principios del siglo XV. Entre los muchos judios convertidos, habia uno llamado, despues del bautismo, Gerónimo de Santa Fé, el cual propuso desilusionar á sus antiguos correligionarios, con pruebas y razones sacadas de sus propios libros. Aceptada semejante propuesta, se reunió en Tortosa un congreso, en 1413, bajo la presidencia del papa Benedicto de Luna. El éxito de semejantes discusiones religiosas, no pudo menos de ser favorable al cristianismo, pues muchos judios se convencieron, y se hicieron muchas abjuraciones, en tan crecido número, que en diferentes ciudades de los dominios de Aragon, se cerraron espontáneamente varias sinagogas. (N. del Trad.)

(2) San Vicente Ferrer murió en Vannes, en el ducado de Bretaña, en 1419, y su primera sepultura fué en el coro de la

El cielo, que derramó tan abundantes bendiciones sobre su apostolado, hizo fructificar igualmente, en 1413, en la Samogicia, el celo de otro dominicano. La Samogicia es un pais, que confina con la Lituania, al este; con el mar Báltico, al oeste; con la Curlandia, al norte, y con la Prusia real, al mediodía. Tiene setenta leguas de longitud, por cincuenta de anchura, y está todo entrecortado de bosques y montañas casi inaccesibles. Los samogetas creian, que los bosques y montañas eran la morada de los dioses, á quienes daban un culto supersticioso, que estendian hasta algunas aves y fieras. Adoraban además, como á divinidades, al fuego y al rayo, y sus sacerdotes conservaban con cuidado un fuego perpétuo, sobre la cumbre de una alta montaña, por bajo de la cual corria el rio llamado en el pais Nyewiaza. Estos sacerdotes tan estúpidos, y quizá mas corrompidos que lo demás del pueblo, estaban persuadidos que la cólera del cielo vendria sobre ellos, si aquel fuego se estinguiese. La misma amenaza aseguraban, si cualquiera tocaba en lo mas mínimo á los bosques que ellos llamaban sagrados. En la época en que la órden teutónica gozaba de toda su preponderancia, es decir, por el 1401, un gran número de samogetas se habian dejado bautizar por los sacerdotes prusianos; pero el cristianismo no se introdujo formalmente en este pais, sino desde el año 1413, por la influencia y celo de Jageilon-Wladislao, rey de Polonia, y el de Withold, gran duque de Lituania. La ceguedad de estos pobres infieles, y el sentimiento por la pérdida de tantas almas, escitaron el celo de estos dos príncipes, y de Nicolás Vezik, dominico polaco, confesor y predicador ordinario del rey. Los tres fueron á la Samogicia, acompañados de otras personas igualmente sabias y piadosas, y á fin de hacer mas dóciles á los idólatras, para recibir la fé que se les venia á anunciar, se comenzó por demostrarles de una manera palpable, lo vano y ridículo de todo lo que hasta entonces habian creido, bajo la sola palabra de sus sacerdotes. Wladislao subió él mismo á la cumbre de la montaña, donde ardia el fuego que se decia perpétuo, y le apagó en el acto, echando mucha agua. Mandó en seguida á sus soldados, que se estendiesen por todos los bosques de las cercanías, y que cortasen árboles de ellos á discrecion, matando de camino cuantos animales les saliesen al paso. Cumplidas con exactitud todas sus órdenes, los samogetas, que temblaban el mas tremendo castigo por semejantes profanaciones, quedaron asombrados, al ver que ningun mal sobrevenia ni al rey ni á sus soldados, y ya desde entonces, pusieron en duda el poder de sus dioses y la sinceridad de sus sacerdotes. Despues de deliberar sobre lo que acababa de pasar, así como sobre la doctrina que se les anunciaba, encargaron á uno de los mas principales entre ellos, para que declarase á Wladislao, que una vez que sus divinidades habian sido tan cobardes, que se habian dejado ven-

catedral, delante de la silla episcopal. En 1456 se hizo una segunda traslacion á otro sepulcro mas magnífico. En tiempo de Enrique IV de Francia, los valencianos, que estaban de guarnicion en Vannes, quisieron llevarse á Valencia el santo cuerpo; pero se frustró la idea, por el aviso de un ciudadano. Para evitar cualquiera sustraccion, se ocultaron las reliquias en la sacristía de la iglesia, en lo mas hondo de un armario, temiendo tambien la profanacion de los hereges; pero dejando la urna del coro como estaba. Pero habiéndose fundado convento de dominicanos en Vannes, en 1600, y queriendo trasladar los canónigos las reliquias á una capilla nueva que se habia hecho en la catedral, perdida la memoria del escondite de la sacristía, no parecian las reliquias, hasta que al fin se encontraron, y se hizo la tercera traslacion, el 6 de setiembre de 1637, encerrándolas en una arca de plata, donde existen actualmente en la citada capilla. Valencia posee el dedo índice, una canilla, y un hueso de la garganta del santo, que se dieron á los dominicos de aquella ciudad por el obispo de Vannes el 1532. Posee además el convento de predicadores de Valencia, un alba, un báculo, y un pedazo de cilicio del santo, y conserva con gran veneracion, trasformada en capilla, la celda que habitó el santo en dicha casa. Otras muchas reliquias están repartidas por otras partes.

La canonizacion de S. Vicente Ferrer se hizo en Roma, el 3 de junio de 1455, por Calixto III, en la iglesia del Vaticano, con toda solemnidad; pero le sobrevino la muerte á este papa sin espedir el correspondiente breve; Pio II, su sucesor, le espidió, confirmando lo hecho por su antecesor, en octubre de 1458.

Entre las glorias de S. Vicente Ferrer, no debemos dejar pasar desapercibida, la gran parte que tuvo en el célebre compromiso de Caspe, cuando se trató allí de la eleccion de rey de Aragon, entre los varios competidores que se presentaron para optar á la corona. S. Vicente Ferrer, fué uno de los comisionados por Valencia, y hablando el primero, votó por D. Fernando de Antequera, el cual resultó despues elegido, el 24 de junio de 1412. San Vicente predicó el sermon en la funcion, que cuatro dias despues se celebró con este motivo. (N. del Trad.)

cer por los polacos, habian resuelto abandonar su culto y adherirse al del vencedor. Aprovechando estas buenas disposiciones, se les fueron enseñando las verdades de la religion cristiana. Mucho mejor instruido el rey Wladislao, sobre la lengua y costumbres del pais, que los mismos misioneros que le seguian, quiso ser él mismo el primer predicador de la fé entre estos bárbaros. Nicolás Vezik, ayudado de algunos otros dominicanos, continuó, durante muchos años, la obra que el príncipe habia comenzado. Fué tan grande el número de los que renunciaron la idolatría para abrazar el cristianismo, que hubo necesidad de establecer muchas parroquias, y una iglesia catedral en Midnik, antes Warmia. Los sacerdotes de los ídolos hicieron los últimos esfuerzos para entorpecer á los misioneros en su predicacion; pero Dios se sirvió del ministerio de estos para cambiar la idea de los perseguidores y convertir á los mas obstinados. Desde el 1422, bajo el pontificado de Martino V, Nicolás Vezik se vió rodeado de multitud de fieles, á quienes ya habia regenerado con las aguas del bautismo.

Los samogetas por largo tiempo han vivido como los tártaros, errantes en los bosques con sus familias y ganados. Segismundo Augusto, rey de Polonia, último de la raza de los Jaquellones, que se estinguió en el siglo XIV, no sin gran trabajo, pudo persuadirles á que dejando su vida nómada, viviesen en sociedad, construyendo casas, las cuales se redujeron á una especie de chozas, hechas con cañas, tierra y paja, el fuego en el centro, y una abertura arriba, para dar salida al humo. El asesinato, el hurto, y otras malas costumbres, son muy raras en este pueblo, despues que llegó á ser cristiano, y Brucen de la Martiniere, nos habla de una costumbre singular entre ellos. «Las hijas jóvenes, dice, se crian para el gobierno de la casa, y cuando salen por la noche, lo hacen siempre con una tea encendida en la mano, y dos campanillas sujetas á la cintura, á fin de que el padre pueda saber donde estan, y lo que hacen.» Los samogetas, tanto varones como hembras, no se casan por lo comun, sinó despues de los treinta años.

La ardiente actividad de los franciscanos, no puede hacernos olvidar el celo y abnegacion de los dominicos en este mismo tiempo. Ya dejamos atrás dicho las contradicciones y obstáculos, que un cierto Juan, cura de Limburgo, y sus cómplices, suscitaron á fines del siglo XIV, á los apóstoles de la fé que sostenia la sociedad llamada de los Peregrinos de Jesucristo, compuesta por Inocencio IV, de dominicanos y franciscanos, con objeto de evangelizar á los idólatras y cismáticos, y la misma, que bajo los siguientes pontificados, vió acrecentarse á la vez el número de sus miembros, y el de sus privilegios. Bonifacio IX, en 1399, sabedor de las contradicciones que los misioneros sufrian, les exhortó á que no desalentasen su constancia, y para mas estimularles, á los privilegios anteriores, añadió otros nuevos, para facilitar mas el ejercicio de su ministerio apostólico. Estos privilegios están especificados en dos diplomas, dirigidos, el primero, al ministro general, y á los franciscanos de Rusia, y el segundo, al ministro provincial, y franciscanos de Hungría, que eran los que mas entorpecimiento encontraban de parte de los Ordinarios con gran perjuicio de la conversion de los comanos, de los tártaros, patarinos y otras pueblos idólatras ó cismáticos, que en su vida nómada, recorrian el vasto territorio de este reino. Habiendo revocado el mismo papa el 1403, algunos privilegios de los regulares, surgió de esto una oposicion mas contra los franciscanos de Rusia, tanto que Bonifacio VIII, tuvo que declarar terminantemente, que la revocacion á que se aludia, en nada se referia á los privilegios especiales de la sociedad de los Peregrinos de Jesucristo. Uno de estos franciscanos, el principal, y mas ocupado en la conversion de los rusos, los lituanios, y los tártaros, era el polaco Juan, por sobre-nombre el Pequeño. Viendo este que la epidemia habia disminuido considerablemente el número de los misioneros

pasó en 1410 á Italia, para solicitar del soberano pontífice, ausiliares y nuevos poderes, en el interés de la propagacion de la fé. Es verdaderamente raro, que para esta demanda se dirigiese Juan á Gregorio XII, depuesto á la sazon del papado, y que vivia en Gaeta, bajo la única proteccion del rey de Nápoles; y no á Alejandro V, que habia fijado su residencia en Bolonia. Como la solicitud ó peticion de Juan, implicaba el reconocimiento de los derechos del papado de que carecia Gregorio XII, ya depuesto, este último, sin embargo, le despachó favorablemente, y el franciscano tornó á Rusia.

Los otros dos franciscanos Juan Armandi y Petruccio de Perusa, despues de haber recorrido la Tierra santa, y las islas de Rodas y Chipre, la Rusia, la Bosni, y otros paises, examinando los mejores medios de propagar en ellos la fé, vinieron á esponer por resultado general á Juan XXII, el resultado que habian tenido sus largas y trabajosas investigaciones. El papa alabó su celo, y les permitió en 1413, regresar á Oriente, acompañados de los hermanos Pablo de Hungría, Francisco de Alejandría, y otros seis religiosos á su eleccion. Les dió todos los poderes ordinarios de los misioneros apostólicos; les autorizó á fundar conventos y noviciados, donde los creyesen mas á propósito, y aun, el que se hiciesen acompañar de religiosos de otras órdenes, con tal que estos tuviesen para ello el permiso de sus respectivos superiores.

El año 1420, sus rivales, los observantes se esforzaron á ver si podian despojar á la Órden seráfica de la guarda y posesion de los santuarios de la Palestina. Con este motivo, se siguió un largo proceso en el tribunal pontificio, y Martino V nombró comisarios de investigacion al patriarca de Grado, y á los arzobispos de Nicosia, en Chipre, y de Colocz, en Hungría, para que juntos y separados, procediesen, con espresa órden, de que, si de los informes tomados resultaba una posesion pacífica de los santos Lugares, por espacio de cincuenta años, á favor de los Menores claustrales de S. Francisco, que se la confirmase en virtud de autoridad apostólica. Los hermanos Andrés de Hungría, y Juan de Vizcaya, llevaron el resultado de esta comision á Mántua, y el patriarca, despues de haber reconocido por medio de una informacion jurídica, que los franciscanos poseian los santuarios de Tierra santa sin contradiccion alguna por mas de sesenta años atrás, decidió en su favor. La sentencia fué publicada el 7 de enero de 1421, en la catedral de S. Pedro, en presencia de Juan Francisco Gonzaga, príncipe de Mántua, de Juan, su hijo, del obispo de la ciudad, y de otros grandes personages. El papa confirmó luego esta sentencia, y ordenó á los arzobispos de Candía, de Nicosia, y Colocz para que mantuviesen á los franciscanos claustrales en la posesion de la iglesia y del convento de San Salvador, en Beyruht y sus dependencias; les permitió celebrar la misa en todos estos lugares, dos horas antes de salir el sol, y les concedió otros privilegios respecto á las absoluciones, tanto de religiosos, como de seglares. Como á la sazon se celebraba en Forli el capítulo general de la órden de S. Francisco, Martino V, al cual se habian dado quejas sobre el modo con que los conventuales franciscanos gobernaban la mision de Palestina, mostró su deseo á los vocales, de que un religioso de la nueva observancia fuese nombrado guardian de Monte-Sion. Sin embargo, el Capítulo nombró para ese cargo á un conventual. El papa le obligó á renunciar de su espresa órden, y nombró directamente para aquel cargo al hermano Jacobo Delfin, de Venecia, que pertenecia á la observancia.

Los frutos que la sociedad de Peregrinos de Jesucristo constantemente producia en Rusia, en Valaquia, y en Podolia, debieron hacer que se respetasen los privilegios que la inteligente liberalidad de los pontífices la habian concedido, para asegurar á sus miembros la mayor libertad de accion; sin embargo, el obispo de la iglesia de Moldavia, se opuso á algunas de sus medidas, por lo cual, y en

virtud de queja del vicario franciscano, Marco de Esclavonia, Martino V, nombró en 1421, al arzobispo de Guesne, juez árbitro de esta diferencia.

El poder de los genoveses, que poseian varias plazas fuertes, en muchos puntos de Oriente, tales como Famagosta, en Chipre; la isla de Chio, en el mar Egeo; Pera, en el Bósforo de Tracia; Amastui, en el Ponto; Cembali, Soldaya, Caffa, en la Tartaria menor; Tana, sobre el Tanais (el Don), que separa la Europa de Asia, y la influencia de esta nacion de mercaderes, representada por cónsules en cuantos puntos se conocia un comercio medianamente activo, secundaban útilmente el celo de los apóstoles de la fé. Martino V, á fin de reconocer la abnegacion y evangélicas tareas de los misioneros, cuyo apostolado facilitaban los genoveses, para animarlos á seguir su noble empresa, les confirmó todos los privilegios que sus predecesores habian otorgado á los franciscanos. Su breve, fechado en 1525, se dirige á los guardianes y á los religiosos de las residencias del órden de los Menores, establecidos en Siria, en Egipto, y demás paises de ultramar.

En el mes de agosto de 1426, se apoderó de Chipre el sultan de Egipto, llevándose cautivo á su rey, con otros veinte mil prisioneros. A su regreso, apresó un navío veneciano que volvia de Jerusalen, y en el cual iban muchos peregrinos, y veinte y cinco franciscanos. El sultan mandó matar sobre la marcha á todos los varones, reservándose las mugeres y los religiosos, con el fin de ver si podia obligarles á abjurar su fé. No perdonó medio, promesa, ni amenaza para vencer su constancia, y viendo inútiles todos sus esfuerzos, hizo quitar la vida á todos estos generosos confesores en una isla vecina, quemando luego sus cuerpos, y arrojando sus cenizas al mar.

Ya hacia muchos años que el general de la Observancia, Angel Salvet, habia nombrado al docto y piadoso observante Francisco Spinola, para el cargo de evangelizar, con algunos otros compañeros, las islas de Chio, Pera, Caffa, y los montes Caspios. Sabiendo posteriormente Antonio de Massa, otro ministro general, el fruto que Francisco conseguia en esos paises, le autorizó, en calidad de vicario, sobre todos los observantes del Oriente, del Norte, y de la Rusia. Spinola habia ya adquirido dos conventos en Constantinopla, y en Pera. Martino IV, no solo confirmó ambos establecimientos, en 1427, sino que permitió al misionero fundar aun otros dos en cada uno de los tres vicariatos, á donde alcanzaba su jurisdiccion. Wadingo, dice, de los franciscanos observantes, establecidos en Caffa, cerca de la puerta Cajador, que celebraban el oficio divino, con una devocion tal, que edificaba igualmente á los cristianos, que á los tártaros; que se ocupaban con la mayor solicitud en catequizar á los niños, recogiendo y educando á los que se veian espuestos y abandonados, y por último, que el papa escitó la caridad de los fieles, á fin de procurarles los medios de continuar tan santos ejercicios.

Las frecuentes irrupciones de los turcos alejaban á los pastores de sus ovejas, por lo cual, los franciscanos, Juan Coretye, dálmata, y Blas, esclavos, celosos apóstoles de la fé, en Hungría, se condolieron de la falta de socorros espirituales, que aquejaba á tantos católicos desamparados. Eugenio IV, en 1431, les autorizó á erigir conventos de su órden en las montañas de Hungría, y en algunos otros lugares de Dalmacia, Bosnia y Esclavonia, desde donde podrian administrarse los consuelos de la religion y sus sacramentos á los pueblos abandonados. Los turcos habian quemado hasta diez y seis conventos de franciscanos en Bosnia, y el papa, á fin de recompensar á estos religiosos de la pérdida que habian tenido, les permitió erigir otros siete.

Eugenio IV, uno de los mas grandes pontífices que Dios ha dado á la Iglesia, tuvo la gloria de hacer entrar en la unidad á muchas naciones, cuya sumision, aunque momentánea, fué un solemne homenage tributado á la verdad católica, y á la primacia de jurisdiccion





del vicario de Jesucristo. Los franciscanos fueron los instrumentos de que se sirvió para atraer á los disidentes á esta reunion, para lo cual, en 1435, los hermanos Alberto de Sarzano, y Bartolomé de Llano, ambos observantes, recibieron la mision de conducir á los cismáticos á la unidad, y á los infieles á la fé. Con efecto, los misioneros pudieron al fin determinar á los prelados griegos á concurrir al concilio general de Florencia, en el que la reunion de ambas iglesias oriental y occidental, aunque efímera y breve por desgracia, fué publicada el 6 de julio de 1439.

Dos años antes de esto, Jacobo Primadice, de Bolonia, que era tambien de la Observancia, fué encargado de otra mision, no solamente para Caffa y Pera, sino como se espresa Eugenio IV, en su ardiente deseo de salvar á todos los hombres, para todas las demás naciones que aun no habian abrazado el catolicismo. Jacobo, investido por el papa, con los poderes de vicario del ministro general de la órden para todos estos paises, salió el 10 de julio de 1437, de Bolonia, para trasladarse á Caffa. De allí, acompañado de otros hermanos, se fué á Armenia, consiguiendo que de este reino acudiesen á Florencia sus diputados católicos, quedando terminada la union de la iglesia armenia, con la latina, el 22 de noviembre de 1439.

En el intervalo de estas dos uniones, lleno de confianza en la divina misericordia, Eugenio IV quiso apresurar la vuelta á la unidad, á otros disidentes del Oriente. Desde el 31 de agosto de 1439, encargó otra nueva mision á Alberto de Sarzana, y á otros dos observantes dejándoles libertad de crearse otros adjuntos de su propio instituto. Constituido Alberto como comisario general para Jerusalen, la India, y la Etiopía, y provisto de cartas y recomendaciones para los obispos jacobitas, así como para los negus de Abisinia, y otros príncipes indios, se embarcó en Venecia, y al llegar á Jerusalen, se ocupó de la reunion de los griegos; remitió las cartas del papa á los jacobitas de Siria, y conferenció con Nicodemus, superior del convento que los abisinios poseian desde mucho tiempo en la ciudad santa. Este convento, (sea dicho de paso) recibió muchos dones y acrecentamiento de Zara Jacob, que al subir al trono de Abisinia, el 1434, habia tomado el nombre de Constantino, y al cual los abisinios reputan como otro Salomon, es decir, como el mejor modelo que puede imitar un soberano. El buen recibimiento que los jacobitas de Siria hicieron á Fr. Alberto, alentó á este á pasar á Egipto. En el camino, él y sus compañeros, al pasar el desierto, se encontraron sin ausilio alguno, y próximos á morir todos de hambre y sed En este conflicto, Alberto, recostado en un árbol, y próximo á exhalar el último suspiro, «Señor, esclamó á Dios, vos prometisteis á vuestro servidor Francisco, que jamás dejariais de proveer á las necesidades de sus hijos. Hénos pues aquí, mi Dios, sumidos en la estremidad de perecer de hambre, sin poder ejecutar las órdenes de vuestro vicario sobre la tierra, dictadas para la salvacion de las almas que vos redimisteis, y que se pierden. Señor, tened compasion de nosotros.» No bien habia acabado de pronunciar estas últimas frases, cuando de repente vió delante de sí á un jóven de estremada belleza, que dirigiéndole la palabra en italiano, le presentó alimento, diciéndole, mientras reparaba sus fuerzas: «Jamás os debe faltar la confianza en la misericordia, y en la providencia divina. Yo he sido el que prometí á mi servidor Francisco socorro, en cualquier tiempo oportuno; hasta el presente, á ningun justo de vuestra órden habeis visto abandonado, ni á religioso alguno muerto de hambre.» En aquel instante, el jóven desapareció. (Pl. XXXVIII. n.º 1). Alberto prosiguió su camino hasta el Cairo, y pidió al sultan de Egipto un salvo conducto para pasar á Abisinia y á la India; mas este príncipe, receloso de que se pensase en organizar una liga contra él, se limitó á recibir al legado con honor y distincion. En esta ciudad, habiendo querido Alberto establecer en presencia de los imanes, la verdad de la fé cris-

tiana, y demostrar los errores del islamismo, el sultan le condenó á muerte, bajo pretesto de que habia ultrajado al profeta Mahoma. Los cristianos del Cairo y los mamelucos que preveian las malas consecuencias que tendria para ellos el suplicio del legado, hicieron á fuerza de súplicas revocar esta sentencia: Alberto fué sustraido á la muerte mediante un rescate; el sultan le trató ya con mas benevolencia, y permitió á los religiosos que recorriesen el Egipto y la Siria, pero no el pasar á la Abisinia ni á la India. Estos sin embargo, no se atuvieron á la prohibicion del príncipe infiel, prefiriendo el obedecer á su superior legítimo, á faltar al objeto principal de su viage.

Estando en esto, Alberto cayó gravemente enfermo, y viéndose así por tiempo indeterminado retenido, dió á sus compañeros completa libertad para proseguir su mision, tal cual estaba acordada, encargando particularmente á Tomás de Scarlino, y á otros tres, que llevasen las cartas de Eugenio IV á Abisinia y á la India, ocultándose lo posible, por caminos estraviados, á la vigilancia musulmana. No bien habian comenzado su viaje. fueron hechos prisioneros ambos religiosos, y atestados de golpes; se les empleó en el oficio de remeros, donde padecieron los mas crueles sufrimientos, hasta que por dos veces fueron rescatados por mercaderes cristianos. Otra vez fueron cogidos en las mismas fronteras de Abisinia, y ya entonces, se les quiso obligar á abandonar el cristianismo, prometiéndoles placeres, honores y riquezas, si lo hacian. A semejantes promesas, con valor y constancia rechazadas, se siguieron los mas duros tratamientos. Fueron apeleados, y encerrados luego en una antigua cisterna, donde pasaron veinte dias seguidos sin comer ni beber. Dos de estos eran sacerdotes, y habiendo sucumbido uno de ellos á los sufrimientos, se dejó por algun tiempo su cadáver corrompido en medio de los vivos, para aumentar con su fetidez el horror de su posicion. Por último, confundidos los verdugos al ver su perseverancia, los sacaron de la cisterna para trasladarlos á la cárcel pública de la ciudad. Permitieron á Tomás, que durante el dia, pordiosease por las calles lo preciso para alimentarse, así como á sus compañeros, volviendo por la noche á la prision. El bienaventurado se sometió de buen grado á las burlas, las violencias, los ultrages, y hasta golpes que recibia de las personas á quienes se acercaba á pedir. Un dia fué peor tratado de lo ordinario habiéndole arrojado por el lodo, apaleado y mal herido. Vuelto en esta forma en compañía de sus hermanos, lleno el corazon de una alegria superabundante y maravillosa: «Hoy sí que vengo rico, les dijo, Dios me ha hecho encontrar un tesoro y he ganado mucho para vosotros. Los enemigos de nuestra fé me han tratado con estremada barbarie, y yo les he vencido con la paciencia digna de un cristiano. He aquí las señales de mi victoria; las llevo sobre mi cuerpo estropeado. Demos gracias á Dios por este favor y roguémosle que cure mis heridas si lo cree conveniente para su gloria.» Al verle y al oirle estas palabras, asombrados los dos confesores de la constancia de Tomás se pusieron en oracion y obtuvieron del Señor una curacion tan perfecta de todas sus lesiones, que ni las cicatrices siquiera se conocieron. Esta gracia de Jesucristo alentó mas á su valeroso soldado, y como ya ardia en deseos del martirio, se acercaba á las mezquitas; anunciaba al Salvador á los musulmanes, que entraban en ellas, desafiando por cuantos medios podia á la muerte por la fé. Despreciado unas veces como un loco, herido, abofeteado y azotado otras, llegó á saber en fin, al cabo de un año de sufrimientos, por un renegado de Europa, que acababa de ser definitivamente condenado con sus compañeros á serles cortadas las cabezas. Al momento corrió á participar tan buena noticia á los dos religiosos, que la recibieron con los mayores transportes de alegria; se exhortaron mútuamente al martirio, y dando gracias á Dios que les permitia conseguir semejante victoria, sobre sus enemigos, se prepararon al último

combate. Pero el Señor lo dispuso de otra manera. El bienaventurado Alberto, que por un camino diferente habia hecho penetrar otros religiosos en Abisinia, informado por ellos de su crítica posicion, é instruido tambien por él, Eugenio IV, del peligro que corria su existencia, habian mandado un rescate que felizmente fué recibido antes de ser ejecutada la sentencia de muerte. Tomás Scarlino regresó á Italia con dos compañeros; ya hemos dicho que el cuarto habia muerto de hambre en la cisterna. Los tres religiosos, milagrosamente salvados, se arrojaron á los piés del papa, que los recibió con suma bondad, y colmó de gracias espirituales. Tomás se retiró al convento de Montplan, en el Abruzzo, y escogió para su residencia la capilla llamada de las Llagas de S. Francisco, que él mismo en otro tiempo habia edificado. Llevó allí una vida angélica; pero el contínuo recuerdo de su estancia en medio de los infieles, sin haber conseguido la corona del martirio, le causaba una especie de vergüenza y turbacion contínua. Sin poder resistir mas, resolvió volver á estar entre los musulmanes. Dios se contentó con su deseo y Tomás le entregó su alma el 31 de octubre de 1447, en el convento de franciscanos de Rieti.

Pero ya es tiempo que volvamos atrás á decir los resultados de la mision de Alberto de Sarzana á quien dejamos enfermo. Recobrada la salud, trabajó activamente en oriente en la reconciliacion de los cismáticos. Sin entrar en los detalles de su larga peregrinacion, añadirémos solo, que á su vuelta fué testigo en una ciudad ocupada por los turcos, del martirio de dos cristianos, suspendidos ambos de una percha por cima de un brasero; su carne atacada por la viveza del fuego se iba tostando poco á poco y su grasa derretida caia á chorro sobre los carbones ardientes. Al divisar los mártires á Alberto y sus compañeros que la providencia parecia enviarles para ayudarles á soportar aquel cruel suplicio, les dijeron con voz firme y segura: « No os admireis ni os aflijais por la dura prueba á que estamos sometidos por la fé de Jesucristo, pues apenas sentimos mas dolor que el de los nervios que se contraen con la violencia del fuego. » De esta manera alentaban estos héroes á los que querian consolarles (Pl. XXXVIII, n.° 2). Las entrañas mismas de los religiosos se conmovieron con este espectáculo, y lágrimas de compasion y de alegría al propio tiempo, corrieron de los ojos de los franciscanos, quienes hasta el postrer momento, exhortaron á los generosos atletas á la perseverancia, y despues de terminado con la muerte este glorioso combate, dieron sepultura á los venerables restos que aun no habian sido consumidos por el fuego. Los turcos no pusieron obstáculo alguno á la marcha de Alberto.

Careciendo el patriarca Copto de los medios necesarios para presentarse con la dignidad que á su rango convenia, en el concilio de Florencia, mandó en su lugar á Andrés, abad del monasterio de S. Antonio. En sus cartas, el dicho patriarca se denominaba: « Juan, indigno servidor de los servidores de Jesucristo, obispo de la sede de S. Márcos, de la grande Alejandría, y de todo el Egipto; de la Lybia, de la Etiopía, del África occidental, y generalmente de toda la mision del santo Evangelista; despues de haber pedido al Señor el perdon de mis pecados, me prosterno en tierra ante vos, sapientísimo y santísimo padre y señor Eugenio, papa de la grande Roma, sacerdote y pastor por escelencia, guia segura del camino del cielo, para cuantos peregrinan sobre la tierra en las sombras de este siglo; gefe apostólico de todas las iglesias cristianas; príncipe único, y venerable entre todos los príncipes establecidos en las otras sillas: sea para siempre confirmada por el Eterno la estabilidad de vuestro trono, y por vuestras luces, semejantes á la estrella que apareció á los magos, dirigido y gobernado vuestro inmenso rebaño, siguiendo á vuestra voz cuantos la escuchan, etc. » El decreto de reunion de los jacobitas, fué firmado por Eugenio IV. el 5 de febrero de 1441.

Andrés no representaba solamente al patriarca Copto; era al propio tiempo, junto con el diacono Pedro, embajador de Zara Jacob, Negus de Abisinia. Bruce ha dicho: « En la historia de Zara Jacob es donde vemos por la primera vez una disputa religiosa entre los abisinios y los francos ó frangi... El abad Jorge disputó, segun se dice, delante del rey sobre un punto de religion, y confundió á su antagonista. El nombre de este no se cita, pero se cree que era un pintor veneciano, llamado Francisco de Branca-Leon, que vivió largo tiempo en Abisinia, y murió allí. » Concordando los hechos, debemos deducir que el antagonista del abad Jorje, en lugar de ser confundido por él, triunfó en la conferencia habida en presencia del Negus; puesto que este príncipe acreditó por medio de un representante en el concilio de Florencia su catolicidad, y en este antagonista, cuyo nombre no se cita, debemos creer que fué uno de los franciscanos que Alberto de Sarzano, mandó á Abisinia durante la cautividad de Tomás de Scarlino. No sabiendo Nicomedes, superior del convento de los abisinios de Jerusalen, el convenio que se habia realizado entre el legado y el Negus, mandó tambien por su parte representantes al concilio, á quienes se dió audiencia el 2 de setiembre de 1441. Es indudable que Zara Jacob aceptó con gusto la union concluida en este concilio, pues consta que el franciscano Serafin, de Sicilia, enviado por el guardian de Monte-Sion al papa para informarle del estado de los negocios de Oriente, entregó al pontífice una carta en la que este hecho está positivamente enunciado. El dicho guardian hablaba tambien en ella, de una embajada muy solemne que el Negus acababa de dirigir al sultan de Egipto, para obligarle á que reparase las iglesias cristianas destruidas, y para que tratase mejor á los fieles que vivian bajo su imperio. El modo con que este embajador ejecutó las órdenes de su señor, es bastante estraordinario para que omitamos su relato. Le hizo presente á este enviado, que debia saludar al sultan antes de amanecer, pues tal era la costumbre, mas aquel se negó á hacerlo hasta despues de salir el sol. Él mismo se hizo llevar una silla para sentarse cerca del trono, y presentando al sultan un caballito pequeño de oro, una espada, una lanza, un casco, una coraza, un escudo, un arco, carcax y flechas del mismo metal, le dijo con firmeza en nombre del Negus su amo: « He sabido que has hecho demoler las iglesias de los cristianos y hecho mal á estos hombres inocentes. Tu profeta enseña á hacer mal por mal: segun esta doctrina, yo podria con justicia hacértelo igual; pero como Jesucristo enseña por el contrario, que paguemos con bien el mal, te advierto, é intimo por este presente misterioso, que trates con mas humanidad á los cristianos de tu imperio, y permitas que reedifiquen sus templos, prometiéndote en cambio que haré lo propio con las mezquitas y musulmanes que se encuentren en mis estados, si rehusas hacerlo, todos estos juguetes de oro se convertirán en hierro contra tí. Pondré sobre las armas un ejército terrible, al que serás incapaz de resistir, pues el menor de mis almirantes, aunque inferior á los príncipes que están bajo mis órdenes, te supera en poder y resistencia; anegaré en su propia sangre á todos los musulmanes de mi imperio, que no son pocos; destruiré todas las mezquitas; arrasaré la Meca, y hasta haré variar de curso el Nilo para privarte de sus aguas, y tu y tus súbditos perecereis por el hambre y por el hierro. Si he dilatado esa venganza, ha sido por consideracion á los cristianos que habitan en tus dominios. En suma, elige entre los dos partidos. » Tan eficáz fué la arenga del embajador, que el sultan de Egipto le concedió cuanto pedia. Al entrar este enviado en Jerusalen, los abisinios, que poseian una capilla en la iglesia del Santo Sepulcro, salieron con gran pompa á recibirle, y los demás cristianos le tributaron muchos obsequios y honores. Las puertas de la basílica quedaron abiertas para todos, el tiempo que él quiso, sin pagar el tributo ordinario, y los oficiales del sultan

le pagaron todo su gasto, durante su estancia en Jerusalen.

Ocupado siempre Eugenio IV, en hacer entrar en el redil de la Iglesia, á las ovejas que el cisma habia descarriado, nombró, en 16 de diciembre, de 1440, á Fr. Antonio de Troya, en calidad de comisario apostólico, «cerca de los tártaros, asirios, persas, etíopes, maronitas, drusos, nestorianos, y sirios.» Despues que este legado, concluyó con los maronitas y los drusos las condiciones de su vuelta á la unidad, se fué á noticiarlo al papa, quien le hizo repetir su viage á Oriente, en 1442, á fin de consumar la reunion convenida. Eugenio, continuaba el concilio de Florencia, en Roma, en el palacio de Letran, cuando Fr. Antonio condujo á sus piés á Abdala, arzobispo de Edessa. Este prelado, en nombre y representacion del patriarca Ignacio, así como de los sirios eutiquianos, aceptó, el 30 de setiembre, de 1444, una confesion de fé, por la cual reconocia, que en Jesucristo existian dos naturalezas sin confusion, y dos voluntades sin oposicion, y que el Espíritu Santo, procedia del Padre y del Hijo, como de un solo principio. Elias, obispo de los maronitas, partícipes tambien de los mismos errores de Eutiques, no hizo hasta el año siguiente, una profesion de fé católica, por boca de Isaac, su representante en el concilio. Timoteo de Tarsis, arzobispo de los caldeos nestorianos, se volvió al mismo tiempo á la sana doctrina con todo su pueblo.

El uso que hemos hecho de las dos denominaciones de *sirios eutiquianos*, y de *caldeos nestorianos*, nos obliga á dar una esplicacion, tomada de Coupcrie, obispo de Babilonia. Despues de haber dicho este, lo funestos que fueron á la religion de los orientales, los siglos v y vi, á causa de las heregías de Eutiques y Nestorio, que en ellos se desarrollaron, proclamando aquella, que habia dos personas; esta, que no habia mas que una naturaleza en Jesucristo; el prelado, despues añade: «Los cristianos entonces, naturalmente, se dividieron en tres clases ó ramas. La primera, que fué la menos numerosa, se llamó de los ortodoxos, es decir, de los que permanecieron fieles á la doctrina antigua y apostólica. La segunda, se llamó de los nestorianos, porque siguió los errores del heresiarca Nestorio, condenado en el concilio de Efeso; y la tercera, se apellidó de los eutiquianos, porque adoptó los errores de Eutiques, condenado en el concilio general de Calcedonia. En este tiempo, fué cuando comenzaron las denominaciones de *caldeos nestorianos*, y de *sirios eutiquianos*, conocidos mejor estos últimos, por el nombre de jacobitas. ¿Y por qué fueron llamados, los unos caldeos, y los otros sirios, siendo así, que en las dos sectas se mezclaron individuos de todas las provincias del Oriente? Creo que esta distincion proviene quizá, de que el gefe de los nestorianos residia por lo regular en la Caldea, es decir, en Seleucia y en Ctsiphon; mientras que el superior de los eutiquianos permaneció casi siempre en la Siria, principiando por Severo, el primero de sus patriarcas, que se apoderó de la sede de Antioquía, en los primeros años del siglo vi, contra todos los cánones de la Iglesia. Esta denominacion característica, se ha conservado hasta nuestros dias, en términos, que todo cristiano oriental, sea persa ó árabe, si hace profesion del nestorianismo, es un caldeo nestoriano; si por el contrario, es eutiquiano ó monosophista, es un sirio jacobita, y si tanto unos como otros llegan á convertirse á la religion católica, entonces se les denominan simplemente caldeos, ó bien sirios, en oposicion á los herejes nestorianos ó jacobitas.»

En el momento en que el hermano Antonio de Troya, retornaba á la Siria, en 1442, Fr. Jacobo Primadice, que acababa de realizar la reunion de los armenios, y á quien, como ya queda dicho, Eugenio IV, confió la gran mision para tan diferentes pueblos, recibió de nuevo el propio encargo. Por último, el buen éxito que habian tenido los franciscanos enviados al Africa, y al Asia occidental, para reunir á los disidentes al centro de la fé, determinó al pontífice romano á encargar en

Europa, á Jacobo Bachia, vicario franciscano de la Bosnia, y á otros religiosos de la Observancia, el apartar de los caminos del error á los cristianos, á quienes las incursiones de los musulmanes en Bulgaria, Valaquia y Esclavonia, habian hecho apostatar, ó al menos, debilitarse en la fé. De esta manera tan universal trabaja Eugenio IV, en restablecer en toda su integridad, la túnica inconsutil de Jesucristo, dividida por el solo orgullo de algunos hombres rebeldes á la autoridad santa de la Iglesia.

No pudiendo sufrir el Espíritu de las tinieblas que por todos lados se le arrancasen por los misioneros tantas almas, que él miraba como sujetas á su imperio, reanimó el fanatismo de los turcos, y de los mamelucos de Egipto, poderosas palancas, con cuyo ausilio contaba el islamismo aniquilar la gran familia católica. Eugenio IV, por su parte, sin dejar de la mano el proyecto que ninguno de sus predecesores habia abandonado, quiso hacer revivir la idea de la guerra santa en el mismo imperio musulman. Al efecto, instituyó á los franciscanos Luis de Siena, y Bartolomé de Yano, vicarios del ministro general, en todas las provincias de Oriente; nombró á Pedro de Ferrara, que residia en el convento de S. Salvador de Beyrut, comisario apostólico, cerca de los maronitas, los drusos, y los sirios; mandó á Gandulfo de Sicilia, guardian de Monte-Sion, á Abisinia y á Egipto, y si bien estos legados, que el papa dirigió á los pueblos cristianos de Oriente, no pudieron, como el deseaba, organizar la cruzada, consiguieron al menos, con su presencia y discursos, reanimar la fé en estas naciones, y en un punto de Africa, bien lejano por cierto del Cairo, los cristianos de marruecos no tardaron en recibir al franciscano Alfonso Pernas por su obispo (1).

Por este mismo tiempo, el portugués, Amadeo Gomez, primero, Geronimiano, despues, minorita, quiso evangelizar á los infieles de Granada y Berberia. Ya hacia diez años que edificaba con su buen ejemplo á los hermitaños del célebre monasterio de Guadalupe, en España, cuando sus superiores le permitieron el ir á ganar la gloriosa carrera del martirio. Creyéndole un espia los musulmanes de Granada, le condenaron á ser azotado, y luego muerto, pero viendo los verdugos, al desnudarle, el estado de su cuerpo, todo llagado con las puntas de un silicio que llevaba siempre consigo, y ceñida además una cadena de hierro, fué tal la compasion que por él sintieron, que á peticion de ellos mismos, fué puesto en libertad despues de una ligera flagelacion. Esta prueba, en vez de contenerle, le animó mas, y esperando hallar en Africa el martirio que no habia podido obtener en España, se embarcó con un buen tiempo. Pero Dios, que le reservaba otro destino, suscitó una tempestad improvisa, que le impidió arribar donde queria. Volvió á su monasterio, y entró despues en el órden de los franciscanos.

Por los privilegios que Nicolás V, concedió á los misioneros, se vé que la solicitud de este papa, por la propagacion de la fé, fué igual ó mayor que la de su predecesor. Sabedor de que los franciscanos, que evangelizaban en Hungría, cerca del mar Negro, y en Tartaria, á los idólatras, acababan de hacerse con varias residencias, las que como puntos de partida, les servian para estenderse entre los infieles, y para desarrollar, por medio de la instruccion, los progresos de la fé, entre los nuevos convertidos, Nicolás V, por su bula de 4 de febrero de 1447, confirmó todos los privilegios que los apóstoles franciscanos habian recibido de diferentes papas, sus antecesores. Esta bula es notable, porque en ella les

(1) Antes de este obispo de Marruecos, estuvo allí como vicario general de la mision, el P. Fr. Martin de Cárdenas, franciscano, que fue despues promovido á obispo de Marruecos, por Martino V, el 1419. Despues fuéronse sucediendo otros prelados, y entre ellos el franciscano Alonso Pernas; pero ya estos no residian en Marruecos, sino en Sevilla, como una de las dignidades de la catedral, siendo como obispos in partibus y ausiliares del metropolitano. Duró la série de estos prelados, hasta el año 1566, como dice Zúñiga, en que á peticion del arzobispo de Sevilla, D. Fernando Valdés, Pio V traspasó las rentas y posesiones de aquel obispado al santo tribunal de la Inquision, como hoy las goza, quedando estinguida desde ese año la dignidad episcopal de Marruecos. Zúñiga, Anales, 1560. (N. del Trad.)

concede facultad de conferir el sacramento de la Confirmacion, y el órden de acólito, cuando faltase obispo para hacerlo; de dispensar de muchas irregularidades, y por último, de ejercer otros muchos derechos privativos ordinariamente á los obispos. Los paises, en los que los religiosos Menores acababan de introducirse, eran tan vastos, que se creyó necesario erigir un nuevo vicariato para dirigirlos. Nicolás V, encargó además, dos años despues, á Fr. Antonio de Nápoles, para que con los compañeros que gustase elegir, fuese á predicar á Dalmacia, Bosnia, Croacia, Servia, Albania y Hungría. Wadingo, hace tambien mencion, por el año 1452, de una nueva ratificacion de los privilegios conferidos anteriormente para las misiones del Oriente y del Norte, en consideracion á los grandes progresos que los religiosos observantes habian hecho, y establecimientos que habian fundado.

Mientras que los idólatras abrian sus ojos á la clara y pura luz del evangelio, los griegos cismáticos, á quienes la reunion aceptada en Florencia, parecia haber ya adherido á la Cátedra de S. Pedro, se obstinaban por el contrario en su funesta separacion. El emperador Constantino, asediado ya por Mahomet II, y en vísperas de perder Constantinopla, recurrió sobre esto á Nicolás V. Este le suministró algun socorro, y le mandó dos legados para que le ayudasen á convertir á sus obstinados súbditos, y al mismo tiempo, el papa escribia á los griegos, haciéndoles ver, que despues de tanto tiempo, iban ya apurando la paciencia de Dios y de los hombres; y que segun la parábola del evangelio, aun aguardaria tres años para ver si la higuera, hasta entonces inutilmente cultivada, daba fruto, y si esto no sucedia, el árbol seria cortado hasta la raiz. Con efecto, se cumplió la profecía. Mahomet II, atacó á Constantinopla, en 1453. Ni aun en este conflicto se ablandó el corazon de los cismáticos, á pesar de los esfuerzos del cardenal Isidoro, y del dominicano Leonardo Chio, llegando á tal punto su ceguedad que uno de los primeros senadores, revestido con el cargo de almirante, no se avergonzó en decir: «que valia mas ver la media luna dominar en Constantinopla, que el capelo de un cardenal latino.» Semejantes á aquellos antiguos idólatras que hacian responsables á los discípulos de Jesucristo de las desgracias del imperio, y de la ruina de Roma, los griegos atribuian su decadencia, y su inminente caida á la reunion que algunos de sus soberanos y de sus patriarcas habian contraido con los católicos. «No, les respondió con energía Leonardo Chio, no es por haberos unido á la Iglesia católica, por lo que la justicia divina os castiga con tanta severidad, es porque no lo habeis hecho sinceramente; y porque os gloriais de que así sea. Si es un crímen, el creer lo que cree el vicario de Jesucristo, junto con toda la Iglesia romana, vuestros primeros doctores, y vuestros PP. S. Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, estas grandes lumbreras del cristianismo, cuya santidad tanto reverenciais, serán culpables del mismo crímen; ellos han creido lo mismo que nosotros creemos; llenos de fé y de celo por la unidad de la Iglesia, jamás se separaron de su gefe y cabeza visible, siempre vivieron en su comunion, y murieron en la obediencia de la Santa Sede. ¡Ah! decid mejor, que si vuestra suerte, hoy dia, es semejante á la de los judíos, arrojados de su pais, y dispersos por toda la faz de la tierra, es, porque endurecidos como ellos, habeis imitado fielmente su ciega y criminal obstinacion. Si los hijos de los patriarcas hubieran dócilmente escuchado á sus profetas; si en lugar de perseguirles y darles muerte, se hubieran aprovechado de sus advertencias y consejos, Jerusalen subsistiria aun. Y si vosotros, igualmente, y con la mayor tenacidad, no hubierais cerrado vuestros oidos á la voz del Padre comun, ó á la predicacion de sus ministros, no os veriais al presente víctimas de toda clase de males, con que el cielo visiblemente castiga el orgullo de los unos, y la profunda hipocresía de los otros. En el santo concilio de Florencia, por

no ir mas léjos, vuestros primeros pastores, despues de un largo y sério exámen, han abrazado al fin la verdad comun; han entrado con alegría en la unidad, y han prometido, bajo juramento, permanecer para siempre inviolablemente adheridos á ella. A algunos de estos que se han mostrado fieles á su palabra, los habeis perseguido, arrojado de sus iglesias, y lanzado un anatema. Los restantes, ó por su propia ligereza, ó por miedo á la violencia, cobardemente se han separado de la union, y destruyendo su propia obra, os han dado el mal ejemplo de la desobediencia. Hé aquí su crímen y el vuestro, no busqueis en otra parte el orígen de vuestros desastres.» Como circunstancia notable en la historia de este sitio memorable, debemos notar, que Dios, mas que de los turcos, se sirvió de los apóstatas de su ejército para castigar á la infiel Constantinopla. Renegados de todas naciones, griegos, latinos, húngaros, alemanes, etc., reunidos bajo el estandarte de Mahomet, fueron los que enseñaron á los musulmanes á vencer á los cismáticos. Cuando la ciudad imperial cayó en poder de los turcos, el 29 de mayo de 1453, la muerte ó la esclavitud fueron la suerte que cupo á los misioneros católicos. Diez y siete franciscanos de la Observancia permanecian allí, junto con su vicario. Todos, á escepcion de uno que pereció, fueron hechos esclavos, y su casa sufrió todos los horrores del pillaje. Por medio de limosnas se trató de rescatar á estos héroes de la fé. El hermano Adriano, flamenco, fué uno de los que recobraron así la libertad despues de dos años de cautiverio, y se fué á vivir al convento de Bruges, donde acabó santamente sus dias en una larga y dichosa vejez.

La caridad que rompia las cadenas de los misioneros cautivos, se aunaba con el celo y la firmeza de los superiores franciscanos, que dictaban los mas admirables consejos de abnegacion y perseverancia en medio de las tribulaciones. Los misioneros franciscanos de la Servia, perseguidos tenazmente por los cismáticos griegos, hasta el punto de ser aprisionados y aun muertos algunos, como lo fueron el hermano Jorge Hararvich, sacerdote, y el hermano Adriano, lego, viéndose espuestos á todo el furor de los turcos que dominaban el pais, creyeron ya necesario abandonar sus conventos, y á el pueblo que habian atraido á la unidad á costa de tantos trabajos y peligros. Informado de esta resolucion, Fr. Márcos de Bolonia, les consoló en su afliccion, el 25 de marzo de 1454, y les alentó á sufrir el martirio, antes que desamparar sus ovejas: «Si todos estos males, les dice, suceden por disposicion del que, ni una hoja de un árbol cae en tierra, sin su voluntad, ¿cómo es que vosotros, que mas que otros, debeis desafiar el peligro y la muerte, buscais medios de evitarla? ¿Esta conducta es acaso la que debe seguir un cristiano y servidor de Cristo, á quien aguarda un eterno paraiso? La persecucion cierra los ojos del cuerpo; pero abre las puertas del cielo. El Antecristo y el demonio amenazan; pero Jesucristo protege. Si á la muerte sigue la inmortalidad, ¿por qué temer? ¿porque llorar? ¡Ojalá estuviese yo con vosotros para esponerme á una muerte tan preciosa! No me parece conveniente que abandoneis los conventos, á menos de que la fuerza os obligue á ello, ni que uno solo de vosotros salga del pais, antes de que se celebre el capitulo general, que se tendrá en Bolonia el dia de Pentecostés. Allí mandareis una noticia de la situacion en que os encontrais, y se arreglará lo que sea mas conveniente. Vuestra desercion seria un gran deshonor para la órden. Exhortaos y animaos mútuamente á la paciencia; vuestra corona será tanto mas brillante, cuanto mas largo y cruel sea vuestro combate.» El rescate de los misioneros cautivos, de que antes hemos hablado, era una medida propia para sostener y aumentar el valor de todos los religiosos espuestos, así como los de la Servia, á caer en manos de los infieles.

El cardenal Isidoro y el dominicano Leonardo de Chio, legados de la Santa Sede, pudieron ser rescatados despues del saqueo de

Constantinopla. El segundo era arzobispo de Mitilene, la famosa Lesbos de los antiguos. Salvado como por milagro, envidiaba el honor de aquellos que merecieron la gracia de morir confesando á Jesucristo. Esta gloria le estaba reservada; pero era en su iglesia, y á la vista de su pueblo, donde debia ser inmolado á manos de los enemigos del nombre cristiano, sellando con su sangre las verdades que la rebelde Constantinopla le habia oido predicar con tanta perseverancia. Los historiadores no están de acuerdo sobre el año de la toma de Mitilene por los turcos; pero debió ser entre el 1458 y el 1462; cuando Mahomet se apoderó de esta isla, cuya posesion aseguró á sus sucesores. La capital, donde Leonardo se encontraba, capituló despues de un rudo asalto. Cateluse, genovés de estraccion, que era su gobernador, habia recibido la promesa de que se le conservaria la vida junto con los suyos; pero no se cumplió la palabra. Despues de haber pasado á cuchillo á una parte del pueblo, Mahomet dispuso que el resto del vecindario fuese trasladado á Constantinopla; pero los principales habitantes, y sobre todo los eclesiásticos, despues de ensayar en ellos diversos géneros de suplicios, sufrieron una muerte cruel. El arzobispo fué uno de los primeros que el cruel príncipe sacrificó á su venganza.

«La isla de Lesbos, de la que acabamos de hablar, no es la misma que era en otro tiempo, dicen las *Cartas edificantes*; ya no manda á la Troada; ya no domina sobre la Eolida... Ya no existen allí, ni el poeta Alceo, ni la sabia Sapho, ni el docto Theophrasto comentador de Aristóteles. Las musas son amigas de la libertad, y en la esclavitud, no es donde por lo comun, florecen las bellas artes. Lesbos fué la patria de Pitaco, uno de los siete sábios de Grecia, vivió allí largo tiempo, y uniendo la sabiduría al valor, libertó su pais del yugo de los tiranos. La isla es estremadamente fértil; contiene mas de 360 poblaciones; tiene tres pequeños puertos, que son: Mitilene, Navagia y Tokmak. Mitilene es como un grande arrabal, ó si se quiere una pequeña ciudad, pero sin murallas. Cúbrela una pequeña montaña, que adelantándose hácia el mar, constituye un pequeño cabo. Sobre lo alto de este monte, hay un gran castillo bien construido; fué obra de los genoveses, cuando eran dueños de la isla. Esta montaña es como una península, y la lengua de tierra, que la une al continente, está cubierta de casas, que forman la actual ciudad. Por ese lado, Mitilene tiene dos puertos, el uno al norte, mediano, porque no está resguardado, y el otro, al mediodía, mejor, porque está al abrigo de los vientos... Los habitantes, en parte son cristianos, y en parte turcos. Los primeros son en mayor número y casi todos del rito griego... Hay un metropolitano en Mitilene y un obispo en Molino.»

En el año 1458, señalado por la muerte del invencible prelado de Mitilene, otro dominicano, Lorenzo Castro, florentin, y famoso predicador en Italia, fué enviado en calidad de obispo á la Acaya. El papa, dice Fontana, quiso «que el *talento* (1) que le habia sido confiado produjese el doble entre los infieles, de los que muchos, convencidos por su elocuencia, abrazaron la fé católica.» El mismo autor habla aun, en este año 1458, de Juan de Dacio, que con otros muchos compañeros, se dedicó á la conversion de los mahometanos, y cuya muerte fué dulce y tranquila.

El establecimiento de los turcos en Constantinopla, amenazaba la libertad y la civilizacion de Europa, y parecia un obstáculo insuperable á los esfuerzos de los misioneros para penetrar en Oriente. Al propio tiempo que los hijos de Mahoma tomaban posesion de la nueva Roma, los mamelucos de Egipto continuaban dominando en Siria y en Palestina. Aquí, al menos, un príncipe francés consoló por su munificencia los santos Lugares, afligidos por su triste dependencia de los servidores de Mahoma. Felipe el Bueno, duque

(1) El talento, era una moneda imaginaria, usada entre los hebreos, y que Jesucristo menciona algunas veces en sus parábolas. El de plata valia 3,000 siclos, y el de oro doce veces otro tanto. Aquí se toma la palabra en dos sentidos, como moneda, y como facultad del alma (N. del Trad.)

de Borgoña, hizo reparar y adornar á toda costa los venerables edificios de Monte-Sion y el convento de Belen, y sus liberalidades dieron orígen al de Rama. El P. Roger, recoleto, dice, que Felipe compró la casa que habia pertenecido á Nicodemus, y edificó en ella una capilla que se dió despues á los religiosos de S. Francisco de la familia de Jerusalen.

Calixto III, cuyo pensamiento único se reconcentraba en la necesidad de arrojar al fondo del Asia á los turcos y mamelucos, que amenazaban la Europa cristiana, escribió á los religiosos de Tierra santa, que los que, en vísperas de la cruzada, no se creyesen con valor para desafiar el martirio, se retirasen de un pais en que los peligros de un momento á otro no podian menos de acrecentarse. Complacíase este pontífice en tratar de sus proyectos contra los infieles, con el franciscano Luis de Bolonia, lego de la Observancia, que atrás dejamos designado, como uno de los compañeros de Jacobo Primadice, en la época de la gran mision confiada á este último. Al recorrer las indias, la Etiopía y la Palestina, Luis de Bolonia se habia instruido de paso de la verdadera situacion de los musulmanes, por lo cual Calixto III, con preferencia á otros, le volvió á mandar á Oriente, para buscar allí auxiliares útiles. El legado debia visitar la Armenia, la Persia y la Abisinia; pero no pudo penetrar en este imperio, ni por consiguiente conferenciar con Zara-Jacob, su gefe. A su vuelta, trajo consigo á dos monges abisinios, que habia encontrado en Egipto, y que deseaban venerar al vicario de Jesucristo en el centro de la unidad. Estos monges habian prometido á Luis el conducirle cerca del Negus. Calixto III le mandó por tercera vez, en 1457, á verse con Zara-Jacob, encargándole al propio tiempo, que procurase cuantas alianzas pudiese contra los musulmanes. Como Luis habia dejado en Oriente al hermano Bartolomé de Foligno, misionero de gran reputacion en materia de negociaciones, el papa, para aumentar el celo de este último, le concedió todos los privilegios de que disfrutaban los religiosos de Tierra santa.

Estos hijos de S. Francisco vieron, no solo confirmados, sino aumentados estos mismos privilegios, en 1458, tales como el de recibir y conservar en sus conventos sumas pecuniarias; comprar por sí, cuanto les fuese necesario, y desacerse de lo inútil ó supérfluo, á condicion de no manejar el dinero; de confesarse con sacerdotes seculares, á falta de religiosos; de no incurrir en irregularidad, si en caso de legítima defensa tuviesen por precision que herir ó matar á alguno; de aprobar los confesores estrangeros, que venian á Jerusalen, y de comunicarles los privilegios de Tierra santa, para el ministerio sagrado, cuando el número de religiosos fuese insuficiente para el de los penitentes. El guardian de Monte-Sion, tuvo el poder de dispensar irregularidades, á reserva de aquellas en que se incurre por la bigamia, mutilacion de miembros, ú homicidio voluntario. Tuvo además, el privilegio de recibir los hermanos y hermanas de la Tercera Órden, y de darles un superior, así como el permiso de decir misa inmediatamente despues de media noche. En fin, se prohibió á todo sacerdote ó religioso, fuese quien fuese, permanecer en pais dominado por los musulmanes, contra la voluntad del guardian, á menos de tener para ello autorizacion espresa de la Santa Sede. Los peligros que revelaban y justificaban estas gracias del pontífice, no eran sino muy reales. Irritados los judíos al ver el sepulcro de David, el mas ilustre de sus reyes, en poder de los cristianos, escitaron á los musulmanes á que despojasen á los PP. de Tierra santa, de la capilla del Espíritu Santo (ó Cenáculo), edificada sobre esta tumba; pero Henrique IV, rey de Castilla, vengó la injuria hecha á la religion con semejante despojo, haciendo demoler cuantas mezquitas poseian los mahometanos en su territorio, represalias que obligaron á que fuese restituido el santuario á los religiosos. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, dió mil cuatrocientos escudos para repa-

rarle; mas los judíos, escitaron de nuevo á los musulmanes á recobrarlo.

Pio II, sucesor de Calixto III, habia confirmado la mision conferida á Luis de Bolonia, quien regresó á Oriente, en 1460, trayendo consigo, en su tránsito por la Mingrelia, la Tartaria, la Alemania y Venecia, diferentes embajadores, que muchos soberanos orientales dirigian al papa para entenderse con él, y con los demás príncipes cristianos, para la guerra contra los turcos. Uno de estos, era representante de David Commeno, emperador de Trebisonda, cuya hermana se casó con Uzam-Cassam, rey de Persia, y fundador de la dinastía de los turkomanos, llamados del *carnero blanco*. Ya hacia dos siglos y medio que el imperio de Trebisonda estaba separado del de Constantinopla; pero Mahomet II debia acabar con este tambien. El embajador, pidió al papa que instituyese á Luis de Bolonia, patriarca en el Oriente, á lo que accedió al punto Pio II. En cuanto al resultado político, obtenido por los demás enviados á las cortes de Europa, puede considerársele como nulo. No faltan historiadores que dan por supuestos los embajadores que trajo consigo Luis de Bolonia; pero si así fuese, las relaciones comerciales de los venecianos con el Asia, hubieran descubierto clara y facilmente esa impostura si fuese cierta, y además, si tal como decimos, no hubiera esto sucedido, la Santa Sede no hubiera continuado encargando al hermano Luis, otras misiones importantes, pues vemos á este franciscano célebre, revestido ya con la dignidad de patriarca de Antioquía, negociar en 1465, una alianza entre un príncipe tártaro y Casimiro, rey de Polonia, como lo prueba Wadingo.

El año 1460, es señalado en los anales de los dominicanos, por un célebre martirio, al que se siguieron muchas conversiones entre los mahometanos de Africa. Antonino de Ripolis, florentino, fué recibido en el órden de Sto. Domingo, por S. Antonino, prior entonces del convento de Florencia. Semejante maestro, no pudo menos de comunicarle la piedad y el deseo de la mas regular observancia. Con ardientes deseos de estudiar, obtuvo de sus superiores el permiso de seguir en Palermo, un curso de teología; pero al ir embarcado desde Nápoles, con direccion á aquella isla, fué apresado por los piratas, y conducido como esclavo á Túnez. Reducido á tan triste estado, tuvo el mal pensamiento de abandonar la fé católica; y Dios, cuyos juicios son impenetrables, permitió que abjurase, y con la agravante circunstancia de tomar una esposa. Por este tiempo, los comerciantes de Florencia, que se encontraban en Túnez, le anunciaron la preciosa y santa muerte de S. Antonino, su padre en la religion, que brillaba ya por el esplendor de sus milagros. Llenó, al saber esto, de compuncion el apóstata, por inspiracion del Espíritu Santo, cayó de rodillas, y elevando sus ojos al cielo, esclamó: «Señor, no me trateis segun merecen mis pecados; no me castigueis conforme á mis iniquidades, y olvidad las mias pasadas. Asistidme, Dios y Salvador mio, libradme por la gloria de vuestro nombre.» Terminada esta plegaria, vuela á su casa, distribuye cuanto posee entre los pobres cristianos; devuelve la que habia sido su esposa á su familia, y libre ya de todo lazo humano, se presenta impávido al gefe de los mahometanos, protestándole, que si antes, como un impío, habia renegado de la ley verdadera, santa y divina de Jesucristo, ahora, en espiacion de su crímen, estaba dispuesto á sufrir la muerte. Asombrado de su valor el mahometano, le despide, advirtiéndole, que dentro de tres dias volviese á su presencia, declarándole su resolucion definitiva. Antonino se aleja. Despues de haber pasado esos tres dias en la oracion y penitencia, volvió á aparecer delante del príncipe; le habló con horror de la secta de Mahoma, y por ello, en el acto, es condenado á ser apedreado. El 10 de abril, de 1460, se le condujo á la plaza pública, y arrodillado allí, y mirando hácia el Oriente, detestó en alta voz su crímen, añadiendo: «Señor, en tus manos encomiendo mi alma.»

y cubierto en el instante con una lluvia de piedras, entregó su bienaventurada alma al Criador diciendo como S. Estéban: «Padre mio, perdonadlos, que no saben lo que se hacen.» (Pl. XXXIX, n.° 1.) Su cuerpo fué arrojado en una inmensa hoguera que estaba preparada al intento, pero el fuego en nada tocó ni á sus cabellos, ni aun á los vestidos, con gran sorpresa de los musulmanes, de los que, algunos conmovidos por semejante prodigio, abrazaron la fé católica. Muchos milagros se verificaron en la iglesia de Túnez, donde honrosamente fué sepultado el santo cuerpo.

El órden de los dominicos vió suprimir en su propio seno, por Marcial Auribelli, la congregacion de los *Peregrinos de Jesucristo*, de que tanto hemos hablado. El P. general Conrado de Aste, sucesor de Auribelli, la restableció de nuevo en 1464, y Pio II, que contribuyó á este restablecimiento, restituyó á la congregacion cuantos conventos la pertenecian ya en Oriente, ya en el Norte. A estos, añadió algunos otros, sacados de las provincias de Hungría y de Polonia. El papa concedió nuevos privilegios, á estos fervientes misioneros, á los cuales dió por superior, al P. Benito de Filicaya, religioso florentino, de la provincia romana, consumado en el ejercicio de todas las virtudes, y celoso por la propagacion de la fé, hasta el punto de desear contínuamente el martirio, para defenderla y propagarla.

Cuanto se podia esperar de la congregacion susodicha, que suprimió Auribelli, sin consultar á la Santa Sede, y luego que recibió una vida nueva bajo el generalato de Conrado, otro tanto se logró con los admirables resultados de la mision de un dominicano de Erfurth, en Rusia, y en Livonia. Pequeñas eran todas las iglesias para contener la multitud de oyentes que le seguian, y así tuvo que predicar al aire libre. Cinco mil idólatras debieron la regeneracion espiritual á este misionero, muerto en 1464. La viña del Señor, plantada con tanta efusion de sangre en Livonia, recibió el asíduo cultivo de los PP. Predicadores, que con toda solicitud cuidaban de preservarla de todo contratiempo. Como no bastaban ellos solos, aunque ayudados por los franciscanos, para llenar su cargo, el gran maestre de la órden Teutonica, patrono de aquel territorio, obtuvo de Paulo II, en 1465, que además de los dos conventos de dominicos que habia en estos límites de la cristiandad, y próximos á los infieles, se fundasen otras tres casas mas de franciscanos.

La invasion de los turcos en Bosnia, que mataron á su rey Estéban, y se apoderaron de sus Estados, causó á los Observantes la pérdida de treinta y ocho conventos, cuyos religiosos, en su mayor parte, fueron asesinados; mas los que sobrevivieron, confirmaron á los católicos en la fé, y les persuadieron á sacudir el yugo de los infieles, por el medio de entregarse á Matías, rey de Hungría. La historia, que no nos ha transmitido los nombres de los hijos de S. Francisco, degollados en Bosnia, nos habla en cambio de la invencible firmeza que demostraron ocho guerreros cristianos, hechos prisioneros en un encuentro con las tropas de Scander-Beg, y enviados por el turco Ballaban á Mahomet II. Cargados de cadenas, los presentaron ante el sultan, quien les intimó que renegasen de Jesucristo, y como no accediesen á sus deseos, ni por amenazas, ni por promesas, los hizo desollar vivos. Pero el que dió el mayor ejemplo de firmeza, que sirvió para fortificar á los cristianos contra la apostasía, fué el bienaventurado Andrés, natural de Chio, y residente en Constantinopla. Falsamente acusado de haber abandonado la religion cristiana, y vuelto á ella despues, todos los medios se emplearon para persuadirle á què se declarase mahometano. A las mas escogidas seducciones, sucedieron los mas bárbaros y refinados tormentos. Diariamente, con un cuchillo, se le iba arrancando un pedazo de carne, y cuando su cuerpo no fué mas que una pura llaga, ó mas bien un sangriento esqueleto, próximo á lanzar el último soplo de vida, entonces se cortó la cabeza al mártir. Asombrado Mahomet del valor de Andrés, permitió que sus restos re-





cibiesen una sepultura honorífica, en una iglesia dedicada á la vírgen, en el arrabal de Galata, y Jorge de Trevisonda, quien preservado de un naufragio inevitable por la intercesion del santo confesor, escribió su historia, y testifica haber visto por sus propios ojos, este cuerpo sin señal alguna de corrupcion despues de muchos años. Con lo que acabamos de decir, queda demostrado el ódio profundo de los turcos, contra el nombre cristiano. Mas este no impidió que el dominicano Serafin Soldano, de Sicilia, tratase de elevar el estandarte de la cruz en medio del pais, ocupado por aquellos feroces conquistadores. Ardiendo en deseos de salvar las almas de los infieles, se embarcó con ese objeto; pero los vientos llevaron su buque á la Grecia, donde predicó á los cismáticos el primado y la autoridad de la Iglesia romana. Logró convertir á muchos disidentes, y despues de largos trabajos, terminó allí gloriosamente sus dias.

CAPÍTULO XXV.

Mision de los franciscanos entre los maronitas y los Drusos, y en la Tierra santa.

Con las escenas de desolacion que la turquía de Europa presentaba al pontífice romano, formaba un consolador contraste el cuadro que ofrecieron á su vista los maronitas, pueblo del que varias veces hemos hablado, pero del que hasta ahora no habiamos detallado ni su orígen, ni sus creencias. Los maronitas, antiguos habitantes de la Fenicia ocupan principalmente la parte de las montañas del monte Líbano, llamada Kesroan, y que comprende poco mas ó menos, toda la vertiente occidental, desde las cercanías de Beyrut, hasta las de Trípoli. Tambien se encuentran maronitas, aunque en mas corto número, en otros puntos de aquellas montañas, y en casi todas sus ciudades y pueblos.

Esta nacion, dice el P. Nacchi, jesuita, toma su orígen y su nombre, del célebre abad Maron, discípulo de S. Zebin, que se hizo notable entre todos los solitarios de su siglo, por la asiduidad en la oracion. Maron, estuvo retirado sobre una montaña inmediata á la ciudad de Cyr. Habiendo encontrado en su retiro un templo de ídolos abandonado, le consagró al verdadero Dios. La reputacion de santidad que se habia justamente adquirido, hizo que fuese elevado al sacerdocio el año 405. San Juan Crisóstomo, concibió de él la mas alta idea, y le escribió desde Cucusa, donde él estaba desterrado, recomendándose á sus oraciones. El Solitario, vivia casi siempre espuesto á todas las intemperies, y rara vez se abrigaba en tiempo de lluvia, en una choza que se habia arreglado con ramas y pieles de cabra. Entregado dia y noche á la oracion, casi siempre estaba de pié, sin otro apoyo que un baston. Hablaba muy poco con los que acudian á visitarle, por no interrumpir el ejercicio de contemplacion que absorvia todos sus pensamientos y sentidos; pero les recibia sin embargo con bondad, y les exhortaba á que permaneciesen el tiempo que gustasen en su compañía. Con el gran número de discípulos que reunió, pudo fundar muchos monasterios en Siria, y Teodoreto, atribuia como fruto de las instrucciones del santo, el gran número de monjes que se estendieron por toda su diócesis. Entre los mas ilustres discípulos de Maron, se cuenta Jacobo de Cyr, que se glorió de haber recibido de aquel, su primer cilicio. Dios se llevó de este mundo al solitario, el 433. Los griegos honran su memoria el 14 de febrero; pero los maronitas hacen su fiesta el 19 del mismo mes. El deseo de poseer su cuerpo, fué orígen de una piadosa contienda entre las provincias inmediatas. Tres fueron los monasterios que llevaron el nombre de S. Maron: el uno, en la diócesis de Apamea; el otro, sobre el Oronte entre Apamea y Emesa; y el tercero, en el Palmyreno. No se sabe de cierto, en cual de los tres se encuentran sus sagradas reliquias; pero se cree mas probable que sea en el segundo, cuya iglesia reedificó el emperador Justiniano (1). Entre el número de los ceno-

(1) No debe confundirse este Maron, con otro Maron mas

bitas de este monasterio se cuenta uno llamado Juan que se distinguió entre sus hermanos por su virtud, fué elegido abad, y en honor de su primer fundador, tomó el nombre de Maron. Este segundo abad, Maron, combatió vivamente á los hereges y cismáticos; convirtió á muchos de ellos, y su nombre se encuentra el primero en la suscripcion á la carta comun; que los maronitas escribieron al papa Hormisdas en 517. El abad Juan Maron, recibió la dignidad de patriarca de manos de la Santa Sede, y los sucesores de este primer patriarca de los maronitas, no faltan hasta el presente, despues de su eleccion, á la costumbre de mandar un diputado al papa, para recibir la confirmacion y el palio. Segun el P. Nacchi, Juan Maron defendió con tan buen éxito á su nacion, contra los ataques del cisma y la heregía, que llegó esta á quedar sola en el Oriente, constantemente adicta á la cátedra de S. Pedro. Esto no quiere decir que algunos de los maronitas, no cayesen en los errores de Eutiques y Nestorio, y por consecuencia, quedasen envueltos en el cisma de los griegos; pero estos nunca pudieron arrastrar á la gran mayoria de la nacion que permaneció ortodoxa.

El patriarca de los maronitas, llamado de Antioquía, tiene bajo su jurisdiccion á cinco metropolitanos, que son: los arzobispos de Tiro, de Damasco, de Trípoli, de Alepo, y de Nicosia y Chipre. Reside en Cannobin, al pié del monte Líbano, y á corta distancia de los famosos cedros, que atrás dejamos mencionados. La iglesia del monasterio, dedicada á la Sta. Vírgen, consiste en una vasta gruta, junto á la cual hay otras pequeñas que son las celdas de los religiosos. « Para ir á la iglesia en invierno y en verano, dice el P. Petitqueux, jesuita, es menester esponerse á las injurias del tiempo. Su liturgia es muy antigua: está compuesta en siriaco antiguo, y una pequeña parte en árabe; pero con caracteres siriacos que ellos llaman *Kerchora*. Leen en árabe la epístola y el evangelio. Consagran con pan azimo, y sus ornamentos tienen la misma forma que los nuestros, á escepcion del manípulo, que varia en ciertos dias, á ejemplo de todos los cristianos orientales. Tanto el patriarca como los obispos maronitas que están en su compañía, viven todos en la union mas perfecta y con la mayor sencillez y pureza de costumbres. Las mas ligeras faltas se castigan con la mayor severidad. El convento, pobre como es, recibe caritativamente á los estrangeros y les dá hospitalidad. » El P. Beson, jesuita, dice lo siguiente de Kannobin: « La santidad y sencillez se alojan en estas grutas; la caridad y la hospitalidad reciben á los estrangeros; la pompa y la apariencia están desterradas; la humildad y la religion ocupan allí su trono. El patriarca vive, no en un palacio, sino en una gruta que constituye la principal parte de las habitaciones y la iglesia del monasterio, cuyos religiosos dan á cada paso raros ejemplos de virtud. Tres ó cuatro obispos acompañan al patriarca y tanto estos como los monjes viven en el mas perfecto acuerdo. » A un tiro de piedra de la puerta del monasterio se encuentra una capilla dedicada á Sta. Marina (1). « Todo este pais está lleno del olor de santidad de esta vírgen, dice el P. Petitqueux, y conserva por ella una veneracion estraordinaria. Nadie, hasta ahora, ha puesto en duda lo que los historiadores nos cuentan de su vida. Ellos nos dicen, que esta santa, por una inspiracion divina, ocultó su sexo bajo el hábito religioso, y sirvió á Dios con ese trage por espacio de muchos años. Añaden, que habiendo permitido el Señor que fuese acusada de una falta con una doncella de las cercanías, fué condenada por su superior á sufrir una severa penitencia en la gruta, que es hoy dia la ca-

antiguo, que fué herege monotelita, y que profesaba los errores de Macario, patriarca de Antioquía, condenado en el 6.º concilio ecuménico en 681. (N. del Trad.)

(1) En ningun parage está mas venerada la vida monástica, que entre los maronitas, donde hasta los infieles la respetan y aprecian. El número de monasterios es considerable, los hay pertenecientes á diversas órdenes, pero entre ellas ocupa el primer lugar la de S. Antonio. Se les descubre sobre las eminencias mas escarpadas, y siempre distante de parages habitables, viviendo allí los monjes como ocultos, y separados de todo comercio. (N. del Trad.)

pilla donde se la venera; pero que Dios, que mira siempre por el honor de sus escogidos, hizo que se patentizase la inocencia de esta ilustre vírgen, despues de su muerte, y recompensó desde este mundo su poder con muchos notorios milagros, que se obraron por su intercesion sobre su tumba (1). »

El rio Nahr-Gadisha (rio santo) toma su orígen en el Líbano. Corre por un valle muy estrecho, cuyas márgenes están pobladas de pinos, encinas, viñas y otros árboles y arbustos. A treinta pasos de este rio, se vé elevarse una cadena de montañas, todas cubiertas de roca. En ellas se vén profundas grutas naturales, que sirvieron en otro tiempo de otras tantas celdas, donde gran número de solitarios se retiraron para ejercitar allí, sin testigos, los rigores de su contínua penitencia. Sostenidos por la religion entre la tierra y el firmamento sobre estas rocas escarpadas, desde ellas, segun la espresion de Mr. Chateaubriand, elevaban su vuelo al cielo, como las águilas de las montañas, y sus lágrimas fueron las que hicieron llamar *rio santo*, á la corriente de agua de que acabamos de hablar, de la que dice el P. Beson: « El rio que se llama santo tiene orígen al pié de una montaña del Líbano, donde están los tan celebrados cedros, de que he hablado en otra parte. Riega los valles, que en otro tiempo constituian la soledad de gran número de santos religiosos maronitas, cuyas grutas bañaban, por lo que ha quedado con el dictado de Santo. Despues de haber recorrido ya por colinas, ya por llanuras una estension de quince leguas, desemboca en Trípoli. » La vista de estas grutas y de este rio en tan espantoso desierto, inspira compuncion, amor á la penitencia y compasion, al propio tiempo, de aquellas almas sensuales y mundanas, que prefieren algunos dias de alegría y vano placer de la tierra á la sólida felicidad, disfrute de toda una eternidad.

El catolicismo de los maronitas no pudo quedar dudoso despues del paso que dió el obispo Elías, quien abjuró en Roma, por boca de Isaac, los errores de Eutiques. Pero si bien la fé de este pueblo era pura y sincera, lo raro de sus comunicaciones con el centro de la unidad, y la frecuencia de las mismas con las naciones inmediatas, inficionadas de la heregía, perpetuaron en su seno muchos abusos, que fué llamado á combatir el hermano Griffon, de la órden de S. Francisco.

Este religioso, natural de Bélgica, á los veinte y dos años, tomó el bonete de doctor en Paris, donde enseñó públicamente la teología, durante siete años. Habiendo hecho una peregrinacion á Roma y Asia, le llamó la atencion la regularidad de los Observantes y dejó á los conventuales, para abrazar la estrecha observancia. Su designio era el vivir desconocido, y lo fué en efecto durante algun tiempo. Pero como en una ocasion concurriese en la ciudad de Mantua á un ejercicio público, y notase que la verdad no estaba defendida como debiera, sin poderse contener, tomó la palabra para sostenerla, y lo hizo con tanto brillo y erudicion, que á todos dejó pasmados, y esto le precisó á variar de residencia, para evadirse de las muestras de la estimacion pública que ya por do quiera le rodeaba. Poco despues creyó conseguir su objeto haciendo el viage á Tierra santa. Escitaron allí su compasion los errores en que vió á los orientales tan miserablemente sumergidos, y ya no pensó mas que en ilustrar é instruir á esos pueblos, estraviados á causa de su ignorancia. Siete años empleó el celoso misionero en familiarizarse con las lenguas griega, caldea y árabe, que era preciso comprender bien para hacerse entender de ellos. Cuando ya Griffon creyó poseer, cual deseaba, estos medios indispensables de comunicacion con las inteligencias á quienes queria esclarecer, comenzó á catequizar, ya en secreto, ya en público, en Jerusalen, donde hizo algunas conquistas espiri-

(1) Esta santa, segun los martirológios, floreció en Bithinia, en el siglo VIII, y murió á mediados del siglo. Las reliquias fueron trasladadas, de Constantinopla, á Venecia, el 1230, y en ella, se veneran en una iglesia de su nombre. De ella se hace mencion en el martirológio romano, el 18 de junio, y la fiesta de la traslacion de sus reliquias, se celebra tambien en Venecia, el 17 de julio. Véanse los PP. Bolandistas en este dia. (N. del Trad.)

tuales. Estos primeros ensayos inflamaron su ardor, y el 1450, se trasladó entre los maronitas del monte Libano, acompañado del franciscano, Francisco de Barcelona, para quien, por su larga permanencia en Oriente, los idiomas de Levante eran muy familiares. Los abusos introducidos en el uso de los sacramentos y en las ceremonias de la iglesia, fijaron desde luego la atención de ambos religiosos. Sus doctrinas y predicaciones tuvieron los resultados que debian esperarse de la rectitud de sus intenciones y de la generosidad de su abnegacion; y así corrigieron muchos errores; reformaron los rituales, hicieron reparar las iglesias; en fin, dieron una faz nueva á esta cristiandad. Pero esta reforma no se hizo sin obstáculos. Sea que ella contrariase los sentimientos, ó lo que es mas probable, disminuyese los intereses del patriarca de los maronitas, lo cierto es, que este se opuso al principio con vigor, y no cedió sino á la evidencia de un milagro. Predicando el P. Griffon, el dia de la Asuncion, delante de este patriarca, obtuvo de Dios la gracia de que confirmase su doctrina de una manera patente, haciendo cambiar de direccion á la luz del sol, en términos, que los rayos que penetraban por la ventana abierta por el occidente, entraron de repente del lado opuesto, al oriente. (Pl. XXXIX, n.º 2.) Tan señalado prodigio, verificado ante una inmensa concurrencia, conmovió de tal manera el espíritu de los maronitas, que desde entonces creyeron con una entera sumision cuanto los religiosos les enseñaban, y consagraron además el recuerdo de tan portentoso suceso con una fiesta anual. Veinte y cinco años permaneció el hermano Griffon entre los maronitas, para instruirles y ponerles en completa armonia con los latinos. En seguida, se fué á Roma, á fin de consolidar esta reunion, y llevó á Paulo II, en 1469, cartas del patriarca Pedro, al que el papa contestó con una esposicion de la doctrina católica sobre la unidad de la naturaleza divina en la trinidad de las personas, y sobre la unidad de persona en las dos naturalezas de Cristo Salvador, y sobre las operaciones humanas y divinas del Redentor, operaciones distintas y que no se contrarian jamás. Es de notar, que Paulo II, en su respuesta, habla de Griffon como de un simple religioso; lo que contradice la opinion de los analistas, segun los cuales, este misionero, desde el pontificado de Calixto III, ya habia sido instituido obispo y patriarca de los maronitas. Sin duda estos autores probablemente escribieron el nombre de Calixto III, en lugar del de Sixto IV, sucesor de Paulo II, puesto que no se puede referir sino al pontificado de Sixto lo que ellos dicen de la elevacion de Griffon á la dignidad de la Sede patriarcal. Los mismos escritores añaden, que el misionero, en lo último de su permanencia en el monte Libano, admitió al órden seráfico á dos jóvenes maronitas, que envió á Europa á estudiar, y que llegaron á ser tan escelentes sujetos, que merecieron en adelante ser promovidos al episcopado. Despues de haberse consagrado Griffon por espacio de tantos años á la salvacion de este buen pueblo, pensó en recoger otra mies nueva en la Persia. Se embarcó en efecto; pero una maligna dolencia que le sobrevino en la travesía le obligó á arribar á la isla de Chipre, donde murió en 1475, en el convento de franciscanos de Famagosta. Este ilustre misionero, además de un itinerario á la Tierra santa, dejó compuestas muchas obras para instruccion de los maronitas, que él mismo tradujo en siriaco.

Despues de la muerte de Griffon, Fr. Francisco de Barcelona, compañero de sus trabajos y fatigas, marchó á Italia, y dió parte á Sixto IV del satisfactorio estado de la cristiandad del Libano. El pápa se determinó á mandar allí á otro religioso de la misma órden, para perpetuar el bien que allí habia hecho Griffon, y eligió para este cargo al hermano Luis de Ripa, que partió para el Libano con varios regalos que consistian: en una cruz de plata, una mitra bordada, un báculo, varios ornamentos de tisú de seda y libros en lengua caldaica. Pero este religioso cayó malo en Venecia, y el papa no queriendo retardar la le-

gacion, encargó, el 5 de octubre de 1475, al vicario general de la Observancia que le sustituyese con otro franciscano, y aquel designó á Alejandro Ariosto, de Bolonia, quien desde Jerusalen ya escribió cartas que la historia ha conservado. El pontífice, además, para proveer de una manera mas permanente á las necesidades espirituales de los maronitas, dió poder en 1476 á Pedro de Nápoles, vicario general de la Observancia para que escogiese un nuncio comisario apostólico, revocable á su voluntad, para gobernar este pueblo y mantenerle en la pureza de la fé, para lo cual le conferiria el papa desde luego todas las facultades mas ámplias para absolver y dispensar, sin necesidad de recurso á la Santa Sede.

Los errores mezclados en el cristianismo de los maronitas, si bien al parecer no eran de la mayor gravedad, no dejaban de ser sensibles, y mas, cuando á ellos se agregaban las groseras supersticiones de los drusos, nacion que habita una parte del monte Líbano, en las montañas que están por encima de Sidon y de Balbeck, y el pais de Gebail (ó Gabala), y de Trípoli (1). Los drusos se estienden hasta el Egipto, de donde tuvo orígen su doctrina, pues ellos reconocen como una divinidad á Hakem-Biamr-Allah, sexto califa de la dinastía de los fatimitas, y el tercero de los príncipes de esta casa que reinaron sobre las orillas del Nilo (2).

Este Hakem, á quien debemos dar á conocer, fué proclamado califa, el año 996, es decir, el 386 de la hégira, y dió á conocer desde luego su celo por el islamismo, persiguiendo á los cristianos, el 393. Dos años despues, dice Silvestre de Sacy, á instigacion suya, se proclamó una ordenanza que obligaba á los judíos y á los cristianos el que llevasen precisamente sobre su trage una señal distintiva de su religion, que debia ser de color negro, porque este color era el de los califas abasides. Por otra ley, se amenazaba con penas á los traficantes de esclavos que vendiesen á los judíos esclavos de cualquier sexo. El mismo Hakem, en 398, añadió nuevas vejaciones á las muchas que ya habia causado á los cristianos; se apoderó de los bienes de las iglesias, y los aplicó al fisco; hizo quemar un gran número de cruces á la puerta de la mezquita de Misr, y mandó órdenes á las provincias, para que en ellas se ejecutase lo propio; hizo construir sobre el techo de las iglesias cristianas, pequeñas mezquitas ú oratorios, donde se hacia el *idhan*, es decir, la proclamacion acostumbrada, para anunciar las horas de la oracion á los musulmanes. En 399, destruyó muchas iglesias que estaban en el camino de Maki, é hizo lo propio con otra situada en el Cairo, en el cuartel de los griegos, saqueando antes cuanto contenia. En el año 400, dió el citado Hakem órden de destruir el templo de la Resurreccion en Jerusalen. Quiso que en todas las provincias de su imperio se demoliesen las iglesias, y que fuesen transportados á su palacio, cuantos vasos de oro y plata aquellas poseian. Dió igualmente órden, para que por todas partes se persiguiese á los obispos, y para que nadie pudiese comprar ni vender cosa alguna á los cristianos. A causa de esto, sobre todo, un gran número de estos abjuraron su religion, y

(1) Algunos escritores, han confundido, bajo la denominacion general de drusos, las tres principales naciones de que está poblado el Líbano; pero se equivocan, pues se diferencian en religion y orígen, sin tener mas de comun entre sí, que la antipatía contra los turcos, y la sumision á un mismo gefe, que lo es el príncipe de la montaña, y son conocidos por los motuales; los maronitas, y los drusos, propiamente dichos. Los maronitas cristianos que siguen el rito Sirio, viven dispersos por los valles del centro del Líbano, y en los puntos elevados de la mas alta de sus montañas, estendiéndose tambien á los alrededores, en las diócesis de Giblet, Botron y Trípoli, y formando una poblacion de cerca de doscientas mil almas. (N. del Trad.)

(2) Sobre el orígen verdadero de los drusos, se ha hablado mucho, y con variedad. Mr. Henrion confunde aquí á los drusos propiamente dichos, con los que habitando en el mismo Líbano se llaman allí motuales, que ocupan la parte inferior de la montaña hasta Balbeck, y son mahometanos de la secta de Alí, primo hermano y yerno del profeta. Alí, debia suceder á su suegro en calidad de califa, y no habiendo podido conseguir la eleccion, se retiró á la Arabia, donde modificó la doctrina de Mahoma, y se hizo con gran número de partidarios, y desde el 656 de Jesucristo, se vió á la cabeza de una poderosa secta opuesta á la de Omar. Las tribus de motualis, establecidas en el Líbano, mezclados con los drusos, siguen casi en todo los usos civiles y religiosos de los persas, de quienes descienden. En cuanto á los drusos, propiamente dichos, es su origen mucho mas incierto. (N. del Trad.)

la mayor parte se quitaron los señales esteriores que les distinguian de los musulmanes, para evitar la vejacion. Hakem prohibió además á los cristianos, el celebrar la ceremonia que se hacia el dia de la epifania en Misr, á las orillas del Nilo; vedó igualmente, el que se celebrase la solemnidad del *Hosanna*, es decir, la del domingo de Ramos, y la fiesta de la cruz. La persecucion llegó á ser todavía mas violenta y general en 403. Se previno á los cristianos, que no usasen trages ni turbantes de color negro, y en su lugar, les mandó que llevasen pendientes del cuello cruces largas de un codo, y de peso de cinco libras, y eso, ostensiblemente, para que todos pudieran verlo; les fué prohibido servirse de caballos para montar, y únicamente de mulos ó asnos con sillas de madera, arreos negros, y estribos de palo de sicomoro sin ningun ornato; les fué vedado tener musulman alguno á su servicio y comprar esclavos de cualquier sexo; se previno á los alquiladores de monturas, que eran mahometanos, que no las alquilasen á ningun judío ni cristiano, y á los marineros ó patrones de mar, que no los recibiesen en sus barcos. Los judíos se vieron obligados á llevar colgadas al cuello y sobre el esterior de su trage bolas de madera, de cinco libras de peso, y tanto á unos como á otros se les impidió ponerse anillos en la mano derecha; todas estas ordenanzas fueron proclamadas á son de campana en Misr y en el Cairo, y por medio de espías, se cuidó de averiguar si judíos y cristianos se conformaban á ellas exactamente, lo que fué causa de que un gran número de una y otra religion abrazasen, aunque en la apariencia, el islamismo. La destruccion de las iglesias tuvo lugar especialmente en el 403, y mas de treinta mil templos y capillas, fueron robados y derruidos hasta fines del 405 en todo el Egipto y la Siria, corriendo la misma suerte las sinagogas de los judíos. En el 404, á las antiguas obligaciones con que ya estaban sobrecargados los judíos y cristianos, añadió Haken, á los primeros, á llevar colgadas del cuello campanillas cuando entrasen en los baños, y que los cristianos, en igual caso, conservasen sus cruces para ser siempre distinguidos de los musulmanes, aun estando desnudos, y hasta señaló á estos, baños particulares para que no se mezclasen con los de los mahometanos, fijando á las puertas de aquellos sitios públicos una bola, ó una cruz, segun para quienes estaban destinados, la cruz en los de los cristianos, la bola en los de los judíos. Durante este mismo año, permitió, tanto á los judíos como á los cristianos que no quisiesen, ni renunciar su religion, para abrazar el islamismo, ni sujetarse á las leyes prescritas para ellos, el que abandonasen el pais sujeto á su dominacion, y se retirasen con cuanto les pertenecia al pais de los griegos, á la Nubia, ó la Abisinia, libertad de que hasta entonces no gozaron. Un gran número tomó este último partido y se espatrió del territorio musulman. No cesó el califa de declararse acérrimo protector del islamismo contra los judíos y cristianos, sino hasta el dia, en que por una de las mas impías estravagancias, manifestó claramente sus pretensiones á la divinidad.

Hamza, de orígen persa, fué el que se encargó, á fines del 405, de hacer reconocer la divinidad de Haken. En un principio, enseñó secretamente esta doctrina y tuvo prosélitos. Darazi, persa tambien, ó mas bien turco, y *Dai*, (misionero) de la secta de los Batenis, que creian en la metemsícosis, se hizo discípulo de Hamza, y tomó sobre sí la iniciativa de una manifestacion pública. Desde el año 407, declaró terminantemente, que Haken era el Dios creador del universo, y compuso un libro en el que decia, que el alma de Adan habia pasado á Alí, y que la de Alí habia pasado despues á los ascendientes de Hakem, deteniéndose al fin en este príncipe. Cuando Darozi, elevado ya por el califa á una dignidad eminente, leyó por primera vez este libro en la mezquita del Cairo, el pueblo escandalizado estuvo en poco en no matarle; pero huyó de su persecucion, y Hakem, que no se atrevió á protegerle abiertamente, le suministró se-

cretamente medios para que se retirase á Siria y estendiese su doctrina por las montañas, donde seria mas fácil introducirla entre el pueblo grosero y mas dispuesto á novedades, que en ellas habitaba. Llegado á Siria, Darazi se fué al valle de Teim-Allah, al poniente de Damasco, y no lejos de esa ciudad. Allí leyó su libro á los habitantes de aquella comarca y les invitó á reconocer á Haken por Dios; les distribuyó dinero y otros regalos; les insinuó el dogma de la metemsícosis; les permitió el uso del vino y de la fornicacion, y puso á sú disposicion, como de su legítimo dominio, la hacienda y vidas de cuantos rehusasen abrazar su creencia. De esta manera se condujo el discípulo, de quien dijo su maestro Hamza, que habia salido de debajo de la túnica del iman, es decir, que habia violado el secreto que aquel le habia impuesto para arrogarse de la superioridad. Hamza, verdadero autor del sistema religioso de los drusos, declara que Haken manifestó su divinidad en 408, y que él y sus ministros se conformaron con la voluntad del califa y le proclamaron como tal Dios en esta época.

Haken fué asesinado en secreto por los emisarios de su hermana, que creia su honor y vida en peligro, mientras existiese aquel, y como la muerte fué de esta manera, en aquellos primeros tiempos no hubo sino conjeturas sobre el modo y forma en que el pretendido Dios acabó sus dias. Sin esta incertidumbre, Hamza no hubiera podido esperar éxito alguno, del escrito que nuevamente compuso para sostener la confianza de sus sectarios, y en el que les anunciaba, que Haken no habia desaparecido de la tierra, sino á causa de sus pecados, prohibiéndoles ejecutar ni dar el menor paso para seguir sus huellas y descubrir el lugar de su paradero. «Este príncipe, dice Severo de Oschemunein, citado por Silvestre de Sacy, tenia el aspecto mas terrible que un leon; sus ojos eran grandes y feroces, no pudiendo nadie sostener su mirada; su voz era fuerte y aterradora; y á su carácter inconstante, se unian la impiedad, y crueldad, agregadas á la superstición. Se asegura, que en el curso de su funesto reinado, diez y ocho mil personas fueron víctimas de su ferocidad.» Tal es el Dios que los drusos adoran desde hace mas de ochocientos años.

Al proponer Hamza á la adoracion de los hombres á Haken, no se olvidó de sí mismo, pues él se constituyó como ministro del dios á quien servia y el órgano inmediato de su voluntad soberana para distribuir gracias y ejecutar sus venganzas, y así dijo de su persona: «Yo soy el señor del dia de la resurreccion, y por mi únicamente se han dado los beneficios que se suceden en su intervalo; soy el que abriga las leyes anteriores; el que estermina los discípulos del politeismo y de la mentira; que destruye los dos *Kibla*; que aniquila las dos leyes; que deja abolidas las dos profesiones de fé (es decir el *teuril* ó mahometismo literal fundado por Mahoma, y el *Tawil*, ó mahometismo alegórico, creado por Ali y los imanes de su raza); yo soy, el Mesías de las naciones; de mi fluyen las gracias, y por mi mano caerá la venganza sobre los politeistas... Soy el que comunica la doctrina á los ministros, y que destruye los discípulos del politeismo y de la irreligion. Yo soy el que desenvainó la espada de la religion unitaria, y quien esterminó á todo rebelde fiero é insolente. Soy el gefe del siglo, el poseedor de la demonstracion y el que guia á los hombres á la obediencia del Dios misericordioso.»

Para concluir, Hamza no construyó el edificio de su monstruoso sistema sino sobre ideas y alegorías, las que estaban muy en uso hacia ya mucho tiempo entre los musulmanes, sobre todo, entre los especiales y mas fervientes sectarios de Ali. «No hay términos hábiles, prosigue Silvestre de Sacy, para creer que Hamza hubiese podido, con buen éxito, establecer una creencia tan insensata, á no haber encontrado los espíritus preparados de antemano para adoptar sus dogmas. Pero tal era, en aquella época, la corrupcion y el fanatismo político de los partidarios de

Ali, y tal la mezcla de la abstracta filosofía de los griegos que se habia introducido en la primitiva sencillez de la doctrina del islamismo, que Hamza no tuvo que dar mas que un paso, para reunir alrededor de su infame divinidad á una turba estúpida, y completamente ignorante, dispuesta siempre á ser el juguete de cualquiera que quisiese tomarse el trabajo de seducirla.»

El ilustre orientalista que nos sirve de guia reasume así el sistema religioso de los drusos: «Reconocer á un solo Dios, sin tratar de penetrar la naturaleza de su ser y de sus atributos; confesar, que ese ser no está bajo el dominio de los sentidos, ni puede ser definido con palabras; creer que la divinidad se ha mostrado á los hombres en diferentes épocas, bajo la forma humana, sin participar por eso de ninguna de las debilidades é imperfecciones de la especie humana, y que se dió á conocer en fin, al principio del v siglo de la hégira, bajo la figura de Haken-Biarm-Allalh; que esta fué y será la última de sus manifestaciones, despues de la cual, ya no hay que esperar ninguna; que Haken desapareció del mundo en el año 411 de la hégira, para probar la fé de sus servidores, dar lugar á la apostasía de los hipócritas y de los que no habian abrazado la verdadera religion, sino por el interés de las recompensas mundanas y pasageras; que en su dia, se aparecerá lleno de gloria y magestad para triunfar de todos sus enemigos, estender su imperio sobre toda la tierra, y hacer felices para siempre á sus fieles adoradores; creer que la *Inteligencia universal* es la primera de las criaturas de Dios, y la única produccion inmediata de su omnipotencia; que esta se ha mostrado en la tierra en la época de cada una de las manifestaciones de la divinidad, y que apareció en fin en el tiempo de Haken bajo la figura de Hamza, hijo de Ahmed; que por su ministerio fueron producidas todas las demás criaturas; que Hamza, él solo, es el que posee el conocimiento de todas las verdades, el primer ministro de la religion verdadera, y el que, mediata ó inmediatamente, comunica á los demás ministros y á los simples fieles, aunque en proporciones diferentes, los conocimientos y gracias que directamente recibe de la divinidad, de la que es el único y esclusivo órgano; que él solo tiene inmediato acceso cerca de Dios, y sirve de mediador á los demás adoradores del Ser supremo; reconocer que Hamza es aquel á quien Haken cedió su espada para hacer triunfar su religion, vencer á todos sus rivales, y distribuir las penas y recompensas, segun los méritos de cada uno; conocer á los demás ministros de la religion, y tributarles la obediencia y sumision que á cada uno es debida; confesar que todas las almas han sido creadas por la inteligencia universal; que el número de hombres es siempre el mismo, y que las almas pasan sucesivamente á diferentes cuerpos, y que ellas se elevan, por su adhesion á la verdad, á un grado superior de escelencia, ó se envilecen, prescindiendo de la meditacion de los dogmas de la religion; practicar los siete mandamientos que la religion de Hamza impone á sus sectarios, y que principalmente exigen de ellos la veracidad en las palabras, la caridad para con sus hermanos, y la sumision y resignacion mas completa á la voluntad de Dios; confesar que todas las religiones precedentes no fueron sino figuras mas ó menos perfectas de la verdadera religion; que todos sus preceptos ceremoniales no fueron mas que alegorías y que la manifestacion de la verdadera religion lleva consigo la abrogacion de todas las demás creencias: tal es en compendio el sistema de la religion que enseñan los libros de los drusos, cuyo fundador fué Hamza, y á cuyos sectarios se les llama *unitarios*.»

Hamza y los demás escritores drusos estaban interesados en combatir las opiniones musulmanas, ya fuesen las de los *sunnis*, ó apegados á la letra del Alcoran, ya la de los *Ismaelis*, partidarios del sistema alegórico, rodeados como estaban de mahometanos de estas dos sectas, á quienes causaba horror su

doctrina, y pusieron su empeño en probar, que aquellas dos religiones no eran sino símbolos y figuras de la religion unitaria y que la manifestacion de la realidad, daba por inútiles y nulos esos emblemas. Pero de los cristianos y los judíos, cuya existencia era precaria bajo el jugo musulman, y su número además poco considerable, respecto al de los mahometanos, los unitarios nada tenian que temer y así se encuentran en los escritos de Hamza algunas raminicencias de ambas religiones. Beha-Eddin es el que mas veces entra en polémica con los cristianos. Este misionero del error, contrariado en Siria por los musulmanes del pais, á quienes tambien se unieron los cristianos para oponerse cada uno por su parte, á los progresos de la nueva secta, pretende probar á estos últimos, que habian alterado la verdadera doctrina del Mesías, y falsificado el evangelio, que segun él, contenia los mas claros y precisos anuncios de la doctrina unitaria; para eso, altera casi todos los testos que cita, para plegarlos á la interpretacion que quiere atribuirles. Nada se opone á creer que los drusos acogieron en sus montañas á los restos del ejército de los cruzados, y así puede esplicarse mejor, en esta hipótesis, el porque, á las ceremonias mahometanas, que por tradicion aquellos conservan, se hayan despues agregado máximas y prácticas sacadas del cristianismo, resultando de todo una amalgama monstruosa (1).

Las *Cartas edificantes* dicen de estos pueblos: « Nosotros sabemos, que hay dos clases de drusos, los unos llamados en árabe *Ukhal*, es decir, los *espirituales*, y otros nombrados *Djinkhal*, ó séanse los *ignorantes*. Los espirituales se distinguen de los otros por su trage, que es siempre de color oscuro. Además estos no llevan consigo puñal, ni otras armas en la cintura, y pretenden distinguirse de los otros por su conducta mas arreglada. Rara vez se presentan en público, y retirados en sus grutas, demuestran querer alejarse de los placeres del mundo. Tienen horror á todo lo que sea de pertenencia agena, hasta el punto de rehusar cualesquier don que se les hace, por temor de aceptar cosa que no sea legítimamente adquirida. Mejor reciben cualquier dádiva de un campesino, que de un rico ciudadano, persuadidos de que aquel nada les dará que no sea ganado con el sudor de su frente. Estos *espirituales*, por otra parte, se conforman con el Alcoran, sometiéndose á la circuncision, al ayuno del ramadan, á la abstinencia del puerco, y á otras supersticiones musulmanas. En cuanto á los drusos de la otra clase, ó *ignorantes*, jamás se encuentran en las asambleas de los espirituales, é ignoran el secreto de sus misterios. Puede asegurarse que casi viven sin religion, y por consecuencia, en un libertinage que creen serles permitido, y juzgan llenados todos sus deberes, recitando algunas preces en honor de su legislador Haken, siendo la mas comun, en términos árabes: *Ma fi-Jlah illa hue*; es decir: No hay mas Dios que él. Esta oracion es su profesion de fé. La repiten muchas veces, y sobre todo, cuando dan culto á su estátua, lo que únicamente se vé en dos poblaciones, que son las esclusivas que tienen el honor de poseer el simulacro de su gran legislador. Esta imágen, segun su ley, debe ser de oro ó de plata, y la guardan en una caja de madera, sacándola solo en las grandes ceremonias. Hablando al ídolo creen hablar al Dios mismo; tan grande es su veneracion hácia él. Las dos ciudades en que únicamente se conserva esta estátua, son Bagelin y Fredis, situadas en las montañas. Los gefes de los drusos tienen allí su residencia. »

Mr. Leroy, Lazarista, nos pinta un cuadro aun mas sombrio de las creencias y culto de los drusos: « Su religion es tan infame, dice,

(1) Estos cristianos de que aqui se habla, y los que dan fundamento á una nueva opinion sobre el orígen de los drusos, dicen, que se refugiaron á esas montañas bajo el mando del conde de Dreux, y de aqui les vino el nombre de drusos. Añaden las crónicas, que despues de haberse fortificado en el centro de estos desiertos, casaron con las hijas de los habitantes de los lugares vecinos, y que no teniendo ningun sacerdote, fueron insensiblemente olvidando la doctrina católica, acabando por dejar de ser cristianos, sin que por esto se hicieran musulmanes. (N. del Trad.)

que no se atreven á declararla, haciendo de ella un secreto impenetrable. Tienen su palabra de órden ó consigna como los francmasones, y el que la revelase, lo pagaria con la muerte. Sin embargo, hoy dia se sabe que ellos adoran el becerro.» Silvestre de Sacy, habla tambien del culto tributado á Haken bajo la figura de un becerro, y añade que el sábio Adler ha publicado uno de estos monumentos de su supersticion, copiado del museo del cardenal Borgia. Sin embargo, el célebre orientalista cree, que este culto, lejos de estar prescrito, ni aun autorizado por la doctrina primitiva de los drusos, y prescripciones de Hamza, es por el contrario una innovacion introducida en la religion unitaria por el gefe de una secta herética. Antes de Silvestre de Sacy, Ventura habia dicho, hablando de las reuniones de los drusos: «No podemos formar sino ideas vagas de lo que pasa en estas misteriosas asambleas de los adeptos; todo lo que se ha podido descubrir, es que ellos presentan en ellas un becerro de oro; que leen ciertos libros sagrados y que dan una interpretacion cabalística á cuanto en ellos se trasmite por la tradicion. Creo que el becerro, lejos de ser objeto especial de su culto, como se piensa comunmente, no se espone á la vista de los adeptos, sino como emblema de otras religiones dominantes, que han sido destruidas por su legislador, y fundo mi opinion, en sus mismos libros sagrados, que sin cesar reclaman contra la idolatría, y que comparan al judaismo, al cristianismo y al mahometismo con un becerro, y aun con el búfalo.»

La proximidad de los drusos y de los maronitas, justifica los detalles poco mas ó menos como los acabamos de espresar. Los misioneros, que evangelizan en el Líbano, no pueden predicar la verdad católica á estos, sin aprovechar cuantas ocasiones se les presenten de hacerla brillar á los ojos de sus vecinos, condenados por la mas absurda de las idolatrías, á la oscuridad mas lamentable, y con solo demostrar el abismo de la barbárie é ignorancia en que habian caido los drusos, hemos hecho entrever lo inmenso del servicio que han prestado la causa de la humanidad los apóstoles que se han dedicado á convertirles.

Al hablar de las misiones de la Siria, el P. Besson, dice: «Ellas son santas porque han sido consagradas por la mision de Jesucristo, que las ha cultivado. Pueden llamarse tambien divinas, porque sus misioneros tienen el honor de seguir los pasos del Salvador, concluyendo con el ausilio de sus ejemplos y de su gracia, lo que él dejó comenzado. La accion les es absolutamente necesaria para la conversion de los pueblos; los sufrimientos para su propia perfeccion, y la meditacion de los misterios de nuestra salvacion, para mantenerse unidos con la causa principal, que les anima á trabajar y á sostener su valor para las acciones heróicas y un padecer insoportable. Los sufrimientos con especialidad, son el patrimonio, ahora mas que antes, de los PP. de Tierra santa, porque los musulmanes y aun los cristianos de Palestina, habituados á la antigua manera de vivir de los conventuales y acomodándose poco á la estrechez y austeridad de los franciscanos Observantes que les han sucedido, les han prodigado injurias y causado no pocas estorsiones. La sábia conducta del hermano Francisco de Plasencia, guardian de Monte-Sion, puso algun coto á estos desórdenes. Habiendo sido desterrados á Jerusalen, por órden del sultan de Egipto, los dos almirantes Khathibey, y Isbel y viéndose estos, á causa de su desgracia, desamparados aun de sus propios amigos, Fr. Francisco les trató con una caridad enteramente cristiana, y les suministró generosamente cuanto pudieron necesitar. Dios permitió que los misioneros recogiesen el fruto de su humanidad. El sultan reconoció despues la inocencia de los desterrados y les colmó de honores, y habiendo llegado á morir este príncipe, Khathibey le sucedió en el trono. Al saber esta novedad, el guardian de Monte-Sion mandó dos religiosos para felicitarle por su advenimiento. Reconocido el nuevo sultan de Egipto del buen trato

y correspondencia que habia merecido de su superior, les recibió con estremada benevolencia, y constituyó á Isbel, su antiguo compañero de desgracia, protector especial de todos los franciscanos existentes en sus Estados. Este cumplió tan bien su cometido, que no toleró el menor insulto hecho á los hijos de S. Francisco. Habiendo el gobernador de Jerusalen puesto en prision al P. Jacobo de Magnavaca, guardian á la sazon de Monte-Sion, y exigídole cien escudos de oro, el sultan cuando lo supo, encarceló al gobernador en la misma prision de donde fué sacado el religioso; le mandó apalear, y le privó de su cargo. El gobernador del Cairo, por su parte, tampoco permitió que se cometiese injusticia alguna con los franciscanos. Por último, Juan Thomarelli, nombrado guardian de Monte-Sion, aprovechó la buena voluntad del sultan y logró permiso para reparar la iglesia de Belen y del Santo Sepulcro. Como Juan de Navarra, senescal de Jerusalen y conde Palatino, no pudiese por sí solo subvenir á todos los gastos de reparacion de los santos Lugares, se solicitó de todos los príncipes cristianos un socorro para ello, ý Sixto V les exhortó por su parte en el año 1476.

Al año siguiente, un celo indiscreto del guardian de Monte-Sion, Alejandro de la Paille, le inclinó á comprar, sin permiso de sus superiores, dos casas de labor en Chipre, para el sostenimiento de los santos Lugares. Apenas supo este hecho Fr. Pedro de Nápoles, vicario general de la Observancia, que le reprendió severamente por el escándalo que acababa de dar, queriendo hacerse propietario, cuando debia estar seguro que Jesucristo, que murió pobre, nunca dejaria de proveer, como lo habia hecho hasta entonces, á las necesidades de los imitadores de su pobreza, y guardianes del Santo Sepulcro. El vicario hizo anular la venta, prohibiéndole cobrar el menor rendimiento, aunque estuviese vencido. Seis dias despues de haberle así amonestado supo el General, que el guardian de Monte-Sion, objeto de sus reconvenciones, al ir á ver al sultan de Egipto para tratar con él algunos negocios, le atacó una dolencia súbita en medio del desierto de la cual espiró, abrazado piadosamente con la cruz, el viernes santo, 20 de marzo de 1477. «Dios permitió, dice Wadingo, que el que habia querido adquirir propiedades muriese fuera de su propia casa.» Los compañeros del guardian difunto, condujeron su cuerpo á Alejandría, donde fué sepultado en la iglesia de S. Marcos. Pedro de Nápoles ordenó entonces al vicario de Jerusalen que se conformase con lo que él habia prescrito al difunto guardian cuya conducta perjudicaba lo mismo á la regla que á la prudencia, pues nunca son mas edificantes los franciscanos, sino cuando guardan estrechamente y en todo su rigor la pobreza; y además, si supiesen los fieles que los guardianes de Tierra santa poseian rentas, su caridad se resfriaria por un lado, y por otro, los musulmanes aumentarian sus impuestos, y mal querria Dios dejar la guarda del Santo Sepulcro á los que no guardaban primeramente su voto. Tal era la razon y la conviccion profunda de los gefes de la Observancia. Las guerras, y la muerte de algunos insignes bienhechores, habian hecho, es verdad, disminuir de una manera notable las limosnas destinadas á la conservacion de los santos Lugares; Inocencio VIII, para suplir esta falta, resolvió establecer una pension sobre los mas pringües beneficios eclesiásticos de España, Francia y Borgoña; pero el vicario general de la Observancia, no pudiendo sufrir que fuese violada la regla en los mismos santuarios donde con tanta exactitud se habia conservado por espacio de dos siglos, obtuvo que el papa no remitiese á su destino los breves, que habia ya preparado con aquel objeto.

Aun reinaba Sixto IV, cuando el franciscano Marin fué enviado en calidad de nuncio de la Santa Sede al reino de Persia y á otros estados de ultramar, con los poderes mas ámplios para procurar la reunion de los hereges y cismáticos de Levante. Por su parte, Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, encargó tambien á un religioso franciscano, una mision á

Persia, con objeto de determinar á Uzum-Casan, á que moviese guerra á los turcos, cuya diversion le apartaria del pensamiento el hacerla á los cristianos. Este religioso era Luis de Bolonia, patriarca de Antioquía, de quien Ambrosio Contarini habla en los siguientes términos en la relacion de su embajada en Persia: «El 30 de mayo de 1475, dice, me encontré cerca de Tauris, al hermano Luis, patriarca de Antioquia, acompañado de seis soldados de á caballo. Estuve presente, cuando dió parte de su comision al rey y le ofreció los regalos que el duque de Borgoña le enviaba. Al mismo tiempo tuvimos los dos audiencia de despedida, juntos con Marco, embajador del gran duque de Moscovia, y partimos todos reunidos y acompañados de los embajadores que el Persa enviaba á la república de Venecia, al borgoñon, y al moscovita. A nuestro regreso, Marco, valiéndose de una traicion, hizo arrestar al hermano Luis en Moscovia, donde se le retuvo hasta principios del año siguiente, que yo obtuve su libertad.» Esta es la postrera mencion que se encuentra de este ilustre prelado, que desempeñó tantas misiones importantes en paises los mas remotos del oriente y con tanto provecho de la religion. La Polonia contigua á la Moscovia, donde fué tan indignamente apresado, formaba entonces una provincia de observantes, cuyos religiosos recorrieron con celo la Lituania, la Samogicia, la Rusia, la Valaquia, la Escitia, y la Tartaria, logrando convertir muchos idólatras y cismáticos. Sixto IV, á fin de alentarlos mas, les confirió todos los privilegios concedidos antes á los misioneros de la Bosnia y Tierra santa.

La llegada á Jerusalen, por este tiempo, de un sobrino del rey de Abisinia, fué una gran novedad para la Tierra santa. Este peregrino dejó su patria bajo el reinado de Beda-Marian I, que ocupó el trono, desde 1468 á 1478, y el que renovó la costumbre, ya interrumpida desde el siglo x, de desterrar á los príncipes sus parientes á una montaña inaccesible, segun atras dejamos dicho, y escogió esta vez para este objeto las grandes rocas del Dher. «La cumbre del Dher, dicen MM. Combes y Tamisier, se eleva, al unirse con los rios de Uact y de Cachini, como una torre inmensa sobre los profundos valles y hondonadas que han formado sus corrientes, las que hacen de esa roca una especie de península, cuya posicion es admirable para proteger las fronteras, porque esta montaña no tiene mas que una sola senda practicable, que es imposible pasar á viva fuerza con solos los medios de defensa, conocidos en Abisinia. La cumbre está compuesta de prismas de basamento polígono encadenados unos con otros; y en los puntos en que la tierra vegetal ha desaparecido, esta disposicion natural dá al conjunto, el aspecto de un pavimento artísticamente construido. Para subir á esta roca colosal no hay mas que un tránsito difícil, y á los trescientos veinte piés de elevacion, la montaña ya es inaccesible por estar cortados sus flancos, y aun inclinados hácia dentro. Aunque sea imposibie á un hombre llegar hasta la cúspide por otro paso diferente del que ya hemos hablado, las monas y micos sin embargo suben por todas partes pára comerse los frutos. La planicie superior está cubierta de praderas y campos cultivados; pero la vegetacion es pobre. Hácia el centro brota un manantial de agua abundante que basta para el consumo de hombres y aniles... En ciertos puntos, las vertientes de la roca están enteramente desnudas, mientras que en otros se alzan algunos árboles, cuyas raíces, como grifos, se agarran á las hendiduras de las piedras donde hay alguna tierra para buscar su jugo.» Tal fué el sitio que se adoptó como lugar de destierro á los príncipes, en vez del antiguo de Devra-Damo. Sin embargo, la órden de relegacion no debió comprender á todos, puesto que uno de ellos pudo venir á Jerusalen. Este, desde su llegada, obtuvo del sultan de Egipto, que durante su permanencia en la ciudad santa, quedasen siempre abiertas las puertas del Santo Sepulcro para todos los cristianos. El se alojó en el convento de los franciscanos de Monte-Sion, y

asistió á todos los oficios de Semana santa y pascuas con todo recogimiento y devocion.

Avisado Sixto IV de este acontecimiento y sabedor además de que el príncipe abisinio deseaba volver á su patria acompañado de algunos franciscanos, autorizó al guardian de Jerusalen para que se cumpliesen sus deseos. Para ello se contaba con que serian bien recibidos del rey Beda-Mariam, favorable á los católicos. Bruce niega que el Negus de Abisinia se inclinase á favor de la iglesia romana; pero él se refuta á sí mismo, refiriendo este rasgo, indicio á la verdad muy marcado de una preferencia por la verdadera Iglesia. Tambien poseia el afecto de Beda-Mariam el pintor veneciano Branca-Leon, á quien Zara-Jacob, antecesor de Beda, estimó mucho por haber decorado, durante su reinado, muchos templos con retratos de diferentes santos de Abisinia. Cuando en esto se hallaba ocupado ese artista, se le ocurrió pintar al niño Jesus en brazos de la Vírgen, cogido, como se acostumbra en Europa, con el brazo izquierdo de María. Pero como en oriente, á la mano izquierda se la mira con un cierto desprecio, tanto, que en la mesa jamás se sirven sino con la derecha, los monjes abisinios, en su ignorancia, se incomodaron mucho con el pintor, que segun ellos trataba al niño Jesus con desdén y poca decencia. Pero enamorado el Negus de la belleza del cuadro, y superior á tan groseras preocupaciones, detuvo la persecucion que se iba levantando contra Branca-Leon, al ver la aprobacion que la obra mereció del príncipe. El cuadro ocasion de tanta disputa, se colocó al fin en el altar de Atrusa-Mariam, iglesia que habia quedado intacta durante la invasion de los musulmanes, bajo los reinados de David III y de Claudio. Tal era Beda-Mariam, que se suponia entonces que existia, cuando el guardian de Monte-Sion nombró para ir á Abisinia á los hermanos Francisco Sagera, español, Juan de Calabria y Bautista de Imola. El primero cayó malo en el camino y volvió á Jerusalen y los otros dos, despues de un trabajoso viage de once meses llegaron á la capital de Abisinia; pero á la sazon, Beda-Mariam ya habia muerto y su hijo Iscander, que reinó desde el 478 al 495, mal dispuesto en favor de los latinos recibió á los franciscanos friamente

Antes de morir Beda-Mariam, habia enviado dos embajadores á Sixto IV. Estos llegaron en el intervalo del viage de los otros á Jerusalen, donde uno de ellos apostató, abrazando el islamismo. Tomóse entonces el partido de que acompañase al otro Fr. Griffon, eslavo, quien pereció en el camino, víctima sin duda de la perfidia del embajador abisinio ó de algun otro crímen. Su cuerpo, arrojado en medio de una espesa maleza, respetado de la corrupcion y de las aves de rapiña, fué hallado, como dice Wadingo, por medio de una luz celeste que se apareció en el sitio donde se encontraba.

Los hermanos Juan de Calabria y Bautista de Imola, permanecieron tres años en Abisinia, sin recojer gran fruto. Sixto IV que tenia esta mision en su corazon, destinó á otros varios Observantes para que hiciesen aquel viage, el cual no pudo por entonces realizarse por mala inteligencia del general Pedro de Nápoles, que estaba ignorante de lo que el papa habia dispuesto, pero comprendiendo éste, lo mismo que el pontífice, la necesidad que habia de enviar ausiliares á los franciscanos que se encontraban en Abisinia, los mismos que habian designado el papa recibieron esta direccion, dándoles por superior al P. Antonio de Monza, docto religioso y elocuente predicador.

La Abisinia, situada en la costa occidental del Africa habia recibido ya las luces del cristianismo desde muchos siglos atrás. Ahora veremos como la divina antorcha de la fé iluminó á la costa occidental de este vasto continente (1).

(1) Sobre la introduccion del cristianismo en Abisinia por los PP. dominicos en el siglo XIII y XIV, número de monasterios que allí se fundaron, santos y mártires que de ella salieron véase la Historia de los reinos de Etiopia escrita por el Presentado Fr. Luis de Urreto impreso en Valencia por Mey el 1610, libro que se ha hecho ya muy raro y que trae noticias curiosísimas,

CAPÍTULO XXVI.

Viages de los portugueses á la costa occidental del Africa, hasta el Cabo de Buena Esperanza. — Sus primeras relaciones con la Abisinia.

Hemos dejado revindicado para la Francia el honor de haber llevado, la primera, la luz de la fé á la Senegambia, á la Guinea y á las islas Canarias. El reino de Portugal, á su vez puede gloriarse igualmente de las luces que procuró á las vastas regiones del Africa, del Asia y de la América, envueltas en las tinieblas del islamismo ó de la idolatría, hecho tanto mas digno de admiracion, cuanto que considerados los estrechos límites y escasos recursos de este reino, parecia que no fuese capaz de abarcar tan grandes empresas. Pero la providencia que, cuando algunos pueblos se hacen dignos del don de la fé, alterándola por la heregía, sabe transportar ese precioso tesoro á otros paises, colocó al Portugal en situacion de secundar los inescrutables caminos de su sabiduría y misericordia. En lucha abierta y contínua, así como el resto de la península ibérica, contra los moros, Portugal, no solo los arrojó de su seno y los obligó á repasar el mar, sino que reinando Juan I, les persiguió en la misma Africa, y les quitó la importante plaza de Ceuta en 1415, condenando á los musulmanes á permanecer en la defensiva. Desembarazada de este obstáculo la nacion portuguesa, una de las mas pequeñas y oscuras de la Europa produjo entonces héroes, que á fuerza de prodigios de audácia y habilidad adquirieron á su patria un vasto imperio y un eterno renombre, proporcionando al mismo tiempo á los apóstoles de la fé un camino abierto y una tierra casi sin límites para emplear en ella su celo con generoso ardor (1).

que sin duda no consultó Henrion cuando al hablar de esto no cita mas que á Fontana y á Paramo. Véase la pág. 256 de este tomo. (N. del T.)

(1) Muerto D. Juan I le sucedió en 1433 D. Duarte su hijo. Su [illegible] hermano D. Fernando acompañado del otro hermano D. Enrique emprendieron la conquista de Tánger, pero con éxito tan desgraciado que D. Fernando quedó hecho prisionero de los moros y en cambio de su persona, los musulmanes exigieron imperiosamente la plaza de Ceuta. Conducido á Fez el príncipe con algunos servidores leales, aguardaba el resultado de su rescate. La entrega de Ceuta á los moros se iba dilatando pues á ello se oponia el consejo del rey, y despues de seis años de cautiverio, minado por una cruel disentería falleció el infante en su prision el 5 de junio de 1443. Despues que supo el rey moro que habia muerto, desesperado, por haberle faltado la prenda en que confiaba poder lograr la restitucion de Ceuta, mandó desollar el cadáver, y henchido de paja que lo colgasen sobre el muro de la ciudad en la puerta de Beb-el-Cera. Allí permaneció muchos años, segun Mármol, hasta que la fuerza de los temporales lo consumió todo. Los servidores del príncipe sin embargo pudieron conservar el corazon del noble Infante, que fué religiosamente llevado á Portugal por su secretario, y depositado en el monasterio de Batalha donde descansan los restos de la Casa de Avis, en la tumba que el anciano rey D. Juan I habia mandado preparar para sus hijos. Entre los góticos adornos que se enlazan sobre el sepulcro se lee la divisa del Príncipe. « *El bien me agrada.* » De esta catástrofe sacó Calderon de la Barca argumento para una de sus mejores comedias titulada: *El Príncipe Constante.* Hemos creido oportuno adelantar estas curiosas noticias que omite Henrion como preliminar á las empresas portuguesas de Africa.

Es menester no olvidar por otra parte los medios que la providencia tenia ya preparados de antemano para la realizacion de estas espediciones de ultramar que bajo el mas elevado punto de vista habian de hacer entrar tantos millones de almas en la gran familia cristiana. La invencion de la pólvora y de las armas de fuego aseguró por de pronto á los pueblos civilizados una superioridad decisiva sobre los otros pueblos, degenerados hasta la barbárie, haciendo que las conquistas fuesen tan fáciles como los viages. La imprenta, por otro lado, reproducia las obras maestras que el tiempo y las revoluciones habian perdonado, y proporcionaban á los modernos todos los conocimientos antiguos. La geografía, mucho mas que las otras ciencias, se resentian del fuerte impulso con que la enriquecian espíritus ardientes y vigorosos, y el génio de la navegacion, mas asegurado en sus empresas, por la invencion de la brújula, pudo apoderarse de los mares, y recorrerlos á su antojo.

Enrique, hijo tercero de Juan I, acompañó á su padre al sitio y toma de Ceuta, y allí llegó á entender que los estados del norte de Africa, se enriquecian con el comercio con la Guinea, y desde entonces concibió la idea de asegurar á su patria este medio de prosperi-

dad. Sus relaciones con los mahometanos y con los judíos, establecidos en la costa y traficantes muy antiguos en aquellos paises, le esplicaron claramente lo mismo que los viages de los antiguos, y las relaciones modernas le habian hecho conjeturar. Desde entonces ya vió muy probables los itinerarios de Hannon y de Scyllax, y no consideró como una fábula la circunnavigacion de Eudoxio de Cyzico. Animado del deseo de estender las relaciones del Portugal, pensaba además, como católico, y como gran Maestre de la Órden de Cristo, fundada para combatir á los enemigos de la ley de Jesucristo, en propagar por medio de pacíficas conquistas los límites de la cristiandad. Su natural inclinacion le habia hecho cultivar con aprovechamiento el estudio de la geografía, y las demás partes de las matemáticas. Retirado en su palacio de Sagres cerca del Cabo de S. Vicente, donde la vista del mar inflamaba de contínuo sus aspiraciones y esperanzas, fué poco á poco madurando su proyecto, y la casualidad se lo fué desarrollando (1).

Dos caballeros que estaban al servicio de este príncipe, fueron enviados á hacer descubrimientos en 1418, y la tempestad les arrojó sobre una pequeña isla que recibió de aquellos el nombre de Porto-Santo. Al año siguiente, encontraron otra, un poco al sud, la que por su estension, dulzura de su clima, y abundancia de sus producciones, es la mas considerable de la mar occidental. Un inglés, llamado Macham, ya anteriormente habia quedado allí abandonado con un compañero, y habia edificado una capilla, y despues, formándose una especie de lancha con un tronco de árbol pudo ganar embarcándose en ella, la costa de Africa (1). Como esta isla estaba casi toda cubierta de árboles, los portugueses la llamaron Madera. (Pl. XIX, n.° 2.) Para alentar mas al príncipe Enrique, el rey Eduardo su hermano le cedió durante su vida, el señorio y dominio de Porto-Santo, de Madera, y de las demás tierras que pudiera descubrir en la costa occidental del Africa, afectando en particular la jurisdiccion espiritual de la Madera á la Órden de Cristo, con consentimiento del soberano pontífice. En consecuencia de esta donacion, el infante hizo edificar por de pronto en la isla de Madera, dos iglesias, la primera, bajo la advocacion de Ntra. Sra. de la Ascension, y la otra, de Ntra. Sra. de Cagliao. La primera erigida despues en arzobispado, disfrutó por mucho tiempo de la supremacia de las Indias.

El príncipe Enrique, participaba de una preocupacion que corria por entonces, y era el temor de que si los blancos avanzaban hácia el Ecuador, se transformarian en negros; pero esta prevencion general no contuvo á los navegantes portugueses que avanzaron por la costa de África hasta el Cabo Blanco.

Con el fin de poner bajo la proteccion de la Santa Sede, una empresa que tenia por objeto la propagacion de la fé, el príncipe envió á Roma el 1430, á un caballero de la Órden de Cristo, para conferenciar con el pontífice. Admitido en pleno consistorio, á los

(1) Este Cabo Sagrado como le llamaban los antiguos, este punto estremo de nuestro mundo, tambien escogido para ir en demanda de los mundos nuevos, no era solitario ni abandonado como lo está en el dia. El gran Maestre de Cristo que lo habia elegido para su residencia avivaba aquellas desiertas playas y comunicaba una parte de su heróico afan á aquellos pobres marineros que no se ocupan en el dia mas que de sus redes, y que en aquel tiempo, sirviéndonos de la espresion de un poeta antiguo se afanaban por arrojarlas sobre el mundo. El pequeño convento solitario que allí se levantaba mostraba su humilde torre al estremo del Cabo y servia de refugio á los peregrinos que acudian á honrar al mártir cuyo nombre es venerado en aquellas playas. Dos leguas mas allá de Sagres, cuyo nombre recuerda el *Promontorium sacrum* de los antiguos, se alzaba el colegio marítimo del Infante situado á una legua al norte de aquella punta peñascosa donde termina la Europa. Ya nada de esto existe. (N. del T.)

(1) Supone la leyenda que este inglés, Machin queriendo pasar de Inglaterra á España con una mujer robada fué arrojado á esta isla por una tempestad. El puerto donde llegaron se llamó *Machics* á causa de este acontecimiento y como su amiga iba mareada, desembarcó en tierra con algunos. Al cabo de algun tiempo el buque dió otra vez á la vela; pero ella murió de pesadumbre. Machin que la idolatraba construyó encima de su sepulcro una ermita que puso bajo la invocacion de Jesus y antes de marchar grabó en una piedra su nombre y el de su compañera. Llegado á la costa de Africa Machin en la balsa, los moros consideraron este suceso como un milagro, le presentaron al rey del pais y éste los envió al rey de Castilla. Tal es en pocas palabras este episodio novelesco que engalanó con su hermoso estilo Francisco Manuel en sus *Epanaphoras*. (N. del T.)

piés de Martino V, el caballero ponderó el celo de Enrique, que por espacio de veinte años, habia hecho un gasto verdaderamente real para descubrir paises inmensos, cuyos habitantes, esclavos del islamismo ó de la idolatría, gemian despues de muchos siglos, bajo el yugo tiránico del demonio. Añadió, que el principal objeto de estos viages era la gloria de Dios, y el acrecentamiento del rebaño del buen Pastor; en cuya empresa los portugueses comprometian sus bienes y aun su vida, por lo cual, reconociendo su celo por la estension de la fé, suplicó al papa que concediese en pleno dominio y soberania á la corona de Portugal, todas las tierras que se descubriesen á lo largo del África, hasta las Indias inclusive, puesto que se debian considerar, como poseedores injustos, todas las naciones infieles que en aquellas se habian establecido, y cuya eterna salvacion se procuraba; y suplicaba además al pontífice que espresamente prohibiese á todos los demás príncipes cristianos, bajo las penas canónicas mas graves, el que estorbasen á los portugueses en sus empresas, y menos que se estableciesen en los paises por ellos descubiertos, y que naturalmente eran suyos; y por último, que como aquí era cuestion del bien de las almas, pedia además al vicario de Jesucristo, que abriese los tesoros de la Iglesia en favor de aquellos, que esponiéndose á merced de un elemento traidor, se esponian á perecer en medio de las olas, lejos de su patria, y privados de todo ausilio espiritual y corporal. Martino V concibió de este discurso grandes esperanzas en lo futuro para la religion, y así espedió una bula en la misma forma y tenor que el infante deseaba. Estas donaciones y privilegios, fueron posteriormente confirmados y aumentados por los papas Eugenio IV, Nicolás V y Sixto IV. Por esto, ya no debe admirarnos que desde entonces las espediciones de los normandos de Dieppe, que ya no podian hacerse, sino de una manera clandestina, y por decirlo así, como de contrabando, por razon del esclusivo derecho revindicado por los portugueses, hayan dejado menos recuerdos que las anteriores, de que ya hemos dado cuenta. Cuando estas espediciones comenzaron de nuevo, sus antiguos establecimientos se encontraban ocupados por sus rivales, en plena posesion entonces del provecho y honor de los descubrimientos, y así no se presentaron en la costa de África, sino haciéndose temer y con barcos de comercio armados, uniendo á las especulaciones mercantiles, los peligrosos azares de la piratería.

En 1442, por primera vez, el África presentó á la vista de los portugueses el polvo de oro. Al año siguiente, ya doblaron el Cabo Blanco. Con permiso del príncipe Enrique, á quien se pagaba la retribucion que de derecho le correspondia, se formaron compañías particulares para continuar los descubrimientos. Doblóse el Cabo Verde, y se encontró el archipiélago de los Azores, cuya latitud es casi la misma que la de Lisboa. El gran número de aves llamadas *azores*, que se encontró en estas islas, hizo que se diese ese nombre á los tres grupos de aquellas que se descubrieron, que comprenden las de Santa Maria, San Miguel y las Fornigas, al sud-este; las Tercera, Graciosa, San Jorge, Pico y Fayal, al centro; Corvo y Flores, al nord-este. Su aspecto, su forma y naturaleza del suelo, anuncian su orígen volcánico, dice el sueco Hobbe, por eso los temblores de tierra son allí muy frecuentes. Aunque por su elevacion sobre el nivel del mar pueden ser vistos desde muy lejos; sin embargo, como las nieblas las cubren y envuelven en invierno, sucede á veces que no se las divisa sino á pequeña distancia. El clima de los Azores, es mas dulce que el de los demás paises europeos situados en igual latitud, y aun mas saludable. No se conocen allí los rigores del invierno, y no yela sino en Corbo, y sobre las cumbres de las montañas mas altas de las otras islas. Las tempestades, las lluvias y las borrascas, caracterizan el invierno. Los calores del estio son templados por los vientos y las brisas del mar, y la temperatura de la primavera y del otoño, y



aun de una parte del verano, es deliciosa. Esta benignidad del clima, facilita en lo general el cultivo, que en algunos puntos se hace con mucho trabajo, por la calidad de la tierra y desigualdad del terreno. Encuéntranse allí nabos, patatas y algunos otros vejetales de la zona torrida. Quieren decir que no existe en esas islas ningun animal venenoso. El mar suministra mucho pescado, y las tortugas son muy comunes. Al llegar á Corvo los portugueses, vieron con asombro en esa isla una estátua ecuestre cubierta con un manto pero con la cabeza desnuda, que tenia con la mano izquierda la brida del caballo, y que señalaba al Occidente con la derecha. Por lo bajo de la roca se notaban algunas letras grabadas que no pudieron entenderse; pero se conoció claramente que el signo de la mano miraba hácia la América. Así lo refiere Valkenaer en su historia general de los viages (1).

El archipiélago de Cabo Verde, situado á ciento y veinte leguas al occidente del promontorio de este nombre, fué descubierto despues de las Azores. Este se compone de diez islas principales, que son, al norte y mediodia, San Antonio, San Vicente, (Pl. XX, n.° 1.) Santa Lucía, San Nicolás, la isla de Sal, Boa-Vista, Mayo, Santiago, San Felipe y San Juan. Son estas igualmente que las otras, de naturaleza y orígen volcánico, y San Felipe, ó la isla del Fuego, tiene un volcan en actividad. Los negros Yolofs, originarios del pais, que se estiende entre el Senegal y la Gambia, arrojados sin duda por la tempestad á estas playas, llevaron á esas islas su falsa religion; pero el cristianismo se apareció allí junto con los portugueses para destruirla.

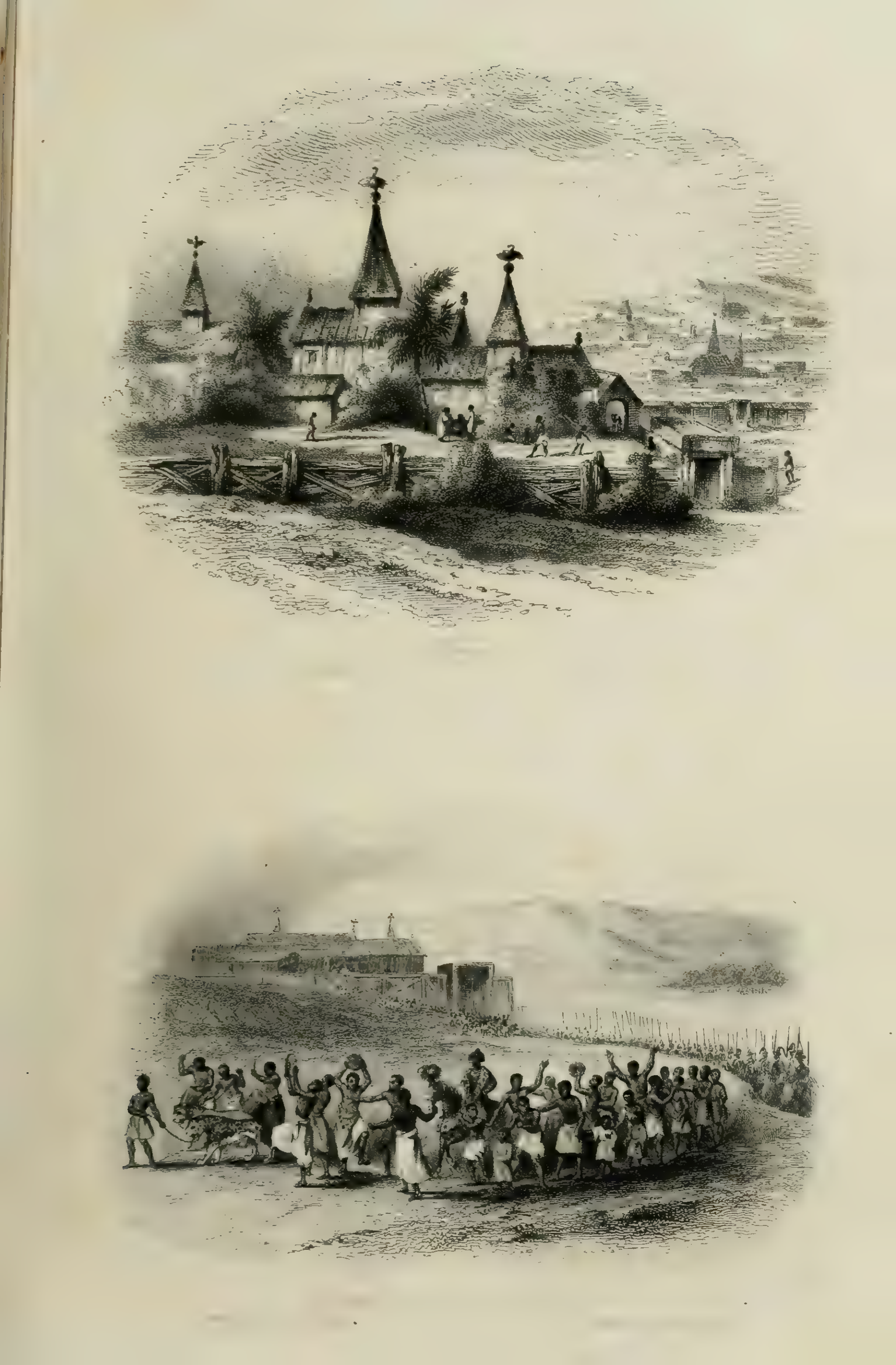
Portugal, bajo el mismo impulso del príncipe Enrique, siguió reconociendo por medio de sus navegantes, la costa occidental del África, desde el cabo de Non, que era el término de la navegacion española, hasta Sierra Leona. El franciscano Alfonso Bolano, retirado á una ermita con cuatro compañeros celosos, se preparó allí para evangelizar los paises nuevamente descubiertos por los portugueses, y el 12 de diciembre de 1462, Pio II le dió comision expedida en Todi, para que trabajase allí en la predicacion del evangelio, concediéndole iguales poderes y privilegios que los otorgados anteriormente al vicario y religiosos de las islas Canarias.

Despues de la muerte del infante D. Enrique, acaecida en 1463, los portugueses continuaron avanzando hácia el Sud. Conociendo por esperiencia Juan II, rey de Portugal en 1481, los grandes aprovechamientos del comercio con la Guinea septentrional, que Alfonso V su padre le habia concedido para el sostenimiento de su casa, pensó en que se construyese un fuerte en esta parte de la costa, donde se hacia el comercio del oro. Diego de Azambusa se apoderó de una eminencia que dominaba las habitaciones de los negros; alzó sobre ella la bandera de Portugal, y erigió al pié de un árbol un altar donde se celebraron solemnemente los santos misterios, como en señal de tomar posesion en nombre de Jesucristo, de estas tierras súbditas del demonio. El rey negro Karamansa, al ver ese aparato, se acercó á la costa, acompañado de gran número de sus vasallos, desnudos todos hasta la cintura, y cubierto el resto con hojas de palma. Todos estaban armados, unos de escudos y javalinas, otros de aros y flechas. Muchos tenian por cascos pieles arrolladas á la cabeza, lo que hacia su aspecto mas ridículo que imponente. Los brazos y las piernas del rey estaban cubiertas de planchas de oro, llevando al cuello una cadena del mismo metal y grandes zarcillos colgando de la barba. Precedíale una turba de músicos con instrumentos de mas ruido que armonia, tales como campanillas y trompetas de cuerno. (Pl. XX, n.° 2.) Si tan estraño cortejo hizo poca impresion en los portugueses, la vista de estos la causó muy grande en los negros.

(1) Varios autores del siglo XVI han hablado de este curioso monumento; pero desgraciadamente no han hecho mas que repetir una tradicion que debemos colocar entre aquellas relaciones del Oriente, al tenor de las cuales, la isla de Salomon está poblada de estátuas simbólicas que indican con su actitud alguna region encantada. (N. del Trad.)

Diego se puso á arengar á Karamansa, diciéndole que su rey Juan II, queria recompensar con un favor señalado la proteccion que concedia á su comercio. «Este beneficio, añadió Diego, consiste en haceros conocer á un Dios Señor y Criador del cielo y de la tierra, remunerador de aquellos que creen en su nombre, y á quien sirven con fidelidad todos los potentados de la Europa, que reconocen la magestad de este Dios, y someten su cerviz al yugo de su ley. Si vos mismo quereis reconocerle y recibir el santo Bautismo, que es la profesion pública de esta ley, el rey mi señor os considerará como á su hermano y aliado, puesto que estará unido con vos con el mismo lazo de religion, participando ambos en el cielo de una felicidad que no tendrá fin. Bajo este concepto, celebrará con vos un tratado de liga ofensiva y defensiva contra nuestros enemigos comunes, y una especie de sociedad de bienes, que hará afluir en vuestros Estados, todas las comodidades y riquezas de los suyos.» Diego concluyó su arénga, diciendo, que el interés de uno y otro exigian que los portugueses tuviesen sobre la costa, un establecimiento sólido y permanente, que fuese á la vez, un abrigo protector y una factoria de comercio. Al elevar este fuerte, los portugueses aprovecharon las antiguas obras de los normandos, y entre sus materiales, al descombrarlos, hallaron una piedra en la cual estaban grabadas las dos primeras cifras del número 1300, sin que pudiesen distinguirse las otras dos. Esta circunstancia reconocida ulteriormente por los holandeses, concurre á demostrar que la Francia fué anterior al Portugal, en el descubrimiento de este pais. En el sitio en que se erigió el primer altar cristiano, Diego hizo edificar una iglesia, que lo mismo que la fortaleza, tomó el nombre y la proteccion de San Jorge.

Desde la muerte del príncipe Enrique el reconocimiento de la costa se adelantó, desde Sierra-Leona hasta el cabo de Santa Catalina. Entre el fuerte San Jorge y este cabo, esta el reino de Benin (Pl. IX, n.° 1 y 2), donde los normandos no llegaron á penetrar, y del que por consecuencia aun no hemos tenido ocasion de describir su religion y supersticiones. El reinado de los fetiches se estableció en Benin, así como en Bure, en cabo Mezurado, en la costa de Oro y en Whida. Los negros reputaban aquí por Dios todo lo que veian de estraordinario. Sin embargo, creian en divinidades subalternas que servian de intermediarias entre ellos y Orifa, dios principal, á quien creian inmortal y Todopoderoso. En la persuacion de que este dios principal no tenia cuerpo, miraban como un absurdo representarle con imágenes sensibles. Daban el nombre de diablo á todo lo que era malo; pero sin tener figuras ó símbolos que lo representasen. Creian inútil el honrar á Orifa, porque era esencialmente bueno; mientras que al diablo, que era malo, y que podia hacerles daño, creian preciso apaciguarle con preces y sacrificios. Hablaban mucho de apariciones nocturnas de sus parientes y amigos difuntos para demandarles ciertas ofrendas, las cuales se daban luego que el dia clareaba, y si la fortuna del negro no le permitia hacer ese desembolso, lo pedia prestado á su vecino, antes que faltar á ese deber sagrado. Sus ofrendas mas comunes se limitaban á algunas habas cocidas y mezcladas con un poco de aceite; ofrecian alguna vez un gallo, pero si la sangre era para el fetiche, guardaban la carne para comérsela ellos. Los negros de categoría ofrecian sacrificios anuales con gran pompa, haciendo gastos considerables, matando muchos bueyes, vacas, y otros animales, y el banquete y la fiesta duraban muchos dias á los que asistian los amigos y parientes y se terminaba con mútuos regalos. Los negros de Benin, colocaban el sitio del infierno y el del paraiso en el mar. Creian que la sombra de un hombre era un ser real al que llamaban conductor, y que en su dia debia dar cuenta de la buena ó mala vida de aquel á quien no habia cesado de acompañar. Todas las casas estaban tan llenas de fetiches, que apenas habia algun espacio libre.



Estos ídolos tenian tambien en vez de templos sus chozas particulares, donde los negros iban algunas veces á ofrecerles sacrificios. Los fetícheres ó sacerdotes se atribuian á sí mismos una particular correspondencia y trato con el diablo y el arte de adivinar el porvenir por medio de una olla de barro con tres agujeros con el que hacian ciertos sonidos. Los negros consultaban con el fetiche en todas sus empresas de religion, y se gobernaban por sus decisiones. Estos fetícheres eran muy temidos y respetados de los pueblos, y los reyes, por su propia seguridad, y para garantirse de conspiraciones esteriores é interiores, habian establecido, como ley inviolable, que los sacerdotes, so pena de muerte, no podrian salir del reino sin su permiso, y que los de las provincias, no pudiesen, sin el mismo, entrar en la capital. Los habitantes de Benin temian mucho á una especie de aves negras, á las que, bajo pena de muerte, era vedado matar, y habia especiales ministros del culto para servirlas y llevarlas alimento en un sitio determinado de las montañas, que les estaba especialmente consagrado. El año para ellos, era de catorce meses, y el dia de descanso alternaba cada cinco dias, y se le celebraba con ofrendas y sacrificios; los pudientes inmolaban vacas, carneros ó cabras, mientras que el resto del pueblo se contentaba con sacrificar perros, gatos ó pollos, distribuyéndose á los pobres una parte de las víctimas, para ponerles en estado de tomar parte en la fiesta. Habia otros muchos dias consagrados á la religion. En la fiesta de aniversario, celebrado en honor del último rey muerto, se sacrificaban, no solo un gran número de animales, sino aun víctimas humanas, que por lo regular eran reos condenados á muerte y reservados para esta solemnidad. La costumbre pedia veinte y cinco. Si habia menos, los oficiales del rey recorrian las calles de Benin durante la noche, y aprendian indistintamente á cuantas personas encontraban sin llevar luz. Los ricos podian rescatarse, pero los pobres eran inmolados sin piedad. Este método de cojer hombres al azar, era muy ventajoso para los fetiches, porque recibiendo el precio de los que rescataban su vida, hacian luego creer al pueblo que los prisioneros habian sido muertos en secreto. Pero la fiesta mayor y mas notable de Benin era la que se llamaba fiesta del coral: se celebraba en el mes de mayo, y esta era una de las raras ocasiones en que el rey se dejaba ver en público. Un cordon ó cadena de coral era para los negros una señal de distincion, parecida á nuestras órdenes de caballería. Los que la habian recibido del soberano, estaban obligados á llevarle siempre al cuello, y la muerte hubiera sido el inmediato castigo del que se le hubiese quitado, por un solo instante. Los métodos adoptados para la justificacion de los acusados revelan tambien el espíritu de superstición de los negros de Benin. Habia cinco pruebas, de las que cuatro se usaban en causas ligeras y de órden civil, y la quinta era para las causas capitales. Por la primera, el acusado era conducido delante del feticher, que con una pluma de gallo le traspasaba la lengua. Si la pluma penetraba con facilidad, era señal de inocencia, la herida se curaba pronto y el reo quedaba absuelto, mas si la pluma se detenia y costaba trabajo hacerla pasar, el crímen se daba por probado. En la segunda prueba, se amasaba un poco de barro, en el cual se introducian siete ó nueve plumas de gallo, que la persona acusada debia sacar sucesivamente; si salian fácilmente, era señal de inocencia, y de criminalidad, si costaba trabajo arrancarlas. La tercera prueba era mas bárbara, y consistia en inyectar en los ojos del acusado el jugo de ciertas yerbas; si no sentia mal alguno, se le ponia en libertad; mas si los ojos se inflamaban y ponian encarnados se le declaraba culpable y pagaba una multa. En la cuarta, el sacerdote tocaba tres ó cuatro veces la lengua del acusado con un anillo de hierro hecho ascua, y su inocencia no se declaraba sino cuando no se quemaba. Por la quinta, al acusado se le conducia á orillas de un rio, al que se le atribuia la propiedad de que sus aguas sostenian sin ahogarle al

inocente, aunque no supiese nadar, mientras que sumergian al mas hábil nadador siendo culpable. Hé aqui las estravagantes y crueles supersticiones con que estaba embrutecido el reino de Benin. Celoso el rey de esta nacion de las ventajas que el comercio con los portugueses reportaba á sus vecinos, fingió inclinarse hácia el cristianismo, y para acreditarlo, mandó embajadores á Portugal, pidiendo misioneros que le fueron concedidos; pero la envidiosa codicia, móvil principal de su demanda, le descubrió muy luego. Despues de haberles hecho bautizar, compraba aun esclavos cristianos y no faltaron portugueses que no tuvieron escrúpulo en vendérselos. Este comercio odioso duró hasta el reinado de Juan III, que le prohibió bajo severísimas penas. Y por esto, dice un historiador portugués, «el cielo, que recompensa ciento por uno, permitió para recompensar la buena accion de este príncipe, que se descubriese por entonces una nueva mina de oro, mas allá de la de San Jorge.»

El soberano de Benin, no era enteramente independiente, pues recibia una especie de investidura de otro monarca, llamado Ogano que reinaba trescientas cincuenta leguas mas allá de su pais, y á quien, de cuando en cuando, enviaba grandes regalos para que le sostuviese en su puesto. Cuando el embajador del monarca de Benin, se presentaba á la audiencia de Ogano, jamás veia á ese soberano, que le contestaba por detrás de una cortina, y descubria solamente uno de sus piés, cuando queria indicarle que estaba concedida su peticion. La investidura consistia, en el don de una cruz larga de cobre, de la forma de las cruces de S. Juan de Jerusalen, y trabajada con esmero. Los portugueses, dedujeron de esta circunstancia, que Ogano era el Preste-Juan, del que ya nosotros hemos hablado, en la persona de Ung-khan, destronado por Djeuquiz-khan. «La idea del Preste-Juan estaba ya olvidada desde muchos años atrás, dice Mr. Avezac, y la noticia de su existencia, en el fondo del Asia, se perdió en una incertidumbre mas vaga aun, que las dudosas y oscuras indicaciones de los relatos anteriores. Los progresos del mahometismo; los trastornos políticos que causó la espada de Tamerlan, daban desde luego á entender, que no podia quedar sitio para un gran príncipe cristiano en medio de las naciones infieles. Buscóse, pues, al Preste-Juan en otra parte diferente de donde existió realmente. Karamzine, cita, como encontrada en los archivos de Kœnisberg, una carta de Conrado de Júngingen, gran maestre del órden Teutónico, fechada el 20 de enero de 1407, y dirigida al rey de Abasia ó Preste-Juan, y el sábio historiador ruso, aplica esta denominacion de Abasia, al rey de los Abases, de la region del Cáucaso, y no al rey de Abisinia, como parecia indicarlo la semejanza de ambos nombres. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que la idea de la existencia de un poderoso monarca cristiano en la Abisinia, se estendió entre los latinos, á causa de la venida á Jerusalen de los religiosos abisinios que hicieron esa peregrinacion. Juan de Lastic, gran maestre de Rodas, en su carta escrita al rey de Francia, Cárlos VII, el 3 de julio de 1448, habla del *Preste-Juan de la India*, en términos de no dejar duda que por él, entiende al Negus de Abisinia (1).»

No fué solamente con relacion á los embajadores del rey de Benin, por donde los portugueses oyeron hablar de Ogano. Ya anteriormente, estando en el Senegal, habian

(1) El origen de la palabra Preste-Juan, viene de *Ioannes Prebister*, nestoriano, que fué Kan de Tartaria, otros dicen que viene de las palabras persas *Preste Juan* que significan rey apostólico ó rey cristiano. Muller cree, que se dijo primeramente *Preste Cham* que es decir Kan Cristiano ó Emperador de los Cristianos, significando *Cham* rey ó emperador y *Preste* el nombre ordinario de los cristianos en Oriente. Otros dicen que *Preste* significa esclavo y que *Preste Cham* es lo mismo que Rey de los esclavos. Algunos quieren se tome este nombre del Persa *Preschichth*, *Gcham*, que significa el Angel del mundo. La dinastia de los Príncipes tártaros que llevaron este nombre, terminó de la manera que dice Henrion á manos de Giuglui-Kam, que dejó el título de Preste-Juan por el de Kan del Katay que es la China. Lo que parece pudo haber dado motivo á confundir este rey tártaro con el emperador de Abisinia, es el que estos pueblos llamaban á su soberano *Belul-Giam*, ó Juan Precioso, de donde los latinos modernos formaron las palabras *Pretiosus Joannes* y los portugueses y Españoles *Preste-Juan* como poco versados en la historia en aquella época. (N. del Trad.)

adquirido la certidumbre de la existencia de un príncipe cristiano, en el interior del Africa, independientemente, y sin tener en cuenta el dicho de los peregrinos de Jerusalen, donde ya existia un convento de abisinios.

« Los habitantes de la costa atlántica, dice Bruce, decian, que penetrando en el interior del pais, hácia el este, se encontraban muchas naciones poderosas, que habitaban en grandes ciudades, y que eran regidas por príncipes independientes unos de otros, y que mas lejos, al oriente de estas naciones, existia un soberano, cuyos súbditos no eran paganos ni idólatras; sino mitad judíos, mitad cristianos. Estos detalles, al parecer, procedieron del Senegal, por las caravanas. Ademas, el idioma de los negros, en su orígen, no fué mas que un dialecto del abisinio. Los negros etiopes, que se establecieron mas allá de Tebas, se dedicaron, y pusieron mucho cuidado en las letras. Ellos reformaron los caractéres geroglíficos, y casi no dudamos que fueron los inventores del alfabeto silábico de que se sirven actualmente en Abisinia, y el que verosimilmente fué el primer alfabeto conocido entre estas diversas naciones. En fin, lo cierto es, que los diferentes nombres empleados en el Senegal, son todos abisinios. Senegal, mejor dicho, Sénega, viene de *asenagi*, que en abisinio significa, mensageros y caravanas; *Dengui*, quiere decir, una piedra ó una roca; *Angueah*, es el nombre particular de un árbol del pais; *Anzó*, significa un cocodrilo; y todas estas palabras, son nombres de rios de Abisinia. »

Juan II, logró mas preciosos detalles sobre el Negus; cuando vino á Lisboa Behemoi, príncipe de los Yolofs. Biran, hermano de aquel, le habia designado por su sucesor; pero otro hermano de ambos, llamado Siveta, envidioso de esta preferencia, se vengó, matando á Biran, y apoderándose del poder. Behemoi, secundado por los soldados portugueses que Juan II mandó juntamente con los misioneros, en la esperanza de convertir al príncipe al cristianismo, opuso alguna resistencia; pero los plazos y dilaciones que puso este á su conversion, le hicieron sospechoso á sus ausiliares, que al fin le abandonaron; mas pidiendo de nuevo el príncipe socorro á Portugal, se comenzó por catequizarle, así como á veinte y cuatro yolofs, que vinieron en su comitiva. El obispo de Ceuta le administró el bautismo en diciembre de 1489, y Juan II le dió su nombre. Al dia siguiente, el rey le hizo caballero, dándole por armas, una cruz de oro en campo azul, con la cimera de Portugal. Behemoi, por su parte, le hizo pleito-homenage de los estados que iba á poseer; pero el rey, fundándose en la donacion de la Santa Sede, tomó el título de señor de toda la Guinea. Fiestas brillantes y pomposas se celebraron con este motivo en Lisboa, y Behemoi, junto con su comitiva, dieron á la corte de Portugal, el espectáculo de varias carreras á pié y á caballo, bajando y subiendo con una agilidad sorprendente; galopando de pié sobre el caballo, y haciendo otras pruebas de gimnasia ecuestre. Por último, Juan II despidió á Behemoi con ausilios para restablecerse en el trono, y para edificar un fuerte en el Senegal. Cuando este comenzaba á construirse, el almirante portugués, ya sea por temor de alguna traicion, ó por alguna venganza, hizo matar cobardemente al príncipe Yolof (1).

Los portugueses, persuadidos como hemos dicho, que Ogano no era otro que el Preste-Juan, equiparon de todo lo necesario, en agosto de 1486, varios buques para llegar por mar, dando la vuelta al Africa, á los estados de ese misterioso monarca. En esta travesía, Bartolomé Diaz, gefe de la espedicion, descubrió el Cabo de Buena-Esperanza. En la relacion que este hizo de su viage á Juan II, se estendió mucho sobre las numerosas dificultades que tuvo que superar, para doblar este promontorio desconocido hasta él, aña-

(1) Cuando Juan II, dice un historiador, examinó detenidamente esta bárbara injusticia, halló á tan altos personajes comprometidos en este asesinato abominable, que creyó prudente callar y dejar impunes á los culpados. Véase sobre esto á Vasconcelos, *Historia de Juan II.* (N. del Trad.)

diendo, que le habia puesto por nombre, Cabo de las Tormentas, á causa de las muchas tempestades que allí le habian asaltado; pero el rey cambió ese nombre en el de Buena-Esperanza, persuadido, y con fundamento, de que el paso de ese cabo, abriria el camino de las Indias.

Buscando este camino por mar, no se descuidó buscarle igualmente por tierra. Antes de la salida de Bartolomé Diaz, fué enviado al Oriente, con ese objeto por Juan II, el franciscano Antonio de Lisboa, acompañado de un seglar, llamado Pedro Montaroya; pero no conociendo el árabe, el religioso no pudo pasar de Jerusalen, de donde regresó á Portugal con su compañero de viage. El descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, hizo revivir aquel proyecto. Covilham y Payva, que sabian bien el árabe, salieron en mayo de 1487, con la doble mision de descubrir los estados de Ogano, así como el pais de donde provenian las drogas y especias, cuyo comercio enriquecia á los venecianos; y de informarse si la navegacion era posible, desde el Cabo de Buena-Esperanza, á las Indias orientales. Al llegar á Aden, ambos se separaron; Covilham, para tomar la ruta de la India, y Payva, para ir á la Etiopía y á la Abisinia. Este último murió; pero el primero, despues de haber visitado la India y la costa oriental del Africa, se fijó en la corte de Negus Iscander. Durante su residencia en ese pais este príncipe envió á Europa á un sacerdote abisinio llamado Lude Marco, que fué primero á Roma, y de allí á Portugal. Los informes que dió, confirmaron las esperanzas de Juan II, y se le despidió honoríficamente con instrucciones para echar los cimientos de mútua relacion y comercio entre las dos cortes (1).

(1) Pedro de Covilham y Alfonso Payva salieron de Santarem el 7 de mayo de 1487. Pasaron á Nápoles, siguieron á Rodas, Alejandría, el Cairo, y aqui se separaron. Alfonso se dirigió hácia la Etiopía y Covilham siguió ruta diferente. Desde Aden desembarcó en Cananor, pasó á Calicut y á Goa, y volvió luego al Cairo donde supo la muerte de Payva, y en su consecuencia se encargó de la mision de este, que era ver al Negus de Abisinia y darle las cartas del rey de Portugal. Llegó efectivamente á ese imperio y á la corte de Abisinia donde reinaba Alejandro Iscander quien recibió con agrado al portugués, teniéndose por dichoso, dice Barros, de tener en su corte á un embajador del príncipe cristiano, pero Alejandro murió poco despues y su hermano que le sucedió obró de un modo muy diverso con respecto al estrangero que por primera vez llegó á visitar aquellas regiones. El nuevo Negus trató á Pedro Covilham con menosprecio y se opuso á que saliese del reino y desde entonces el caballero portugués hubo de quedar desahuciado de volver jamás á Portugal. En compensacion, el Abisinio le dió tierras en aquel pais para que en él se estableciese y nada le faltase, se casó, tuvo hijos, y por un viajero del siglo XVI se sabe que vivia aun holgadamente en 1515 bajo el reinado de David, hijo de Nahud que habia sucedido á su primer protector, del cual daremos en adelante mas noticias. (N. del Trad.)

CAPÍTULO XXVII.

Los dominicos y los franciscanos dan á conocer la religion en el Congo.

Desde el año 1484, Diego Cam, del que ya dijimos atrás, que habia pasado el Cabo de Santa Catalina, habia avanzado mas arriba, remontándose hasta el rio Zaira Este rio limitaba al norte el Congo; así como montañas elevadas, arenosos desiertos, y el rio Dande, le separaban al sud, del reino de Angola. Al oeste, el Congo lindaba con el Océano etiópico; y al este, con los reinos de Fungeno, de Matamba, con las montañas del sol, ó ardientes, y con el rio Congo, que desagua en el lago de Aquelunda. No será fuera del caso manifestar cuales eran las creencias y las prácticas religiosas en los reinos del Congo y Angola, donde apareció por primera vez el cristianismo. En el Congo, la idolatría estaba como en su trono, y exigia sin medida de estos desgraciados negros, el tributo de sus cuerpos y de sus almas. Segun ellos, aunque Dios fuese uno en sí mismo y Todopoderoso, habia otros muchos dioses subalternos, que no merecian menos que aquel, adoracion. Tallaban groseramente en madera las imágenes de estas divinidades, atribuyendo á cada una de ellas la virtud y poder necesarios para curar alguna dolencia. Cuando se llamaba á algun sacerdote de los ídolos cerca de un enfermo, se presentaba aquel provisto de varios de esos simulacros, para estar mas seguro de que llevaba consigo el que habia de curar la enfermedad del

paciente, no alcanzando su ciencia á discernir cuál podia ser. Otras veces se contentaba con dejar los ídolos arrimados á la cabaña, y aunque la contínua esperiencia probaba á los negros que ningun consuelo obtenian con su presencia, los conservaban con respeto, aun cuando el mal se agravase conduciendo al paciente á la tumba. Llamaban ganga-itiqui á aquel de los sacerdotes que tenia el derecho de recibir las ofrendas hechas á los ídolos y de colocarlas en sus altares. Los ídolos, unos tenian la forma de hombres y mugeres, otros de bestias feroces, mónstruos ó demonios, segun el uso diferente de los lugares y de los habitantes. El ganga-itiqui era el que indicaba los dias para los sacrificios solemnes, en los que se practicaban ritos bárbaros y dignos completamente del demonio, á quien se dedicaban; observaba además los momentos favorables para recibir las primeras gotas de lluvia que traia la estacion para dar fecundidad á la tierra; ofrecia una parte de ella á los ídolos y vendia el resto á los negros, que miraban estas primicias de la lluvia como un preservativo contra muchos accidentes.

Si tal era la creencia del mayor número, habia al menos entre ellos una secta que negaba la pluralidad de dioses y no queria reconocer mas que á uno, al que daban los nombres de *Dios solo* y *Dios del cielo*; pero al mismo tiempo atribuia á esta divinidad propiedades tan indecentes que era tan mala ó peor que las otras. ¡Cosa estraña! Cuando los negros se encontraban en un gran peligro, ó que estaban agobiados de penas y enfermedades, prorumpian diferentes veces en esta invocacion ¡Dios del cielo! ¡Jesus mi señor! Tales palabras recuerdan los homenages tributados por los atenienses al Dios desconocido. Nada hubieran admirado, pronunciadas en boca de idólatras á quienes se hubiese anunciado el evangelio; pero dichas por salvajes, que al parecer jamás habian oido hablar del verdadero Dios, ni de Jesucristo su hijo, invocándole así sin conocerle, parece que se dirigian á él por un movimiento de su conciencia, sintiendo una especie de consuelo inesplicable profiriendo estos nombres sagrados, cuya significacion ni valor en manera alguna conocian, recibiendo por eso ausilios que sus impotentes divinidades no habian podido procurarles, despues de tantas preces y sacrificios que las dirigian.

Para estos sacrificios no habia tiempo determinado, escepto el dia de la luna nueva. Ordinariamente el sacrificio se ofrecia en accion de gracias de una victoria ó gran ventaja conseguida de los enemigos, ó de una curacion que se creia obtenida por el valimiento del ídolo. El que deseaba ofrecerle avisaba al sacerdote. Este, lo primero, exageraba el mérito y la importancia de semejante acto, tasando en gran precio el trabajo que tendria que emplear para que se hiciese de una manera agradable á la divinidad; exhortando al negro á que no se mostrase avaro en las ofrendas prescritas, cuya mejor parte le correspondia á él. Le amenazaba con la cólera del ídolo que se vengaria de su mezquindad, obligándole además á tomar por asociados y ausiliares para el sacrificio á otros ministros, cuyos honorarios de antemano estipulaba. El negro ya resuelto, hacia venir los mejores músicos del contorno y publicar el dia y la hora en que iba á tener lugar la ceremonia. En el momento señalado se iba, acompañado de sus parientes y amigos, á casa del sacerdote á quien suplicaba sirviese de mediador para con el ídolo. Este, sentado con sus compañeros, formando un círculo, se levantaba al ver al negro, corria á la puerta, examinaba el honorario presentado, que superaba por lo regular al anteriormente convenido, que ordinariamente consistia en víveres, vestidos, ú otros objetos de esta naturaleza, y si el sacerdote estaba satisfecho decia gravemente al negro que consentia en servirle, y seguido de sus ausiliares iban todos á la casa del ídolo, y revestido con sus ornamentos sagrados, entraba dando palmadas en señal de alegria; decia en alta voz el nombre y calidad de la persona que ofrecia el sacrificio, y número y valor de las ofrendas y

poniendo estas sobre el altar con la apariencia de un profundo respeto, suplicaba al ídolo, conservase en paz, salud y tranquilidad á cuantos le honraban, y especialmente al que ofrecia el sacrificio, que nada perdonaba para demostrarle su celo y afeccion. Finalizada esta plegaria, seguia una algarabia espantosa de voces y discordantes sonidos de los instrumentos músicos, que no cesaban hasta que el ministro daba la señal. Despues de tres ó cuatro horas que duraba este infernal concierto, se retiraban todos de la casa del ídolo, á la habitacion del negro, donde seguia la música y la danza, interrumpida por los contínuos banquetes y frecuentes libaciones por espacio de tres dias y tres noches, pasados los cuales volvia todo el acompañamiento á la casa del ídolo al cuarto dia, que era propiamente el del sacrificio. Llevábanse entonces los hombres y los animales que habian de ser inmolados, y el sacerdote, despues de haberlos presentado á los falsos dioses, los degollaba ante sus aras. El número de víctimas humanas era proporcionado á calidad é importancia del ídolo, cuyo rostro se manchaba con la sangre aun humeante que todos se apresuraban á beber. Luego que dejaba de correr la sangre, se hacian cuartos los cuerpos de hombres y bestias, y puestos al fuego, sin aguardar á que estuvieran asados los devoraban aquellos antropófagos con la mayor ansia, reputando como un alimento sagrado, estas carnes que habian sido ofrecidas á sus dioses. Los pueblos de Quimbondi no comian la carne; se contentaban con beber la sangre y frotarse con ella los rostros; pero los de Haviez, y particularmente todos los demás, como fieras carnívoras, se disputaban la presa y comian con avidez, en particular el hígado, el corazon y los intestinos, haciendo lo propio con todo lo demás del cuerpo, sin tomarse el trabajo de limpiarlo ni ponerlo al fuego. Los convidados, colocados como tales cerca del altar, eran los primeros á participar de este bárbaro festin, y si aun quedaban algunos trozos de carne, los sacerdotes los distribuian entre los curiosos, que sin ser invitados, habian acudido á la fiesta. Cada secta tenia prescripciones particulares para el modo de comer las víctimas, y su omision la mas pequeña era considerada como un crímen. Consumidas todas las viandas, el sacerdote se acercaba al altar, tomaba el ídolo en sus manos y elevándole le exponia á la vista del pueblo. El negro se aproximaba despues con respeto y le hacia una nueva ofrenda de manjares del propio género que los anteriores, que el sacerdote distribuia á los asistentes; previniéndoles que le reservasen con exactitud todos los huesos, reserva que se esplica, porque el sacerdote los vendia luego á los idólatras en gran precio para ciertos usos supersticiosos.

Despues de haber hablado de los ídolos y del culto inhumano que se les tributaba, diremos algo de sus sacerdotes llamados *gangas*. El superior de todos ellos, llevaba el título de chitombe. A este le eran ofrecidas las primicias de todas las cosechas. Ciertos pescados y animales, le estaban espresamente reservados para su esclusivo alimento. En todas las aldeas ó aduares, tenia agentes que en su nombre, cuidaban de todos los negocios religiosos y civiles, pues su poder se estendia hasta estos últimos, inclusas las elecciones de los sovas, ó gobernadores de distritos. El cargo suyo era superior á todos. Cuando un nuevo gobernador le venia hacer la primera visita, le hacia aguardar mucho y sufrir grandes humillaciones y desprecios, y luego que juraba obediencia á su poder y mandatos, aquel ya podia instalarse en su destino. El chitombe sostenia en su casa un fuego encendido contínuo, que se reputaba como sagrado, y que se compraba muy caro. Los negros creian que este gran sacerdote jamás moria de muerte natural, y que si esto, alguna vez sucediese, se trastornaria toda la tierra. Para sostener en el pueblo esta supersticion, cuando el chitombe caia enfermo, su presunto sucesor se encargaba de hacerle matar de cualquier modo. El ministro que tenia el segundo lugar se llamaba Ngombo, este predecia el porvenir, y curaba las enfermedades por medio de amu-

letos, y estaba perfectamente adiestrado en el arte de fingir convulsiones y grandes pruebas de fuerza. Además de estos principales charlatanes, habia otros muchos con atribuciones especiales; como por ejemplo, los ngosci, que iban siempre acompañados de once mugeres, número misterioso que no podia aumentar ni disminuir, y por cuyo conducto los oráculos daban sus respuestas; los npindi, que gobernaban los elementos; los amolocos, que destruian los maleficios y preservaban del rayo; los mitinu-a-maza, nombre que significa rey de las aguas, que deducian de los rios sus hechizos y sortilegios; el amobuda, que presidia á la conservacion de los granos, y otros, que curaban ciertas enfermedades, vendiendo remedios infalibles. Por último, habia gangas, que se decian invulnerables y dispuestos á esponerse al mayor peligro, para probar el poder de sus encantos. A mas de los gangas, habia otros ministros inferiores que ayudaban á los otros en sus supercherias y engaños. No faltaban tampoco asociaciones misteriosas que reunidas en sitios ocultos en el fondo de los bosques ó profundo de los valles, se entregaban á ceremonias criminales, y orgías abominables, y los negros iniciados en estas asociaciones se llamaban nequiti.

En Angola, los sacerdotes colocaban los ídolos en el centro de los pueblos, y sus imágenes eran monstruosas y ridículas como las del Congo. Los llamados mokisos, eran los intérpretes de esas deidades. El principal culto de aquellos consistia en una danza llamada quimbrara, durante la cual se creia que el mokiso entraba en el cuerpo de uno de sus mas fieles sectarios para responder á las preguntas que se le hacian sobre el pasado y porvenir.

La idolatría era igual en su fondo en el Congo, que en Angola, al sud de Zaire, y en Loango; la diferencia no consistia mas que en algunas ceremonias. Tanto en una como en la otra parte, el uso de ciertos manjares estaba prohibido, y se observaban con el mayor escrúpulo estas abstinencias. La supersticion llamada Kejilla, estaba en vigor en la provincia de Sogno, y esta consistia en una especie de consagracion que los padres hacian de sus hijos. Despues de diversas ceremonias, se prescribia al negro así consagrado, que jamás comiese puerco, cabra ó pollo, y que se abstuviese de ciertas legumbres y bebidas. Jamás desobedecian estas órdenes, persuadidos que su infraccion les causaria inmediatamente la muerte. El modo con que los negros de Loango se hacian instruir en el arte de hacer mokisos ó ídolos, vale la pena de ser indicado. Habia maestros destinados á eso, y cuando un particular se creia obligado á forjarse una nueva divinidad, reunia á todos sus amigos y vecinos. Con ausilio de ellos, se construia una choza donde él se encerraba por espacio de quince dias, guardando el mas profundo silencio. Al fin de este plazo, toda la asamblea se dirigia á una llanura donde no hubiese árbol alguno, llevando un tamborilero, alrededor del cual se trazaba un círculo; este comenzaba á tocar y saltar, y cuando estaba cansado, el ganga ó sacerdote, daba la señal de la danza, y todos bailaban y cantaban alabanzas de los mokisos. El adorador bailaba solo despues que los demás, y continuaba así por espacio de dos dias, sin mas interrupciones que las indispensables del sueño y la comida; por último, el ganga dando gritos, y pronunciando palabras misteriosas, hacia rayas blancas y encarnadas en las megillas, párpados y pecho del adorador, para hacerle capaz de recibir el mokiso. Sea cualquiera la esplicacion que quiera darse al efecto de estos conjuros, el adorador, despues de ellos, se agitaba convulsivamente, hacia movimientos estraordinarios, daba gritos horribles, mordia carbones encendidos, sin sentir ningun mal; otras veces era impelido, á su pesar, á huir á lugares desiertos, donde por muchos dias, ni aun sus amigos podian encontrarle, hasta que oia el ruido del tambor, á cuyo reclamo se venia voluntariamente. Se le transportaba á su casa donde permanecia acostado algunos dias sin movimiento, y como muerto. El ganga,

escogia entonces un momento para preguntarle cual era el compromiso que queria hacer con su mokiso ó ídolo; el espíritu que le poseia, respondia por su boca; pero arrojando espuma, y con señales de una estrema agitacion. Entonces se repetia el baile, y la danza á su alrededor, hasta que este espíritu habia salido de su cuerpo. Por último, el ganga le metia un anillo de hierro alrededor del brazo para recordarle su promesa. Este anillo era un objeto sagrado para todos los negros que habian pasado por la ceremonia del mokiso, y en ocasiones importantes juraraban por su anillo, y antes hubieran perdido la vida, que faltar á ese juramento. Otros métodos se conocian para la creacion de los mokisos, pero el que acabamos de describir era el mas misterioso y mas solemne.

Jamás los negros del Congo comenzaban á construir una casa, sin que antes pusiesen sus cimientos bajo la proteccion de algun ídolo, y cuando el edificio estaba acabado, su dueño no era el primero que le habitaba; un ganga le purificaba por dentro y fuera con fumigaciones, y vivia en él algun tiempo, ocupado en este oficio, que le valia no escasa retribucion

La ignorancia de los negros y su natural inclinacion á las supersticiones mas ridículas, les hacian accesibles á los temores mas quiméricos. Cualquier ordinario accidente de la vida, se convertia para ellos en un fatal presagio; un perro que ahullase, el canto de las aves nocturnas, ó el del gallo, fuera de tiempo, les espantaba. Por el contrario, un fuego que chisporrotease mucho, les daba alegria y lo miraban como un buen agüero, le dirigian la palabra como á un ser animado, arrojando sobre la llama harina y otros alimentos para que le sirviese de mantenimiento. Unos llevaban al cuello amuletos en bolsas de cuero, otros conservaban venenos para servirse de ellos en ciertas ocasiones; en algunas provincias del Congo las serpientes eran reputadas como divinidades tutelares, y se las tributaba culto como á un Dios.

Los guerreros negros antes de salir al combate, se arrodillaban al pié de la tumba de sus antepasados, les suplicaban que les comunicasen la fuerza y valor de aquellos que en vida habian sido reputados como héroes, y les tributaban alabanzas y dirigian preces para que les fuesen favorables. Era costumbre de los naturales de la provincia de Bata, consagrar un macho cabrio negro al demonio, antes de dar una batalla. Se le colocaba en primera fila de vanguardia, observando sus movimientos; si estos eran lentos y el cabron demostraba temor, era mal agüero, y por el contrario, bueno, si su andar era seguro y fiero, y la victoria entonces se tenia por segura; mas si acaecia que el animal sagrado sucumbia por las flechas de los enemigos, el ejército huia inmediatamente y se dispersaba. Los gobernadores y principales gefes tenian para el servicio doméstico de la primera de sus mugeres, á una jóven que se llamaba la Chivella. En honra de su virginidad (cosa rara en el pais); se le confiaba la custodia del estandarte, escudo, arco y flechas del caudillo, que estaban colgadas en la alcoba donde ella dormia. Si la jóven dejaba de ser vírgen, todos estos objetos se tenian ya como inmundos y capaces de ocasionar desgracias, y así se arrojaban al fuego.

Para purgarse ó defenderse de cualquiera acusacion, habia tambien sus pruebas supersticiosas. La que se llamaba orioncio, en Angola, consistia en mezclar veneno en una fruta particular y hacerla mascar al acusado. Este, apenas la tocaba el paladar, que su lengua y garganta se inflamaban de una manera escesiva, y moria infaliblemente si el sacerdote no se apresuraba á suministrarle el antídoto. Los que sobrevivian á esta peligrosa operacion, eran declarados inocentes, aunque por muchos dias despues tuviesen que sufrir agudos dolores, y otras malas consecuencias.

La mas vergonzosa poligamia caracterizaba las estragadas costumbres del Congo. El negro tenia tantas mugeres cuantas podia mante-

ner, y vivia algun tiempo con ellas antes de comprometerse al casamiento, con el fin, decian, de conocer entre todas cual les seria mas conveniente para darla el título de esposa. Las mugeres tenian tambien derecho de tener á prueba á sus futuros maridos, y mas inconstantes que los hombres, se aprovechaban de la libertad de que gozaban, para retirarse antes de la celebracion del matrimonio.

Los negros del Congo, creian que el hombre al morir dejaba una vida miserable, para encontrar otra llena de felicidad, y apoyados en esta creencia, no hacian escrúpulo de apresurar la muerte de los enfermos, empleando con ellos toda clase de violencias, cuando estaban persuadidos de que llegaba su agonia, para evitar, decian, al moribundo el dolor de una larga lucha con la muerte, y librarle cuanto antes de las penalidades de la vida terrestre. Cuando moria el enfermo, sus esclavos, parientes y amigos, se afeitaban enteramente la cabeza en señal de luto, y despues de haberse frotado el rostro con aceite, cubrian su cuerpo con pintura de diferentes colores, mezclada con plumas y hojas secas. Esta ceremonia se observaba en las defunciones comunes; pero cuando el fallecido era un príncipe ó gobernador, la parentela se rasuraba solo la parte superior de la cabeza, dejando una especie de cerquillo, y la familia toda se encerraba en su casa por espacio de ocho dias sin salir por motivo alguno. A esta reclusion, los negros del Congo agregaban un ayuno y un silencio absoluto de tres dias, contestando á lo que era indispensable por señas, valiéndose de un rosario pequeño que tenian en la mano. En los reinos de Cacongo y de Angoy no permitia la costumbre que se enterrase á un pariente hasta que toda su familia estaba reunida, por separados que estuviesen sus individuos. Los funerales comenzaban por el sacrificio de algunos pollos, con cuya sangre se rociaba la casa por dentro y fuera; en seguida, se tiraba su carcax y flechas por cima del techo, para impedir que el alma del muerto no hiciese el zumbi, es decir, no viniese á atemorizar á sus habitantes con apariciones, porque estaban persuadidos que el que viese el alma de un muerto, caeria difunto el mismo en el instante. Los negros aseguraban que el primer muerto llamaba al segundo, sobre todo, cuando ambos habian tenido alguna cuestion durante su vida. Despues de la ceremonia de los pollos, seguian los llantos sobre el cadáver, y para que las lágrimas fuesen mas abundantes, se introducian en la nariz estimulantes que las hacian brotar mas que quisieran. Despues de haber llorado y gritado, se pasaba de uno á otro estremo, de la tristeza á la alegria, y habia gran francachela á costa de los parientes del muerto, que seguia aun insepulto. Al banquete seguia la danza al son del tambor, y terminado el baile, se sucedian obscenidades que no debemos repetir. Los cadáveres de los pobres se encerraban en un saco ó envoltorio de estera; los de los ricos en una tela de algodon cosida de arriba abajo. Para conducir los restos de un noble á la sepultura, se cubria el camino con hojas y ramas de árboles. El convoy fúnebre seguia exactamente la línea recta, y si se encontraba alguna casa ó pared por en medio, se derribaba, y seguia adelante. Tambien habia ordinariamente costumbre de enterrar con el difunto algunas personas vivas, con provision de víveres y licores, para que nada faltase al muerto. Los cementerios estaban ordinariamente á campo raso. Se adornaban las tumbas segun la calidad del difunto; sobre unas se alzaba un monton grande de tierra; sobre otras, se ponia un vaso, ó el cuerno de alguna bestia estraordinaria; otras estaban bajo la copa de un árbol, cuyas ramas supersticiosamente entrelazaba el ganga. En Matamba, las viudas sobre todo, creian que el alma de sus maridos venia despues de la muerte á cohabitar con ellas, y con mas razon, cuando habian vivido con ellos en union perfecta; y para quitarlas todo motivo de espanto, los ministros de los ídolos sumergian á estas, por muchas veces en el agua, abluciones que las permitian volverse á casar sin temer las reconvenciones y malos tra-

tamientos de sus esposos difuntos. Habia provincias en el Congo, en las que, cuando morian niños de tierna edad, sus madres mismas les enterraban cubriéndoles con muy poca tierra, por la aprehension, de que si la fosa era profunda se quedarian estériles, defecto que es causa de que se desprecie completamente á una muger en casi todos los pueblos de esta parte del Africa.

Tales eran en résumen los errores y supersticiones que habia en el pais, que Diego Cam descubrió en 1484. Este navegante envió á algunos portugueses con regalos al rey del Congo, y en seguida, sin aguardar su retorno, dirigió el rumbo á su patria, á la que llevó consigo algunos indígenas, que Juan II hizo instruir en la religion. Estos negros, al año siguiente, volvieron al Congo con Diego Cam, que encontró allí los portugueses que habia dejado. Estos, durante su permanencia en aquel pais, habian hecho concebir al rey idólatra tal estimacion y buen concepto de la religion católica, que este príncipe eligió á muchos de sus principales súbditos, y suplicó á Diego que los llevase á Portugal para que allí se bautizasen y volviesen luego al Congo acompañados de misioneros. Estos negros fueron efectivamente bautizados en Beja, siendo padrinos, de su gefe llamado Zacuta, el rey y la reina que le pusieron por nombre Juan, y de los otros, los primeros personages de la córte. Durante su ausencia, un sacerdote, á quien Diego habia dejado en la costa con otros varios portugueses, fué favorablemente acogido por el mani de Sogno, que era tio del rey y que residia en un puerto del interior sobre el rio Zaire; se propusieron á este las verdades del evangelio y abjuró la idolatría. Sabedor el rey del Congo de la conversion de su tio, quiso ver él tambien al sacerdote y no mostró menos deseo é inclinacion por el cristianismo, y así, no solamente prometió abrazarle, sino que escribió al rey de Portugal, reclamando misioneros. El sacerdote informó minuciosamente á Juan II del buen éxito que Dios habia concedido á sus esfuerzos.

A mediados del año 1491, llegaron al Co go tres dominicos acompañados del embajad del rey, ya muy bien instruido en los prin pios de la fé católica. Estos religiosos acab ron de catequizar al mani de Sogno, qui por su propia mano cortó los árboles que h bian de servir para la primera iglesia que construyó, y en la que se pusieron tres altare El dia de Pascua, este gefe y su hijo recib ron en ella el bautismo, el primero, bajo nombre de Manuel, que era el del duque Beja, hermano del rey de Portugal, y el s gundo, con el de Antonio. Un sermon solen nizó esta tierna ceremonia y predispuso al pu blo á seguir el ejemplo de ambos príncipe Satisfecho el rey de la conversion del mani Sogno, aumentó el territorio de su dominio, le permitió destruir todos los ídolos que exi tian en su demarcacion. Tal era el respeto d nuevo cristiano por el Sacramento del alta que habiendo causado algunos negros un po de ruido durante la misa, fuera de la capill donde diariamente se celebraba, estuvo en po el hacerlos morir á todos, creyendo viola el respeto á tan augusto misterio, á no haber opuesto los religiosos y el almirante Ruy Souza, y moderado su celo.

Escoltados por gran número de negros festejados con una banda de músicos, se di gieron los tres misioneros con el almirante po tugués á Banza-Congo, capital del reino. posicion de esta ciudad es una de las mas s nas del universo. Tiene calles largas y much plazas adornadas con palmeras, simétricamen plantadas. Su poblacion es de veinte y cuat mil almas. La mayor parte de las casas, au que blanqueadas por el esterior é interior, son mas que una especie de chozas redonda con muy pocas escepciones. El nombre de Ba za, significa ciudad principal, y á este se aña el del reino ó provincia para indicar la capita por ejemplo, Banza-Congo: indica la cue lo de todo el reino; como Banza-Longo, la de provincia de este nombre.

De poblacion en poblacion, se presentab á los misioneros, negros con víveres y dem





necesario, como si aguardasen al rey mismo, y á tres millas de la capital, toda la corte se adelantó á recibirlos con la mayor pompa. El monarca les aguardaba, sentado á la puerta de su palacio, en un sillon de marfil, colocado sobre unas gradas. Llevaba este príncipe en la cabeza, una especie de mitra tejida de hojas de palma; estaba desnudo hasta la cintura, y el resto del cuerpo, cubierto con un tonelete de algodon que le llegaba hasta los piés; un brazalete adornaba su mano izquierda, y flotaba sobre sus espaldas una cola de caballo, insignia de su mando. Habiéndole espuesto el embajador portugués, el objeto de su mision, el rey se levantó de su asiento, en señal de alegria. Vuelto á sentar, dejó tiempo al pueblo á que espresase la suya con aclamaciones y cánticos. Toda la asamblea se arrodilló tres veces, y levantó el pié, en señal de aprobacion. Entonces los misioneros presentaron al monarca los regalos que le mandaba el rey de Portugal, y los ornamentos de iglesia, cuyo uso le fueron esplicando. (Pl. X, n.º 1.) Este príncipe, alojó en su palacio mismo á los tres dominicos, y escuchó con atencion sus instrucciones. Desde la primera conferencia que se verificó al dia siguiente, quedó resuelto el hacer construir una iglesia, donde se celebrase con toda solemnidad la ceremonia de su bautismo, haciendo preparar el príncipe, todos los materiales de ladrillo, piedra y cal, para que se pusiese por obra al momento; pero la circunstancia de estar en revolucion los anzicos, habitantes de las islas de Zaira, y haber muerto á su gefe, alzando el estandarte de la rebelion, interrumpió por entonces la empresa. Sundi, hijo mayor del rey, en cuyo gobierno se encontraban los insurgentes, marchó enseguida contra ellos; y no bastando este para contenerlos, tuvo que acudir el rey mismo á sujetarlos. La circunstancia de esta espedicion tan próxima, determinó á los misioneros á acortar la duracion de las pruebas, y de la instruccion cristiana, tanto para el pueblo, como para el rey; y no permitiendo la falta de tiempo edificar la iglesia de piedra, se hizo una provisional de madera, dedicada á San Salvador, y en este mezquino y primer monumento de la piedad del príncipe, fué bautizado éste, á presencia de mas cien mil de sus súbditos, que los preparativos de guerra habian allí reunido. En la fuente bautismal, tomó el nombre de Juan, y la reina, el de Leonor, en honra de los soberanos de Portugal. A su ejemplo, se bautizaron igualmente un gran número de gefes negros.

Antes que el nuevo cristiano marchase desde el bautismo al combate, el almirante Rui de Souza, le entregó un estandarte, que Inocencio III, habia enviado á Juan II, y le dió la cruz, para hacerle participante á él, y á los suyos, del mérito de la cruzada publicada contra los infieles. Lleno de confianza salió el rey del Congo, llevando consigo este signo de salvacion, y vencedor de sus enemigos, volvió penetrado de lo que debia á Dios, por el buen éxito de sus armas.

Mani Sundi, su hijo mayor, que estaba en el teatro de la guerra, mientras su padre recibia el bautismo, quiso él tambien recibirle á su vuelta, y tomó en él, el nombre de Alfonso, que llevaba el príncipe heredero de Portugal; pero Mani Pango, segundo hijo del rey, no quiso convertirse. La obstinacion de este en la idolatría, puso en gran peligro á la nueva cristiandad.

«A la verdad, dice el P. Lafitau, la creencia de los misterios de nuestra religion, no habia hecho trabajar mucho el espíritu de estos neófitos, poco acostumbrados á disputar sobre estas materias; los principios de la moral cristiana, les habian parecido muy justos y razonables; pero como la vida del cristiano es una guerra contínua contra las pasiones, se les hacia dificil á estos hombres la necesidad de contrariarlas contínuamente, y de violentarse para conformarse á las máximas que se oponian á sus gustos y placeres. El espíritu de supersticion, no se habia aun en ellos estinguido en las cenizas de sus mokisos y fetiches; aun que con la mejor voluntad los

habian quemado solemnemente, al hacer profesion del cristianismo. El rey mismo, envejecido en antiguos y arraigados hábitos, encontraba mas obstáculos aun que sus súbditos, para sostener la forma y esencia del nuevo personaje que tenia que representar; de forma, que pasadas las primeras impresiones, se fué formando una conjuracion contra la religion naciente, compuesta de los infieles que quedaban aun por convertir, y de los sacerdotes, cuyos intereses se destruian; á cuya cabeza estaban, el hijo del rey, que habia rehusado convertirse, y algunos otros cristianos cobardes, que fueron los primeros en arrepentirse de su ligereza. Animado este centro de oposicion, por los sacerdotes y adivinos del pais, y sostenido por las mugeres y concubinas que el cristianismo habia obligado á repudiar, pusieron á la religion en tal peligro, que por poco no se ahogó en su misma cuna, llegando hasta peligrar la vida de los misioneros y demás portugueses que Souza habia dejado al regresar á Europa.»

Advertido el príncipe negro Alfonso, que habia ya mandado quemar todos los ídolos de sus dominios, y que hacia las veces de un misionero, del gran peligro que corria la religion, acudió al momento á ver á su padre, y á modificar, como lo logró, con su presencia y consejos, las impresiones que se habian forjado en su voluble espíritu. En el momento, la tempestad cayó sobre su cabeza, y por medio de las mas estravagantes calumnias, se trató de malquistarle con el rey, el cual, acogiéndolas como verdaderas, se vió el príncipe en desgracia y privado de la sucesion al trono, hasta que la reina Leonor, su madre, consiguió probar su inocencia. Sin embargo, la conjuracion formada para poner sobre el trono á su hermano Mani Pango, enemigo jurado de los cristianos y de los portugueses, siguió renovando sus acusaciones y calumnias con algun buen éxito, cuando á esta sazon ocurrió la muerte del rey en 1492. Su esposa Leonor, fiel á la fé cristiana, ocultó de intento algunos dias la muerte de su marido, á fin de avisar á Alfonso, cuya prontitud fué increible, pues en el espacio de dos dias con sus noches, llevado en brazos de sus esclavos, hizo un viage de doscientas cincuenta leguas, y así, gracias á esta ligereza, Banza Congo, supo al mismo tiempo la muerte del rey, y el advenimiento al trono de su primogénito Alfonso.

No obstante, Mani Pango, recurriendo á la fuerza, cayó sobre la capital con doscientos mil hombres. Alfonso no tenia para defenderse, mas que diez mil, entre los que se contaban sobre unos cien cristianos negros, y algunos portugueses. Aterrados los pueblos al ver su desesperada situacion, le aconsejaron que abandonase el cristianismo, y propusiese á su hermano algun acomodamiento. A su firmeza en sostenerse en la fé, se hubiera seguido indudablemente una completa defeccion, si el anciano mani de Sogno, recordándoles su antigua fidelidad, no hubiese hecho que todos se arrojasen á los piés del nuevo rey, jurando defenderle, cambio inesperado, que se consideró por todos como un presagio de victoria. Alfonso, reconocido al verdadero autor de tan súbita mudanza, prometió al cielo trabajar sin descanso, en la propagacion de la fé, y mandó alzar una gran cruz, en memoria de este suceso. Para mas aumentar su confianza en la proteccion divina, una luz estraordinaria hirió de repente su vista, que le hizo postrar de rodillas, llorando de alegria. Sintiendo los demás el propio efecto, quedaron por algun tiempo deslumbrados. Por último, vueltos en sí, vieron todos cinco espadas brillantes como grabadas sobre el rey. Este espectáculo duró mas de una hora. Penetrado Alfonso de tan claros favores del cielo, adoptó estas cinco espadas por sus armas y sello real. Todo lo que esta vision animó al partido real, desalentó al rebelde. Mani Pango, sin embargo, intimó á Alfonso y á sus fieles servidores, á que renunciasen á la nueva religion, y le aclamasen á él como soberano, bajo pena de ser todos pasados á cuchillo. El rey contestó, que su confianza estaba en Dios, y no en las fuerzas humanas, y

exhortó á su vez á Mani Pango en calidad de hermano, á que destruyese sus impotentes ídolos, recibiese el bautismo, y reconociese que el cristianismo y la corona, le habian venido de manos del Supremo Hacedor, quien defenderia ambas cosas con su celeste egira. En seguida, habiendo hecho llevar á su presencia todas sus joyas y mas preciosos adornos, los fué distribuyendo por su propia mano entre los caudillos, defensores de su causa. No obstante, algunos soldados débiles y temerosos, cediendo al miedo, se pasaron aquella misma noche al campo de Mani Pango, quien al rayar el dia comenzó furiosamente el ataque; pero segun dice Pigafetta, tomado de Eduardo Lopez, un poder invisible le rechazó dos veces. Apercibiéndose de esto los sitiados, y aplaudiendo los vanos esfuerzos de los enemigos cada vez mas desconcertados: «No sois vosotros, contestaron los sitiadores aturdidos, los que nos habeis vencido, ha sido una muger vestida de blanco, cuyo gran resplandor nos ha casi cegado, y un caballero que la acompaña, montado sobre su palafren, que lleva una cruz roja al pecho.» Sabedor Alfonso por sus mismos enemigos de ese nuevo prodigio, que ignoraba, hizo advertir generosamente á su hermano, que no se obstinase en vano, en combatir al cielo mismo; que la muger blanca que le defendia, era la Virgen Santísima, madre del Salvador, cuya religion habia abrazado, y el caballero que la acompañaba era Santiago, y que ambos habian bajado del cielo para socorrerle. Burlándose Mani Pango de este aviso, preparó un doble asalto para la noche siguiente, que tuvo el mismo desgraciado éxito que el primero, y viéndose obligado á la retirada por los mismos á quien sitiaba, se vió atascado en medio de un pantano, en el que habia hecho clavar estacas puntiagudas que cortasen el paso á los sitiados, y fué así víctima él y todos los suyos, de los crueles preparativos que habia dispuesto contra su hermano, que preso y cargado de cadenas por algunos negros cristianos, fué en esa forma conducido en presencia de Alfonso. En lugar de entregarle como rebelde en manos de la justicia, é imponerle segun ella un justo castigo, el piadoso Alfonso le prodigó las mas tiernas atenciones, para ganarle á Jesucristo; pero obstinado y ciego en su idolatría, nada quiso escuchar, la rabia y la desesperacion le hicieron rehusar todo remedio, y murió á causa de sus heridas. Uno de los gefes, llamado Mani-Bunda, cómplice de su usurpacion, tuvo mejor suerte. Pidió ser instruido y bautizado antes de marchar al suplicio. Alfonso al ver su determinacion, le perdonó la vida á condicion que emplearia el trabajo de sus manos, en la construccion de la nueva iglesia de piedra que se iba á edificar, y que se quedaria agregado al servicio de este templo, conduciendo el agua, cuando en él hubiese idólatras que bautizar. Mani-Bunda cumplió exactamente con lo que se le habia impuesto, y murió ejercitando esos actos de piedad, lo que prueba la solidez y sinceridad de su conversion.

La iglesia, cuya construccion se habia dilatado por las razones que hemos dicho, se comenzó á edificar el 3 de mayo, dia de la Santa Cruz, cuya advocacion se la dió. A ejemplo del rey, que llevó sobre sus espaldas las primeras piedras para sus cimientos, y de la reina que hizo lo propio con una espuerta de arena, los principales negros concurrieron religiosamente á construirla con sus manos, y imitando el pueblo el celo de sus reyes y magnates, muy pronto quedó del todo concluida.

Habiendo Alfonso hecho publicar, en todos sus estados un edicto, mandando á todos sus súbditos, que llevasen los ídolos y amuletos á los respectivos gobernadores de las provincias; por todas partes se vieron conducir á su destino, y con una prontitud maravillosa, los animales, reptiles, aves, árboles, plantas, piedras y figuras pintadas ó grabadas, que hasta entonces habian sido objeto de un culto público. Todos estos detestables monumentos de la antigua supersticion, fueron quemados

públicamente en el campo mismo de batalla, en donde fué derrotado y vencido Mani Pango, y cada negro llevó su haz de leña para esta ejecucion. Para reemplazar á estos signos idolátricos, el rey distribuyó una infinidad de crucifijos y sagradas imágenes, que hizo venir de Portugal. Ordenó á todos los gefes de su reino, que mandasen erigir iglesias en la demarcacion de su mando, y que se elevasen cruces. Mas solícito por su capital, que por las demás ciudades, hizo edificar en ella otras tres nuevas iglesias, la una, llamada de S. Salvador, en recuerdo de su última victoria; la segunda, bajo la advocacion de Ntra. Sra. del Socorro, y la tercera, dedicada á Santiago.

El difunto padre de Alfonso, despues que habia dado á los dominicos tierras considerables, y esclavos que las hiciesen valer para su sostenimiento, se las quitó despues de su apostasía, y les persiguió además con tanta crueldad, que todos, mas que á la intemperie del clima, habian sucumbido á causa de los malos tratamientos y miseria á que se les habia reducido. Los nuevos misioneros que sucedieron á aquellos tres primeros apóstoles del Congo, encontraron en Alfonso un generoso bienhechor, y una proteccion decidida.

No están acordes los autores, sobre la calidad y número de los religiosos, que comenzaron la mision evangélica del Congo. Maffei y Dujarrie, hablan de tres dominicos; Wadingo, dice, por el contrario, que fueron franciscanos, y que su superior, el que bautizó al rey idólatra, se llamaba Juan, y Antonio, el que hizo lo mismo con la reina. « Por lo que á mi toca, añade Wadingo, yo he creido que en toda esta relacion, debia seguir al historiador de Portugal Garcia de Resende, que escribió una vida de Juan II, de quien fué secretario particular, en el tiempo que tuvo lugar esta mision, y este dice espresamente que fueron franciscanos los que llevaron la luz del evangelio á ese reino. Juan de Barros, que ha escrito tambien las admirables conquistas de los portugueses en Asia, en su dedicatoria al rey Juan III, hijo de Manuel, sucesor de Juan II, confiesa que él no ha encontrado quien le haya podido servir para su historia, mas que á Gomez Eanes, y que este autor no habla mas que de las espediciones de Enrique, infante de Portugal. Por lo visto, Juan de Barros no leyó los escritos de Resende, y por lo tanto ya no me admira que se haya equivocado en su cita, atribuyendo la primera mision del Congo á los dominicos, en vez de atribuirla á los franciscanos. Juan Pedro Maffei, en su *Historia de las Indias*, ha adoptado este error de Juan de Barros, y de otros quizá que bebieron en las propias fuentes que él. Nada hay de estraño en esto, pues ordinariamente los últimos historiadores, siguen ciegamente á los primeros, y para no caer en estos defectos, es menester consultar, al escribir, á los primeros y contemporáneos autores de una historia. Rescude existia en el tiempo de esta célebre mision; vivió en la ciudad de donde salieron los misioneros; fué secretario del rey que los mandó, y dice que fueron franciscanos, marcando hasta el nombre de dos de ellos. Los que, como Maffei, mezclan en este asunto á los dominicos, no indican mas que tres, y no sé donde han podido tomar esta noticia. Gerónimo Osorio, que describe largamente toda esta espedicion, nada mienta acerca del órden á que pertenecian los misioneros. Para mí, no envidio glorias agenas, no hago mas que referir sinceramente lo que autores de nota dicen de mis hermanos, y no me agravio porque se les dé compañeros y ausiliares, en esta mision gloriosa. Se que los religiosos de ambas órdenes han sido enviados unidos, á diferentes partes del mundo. « Esto pudo suceder tambien en el Congo. » Fontana, al adoptar la version favorable al órden de Sto. Domingo, dice que la primera cruz fué enarbolada en el Congo, por los dominicos de la provincia de Portugal, de los que muchos penetraron luego en el corazon mismo del Africa, y que no correspondiendo su número á la importancia de su mision, pidieron ausiliares á su provincial,

quien habiendo hablado de esto al rey Juan, este príncipe dispuso, que fuesen allá otros seis misioneros, entre los que se encontraba el P. Alvarez su confesor, y que por último, los PP. predicadores realizaron innumerables conversiones en ese pais y recogieron en él grandes frutos por espacio de cincuenta años (1).

CAPÍTULO XXVIII.

Los españoles, mandados por Cristóbal Colon, aparecen en América.

Hemos manifestado el sucesivo desarrollo del poderío de los portugueses, que siguiendo las huellas de los navegantes normandos, se apoderaron del comercio y relaciones que aquellos habian fundado en la costa occidental del Africa. Desde que Bartolomé Diaz descubrió el Cabo de Buena-Esperanza (Pl. X, n.° 2), ya quedó conocido todo el litoral africano, cuyas estériles playas, en una estension de mas de seiscientas leguas, rechazaban el comercio. En 1488, el capitan Cousin hizo que flotase el pabellon francés sobre el Atlántico con el objeto de buscar el fin de este vasto desierto, y alargándose mucho en el Océano, é inclinándose al oeste sobre una tierra desconocida, vió el desemboque de un gran rio que debió ser el Marañon. Lo que le sucedió á Cousin el 1488, acaeció igualmente á Cabral, doce años despues, cuando saliendo de Lisboa para ir á las grandes Indias, descubrió casualmente el Brasil. Las mismas causas físicas que procuraron á Cabral ese descubrimiento pudieron igualmente habérselo proporcionado anteriormente á Cousin, pues no puede negarse el hecho como improbable, y que la tradicion ha transmitido de que el capitan divisó al oeste una tierra desconocida, hácia la cual, en la latitud que él navegaba entonces, fué arrastrado por una corriente de la mas grande potencia. El mismo navegante que previno, de cuatro años antes, el primer viage de Cristóbal Colon á la América, doblando el Cabo de Buena-Esperanza, y llegado á las grandes Indias, de donde regresó á los dos años á su patria, previno igualmente, con siete años de antelacion, la brillante espedicion de Vasco de Gama, que no se verificó hasta 1497. No seguirémos á Mr. Estancelin, en el desarrollo y enumeracion de las pruebas que aduce en apoyo de las pretensiones de la ciudad de Dieppe á la gloria de este doble descubrimiento, únicamente nos limitarémos á decir, que, así como él, nosotros vemos motivos suficientes para no desechar como inadmisibles y como quiméricas las tradiciones de los dieppeses. Mas adelante hablarémos de la espedicion de Vasco de Gama; ahora nos toca recordar la de Cristóbal Colon, á quien se debe el conoci-

(1) Todo cuanto aquí se refiere sobre el descubrimiento del Congo, conversion de sus naturales, etc., está conforme con lo que dicen los historiadores portugueses, y á mas de ellos, lo refiere el P. Roman en su *Historia de la India Oriental*, obra que se ha hecho tambien rara, impresa en Valladolid el 1603 en fólio. Resta ahora completar las noticias de Henrion con otras posteriores de ese reino. En el año 1644 el Papa Urbano VIII, y Inocencio X en el 1647 mandaron Capuchinos para la mision de Congo, y lograron mucho fruto en las provincias de Sogno y Ovando. La antigua familia de los Reyes del Congo que habia abrazado el Cristianismo se estinguió en el siglo XVII en la persona de D. Diego. D. Alonso su yerno le sucedió y tuvo la desgracia de ver desolado su país por los Sagas del reino de Anzico y por otros soberanos que están al Oriente del Congo. Todo el reino fué talado y saqueado por aquellos bárbaros y aquel desgraciado príncipe recurrió para que le ausiliase contra sus enemigos al Rey de Portugal D. Sebastian. Este mandó allá una espedicion de portugueses, al mando de Francisco Govea, y su artilleria derrotó á los bárbaros y les hizo volver á los desiertos de donde habian salido. El rey del Congo D. Alvaro, agradecido, ofreció hacerse vasallo del monarca portugués, lo que éste rehusó, exigiendo de él únicamente, que él y sus vasallos perseverasen en la religion cristiana, logrando con este generoso desprendimiento, adquirirse mas predominio y confianza en ese reino, que si hubiese sido su señor. Felipe II, sucesor en la corona de Portugal, siguió la misma conducta y mandó muchos misioneros á ese reino. Volvió luego á la dominacion de los portugueses, cuando estos recobraron su independencia; pero la religion cristiana ha perdido allí mucho de su esplendor desde entonces, pues no habiendo procurado atajar las resoluciones intestinas, solo dependen ya nominalmente de las posesiones portuguesas. Deseando familiarizar á los negros con las formas de la civilizacion europea, han hecho adoptar á los magnates, en vez del antiguo nombre de *Mani*, señor, los títulos de duque, marqués y conde. El reino está dividido en seis provincias, y la capital se llama San Salvador. La provincia de Ovando, que antes dependia del rey del Congo, se ha hecho independiente y se ha puesto bajo la proteccion de los portugueses, y su gefe está honrado con el título de duque. No solo la religion cristiana está muy decaida en todo el reino, sino que subsisten aun muchas tribus idólatras y salvages que llevan una vida errante en el seno de los bosques, ó en los desfiladeros de montañas inaccesibles. (N. del Trad.)

miento de un nuevo hemisferio, mas vasto que la Europa, el Asia, ó el Africa, divisiones del antiguo continente.

La América, dividida en dos grandes penínsulas, es notable, no solamente por su estension, que es casi igual á la tercera parte del mundo habitable, sino aun mas por su posicion, que se prolonga desde el círculo polar del norte hasta una latitud muy elevada, hácia el sud, quinientas millas mas allá de la estremidad mas avanzada del continente antiguo, hácia el polo antártico. De esta manera, comprende en su inmensa estension todos los climas apropiados para la vida del hombre y para dar todas las producciones peculiares á las regiones templadas asi como las especiales de la zona torrida.

Despues de la estension del Nuevo-Mundo, lo que mas llama la atencion del espectador, es la grandeza de los objetos que presenta á su vista. La naturaleza, dice Robertson, parece haber trazado allí sus operaciones con mano mas atrevida, y haber mas especialmente distinguido los rasgos de este pais con una magnificencia especial. Las montañas de América, mas elevadas que las demás que dividen el resto del globo, ocultan sus cimas en las nubes, y para servirnos de una comparacion de Mr. Humboldt, los Andes, son respecto á los Alpes, lo mismo que estos, puestos en parangon con los Pirineos. Cuanto hay de mas estraño y sorprendente á las orillas del Saverno, en la Alemania septentrional, en los montes Eugáneos, en la cadena central de la Europa, y sobre la pendiente rápida del volcan de Tenerife; se encuentra todo reunido en las cordilleras del Nuevo-Mundo. Siglos enteros no serian bastantes para observar y describir detalladamente las multiplicadas maravillas que allí ha prodigado la naturaleza, en una estension de dos mil quinientas leguas, desde las montañas graníticas del estrecho de Magallanes hasta las costas aproximadas al Asia oriental. Véase con frecuencia estallar las tempestades y los rayos por bajo de las cumbres de los Andes, que aunque espuestas de continuo á la influencia de un sol abrasador están siempre cubiertas de nieves eternas. De estas altas montañas descienden rios de una anchura y estension desmesurada, con los que no puede entrar en comparacion ninguno de los del continente, ni por la longitud de su curso ni por la enorme masa de agua que desembocan en el mar. Los del Missisipi y de San Lorenzo, en la península del norte; los del Marañon, Orinoco y la Plata, en la península del sud, tienen una anchura tal, que aun mucho antes de sufrir la influencia de la marea, mas parecen brazos de mar que corrientes de agua dulce.

No menos son admirables los lagos del Nuevo-Mundo, que las montañas y los rios. Nada se vé en las demás partes del globo que se aproxime siquiera á la prodigiosa cadena de lagos de América septentrional. Mas bien que lagos, pudiera llamárseles, mares mediterráneos de agua dulce. Aun de estos, los que pertenecen á la segunda y tercera clase por su estension, tienen mas circunferencia que el mayor lago del antiguo continente.

Pero lo que sobre todo distingue á la América, de las otras partes de la tierra, es la temperatura particular del clima, determinada allí por leyes especiales que arreglan la distribucion del frio y del calor. Al pasar el viento por las enormes montañas cubiertas de nieve y yelo, situadas á la estremidad del norte, se impregna totalmente de frio, y con tal actividad, que le conserva aun al pasar por los climas mas dulces, sin cambiarse enteramente, hasta el golfo de Méjico. En toda la península septentrional, el viento de norueste, y un frio escesivo, son sinónimos. Aun en la estacion mas cálida, cuando el viento viene de esta parte, su actividad penetrante se hace sentir por un cambio tan súbito, como violento, del calor al frio. Respecto á las modificaciones que la fuerza del calor recibe en las regiones de la América, situadas entre los trópicos, ya se sabe que en toda esta parte del globo, el viento sopla de este á oeste. Despues de haberse impregnado en su curso, de todas las partículas igneas que ha tomado de las abrasadas

llanuras del Africa, se refresca al atravesar el Océano atlántico, y ya llega modificado como una refrigeradora brisa, á lo largo de las costas del Brasil y la Guyana; de forma, que estos paises, aunque contados como los mas cálidos de América, disfrutan de un clima templado, en comparacion de los que están en las correspondientes latitudes de Africa. En avanzando, al través del Nuevo-Mundo, el viento corre sábanas inmensas, cubiertas de impenetrables bosques, ú ocupadas por grandes rios, pantanos, ó aguas estancadas, que no pueden comunicarle un gran calor. Llega por fin á los Andes, que atraviesan todo el continente americano, de sud á norte, y entonces adquiere sobre aquellas cumbres heladas, tal grado de frio, que los paises situados á su proximidad, no sienten el calor de que su posicion debia hacerles susceptibles, y así, mientras que el negro de la costa de Africa, está devorado por el contínuo ardor del clima, el peruano respira un aire dulce y templado, abrigado, por decirlo así, bajo un dosel de nubes que intercepta los rayos del sol, sin debilitar su bienhechora influencia. En las diferentes regiones de la América, desde la Tierra-Firme, al oeste, hasta Méjico, el calor está templado en algunos puntos por la elevacion del suelo sobre el nivel del mar, en otros, por la estraordinaria humedad del terreno, y en todos, por las enormes montañas que por do quiera se encuentran. Las islas del Nuevo-Mundo, que están bajo la zona torrida, son, ó muy pequeñas ó montañosas, y así, están alternativamente refrigeradas por las brisas de mar ó tierra.

Examinando con atencion la constitucion geológica de la América, y el equilibrio de los fluidos que se han estendido sobre la superficie de la tierra, dice Mr. de Humboldt, no puede menos de admitirse, que el nuevo continente salió de las aguas al mismo tiempo que el antiguo. En ambos se observa la misma sucesion de capas de piedra, y las mismas señales en la formacion de las montañas del Perú, que en las de los Alpes en Suiza. El globo entero, parece que sufrió en una misma época, idénticas catástrofes. A una altura que escede en mucho á la del Mont-Blanc, se encuentran suspendidas sobre las crestas de los Andes, petrificaciones de conchas. Huesos fósiles de elefantes, se hallan esparcidos en las regiones equinocciales, y lo que es mas notable, que no se hallan aquellos restos al pié de las palmeras, en las ardientes llanuras del Orinoco; sino sobre los mas elevados planos de las cordilleras. Tanto en el nuevo, como en el antiguo mundo, las generaciones de especies destruidas, han precedido á las que pueblan hoy dia la tierra, el agua, y los aires.

En la época en que arribaron los españoles, las especies de animales, hoy dia peculiares á la América, relativamente existian en corto número de individuos, porque el estado inculto de la tierra, era entonces menos favorable á la vitalidad, que lo que fué despues. Con efecto, se observa, que en todo pais descuidado y sin cultivo, el aire está como estancado en los bosques; las aguas producen vapores corrompidos; la superficie de la tierra sobrecargada de vegetacion informe, no recibe como debiera la purificadora influencia del sol; las enfermedades naturales del clima se aumentan en malignidad, y estas engendran otras no menos funestas que las otras. No se encontraron en las islas americanas al principio mas que cuatro especies de cuadrúpedos conocidos; y de doscientas especies diferentes de cuadrúpedos, que se cuentan hoy estendidas sobre la superficie de la tierra, apenas se halló una tercera parte todo sobre el continente. La naturaleza, menos fecunda, parece que fué aun menos vigorosa en la reproduccion de estos animales indígenas de la América, reducidos á menor tamaño, y mayor debilidad y timidez, por la influencia de su clima. Ningun animal del Nuevo-Mundo puede compararse al elefante ó al rinoceronte, por su grandor; ni al leon ó al tigre, por su ferocidad. El tapir del Brasil, el mayor de los cuadrúpedos de la América, tiene el tamaño

de un becerro de seis meses. El puma, y el jaguar, los que se reputan por mas feroces y carniceros, no tienen ni el valor de los leones, ni la voracidad de los tigres, cuyo nombre se les ha aplicado malamente. Las causas que concurren á disminuir el volúmen y el vigor de los mas grandes animales; por el contrario, son favorables á la propagacion y gran desarrollo de los reptiles, y de los insectos. Estas odiosas familias, hijas predilectas del calor, de la humedad y de la corrupcion, infectan con su presencia, todos los puntos de la zona torrida; pero mas que en otros, se multiplican con mas especialidad y rapidez en América, y sus individuos llegan á tener un grandor estraordinario, porque el principio de la vida, consume allí su actividad en las producciones de esta clase inferior. Las aves del Nuevo-Mundo, no están tan afectadas como los cuadrúpedos, por la influencia de la temperatura. Las de la zona torrida, tanto en América, como en Asia y en Africa, están adornadas de un plumaje que deslumbra por su brillo y sus hermosos colores, y la naturaleza, que parece haberse aquí contentado con embellecerlas con tan buen trage, ha denegado á su mayor parte el melodioso canto que embelesa y recrea el oido, con él que ha dotado á las de las otras zonas. Las aves de los climas templados, en el nuevo hemisferio, lo mismo que en el nuestro, tienen un esterior menos brillante, pero en cambio, su voz es mas dulce y melodiosa. En algunas regiones de la América, la temperatura mal sana del aire, parece haber perjudicado aun á esta parte de la naturaleza animada; vénse allí menos aves que en otros puntos, y el viagero se asombra al contemplar la soledad y silencio que reina en aquellos bosques. Es notable, sin embargo, que la América, cuyos cuadrúpedos son tan tímidos, haya producido el Condor, á quien no puede negarse la preeminencia sobre toda la raza volátil, tanto por su valor, como por el volúmen y la fuerza.

En cuanto al reino vegetal, teniendo en cuenta la diferencia de temperatura, el terreno del Nuevo-Mundo, es por naturaleza, tan rico y tan fértil, como lo restante del globo. Como el pais, en su descubrimiento, no contaba sino con un pequeño número de habitantes poco industriosos, y privados del ausilio de los animales domésticos, de los que las naciones civilizadas crian en tan gran número, la tierra tenia muy poco consumo. Los vegetales, resultado de su espontánea fertilidad, quedaban en su mayor parte intactos, y despues de haberse secado y podrido sobre su superficie, volvian á su seno para darle una superabundancia de materia vegetal. Es sabido que los árboles y las plantas, toman del aire y del agua, una gran parte de su alimento, y si aquellas son destruidas por el hombre ó por los animales, devuelven á la tierra, mas de lo que de ella recibieron, enriqueciéndola cada vez mas, y por eso las tierras inhabitadas de la América, pudieron ir aumentando progresivamente sus jugos durante muchos siglos. El número prodigioso de árboles, y su enorme corpulencia, atestiguan el vigor estraordinario de esta tierra en su estado natural. La exuberancia y la actividad de la vejetacion en su primitiva elaboracion, asombraron á los primeros agricultores europeos, tanto, que en muchos puntos, la industria y la inteligencia del cultivador, tuvo que ejercitarse, mas bien que en aumentar, en disminuir, y casi agotar una fecundidad supérflua, á fin de reducir á la tierra á un estado de fertilidad relativa, y á propósito para el cultivo.

Lo que acabamos de enunciar, respecto al corto número de indígenas de la América, comparado con la inmensidad del territorio que habitaban, no prueba que la existencia del hombre sea mucho mas reciente en el nuevo continente, que en el antiguo. Bajo los trópicos, la fuerza de la vegetacion, la anchura estraordinaria de los rios, y las inundaciones parciales, han sido poderosas trabas para el movimiento y comunicaciones entre los pueblos. En el Asia Boreal, hay paises tan poco poblados, como las grandes sábanas del Nuevo-Méjico, y del Paraguay, y para dar

razon de esto, no es necesario suponer que los territorios mas antiguamente habitados, sean los que hoy presentan mas masa de habitantes; y por lo tanto, es importante demostrar:

1.° Cuan falsa es la opinion de los filósofos, que dan á los americanos un orígen especial, distinto del que han tenido los pueblos del antiguo continente.

2.° Que el estado en que se encontró á los americanos, en el siglo XV, era un estado de degeneracion, y no su estado primitivo.

3.° Que el conocimiento del cristianismo, ya lo tuvieron los americanos, antes de la llegada de los españoles.

Estas tres proposiciones, van á ser sucesivamente examinadas.

CAPÍTULO XXIX.

Falsedad de la opinion de los filósofos, que atribuyen á los americanos un orígen especial y distinto del de los pueblos del antiguo continente.

Tres partes del mundo conocido atestiguaban ya la grandeza de Dios; el descubrimiento de un Nuevo-Mundo, poniendo de manifiesto otras nuevas maravillas, debió aumentar la admiracion del hombre respecto al Autor del universo. Sin embargo, en lugar de exaltar en él el sentimiento del amor y del reconocimiento, la América y sus diferentes naciones sirvieron de pretesto para discutir y poner en duda los principios del cristianismo. El escéptico Montaigne dió sobre esas tribus una de sus ligeras opiniones en estilo medio serio y burlon, y con la apariencia de franqueza y buena fé de que están impregnados la mayor parte de sus escritos, hizo surgir cuestiones sin número, que condujeron á resultados, que ni aquel mismo pudo calcular. Voltaire, despues de él, y los demás filósofos enciclopedistas del siglo XVIII, imitados por algunos naturalistas del siglo presente han empleado los mayores esfuerzos para probar, que los americanos forman en el globo un pueblo aparte, con su orígen propio y distinto del de los indígenas de nuestro hemisferio; que las primeras cabezas de esta familia, nacieron en el nuevo continente; que hay por consiguiente dos especies de hombres en el mundo, y no una sola, como dice el Génesis, que pone á Adan, como á su primer padre, y que por consiguiente, la historia del Antiguo Testamento, no merece crédito ni fé. Esos nuevos filósofos apoyaron ese sistema en el aislamiento de ambos continentes, separados de todas partes por mares, que debian ser un obstáculo insuperable á la traslacion del hombre de uno á otro; además se fundaron en las particularidades de color, de forma, de organizacion, y de lenguage peculiares á los americanos; y por último, sobre la ausencia ó falta de algun hecho ó documento histórico, que probase la unidad de orígen de los aborígenas de ambos hemisferios. Desde la época en que la incredulidad, rebuscaba con avidez en los anales de la ciencia ideas que la sirviesen de argumento contra la fé cristiana, las mismas ciencias, dejándose arrastrar como á remolque por la impiedad, nunca han dejado de protestar ante la faz del mundo, contra las violencias que se las ha hecho sufrir, y cada dia están dando los mas claros testimonios de las imposturas que las ha atribuido la impiedad. Es cosa probada hoy dia, que los indígenas de la América, no son los hijos de la naturaleza, en los términos que los sofistas se han complacido en repetir; sino que son descendientes mas ó menos degenerados de las mismas sociedades del antiguo continente, arrojados, por decirlo así, en el nuevo, en diferentes épocas, ya por medio de emigraciones forzosas ó voluntarias, ya por la fuerza de las tempestades, ó ya por otras causas que nos son aun desconocidas. La gran proximidad de ambos continentes, en las regiones boreales; las imponentes ruinas esparcidas sobre el suelo de la América; los estilos asiático, egipcio y griego, conocidos y adoptados por sus arquitectos, y por último, las relaciones de idioma, de usos y costumbres, de tradiciones religiosas, de calendarios, y de todo lo que se ha descubierto en los anales americanos; todo ello demuestra

que estos indígenas han tenido el mismo y comun orígen que nosotros.

Los judíos, dice la Revista de Dublin, conservan una tradicion, segun la cual, aun en los tiempos ante-diluvianos, las diferentes partes del mundo eran y estaban poco mas ó menos como se vén hoy dia. Ellos pretenden, que los principales continentes, las principales islas, montañas, rios, etc., del mundo antediluviano, estaban situados casi en la misma posicion relativa en que hoy nos lo demuestra la geografía moderna. Para establecer esta teoría se fundan en las palabras de Moisés, que dá á las montañas y á los rios de su tiempo el mismo nombre bajo el cual fueron designados antes del diluvio. Conforme á estas presunciones, los rabinos afirman que la América estaba ya poblada antes del gran cataclismo. Sin discutir su afirmacion, la citada Revista, toma por punto de partida el diluvio, cuya universalidad atestiguan los fenómenos geológicos, así como las tradiciones religiosas de todas las partes del globo. Despues, y á consecuencia de esta catástrofe, los noachides, ó descendientes de Noé se alejaron de las vertientes de las montañas de la Armenia y comenzaron á repoblar los continentes de nuestro planeta. Los descendientes de Sem ocuparon especialmente el Asia; los de Cam, el Africa; los de Jafet, la Europa y las islas occidentales. El flujo principal de la poblacion humana se dirigió siempre de este á oeste, realizándose así la profecía de Noé: «Dios dilatará á Jafet,» cuyo nombre significa *dilatacion*, Bochard dice de su posteridad: «Además de la Europa con su inmensa estension, poseia aquella raza el Asia menor, la Armenia, la Media, la Iberia, la Albania y las vastas regiones hácia el norte, habitadas antiguamente por los escitas, y al presente por los tártaros; así no es imposible, continua, que el Nuevo-Mundo fuese tambien poblado por alguno de sus descendientes del norte, que pudieron penetrar en él por el estrecho de Anian.» Entre los hijos de Jafet, debemos hacer notar a Javan el presunto antepasado de los javanios, jonios ó griegos, pues aunque algunos han supuesto que los javanios ó los jonios fueron los primeros que poblaron la América, fué en Perseo y en Hércules en quienes los griegos descendientes de Jafet, personificaron el afan de los descubrimientos. Dejando á Javan, debemos sobre todo hacer notar á Gomer, otro hijo de Jafet, cuyo nombre presenta mayor y mas sensible relacion con el de su padre, puesto que este significa *estension, inmensidad*, *plenitud*, palabras que implican un grande desarrollo. Este Gomer está representado en el lenguaje de la literatura griega, por Atlas, nombre derivado de una palabra siriaca, que significa *espacio*; y la raza de los gomeritas, para los griegos, es la misma que la de los Atlantes, que se estendieron hasta las regiones mas apartadas del oeste. Esta dilatacion no debe admirarse, tanto mas, cuanto que los noachides, dirigidos por la esperiencia que habia guiado á su gefe en la construccion del arca se ocuparon desde luego en la construccion de barcos, y estudiaron con gran ardor las leyes y reglas de la navegacion, durante el establecimiento de las naciones despues del diluvio Kircher, Landate, y Campanella, han supuesto que ellos ya estaban familiarizados con el uso del compás. Sea de esto lo que quiera, cuando los diferentes pueblos se repartieron la porcion del globo que se les habia designado, al tener que poblar algunas de sus islas, que ya debieron existir despues del diluvio, no pudieron descuidar el arte de la construccion de buques para poder llegar á ellas. Sabemos por las tradiciones de los griegos, que Perseo y Hércules, representantes mitológicos de sus descubrimientos, visitaron las Hespérides, habitadas por la descendencia de Atlas. Tambien parece que tuvieron medios para encontrar la Atlántida, que comprendia, en su orígen, todas las islas del océano Atlántico, así como en nuestros tiempos modernos, la sola palabra Australia, comprende el numeroso grupo de islas que están en el océano Pacífico. Estas islas Atlánticas, ó sea la parte occidental de la Atlántida, que ya Platon describe como situadas

mas allá de las columnas de Hércules ó sea el estrecho de Gibraltar, tenian en su principio una grande estension y ocupabán una considerable parte del espacio comprendido entre la Europa, y la América. Muchos sábios que han examinado con detencion el carácter distintivo de las Canarias, Azores, etc., confirman esta opinion. En este caso, estas islas debieron naturalmente llamar ya la atencion del antiguo mundo, y facilitado la navegacion de los Atlantes, al norte y al sud de la América, formando la parte principal de la antigua Atlántida, que Platon dice ser tan estensa como el Asia y la Europa reunidas. Tal seria probablemente el estado de las cosas, cuando se supone el diluvio de Ogyges y Deucalion, ocasionado quizá por una elevacion de islas volcánicas y el desbordamiento del Ponto Euxino. Esta vasta inundacion que cubrió una gran parte del Atica, se estendió á lo largo del Mediterráneo, y avanzando al través de las columnas de Hércules sumergió una gran parte de las islas atlánticas La *Historia universal* de Muller corrobora esta teoría. «Esta era la opinion de Pallas, dice este escritor, que el Ponto Euxino y el mar Caspio, lo mismo que el rio Ural y muchos otros, son el resto de un vasto mar, que cubrió una gran parte del norte de Asia.» Se ha conjeturado que la abertura del Bósforo fué el camino por donde este océano desembocó del medio del Asia y de la Europa. Como consecuencia de esta gran catástrofe causada por las erupciones volcánicas, cuyos cráteres aun ardian, cuando sucedió el viage de los argonautas, el fondo del Mediterráneo y del Atlántico sufrieron un cambio por algun tiempo. Los antiguos navegantes se quejaban de que muchos bancos y escollos hacian peligroso el paso del océano Atlántico, y sus observaciones tenian, por lo visto, un fundamento probable. Con efecto, Platon, bajo la antigüedad de antiguas tradiciones, que le hicieron conocer los sacerdotes de Sais, en Egipto, habla de una comarca situada al otro lado de las columnas de Hércules, que fué tragada por el mar durante una noche de tempestad, y por lo tanto es posible, que despues de la submersion de este territorio entero, que seria el que reuniria los dos continentes, la navegacion debiese ser muy difícil, hasta que rebajándose poco á poco los terrenos inundados fuesen presentando una mayor profundidad y fondo, y permitido á las aguas alejarse de las costas de Europa. Es tambien por otra parte notable que los navegantes modernos han observado muchos bajos situados poco mas ó menos á una misma línea y que se estienden al través de las Azores, desde la España hasta Terranova. Añadirémos, además, que no es solo Platon el que habla de una region situada por cima del océano Atlántico, y de un gran número de islas situadas sobre sus costas; Aristóteles conocia tambien la tradicion de un continente no menos vasto que el antiguo mundo. Podriamos tambien citar un hecho referido por la *Gaceta Universal de Bogota*; aunque puesto en duda por Mr. Balbi, y es, el que un contemporáneo de Aristóteles pisó el suelo del Brasil. En Dolores, no lejos de Montevideo, se encontró una piedra sepulcral con carácteres desconocidos que cubria una pequeña bóveda de ladrillo, que encerraba en su fondo dos sables antiguos, un casco y un escudo muy deteriorados por el orin, y una anfora de barro de gran dimension. Examinados estos restos por el sábio P. Jesuita Martinez, creyó poder leer sobre la piedra esta inscripcion en carácteres griegos: «Alejandro, hijo de Felipe, fué rey de Macedonia, en la 63ª olimpiada. En estos lugares, Ptolomeo...» El resto faltaba. En la empuñadura de las espadas se veia una efigie, que parecia representar á Alejandro, y sobre el casco, un cincelado, que segun el arqueólogo, figuraba á Aquiles, arrastrando el cadáver de Hector alrededor de los muros de Troya. «Quién sabe, si Ptolomeo, este caudillo tan conocido de la flota de Alejandro, arrastrado por una tempestad, en medio de lo que los antiguos llamaban la gran mar, fué arrojado á las costas del Brasil y señaló allí su paso por este monumento? Suponiendo exacto este hecho hubiera podido ha-

ber apoyado la opinion de la *Revista de Dublin*, de que la poblacion de América se debe á la raza gomerita ó europea.

Esta publicacion periódica, al hablarnos de un monumento, en la apariencia cartaginés, encontrado hace algunos años en los bosques inmediatos á Boston, añade que pudo muy bien suceder, que algunos tirios ó cartagineses hubiesen sido arrojados por la tempestad, sobre estas costas, para ellos desconocidas, y que en la incertidumbre de que estas regiones se descubriesen mas adelante, quisieron antes de abandonarlas, dejar para lo venidero este monumento y recuerdo de sus aventuras. Mr. de Kempe, en una sesion de la sociedad de anticuarios de Londres, ha espresado una opinion mas formal sobre el conocimiento que los fenicios tuvieron de la América, presentando los dibujos de veinte y dos vasos y lámparas pintadas, halladas en las tumbas de los Incas del Perú. La mayor parte eran notables, por su entera semejanza con los utensilios del mismo género, descubiertos en las sepulturas de Egipto. Algunos tenian la forma de los modelos griegos; y otros se parecian á las anforas romanas, lo cual no es de estrañar, puesto que es cosa conocida que los egipcios enseñaron su alfareria, y otras diferentes artes á los griegos, y estos las comunicaron á los romanos. Mr. Kempe no titubea en asegurar que los vasos y lámparas en cuestion, cuyos dibujos presentó, fueron introducidos en la América meridional por los fenicios, atendido á que estos atrevidos navegantes, usaron y poseyeron grandes buques, que por el número y tamaño de sus remos, así como por sus grandes velas, podian impelerles á marchar aun contra viento y marea. La estension de sus grandes conocimientos en astronomía náutica, compensaba su ignorancia de la brújula, y así pudo ser, dice aquel sábio, con efecto posible, el que sino poblado, hubiesen visitado las costas del Perú.

Ya en los tiempos de Salomon, las flotas de Ofir y de Tarsis, penetraban en la estrema mar de Oriente. Los marineros y pilotos ismaelitas y árabes, aunque idólatras, que dirigian estas flotas semi-fenicias y judías, llevaron su culto de los astros, su lengua, su calendario, y sus ciclos, hasta la China, Corea y el Japon, pasando por mares sumamente tempestuosos, que con mucha facilidad pudieron arrastrar sus buques sobre la costa oeste de las dos Américas. Valentin, Kœmpfer y Kotzebue, mas recientemente, citan el hecho de haber sido arrastrados de ese mismo modo, varios juncos japoneses, ó que han sido enviados á la descubierta, y que habiendo llegado á las costas de América, atinaron luego á regresar desde ellas al mismo Japon.

Otros habitantes pudieron tambien, del centro del Asia, penetrar en América, y esto por tierra en gran parte, ya sea pasando por la Siberia y el estrecho de Bering, ya tambien por las islas Kuriles, el Chamtachatka y las islas Aleutinas que se prolongan hasta el norte de la California. Desde mediados del siglo XVIII, Steller y Krachenirnikw, han reconocido perfectamente la realidad de esta fácil comunicacion, é indicado los rasgos de semejanza que existian entre los kamtchatkadales, y otros pueblos del norte del Asia, con los indígenas de la costa opuesta de América. Sorprendido Buffon de la exactitud de sus observaciones, en su discurso sobre las variedades de la especie humana, ha dado por cierto, que los pueblos del nordeste de la América, y aun los de Méjico, debieron venir de la Tartaria, y del Asia central por este camino, que tan fácil han demostrado ya los nuevos descubrimientos de los rusos. Robertson, asegura tambien que los antepasados asiáticos de los americanos, habiéndose establecido en aquellos puntos del Nuevo-Mundo, cuya proximidad al nuevo continente, han hecho constar los rusos, se fueron estendiendo por grados en el resto de la América. «Esta idea del progreso de la poblacion en el Nuevo-Mundo, añade este historiador, está acorde con las tradiciones que los mejicanos tenian sobre su propio orígen, y que por imperfectas que ellas fuesen, habian sido con-

servadas con mas cuidado, y merecian por lo tanto mas confianza que las de los otros pueblos de la América.»

No solamente el estrecho de Bering, y las islas Aleutinas, pudieron servir de fácil transito á los asiáticos, para poblar ó visitar la América, pues á mas de esos, el Dr. Lang, emite la opinion de que sus primeros habitantes, descienden de los isleños de los mares del sud, originarios ellos mismos de Asia, como lo prueba la distincion de castas; la institucion del tabu, admitidas en estas islas, la circuncision, que está en uso en muchos grupos de la Polynesia; la semejanza de los ídolos, con los del Asia oriental; la analogía de la conformacion física, de sus costumbres y lenguas, con las de los malayos, y otra porcion de rasgos. En todas épocas, añade, los malayos han frecuentado el archipiélago indio, visitado las Molucas, y aun establecido pesquerias en la Costa septentrional de la Nueva Holanda, así pues, nada tiene de improbable que este mismo pueblo malayo, navegante y atrevido, despues de haber sucesivamente descubierto todas las islas del archipiélago, y de haber igualmente reconocido, y quizá habitado las islas de Pascuas, hayan podido abordar desde ellas fácilmente, á la costa occidental de la América. Para confirmar esta teoría, el Dr. Lang, trata de probar, que la civilizacion de Méjico y del Perú, en la época de la espedicion de los españoles, tenia un aspecto esencialmente poline.io, y para demostrarlo, aduce una porcion de usos y costumbres, idénticos entre los isleños de la Australasia y las tribus americanas, sobre todo los de la Guyana, y cita una gran porcion de nombres de lugares de la América ecuatorial, como esencialmente polinesios, bajo el aspecto finético y ortográfico, y por último, esplica la razon del canibalismo, en ciertas naciones del nuevo continente, por esta inmigracion de razas polinesias en la América, fenómeno en el órden moral, que el Nuevo-Mundo no hubiera conocido, si hubiese sido esclusivamente poblado y colonizado este pais por las tribus del norte del Asia. Por lo tanto, el Dr. Lang está seguro de que no debieron ser los de Kamthatka, que entraron por el estrecho de Bering, los primeros y únicos colonos del nuevo continente; sino que debieron penetrar otros, de diferentes partes y razas, cuando se vén en la América misma carácteres fisiológicos y morales, tan variados y tan diferentes los unos de los otros. Por otro lado, Mr. d'Orbigny ha probado perfectamente que las inmigraciones de los Brasileño-Guaramis, ó por otro nombre, Cáribes, en lugar de proceder del continente del norte al del sud, han sido al revés, de sud á norte, llegando así á las Antillas, donde por primera vez encontraron los europeos á esas tribus.

La opinion de que los aborígenas americanos forman una raza *sui generis*, por estar dotada de un tinte cobrizo y de una complexion particular, ha sido ya refutada en América misma por el médico Mitchell, profesor de Historia natural de New-York, que ha demostrado, que los indígenas de ambas Américas proceden de la misma rama, y pertenecen á la misma familia que los habitantes del norte y del sud del Asia.

Las tribus septentrionales, eran probablemente mas robustas, mas feroces y mas guerreras que las meridionales; los pueblos de latitudes menos elevadas, por lo general, están mas avanzados en las artes, y particularmente en las de fabricarse trages para cubrirse, labrar la tierra y de construir fortificaciones para su defensa. Esta consecuencia importante, y la de que las hordas situadas en latitudes menos elevadas, han subyugado á los habitantes mas civilizados, pero mas débiles de las regiones mas inmediatas al Ecuador, se ha averiguado por un paralelo establecido entre las naciones de Asia y las de la América. Los alanos y los hunnos desolaron la Italia; los chipewas y los iroqueses, destruyeron á los pueblos y establecimientos limítrofes, á las dos orillas del Ohio, y á su semejanza, los tártaros conquistaron la China; los aztecas sometieron á Méjico. Segun el mismo Dr. Mit-

chell, la raza que sobrevivió á estos conflictos terribles, entre las diversas naciones de los antiguos indígenas de la América del norte, fué evidentemente una raza tártara, proposicion fundada á la vez en la semejanza de razas y de fisonomía, afinidad de idiomas y costumbres, y sobre la idéntica especie del perro de Siberia en Asia, y del perro de América. Esta última semejanza, es por sí sola un hecho importante, porque el perro, entre todos los animales, es el compañero, el amigo, ó el esclavo de los hombres en todas sus emigraciones, y bajo este punto de vista, continua Mitchell, la historia del perro dá una gran luz, sobre la historia de los hombres y de sus descendientes. El animal que hace veces del perro, entre los indígenas de la Siberia y de la América, difiere mucho del animal doméstico y familiar, que lleva ese mismo nombre en Europa. Este, ó es de una especie diferente, ó pertenece á una variedad muy lejana de la misma especie. Pero la identidad del perro de América, y del *canis sibericus*, está probada por muchas consideraciones. Uno y otro, por lo general son blancos, tienen el pelo largo, el hocico algo afilado y las orejas derechas; son ambos voraces y ladrones, y hasta cierto punto indomables; esconden cuanto encuentran, y atacan á veces aun á sus propios dueños. Son inclinados á gruñir y á enseñar los dientes, y ahullan mas que ladran. En ambos hemisferios, se les hace trabajar, empleándoles en arrastrar fardos, tirar de trineos ú otras obras semejantes, y para esto se les enjaeza como á los caballos.

Despues de haber enunciado que la raza que sobrevivió á los combates de las naciones de la América del norte, es de orígen tártaro, el Dr. Mitchell, añade, que la antigua que fué esterminada en estos conflictos, era á su parecer una raza malaya. Hace ya algunos años que en el Kentuckey, y en el Tennesee, en el fondo de las cavernas de donde se saca el salitre y la caparrosa, se han descubierto cadáveres de estos antiguos indígenas, envueltos con lienzos y ropages. Su conservacion y su disecacion perfecta, les ha hecho recibir el nombre de momias, y estas constituyen una de las mas interesantes antigüedades de la América septentrional. Hablarémos especialmente de un cuerpo humano examinado en 1813, en la caverna de Mammuth, inmenso subterráneo de la pradera sud de Kentuckey, que ha sido esplorado en una estension de catorce millas (cinco leguas y media) en línea recta. El cuerpo en cuestion era de una muger de talla gigantesca, de cinco piés diez pulgadas inglesas. Se le encontró agachado en un hueco de tres piés cuadrados de fondo, tapado con una piedra plana. Las muñecas estaban liadas con una cuerda y plegadas contra el pecho, y tocaban con las rodillas. El cuerpo estaba envuelto en dos pieles de ciervo medio curtidas y sin pelo, sobre las que se habian dibujado sarmientos y hojas de parra. Sobre estas pieles estaba un paño; á los piés, un calzado particular, y una especie de saquillo que contenia los objetos siguientes: siete adornos de cabeza hechos de pluma de águila, ó de otra ave de rapiña, reunidos en forma de abanico y plegados unos en otros; una quijada de oso, arreglada para poder ser llevada como adorno, pendiente del cuello; una garra de águila, destinada para el propio uso. Muchas uñas de gamuza engarzadas como un rosario; varios silvatos hechos de caña, de seis pulgadas de largo y atados juntos; dos grandes pieles de serpientes de cascabel, de las que una tenia catorce anillos sonoros; un peloton de nervios de gamo, para coser sin duda, parecidos á cuerdas de violin; algunos ovillos de hilo grueso de dos ó tres cabos; una bolsa en forma de maleta, que se abria por el medio y á lo largo con dos cuerdas fijas á las estremidades, que pasando por unos ganchos, cerraban esta especie de balija ingeniosamente construida. Tanto el paño, como el calzado, la bolsa, el hilo y los cordones, eran de filamento de corteza, ó corcho trabajado ya en trenza ya como una especie de tejido. El saco tenia un doble bordado de tres pulgadas, que le daba mas fuer-

za. La descripcion de estos objetos encontrados, permite apreciar y conocer algo el trage de las mugeres de esta raza ya estinguida. Esta ocupaba la region situada entre los lagos Ontario y Erie, al norte, y el golfo de Méjico al sud. Muchas circunstancias inducen á creer que esa raza tenia el mismo orígen, y los mismos usos que los habitantes de la Austrolasia, y de las islas del mar Pacífico. La contextura de la tela ó paño que envuelve á las momias, es sin disputa la misma que tienen las telas traidas de Wakash, de las islas de Saudwich y Fidgi, por los modernos navegantes. Existe una semejanza perfecta entre los mantos de plumas, que se encuentran hoy dia en las islas del mar del sud, y las cubiertas que revisten á estas momias. Las plumas de ave que los forman, están entrelazadas ó sugetas por varios hilos, con un artificio especial, y el agua corre por encima sin mojar ni penetrar adentro. Las mallas de estos hilos están muy bien hechas y con igualdad. Los zapatos hechos tambien de corcho, delicadamente trabajado, son el producto de una industria muy notable. En los paises ocupados en otro tiempo por aquellas tribus destruidas, se encuentran aun trozos de escultura antigua que representan diferentes objetos, y en especial cabezas humanas. Vénse tambien atrincheramientos y fortificaciones, dispersas aquí ó allá, sobre la fértil comarca qúe estos pueblos poseian, y por lo que se vé, puede muy bien suponerse que eran capaces de construir obras mucho mas sencillas y variadas. Por último, las momias presentan el mismo ángulo facial y la misma forma de cráneo, que la raza de los malayos. Todo anuncia pues que aquella ha poblado las islas del grande Océano. Recientemente se ha creido, que llevaron sus inmigraciones hasta las islas Canarias, y que los guanches, sus primitivos habitadores, cuyas momias subsisten, eran una de sus colonias.

Réstanos aun consignar aquí otra hipótesis propuesta por el P. Gumilla, jesuita, en su *Historia del Orinoco*. «Los indios americanos, dice, descienden de Cam, segundo hijo de Noé, de la misma manera que nosotros descendemos de Jafet, por Tubal, que pobló la España, el cual, era nieto de Noé, y vino á esta península ciento treinta años despues del diluvio universal, el 1788 de la creacion del mundo. La Arabia, el Egipto, y el resto de Africa, tocaron á Cam, y algunos de sus nietos ó biznietos, habiéndose embarcado, y siendo arrojados por la tempestad, pasaron desde el Cabo-Verde, al Cabo mas avanzado de la América meridional, que es el de Fernambuco. Yo no busco otra prueba de mi parecer, que la paciencia con que los indios soportan el yugo de la dominacion española, á lo que puede añadirse el envilecimiento y prostitucion de ellos mismos, que les conduce hasta el punto de servir á los negros esclavos de los europeos. Y aun hay mas. Lo que me ha dado mucho que pensar, es el reparar, que sirven aun con mas buena voluntad á un negro esclavo de Angola ó de Mina, que á un europeo de cualquier calidad que sea. Tambien he observado; que por bien que un europeo trate á un Indio, ya sea en vestirle ó en darle de comer, tarde ó temprano abandona á su señor, y se pone al servicio de un negro que le maltrata mucho y alimenta menos, y sin embargo, en lugar de huirle, le sirve con el mayor afecto. ¿Qué misterio encierra esto? Lo que acabo de espresar, pasa al pié de la letra, y no yo solamente, sino otros lo han observado. ¿Cuál puede ser la causa de una conducta tan estraordinaria? Unicamente respondo á esto, que ellos no obran de esa manera, sino para realizar y hacer verdadera y patente la maldicion que Noé pronunció contra Cam, cuando se despertó, diciéndole: (*Gen.*, c. IX, v. 15), *que él seria esclavo de los esclavos de sus hermanos*, y tales son exactamente los indios que cumplen este vaticinio, no por fuerza y á su pesar, sino por gusto y eleccion, para verificar la maldicion. Cuantos europeos han estado, y están en la América, saben que la embriaguez es el vicio mas comun y dominante de los indios, y yo atribuyo tambien al orígen de Cam esta propension uni-

versal, lo mismo que la desnudez en la que viven los pueblos idólatras de la América. Cam, como se dice en el Génesis, se mofó de la desnudez de su padre, y de la deshonesta actitud en que dormia; y por un efecto de la maldicion, lo que en Noé, no fué sino un accidente puramente fortuito, llegó á ser casi natural en los indios, descendientes de Cam, puesto que ellos han quedado inclinados á la embriaguez, y tienen por su mayor placer el ir desnudos. Herrera cita á muchos indios, en sus Décadas, que contaron á los españoles, al principio de sus conquistas, que por una tradicion de sus antepasados, tenian conocimiento del diluvio y de Noé, y que ellos descendian de su segundo hijo, que fué maldecido por haberse burlado de la desnudez de su padre, y que á causa de esta maldicion, ellos vivian desnudos. A esto se me responderá, que los negros siguen la propia costumbre; pero yo tengo por cierto, que los negros descienden igualmente de Cam, con la sola diferencia, que estos tienen el alma menos baja que aquellos, puesto que se vén diariamente indios que voluntariamente se ponen al servicio de los negros, mientras que no hay negro que quiera rebajarse á servir á un indio, y este carácter altanero de éstos, podrá provenir de la diferencia de temperamentos, ó de los alimentos, ó de otras causas desconocidas hasta el dia.

« Digo, en segundo lugar, que las naciones del Orinoco y sus limítrofes, observan muchas de aquellas ceremonias que los hebreos practicaban durante su permanencia entre los gentiles, las cuales siguen ciegamente, y sin poderse dar razon de ello, guiados solo por la tradicion recibida de sus antepasados, de lo que se puede igualmente deducir, que despues que la América fué poblada por los descendientes de Cam, se trasladaron despues á ella un gran número de hebreos, cuando la dispersion de este pueblo ingrato, los cuales enseñaron á sus primeros habitantes, las ceremonias de que yo hablo.

« La circuncision, esta señal distintiva del pueblo de Dios, aunque practicada con cierta variedad, está aun en uso en estas naciones idólatras. Los salivas, en los tiempos que la practicaban, y los que viven en los bosques, circuncidaban sus hijos al octavo dia de nacer, y lo hacian de un modo tan cruel, que morian muchos de ellos. Las diferentes naciones de Cuiloto, de Uru, y de los otros rios que desembocan en el Apuré, practicaban tambien este uso, añadiendo á él, considerables heridas en los brazos, y en otras partes del cuerpo. En 1721, encontré un niño en estos bosques, ya moribundo, cuyas heridas se habian envenenado, y cuyo cuerpo estaba cubierto de un pus corrompido. Para que los niños sintiesen menos esta operacion, se les embriagaba antes. Las señales de la circuncision, no son menos crueles entre los indios guanos y otomacos.

« La poligamia, permitida tambien entre los hebreos, y el repudio, están igualmente, en vigor en estos pueblos, como igualmente, la aversion á la carne del cerdo, prohibida tambien entre los judíos.

« Las unciones y perfumes que empleaban en otro tiempo los hebreos, subsisten aun entre los pueblos del Orinoco en toda su fuerza, y los indios se creen obligados á lavarse el cuerpo tres veces al dia. ¿ Quién no vé en todo esto el judaismo de estos pueblos?

« Aun podré ir dando otras pruebas á medida que se me presenten; pero para no amplificar mas este asunto, concluiré protestando, que si el espíritu de codicia y de interés llegase á perderse entre los judíos, se encontraria entre las naciones del rio Orinoco y sus cercanias, cuyo estilo en esta parte es idéntico al de los hebreos. La inconstancia, la ineptitud, la infidelidad, la timidez, y todos los demás vicios que la Escritura Santa atribuye al pueblo judío, se encuentran en los pueblos de que yo hablo, sin esceptuar uno, aunque en diferentes grados; de todo lo que deduzco, que los unos descienden de los judíos que fueron dispersados en los tiempos de Salmanazar, y los otros, han tomado de estos sus usos, costumbres y ceremonias. »

El P. Gumilla, habla además de la manera, con que á su parecer, fué poblada la América, y confirma lo que Diodoro de Sicilia cuenta de los fenicios (1) por un suceso reciente y público. « Encontrándome, dice, en 1731, en el mes de diciembre, en la ciudad de San José de Oruna, capital del gobierno de la Trinidad de Barlovento, situada á doce leguas de la embocadura del Orinoco, supe por sus habitantes, que habia arribado á su puerto un barco, procedente de Tenerife, cargado de vino, conducido por cinco ó seis hombres flacos y descarnados, los cuales, despues de haber hecho provision de pan y otros víveres para cuatro dias, pasaban de Tenerife á otra isla de las Canarias. Sorprendiéndoles la tempestad, se vieron obligados á dejarse correr por los vientos y las olas, por espacio de muchos dias, y habiendo consumido cuantos víveres tenian, se redujeron á no tomar mas que vino por todo alimento. Próximos ya á perecer, por una gracia especial del cielo, descubrieron la isla de la Trinidad, que está frente al Orinoco. Llegaron allí, y dieron fondo en el puerto español con grande asombro de la guarnicion y de sus habitantes, que acudieron todos á presenciar lo que puede llamarse prodigio. Con este reciente testimonio ¿quién podrá ya negar, que esto que ha sucedido en nuestros dias, no haya podido ocurrir en los siglos pasados, y mas, cuando citan hechos de esta clase, autores clásicos? Nada hay mas natural, que despues que fueron pobladas las costas de España, de Africa, etc., muchos barcos de estos paises fuesen arrebatados por el viento y por las olas hácia el poniente, lo mismo que aquel de las Canarias, y tanto mas, cuanto que no es creible, que los descendientes de Noé que poblaron estas costas orientales, olvidasen el arte de la construccion que Dios habia enseñado al santo patriarca. Es verdad que en los primeros tiempos, los hombres no navegaban sino de tierra á tierra, costeando, no conociendo aun la brújula; pero nada impide que á pesar de eso, un viento fuerte arrastrase los barcos á plena mar, y les obligase á seguir el camino de los canarios arriba citados. Mr. de Fer, asegura, en apoyo de esto mismo, que en el siglo xv, un barco vizcaino fué arrojado por la tempestad sobre las costas de la América; pero que no habiendo podido abordar á ellas, á causa de los vientos contrarios, vino á arribar á Madera, donde á la sazon se encontraba Cristóbal Colon, el cual, comparando la relacion del vizcaino, con las ideas que él ya habia concebido, resolvió por fin intentar el descubrimiento de este vasto continente... (1) El mismo S. Agustin dá á entender, que él no dudó de que los paises de ultramar no hubiesen sido poblados de la manera que acabamos de enunciar (2). Aunque la conjetura, ni el entusiasmo poético de Séneca, poco puedan añadir á las pruebas que acabo de alegar, con todo, aun en eso, no puede despreciarse la asercion de un autor tan versado como él, en la antigüedad, para que se le pase en silencio (3), y aquel supone en una de sus comedias, que algunos barcos fueron arrojados por el viento á tierras desconocidas, que él creyó

(1) « Cum Africæ littera legerem ingentibus ventorum procellis ad longicuas in Occeano tractus fuisse abreptos: tandem ad insulam pervenisse ingentis magnitudinis. » (Lib. VI, cap 7.) (Nota del Autor.)

(1) El amor propio de los españoles que quisieron atribuirse la prioridad del descubrimiento de la América, en perjuicio del ilustre genovés, ha dado curso á esta historia. En su lugar diremos mejor con el P. Charlevoix, jesuita francés, en su *Historia general de la Nueva Francia*. Tom. I, pág. 6. « Es mucha gloria, dice, para la Italia, que las tres potencias europeas que se han repartido entre si casi toda la América, sean deudoras de sus primeros descubrimientos á los italianos, á saber: los castellanos, á un genovés (Cristóbal Colon), los ingleses, á dos venecianos (Juan Cabot y sus hijos), y los franceses, á un florentin (Verazzano). Yo agregaria á estos hombres ilustres otro florentin (Américo Vespucio), que prestó grandes servicios á los castellanos y á los portugueses en el Nuevo-Mundo, si aquel debiese á su mérito, y no á una superchería indigna de una persona honrada, la gloria que ha tenido de dar su nombre á la mayor de las cuatro partes del mundo conocido. » (N. del Aut.)

(2) « Homines, multiplicato genere humano, ad insulas inhabitandas navigio transire potuisse, quis ambigat? (De Civitate Dei. L. XVI, c. 6.) (N. del Aut.)

(3) Séneca, *actu secundo in Medea*.

Venient annis.
Sæcula seria, quibus Occeanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, thetyasque novos
Detegat orbes, nec sit terris.
Ultima Thule. (Not. del Autor.)

que corriendo el tiempo, llegarian á descubrirse, como asi ha sucedido.»

Completarémos nuestras citas, presentando la opinion de Mr. Alejandro de Humboldt, autoridad, la mas grave y decisiva que podemos invocar en esta materia.

«El problema, dice, de la primera poblacion de la América, no pertenece al dominio de la historia, así como las cuestiones sobre el orígen de plantas y animales, y sobre la distribucion de los gérmenes orgánicos, no son tampoco del dominio de las ciencias naturales. Al remontarse la historia á las épocas mas antiguas, nos presenta casi todas las partes del globo, pobladas por hombres que se creen aborígenas, porque ellos mismos ignoran su filiacion. En medio de la confusion de tanta multitud de pueblos que se han sucedido y mezclado los unos con los otros, es imposible el reconocer con exactitud histórica, la primera base de la poblacion primitiva, posterior á las tradiciones cosmogónicas.

«Las naciones de la América, á escepcion de las inmediatas al círculo polar, forman una sola raza, caracterizada por la confirmacion del cráneo, por el color de la piel, por la escasez de la barba, y por los cabellos lacios y lisos. La raza americana, tiene semejanzas y relaciones muy marcadas con la de los pueblos mongoles, que encierra los descendientes de los Hiong-nu, antes conocidos con el nombre de hunnos, kalkas, kalmukos y burattes. Observaciones recientes me han probado, que no solamente los habitantes de Unalaska, sino tambien otras muchas tribus de la América meridional, indican por los carácteres osteológicos de su cabeza, un paso de la raza americana, á la raza mongola. Cuando hayan sido mejor estudiados los hombres morenos ó cobrizos del Africa, y ese enjambre de pueblos que habitan el interior y el nordeste del Asia, y á quienes viageros sistemáticos y poco observadores, designan vagamente bajo el nombre de tártaros y de tschondes, entonces, las razas caucasiana, mongola, americana, malaya y negra, aparecerán menos aisladas, y se reconocerá en esa gran familia del género humano un solo tipo orgánico, modificado por circunstancias que probablemente por siempre nos serán desconocidas.

«Hasta aquí, ha parecido imposible señalar la época de las comunicaciones entre los habitantes de los dos mundos. Seria temerario el designar el grupo de pueblos del antiguo continente, que presenta mas relaciones de contacto con los toltecas, aztecas, maiscas, ó peruanos, puesto que estas relaciones se manifiestan en las tradiciones, monumentos y usos, que quizá son anteriores á la division actual de los asiáticos, en mongoles, en hindos, en tonguses y en chinos.»

El P. de Charlevoix, jesuita, autor de una escelente disertacion sobre el orígen de los americanos, se admira de que se hayan buscado con afan las huellas de este orígen en los usos, costumbres, religion y tradiciones de los indígenas, y no en la confrontacion de las lenguas. Con efecto, se observa que las antiguas tradiciones se borran de la imaginacion de los que por espacio de muchos siglos no han tenido elementos para conservarlas. Los usos y costumbres, por el comercio y roce con otras naciones, mezcla de pueblos que se reunen, cambios de dominaciones y de formas de gobiernos, degeneran á poco tiempo y con bastante frecuencia; y esta alteracion es mas fácil y sensible en los pueblos errantes convertidos en salvages, que viven sin reglas que les hagan volver á las costumbres antiguas, que no les recuerdan ni la educacion ni la sociedad. Por último, nada sufre mas prontas, frecuentes, y estrañas revoluciones, que la religion, desde el momento en que el hombre, renunciando á la única verdadera, se pierde y se confunde en el laberinto del error. No sucede lo mismo con las lenguas, que no pierden jamás lo que las distingue unas de otras, de modo, que se puede siempre por ellas remontarse á los primeros orígenes, desde los dialectos, hasta las lenguas madres. «El conocimiento de las lenguas principales de la América y su comparacion con las de nuestro hemisfe-

rio, que son consideradas como primitivas, podrian, á fuerza de exámen, conducirnos á algun afortunado descubrimiento, dice Charlevoix, y este medio, el mas inequívoco de todos, no es tan difícil como á primera vista aparece. Hemos tenido y tenemos aun viageros y misioneros, que han trabajado en el estudio de las lenguas que se hablan en todas las provincias del Nuevo-Mundo. No habria necesidad mas que hacer una coleccion de todas sus gramáticas y vocabularios, y compararlas con las lenguas muertas ó vivas del antiguo mundo que pasan por originales. Los mismos dialectos, á pesar de la alteracion que han sufrido, conservan aun bastante de su matriz para suministrarnos grandes luces.» Ya se ha entrado en la senda que indicó el sábio jesuita; y el contra almirante Dumont d'Urville, al hacer constar que se encuentran palabras de tres lenguas, la hebrea, la copta, y la árabe, desde Madagascar hasta las islas mas retiradas y distantes de la Polynesia, transforma la analogía indicada por el Dr. Lang, entre la lengua malaisa y los idiomas americanos, en el punto de una semejanza muy notable. Mr. de Humboldt por su parte, ha hecho patentes analogías entre muchas lenguas del Nuevo-Mundo con las de diversos pueblos del continente de Asia.

Los testimonios que acabamos de apuntar difieren entre sí, sin duda, cuando se trata de determinar los puntos de partida de los primeros habitantes de la América, pero aunque de diversa índole, todos agrupados se reunen para protestar, contra la filosofía volteriana, probando, que los americanos no son una raza aparte, *Sui generis*, que comenzó en el suelo que la vió nacer, y están acordes, á pesar de su divergencia, en proclamar, que desde la mas remota antigüedad han existido comunicaciones numerosas entre ambos continentes, tributando así el mas público homenage al principio de la unidad de orígen de la especie humana.

CAPÍTULO XXX.

El estado en que se encontró á los americanos en el siglo XV, era un estado de degeneracion y no un estado primitivo

Los filósofos y los economistas, los anticuarios y los jurisconsultos, que conformes con Montaigne, negaron toda especie de comunicacion entre la América y el antiguo Mundo, y consideraron á sus habitantes como escluidos de nuestras tradiciones históricas, así como de nuestras creencias religiosas sobre la creacion del hombre y sobre el modo como fué poblado el universo, deducian que no habiendo penetrado jamás la civilizacion entre los americanos, estos habian permanecido siempre en el estado salvage, que era entonces el primitivo del hombre; y los sofistas presentaban á estos pueblos como tipos y modelos á las naciones civilizadas, á las que calificaban como corrompidas y degeneradas fuera del estado natural, tomando falsamente algunos errores y abusos, como sirviendo de fondo á la sociedad europea. Lo poco que ya hemos apuntado acerca de los antiguos monumentos encontrados en América, ya casi bastaba para probar lo contrario de aquella proposicion. Desde luego, muchos indicios nos hacen sospechar que el Nuevo-Mundo, cuando se descubrió, no era tan nuevo como se le creia; poco á poco, la mano del hombre se ha visto claramente descubierta en medio del transcurso de los tiempos, en medio de esos bosques y árboles seculares minados por la vejez. En medio de esas risueñas y verdes praderas se han descubierto huellas indispensables de importantes centros de poblacion; y la naturaleza, con su aire de juventud eterna, se ha asentado y medio encubierto la obra del arte. Pero si en tiempos mas ó menos remotos ha brillado en América una civilizacion mas perfeccionada; si sobre sus estensos territorios, hoy dia desiertos, se ha posado un pueblo amigo de las ciencias y las artes, fuerza es confesar que el estado de las tribus americanas, en el momento de la aparicion de los es-

pañoles, no era un estado primitivo; sino un estado de degeneracion, al que el transcurso de algunos siglos habia bastado para hacerlos descender.

Las numerosas antigüedades, que atestiguan la presencia en el suelo americano, de una civilizacion mas avanzada, que la que presentaban sus indígenas á fines del siglo xv, consisten: en los límites de los Estados-Unidos, en atrincheramientos ó baluartes construidos de tierra ó piedra; en sepulcros de diferentes dimensiones; en utensilios, en ídolos, y en momias.

El mas septentrional de estos atrincheramientos está situado al mediodía del lago Ontario; los otros se encuentran sobre una línea que se dirige al sud-oeste hasta el rio Chenango, cerca de Oxford. Estos monumentos se diferencian mucho entre sí en su forma, altura y dimensiones, pues los hay de forma cuadrada, circular, ú octágona, conteniendo en su recinto de diez á cincuenta acres de tierra y su altura varia de cinco á treinta piés. Estas fortificaciones siempre están situadas en las cercanias de algun rio abundante de pesca, en terrenos fértiles, ó en llanuras elevadas y libres de inundaciones.

Uno de los mas notables es el de Newark, en el estado de Ohio. Allí se vén cuatro recintos fortificados diferentes, á poca distancia unos de otros. El primero de forma circular, contiene un espacio de cerca de veinte y seis acres, sus muros tienen treinta piés de altura y están rodeados de un foso ancho y profundo. El segundo, que es cuadrado, tiene una capacidad de veinte acres y muros de diez piés de elevacion. El tercero, que forma un octágono, contiene espacio de cuarenta acres y los muros tienen ocho aberturas ó entradas de quince piés de ancho, y detrás de ellas, á una distancia de diez piés, se encuentra un fragmento de torreon ó tambor del mismo ancho y altura que el muro principal, escediendo en cuatro piés al ancho de las entradas. Por último, el cuarto recinto, de forma circular, incluye un terreno de veinte acres. Todos estos muros ó reductos están ligados entre sí por una especie de caminos cubiertos, y por ellos se va desde la llanura en que están estos cuatro fuertes hasta la orilla del rio Liking. A las estremidades de este campamento, se notan todavía varias elevaciones artificiales como para servir de observatorios ó atalayas, desde donde se descubriese con la vista todo el pais y pudiese divisarse la aproximacion del enemigo. A escepcion de algunas puntas de flechas, no se ha encontrado en estos recintos objeto alguno que pareciese haber pertenecido á los que los construyeron ó que en ellos se guarecieron.

A cuatro ó cinco leguas de este campo atrincherado se vé en medio de un bosque, y sobre una cumbre elevada, otro muro formado de piedras sin labrar y amontonadas sin órden. Este contiene un espacio de cuarenta acres y es de forma irregular. Dos elevaciones artificiales igualmente de piedras, y terminadas en cono, de quince piés de altura, se encuentran, una en el centro del recinto, y otra á una de sus estremidades. El muro no tiene mas que dos aberturas ó entradas, cerca una de otra, y anchas de diez piés. Delante de una de ellas, á catorce piés de distancia, está un enorme trozo cuadrado de piedra. La otra corresponde á una especie de calzada, que desciende por una suave pendiente al recinto de la llanura inmediata.

Cerca de Marietta, hay otros dos recintos parecidos á los anteriores y con las mismas defensas, que conducen, por medio de una calzada, al rio Muskingum. Para hacerse los americanos con la tierra necesaria para la construccion de estas fortificaciones y alturas artificiales, no practicaron escavaciones; sino que por igual la iban quitando de la superficie del suelo que quedaba nivelado. En todo el alrededor de estos monumentos se encuentran gran número de fragmentos de vasijas de una arcilla muy fina, que conservan señales de que estuvieron barnizadas, y sus cantos son negros y sembrados de puntos brillantes.

Cerca de Circleville, se vé un especie de fuerte de forma circular, rodeado de dos muros concéntricos, entre los cuales corre un foso. El diámetro del fuerte es de sesenta y nueve

toesas y sus muros casi derruidos tenian veinte piés de altura. Este comunica con otra obra de forma cuadrada, cuyos lados tienen una anchura de veinte toesas, y corresponden justamente á los cuatro puntos cardinales. Esta circunstancia, así como la regularidad con que están construidas todas estas obras, prueban que los conocimientos astronómicos y geométricos no eran desconocidos á los antiguos americanos.

Las construcciones que se vén cerca de Chillicote, Porsmout, y sobre las orillas del rio Miami, se parecen mas ó menos á las que acabamos de describir. Hay otras menos considerables que se encuentran algunas veces aisladas, pero siempre no lejos de las primeras, y consisten nada mas que en muros paralelos, cuyo espacio intermediario está endurecido á manera de arrecife. Es dificil decidir si estos eran caminos cubiertos destinados á facilitar las comunicaciones entre diferentes campamentos, ó bien lugares consagrados á ceremonias religiosas ó á juegos nacionales.

Los montecillos ó alturas artificiales, destinadas á servir de sepulturas, constituyen otra especie de monumentos. Su altura varia de cuatro á cien piés. Los hay que tienen de diez á doce piés de diámetro en su base, y otros de mucha mayor dimension. Su forma es por lo comun cónica. Estos se encuentran, desde los Andes de la América septentrional hasta los montes Alleganys, y desde los lagos del Canadá, hasta el golfo de Méjico. Aunque los del norte son menos numerosos y poco elevados, mientras que los del mediodia, son en gran número y de mayores dimensiones, todos ellos anuncian por su forma un mismo orígen.

En uno de estos montecillos, situado cerca de Marietta, se encontró un esqueleto humano, echado de espaldas, en la direccion de nord-este á sud-este, y cubierto de piedras planas y pequeñas ennegrecidas por el fuego, de donde se deduce que el cadáver fué consumido en parte, antes que se le cubriese de tierra. A su lado se encontraron tres planchuelas de cobre con una lámina de plata sobrepuesta que parecian haber sido adornos de un escudo ó de un cinturon. Habia además, fragmentos de una vaina y empuñadura de una espada de cobre y plata, así como otros objetos cuyo destino no se pudo descifrar. Los huesos del esqueleto quedaron reducidos á polvo al contacto del aire. El montecillo, en el momento de demolerle, tenia unos seis piés de altura y cinco de diámetro. Su esterior estaba cubierto de árboles, que á fines del siglo xv debian ya tener lo menos doscientos años.

Otro monumento de este género, inmediato á Cirdeville, contenia dos esqueletos y á su lado gran número de puntas de lanza y flechas; el puño de una espada hecha de cuerno con adornos de plata, y un espejo de vidrio natural (*mica membranácea*) de tres piés de largo sobre diez y ocho de ancho. Los cadáveres parecian haber sido espuestos á un fuego violento que habia consumido algo los huesos. A cuarenta toesas de distancia, habia otra eminencia mucho mas grande y elevada, que sirvió al parecer de sepultura comun, y al demolerla, se encontró gran cantidad de esqueletos de individuos de toda edad y sexo, muchas hachas y cuchillos de piedra así como adornos de diferentes especies. Cuanto mas se avanza al sud-oeste, esta especie de cementerios aumentan en número y estension. Casi todos están situados en la confluencia de dos rios y en terrenos fértiles. La inmensa cantidad de huesos humanos que encierran, dá á conocer que estas regiones antiguamente eran muy pobladas y que sus habitantes tenian moradas fijas.

Las armas y utensilios descubiertos en las escavaciones, se reducen á puntas de lanzas ó de flechas, hechas de cobre, brazaletes y cadenas del mismo metal, hachas de piedra, vasijas de barro cocido, destinadas segun toda apariencia para contener líquidos, y adornos de figuras humanas en relieve; urnas que contienen huesos medio calcinados; y en cuanto á los adornos ó armas de metal, los de plata y cobre son los únicos que se encuentran en estado de conservacion, y los de hierro están del todo oxidados.

Se han descubierto tambien algunas figuras

humanas de barro cocido, que se suponen ser ídolos, y consisten en torsos informes sin brazos, pero con cabeza de un arte muy grosero, y que no pueden dar luz alguna sobre la religion y culto de estos antiguos pueblos.

Las montañas de los Estados de Tennesse y de Kentukey son casi todas calcáreas y llenas de grutas, tales como la caverna de Mammuth, de que ya hemos hablado. Tambien se encuentran en ellas cadáveres humanos en perfecto estado de conservacion, sin que se advierta vestigio ni señal alguna de incision por cuyo medio se hayan podido sacar los intestinos; ni rastro de ingredientes aromáticos que hubieran podido servir para el embalsamamiento. De forma, que la perfecta conservacion de estos cadáveres no puede ser atribuida sino á la índole del terreno, impregnado de ácido sulfúrico, de alumbre y salitre, en el que están colocados. Estos cadáveres, en su mayor parte, tienen una triple envoltura, la primera, de tela groseramente tejida, y las otras dos, de piel de ciervo, quitado su pelo. La de los cadáveres es de color moreno, los dientes son muy blancos y los cabellos rubios.

A las pruebas de una antigua civilizacion rastreada en el territorio de los Estados-Unidos, añadirémos otras mas numerosas y positivas aun, que nos suministra el reino de Méjico. Allí se encuentran grandiosos restos de la arquitectura gigantesca y misteriosa de las primeras tribus americanas. Todo un mundo antiguo, oculto aun á los ojos de la ciencia, se revela allí á nuestras miradas, consignado de una manera imperecedera, en los monumentos que forman por sí solos un gran museo histórico.

En Tetlama (tierra de piedras), se encuentra un edificio famoso, oratorio, templo ó construccion militar, llamado Xochicalco (Casa de las flores), cuya disposicion y forma es la siguiente: un foso de doce mil trescientos piés de circuito, rodea una colina natural de trescientos sesenta piés de altura (Pl. XLVIII, n.° 1.). Esteriormente, esta colina está revestida de muchos terraplenes, apoyados en muros fabricados de piedra y cal, con la may solidez. Sobre la colina, á la que se sube p una calzada de nueve piés de anchura, se una plaza rodeada de una muralla de piedr de tres piés de espesor colocadas en andana En medio de la plaza se vé un edificio, primera base de una pirámide, que tenia ci co cuerpos, de los que no queda sino so uno de piedra labrada con admirable trabaj Este primer cuerpo se divide en tres part desiguales, la primera que sirve de base, e tá en talus ó declive; la segunda ó el friso está unida ó vertical; y la tercera ó la corn sa, es saliente, formando todo como un bo nito pedestal, revestido de grandes piedr labradas y muy unidas. Lo que hay aquí d mas curioso, y lo que sin duda ha hecho d al edificio el nombre de Casa de las flores, el que las tres caras ó faces del pedestal e tán cubiertas de bajos relieves, tallados, de pues de unidas las piedras, que represent un gran número de geroglíficos, de figuras hombres, animales, plantas, etc. (Pl. XLVII n.° 2.). Iguales esculturas se vén sobre l demás partes del edificio, cuyos fragment están por tierra. El monumento es de pied calcárea, que no se encuentra en los alr dedores, y se conoce que todo él, en lo a tiguo, estuvo pintado de vermellon. Los á boles que allí están plantados, contribuy naturalmente á destruirle. Por bajo de la c lina, antes del primer muro de apoyo, es la entrada de una caverna muy curiosa. En misma roca viva, se vé horadado un pasil ó callejon, revestido interiormente de una c pa de cal pintada de encarnado, que se pr longa línea recta por distancia de treinta pié y desemboca en una abertura ó tronera, p donde el aire y la luz pasaban desde lo al de la colina. A la izquierda de esta entrada y á quince piés de su tránsito, está otro c llejon bajo la misma forma y condiciones ancho de seis piés, y largo de ciento oche ta, y á su estremo, por dos aberturas, penetra en una gran sala labrada igualmente en la roca que es muy dura. En uno de s





ángulos, y en todo el espesor de su bóveda, abrieron una especie de cúpula, de forma cónica, de seis piés de ancha, con un tubo á su estremidad central, de nueve pulgadas de diámetro, que servia para la entrada y renovacion del aire. El interior de este pequeño adorno, está revestido de piedras cuadradas colocadas en líneas circulares con la mayor precision. El prodigioso trabajo que debió exigir el labrado de este antiguo subterráneo, cavado en la piedra á fuerza de brazo y de cincel, no deja dudar que sus autores habian conocido el uso del hierro, y sin embargo, hasta el presente aun no se han descubierto instrumentos ni herramienta alguna de ese metal. Pocas son las naciones que pueden poseer, en parangon de este, otros monumentos semejantes, y solo en la mas remota antigüedad, es donde se nota el trabajar de esa manera gigantesca, las montañas y las colinas, para aplicarlas á la decoracion monumental, ó para hacerlas servir á ellas mismas de monumentos.

Muy cerca de Chila, sobre una eminencia llamada la *Tortuga*, se descubren restos de una pirámide cuadrangular muy deteriorada por la vegetacion, y cuya base tiene por cada lado noventa y seis piés de ancho, por sesenta de elevacion, á la que se subia por una escalera que miraba al Oriente. Al pié de la pirámide, hácia el ángulo nor-deste, está la entrada de una sepultura subterránea *en forma de cruz*, revestida interiormente de piedras labradas, unidas por una argamasa de cal, y cubiertas esteriormente de una especie de revoque blanco y brillante. Aun se vén allí en su interior, restos humanos.

Los sepulcros mas notables del reino de Méjico, están en una especie de valle, encerrado entre dos colinas, áridas y dispuestas de una manera semicircular. La nacion Zapoteca llamó *Liuba* á este valle, es decir, sepultura. Cuando los mejicanos la sujetaron á su dominacion, corrompieron este nombre en el de *Miguitlan*, que en su lengua significa infierno, lugar de tristeza, ó lugar de reunion. En medio de esta soledad imponente, se elevan cuatro grandes y magníficas construcciones, llamadas vulgarmente palacio de Mitla, y ejecutadas con un lujo de materiales digno de los romanos. En representándose dos cuadrilongos, que puestos en cruz el uno sobre el otro, forman así una sala cuadrada, y por sus lados, resultan otras salas laterales largas y poco anchas, se concibe en general el plano de cada uno de estos palacios, y aun el de los cuatro edificios separados entre sí. En el centro de estas cuatro construcciones, está una abertura ó pozo que conduce por medio de una escalera subterránea, á la gran sala sepulcral destinada á los reyes ó grandes sacerdotes de la raza zapoteca. Su plano forma una *cruz* de bastante estension. En el punto de interseccion de las dos líneas, se encuentra una columna cilíndrica puesta sobre una piedra cuadrangular, que sostiene la bóveda ó cielo de la sala. Los cuatro costados están fronteros á cuatro nichos cuadrados, donde se depositaban los restos mortales. El todo está pintado de vermellon ú óxido de hierro. Se conjetura, que cuando moria la esposa, un hijo, ó la madre del rey de los zapotecas, éste se retiraba por algun tiempo á este magnífico palacio, que segun lo que hemos indicado arriba, se componia de cuatro grandes pabellones ó cuerpos de edificio, que dejaban una gran plaza en el centro. La magnificencia del esterior, decorado con grecas en bajo relieve, del mejor gusto é invencion, anuncia ya la del interior. El ala principal situada al norte, y que aun subsiste casi entera, contiene una sala larga dividida longitudinalmente de este á oeste, por una fila de seis columnas de granito de una sola pieza, y de tres piés de diámetro por diez y seis de altura. Estas son lisas sin basa ni capiteles, y redondeadas en su parte superior. Hasta ahora se tienen por las únicas halladas en el nuevo continente. (Pl. XXII, n.os 1 y 2.)

Cerca de la ciudad de Mitla, hay dos de estos oratorios con escaleras sobrepuestas, parecidos á otros que se encuentran en algu-

nos puntos del Asia. El primero es cuadrangular, formado de cuatro cuerpos, uno encima de otro, y se sube al mas alto por una escalera que mira á poniente, que arranca desde una plaza cuadrada circunscrita por tres muros hechos de piedra y ladrillo, como todo lo demás, y en medio está un altar de forma cuadrada. El segundo oratorio está construido de ladrillos secados al sol, y puestos de plano, alternando con capas de argamasa, á la manera de las fábricas babilónicas. Por el gran número de estos oratorios ó teocallis que existen, y que exigian un trabajo inmenso, se puede colegir que los antiguos americanos eran muy religiosos.

Lo mas admirable de todos sus trabajos, son los mosaicos, que cubren los muros de los palacios, y la mayor parte de las tumbas. Los artistas zapotecas, han sabido combinar la solidez egipcicia, con la elegancia griega. La vista mas perspicaz no puede descubrir el punto de union de aquellas pequeñas piedras, tan perfectamente reunidas unas á otras, sin argamasa alguna ni otra materia glutinante. Al presente, los estremos de estas piedras, están algo redondeados por la accion del aire y de la lluvia.

A tres cuartos de legua de Mitla, sobre una roca aislada, y que domina á las colinas, se vén fortificaciones construidas segun todas las reglas de la estrategia militar, mas sábia y previsora. (Pl. XXIII, n.º 1.)

Las enormes piedras que han servido para edificar todos estos monumentos, se sacaron de una montaña llamada en lengua zapoteca *Aguilosoé*, que en mejicano quiere decir Belveder, lugar ó sitio de una buena vista ó perspectiva. Esta es una roca viva que se prolonga de este á oeste Su superficie es desnuda y cortada, en grandes trozos paralelos bastante profundos, dispuestos por la naturaleza de tal modo, que el arte ayudado con las máquinas puede fácilmente cortar losas grandes, masas prismáticas y columnas de una dimension estraordinaria. Cerca de esta cantera, se encuentran, aun en tierra, troncos de columna, de mucho diámetro, grandes escalones y enormes arquitraves medio desvastados, y algunos se vén aun adheridos á la roca, y no enteramente separados de los macizos de donde se iban á cortar, como se vé igualmente en Egipto, en aquellas célebres canteras de granito, de donde se sacaban piedras para las figuras colosales y obeliscos. El transporte de estas grandes masas, era la mayor dificultad que habia que superar, puesto que la fuerza de sangre era impotente, para conducir estas piedras desde la cantera á Mitla, distante una legua, y así una vez que se trasladaron, debió ser con ausilio de poderosas máquinas y aparejos. Los romanos que para esto se valieron de todos los medios mecánicos que inventó el génio de Archimedes, jamás emplearon en sus mas magestuosos edificios, trozos de piedra que puedan compararse á los que se vén en los monumentos de los zacatecas, y á pesar de eso, nuestra ignorancia ó nuestra vanidad, ha rehusado creer por tanto tiempo en la civilizacion de un pueblo, que consiguió los mismos resultados que aquellos señores del mundo, sin tantos elementos ni aparato.

La escultura zacateca debió tener igualmente tan buenos resultados como la arquitectura de esta nacion. Se ha encontrado una cabeza de barro cocido, con nariz de raza caucasiana, carácter marcial, bien diseñado y modelado; la barba, boca y ojos están bien colocados y perfectamente esculpidos; sobre la cabeza está una especie de adorno en forma de abanico, que por los costados aparece como un casco á la griega, con carrilleras muy bien hechas para sujetarle. Citarémos además otras dos grandes estátuas de muger, la una está de rodillas cubriéndose el seno con las manos, y la otra, cubierta por detrás con una especie de manto, y las manos de tal manera colocadas, que se dá cierto aire á la Venus de Médicis. No es en verdad por falta de arte, el que las estátuas de este pueblo representen actitudes, contra las reglas del natural y de lo bello. Debe creerse, que si se han he-



p
lo
da
ba
ral
las
gra
una
can







cho así, ha sido en virtud de una ley religiosa, ó por la voluntad del gobierno político.

En la provincia de Tlascala, existe aun sobre la pendiente, de una colina alta y escarpada, un puente antiguo construido sobre un despeñadero profundo, con grandes piedras de desiguales dimensiones, pero perfectamente niveladas y unidas con argamasa. Tiene unos doce piés de altura, y conserva sus antepechos que el tiempo no ha destruido. Este macizo de cuarenta piés de espesor, está cortado por una bóveda de la misma estension, cuya abertura es angular. Esta obra de arquitectura hidráulica, se vé adornada en sus cuatro costados por obeliscos de bella proporcion, construidos interiormente de piedra y cal, y revestidos por el esterior de grandes ladrillos bien cocidos, colocados en hiladas circulares. Estos obeliscos, presentan al viagero un golpe de vista magestuoso, y son al mismo tiempo un sitio de descanso. Tienen sobre cuarenta piés de altura. (Pl. XXIII, n.° 2.)

A tres leguas al oeste de Tehuantepec, sobre el llano de una colina bastante elevada, cuyo nombre en lengua zapoteca quiere decir *piedra grande*, y en medio de ruinas considerables, se elevan dos monumentos de forma piramidal bastante bien conservados. El único que creemos digno de ser descrito, (Pl. XIV, n.° 1.) se compone de dos cuerpos de construccion, que sirven como de base ó pedestal á un edificio superior destinado para habitacion. La escalera principal dá frente al este, y sus dos costados, á norte y á sud. Los ángulos del primer cuerpo, son curvilíneos y bien conservados, y su fábrica es de piedra y cal. El segundo cuerpo, que ofrece un aspecto digno de observarse, se compone de dos frisos paralelos ó cornisas cuadradas, que encuadran grandes planchas de mármol blanco, llenas de geroglíficos en relieve, desgraciadamente bastante deteriorados. El tiempo en su carrera, mina y destruye sin descanso, las obras que el hombre en su orgullo, quiso en vano hacer eternas.

Mucho mas se prueba la civilizacion de estos antiguos indígenas, en presencia de las imponentes ruinas de Palenque, ó mejor dicho, de Culhuacan. Esta ciudad, denominada con propiedad por Mr. Jomard, la Tebas americana, y que tambien puede llamarse la Babilonia del Nuevo-Mundo, está situada cerca del Micol, rio afluente del Tulija, y cuyas aguas se dirigen á Tabasco. Parece, por lo que se ha observado, que tenia de seis á siete leguas de circuito, y sobre la pendiente de una colina poco elevada, y en medio de la naturaleza mas rica y mas brillante, aun ostenta portentosas ruinas de templos, palacios, torres, observatorios, sepulcros, pirámides, puertos, acueductos, fortificaciones, palacios, subterráneos, y casas; monumentos todos sólidos y elegantes, construidos de piedras pulimentadas, ó de sólida argamasa y canteria, revestida al esterior y al interior, de un barniz de vermellon. En medio de estas ruinas, se han encontrado vasos, ídolos, medallas, instrumentos de música, estátuas colosales, y lo que es mas notable, bajos relieves de la mas perfecta ejecucion, bien conservados y adornados de carácteres geroglíficos; todo lo que anuncia, que aquí fué la residencia de un gran pueblo sumamente adelantado en el estudio y práctica de las bellas artes.

No entra en nuestro plan el describir detallada y minuciosamente los admirables restos de Palenque; hablarémos solamente como muestra de ello, de un gran templo, y de un oratorio mas pequeño, donde con sorpresa el viagero advierte el bajo relieve de la *cruz*.

El gran templo, está asentado sobre una base que tiene la forma de un cuadrilongo, y presenta tres cuerpos de construccion, sobrepuestos uno á otro en proporcionada diminucion. Esta base, edificada con piedra, cal y arena, tiene mil y ochenta piés de circunferencia, por sesenta de altura. En medio de la fachada que mira á Oriente, una grande escalera de piedra cortada, conduce á la entrada principal. Toda la construccion, está revestida de una especie de estuco sólido y brillante.

El basamento ó zócalo inferior, está aun cubierto de sillares de piedra, y cada division presenta una cornisa cuadrada muy saliente. El interior, está dividido en gran número de salas, corredores y patios, tan regulares, y bien distribuidos, como en los edificios griegos y romanos. La arquitectura, es sencilla y elegante. Por bajo del templo, existen grandes subterráneos, de los que muchos han sido ya esplorados, y que contenian muchos altares ó mesas de piedra, sobre las cuales, sin duda, se ofrecian los sacrificios. Las murallas del templo, están adornadas de bajos relieves tallados en piedra, y revestidos de un estuco fino; los personages allí representados, tienen de ocho á nueve piés de altura, y guardan todas las proporciones del dibujo, que es siempre de perfil. (Pl. XIV, n.° 2.)

Sobre una montaña de difícil acceso, existe un templo ú oratorio mas sencillo, que no tiene mas que cincuenta y siete piés de largo, por treinta de ancho, y sobre veinte de altura. Como todos los de Palenque, está cubierto de piedras muy unidas, y alrededor de su techo, corre una doble cornisa del mas bello trabajo. (Pl. XV, n.° 1). «En este templo, dice Dupaix, se encuentra un símbolo ó figura *cruciforme*, de la mas grande complicacion que descansa sobre una especie de pedestal. Cuatro figuras de hombre, dos de cada lado, parece que consideran este objeto con cierta veneracion. Las dos que están mas cerca de la cruz, se vén revestidas con trages diferentes de los que hasta aquí hemos visto. El uno de estos personages, mas grande que los otros, y que parece pertenecer á la clase sacerdotal, ofrece sobre sus brazos alzados, un niño recien-nacido; el otro personage, está como en actitud de admiracion. (Pl. XV, n.° 2). Los otros dos, se vén colocados detrás de cada uno de los anteriores. El uno representa á un anciano que sostiene con sus manos elevadas una especie de instrumento de viento, que parece hacer sonar con su boca. La forma del instrumento, es un tubo recto compuesto de diversas piezas reunidas por círculos ó anillos y de su estremidad inferior salen tres hojas, ó mejor dicho, tres plumas que le sirven de adorno. El otro personage, es una figura de hombre, grave y magestuoso, que está como asombrado de lo que contempla. Los trages y adornos de estos bajos relieves, son muy complicados para ser descritos, y es cuanto puede concebir la exaltada imaginacion de un artista ó inventor. El dibujo del bajo relieve mismo, puede únicamente dar idea de semejante trabajo. Una gran cantidad de geroglíficos acompañan á esta misteriosa representacion, los cuales están colocados, no solamente cerca de la cruz, que es el objeto principal de la composicion; sino alrededor de las figuras laterales que hemos descrito, esculpidos sobre una clase de mármol de grano fino, de color oscuro, y distribuidos por líneas horizontales. Las esculturas precedentes ocupan inmensos espacios de piedra que tapizan los muros interiores de los santuarios.» Al contemplar este monumento, cualquiera se pregunta como en él se ha figurado tan esplícitamente el símbolo cristiano de la salvacion, por un pueblo desconocido, pues basta dirigir solo la vista sobre el dibujo, para asegurarse que representa una verdadera *cruz latina*.

El Dr. Constancio, órgano de la exegesis extra-racionalista, por medio de la cual, la Alemania pretende imponernos una religion simbólica, universal, *Pan* mitológico, en el que todas las inteligencias deben tener fé, revelacion científica, contraria á nuestra revelacion divina y tradicional, ha dado una esplicacion simbólica á la cruz de Palenque, que Mr. de Balbi se ha apresurado á adoptar. Segun él, el cuadro figura el nacimiento del sol, presentado por el Año á un sacerdote de este Dios, para que le diga su horóscopo. Pero muy distante de que el personage que presenta al niño, sea una muger (ó el Año), todo por el contrario conduce á creer, que si en el bajo relieve hay una muger, será el otro personage, que es mas pequeño, y que tiene una gran trenza de cabellos. El dibujo mismo rechaza la arbitraria interpretacion

del Dr. Constancio. Unicamente podria conocer el verdadero sentido de esta representacion, por los geroglíficos que acompañan al monumento, pero estos, aun no han sido objeto de un estudio especial, ni se les ha comparado con los geroglíficos egipcios, chinos y babilonios, y ni aun siquiera se han aplicado para esto los raros y preciosos ensayos que Mr. Humboldt ha consignado en sus obras para la interpretacion de estos signos. En semejante estado de la ciencia, debemos limitarnos á algunas nociones que pongan al lector en camino de entender algo. No por eso pretendemos decidir si el monumento ha precedido, ó si ha sido posterior á la mision de Jesucristo ó de los apóstoles. Por de pronto, si este edificio es anterior á la era cristiana, ya igualmente encontramos la cruz inscrita sobre los monumentos de Egipto, y formando parte de sus geroglíficos, bajo la cuadruple forma de †, de +, de x, ó de T. Tambien se encuentra este signo en la China, en la composicion del geroglífico antiguo Tat-tsin, significando el pais de judea, geroglífico en el cual entra la idea de adoracion. La cruz, bajo la forma de T, *thau*, se reproduce muchas veces sobre los monumentos de Palenque, y bajo la misma, es indudable, que era un signo, no de condenacion, sino de salvacion, aun en la época de la antigua ley. Ezequiel nos lo dice en términos espresos, en una de sus visiones: Y el Señor le dijo: «Pasa al través de «la ciudad, en medio de Jerusalen, y señala «con una T, *thau* sobre la frente de los hom- «bres que lloran y que gimen, sobre todas «las abominaciones que se han hecho en me- «dio de ella.» Y él dijo á los seis hombres: «Seguidle, y pasad por en medio de la ciudad, «y herid; que vuestra vista no perdone nada, «ni tenga alguna piedad; herid al anciano, al «jóven mancebo, á la tierna doncella, al ni- «ño, y á las mugeres, herid hasta la muerte; «pero no mateis alguno de aquellos sobre cu- «ya frente veais el T, *thau.*» Si admitimos que el bajo relieve de Palenque, sea anterior á la era cristiana, conviene examinar, si entre los diferentes pueblos antiguos, la cruz, instrumento de suplicio, fué tambien considerada en alguno, como signo místico de la redencion, que habia de obrarse en el Calvario; importa igualmente investigar si ella era ó nó, signo de una reparacion que debia realizarse por medio del sufrimiento, tradicion que ya es notorio haber sido general en todas las naciones de la antigüedad. Si el monumento de Palenque, es posterior á nuestra era, debemos apreciar que relacion puede existir entre esta cruz, y la que fué grabada hácia el siglo VII, en Si-gan-fu, en China. Es preciso, en ese caso, cotejar este bajo relieve americano, con la piedra de mármol blanco encontrada sobre el sitio del martirio del apóstol Sto. Tomás, en Meliapur, en la India, sobre la cual estaba tambien grabada una cruz, cuyas cuatro estremidades se veian adornadas de flores de lis, y de una paloma, que picoteaba el brazo superior (1). Estas investigaciones y cotejos, contribuirian á decidir, si el misterioso monumento de Palenque, tiene relacion con la tradicion general de la espiacion impuesta al hombre, ó si él mismo es un monumento cristiano.

Las huellas de una antigua civilizacion se notan igualmente visibles en Copan, en Quirigua, en Tec-pan-Guatemala, en Quiche, en Quesaltenango, en Ocosingo, y en Uxmal. En el estado de Honduras, sobre la orilla izquierda del rio Copan, están situadas las ruinas de este nombre. MM. Stephens y Catherwood, que las han esplorado, atravesando el rio, se dirigieron al través de bosques impenetrables, hasta el pié de una larga muralla que apercibian desde la orilla opuesta.

«Esta muralla, dice el primero, está construida de piedras sillares bien colocadas y en perfecto estado de conservacion. Dos escaleras con anchas gradas, unas enteras y otras partidas, nos condujeron á una terraza cuya forma nos fué imposible determinar, tal era la espesura de vegetacion que la cubria; pero nuestro

(1) Véase lo dicho en el cap. IV. del Lib. I. pág. 86, col. 2.ª

guia nos abrió paso entre aquella maleza y despues de haber pasado por junto á un gran fragmento de piedra esculpida con mucho arte, y cuya mitad ocultaba la tierra, llegamos al angulo de un edificio, á cuyos costados se veian escalones. Estos costados, por lo que los árboles y arbustos nos permitieron ver, parecian los de una gran pirámide. A una cierta distancia de su base, despues que con mucho trabajo pudimos abrirnos paso por entre este espeso bosque, se presentó ante nosotros una columna de catorce piés de altura sobre dos de diámetro; hermosos bajos relieves la cubrian enteramente desde su base hasta lo mas alto. La parte anterior, representaba un hombre vestido con pompa y elegancia. Su faz era grave y severa y en términos de inspirar terror, otros varios dibujos y geroglíficos llenaban lo demás del tronco. Delante de este monumento indescriptible, á una distancia de tres piés, se veia un enorme trozo de piedra labrada con figuras y divisas emblemáticas que pudiera ser un altar. La vista de semejantes restos, para entonces y para siempre, nos quita toda incertidumbre sobre el carácter de las antigüedades americanas, pudiendo asegurar lo interesante de los objetos de nuestras investigaciones, no solo como restos de un pueblo desconocido; sino aun como obra del arte. Todo esto prueba en efecto, así como los monumentos históricos recientemente descubiertos, que los pueblos que antiguamente habitaron el continente americano no eran salvages y sí muy civilizados. Llenos de una curiosidad é interés, quizá mas grande, que el que sentimos cuando recorriamos las ruinas del Egipto, seguimos á nuestro guia, que despues de mil rodeos, al través de bosques y restos de fábrica medio enterrados, nos condujo á un sitio donde se veian otros catorce monumentos con el mismo carácter y apariencia que el anterior ya descrito. Unos estaban cargados de dibujos elegantes, y otros trabajados con tanto ó mas arte que los monumentos de Egipto mejor concluidos. Algunos habian caido de su pedestal por la fuerza de enormes raices, y la yerba entrelazada los cubrian en mas de su mitad. Otro se elevaba erguido, con su altar delante, en medio de un grupo de árboles que habian crecido á sus costados y que parecian destinados como para resguardarle, cual un objeto sagrado, de toda profanacion; y en medio de este silencio solemne y profundo, se asemejaba al emblema de una divinidad llorando sobre un pueblo que ya no existe. El único ruido que turbaba el reposo de esta ciudad oculta á nuestras miradas, era el silvido de los monos que saltaban con rapidez por encima de nuestras cabezas en bandadas de cuarenta ó cincuenta á la vez, y al verlos cruzando por entre los estraños y respetables monumentos que nos rodeaban, la imaginacion exaltada pudiera tomarles por los espíritus errantes del pueblo que fué, guardando las ruinas de su primera morada.

«Tornando otra vez junta á la base del edificio piramidal, subimos por los escalones de que está rodeada y estos nos condujeron por una puerta á varios recintos interiores unos aislados, otros medio destruidos por los árboles gigantescos, y algunos conservados en su estado primitivo. De aquí pasamos á una terraza cubierta de árboles y maleza, y desde allí, por una escalera, descendimos sobre una plataforma, que despues de un poco desmontada de la vegetacion que la ocultaba, reconocimos que era un gran plano cuadrado con gradas á los costados casi tan perfectas como las de un anfiteatro romano. Todas estas gradas estaban esculpidas de relieves y de la parte del mediodia, hácia el medio, se encontraba una cabeza colosal (que debia ser un retrato) que las raices habian sacado de quicio. Estas gradas nos llevaron á otro largo terrado de cien piés de alto que dominaba el rio y la campiña, el cual todo estaba cubierto de árboles. ¿Qué pueblo seria el que echó los cimientos de esta gran ciudad? Al menos, en las arruinadas ciudades del Egipto, tantos siglos hace destruidas, el estrangero conoce la historia del pueblo cuyos restos le rodean. La América, segun muchos historiadores, fué

poblada por salvages. ¿Pero, qué salvages han podido jamás erigir construcciones semejantes? »

Las ruinas se prolongan por todo lo largo del rio sobre un espacio de mas de dos millas. Todo lo que de ellas resta parece haber pertenecido á edificios públicos. Los materiales de que se componian las habitaciones particulares, de menos solidez probablemente que aquellos, han desaparecido, de modo que no hay medio posible para determinar hoy dia la estension de la ciudad habitada. La ruina mas notable de ella es la que se dice ser un templo; edificio oblongo de proporciones verdaderamente colosales, y cuya fachada se estiende á lo largo del rio, en un espacio de sesenta á noventa piés. Las piedras que entran en su construccion están cortadas con regularidad y tienen de tres á seis piés de longitud por uno y medio de espesor. Los costados de este monumento que aun subsisten en pié son piramidales, y su superficie esterior, la dividen séries de gradas que se van disminuyendo en proporcion de la altura. Seria del todo imposible dar una nocion completa de la forma de este templo; pero podrá formarse una idea de sus proporciones gigantescas, sabiendo que todo su conjunto tiene de circunferencia dos mil ochocientos y setenta piés.

Los ídolos tienen la forma de prismas hechos en piedra, cuadrangulares y macizos, altos de once ó doce piés y cuyas cuatro caras ó faces están esculpidas con mucho arte. Algunos están aun de pié como en su principio, otros por tierra ó inclinados. Uno de ellos, que parecia el mejor ha desaparecido completamente á escepcion de la cabeza y pecho. De otro, no se vén mas que los piés que sobresalen de entre las masas de roca que le cubren. En general, representan una figura humana ricamente vestida. La cabeza la cubre un adorno macizo de los mas complicados y de un dibujo ininteligible. Las orejas por lo comun son muy grandes y fuera del natural. Un ropage bordado con mucho arte, oculta la parte inferior del cuerpo y baja hasta media pierna, esceptuando uno de los ídolos que cuya túnica es muy corta. Un calzado particular cubre sus piés, la barba y los bigotes que se encuentran unidos de una manera graciosa, indican que estos ídolos, si lo son tales, pertenecen al sexo masculino. Sin embargo, la actitud y figura de uno de ellos, el mejor conservado de todos, indican que es una muger. Una espresion de estraordinaria molicie respira en toda su fisonomía, su peinado y adorno de cabeza se hace notar por su riqueza y esmero, sus brazos tienen preciosos brazaletes y un medallon, especie de cabeza de animal, descansa sobre su pecho, sostenido por sus manos. Dos bandas estrechas, llenas de geroglíficos descienden á lo largo de su túnica que es mas corta que la de los ídolos varones. Todos sus rasgos, actitud, carácter y ademan, presentan una grande analogía con las antiguas estátuas de la Diana de Efeso. Las superficies laterales de los ídolos están cubiertas de geroglíficos; pero su espalda ó parte posterior presenta poco mas ó menos el mismo dibujo que la delantera, y asi sucede que uno de estos ídolos tiene, por su frente, la boca abierta, la mirada fija, la vista amenazadora, como inspirando terror, mientras que la espresion de los dibujos que cubren la espalda es dulce y agradable. Una circunstancia muy notable se vé en estos ídolos, y es que sus facciones anuncian una raza diferente de la que representan otras esculturas de Copan y las de Palenque. En estas últimas, la forma cónica de la cabeza, la frente estrecha y aplastada, la nariz prominente, y sobre todo, el grueso repugnante del lábio inferior, cuya fealdad resalta mas por la disposicion de la barba, indican desde luego una raza que ha desaparecido totalmente del nuevo continente. Pero ninguno de los ídolos de que ahora nos ocupamos, representa estas particularidades, la forma de su vista es oval y agradable, la frente llena y bien proporcionada, la nariz con el corte egipcio y lábios graciosos y proporcionados. Delante de cada ídolo se vé un altar. Estos altares, así como los ídolos, son de un solo pedazo de piedra. Todos

los altares no son iguales en el adorno y se diferencian tambien en cuanto á su corte, y sin duda están en relacion especial con los ídolos ante quienes se elevan.

Los restos de Quiriga sin ser tan numerosos y estensos como los de Copan, presentan el mismo carácter general. Las dimensiones de las construcciones piramidales son mas cortas; pero los ídolos son mas altos y se aproximan mas á la forma de obeliscos de los de Copan.

Los indígenas de Tecpan-Guatemala, emplean los materiales de esta antigua ciudad en construcciones modernas, y así ya no van dejando mas indicaciones de su grandeza que los cimientos de sus antiguos edificios.

Creemos innecesario añadir mas descripciones á las ya anunciadas, si bien, hay otros diferentes puntos en ambas Américas, que contienen monumentos tanto ó mas curiosos que los hasta aquí referidos. Unicamente nos limitarémos á decir que en la América meridional, la gran llanura de Tiahua-naco es el centro de una antigua civilizacion, y que allí existen aun, restos de edificios, cuya construccion atribuyen los indígenas á una raza de hombres blancos y barbudos que habitaron, la espalda de las cordilleras mucho tiempo antes de la fundacion del imperio de los incas. Tomando por modelo estos monumentos, que parece que jamás han sido concluidos, los incas construyeron la fortaleza del Cuzco.

Las formas de los edificios de que acabamos de hablar son parecidas y se remontan á la época de aquellos que tuvo el Asia en el primer período de civilizacion, de lo que deduce Mr. Alejandro Humboldt: « Sucede en los rasgos característicos de las naciones, lo que en la estructura interior de los vegetales difundidos por la superficie del globo. En unos y otros se manifiesta el sello de un tipo primitivo á pesar de las diferencias que producen la naturaleza de los climas, del terreno y de otras muchas causas accidentales. » Mr. de Humboldt hace observar, que al principio de la conquista de la América, la atencion de la Europa se fijó especialmente en las pirámides escalonadas de los mejicanos, en las gigantescas construcciones del Cuzco, y en los grandes caminos trazados en el centro mismo de las cordilleras de los Andes. Es preciso, añade este sábio, haber estado en el terreno mismo, para apreciar como se merecen las relaciones de los primeros viageros españoles, llenas de sinceridad y de un tinte local que las caracteriza. « Pero ese ardor de investigaciones sobre la América, disminuyó notablemente desde el siglo XVII. Las colonias españolas, únicas regiones habitadas en otro tiempo por pueblos civilizados; quedaron cerradas á las naciones estrangeras y recientemente, cuando el abate Clavijero publicó en Italia la *Historia antigua de Méjico*, se tuvieron ya por dudosos, hechos antes atestiguados por testigos oculares, enemigos las mas veces unos de otros. Varios escritores célebres, mas impresionados por los contrastes, que por la armonía de la naturaleza se complacieron en pintar la América como un pais... nuevamente habitado por hordas tan poco civilizadas como los habitantes de la mar del sud. En las investigaciones históricas sobre los americanos, el escepticismo mas absoluto sustituyó á una sana crítica. Se confundieron las declamatorias descripciones de Solís y de algunos otros escritores, que nunca habian salido de Europa, con las sencillas y verdaderas relaciones de los primeros viageros, y todo filósofo, ó que pasaba por tal, se creia en el deber de negar cuanto habia sido observado por los misioneros. Desde fines del siglo último, ya se ha verificado una revolucion dichosa en los estudios históricos y se investiga de otro modo la civilizacion de los pueblos, y las causas que favorecen ó detienen sus progresos. »

Esta reaccion está perfectamente caracterizada por estas palabras de Cárlos Farcy, en sus *Antigüedades americanas*: « A qué viene, y de qué sirve la brillante teoría de la invasion reciente del doble continente americano, teoría basada sobre jóvenes y modernas razas de hombres y sobre sus modernos volcanes aun no estinguidos?... Es menester confes rlo, la

América, por segunda vez, ha llegado á ser un mundo nuevo; y cuando el occidente fué á plantar su estandarte sobre aquella tierra desconocida, el oriente quizá ya habia llevado con antelacion allí la antorcha de las artes y las ciencias.»

De modo, que cuanto mas se remonta la cadena de los tiempos en América, se encuentran cada vez mas pruebas de una civilizacion antigua, y mas se inclina la imaginacion á creer que el estado de los americanos en el siglo XV era un estado de degeneracion (1).

(1) Hablando Mr. de Stephens acerca de las ruinas de la América septentrional y meridional, que examinó por si mismo con la mayor detencion, lleno de asombro al contemplar los restos de una civilizacion tan notable como oscura, de los antiguos pueblos que erigieron aquellos grandiosos monumentos, de los cuales no queda rastro ni memoria, se espresa en estos términos refiriéndose particularmente á las de Palenque «Lo que teniamos nosotros á la vista, dice en un momento de entusiasmo, eran testimonios materiales de la existencia de un pueblo aparte, que ha pasado por todas las fases del grandor y de la decadencia de las naciones; que tuvo su edad de oro, y ha perecido aislado y desconocido. Los lazos que le unian con la especie humana, han sido rotos, y estas piedras mudas son los solos testimonios de su tránsito sobre la tierra. Nosotros viviamos en las ruinas de los palacios de estos reyes, nosotros esplorabamos estos templos devastados, y sus derruidos altares y por doquiera que volvemos la vista, encontramos pruebas del gusto, de la habilidad en las artes, de la riqueza y del poder consiguiente de estos pueblos desconocidos. En medio de este espectáculo de destruccion, volviamos la vista á lo pasado, haciamos desaparecer con la imaginacion el dilatado bosque que devora estos respetables vestigios, reconstruiamos con el pensamiento cada edificio, con sus terrazas, sus pirámides, sus adornos de escultura y pintados, y á nuestra vista resucitaban los personages que nos miraban tristemente en medio de sus cuadros; nos los representábamos adornados con ricos trages, realzados con el brillo de los colores y con tocados airosos y elegantes; pareciamos verles pisar aquellos deliciosos terrados, y subir las magnificas escaleras de sus templos, cuyas evocaciones fantásticas realizaban en nosotros las brillantes creaciones de los poetas orientales. En la carrera de la vida, nada me ha causado una emocion mas viva, que el espectáculo de esta ciudad, en otro tiempo vasta y espléndida, y en el dia, derribada, saqueada, silenciosa, encontrada por casualidad, cubierta de una vegetacion que se la absorve, y no habiendo ni aun conservado su nombre igualmente desconocido que su historia; ¡ triste, solemne ejemplo de las revoluciones de este mundo! Las ruinas de Palenque continuan descubiertas y esploradas mucho tiempo antes que otras, que se han encontrado despues en ambas Américas, y encierran una multitud de cosas, así como aquellas otras, que aun son y serán por mucho tiempo un impenetrable misterio para nosotros. Estos restos de una civilizacion desconocida, han ocupado tan poco la atencion de personas conocedoras, que el campo de las antigüedades americanas está virgen y sin beneficiar.»

Segun habrá visto el lector por el relato de Mr. Henrion, acerca de las opiniones sobre los antiguos pobladores de la América, y agentes de la antigua civilizacion que ha quedado oscurecida, y del orígen de sus imponentes ruinas, algunos se han aventurado á conjeturas mas ó menos aventuradas, se han hecho cotejos y comparaciones, mas ó menos ingeniosas, entre los monumentos del antiguo mundo con las del nuevo, pero por mas que se esfuercen los ingenios y abunden las teorías, nunca ha podido hallarse analogía verosímil, siquiera, entre unas y otras construcciones. Las ruinas americanas, y despues de cuanto hemos visto y consultado en los diferentes autores y viageros que se han ocupado de ellas; despues de haber examinado y cotejado sus dibujos con los de otros monumentos, no tienen, lo primero, ni el carácter ciclopeo, ni analogía alguna con los monumentos griegos y romanos, ninguna comparacion puede hacerse entre ellos y los de Europa. En cuanto á los monumentos antiguos de la China y del Japon, que han querido compararse con estos, no son bastante conocidos para poder entablar acerca de esto una seria discusion. La opinion de Mr. Humboldt, acerca de la homogeneidad de los pueblos del Asia con los de la América, tambien es aventurada, y, como dice un viagero, que ha recorrido casi todo el Nuevo-Mundo, en todas sus escursiones, no ha encontrado una sola de aquellas cavernas, en las cuales, los hindos, se complacian en colocar el santuario de sus idolos. En la India, los mas grandiosos templos, están labrados dentro de las mismas montañas, aprovechando los accidentes del terreno que podian favorecer los trabajos de escavacion, mientras que los americanos colocaban sus edificios sobre alturas artificiales, construidas con grande trabajo. En cuanto al Egipto, no parece menos distante la semejanza ó analogía. Se ha querido tomar por base de ella, el sistema piramidal, que como hemos visto, domina tanto en las construcciones mejicanas, y parece adoptado en ambos paises; pero no consideran los que así juzgan, que las pirámides egipcias, difieren esencialmente de las pirámides americanas. Las primeras tienen un carácter particular uniforme; fueron construidas todas con un mismo objeto. Son cuadradas en su base, y sus caras presentan una especie de graderia que vá disminuyendo hasta su terminacion, que es siempre en punta. Las americanas son todas oblongas, redondeadas en sus cuatro ángulos, y revestidas de una pared de piedras muy unidas. En lugar de las gradas corridas, no tienen mas que una escalera en el centro; las pirámides egipcias, además, son huecas, con aposentos interiores, destinados á sepulturas; las americanas, por el contrario, son perfectamente sólidas, sin aberturas ni escavaciones; además, las pirámides egipcias, por último, son completas por sí mismas, y constituyen un todo, mientras que las de América no fueron elevadas mas que para servir de cimiento ó base á otros edificios. Ni una sola pirámide existe en Egipto que tenga un templo ó un palacio, al paso que no hay una en América, que no tenga en su remate un monumento. Añadamos

CAPÍTULO XXXI.

El evangelio fué anunciado á los americanos antes de la llegada de los españoles.

Cuando los españoles se aparecieron en el Nuevo-Mundo, los pueblos mas civilizados, eran los que habitaban las montañas. Hombres nacidos en las llanuras, bajo climas mas templados, siguieron el curso de las cordilleras que se elevan, á medida que se aproximan al Ecuador. En aquellas altas regiones, encontra-

ban plantas, y una temperatura igual á la de su pais natal. Las facultades del alma se desarrollan mas fácilmente en todos los puntos, en los que el hombre, obligado á luchar contra

á esto, que los Egipcios se servian en la construccion de esos edificios, de piedras de dimensiones colosales; en América, los antiguos monumentos están hechos con piedras regulares, y no se hallará en ellos una que fuese digna de figurar en un muro egipcio. La columna que forma el tipo distintivo de los templos que bañan las aguas del Nilo, no existe en América. Hasta el dia, no se ha encontrado una sola columna, propiamente dicha, en las ruinas de Méjico, de Yncatan, de la América central, ni de la del norte. Tampoco se encuentra en ellas el *dromus*, el *pronaos*, y el *adytum*, que caracterizaban asi mismo los templos egipcios. De la misma manera, es imposible sostener que la escultura americana ofrezca ninguna analogia con la escultura de los antiguos habitantes del Egipto, y cualquiera se convencerá, comparando entre si dos bajos relieves de estos dos paises.

De lo dicho se deduce, que los monumentos americanos, no tienen analogia con ningunos otros conocidos. Son de mas absoluta y completa originalidad, modelos sin tradicion, y producto de una civilizacion aislada, desconocida del resto del mundo, y absolutamente indigena. Mr. Waldeck, cree haber reconocido en los edificios de Uxmal, la trompa del elefante asiático, y otros detalles que justificarian, segun este viagero, un origen indiano, pero á juzgar por sus propios diseños, es una conjetura muy aventurada. No vemos, por consiguiente, nada que contrarie nuestra opinion, y asi creemos con Mr. Stephens, que el arte americano, es del todo escepcional, sin relacion con las obras de otros pueblos.

En cuanto á la data de estos antiguos monumentos del Nuevo-Mundo, ¿quién es capaz de determinar, si debe remontarse su origen mas allá de los siglos históricos, ó considerarlos como producto de los últimos tiempos de la América independiente? Lord Kinqsboroug, atribuye á una emigracion de judios la antigua civilizacion de la América central, y en esto va acorde con el P. Gumilla, citado por Henrion. Mr. Dupaix dá á estas ruinas un origen antidiluviano, al paso que Stephens, las señala una época comparativamente reciente. Entre ambos sistemas, hay el inmenso intervalo de algunos millares de años, y entre unas y otras opiniones, no hay medio conocido de establecer históricamente, ni aun por simple analogia, la época en que floreció el pueblo que hizo estas grandes obras. Mr. Waldeck opina, y esto parece probable, que la civilizacion y adelantos en las artes que representan los monumentos americanos, son muy anteriores á los que existian cuando la época de la conquista, y que los edificios y construcciones que existian en este tiempo, no eran mas que copias alteradas de los grandes y antiguos edificios de la América central. Los conquistadores europeos, poco versados en general, en los pormenores del arte, pudieron muy bien confundirles, y los confundieron en efecto en sus descripciones, aunque la semejanza no fuese perfecta, y á veces, ni aproximada; pero de sus mismas relaciones, y de las tradiciones mismas de los pueblos americanos, que á aquella sazon existian, resulta que habia entonces, templos, palacios, pirámides y ruinas, que los mismos indigenas las consideraban como verdaderas antigüedades y obra de un pueblo que ya no existia; pero sea cual fuere el punto de vista, bajo el cual se tomen estas cuestiones, el nombre de este pueblo, su patria, sus leyes, sus costumbres, su culto religioso primitivo, todo queda envuelto en un profundo misterio, y lo único que de él se conoce, son las maravillosas huellas que ha dejado en su tránsito, por el continente americano.

Segun las diferentes teorias presentadas por Mr. Henrion, acerca de los primeros pobladores del Nuevo Mundo, todas son aventuradas, y no pueden dar mas que ideas de verosimilitud, mas ó menos probable, pero en contra de todas, se presentan insuperables objecciones. No podemos reconocer con Blumenbach, la existencia de una raza puramente americana, pues todas las tribus del Nuevo-Mundo, no se asemejan, ni tienen un tipo comun ó sello de origen. Tampoco creemos con Mr. Link, que el Asia, en los tiempos históricos, haya esclusivamente poblado la América; y por consiguiente, que el indigena del Nuevo-Mundo, esté emparentado con el del Mongol, y demás tribus del Asia oriental. Que hayan existido en lo antiguo comunicaciones entre esta parte del Asia, y la costa nor-deste de la América, así como es indudable las ha habido entre los pueblos del norte y la América septentrional, como verá el lector en las notas al capítulo siguiente, es un hecho indisputable, pero suponer otra cosa que emigraciones parciales, que no han podido jamás alterar en su masa la poblacion de los americanos, es darles una importancia muy exagerada. Vénse en ellos, por mas que ciertos autores se esfuerzen en probar lo contrario, ciertas facciones caracteristicas, que no son comunes en las de los demás pueblos del Antiguo-Mundo. La cara, la frente, la nariz, los dientes, las piernas, piés, y cabello; la barba, color de la piel, y conformacion de la mayor parte de sus cráneos, asi como otras particularidades, les distinguen en todo, ó en parte del resto de los hombres del antiguo continente, sin que por esto sequiera suponer que dejen de descender de un tronco comun, y de la primera raza de Adan. Por otro lado, los idiomas americanos han presentado á los filologistas, cierta identidad de palabras, de la que se ha querido inferir identidad de origen. Maltebrun, Humboldt, Charlevoix, y otros muchos que pudiéramos citar, á fuerza de analogias estrañas y violentas; han pretendido trazar lineas de emigracion de algunos asiáticos al continente americano. Mr. Klaproth, ha combatido, y con razon, este sistema, por no ver en estas semejanzas datos suficientes para identificar paises tan fisicamente opuestos. Si la América, dice este mismo sábio, hubiera sido poblada por tribus vecinas del Asia septentrional, deberia ser este acontecimiento anterior á los tiempos históricos, y aun á la grande inundacion que cubrió los lugares menos montañosos de la superficie del globo, pues es imposible que despues hayan podido cambiarse los idiomas de la América, hasta el punto de no hallarse sino poquisimas voces simpáticas en origen, con los idiomas del antiguo continente; pues nadie ignora que el griego, el latin, el sirio, y otras muchas lenguas, conservan sus rasgos caracteristicos, que no se borran tan prontamente. Tambien es escasa prueba, el haber querido ver testimonios de identidad en algunas ceremonias religiosas, y en otros rasgos cosmogónicos de los del Asia, y los de varios pueblos de América, y lo mismo puede decirse respecto de ciertas formas de adorno arquitectónico, ó de figuras fantásticas, que aunque iguales entre los diferentes pueblos, son pruebas insignificantes, respecto á la general poblacion de la América, y si podrán servir para demostrar el hecho de algunas emigraciones parciales de uno á otro continente.

Concluyamos pues, que hasta ahora nada ha podido encontrarse de cierto en esta página importante de la historia, y que los anales primitivos de América, están aun envueltos en el mas profundo misterio, que seguirá siéndolo, hasta que la casualidad ó el asiduo estudio, hagan conocer y descifrar sus escrituras simbólicas ó geroglificos, de la misma manera que lo son en el dia, los de Egipto, y entonces, quizá se encuentren las primitivas monarquias, en cuyo tiempo se erigieron esos antiquisimos y curiosos monumentos de las artes, que en sus mismos relieves tienen su esplicacion escrita, pero que mudos hasta el dia, no han encontrado aun al hombre que los haga hablar y declarar lo que vieron en la remotisima época de su nacimiento y origen. (N. del Trad.)

los obstáculos que le presenta la naturaleza, no sucumbe á esta lucha prolongada. En el Cáucaso, y en el Asia central, las montañas áridas ofrecen un refugio á pueblos libres y bárbaros. En la parte equinoccial de la América, donde sábanas siempre verdes se vén suspendidas por cima de la region de las nubes, no se han encontrado pueblos cultos, sino en el seno de las cordilleras. Aislados sobre esas cumbres, las mas elevadas del globo, rodeados de volcanes, cuyos cráteres están cercados de nieves eternas, parece que no admiran en la soledad de sus desiertos, sino lo que conmueve la imaginacion por la grandeza de las masas. Las obras que ellos han producido, llevan el seno de la naturaleza salvage, de las cordilleras que tan grandes escenas presentan.

Ningun hecho histórico, ninguna tradicion, liga á las naciones de la América meridional, con las que viven en el norte del istmo de Panamá. Pero aun que las tradiciones no indiquen lazo alguno directo entre los pueblos de dos grandes penínsulas, su historia no por eso, nos deja de ofrecer relaciones que llaman la atencion, en las revoluciones políticas y religiosas, desde las que data la civilizacion de los aztecas, muyscas y peruanos. Hombres barbudos, y en todo diferentes de los indígenas de Anahuac, de Condinamarca, y del llano del Cuzco, aparecen, sin que pueda indicarse el sitio de su nacimiento. Grandes sacerdotes, legisladores, amigos de la paz y de las artes, á quienes aquella favorece, cambian de repente el estado de los pueblos que les recibieron con gran veneracion. Quetzalcoatl, Bochica, y Manco Capac, son los nombres sagrados de estos seres misteriosos. Quetzalcoatl, vestido de negro, con trage sacerdotal, viene de Panuco, de las orillas del golfo de Méjico. Bochica, el Budha de los muyscas, se aparece en las altas llanuras de Bogota, procedente de las sábanas situadas al este de las cordilleras. La historia de estos legisladores, está sembrada de maravillas, de ficciones religiosas, y de rasgos que revelan un sentido alegórico. Algunos sábios han querido reconocer en estos estrangeros, á algunos europeos náufragos, ó á los descendientes de aquellos Escaudinavos, que desde el siglo XI, visitaron la Groelandia, Terra-Nova, y quizá la misma Nueva-Escocia. Pero á poco que se reflexione sobre la época de las emigraciones toltecas, sobre las instituciones monásticas, los símbolos del culto, el calendario, y la forma de los monumentos de Cholula, de Sogamozo, y del Cuzco, se conoce que no es de aquella parte del norte de Europa, de donde Quetzalcoatl, Bochica, y Manco Capac, tomaron su código de leyes. Todo parece conducirnos hácia el Asia oriental, y hácia los pueblos que han estado en contacto con los tibetanos, los tártaros shamanistas, y los ainos barbudos de las islas de Jesso, y de Sachalin.

Así se espresa Mr. de Humboldt, segun el cual, el cristianismo no influyó en la civilizacion americana, sino despues de haber sido alterado por el nestorianismo y el budhismo. Aludiendo este sábio á los viages de los scandinavos, en el Nuevo-Mundo, nos presenta ocasion de establecer, como principio, que la religion cristiana, llegó con toda su pureza por la mediacion de un obispo católico, á la costa nord-este de América, mucho tiempo antes de presentarse Cristóbal Colon.

Durante los siglos VIII, IX y X, los normandos ó scandinavos, cubrieron los mares con sus barcos, y llevaron consigo la devastacion de la piratería de una á otra estremidad de la Europa. Animados sin embargo algunas veces de pensamientos mas pacíficos, enviaron algunas colonias á paises desconocidos ó inhabitados, como para reparar con esto las desolaciones que causaban en otros, y así, en el siglo IX, consta que abandonaron á la Islandia, donde la nocion del cristianismo ya habia sido comunicada desde la Irlanda, puesto que los colonos noruegos ya encontraron allí cruces de madera, y campanas pequeñas. De la Islandia, los noruegos pasaron, al oeste, navegando sobre una costa de grande esten-

sion, y encontrando esta tierra, para ellos desconocida, cubierta de una agradable verdura, la dieron el nombre de *Groelandia* ó *Tierra Verde*. Allí encontraron, en su parte occidental, un pueblo salvage, que sin duda habia tenido el mismo orígen que los americanos, como puede suponerse, atendiendo á su carácter, usos, costumbres, y traje. Pueblos, mejor dicho, tribus que vivian al norte de la bahia de Hudson, y que en nada se diferenciaban de los groelandeses, habian pasado segun toda apariencia, del norte del estrecho de Davis, al sud de la Groelandia. El noruego Biorn, que se embarcó en Islandia, con direccion á Groelandia, despues de tres dias de navegacion, arrastrándole de repente el viento, en direccion del norte, y perdiendo el camino, á causa de una niebla espesa, descubrió una tierra que le pareció llana, y solo sembrada de algunas pequeñas colinas. Dejando Biorn esta costa á su izquierda, navegó aun dos dias mas, y se encontró con una isla bordeada de rocas desnudas y escarpadas, y de montañas de hielo. Continuando su ruta con el mismo viento, arribó despues de otros cuatro de navegacion á Groelandia, donde muy luego se hizo público su descubrimiento.

Leif, otro noruego, apasionado á los viages y á fundar colonias, armó un navío con treinta y cinco hombres de tripulacion, y llevando consigo á Biorn, dirigió el rumbo hácia aquel nuevo pais, donde llegó en efecto, encontrando una tierra árida y arenosa, que él denominó *Helleland* ó *pais llano*, y en seguida vió otro llano tambien arenoso, pero con árboles, que llamó *Markland* ó *tierra de la madera*. Dos dias despues, aun volvió á ver tierra, y una isla situada al norte. Remontando un rio, hasta llegar á un lugar de donde tomaba orígen, se detuvo, y pasó el invierno en este sitio. Este rio abundaba en pesca, y con especialidad de salmon. Sus orillas estaban guarnecidas de arbustos llenos de frutas sabrosas; la tierra era fértil, y la temperatura dulce. En los dias mas cortos del estío, el sol permanecia ocho horas sobre el horizonte, lo que supone un dia de diez y seis horas. Despues de estas indicaciones, se supone que el sitio de que aquí se trata, situado bajo el 49° de latitud norte, al sud-oeste de la antigua Groelandia, debió ser junto al rio Gander, ó la bahia de las esplotaciones de Terra-Nova, ó alguna parte de la costa septentrional del golfo de San Lorenzo. El aleman Tyrker, que formaba parte de la espedicion, encontró en el bosque una especie de uvas, con las cuales dijo él se hacia vino en su pais. De esto tomó ocasion Leif para llamar á esta nueva tierra *Windlaud* ó *pais de vino*. No tardó en formarse una colonia en Windland, á la que fué, desde Groelandia, el obispo Eric, en 1121, á fin de convertir á sus compatriotas que allí moraban, y que aun eran paganos. Pasada esta época, ya no se encuentran indicaciones ciertas y positivas sobre el Windland (1).

(1) La historia anti-coloniana de América, ha escitado la curiosidad pública en estos últimos tiempos, y se han encontrado en diversas fuentes, hechos que arrojan una luz inesperada sobre tiempos que eran sumidos para siempre en la noche del olvido. Entre las cuestiones históricas mas debatidas en el mundo sábio, debe contarse la que tiene por objeto saber, si los europeos tenian noticias de la América, antes del descubrimiento de Colon. La sociedad de anticuarios del norte, ha encontrado en la antigua historia escandinava, y en las sagas, ó historias Islándicas, documentos ciertos é indudables del roce y comunicacion entre la Islandia y Groelandia, con la América septentrional ó del norte, y causa admiracion el que hasta nuestros dias se haya olvidado la generalidad de la existencia de unos paises, con quienes se mantuvieron relaciones hasta el siglo XIV; y esto es tanto mas curioso é interesante, cuanto que en ello vá envuelta la introduccion del cristianismo en la América, desde el siglo X, y no del cristianismo procedente del Asia, mezclado con el nestorianismo de que habla Mr. Humboldt en el párrafo anterior, sino de un cristianismo puro, ortodoxo, tal como existia en Noruega y Dinamarca, antes del siglo X. Mr. Rafn, ha sido el primero en descubrir estos tesoros históricos en su *Memoria sobre el descubrimiento de América en el siglo X*, de la cual se hicieron dos ediciones en Copenhage en 1843, y otra posterior en latin y en dinamarqués, en 1845, con todas las observaciones y correspondencia de los académicos sobre ese mismo particular hasta el dia.

« Dice este autor en su prólogo, el descubrimiento de la América, en el siglo X, puede ser mirado como uno de los acontecimientos notables de la historia del mundo, y la posteridad, no puede negar á los escandinavos el honor que por esta causa se adquirieron. Esperamos demostrar los hechos que dán testimonio de estas aserciones, sin embargo, lo que ofrecemos aquí al público, no pasa de un ensayo en compendio de los hechos ocurridos en América, y de noticias que sirvan á dar á conocer la geografía, la hidrografía y la historia natural de esta parte del mundo, datos que se han conservado por nuestros antepasados en los antiguos manuscritos del norte, fuentes auténticas de la

Las colonias noruegas de Groelandia continuaron floreciendo hasta el 1406, época en la cual fué á ellas mandado desde Noruega su último y décimo séptimo obispo. Poco despues fueron abandonadas, lo que en parte se atribuye á las contínuas guerras entre la Dinamar-

historia antigua de América. La Groelandia fué en un tiempo habitada por una poblacion europea bastante considerable durante muchos siglos, y formó una diócesis..... Debemos recordar que el descubrimiento de Islandia á mitad del siglo IX, su ocupacion en 874 por Ingolfo, y la colonizacion de esta isla, en un siglo por familias las mas ricas y poderosas del norte, son acontecimientos que han precedido al descubrimiento de América. Los navegantes, despues de haber surcado en todas direcciones el mar que rodea á Islandia, no podian tardar en reconocer la Groelandia, y cuando se arroja una mirada sobre la inmensa cantidad de manuscritos originales que contienen la colonizacion de Islandia, y la actividad que reinaba entonces en esta lejana isla, el descubrimiento de la América, nos parece una cosa natural de las correrías aventureras, y de los acontecimientos de esta época.» Hasta aqui, Mr. Rafn, y la sociedad de anticuarios del norte, continuando los trabajos de este escritor, ha procurado por todos medios, esclarecer esta época, enriqueciéndola con las Memorias de sus corresponsales que tenemos á la vista, hasta el 1844. Con cuyos preciosos datos creemos nos agradecerá el lector que ampliemos un poco, lo que tan concisamente no hace mas que indicar Mr. Henrion en este capítulo. Para esto, hemos de hacer un estracto de estos sucesos por órden cronológico, con las observaciones convenientes, para su mejor inteligencia.

En 986, Erico, llamado el Rojo de Islandia, pasó su residencia á Groelandia, acompañado de varios, entre ellos, uno llamado Biarno, atrevido navegante, dándose desde allí á la vela por entre la bruma, y con viento del norte, despues de varios dias de navegacion, llegaron á un pais desconocido, tierra montuosa con montañas, y atravesada de colinas, y dejándola á babor y navegando dos dias mas, descubrieron una tierra plana y cubierta de bosques. Volvieron á navegar con viento de sud-oeste, y descubrieron otra tierra elevada, montañosa, y cubierta de hielos. Biarno vió que era una isla, y no quiso saltará ella. Despues de esto, se volvió á Groelandia.

En 994, Leif, hijo de Erico el rojo, con las noticias de Biarno, compró su bajel, y con 35 hombres emprendió su viage hácia el mismo punto, el año 1000, y desembarcando en el último punto donde Biarno no quiso desembarcar, vieron una tierra llena de rocas, y nieve en las montañas, y pareciéndoles destruida de vegetacion, la llamaron *Hellulandia*. Esta isla, segun todas las conjeturas, es la de Terra-Nova. Dándose á la vela, llegaron á otra tierra llana, cubierta de bosques, y la llamaron *Marklandia* (tierra de bosques). Este pais, ya perteneciente al continente americano, es la Nueva-Escocia, cuya descripcion reciente, está de acuerdo con la de los escandinavos. Reembarcados otra vez al oeste, descubrieron otro pais que era una isla situada al este de la tierra firme, pasando por junto á ella, vieron un rio que terminaba en un lago, entraron por ambos, y en este último echaron el ancla, é hicieron chozas para pasar el invierno. Un aleman llamado Tirker, que iba en esta espedicion esplorando el terreno, encontró parras y racimos de uvas silvestres, y Leif llamó por esto á este pais, *Vindland* (tierra de vino). En la primavera inmediata, se volvieron á Groelandia. Este pais, á que llaman Vinlandia, son hoy dia los Estados de Massa-chussets y Rhode Island, en los Estados-Unidos de América.

En 1002, Thorvaldo, hermano de Leif, que creia poco esplorado aquel pais, estuvo en Vinlandia. En 1004, volvió, trasponiendo un cabo notable que encerraba una bahia, y lo llamó Kiarlanes (cabo de Cod.) Le pareció bello el pais, y apareciéndose muchos habitantes, le hostilizaron á él y á su gente, muriendo de una herida el mismo Thorvaldo, y llamó al punto donde le habian de enterrar, Krosanes (cabo de Cruz), que es hoy la punta llamada de Gumet, en el Nautucket. Sus compañeros, se retiraron á Groelandia el 1006.

El 1006, Thorfinn y otros hicieron otra espedicion á Vinlandia, en la cual permanecieron, formando un establecimiento, y comerciando con sus naturales, hasta el 1008. Al pasar por Marklandia, (Nueva-Escocia) encontraron cinco esquimales, tomaron dos niños varones, y los llevaron consigo, los enseñaron la lengua del norte, y los bautizaron, y estos muchachos dijeron que su padre se llamaba Vetilldi, y su madre Uvaeque; que los indígenas de ese pais, se gobernaban por reyes, uno de los cuales se llamaba Avaldamon, y otro Valdidiva, y que vivian en cavernas.

En 1011, se hizo otro viage á Vinlandia, y volvieron los groelandeses con un rico cargamento, especialmente de madera de aquel pais, que llamaban *mausur*, y otras dos mercancias que llevaron á vender á Noruega en 1013.

Consta además, por otras relaciones, que el 999 Biorn Asbrandson, perseguido en Islandia, se embarcó para Vinlandia y paises inmediatos del norte de América, en donde se quedó con sus habitantes. Al volver Gudleif Gudlanqusou, de Dublin á Islandia, en 1057, los vientos le arrojaron á esta parte de la América, y viéndole los naturales iban á matarle junto con su tripulacion, á no aparecerse de pronto un anciano, de esterior distinguido, cubierta la cabeza con cabellos blancos, y á quien los indígenas respetaban. Este era el mismo Biorn Asbrandson que se habia quedado allí.

Las relaciones entre Groelandia y Vinlandia, subsistieron por mucho tiempo despues de las épocas citadas, y debió alli haberse introducido el cristianismo, puesto que consta por las mismas crónicas escandinavas, que el obispo Erico de Groelandia, arrastrado del deseo de convertir á los colonos, ó de hacerlos perseverar en la religion cristiana, llegó á Vinlandia el 1121. Nada mas se sabe de él. Se cree que fijó allí su residencia, y dió gran impulso al cristianismo, y por lo menos, su viage es una prueba de las comunicaciones que habia entre los dos paises. Tambien se sabe, que en 1166, se hizo otro viage para el descubrimiento de las regiones árticas de América, bajo los auspicios de algunos eclesiásticos del obispado de Gardar, en Groelandia.

Resulta pues, de todo esto, que los escandinavos, durante los siglos X y XI, descubrieron una gran parte de las costas de la América del norte, y que las relaciones de ambos paises, subsistieron por los siguientes siglos. Estas mismas relaciones, y lo floreciente que llegó á estar el cristianismo en Groelandia, pues segun Mr. Cranftz, citando á Torfeo, desde 1121 á 1343, eran ya diez y siete los obispos que habia en ese territorio, los cuales, así como Erico y el Gardar es mas problable que difundiesen la fé cristiana en América.

La despoblacion de la Islandia y Groelandia, por efecto de la peste y otras causas naturales, acaecidas en el siglo XIII, fueron la causa, no solo de que cesasen estas relaciones con la América, sino de que los europeos abandonasen la memoria y recuerdo de estos paises, y de que la América no volviese á figurar hasta el inmortal descubrimiento de Colon; pero de la estancia de los escandinavos en esos puntos, han quedado vestigios en Massachusset y Rhode-Island. Cuando por segunda vez, en 1636, se establecieron colonos en la isla, tanto en su parte septentrional, como en la meridional, donde está situado New-

ca y la Suecia, y ademas a la prohibicion establecida por Margarita, reina de Dinamarca y Noruega, de navegar en aquellos parages, cuyos colonos la rehusasen el tributo ordinario. La colonia oriental, llamada Oster-Bygd, que contenia cuatro iglesias parroquiales y una centena de aldeas, fué destruida por los Skrœlingos antes de que pudiera socorrerla la otra colonia occidental Esta última que comprendia diez parroquias, dos conventos (1), ciento noventa aldeas y una silla episcopal subsistió hasta el año 1540, en que fué probablemente destruida á causa de una revolucion física, que acumuló enormes masas de hielo en estos parages, entre el grado 60° y el círculo polar. Los reyes de Dinamarca han hecho desde entonces muchas tentativas para volver á encontrar sobre la costa oriental de la antigua Groelandia la colonia noruega, que supone haber estado situada entre los 60 y 61° de latitud septentrional. Los vestigios de la Colonia occidental ya han sido reconocidos por Egede, ministro de Voyen, en Noruega, que alentó á una compañía formada en Bergen á establecer una nueva colonia en Groelandia, bajo el 64° de latitud norte. Con efecto, se trasladó allí en 1721 con cuarenta y seis personas, comprendida en ellas su familia, y permaneció quince dias en esta tierra de desolacion, sin poder descubrir la Colonia oriental, que segun las antiguas relaciones no estaba alejada de la occidental sino doce millas noruegas, al través de tierras inhabitadas, ó de un trayecto de seis leguas por medio de un barco.

Por lo dicho, vemos como subsistió por largo tiempo el cristianismo en Groelandia, en la proximidad del Windland (Labrador ó Terra-Nova, poco importa): pero lo notable es, que de este foco, los rayos del cristianismo llegaron á esclarecer la misma América. La costa nord-este de este continente frecuentemente visitada por espacio de dos siglos por los islandeses y los noruegos, atraidos á aquel punto por la curiosidad ó por el comercio, recibió su benéfica luz mucho tiempo antes que Cristóbal Colon aportase al Nuevo-Mundo. El Dr. Holland, aludiendo á los viages de los venecianos Nicolo y Antonio Zeno á fines del siglo XIV, dice, que la descripcion de un gran pais, llamado *Estotiland*, situado al sud-oeste de Groelandia, y que habia sido ya visitado por los comerciantes islandeses, prueba al menos que el descubrimiento de los navegantes del norte no era enteramente desconocido á los pueblos del mediodia de Europa. Antonio Zeno encontró en Windland, varios libros latinos que allí habia dejado un obispo groelandés á principios del siglo XII. Esta circunstancia confirma lo que dijimos mas arriba sobre la mision del obispo Eric.

Si el jesuita Lafiteau hubiese tenido conocimiento de los hechos que acabamos de anunciar, hubiera dado un poco mas de importancia á lo que el P. Chretien Le-Clercq, recoleto, cuenta de los habitantes de la Gaspesia, pais montuoso, situado á la derecha del rio San Lorenzo.

« La tradicion de los gaspesios, dice este P., es que hallándose el pais afligido y consternado

Port. el mas notable monumento hallado, y que se refiere indudablemente al cristianismo, es un edificio octágono de piedra, que allí vulgarmente es llamado *Molino de viento*, porque los modernos descubridores le emplearon para este fin, el cual, segun los anticuarios dinamarqueses, fué baptisterio de una iglesia; se han hallado además sepulcros, instrumentos de hierro y bronce de trabajo europeo, ruinas de casas y atrincheramientos, y sobre todo, muchos puntos de contacto y semejanza, tanto en el idioma, como en otras circunstancias de los esquimales indígenas de esa parte de América, con los antiguos groelandeses, con quienes estuvieron en contacto. La sociedad de anticuarios del norte, prosigue con el mayor celo y laboriosidad sus investigaciones sobre esta parte de la historia, y hasta el 1845, á donde alcanzan las memorias presentadas, y que tenemos á la vista, son muchas ya las que van arrojando cada vez mas luz sobre esta primitiva colonizacion de América, por la que, con el tiempo, podrán esplicarse otros muchos vestigios del cristianismo que allí se han encontrado, desde el descubrimiento de Colon, correspondientes á épocas anteriores, y que quizá tengan relacion con la mision del obispo groelandés Eric, y las de sus demás sucesores. (N. del Trad.)

(1) Antes del 1395, Nicolás Zeno encontró en Groelandia un convento de dominicos, donde se veian religiosos de Noruega Suecia y otros paises, pero mas particularmente de Irlanda y una iglesia dedicada á Sto. Tomás, situada cerca de una montaña, que lanzaba lava y llamas como el Vesubio y el Etna. Una fuente de agua hirviente servia como de calorífero para la iglesia y la habitacion de los religiosos; para cocer además los alimentos sin necesidad de fuego y para sostener el verdor y vegetacion en su jardin, que aunque situado cerca del polo, producia por medio de aquella estufa natural los frutos y plantas de los paises meridionales. Biogr. univers. art. Zeno. (N. del Trad.)

por una gran epidemia que le redujo á la mayor estremidad, llevándose infinitos á la tumba, algunos ancianos del pais, los mas sábios y de mas importancia, acabados por la laxitud y el sentimiento, se quedaron dormidos pensando en la ruina general y desolacion de la nacion gaspesiana si prontamente no era socorrida por el poderoso ausilio del sol, á quien reconocian por su divinidad. Durante este sueño lleno de amargura, fué cuando dicen que se les apareció un hombre bello por escelencia, con una cruz en la mano que les dijo, que tuviesen valor y esperanza, y que cuando despertasen, que hiciesen cruces semejantes á la que veian, y que las presentasen á los gefes de las familias, asegurándoles, que si las recibian con aprecio y estimacion, indudablemente encontrarian en ellas el remedio á todos sus males. Como los salvages son los mas crédulos á los sueños, hasta la supersticion, no desperdiciaron el aviso, y los ancianos vueltos en sí, reunieron una asamblea general de todo lo que restaba de una nacion moribunda, y todos, á una vez, acordaron que se recibiria con honor el sagrado signo de la cruz que les presentaba el cielo como un término á su miseria y principio de su felicidad, como sucedió en efecto, puesto que la epidemia cesó, y los atacados, que llevaron consigo respetuosamente la cruz, sanaron milagrosamente... y no solo se detuvo por ella todo el torrente de enfermedades y mortalidad que desolaba á estos pueblos; sino que fué además un signo eficaz y anuncio de una sucesiva fecundidad de gracias y de bendiciones. Las milagrosas ventajas que consiguieron, les hicieron esperar otras mas considerables en lo sucesivo, y es por esto, por lo que se propusieron desde entonces el no decidir ningun asunto ni emprender ningun viage sin la cruz.

«Conforme á la resolucion tomada por el consejo general de que todos llevasen consigo el signo de la cruz sin esceptuar los niños, jamás en adelante se hubiera atrevido un salvage á presentarse delante de los demás sin tener en su mano, sobre su carne, ó en el trage, este sagrado signo de salud, y cuando era cuestion de decidir alguna cosa de importancia referente al interés general de la nacion, el gefe de ella convocaba á los ancianos que acudian puntualmente al lugar de la cita de la asamblea, y ya todos reunidos, se elevaba una cruz alta de nueve á diez piés, todos hacian un círculo á su alrededor, cada uno con su pequeña cruz en la mano, dejando la del consejo en medio de la asamblea. En seguida el gefe tomaba la palabra anunciando el motivo de la reunion, y todos estos portacruces daban su voto á fin de que se formase la medida, mas justa y equitativa sobre el negocio de que se trataba. Si era cuestion de mandar algun embajador ó diputado á sus vecinos ó alguna nacion estraña, el gefe nombraba por sí y hacia entrar dentro del círculo al que creia mas apto para la ejecucion de su proyecto, y despues de haber notificado al elegido su nombramiento, y enterándole del objeto para que se le enviaba y la manera de desempeñarle, el dicho gefe sacaba de su seno una cruz, de la mas preciosa hechura y valor, y la mostraba con toda reverencia á toda la asamblea, y por medio de una arenga estudiada, encomiaba los favores y bendiciones que toda la nacion gaspesiana habia recibido por el ausilio de tan sagrado signo; mandaba en seguida al diputado que se acercase y la recibiese de sus manos con toda reverencia, y, poniéndosela al cuello, le decia al mismo tiempo: «Vé á cumplir tu cometido y conserva esta cruz que te preservará de todo riesgo cerca de aquellos á quienes vas de enviado.» Los ancianos aprobaban el acto con sus aclamaciones ordinarias de *hoo*, *hoo*, *hoo*, y todo lo que el gefe habia dispuesto, dando la enhorabuena y deseando el mejor éxito en su viage al diputado que iba á emprenderle para el servicio de la nacion. Este embajador salia en seguida del consejo con su cruz al cuello como señal de honor y distintivo de su mision, y no se la quitaba sino por la noche, y se la ponia debajo de la cabeza, con la idea de que ella ahuyentaria los malos espíritus durante su reposo, y siempre

la conservaba con esmero hasta la terminacion de su cometido, que la ponia en manos de su gefe con las mismas ceremonias y formalidades con que la habia recibido en pleno consejo, y en seguida, ante toda la asamblea, daba cuenta del éxito de su viage y de sus negociaciones.

«Por último, estos pueblos nada emprendian sin valerse de la cruz. El caudillo la llevaba siempre en la mano en forma de baston y en su casa, la colocaba siempre en el lugar mas digno de su cabaña. Si los gaspesianos se embarcaban en sus pequeñas canoas hechas de la corteza de un árbol, ponian una cruz á cada estremo de ellas, creyendo religiosamente que esto les preservaria del naufragio.

«Hé aquí cuales eran los sentimientos de los gaspesianos respecto al signo de la cruz, los que subsisten hoy dia religiosamente en el corazon de los porta-cruces, y no hay uno que no la lleve consigo ó en su trage, ó junto á su cuerpo. Los juguetes y las cunas de los niños, tienen cruces, y lo mismo, las paredes de las cabañas, las canoas, los carros y los muebles. Las mugeres que están en cinta la llevan detrás del paño ó lienzo que cubre su seno, para poner el fruto de sus entrañas bajo la proteccion de la cruz, y todos conservan en particular en sus casas una pequeña de porcelana ó de alguna otra materia preciosa que guardan y estiman como pudiéramos hacerlo nosotros con una reliquia, prefiriéndola á cuanto tienen de mas rico y mas precioso.

«Se conocen los cementerios de estos pueblos por las cruces que plantan sobre sus tumbas, y así, sus asilos de la muerte, mas parecen de cristianos que de salvages. Los sitios destinados para la caza y la pesca se distinguen tambien por las cruces que los señalan, y cualquiera se encuentra agradablemente sorprendido al viajar por su pais, de encontrar de trecho en trecho, á las orillas de los rios, cruces de dos ó tres brazos como las de los arzobispos y patriarcas. En una palabra, tienen tanta fé con la cruz, que cuando van á morir, lo primero que disponen, es que esta sea enterrada con ellos, en el mismo ataud, con la esperanza de que esta cruz les hará compañía en el otro mundo, y les servirá para ser en él reconocidos por sus antepasados, llevando consigo la emblemática marca que distingue á los porta-cruces, de todos los demás salvages de la Nueva-Francia.»

Maltebrun, lejos de calificar esta relacion del P. Le-Clercq, como una piadosa novela, cree, y con no escaso fundamento, que la curiosa tradicion de los gaspesianos, adoradores de la cruz, acerca del personage venerable, que llevándoles ese signo de salud, les libró de una epidemia, se refiere al obispo Eric, atraido al Winland, por el deseo de evangelizar á sus compatriotas aun paganos, y cuya mision se estendió sin duda á los inmediatos indígenas de la colonia noruega. El cristianismo, sembrado y no cultivado, pudo muy bien borrarse y estinguirse entre los gaspesianos, pero les quedó sin duda como único vestigio, su veneracion por la cruz, que como signo sensible les debió quedar mas impreso.

Por último, el P. Lafiteau, asegura, que el signo adorable de la cruz, estaba honrado y reverenciado en la América, antes de la llegada de los españoles, y lo comprueba con los testimonios de Pedro Martin y Lopez de Gomara, que hablan de las cruces que los europeos encontraron en el Yucatan, y en la isla de Cozumel, de las que hablarémos mas adelante. Lopez de Gomara, citado por Lafiteau, dice, que los cumanos conservaban entre otros objetos de su veneracion, una cruz de la forma de la de S. Andrés, y un signo como los de los notarios apostólicos, que son cuadrados y cerrados con cruces de Borgoña, atravesadas unas por otras, lo cual, segun ellos, les servia para preservarse de las visiones nocturnas y fantasmas, y lo aplicaban á los niños al tiempo de nacer.

El P. Antonio Ruiz, citado igualmente por Lafiteau, hace mencion de una cruz milagrosa, que se encontró en esa parte del Paraguay, que se ha llamado despues de Santa-

Cruz, probablemente, en memoria de este descubrimiento. Ruiz considera la cruz, de que él hace mérito, como una de las pruebas que confirman la opinion de que Sto. Tomás apostol anunció el evangelio en el Brasil, en el Paraguay, y en el Perú. La tradicion local atestigua, continúa aquel, que allá en tiempo antiguo, se presentó un hombre blanco, que tenia una gran barba, que vino de la mar para hacer conocer á Dios y que él llevaba por todas partes, esta gran cruz, hecha de una madera singular, que no se encuentra en aquellos paises, y que, á la presencia de aquel signo sagrado, los demonios quedaron mudos y los oráculos cesaron. El santo hombre fué maltratado por los idólatras, que le atribuian el silencio de sus dioses, y le quitaron aquella cruz que él llevaba, la que arrojaron á lo profundo de un lago, donde, segun cree Ruiz, se conservó por espacio de quince siglos, y que sacada de él despues de ese tiempo, estaba en el de ese autor tan entera y tan sólida, que no habia apariencia que jamás hubiera podido corromperse. Sobre esto, dirémos, que el P. Antonio Ruiz, no es el único que habla de la venida del apóstol Sto. Tomás, al Nuevo Mundo. En prueba de esto, el P. Duran refiere, que en la América meridional, los indígenas le dijeron, que *San Sume*, palabra que significa Tomás en su lenguaje, habia profetizado á sus antepasados, que llegaria un dia en que se les presentarian sacerdotes del gran Dios, para renovarles su doctrina, predicándoles el amor mútuo, y enseñándoles á no tener mas que una muger, lo que prueba, dice aquel, que Sto. Tomás estuvo en la India occidental. Los principales caciques de los Guaranis del Paraguay, aseguraron formalmente á los jesuitas Cataldino y Maceta, que ellos sabian por tradicion de sus antepasados, que un santo hombre llamado Pay-Zuma ó Pay-Tuma, habia predicado en su pais la fé del cielo, que muchos siguieron sus preceptos y direccion, y que les predijo al dejarles, que ellos y sus descendientes abandonarian el culto del verdadero Dios, que él les habia hecho conocer. Sea de esto lo que quiera, sino se quiere hacer remontar hasta la época de Sto. Tomás, la milagrosa cruz de que habla el P. Ruiz, puede atribuirse con fundamento esta noticia sin dificultad, á los escandinavos convertidos por el obispo Eric, los cuales, desde el Winland, llegaron hasta el Brasil, y hasta el resto de la América del sud.

Pero respecto al culto de la cruz en América, anterior á la llegada de los españoles, existe un testimonio mas notable aun, que los hasta aquí referidos. Emana este de un autor nacido en el mismo Perú y descendiente de la raza misma de sus soberanos, y que por consecuencia debia estar mejor informado que los estrangeros. «El Inca Garcilaso, dice el jesuita Lafiteau, asegura que los reyes del Perú, sus antepasados, tenian en uno de sus palacios una cruz de un jaspe cristalino, beteado de blanco y encarnado, y de la cual hace el mismo Garcilaso una descripcion exacta, despues de haberla examinado detenidamente en la sacristía de la iglesia Catedral del Cuzco, donde los españoles la trasladaron, despues de hacerse dueños de aquel imperio. Los incas, prosigue, conservaron esta cruz, en una de las habitaciones del palacio llamada *huaca*, en lenguaje del pais, y que era un lugar sagrado. Ellos no adoraban pues esta cruz, pero la tenian en gran respeto, sin saber el como ni el cuando llegaron á poseerla, ni el motivo de semejante consideracion por ese objeto. Luego que llegaron los españoles, dice Garcilaso, en seguida la adoraron y tuvieron en mayor veneracion, despues de lo que sucedió á Pedro de Candia, lo cual sigue refiriendo el mismo autor.... El testimonio del Inca Garcilaso, añade el P. Lafiteau, me choca mas que todo, pues ni puede casi ser negado, ni esplicado.» El sábio jesuita, dice en otra parte: «Aunque el demonio puede abusar de todo ¿seria creible, sin embargo, que ese maligno espíritu hubiera propuesto á la veneracion de sus adoradores, ese signo de nuestra salvacion por el cual fué vencido, y que por otra parte fué objeto de burla para los gentiles, así como de escándalo

para los judios? ¿O bien seria esto una prueba de que el cristianismo ha penetrado en América, antes de su descubrimiento en estos últimos tiempos?... Bien pudiera haber sucedido, que alguna de las naciones que la habitaban, no hubiese pasado á esa parte del mundo sino algunos siglos despues de la muerte de Jesucristo, y despues que los apóstoles y sus sucesores anunciaron el evangelio en el Ponto, en la Capadocia, en la Escitia, en la Persia, en la Media, y en las grandes Indias, y que algunas de estas naciones, á quienes ya el evangelio habia sido predicado al trasladarse á América, no hubiese retenido mas del cristianismo que esta señal suya, y veneracion al signo de la cruz. Puede ser tambien, que la verdadera cruz cautivada por los persas, bajo el imperio de Cosroés, obrase allí tales prodigios y maravillas, que fuesen conocidas de todas las naciones limítrofes, por lo que se atrajese un singular respeto, el cual ha perseverado hasta los últimos tiempos entre estas naciones idólatras, de las que algunas pudieron haber pasado despues de esto al Nuevo-Mundo.»

A la conjeturas mas ó menos probables del P. Lafiteau, nosotros hemos añadido el hecho irrefutable de la presencia de un obispo católico en la América del norte, desde principios del siglo XII: dejamos al lector el cuidado de apreciar todas las consecuencias posibles de su apostolado, y el de los sacerdotes adictos á la colonia europea de Winland.

Antes de presentar á los españoles navegando bajo la direccion de Cristóbal Colon, hácia el continente, del que se habian alejado los scandinavos, reproducirémos una oportuna reflexion del P. Gumilla. Este jesuita considera los americanos en tres diferentes estados. Examinando desde luego lo que eran antes de los reinados de los incas en el Perú, y de Motezuma en Méjico, lo que fueron bajo la dominacion de esos príncipes, y lo que han sido despues de la conquista española, Gumilla asimila esta tercera época, al reinado de Tiberio, que hizo dueño á su cetro de toda la mejor parte del antiguo continente: «Y así como esta union y sujecion del universo, entonces conocido, al imperio romano, fué un efecto de la providencia que se valió de este medio para facilitar los progresos del evangelio en toda la estension del imperio de los Césares; del mismo modo, la conquista de casi todo el Perú por el Inca, y la dominacion de los principales reinos de Méjico por Motezuma, fueron dirigidas por el Ser Supremo, á fin de que, despojados de su corona esos príncipes, el evangelio encontrase menos obstáculos en esas vastas provincias. Y así como la luz de la fé tardó mas en difundirse entre las naciones que habian conservado su incultura y su barbarie, por no haberse querido someter al yugo y disciplina de la política romana, lo mismo ha sucedido con los pueblos de la América, que antiguamente no estuvieron sujetos ni al Inca, ni á Motezuma, que son tanto mas bárbaros é intolerables, cuanto mas alejados se encuentran de aquellos centros de la civilizacion americana.

CAPÍTULO XXXII.

Los religiosos franciscanos, gerónimos y dominicos, promueven la espedicion de Cristóbal Colon. — Un religioso mercenario, es el limosnero de la flota. — Un franciscano, erige la primera iglesia en Haiti. — Un benedictino, es el primer vicario apostólico del Nuevo-Mundo.

El descubrimiento de la América, ilustró el reinado de Fernando é Isabel, quienes tuvieron además la gloria de poner fin á la dominacion de los musulmanes en España, acontecimiento que en vano el sultan de Egipto, trató de prevenir. Este, mandó como de embajador al rey católico D. Fernando, al franciscano Antonio de Milan, guardian de Monte-Sion, con encargo de que previniese al rey, que sino renunciaba á la conquista de Granada, en represalias, haria caer todo el peso de su venganza, sobre los numerosos cristianos que se contaban en Egipto y Siria, y el rey de Nápoles, aliado del príncipe infiel, se apresuró á transmitir por su parte á D. Fernando, tan singular amenaza. Los consejos, y el gran

valor y prudencia de Isabel de Castilla, tranquilizaron á su esposo, aterrado con semejante conflicto. El enviado, Antonic de Milan, fué recibido con todas las consideraciones debidas al puesto que á su pesar representaba, y Fernando mandó al hermano Pedro Mártir de Angleria, á Nápoles y al Cairo, para notificar su negativa. Este embajador llevaba encargo de decir, al rey de Nápoles, que no habia apariencia, ni podia creerse que el sultan de Egipto, solo por vengarse, consintiese en privarse de las cuantiosas contribuciones y rendimientos pagados por los cristianos de su imperio; y al príncipe mahometano, que la conducta de Fernando é Isabel, en esta ocasion, estaba conforme á las leyes de justicia, puesto que se limitaban á recobrar una parte de su reino de los usurpadores, que solo con la fuerza, y sin derecho á aquella, así como al resto de España, se habian apoderado sin razon y sin derecho. Granada se rindió por fin el 25 de noviembre de 1491, y la dominacion sarracena, ocasion de los martirios y persecuciones, que atrás dejamos descritos, cayó junto con este postrer baluarte, y refugio del islamismo en España. Durante el sitio de Granada, fué cuando la reina Isabel se determinó por fin á realizar los ardientes deseos de Cristóbal Colon, resolucion providencial, pues ninguna otra nacion, sino la española, á la sazon, se encontraba en posicion y estado de establecer el cristianismo en el Nuevo-Mundo, que se iba á descubrir.» Todos los reinos de Europa, escepto la España, dice Charlevoix, estaban embrollados en guerras intestinas ó estrañas, ó fueron muy luego teatro funesto, donde la heregía representó sus mas sangrientas tragedias. España sola, tranquila en medio de tanto escándalo y trastorno, conservó la fé en toda su pureza. Debemos confesar, prosigue, que los reyes católicos, y sus sucesores, han demostrado siempre el mayor celo por la conversion de los idólatras, y por asegurar sus conquistas espirituales en estos vastos paises. Las magníficas fundaciones que han estendido por todos los puntos de América, son y serán siempre eternos monumentos de piedad, que otra nacion alguna nunca podrá borrar.»

Como la consideracion de una gran ventaja material ha sido ocasion de tantas conquistas espirituales, entraremos, bajo este concepto, en algunos detalles y observaciones preliminares al gran acontecimiento. En el siglo XV los italianos eran casi los únicos que hacian el comercio de Asia, proveyendo á la Europa principalmente de las especerías y de otros productos vegetales y juntamente de varias manufacturas de aquella parte del mundo. Los aromas y especias en particular venian de algunas islas situadas cerca del Ecuador, de las que los mismos isleños ó sus inmediatos vecinos las transportaban á aquella parte de las Indias, que está entre aquel archipiélago y Europa, y los comerciantes europeos iban allí á procurárselas. Antes que los árabes ocupasen el Egipto, el comercio se hacia por el mar Rojo, como en el tiempo de los fenicios. Desde las orillas de este mar se transportaban las mercancías en camellos á las orillas del Nilo; el rio los conducia en barcos á los puertos del Egipto, y allí acudian á cargarlas los buques de Venecia, Génova, Amalfi y Pisa. Cerrado por los árabes el pasage para el comercio en el golfo arábigo, los comerciantes se dirigieron al Pérsico, de donde, por el Eufrates, por el Indo, ó por el Oxo, llevaban los géneros de la India al mar Caspio ó al mar Negro, y de aquí al Mediterráneo. Aquí los iban á buscar los italianos para estenderlos luego por todas las costas de Europa, y aun en lo mas interior del continente hasta las heladas regiones de la Moscovia y la Noruega, donde tenian tambien sus factorias. Despues de tantas travesías se concibe fácilmente que el precio de estos artículos de comercio, debia ser en su orígen muy pequeño, y que la necesidad impuesta al consumidor de pagarlos muy caros, era una consecuencia de los inmensos gastos de transporte y riesgos en su conduccion, pasando los géneros por doce manos diferentes antes de llegar al consumidor europeo, y aun con todo eso, la ganancia era de un duplo, subiendo

siempre el precio á proporcion que crecia el esclusivo monopolio. Cuando los árabes prohibieron totalmente el comercio del mar Rojo, los genoveses se unieron con el emperador cismático de Constantinopla para establecer un comercio esclusivo por la parte del mar Negro, por la Tartaria, y por la Persia, y cuando el sultan de Egipto, despues de haber sugetado á los árabes, restableció el camino del Nilo, los venecianos, sus aliados, se apoderaron del comercio de los genoveses y se quedaron los únicos espendedores de los productos de la India. En una palabra, ya por un lado, ya por otro, el monopolio hácia á todas las naciones tributarias de los italianos. El acrecentamiento y la estension del lujo, y el deseo de disminuir las dificultades y los gastos para aumentar el consumo, hicieron el que se discurriesen los medios de procurarse las mercancias de las Indias de primera mano. Como por la elevacion y descenso de la estrella polar y del sol, habia ya seguridad de que la tierra formaba una linea curva de norte á sud y del este al oeste, y que siendo por consecuencia de una forma esférica, se la podia dar la vuelta, se despertaron esperanzas de poder conseguir esto, saliendo del estrecho de Gibraltar, siguiendo luego las Molucas ó islas de las especerias; ya costeando el Africa y singlando luego hácia el este, ó bien atravesando el océano Atlántico hácia al oeste. Este último camino fué el que atrajo todo el estudio y atencion de Colon.

El ilustre genovés ya reunia á una profunda instruccion en cosmografía una gran esperiencia en la navegacion, cuando su matrimonio le hizo fijar su residencia, ya en Lisboa, y alguna vez en Madrid y en Porto-Santo. Justamente era esta la época en que los portugueses continuaban con el mayor ardor los descubrimientos á que habian dado principio en los primeros años del siglo. Lisboa llegó á ser la reunion de las personas de todas las naciones mas hábiles en geografía y arte de navegar. Por el mismo tiempo, Florencia era uno de los principales asilos de los sábios á quienes la caida del imperio griego y la toma de Constantinopla por los turcos habian espulsado del oriente, y esa ciudad veia florecer en su seno, de repente, las artes y las ciencias, cuya propagacion facilitaban cada vez mas las relaciones comerciales. Las obras de Platon, de Aristóteles, las de Diodoro de Sicilia y de otros sábios, esplicadas y comentadas, anunciaban la existencia de regiones situadas muy lejos de las columnas de Hércules, hácia el occidente, donde la tierra, fértil sobremanera y fecundada por grandes rios navegables, estaba cubierta de ciudades y suntuosos edificios. Las relaciones de Marco Polo, que á fines del siglo XIII habia visitado y descrito las Indias orientales, la China y el Japon confirmaban la opinion de los antiguos filósofos. Semejante acuerdo llamó sobremanera la atencion de Colon, quien dió parte de sus presentimientos á Paulo Toscanelli, florentin, el cosmógrafo mas célebre de la época. Este sábio, en carta de 21 de junio de 1474, apoyó sus conjeturas, y le alentó á ensayar la direccion del poniente para abordar los costas donde se criaban las especias y los aromas. Las observaciones de antemano hechas sobre las costas de las Azores, de Madera, y Porto Santo, no dejaron á Colon la menor duda sobre la existencia de tierras situadas al oeste, ya dependiesen del Zipangri ó Zipango, mencionado por Marco Polo, ó ya mas allá de ese pais. Con la conviccion pues de un éxito, por lo menos probable, hizo desde luego homenage de su proyecto á su patria; pero la república de Génova le rechazó con desprecio (1). Colon no

(1) Fué verdaderamente cosa providencial, que habiendo tratado antes Colon sobre su descubrimiento del Nuevo-Mundo con potencias marítimas, como la señoria de Génova, Portugal, y aun Venecia, como afirma Bossi, en todas ellas se le tuviera por visionario y que pareciesen tan estrañas las cosas que decia, como si jamás hubiesen pensado ni discurrido sobre tal cosa, y solo en España tuvieran acogida sus ideas, logrando unos simples religiosos, como lo eran los del convento de S. Agustin de Salamanca, y el guardian de la Rabida, que apoyando sus opiniones, lograsen conformarse con ellas los mayores letrados de aquella escuela. A esto alude el mismo Colon, cuando dice en un documento suyo: « Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con « mano palpable á que era hacedoso navegar de aquí á las Indias, « y me abrió la voluntad para la ejecucion dello, y con este fue« go vino á V. A. Todos aquellos que supieron de mi impresa,

tuvo mejor recibimiento en Portugal, cuyo rey, despues de haber hecho lo posible por aprovecharse deslealmente de la revelacion de su secreto, le trató de visionario. La Inglaterra, á donde Cristóbal Colon envió á su hermano, tampoco quiso aprovechar las ventajas de su proyecto. Por último, desahuciado por todos, pero sin desanimarse, el año 1484, salió secretamente de Lisboa, y llegó al puerto de Palos de Moguer, en España, que era entonces el apostadero del comercio de Sevilla. En esa poblacion residian los mas esperimentados marinos de España, notables sobre todo por su carácter intrépido y aventurero, y una de las familias mas distinguidas de esa villa era la de los Pinzones, uno de los cuales, segun Mr. Estancelin, ya habia acompañado al capitan Cousin en su viage de 1486 á 1488 (1). El acogimiento hospitalario que hizo á Colon el franciscano Juan Perez de Marchena, guardian del convento de la Rabida, recompensó por entonces al genovés de sus disgustos y trabajos anejos á la precaria situacion en que se encontraba. Este religioso tambien se habia dedicado al estudio de la cosmografía, y la realizacion del pensamiento que le confió Colon, enardeció al piadoso religioso por su deseo de libertar tantas almas de las tinieblas de la muerte, y esclarecerlas con la antorcha de la fé en aquellas regiones desconocidas. Animado el P. Marchena de tan buenas disposiciones, y aprovechando el poco crédito que tenia en la corte de Castilla, por haber sido durante algun tiempo confesor de la reina Isabel, solicitó, y obtuvo para Colon, la proteccion del nuevo confesor de la reina, Fr. Fernando de Talavera, geronimiano; pero eso no obstante, hasta el 1486, el ilustre genovés, no pudo trasladarse

« con risa le negaron, burlándose de la ciencia de que dije arriba « no me aprovecharon ni las autoridades dellas: *en solo V. A. quedó la fé y constancia.* ¿Quién dubda que esta lumbre no fué « del Espiritu Santo? » Navarrete, col. diplom. n.º 140. (N. del Trad.)

(1) No puede dudarse que Colon recibió algunas noticias de navegantes anteriores sobre la existencia del Nuevo-Mundo, pero no tantas como algunos quieren suponer, ni tales que le quiten la gloria de ser su primer descubridor. La fábula que cita tambien como tal Mr. Henrion en una nota anterior, de que un piloto de Huelva llamado Alonso Sanchez; navegando de España á las Canarias por el 1484, fué arrojado por una tormenta á la isla de Santo Domingo y que volviendo á la Tercera comunicó á Colon su viage y derrotero, lo oyó contar el Inca Garcilaso á su padre que sirvió á los reyes Católicos y á los contemporáneos de los primeros descubridores y conquistadores. Del Inca la tomaron Alderete, Caro, Solórzano Iranzo y otros posteriores. Gomara y el P. José de Acosta refieren el suceso sin citar al descubridor. Gonzalo Fernandez de Oviedo tuvo esta narracion por falsa ó por un cuento que corria entre la gente vulgar, y por último, Irving que se esfuerza en probar lo falso del cuento de Gomara, concluye con una razon que basta por todas. « Colon dice, en 1474, diez años antes del supuesto viage de Sanchez de Huelva, comunicó su proyecto de descubrir nuevas tierras á Paulo Toscanelli. Estas cartas en que el genovés anuncia su proyecto de antemano, pueden verse en los apéndices de Navarrete. Pero este si bien niega igualmente esta conseja añade lo siguiente: » Pudo ser así respecto á la persona de Alonso Sanchez y á las circunstancias de su viage; pero Fr. Bartolomé de las Casas, que tuvo á la vista unos libros de memorias escritos por el mismo Colon, refiere, que tratando en ellos de los indicios que habia tenido de tierras hácia el Occidente por varios pilotos y marineros portugueses y castellanos, citaba entre otros á un Pedro Velasco, vecino de Palos que le afirmó en el monasterio de la Rabida, habia partido del Fayal, y anduvo ciento y cincuenta leguas por mar, descubriendo á la vuelta la isla de las Flores: á un marinero tuerto, que hallándose en el puerto de Santa María y á otro gallego, que hallándose en Murcia le hablaron de un viage que habian hecho á Irlanda y que desviados de su derrota, navegaron tanto al N. O. que avistaron una tierra que imaginaron ser Tartaria y era Terra-Nova ó la tierra de los Bacalaos, la cual fueron á reconocer en diversos tiempos dos hijos del capitan que descubrió la isla Tercera, llamados Miguel y Gaspar Cortereal que se perdieron uno despues de otro. Añade el mismo Las Casas, que los primeros que fueron á descubrir y poblar la Isla Española, á quien él trató, habian oido á los naturales que pocos años antes que llegasen habian aportado allí otros hombres blancos y barbudos como ellos. Los vascongados pretenden tambien haber descubierto un paisano suyo llamado Juan de Echaide los bancos de Terra-Nova muchos años antes que se descubriese el Nuevo-Mundo.» Hasta aqui Navarrete; pero todo esto prueba á lo mas que Colon no desdeñó de oir estas relaciones y su gloria no se empaña porque tuviera datos y presunciones agenas de la existencia de un Nuevo-Mundo, pues su empresa no fué la vision de un sonámbulo sino el producto de la ciencia del valor y del genio, tanto mas, cuanto que estas especies eran vagas y sus datos, muy anteriores á todas ellas, ciertos y seguros. Todavia ofrecen mas duda los descubrimientos de América que se suponen anteriores á Colon por Martin Behen y los hermanos Zenos y aun el mismo viage del Capitan Cousin que cita Mr. Henrion. El ilustre italiano Cesar Cantú espone estas y otras tradiciones sin darles la importancia de creerlas verdaderas. Véase el tomo 14 de su Historia Universal. Lo que no puede negarse, y Navarrete no hace mencion de ello, es que Colon viajó á Tule ó Islandia, en febrero de 1477, pues su hijo Fernando lo dice, en su Historia del Almirante, y aun tambien que pasó cien leguas mas adelante. Allí si que pudo adquirir noticias de la Vinlandia, y de los viages de descubrimientos que hicieron los groelandeses en los siglos IX y X, en la parte de la América del norte, y de los que latamente hablamos en nuestra nota anterior, pero esto no pudo tampoco ser la primera fuente de sus ideas, puesto que en 1474, tres años antes de poder saber esto, ya habia espresado á Toscanelli su proyecto de hacer un viage en busca de las indias. (N. del Trad.)

á la corte (1). Despues de haber seguido por espacio de cinco años á los soberanos, ocupados entonces en la guerra de Granada, y engañado siempre en las esperanzas que se le hacian concebir y que nunca se realizaban, resolvió por último, aburrido y cansado de dar pasos inútiles, el marcharse á Paris, donde tenia algun antecedente de que el rey de Francia acogeria su idea. No obstante, antes de dejar la España, quiso volver á ver á su protector y amigo Fr. Juan Perez de Marchena, á quien habia dejado confiado su hijo único durante su estancia en la corte. El guardian de la Rabida, sorprendido de la resolucion de Colon, y apreciando en lo que valia el perjuicio inmenso que su marcha iba á ocasionar á su pais, no omitió diligencia alguna para impedirlo. Convocó á sus amigos mas íntimos, y á aquellos navieros de Palos mas capaces de juzgar los proyectos de Colon. En esta reunion figuraba Alonso Pinzon, gefe de la familia, para quien la existencia de un pais situado al sud-oeste ya no era una hipótesis, si es cierto que uno de sus miembros navegó con el capitan Cousin. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que, Alonso, entusiasmado, entró con celo en los grandes pensamientos de Colon, y franqueándole su bolsa, le ofreció por su parte contribuir á los gastos de la proyectada espedicion, como lo cumplió mas tarde, embarcándose con sus dos hermanos y esponiendo su vida á la arriesgada empresa que dirigió el atrevido genovés. Pero la intervencion mas eficaz de todas, fué la del franciscano Marchena, quien, consultado por la reina Isabel, insistió siempre en las frecuentes conversaciones que con ella tuvo sobre ese asunto, en la utilidad, y sobre todo, en la santidad de una empresa de la que dependia la salvacion eterna de tan inmenso número de almas. Con esto, y con asegurar á Colon el asentimiento de Fr. Fernando de Talavera, del cardenal Mendoza, de Luis de Santangel y de Alonso Quintanilla, personas todas muy influyentes con los reyes católicos, logró que se le diesen para su espedicion, un navío y dos carabelas con ciento veinte soldados y el dinero y demás cosas necesarias. El 17 de abril de 1492 se firmaron los artículos de un tratado, por el cual Cristóbal Colon recibió los títulos hereditarios de almirante y de virey de todos los mares, islas y tierras que descubriese (1). Por lo que va dicho, ya vemos lo mucho que contribuyó el franciscano Juan Perez de Marchena por su intervencion en favor del ilustre genovés, en que se propagase la fé en una parte del mundo, entonces desconocida. Tambien contribuyó á esto y tiene su parte de gloria, el dominico Fr. Diego Deza, profesor de teología en la universidad de Salamanca y preceptor del príncipe de Asturias D. Juan, teniendo como tuvo ocasion, en muchas conversaciones con Colon, de reconocer el génio, probidad y gran ciencia de este hábil navegante. Fontana y Touron, dicen,

(1) El convento de franciscanos de la Ravida, testigo de las conversaciones de Colon con el célebre P. Marchena, era ciertamente uno de los gloriosos monumentos al que estaba enlazada la historia del descubrimiento del Nuevo-Mundo, pues allí condujo la providencia á Colon, pobre y errante en compañía de su hijo para encontrar dentro de sus muros á un religioso que reanimó su abatido espíritu y fué su mejor aliado en la grande empresa que los sábios no comprendian, y que cupo en la mente del que estaba encerrado en un claustro. El vandalismo de esta última época, al suprimir las órdenes religiosas y dejar abandonados los conventos, hizo lo propio con éste, que hubiera llegado á arruinarse por sí mismo ó por la mano de algun especulador de derribos, sin el celo y patriotismo por las glorias nacionales de los Serenísimos infantes duques de Montpensier, que salvando esta joya histórica de su ruina, han restaurado el templo é Iglesia, que tan ilustres recuerdos ofrecen y hasta repuesto en su lugar la gran cruz de piedra de la entrada, sobre cuyas gradas descansaron fatigados el genovés y su hijo antes de pedir hospitalidad en el convento. Hoy dia este monumento sostenido por esos príncipes es una curiosidad para los estrangeros que acuden á visitarle, y si al contemplarle recuerdan á Colon, su vasta empresa, y la gloria de la España que la tomó por su cuenta, tampoco olvidan al franciscano Marchena en cuya celda puede decirse que quedó resuelto el [illegible] de los problemas que ha podido y podrá en adelante pre[illegible] (N. del Trad.)

(1) En las capitulaciones que hizo Cristóbal Colon, con los reyes católicos, antes del descubrimiento del Nuevo-Mundo, se contienen las gracias siguientes: título de almirante de todas las islas y tierra firme que descubriese, y de virey y gobernador general en todas ellas; la décima parte de todo el oro, plata, especerías y demás mercaderías que allí se encontrasen y ganasen, y la octava parte de la ganancia que resultase del comercio de los navíos y escuadras, que se armasen para tratos y negociaciones en América. Se otorgaron estas capitulaciones en la ciudad de Santa Fé en 17 de abril de 1492. (Navarrete Colec. diplom.ª núms. 5 y 6. N. del Trad.)

que Fr Diego tomó la palabra ante los reyes y fué el que mas decidió á estos, á que se equipasen los tres buques con los que Colon debia ir á descubrir el Nuevo-Mundo. Remesal, citado por el prelado Balufi, sienta tambien que los soberanos de España son en parte deudores á Fr. Diego, de la conquista de la América (1). El buque que montó Colon fué llamado *Santa María*; el segundo, mandado por Alonso Pinzon, la *Pinta*; y el tercero, á las órdenes de Yañez Pinzon, hermano del anterior, la *Niña*. Martin Pinzon el mas jóven de los tres hermanos, era piloto de la *Pinta*. El general de la Órden de la Merced dió por compañero de Cristóbal Colon, al P. Solorzano, para que fuese su confesor y el limosnero de su flota, que se dió á la vela el viernes 3 de agosto de 1492. « Este ministro de Jesucristo, dice la *Historia de la Orden de la Merced*, desempeñó sus funciones con tanto celo y buen éxito, que él fué el primer apóstol del Nuevo-Mundo. Su Órden fué por ello recompensada por los grandes establecimientos que poseyó despues en América, donde tuvo ocho grandes provincias, y cuyos religiosos procuraron admirables conversiones (2).»

(1) Colon conoció á Fr. Diego de Deza en Salamanca cuando los religiosos de San Estéban le favorecieron, dándole allí aposento y comida y haciendo el gasto de sus jornadas. Este religioso llegó á ser luego arzobispo de Sevilla y cada vez mas protector suyo, por lo cual de él dice el mismo Colon, « que de de « que vino á Castilla le habia favorecido aquel prelado y de« seado su honra, y que él fué causa que SS. AA. tuviesen las « Indias. » Véase Navarrete introd. pág. 92. (N. del Trad.)

(2) Esta peregrina especie del religioso mercenario que acompañó á Colon en su primer viage, que con tanto empeño quiere defender Remon en su Historia de la Merced y con otro tanto contradecir el P. Torrubia en sus Anales de la Órden de S. Francisco, no se encuentra apoyada por ninguno de los autores coetáneos que hablaron de los viages de Colon, y ni este, en la relacion de su primer viage, ni su hijo, en la vida del almirante, ni Las Casas, ni Oviedo que escribieron en su época hacen mencion de semejante religioso, antes por el contrario, todo conduce á demostrar que en el primer viage de Colon, no fué sacerdote alguno con él, pues si así fuese, alguno de los anteriores autores hubiesen apuntado ese hecho. Sin embargo, el P. Remon, descubrió una especie singular que solo trae Pedro Mártir de Angleria, en sus décadas de Orve-Novo, y es la siguiente, que como único fundamento de su opinion, espondremos. Dice Pedro Mártir; que en el segundo viage que hizo Colon el 1493, queriendo saber si Cuba era ó no tierra firme, echó gente en ella y cuando los soldados hacian agua y cortaban madera, uno de estos se alargó en la espesura de un bosque, para ver si podia cazar algo que comer, y estando en esto. divisó de repente á un hombre vestido con una túnica blanca, *que á primera vista creyó ser un cierto religioso de la Orden de Santa María de la Merced, que consigo llevaba por sacerdote el almirante*. Luego se aparecieron otros dos, y despues hasta treinta, y al verlos huyó, etc. El cronista de la Merced, para probar su aserto, quiere suponer que este soldado que cita Martir de Angleria, estuviese en el primer viage de Colon, y que el recuerdo del fraile mercenario, que le vino, al ver á aquellos indios con túnicas blancas, se refiera al religioso que acompañó á Colon en el primer viage, y no á ninguno de los otros; que consta ya de cierto que le acompañaron en el segundo, bajo la direccion del P. Boil, que era el jefe de la mision, y añade además Remon, que el tal religioso, se llamaba Solorzano de apellido, especie nueva que no dice de donde la sacó, pues el soldado que recordó al mercenario, no cita el nombre, ni la crónica de la Órden dá mas datos. Son tantos las consejas y fábulas que se han ingerido en las historias del Nuevo-Mundo, que no dudamos que esta sea una de ellas, y si acaso merece alguna fé el dicho de ese soldado, debe referirse á algun mercenario, que fué con la mision en el segundo viage, y no en el primero, del que historiador alguno hace mencion. Menos crédito merece la opinion contraria del P. Torrubia, que sostiene que acompañó á Colon en su primer viage, el franciscano Juan Perez de Marchena, y que en él, al tomar posesion de la isla española el almirante, dijo allí la primera misa, y erigió al Altísimo el primer templo cristiano, hecho de ramas de árboles y estacas, cuando es indudable, y lo refieren muchos autores, que esto acaeció en el segundo viage, y no en el primero, como lo afirma el mismo Henrion mas adelante. Estraño es á la verdad, que en la primera espedicion de Colon, no fuese sacerdote alguno; quizá por parecer demasiado arriesgada, ni los reyes, ni el almirante mismo, quisieron comprometer á nadie para ese cargo, hasta ver si el hecho era ó no cierto, lo cual no deja de ser probable; pero de todos modos, el simple y vago dicho de un soldado, que á pesar de la interpretacion de Remon, puede referirse á el segundo viage, no es bastante para contrarestar el unánime silencio de todos los demás autores, y la absoluta carencia de documentos en un punto tan importante. (Nota del Traductor.)

El descubrimiento del Nuevo-Mundo, abierto por la misericordia divina á la activa caridad de los misioneros, tuvo lugar en la noche del 11 al 12 de octubre del citado año 1492. Al rayar el dia, se apareció á los navegantes la isla de Guanahami, una de las Lucayas. *Un Te-Deum* se cantó en seguida (1). El almi-

(1) Al doblar Colon su rodilla, sobre la primera tierra del Nuevo-Mundo que descubrió, dirigió al cielo la siguiente plegaria: « Oh! Dios omnipotente y eterno, que con sola tu palabra, « criaste el cielo, el mar y la tierra! Sea bendito y glorificado « tu santo nombre, sea alabada tu magestad y soberana digna« cion, que valiéndose de mí, tu humilde siervo, ha querido que « tu santo nombre se conozca y se publique en esta otra parte « del mundo. » Esta misma oracion recitaron despues el adelantado Balboa, Cortés y Pizarro, por determinacion de los reyes de Castilla, cuando descubrieron nuevas tierras. Esto prueba tambien lo que antes apuntamos, de no haber asistido sacerdote alguno en este primer viage, pues, ya al decir esta oracion, ya al entonar el *Te-Deum* y la *Salve*, que se rezó en esta ocasion, segun dice el mismo almirante, era regular que tomase parte el sacerdote de la espedicion, si es que le habia,

rante Colon, con el estandarte real de Castilla en la mano, puso el pié en tierra, se prosternó con lágrimas en los ojos y levantándose tomó posesion en nombre del rey de España de esta isla, á la que dió el nombre de *San Salvador*, porque este descubrimiento salvaba su vida, que ya babia estado amenazada por los que le acompañaban (1). Los indígenas, que en la costa se presentaron, le parecieron buenos y sencillos, pero llevaban pendientes de sus orejas pequeñas planchas de oro, que provenia de un pais situado hácia el sud, direccion que ellos le indicaron señalando con su brazo hácia esa parte. El color de su rostro era algo aceitunado, y tanto hombres como mugeres estaban completamente desnudos. Aprovechando las noticias de los indios, Colon continuó su viage en busca del pais que producia el oro, y descubrió, el 27 de octubre, la isla de Cuba, la mas estensa del archipiélago de las Antillas. Pero aun debia encontrar mas oro, en otra tierra, al oriente, es decir en la isla de Haiti á la que Colon llamó *Española*.

« Es cierto, dice el P. Margat, jesuita, que cuando el Almirante abordó por primera vez á la isla de Haiti, no solo le sorprendió su grandeza, sino la prodigiosa multitud de sus habitantes. Esta tierra, de doscientas leguas de longitud, por sesenta ú ochenta de anchura, le pareció habitada por todas partes, no solo en las llanuras que se estienden desde la orilla del mar, hasta las montañas que ocupan el centro de la isla, en toda su longitud; sino aun en las montañas mismas, las cuales, aunque escarpadas, formaban Estados considerables. Si creemos á los historiadores españoles, no habria allí menos de un millon de indios, cuando Colon la descubrió, y al describirnos las guerras y batallas que estos conquistadores del Nuevo-Mundo tuvieron que sostener, nos los representan combatiendo contra ejércitos indios, de ochenta ó cien mil hombres, que estaban bajo las órdenes y estandartes de un solo cacique, y contando en la isla cinco ó seis caciques, como estos, cuyo poder era igual, y que se fueron sometiendo unos despues de otros, resulta una gran poblacion que puede suponerse un poco exagerada por estos historiadores, para dar mas valor y lustre á las victorias de sus héroes; pero el P. Bartolomé de las Casas, que no fué por cierto el mejor panegirista y admirador de su nacion, cuenta un número mayor de indios en Haiti, y sobre él funda una buena parte de las amargas reconvenciones que hace á sus compatriotas por su posterior despoblacion. » Segun Las Casas, Haiti contaba, cuando la conquista, tres millones de habitantes, y la isla se dividia en cinco reinos muy poderosos, que tenian gran número de vasallos, y muchos de ellos, señores independientes de particulares distritos. Uno de estos reinos se llamaba reino de la *Magna*, es decir, de la llanura, porque se estendia á ochenta leguas, desde la mar del sud hasta la del norte, y á su derecha é izquierda, tenia elevadas montañas en que habia grandes minas de oro. En esta cadena es donde está la provincia de Cibao, cuyas minas han sido tan famosas, á causa del oro tan superior que daban. El último rey de este pais se llamaba Guarionax, y tenia vasallos tan poderosos, que muchos le daban treinta mil hombres de contingente para la guerra. La segunda soberanía de la isla española, era conocida bajo el nombre de reino de *Marien*, y comenzaba en el punto que hoy se llama Puerto-Real, estendiéndose hasta la llanura, y ella sola era mas grande que el Portugal, y capaz de tener mas poblacion por su riqueza y fertilidad,

y que entonces, mas que en ninguna otra ocasion, se hiciese mencion de él, como en lo mas privativo de su sagrado ministerio, y por el contrario, nada de eso consta ni aun remotamente se indica. (N. del Trad.)

(1) Segun las observaciones del sábio Navarrete, examinado detenidamente el diario de Colon, sus derrotas, recaladas, señales de tierra, isla, costas y puertos, parece que esta primera isla que Colon descubrió y pisó, poniéndola por nombre *San Salvador*, debe ser, de las Antillas, la que está situada mas al norte de las turcas, llamada del *Gran Turco*. Sus circunstancias [illegible] conforman con la descripcion que Colon hace de ella. Su situacion es por el paralelo de 21° 30, al norte de la mediania de la isla de Santo Domingo. Navarrete. Colec. de viages, tom. I, pág. 21. (N. del Trad.)

que aquel reino. Allí se encontraron muchas minas de oro y cobre. Su príncipe se llamaba Guacanagary. El tercer reino, era el de *Maguana*. El clima aquí es muy sano, y el terreno muy productivo. Estaba gobernado por el rey Canoabo, el mas valiente de los del pais, el mas respetado y el mas espléndido. *Xaragua*, era el nombre del cuarto reino de la isla, el cual ocupaba el centro. Su corte era mas culta y civilizada, los usos y maneras mas delicadas y corteses, y el idioma mas perfeccionado. Las personas tenian un aire mas distinguido, y trage mas decente, y la nobleza ó clase superior, era mas numerosa y mas brillante. Este pais tenia por rey á Behechio, el cual murió y dejó la corona á su hermano. Por último, el quinto reino era el de *Higuey*, gobernado por una reina llamada Higuanama, que disponia de un grande ejército. (1)

El P. Charlevoix, jesuita, nos refiere las tradiciones de los isleños de Haiti, sobre el orígen de los hombres. Los primeros, segun ellos, salieron de las cavernas de su isla. Irritado el sol de su salida, cambió en piedras á los guardianes que habia puesto en estas cuevas, y transformó á estos hombres que salieron de aquel encierro, en árboles, en insectos, y en otras especies de animales; sin embargo, el universo no dejó por esto de poblarse. Segun otra tradicion, las mujeres no aparecieron en el mundo sino mucho despues que los hombres, y el sol y la luna salieron tambien de una gruta de la misma isla, para iluminar el mundo, y los indígenas iban en peregrinacion á esa gruta que estaba adornada de pinturas, y guardada por dos ídolos, á los que se tributaba homenage. Se conjetura que la gruta de que hablamos, es la misma que se vé en el territorio de Dondon, á seis ó siete leguas de Cabo-francés. Esta tiene cincuenta piés de profundidad, y casi otro tanto de altura, pero es muy estrecha, y recibe luz por su entrada y por una abertura practicada en la bóveda. Por aquí creen que salió el sol y la luna para colocarse en el cielo. Toda la bóveda es tan bella y regular, que parece imposible que sea obra de sola la naturaleza. No se vé en este lugar ninguna estátua, y si, algunas figuras grabadas toscamente en la roca, y toda la caverna está como dividida en muchos como nichos altos y profundos, que se creen hechos á propósito para algun uso. Las fábulas que acabamos de contar, demuestran que los isleños de Haiti, no dudaban que la tierra hubiese comenzado por su isla, y pocas son las naciones de América donde no se haya encontrado la misma prevencion por su pais.

A falta de anales escritos, las tradiciones se perpetuaban en Haiti, por medio de cantos populares, que por lo general, siempre iban acompañados del baile, que se ejecutaba con bastante regularidad y compás, mezclados hombres y mugeres, si bien algunas veces, danzaban separados los dos sexos. En las fiestas públicas, y ocasiones importantes, se bailaba y cantaba á son de tambor, y el cacique ó la persona mas condecorada de la tribu, era quien le tocaba. *Cacique*, en la lengua del pais, significa príncipe ó señor, y los españoles hicieron de ese nombre una palabra genérica, de que se servian para designar á cualquier gefe ó soberano de la América, escepto al emperador de Méjico, y á los Incas del Perú.

Los indígenas haitianos, faltos de luces y aun casi de la razon natural estaban llenos de groseras supersticiones, y poco debió costar al espíritu del error, el adquirirse allí honores diversos. Si creemos á los autores contempo-

(1) Esta exagerada poblacion, tanto de esta isla de Santo Domingo, como de toda la América, al tiempo de su conquista, fué idea que propaló primero Fr. Bartolomé de Las Casas, quien no merece fé en esto, así como en otras muchas cosas que refiere, por las infinitas contradicciones en que incurre sobre este mismo punto; lo que demuestra, atendida su sistemática idea de acriminar á los españoles para defender á los indios, que exageró la poblacion de una manera fabulosa, para hacer resaltar mas la diminucion de los indígenas, ocasionada esclusivamente segun el, por mal trato y crueldad de los españoles que colonizaron la isla. Historiadores mas imparciales, y que no tenian una idea fija como Las Casas, reducen muchísimo esos guarismos que han aumentado aun mas los estrangeros, émulos envidiosos y constantes detractores de las glorias españolas, que tratan de empañar, ya que no pueden oscurecer, ni mucho menos destruir. (N. del Trad.)

ráneos, el demonio se aparecia á esos isleños bajo diferentes formas, y les daba oráculos, que servian de norma y regla á este pueblo. Las diferentes apariencias que tomaba el demonio, les habian hecho persuadir que existian muchos dioses; pero por su fealdad, les creian mas capaces de causarles mal que bien, y así temian mas que veneraban á sus ídolos, á los que llamaban *Chemis* ó *Zemes*, y procuraban apaciguarlos con ofrendas. Hacian estos ídolos de piedra ó barro cocido, y los tenian en sus habitaciones, y aun imprimian en su cuerpo sus imágenes. Viéndolos tanto, y teniéndoles tan á la mano, nada tiene de estraño que creyesen que se les aparecian en sueños. A sus dioses les daban diversas atribuciones; unos cuidaban de las estaciones, otros de la salud, otros de la pesca, y cada uno tenia su culto y ofrendas particulares. Algunos han creido que los haitianos, miraban á los zemes como divinidades subalternas, ministros de un Dios soberano, único, infinito, todopoderoso, é invisible; pero no increado, porque le daban una madre. A este dios supremo, ni á su madre, no se les daba culto alguno, al menos esterior; á menos que no se confunda aquella con el zeme que adoraban, bajo la figura de una muger, teniendo á su lado dos como principales ministros, uno, encargado de convocar á los otros dioses, cuando la diosa queria mandarlos á escitar los vientos, la lluvia ó lo demás que los hombres la pedian; y el otro, con la mision de castigar con inundaciones, á los que rehusaban tributar á la diosa, los honores que esta les exigia.

En los mas antiguos autores, se encuentra la descripcion de una solemnidad, la única y principal ceremonia de estos pueblos. El cacique señalaba de antemano el dia que habia de celebrarse, por pregoneros públicos. Comenzaba la fiesta por una procesion, á la que asistian todos los casados, hombres y mujeres, adornados con lo mejor que tenian, y los solteros y doncellas, desnudos del todo, como de costumbre. El cacique, ó la persona de mas consideracion en el pueblo, iba á la cabeza tocando un tambor, y en esa forma iban todos á un templo lleno de ídolos, cuyas figuras, mejor parecian representar diablos que dioses. Los sacerdotes, dando aullidos, recibian las ofrendas, que consistian las mas en tortas de harina que llevaban las mugeres en canastillas adornadas de flores. Terminada la ofrenda, se bailaba y se cantaban canciones en honor de los zemes, y alabanzas de los antiguos caciques, con plegarias y votos por la prosperidad de la nacion. Los sacerdotes distribuian luego las ofrendas entre las cabezas de familia, y los fragmentos de aquellas, que cada uno recibia, se guardaban por todo el año, creyéndoles un preservativo contra toda clase de accidentes. El cacique no entraba en el templo, se quedaba á la puerta tocando siempre el tambor, y viendo pasar por delante de sí toda la procesion, cuyos individuos, uno á uno, se presentaban delante del principal ídolo, é introduciéndose una varita en la garganta, provocaban el vómito, ceremonia ridícula que significaba, que para presentarse ante la divinidad, era preciso tener el corazon limpio, y como quien dice, en los lábios. (Pl. XL, n.º 1.)

Los zemes se comunicaban sobre todo á los *butios* ó sacerdotes del pais, que eran al propio tiempo médicos, pero aunque el demonio, si hemos de creer á los autores, entraba en parte en el ejercicio de su ministerio, entraba por mucho mas, ó casi en todo, la charlatanería y el engaño. Cuando estos impostores consultaban al zemes en público, jamás se oia la respuesta del dios, y no se juzgaba el oráculo, sino por las acciones del sacerdote. Si este bailaba, era buena señal, y el oráculo era favorable; mas si al contrario, estaba quieto y con aire triste y lloroso, el que consultaba ó pedia algo al dios, ayunaba ó aumentaba sus dones, hasta que apareciesen señales de que se habia aplacado su rencor. Los butios, no se distinguian en el esterior, sino por una figura de Zemes, que llevaban siempre sobre sí. Por último, se les respetaba mas







como sacerdotes, que como médicos. Cuando un enfermo moria, á pesar de las predicciones y cuidados del butio, se acusaba á éste de mala fé ó de ignorancia, y los mas próximos parientes, reunidos alrededor del cadáver, le cortaban las uñas, y algo del pelo, que mezclaban con el jugo de cierta yerba, y derramando esta composicion en la boca del muerto, le invitaban á que declarase, si habia sucumbido por falta del médico. Si la respuesta obtenida por mágia, ó fingida con malicia, acusaba al butio, y éste no habia tenido la precaucion de largarse á punto seguro, le hacian pedazos entre todos. Mas para llegar á este caso, era preciso que contra el acusado, ya hubiese antiguas prevenciones, ó se descubriese que era un falso y supuesto sacerdote.

Estos isleños, tenian una débil idea de la inmortalidad del alma, y de la otra vida. Creian en un lugar de recompensa para los buenos; pero nada hablaban del suplicio para los culpables. Cada uno colocaba el paraiso en su comarca ó distrito, y se figuraban una vida deliciosa á su manera, alegrándose sobre todo, de que allí encontrarian á sus parientes y amigos, y que tendrian mugeres donde escoger. Algunos creian, que el paradero de las almas estaba hácia el Tiburon, donde hay grandes llanuras, todas cubiertas de mameys, especie de fruto, al que se ha dado el nombre de albaricoque de Santo-Domingo. Pretendian que esta fruta, era el ordinario alimento de las almas que le iban á recoger por la noche, permaneciendo durante la claridad del dia, ocultas en sitios montañosos, ó de difícil acceso. Esta opinion imprimia cierta especie de carácter sagrado al mamey, fruto por otra parte escelente, del que se abstenian de comer, por respeto, los vivos, á fin de no esponer los muertos á la falta de alimento.

Colon reconoció esta isla por su punta mas occidental, recorriendo toda la costa que forma la parte del norte, y remontando de este á oeste, echó anclas en un puerto del reino de Marien, al que llamó Puerto-Real. Ya hemos dicho que allí reinaba Guacanagary. «Nada tenia de bárbaro en sus maneras este cacique, dice el P. Margat, jesuita. Sus súbditos se aunaron bien pronto con los estrangeros, cuya vista les sorprendió en un principio. Les recibieron con toda la cordialidad posible, disputándose unos á otros, sobre quien agasajaria mas á los nuevos huéspedes. Estos, desde luego, hicieron ver que el oro era el principal objeto de sus investigaciones. Los indios, al saberlo, con prontitud y gusto se despojaron al punto de sus ricos collares, zarcillos y otros adornos de ese metal, para ofrecérselos á sus nuevos huéspedes. Una campanilla, ó alguna otra chuchería de vidrio que se daba en cambio, la encontraban preferible á cuantas riquezas sacaban de sus minas. Altamente prevenidos en favor de los estrangeros, á quienes consideraban como venidos del cielo, hacian lo posible por conformarse á su maneras, y así, una gran cruz que se plantó en medio de sus chozas, fué muy luego para ellos objeto de su veneracion. A ejemplo de los españoles, se arrodillaban en tierra; se daban golpes de pecho; alzaban sus ojos y manos al cielo, y parecia que ya tributaban homenaje al verdadero Dios, á quien no conocian, sino de una manera imperfecta. La carabela que montaba el almirante, habia anclado en un mal fondo, y desanclada, el viento de repente la estrelló contra las rocas á flor de agua. Este imprevisto percance, desconcertó las medidas de Colon, y le dejaba por decirlo así, y por de pronto, aislado, y á merced de los indios. El buen rey Guacanagari, hizo cuanto pudo por consolarle de esta pérdida, y dispuso sobre la marcha, que se aprestase una numerosa escuadra de canoas para socorrer al buque estrangero, y para que hubiese el mayor órden y seguridad, él mismo dirigió la operacion con su presencia. En un momento quedó descargado el barco de cuanto contenia, y sus efectos fueron trasportados á una especie de almacen á la orilla del mar, y custodiados con esmero. Por último, enternecido por la afliccion de Colon, aquel buen príncipe derramó

lágrimas, y para resarcirle de esa pérdida en cuanto le fuese posible, ofreció al almirante cuanto poseia en la estension de sus estados, rogándole que fijase en ellos su residencia. Obligado Colon á volver á España, á dar cuenta de su descubrimiento, despues de dar gracias al cacique por su generoso ofrecimiento, le contestó que le era imposible permanecer por mas tiempo en esa isla, y que mientras volvia otra vez, que no tardaria mucho, dejaria en su compañía á una parte de su gente. El cacique, enseguida, mandó construir una habitacion grande y cómoda, para sus nuevos huéspedes, y con los restos del buque destruido, se pudo arreglar una especie de fuerte, al que Colon llamó de la *Natividad*, por haber arribado á esa bahia, el dia de la Natividad del Señor. Por defuera, le guarneció con un buen foso, y dejó para su defensa, una compañía de cerca de cuarenta hombres, al mando de un bravo cordobés, llamado Diego de Arana. Dejóles además, un artillero esperto, algunas piezas de campaña, un carpintero, un cirujano, y les proveyó á todos de víveres, para un año entero.» El 4 de enero de 1493, el almirante tomó el rumbo para España, y llegó el 15 de marzo, al Puerto de Palos.

Fernando é Isabel, se encontraban á la sazon en Barcelona, donde Colon hizo su entrada triunfal, marchando en medio de los americanos que habia traido consigo, y que conservaban aun el trage de su pais. El oro y las demás curiosidades traidas del Nuevo-Mundo, iban delante de él, en bandejas descubiertas. Los reyes católicos, que le aguardaban en su palacio sentados en su trono, se levantaron á la aproximacion del almirante. Colon se arrodilló á sus piés, y le mandaron sentarse en su presencia. Despues que el ilustre navegante, dió cuenta de su viage, y presentó á los reyes las primicias de sus descubrimientos, todo el mundo se arrodilló, y se cantó en la sala misma del trono, un solemne *Te-Deum*, en accion de gracias (1). La educacion cristiana de los siete indígenas que acompañaban al almirante, quedó á cargo de los soberanos, y el rey y la reina, fueron padrinos en las fuentes bautismales, de estos primeros elementos de la nueva cristiandad (1).

(1) Es por cierto una cosa muy chocante, el que ni el diligentísimo historiador Zurita, ni los demás cronistas de Aragon, hagan la mas mínima mencion de este suceso tan importante acaecido en Barcelona, dejándole desapercibido, mientras refieren otros del mismo año de mucha menos importancia. Es aun mas raro, que ni en los dietarios de Barcelona, donde casi dia por dia, se iban anotando los sucesos mas importantes que acaecian en esa ciudad, se encuentre rastro alguno de esta recepcion, ni en los archivos de la diputacion, ni en los del ayuntamiento, ni aun en el inmenso depósito del archivo de la Corona de Aragon. Esta absoluta carencia de datos en la capital misma donde acaeció el suceso, ha hecho á algunos hasta dudar de su existencia, á pesar de estar espresamente consignado con todos sus detalles en la mayor parte de los historiadores de América. El dicho de estos, y de muchos de ellos que fueron testigos presenciales de la recepcion de Colon en Barcelona, es una prueba evidente, y contra la cual nada puede contrarestarse. Bernaldez, cura de los Palacios, refiere como de propia vista, este acontecimiento, y sobre todo, Gonzalo Fernandez de Oviedo, que estaba en Barcelona cuando fué herido el rey Fernando por el loco, y cuando Colon se presentó en la corte con los indios que trajo de vuelta de su primer viage, se espresa en estos términos: « Y en aquel mismo año (1492, descubrió Colon estas « Indias, y llegó á Barcelona en el siguiente de 1493 años en « el mes de abril, y falló al Rey asaz flaco, pero sin peligro de « su herida. Aquestos notables se han traido á la memoria para « señalar el tiempo en que Colon llegó á la corte, *en lo cual yo « hablo como testigo de vista*, porque me hallé paje muchacho en el cerco de Granada, y vi fundar la villa de Santa Fé « en aquel ejército y despues vi entrar en la ciudad de Granada « al rey e reina católicos cuando se les entregó, e vi echar los « judios de Castilla y estuve en Barcelona cuando fué ferido el « Rey como se ha dicho, *e vi alli venir al almirante D. Cristo- « bal Colon con los primeros indios que destas partes alla fue- « ron en el primero viage e descubrimiento*, así que no hablo de « oidas en ninguna destas cuatro cosas, sino de vista, aunque « las escriba desde aquí, ó mejor diciendo, ocurriendo á mis me- « moriales, desde el mismo tiempo escriptas en ellos. » El silencio de los escritores catalanes y aragoneses y la falta de datos en los archivos de ese reino y ciudad de Barcelona, puede atribuirse á una intencion meditada, para no dar importancia á un suceso en que el reino de Aragon no habia tomado parte, y si toda la gloria recaia sobre Castilla, cuya magnánima reina habia empeñado hasta sus joyas para los gastos de la espedicion. No estando aun definitivamente unidas ambas coronas, los catalanes y aragoneses miraron sin duda con ceño ó envidia este gran acontecimiento en que no habian tomado parte, y para no verse obligados á ensalzarle como lo requeria su importancia, tomaron el partido de omitir completamente su relato. Barcelona hoy dia no piensa ya de esta manera, y en el pasado año de 1860, al pisar su suelo la reina Isabel II, solemnizó sus públicos obsequios y festejos á la soberana de España y condesa de Barcelona con una especie de simulacro ó representacion de esta misma entrada de Colon en la capital de Cataluña, revistiéndola con todo el aparato y propiedad posibles, consultando para ello las historias y costumbres de la época, y supliendo el estudio á la verdadera descripcion de esta fiesta, que en los archivos faltaba. (N. del Trad.)

(1) Despues de vuelto Colon de su primer viage, los Reyes

Sin embargo, para mas asegurarse, Fernando é Isabel suplicaron al papa que aprobase la conquista y la toma de posesion de las tierras que ya estaban, ó que en adelante fuesen descubiertas y reconocidas, alegando para ello, las ventajas espirituales que la predicacion del evangelio iba á proporcionar á los americanos. Alejandro IV, aceptó la promesa hecha por los reyes de España de ocuparse personalmente en la conversion é instruccion de los indígenas; permitió en su consecuencia la conquista, que confió á su habilidad, poder y celo, y firmó el 3 de mayo de 1493, la famosa bula llamada de la *Línea Alejandrina*, en favor de los reyes de Castilla, concediéndoles la absoluta soberanía sobre todas las tierras que se descubriesen al sud y al oeste, de una línea tirada de un polo al otro, á distancia de cien leguas de las Azores y de Cabo-Verde; separacion aumentada mas tarde á trescientas diez leguas hácia el nuevo continente, por convenio mútuo entre España y Portugal. En esta bula, se recomienda muy especialmente á los soberanos de Castilla y Aragon, el que hagan estender la religion cristiana por todos los pueblos que habiten las islas y continentes descubiertos, y que se descubran, y que manden allí personas de reconocida virtud y saber, á fin de que instruyan á los habitantes en la fé, y les inspiren el deseo de mejorar sus costumbres, etc.; sobre esta recomendacion del papa, dice el P. Margat. «debe hacerse justicia al celo y la piedad de los reyes católicos Fernando é Isabel. Mas ansiosos aun del deseo de estender el imperio de Jesucristo, que el de su propia dominacion, tomaron las mas sábias precauciones para establecer la fé entre sus nuevos súbditos, y asegurar su tranquilidad y bienestar. Nada mas cristiano, que las piadosas y sábias instrucciones que se dieron á los gefes de esta noble empresa, á quienes se recomendó sobre todo, que el interés de la religion, fuese el móvil y norma principal de su conducta; que guardasen las mayores consideraciones á los indígenas de esos paises, no empleando para su conversion, sino los medios ordinarios que la Iglesia prescribe, atrayéndoles, mas por la dulzura, por la razon y buenos ejemplos, que por la fuerza y violencia. Sobre todo, la reina Isabel, que miraba, y con razon, como obra esclusiva suya el descubrimiento de las Indias, añadia por su parte los mas vivos y mas respetuosos sentimientos, que la religion inspira. Y así en los diferentes viages que hizo Colon, al dar cuenta á sus señores del éxito de ellos, y de lo nuevamente descubierto, la reina, con la que tenia frecuentes audiencias, de nada se informaba con mas empeño y estension, sino de los progresos que iba haciendo la fé en los pueblos sometidos, teniendo lo demás como objeto secundario, y de menor importancia. Pero desgraciadamente sucede con frecuencia, que los reyes no encuentran en su ministros, unos fieles ejecutores de sus mas espresas voluntades, y mucho menos, en los que ejercen su mando en paises lejanos, donde su conducta, no puede ser fácilmente intervenida, y por lo tanto, mas dispuesta á cometer abusos. Esta reflexion, en nada comprende al almirante Colon, quien fué, en todo sentido, uno de los mas grandes hombres de su siglo; y el buen éxito de su arriesgada empresa, noble esfuerzo de genio, de valor, y de resolucion magnánima, le inmortalizan con justicia. Su piedad singular, su adhesion sólida y tierna, á todas las prácticas de la religion, contribuyeron por mucho á tan buenos resultados. Pero hubo la desgracia de que un hombre tan grande como él, no fuese secundado como lo merecia. Los nuevos argonautas que conducia este moderno Jason, no eran todos héroes como él, ni esto debe estrañarse, y si en muchos de ellos resplandecia el valor, en otros, faltaban la templanza y moderacion. Eran en su mayor parte, hombres á quienes la espe-

Católicos por una real provision de 20 de mayo de 1493 concedieron á él su linage y descendientes un castillo y un leon mas en sus armas por premio de sus servicios, y por otra, le dieron un Albala de diez mil maravedis anuales durante su vida, por haber sido el primero que vió y descubrió la tierra en el primer viage. Se le confirmó además el título de visorey y gobernador de las Islas y Tierra Firme que habia descubierto y descubriese. (Nota del Trad.)

ranza de la impunidad de los crímenes de que se habian hecho culpables, desterraba voluntariamente de su patria, y que espuestos en ella á una muerte poco honrosa, aspiraban en cambio, á las inmensas riquezas que les proporcionaria la conquista. El mal carácter y modo de conducirse de algunos de estos nuevos conquistadores, causó la pérdida de muchas almas, que con el tiempo hubieran podido fundar una numerosa cristiandad. » (1)

Al tener que designar Alejandro VI, un vicario apostólico para el establecimiento de la fé en América, tenia que escogerle entre las diferentes órdenes religiosas que entonces se conocian, y si bien los franciscanos y los dominicanos, se habian hecho cada vez mas ilustres en la carrera de las misiones, sin embargo, pertenecia de derecho á los benedictinos, como mas antiguos é inmortales civilizadores del antiguo continente, el comenzar al menos la civilizacion del nuevo, tributando así ese homenage á la familia de S. Benito, cuyos hijos, desde el siglo IV de la Iglesia, habian difundido la antorcha de la fé, por todos los ámbitos de la Europa, siendo ellos, por espacio de nueve centurias, los esclusivos propagadores casi, de todas las cristiandades conocidas (2). Estos ilustres misioneros, cuya inspirada voz renovó la faz de Europa, debian tener un representante y un continuador de su apostolado en América. Con efecto, Bernardo Boil, catalan, benedictino del monasterio de Monserrate, persona de gran reputacion de piedad, y de saber, fué el indicado al papa por los reyes católicos, para ese cargo tan importante (1). Alejandro VI, accediendo á sus deseos, le nombró superior de una mision compuesta de doce sacerdotes, parte seculares, y parte religiosos, de diferentes órdenes, confiriéndole los poderes de vicario apostólico. Fué una equivocacion sin duda, el haber presentado al P. Boil como abad de Monserrate, siendo así que la historia de esta abadía no le menciona, sino como un simple monge. El ni llegó á tener, ni la dignidad de obispo, ni menos de patriarca, y tampoco es exacto, lo que algunos dicen, que sus compañeros de mision, fueron todos benedictinos (2). El 25 de setiembre de 1493, salió de Cádiz el nuevo vicario apostólico con sus demás asociados, en compañía de Cristóbal Colon, que al frente

(1) Como prueba de esto mismo que dice Mr. Henrion y de lo dificil que fué en aquellos tiempos reclutar gente honrada para tan aventurados viages, Navarrete, entre los documentos que trae en su coleccion de viages, en el 9.° trae una provision de los reyes católicos fechada en 30 de abril de 1492, *mandando en ella suspender el conocimiento de los negocios y causas criminales contra los que van con Cristóbal Colon, fasta que vuelvan.* Mas adelante, se encuentran igualmente otras provisiones en que se conmuta la pena de ciertos delitos en ir á colonizar á las Indias. Con estos elementos, únicos que habia en los principios para atraer gente ¿qué estraño debió ser, que á pesar de la vigilancia de las autoridades no se cometiesen desmanes? (N. del Trad.)

(2) Justo era en verdad que se tributase ese homenaje á la familia de S. Benito y de S. Gregorio el Grande; de S. Agustin, apóstol de la Inglaterra; de S. Nicolás, inglés, apóstol de la Noruega; de S. Chilian, apóstol de la Franconia; de S. Ewaldo, apóstol de Westfalia y mártir; de S. Lamberto, obispo, apóstol de Toxandia, y mártir; de S. Bonifacio, obispo, apóstol de casi toda la Germania, y de la Frisia, y mártir; de S. Estéban, apóstol de la Suecia y de la Helsingia, y mártir; de S. Wiberto, de los sorabos y frisones, y mártir; de S. Abbon, abad, apóstol de los gascones, y mártir; de S. Adalberto, obispo, apóstol de la Bohemia, de la Hungría y de la Polonia, y mártir; de S. Bonifacio, obispo, apóstol de los hunnos, de los eslavos, de los rusos, y mártir; de S. Gerardo, obispo, apóstol de los húngaros, y mártir; de S. Adalberto, obispo, apóstol de los rusos; de S. Bruno, apóstol de los prusianos y lituanios, y mártir; de S. Chilian, obispo, apóstol de los atrebatas; de S. Willibrord, obispo, apóstol de la Frisia; de S. Amando, obispo, apóstol del Brabante, de la Flandes, de los eslavos y gascones; de S. Wilfrido, obispo, apóstol de la Holanda; de S. Luzgario, obispo, apóstol de los sajones y frisones orientales; de S. Swiberto, obispo, apóstol de los frisones, de los holandeses y sajones; de S. Auschavio, obispo, gran apóstol de los suecos, de los godos, de los dinamarqueses y demás regiones del Norte; de S. Oton, obispo, apóstol de la Pomerania; de S. Vicelin, obispo, apóstol de los vándalos y de los eslavos; de S. Libwin, obispo, apóstol de Over-Isel; de S. Wimon, obispo, apóstol de los godos septentrionales, etc., etc. (N. del Autor.)

(1) Segun Argaiz, Boil, no debió ser catalan sino valenciano, pues el apellido corresponde mas á Valencia que á Cataluña, y así se esplica mejor, que el papa Alejandro VI, que era originario del reino de Valencia, por la casa de Borja á que pertenecia, escogiese á un paisano suyo, con preferencia á otros de la misma familia benedictina de Monserrate, en la que ya habia sido muy conocido otro Bernardo Boil, tio del anterior, y abad del dicho monasterio, con el que no debe confundirse el sobrino que fué á América. (N. del Trad.)

(2) Con efecto, consta que fueron en esta mision sacerdotes seculares y religiosos de diferentes órdenes, y entre ellos el célebre Fr. Juan Perez de Marchena, franciscano y amigo de Colon, quien en manera alguna no acompañó á Colon en su primer viage, siendo lo mas cierto, como atrás dejamos probado, que en esa primera espedicion no fué sacerdote alguno. (N. del Trad.)

ya de una flota de diez y siete buques, emprendió su segundo viage con direccion á Haiti. (Pl. XI, n.° 2.)

Al llegar á esa isla, el 26 de noviembre, ya no encontró Colon, ni los españoles, ni el fuerte que para su resguardo habia dejado. « La ausencia de un gefe sábio y enérgico, dice el P. Margat, jesuita, fué la causa de la destruccion de esta primera colonia. Lo primero que recomendó á los suyos el almirante, al marcharse, fué que se comportasen con los indios como personas de honor y verdaderos cristianos y lo mismo fué perderle de vista, que ya olvidaron sus sábias advertencias. La division introdujo el desórden, y el libertinage le llevó á su colmo. Igualmente codiciosos, que disolutos, se estendieron por los lugares circunvecinos, apoderándose del oro, y violando las mugeres de los isleños, y tanto apuraron la paciencia de estos, con sus contínuos desmanes, que en lugar de amigos sínceros, se convirtieron en enemigos irreconciliables. En vano Guacanagary, les hizo toda clase de reflexiones, diciéndoles sobre todo, que si seguian de esa manera, no podria contener á sus súbditos, vejados hasta el último estremo, pero nada les hizo mella, y siguieron sus rapiñas y desórdenes, y abandonando la fortaleza, penetraron en las naciones vecinas, dejando por todas partes funestas huellas, y hostiles impresiones de su libértinage. Tantos crímenes, no quedaron por largo tiempo impunes. Los indios, que no conocian á estos estrangeros mas que por sus violencias, les fueron preparando emboscadas, y acabando con ellos en detalle. Caonabo, uno de los caciques de la isla, sorprendió algunos en el acto de apoderarse de algunas de sus mugeres, y los mató á todos. Este acto, fué la señal del alzamiento general contra aquellos pocos españoles, y ya no se dió cuartel á cuantos pudieron ser habidos. El buen éxito de sus primeras tentativas, alentó á los indios, que ya se apercibieron, que no era cosa dificil acabar con ese puñado de hombres que en un principio les parecieron tan terribles, y cuya sola vista les hacia temblar. Caonabo, al frente de muchos de sus vasallos, se adelantó hasta el fuerte de la Natividad, donde ya no habia mas que cinco soldados, que fieles á las órdenes de su gefe, jamás quisieron abandonarle. En vano el celo y la amistad de Guacanagary, hizo lo posible para salvar á sus amigos. Sorprendidos por un ataque tan brusco, apenas tuvieron tiempo de prepararse. Las gentes de Caonabo, mas numerosas y fuertes, arrollaron á las de Guacanagary, y herido este cacique, se vió obligado á retirarse, abandonando á su mala estrella, á sus nuevos aliados. ¿Qué podian cinco hombres, contra un enjambre innumerable de bárbaros? Sin embargo, se defendieron con valor, y los indios, de dia, no osaron acercarse, pero habiendo ocupado los fosos, á favor de las tinieblas, pusieron fuego al fuerte, que muy pronto quedó consumido por las llamas. El pronto regreso del almirante, hubiera podido restablecer la tranquilidad muy luego; pero la gente que le acompañaba, en su mayor parte sin principios, é insubordinada, no sirvió mas que para agriar el mal. La mayor parte de los gefes que estaban bajo sus órdenes, celosos de su autoridad y prestigio, no le obedecieron como debian, y obrando en el interés de sus particulares miras, no guardaron las consideraciones y contemporizacion que exigia el estado de una colonia naciente. Irritados además los españoles en su orgullo, al ver la inesperada resistencia que hallaron en los isleños, no dieron cuartel á ninguno..... Tres años les costó el reducir á estos desgraciados. Si la suerte de las armas hubiera dependido del mayor número, los indios hubieran defendido mejor su libertad; pero las espadas y las armas de fuego de sus contrarios, sobre cuerpos desnudos y desarmados, daban á estos una inmensa ventaja. Estos infortunados sufrieron al fin, la ley del mas fuerte, y permanecieron por algun tiempo tranquilos. El poder y el crédito de Guacanagary, contribuyeron mucho á esta paz. Este cacique, fiel y constante amigo de los castellanos, llevó su

celo hasta el estremo de acompañarles en sus espediciones. Su mediacion acabó por pacificar los ánimos, pero nuevos escesos encendieron de nuevo la guerra; los indios creyeron poder sacudir un yugo que les era insoportable, y el medio que para ello emplearon, les fué mas fatal que á sus propios enemigos. Tomaron el partido de abandonar el cultivo de las tierras, y no sembrar nada de lo que acostumbraban para alimentarse, creyendo que en los bosques y montañas, á donde se retiraron, la caza y los frutos silvestres, les proveerian abundantemente á su subsistencia, y que sus enemigos se verian obligados por la esterilidad y falta de víveres á abandonar el pais. Pero se engañaron. Los castellanos recibian contínuamente provisiones de Europa, y la resolucion de los indios les incitó mas á perseguirlos, hasta en los puntos que ellos creian mas inaccesibles. Acosados sin cesar, huyendo por las montañas, su miedo y contínua fatiga, les causó mas víctimas, que la espada enemiga, y los que sobrevivieron á tantas calamidades, se vieron obligados á entregarse á discrecion del vencedor, que usó de sus derechos con todo el rigor posible.»

La presencia de los ministros de Jesucristo era la única que pudiera rehabilitar la civilizacion europea en el concepto de los americanos oprimidos, pero á poco de llegar á Haiti, ya medió desacuerdo entre el vicario apostólico y el almirante. Viendo Colon que los actos de desobediencia se multiplicaban al infinito por parte de los españoles con respecto á sus gefes, y que por otra parte, los indígenas tenian que sufrir culpables violencias, quiso hacer un ejemplar escarmiento, que contuviese al mayor número en su deber. Dictó muchas sentencias de muerte, cuyo rigor, si en tiempos normales hubiera parecido desproporcionado á las faltas de los condenados, en aquella sazon, le creyó necesario y reclamado por las circunstancias. Boil, á quien desagradó la que él creyó exagerada é inoportuna justicia, sometió al almirante á las censuras eclesiásticas. Algunos han asegurado que Colon en represalia acortó los medios de subsistencia al vicario apostólico; pero Philipon, ó mejor dicho, el benedictino austríaco, que ocultó su nombre bajo ese seudónimo, desmiente esa injuriosa asercion y añade que el almirante pidió y obtuvo, que se alzasen las censuras. Hasta tal punto se restableció la buena inteligencia entre ambos, que al formar Colon un consejo de administracion, bajo la presidencia de su hermano, incluyó á Boil entre sus vocales. Acompañando á este vicario apostólico, vino tambien á Haiti, un caballero catalan llamado Margarit, á quien confió Colon el mando del fuerte de Santo Tomás. Habiéndose el almirante dirigido á la isla de Cuba, el 24 de abril de 1494, Margarit dejó el puesto que se le habia confiado, y sin autorizacion del almirante, se volvió á España, siguiéndole á poco tiempo el mismo Boil, quien parece que no volvió mas á América (1). Las falsas imputaciones y cargos que Margarit hizo á Colon ante el gobierno español, obligaron á este á regresar á la península en 1498, para sincerarse con los reyes católicos de su conducta, y altamente satisfechos estos piadosos príncipes de las esplicaciones del almirante, le mandaron por tercera vez al Nuevo-Mundo. En este tercer viage, es cuando Colon tuvo conocimiento del continente de la América, cuyo descubrimiento quiso disputarle Américo Vespucio.

Entre el número de sacerdotes que acompañaron al vicario apostólico Boil, en 1493, se contaba el hermano Juan Perez de Marchena, guardian de los Observantes de la Rabida, á quien hemos visto influir con tan buen éxito, sobre la voluntad de la reina Católica en el primer viage de Cristóbal Colon. Al llegar á

(1) Segun Argaiz, en su *Perla de Monserrate*, lo que estuvo Fr. Bernardo Boil en la isla de Santo Domingo, fueron tres años poco mas ó menos, y volvió á España por mandato de los reyes católicos, quienes segun Illescas, en su *Historia Pontifical*, mandaron á la isla á Juan Aguado, su repostero, para que viendo la discordia que habia entre Colon y Boil, hiciese venir ambos á España. El rey católico premió los trabajos de este benedictino, nombrándole abad perpétuo de S. Miguel de Cuxan, monasterio ilustre de Cataluña, del obispado de Elna, donde vivió segun el mismo Argaiz, hasta el 1520. (N. del T.)

Haiti, y en la primera ciudad que fundaron allí los españoles llamada Isabela, arregló en seguida una humilde choza, en la que celebró los misterios de nuestra religion y depositó en su sagrario la sagrada Eucaristía. Tal fué la primera iglesia dedicada al verdadero Dios en América (1). Cuando despues, Bartolomé Colon, hermano del almirante, fundó por órden de este, á la embocadura del Ozama, la ciudad de Santo Domingo, que llamó así en honra de su padre, que tenia ese nombre. Fr. Juan de Marchena erigió allí la segunda iglesia, bajo la advocacion de S. Francisco de Asis, con una casa adjunta para religiosos de la misma Observancia. Construidos ambos edificios de prisa y á la ligera, fueron en un principio de tierra, pero Colon, cuando llegó á ser rico y poderoso, los reemplazó por un gran templo y magnífico convento de piedra, dando así testimonio de su reconocimiento al franciscano á quien, despues de Dios, Colon debia su fortuna, y la España, el ser señora de dos mundos. Otro Juan, franciscano tambien, y por sobrenombre, de Borgoña, evangelizó especialmente el reino de Magua, ó de la Llanura, y obró innumerables conversiones; pero habiendo despues los españoles maltratado á su rey Guarionax, los misioneros fueron arrojados del pais por los indígenas.

Bzovio, citado por Fontana, dice, que los agustinos y los dominicos acudieron en compañía de los franciscanos y benedictinos á evangelizar la América. Por el año de 1495, Fontana cita ya el activo apostolado de los religiosos dominicos, que familiarizándose muy luego con el idioma local, sobre los ídolos arrojados por tierra, plantaron el estandarte glorioso de la cruz. Sin embargo, la llegada de los dominicos á América, creemos sea algo posterior á esta época.

En 1499, Cristóbal Colon formó establecimientos españoles en muchos puntos de la isla de Haiti, y al distribuir tierras á los colonos les entregó con ellas, como en clase de *encomienda*, cierto número de indígenas de las tribus vecinas, encargando mucho á estos colonos que instruyesen á estos idólatras en la religion cristiana, y permitiéndoles en recompensa de su celo, el que los empleasen en el cultivo de los campos. Tal es el orígen de las *Encomiendas de Indios*. El P. Las Casas, hace observar sobre esto, que al confiar el pontífice romano la conquista al celo religioso de los reyes de España, nunca pudo ser su pensamiento delegar el cuidado de la predicacion del evangelio á otra persona alguna, lo mismo que la conversion é instruccion de los americanos, y el ministerio que debia inspirarles la inclinacion á las costumbres puras y práctica de virtudes cristianas. De este principio, resultaba la consecuencia, que los reyes no podian dispensarse de cumplir directa é inmediatamente las promesas aceptadas por el papa en favor de la religion, y eterna salvacion de tan gran número de almas, y que aquellos faltarian á sus deberes, confiando á personas estrañas el cuidado de los indígenas, aun cuando las impusiesen la obligacion de predicarles el evangelio, enseñarles las verdades del catecismo y hacer de ellos hombres religiosos; porque los soberanos no tienen el derecho de sobreponerse á una ley que les prescribe el cumplimiento de deberes inherentes al carácter de tales. Lo que prueba aun, prosigue Las Casas, que los reyes de España no pudieron delegar á ningun particular el cuidado de convertir á los americanos, es que la conversion de esos pueblos, como todo lo

(1) Todos los autores convienen, en que esta fué la primera iglesia, y la primera misa que se celebró en América, lo cual contradice aun mas la especie que atrás queda refutada, del mercenario que acompañó á Colon en su primer viage, pues si este ó algun otro sacerdote hubiera ido en la espedicion, entonces y no ahora, se hubiera celebrado por primera vez el santo sacrificio en el Nuevo-Mundo. El P. Torrubia, para apoyar su idea de que este hecho del P. Marchena, debe referirse al primer viage y no al segundo; objeta de que si la primera misa fué en el segundo, es muy estraño que se cediese el honor de decirla al P. Marchena, y no al vicario de la mision, Boil ó á algun otro sacerdote; mas á esto puede responderse, que siendo Marchena, amigo y confidente de Colon, nada tiene de estraño que este influyese con el gefe de la misma mision, para que el franciscano y no otro, tuviese esa gloria, y tanto mas, cuanto que á él, en gran parte, se debia el descubrimiento del Nuevo-Mundo, por la decidida proteccion y apoyo que dió al que lo descubrió (N. del Trad.)

que debia acompañarla, pedia la mayor dulzura y un trato el mas humano. La autoridad real, debia ser fiel á ese sistema, porque no podia tener interés alguno en conducirse de otro modo, en vez, que el señor delegado, por querer sacar el mayor partido posible de la persona del indígena, por su ventaja propia, le maltrataba y sobrecargaba de trabajo, descuidando la instruccion cristiana y la buena conducta religiosa de los indios, ocupacion que ninguna ventaja material reportaba al esplotador de los indígenas. La reina católica, desaprobó estas encomiendas ó repartimientos de indios, á quienes declaró de hecho y de derecho libres, y únicamente sugetos y dependientes de la corona de Castilla, como todos los demás castellanos, y habiendo Cristóbal Colon asignado algunos de estos isleños á varios españoles para su servicio particular, los que siguieron á sus amos en España, la reina quiso que inmediatamente fuesen puestos en libertad, y devueltos á América, órden ejecutada el 1500, cuando D. Francisco Bobadilla partió para gobernar el Nuevo-Mundo, acompañado en este viage por el franciscano Juan Trasierra, que se aplicó con el mayor celo á instruir y convertir los idólatras, Bobadilla debia conducirse de tal suerte, que los americanos, atraidos por el buen trato de los españoles, tomasen gusto á su sociedad, y concibiesen una ventajosa idea de la religion que se les proponia abrazar; pero en cambio, estableció en 1501, la disposicion abusiva y tiránica de emplearlos en la esplotacion de minas, separándolos por esto de su familia y afecciones, y mandándoles á puntos lejanos para ocuparlos en la mas ímproba tarea. Otro artículo de las instrucciones de este gobernador decia, que se prohibiese la entrada en América á los judíos y musulmanes, aun los convertidos á la fé; pero que se podrian introducir en ella esclavos negros bozales que sirviesen á los cristianos (1).

CAPÍTULO XXXIII.

Conversion de los mahometanos de Granada. — Mision de los franciscanos y dominicanos en la India. — Primera nocion del cristianismo llevada á la Australia.

El P. Fr. Fernando de Talavera, geronimiano, cuya proteccion buscó para Cristóbal

(1) Mr. Henrion, como todos los historiadores estrangeros, incurre en la misma mania que ellos, de denigrar cuanto puede á los españoles en el discurso de su obra, al tratarse de la conquista de America. Para ello amontona, pone en relieve, y pinta con el mas negro colorido, los escesos, puramente personales unos, hijos de las circunstancias otros, cometidos por los primeros conquistadores en el Nuevo-Mundo. El héroe y sostén principal de todas las acusaciones, es el célebre obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien ensalzan hasta las nubes, por haber llevado con tanta exageracion su empeño del protectorado de los indios, que para defenderlos, lleva la parcialidad hasta un punto tan escesivo, que mezcla en sus escritos la verdad con la calumnia; sostiene proposiciones inadmisibles y hasta ridículas; se contradice en muchos lugares; no se hace cargo de las circunstancias ni de los tiempos; no distingue entre hechos ciertos y dudosos, entre lo que vió y lo que le contaron, entre los hombres buenos y malos; en una palabra, sus escritos, de los que tanto han abusado los estrangeros para ensañarse contra los españoles, cuando ellos mismos han cometido en sus colonias centuplicadas atrocidades, sin compensacion alguna de beneficios, llevan el sello de una idea sistemática, de una oposicion constante y acusacion permanente á la España, como lo pudiera hacer el enemigo mayor de su patria, sin mas razon que el ver, que durante su vida, no fueron esclusivamente adoptadas sus ideas, que las circunstancias de la época no permitian realizar, y que despues, por sí mismas, y sin esfuerzo alguno, tuvieron su cumplimiento, siendo el gobierno de la América Española, desde fines del siglo XVI, hasta su emancipacion el mas benéfico, el mas paternal y el mas protector de los indígenas, que ha habido en todas las colonias del mundo. Si Las Casas hubiera nacido algunos años mas tarde, ó si despues de medio siglo, hubiera resucitado, de seguro hubiera considerado históricamente de otra manera, aquellos mismos hechos que tan exagerada y apasionadamente juzgó durante su vida, y ahora mismo, si fuera posible que viviera, y considerára el daño que ha hecho á su patria con sus obras, y lo que de ellas han abusado las naciones estrangeras, émulas siempre y envidiosas de nuestras glorias, de seguro, le pesaria mucho no haberlas condenado al fuego antes de dejar este mundo, y tendria ocasion sobrada de emplear sus recriminaciones, con mucha mas justicia y acritud, contra esos mismos estrangeros, que en circunstancias muy diferentes de las de la época de la conquista, han cometido en la parte del Nuevo-Mundo, que tuvo la desgracia de caer bajo su dominacion, infinitas, impunes y autorizadas atrocidades con sus indígenas, que no pueden nunca compararse con los escesos parciales de algunos aventureros españoles, siempre, y constantemente condenados y reprimidos en lo posible por el gobierno, nunca tolerados, mucho menos autorizados, y no pocas veces severamente castigados. En el discurso de esta obra, y siempre que se trata de América, verán nuestros lectores reproducidos todos los hechos y todas las vulgares acusaciones, que copiándose unos á otros, y todos tomando por texto á Las Casas, se han dirigido contra los primeros conquistadores del Nuevo-Mundo. El hablar sobre cada una de ellas en particular, seria trabajo pesado y falto de

Colon su amigo Fr. Juan Perez de Marchena, fué nombrado arzobispo de Granada, último baluarte del islamismo en España, tan gloriosamente conquistado por Fernando é Isabel. La conversion de los musulmanes fué el primer objeto de la solicitud de este prelado, y del no menos célebre Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, franciscano, y entonces arzobispo de Toledo. Digno émulo de S. Francisco de Asis, y sediento como este patriarca de la salvacion de las almas y de la gloria del martirio, siempre tuvo Gimenez de Cisneros fija su vista en las costas de Africa, conmoviéndole profundamente el lamentable estado de tantas almas sumidas en el error, por cuya salvacion hubiera sufrido gustosamente el martirio. Pero Dios reservaba otro destino á este humilde franciscano, el mayor hombre sin disputa, y el mejor ciudadano que ha producido la España. Consultado este dignísimo prelado sobre los medios que se habian de emplear para atraer á la fé á los musulmanes del reino de Granada, Cisneros fué siempre de dictámen que se emplease la dulzura. Tal fué el buen éxito de las instrucciones que los ministros de Jesucristo, dieron á estos infieles, bajo la direccion de ambos arzobispos que en un solo dia, 16 de diciembre de 1499, el de Toledo administró por sus propias manos el bautismo á mas de tres mil catecúmenos (1).

La Iglesia se vengaba así de los horribles escesos cometidos en la estremidad de Europa por los turcos otomanos, sobre las poblaciones cristianas. Por no citar sino un solo ejemplo de su cruel fanatismo, diremos que en el año anterior incendiaron una ciudad de Polonia, en la que habia un convento de franciscanos que no quisieron abandonar dos venerables religiosos. Era el uno, el hermano Juan de Hungría, lleno de virtud y santidad, y el otro, el hermano Boguslavo, compañero de S. Juan Capistrano, en la gloriosa jornada de Belgrado. Ambos fueron asesinados con el hacha. El guardian del convento y otros siete que huyeron, cayeron en manos de los bárbaros, y fueron hechos cautivos.

Por este tiempo, varios misioneros embarcados en navíos portugueses, volaron hasta las Indias orientales, para hacer resonar allí de nuevo la palabra de salvacion, anunciada ya mucho tiempo antes, por los hijos de Sto. Domingo y S. Francisco, y si los trastornos políticos de Asia habian cerrado á los apóstoles de la fé, el camino por tierra que anteriormente seguian, para llegar á la India, la mar, dócil y obediente, les conducia con mas seguridad y prontitud, al amparo de aquella mision abandonada.

El próspero resultado de las tentivas de Colon, y las reflexiones de los portugueses sobre la falta que habian cometido, menospreciando los ofrecimientos de aquel estrangero, tratado como visionario, les inspiraron despues una noble emulacion, y deseo de indemnizar á su patria, por otro lado, de la pérdida que su imprudencia habia causado, y así, cinco años despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo, y diez del del Cabo de Buena-Esperanza. Vasco de Gama, salió del puerto de Lisboa, el 9 de julio de 1497, arribando el 17 de

unidad histórica, para poner la verdad en claro, y asi mas, adelante, en otra anotacion mas estensa, reasumirémos y compararémos el mal y el bien que España ha hecho á sus colonias de América; pondrémos en su verdadero punto de vista el mal que tanto se exagera, y harémos lo propio, y descubrirémos en toda su claridad el bien que los estrangeros ocultan ó aminoran, porque estos beneficios por sí solos, son una acusacion tácita contra aquellos que no los han imitado, pudiendo, para neutralizar siquiera en algo su conducta, digna de reproche en sus principios, y lo que es peor, culpable siempre, y hasta en nuestros dias, en que la civilizacion es mayor, y en los que tanto se decantan los principios humanitarios, que ellos son los primeros en hollar, acusando en los demás añejos abusos, que hoy practican ellos mismos ya autorizados, y convertidos en leyes. (N. del Trad.)

(1) Muchas de estas conversiones fueron simuladas y aparentes, con el fin de quedarse en España los moriscos, que así se llamaban los musulmanes convertidos. Practicando luego en secreto las creencias de su secta, y en conspiracion continua con los moros de Africa, turbaron infinitas veces el órden público, y dieron lugar á las ejecuciones que tanto se decantan de Torquemada, y no bastando aun esta severidad contra esos súbditos rebeldes, que en su general alzamiento, en tiempo de Felipe III, pusieron al reino de Granada en inminente riesgo de recaer otra vez en manos de los infieles, hubo necesidad de espeler á todos del reino, medida que tanto nos han echado en cara los estrangeros, y que á no haber sido por ella, quizá la media luna ondeária aun hoy dia sobre las torres de la Alhambra. (N. del Trad.)

diciembre, al punto donde Diaz habia llegado. Desde este, siempre avanzando hácia el norte, los portugueses penetraron en el mar de las Indias. Los árabes mahometanos, poseian entonces á Mozambique, Quiloa, Mozamba, Melinde, y pasando por cerca de estos puntos, Gama llegó á la costa del Malabar. Echó el ancla el 20 de mayo de 1498, delante de Calicut, capital de Samorin, y el 14 de setiembre del año siguiente, las campanas de Lisboa, anunciaban el regreso de un viage, el mas largo y mas difícil que se emprendió en aquellos tiempos. Desde entonces, el camino de la India quedó franco para los obreros apostólicos.

El hermano Enrique de Coimbra, con otros siete franciscanos, y algunos otros sacerdotes seculares, se embarcaron el 13 de marzo de 1500, en la flota, que al mando de Pedro Alvarez Cabral, se dirigió al Malabar. Muy pronto, tuvieron á la vista estos religiosos las costas occidentales de Africa, donde otros misioneros de su órden, ejercian ya su celo. Wadingo, cita entre otros á Francisco de Mont-Barros, genovés, que murió este año en el archipiélago de Cabo-Verde, que estaba ya sometido á la corona de Portugal. Antes de doblar el Cabo de Buena-Esperanza, Cabral, se ladeó tanto al oeste, que se encontró el 24 de abril, al frente de una tierra desconocida. Desembarcaron algunos portugueses para reconocer el pais, y en la playa, erigieron, lo primero un altar, donde se ofreció la hostia de propiciacion, predicando el hermano Enrique en esta primera ceremonia. Aunque los indígenas que la curiosidad habia atraido á ver los estrangeros, nada comprendian de cuanto veian y oian, con todo, presenciaron el santo sacrificio con respeto, y escucharon el sermon en silencio. Una cruz se elevó en seguida en la playa, circunstancia á la cual debió por entonces el Brasil, el llamarse Tierra de la Santa Cruz. El descubrimiento del Nuevo-Mundo, por Colon, habia sido fruto de grande estudio, de un genio activo, ilustrado por la teoría, y guiado por la esperiencia, y ejecutado con arreglo á un plan fijo y premeditado; pero la aventura de los portugueses e[n] este año de 1500, así como la del capita[n] Coussin, que les precedió en el casual descubrimiento del Brasil, el 1488, demuestran l[o] bastante para creer que estaba ya en las mira[s] de la providencia, el que la América no quedase ya por mucho tiempo privada de la lu[z] del cristianismo, pues si la sagacidad de Colon no hubiese hecho descubrir el Nuevo Mundo á los españoles, algunos años ma[s] tarde, un suceso fortuito como éste, en qu[e] el dedo de Dios se conocia visiblemente, hubiera conducido allí á los portugueses. Cabra[l] mandó á Gaspar de Lemos, y á un franciscano á Portugal, para noticiar al rey este nuev[o] descubrimiento, y el soberano, en vista d[e] su relacion, hizo partir para el Brasil una flota, donde se embarcaron muchos franciscanos, casi todos italianos. Estos misionero[s] trabajaron en la conversion de los indígenas con mas ardor que fruto. Despues de habers[e] familiarizado con el idioma local, fueron escuchados al principio con admiracion, por lo[s] idólatras, pero despues, estos los despreciaron y maltrataron. Uno de ellos, al querer pasar un rio, cuya profundidad no conocia, s[e] ahogó desgraciadamente, lo que dió á aque[l] el nombre de *Rio del Fraile.* Perseguidos lo[s] demás por los indígenas, fueron cruelment[e] asesinados. (Pl. XLI, n.° 1.) La sangre d[e] estos primeros mártires, regando la tierra brasileña, la fecundó por su fé; y el instituto d[e] los franciscanos reformados, de cuyas vena[s] salió aquella sangre benéfica, verdadera semilla de cristianos, llegó á poseer en el pai[s] que habia fertilizado, conventos de esa órden suficientes para formar una provincia.

Cuando Cabral tomó la ruta de las Indias una tempestad hizo naufragar la mitad de su[s] buques, de los que, aun en no muy buen estado, pudo conservar seis, con los que visitó á Mozambique, Quiloa, Melinde, y de al[lí] la isla de Anchedive, á doce leguas de Goa donde el hermano Enrique, administró á todos los portugueses que allí iban, los sacra[-]





mentos de la penitencia y Eucaristía, pero no sabiendo el idioma local, y careciendo de intérprete, no pudo anunciar el evangelio á los isleños.

Ya estuviese mejor informado esta vez de la fuerza real de los portugueses, ó ya creyese deber disimular para preparar mejor su defensa, el Samorin de Calicut recibió amistosamente á los estrangeros despues de haber allanado algunas dificultades, se dieron rehenes por una y otra parte, y el bajá recibió al nuevo embajador. El soberano, hindo, se habia rodeado esta vez de una pompa que no habia manifestado cuando recibió á Vasco de Gama, ya mas enterado del ceremonial que habia de mediar en adelante entre la nacion portuguesa y los pueblos de Oriente. Cabral llevaba presentes, que por su magnificencia igualaban, si es que no sobrepujaban, al fausto que desplegaban los moros cuando renovaban sus embajadas. Sin embargo, á pesar de aquellas demostraciones amistosas, vióse desde su origen cuán poco habia que contar con convenios que necesitaban la intervencion de los musulmanes. Ajustóse por fin un tratado, por la mediacion de Aires Correa, el cual se grabó, segun dice una relacion contemporánea, sobre una plancha de bronce. Pero luego vieron que hay algo mas duradero que los convenios grabados en el bronce, y que los ódios de raza y de religion escritos en los corazones, viven mas todavía que semejantes tratados. Despues que el Samorin se hubo servido de una caravela portuguesa para apresar un gran buque enemigo, que entre otras cosas transportaba elefantes de guerra; despues que vió por sí mismo la prodigiosa superioridad que daba á los ejércitos la artillería europea, contemporizó durante algunos dias, obedeciendo á la política habitual y simulada de los hindos. Pero un acontecimiento inesperado le probó luego, que no le cabia conservar por mucho tiempo su neutralidad aparente entre los cristianos y mahometanos. Habiéndose apoderado Pedro Alvarez Cabral de un buque cargado de especias que pertenecia á los moros, esta accion violenta que no han acertado á esplicar los historiadores contemporáneos, y segun todas las apariencias, tan poco consecuente con los pacíficos instintos y conducta en todo lo demás del general portugués, escitó la indignacion de los comerciantes árabes, tolerados desde mucho tiempo en Calicut. Aunque el apresamiento arriba dicho fué verdaderamente el pretesto para romper las hostilidades, la verdadera causa, que tarde ó temprano hubiera producido siempre el mismo efecto, consistia en su monopolio mercantil, que quedaba perjudicado por la concurrencia de los portugueses. Los mercaderes árabes se reunieron y andaban recorriendo la ciudad dando voces contra los cristianos. El Samorin no hizo ninguna demostracion en favor de los recien llegados. Los moros embistieron de improvisto á los portugueses, que ignoraban cuanto habia pasado. Trabóse el primer encuentro en la playa, los árabes mataron á tres hombres y perdieron ocho de los suyos. Despues de haber resistido por largo tiempo á aquella muchedumbre armada que se abalanzaba contra ellos, sesenta portugueses que se habian reunido, se vieron precisados á buscar un refugio en la casa de la factoría, donde mandaba Aires Correa. Entonces empezaron los moros el ataque de aquella habitacion, donde no habian podido reunir los portugueses fuerzas imponentes. Los acometedores eran unos tres mil, y poco trabajo les hubo de costar el derribar las paredes de una casa que no estaba destinada para sostener un sitio. Aires Correa pidió socorro á la escuadra, y continuó en tanto una generosa resistencia, pero hecho cargo de que no era posible defenderse por mas tiempo de aquella muchedumbre enfurecida, resolvió dirigirse á mano armada á la playa, donde estaba cierto de ser recogido por las embarcaciones portuguesas, que hasta entonces habian hecho un fuego infructuoso. En esta salida, digna de mejor suerte y emprendida con una resolucion heróica, Correa perdió la vida con mas de cincuenta portugueses, no salvándose mas que unos veinte hombres, que pudieron llegar á

bordo de la escuadra. Pedro Alvarez Cabral consideró entonces el tratado reciente que acababa de ajustar con el Samorin como roto, apoderóse inmediatamente de diez buques propios de los comerciantes árabes, que en aquel momento estaban surtos en el puerto, y mandó degollar en represalias á sus tripulaciones. Tan suma violencia asustaba á la poblacion hinda, y tras esta hazaña, se vieron los europeos amenazados por el hambre; pero por fortuna hallaron los portugueses á bordo de los bajeles árabes cogidos, tres elefantes que sin duda iban á transportar á algun punto de la costa, y estos enormes animales sirvieron de alimento á los europeos.

Mientras en Calicut pasaba todo esto, Fr. Enrique y sus compañeros habian dado principio á la mision, con buen éxito de parte de los indígenas, pero en el movimiento popular de que acabamos de hacer mencion, Fr. Enrique y otros cuatro religiosos, llenos de golpes y heridas pudieron salvarse en los buques, pero tres apóstoles de la fé sucumbieron á manos de los musulmanes y malabares.

Tras este rompimiento terminante, Pedro Alvarez Cabral, partió de Calicut, llevando á su bordo á los misioneros que habian quedado, y fué á pedir ausilio al rajah de Cochin, y por el camino apresó dos pequeñas embarcaciones, que se dirigian al puerto de donde acababa de salir. La ciudad de Cochin, que mas tarde habia de ilustrar con su predicacion, el apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, está á treinta leguas portuguesas de Calicut, el rajah que allí mandaba, habia declarado la guerra al Samorin. Recibió pues, con amistoso afan á los portugueses; pero la dificultad estaba en entenderse, para establecer las bases de un tratado; pero en esta ocasion, un guzarate que pasaba voluntariamente á Portugal, sirvió de mediador é intérprete, entre Cabral y el monarca hindo. Diéronse rehenes recíprocamente, y se estipularon ciertos convenios comerciales. Pero habiendo el rey de Calicut mandado á las aguas de Cochin, una escuadra de ochenta y cinco velas, Cabral tuvo por conveniente evitar el encuentro, para dirigirse al reino de Cananor, partiendo con los rehenes, y abandonando á los portugueses, que se quedaron en tierra, accion por cierto que nunca podrá paliarse, pues por ese imprudente descuido, espuso á aquellos compañeros suyos, á ser víctimas del Samorin, lo que afortunadamente no sucedió, porque los isleños de Cochin los acogieron, y dieron todo el ausilio y proteccion posible. En Carangolor, á algunas leguas de Cochin, encontró, dicen los autores, á una mora de Sevilla, y dos cristianos de Santo Tomás, que le pidieron pasage para ir á Roma. De este modo iban siempre en aumento los conocimientos positivos, que se adquirian sobre el pais. En Cananor, Pedro Alvarez, estableció relaciones de amistad, y completó su cargamento con unos 400 quintales de canela, que le entregaron á su demanda. Un factor portugués, que habia hecho su papel en esta espedicion, llamado Pedro Alvarez, se quedó en Cananor. Diéronse entonces á la vela, y el 31 de enero, se hallaban ya en medio del golfo de Melinde, donde apresaron un bajel ricamente cargado. A pesar de todas las precauciones que se tomaron en el viage, uno de los buques de la espedicion, mandado por Sancho Tobar, dió contra un bajío, perdiéndose con todo su rico cargamento de especias, habiéndose salvado no obstante la tripulacion. Despues de haber doblado felizmente el Cabo de Buena-Esperanza, y pasando por Bezeneque, no lejos de Cabo-Verde, continuó su derrota á Portugal, llegando á Lisboa, á últimos de julio. De doce buques de que se componia su espedicion, volvia con solos seis solamente. Fray Enrique y sus compañeros, tuvieron que aguardar otra ocasion para volver á continuar sus apostólicas tareas en la India.

Cuando supo el monarca portugués, la matanza de sus súbditos en Calicut, y las disposiciones favorables del rey de Cochin, encargó á Vasco de Gama, creado ya almirante de las Indias, que fuese allá con una considerable escuadra. Esta imponente flota, determinó

á todos aquellos príncipes que mandaban en la costa oriental de Africa, á someterse sin resistencia, y Gama fundó establecimientos en Mozambique y Sofala. Partió en seguida para Cananor, donde el terror de su nombre le habia precedido, y de allí arribó á Cochin.

Vasco de Gama halló en el rajah que mandaba en Cochin, un aliado sincero, y la conducta moderada que con él observó el almirante prueba lo que hubiera sucedido con los otros soberanos hindos, si esos hubiesen puesto en sus transacciones la lealtad y la confianza de aquel príncipe. Sin embargo, ya le hubiesen movido las inmensas ventajas comerciales que la permanencia de los estrangeros podia proporcionar á su pais, ó ya le hubiese fascinado el valor indómito de aquellos, Triumpara, que así se llamaba el soberano de Cochin, se abandonó al parecer á una confianza, que con justicia, no cabia exigir de los otros soberanos hindos. No solo ajustó con los europeos tratados políticos y comerciales, sino que se entregó á la direccion de Vasco de Gama, con quien tuvo varias conferencias, durante las cuales, alejó á su séquito, orillando por su parte, toda especie de pompa régia.

En esta nueva espedicion vino embarcado Fr. Enrique con nuevos misioneros, que muy luego encontraron ocupacion. Estando en Cochin, los cristianos de Santo Tomás, cuando vieron en los portugueses, unos correligionarios suyos les hicieron un escelente acogimiento. Los de Cangranor, principal residencia de los Nazarini, enviaron desde luego á Gama sus diputados, con el encargo de presentarle en señal de sumision, el cetro de sus antiguos reyes, que era un baston encarnado guarnecido de plata, del que colgaban tres campanillas del mismo metal. Sus vestidos eran blancos, tenian barba larga y espesa, y el cabello que habian dejado crecer, lo tenian rodeado á la cabeza á manera de turbante. (Pl. XLI, n.º 2.) Fray Enrique y sus compañeros, inspiraron al almirante, sentimientos de amistad y benevolencia hácia aquellos cristianos que venian á Cochin, y á quienes aquellos se disponian á ir á evangelizar á Cangranor, para sacarlos de sus errores y enseñarles la fé en toda su pureza. Gama recibió á los diputados con la mayor cordialidad, aceptando el ofrecimiento de los Nazarini, de ponerse bajo la proteccion del rey de Portugal, que nada mas deseaba que sustraerles del yugo de los idólatras, prometiéndoles, que á su vuelta él alcanzaria del soberano, que se les enviasen los socorros necesarios para ello. Los franciscanos por su parte, se comprometieron á proveer á sus necesidades espirituales, mientras que el monarca portugués se ocupase de las temporales. Irritado el Samorin, porque el príncipe de Cochin no queria entregarle los portugueses, ni arrojarles de sus Estados, le declaró la guerra, incidente, que interrumpiendo por el pronto las comunicaciones, fué un obstáculo para que los misioneros pudiesen completar la instruccion de los cristianos de Santo Tomás, quedando así paralizados los esfuerzos de los franciscanos, para propagar la fé, y aun teniendo mucho que sufrir ellos mismos, á consecuencia de esta guerra.

La familia de Santo Domingo, émula siempre de la milicia de S. Francisco, contribuyó igualmente á la India con su tributo, y el P. Juan, provincial de los dominicos de Portugal, designó, en 1503, para cultivar allí la viña espiritual, doce misioneros dominicos, cuyo vicario general y superior era el P. Domingo de Souza. Deseando además el rey de Portugal que hubiese ya en las Indias un obispo que ejerciese allí las funciones pontificales y confiriese las órdenes sagradas, el papa Alejandro VI, accediendo á su ruego, nombró para ese cargo al P. Eduardo Nuñez, obispo de *in partibus* de Laodicea y predicador ilustre. El celoso prelado, y los demás dominicos, evangelizaron principalmente el reino de Ceilan y territorios inmediatos, donde obraron muchas conversiones. Mas adelante, el vicario general, aumentada ya la mies, pidió nuevos operarios á su órden, y Julio II, dispuso que se le agregasen otros religiosos dominicos.

Los franceses quisieron á su vez compartir con los portugueses el honor y la fortuna de nuevos descubrimientos. Una compañía de comerciantes armó á su costa en el puerto de Honfleur, un barco, que se dió á la vela el 5 de junio de 1503 dirigiéndose al mar de las Indias. Binot-Paulmier de Gonneville, se encargó de esta espedicion, y al doblar el Cabo de Buena-Esperanza, le asaltó una tempestad que le arrojó á una tierra desconocida, desde la cual, despues de permanecer seis meses en ella, regresó á Francia, trayendo consigo al hijo del rey de aquel pais, donde habia recibido la mas hospitalaria acogida. Un descendiente de ese jóven príncipe, que se hizo cristiano, publicó despues cuantas pruebas y datos pudo reunir, relativos á este importante y estraño descubrimiento.

Habiendo abierto el camino á las Indias orientales la flota portuguesa del generoso Vasco de Gama, y los reyes de Portugal hecho frecuentar esa via, Lisboa se vió á poco tiempo colmada de riquezas venidas del oriente, cuya perspectiva deslumbró á varios comerciantes franceses que traficaban en su puerto, de tal modo, que formaron el designio de seguir las huellas de los portugueses, y mandar por su cuenta un navío con direccion á esas Indias famosas. Este buque fué equipado de todo lo necesario en Honfleur, villa marítima del bailiage de Rouen y diócesis de Liseux. El mando de la espedicion se confió al señor de Gonneville, el cual levó anclas en junio de 1503, y dobló el Cabo de Buena-Esperanza, llamado en su principio, Cabo Tormentoso y Leon del Océano, á causa de sus frecuentes tempestades. Gonneville vió luego por propia esperiencia que le cuadraban perfectamente semejantes nombres, pues le sobrevino á esa altura una tan récia y continuada tormenta que le hizo perder el camino, y totalmente desorientado, y á merced del viento y de las olas, se encontró en un mar desconocido, donde nuestros franceses se consolaron al ver muchos pájaros, que parecian ir y venir de la parte del sud, lo que les persuadió que habria tierra cercana hácia el mediodia; y la necesidad que tenian de agua y de reparar el barco, les obligó á dirigir el rumbo á esa parte. No tardaron en hallar lo que buscaban, pues se les presentó una gran comarca á la que su relacion dá el nombre de Indias meridionales, segun la costumbre de aquel tiempo, que llamaban Indias á todos los paises que nuevamente se descubrian.

El barco ancló en un rio que ellos compararon al de Orne, que es el que baña las murallas de la ciudad de Caen. El tiempo que permanecieron en esa tierra fué sobre seis meses, que fueron necesarios para ocuparse en la recomposicion del buque y en buscar cargamento para su retorno á Francia, el cual fué resuelto por negarse toda la tripulacion á pasar mas adelante, bajo pretesto de lo endeble y mal estado del barco.

En este largo intervalo tuvieron tiempo de sobra para reconocer bien esta tierra y las costumbres de sus habitantes, y así lo hicieron efectivamente con mucho detenimiento y curiosidad, pero tuvieron la desgracia, á su regreso, de caer en manos de un corsario inglés, estando al frente de las islas de Jersey y Guernesey, y costas de Normandía, de cuya tropelia dieron su queja al almirantazgo, acompañándola de una declaracion de su viage, habiéndola requerido el procurador del rey, con arreglo á la disposicion vigente de las antiguas ordenanzas de la marina, las cuales disponian que el marinero francés depositase en el archivo de estos juzgados las memorias detalladas de las navegaciones largas.

Esta declaracion del capitan Gonneville, que es un documento en toda regla, judicial y auténtico, tiene la fecha del 12 de julio de 1505, y está firmada de los principales gefes del navío, y sobre la cual, un historiógrafo de S. M. cristianísima, de los mas conocidos y que no la creyó indigna de ser referida y anotada, nos dice, que ese pais es fértil y poblado, haciéndonos ver además que aquellos australios hicieron tan buen recibimiento á nuestros europeos que les inclinó á hacerles nuevas visitas.

Reproduciré aquí sus propios términos creyendo que á pesar de su ruda sencillez no será desagradable su lectura.

«Item, dicen, (estas son las palabras del «original) que durante su permanencia en la «dicha tierra conversaron buenamente con las «gentes de ella despues que se fueron domes- «ticando con el buen trato y algunos regalos «que les hicieron los cristianos, siendo los di- «chos indios gentes sencillas, y no deseando «sino pasar la vida alegre y tranquila, sin gran «trabajo, viviendo de la caza y pesca, de lo «que la tierra daba por sí y de algunas legum- «bres y plantas que siembran. Andan medio «desnudos; algunos llevan unos como mantos, «ya de ciertos tegidos, ya de pieles ó de plu- «mas, como se vé en este pais á los egipcios ó «bohemios, solo que son mas cortos, y con «una especie de delantales ceñidos por cima de «las caderas, que caen hasta las rodillas á los «hombres, y á media pierna á las mugeres, «porque hombres y mugeres van de la misma «manera, solo que el trage de la muger es mas «largo. Estas mugeres llevan collares de oro y «conchas, y los hombres arco y flechas con «puntas de huesos afilados, en lo que consis- «ten sus armas. Las mugeres, llevan la cabeza «descubierta, con el cabello curiosamente tren- «zado con cordones hechos de yerbas pintadas «de varios colores. Los hombres llevan los ca- «bellos sueltos y sugetos con un aro hecho de «plumas de colores vivos y bien arreglados.

«Dicen además, haber entrado en dicho «pais dos jornadas por el interior, y mas á lo «largo de las costas, tanto á derecha como á «izquierda, y que han notado que el dicho pais «es fértil, provisto de muchas bestias de fuerza, «de aves, peces, y de otras cosas singulares «desconocidas en la cristiandad, de muchas de «las cuales, el difunto maese Nicolás Lefebure, «de Honfleur, que estuvo de voluntario en el «viage, hombre curioso y persona de saber, «sacó varios diseños, los que se han perdido, «junto con los diarios del viage, cuando el «apresamiento del navío por los piratas, cuya «pérdida es causa de que se omitan decir «muchas cosas que no pueden recordarse.

«Item, dicen que el dicho pais está pobla- «do medianamente, y las habitaciones de los «dichos indios consisten en villorios de 30, 40, «50, ú 80 cabañas hechas de madera, rama, «y hojas entrelazadas, con un respiradero por «arriba para dar salida al humo, y las puertas «son de palos unidos que se cierran con llaves «de madera, como en Normandía se acostum- «bra en las cuadras de los establos. Sus camas, «son de tela rellena de hojas ó plumas, y las «mantas, de una especie de estera, pieles ó «plumas; los demás utensilios, de madera, me- «nos las ollas que son de barro muy cocido y «bastante gruesas para que el fuego no las «pase.

«Item, dicen, haber examinado que el di- «cho pais está dividido en pequeños departa- «mentos, que cada uno tiene su rey, y aunque «estos reyes no están mejor alojados ni con mas «comodidades que los otros, son á pesar de «eso muy venerados de sus súbditos y ninguno «se atreve á desobedecerlos, teniendo aquellos «derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, «de lo cual algunos de nuestros compañeros «vieron un ejemplo digno de memoria, en una «jóven de diez y ocho á veinte años, que en «un momento de despecho, dió un bofeton á «su madre, lo cual sabido por el rey, aunque «la madre no se quejó, mandó buscar á la jó- «ven, y la arrojaron al rio con una piedra al «cuello, presenciando este castigo todas las «jóvenes de aquel pueblo y otros inmediatos «que fueron llamadas por pregon, y no hubo «remision, á pesar de que se pidió su per- «don por muchos y aun por la misma madre.

«El dicho rey que hizo esto, lo era de la «tierra donde arribó el navío, y tenia por nom- «bre Arosca. Su pais distaba aun una jornada y «estaba poblado de doce aldeas, que cada «una tenia su gefe particular, obedeciendo «todos al dicho Arosca, que parecia tener «unos sesenta años, y era viudo, con seis hi- «jos de quince á treinta años, y todos ellos «venian muchas veces á visitarnos á nuestro «navío. Era hombre de continente grave, es-

«tatura mediana, grueso, mirada afable y es-«taba en paz con los reyes sus vecinos, pero «tanto él como estos se peleaban con otros «pueblos que estaban mas al interior de la «tierra, contra los cuales fué dos veces á «campaña durante nuestra permanencia allí, «volviendo cada vez con quinientos ó seiscien-«tos hombres prisioneros, y en la última cam-«paña, su retorno fué celebrado con grande «alegría por todo el pueblo, por haber con-«seguido una gran victoria; las dichas guer-«ras, no eran mas que pequeñas escursiones «de pocos dias sobre el enemigo, y tuvo mu-«chos deseos de que alguno de los que éra-«mos en el navío le hubiera acompañado en «alguna de ellas con sus armas de fuego y la «artillería, para infundir pavor y derrotar á los «dichos sus enemigos; pero no se tuvo por «conveniente darle gusto.

«Item, dicen, que ellos no han notado señal «ó distintivo alguno particular que distinguiese «al dicho rey y hasta otros cinco mas del di-«cho pais, que vinieron á ver el navío, que «les diferenciase de los demás indios; á no «ser, que los reyes llevan en la cabeza plu-«mas de un solo color, del cual, los vasallos, «ó al menos los mas principales, para usar el «color de su señor, llevan en su cabeza algu-«na que otra pluma, y el color que usaba Aros-«ca era el verde.

«Item, dicen, que aun cuando los cristia-«nos hubiesen sido ángeles bajados del cielo, «no hubieran sido mas queridos y reverencia-«dos por estos pobres indios, que estaban tan «sorprendidos y embobados con la grandeza «del navío, la artillería, los espejos, y otras «cosas que veian en el buque; y sobre todo, «lo que mas les sorprendia, era, como un pe-«dazo de papel, sobre el que veian escribir, «era capaz de hacer venir los marineros que «estaban en otra parte, y que por él compren-«diesen aquellos lo que se les mandaba, no «pudiendo persuadirse cómo el papel podia «hablar. Por esto, y otras cosas, los cristia-«nos eran temidos y respetados por ellos; y al «mismo tiempo, agradecidos á los cortos re-«galos que se les hacian, de cuchillos, hachas, «espejuelos, y otras chucherías de vidrio, nos «querian tanto y estaban tan sumisos y ama-«bles, que voluntariamente mandaban á los «cristianos provisiones de carne, pescado, «frutas, víveres, y demás que creian que les «era agradable, como pieles, plumas, made-«ras de tinte, y en cambio se les daban bisu-«terías de quincalla y otras cosas de ningun «valor.

«Item, dicen, que queriendo dejar una se-«ñal en aquel pais de que allí habian aborda-«do cristianos, se hizo una gran cruz de ma-«dera, de treinta y cinco piés de alta, y muy «bien pintada, la que fué plantada en una «altura á la vista del mar, cuya ceremonia se «hizo á son de trompeta y tambor batiente, «en un dia señalado, que fué el de la gran «Pascua de 1504, y la cruz fué llevada al si-«tio donde se iba á colocar por el capitan y «los principales del navío, que iban con los «piés descalzos, y ayudándoles en esto el di-«cho señor Arosca, sus hijos, y otros indios «de los mas notables, á lo que se les invitó «por honor, y ellos se mostraron de ello muy «complacidos. Seguia luego, el equipage con «armas, cantando la Letanía, y un gran nú-«mero de indios que asistieron á la fiesta, que «estaban muy callados, y con mucha atencion «al misterio. Elevada la dicha cruz, se hicie-«ron muchas descargas de mosquetería y ar-«tillería y otras fiestas, y se dieron con ese «motivo regalos al dicho señor Arosca y á los «principales indios, y en cuanto al pueblo, «no hubo un solo indio que no recibiese algu-«na cosilla, de poco valor pero de mucha es-«tima para ellos, haciéndoles entender los «cristianos por signos y de la mejor manera «que pudieron, que siempre conservasen y «honrasen aquella cruz. En ella se gravó de «una parte, el nombre de N. S. P. el papa de «Roma, el del rey nuestro señor, el del al-«mirante de Francia, y los del capitan ar-«mador y demás del equipage y tripulacion, «desde el mas grande hasta el mas pequeño, «y esto lo hizo el carpintero del navío, que

«le valió un regalo de cada uno de los com-«pañeros. De la otra parte se grabó un dístico «latino, compuesto por Maese Nicolás Le-«Febure, que de una manera ingeniosa, de-«claraba la fecha del año en que se colocó la «dicha cruz, y decia:

« Hic sacra Palmarius posuit Gonivilla Binotus
Grex socius pariter, neutra que progenies.»

«Dicen además que habiendo sido por fin «el barco arreglado, calafateado, y provisto «de todo lo necesario, de la mejor manera «que se pudo, se determinó el regreso á Fran-«cia, y como es costumbre, para los que lle-«gan á descubrir nuevas tierras de indios, «traerse algunos de ellos para acá, para ha-«cerlos cristianos, pareció á todos conve-«niente que el dicho señor Arosca consintiese «que uno de sus hijos, que ordinariamente «estaba casi siempre muy avenido con los del «navío, se viniese á tierra de cristianos, pro-«metiendo al padre y al hijo el que se le vol-«veria á las veinte lunas lo mas tarde (porque «así entendian ellos los meses); y para en-«trarle mas en gana, se hizo creer que los que «se viniesen con los cristianos se les enseña-«ria á manejar la artillería, que era lo que «ellos mas deseaban para vencer mejor á sus «enemigos, como tambien á hacer espejos, «cuchillos, hachas y todo lo demás que ellos «admiraban y codiciaban tanto, que para ellos «era lo mismo que prometer á un cristiano «oro, plata, piedras preciosas, y aun ense-«ñarle la piedra filosofal. Todas estas ofertas «fueron creidas por el dicho Arosca, que es-«taba lo mas gozoso de que se llevasen á su «hijo, que se llamaba Esomerico, y le dió «por compañero de viage á un indio de trein-«ta y cinco ó cuarenta años de edad, llamado «Namoa, y su padre, y todo el pueblo, vi-«nieron á despedirlos y acompañarlos hasta «el navío, el cual, á la fuerza, llenaron de «toda clase de víveres, de hermosos pluma-«ges y otras rarezas, para que con ellas se «hiciese un regalo, al rey nuestro señor. Y «el dicho señor Arosca y los suyos esperaron «el momento de que el navío echase á andar, «para hacer jurar al capitan de que volveria á «las veinte lunas, y cuando el barco se hizo «á la vela, todo el pueblo hizo aclamaciones «de despedida, y para dar á entender que «conservarian bien la cruz, hacian la señal de «ella con los dedos.

«Item, dicen, que al fin partieron de aque-«llas Indias meridionales, el tercer dia de ju-«lio de 1504, y despues no vieron tierra, «hasta el dia de S. Dionisio (10 de octubre), «habiendo corrido diversa fortuna, y bien «atormentados de fiebre maligna, que acome-«tió á todos, y de la que murieron cuatro, «entre ellos el médico del navío, y el indio «Namoa. En cuanto á éste, se estuvo en duda «si se le bautizaría ó no, para evitar la perdi-«cion de su alma; pero maese Nicolás dijo: «que eso seria profanar en vano el bautismo, «puesto que el dicho Namoa, no sabia aun la «creencia de nuestra santa madre la iglesia, «como deben saberla los que reciben el bau-«tismo, teniendo ya la edad de la razon, y «se siguió el parecer de maese Nicolás, como «el mas sábio del navío, y teniendo despues «escrúpulo de eso, así que el otro jóven in-«dio Esomerico se puso malo y en peligro, «fué bautizado por consejo suyo, administrán-«dole el sacramento el dicho maese Nicolás, «siendo los padrinos, el dicho de Gonneville, «capitan, y Antonio Tierry, y en lugar de «madrina, se tomó á Andrés de La-Marc por «tercer padrino, y se le puso por nombre «Binot (Benito), nombre de bautismo del ca-«pitan. Esto fué el 14 de setiembre, y pare-«ce que el dicho bautismo, le sirvió de me-«dicina al alma y al cuerpo, porque despues «de él, el indio fué cada vez á mejor, se cu-«ró, y al presente, está en Francia.»

El abate Binot-Paulmier de Gonneville, dice de este jóven príncipe, «que así tuvo la felicidad de ser las primicias del cristianismo de las naciones meridionales:» «Él recibió, continúa, con el bautismo, el nombre del capitan que le habia traido, y adoptó su mismo apellido con gran gusto de este gefe, que agradecido en cierto modo al buen recibi-

miento que le hicieron los australios, y para desquitarse de lo que en justicia debia hacer en favor del que artificiosamente habia transportado del lado de su padre y de los suyos á pais estrangero, procuró á su ahijado cuantas ventajas estuvieron á su alcance, y un matrimonio que le emparentó con su familia, del cual nacieron varios hijos, uno de los cuales, muerto en 1583, fué mi abuelo paterno, y al presente, por la estincion de la línea directa, yo me encuentro el gefe, y el mayor de la familia de aquel primer cristiano de las tierras australes, y bajo esta cualidad, me veo en el compromiso de invitar á la Europa cristiana, la ejecucion de las promesas hechas á los suyos. » (1)

Han variado las opiniones acerca de la situacion del pais donde arribó Gonneville. No sabiéndose de fijo á que distancia del Cabo de Buena-Esperanza se encontraba el navegante, cuando fué asaltado por la tempestad, ni sabiéndose la duracion de la tormenta que le separó del camino que llevaba, y solo la direccion que dá Gonneville del lado del sud, hácia el cual la presencia de las aves le determinó á virar, con la esperanza de encontrar tierra; con solo la designacion de este rumbo, se ha podido presumir que el pais á que aportó, no pudo ser otro que la Nueva-Holanda. Los detalles que dá este navegante acerca de las costumbres y usos de los habitantes, verdad es que no están en consonancia, ni se parecen en nada con las que hoy dia se conocen como privativas de los naturales de esta parte del mundo; pero no se encuentra otra tierra desconocida, que del lado del sud, pudiera presentársele mas que esta. Para decir que esta tierra que vió fué Madagascar, que podia en efecto no ser conocida aun de Gonneville, puesto que no fué descubierta por los portugueses, sino hasta el 10 de agosto de 1503, algunas semanas antes del dia en que este navegante arribó, es preciso atribuir la designacion de la palabra *sud*, á un error del copiante. Como razon para decidir, añadirémos, que una carta marítima, manuscrita, dibujada en 1547 por Vallard, cosmógrafo en Dieppe, y la que en 1805 se encontraba en la coleccion del príncipe de Tayllerand, prueba evidentemente, que á esta época, tan cercana á la vuelta del viage de Gonneville, las costas del norte y del oriente de la Nueva-Holanda, habian sido ya visitadas y reconocidas con un cuidado y atencion notables (1).

Este episodio del descubrimiento de la Australia por los franceses, ha interrumpido el hilo de la historia de las misiones de la India, que es preciso reanudar.

(1) Creemos bastante aventurada la opinion de Gonneville, de suponer, ser la Nueva Holanda el punto donde arribaron los navegantes de Honfleur, tanto mas, cuanto que no está bien marcado el rumbo que los vientos hicieron llevar al barco, y mucho menos convienen las noticias que contiene esta relacion, con ninguna de las islas de la Oceania, que tan minuciosamente describen en las historias de ellas, Dumont d'Orville y Mr. Rienzi, que escribieron la de esta quinta parte del mundo. (N. del Trad.)

(1) El verdadero descubrimiento del mar Pacifico, y por consiguiente de las inmensas islas que se contienen en su Océano que han venido á formar otra parte del mundo, que desconoci Colon, se debe al célebre español y estremeño Vasco Nuñez de Balbon, que halló lo que Vasco de Gama, estuvo muy lejos de presumir, y lo que Colon habia andado buscando en vano: e camino de la China y de la India por el oeste. En 1513, Vasco Nuñez de Balbon, gobernador de la colonia española de Santa María en el istmo de Darien ó Panamá, sabedor por sus guias, que desde una montaña vecina se podia ver el mar, trepa po ella solo, llega á la cumbre y al contemplar aquel magestuos Océano opuesto al Atlántico, se hinca de rodillas, dá gracias á Dios por el importante descubrimiento que acaba de hacer, traspone rápidamente el espacio que le separa de la playa, se arroja al agua y cubierto de su broquel con la espada en la mano y en nombre del soberano de España, toma posesion de u Océano que cubre cerca de la mitad de la superficie del globo sin sospechar siquiera que contuviese otro mundo. Esta inmensa estension siguió aun desconocida por espacio de siete años, y el portugués Magallanes fué el primero que se arrojó á los espacios inmensos de aquel Océano misterioso. Los últimos año del siglo XV y los primeros del XVI, fueron una época de prodigios. ¡Qué hombres eran los españoles y portugueses de aque tiempo! Sus hazañas, su valor indomable, sus acciones toda rayan en lo fabuloso. Entonces pudo la peninsula ibérica envanecerse completamente. Las demás naciones parecian habe trabajado solo para estos dos pueblos. La brújula, la pólvora la imprenta, los progresos de la geografía, lo fueron preparando todo al parecer, para dar una nueva gloria á españoles y portugueses. Jamás, dice un escritor, apareció el hombre ma grande, que cuando metiéndose en un frágil leño, arrostrand las tormentas, los abrasadores rayos solares de la zona torrida los horrores del hambre, de la sed, y los tormentos de la esclavitud; recorrió la circunferencia de nuestro globo, para i en busca de nuevos mundos y de nuevos miembros de la gran familia humana. (N. del Trad.)

CAPÍTULO XXXIV.

Continuacion de las misiones de los franciscanos y de los dominicos en la India, en el Africa occidental y en la América.

El Samorin, á quien la invasion portuguesa amenazaba, y los musulmanes, cuyo comercio aquella disminuia, recurrieron para oponerse á ello, á la intervencion del sultan de Egipto, irritado como estaba por la espulsion de los moros de España. Haciendo este príncipe causa comun con todos los infieles, y á nombre suyo, contra la cristiandad, hizo correr la voz, que si el rey Fernando de España, y Manuel de Portugal, no renunciaban, el primero, á las medidas que habia tomado contra los mahometanos, y el segundo, á establecerse en la India, destruiria, hasta sus cimientos, la basílica del Santo Sepulcro, el monasterio de los franciscanos de Monte-Sion, y cuantos santuarios existiesen en el imperio; que borraria hasta el menor vestigio de la religion cristiana, y que obligaria por todos medios á los fieles á abrazar el mahometismo. En seguida envió cerca del papa, al hermano Mauro, franciscano español, y guardian de Monte-Sion, fingiendo que este religioso habia solicitado de él el permiso para ir á anunciar al Pontífice los grandes males que amenazaban á la religion, si Julio II, como gefe de la cristiandad, no impedia con su influjo á los reyes de España y Portugal, proseguir en sus intentos. Antes de dejar á Jerusalen, el P. Mauro obtuvo del sultan la autorizacion de visitar la santa tumba, y traerse consigo una tabla de mármol que allí habia. Esta tenia tres piés de largo, y uno de ancho, y la dividió en cinco partes iguales, destinadas á servir de aras ó altares portátiles, y presentó uno de estos pedazos á Julio II, junto con una carta del sultan, en la que éste pomposamente se calificaba de: «El gran Rey, el señor de los señores, noble, sábio, justo, y victorioso; el Rey de los reyes; la gloria del mundo; el gefe de la ley de Mahoma, y de los que la profesan; el vivificador de la justicia en todo el universo; el heredero de los reinos: Rey de Arabia, de la Persia, de la Turquía; la sombra de Dios en la tierra; el obrero de toda clase de bienes; otro Alejandro en el mundo; el Rey de los que se asientan sobre el trono, y de los que ciñen la corona; el distribuidor de las provincias, tierras, y ciudades; el perseguidor de los rebeldes y de los hereges infieles; el conservador de los lugares de peregrinacion; el soberano sacerdote de los templos sagrados que están en su imperio, y que guardan la ley de Mahomet; el dispensador de la justicia y de la clemencia: el esplendor de la fé; el padre de la victoria; sultan Gàuri, cuyo imperio quiera Dios mantener para siempre, y elevar su trono sobre el planeta de los gemelos.» El sobre de la carta no era menos pomposo: «A vos, papa romano, excelentísimo y espiritual, que temeis á Dios, y que haceis el bien; grande en la antigua fé de los cristianos; servidor de Jesus; Rey de los reyes nazarenos; conservador y señor de los mares y de las tierras marítimas; padre de los patriarcas y de los obispos; lector de los evangelios; sábio en la fé, que discernís las cosas lícitas é ilícitas; benevolente para con los reyes y los príncipes; poseedor del imperio romano, cuya gloria aumente Dios, etc.»

Despues de haber leido el papa esta carta, y oido al P. Mauro, cuyo razonamiento le conmovió profundamente, envió al dicho religioso á los reyes Fernando y Manuel, á fin de combinar con todos, la respuesta que se le habia de dar al sultan. Dejando el segundo altar portátil al cardenal Carbajal, que pretendia tener á él derecho como cardenal titular de la basílica de Santa-Cruz de Jerusalen, Fr. Mauro, vino primero á España, donde ofreció el tercero á la reina Isabel, y el cuarto al cardenal Ximenez de Cisneros (1). El quinto fué

(1) Con efecto, entre las preciosísimas reliquias que conserva la catedral de Toledo, existe esta ara ó trozo de piedra del sepulcro de Jesucristo, que hemos visto repetidas veces, y que únicamente sirve, y se usa, para colocar sobre ella la sagrada Eucaristía, el Jueves Santo en el monumento. Está engastado en un marco de oro, y su color es de un blanco súcio. (Nota del Traductor.)

donado al rey de Portugal. Aunque consta que el guardian de Monte-Sion llevó al papa las cartas de ambos reyes, se ignora el contenido de la de Fernando. Manuel, contestó, que sentia mucho el no poder hacer mayor daño aun á los infieles, pero que esperaba darles para el porvenir, si Dios le ayudaba, mas motivos de queja y resentimiento, arrasando la Ka'aba de la Meca, y el sepulcro de Mahoma en Medina; que el papa no debia espantarse del lenguaje del sultan de Egipto, pues su principal móvil era el interés; y la sola consideracion de los grandes rendimientos que le producian los peregrinos de Tierra-Santa, le contendría de realizar sus amenazas. El rey de Portugal, suplicaba además al Pontífice, que pusiese en paz á todos los príncipes cristianos, y les invitase á reunir todos sus armas contra los enemigos de la fé. Fray Mauro, regresó á Egipto protegido con esta vigorosa respuesta, y cargado de limosnas para los santos Lugares. Dió una cuenta fiel de su mision al sultan, quien no atreviéndose á ejecutar sus amenazas, como Manuel habia previsto, se contentó con mandar por el mar Rojo á las Indias, una flota para oponerse á los progresos de los portugueses.

Para resistirle, en cambio, el rey de Portugal hizo salir dos escuadras, y al mismo tiempo que sus navíos transportaban soldados destinados á someter á los africanos y á los indios, conducian franciscanos y otros sacerdotes del clero secular, para engendrar aquellos infieles en Jesucristo.

Francisco Almeida, salió de Lisboa el 25 de abril con otra escuadra de veinte y un buques, cuyas tropas de desembarco se apoderaron sucesivamente de las ciudades de Quiloa y Mozambique, sobre la costa oriental de Africa, sostenidas en esta lucha por las escitaciones de los misioneros, y animadas por la vista de la cruz. Almeida estaba detenido en Cananor, en la India, para dar algun reposo á sus guerreros fatigados, cuando por la mediacion de un franciscano, recibió allí la proposicion de una útil alianza. Al tener la devo-

cion el hermano Luis, de ir á visitar el se-
pulcro de Sto. Tomás, vió con esta ocasi
al rey de Narsinga, á quien habló del gran p
der de los portugueses, y de sus recient
espediciones. Asombrado el príncipe de l
progresos de sus conquistas, pensó en tene
les por aliados, y en su consecuencia, hi
acompañar al hermano Luis á su vuelta,
un embajador, encargado de ofrecer á Alme
da la libertad de comercio en sus estados;
facultad de tener en ellos fuertes para proteg
las factorías; la cooperacion de sus tropas
de sus vasallos, y por último, hasta la ma
de una de sus hermanas, princesa, jóven
hermosa, para el rey de Portugal. A est
proposiciones acompañó el embajador ric
dones, consistentes en collares de perlas, so
tijas con piedras preciosas, tapices de tisú
oro, y otras preciosidades. Almeida le recib
con honor, concluyó un tratado con él, y e
cambio, regaló para su señor, copas y vas
de oro y plata, artísticamente cincelados.

Otra escuadra portuguesa, mandada p
Tristan de Acuña, que acompañaba á Alfon
de Alburquerque, se apoderó de Braba, en
costa de Zanguebar. Los portugueses, ade
más, á la entrada del mar Rojo, ocuparon
isla de Socotora, cuyas dos radas en lo ant
guo, sirvieron de estacion comercial, y do
de se cree que Alejandro el Grande establec
una colonia. En los valles de esta isla, cre
el mejor aloe, y se recojen los mas escelent
dátiles. Allí se encontraron aun cristianos
desde que el apóstol Sto. Tomás evangeli
en Socotora, antes de trasladarse á Cangra
nor; pero su fé estaba alterada por los erro
res de los jacobitas. Tristan de Acuña, les
bró de la tiranía de los mahometanos de Asi
á quienes arrojó de la isla. Su mezquita, f
cambiada en iglesia, bajo la advocacion de
santa Virgen, y el franciscano Antonio Lau
rier, encargado del cuidado de una nueva cri
tiandad, se aplicó durante muchos años, co
celo verdaderamente apostólico, á purificar
fé de ese pueblo, cuyas costumbres estaba
alteradas, no menos que sus creencias y ritos





Laurier, al querer hacer un viage de Socotora á Goa, que era ya de los portugueses, en 1510, naufragó en la costa de Cambaya, y fué cautivado con todos los demás que pudieron escapar del peligro del mar, y presentados al rey. Despues de algunos meses de esclavitud, y viendo que nadie acudia á rescatarles, prendado el príncipe de la virtud y fé de Antonio, aunque hóstil á los portugueses, le permitió que fuese á Goa á pedir su rescate, y el de sus compañeros, á condicion, de que si el religioso no obtenia la cantidad estipulada en un plazo fijo, volveria él mismo á constituirse prisionero. Antonio Laurier dejó el cordon que ceñia su hábito, al rey idólatra, como prenda de su palabra. El gobernador de Goa estaba ausente cuando llegó el misionero, quien no pudiendo tratar por esa circunstancia sobre su libertad y la de sus compañeros, fiel á su palabra el misionero, antes que transcurriese el plazo, se presentó en Cambaya. Causó tal admiracion al rey y á sus principales gefes tan heróica lealtad, que desde entonces tuvieron en gran estima la palabra y honradez de los portugueses, confianza de que participaron las demás naciones de la India, que se enteraron de tan noble rasgo. En vista de él, no se limitó á una admiracion estéril el rey de Cambaya; puso en libertad, sin rescate, ni condicion alguna, á Antonio Laurier, y á sus compañeros de naufragio, los trató espléndidamente, y devolvió cargados de regalos. El misionero, siguió despues con sus tareas apostólicas, que produjeron frutos maravillosos.

Alfonso de Alburquerque, á quien hemos arriba citado, y que se habia apoderado de Goa en 1510, (Pl. XXXXII, n.º 1.) apreció, en lo que valian, los inmensos servicios prestados por los franciscanos en todos los puntos de la India, donde ejercian su saludable influencia, y en recompensa, les dió en Goa, la mezquita de los musulmanes, que su piedad cambió en un templo cristiano, y además, un gran terreno, que convertido luego en convento, en 1518, fué en seminario fecundo de escelentes religiosos, á quienes se vió acompañar á los caudillos á la guerra, inflamar el valor de los soldados, convertir los idólatras, catequizar los neófitos, erigir escuelas para la infancia, cuidar de los hospitales, en fin, cumplir con todos los deberes del ministerio apostólico, sin esperanza ni recompensa mundana, y solo con el esclusivo objeto de la gloria de Dios. Mediante los socorros que por tres veces distintas recibió Alburquerque del rey de Portugal, afirmó y consolidó la dominacion portuguesa en la India; desconcertó los planes y esfuerzos del rey de Cambaya, y del sultan de Egipto; dió un nuevo rey á Cochin, y por el ascendiente de sus victorias, facilitó la accion de los misioneros de ambas familias de S. Francisco y de Sto. Domingo.

El cuidado de las nuevas conquistas espirituales de que se ocupaba en la India, no hacia olvidar el de las que tan felizmente se habian realizado en el Congo. Multiplicándose allí los fieles por los esfuerzos de los misioneros, que por su edad y fatigas, cada vez disminuian, el rey D. Manuel, mandó allá, en 1505, á varios celosos franciscanos, á los cuales agregó maestros de escuela para enseñar á los niños y obreros hábiles en diferentes artes y oficios, para que la civilizacion material, siguiese el progreso de la regeneracion moral. Además, se proveyó de todo lo necesario, para el culto y sostén de los misioneros. Cuando estos llegaron al Congo, el rey Alfonso y su pueblo, les recibieron con tanto amor, como respeto, como ángeles venidos del cielo. Asombrados los habitantes, de los ricos objetos que la magnificencia del rey de Portugal destinaba para el culto cristiano en su pais, se disputaban el honor de trasportarlos, y lo que fué mas consolador, de estrenarlos cuanto antes en las fuentes bautismales. Manuel, no dejó pasar un año solo, sin enviar misioneros al Congo, y dar contínuos testimonios de interés á ese pais. En 1512, con especialidad, mandó allí en concepto de embajador, á uno de sus gentiles-hombres, á quienes acompañaron gran porcion de obreros

evangelicos, sacados la mayor parte del órden de S. Francisco. Agradecido á esta consideracion Alfonso, rey del Congo, envió á su vez á Portugal otro embajador llamado Pedro, que obtuvo toda la confianza de la reina Maria. Pedro, condujo á Lisboa á todos los príncipes negros, hijos del rey Alfonso, y á otros jóvenes, hijos tambien de los principales del Congo, para que recibiesen allí su educacion cristiana, y la instruccion que convenia á su rango, y todos ellos fueron objeto en Portugal de la mayor solicitud, y de los mas grandes honores. Manuel, envió despues al Congo, en calidad de embajador, á Simon de Silva, por cuya mediacion, concluyeron ambos reyes un tratado de alianza sólida, que influyó mucho en los progresos de la fé en Africa.

Al mismo tiempo que hablamos de las empresas de los portugueses, debemos hacer constar la accion de los españoles, á quienes Cristóbal Colon acababa de dar la América. Este grande hombre, fué conducido á España con grillos en los piés, por disposicion de Bobadilla (1), que no trató mejor á los misioneros, y á los indigenas que lo habia hecho Colon, y por lo tanto, instruidos de eso, y

(1) El buen deseo de corregir los abusos y arbitrariedades, que, segun los enemigos de Colon, se cometian en la colonia, fué la causa de que los reyes católicos, para acallar de una vez tantas quejas y reclamaciones, y sobre todo, para cerciorarse de la verdad que hubiese en todo ello, siendo contradictorias las noticias que se recibian de la colonia de Haiti, mandó allí á Bobadilla, que segun Oviedo, gozaba el concepto de buen caballero, y de muy honesto y religioso, para que hiciese justicia en los culpables, y los remitiese á España. Ausente Colon á su llegada, supo á su regreso que su casa estaba ocupada por el nuevo gobernador, que sus posesiones habian sido confiscadas, y que en fin, su hermano D. Diego, acababa de ser trasladado á un buque y cargado de cadenas, y al presentarse Colon á Bobadilla, sin escuchar sus quejas y razones, y los malos procedimientos de los colonos, por toda contestacion, se le encierra en un fuerte, y á su hermano Bartolomé se le encarcela tambien á su llegada. A poco Colon fué arrebatado violentamente de la colonia, y preso con sus dos hermanos, y aberrojados con grillos, los mandó á España, para entregarlos al obispo D. Juan Fonseca, saliendo de Santo Domingo á primeros de octubre de 1499, y llegando á Cádiz el 20 ó 25 de noviembre, habiendo sido bien tratados de Alonso Vallejo y Andrés Martin, que mandaban las carabelas; al almirante Colon quisieron quitar los grillos, mas este no lo consintió, hasta que los reyes lo mandasen; pero le facilitaron, apenas llegaron á España, que un criado de su confianza saliese secretamente con sus cartas, para los reyes y otras personas, á fin de que llegasen antes que las del comendador Bobadilla, y los procesos que acompañaba. Esta precaucion, dice Navarrete, surtió buen efecto, pues los reyes que se hallaban en Granada, luego que supieron la prision del almirante y sus hermanos tuvieron mucho pesar, y mandaron en el instante que los soltasen, proveyéndoles de dinero hasta dos mil ducados, para que en el momento se presentasen en la corte, como lo hicieron en 17 de diciembre. Los reyes los recibieron benignamente, y compadeciéndose de su desgracia, les certificaron: *haber sido contra su voluntad el prenderlos*, prometiéndoles, especialmente al almirante, *con palabras amorosas y eficaces*, deshacer y remediar sus agravios, y guardarle en todo sus privilegios y mercedes, despues de haber admitido las disculpas por los yerros en que pudo incurrir sin voluntad, y con la mas sana intencion, y antes de emprender el último viage le decian: «Tener por cierto «que de vuestra prision nos pesó mucho, e bien lo visteis vos, e «lo conocieron todos claramente pues luego que lo supimos, lo «mandamos remediar y sabeis el *favor* con que os habemos «mandado tratar siempre, etc.» De esta palabra, favor, deduce Navarrete en una nota, que aun cuando por los procedimientos y términos rigurosos legales, hubiese habido mérito para castigar algo al almirante, los reyes no habian obrado con él, en ley de estricta justicia, sino usando de *favor*. Apoya esta sospecha el cronista Oviedo, cuando dice, que las mas verdaderas causas de la deposicion ó prision del almirante, *quedábanse ocultas porque el rey ó la reina quisieron mas verle enmendado que maltratado*. (Oviedo, Hist. de las Indias, Lib. 3, cap. 6.) El historiador Las Casas, pinta con los mas negros colores, la conducta humana, prudente y desinteresada de Colon, atribuyendo su prision y sus desgracias, con las angustias, amarguras y trabajos que padeció en sus últimos tiempos, á un castigo del cielo, por los abusos y tropelias que cometió. No dudamos que esta pintura es exagerada, atendido el carácter de este escritor, y su empeño en amontonar acusaciones contra los conquistadores del Nuevo-Mundo; pero en muchas cosas no es inventada ni falsa, pues en muchos hechos convienen otros muchos historiadores imparciales, y está acorde con varias disposiciones y rasgos del almirante, que constan de documentos originales publicados. «Pero, como prosigue Navarrete, ¡Y qué! ¿Mengua por esto la gloria del gran Colon, como descubridor de un Nuevo-Mundo? No por cierto; sus defectos fueron propios de la condicion y fragilidad humanas, adquiridos tal vez en su educacion, en su carrera y en su pais, donde el tráfico y la negociacion de esclavos, formaban el principal ramo de la riqueza.» Su vida privada, irreprensible por otra parte, sus virtudes cristianas y su piedad, son suficiente prueba para atribuir esos escesos, no á malignidad de corazon, ni á crueles instintos, ni á hábitos de injusticia, y menos á codiciosas miras, sino á flaqueza y debilidad humanas, de las que no han estado exentos los mayores héroes del mundo. Por todo lo dicho, se demuestra que los reyes tuvieron motivos justos para enviar un juez pesquisidor á Santo Domingo; que aquel, aunque hasta entonces les merecia distinguido concepto, defraudó sus esperanzas escediéndose de su cometido, y atropellando las consideraciones que se merecia el almirante, aunque hubiese justos motivos para suspenderle ó privarle del gobierno de la isla, y por último, que aun en este lance desgraciado, la nacion española y sus monarcas, prescindiendo de lo que creyesen respecto á las acciones de Colon; lejos de perseguirle, le llenaron de honras y satisfacciones, sin hacer mérito de las pesquisas y acusaciones de Bobadilla, y de los demás enemigos del almirante. Nos hemos estendido algo mas en esta nota, para aclarar lo que tan sucintamente cita Henrion, sobre este notable acontecimiento que ha dado que hablar, y para escribir á tantas plumas nacionales y estrangeras, que émulas de nuestras glorias unas, ó demasiado apasionadas

sobre todo, de la injusticia con que se habia procedido con el conquistador del Nuevo-Mundo, Fernando é Isabel, por consejo del cardenal Ximenez, quitaron á Bobadilla, y le sustituyeron á Ovando, con el que se embarcaron muchos religiosos observantes, bajo la direccion de Fr. Alonso Espinar. Ximenez, además, posponiendo á su propia satisfaccion, el interés de la fé de Jesucristo, quiso emplear en la conversion de los idólatras, á Fr. Francisco Ruiz, su fiel compañero, á Juan Robles, y Juan de Trassierra, de la provincia de Castilla, á quienes profesaba una particular estimacion. Estos insignes religiosos, cuya piedad y sabiduría, predispusieron felizmente á los musulmanes de Granada, á abrazar el cristianismo, fueron tambien encargados de juzgar la conducta de Bobadilla, y poner remedio á sus desmanes. Por último, Ximenez mandó además, campanas y ornamentos para las nuevas iglesias, vestidos para cubrir la desnudez de los isleños, y sus liberalidades no fueron menores, en favor de los idólatras de la América, que en obsequio de los mahometanos convertidos de España.

La flota que llevaba todo esto, salió del puerto de San Lucar, el 6 de febrero de 1502, y llegó, el 14 de abril, á la isla de Santo-Domingo. El hermano Francisco Ruiz, á quien el clima de Haiti alteró profundamente la salud, tuvo que regresar al cabo de seis meses á España, acompañándole Bobadilla en calidad de prisionero, que murió en la travesía, y trajo consigo una porcion de ídolos haitianos, que el cardenal Ximenez cedió á la universidad de Alcalá que él fundó, como monumentos de otras tantas victorias ganadas sobre el demonio (1).

Informados los reyes de España en 1503 de que los indígenas se negaban á vivir con los europeos, y que este alejamiento seria un obstáculo para su conversion, hasta que una disposicion real permitiese el repartirlos entre los españoles ya como depósito, ya como título de encomienda, Fernando é Isabel autorizaron al fin esta medida, á condicion espresa de que los Encmenderos tratasen á los isleños como obreros libres, y no omitiesen diligencia alguna para convertirles, demostrando un particular cariño y bondad á los que se hiciesen cristianos. Al mismo tiempo que Ovando prohibia la importacion de esclavos africanos en Haiti, que habia autorizado Bobadilla, toleró este gobernador los antiguos abusos y autorizó otros nuevos en el régimen de la esplotacion de las minas, de lo que resultó tan grave mal, que los reyes Católicos dieron órden terminante de restablecer los indígenas en su primitiva independencia, sin mas obligacion que la del tributo moderado al que los españoles mismos estaban sometidos, mandando instituir además en cada pueblo, un cacique de ellos, un alcalde español, y un sacerdote encargado de instruir á los isleños con dulzura, autorizando á los europeos á casarse con americanas, y á las mugeres españolas tomar esposos de entre los indígenas. Por otra disposicion del 1504, los reyes no permitieron el cojer y vender como esclavos sino á los individuos de ciertas tribus de la costa de Cartagena, de Santa Marta, etc., conocidos entonces con los nombres de Caníbales, y hoy dia el de Caribes, á quienes se pintaba como hombres feroces, insociables, acostumbrados á comer carne humana, y hacer la guerra á los indígenas ya sometidos, y sin la menor disposicion á oir hablar de religion. Respecto á estos, la esclavitud fué escepcionalmente autorizada; pero provisionalmente, y con objeto de prepararles con los hábitos de domesticidad al régimen social y á la profesion del cristianismo. No podia atesti-

otras, no han colocado al almirante Colon, ni á los reyes católicos de España, en su verdadero terreno, haciendo á todos la justicia que se merecen. (N. del Trad.)

(1) Bobadilla, en vez de remediar los abusos que tanto exageraban los enemigos de Colon, produjo con sus desacertadas medidas, otros mucho mayores, que motivaron su deposicion, y el que le reemplazase en el gobierno de la colonia, Dr. Fray Nicolás de Ovando, comendador de Lares, caballero de singular integridad, seso y prudencia, en cuya disposicion, tan conforme á justicia, influyó sin duda el haber Colon suplicado que no se le enviase á gobernar la isla, mientras no hubiese en ella otros pobladores de mejores costumbres, y de mayor aplicacion al trabajo, para que no renaciesen allí los pasados escándalos, con inminente riesgo de su persona. (N. del Trad.)

guarse mejor la solicitud de los reyes Católicos por la conversion de los isleños que por el establecimiento de sedes episcopales. «Apenas, dice Charlevoix ; subió al trono pontifical Julio II, que sabedores los monarcas españoles de que los indios se multiplicaban cada vez mas en la isla Española, y que el cristianismo hacia entre ellos grandes progresos, suplicaron al Pontífice que erigiese en obispados algunas de sus ciudades y que se crease un arzobispado en la provincia de Xaragua, dándole por sufragáneos, Larez de Guaba y la Concepcion de la Vega. Con asenso del papa se hizo la ereccion de las sillas episcopales, y el Dr. Pedro de Deza, fué nombrado arzobispo de Xaragua ; el P. Garcia Padilla, para el obispado de Larez, y el licenciado Alonso Mesa, canónigo de Salamanca, para el de la Concepcion. Las bulas fueron espedidas ; pero con la muerte de la reina Isabel, acaecida el 28 de noviembre de 1504, tomó otro giro este asunto, y cuando se volvió á tratar de él por el rey Fernando, se propuso un nuevo arreglo que el papa aprobó.» De esto hablarémos mas adelante. Una sola cláusula del testamento de esa gran reina demostrará aun mejor, que ese no realizado proyecto, cuales eran sus sentimientos acerca de la conversion de los indios y bien estar de la colonia. «En la época, dice la reina Isabel en ese documento, en que las islas y tierra firme del mar Océano descubiertas y por descubrir, nos fueron concedidas por la Santa Sede apostólica, nuestra intencion formal fué, al suplicar al papa Alejandro VI, de feliz memoria, que nos otorgase su propiedad, el procurar con todos nuestros esfuerzos la conversion de todos esos pueblos á nuestra santa religion católica ; de enviarles prelados, religiosos, sacerdotes y otras personas instruidas y temerosas de Dios para inculcarles las verdades de la fé, inspirarles el gusto y hábitos de la vida cristiana, y de poner en todo eso el cuidado necesario conforme á lo que está prescrito en las dichas bulas de concesion. Suplico, pues, con las mas vivas instancias al rey mi esposo, y encargo por una órden especial á mi hija la princesa Juana, y al príncipe D. Felipe, su esposo, que lo hagan y cumplan así, considerando este objeto como su mas importante ocupacion, poniendo en él toda la diligencia posible, y que jamás consientan ni dén lugar á que los indios, que habitan en las dichas Indias y tierra firme, conquistadas, ó por conquistar, sientan el menor perjuicio en sus personas y bienes ; sino que provean por el contrario que aquellos, sean bien y convenientemente tratados, y que cualquiera falta sobre esto sea prontamente remediada. En fin, que no se aparten un paso de lo contenido en las Letras apostólicas, sino que exactamente se conformen con lo que en ellas está prescrito y mandado.» Cristóbal Colon, cuyos últimos años fueron señalados por nuevos descubrimientos, sobrevivió poco á Isabel, pues murió el 20 de mayo de 1506 en España, de donde se transportaron sus restos á Santo Domingo (1).

Los Observantes poseian ya bastantes resi-

(1) Colon murió en Valladolid, en el dia y año que cita Henrion, y habiéndose depositado el cadáver en la iglesia de S. Francisco ; se celebraron sus solemnes exequias en la parroquia de Santa Maria la Antigua. En el año 1513, fueron trasladados los restos al monasterio de cartujos de las Cuevas de Sevilla, y colocado en depósito en la capilla de Santa Ana ó del Santo Cristo, que hizo labrar el P. Dr. Diego Lujan en el siguiente, y no en el entierro de los duques de Alcolo, como dice Zuñiga en sus Anales. En la misma capilla, fué igualmente depositado su hijo D. Diego, que segun Oviedo, murió en la Puebla de Montalvan, el 23 de enero de 1526. En el año 1536, se entregaron los cadáveres de D. Cristóbal Colon y su hijo, para llevarlos á la isla de Santo Domingo, quedando en el monasterio de las Cuevas, el de D. Bartolomé, y aunque el almirante, primer duque de Veragua, solicitó en 1552 el patronato de la capilla, y se obtuvieron las licencias oportunas, no tuvo efecto el contrato. La capilla citada, donde estuvo depositado Colon, ya no existe, convertido como está ese monasterio hoy dia en fábrica de porcelana, desde la supresion de los monjes, habiendo desaparecido los restos de D. Bartolomé y los de otros individuos de esa familia. Ajustada la paz entre la España y Francia en Basilea, en julio de 1795, y cedida á la segunda la parte que la primera poseia en la isla de Santo Domingo, quedó convenido que los restos de Cristóbal Colon que yacian en la Catedral de aquella ciudad, fuesen trasladados á la isla de Cuba, asi como las cenizas del adelantado D. Bartolomé Colon. La exumacion se hizo el 20 de diciembre de 1795, y transbordados los restos al navío San Lorenzo fueron trasladados á la catedral de la Habana, y colocados los despojos de tan ilustre caudillo en la capilla mayor, al lado del evangelio con la inscripcion correspondiente en la lápida de su sepulcro, despues de unas solemnísimas exequias celebradas en 15 de enero de 1796. (Nota del Trad.)

dencias en Haiti, en Cuba, en la Jamaica, etc., para que el Capítulo general celebrado, en el año 1505, en el convento de Laval, en Francia, creyese estarse en el caso de erigirles en provincia como se hizo, denominándola de Santa Cruz, en recuerdo de un prodigio que refiere Wadingo, en estos términos: «Los primeros que descubrieron la isla de Haiti, plantaron una gran cruz de cedro delante del pueblo de la Vega, á fin de que por ese sagrado signo se reconociese en todo tiempo que allí habian llegado cristianos. Viendo los indígenas este nuevo trofeo en sus tierras, quisieron derribarle; pero aunque seiscientos ó mas de ellos reunieron sus esfuerzos para echarle por tierra, el sagrado signo resistió á su fuerza y á su destreza. Entonces los idólatras rodearon la cruz de leña para quemarla, pero tampoco consiguieron su objeto. Al mismo tiempo, una muger de incomparable belleza se apareció á los infieles y los arrojó de aquel sitio. Desde entonces, los cristianos conservaron con una profunda veneracion esta cruz honrada por un milagro, y para perpetuar este hecho tan estraordinario, dieron los franciscanos á su provincia el nombre de Santa Cruz.» Además del convento de Santo Domingo, construido á espensas de Cristóbal Colon y acabado por Ovando, harémos mencion en esta provincia, del que los indígenas mismos de Cuba, de quienes fué apóstol el franciscano Francisco Chaves, edificaron, dedicado á Santiago. Los españoles construyeron otro tercero en Sagua, que arruinado por un temblor de tierra, fué despues reedificado con no menos magnificencia.

De estos asilos religiosos salian constantemente voces y exhortaciones que recordaban á los dominadores de la América las santas leyes de la moral y de la humanidad, holladas algunas veces por gente inmoral y atrevida. Los franciscanos nada perdonaban, ni representaciones y avisos particulares, ni reprensiones públicas para hacer cesar los desórdenes. El hermano Antonio de los Mártires, con especialidad, se presentó con valentia al gobernador Ovando, para que justificando la confianza con que le habia honrado el soberano, cortase la raiz de tamaños males y escándalos, con especialidad los procedentes del abuso carnal de las Indias fuera del matrimonio y al fin pudo conseguir en 1506, que se publicase un edicto intimando á los españoles, bajo las penas mas graves, que no se separasen de las mugeres indígenas, ó santificasen su union con ellas en un plazo determinado. Esta medida surtió su efecto, y legitimadas así muchas uniones con el matrimonio, se tocó el medio mas directo para llegar á la fusion de los dos pueblos. Esta saludable intervencion del clero, adquirió mucha mas fuerza á consecuencia de la organizacion eclesiástica que recibió Haiti, por el acrecentamiento del número de misioneros. En 1507, el franciscano Antonio Juaquin llegó á la isla con un compañero, provisto de todos los objetos necesarios para el ejercicio del culto, que proporcionó espléndidamente el rey Fernando.

No deja de ser cierto lo que dice Las Casas acerca de la muerte de Isabel, que esta fué la señal de la destruccion de los indígenas. En 1506, mientras que Ovando, hacia renovar por decreto del rey la prohibicion de introducir esclavos berberiscos y negros de la costa de Africa en el Nuevo Mundo, el rey católico permitió distribuir los americanos entre los españoles, quedando así aseguradas las encomiendas de indios que ya estaban establecidas en América. En 1508, época en la que D. Diego Colon, hijo del primer conquistador Cristóbal, partió á Santo Domingo con título de gobernador, llevando consigo á muchos apóstoles franciscanos encontró la poblacion notablemente disminuida. Los colonos españoles, que ya habian creado allí grandes intereses, pidieron al rey la propiedad de los indígenas durante tres generaciones á fin de asegurar aquellos y de salvar la colonia. Al año siguiente, 1509, el monarca renovó sus ordenanzas anteriores, espresando su voluntad de que los americanos fuesen tratados con humanidad, y viviesen reunidos en pueblos ó reducciones, como se lla-

maban, con sus mugeres é hijos, sus jueces y sus municipalidades. No autorizó otra servidumbre que la de las *navorias* ó doméstica, que consistia en un servicio, personal únicamente, y al cual no se debian sugetar, sino los indígenas llamados caribes de que hemos hablado antes, pero nunca á los que vivian sometidos y tranquilos. Estos últimos podian ser repartidos á título de depósito, en la proporcion de ciento para un alcalde, y de ochenta para un caballero que tuviese esposa y domicilio en la isla: de sesenta para un escudero, con las mismas circunstancias, y de treinta para todo cultivador ó roturador de tierras, casado.

A fin de separar un poco la vista de los escesos casi inevitables cometidos con los americanos, pero reprochados contínuamente por ambos poderes espiritual y temporal, presentarémos ahora el cuadro de la brillante espedicion del cardenal Ximenez de Cisneros, en Africa. Este ilustre prelado pensó siempre con ahinco, no solo en estender la dominacion española en Africa, sino al mismo tiempo con ella, salvar las almas de los musulmanes y restaurar la fé en la patria de los Agustines y Ciprianos. Con este objeto, emprendió por su cuenta la conquista de Oran, que cedió ante el valor de los tercios españoles, dirigidos por Pedro Navarro, y guiados por el mismo cardenal en persona. Tomada esta ciudad (Pl. XLII, n.° 2,) purificó en seguida sus mezquitas para convertirlas en otros tantos santuarios y estableció dos conventos, uno de franciscanos y otro de dominicos, cuyos religiosos convirtieron gran número de infieles recibiendo nueva vida por el sacramento del bautismo (1).

Puede juzgarse del bien que estos misioneros harian en Berberia, por el que habian hecho en todos los demás puntos de América. Los franciscanos que allí llegaron junto con los primeros conquistadores, plantaron el árbol frondoso de la fé en las islas de Haiti, ó Santo Domingo, en las de Cuba, Puerto-Rico, Jamaica, Santa Margarita, Santa Cruz, y sobre la costa de Cumaná en la América meridional. En 1510, á peticion de Fernando á Julio II, el general de los PP. Predicadores, mandó al provincial de España, que enviase á Haiti varios religiosos animados del celo de Dios en calidad de comisarios apostólicos, como lo hizo este en efecto, señalándose entre todos ellos Fr. Pedro de Córdoba, que fué el primer inquisidor de la fé, y Tomás Berlanga el primer prior. Muy pronto se vieron los buenos resultados de su apostolado. Los dominicanos compusieron catecismos de la doctrina para los niños de los colonos europeos, y encontraron en estos una docilidad que les dejaba encantados.

Como fué en este año cuando el célebre Fr. Bartolomé de Las Casas cantó en la Vega, en la isla de Haiti, la primera gran misa solemne que se celebró allí por un sacerdote ordenado en el Nuevo-Mundo, darémos aquí algunos detalles sobre ese héroe español, personificacion la mas noble y pura de la caridad cristiana, cuyo celo por la santa causa de la libertad de los indios, forma contraste con la conducta de algunos que fueron sus opresores. Su apellido verdadero no era Casas sino Casaus, del cual queda una rama de noble descendencia en Calahorra. Su primer orígen fué francés, y el primer Casaus que se vió en España vino de Francia, como voluntario, á mi-

1 No en vano elogia Henrion al cardenal Cisneros. Todo cuanto se diga de él es poco. Pocos ó ningunos de los hombres políticos que han ilustrado los demás paises podrán igualarse con ese grande hombre. La conquista de Oran la emprendió y costeó á sus espensas en 1509 agregándola al arzobispo de Toledo. Habia en ella varias y hermosas iglesias y otros edificios construidos por los españoles, de los que aun quedan restos. Aprovechándose los moros de los disturbios de España, durante la guerra de sucesion, la recobraron en 1708, sin embargo, volvieron á perderla, reinando Felipe V, mandando la espedicion el duque de Montemar. Habiendo sobrevenido años despues un terremoto, que dejó casi asolada esta ciudad, se abandonó totalmente en 1792. Los moros volvieron á asentarse sobre sus ruinas, y los franceses se la han tomado despues, formando parte del reino de Argel. En la capilla muzárabe de la catedral de Toledo, está pintada al fresco esta conquista por el cardenal, en el momento del asalto, y es un monumento curioso por ser coetáneo. Las llaves de la ciudad, que le entregaron los moros, las dió á la universidad de Alcalá, junto con otros recuerdos relativos á esa grande hazaña, cuyos objetos hoy dia han pasado á la universidad central, por la supresion de aquella. (N. del Trad.)

litar bajo el rey D. Fernando el Santo, para combatir á los moros de Andalucía. Se distinguió en la toma de Sevilla donde se estableció, y sus descendientes, al obtener privilegio de nobleza, suprimieron la *u* de su apellido para darle una forma y pronunciacion mas española. Bartolomé de Las Casas, nació en Sevilla, en 1474, su padre Antonio entró como simple soldado al servicio de la marina, y en 1492 partió con la espedicion, que, bajo el mando de Colon, salió para descubrir la América. Volvió á Europa con este almirante y le acompañó en su segundo viage en 1493. Su hijo, Bartolomé, cuyos estudios habian sido tan sólidos como brillantes, dejó tambien la España en 30 de mayo de 1498, como empleado en la espedicion de Colon, y estuvo de vuelta en Cádiz en 25 de noviembre de 1500. Habiendo publicado la reina Isabel un edicto en favor de los americanos traidos á España, dió al momento, y con el mayor gusto, libertad al que se habia asignado para él. Cuidó mucho de instruirle por sí mismo en las verdades de la religion, y desde entonces concibió, respecto á los indígenas del Nuevo-Mundo, los tiernos sentimientos de caridad y compasion que fueron, por decirlo así, el único y esclusivo afan de su existencia. La principal ventaja que sacó de su viage y del contínuo roce con el jóven americano, su neófito, fué el conocimiento de la lengua del pais, que tanto le valió despues para la instruccion y conversion de los idólatras. En 9 de mayo de 1502, se embarcó Bartolomé por segunda vez con Colon, llegando á Haiti el 29 de junio siguiente. Habiendo obtenido el grado de licenciado en teología, en Sevilla, antes de su primer viage en 1510, fué ordenado de sacerdote por el primer obispo que tuvo Haiti (1).

(1) Mas adelante, en una nota especial, darémos mas detalles sobre la vida y escritos de Fr. Bartolomé de Las Casas, que han sido la base y fundamento en que se han apoyado los estrangeros para sus exageraciones y calumnias que han publicado contra la conducta de los españoles en América, infinitamente mas justa y humana que la que han observado y observan aun otras naciones en sus colonias, como se probará en su tiempo. (N. del Trad.)

Insistiendo de nuevo Fernando en el proyecto formado por Isabel, de obtener de la sede apostólica el establecimiento de sedes episcopales en el Nuevo-Mundo, se propuso suprimir la metrópoli de Xaragua, y de erigir en Santo Domingo, la Concepcion, y San Juan de Puerto-Rico; tres obispados sufragáneos de Sevilla lo cual le fué concedido. Los tres sugetos anteriormente nombrados para esas sillas, en 1504, lo fueron de nuevo, á saber: el Dr. Deza, para el obispado de la Concepcion; el P. Padilla, para el de Santo Domingo; y el licenciado Manso, para el de San Juan. Se concedieron á estos tres obispados los diezmos y primicias de todo; menos de los metales y piedras preciosas; la jurisdiccion espiritual y temporal y los mismos derechos y preeminencias de que gozaban los obispos de Castilla. El rey hizo despues con esos tres obispos un concordato, cuyas principales bases fueron, el que ellos por sí y por sus sucesores, se comprometerian á distribuir los diezmos entre el clero, los hospitales y las fábricas de las iglesias, y que los beneficios y dignidades eclesiásticas serian de su nombramiento. El primer obispo de Santo Domingo, no tuvo el consuelo de llegar á ver su iglesia, pues murió en España á poco despues de su consagracion. Varias circunstancias imprevistas retardaron la salida del de la Concepcion, y el de San Juan, que fué el primero que llegó, fué el que elevó al presbiterado á Las Casas.

Herrera, dice, que la primera misa de este nuevo sacerdote, fué celebrada por disposicion de D. Diego Colon, con la mayor pompa posible. «Asistieron á ella, cuantas personas se encontraban á la sazon en la Vega, entre las que se contaron gran número de habitantes europeos, é indígenas de los demás puntos de la isla, por ser esa la época de la fundicion del oro, acudiendo todos allí para hacer sus pagos en ese metal. Con este motivo, se dieron muchos ducados de oro contrahechos, como ofrenda, al nuevo celebrante; quien á su vez los entregó todos á su padrino de ceremonia, reservándose solo por

curiosidad algunas monedas como recuerdo, y por estar mejor acuñadas que las otras.»

Sin embargo, temiendo el rey que la poblacion indígena se estinguiese en Haiti, á consecuencia del trabajo pesado de las minas, que aquella no podia soportar, hizo enviar cincuenta esclavos negros para la esplotacion de aquellas, que pertenecian al patrimonio real, recomendando al propio tiempo la ejecucion de las medidas de dulzura, ya prescritas, respecto á los americanos; pero toleró que se empleasen, ya como *navorias* ó repartidos, y aun como esclavos en las minas, á los que hubieran sido hechos prisioneros durante la guerra. Esta facultad dió lugar á no pocos fraudes é injusticias, contra las cuales ya clamaron los primeros religiosos dominicos que llegaron á Haiti, así como contra los malos tratamientos que algunos españoles hacian sufrir á los americanos, reduciéndolos á servidumbre, bajo pretesto de los deberes que tenian que cumplir con ellos, como sus depositarios; cargándoles de trabajos penosos, y dándoles en cambio poco alimento, y de no muy buena calidad. Bartolomé de Las Casas, conmovido al ver este proceder, y lleno de interés por este pobre pueblo, se unió á los dominicos en sus reclamaciones, é hizo cuanto pudo para aliviar la suerte de los indígenas.

El P. de Charlevoix, jesuita, nos presenta á los PP. Predicadores, henchidos de celo y vigor apostólico, reprimiendo con las armas espirituales, ya que otra cosa no podian, semejante opresion que pudiera hacer odiosos á los idólatras, aun á los mismos ministros de la fé, que trabajaban en convertirlos, siendo todos de una misma nacion, y de la misma religion. Segun Charlevoix, «no pudiendo sufrir mas el P. Antonio Montesino, de la Orden de Sto. Domingo, que tenia gran reputacion de elocuencia y santidad, subió al púlpito, y en presencia del mismo almirante D. Diego, del tesorero real, y de cuanto habia mas notable en la capital de Haiti, declaró ilícitas las distribuciones ó encomiendas de indios, añadiendo que la palabra *tutela*, que se empleaba para dulcificar esa medida, ocultaba una verdadera tiranía, de la que participaban, contra todo derecho divino y humano, los inocentes súbditos de España, y que esta conducta tan contraria al espíritu del cristianismo, habia hecho ya perecer infinidad de hombres, de los que habia que responder á Dios, el cual, si habia dado el imperio de estas naciones á los reyes Católicos, fué con el fin de que estos redujesen á sus habitantes al suave yugo de su evangelio.» Este discurso, que tocaba la cuerda mas sensible de una gran parte del auditorio, causó mucha sensacion, y se murmuró mucho contra el predicador, y hasta se le reconvino, como por haber faltado en él, al respeto debido al rey, y á los que allí gobernaban bajo sus órdenes. Pero los encargados de amonestarle, no quedaron menos sorprendidos, cuando el P. Córdova, á quien se habian dirigido desde luego como á superior de la mision, les declaró que el P. Montesino, habia obrado perfectamente, y que nada habia dicho en su sermon que no fuese verdadero y necesario el decirlo, que todos los religiosos de su órden, pensaban como él, y que por último, el sermon en cuestion, habia sido compuesto de comun acuerdo de todos ellos. Los que oyeron semejante respuesta, se quedaron por el punto atónitos de la firmeza del vicario; pero luego repuestos, y tomando un tono elevado, le dijeron, que era muy estraño que simples particulares, sin carácter civil, se tomasen la libertad de motejar públicamente providencias establecidas por consejo de personas sábias, y por la autoridad del soberano, y por lo tanto, que era preciso que el P. Montesino, se retractase públicamente en púlpito, de lo que habia dicho, ó que de nó, los dominicanos saliesen de la isla. El superior les escuchó tranquilamente hasta el fin, y fingiendo haberse atemorizado por sus amenazas, les aseguró que el P. Montesino haria lo posible por satisfacerles el domingo próximo. Llegado el dia, apareció de nuevo el predicador, ante un concurso estraordinario, y comenzó por

decir, que si el ardor de su celo, en la causa mas justa de este mundo, le habia impedido el medir sus espresiones, suplicaba á los que pudieran creerse ofendidos por ellas, que le perdonasen; que él sabia perfectamente el respeto que se merecian, las personas á quienes el príncipe habia hecho depositarias de su autoridad, pero que se engañaban altamente, los que pretendian hacerle criminal, por haber declarado en público contra los repartimientos de los indios. Con este motivo, dijo sobre este punto cosas aun mas fuertes que en la primera vez, porque, despues de haber entrado en detalles, los mas patéticos y conmovedores, sobre los abusos que diariamente se cometian sobre este punto, ejerciendo sobre los indios un imperio tiránico, disponiendo de la vida de estos desgraciados, como de un patrimonio que les perteneciese, contra todo derecho de gentes, y añadiendo á estos rasgos otros de mas negro colorido, los funcionarios reales y mas interesados colonos, se persuadieron que era inútil é imposible el zanjar este negocio en la misma isla, y así, escribieron al rey, y mandaron á España al franciscano Alfonso Espinar, para representar á su Magestad, que era imposible el convertir á la fé á los indígenas, ni formar con ellos sociedades organizadas, sino estaban sujetos de una manera ú otra al gobierno y autoridad de los españoles, por espacio de una ó dos generaciones consecutivas. Los dominicos por su parte, para defender su causa, mandaron tambien á la corte, cerca del rey Fernando, al mismo P. Antonio Montesino, promovedor de este conflicto. El rey oyendo á unos y á otros, convocó en Burgos una junta ó consejo estraordinario, para examinar la cuestion. «Los que hablaron en ella á favor de los indios, continua Charlevoix, insistieron mucho sobre el principio de que todos los pueblos habian nacido libres, y que jamás debe ser permitido á una nacion, atentar á la libertad de otra de quien no ha recibido ninguna ofensa. Los demás, por el contrario, opusieron contra esta opinion otras razones, sacadas del mismo derecho de gentes, que no dejaron de hacer mucha fuerza á personas sábias y entendidas. Los indios, decian, deben ser considerados como niños, incapaces de conducirse por sí mismos, puesto que á los cincuenta años, tienen su razon menos adelantada que un español, la tiene ordinariamente á los diez. Las cosas mas fáciles de concebirse, entran con dificultad en su mente, y olvidan al momento las verdades, que por repetidas veces se les han inculcado en su memoria; que ha sido preciso al vestirlos, hacerles conocer la indecencia de su desnudez, y que á pesar de eso, cuando pueden verse fuera de la inspeccion de sus señores, hacen trizas sus vestidos y se vuelven desnudos á sus bosques, donde se abandonan á toda especie de disolucion; que la suprema felicidad segun ellos, es la de no hacer nada, y que esta contínua ociosidad, además de los vicios que por sí sola engendra, produce la mas completa indolencia que se nota en ellos, y con especialidad en las cosas de la religion. Y por último, añadian, que eran tanto menos capaces de usar bien de la libertad que se les dejase, cuanto que á los defectos é incapacidad moral, propios de niños, se agregaban los vicios de los adultos mas corrompidos. El P. Montesino, si bien confesó que habia mucho de cierto en esto, añadió que en todo ello habia bastante exageracion, sobre lo cual insistió con todas sus fuerzas. Pero á su pesar, y tropezando con el escollo é inconveniente, de que dando absolutamente la libertad á los indios, era lo mismo que reducir al estado de indigencia á la mayor parte de los habitantes de las colonias españolas, la cuestion tomó un giro de interés y de política, y el rey adoptó un término medio, ordenando á la junta, que estableciese como principio, que los indígenas debian ser libres y bien tratados, pero que bajo esta base, siguiesen los repartimientos, poniendo remedio á los abusos que pudieran surgir de ellos. La junta pensó que convendria transportar á Haiti, negros de la Guinea, de los que uno solo era capaz de trabajar por cuatro

indios en las minas, y respecto á los caribes, ó canibales, como se decia, entonces refugiados en las montañas, que se hiciese una marca en la espalda á los que se cogiesen, para no confundirlos con los demás naturales sometidos, que no daban motivo á la menor desconfianza.

Es muy probable, que el P. Alfonso Espinar, influyese en la resolucion que tomó Fernando en este mismo año de 1511, de mandar á la isla de Puerto-Rico, á veinte y tres religiosos franciscanos, para que fundasen allí iglesias y un convento. El P. Antonio Montesino, al que poco despues se unió en España el P. Pedro de Córdoba, no cesaron de representar al rey, que sus últimas disposiciones, no podian cortar todos los males de que ellos se quejaban, aun cuando fuesen exactamente respetadas, y que el mal se perpetuaría tanto mas, cuanto que no se habia puesto en ejecucion ninguno de los reglamentos. Despues de haberse celebrado nuevos consejos, el rey, deseoso siempre del acierto, hizo llamar aparte al P. Pedro de Córdoba, y le dijo: que estaba muy persuadido de la pureza de su celo, pero que el dictámen de casi todos los jurisconsultos y teólogos del reino, era el de no cambiar nada de lo existente, salvo la represion de todos los abusos, y le invitaba en su consecuencia, á que al volver á su mision se abstuviese, así como los demás religiosos, de acriminar un estado de cosas aprobado por tan gran número de personas sábias, y que continuase en esclarecer y edificar la América con las luces de su doctrina y santidad de su vida, como él y sus demás compañeros lo habian hecho hasta entonces, sin mezclarse en ninguna materia de política, ni de gobierno. « Este discurso, prosigue el P. Charlevoix, hizo comprender al P. Córdoba, y á sus religiosos, que segun el sesgo que tomaban las cosas, y el que tomarian en adelante, les seria ya dificil estar acordes con los españoles del Nuevo-Mundo, y que para hacer el bien entre los bárbaros, les seria preciso buscar paises, en que ellos estuviesen solos con los pueblos, y en su virtud, suplicaron al rey Fernando, que tuviese á bien el que fuesen á predicar á Jesucristo á algunas otras provincias de la América, donde los españoles no tuviesen aun establecimientos, y le esplicaron el proyecto de lo que ellos pensaban hacer allí. El príncipe aprobó su designio, les concedió el permiso que solicitaban, é hizo espedir las órdenes convenientes al Almirante, para que proveyese á estos misioneros de cuanto pudieran necesitar para su santa empresa. »

Poco despues de esto, los PP. Córdoba y Montesino, se embarcaron para Haiti, y Diego Colon, puso á disposicion de los misioneros, un buque que debia transportarlos á la costa de Cumana, objeto y punto de partida de sus trabajos apostólicos. Pedro de Córdova no fué él mismo allá en persona, pues su presencia era mas necesaria en Haiti, donde Fernando acababa de ordenar que los dominicos, se estableciesen en la isla mucho mejor que lo que estaban antes; pero designó para la mision de Cumana, á los PP. Antonio Montesino, Francisco de Córdoba, y Juan Garcés. Cayendo malo el primero de estos, al pasar por Puerto-Rico, sus dos compañeros continuaron su viage sin él, y desembarcaron el año 1512, muy cerca del estrecho, donde se fundó despues la ciudad de Coro, que se llamó despues Venezuela, ó la pequeña Venecia. Los indígenas, los recibieron cordialmente, y los misioneros, aprovechando estas felices disposiciones, anunciaron á Jesucristo á sus huéspedes, que les escucharon, y tan buen principio prometia una mies abundante, cuando llegó desgraciadamente á la costa una embarcacion cargada de españoles, que venian á la pesca de las perlas. En estas ocasiones, los americanos tomaban siempre la fuga, para evitar que los sorprendiesen y llevasen para venderles, « comercio infame que se hacia entonces abiertamente, aunque no estuviese autorizado, dice Charlevoix, desfigurando esta piratería, con el título de espedicion contra los caníbales, puesto que habiendo una declaracion del







rey que permitia reducir á cautividad á los que comian carne humana, se suponia, sin mas exámen, que todos los habitantes del Nuevo-Mundo eran caníbales.» Pero esta vez, contando los indígenas con la proteccion de los religiosos, permanecieron en sus chozas. El capitan del navío invitó á comer al cacique del pais, y á los principales de su séquito. El gefe aceptó la invitacion con su muger, y otros diez y siete miembros de su familia, mas apenas entraron en el buque, el capitan levó anclas, y se largó hácia Haiti con todos sus huéspedes, en calidad de esclavos. (Pl. XLIII, n.º 1.) Iba ya á ponerlos en venta, cuando le fué puesto en duda este derecho por los jueces, en virtud de que el capitan no habia sido autorizado para hacerles prisioneros, y los magistrados entonces, apoderándose de los cautivos, como mercancía de contrabando, se los repartieron entre sí. A la noticia de este infame rapto, acudieron los misioneros á la playa, y encontraron allí á los indígenas, encolerizados de tal suerte, que estuvo en muy poco que los religiosos no fuesen en ese primer momento sus víctimas. Un resto de consideracion á sus virtudes, y de veneracion hácia sus personas, fué el que detuvo en aquel instante crítico el brazo que amenazaba sus cabezas. El horror claramente demostrado por los dominicanos por tan negra traicion, y la promesa de conseguir que antes de cuatro meses, se daria libertad á los prisioneros, fué lo que les salvó la vida, que no quedó por eso menos amenazada. Aprovechándose de la llegada de otro buque español á aquellas costas, Francisco de Córdoba y Juan Garcés, dieron noticia al vicario general de lo sucedido, y del gran peligro que corrian. Pedro de Córdoba, empleó todo su crédito para salvar los dias de estos dos religiosos, pero los jueces, que se habian apoderado de los prisioneros, se negaron á devolverlos. «El almirante, no tenia la suficiente autoridad sobre aquellos magistrados, dice Charlevoix, para obligarlos á la devolucion, y nada pudo impedir que se consumase aquella negra iniquidad» de forma, que no viendo volver los indígenas á sus compatriotas al cabo de los cuatro meses, degollaron en represalia á los dos misioneros, que entregados al apostolado, habian hecho á Dios el sacrificio de sus vidas, y su muerte debió ser sin duda preciosa á los ojos del Señor. Por esta perfidia, las semillas del evangelio arrojadas en el corazon de todo un pueblo, fueron estériles por la detestable codicia de algunos malos cristianos, y la mies casi madura, fué destruida por los mismos que debian ayudar á recogerla.

Las ordenanzas espedidas en 1512 y 1513 por el rey de España, no cambiaron en nada, en su fondo, el sistema que se seguia respecto á los americanos. Se mandó, que no se pudiese emplear á los indígenas en las minas, sino en cinco meses del año, y que no se les haria cargar tanto peso como antes, puesto que ya eran comunes en la colonia las bestias de carga; que ningun colono tuviese el derecho de maltratarles de manera alguna, bajo pretesto de castigo; que se aumentase su alimento, y se les pagase exactamente el precio de sus jornales; que los encomenderos hiciesen construir *bohios*, (especie de alquerias) al lado de sus establecimientos, transportando allí á los indígenas con sus familias, quemándose sus antiguas aldeas y habitaciones, para quitarles toda esperanza de encontrar allí un asilo si pensaban abandonar á sus señores. Algunas de estas medidas, verdad es que mejoraban la situacion de los indios, pero mientras que subsistiese el repartimiento de los isleños entre los españoles, se podia continuar el mal, pero no destruir su orígen y principio. Entre el número de las disposiciones buenas adoptadas, debemos mencionar, la de que se pusiesen bajo la direccion de los PP. franciscanos, los hijos menores de trece años de los principales indígenas, para que fuesen por aquellos instruidos en la fé, y aprendiesen á leer y á escribir. Por este sencillo medio, las principales familias abrazaron el cristianismo, porque los hijos llegaron á ser maestros espirituales de sus padres, y el resto del pueblo, siguió el

ejemplo de sus mas notables conciudadanos. De aqui nacieron aquellos numerosos seminarios de los franciscanos, llamados vulgarmente *cristiandades*, porque los niños indígenas eran allí iniciados en los misterios de la fé cristiana. Haiti, y sus islas adyacentes, sacaron gran fruto de esta piadosa institucion.

Sobre el mismo eslabon que une las dos Américas, y cerca de la embocadura del Darien, se acababa de fundar la ciudad de Santa María la Antigua, que recibió luego, por mas breve, el nombre de Darien. A peticion de Fernando, Leon X, erigió en ella, en 1514, una silla episcopal, para la que fué nombrado prelado el franciscano Juan de Quevedo, que llegó á ser el primer obispo de Tierra Firme, en América. El rey puso por adjuntos, para el gobierno y administracion, á Pedro Arias Dávila, gobernador de esta provincia, al dicho prelado y á otros cuatro consejeros, recomendándoles que atrajesen á los indígenas á la fé, hizo que marchasen con ellos dos misioneros; les ordenó que tomasen mas de Haiti si lo creyesen necesario, y asoció además al nuevo obispo, sacerdotes seculares, para regir las parroquias establecidas. Al mismo tiempo que Juan de Quevedo trabajaba en la conversion de los naturales, trataba de prevenir ó reparar los desmanes de algunos españoles, respecto de aquellos, tareas ambas difíciles, puesto que de una parte, los indígenas inclinados naturalmente á la disolucion y ociosidad, se resistian á la instruccion, y por otra parte, lo obtuso de sus entendimientos, no podia hacerlos persuadir de las verdades de la fé. Por otro lado, los ejemplos y la poca caridad de muchos europeos, no eran el mejor incitativo para atraerlos Las instrucciones del rey Fernando, remitidas á Pedro Arias, sobre la conducta que habia de seguir con los americanos, prohibian á los colonos españoles hacerles la guerra, salvo el caso de una justa defensa, y disponian además, el que se asegurasen mucho, si el indígena, que fuese tratado como esclavo, habia sido ó nó cogido realmente con las armas en la mano; pero con gran dolor y desprecio de los misioneros, muchos de los capitanes españoles, no se conformaron con estas instrucciones.

Se ha creido encontrar en las tradiciones de los indígenas de Cuba, pruebas de que antiguamente habian tenido algun conocimiento de la creacion del mundo y del diluvio; pues decian, que el universo, habia sido criado por tres personas solamente; que la tierra habia sido toda cubierta por las aguas, no salvándose de este diluvio sino un anciano, que tuvo la precaucion de construir un gran buque, donde se embarcó con toda su familia, y animales de todas especies. Los isleños añadian á esto, las circunstancias bíblicas del cuervo, y la paloma; la de la embriaguez del anciano, y del crímen de uno de sus hijos, tal como las refiere el *Génesis*, escepto que ellos no daban á este padre, mas que dos hijos, de los que el uno, decian, fué el progenitor de todos los que están vestidos, y el otro, que fué el criminal, el padre de los que viven desnudos. Gabriel de Cabrera, llamando un dia perro, á un viejo indígena, descubrió esta tradicion. ¿Por qué, le dijo el viejo, me llamas perro? ¿No somos todos hermanos y descendientes de aquellos dos hijos de un hombre, que hizo construir un gran navío para salvarse de una inundacion?» Habiendo chocado esta respuesta á Cabrera, hizo nuevas preguntas al indígena en presencia de varios testigos, y sacó de aquí la tradicion que acabamos de contar. Pero sobre esto hace observar Charlevoix, que habiendo desembarcado Cristóbal Colon en Cuba, en su primer viage, pudo ese viejo haber aprendido lo que dijo á Cabrera de algun español de los que allí estuvieron. Por lo demás, no puede negarse que los indígenas de Cuba, tenian, respecto á la otra vida, mas ideas que los de otras islas, pues habiendo venido á saludar á Colon un cacique, en el momento en que el almirante estaba oyendo misa, le dijo despues del sacrificio: «Tú has venido aquí con grandes fuerzas á esta tierra que no conocias, y en la que has esparcido el terror. Pero no sabes que aquí

creemos, que despues de esta vida hay otra, y que todas las almas no van despues de la muerte á un mismo punto; las que han vivido bien, y que sobre todo, han amado la paz y el reposo de los pueblos, serán recibidas en un lugar de delicias, donde gozarán de toda clase de bienes, y las que han obrado por el contrario, irán á un lugar tenebroso, donde hay mucho que sufrir. Si crees que morirás algun dia, y si Dios devuelve á cada uno el bien ó el mal que aquí haya hecho, te guardarás bien de hacer mal á los que no te ofenden.» Sorprendido Colon de estas palabras, tomó de ellas motivo, para dar al cacique alguna nocion del cristianismo, y encargó al gobernador Velazquez, que no descuidase el que se propagase la verdadera religion entre estos pueblos tan bien preparados (1).

Habiendo seguido Las Casas á este gobernador en la isla de Cuba, en la que tuvo el cargo de párroco, de una villa llamada Zanguarama, evangelizó á los indígenas con celo. Al mismo tiempo, usó del derecho que su posicion le concedia, para denunciar el sistema de opresion seguido respecto á los isleños, y se constituyó defensor de estos hombres, á quienes consideraba como á hijos. Ningun sacerdote intervino con mas adhesion y ternura que él, en favor de los americanos oprimidos. Como consultor del gobernador, influyó mucho para serles útil, y así los isleños le amaban como á un padre. Su confianza en él, era tal, que cuando el gobernador tenia algo que mandar, bastaba para ser obedecido en el acto, el que un indígena se presentase en los distritos en nombre de Las Casas, con un pedazo de papel en la mano, publicando que aquello era una carta que les escribia el misionero, y que se disgustaria si dejaban de hacer lo que en ella estaba mandado. La sumision era entonces tan completa, que ni un solo indio replicaba, no sucediendo lo mismo, cuando la ejecucion del mandato se confiaba á los soldados. Durante una visita que este digno prelado hizo en 1513, en las provincias de Bayamo, Cueyba, Caonao y Camaguey, bautizó mas de mil niños, y obtuvo del gefe de la espedicion, la libertad de varios caciques, y de otros muchos isleños, que despues de haber abandonado sus habitaciones y su pais, á causa de la invasion española, consintieron en regresar solo por la promesa que les dió Las Casas. En el año 1515, tomó el partido, viendo sus reclamaciones inútiles, de ir á pedir á España, la revocacion de la órden vigente del repartimiento de los indios. El dominico Diego Deza, arzobispo de Sevilla, le dió cartas de recomendacion para la corte. El rey Fernando, á quien encontró en Plasencia, oyó con estremecimiento el cuadro que le presentó Las Casas, de la tiranía de que los americanos eran víctimas. El dominico Tomás Matienzo, confesor del rey, apoyó sus vivas representaciones, pero estando en esto, murió el rey católico, el 23 de enero de 1516, dejando la corona á Cárlos I de Austria, mas conocido con el nombre de Cárlos V, emperador de Alemania. Las Casas hubiera ido desde luego á Flandes á defender la causa de los americanos, ante el nuevo rey, si el cardenal Cisneros no le hubiera hecho confiar en que él lograria el objeto de su viage, sin dejar la España. Con efecto, Cisneros y el Dean de Lobaina, despues papa, con nombre de Adriano VI, en cuyas manos se encontraba entonces el poder, decretaron medidas contra la esclavitud de los isleños, cuyo repartimiento entre los españoles, á título de depósito ó encomienda, prohibieron. Como los franciscanos y los dominicos no estaban acordes en los medios que se habian de emplear para gobernar y convertir á los americanos, se convino por los gobernadores del reino, que se mandasen á Haiti tres mejores gerónimos, elegidos por el general de la Órden, entre doce que se le habian designado, y conferir á estos comisarios una autoridad completa sobre

(1) Esta anécdota la hemos encontrado referida en las décadas de Pedro Martin de Angleria; pero si nos atenemos á su contenido, debe colocarse este suceso en el segundo viage de Colon, cuando se dedicó espresamente á reconocer la isla de Cuba, para ver si era isla, ó tierra firme, y no en el primero como dice Henrion. (N. del Trad.)

los agentes del gobierno, para administrar las colonias y restablecer los indígenas en toda su libertad. Los regentes nombraron además á Las Casas, *Protector universal de los indios*, y al licenciado Zuazo, juez de residencia contra aquellos que hubieran abusado de sus poderes. A fin de que los colonos que llegaban á la isla procedentes de España, pudiesen establecerse con ventajas, sin el ausilio de los naturales, se indicaron á los comisarios diferentes medios, entre otros, la importacion de negros. Las Casas se embarcó en Sevilla, el 11 de noviembre de 1516, junto con los tres monjes de S. Gerónimo, Luis de Figueroa, Bernardino de Manzanedo, y Alfonso de Santo Domingo. Su primer cuidado, al llegar á Haiti, en el mes de diciembre, fué el reclamar, en calidad de protector de los indígenas, la ejecucion de las órdenes dadas á los comisarios; pero los partidarios del sistema de encomiendas, hicieron entender á aquellos, que ese era el único sistema que podia hacer á los americanos sociables, y garantir su perseverancia en el cristianismo, con lo cual, los geronimianos, á quienes en vano quiso Las Casas comunicar su valor y su firmeza, cedieron en esta parte de sus instrucciones.

El cardenal Cisneros, fijo siempre en la idea de la propagacion de la fé, no permitió, á contar desde el 1516, á los capitanes de navíos el que se dirigiesen á cualquier punto de la América, sin llevar á bordo un sacerdote, secular ó regular. Su solicitud se encontraba secundada por el celo de las órdenes religiosas, y el Capítulo general de los dominicos, celebrado en Nápoles en el año anterior, se ocupó de los medios de evangelizar las Indias orientales y occidentales. El ardor de los hijos de S. Francisco era igual al de los de Sto. Domingo. El franciscano Remi, llevó un gran refuerzo de obreros apostólicos á América. En su número se contaba al hermano del rey de Escocia, que bajo el humilde hábito de S. Francisco, se distinguia no menos por su nacimiento que por su celo. Cisneros arregló esta espedicion de misioneros y ayudó con liberalidad para su embarque.

Entre los franciscanos que evangelizaban ya en la América, Dios eligió para sí tres mártires: Fernando Salcedo, Diego Botello y otro, cuyo nombre se ignora, que fueron muertos, hechos pedazos, y devorados por los caribes de la América septentrional, que emplearon sus religiosos hábitos para estandartes. (Pl. XLIII, n.° 2.) Otros por el contrario, salidos de Haiti para la costa de Paria en la América meridional, bajo la direccion de Juan Garcés, tuvieron una acogida favorable; bautizaron á muchos indígenas, enseñaron á leer y á escribir á muchos niños, hijos de las principales familias, establecieron un convento y se ganaron tan bien los corazones, que por esta consideracion los españoles pudieron comerciar en esta costa con la misma libertad que en España.

En 1517 el hermano Francisco de San Roman, partió del istmo de Darien á España, y al año siguiente lo hizo tambien, Juan de Quevedo su obispo, á fin de hacer prevalecer un modo de obrar mas humano respecto á los indígenas; pero á los dos les precedió Las Casas. Este protector de los americanos, viendo inútiles sus consejos por la debilidad de los PP. gerónimos, volvió á España el 1517 á pedir que la autoridad fuese confiada á hombres mas enérgicos.

Las Casas conoció muy luego, que los ministros flamencos, que habian venido á la Península en compañía del nuevo rey, no estaban propicios á la libertad de los americanos, y así ensayó el ser útil á sus protegidos por medios indirectos. Para mejorar su condicion, era preciso separarlos de la esplotacion de las minas y cultivo de las tierras, y con este objeto, los comisarios geronimianos ya habian representado al rey la necesidad de mandar á América cultivadores españoles ó negros africanos, cuyo trabajo era preferible al de los indígenas. Las Casas entró en este proyecto, cuya iniciativa no era suya. Esta medida recibió la aprobacion de Cárlos, quien permitió á Las Casas transportar cuatro mil esclavos de Guinea á Haiti, y llevar consigo braceros es-

pañoles (1); dióle además, para aumentar su consideracion, el título de capellan de rey, y por último, en 1518, envió á Rodriguez de Figueroa á América con la facultad de dar una completa libertad á los indígenas, conforme el plan de Las Casas, si á este le parecia que aquellos podrian vivir así como cristianos, bajo el amparo de las leyes. Rodriguez, al llegar á Haiti, puso con efecto en libertad á todos los isleños esclavos, pero el tesoro real reclamó de esta medida ante el gobierno de Castilla.

No habiendo podido Las Casas llevar consigo labradores españoles al Nuevo-Mundo, condujo misioneros con el fin de establecer en la provincia de Cumana, tres colonias ó establecimientos modelos, para que á su vista, se demostrase que se podia civilizar y convertir á los americanos, sin intervencion de soldados. Tambien pensó en fundar mas adelante una órden militar protectora de los americanos, que se lisongeaba fuese aprobada por la santa Sede, y por el rey de España.

« Viendo Las Casas que el consejo de España no escuchaba tan favorablemente, como él deseaba sus proposiciones, el buen licenciado perdió la paciencia, y tomó una resolucion verdaderamente imprudente, dice el mismo Charlevoix, si bien inspirada por la piedad. Esta fué el buscar entre todos los que tenian títulos de predicadores ó teólogos de rey á ocho, que en pleno consejo, acusasen á este, por decirlo así, de apatía, responsable ante el tribunal de Dios, en no tomar las medidas tantas veces reclamadas para cortar el mal que se hacia en las Indias. El P. Miguel de Salamanca tomó la palabra á nombre de los demás, y admitido en el consejo dijo allí cuanto su vehemencia pudo inspirarle. Se tuvo la paciencia de escucharle; pero cuando acabó de hablar, el obispo de Burgos, mirándole con ojo severo, le preguntó: ¿De cuándo acá los predicadores del rey se mezclan en los negocios del estado? El doctor La Fuente contestó, que encargados de los intereses de la casa de Dios, y que pudiendo, en caso dado, hablar hasta en un concilio general, mejor podrian dar advertencias á los consejeros y ministros del rey sobre las faltas que acometiesen en el ejercicio de sus cargos, y declaró además, que sino se reformaban los abusos introducidos en las Indias, lo predicarian así en público. » Como se le contestase por un consejero, que se podia probar con hechos positivos, que el consejo habia hecho hasta allí sobre el particular cuanto podia y debia hacer, La Fuente repuso que si se comunicaban esos hechos á los teólogos del rey, los alabarian, si estos lo merecian, pero que si no eran justos, les darian su maldicion así como á sus autores, y, « plegue á Dios,

(1) A propuesta de Bartolomé de Las Casas, Cárlos V accedió á la introduccion de negros en las islas españolas, Fernandina, Puerto-Rico y Jamaica, hasta cuatro mil. Los flamencos que acompañaban á Cárlos, se aprovecharon de su influencia, y obtuvieron ese permiso, que vendieron á los genoveses en 24.000 ducados, con condicion de que por ocho años no diese el rey otro, merced, dice Antonio de Herrera, *que fué muy dañosa para la poblacion de aquellas islas, y para los indios*. Por esto se vé, que el decantado celo del licenciado Las Casas, por aliviar á los indios, estableció y autorizó el tráfico de negros para las islas del Nuevo-Mundo, como si estos no fuesen racionales. ¡Admirable contradiccion del espíritu humano! ¡singular aberracion de una caridad incompleta! El amor esclusivo de Las Casas por una raza, y su oposicion sistemática á cuantas medidas se tomasen en favor de los indios, que no fuesen las suyas, le hace sacrificar inconsideradamente á etra, tan indigna de la esclavitud como aquella, y en ese encubierto cambio de víctimas, su corazon compasivo se halla satisfecho. La diferencia resalta mucho mas, cuanto que los indígenas americanos estaban declarados libres, y únicamente se exigia de ellos que trabajasen como era justo, ganando su sustento como los demás, sugetos en las encomiendas, donde iban tomando los hábitos de laboriosidad, y acostumbrándose á las costumbres y civilizacion europea, pues desde el momento que se les dejaba en absolutá libertad, como escribia al rey, Ovando, ellos naturalmente perezosos é indolentes, se entregaban á los vicios, y rehusaban toda instruccion. Las Casas queria que no se les obligase á trabajar nada, y tuvo por conveniente autorizar una verdadera esclavitud, para aliviar á los que eran libres, y que si se les obligaba á trabajar, era pagándoles su jornal como á un español cualquiera. Redunda tambien en gloria de nuestra nacion, como dice Navarrete, el que no fueron españoles los que agenciaron esta infame negociacion, propuesta por Las Casas, ni intervinieron en ella, sino flamencos codiciosos y genoveses traficantes. Y si mas tarde hubiera resucitado Las Casas, ¿qué hubiera dicho el protector de los indios, al ver que esos negros que como esclavos, transportaba desde las costas de Africa, para aliviarlos en sus faenas y labores, se habian de levantar con el pais, y erigir un imperio independiente, con aprobacion y reconocimiento de las naciones cristianas y cultas de la Europa, en la misma isla de Santo Domingo, que fūé el primer establecimiento de los europeos en el Nuevo-Mundo? ¡admirable contradiccion repetimos, del espíritu humano, y consecuencia precisa de una idea cuando es terca y sistemática, que no repara en medios para conseguir un fin! (N. del Trad.)

añadió, que esa maldicion no caiga sobre vuestras señorias. » Y diciendo esto, salio de la sala con sus compañeros. Comunicaronsele en efecto las ordenanzas que ya estaban redactadas, y el consejo recibió sus observaciones con dulzura.

En Barcelona fué donde el protector de los indígenas sometió su proyecto al rey. Habiendo llegado á aquel puerto á la sazon Fr. Juan de Quevedo, obispo de Darien, Cárlos quiso asistir personalmente á una sesion del consejo de Estado, en la que Quevedo, Las Casas y otro franciscano, que habia estado mucho tiempo en Haiti, debian ser llamados para emitir su parecer. (Pl. XLIV, n.° 1.) El obispo habló el primero, asegurando que los gobernadores de Darien habian causado un mal incalculable en esa parte de la América, pero añadió, que los indígenas, en su concepto, le parecian *nacidos para la servidumbre.* «Convengo que son almas por las que Jesucristo derramó su sangre, continuó, ¡no permita Dios, que yo pretenda abandonarlas! y alabado sea el celo de nuestros piadosos monarcas, en atraer esos infieles á Jesucristo! Pero yo sostengo que la servidumbre es para eso el medio mas eficaz que se pueda emplear. Ignorantes, estúpidos, viciosos, como ellos solos, ¿se podrá nunca inculcarles los principios de la religion, á menos de tenerles en una sujecion útil? Ligeros é indiferentes para abrazar el cristianismo como para dejarle, se les vé á veces, al salir del bautismo, entregarse á sus antiguas supersticiones (1).» Las Casas tuvo otro lenguaje. «Alto y poderoso Señor: dijo, soy uno de los primeros que han abordado al Nuevo Mundo, en el que hace muchos años que estoy empleado: he sido testigo de cuanto en él ha pasado, y por esto es por lo que he tomado la resolucion de volver á España, no porque sea mejor cristiano que otro, sino porque los males de los indios han escitado mi compasion natural. Para informar al rey católico D. Fernando, dejé aquellos reinos. Su Alteza, á quien encontré en Plasencia, me escuchó con bondad y me ordenó que fuese á esperarle á Sevilla, donde él acudiria, y se pondria remedio á tanto mal. Este príncipe murió en medio de su viaje, y así nada pudo hacerse. Despues de su muerte, me dirigí con el propio objeto á los gobernadores del reino, el cardenal Cisneros y el de Tortosa, quienes tomaron escelentes medidas, y despues que V. M. ha llegado, es á ella á quien dirigí unas memorias cuyo efecto hubiera sido infalible, sin la muerte del gran canciller. Prosigo de nuevo mi primera empresa; pero sé que existen enemigos de toda virtud y de todo bien, que han formado empeño en que me estrelle con mi proyecto. Importa tanto mas á V. M. el oirme y el disponer que sean confundidos los autores del mal, cuanto que, independientemente de lo que puede interesar á la conciencia de V. M., puedo asegurarla que ninguno de cuantos estados le están sometidos, ni aun la totalidad de sus reinos, puede compararse á la menor parte de los bienes y riquezas de este Nuevo-Mundo. Al informar de esto á V. M., creo hacerle el mayor servicio como á mi rey; y esto sin desear sus gracias ni recompensas, porque yo obro así por su servicio, salvo la obediencia y adhesion que le debo como su humilde súbdito, por esto y por la gloria de Dios, es por

(1) No puede negarse, que el voto del obispo Quevedo era [illegible] que se tenia, de que los indios [illegible] sujecion á los europeos [illegible] en la primera generacion despues de la [illegible] del trabajo, y se retiraban á [illegible] supersticiones y vicios. El sistema de encomiendas y repartimientos, fué necesario en [illegible] para la instruccion cristiana de los [illegible] pudo haber algunos abusos que abusasen de los indígenas, recargándoles en el trabajo ó descuidando su [illegible] mismos trabajos, ya públicos ya privados, fueron regulados por las leyes de Indias, modelo de solicitud paternal para con los indios, y [illegible] colonia estrangera. Además de las autoridades, y de los misioneros que velaban incesantemente por el buen tratamiento de los indios por los colonos españoles, aquellos tenian sus síndicos y abogados que les defendian, y sus reclamaciones eran atendidas, y si el número de indígenas disminuyó considerablemente en la isla, no fué por el recargo de trabajo, sino por otras causas naturales, y especialmente el contagio de la viruela, que arrebató en poco tiempo millares de víctimas, sobre lo cual puede el lector consultar la obra titulada *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en Indias, por Nuix y Perpiñá*, edic. del 1783, añadida por su hermano D. José. (N. del Trad.)



lo que yo he tomado sobre mí el compromiso de trabajar sin descanso, en procurar á V. M. los bienes y las ventajas mas estimables, declarando de nuevo que renuncio, en cambio de eso, á toda gracia y favor temporal, y si me acaeciese directa ó indirectamente el pedir para mi la menor recompensa, consiento en que se me acuse de mentira y felonia con respecto á mi rey. Por último, muy poderoso príncipe, los hombres que pueblan el Nuevo-Mundo, tan rico en todo, son, Señor, muy capaces de abrazar la fé cristiana, y susceptibles, si se les dan lecciones de moral y de doctrina, de adherirse á la virtud y vivir cristianamente. La naturaleza les ha hecho libres, y ellos conservan su libertad lo mismo que los reyes y señores naturales, que gobiernan sus ciudades. En cuanto á la opinion del reverendo obispo, que les cree *esclavos por naturaleza*, pienso que él ha hecho alusion á lo que el *filósofo* (Aristóteles) dice al principio de su *Política*; pero entre como se debe entender esto, y lo que el R. Prelado quiere decir, hay tan gran diferencia como entre el cielo y la tierra. Por otra parte, aun suponiendo que el obispo tenga razon, es menester no olvidar que el *Filósofo* era pagano, y que arde hoy dia en los infiernos, lo que prueba, que no debe usarse de su doctrina, sino en cuanto está acorde con nuestra santa fé y con los usos de la religion cristiana. Nuestra religion es única y puede convenir á todas las naciones del mundo, ella las recibe á todas en su seno, no quita á ninguna su libertad, y sobre todo, está muy lejos de querer que se haga á un pueblo esclavo, bajo pretesto de que ha nacido para eso, como lo pretende el señor obispo. Dígnese pues V. M. inaugurar su reinado, demostrando el mas alto desprecio á tan perjudicial doctrina y desaprobar sus consecuencias.» El religioso franciscano, llamado en seguida á dar su parecer, habló en términos no tan prudentes y mesurados como Las Casas, insistiendo principalmente en la tiranía que decia pesaba sobre los indios, pintando con los mas negros colores los escesos y tropelias cometidas en América, en lo cual, aunque no con tanto esceso como suponia el franciscano, convenia en parte el obispo de Darien. El almirante D. Diego Colon, que vino algun tiempo despues á España, se espresó en el mismo sentido que Las Casas, y por último, el mismo obispo Quevedo interrogado sobre su parecer respecto al proyecto del protector de los indígenas contestó que le creia digno de consideracion. Este prelado murió, poco despues de esto en España. Sancionado al fin por el príncipe el proyecto de Las Casas, regresó á Haiti en 1520 para prepararse allí al viage á la costa de Cumana.

Fundaba este su esperanza para la conversion de los indígenas de esta costa, en el apoyo de los misioneros franciscanos y dominicos que allí se habian establecido poco tiempo antes. Con efecto, los indígenas de aquella parte, tenian confianza en ellos, y edificados con sus ejemplos, ya se iban preparando á recibir la instruccion, cuando la perfidia de un capitan aventurero, llamado Alfonso Ojeda, atrajo una espantosa catástrofe. Habiendo fondeado en Cumana para la pesca de las perlas, atrajo á la playa á los indígenas y cogió muchos de ellos que transportó en seguida á la otra costa para venderlos como esclavos; pero habiendo tenido la imprudencia de bajar á tierra, fué muerto por el cacique de Maracapana. Los demás españoles y los franciscanos establecidos en el pais á quienes los indios creian estar en inteligencia con Ojeda, tuvieron que huir y embarcarse para Haiti, y no quedó mas que un hermano lego, llamado Denis, en quien los indígenas se vengaron del crímen de Ojeda, asesinándole de la manera mas cruel. El cacique de Maracapana, aconsejó á los naturales, que quitasen del medio á los dos dominicos que habia en el convento de Santa Fé, los cuales, cuando menos lo pensaban, estándose preparando, uno para decir misa, y otro para comulgar, fueron tambien asesinados por los indios, quienes, además, pegaron fuego al monasterio, hicieron trizas las campanas, cruces, imágenes y demás utensilios, y hasta

cortaron los árboles plantados que babian venido de Europa. Estando en Puerto-Rico supo Las Casas tan triste acontecimiento que echaba por tierra todos sus planes y esperanzas. Los españoles fundaron allí una ciudad llamada Nueva Toledo, donde se refugiaron los franciscanos huidos de Cumana. Estos religiosos, cuyo guardian era el P. Garcés, poseian un jardin, donde cultivaban el naranjo, la viña, y otras varias frutas y legumbres de España, y su casa, que no estaba á tiro de fusil de la orilla del mar, dominaba al rio Cumana, que ha dado su nombre á toda la provincia. Estos sirvieron de útiles intermediarios entre los indígenas y Las Casas, que no encontró obstáculo para trasladarse á la costa, teatro de la catástrofe. El protector de los americanos se sirvió tambien de una muger cristiana de su nacion, llamada María, para que anunciase en su nombre á los indígenas, que el rey de España le enviaba allí para hacer cesar las traiciones y malos tratamientos de que hasta entonces habian sido objeto, y de procurarles con el conocimiento del verdadero Dios cuantos bienes podrian desear. Las Casas creyó, como su primer deber, el interrumpir toda comunicacion entre los naturales de la costa y los colonos españoles de la isla de Cubagua, que fomentaban el gusto depravado de los indios por el vino de España para que estos apoyasen su comercio de oro, perlas y esclavos. La desobediencia de estos colonos á las órdenes de Las Casas, obligó á este á marchar á Haiti á pedir justicia, dejando en el ínterin encargada la colonia á un tal Francisco Soto, que disminuyó imprudentemente los medios de defensa de Nueva Toledo. Irritados los indígenas de las trabas que se ponian al cambio de sus tiernos hijos por el vino de España, resolvieron destruir este fuerte, y aun matar á los franciscanos, lo cual se verificó quince dias despues de la salida de Las Casas, segun lo cuenta Herrera en estos términos: «Instruidos los religiosos del complot, tres dias antes de realizarse, preguntaron á la india María si la conspiracion era cierta, lo cual negó esta, rotundamente. El mismo dia llegó á la costa un barco que venia á cambiar mercancías. Los españoles y los religiosos pidieron á su patron que les recibiese á bordo para escapar del peligro, pero sus ruegos fueron inútiles. Los franciscanos que estaban con Soto se hallaban en la mayor angustia, aguardando de un momento á otro el resultado, sin embargo, para defenderse, se pusieron delante del convento y el almacen de los españoles algunos pedreros que habia, mas cuando quisieron usar de la pólvora, se encontró que no servia, por estar muy húmeda. Al dia siguiente, llegaron los indios con su infernal gritería, incendiaron el almacen y mataron dos ó tres españoles, y mientras tanto, otros escalaron la cerca del jardin de los religiosos y penetraron en él. En este apuro, acordándose los PP. de un bote que tenian en un estanque, que llenaban las aguas del rio, y que podria recibir unas cincuenta personas, religiosos y seglares, entraron todos en él, menos el hermano Domingo, que á los primeros gritos de los indios se ocultó sin ser visto detrás de unos rosales. La lancha, que llevaria á bordo una veintena de españoles, avanzó hácia el rio para ganar el mar y se dirigió á la punta de Araya, donde se encontraban las salinas con los buques de su cargamento, pero á distancia de dos leguas de mar. La corriente les impedia adelantar, y los indios que vieron el bote se lanzaron en una piragua en persecucion de los españoles, que cansados apenas podian mover los remos. Las dos embarcaciones embarrancaron casi al mismo tiempo en una plaza erizada de zarzas y cardos silvestres con espinas, tan espesos, que formaban una valla difícil de superar. Como los indios estaban desnudos, apenas podian avanzar por aquel terreno erizado, en medio del cual se hallaban los españoles, y despues de estar aquellos un poco tiempo irresolutos, se retiraron al fin por temor de que les hiriesen las espinas, y esta circunstancia providencial, salvó la vida de los fugitivos, que no desampararon su improvisada fortaleza hasta que vieron ya alejados á los indios. Aunque bas-

tante mal tratados por las zarzas llegaron los españoles al sitio donde estaban los barcos que cargaban la sal, donde fueron recibidos con todo el interés que reclamaba su desgracia. Los indios, vueltos á tierra, incendiaron el convento, cometieron en su iglesia los mayores sacrilegios, mataron un niño que servia para manejar la máquina hidráulica de que los españoles se servian, y dejaron por todas partes huellas de su furor y rabia contra unos buenos religiosos que no les habian hecho mas que bien. El hermano Domingo, que como dijimos habia quedado oculto detrás de los rosales, salió al fin despues de haber encomendado su alma á Dios, al cabo de tres dias, sin duda creyendo que no tendria nada que temer de los indios que andaban por las cercanías y de los que habia sido siempre amigo. Sin embargo, aquellos le hicieron prisionero, y estuvieron dudando sobre lo que harian con él. Unos querian salvarle, otros que se le matase, y esto es lo que al fin se decidió por la influencia de un indio llamado Orteguilla, que habia sido criado del convento. En su consecuencia, le pasaron una cuerda alrededor del cuello, y despues de partirle la cabeza de un hachazo, arrastraron sus inanimados restos, por el contorno, ultrajándolos de mil maneras, y Orteguilla llevó su descaro hasta el punto de desnudar al mártir y llevar puesto su hábito muchos dias.» (Pl. XLIV, n.° 2.) Las autoridades de Haiti se ocuparon en seguida de restablecer el dominio español en la costa de Cumana; pero no pensaron en secundar el plan de colonizacion de Las Casas.

Este desatentado con tan frecuentes desengaños, encontró algun consuelo en la compañía de los religiosos de Sto. Domingo, con quienes vivia, y sus relaciones con ellos le inclinaron á tomar el hábito de su órden, lo que se verificó, segun Herrera, en 1521, y segun Remesal, en 1523. La mayor parte de su tiempo la empleaba en la oracion y el estudio, ocupándose además en buscar los indígenas en los bosques ó entre las rocas para consolarlos, catequizarlos y disponerlos á la gracia del bautismo. Entonces fué cuando compuso su tratado *De unico vocationis-medio*, en él quiso probar que la dulzura y la benevolencia eran los medios únicos de convertir á los americanos.

CAPÍTULO XXXV.

Primer viaje alrededor del mundo por Magallanes. — El cristianismo es anunciado al Brasil, en la Patagonia, en las islas Marianàs, en el archipiélago de Filipinas y en las Molucas.

Creemos oportuno interrumpir nuestra relacion para decir algo de la gloriosa espedicion de Magallanes, que llevó á ejecucion el plan favorito de Cristóbal Colon, es decir, que descubrió en beneficio de España, un paso á las Indias orientales por el oeste, sin tocar en nada á la parte del globo atribuida á los portugueses, segun la línea de demarcacion que Alejandro VI habia trazado. Fernando Magalhaens ó Magallanes, portugués de orígen, y de una familia honrada sirvió por espacio de cinco años en las espediciones á las Indias orientales, bajo el mando del famoso Alburquerque, quien encargó á Francisco Serrano, amigo y pariente de Magallanes, el que fuese á las Molucas á erigir allí un fuerte, proyecto que no ejecutó este último, á causa de que todos los reyes bárbaros de ese archipiélago, por una ambicion insensata, pretendian que estuviese en su estado respectivo, y á quienes Serrano, á título de pacificador, quiso someter á un tiempo, en vez de fijarse en un sitio particular. Se ha dicho por algunos, que este gefe portugués amenazado de una parte por Alburquerque, á quien habia desobedecido, no construyendo el fuerte, y viendo de otra, que el mismo Magallanes, á su vuelta á Lisboa, no habia obtenido la recompensa que él creia merecer, propuso á este entregar el archipiélago de las Molucas á la España, insinuándole además la posibilidad de encontrar el cabo de la América meridional, ó un estrecho que comunicase del mar Atlántico al mar de las Indias. Magallanes ya tenia como cierta la existencia de este paso, ya porque

le hubiese visto diseñado en la carta marítima de Martin de Behaim, ó ya fundándose en las ideas de Colon, confirmadas por las observaciones hechas, despues del ilustre genovés. Descontento del Portugal, ofreció á España conducir una escuadra, girando siempre al oeste de la línea de demarcacion hasta las islas de las especerías, que él afirmó se encontraban en la parte del globo, que segun la línea de demarcacion pertenecia á los españoles. Viendo el cardenal Cisneros en el buen éxito de esta empresa, un acrecentamiento de gloria y de riquezas para su pais, escuchó con interés la idea de Magallanes, á quien Cárlos I, despues, persuadido de que el Portugal habia invadido lo que le pertenecia, le dió una escuadra y el título de capitan general (1). Este navegante se hizo á la vela, desde Sevilla, el 10 de agosto de 1519, acompañado de Antonio Pigafetta, noble veneciano, que habia venido á España en compañía de Francisco Chiericato su paisano, protonotario apostólico, embajador de Leon X y despues obispo y príncipe de Teramo. Este Pigafetta fué el cronista de este primer viage alrededor del mundo (2).

Magallanes, despues de haber tocado en las Canarias, tomó su ruta directamente al Sud, á lo largo de la costa de América. El 13 de diciembre, dia de Sta. Lucia, penetró en la bahia que recibió despues el nombre de Rio-Janeiro, (*Rio de enero*). Esta dependia del Brasil, «tierra tan estensa como España, Francia é Italia reunidas, dice Pigafetta, y que ya pertenecia al rey de Portugal.» Este viagero habla de los brasileños, pero de una manera incompleta. Nosotros entrarémos en algunos detalles sobre los Tupis, dueños de la costa, y á quienes ya los franciscanos evangelizaban, desde el descubrimiento que Cabral habia hecho.

Los tupis, así llamados de la palabra *tupau* (trueno), se subdividian, dice Mr. de Orbigny, en muchas tribus. Así como los americanos actuales, estos tenian color cobrizo, cuerpo sin vello, cabellos negros y brillantes, labios partidos, cuerpo pintado con el jugo de una fruta, la cabeza adornada de plumas de colores, y el cuello rodeado de collares, formados con varias semillas. Hombres y mugeres andaban desnudos.

«Sus armas eran el arco y flechas, y sus instrumentos músicos consistian en una especie de gran trompa, que servia para animar la marcha de los guerreros, y una clase de pandero destinado á las ceremonias religiosas.

«Nómadas y vagamundos, jamás permanecian seis meses en un mismo lugar. Sus cabañas de las que se componian sus móviles aduares, tenian sobre sesenta pasos de longitud, y allí se recogia toda una familia. Cada habitacion disfrutaba de un pequeño campo que la estaba anejo.

«La caza y la pesca era su alimento y su único cultivo era el del manioc ó yuca, que

(1) No se han alcanzado grandes noticias acerca de la vida privada de un hombre tan estraordinario como Magallanes. Navarrete, dice de él, que desde 1512, ya estaba de vuelta en Portugal, pues el 12 de junio de ese año, se le vé con el título de *Hidalgo Doncel*, con el emolumento de mil reis mensuales de sueldo. Al siguiente, pasó á ser nombrado *Hidalgo Escudero*, con mil ochocientos cincuenta reis. Despues de los acontecimientos de Azamor, solicitó del rey, en consideracion de su empleo, de su nobleza y del mérito que habia contraido, algunas recompensas. El rey desatendió demanda tan moderada y justa, prevenido seguramente contra Magallanes, y esto fué sin duda lo que le decidió á ofrecer sus servicios á España. De modo, que aquel á quien las naciones estrañas han honrado con el dictado de hombre grande, ha quedado para con los portugueses, como manchado con la nota de desleal. Se sabe tambien que Magallanes, estuvo casado con una hija de Diego Barbosa, alcaide del alcázar de Sevilla. Osorio que le conoció, le llama *Vir [illegible] et magno animo preditus*. Barros, pondera su profundo conocimiento en las ciencias, y en especial, en la navegacion; pero todos estos historiadores portugueses, inclusos el poeta Camoens, si le admiran, ni le absuelven. (N. del Trad.)

(2) Segun Denis, en su Historia de Portugal, además de la relacion de Pigafetta, de esto viage, debe citarse el libro de otro portugués, Duarte Rescude, que habia sido factor del Ternate. [illegible] escribió una obra titulada *Trata- [illegible] que Fernando Magalhaes y sus compañe- [illegible] de Maluco* en 1522, la cual no se ha [illegible]. Además, segun dice el mismo autor, el *De-*

rotero original de Magallanes, que es el instrumento donde consignaria este sus observaciones, y que conservaba Antonio Moreno, cosmografo de la casa de Contratacion de Sevilla, se ha perdido, lo cual seria curioso que constase, para amplificar el relato. Barros, solo nos ha conservado en su tercera década, la órden del dia que dió Magallanes, el 21 de noviembre de 1520, en el estrecho de Todos Santos, en la cual dió á todos las instrucciones convenientes para el bien de la empresa. (N. del T.)

usaban de diversas maneras, sacando tambien de él un licor espirituoso.

«No reconocian estos pueblos mas que los dos principios, del bien y del mal. Creian en otra vida, en la que las almas de sus guerreros se sentaban en banquetes divinos. La poligamia era permitida entre ellos, pero respetaban en sus alianzas el parentesco de padres, hijos y hermanos. El padre, despues de tomar en sus brazos al recien nacido le aplastaba la nariz con el dedo pulgar, le lavaba cuidadosamente, y si era varon, le fabricaba en seguida un pequeño arco, flechas, y una maza, diciéndole: «Se valiente para vengarte de tus enemigos.» En seguida le daba el nombre de un animal ó de una planta cualquiera.

«Los funerales de los tupis tenian su ceremonial. Las mugeres se reunian y lloraban mucho al difunto por espacio de medio dia, haciendo esclamaciones y visages, despues se hacia un hoyo redondo y profundo de cinco ó seis piés, y allí se enterraba el cadáver casi de pié con los brazos y piernas ligadas.

«No puede decirse á punto fijo cuál era el gobierno de los tupis, solo sí, que tenian sus consejos, donde todo lo mas importante se decidia á mayoría de votos. El homicida tenia pena de muerte. Se entregaba al matador á los parientes de la víctima y estos le estrangulaban. Cuando ocurria un motivo de ofensa de tribu á tribu, el combate decidia la cuestion, y á veces el choque tenia lugar entre ejércitos numerosos. Los prisioneros servian despues para los execrables festines, y despues de quitarles la vida y de curar su carne como en salazon, se la comian, aprovechando los huesos para diferentes usos.

«Su idioma, que hablan aun los indígenas del litoral, es como un dialecto del Guarani, donde existen sus radicales en un espacio de mas de sesenta grados. Esta lengua carece de ciertas letras de nuestro alfabeto, tales como la *f*, *h*, *j*, *u*, y *z*. Los nombres sustantivos y adjetivos son indeclinables, sin admitir el plural.

«Entre las subdivisiones de los tupis, se contaban en la época de la conquista, los carijos, que ocupaban la costa al sud de San Vicente de la isla de Santa Catalina; los tamoyos, que se estendian hasta Angra-dos-Reys; los tupinambas, los tupiniquins, los tupinoes, que ocupaban el litoral del Brasil central; los pitagoares, que acampaban entre el Rio Grande y el de las Amazonas, y otra multitud de tribus. En medio de toda esa diversidad de pueblos brasileños, se percibe siempre una especie de uniformidad de costumbres, leyes y fisonomía, que resulta de carácteres análogos. Si en lugar de crear estas subdivisiones infinitas, la ciencia ethnológica tratase de agrupar y formar grandes familias apenas se encontrarian dos ó tres en el Brasil que mereciesen nomenclaturas especiales.»

Pigafetta, que vió á los brasileños al principio de la ocupacion portuguesa, creyó que seria fácil hacerlos abrazar el cristianismo. Una casual circunstancia, contribuyó á que los indígenas recibiesen á Magallanes con respeto y veneracion. Reinaba en el pais, despues de dos meses, una gran sequía, y como en el momento de llegar los europeos, cayó una lluvia abundante, los tupis atribuyeron este beneficio del cielo á su presencia, y cuando al desembarcar, se dijo la primera misa en tierra, la presenciaron todos en silencio, y con aire de recogimiento.

Magallanes empleó mucho tiempo en reconocer las bahías y los golfos, que le parecian ser accesibles á una comunicacion entre el océano atlántico, y el océano índico, tanto que, hasta el 12 de enero de 1520, no se encontró en el Rio de la Plata, formado con las aguas del Parana y del Paraguay, cuya estension no tiene igual en el mundo, puesto que presenta una anchura de mas de cincuenta leguas en su desagüe. El 31 de marzo, Magallanes tocó en el puerto de San Julian, al 48° al sud del ecuador, donde determinó pasar el invierno. En un principio, no vió habitante alguno en ese pais, mas los que se presentaron despues, segun Pigafetta, tenian una talla gigantesca, y habla especialmente de

un patagon, á quien enseñó á pronunciar el nombre de Jesus, y bautizó mas adelante, con el nombre de Juan. Hoy dia, el fantasma de estos famosos patagoneses, de siete á ocho piés de altura, se ha desvanecido. Es cierto que se vén en la Patagonia hombres verdaderamente altos, comparativamente á las demás razas americanas; pero nada tienen de estraordinario, pues entre seiscientos de ellos que observó d'Orbigny, el de mas talla, no tenia mas de cinco piés y once pulgadas francesas. El P. Dobrizhoffer, citando lo que han dicho los primeros navegantes, acerca de la dimension de osamentas encontradas en la costa, y reputadas humanas, trata de demostrar que esos huesos pertenecieron á una gran especie de animales de tierra ó de mar, y añade: « Créase de estos huesos lo que se quiera, pero yo puedo asegurar, por mi propia vista, que los patagones no son gigantes. » El P. Falconer, al reconocer que los patagones, en lo general, tienen gran talla, declara no haber oido jamás hablar de una raza gigantesca. Los españoles que venian con Magallanes, plantaron una cruz sobre la cima de una montaña inmediata al puerto de San Julian, dándola el nombre de Monte-Cristo (1).

Despues de haber contenido una especie de motin que se alzó entre la marineria, que queria que se abandonase el proyecto de un inconsiderado aventurero, y que se diese la vuelta á España, Magallanes continuó su viage, y descubrió por fin, en el 53° de latitud, la entrada de un estrecho, por donde se lanzó á pesar de la repugnancia y oposicion de sus compañeros. Veinte dias navegó por este canal tortuoso y lleno de peligros, al que dió su nombre, y en el cual le abandonó uno de sus buques (1). Al salir de este estrecho, se desplegó á sus ojos el horizonte inmenso de la mar del sud. Lleno de alegría el intrépido marino, dió gracias al cielo por el feliz resultado de su empresa. De esta manera quedó consumada la revolucion geográfica, á la que Cristóbal Colon, y Vasco de Gama, dieron principio con tanta felicidad, el uno, por el descubrimiento de la América, y el otro, doblando el Cabo de Buena-Esperanza, en 1497. « Desde entonces, dice Mr. d'Orbigny, el lazo hasta entonces misterioso y oculto, que unia los dos mundos, se hizo patente á todos. Desde esta época, el universo entero se abrió á la ávida curiosidad de los misioneros de la ciencia, y de los ambiciosos especuladores. Desde entonces, ya no hubo secretos para el geógrafo, para el naturalista, ni para el filósofo. »

Sin embargo, Magallanes se encontraba aun á mucha mas distancia de la que él se imaginaba, del término de su viage. Por espacio de tres meses y veinte dias, navegó constantemente al nord-oeste, sin descubrir tierra alguna, á escepcion de dos islas desiertas, que pertenecian á las de la Sociedad; sufrió el hambre y el escorbuto; pero tuvo un buen tiempo sostenido, y vientos tan favorables, que dió á este océano, el nombre de Pacífico, que le ha quedado hasta el dia. Cuando ya los españoles estaban reducidos á la última estremidad, se encontraron con un grupo de islas, donde se repusieron y recobraron la salud. Los isleños, que jamás habian visto el hierro, habiendo robado algunos trozos, Magallanes dió en castigo á su archipiélago, el nombre de islas de los Ladrones, que despues se cambió

(1) El nombre de patagones fué dado á estos indios en 1520, por Magallanes. Segun Olivier de Noort, los habitantes de la Tierra del Fuego designan á los patagones con el nombre de *T[illegible]remenen*. Los colonos españoles del Cármen, les aplicaron la denominacion de *Tehuelches*. Los indios de Chile, les llaman [illegible]; los araucanos, *[illegible]*, ó hombres del Sur. [illegible] los patagones mismos toman dos nombres diferentes, el de *[illegible]* por los del norte, y el de *[illegible]*, por los naturales del sur. (N. del Trad.)

(1) Se ha afirmado por algunos, que el estrecho de Magallanes, habia sido indicado claramente desde el siglo XV, en uno de los dos mapas, que trajo por aquel tiempo á Portugal, D. Pedro Alfarnobeira, los cuales se conservaban como preciosos documentos, en el convento de Alcobaza. La desaparicion de estos, hoy dia no permite entablar discusion alguna sobre el particular, que pueda tener algun peso; pero lo que sí es cierto, es que diez y seis años despues del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon, reconocieron Juan Diaz de Solis y Vicente Yañez Pinzon, la embocadura del Rio de la Plata, y siguieron toda la costa hácia el sur, hasta el 400 grados de latitud austral, recorriendo mucha parte de lo que anduvo Magallanes. (N. del Trad.)







por el de Islas Marianas, cuando María Ana de Austria, esposa de Felipe IV, envió allí misioneros para predicar allí el evangelio.

Desde el archipiélago de los Ladrones, Magallanes avanzó mas aun al este, y descubrió las islas que denominó archipiélago de San Lázaro, que fueron despues llamadas Filipinas, del nombre de Felipe de Austria, hijo de Cárlos V.

Pigafetta nos habla de dos reyes, el uno, rajah de Colambu, y el otro, de Siagu, que mandaban en dos territorios, en la costa oriental de la isla de Mindanao, y que se reunian para sus mútuas conferencias, en la isla de Massana. Pintándonos á uno de estos príncipes, añade: «Era este el hombre mas bello que he visto en este pueblo. Sus cabellos negros, caian elegantemente sobre sus espaldas, un velo de seda cubria su cabeza, y de sus orejas pendian aretes de oro. Desde la cintura á la rodilla, vestia un tonelete de algodon bordado de seda. Todo él estaba perfumado con estoraque y benjui. El dia de pascua, que cayó entonces el 30 de marzo de 1521, el general, muy de mañana, hizo desembarcar al capellan y algunos marineros para preparar lo necesario.... Saltamos á tierra en número de cincuenta.... Los dos reyes abrazaron al general, y le pusieron en medio de ellos. Marchando todos en órden, fuimos hasta el sitio donde iba á celebrarse la misa, que no estaba lejos de la playa. En el momento de la oblata, los dos reyes besaron como nosotros la cruz, pero no hicieron ofrenda. A la elevacion de la hostia, tambien adoraron la eucaristía, juntando las manos como nosotros lo haciamos. La artillería de los buques, en aquel momento solemne, hizo sus disparos. Despues de la misa, el general se hizo traer una gran cruz guarnecida con los clavos, y una corona de espinas, ante la cual nos prosternamos, y los isleños nos imitaron.» Esta cruz, fué plantada en la cumbre de la mas elevadà montaña de los alrededores.

Los isleños de Zebú, donde el rajah Colambu acompañó á Magallanes, se mostraron dispuestos á abrazar el cristianismo. El dia 14 de abril de 1551, fué el designado para el bautismo del rey, ceremonia que Pigafetta cuenta en estos términos: «Para ello se alzó en la plaza, que ya habiamos bendecido, un tablado, cubierto de tapicerías, y de hojas de palma. En el momento en que pusimos pié en tierra, que lo hicimos sobre unos cuarenta, con la bandera real, los buques hicieron una descarga de toda su artillería, lo que no dejó de espantar algo á los isleños. Despues de haber plantado una gran cruz en medio de la playa, se dió por bando, que cualquiera que quisiese abrazar el cristianismo, debia destruir todos sus ídolos, y sustituirlos con la cruz. Todos consintieron en ello. El general, entonces, tomando al rey por la mano, le condujo al tablado, donde le vistió con una túnica blanca, y allí, el capellan le bautizó, (Pl. XLV, n.º 1), junto con el rey de Massana, el príncipe, su sobrino, un comerciante moro, y sobre unos quinientos indios. El rey, que antes se llamaba rajah Humabon, recibió el nombre de Cárlos, en memoria del emperador. A los demás, se les pusieron otros nombres. En seguida se celebró la misa.... Despues de comer, volvimos á saltar en tierra para bautizar á la reina y otras muchas mugeres, subiendo con ellas al tablado. Yo regalé á la reina una pequeña estátua que representaba á la Vírgen con el infante Jesus en brazos, lo que le agradó mucho, diciéndome, que la pondria en el lugar de sus ídolos. Se puso á la reina, el nombre de Juana, en recuerdo de la madre de Cárlos V, el de Catalina, á la esposa del sobrino del rey; y el de Isabel, á la reina de Massana.... Bautizamos ese dia, á mas de ochocientas personas, hombres, mugeres y niños.... Los habitantes de Zebu, y de las islas vecinas, recibieron todos el bautismo. Hubo sin embargo una, cuyos moradores se negaron á obedecer en eso al rey y á nosotros; y despues de haber quemado todas sus casas, se plantó allí una cruz, porque estaba poblada de idólatras, pues si los habitantes hubiesen sido moros, se hubiera puesto en su lugar, una columna

de piedra, como padron de su endurecimiento. El general, saltaba diariamente en tierra para oir la misa, á la que acudian presurosos todos los nuevos cristianos, quienes por medio de un catecismo, se les iba esplicando poco á poco la doctrina cristiana. Un dia, la reina vino tambien con toda su pompa á la misa, precedida de tres damas de honor, que llevaban tres de sus sombreros tejidos de hojas de palma en forma de quitasol; vestia un traje blanco y negro, y un gran velo de seda tejido en oro, cubria su cabeza y espaldas. Acompañábanla tambien otras mugeres desnudas, menos de cintura abajo, y con sombreros y velos. Despues de haber saludado la reina el altar con una inclinacion de cabeza, se sentó sobre una almohada de seda bordada, y el general la roció con agua de rosa, olor que agrada sobremanera á las mugeres de este pais....

«Viendo el general, que habia mandado al rey y á los demás nuevos cristianos, que segun lo prometido, quemasen sus ídolos, y que aquellos no solamente los conservaban aun; sino que les hacian sacrificios de viandas, segun su antigua costumbre, se quejó altamente y les reprendió. Ellos no trataron de negarlo, pero creyeron escusarse diciendo, que los sacrificios que hacian, no eran por ellos, sino por un enfermo, cuya salud esperaban que le volverian los ídolos. Este enfermo, era el hermano del príncipe, el mas sábio y el mas valiente de la isla. Enterado el general de eso, y animado de un santo celo, les dijo, que si ellos tuviesen verdadera fé en Jesucristo, y sobre la marcha, hubiesen quemado todos sus ídolos, y hecho bautizar al enfermo, que de seguro ya estaria este curado. Magallanes añadió, que tan convencido estaba de lo que decia, que consentia en perder la cabeza, si no era cierta su palabra. El rey prometió suscribir á todo. Entonces arreglamos con toda la pompa posible una procesion, desde la plaza donde estábamos, hasta la casa del enfermo, á quien efectivamente encontramos en deplorable estado, hasta el punto de no poder hablar ni moverse. Sin embargo, le bautizamos, junto con dos de sus mugeres, y diez hijos. El general le preguntó, inmediatamente despues del bautismo, como se encontraba, y él, aunque con trabajo, contestó, que gracias á Nuestro Señor, se encontraba mucho mejor. Nosotros fuimos testigos oculares de este milagro, y dimos gracias á Dios por su misericordia. El general dió al príncipe una bebida refrescante, que le continuó mandando diariamente, hasta que estuvo completamente restablecido. Al quinto dia, el enfermo se encontró sano del todo, y se levantó. Su primera diligencia, fué el quemar por sí mismo, á presencia del rey y de todo el pueblo, un ídolo, al que se tenia una gran veneracion en la isla, y que unas mugeres ancianas custodiaban con mucho esmero en su casa. Hizo tambien destruir muchos templos colocados á orillas del mar, donde el pueblo se reunia para comer los manjares ofrecidos á los falsos dioses. Todos los habitantes aplaudieron esos actos, y se propusieron acabar con todos los ídolos, aun aquellos que se conservaban en la casa del rey (1).

«Los ídolos de este pais, son de madera cóncavos, ó vacíos por detrás. Tienen los brazos y piernas desviadas, y los piés vueltos hácia arriba. Tienen la cara grande, y dientes gruesos como los del jabalí. Generalmente están pintados.»

Pigafetta nos habla tambien de algunas ceremonias supersticiosas de estos isleños, especialmente de la que tiene por objeto el purificar el puerco, que consta de una porcion de actos, á cual mas ridículos y estravagantes, y en los que solo toman parte dos viejas que se designan para eso, y solo ellas son las que pueden hacer esa ceremonia, sin preceder la cual, nadie comeria la carne de ese

(1) A este príncipe que se convirtió á la fé, llaman los historiadores Hamabar, pero es poco verosimil, que él y su pueblo quedasen instruidos en las verdades de la religion, en tan corto tiempo. Como se hallaba en lucha con el rey de Matan, es mas probable que desease el poderoso ausilio de los recien llegados, que le sirvieron efectivamente, y ayudaron á conseguir dos victorias sobre su enemigo. (N. del Trad.)

animal. La que se practica cuando muere alguno de los caciques ó gefes, no es menos singular. «Cuando llega ese caso, dice el mismo autor, las mugeres mas consideradas del pais, se trasladan á la casa del muerto. El cadáver está colocado en medio de una caja, á cuyo alrededor se ponen cuerdas tirantes, que impiden el que nadie se acerque. Se atan á estas cuerdas ramas de árboles entrelazadas, con pabellones de tela de algodon; bajo de estos, se sientan las mugeres, cubiertas con un velo blanco. Las demás que asisten, están igualmente sentadas á cierta distancia, con aire triste y plañidero. Una de las primeras, va cortando poco á poco con un cuchillo los cabellos del muerto, otra, que es la que habia sido su principal esposa, se tiende sobre él, boca con boca, y piés con piés, y canta y llora alternativamente. Al rededor de la cámara mortuoria, se ven vasos de porcelana con fuego, en los que se echa incienso, mirra, y estoraque, que perfuman el ambiente de una manera agradable. Estas ceremonias, continuan por espacio de cinco ó seis dias, en los cuales el muerto no sale de la casa, por lo que creo que lo embalsaman antes con alcánfor, para preservarle de la putrefaccion. Se le entierra al fin, con la misma caja, cerrada, en el cementerio, que es un campo cercado, y cubierto de tablas.»

Magallanes murió el 27 de abril de 1521, en la isla de Matan, y la espedicion se continuó bajo el mando de otro gefe (1). Despues de haber reconocido varias otras islas, estendidas en la parte oriental del océano índico, se tocó en la gran isla de Borneo, y luego en la del Tidor, una de las Molucas, donde los españoles desembarcaron con gran admiracion de los portugueses, que no podian comprender como aquellos, navegando al oeste, habian llegado á este establecimiento tan distante del comercio de Portugal, para ir al cual, los segundos tenian que navegar en direccion opuesta. Ocho meses antes de su llegada, y terminacion de este primer viage al rededor del mundo, habia muerto en Tidor Francisco Serrano, que fué el que determinó á Magallanes, á emprender esta espedicion.

Bajo el nombre de Molucas, se comprenden hoy todas las islas que están entre las Filipinas y Sara. Balbi propone con razon que deben reunirse bajo ese mismo nombre, todas las de los tres grupos de Gilolo, de Banda y de Amboine.

Los españoles encontraron en estos parages, pueblos instruidos de las ventajas del comercio, y se hicieron con un rico cargamento de especerías y drogas, las mas buscadas y esquisitas de esos climas, y con su tesoro, dieron la vela para España, siguiendo el camino de los portugueses, por el Cabo de Buena Esperanza, llegando á San Lúcar el 7 de setiembre de 1522, despues de haber dado la vuelta al globo en tres años y veinte y ocho dias.

De esta manera, en el decurso de tan poco tiempo, tuvieron la rara felicidad de descubrir otro nuevo continente, casi tan grande como el antiguo mundo, y de hacer constar por la esperiencia, la figura y estension del globo terrestre. Pigafetta, se fué á Valladolid á prestar á Cárlos V el diario de su viage. A invitacion de Clemente VII y de Villiers de l'Ile-Adam, gran maestre de la órden de San

(1) Magallanes, murió en una batalla que sostuvo contra el rey de Motan, que se negaba á toda proposicion de vasallaje. Entonces, «dice Pigafetta, acometieron tan furiosamente contra nosotros (los portugueses), que pasaron la pierna del capitan (Magallanes), con una flecha envenenada, por cuya causa mandó que nos retirásemos poco á poco.... Pero él, como mejor capitan y buen caballero, se mantuvo firme con algunos otros, batiéndose de este modo por espacio de mas de una hora, y no queriéndose retirar, un indio le arrojó una lanza de caña que le dió al rostro y en el acto lo traspasó Magallanes con su lanza, dejándosela metida en el cuerpo. En seguida poniendo mano á la espada, no la pudo sacar mas que la mitad á causa de una herida que tenia en el brazo de lanza de caña, lo cual visto por aquellas gentes, se arrojaron todos sobre él, y uno de ellos con un venablo le dió un golpe en la pierna izquierda, del cual cayó en el suelo boca abajo y se echaron todos sobre él con lanzas de hierro y de caña, y con los venablos. Asi mataron al que era el espejo, la luz, la fortaleza de todos y nuestra verdadera guia.... Y esta batalla fué un sábado, el dia 27 de abril de 1521, y quiso el capitan tenerla en sábado, porque era este dia el de su devocion.» Hasta aquí Pigafetta, cuyas palabras hemos copiado para completar la narracion de Henrion. (N. del Traductor.)

Juan de Jerusalen, escribió despues en Italia una relacion mas estensa, de la que mandó una copia á Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

CAPÍTULO XXXVI.

Cruces en Yncatan y en la isla de Cozumel. — Los religiosos de la Merced, los franciscanos y los dominicos, establecen la fe en Mejico.

Cuando estuvo de vuelta la espedicion que habia hecho el primer viage, al rededor del mundo, Cárlos V tuvo la mayor satisfaccion, al saber los progresos que la religion católica hacia en el Nuevo-Mundo. Despues de muchos años se habia descubierto el Yncatan, pais que tiene mas de trescientas leguas de circunferencia. No se encontró allí ni oro ni plata, sino un terreno estremadamente fértil y abundante en frutos. El famoso palo de campeche (hæmatoxilon *campechianum*), que se encuentra esparcido por todos los bosques de la América equinoccial, en que la temperatura media no pasa del grado 22° del termómetro centígrado, se encuentra particularmente en este pais. Muchos edificios hechos de piedra, que allí se encontraban, revelaban una civilizacion anterior, y uno de estos, al que los naturales llaman *oxmutat*, existe aun bien conservado. Cada fachada de él tiene á lo menos seiscientos piés, y las estátuas de hombres que allí se ven con palmas en sus manos, y como en actitud de danzar ó de tocar el tambor, son muy parecidas á las que se encuentran en las ruinas de Palenque. Los habitantes no estaban aquí desnudos, como la mayor parte de los indígenas que se habian encontrado hasta entonces. Sus armas defensivas eran el escudo, y una especie de coraza doble de algodon; las ofensivas eran el arco y flecha, unas espadas ó cuchillos de piedra, lanzas y hondas. Cerca del Cabo Catoche; donde desembarcaron y fueron atacados por los indígenas, los españoles que allí desembarcaron, venidos de Cuba el 1417, bajo las órdenes de Fernandez de Córdoba, se encontraron templos, en los cuales habia ídolos de barro cocido, unos de figuras caprichosas y repugnantes, otros representando mugeres, pero todos con algo de monstruoso. El sacerdote Alfonso Gonzalez, agregado á la espedicion, entró durante el combate, en alguno de estos templos, y sacó de ellos unos cofrecillos pequeños llenos de ídolos de barro y de madera, junto con varias medallas hechas de mal oro, sortijas, pendientes y coronas del mismo metal. En la punta de Campeche, los españoles apercibieron rastros de sangre aun fresca, y cruces pintadas en los muros. De uno de estos templos, salieron diez sacerdotes revestidos de grandes mantos blancos, con el cabello largo y sin peinar, llevando en las manos unos como incensarios de barro llenos de ascuas, sobre los cuales echaban una goma llamada copal, y cuyo humo dirigian hácia los españoles, diciéndoles que se retirasen, porque temian que los europeos les darian muerte. Desde aquí, la espedicion se fué á reconocer á la Florida, que Ponce de Leon habia ya descubierto. Los españoles regresaron en seguida á Cuba.

Si causa admiracion el que se hubiesen encontrado cruces en Yucatan, pintadas sobre los muros de sus templos, Herrera, citado por Charlevoix, esplica el orígen de este culto. Poco tiempo antes de la aparicion de Fernandez de Córdoba en aquellas regiones, Chillam Ballam, gran sacerdote de Tixcacayon Cabith, á Mani (la antigua Tchoo), habia ya publicado que vendrian de las partes donde sale el sol, hombres blancos y barbudos, que por todas partes plantarian cruces, y ante cuyo signo todos los dioses huirian; que estos estrangeros se apoderarian del pais; pero que no harian ningun mal á los que voluntariamente se sometiesen á su imperio, y que adorasen al único y solo Dios adorado, y predicado por los vencedores. Federico de Waldek, tradujo en estos términos, la profecía de Chilam Ballam: « Al finalizar la décima tercia edad, Itza, estando en toda su prosperidad, así como la ciudad de Tancab (hoy dia

llamada *Ichpaa*, es decir, *Castillo fuerte*), vendrá la señal de un Dios que está en las alturas, y se manifestará al mundo la cruz por la que fué iluminado el universo. Cuando en los tiempos venideros aparezca esta señal, habrá division en las voluntades. Antes que los sacerdotes hayan andado una legua, y aun solo un cuarto de legua, vereis la cruz que se os aparecerá matinal de un polo á otro. El culto de los falsos dioses cesará. Vuestro padre viene, ¡oh Itzlanes! ¡Hé aquí vuestro hermano ó Tantunites! Recibid á vuestros huéspedes barbudos de Oriente, que os traen el signo de Dios; el dulce y piadoso Dios, es el que nos viene, el tiempo de nuestra vida ha llegado, ya nada tendreis que temer del mundo. Tu eres el Dios vivo, que con su piedad nos ha creado.Buenas son las palabras de Dios. Bendigamos su signo en los cielos. Alabémosle para adorarle y verle. Debemos incensar la cruz; ella se aparece hoy dia en oposicion á la mentira; ella se ha mostrado al mundo al encuentro del primer árbol del mundo; ella es la señal de Dios en los cielos. ¡Adorémosla ó Itzlanes! Adorémos al que es nuestro Dios y el verdaderó Dios. Recibid la palabra del verdadero Dios, que viene del cielo y nos habla. Los que crean, serán iluminados en la edad futura. Ved si lo que os digo os importa. Os advierto y os mando, yo Ballam, vuestro intérprete y señor, y al presente ya he concluido de deciros, lo que el verdadero Dios me ha ordenado para que el mundo lo sepa.» El adivino, continua Herrera, mandó hacer una gran manta de algodon, y dijo que este seria el tributo que exigirian los nuevos señores. Hizo tambien que se alzase una cruz, y á su ejemplo se elevaron muchas por todas partes.

Cuando Grijalva, mandado por el gobernador de Cuba en 1518, á hacer descubrimientos, llegó á la isla de Cozumel, entre muchos templos que vió, todos construidos de piedra ó ladrillos, los españoles repararon en uno que tenia la forma de una torre cuadrada, y junto al cual se veia una cruz de piedra, cercada de una balaustrada. Los indígenas, que la adoraban bajo el título de Dios de la lluvia, segun dijeron á los europeos, jamás le pedian en vano el agua que deseaban. De la isla de Cozumel, Grijalva pasó á reconocer una costa cuya apariencia anunciaba una civilizacion tan avanzada, que un soldado declaró que le parecia estar en una nueva España. De esta manera, es como, pasando de boca en boca, se dió la denominacion de *Nueva España*, á todo este vasto territorio, que estaba reservado el conquistar á Hernan Cortés.

Velazquez mandó á Europa á su capellan Benito Martin para anunciar su proyecto de conquista, mas antes de decir como aquel se realizó, importa dar antes á conocer el imperio mejicano.

El valle de Méjico, rodeado de un muro circular de montañas porfiríticas, estaba cubierto de agua en su centro, porque antes de que los europeos abriesen el canal de Huehuetoca, no tenian salida ninguno de los numerosos torrentes que se precipitaban en el valle. El llano que contiene los lagos mejicanos, mas elevado que el convento de San Bernardo, está á 2277 metros sobre el nivel del mar. La region montañosa de Méjico, parecida á la del Cáucaso, estaba habitada desde los tiempos mas remotos, por pueblos de razas diferentes. Una parte de ellos puede ser considerada como el resto de las numerosas tribus, que en sus emigraciones de norte á sur, habian atravesado el pais de Anahuac, y de las que algunas familias retenidas allí por el amor á la tierra, que con su sudor habian desmontado se separarian del resto de la nacion, pero conservando sus lenguas, sus costumbres, y la primitiva forma de su gobierno. Los pueblos mas antiguos de Méjico, los que se consideran como autochthones, son: los olmecas ó hulmecos, que llevaron sus emigraciones hasta el valle de Nicoya, y á Leon de Nicaragua, y los xicalanancas, los cores, los tepanecas, los tarascos, los miztecas, los zapotecas y los otomitas. Los olmecas y los xicalanancas, que habitaban los

llanos de Tlascala, se vanaglorialan de haber subyugado y destruido á su llegada á ese pais, á los gigantes ó *ginametin*, tradicion que se funda verosimilmente al aspecto de los huesos de elefantes fósiles, encontrados en estas regiones elevadas de las montañas de Anahuac.

El Dr. Cárlos de Sigüenza, profesor de matemáticas en la universidad de Méjico, reputa las pirámides de Teotihuacan, las mas antiguas de todas, como obra de los olmecas. Estos teocalis ó casas de los dioses, tenian todas la misma forma, aunque con dimensiones diferentes. Consistian en pirámides de muchos cuerpos, y cuyos lados seguian exactamente la direccion del meridiano y del paralelo del sitio. El Teocali se elevaba en medio de un vasto recinto cuadrado y rodeado de un muro. Dentro habia jardines, fuentes, habitaciones de los sacerdotes, y á veces, almacenes de armas; porque cada casa de un dios mejicano, así como el antiguo templo de Beal-Berith, quemado por Abimelech, era una plaza fuerte. Una gran escalera conducia á la cima de la pirámide truncada. En lo alto de su plataforma, se veian una ó dos capillas, en forma de torre, que contenian los colosales ídolos de la divinidad, á la que estaba dedicado el Teocali. Aquí tambien los sacerdotes conservaban el fuego sagrado. Por esta disposicion del edificio, podia muy bien verse el sacrificio por una gran masa de pueblo á la vez, distinguiéndose desde lejos la procesion de los *teopixqui*, que subian y bajaban la escalera de la pirámide. El interior del monumento servia para sepultura de los reyes y principales señores mejicanos. Al leer las descripciones que Herodoto y Diodoro de Sicilia nos han dejado del templo de Jupiter Belo, se ocurre al momento la perfecta semejanza que presenta el edificio babilonio con los teocalis de Anahuac. El grupo de las pirámides de Teotihuacan, se encuentra en el valle de Méjico, á ocho leguas de distancia, al nord-este de la capital, en una llanura que lleva el nombre de Micoatl, ó *camino de los muertos*. Aun se ven allí grandes pirámides dedicadas al Sol, *Tonatiuh* y á la Luna *Meztli* y rodeadas de muchos centenares de otras pequeñas pirámides que forman calles en direccion de norte á sud, y de este á oeste. En la cima de estos grandes teocalis se encontraron dos estátuas colosales del sol y de la luna, que eran de piedra, y cubiertas de láminas de oro.

Sin embargo, la mas célebre de todas las pirámides de Anahuac es el Teocali de Cholula (Pl. XL, n.° 2.) En el estado actual de degradacion de esta pirámide, llamada tambien montaña de adoves ó de ladrillos no cocidos (*Tlalchihualtepec*), cualquiera podria tomarla por una colina natural, cubierta de vejetacion. Este colosal monumento, tiene una base mas estensa que la de todos los edificios del mismo género, hallados en el antiguo continente. Segun el dominico Pedro de los Rios, que en 1566, copió del natural todas las pinturas geroglíficas que pudo haber á la mano, hay un cántico que entonaban los de Cholula en sus fiestas, danzando alrededor de este Teocali, que refiere su orígen de esta manera: «Antes de la gran inundacion, que acaeció 4008 años despues de la creacion del mundo, el pais de Anahuac, estaba habitado por gigantes. Todos los hombres que no perecieron fueron convertidos en peces, á escepcion de siete que se refugiaron á unas cavernas. Cuando las aguas desaparecieron, uno de esos gigantes, llamado Xelhua, ó arquitecto, fué á Chololland, donde, en memoria de la montaña Huloc, que sirvió de refugio á él y á sus seis hermanos, construyó una colina artificial, en forma de pirámide, que hizo fabricar de ladrillos labrados, en la provincia de Tlamanalco, al pié de la sierra de Cocotl, y para transportarlos á Cholula, colocó una cadena de hombres que de mano en mano los iban trasladando á su destino. Los dioses vieron con disgusto la elevacion de esta pirámide, cuya cima debia tocar las nubes, é irritados contra la audacia de Xelhua lanzaron desde el cielo fuego sobre ella; muchos obreros perecieron, la obra no pasó adelante, y la parte construida se dedicó en adelante al dios del aire Quetzalcoalt.» Cree-

mos no haber necesidad de demostrar la analogía de esta tradicion con la que nos dan los libros santos de la torre de Babel. En los tiempos de Hernan Cortés, los de Cholula conservaban una piedra, que decian: que envuelta en un globo de fuego, habia caido de las nubes encima de la pirámide. Este aereolito tenia la figura de un sapo ó escuerzo.

Los toltecas, saliendo de su patria Huehuetlapallan ó Tlalpallan, el año 544 de nuestra era, llegaron á Tallantzinco, en el pais de Anahuac, en 648, y á Tula (Tollan), en 670. Bajo el reinado del rey Tolteca Ixtlicuechahuac, en 708, el astrólogo Huematzin, compuso el famoso *libro divino*, el Teo-amoxtli, que contenia la historia, la mitología, el calendario y las leyes de la nacion.

En los tiempos de la monarquía Tolteca ó en los siglos anteriores, apareció á Quetzalcoalt, hombre blanco, barbudo, vestido de un manto sembrado de cruces encarnadas, y acompañado de otros estrangeros que llevaban vestidos negros talares. Hasta el siglo XVI, el pueblo, para disfrazarse, usaba aquel trage, parecido á una sotana. Este Quetzalcoalt (cuyo nombre significa serpiente revestida de plumas verdes, de *Coatl*, serpiente, y de *Quetzalli*, pluma verde), se llamó Cuculca en el Yucatan, y Camaxtli, en Tlascala: « Este, dice Mr. de Humboldt, es el ser mas misterioso de toda la mitologia mejicana.... Fué gran sacerdote en Tula, legislador, gefe de una secta religiosa, y que, á semejanza de los saniasis y de los budhistas del Indostan, se imponian las penitencias mas crueles. Este, introdujo la costumbre de horadarse los lábios y las orejas, y de herirse el resto del cuerpo con las espinas de las hojas del cactus hasta que la sangre corria en abundancia. En un dibujo mejicano, conservado en la biblioteca del Vaticano, he visto una figura que representa á Quetzalcoalt, apaciguando por su penitencia la cólera de los dioses irritados, en ocasion en que se padeció una gran hambre y esterilidad en la provincia de Culan; el santo entonces se retiró cerca de Tlaxapuchicalco, sobre el volcan Cateitepetl (*montaña que habla*), donde caminó con los piés desnudos sobre punzantes espinas. El reinado de Quetzalcoalt, fué la edad de oro de los pueblos de Anahuac; entonces, los hombres todos, y los animales, vivian en paz, la tierra producia sin cultivo las mas abundantes cosechas; el aire estaba lleno de multitud de aves, cuyo armonioso canto y belleza de su plumage embelesaba. Pero este reinado semejante al de Saturno y la felicidad del mundo no fueron de larga duracion. El grande espíritu Tezcatlipoca (el brahma de los pueblos de Anahuac) presentó á Quetzalcoalt una bebida, que haciéndole inmortal le inspiró un gusto por los viages, y sobre todo, un deseo irresistible de visitar un pais lejano, llamado Tlalpallan. Al atravesar Quetzalcoatl el territorio de Cholula, cedió á las instancias de sus habitantes, que le ofrecian las riendas del gobierno, y aceptando ese mando, permaneció veinte años entre ellos; les enseñó á fundir metales, dispuso los grandes ayunos de ochenta dias; arregló las intercalaciones del año tolteca; exhortó á los hombres á la paz, y no quiso que se hiciesen otras ofrendas á la divinidad, que las primicias de las cosechas y frutos de la tierra. Desde Cholula, pasó á Quetzalcoalt á la embocadura del rio Goasacoalco, donde desapareció, despues de haber hecho anunciar á los de Cholula (Chotoltecas), que volveria pasado algun tiempo, para gobernarles de nuevo y renovarles su felicidad. » Mientras que Quetzalcoalt, tenia el poder espiritual, Huemac, su hermano y compañero de fortuna, estaba en posesion del poder secular, forma de gobierno análoga á la del Japon. De Cholula salieron colonias, á la Mixteca, á Huaxayacac, Tabasco y Campeche. Se cree que el palacio de Mitla, fué mandado construir por órden de este desconocido, á quien se le hizo dios del aire. Otro altar, dedicado á Quetzalcoalt, fué colocado en lo mas alto del gran teocali de Cholula (1).

(1) Esta tradicion de Quetzalcoalt se conservó en Méjico algun tiempo despues de la conquista entre los pueblos nuevamente convertidos al cristianismo. El P. Toribio de Motolinia,

A los toltecas, a quienes una peste y gran sequia, hicieron abandonar en su mayor parte, el territorio de Anahucac, á mediados del siglo XI, sucedieron los aztecas ó mejicanos, propiamente dichos, salidos del pais de Aztlan, y así se hizo una fusion entre las mitologías de ambos pueblos. El oráculo, que obligaba á los aztecas á viajar, hizo cesar sus emigraciones, y detenerse sobre las riberas de un lago. En 1325, vieron un águila posada sobre la cima de un cactus, cuyas raices pasan al través de las hendiduras de una roca, y desde entonces, cesó toda incertidumbre; se fijaron en este lugar, y fundaron allí mismo á Tenochtitlan ó Méjico, ciudad célebre, que bajo el reinado de Motezuma, su noveno rey, debia ser tomada por Hernan Cortés, en cuyos compañeros de conquista, creyó ese príncipe reconocer los descendientes de Quetzalcoalt.

Sea cualquiera la antigüedad relativa de las diferentes razas de hombres establecidas en las montañas de Méjico, que son el Cáucaso mejicano, parece cierto que alguno de estos pueblos, desde los olmecas, hasta los aztecas, conoció desde mucho tiempo atrás, la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas. Huitzilopochtli, dios principal de los aztecas, cuya imágen de madera colocada en una silla, llamada la silla de Dios (teoicpalli) les habia precedido en su emigracion, vino al mundo con un dardo en la mano derecha, un escudo en la izquierda, y un casco adornado con plumas verdes en la cabeza. Al nacer, su primera hazaña fué el matar á todos sus hermanos de ambos sexos (1). Si los aztecas no habian ya tributado en otros climas, un culto sanguinario á este dios terrible de la guerra, llamado tambien Tetzahuitl ó el Espanto, comenzaron á verificarlo sobre el plano central de Méjico, inmolando en su obsequio víctimas humanas, que le suministraban sus contínuas guerras, desde que se fijaron sobre los islotes del lago salado de Tezcuco; y otros sacrificios humanos se ofrecieron luego, sin escepcion á todas las divinidades, incluso el mismo Quetzalcoalt, que habia predicado contra esa execrable costumbre, y á la diosa de las mieses, (la Céres mejicana) llamada Centeotl ó Tonacajohua, (*la que mantiene los hombres*). No se contentaron los aztecas con teñir con sangre sus ídolos, sino que devoraban una parte del cadáver que los sacerdotes arrojaban por la escalera del Teocali, despues de haberle arrancado el corazon. La grandeza del imperio mejicano, estaba fundada en la íntima coalicion entre la clase del sacerdocio y de la nobleza destinada á la milicia; ninguna guerra podia emprenderse, sin el consentimiento del gran sacerdote Teotuchli (*Señor divino*), que por lo comun era un príncipe de la sangre real; los sacerdotes mismos acudian al combate, y llegaban á obtener las primeras dignidades del ejército; y así, á medida que los aztecas iban absorviendo bajo su imperio los estados vecinos, el culto sanguinario de Huitzilopochtli, llegó á ser el dominante (1).

Es cosa que admira, dice Mr. de Humboldt, el encontrar tan estrema ferocidad en las ceremonias religiosas de un pueblo, cuyo estado social y político, por otro lado, recuerda la culta civilizacion de los chinos y de los japoneses. Como prueba de esta civilizacion tan adelantada, podemos citar los calendarios, ó diferentes divisiones del tiempo, adoptadas por los toltecas y los aztecas, ya para el uso de la sociedad en general, ya para el órden de los sacrificios, ó bien para facilitar los cál-

de quien Herrera habla mas adelante, todavia vió sacrificar en honor de este personage en la cima del monte Matlalcuge de Tlascala y lo mismo en Cholula. Cuando el P. Sahagun pasó por Xochimilco, todo el pueblo le tuvo por uno de los descendientes de Quetzalcoalt y le preguntaban si venia de Hallpallan á donde se creia que aquel legislador se habia retirado despues de su desaparicion. (N. del Trad.)

(1) Huitzitzilin designa el Colibri, pájaro, y Opochtli significa izquierda. El dios estaba pintado con plumas de Colibri debajo del pié izquierdo. Los europeos han corrompido el nombre de Huitzilopochtli en huitzilobos y vizlipuztli. (N. del Trad.)

(1) En varios manuscritos geroglíficos de los mejicanos se ofrecen exactas representaciones de estos espantosos sacrificios que parecen menos que la obra de una ciega y bárbara supersticion, la combinacion política de un gobierno esencialmente conquistador, buscando un punto de apoyo en el terror religioso. (N. del Trad.)

culos de la astrología, monumentos tanto mas dignos de atencion, cuanto que suponen conocimientos no vulgares (1). Pero la historia, en particular la del Egipto, nos demuestra que la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, se ha conservado largo tiempo aun entre los pueblos adelantados en civilizacion.

Entre las diferentes naciones, que habitan en el imperio mejicano, se han encontrado pinturas que representan el diluvio. El Noé de estos pueblos, se llamaba Coxcox ó Tezpi. Este se salvó de la catástrofe, junto con su muger Xochiquentzal, en una barca, ó segun otras tradiciones, en una balsa de troncos de ciprés. La pintura representa á Coxcox en medio del agua, tendido sobre la barca; la montaña, cuya cima coronada de un árbol, sobresale sobre las aguas, es el pico de Colhuacan. El cuerno que está figurado á la izquierda, es el geroglífico de Colhuacan. Al pié de la montaña, aparecen las cabezas de Coxcox y de su muger, y se reconoce á esta última, por dos trenzas de cabellos, que designan el sexo femenino. Los hombres que nacieron despues del diluvio, eran mudos; una paloma, desde lo alto de un árbol, les distribuyó las lenguas. No debe confundirse esta paloma, con el ave que trajo á Coxcox la noticia de que las aguas habian dejado la tierra. Los pueblos de Mechoacan conservaron su tradicion, segun la cual, Coxcox ó Tezpi, se embarcó en una piragua espaciosa, con su muger, sus hijos, muchos animales, y las semillas de plantas necesarias, á la conservacion del género humano. Cuando el gran Espíritu ordenó que las aguas se retirasen, Tezpi hizo salir de su barca un buitre, el que no volvió, á causa del gran número de cadáveres de que estaba cubierta la tierra, que le prestaban alimento grato y abundante. Tezpi mandó otras aves, de las que solo volvió el colibri, trayendo en el pico un ramo con hojas. Entonces, viendo que la tierra comenzaba á cubrirse de nuevo verdor, desembarcó junto á la montaña de Colhuacan. «Estas tradiciones, dice Humboldt, recuerdan otras de la mas remota y venerable antigüedad. La vista de cuerpos marinos, encontrados en las cumbres de las mas elevadas montañas, pudo hacer pensar á los hombres, que carecian de comunicacion alguna, en la idea de grandes inundaciones, que hubieran estinguido por algun tiempo la vida orgánica sobre la tierra. ¿Pero no debe aquí reconocerse el rastro de un orígen comun, cuando las ideas cosmogónicas, y todas las tradiciones de los pueblos presentan analogías tan idénticas, hasta en sus menores circunstancias? ¿El colibri de Tezpi, no recuerda la paloma de Noé?

Reflexionando el mismo autor, sobre la influencia mas ó menos directa que pudo ejercer la religion cristiana, sobre los habitantes de la region de Anahuac, se espresa en estos términos: «La cosmogonía de los mejicanos; sus tradiciones sobre la madre de los hombres, degenerada de su primer estado de felicidad y de inocencia; la idea de una grande inundacion, de la cual se salvó solo una gran familia; la historia de un edificio piramidal, elevado por el orgullo de los hombres, y destruido por la cólera de los dioses; las ceremonias de ablucion, practicadas al nacimiento de los hijos; esos ídolos hechos de harina de maiz amasada, y distribuidos en pequeñas porciones al pueblo reunido en los templos; esas confesiones de pecados, hechas por los penitentes, esas asociaciones religiosas, tan parecidas á nuestros conventos de ambos sexos; esa creencia tan generalmente estendida, de que unos hombres de barba larga, y de gran santidad de costumbres, habian cambiado el sistema religioso y político de estos pueblos: todas estas circunstancias reunidas, hicieron creer á los religiosos que acompañaban al reducido ejército de españoles, cuando la con-

(1) En una escavacion que se hizo en 1790, en los cimientos del antiguo Teocali ó templo principal de Méjico, se encontró una enorme piedra de porfido, pardo-negruzco, de doce piés de diámetro y figura circular, que pesa 24,400 kilógramos, llena de carácteres relativos á la designacion de los dias en que se celebraban las fiestas religiosas, que constituia el calendario eclesiástico de los mejicanos, monumento curiosisimo sobre el que publicó una memoria el Sr. Gamba, esplicando este y los demás almanaques de los aztecas, y la série de sus meses, y el cual ilustró tambien Mr. Humboldt, en otro trabajo sobre el mismo objeto. (N. del Trad)

quista, que el cristianismo fué antes predicado en época remota en el nuevo continente. Algunos sabios mejicanos han querido reconocer al apóstol Sto. Tomás, en ese personage misterioso, gran sacerdote de Tula, que los de Cholula conocieron bajo el nombre de Quetzalcoalt. No ofrece mucha duda que el nestorianismo, mezclado con los dogmas de los budhistas y de los chamans, pudiera haberse estendido por la Tartaria de los mantchoux, en el nord-este del Asia. Podria entonces suponerse con alguna apariencia de razon, que las ideas cristianas fueron comunicadas por este camino á los pueblos mejicanos, sobre todo, á los habitantes de esta region boreal, de la que salieron los toltecas, á los que debemos entonces considerar, como la *officina virorum* del Nuevo-Mundo.

En esta enumeracion de semejanzas que hace Mr. Humboldt, hay algunos puntos que conviene desarrollar. Existian efectivamente en Méjico, antes de la conquista, comunidades religiosas, en las que los jóvenes de ambos sexos recibian instruccion durante un año, y vivian allí de una manera tan severa y rígida, dice el jesuita Lafiteau, que no hay noviciado de órden alguna religiosa en Europa, que tenga pruebas mayores. Las jóvenes doncellas de doce á quince años entraban en estos conventos, que formaban una dependencia de los templos; allí guardaban continencia: pero en rigor, no estaban obligadas á vivir en esa reclusion mas de un año. Habia algunas que se consagraban por todo el resto de su vida, y de las cuales se elegian las matronas que se ponian al frente de esta especie de monasterios. Comian todas en comun, y dormian en grandes salas. Lopez de Gomara, añade, que no se desnudaban nunca, para estar así mas dispuestas para acudir á cualquiera hora al servicio de los templos. Tenian su coro á media noche, como nuestras monjas los maitines. Ellas cuidaban del aseo y curiosidad del templo, y trabajaban en diferentes labores, que debian servir para el ornato de los altares. Amasaban diariamente los panes que se presentaban ante los ídolos, y que los sacerdotes solo tenian derecho á comer. Se mantenian de limosnas, llevando una vida muy austera, con prácticas de una gran mortificacion, por lo cual se las daba el nombre de *Hijas de la penitencia*. Sus menores faltas, eran castigadas con severidad, y aun algunas, solo se espiaban con la muerte de las culpables.» (1)

Lafiteau nos habla de una gran fiesta que se celebraba todos los años, y que era la mas solemne de todas las del Estado. La semejanza que presenta esta fiesta, con la Santa Eucaristía, demostrará cuanto se ha esforzado el demonio para que los idólatras en todo le tributasen los honores mismos, que por justo título se merece la divinidad. Dos dias antes de esta fiesta, los sacerdotes del templo preparaban una gran cantidad de harina de maiz, tostado y limpio. Mezclado con agua, formaban con esa masa, un ídolo del mismo grandor, que el que era adorado en el mismo templo. De esa misma masa, hacian igualmente panes, en forma de huesos humanos, á los que llamaban los huesos de Vitziliputzli. El dia de la ceremonia, se llevaba en procesion al ídolo de masa, con gran pompa y magnificencia; pero con estremada celeridad. A la vuelta de la procesion, que corria un largo trecho en poco tiempo, se entraba el ídolo en el templo, donde ya estaban los panes preparados, y despues de muchos sacrificios, entre ellos, de víctimas humanas; de muchos cantos, danzas, y otras ceremonias, que figuraban como la consagracion del ídolo y de los panes, todo el pueblo que asistia, que debia estar en ayunas, desde el niño mas tierno, hasta el anciano mas decrépito, se mudaba de su traje, para dar mas realce á la fiesta. Durante esto, los sacerdotes iban haciendo pedazos el ídolo, así como los panes figurando huesos, que eran tan sagrados como el ídolo mismo, y entre todos los circunstantes, hom-

(1) Entre los totomacos, habia un convento consagrado á Centeotl, diosa de la tierra, no se admitian en él sino hombres viudos de edad de sesenta años, y cuyo número, aunque limitado, tenia influencia infinita. De todas partes iban gentes á consultarlos, y sus respuestas tenian fuerza de ley. (N. del T.)

bres, mugeres, niños, grandes y pequeños, ricos y pobres, se les iban distribuyendo estos pedazos, que recibia cada uno con un respeto profundo, creyendo que comian la carne y los huesos de su dios, y reputándose como indignos de semejante favor. La ceremonia terminaba por un discurso ó sermon que predicaba uno de los sacerdotes mas antiguos, sobre el objeto de esta fiesta.

Otra ceremonia, designaba el año secular ó primero de siglo nuevo. Creyendo por tradicion los mejicanos, que el mundo habia de acabarse al fin de los siglos, no bien veian acabarse el año secular, que iban apagando los fuegos sagrados de los templos, y aun el de sus casas particulares; rompian las vasijas destinadas á contener sus alimentos, como si ya creyesen no tener necesidad de ellos, acabándose el mundo aquella noche postrera del siglo, y reduciéndose á la nada. Así pasaban aquella noche de crisis, entre el terror y la esperanza. Pero desde que el primer rayo de la aurora iluminaba el dia, anunciando la venida del sol, resonaban por do quiera mil aclamaciones de alegría, mezcladas con el eco de instrumentos músicos; se encendian nuevos fuegos en los templos y en las casas, y se celebraba una fiesta en la que, por medio de procesiones y solemnes sacrificios, se daban gracias á la divinidad por haber vuelto la luz, y concedido un siglo mas de vida á la nacion.

No entraremos en detalles sobre otros diferentes ritos, únicamente nos detendremos en citar una costumbre, que prueba que el matrimonio en su institucion, y en el modo de contraerse, ha sido considerado, aun por las naciones bárbaras, como un lazo sagrado, y que requiere ciertas solemnidades religiosas. Los sacerdotes mejicanos, en las ceremonias del matrimonio, del que eran sus ministros, anudaban entre sí los vestidos del esposo y de la esposa, para indicarles con eso,. que debian permanecer toda su vida inseparablemente unidos.

Habia ciertas pruebas especiales entre los mejicanos, por las cuales tenian que pasar los nobles, para elevarse gradualmente á sus diferentes gerarquías, hasta la de soberano ó emperador, dignidad que era electiva y no hereditaria. Nadie podia aspirar al órden mas elevado de la nobleza, que no procediese por sangre de las principales familias de la nacion, ó que no se hubiese distinguido por algun hecho estraordinario. El que aspiraba á este honor, se preparaba con tres años de antelacion. y así lo hacia presente á sus parientes, amigos, y caciques de su provincia. Reunidos estos al espirar el plazo, en el dia señalado, acompañaban todos al candidato al templo principal de la ciudad, dedicado al dios de la guerra. Los convidados, sosteniendo los brazos del neófito, le hacian subir en esa forma la escalera del templo hasta el altar, ante el cual, aquel se arrodillaba. El gran sacerdote se le aproximaba, y con una uña de tigre, ó garra de águila, le iba haciendo agujeros en la nariz, que llenaba luego de trozos de ámbar negro para impedir la union de la carne, y le dirigia en seguida una alocucion, compuesta de invectivas y desprecios los mas irritantes; y no limitándose á injuriarle de palabra, de la manera mas odiosa, pasaba á vias de hecho, dándole de bofetones, y desnudándole, hasta donde el pudor lo permitia. Despojado así el candidato, se retiraba solo y avergonzado, á una sala interior del templo, mientras que sus acompañantes disfrutaban de un gran festin, despues del cual, todos se retiraban sin decir una palabra, ni hacer caso alguno del neófito, que solitario quedaba en su retiro. Allí se le dejaban: el preciso alimento para cuatro dias, que debia durar su encierro; un vestido andrajoso para cubrirse; un poco de paja para acostarse; colores para pintarse; espinas para hacerse incisiones en el cuerpo, é incienso para incensar á los ídolos; y de cuando en cuando, tres personas de esperiencia, se encargaban de irle enseñando lo que debia saber un hombre de su profesion. Se le permitia dormir algo en ese tiempo, pero solo sentado. A media noche, el novicio iba á incensar los ídolos, y daba algunas vueltas al recinto del

teocali. Transcurridos los cuatro dias, pedia al gran sacerdote el permiso de continuar sus pruebas en otros teocalis, y así andaba durante un año, de templo en templo, sufriendo pruebas nuevas, sin poder ir á su casa, visitar á sus parientes, ni ser visitado, y obligado á vivir en la continencia, aislamiento, y austeridades contínuas. Concluido el año, en el dia designado para terminar la ceremonia, los caciques, los notables, los amigos y parientes del candidato, le lavaban y aseaban, y le conducian con toda pompa al templo, donde fué llevado por primera vez. Al pié del altar, se desnudaba de sus vestidos viejos, y se le ponia un traje nuevo, y muchos adornos de plumas, juntamente con la insignia particular de la órden; se le daba un arco y flechas, y el gran sacerdote, despues de un largo discurso, en que le hacia presentes sus nuevas obligaciones y conducta en lo sucesivo, le cambiaba su nombre por otro, y la ceremonia se terminaba con un gran sacrificio y un festin, al que acompañaban cánticos y danzas, sin olvidar los regalos que el agraciado tenia que dar al sacerdote y demás convidados, despues de lo cual, cada uno se retiraba á su casa (1).

Mayores eran las pruebas é iniciaciones para ser gobernador de provincia, cacique ó rey tributario, y mucho mas grandes, como era regular, para optar á la dignidad de gefe del imperio. La corona de Méjico era electiva, y desde que se habian tributado los últimos honores al monarca difunto, los reyes y demás príncipes electores, se reunian para escoger entre los jóvenes guerreros de la mas alta nobleza, la persona mas adecuada para ser elevada á la dignidad suprema. En este caso habia dos fiestas, la de la eleccion y la de la coronacion.

En el momento mismo de la eleccion, y cuando el designado habia aceptado el trono, se le dejaba casi desnudo, y se le conducia á un templo con grande acompañamiento; pero á la parte superior del teocali, no subian mas que el candidato al trono; dos reyes, primeros electores revestidos con sus insignias, y algunas otras personas necesarias á la ceremonia. Llegados á lo alto, el rey adoraba el ídolo, tocando la tierra con uno de sus dedos, y besándole luego. El gran sacerdote, revestido con sus ornamentos, y acompañado de gran número de asistentes, vestidos de ropas talares, ungia primero el cuerpo del príncipe elegido, le hacia algunas aspersiones, y le ponia sobre la cabeza un manto sembrado de calaveras bordadas; sobre este, le echaba otro negro, y sobre este segundo, otro tercero, azul, y todos con las mismas calaveras; le suspendia al cuello, varias cintas con ciertos símbolos pendientes de ellas; derramaba sobre su espalda un polvo, considerado como preservativo contra los encantamientos, y ponia en su brazo derecho un incensario, y en el izquierdo, un saquillo con perfumes. El rey incensaba al ídolo, y despues se sentaba. El gran sacerdote, despues de un largo discurso, le hacia prestar varios juramentos alusivos á sus futuros deberes, y una vez prestados, el rey elegido, despues de encomendarse á las oraciones de los ministros de dios, y de todos los espectadores, que le contestaban con las mayores aclamaciones, pasaba á una habitacion particular del templo, y allí permanecia cuatro dias, solo, ocupado en oraciones, sacrificios, y ejercicios de penitencia, ayunando de la manera mas austera; tres veces al dia y una en la noche se bañaba en una cuba de agua, en la que hacia correr otras tantas su sangre, que ofrecia en sacrificio á los dioses de las aguas. Despues de haberlos incensado, hacia lo propio con los demás dioses del templo, ofreciéndoles además, pan, frutos, flores, aromas y puntas de espinas teñidas con

(1) Las ceremonias que se practicaban para la recepcion de un Teuctli ó de la clase primera de la nobleza variaban segun las provincias, pero en todas ellas veremos las huellas de nuestra caballería de la edad media. En todas se observa la intervencion de los sacerdotes. El uso de crear Teuctli entre los principales americanos subsistió despues de la conquista. Eran recibidos como en una especie de órden de caballería, en nombre del rey de España, prometian ser súbditos fieles, buenos cristianos y denunciar toda conspiracion que llegase á su noticia prestando sobre todo eso juramento sobre una cruz y los Santos Evangelios. (N. del Trad.)

la sangre de todas las partes de su cuerpo. Estos cuatro dias de prueba, no eran mas que la introduccion ó principio de las iniciaciones del nuevo rey. Por ellas puede inferirse lo largo y penoso que seria el curso de las demás, como indica un pasage del P. José Acosta, jesuita, que hablando de Motezuma, dice, que este príncipe, antes de su coronacion, pasó una gran parte del tiempo, en un departamento separado que ocupaba en el templo, creyéndose que conversaba familiarmente con su dios, « semejante en todo á una persona iniciada. »

No se celebraba la fiesta de la coronacion, sino despues que el nuevo rey, á continuacion de sus pruebas, habia emprendido una espedicion importante contra sus enemigos, y logrado en persona una singular victoria, sometiendo alguna provincia rebelde, y haciendo gran número de prisioneros, que eran los destinados para ser inmolados como víctimas en el gran sacrificio que debia honrar la fiesta. El dia de su llegada á la capital, el pueblo salia en masa á recibirle, así como el gran sacerdote, sus demás ministros, y los electores y grandes del imperio. El aire resonaba con los gritos de alegría y ruido de los instrumentos. Acompañado de la gran escolta que conducia á los prisioneros, y que traia los despojos de los enemigos vencidos, el monarca victorioso, á la manera de triunfador romano, hacia su entrada pública. Se iba derecho al templo, ofrecia el sacrificio, escuchaba el panegírico de su valor y grandes hechos y despues, por primera vez, se le entregaban solemnemente las insignias de la dignidad suprema. Se le revestia de un precioso manto; se colgaban de sus narices y orejas unos pendientes de gran valor; se ponia en su mano derecha un estoque de oro, símbolo de su justicia, y en la izquierda, un arco y flechas como árbitro de la paz y de la guerra; sobre su cabeza se colocaba un adorno que no era corona ni diadema, sino una especie de mitra cerrada, y puntiaguda, ceremonia que estaba reservada al rey de Tezcuco, como primer elector. El monarca, en esta forma ataviado, se sentaba sobre el trono, para recibir los homenages de todas las órdenes del imperio, y para escuchar las arengas que le dirigian todos los cuerpos del Estado. Despues, el soberano daba gracias á todos en otro discurso, y con toda pompa y magestad, era conducido á su palacio en medio del júbilo y aclamaciones del pueblo. En Méjico se respetaba á los soberanos hasta la adoracion.

Despues de haber hablado del monarca, diremos algo sobre su capital. Adornada de numerosos teocalis que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de diques y calzadas; situada casi en el centro del lago de Tezcuco sobre islotes llenos de verdura; flanqueada por todas partes de numerosos canales que servian de calles, por las que cruzaban contínuamente millares de barcos que vivificaban esa vasta red de agua salada, la antigua Tenochtitlan se daba un aire á aquellas ciudades de la Holanda, de la China ó del Delta inundado del bajo Egipto. Tres puentes principales, de la anchura de dos lanzas, la unian al continente. Estos existen aun en parte, y son hoy dia grandes caminos enlosados que atraviesan un terreno pantanoso. Dos acueductos conducian el agua potable á la ciudad, y aun se reconocen los restos del que pasaba por Cherubusco. Tenochtitlan parecido á un inmenso tablero de damas estaba dividido en cuadros regulares formados por las calles principales y por los canales. En cada manzana cuadrada habia un templo.

El mas grande, dedicado al Dios de la guerra Huitzilopochtli y construido el 1486 en el centro mismo de la ciudad, tenia treinta y siete metros de altura desde su base á la plataforma superior, desde donde se gozaba de una vista magnífica dominando los lagos y toda la campiña inmediata, sembrada de poblaciones. Esta plataforma que servia de asilo á los combatientes, estaba coronada por dos capillas en forma de torre y de diez y siete á diez y ocho metros de altura cada una, resultando que todo el teocali tenia cincuenta y

cuatro metros de elevacion. Los dos ídolos de piedra construidos en las capillas, eran de forma colosal y de una deformidad espantosa. Cinco mil personas destinadas al servicio del templo, tenian en él su alojamiento, ocupando así un terreno en que pudiera existir un pueblo con quinientas casas. Los muros que cerraban el recinto eran de cal y piedra, de gran espesor, y altura de ocho piés, adornados de una especie de almenas en forma de nichos y de muchas figuras de piedra representando serpientes, lo que le habia hecho dar el nombre de Coatepaulti, ó muralla de las serpientes. Delante de la primera puerta se veia un vasto edificio todo revestido con las calaveras de los desgraciados que habian sido sacrificados. Entre los treinta y nueve templos que rodeaban á este principal, se distinguia el de Quetzalcoatl: este era redondo, y su puerta representaba la boca abierta de una serpiente.

Las calles de la ciudad eran largas y tiradas á cordel. Algunas, como en Venecia, estaban interrumpidas por canales navegables, provistos de puentes de madera, muy bien hechos, y tan anchos, que diez hombres á caballo podian pasar de frente. Las casas, bajas como las de Pekin y otras grandes ciudades del Asia, estaban construidas parte de madera, y el resto de una piedra esponjosa, ligera y fácil de trabajar.

El mercado tenia á su alrededor un pórtico inmenso, en el que se ponian de manifiesto toda clase de mercancías, de comestibles, adornos artísticamente trabajados en oro, plata, piedras finas, concha, plumas, cuero, ó algodon hilado. Allí se encontraban piedras talladas, telas y maderas de construccion. Habia calles especiales para la caza y pescados, y otras para las legumbres y objetos de jardinería. Tambien se conocian barberías, donde se afeitaba el cabello con navajas de piedra afilada; boticas, donde se vendian remedios preparados, y una especie de cafés-fondas donde se encontraba, por su precio, que comer y beber. En todas las ventas, el regulador del precio era la medida de estension ó de capacidad, y nunca la de peso. En medio de la gran plaza de mercado, habia un tribunal ó fielato, donde se ventilaban las cuestiones que surgian sobre las compras y ventas, y valor y calidad de los géneros. El aseo y la mayor limpieza reinaban en esta plaza de abastos, lo mismo que en el resto de la ciudad, cuyas calles barrian y lavaban diariamente mas de mil hombres, empleados en esa sola faena. Trescientas mil almas se contaban dentro de esta gran capital, que escedia por lo tanto en poblacion en su tiempo á todas las metrópolis de Europa.

Gran número de artistas, como escultores, pintores, plateros y otros, trabajaban constantemente para el palacio imperial. Un cuartel entero, poblado únicamente de danzantes, estaba esclusivamente destinado para divertir al soberano.

El palacio, ordinaria residencia de Motezuma II, era todo de mampostería. Parecido á los del emperador de la China, se componia de un agregado de casas espaciosas, pero poco elevadas. Cada una de sus fachadas, tenia cinco grandes puertas; tres enormes patios le dividian interiormente, á los que rodeaban grandes salas, y mas de mil piezas menores. Algunas de estas se veian incrustadas de finos mármoles ó de otras piedras raras. Los pavimentos eran de cedro, ciprés ú otras maderas perfectamente trabajadas y esculpidas. Un solo salon podia contener dos mil personas. Además de este palacio, Motezuma tenia otros dos en el interior de la capital, y fuera de ella. En Tenochtitlan, tenia no solamente un gran serrallo para sus mugeres, sino pabellones inmensos para sus ministros y demás oficiales de su corte, que era tan numerosa como brillante, y casas además para recibir á los estrangeros que le visitaban, y particularmente para los reyes aliados.

Otros dos grandes edificios estaban esclusivamente destinados, el uno para pajarera de aves inofensivas, y otro para aves de rapiña, cuadrúpedos y reptiles. La primera tenia mu-





chos departamentos y galerías, sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza. Aquellos daban á un jardin, en el cual, en medio de grandes arbustos y víveros, unos de agua dulce y otros de salada, vivian toda clase de aves acuáticas de rio y de mar; y en otros jardines cerrados, se mantenia un número prodigioso de aves de toda especie. Trescientos hombres estaban empleados en cuidarlas y en recoger sus plumas en épocas dadas, con las cuales se hacian los famosos mosáicos que escitaron la admiracion de los estrangeros. El edificio destinado á casa de fieras, tenia tambien grandes patios, rodeados de inmensas jaulas. Allí se conservaban todas las aves de rapiña, desde el águila real hasta la mas pequeña, distribuidas todas por familias, y en otras piezas subterráneas, de mas de seis piés de profundidad, se mataban diariamente para su alimento, mas de quinientos pavos. En el mismo edificio habia sobre quinientas jaulas hechas al intento, que contenian lobos, gatos monteses, y una multitud de fieras, que se alimentaban con las entrañas de las víctimas de los sacrificios humanos. Para los pescados, habia tambien estanques, de los que existen aun dos de los mejores que pueden verse en el palacio de Chapoltepec, cerca del moderno Méjico. (Pl. XLVI, n.os 1 y 2.)

Los palacios que hemos mencionado, estaban todos rodeados de jardines donde se cultivaban toda clase de flores las mas raras, yerbas olorosas, y plantas medicinales. No faltaban tampoco bosques cercados para cazar el soberano, diversion que se repetia con frecuencia, y uno de estos bosques ocupaba una isla entera sobre el lago, conocida al presente con el nombre de Penu.

Haremos por último mencion del arsenal, vasto edificio, lleno de toda clase de armas ofensivas y defensivas, que usaban estos pueblos, así como de otros adornos é insignias militares. Un número sorprendente de obreros se ocupaba en este arsenal, de contínuo, en fabricar armas.

Sobre el mismo lago se veian jardines flotantes de estraordinaria belleza, los que por medio de largas perchas, se les transportaba á voluntad de una orilla á otra. Al este de Tenocchtitlan, estaba Acolhuacan ó Tezcuco, capital de los acolhues, que antes de los aztecas dominaban por aquella parte. A esta ciudad se la podia dar muy bien el nombre de Atenas de la América, porque era la ordinaria residencia de las mayores celebridades en todas las ciencias que cultivaban los aztecas.

Aunque cortos é incompletos estos detalles, pueden dar una idea al lector de la civilizacion que reinaba en Méjico, cuando Velazquez, gobernador de Cuba, encargó, en 1518, á Hernan Cortés, la empresa de someter este imperio á la dominacion española. Velazquez habia recibido del general de la Orden de la Merced, á los PP. Bartolomé de Olmedo y Juan de Zambrana. Estos predicaron el evangelio á los isleños de Cuba. Juan de Zambrana, despues de un año de apostolado murió en esta isla; pero Bartolomé de Olmedo, que quedaba trabajando en ella, acompañó á Hernan Cortés en su espedicion.

El gefe español se embarcó el 10 de febrero de 1519, despues de haberse encomendado él y los suyos, bajo la proteccion del príncipe de los apóstoles, y de haber hecho pintar sobre el gran pendon de Castilla, una gran cruz con estas palabras: *In hoc signo vinces*, las mismas que se aparecieron al grande Constantino. El 4 de marzo desembarcó en la costa de Méjico, y á poco se apoderó de la ciudad de Tabasco. «*La historia de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced*, dice, que la hija del gran cacique que Olmedo bautizó, y á la que puso el nombre de Marina, fué el instrumento de que Dios se valió, para la conversion de otros muchos. La jóven cristiana descubrió al P. Bartolomé de Olmedo, el sitio oculto donde los indios adoraban á sus ídolos. Este padre los quitó todos y erigió en el mismo punto un altar al verdadero Dios. Tambien se elevó una cruz, y despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, recibió el juramento de fidelidad al rey Católico, que en sus manos hicieron los

indios. Este padre, que dió á esta ciudad el nombre *Santa María de la Victoria*, está reconocido por el primer apóstol de Nueva España.»

El religioso afan de Cortés en destruir los ídolos del principal templo de Zempoala, y reemplazarlos por un crucifijo y una imágen de la Madre de Dios, antes que hubiese habido tiempo de probar á los zempoalos lo absurdo de sus creencias, y de haberles hecho conocer los principios del cristianismo, transformó á estos indígenas de aliados en enemigos. El sábio Olmedo, moderó luego este celo impetuoso, cuando llegaron á Tlascala. La profunda veneracion que profesaban á Cortés los tlascaltetas, animó á aquel á esplicar á los principales de ellos la doctrina cristiana, proponiéndoles con instancia el abandonar sus supersticiones, y abrazar en lugar de ellas, la religion de sus nuevos amigos. Los indígenas, conformes en la idea generalmente establecida entre las naciones bárbaras, convinieron en la verdad y escelencia de la religion que se les anunciaba; pero sosteniendo al mismo tiempo que los teutes de Tlascala eran divinidades no menos dignas de sus homenages que el Dios de Cortés, y que así como este tenia derecho á la adoracion de los españoles, ellos se creian tambien obligados á conservar el culto de los dioses, que habian honrado sus antepasados. Cortés, impaciente, insistió ya con tono de autoridad, mezclando amenazas con sus razonamientos, y los tlascaltetas, descontentos, le rogaron que no les hablase mas de eso. Sorprendido é indignado por su obstinacion, Cortés se preparó á ejecutar por la fuerza lo que no habia podido con la persuasion, y ya iba á echar por tierra los altares, y á destruir los ídolos con la misma viveza que en Zempoala, cuando Bartolomé de Olmedo le contuvo. Sus justas y cristianas reflexiones hicieron impresion en la piadosa alma de Cortés, quien comprendió que la violencia era tan contraria al evangelio como á la prudencia, y que la fuerza era capaz de hacer odiosa á la verdad misma; y así únicamente se limitó á exigir á los tlascaltetas, que en adelante se abstuviesen de sacrificar víctimas humanas.

Cuando la superior inteligencia é incomprensible andacia de Cortés le hicieron penetrar en Tenochtitlan, supo despues de una larga conversacion que tuvo con Motezuma, la opinion que este monarca habia concebido de los españoles. Este emperador les dijo, que segun una tradicion antigua entre los mejicanos, sus antepasados habian venido originariamente de un pais muy lejano, y conquistado á Méjico; que despues de haber formado un imperio estable, el que habia organizado la colonia se volvió á su patria, prometiendo que en el decurso de los tiempos sus descendientes vendrian á visitarla, y á reformar su constitucion y sus leyes, tomando las riendas del gobierno; que por todo cuanto habia sabido y visto, estaba convencido de que los españoles descendian de estos primeros conquistadores, cuya venida estaba anunciada á los mejicanos por sus tradiciones y profecías, y que en esta persuasion, los habia recibido, no como á estrangeros, sino como á parientes, que tenian su misma sangre, por lo que les rogaba que se contemplasen ya como dueños de sus Estados, y que él y sus súbditos estarian dispuestos á ejecutar su voluntad, y aun hasta prevenir sus deseos. Por condescendiente que se mostró Motezuma á cuanto de él exigió Hernan Cortés, solamente estuvo inflexible en un punto y fué el de renunciar á sus falsos dioses y abrazar en la fé cristiana, proposicion que rechazó con horror. Furioso el caudillo español con su obstinacion, estuvo ya preparado á la cabeza de los suyos, en un transporte de celo, á echar por tierra los ídolos del gran teocali; pero al ver la actitud imponente del pueblo y de los sacerdotes que acudieron en masa á defender sus altares, abandonó su empresa temeraria, contentándose con haber quitado solamente un ídolo de un nicho, y colocado en su lugar una imágen de la Vírgen. Desde este momento los mejicanos ya no pensaron mas que en vengar sus divinidades insultadas, y en esterminar á los españoles.

La prudencia del P. Olmedo, sirvió tambien á Cortés para el buen éxito de las negociaciones entabladas con las tropas que Velazquez envió desde Cuba á Méjico, para arrancar á aquel afortunado caudillo la conquista, que ya el gobernador sentia no haber emprendido por sí mismo; y cuando mas adelante se lanzó una flotilla de bergantines á las aguas de Tezcuco para tomar á Tenochtitlan, el misionero puso aquellos barcos bajo la proteccion del cielo por medio de la celebracion de los santos misterios, bendiciéndolos y poniéndoles nombre á medida que iban entrando por el canal.

En contra de la opinion comun, que afirma que Motezuma murió el 30 de junio de 1520, rechazando las instancias de los españoles para hacerle abrazar el cristianismo, la *Historia de la Orden de la Merced*, afirma que Bartolomé de Olmedo bautizó á este príncipe y á otros muchos caciques, y añade: «El R. P. Olmedo, tuvo la gloria de ver edificada una iglesia y un convento de su órden en una plaza de Méjico, en cuya ciudad murió despues de tantos prodigios (1).»

Herrera, citado por Wadingo, asegura que Cortés, tuvo siempre en su compañía, á religiosos de S. Francisco, y las cartas escritas en el año 1520 al emperador, por este caudillo, pidiéndole que se le enviasen mayor número de aquellos, prueban la mucha estima en que tenia su cooperacion. El hermano Francisco Quiñones, ministro de la provincias de los Angeles, y el flamenco Juan Glapson, comisario de los Observantes en la corte romana, se pusieron de acuerdo para emprender aquella mision, y obtuvieron de Leon X, en 1521, todos los privilegios que la Sede apostólica habia concedido para iguales empresas; pero el proyecto concebido con tanto celo por Quiñones, no pudo realizarse por haber sido este elegido comisario general de los Observantes, y por haber muerto Glapson en setiembre del año siguiente en Valladolid. Cárlos V, estimulado por las instancias de Cortés, y por su propio deseo, trató acerca de la mision de Méjico con su antiguo preceptor, entonces papa, que llevaba el nombre de Adriano VI, y obtuvo de él los poderes necesarios, para mandar á aquel pais religiosos de las órdenes mendicantes, y sobre todo, franciscanos de la Observancia regular, concediéndoles los mas ámplios privilegios, que por bula de Leon X, de 1521, se habian otorgado á los ya mencionados Quiñones y Glapson. Con estos poderes emanados del papa, el emperador invitó al ministro general de los Menores, á que designase los sujetos mas capaces para dedicarse á esta santa y piadosa obra. El ministro, en vista de esto, espidió una circular á los religiosos de su dependencia, fechada en Milan, el 30 de mayo de 1522, en la cual les exhortaba á aquel apostolado, dando desde luego su bendicion, y delegando su autoridad á los religiosos que escogiese el emperador por informes de los PP. de la Órden. En su consecuencia, Cárlos V designó tres flamencos, cuya virtud le era conocida, y que se encontraban dispuestos á hacer ese viage, y fueron dos sacerdotes, Fr. Juan de Toit, que habia sido guardian de Gante; Juan Aora, y el hermano lego Pedro de Mura, los cuales se embarcaron sin detencion para Nueva España, á donde llegaron antes de que los españoles hubiesen afirmado allí su dominacion. Se detuvieron en Tlascala, y predicaron allí el evangelio, reportando con energía el culto idolátrico de los indígenas; pero como no sabian la lengua del pais, mas

(1) Los historiadores españoles varian sobre las causas y circunstancias de la muerte de Motezuma. Cortés y Gomera lo atribuyen á una pedrada recibida en la cabeza, Solis, á la terquedad de no dejarse curar; Bernal Diaz dice que se dejó morir de hambre; Herrera que sucumbió á una violenta pasion de ánimo; pero ninguno asegura ni aun remotamente que muriese convertido al cristianismo y bautizado, opinion que solo hemos visto reproducida en el cronista de la Merced, tan peregrina como la del mercenario Solorzano que acompañó á Colon en su primer viaje. Motezuma dejó muchos hijos, de los cuales murieron tres en la retirada de Cortés. El mas notable de los que sobrevivieron fué Yohualicahautin, llamado despues D. Pedro Motezuma, del que descienden los condes de Motezuma y de Tula. Las dos casas nobles de Cano y de Andrade Motezuma son originarias de una de las hijas de aquel monarca. Los reyes de Castilla concedieron á su posteridad privilegios muy latos é inmensas posesiones en Nueva España. Añadieron además que el verdadero nombre de Motezuma, era Moteuczoma, y mejor dicho Moethecuzoma. Á veces se halla escrito Moctezoma ó Moctezuma. (N. del Trad.)

se espresaban por señas, que por palabras, ó bien se valian de algunos intérpretes europeos. Su fervor, les hizo pasar entre los indígenas como insensatos; pero su esterior humilde, la sobriedad de su vida, la pureza de sus costumbres, y sobre todo, el desprecio por las riquezas, produjeron una principal impresion en aquellos, que los que se habian resistido á la muda predicacion de sus señas, ó á la elocuencia de sus exhortaciones, traducidas por los intérpretes, fueron vencidos por el ejemplo de sus obras, y los pobres idólatras se presentaron en masas á recibir el bautismo. Los tres misioneros siguieron catequizando en Tlascala, y en toda esa provincia, hasta que la pacificacion de Méjico les permitió llevar á otras partes la antorcha de la fé.

Aunque la conquista de la península de Yucatan, descubierta en 1517, no se terminó sino diez años despues, sin embargo, su noticia llegó á España, antes de la toma de Fenochtâtlan ó Méjico, y los franciscanos de la provincia de Santa Cruz, ya se habian trasladado á Yucatan, cuando Quiñones, á aquella sazon ministro general, habia ya elegido trece religiosos mas, para evangelizar en Méjico. El principal de ellos, fué Martin de Valencia, de quien dice Wadingo: « Mientras que Martin Lutero comenzó á sembrar su mala doctrina en Alemania, Martin de Valencia, comenzó á predicar en Nueva-España, haciendo aparecer los magníficos dones de gracia y ciencia que despues empleó con tanto celo y fruto en la conversion de los pueblos idólatras de la América. disponiendo así la providencia de Dios, que un Martin, reparase con la conversion de muchos reinos, las pérdidas que otro Martin causaba á la Iglesia.»

De una familia honesta y piadosa, establecida en Valencia, tuvo origen el bienaventurado Martin. La buena educacion que recibió, le inspiró desde la infancia el amor de Dios y el temor de sus juicios, de modo, que resuelto á sacrificarlo todo por su santo servicio, dejó el mundo, y abrazó la regla de S. Francisco, en el convento de Mallorca, de la provincia de Santiago. Muy jóven era cuando tomó el hábito, y así, tuvo que soportar rudas tentaciones de parte del espíritu de las tinieblas, que no perdonó medio para apartarle de su vocacion; pero la lectura del admirable libro de la *Conformidad de S. Francisco con Jesucristo*, y las lecciones y consejos de Juan de Argomanis, muy versado en la direccion de las almas, hicieron nacer en Martin, despues de fortificado en la virtud, el deseo del martirio. Habiendo oido hablar de la vida austera de los Descalzos, establecidos en Portugal, solicitó, y obtuvo el permiso de unirse á ellos, siendo en esta reforma. un modelo de santidad. Despues de haber edificado á sus hermanos, durante algun tiempo, les dejó para ir á secundar al P. Juan de Guadalupe, que se proponia establecer la misma reforma, en la custodia de S. Gabriel. Buscando un lugar solitario para poderse entregar sin distraccion alguna á sus austeridades, se le autorizó establecer un pequeño convento cerca de Belmes, fundacion que seguida de algunas otras, completó la de la provincia de S. Gabriel. Por mucho que queria ocultar la fama de su piedad, se estendió por todas partes, y muchos acudian á ver á un hombre que vivia en la tierra, como los ángeles en el cielo. En este tiempo, el duque de Feria, enemistado con el marqués de Priego, rogó á los superiores de Martin, que le permitiesen venir á habitar en el convento de S. Onofre, cerca de Lapi, á fin, de que encontrándose así en el confin de los Estados de ambos magnates, pudiese mejor reconciliarlos, pues el duque tenia tan alta idea de aquel religioso, que le consideraba como el único hombre capaz de terminar sus diferencias con el marqués. Pero la humildad de Martin, no lo pensaba así; antes creyéndose un servidor inútil, y deseando encontrar una soledad, donde ignorado del resto de los hombres, pudiese pasar sus dias libremente, contemplando las grandezas de Dios, y su inmensa magestad, fijó su atencion en la órden de los cartujos, cuyo género de vida le pareció mas adecuado á llenar sus deseos, y tantas fueron las ins-

tancias que hizo acerca de sus superiores, que al fin le concedieron el permiso de pasar á aquella órden. Encantado de antemano Martin con las delicias espirituales que se figuraba iba á gozar en su nuevo retiro, se puso en camino para ir á él; pero un dolor repentino en un pié, le hizo imposible el caminar, por lo que comprendió que Dios queria que perseverase en el estado austero que ya habia abrazado, y volviéndose atrás, se metió en un convento. Sin embargo, el deseo de la absoluta soledad le atacaba siempre, y encontró medios de satisfacerle, trasladándose al convento de Monte-Celia, sitio aislado y favorable, por lo mismo á la mediacion. Allí recibió muchos consuelos interiores; pero despues de haber saboreado las dulzuras de la gracia, se vió acometido de tan violentas tentaciones, que perdió el fervor de la oracion: la soledad que con tanto empeño habia buscado, comenzó á aburrirle; encontraba disgusto en los ejercicios espirituales; la caridad con sus hermanos se iba estinguiendo en él, y el peligro creció tanto, que se sintió agitado por dudas sobre la fé, con especialidad sobre la Eucaristía, en términos de no poderse resolver á celebrar la misa. Pasó Martin algunos dias en tan horrible estado; pero Dios acudió á él con su misericordia. De repente su tibieza se cambia en celo ardiente, y se siente abrasado en deseos de ganar almas para el cielo, y no limitándose á las de los pecadores, quiere llevar la antorcha de la fé entre los infieles. Revelaciones interiores le dieron á conocer que existian en vastas regiones, pueblos enteros que debian ser llamados á la luz del cristianismo, y la vocacion de los gentiles, encomendada á S. Pablo, era su constante idea. En este tiempo, tuvo un éxtasis: Dios en él le hizo ver una innumerable multitud de infieles, que se presentaban á recibir el bautismo, y en el transporte de su alegría, esclamó por tres veces: «¡Glorifiquemos á Jesucristo! Despues de esta efusion de gozo, quedó inmóvil é insensible á todo. Los religiosos, creyéndole privado de sentido, le llevaron á su celda, temiendo un accidente; pero vuelto en sí de la celestial vision, dió parte de esa maravilla á sus hermanos, y gracias á Dios porque se le habia mostrado, y se sintió animado del celo mas grande para las misiones, y de la mayor esperanza de recojer inmenso fruto de ellas. Por dos veces pidió el permiso de pasar al Africa, pero sin resultado, cuando encontrando por casualidad á un santo personage que le dijo, que su destino no era el Africa, sino la América, recibió este aviso como un oráculo del cielo, y esperó humildemente á que se le emplease en la cosecha del Señor, preparándose con la oracion y penitencia á su carrera evangélica. Nombrado provincial de la provincia de San Gabriel en 1518, cuando estaba obligado á presidir el Capítulo, que llamaban de culpas, daba principio al mismo, por la acusacion de las suyas, y por una disciplina que se imponia, lo que predisponia á los inferiores, á recibir con sumision las penitencias que su paternal solicitud les prescribia en seguida. Tal era el religioso que Quiñones, no pudiendo él personalmente, por su empleo, ocuparse en el apostolado, escogió por gefe de la mision de Nueva-España.

A Martin de Valencia, se unieron Martin de Jesus, José de la Coruña, Juan Suarez, Antonio de Ciudad-Rodrigo, y Toribio de Benavente, religiosos todos doctos y prudentes, tan buenos oradores, como directores de almas; Garcia de Cisneros, y Luis de Fuensalida, jóvenes predicadores; Juan de Riva, Francisco Ximenez, sacerdotes, y Andrés de la Torre, y Bernardino de Córdoba, legos. Quiñones instituyó á Martin de Valencia, custodio de todas las casas que se fundasen en aquel imperio, bajo el título de Custodia del santo Evangelio; le hizo independiente de todos los demás superiores; le confirió toda su autoridad, y permitió el uso de todos los privilegios acordados por la santa Sede para esta mision. Quiñones, no esceptuó el sugetarse á la reforma de los Descalzos ú Observantes, sino á los tres flamencos, enviados nuevamente por el rey de Nueva-España. Francisco de

Soto y Juan Suarez, fueron encargados de visitar, en calidad de comisarios, la provincia ya erigida de Santa Cruz, y todas las residencias de los franciscanos, á fin de poder esponer en el próximo Capítulo general, el estado moral del pais, la necesidad que tuviesen de obreros evangélicos, y las esperanzas que ofrecian para la propagacion de la fé.

En el mes de diciembre de 1523, Martin de Valencia y sus once compañeros se fueron á Sevilla aguardando allí las órdenes del emperador, y obtenida su venia se embarcaron en San Lúcar de Barrameda el 25 de enero de 1524, justamente el dia en que la iglesia celebra la conversion de S. Pablo, el doctor de las naciones; y el 14 de mayo, víspera de Pentecostés, es decir, de la venida del Espíritu Santo, cuyo ausilio era la esperanza toda de los obreros apostólicos, abordaron el continente de América en el puerto de Vera-Cruz (Pl. XLVII, n.° 1.), á sesenta leguas de Méjico.

Sabedor de su llegada, Hernan Cortés mandó diputados en su nombre para que los felicitasen y escoltasen luego hasta la capital. Al llegar á Tlascala vieron una multitud de indígenas de lo que dieron mil gracias á Dios que les ofrecia una mies tan abundante, y se fueron derechos á la plaza principal de la ciudad. Como no conocian el idioma, se esplicaban por señas haciendo lo posible por representar á ese pueblo la magestad de Dios en el cielo; hacerle comprender que todo bien procede del Señor, y el horror que debian tener á sus falsas divinidades y vanos simulacros, sobre los cuales aparentaban el mayor desprecio. Los indígenas estaban asombrados al ver lo enjuto de sus rostros, la estremada pobreza de sus vestidos, la desnudez de sus piés y la cruz de madera que cada uno de ellos tenia en la mano con respeto, como su única arma. En su sorpresa estos idólatras repitieron á menudo la palabra *motolinia*, y preguntando un religioso su significacion á un español, le contestó este que era el sinónimo de *pobre hombre*. « Hé aqui, esclamó entonces el religioso lleno de alegría, hé aquí el nombre que en adelante quiero tener entre los indios. » El deseo del buen franciscano se cumplió, pues desde entonces ya nadie le llamó sino el P. Motolinia.

Cortés convocó á los caciques y á los capitanes españoles, para que con gran acompañamiento saliesen á recibir á los misioneros, á su entrada en Méjico, y tratándoles como embajadores de la divinidad, él mismo tendió su propia capa á los piés de Martin de Valencia; hincó la rodilla para besar la mano, y recibir la bendicion de todos los religiosos; (Pl. XLVII, n.° 2) y todos los españoles de su comision le imitaron. La humildad de estos misioneros se alarmó con semejantes honores; pero se les advirtió, que no debian impedirla paraque los indígenas concibiesen así mayor respeto hácia los ministros de Jesucristo. Para hacer este mas notable, Cortés se volvió hácia los gefes mejicanos, y presentándoles por su mano á los religiosos, les dijo: « Hé aquí á los hombres enviados por Dios; nosotros como veis, les tratamos con la mas profunda veneracion, y no menos los honra el rey de España, nuestro Soberano. Deseosos solamente de la salvacion de las almas, no buscan ni apetecen ni vuestro oro ni vuestras tierras, porque despreciando todas las cosas de este mundo no piensan mas que en las del cielo. No quieren vuestros bienes, sino vuestras almas. Vienen para daros á conocer el único y verdadero Dios, y para destruir el culto de los indignos objetos de la supersticion. Han atravesado la vasta region del Océano y vienen de lejanas tierras para trabajar en vuestra salvacion, y si necesario fuese, para sacrificarse por vosotros. Os los presentamos como vuestros maestros en la fé, como preceptores de vuestros hijos, como protectores de vuestro pais, y como prenda de amistad y mediadores para con nuestro monarca sobre el que tienen gran poder, siendo sus ruegos igualmente eficaces en el supremo tribunal de Dios. » Los españoles cuidaron de que se hiciese un cuadro de esta notable recepcion, y



varias copias de él, que se conservaron como recuerdo en diferentes puntos de Nueva-España. Despues de estas primeras muestras de estimacion, Cortés condujo á los misioneros con gran pompa al palacio real, y continuó dispensándoles grandes honras sobre todo en público y en presencia de los indígenas. Esta conducta, sostenida por el caudillo español, hizo conservar á los indios una gran veneracion hácia los religiosos á quienes veian mas honrada en su misma pobreza, que los conquistadores, en su opulencia.

Mucho mas se aumentó en ellos el sentimiento de veneracion, cuando comprendieron el generoso desprecio que los franciscanos hacian de todas las cosas de la tierra, que contrastaba con la ambicion y codicia de los europeos, que buscaban con tanto afan el oro y las riquezas, y así los misioneros llenos de un sentimiento verdaderamente apostólico, para que los indígenas comprendiesen mejor por su ejemplo que por sus razones, el verdadero espíritu evangélico, demostraban en todo la mayor abnegacion y pobreza, tanto en el cuidado de su cuerpo, como en sus sencillos alimentos, no comiendo carne, sino rara vez y muy poca, y no bebiendo mas que agua. Sus hábitos eran muy usados, bastos, remendados y recosidos; caminaban con los piés desnudos sin sandalias; su cama era una estera, su almohada un tronco de árbol, y el tiempo para dormir muy escaso, por aprovecharle en lo posible para el culto de Dios ó la salvacion del prójimo. Su alojamiento era modesto, sin nada de supérfluo ni precioso, pero limpio y aseado con esmero, así como el interior de las iglesias. En todas sus acciones guardaban la mayor compostura y recogimiento, y así, reportándose de este modo los indígenas, naturalmente inclinados al vicio y relajacion, viendo en estos hombres el contraste de un género de vida tan nuevo y riguroso, comenzaron á pensar, si habria algo de sobrenatural en las personas que la practicaban, y atraidos por los dulces lazos de la piedad y caridad cristianas, se arrojaron en sus brazos con la mas profunda confianza y tierno afecto. Acudian en masa para ver de cerca á estos religiosos, reputándoles como bajados del cielo, puesto que ante ellos, como ante sus soberanos, se humillaban los orgullosos conquistadores de Méjico.

Pero los misioneros cuidaban mas de ganar almas para el cielo, que de recibir honores en la tierra, veian con dolor que el tiempo iba pasando, sin poder trabajar eficazmente en esta santa obra, por no comprender el idioma de los indígenas, y no poderles hacer entender como quisieran, las verdades evangélicas. Despues de haber conferenciado varias veces con Cortés, sobre estas dificultades, resolvieron de comun acuerdo reunir á todos los caciques, para decirles, por medio de intérpretes, que el viage de los religiosos no tenia otro objeto, que la salvacion de los americanos, y que el medio mas breve para lograrle, consistia en comenzar por la instruccion de los niños, que recibirian la semilla de la fé, mas fácilmente que sus padres, y la conservarian con mas seguridad y provecho; y que en su consecuencia los misioneros se repartirian por las provincias, estableciendo escuelas, en las que serian instruidos sus tiernos discípulos, hasta que se convirtiesen en cristianos, capaces de enseñar á los demás lo mismo que ellos habian aprendido; y que así era preciso que los padres de familia, mandasen á sus hijos á estos seminarios, si es que de buena fé deseaban la salvacion de sus almas, sin que por esto se descuidase la instruccion de los indígenas avanzados en edad, á fin de ganarlos entretanto á Jesucristo.

Cuando Hernan Cortés notificó estas disposiciones á los americanos, Martin de Valencia hizo llamar á los tres franciscanos flamencos, de que antes hemos ya hablado y á otros dos religiosos venidos de Haiti, y cuando estuvieron reunidos, les declaró que si bien él estaba nombrado custodio por el ministro general de la órden, y además comisario y vicario apostólico en Nueva España; sin

embargo, les dejaba libres en elegir para ello otro superior diferente, queriendo mejor compartir sus trabajos, que dirigirlos; pero los cinco religiosos renunciaron desde luego á separarse, y quedaron unidos á los demás, y bajo igual dependencia. Dividiendo en seguida el pais en cuatro regiones, Martin de Valencia, fraccionó los misioneros en otros tantos grupos de obreros evangélicos, quedando cuatro hermanos en Méjico, como principal foco de la supersticion. Mandó cinco de los restantes á Tlascala; cuatro á Tezcuco, y los cuatro restantes á Stuexocingo. Desde estos cuatro centros, los apóstoles de la fé debian irradiar á todos los puntos de su círculo particular.

Una vez arreglada esta division, los religiosos escogieron habitaciones vastas y capaces, que contuviesen grandes salones, y las dependencias necesarias para que sus numerosos discípulos, pudiesen estar allí alojados con la posible comodidad. Se amueblaron decentemente estos aposentos, erigiendo en ellos altares con hermosas pinturas, que inspirasen sentimientos de piedad. Los principales indígenas enviaron desde luego sus hijos á estos seminarios, pero algunos que creian bastaria eso para contentar á Cortés, enviaron los hijos de sus criados, en vez de mandar los suyos propios, astucia que se volvió en su perjuicio, porque estos humildes escolares, luego que su educacion les hizo capaces de los principales cargos, fueron con preferencia escogidos para ellos, antes que los hijos de sus señores. El número de alumnos fué tan grande en un principio, que cada casa tenia ochocientos ó mil. Estaban divididos por clases, sometida cada una á un regente, sin contar los agentes subalternos que vigilaban la conducta de estos jóvenes, y que les servian la comida que les enviaban sus familias. La lectura, escritura y canto, ocupaban á los niños, de quienes los mismos religiosos se constituian discípulos, paraque les fuesen enseñando el idioma popular. El momento de transicion fué terrible, pero la asiduidad y constancia de los franciscanos, triunfaron de todas las dificultades, y el cielo fecundó tambien su estudio, de modo que antes de finalizar el año, ya podian espresarse en las lenguas de las diversas naciones que les tocaba evangelizar. El hermano Luis de Fuensalida y Francisco Ximenez, fueron los primeros que supieron hablar el idioma mejicano, en términos, que este último, ya compuso una gramática y tradujo algunos otros libros. Otro jóven, llamado Alfonso Molina, hijo de una española, y que sabia el idioma local, por el comercio que tenia con los hijos del pais, quedó de adjunto á los religiosos, vistiendo luego despues su mismo hábito, y este trabajó eficazmente en la conversion de los idólatras, tanto por sus predicaciones, como por los libros que compuso, por espacio de cincuenta años, finalizando su fructuosa carrera, en el convento de Méjico.

El principal cuidado de los misioneros, era acostumbrar á los escolares al culto de la Divinidad. Para esto, los mismos religiosos hacian sus ejercicios regulares en la misma gran sala, á presencia de sus discípulos. Allí mismo celebraban la misa, cantaban el oficio, hacian la meditacion, rezaban sus oracionesa con los brazos en cruz, se entregaban á la disciplina y hacian otras mortificaciones. El éxito de esta medida superó á sus esperanzas. Aquellos escolares de carácter dócil y gran penetracion, aprendieron en poco tiempo cuanto se les queria enseñar. Varios consiguieron saber hablar el castellano, antes que los misioneros llegasen á aprender el idioma de la América, y muchos fueron en poco tiempo capaces de ser maestros de sus propios compatriotas. Además, era tal su respeto y tierno afecto hácia los religiosos, que por aquellos sabian siempre estos de antemano, cuanto se trataba contra los cristianos, y les descubrian los ídolos que se habian ocultado.

Lleno Hernan Cortés de alegría y celo, por la rápida propagacion de la fé, propuso á Martin de Valencia, que hiciese reunir en su calidad de vicario apostólico, un sínodo

en el que se examinasen y resolviesen las dificultades que pudieran ofrecer la transicion de los idólatras al cristianismo. Este sínodo se celebró el año 1424, concurriendo á él cinco sacerdotes seculares, diez y nueve franciscanos, y seis doctores en derecho canónico. Le presidió el vicario apostólico, y Cortés asistió á él para darle mas autoridad y brillo. Aunque poco numerosa la asamblea, en cambio las reglas que dictó, fueron las mas útiles y santas. Uno de sus principales decretos, fué el de obligar á los nuevos convertidos, á contentarse con una sola muger, dejándoles la libertad de elegir la que gustasen entre las que antes tenian. Verdad es, que sobre esto, se originaron luego cuestiones, que no se terminaron sino bajo el pontificado de Paulo IV.

El desarrollo de esta mision fué tal, que en pocos años, mas de siete millones de indígenas recibieron el bautismo, en solo el territorio de Méjico. Pero la desproporcion entre los apóstoles y los indígenas que faltaba evangelizar, era tan grande, que Cárlos V, cuya dominacion crecia de dia en dia en América, pidió nuevos misioneros á Quiñones. El prudente ministro general, contestó que les facilitaria lo mas pronto posible, pero que todos los religiosos no eran igualmente aptos para ese cargo, pues no pocos de los anteriormente enviados, por falta de doctrina ó de virtud habian causado mas entorpecimiento que provecho espiritual, y que convenia separar aquellos malos obreros, paraque no perjudicasen la obra de los buenos. Apreciando el emperador la importancia de este aviso, hizo regresar de América á España á varios religiosos, cuyo celo y observancia se habian debilitado, y dispuso que en adelante no fuesen admitidos para la carrera del apostolado, sino individuos de congregaciones reformadas, designados especialmente por sus mismos superiores, á fin de que su celo y su virtud siguiesen convenciendo á los indígenas, de que no atendian mas que á la salvacion de sus almas. La provincia de San Gabriel, de donde habian salido Martin de Valencia y sus compañeros, suministró en 1525 otros cuatro escelentes ausiliares, todos españoles, á quienes Fr. Martin destinó á Cuernavaca, capital de los Estados del marquesado del Valle, desde donde se estendió su accion á los territorios inmediatos (1).

Martin de Valencia hacia ordinariamente sus viajes sin compañía alguna, porque pudiendo disponer de pocos religiosos queria mejor que estos estuviesen repartidos, y aunque de complexion débil y avanzada edad, llevaba él mismo sus libros y demás objetos necesarios. Su ancianidad y la multitud de sus ocupaciones, no le permitieron estudiar los diferentes idiomas de la América como él hubiera deseado, para instruir por sí mismo mas fácilmente á los indígenas; pero suplia con sus ejemplos lo que faltaba á su palabra.

Por grande que fuese el celo que Martin y sus hermanos empleasen en la conversion de los americanos, se llegaron á persuadir, que no llegarian á realizarla enteramente, mientras conservasen aquellos pueblos los objetos que constituian su idolatría y la libertad de ejercer su culto supersticioso. Cortés, á indicacion de los mismos misioneros, intimó una severa prohibicion, de que se renovasen los horribles sacrificios humanos que se verificaban en los templos Pero los comisionados, encargados de impedir esta carnicería sacrílega, ya por temor de irritar á los idólatras, ó ya por otra razon cualquiera, descuidaron el exacto cumplimiento de la órden de Cortés, en términos, que los indígenas, ya en sus casas, durante el dia, ó en sus templos durante la noche, continuaban aun en sus detestables prácticas. Entonces los ministros de Dios, á ejemplo de Moisés, resolvieron para cortar el mal de raíz, romper ellos mismos los ídolos, hacer demoler los templos, y borrar hasta la menor huella de la idolatría, entregando á un olvido eterno los instrumentos y demás ceremonias que habian servido

(1) Entre las muchas gracias y mercedes que se concedieron á Hernan Cortés fué el título de Castilla, de marqués del Valle de Oaxaca, cediéndole el señorío de este valle y de el de Atrisco con sus villas, lugares y 23000 habitantes. (N. del Trad)

al culto del demonio. Se comenzó esta obra de destruccion el año 1525, primero en Tezcuco, y se prosiguió luego en Tlascala, Méjico y Huexocingo, sin emplearse en esto mas brazos que los de sus mismos discípulos; y despues de haber destruido los teocalis, principales ciudadelas del espíritu de las tinieblas, se recorrieron las plazas y demás lugares públicos, quitando todos los ídolos que en ellos existian. No parecia sino que á ellos estaban dirigidas aquellas palabras del *Deuteronomio* (Cap. XII, 2 y 3): «Destruid todos los sitios en que las naciones que vosotros debeis poseer han honrado á sus falsos dioses, en las montañas, en las colinas, y en los bosques. Sean demolidos sus altares, rotas sus estátuas, hechos pedazos sus ídolos, y estinguid hasta la memoria de sus nombres en todos esos lugares.» Aunque la determinacion de los misioneros fué hija del mas puro deseo, y aunque su empresa se llevó á cabo sin oposicion hostil de parte de los indígenas, algunos les acusan, sin embargo, de falta de prudencia y de inteligencia en esos actos: de prudencia, porque espusieron la colonia á una sublevacion general de los indios contra los españoles, en situacion en que habia aun en ella muy pocos de estos para contenerla; y de inteligencia, porque hubiera sido mejor conservar aquellos magníficos teocalis, y sus ricos adornos para el culto verdadero de Dios, y como muestra de las artes en aquel pais. Wadingo contesta á esta doble acusacion: «El que inspiró este designio á los misioneros, les dió la fuerza de ejecutarlo, y merced á él, comenzaron su empresa regeneradora con mayor valor, y la terminaron con buen éxito. La prontitud de la ejecucion y el saludable terror que impidió á los indígenas oponerse á ella, prueban claramente que Dios escogió á esos doce religiosos, pobres y débiles, pero firmes é intrépidos campeones de la fé, para arrojar la idolatría de la América, así como eligió á sus doce apóstoles para predicar el evangelio. Con efecto, ¿cómo estos pobres hermanos hubieran podido echar por tierra aquellas fortalezas del demonio, establecidas y conservadas por tantos siglos, y sin emplear en su obra de destruccion otras manos que las de inocentes niños, si la mano misma de Dios no hubiera fortificado su debilidad? En cuanto á no haber querido conservar ni los templos, ni sus utensilios y ornamentos para consagrarlos al culto del verdadero Dios, no hicieron mas que imitar el celo de los primeros apóstoles, que creyeron, que los lugares profanados por el culto de los demonios, eran indignos de servir al de la Divinidad única y suprema, y por esta razon dejaron de existir en diferentes puntos, edificios reputados como maravillas del mundo; los templos de Serapis en Alejandría; de Júpiter, en Apemeo; de Venus, en Cartago; de Júpiter Capitolino, en Roma, etc. San Gregorio escribia al rey de Inglaterra y S. Gerónimo á Losta, que era preciso obrar así; y las leyes de los emperadores, especialmente de Teodósio el Jóven, lo dispusieron igualmente despues. Y si en tiempo del emperador Phocas, Bonifacio IV consagró en Roma, dedicándolo á la inmaculada Vírgen y á todos los santos mártires, el templo que estaba dedicado á todos los dioses de los gentiles, llamado por esto el Panteon, esto fué un rasgo particular de la providencia de Dios, dice el cardenal Barónio, á fin de que despues de la destruccion de todos los demás templos de los dioses particulares, este, que queria ser el templo universal y comun á todos aquellos, quedase en pié, como glorioso trofeo de la victoria, que el verdadero Dios consiguió sobre las falsas divinidades.»

Mayor firmeza, que para vencer el poder del demonio y sus ídolos, necesitaron emplear los franciscanos para contener una guerra civil, que estalló en Méjico, entre los mismos españoles, unos fieles partidarios, otros miserables envidiosos, de la gloria de Hernan Cortés, mientras que este conquistador se ausentó para ir á Honduras. El vigor y la prudencia de Martin de Valencia salvaron á Méjico en aquella ocasion, y, como vicario apostólico, desplegó toda su energía y autoridad contra los sediciosos, al mismo tiempo, que por

medio de Pedro de Altimira, primo de Cortés, avisaba á éste para que apresurase su regreso. El hermano Juan de Toit, que habia acompañado al conquistador en la espedicion de Honduras, á fin de ganar para Jesucristo los pueblos que allí se sometiesen al dominio español, habiéndose estraviado en aquellas sendas y bosques desconocidos murió de hambre y de fatiga. Otros varios franciscanos que le siguieron despues al mismo punto, predicaron con fruto, y convirtieron á varios sacerdotes de los ídolos. Otros dos de la misma órden, embarcados con Juan de Avalos en una espedicion marítima, perecieron en un naufragio. El hermano Juan de Adra, compañero del flamenco Juan de Toit, despues de haberse esclusivamente dedicado á la educacion de la juventud en Tezcuco, murió en 1525, cargado de años y de merecimientos. Fué primero sepultado en la capilla, que él mismo habia allí construido; pero sus restos fueron despues trasladados, desde este oratorio, al convento que el hermano Toribio Motolinia fundó en Tezcuco, bajo la advocacion de S. Antonio de Pádua.

En el palacio propio de Cortés, que era el mismo que pertenecia á Motezuma, se edificó una iglesia y un convento para Martin de Valencia y sus compañeros, y, mediante la veneracion que se tenia á estos religiosos, la obra quedó muy pronto terminada. Este fué el primer templo que los cristianos poseyeron en Nueva España, y el primer sagrario donde se depositó el Santísimo Sacramento; y cosa maravillosa desde entonces, los ídolos, que aun estaban en pié, quedaron mudos, y sus horribles aspectros que se aparecian á los idólatras, acostumbrados á inmolarles víctimas humanas, no se apercibieron mas. Igualmente sucedió en todas las demás ciudades, donde sucesivamente se fueron erigiendo iglesias. Este primer santuario de Méjico, fué dedicado á S. Francisco de Asis. Cortés, mandó hacer allí de su cuenta, una magnífica capilla abovedada, donde puso sus armas, y señaló su sepultura. Despues de acabada, los indígenas se retraian de entrar en ella, pues como no conocian los arcos y bóvedas, no podian concebir que las piedras estuviesen como suspensas en el aire, y temieron que fuese aquello un lazo para sepultarlos en sus ruinas despues que estuviesen dentro El cuartel donde se edificó el convento se pobló muy luego de españoles, y habiéndose establecido despues allí la real audiencia, los franciscanos se trasladaron á otro punto de la ciudad, mas adecuado á su recogimiento y á los progresos de su apostolado, conviniéndoles sobremanera estar mas cerca de los indígenas y frecuentar su trato.

El segundo convento de Nueva España, fué el de Guaxocingo, situado en la provincia de Tlascala, al pié del volcan de Popocatepetl, ó montaña de humo cubierta toda de cenizas, de cipreses, pinos y encinas notables por su grandor y lo escelente de su madera. Esta montaña se parece á la del Etna, en Sicilia. Es alta, redonda, y sobre su cima existe siempre la nieve. Los campos que la rodean son reputados como los mas fértiles de España. El convento de Guaxocingo tuvo por guardian al hermano Juan Suarez, que en 1526, acompañado de muchos hijos de las principales familias indígenas, vino á España á dar exacta cuenta al consejo de Cárlos V, del estado de la América, á la que volvió acompañado de seis franciscanos, á los que siguieron despues otros once, bajo la direccion de Fr. Francisco de Bobadilla.

No fueron los únicos los hijos de S. Francisco, enviados en este año á Méjico. Cárlos V dispuso fuesen allá doce religiosos de la Órden de la Merced, y otros doce de los de Sto Domingo, quienes, á ejemplo de los doce apóstoles, llevaban encargo de convertir á una multitud de idólatras, y estaban destinados á fundar, como así lo verificaron, en las provincias de Méjico, Oaxaca, y Goatemala, mas de cien iglesias y conventos. Los franciscanos de Méjico los recibieron con tanta caridad como alegría, en cuya compañía permanecieron por espacio de tres meses, hasta que se les dispuso alojamiento separado. Estos re-

ligiosos se hicieron notables por su austeridad y grandes sufrimientos en su estensa peregrinacion, no menos que por el inmenso fruto de salvacion que su laboriosidad evangélica produjo.

Entre todos estos debemos hacer especial mencion de Fr. Domingo de Betanzos, procedente de una familia ilustre de Leon. Su primera edad la pasó en la inocencia y la piedad. Cuando comenzó sus estudios, unió á ellos la práctica de las buenas obras y de la ley Santa, que mas tarde debia anunciar como apóstol del Nuevo Mundo. En la universidad de Salamanca trabó estrecha amistad con Pedro de Arconada, su paisano, y animado de igual espíritu que él, y entregados ambos á ejercicios de caridad y penitencia, vivieron retirados en lo posible, sin que se les viese mas que en los templos orando, ó en los hospitales, sirviendo ó consolando á los enfermos. A esto añadian ásperas mortificaciones para macerar su carne. Habiéndose hecho pública la ejemplar conducta de ambos escolares, de unos mereció elogios, de otros burlas y sarcasmos, pero estos les afirmaron mas en sus piadosas prácticas, y considerándolos como un lazo del demonio para tentar su orgullo. Domingo no pudo sufrir mas la popularidad de que gozaba, y mientras que su amigo quedó aun estudiando, él se fué á vivir en una gruta solitaria que le proporcionó un piadoso anacoreta. Entregado allí á la dulzura de la contemplacion y á la libertad de seguir su espíritu de penitencia, transformó aquella humilde celda en un hermoso paraiso. Pasados cinco años, sus austeridades le hicieron desconocido, aun á sus propios amigos. Habiéndole Dios hecho conocer que le destinaba al servicio de la iglesia para la salvacion de muchos, volvió á Salamanca en trage de mendigo, y se presentó así en el convento de dominicos de S. Estéban, donde precisamente, su antiguo amigo, Pedro de Arconada, tres años antes, ya habia tomado el hábito. Al reconocer este á Betanzos su alegría fué inmensa, y no tardó en ser admitido como religioso de la Órden. Muy adelantado ya en la ciencia de los santos y en la del derecho canónico, hizo rápidos progresos en el estudio de la teología; y el espíritu de Dios, mejor que las lecciones de sus maestros, le formó para el apostolado. Honrado con el sacerdocio, en 1513, fué destinado á las misiones de América. Pedro de Córdoba le recibió en el convento de Santa Cruz de Haiti, y conoció muy luego el tesoro que poseia, y Las Casas hace de él un juicio no menos ventajoso para el nuevo misionero. Sus predicaciones y su celo por el bien espiritual y temporal de los indígenas produjeron grandes frutos en la isla, cuyas provincias todas recorrió en el espacio de doce años, al cabo de los cuales, fué destinado á la mision de Méjico. De los otros once dominicos, sus compañeros, que arriba mencionamos, cinco de ellos murieron al año siguiente de su llegada á Méjico; otros tres, y el superior de todos, Tomás Ortiz, lucharon mas tiempo contra la influencia del clima; pero al fin les fué preciso ceder y retirarse á Europa, y únicamente quedaron Domingo de Betanzos como sacerdote; Gonzalo Lucero, diácono, y Vicente Las Casas, acólito. Con estos y otros nuevos ausiliares que les mandaron de España, pudo Betanzos ver realizada la fundacion de las cien iglesias y casas de su Órden en solo el imperio mejicano, las que llegaron á formar una provincia, que ha sido un semillero de varones apostólicos, y un seminario de santos. Este edificio espiritual, se cimentó en la mas literal observancia de las constituciones de Sto. Domingo, y en el fervor de los que participaron de su primitivo espíritu. Betanzos, á ejemplo de su patriarca, que prefirió la pobreza de Jesucristo á todas las riquezas de la tierra, rehusó las pingües rentas que los habitantes de Méjico le ofrecieron, y él y sus religiosos no respiraban mas que la pobreza en sus vestidos y alimento: su cama era una estera de junco, ó un jergon de paja; viajaba, á pié, sin dinero, sin provisiones, espuesto á la intemperie, y únicamente entregado á la Providencia. Un modo de vivir tan penitente, unido á su dulzura de costum-

bres y ardiente caridad, fijó la atencion de los indígenas que los querian y respetaban, y de los españoles que les admiraban. Muchos jóvenes, hijos de las primeras familias establecidas en Méjico, abandonaron su porvenir y riquezas, y tomaron el hábito de Sto. Domingo, poniéndose bajo la direccion de aquel apóstol que iba á procurarles verdaderos tesoros para el cielo en vez de los falsos que dejaban en la tierra.

El cristiano celo del emperador, no se limitó á mandar dominicos á Méjico; dispuso además en 1526, que todas las flotas españolas que pasasen á América para descubrir en ella nuevas tierras, llevasen consigo religiosos aprobados por sus superiores respectivos, á fin de plantar la fé cristiana en las colonias. En el plan de conquista adoptado respecto á Méjico, se prohibió por el gobierno de España á Cortés, en 1523, el repartir, como en Haiti, los indígenas de Nueva España entre los soldados de su mando, pero no habiendo sido enteramente ejecutadas las terminantes disposiciones de la corte, se resolvió de nuevo en 1526, que no existiese esclavo alguno en todo el imperio mejicano; que á ningun habitante del pais se le pudiese marcar por causa alguna, ni en el rostro ni en otra parte de su cuerpo, bajo pena de la vida á los contraventores; que á los indígenas, confiados únicamente á título de depósito, no se les emplearia, á menos que ellos consintiesen, en los trabajos de las minas, ni en los ingenios de los españoles, sino pagándoles un jornal como á hombres libres; que los superiores de las casas de los dominicos y franciscanos estarian autorizados para declarar libres á los americanos designados como tales en las leyes vigentes, y á declarar igualmente del todo emancipados á cuantos fuesen maltratados por sus amos ú obligados á trabajar en las minas ó ingenios.

Como los religiosos de todas órdenes que habia en Méjico eran insuficientes, y su número desproporcionado con el de la poblacion que tenian que evangelizar, se reclamaron mas operarios evangélicos, yendo de España ochenta mas entre franciscanos y dominicos.

En Honduras, pais conquistado por Cortés, el gobernador Diego Lopez de Salcedo, reclamó tambien misioneros, y le fueron enviados varios para poblar el convento que estaba edificando en Trujillo, y para catequizar al pueblo que en masa acudia á bautizarse. Tantos eran los que pedian esta gracia, que se creyó conveniente suspender el otorgar el sacramento á las grandes turbas que querian recibirle, hasta que estuviesen bien instruidos en el cristianismo, esceptuando el caso en que ya el gran fervor de los neófitos, ó el escaso número de catequistas no aconsejase lo contrario. Los idólatras de Honduras, adoraban muchos dioses, entre los cuales reconocian á tres como principales, á los que tenian dedicados sus respectivos templos, donde en dias marcados se sacrificaban anualmente víctimas humanas. Cada templo tenia un sacerdote que ejecutaba este culto impío, y respondia los oráculos de los dioses. Wadingo, hace notar que á estos sacerdotes les llamaban *papas*, como si el demonio hubiese querido usurpar para sus ministros, el título que los cristianos dan á su gefe. Pero los franciscanos destruyeron estos templos, rompieron los ídolos, y sus mismos sacerdotes, antes juguete del Espíritu de las tinieblas, viendo la debilidad é impotencia de los dioses que adoraban, abrazaron como los demás del pueblo, la fé de Jesucristo.

Otros Menores, continuando la obra comenzada por los religiosos de su órden, tomaron posesion de la provincia de Yucatan, y fundaron un convento en Nueva Valladolid; y mientras que se ocupaban en la conversion de los idólatras, vijilaban al gobernador Francisco Montejo, para que respetase su libertad y sus bienes. El emperador habia dicho á los misioneros, que él descargaba en ellos su conciencia, respecto á los indígenas. Pero aunque Montejo sabia que los religiosos estaban encargados de vigilarle, y aun de denunciarle si se hiciese culpable, no dejó de permitir el que se cometiesen enormes escesos. Las Ca-

sas refiere de una india que tenia un tierno hijo en sus brazos, y perseguida por los perros de un colono, para evitar ser presa de ellos, se ató el niño á una rodilla, y se ahorcó de un árbol. Los perros llegaron en el momento mismo, en que el misionero bautizaba al niño, á quien no pudo salvar la vida, lo mismo que á la madre (Pl. XLIX, n.º 1.). Aunque tarde, estos escesos fueron reprimidos y castigados, y para protejer mejor á los indígenas contra estos abusos de la fuerza, se confirió igualmente al hermano Juan Suarez, obispo designado para la Florida, y á otros cuatro franciscanos, la autorizada mision de impedirlos y denunciarlos.

CAPÍTULO XXXVII.

Desarróllanse las misiones de los franciscanos y de los dominicos.— Llegada de los PP. Agustinos á Méjico.

Por medio del establecimiento de sillas episcopales, el papa creaba en América, centros de accion permanentes, y hacia que la iglesia católica se fuese arraigando mas y mas en las colonias españolas. Diego Alvarez Osorio, nombrado en 1525, obispo de Nicaragua, y protector de los indígenas, quiso tener cerca de sí, como su principal colaborador, á Las Casas; y el celoso dominicano, correspondiendo á su celo, se ocupó en seguida de fundar allí un convento de dominicos, cuyos miembros, al evangelizar la provincia, suprimian los abusos que los españoles venian de tiempo atrás ejerciendo sobre los naturales del pais. De aquí, Las Casas pasó á Guatemala, donde convirtió y bautizó un gran número de indígenas. Trasladóse luego, acompañado de otros varios dominicos á lo que llamaban *Tierra de guerra* los españoles, por no haber podido someter á sus belicosos habitantes; y toda aquella tierra tan rebelde, sin ausilio alguno de la fuerza militar, y que comprendia una estension de cuarenta leguas de largo por veinte y siete de ancho, con solo la mansedumbre y la predicacion la hicieron someter los religiosos á la corona de España, y así tomó aquella comarca y su capital el nombre de Vera-Paz, porque habia sido conquistada con la palabra de paz. El ilustre misionero recorrió luego otras provincias de Méjico, y en esas escursiones, fué cuando llegó á sus manos un libro escrito en lengua mejicana, por un indígena idólatra, cuyo contenido, se reducia á una coleccion de máximas que una madre dirigia á su hija para inclinarla á la práctica de las virtudes morales; pero ni Las Casas, ni el hermano Andrés de Olmos, que fué el que se le proporcionó, pudieron traducir exactamente las metáforas que el autor allí habia empleado en su idioma.

Hacia ya mucho tiempo que Cárlos V pensaba en que se erigiese una sede episcopal en Tlascala. Sabiendo que los tlascaltecas habian sido los mas constantes y fieles aliados de Cortés, queria unirlos mas estrechamente á España, procurándoles el conocimiento de Jesucristo; y aunque desde el 1519, habia presentado al papa para esta sede al dominico Julian Garcés, natural de Aragon, y elocuente predicador; sin embargo, la ereccion no fué aprobada sino por Clemente VII, á la sazon, que el obispo electo tenia ya una edad tan avanzada que le era necesario el reposo. Pero eso, no obstante, sin hacer caso de sus años ni de sus fatigas del viage, como buen soldado de Cristo, quiso morir con las armas en la mano, y tomó posesion de su iglesia el 9 de noviembre de 1527, no dilatando su partida sino el tiempo preciso para recibir las instrucciones convenientes del soberano para la protecion de los americanos. Aunque Garcés tenia setenta años cuando partió para América, continuó allí por espacio de veinte mas, empleado en hacer conquistas para Jesucristo entre los pueblos confiados á su pastoral solicitud. Los tlascaltecas recibieron con alegría á su primer obispo, y esta se aumentó luego, cuando vieron que en él tenian el mas celoso protector de sus libertades que defendió á todo trance.

No fué menos digno el primer obispo de Méjico, Juan de Zumarraga, natural de Durango, en Vizcaya. Habiendo entrado en la religion seráfica, en el convento de Abroyo,





provincia de la Concepcion, llegó á ser guardian, definidor, y luego provincial de su órden. A su bello carácter unia una gran inteligencia y una piedad sincera. El emperador le nombró primero inquisidor en Vizcaya, y despues le presentó para el obispado de Méjico, que se resistió á aceptar; pero partió como tal á Nueva España antes de ser consagrado. A su llegada, Zumarraga, deseó avistarse con Fr. Martin de Valencia, y retenerle consigo para entenderse con él mas fácilmente sobre la conversion de los indígenas y para director además de su conciencia. Martin era entonces guardian del convento de Tlascala, donde el prelado fué á verle, y á instarle á que se fuese con él á Méjico; pero el buen religioso se escusó cuanto pudo, alegando razones poderosas que se lo impedian, y convenció al obispo de que le dejase en Tlascala.

Dios bendijo la condescendencia de Zumarraga, con una multitud de conversiones. Los indígenas, á quienes él mismo en persona consolaba y asistia en sus necesidades y enfermedades, administrándoles el pan de la palabra y de los sacramentos, se entregaron á él con entera confianza. En medio de sus ocupaciones, en nada se le vió ceder de sus antiguas austeridades; obraba en todo como si estuviese en el claustro, diciendo con frecuencia: «Quiero ser religioso y no obispo.» Conociendo que el gérmen del porvenir estaba en los niños, los religiosos continuaron dedicándose siempre á su educacion. No se descuidaban por eso las niñas. En Tezcuco y Guaxocingo, se establecieron á ese fin monasterios de religiosas clarisas, y Cárlos V mandó se fundase otro en Méjico, que fué poblado por monjas y seculares de Tercera Órden de Salamanca; las primeras para gobernar al monasterio, las segundas para la educacion de las niñas; y D.ª Juana de Zúñiga, marquesa del Valle, y esposa de Hernan Cortés, las condujo de España á Méjico. Se formaron cinco clases, en las que las hermanas americanas aprendieron los elementos de la fé, á leer, escribir, y las labores de su sexo. En ciertos dias se las destinaba á un gran salon, donde las demás niñas de Méjico acudian para aprender de aquellas á su vez, á encomendarse á Dios y á trabajar. Rara vez se dejaba salir á las pensionistas, y si acaso, en alguna ocasion, nunca solas, sino acompañadas de sus directoras. Cuando estaban ya instruidas y en situacion de elegir estado, unas se agregaban á las mismas terciarias, para ayudarlas en sus funciones, y otras, que se casaban, enseñaban cuanto habian aprendido á su familia, y de este modo, la piedad y buenas costumbres se desarrollaban en la capital del imperio de Motezuma. Muchas americanas hicieron tales progresos espirituales en esta escuela, que consagraron su virginidad á Dios, y su vida á obras de misericordia. Estas casas de pension no tardaron en estenderse á otras ciudades, como Zuchinulco, Tezcuco, Quantitlan, Halmanalco, Tepeaca y otros.

Multiplicándose los religiosos, se multiplicaron igualmente los colegios para instruir á la juventud, y esta instruccion no se limitó ya á los principios de la fé y primeras letras, sino que se estendió hasta enseñar las artes liberales y mecánicas; y los jóvenes americanos, reconocidos al esmero que se empleaba en su educacion, dejaban á sus padres para entregarse de lleno en manos de sus caritativos preceptores; llegando á ser los mas útiles instrumentos de conversion. Los misioneros escojian entre todos á los de mas talento y memoria, y les hacian aprender no solo el catecismo, la oracion mental, el símbolo y otras oraciones en idioma americano, sino exhortaciones y consejos en la propia lengua, que ellos se habituaban en declamar; y así instruidos, les enviaban á los pueblos como catequistas de sus mismos paisanos. Dios bendijo el celo de estos tiernos é inocentes misioneros, pues recogieron frutos abundantes. Se discurrió tambien poner el catecismo en verso y música, y enseñado así á los escolares, en forma de canciones espirituales, le cantaban por las calles y plazas, donde el pueblo se reunia; y hombres y mugeres, atraidos por la melodía, acudian en

tropel para oir á estos orfeos del cristianismo (Pl. XLIX, n.° 2.) No faltaban oyentes que se uniesen á tan piadoso concierto, y estos breves cantos, se fijaban sin trabajo, y de un modo indeleble en la memoria, reteniendo en ella los principios de la fé y haciéndose al mismo tiempo populares.

Ya hemos dicho algo del celo de los jóvenes cristianos, por hacer desaparecer las señales todas de la idolatría. Si por acaso encontraban á algun sacerdote de los falsos dioses, le detenian y hacian ver su ceguedad, y hubo algunos entre los escolares de Tlascala, que por un esceso de fervor, que la religion no autoriza, y que les fué reprendido, llegaron hasta amenazar de muerte á los que aun continuaban engañando al pueblo. Una tarde, volviendo los niños de bañarse, encontraron en la plaza de Tlascala á un sacerdote del dios Ometochtli, patron de los bebedores, y por el que los americanos tenian una gran veneracion. El sacrificador, revestido con su trage grotesco y con el rostro horriblemente pintarrazado, reprendió ásperamente á los indígenas, el haber abandonado los dioses de su patria á instigacion de los estrangeros, amenazándoles con la venganza de Ometochtli si no se arrepentian de su crimen. Los escolares le contestaron que su supuesto Dios no era mas que un vano ídolo, y él, un impostor avaro que deseaba seguir engañando al pueblo con sus embustes. Pero el sacerdote, despreciando las razones de los niños, alzó la voz, como para aterrorizar el auditorio. La indignacion de los colegiales llegó entonces á su colmo, y una lluvia de piedras cayó instantáneamente sobre el ministro de Satanás, que le dejaron medio muerto. El demonio quiso entonces vengarse de la pérdida de su sacrificador, con la muerte de uno de los alumnos que la habian causado, trágico suceso cuyas circunstancias merecen referirse. Acxotechalt, poderoso y rico indígena, que vivia en Atlyhuetza, á media legua de Tlascala, tenia cuatro hijos, que por órden de Cortés tuvo que mandar al seminario. El mayor, llamado Cristóbal fué uno de los alumnos que mas progresos hicieron en las ciencias, y de los que mostraron mas celo por la fé. El sentimiento que le cabia al ver á su padre en la ceguedad de la idolatría, le condujo á emprender su conversion, procurando así la luz de la gracia al mismo autor de sus dias Pero todos los razonamientos del hijo se estrellaron contra la obstinacion del padre, que en vez de aprovecharse del buen consejo de su hijo, comenzó á odiar al generoso jóven, que no deseaba mas que su salvacion. Viendo este que nada adelantaba con la dulzura, ensayó palabras mas fuertes y le hizo entrever las venganzas del verdadero Dios, que Acxotechalt despreciaba. La cólera del padre se encendió cada vez mas al ver el teson de Cristóbal, y contestó con injurias y castigos á las solicitaciones de su hijo mayor y heredero. La madre del hijo menor, vió esta ocasion favorable para hacer á este sucesor de los bienes de su esposo, y fomentó su ódio contra el mayor. Tal impresion hicieron las calumnias inventadas por aquella muger en el ánimo ya prevenido del irritado padre, que resolvió deshacerse por la muerte del importuno celo de Cristóbal, encerrándole primero en una pieza retirada, y haciendo de verdugo, le apaleó fuertemente por su propia mano hasta que espiró. Durante este cruel sacrificio, el hijo inocente, se consideraba como víctima inmolada en honra de Dios, al que suplicaba perdonase al que tan inhumanamente le quitaba la vida. El desnaturalizado padre ocultó bajo la arena el cuerpo del mártir, é impuso á sus criados el mas absoluto silencio de cuanto habia pasado; y temiendo que la madre de Cristóbal pudiese descubrir el hecho por la demostracion de su justo dolor, la asesinó tambien, y enterró secretamente. Pero Dios, no quiso que semejante crímen quedase impune. Preso Acxotechalt por haber injuriado á un español, en el curso de la sumaria que se hizo, se vino á descubrir el doble asesinato, y fué condenado á la horca. El cuerpo de Cristóbal se encontró al cabo de un año despues de su muerte, intacto y exhalando un suave olor. El hermano Andrés de

Córdoba, le trasladó solemnemente á una capilla que le erigió en aquel mismo lugar, y mas adelante, se hizo otra traslacion del santo cuerpo, á una iglesia que se edificó en Tlascala, dedicada á la Asuncion de la Vírgen.

Dos años despues de la muerte de Cristóbal, el dominico Bernardino Minaya, pasó por Tlascala para ver al franciscano Martin de Valencia, que estaba allí de guardian. Despues de haber admirado el órden y regularidad que reinaba en aquel seminario, rogó al superior le diese algunos de sus discípulos que pudiesen servirle de intérpretes y de ausiliares en su mision. Martin de Valencia preguntó en alta voz á todos ellos reunidos, quién era el que se determinaba á acompañar al dominico en su arriesgada empresa. Dos fueron los que en seguida se levantaron, mostrando su asentimiento á la propuesta de hacer ese viage. El primero se llamaba Antonio, que era hijo del famoso Xicotencalt, que tan bien recibió á los primeros españoles en Tlascala, y que tanto les sirvió en el sitio de Méjico. Uno de sus criados quiso tambien acompañarle. El segundo, se llamaba Diego. Fr. Martin creyó en un principio que su determinacion seria hija de un ligero entusiasmo, propio de la juventud, que no prevé las fatigas y los riesgos á que se va á esponer, pero despues de haberlos bien examinado, pudo persuadirse el esperimentado religioso, que habia allí un impulso superior y divino, que movia su celo y voluntad por lo que les dejó marchar. Bernardino Minaya y sus jóvenes compañeros, llegaron á Tepeaca, situado á diez leguas de Tlascala, y allí comenzaron por apear y destrozar los ídolos. Los habitantes de Tecali y de Quautitlan, temiendo las órdenes de los españoles, que no permitian presentar al público esos vanos simulacros, los tenian ocultos; pero los colegiales, acostumbrados á descubrir esos escondites, dieron con ellos, y se apoderaron de los ídolos. Irritados los idólatras, juraron vengarse, mas no atreviéndose á emplear la violencia al descubierto, aguardaron una ocasion para matarlos ocultamente, como efectivamente lo hicieron, esperándoles dentro de una casa, donde entraron aquellos para hacer su pesquisa, creyendo no habia nadie dentro, y allí, sorprendidos de improviso, fueron asesinados. Para ocultar este crímen, los matadores trasladaron de noche los cadáveres á mas de una legua de distancia, y los arrojaron á un foso muy profundo. Tan activas fueron las investigaciones, que Fr. Bernardino Minaya hizo para descubrir su paradero, que al fin fueron descubiertos los asesinos y condenados á muerte. El padre de Antonio siguió las diligencias hasta dar con los demás cómplices de este crímen, y todos cayeron en manos de la justicia y espiaron su delito en Méjico.

Cuanto dejamos dicho hasta el presente, sobre las misiones de Nueva-España, quedará afirmado con el estracto de una carta que el franciscano Pedro de Gante escribió desde Méjico á sus hermanos de Flandes, el 27 de junio de 1529. «Los indios, dice, son dóciles y de buen natural, y dispuestos á recibir nuestra fé; pero la fuerza y el interés, les determinan mas á eso, que la dulzura y el afecto. Esto proviene sin duda, de que jamás han obrado nada por un principio de virtud, sino por motivos de temor ó de codicia, y el no hacer el sacrificio de entregarnos á sus hijos, no es por amor que tengan á sus falsos dioses, sino por miedo que tienen de que se les haga algun mal. Sus dioses son tantos, que ni ellos mismos saben su número. Los tienen asignados para cada cosa, sea animada ó inanimada, y para todas sus necesidades. Ordinariamente les dan nombres de serpientes. A unos, sacrifican el corazon de los hombres, á otros, la sangre, y á otros, incienso, papel, ú otras cosas, segun los ídolos se lo ordenan, temiendo si no los obedeciesen, que estos dioses carniceros y sedientos de sangre, les matasen y devorasen enseguida. Estos ídolos, están servidos por varios sacerdotes reverenciados como santos, y cuyo único alimento es la carne y sangre que ante sus divinidades inmolan.... Por la gracia de Dios, hemos logrado muchas conversiones, y ha habido dia

en que mi compañero y yo, hemos bautizado mas de mil indios, y pasan de doscientos mil los que han reconocido á Jesucristo. En la mayor parte de las provincias, tenemos ya casas, y parroquias bien servidas.... Mi ocupacion, durante el dia, se reduce á enseñar á leer, escribir y cantar, y por la noche, catequizo ó predico. Como este pais es tan poblado, y apenas hay obreros para instruir á tanta gente, hemos reunido en los seminarios á los hijos de las principales familias, para formarlos en la religion, á fin de que ellos puedan en adelante enseñársela á sus padres. En el seminario que está á mi cargo, hay ya seiscientos alumnos que saben leer, escribir, cantar y ayudar el oficio divino. Entre ellos, he escogido cincuenta, que me han parecido de mejor disposicion. A estos, les hago aprender un sermon por semana, y ellos le van á predicar despues el domingo á las aldeas inmediatas, lo que es de grande utilidad, porque dispone al pueblo á recibir el bautismo. Estos van siempre en nuestra compañía, cuando se trata de destruir los templos de los ídolos, y establecer en su lugar iglesias, en honor del verdadero Dios. Así es como empleamos nuestro tiempo, pasándole dia y noche en trabajar para la conversion de este pobre pueblo.»

El hermano Juan de Zumarraga, obispo de Méjico, escribia por su parte, el 12 de junio de 1531, á fray Matias Veysen, comisario general de las Misiones, lo siguiente: «Mi muy Reverendo Padre, trabajamos con asiduidad en la conversion de los indios, y la gracia de Dios ha coronado nuestros esfuerzos. Hasta el presente, hemos bautizado mas de un millon de estos infieles, demolido mas de quinientos de sus templos, y quemado y destruido mas de veinte mil ídolos. Se han erigido muchas iglesias y capillas, y lo que es mas digno de admirar, es que en esta ciudad de Méjico, en que habia antes la costumbre de sacrificar anualmente al demonio mas de veinte mil víctimas, los religiosos, de tal manera han modificado estas crueles y sacrílegas inmolaciones, que hoy dia los corazones humanos no se ofrecen sino al verdadero Dios, y únicamente por sacrificios de alabanzas; los mismos niños de ambos sexos que antes se sacrificaban á los falsos dioses, son los que adoran á la Soberana Magestad con el mas profundo respeto, y sirven á su culto los que antes paga'an el inhumano tributo, que el príncipe de las tinieblas exigia de ellos.

Muchos de estos, saben leer, escribir y cantar, mejor que los adultos; se confiesan á menudo, reciben la sagrada comunion con el mayor fervor, y esplican con la mayor exactitud á sus padres, todo cuanto se les ha sido enseñado. A media noche se levantan para rezar el oficio de la Vírgen, á la que tienen una devocion particular. Ellos son los que buscan por todas partes los ídolos que están escondidos, y se los llevan á los religiosos. Algunos han ganado ya la corona del martirio por este acto de celo, porque sus propios padres los han muerto cruelmente. Estos niños, son sobre manera humildes, modestos, castos, y sobre todo, ingeniosos para las artes, especialmente la pintura; y aman á sus maestros, como á sus propios padres. El hermano lego Pedro de Gante, que es el que mejor ha aprendido la lengua de este pueblo, enseña él solo á mas de seiscientos, y Dios le ha comunicado un don especial para eso. Las señoras que la reina D.ª Isabel, (1) nos ha enviado de España, tienen mas de mil niñas bajo su direccion, y por este medio, la tierna juventud de uno y otro sexo, aprende los principios de la fé, y los enseña luego á los de mas edad.» El hermano Martin de Valencia, da iguales detalles á Matias de Veyssen, en carta de 12 de junio de 1531, y añade solamente: «Nosotros hemos establecido veinte conventos, y los multiplicamos todos los dias, porque los mismos

(1) Esta reina fue esposa de Cárlos V, y sumamente piadosa. Cuando murió esta emperatriz, la vista de su cadáver, que Francisco de Borja, duque de Gandia, fué encargado de transportar á Granada, fué lo que le obligo á renunciar al mundo, y á entrar en la Compañia de Jesus, cuyas virtudes le han colocado en el número de los santos.

indios nos ayudan, y contribuyen á su construccion con el mayor fervor. Los niños que educamos son un modelo de dulzura y de docilidad. Algunos de ellos, ya predican en público, con gran admiracion de cuantos les escuchan, y su celo nos da grandes esperanzas para la propagacion de la fé. El pudor de las niñas, llega á un punto, que parece increible. Todos estos pueblos tienen un amor entrañable á todos los religiosos, y con especialidad á los franciscanos, porque fueron los primeros que conocieron, y de quienes recibieron buenos ejemplos.»

Cuando Martin de Valencia escribia esta carta, ejercia de nuevo las funciones de custodio de Méjico, y hacia guardar tan escrupulosa severidad en los hábitos austeros de sus religiosos, que llegó hasta el punto de rehusar unas botellas de vino que el obispo quiso regalarles el dia de Navidad, escusándose con el prelado diciéndole, que sus hermanos no usaban mas vino que en el Santo Sacrificio, porque lo contrario daria ocasion de relajar su austeridad. El prelado Juan de Zumarraga, tan celoso por la propagacion de la fé, no lo era menos en su cargo de activo protector de la libertad de los indígenas. Repetidas veces escribió á Cárlos V, para que en ningun caso fuesen reputados como esclavos; y cuando en 1532 vino á España para ser consagrado, defendió la causa de los indios, que el dominicano Las Casas volvió luego á sostener con mas ardor.

El cuidado de velar por la emancipacion de los indígenas, habia sido igualmente confiado á Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, de quien Charlevoix habla en estos términos: Habiéndose reunido á causa de la escasez de sus rentas, los dos obispados de Santo Domingo y de la Concepcion, la primera de aquellas dos ciudades fué la que en adelante conservó la sede episcopal. El licenciado D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, fué el designado para ocupar aquel puesto, y declarado presidente de la Real Audiencia, con la misma autoridad que se habia conferido al P. Luis Figueroa su predecesor. Desde que fué consagrado, el emperador le dió prisa para que fuese á servir su puesto por las quejas que habia recibido de los prelados anteriores, que se lamentaban de que los jueces se entrometian con frecuencia en la jurisdiccion eclesiástica, y para evitarlo S. M., tanto al obispo de Santo Domingo como al de Santiago de Cuba, les dió los ámplios poderes que antes habia conferido á los superiores de los franciscanos y dominicos, respecto á los indios; y como aquellos prelados tenian poca esperiencia en los negocios del Nuevo-Mundo, el príncipe les dió por adjuntos en esta comision, á D. Gonzalo de Guzman, gobernador de Cuba, y al P. Pedro Mexia, superior general de los religiosos franciscanos. Don Sebastian llegó á la isla española á fines del 1528, y bien pronto se conoció el tesoro que el Nuevo-Mundo poseia en la persona de este prelado, que gobernó sucesivamente casi todas las provincias que el imperio español tenia en las Indias, y que nunca estuvieron mejor dirigidas que durante su administracion. El restableció la paz y la buena inteligencia entre ambas jurisdicciones; é hizo ver á todos la conveniencia de que caminasen de acuerdo con él para todos los asuntos. En Santo Domingo, instituyó una gran escuela; tomó las mas justas medidas paraque no se incomodase á los indios que estaban sometidos, y despues, dirigió su vista hácia los que estaban sublevados: de resultas de un atropello que un jóven español llamado Valenzuela, recien heredado en la isla, habia cometido con un cacique denominado Enrique, que estaba al cuidado de los indios que constituian la encomienda del colono. El cacique resentido, se retiró con muchos de los suyos, y proclamó la revolucion contra los españoles, uniéndosele muchos indios que formaron causa con él, los que para librarse de ser cogidos, se fortificaron como mejor pudieron en las montañas de Barruco, en cuyo terreno antiguamente habian mandado los antepasados de Enrique. No queriendo reducirse á las intimaciones que se les hicieron, se ensayó el

medio de la negociacion, y el P. Benigno; uno de los religiosos que segun Herrera, vinieron de Picardia, se ofreció á presentarse al mismo Enrique, á quien habia educado en su infancia en el convento de franciscanos de Vera Paz, en la provincia de Xaragua; por cuya circunstancia se proponia con fundamento lograr que el cacique y los suyos se sometiesen, haciéndoles proposiciones razonables, y dándoles las seguridades convenientes. Su oferta fué aceptada por las autoridades de la isla, prometiendo á aquellos el perdon por lo pasado, y ser eximidos del trabajo en el porvenir; y bajo este supuesto, el religioso desembarcó cerca de la Beata, hácia el sitio en que las montañas de Baoruco dan al mar, quedando á la vista el piloto con la barca, por lo que pudiera suceder. En el instante rodean al franciscano, una gran porcion de indios que salieron de la montaña. Él les dijo que de su parte fuesen á llamar á su gefe, participándole que quien queria hablarle, era el P. Remigio, que habia sido su maestro en Vera Paz. Los indios que no conocian al religioso, desconfiados, se negaron á hacerlo insultando á los españoles; y creyendo ver en el padre, un espía de aquellos, le desnudaron y le dejaron en la playa. Por fortuna, Enrique no estaba lejos, y sabedor de lo que pasaba, acudió al instante para impedir cualquiera violencia contra una persona á quien apreciaba, y á la que, aun á pesar de todo, profesaba reconocimiento y veneracion. Conmovido al ver el estado en que le encontraba, le abrazó tiernamente, y le dió las mas sinceras escusas por lo acaecido. El misionero, queriendo aprovechar tan favorables disposiciones, le hizo las mayores instancias para que diera la paz á su patria, y se sometiese á los españoles. El cacique contestó, que lo mas que podia hacer en su obsequio, atendidos los grandes motivos de queja que tenia de los españoles, era no hacer la menor hostilidad á no ser provocado; que en cuanto á lo demás, su resolucion era invariable en cuanto á permanecer con los suyos en las montañas, no encontrando razon por la que debieran someterse; y que en cuanto á las seguridades y promesas que se les hacian de una completa libertad, y de mejor trato en adelante, que ni se fiaba de ellas ni aun las creia; mas sin embargo, trataria de conservarse siempre en los sentimientos religiosos que el padre le habia inspirado, y que jamás haria al cristianismo responsable de injusticia ni de violencia alguna. El P. Remigio le instó de nuevo, pero nada pudo adelantar. Enrique hizo buscar el hábito del padre, mas como le encontró hecho pedazos, y no tenia otro para reemplazarle, lo sintió mucho, y renovando las escusas, le acompañó hasta la orilla del mar, le abrazó de nuevo al despedirse y se volvió á sus montañas, tanto mas resuelto á defenderse, cuanto que ya conoció que se le temia. Por segunda vez se dejó persuadir el P. Enrique de ir á buscar al gefe de los rebeldes, acompañado de un cacique cristiano, y en esta ocasion, el padre estuvo en poco de que los amotinados le quitasen la vida; pero al cacique, reputado por ellos como un traidor y espía, le colgaron de un árbol. Tal era el estado de las cosas, cuando el obispo de Santo Domingo tomó á sú cargo el remediarlas; pero no se consiguió mas por entonces que una cesacion de hostilidades; pero sin obtener una sumision formal. Poco tiempo despues fué nombrado presidente de la audiencia real de Méjico, D. Sebastian Ramirez de Fuenleal. Este prelado comenzó á predicar en 1531, á favor del buen tratamiento de los indígenas, calificando como pecado mortal cualquier acto en contrario A fuerza de prudencia y celo, pudo destruir enteramente los abusos que la servidumbre doméstica habia hecho nacer, impidiendo además que ningun indígena fuese marcado como esclavo verdadero, aun cuando fuese hecho prisionero en cualquiera guerra de insurreccion. No contento el prelado con indicar á los gobernadores de las provincias, el camino que habian de seguir en este asunto, obtuvo del emperador Cárlos V, la completa aboli-





cion de la esclavitud para todos los indígenas sin distincion; mandó públicamente destruir los hierros destinados á marcar la señal de servidumbre, y dió á todos la libertad, amenazando con las penas mas severas á los que contraviniesen á estos mandatos. Tambien abolió en 1532, la costumbre que habia en Méjico, de emplear los americanos como bestias de carga, cuando no habia número suficiente de estas.

Viendo el obispo de Santo Domingo que no eran suficientes los obreros evangélicos que habia en Nueva-España, para la mies que estaba cultivada, á su demanda y á peticion de Cárlos V, el general de los franciscanos, en 26 de junio de 1532, nombró comisario de la provincia observante de Santa Cruz, y de la custodia del santo evangelio, al hermano Bernardino de Arévalo, á quien autorizó para tomar seis religiosos de cada provincia de España, y establecer nuevas custodias en América.

En el año 1533, varios religiosos agustinos del reino de Castilla, se embarcaron tambien para Nueva-España, nombrando á Francisco de la Cruz su vicario provincial, y erigieron allí una provincia, bajo el nombre de Jesus, que despues se llamó vicariato de las Indias. Tanto estos como otros que les siguieron mas adelante, como discípulos del gran doctor de la Gracia, dieron un nuevo lustre á la mision de Méjico, á la que edificaron con la santidad de su vida y el fervor de sus predicaciones. Con el mejor éxito, llenos de ardor por enriquecer los graneros del Padre de familias, atrajeron á los pecadores á la penitencia, á los idólatras á la fé; y la palabra de Dios fructificaba, mas con los piadosos ejemplos de su vida, que con la fuerza de sus razonamientos. Al P. Francisco de la Cruz, uno de ellos, se le atribuyó el don de obrar milagros, y el de profecía. Las montañas de Malango, refugio de idólatras obstinados, y de sacerdotes de los falsos dioses, fueron el teatro donde otro de ellos, el P. Antonio Roa, ejerció su ministerio. Buscando al través de los bosques y escarpadas rocas á la oveja perdida, su alimento eran amargas raices, su bebida, el agua de los torrentes, la desnuda tierra su lecho, y una piedra su almohada. Sus armas para los espirituales combates que iba á presentar al error, no eran otras que su confianza en la bondad divina, la oracion, las lágrimas, y la penitencia. Despues de muchas tentativas inútiles para atraer á aquellos indígenas, estos quedaron asombrados al ver la paciencia, la dulzura, y la amabilidad de aquel desconocido, á quien encontraban siempre de rodillas, (Pl. L, n.° 1.) con las manos alzadas al cielo, sin pedir nada á nadie, y sin quejarse jamás. Nadie sabia de que vivia, y suponian que una divinidad especial le preservaba de la voracidadde las fieras, y demás animales carnívoros. Los espíritus ya estaban prevenidos, cuando Dios abrió la boca á su enviado, para que este diese á conocer su santo nombre. Sus primeras palabras hicieron la mayor impresion en los indígenas, y sus familiares instrucciones dejaron asombrados á los sacrificadores, que creyéndose mas ilustrados que los otros, se veian así mismos mas criminales, por haber prodigado sus adoraciones á los demonios en vez de dirigirlas al supremo Dios, criador de cielo y tierra. El discípulo de Jesucristo abrió los ojos de aquellos ciegos, que al ver la clara luz de las verdades de la fé, y para insinuarse mas en la confianza de los idólatras, se conformaba á sus maneras y á su costumbre de obrar y de revestirse en cuanto lo permitia la decencia, continuando alimentándose con los pobres manjares que hasta entonces habia usado, para hacer conocer á aquellos bárbaros, por el rigor de sus mortificaciones, la gravedad del pecado, y la necesidad de la penitencia; en una palabra, no les imitaba en algunos puntos secundarios para mejor atraerlos á que le imitasen á él en el punto capital. Tan ardiente caridad, unida á la humildad mas profunda, hizo descender la bendicion del cielo sobre sus trabajos. Los indígenas y los sacerdotes á la vez, á su persuasion destruyeron sus ídolos, para profesar

la fé de Jesucristo; y las montañas de Malango, refugio antes de esclavos del demonio, fueron en adelante pacífico retiro de cristianos fervientes. Entre los demás hijos de S. Agustin que contribuyeron á cambiar la faz de Méjico, no debemos olvidar al P. Juan Bautista de Jaen, ilustre por su piedad, y tierno amor á los pobres; ni á Alfonso de Borja, cuya muerte fué preciosa; ni á Juan de Medina, que honró por mucho tiempo la sede de Mechoacan; ni por último, á Alfonso de la Cruz, que despues de haber enseñado por muchos años la teología en Méjico, rehusó el obispado de Nicaragua. Entre los conventos de diferentes órdenes que poseyó Méjico, el de los agustinos fué el mas grandioso por su construccion, para la que el tesoro real ofreció sumas considerables. Allí existia un curso completo de estudios, desde los primeros elementos, y los ochenta religiosos que le habitaban enseñaban la gramática, la filosofía, la teología, y la sagrada escritura, sin dejar por eso la predicacion, ni desatender el cuidado de los novicios. Este célebre monasterio, fué el orígen de muchos otros, hasta el punto de encontrarse en Nueva-España, mas de trescientos cincuenta religiosos agustinos, repartidos en cincuenta conventos.

Juan de Zumarraga, durante su permanencia en España, se interesó en mandar nuevos misioneros á Méjico, con los que regresó á su capital el 1534, año de la muerte de Martin de Valencia. Wadingo ha hecho observar, que los tres mas escelentes apóstoles que ha conocido la América, son: Juan de Zumarraga, Martin de Valencia, y Domingo Betanzos; tenian tan gran celo por la propagacion de la fé, que creyendo aun pequeña la vasta estension de la América, para llenarle, resolvieron pasar á la China. Por dos veces intentaron ese viage, y Hernan Cortés ya les hizo prevenir dos barcos al efecto, en el puerto de Teguantepec; pero en el momento de embarcarse, los buques se encontraron en tal estado, que los marineros, á pesar de todas las instancias no se atrevieron á aventurar el viage. Al ver su resistencia, Martin les decia lleno de confianza: «Dejadme á mí solo entrar aunque sea en una lancha, que no dudo que Dios me conservará y conducirá al puerto donde quiero ir á trabajar por la gloria de su nombre.» La gran reverencia en que le tenian los americanos, no le prometia la palma del martirio, y así queria ir á buscarla entre los chinos, menos dispuestos á recibir el evangelio. Fijo en esa idea, por tercera vez ensayó el viage; pero despues de haber recorrido mas de trescientas leguas de costa sin hallar medio de embarcarse, tuvo que regresar á Méjico, donde llegó rendido de fatiga y de cansancio, á fines de la cuaresma del año 1533. Padeciendo los dolores de una llaga que se le formó en la cadera, y sin permitir que se le aplicase ningun remedio, habiendo hecho dimision del cargo de custodio, se retiró al convento de Tlalmanalca. Allí cerca encontró una gruta natural, en la colina de Amaguemeca, cuya estension era de quince piés en cuadro, y escogió ese retiro para dedicarse á la oracion, todo el tiempo que sus ocupaciones se lo permitian. Allí le visitaron S. Francisco de Asis, y S. Antonio de Padua, asegurándole, que su nombre estaba escrito en el libro de los predestinados. Los principales indígenas se acercaban á verle y á consultarle, siendo espectadores de su angélica existencia. Un dia del año 1534, al dirigirse hácia esa gruta, dijo al religioso que le acompañaba: «Todo está consumado.» No comprendiendo este el sentido de sus palabras, le pidió una esplicacion, pero aquel no pudo ya dársela. Poco despues, Martin se quejó de un dolor de cabeza, y se hizo administrar los Santos Sacramentos en cuanto volvió á Tlalmanalca. Los religiosos querian trasladarle á Méjico, donde podria recibir mas ausilios, pero cuando llegó al puerto de Ayotzinco, conociendo que era llegada su hora, pidió que le dejasen arrodillarse en la tierra, y en esta postura dijo al hermano Antonio Ortiz que le acompañaba: «Querido hermano mio, ya os acordareis que os dije antes de salir de España, que conocia

á un religioso que habria de morir en vuestros brazos, fuera de su provincia, y aun de su lecho. Ha llegado el tiempo de cumplirse esto, el religioso soy yo, y espero que hareis conmigo esa obra de caridad. Mi alma va á salir muy luego de la prision de este cuerpo; sostenedme un poco en vuestros brazos.» En seguida añadió con voz triste y apagada «¡Ah! hermano mio, se ha frustrado el objeto de mis deseos.» Y así arrodillado, y con los ojos elevados al cielo, entregó á Dios su alma bendita. El deseo que él dijo que no habia visto realizarse, era el del martirio, por el que tan ardientemente habia suspirado. (Pl. L, n.° 2.) Su cuerpo fué llevado á Tlalmanalca, y sepultado en medio de la capilla del convento. En el momento en que Jacobo Testera, su sucesor en la custodia, supo su muerte, hizo exumar el cadáver, y le remitió á Méjico haciendo poner sobre su sepulcro una lápida con un honroso epitafio. Al celebrar por él una misa, en honor del Arcángel S. Miguel, á quien el difunto tuvo una particular devocion, se asegura que desde el *Gloria in excelsis*, hasta el fin, se vió al bienaventurado de pié sobre su tumba. Al cabo de algun tiempo, los religiosos prepararon un nuevo ataud de mas rica hechura, y adornado en esterior con varias pinturas; pero cuando se trató de trasladar á él las reliquias de Fr. Martin, se oyó dentro de la tumba un gran ruido, que no cesó hasta que el cuerpo se volvió á su antigua caja, y sorprendidos todos del prodigio, creyeron que el Santo que tanto habia amado la pobreza en su vida, no queria que se diera á sus restos esa preferencia despues de su muerte. En circunstancias particulares ó para satisfacer una piadosa devocion, el sepulcro de Martin fué varias veces reconocido durante los treinta primeros años que se siguieron á su muerte, sin que nunca se apercibiese la menor señal de corrupcion en su cuerpo; y cada vez que tuvo lugar esta ceremonia, se selló la tumba con la mas escrupulosa exactitud. Sin embargo, cuando en 1567 ordenó la Santa Sede que las reliquias fuesen sacadas del lugar de su sepultura, y se espusiesen á la veneracion de los fieles, al abrir el ataud, ya no se encontró dentro el cuerpo del Santo, á pesar de que los sellos y cerraduras de la caja, se vieron intactos. Los magistrados hicieron sobre esto las mas rigurosas pesquisas; pero no sirvieron sino para quedar convencidos de que las reliquias habian sido transportadas de aquel sitio á otra parte por medios sobre humanos, y que segun todas las apariencias, Dios habia dispuesto de ellas. En lugar del cuerpo de Martin de Valencia, sus hábitos, y todos cuantos objetos le habian pertenecido, fueron desde entonces considerados como don del cielo, y su presencia ó roce curaba las enfermedades y preservaba de la peste, y de cualquier otro mal contagioso. En él se veneraba á un Taumaturgo, y como muestra de esto, nos limitarémos á referir algunos de los milagros con que fué honrando durante su vida, y despues de su muerte. Estando en España, fué una vez á predicar al pueblo de Santa Cruz, en la diócesis de Coria. Cansado á la mitad del camino, se detuvó en casa de uno de sus bienhechores para repararse un poco, sin que á la sazon tuviese allí, ni un pedazo de pan que ofrecerle. Martin, al ver esto, rogó á la muger de su huésped que abriese el cajon que aquella habia dejado vacío, lo que hizo la buena muger, á pesar de estar segura de no hallar nada en él, solo por complacerle; pero júzguese cual seria su sorpresa, al ver que estaba el cajon lleno de pan fresco. En América, presentaron al siervo de Dios, en Tlalmanalca, un niño enfermo para que le bautizase, pero el infante espiró antes de que pudiese administrársele el sacramento. Viendo que la muerte privaba á aquella alma de una gracia tan necesaria para su salvacion, esperimentó Martin un profundo dolor; pero animado en breve por su fé ardiente y pura, tomó en sus brazos el cadáver, le colocó en el altar, y se puso en oracion, hasta que tuvo el consuelo de ver resucitar á la criatura, que sin su mediacion iba á verse privada de la dicha eterna; luego, no solo pudo bautizar al

niño, sino que quedó este enteramente sano. A consecuencia de una gran sequía, veian ya perdidos los frutos de sus campos, los habitantes de Tlascala, por lo que acudió el pueblo todo á implorar la ayuda del santo misionero en tan inminente peligro. Habia hecho este plantar una cruz en el sitio donde se fundó despues un pueblo llamado Navidad, y dispuso que se fuese á él en procesion, desde la ciudad, y que se hiciesen además algunas oraciones en el sitio mismo en que se alzaba la cruz. El siervo de Dios, hizo á pié descalzo el camino, azotándose además contínuamente; apenas empero llegó la procesion al lugar indicado por el misionero, empezó á caer á torrentes la lluvia, y fué la cosecha salvada. Lo mismo sucedió en Tlaelpan, despues de haberse implorado el ausilio del cielo con igual confianza. No fué la intercesion de Martin menos eficaz despues de su muerte, de lo que lo fuera durante su vida. Encontrándose el hermano Juan de Oviedo presente, en el momento de descubrir una de sus reliquias, sintió un olor dulcísimo, y recobró el sentido del olfato, que totalmente habia perdido; otras varias personas se curaron tambien repentinamente de sus dolencias por su intercesion poderosa; hasta se dice que el bienaventurado resucitó algunos muertos. Despues de tantos trabajos apostólicos, de tantos prodigios, nadie estrañará que en justa gratitud, se haya dado á Martin el nombre glorioso de Apóstol de las Indias, ni que aquellos pueblos de occidente le tributasen un culto casi igual, al que tributan las islas orientales á S. Francisco Javier.

El dominicano Pedro de Córdoba, que parecia dominar los vientos y el mar, y á quien los indígenas de Haiti honraban como su apóstol, habia muerto en el año 1628, seis años antes que el franciscano Martin de Valencia. Para reemplazar aquel digno hijo de Sto. Domingo, veinte misioneros de su órden llegaron aquel mismo año a América. En el año 1530 se erigió la provincia dominicana de Santa Cruz, descollando por su piedad entre todos aquellos misioneros, Fr. Bartolomé de Las Casas, el mismo que reapareció el año 1533, en Haiti.

Procurábase, á la sazon, apaciguar aquella isla, y á someter al cacique Enrique, del que ya hemos hecho mencion, y el cual Francisco Barrio-Nuevo, gobernador del castillo de Oro, en Nueva-Granada, fué encargado de dirigir una carta del emperador mismo, en la que este príncipe le invitaba á entrar en la obediencia, ofreciéndole una amnistía absoluta para él y todos los suyos; pero amenazándole al mismo tiempo con todo el peso de su indignacion si continuaba resistiéndose. Barrio-Nuevo, para cumplir con su comision, hizo se le agregasen algunos franciscanos, á quienes el cacique, por haberse criado entre ellos, profesaba aun cierto respeto y veneracion; Las Casas, sobre todo, era el que mas debia influir en el buen éxito de la empresa.

Amigo antiguo del cacique Enrique, le fué á ver á las montañas de Boruco, donde se celebró con mucha alegría la llegada del gran protector de los indios. Insinuándose con dulzura en el espíritu del cacique, y dando toda la importancia posible á la condescendencia del emperador que se dignaba tratar con los indígenas, á fin de no comprometer la salvacion de sus almas, dejándolas por mas tiempo en una situacion, en que todo las faltaba para vivir como verdaderos cristianos, logró al fin hacerle aceptar las proposiciones que le habian sido hechas, y evitar de este modo el cúmulo de males que amenazaban tan de cerca á aquella nacion sin ventura. Las Casas les dijo muchas veces misa, bautizó sus niños, y preparó á muchos adultos á recibir los sacramentos. Instruyó á aquellos neófitos en los principales puntos y mas esenciales deberes del cristianismo, y despues de haber disipado sus recelos y desconfianzas, les dejó en un estado de completa calma. Los miembros de la real audiencia de Santo Domingo, quedaron satisfechos con las esplicaciones que les dió el misionero, acerca de la visita que habia hecho al cacique, y este se presentó libremente en Santo Domin-

go, para la ratificacion del tratado de paz. Los españoles, por su parte, le hicieron una benévola acogida, y le permitieron retirarse á un pueblo llamado Boya, á trece leguas de la capital, hácia el nord-este. Todos los indígenas, en número de cuatro mil que pudieron acreditar, descendian de los primeros habitantes de la isla, quedaron autorizados para seguirle. Despues de esta mision, fué probable mente cuando Las Casas se trasladó al Perú, cuya conquista vamos á referir brevemente.

CAPÍTULO XXXVIII.

Los Franciscanos, los religiosos de la Merced y los Dominicos evangelizan el Perú

El imperio del Perú, se estiende de norte á mediodía, mas de quinientas leguas á lo largo de la costa del mar del sud. Su anchura de este á oeste, es poco considerable por encontrarse limitado por las grandes cadenas de los Andes, que serpentean de una á otra de sus estremidades en toda su longitud.

Desde las orillas del lago de Titiaca, en la cumbre de los Andes, donde ya hemos indicado subsistir los restos de una antigua civilizacion, descendieron un hombre y una muger, depositarios sin duda de ella. Los peruanos, que en su estrema degeneracion y vida salvaje, mas propia de fieras que de hombres, creyeron ser aquellos seres hijos del Sol, divinidad bienhechora. que compadecida, segun ellos, de los males que afligian á la raza humana, les enviaba para instruirles y reformarles. Sus exhortaciones, garantidas por el respeto que inspiraba la divinidad, en cuyo nombre hablaban, determinaron á muchas tribus errantes á reunirse en sociedad, y hácia el año 1043, se echaron los cimientos del Cuzco, ciudad cuyo nombre significa *el centro*. Esta capital de los incas ó *señores* del Perú, fué edificada en un terreno desigual, en medio de una llanura estensa y fértil, regada por el Guatenay, y dividida por su fundador en alta y baja. Manes-Capac, instruyó á los indígenas varones, en la agricultura y en todas las demás artes útiles y necesarias; Oello, su hermana, y esposa á un tiempo, enseñó al otro sexo el arte de hilar y el de tejer. Despues de haber provisto á los peruanos de habitacion, alimento, y vestido europeo, Manes-Capac supo hacer su felicidad durable, dándoles un régimen administrativo y leyes: sus sucesores, reuniendo en sí ambos poderes, esto es, el poder religioso y civil, heredaron una autoridad absoluta y fueron considerados, no solo como monarcas, sino como divinidades. El matrimonio estaba absolutamente prohibido entre las clases del pueblo y los incas, á quienes el primer legislador habia ordenado que se uniesen con sus hermanas legítimas, á fin de que, la sangre de estos príncipes, reputada como sagrada, se conservase sin mezcla; y como si esto no hubiese bastado aun á separar enteramente á los incas del resto de la nacion, debian distinguirse por el trage y otros adornos, que solo ellos podian usar; y nunca el monarca aparecia en público sino revestido con las insignias del poder supremo. Este imperio, que en un principio solo se estendió unas veinte leguas alrededor del Cuzco, fué dilatándose progresivamente en los doce reinados siguientes; ocurrió en el siglo XIV una circunstancia que debia facilitar en parte á los españoles su próxima conquista. Yahuar-huacac, séptimo inca, castigó á su heredero legítimo, por haberle faltado en algo, á guardar los ganados del Sol; dormido el jóven príncipe al pié de una roca, soñó que se presentaba ante él un hombre barbudo y de venerable aspecto, que dijo llamarse Viracocha, y que era allegado suyo, é hijo tambien del Sol. Este personage le anunció que vendria un ejército á atacar á su padre; que estuviese por lo tanto prevenido, y que cuando llegase aquel caso podia contar con su apoyo. En vano el jóven advirtió á su padre, quien lejos de creerle, atendida la prevencion en que estaba contra él, le trató de impostor. Sin embargo, no tardó en presentarse un cuerpo de tropas, resuelto á atacar el Cuzco; el inca, abandonó á su apro-

ximacion la ciudad sagrada, pero el príncipe, secundado por los hombres barbudos, acudió en su ausilio, obligando á sus enemigos á emprender la retirada. Al subir aquel príncipe al trono, tomó el nombre de Viracocha, que era el del personage que se le habia aparecido, y mandó esculpir una estátua representando á un hombre barbudo, para perpetuar la memoria de aquel hecho estraordinario, cuya estátua subsistia aun en la época de la conquista. La semejanza que por su barba y su trage tenian los españoles con la imágen del dios Viracocha, contribuyó á que los peruanos les considerasen como hijos del Sol, descendidos del cielo á la tierra, y á que nadie dudase de que iban aquellos nuevos señores á ocupar el trono. La aparicion de hombres barbudos entre los pueblos americanos, casi todos imberbes, fué considerado como un hecho singularísimo, dice Mr. d'Orbigny, siendo indudable la analogía que existe entre el Quetzacoalt de Méjico y el Viracocha del Perú.

El templo del Sol, y la fortaleza del Cuzco, Coliseo y Capitolio ambos de la Roma peruana, merecen una detallada descripcion. Las cuatro paredes del templo, dice Garcilaso de la Vega, estaban en su interior cubiertas de planchas de oro. En el altar principal, situado á la parte de oriente, se veia representando el Sol, formado de una gran plancha de oro, de mucho mas espesor que las restantes que cubrian las paredes. Aquella figura, de una sola pieza, tenia el rostro ovalado y circuido de rayos luminosos, enteramente iguales á los que presentan nuestros pintores en derredor del astro del dia. Era tan grande, que casi contenia todo el lienzo de una de las cuatro paredes del templo. En ambos lados de la imágen del Sol, estaban los cuerpos de los incas fallecidos, colocados todos por órden de antigüedad, embalsamados y en perfecto estado de conservacion, sentados en tronos de oro sobre gradas del mismo metal, teniendo todos ellos la vista inclinada, á escepcion de Huayna-Capac, duodécimo inca, que estaba colocado en frente de la imágen del astro. Tenia el templo infinitas puertas doradas, haciéndose notar por su gusto y riqueza la principal de ellas; circuia además el interior del templo otra plancha de oro en forma de guirnalda ó corona. El techo era de vigas de madera muy espesas, cubierto de bálago porque los peruanos desconocian el uso de los ladrillos y las tejas. Al lado del templo, existia un claustro cuadrado, en cuyo alrededor se alzaban cinco pabellones ó cuerpos de edificio del mismo órden, y cuyo techo guardaba la forma piramidal. El primer pabellon, consagrado á la Luna, esposa del Sol, era el mas próximo á la grán capilla del templo. Sus puertas y su interior, estaban cubiertas con planchas de plata; una de ellas representaba la imágen de aquel astro con rostro de muger, y habia en derredor del ídolo los cuerpos de las reinas que habian muerto, colocados como sus esposos, por órden de antigüedad. Oello, la madre de Huayna-Capac, era la única que tenia la faz vuelta hácia el astro de la noche. Debemos añadir respecto á la Luna, que en la época de sus eclipses, los peruanos creian que aquel astro desfallecia y que estaba próximo á morir, en cuyo caso no se contentaban con meter mucho ruido, hacer plegarias y otras ceremonias supersticiosas, para exitar á la luna á salir de su postracion, sino que maltrataban á los perros para que ladrasen fuerte, persuadidos de que la Luna, que les queria mucho, se conmoveria al oirles aullar. Seguia luego el pabellon consagrado á las estrellas, y este edificio, con su gran átrio, estaba tambien cubierto con planchas de plata como el de la Luna, y de estrellas de oro de diferentes tamaños, sembradas con profusion, que representaban el firmamento. El tercer pabellon, estaba consagrado al relámpago, al trueno y al rayo, y el cuarto dedicado al arco iris, cuya imágen se veia en él; siendo tambien todos ellos cubiertos de oro. El quinto y último pabellon era destinado para el gran sacrificador y demás sacerdotes que servian al templo, todos procedentes de la familia de los incas. Aquella habitacion, igual en riqueza á

los templos descritos, servia á los sacerdotes de sala de audiencia, y para deliberar sobre los sacrificios que habian de hacerse, y acerca de los demás asuntos pertenecientes al servicio del templo. A alguna distancia de este, se encontraba otro grande edificio, donde vivian las llamadas vírgenes ó doncellas consagradas al Sol. Los peruanos tenian en efecto una especie de comunidades de jóvenes doncellas, que hacian voto de virginidad perpétua, y se consagraban al Sol como esposas suyas. Solo en el Cuzco habia mas de dos cientas. Su clausura era tan estrecha, que ni podian salir, ni habia hombre alguno que osase aproximarse á ellas. El mismo soberano, aunque fuera de la ley, se abstenia de visitarlas para dar un ejemplo á sus súbditos, del respeto que se merecian. Solo eran admitidas en aquella comunidad, de religiosas del Cuzco, las hijas de la raza del Sol; y á fin de que este tuviese esposas dignas de él, se las consagraban, desde la edad de ocho años para asegurarse de que las presentaban puras. La confesion que estaba ya en uso entre los peruanos, tenia sus rigores, sus penitencias y aun sus casos reservados; las vírgenes del Sol, al llegar á cierta edad, confesaban lo mismo que los sacerdotes, y como ellos, tenian tambien su jurisdiccion. El inca, únicamente, se confesaba con el Sol, despues de cuyo acto iba á bañarse á un rio, al que suplicaba se llevase la corriente sus pecados al mar, para que quedasen completamente olvidados. Las vírgenes del Sol intervenian tambien en una ceremonia que tenia alguna relacion con el divino sacramento de nuestros altares. Todos los años se celebraban dos grandes fiestas en el Perú. La primera comenzaba en el mes de diciembre, por el que se principiaba el calendario peruano, y duraba ocho dias, que se pasaban en sacrificios y otras ceremonias religiosas, celebradas en el Cuzco, sin que los estrangeros pudiesen asistir á ellas; solo al terminarse, ó sea, en el último dia, se abrian las puertas, y se les permitia presenciar la terminacion de la solemnidad que se hacia en esta forma. Las sacerdotisas consagradas al Sol, amasaban unos panecillos con harina de maiz y sangre de corderos blancos, y sin mancha alguna, que eran aquel dia ofrecidos en sacrificio. Los estrangeros de todas las provincias, que ya estaban dentro de la ciudad, se colocaban en dos alas; los sacerdotes del Sol, destinados para verificar aquella ceremonia, llevaban en platos de oro y plata panecillos, hechos pedazos, que iban repartiendo entre los estrangeros, á quienes exhortaban al mismo tiempo, á que continuasen siendo fieles al inca ó al Sol, á quien el inca representaba, añadiéndoles que aquel trozo de pan que comian serviria de testigo contra ellos mismos, si su intencion no era pura y conforme á lo que debian á su Dios y á su soberano. Cada uno recibia y comia el pan con grandes demostraciones de reconocimiento y firmes protestas de que nada pensaria contra el Sol ni contra el inca, asegurando que seria aquel pan en su cuerpo un testimonio y garantía de su fidelidad. La segunda fiesta se celebraba poco mas ó menos de la misma manera el décimo mes, que correspondia á nuestro mes de setiembre. Este pan idolátrico se enviaba desde la capital á todos los templos y lugares sagrados del imperio, y en todas partes era recibido con grandes muestras de respeto y religiosidad. El cordero tenia algo de místico en la religion de los peruanos; segun sus astrónomos, habia uno de aquellos animales en la via láctea, alimentado por una oveja.

La gran ciudadela del Cuzco, cuya construccion habia durado mas de medio siglo, era el edificio mas sólido de la América. Piedras de enormes dimensiones componian sus murallas; imposible parece que pudiesen los peruanos mover y colocar aquellas grandes masas, y transportarlas de muchas leguas de distancia, sin el ausilio de nuestros instrumentos y de nuestras máquinas. Las piedras, á pesar de su forma irregular, y de ser mal labradas, se ajustaban perfectamente unas con otras, sin mezcla de cal ni otra argamasa, de modo, que pareciendo como encadenadas unas con otras, forman un todo compacto, obra

maestra inimitable, que une al mérito de la solidéz el de una hermosa apariencia. La fortaleza tenia una triple muralla esterior; su entrada era por una puerta que cerraba una piedra del mismo grandor, y que se quitaba cuantas veces se intentaba abrirla. Estaban los muros de defensa, á treinta piés de distancia uno de otro, y en el interior del tercer recinto, se veia una plaza estrecha y larga flanqueada por tres torres en forma de triángulo. La del centro, llamada Mayoc-marca, (fortaleza redonda) era la habitacion de los incas, cuando visitaban la ciudadela. Todos sus muros interiores estaban enriquecidos con planchas de oro y plata, en las cuales estaban cinceladas figuras de animales y de plantas. Las otras dos torres de forma cuadrada, servian de cuarteles. La parte inferior de estas torres, que se comunicaban entre sí, estaba llena de habitaciones dispuestas con mucho arte, formando pequeñas calles que se cruzaban, y que daban á las diferentes puertas del fuerte. Puede decirse que cuando los europeos llegaron al Perú, no estaba aquella magnífica ciudadela aun terminada.

Los arrabales del Cuzco, eran por decirlo así, una miniatura ó modelo en pequeño de todo el imperio, por obligar los incas á diferentes familias de cada una de las provincias que acababan de someter, á que se alojasen en aquellos, colocándose en el mismo punto en que estaba situado su pais natal; de modo, que las tribus del Oriente, tenian sus casas en oriente, las de Occidente en el ocaso, y así todas las demás. Cada pueblo tenia que conservar además, su respectivo trage y modo de vivir. Los caracas ó gobernadores de las provincias, tenian tambien sus habitaciones dispuestas ó señaladas en el Cuzco, para alojarse cuando iban á presentarse al inca.

Es imposible examinar detenidamente un solo edificio de en tiempo de los incas, sin reconocer un tipo igual en todos los demás que cubren la cordillera de los Andes, en una longitud de mas de cuatrocientas cincuenta leguas, desde 1,000 hasta 4,000 metros de elevacion sobre el nivel del mar. Diríase que fué uno mismo el arquitecto que construyó todos aquellos grandes monumentos, tal era el apego que aquel pueblo montañés tenia á sus hábitos domésticos, á sus instituciones civiles y religiosas, y á la forma y distribucion de sus edificios.

Hácia el siglo XIII hicieron los incas levantar de trecho en trecho, una especie de fondas ó posadas (*Tambus*) para facilitar las comunicaciones entre la capital y las provincias, á fin de que pudiesen pernoctar en ellas los príncipes y las personas de su séquito al dirigirse del Cuzco á Cuxamara. Despues que Tupac-Jupauqui y Huayna-Capac, onceno y duodécimo soberanos de los incas, terminaron la conquista del reino de Quito, no solamente abrieron soberbias carreteras á lo largo de las cordilleras, sino que ordenaron, además, que se construyesen junto á ellas los *tambos* ó alojamiento para el inca. Uno de los mas célebres y mejor conservados de entre estos, es el de Callo, situado cerca de diez leguas al sur de la ciudad de Quito, al sud-este de Panecillo, y á tres leguas de distancia del Crater de Cotopaxi, el mas elevado de los volcanes de los Andes, que en épocas recientes ha tenido varias erupciones. Su mayor elevacion es de 5,754 metros: esto es, el doble de la del Canigu; y supera por consiguiente de 800 metros á la altura que tendria el Vesuvio, si estuviese colocado en la cumbre del pico de Tenerife. La forma de Cotopaxi es la mas bella y regular de todas las enormes cimas de los altos Andes. Es un cono perfecto, que revestido de una enorme capa de yelo, despide un brillo que deslumbra al ponerse el sol, y se destaca de un modo pintoresco en la azulada bóveda del cielo. Aquella capa de nieve oculta á la vista del observador, hasta la desigualdad mas pequeña del terreno; ninguna punta de roca, ninguna masa pedregosa sobresale al través de sus yelos eternos, sin que por lo mismo interrumpa la figura regular del cono, cuyas superficies parecen labradas á cincel. La cima del Cotopaxi se parece á un

pilon de azúcar, que termina el pico de Tegde; pero la altura de su cono es sextupla á la del gran volcan de la isla de Tenerife.

A mas de la gran Cabada que atraviesa las montañas, hay otra via que tiene mas de cuarenta piés de anchura, corta el pais llano, desde el Cuzco á Quito, á lo largo del mar; teniendo ambas vias cerca de quinientas leguas.

Los peruanos, llegaron sin disputa al mismo grado de civilizacion que los mejicanos; pero nunca esta civilizacion relativa, podrá ser comparada con la que el cristianismo dió en dote á la Europa.

En el Perú, como en Méjico, habia ejercicios militares, pero no se admitian á ellas, como dice el jesuita Lafiteau, sino á los hijos de la raza del sol, es decir, á los descendientes de los incas, que componian una familia numerosísima estendida por todo el pais, y que siendo la de los reyes y de los príncipes de su misma sangre, debia tambien distinguirse de las demás familias populares, por prendas y virtudes que estuviesen en relacion con su celeste orígen, y que fuesen muy superiores á las del comun de los hombres. Se empezaban aquellos ejercicios á la edad de quince á diez y seis años; eran para los jóvenes una condicion indispensable y absoluta para salir de la infancia, para recibir los atributos, disfrutar de las prerogativas de la edad civil, y estar habilitados para el servicio de las armas, y para desempeñar cualquier empleo en el Estado. Eran al mismo tiempo estas pruebas un riguroso aprendizage, en el que se ejercitaba la juventud á soportar toda clase de trabajos, y sufrir resignadamente cualquier revés de la suerte. Importaba mucho á la juventud salir de aquellas pruebas con honor, porque si durante el curso del exámen, se notaba en ellos la menor señal de debilidad ó cobardía, era para ellos y para sus mas próximos parientes, una mancha infamante que les deshonraba; así que, los padres, madres, hermanos, hermanas, tios y primos de aquellos jóvenes, no cesaban de hacer votos y ofrendas al Sol, acompañadas de sacrificios, ayunos, mortificaciones y otros actos de piedad, á fin de que el astro del dia diese al neófito las fuerzas necesarias para que terminase con gloria la carrera empezada. Cada año, ó de dos en dos años, se elegian los príncipes que habian de ser iniciados, y se les colocaba en una casa destinada á este objeto, bajo la direccion de ancianos esperimentados, que se encargaban de probarles y de instruirles á la vez. Las pruebas comenzaban por ayunos de muchos dias consecutivos, á fin de acostumbrarles al hambre y la sed, sin que terminasen hasta quedar los jóvenes casi en un estado de inanicion, sin darles mas alimento, en épocas marcadas, que algunos puñados de cebada de la India y agua pura, duplicando la fuerza de los ayunos, á medida que se mostraban mas capaces de sobrellevarlos, y prolongándolos en cuanto fuese posible sufrirlos, sin que sobreviniese la muerte. Así como se enseñaba á los alumnos á mortificar su cuerpo por el hambre y la sed, se les acostumbraba igualmente á hacerles prescindir del sueño, poniéndolos de centinela por espacio de diez ó doce dias seguidos, siendo muy vigilados, particularmente de noche, por sus encargados; en el caso de encontrar dormido á alguno de ellos, se le despedia en seguida, diciéndole que era demasiado niño para merecer honores. Pasado el tiempo de estas primeras pruebas, se ejercitaba á los alumnos en la carrera; á este objeto, se les conducia á un sitio especial, desde donde comenzaban á correr sin detenerse hasta el pié de la ciudadela, distante legua y media. Junto á sus muros se fijaba un estandarte, que era el premio del que llegaba primero, y honor que le valia ponerse á la cabeza de sus compañeros; los que se quedaban los últimos ó que no habian podido seguir, incurrian en la nota de infamia, y se les despedia vergonzosamente. Se les enseñaba además á trabajar por sí mismos los objetos que necesitaban, y en particular sus armas, su calzado, y cuanto constituia el equipo de un soldado; se les ejer-

citaba en el manejo de esas mismas armas, y en otros ejercicios gimnásticos, para aumentar sus fuerzas. A veces, se les hacia luchar unos con otros, ó divididos en dos campos diversos, figurar ataque y defensa de una plaza, estimulando su amor propio, hasta el punto de herirse unos á otros, y de causarse la muerte. En fin, se escogitaban todos los medios para probar su valor, su resistencia, su serenidad, y su sufrimiento hasta el mayor grado. Durante aquella prueba, no solo se les preparaba para la carrera de las armas, sino tambien para poder desempeñar algun dia dignamente los diferentes cargos del Estado. Diariamente los maestros les recordaban el alto honor que les cabia por ser de la raza del Sol; les ponian de manifiesto los heróicos hechos de sus antepasados en el gobierno del Imperio, y la magnificencia y esplendor de aquellos hijos del Sol, dignos imitadores de un astro que difunde su luz, y que solo se presenta para vivificar todo cuanto existe en la tierra. El heredero presuntivo de la corona, lejos de estar dispensado de estas pruebas, se le trataba con mas rigor que á los demás alumnos, por la razon de que solo sus virtudes habian de hacerle merecedor del cetro, puesto que el simple derecho de sucesion, no suponia mérito alguno personal. Se le hacia dormir en el duro suelo, velar, trabajar, y sufrir como el último de los aspirantes á la nobleza. Procuraba humillársele para vencer su orgullo; obligábasele así mismo á vestir pobremente, á fin de que cuando estuviese sentado en el trono, y rodeado de todo el esplendor de un Dios en la tierra, no despreciase al indigente, aprendiese á compadecer al desgraciado, á ser indulgente y dadivoso; y por último, á merecer el nombre de Huachacuyac que se daba á los reyes, nombre que significa, amigo y bienhechor de los pobres. Despues de haber terminado los jóvenes aquella carrera de contínuas pruebas, el soberano les hacia la ceremonia de horadarles las orejas y la nariz; los príncipes que asistian á aquella ceremonia, les entregaban las demás insignias de su dignidad. Hasta entonces no eran declarados verdaderos incas, ó hijos del Sol, y la ceremonia terminaba con los sacrificios y otras muestras de público regocijo, acostumbrados en todas las grandes solemnidades.

Para completar la comparacion entre el Perú y Méjico, dirémos que si bien los mejicanos eran mas valientes, los peruanos eran mas humanos; y si el inca llegaba á convencerse de que el Sol le habia encargado de civilizar los pueblos bárbaros, y que si en virtud de esto les hacia la guerra para aumentar el número de los adoradores del astro del dia, era tan solo en el caso de no poder convencerse de lo contrario; aun en medio de los horrores de la guerra, era siempre benigno y clemente.

Las tierras todas del imperio, estaban divididas en tres partes, á saber: habia una para el Sol, con cuyo producto se atendia á la construccion y conservacion de los templos; otra para el inca, á título de contribucion de guerra; y la tercera, que era la mayor, para todos los habitantes. Ninguna propiedad era esclusiva, y cada año se dividian las tierras, segun las necesidades de las familias. Se trabajaba en comun, y cantando. Habia diferentes acueductos y canales de riego, que fertilizaban las ávidas llanuras de la costa, y el inca mismo daba el ejemplo, cultivando por sus propias manos la tierra, como en otro tiempo lo hizo Manco Capac, mientras que su esposa imitando á Cells, hilaba, tejia, y enseñaba todas las labores propias á las personas de su sexo; habia además puentes colgantes, cuya construccion no ha sido conocida en Europa hasta el siglo XIX, que facilitaban las comunicaciones. Aunque no puede dudarse, atendidos los bajos relieves de Tiahnanaco, que en la civilizacion primitiva de la que fué depositario el primer inca, se conoció la escultura alegórica ó geroglífica, los peruanos despues empleaban como escritura, unos nudos ó guipos. Daban este nombre, dice el jesuita Lafiteau, á ciertos cordones anudados de trecho en trecho y de diferentes colores, con los cuales

consignaban sus memorias ó registros. Parece increible que pudiesen de este modo espresar tantas y tan diferentes ideas, como podemos hacerlo nosotros por medio de la pluma y de la imprenta, particularmente sobre historia, leyes, ceremonias, cuentas de comercio, todo lo cual, y aun mucho mas, como es sabido, consignaban los peruanos con aquellas cuerdas anudadas, por medio de los colores empleados en ellas, variados hasta lo infinito, conforme lo exigian los innumerables actos que patentizaban por medio de aquel mecanismo. Habia hombres públicos; cuyas funciones eran como las de nuestros escribanos ó notarios, puesto que guardaban aquellos registros, y maestros dispuestos á enseñar aquel arte á la juventud. Por último, en el Perú habia familias hereditarias de artesanos, que hacian obras de esculturas, en madera, piedra, y metales; solo el arte militar estaba aun en su infancia, lo que hizo mucho mas fácil la conquista de aquel vasto imperio.

El descubrimiento que concibió Balboa en el mar del sud, fué luego despues renovado por Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme, el mismo que trasladó en 1518, el establecimiento de Santa María la Antigua, del Darien á Panamá. Una vez resuelta esta empresa, Fernando Luque, eclesiástico muy rico, que habia sido prevendado en aquella catedral, se asoció con Francisco Pizarro, y Diego de Almagro, para llevar á cabo la ejecucion de esta idea. A fin de cimentar la asociacion, cuentan que en 1524 celebró una misa, y despues de haber hecho tres partes de la sagrada hostia, y haber consumido él una, dió las otras dos á sus asociados. Hasta el año 1527, Pizarro no hizo mas que reconocer la costa del Perú, acompañado de Francisco Marco, natural de Niza en Provenza, y profeso de la provincia de Guyana. En esta primera esploracion, no tuvo Marco ocasion de penetrar en el interior, sino únicamente de visitar á Tumbez, (Guayaquil) ciudad notable que poseia un gran templo, y un palacio del inca; y con esta noticia regresó á Nueva-España, donde dió una idea de la opulencia y de la civilizacion del imperio peruano. El sacerdote Alfonso de Molina, que quedó en Tumbez, murió en 1527, no se sabe como, en medio de aquellos indígenas.

Cuando Francisco Pizarro vino á Europa en 1528, para hacer presente á Cárlos V su proyecto de conquista, se indicaron para acompañar al futuro conquistador, religiosos de diferentes órdenes, cuyo celo aquel debia utilizar. La *Historia de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced*, dice, que veinte y cuatro religiosos de su instituto, fueron á predicar la fé á los peruanos, quienes han considerado siempre á estos regulares, como sus primeros apóstoles. Touron, afirma por su parte, que cuando Cárlos V dispuso en 1530, que saliese del puerto de San Lúcar de Barrameda la espedicion mandada por Pizarro, seis dominicos se ofrecieron á acompañarle en aquella mision. Fontana cita un mayor número de misioneros de esa órden, y espresa hasta sus nombres, entre ellos á Tomás Berlauya, que llegó á ser en 1534, el primer obispo de Panamá. Pero sea el que quiera el número de los PP. dominicos que fueron destinados á la mision del Perú, el mas conocido de entre ellos, es Fr. Vicente Valverde. Este era originario de Trujillo en Estremadura, patria de Pizarro, y natural de Oropesa, en Castilla la Nueva. Era ya de edad madura, cuando el deseo de trabajar para su salvacion y la de los pueblos, sobre todo, los infieles, le inclinó á pedir el hábito de Sto. Domingo. Fué recibido como novicio, en abril de 1523, y profesó al año siguiente, no se sabe si en Oropesa, ó en el convento de S. Pablo de Sevilla. En atencion á sus méritos, Cárlos V le habia presentado, y Clemente VII, instituido para ocupar la sede de Panamá, que reemplazaba á la de Santa María la Antigua del Darien, cuando le agregó á los misioneros del Perú, entre los que debemos tambien citar, como en clase de sacerdote secular, á Juan de Souza y Ocaña.

Habiendo tenido ya noticia algunos años antes Huayna-Capac, duodécimo inca, de que

se habia visto á algunos estrangeros hácia el norte de la América meridional, murió recordando á los suyos la antigua aparicion de Viracocha, y diciéndoles que eran sin duda aquellos estrangeros hijos del Sol, y por lo mismo, superiores á los peruanos, que invadirian el Estado, y que debian obedecerles en todo. Habia preparado además aquel mismo inca el triunfo de los españoles, al dividir el imperio entre sus hijos Atahualpa, rey de Quito, y Huascar, rey de Cuzco. Este último, descendiente de los incas, por línea paterna y materna, quiso imponer vasallage á su hermano segundo Atahualpa, nacido de una hija del rey destronado de Quito; pero en lugar de someterse Atahualpa, sorprendió á Cuzco, se apoderó de Huascar, y llamando á los incas de todos los puntos del imperio, les hizo pasar al filo de la espada. La circunstancia de haber estallado aquella guerra civil casi en la misma época de la llegada de los españoles, favoreció en gran manera los designios de Pizarro, cuya intervencion pidió Huascar, y el cual se dirigió inmediatamente á Atahualpa, despues de haber acampado con una parte de sus tropas en Caxamarca, poblacion situada á 1464 toesas sobre el nivel del mar, en el centro del hermoso valle que fecundiza el rio del mismo nombre.

Los misioneros, en su ardiente celo de ganar almas para Jesucristo, habian procurado diseminarse para poder sembrar á la vez en todos los puntos la semilla evangélica; y sin embargo, el obispo de Panamá no habia podido lograr aun ni uno solo de aquellos religiosos, cuando en 16 de noviembre de 1532, fué Atahualpa á visitar el campo atrincherado de los españoles. Con este motivo supusieron algunos, aunque sin fundamento, que fué la conducta de Valverde enteramente contraria á la mansedumbre y dulzura del evangelio, tratándose al propio tiempo de considerar á aquel prelado, no solo como cómplice, sí que tambien hasta como principal causa del rigor que Francisco Pizarro ejerció en Atahualpa y en sus pueblos. Refiriéndose Robertson á una falsa tradicion, de la que habla tambien Juan de Luca, dice así: « Luego que estuvo el inca junto al campo de los españoles, se adelantó el P. Vicente Valverde, limosnero de la espedicion, con un crucifijo en una mano y su breviario en la otra, y espuso al monarca en un largo discurso la doctrina de la creacion, la caida del primer hombre, la encarnacion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo; que Dios habia elegido á S. Pedro por su vicario en la tierra, que el poder de S. Pedro habia sido trasmitido á los papas, y que Alejandro VI habia hecho donacion al rey de Castilla de todas las regiones del Nuevo-Mundo. Despues de haber espuesto Valverde estas doctrinas, intimó á Atahualpa que abrazase la religion de los cristianos, que reconociese la autoridad del papa y al rey de Castilla como su legítimo soberano, prometiéndole que en el caso de someterse, tomaria el rey su amo al Perú bajo su proteccion, y que le permitiria continuar reinando en él; pero que en el caso de no querer someterse y de perseverar el inca en la impiedad, se le declararia inmediatamente la guerra. Aquel estraño discurso, que contenia tantos misterios incomprensibles y hechos desconocidos, y del que no habria podido dar toda la elocuencia humana una idea exacta á un americano, fué tan mal traducido por el intérprete, por lo poco versado que estaba este en el castellano, y por la dificultad con que hablaba la lengua del inca, que no pudo Atahualpa comprender casi nada. Solo pudo hacerse cargo de algunas frases de la alocucion de Valverde, por ser las mas fáciles, que le llenaron de asombro y de indignacion; sin embargo, no por esto dejó de ser moderada la respuesta del inca. Empezó por hacer observar que era dueño de su reino por el derecho de sucesion; que no podia concebir que un sacerdote estrangero pretendiese disponer de una cosa que no le pertenecia; y que, si aquella pretendida donacion habia sido hecha, él, que era su legítimo propietario, se negaba á confirmarla; que no se hallaba de ningun modo dispuesto á renunciar á la religion de

sus padres, ni á abandonar el culto del Sol, divinidad inmortal que adoraban él y su pueblo, para adorar el Dios de los españoles, esclavo de la muerte; que con respecto á los demás puntos de que se habia hecho mencion en el anterior discurso, nada podia decir por no haber oido siquiera hablar nunca de ellos, y que solo deseaba saber donde habia aprendido Valverde cosas tan notables. «En este libro,» le dice Valverde, presentándole su breviario. Toma el inca con precipitacion el breviario, y despues de haber vuelto algunas hojas se lo acerca al oido, diciendo: «Lo que acabais de darme no habla, ni me indica cosa alguna,» y luego arrojó el libro con el mayor desdén. Indignado el fraile al ver la accion del inca, corre al lado de sus compañeros gritando: «A las armas, cristianos, la palabra de Dios ha sido profanada; vengad el crímen que acaban de cometer estos infieles.» Pizarro, que durante aquella larga conferencia, habia podido apenas contener á sus soldados, impacientes por lanzarse sobre los tesoros que tenian á la vista, dá la señal de ataque. Resuenan desde luego los bélicos instrumentos de los españoles; empiezan á retumbar los cañones y mosquetes, relinchan los caballos y se lanza la infantería sobre los peruanos. Asombrados los americanos ante un ataque tan repentino como inesperado, y turbados por el terrible efecto de las armas de fuego y por el ímpetu irresistible de la caballería, apelaron á la fuga sin intentar si quiera defenderse. Pizarro, á la cabeza de tropas escogidas, marcha contra el inca; y por mas que los grandes de su séquito se agrupen con decision en torno de su monarca, sacrificándose gustosos para servirle con sus cuerpos de escudo, llega Pizarro hasta él, lo coge del brazo, le hace descender del trono y le conduce á su campo. Hé ahí lo que dice Robertson acerca de aquel hecho: «Con justicia todos los historiadores han censurado el intempestivo discurso de Valverde; pero por mas que fuese aquel religioso ignorante y muy diferente del buen Olmedo, que acompañó á Cortés, no puede sin embargo achacársele enteramente la culpa de lo ocurrido, así como tampoco es creible que insultára tan bruscamente á Atahualpa. No tenia su discurso otro objeto que el de manifestar el derecho de su rey á la soberanía del Nuevo-Mundo, y el de indicar á las tropas el modo con que habian de apoderarse de aquel nuevo pais. Además, las ideas que contenia el discurso de Valverde, no podian atribuirse al ciego fanatismo de un hombre, sino al del siglo en que aquel hombre vivia. No obstante, Gomara y Benzoni atribuyen á Valverde un hecho, que á ser cierto, le haria no solo objeto de desprecio, si que tambien de horror: dicen que durante la accion, no cesó de encargar á los soldados la matanza, diciéndoles además que no empleasen para dar muerte á sus enemigos mas que la punta de la espada. Muy diferente es semejante conducta de la que observaron los demás religiosos españoles en todos los puntos de América, donde hicieron todo lo posible por proteger á los indios y por moderar el rigor de sus compatriotas.» El homenage que Robertson tributa al celo y humanidad de los misioneros en general, no admite felizmente la restriccion que luego añade aquel historiador en su relato. Lejos de provocar Valverde la efusion de sangre, procuró, como miembro de la órden que tan ardientemente protegia á los americanos, predicar la moderacion á los españoles, diciéndoles que solo por medio de los escesos se lograba hollar las leyes de la humanidad y la justicia, y servir de obstáculo á la predicacion del Evangelio y á la conversion de los idólatras. Solo habia emprendido el obispo de Panamá aquel largo viage, para dar á conocer el nombre de Jesucristo, y no podia por lo mismo ver sin dolor que los cristianos, mas injustos á veces que los mismos infieles, obligasen á los pueblos á blasfemar de aquel nombre sagrado. Vése aun hoy dia en Caxamarca el vasto aposento en que estuvo preso Atahualpa durante tres meses, así como tambien la señal que hizo en una de sus paredes, prometiendo llenar la habitacion de oro y plata hasta aquella altura á título de res-

cate. En la capilla que depende de la cárcel, y que formó en otro tiempo parte del edificio, existe un altar levantado sobre la piedra en la que Atahualpa, despues de haber hecho dar muerte á la mayor parte de los incas y hasta á su mismo hermano Huascar, murió á su vez estrangulado en el año 1533, en lugar de sufrir el suplicio de la hoguera, merced á las instancias de Valverde, que acababa de regenerar á aquel príncipe por medio de las aguas del bautismo. Sepultósele bajo la misma piedra.

La muerte violenta del inca aumentó la anarquía en el Perú y las probabilidades del triunfo de los españoles. Francisco Pizarro tomó en el año 1533 posesion de Cuzco (Pl. LI, n.º 1), donde se levantó un convento de franciscanos, merced al ascendiente que tenia Fr. Pedro de Portugal, y á la consideracion con que le miraba el conquistador; á causa empero de la mala situacion del convento, tuvo por dos veces la comunidad que trasladarse á otro punto; á instancias de los religiosos Pedro de los Algarves y Fernando de Inoyosa, Rodrigo de Villalobos levantó allí un templo. Juan Callelena, hermano lego, que habia renunciado á la milicia secular para combatir bajo la pacífica enseña de S. Francisco, murió en olor de santidad.

El capitan Sebastian Benalcazar fué á apoderarse de Quito, poblacion sobre cuyas ruínas edificó otra nueva, y á la que dió el nombre de San Francisco, cuyos cimientos fueron echados sobre la pendiente del Pichincha, cráter estinguido, aunque humeante. (Pl. LI, n.º 2). Segun una carta dirigida el año 1556 al guardian de Gante, por Jodoque de Biirke, religioso belga, nacido en Malines, fué este el primer franciscano que llegó á Quito, en el año 1534: «Estoy, dice, en esta villa de San Francisco de Quito, hace veinte y dos años; está la poblacion casi situada bajo el equinoccio en un valle muy delicioso, donde reina una eterna primavera. Grande es la cosecha evangélica que podemos prometernos en estas regiones, por desear el pueblo ardientemente recibir la luz de la fé; pero hay pocos operarios para poder anunciársela. Por mas que sean los peruanos medio salvages y sin ningun estudio, se observa en ellos un órden admirable; no hay ningun pobre, si bien viven todos pobremente á juzgar por sus vestidos y por su alimento. Observan y administran justicia con mas acierto que los que tienen leyes escritas; reconocen que hay un creador supremo de todas las cosas, pero adoran el Sol; aprenden fácilmente á leer, escribir, y tocar cualquier instrumento. Soy el primer religioso de nuestra órden que habita estos sitios; Fr. Pedro Gosseal, de Louvain, mi compañero, me ha secundado poderosamente en la fundacion de una custodia, que depende de este convento por ser el mas antiguo.» Didacio de Vera, citado por Juan de Luca, dice que era de Riirke, un religioso tan sábio como austero y penitente. Dependieron además del convento de franciscanos de Quito tres colegios, situados en las poblaciones inmediatas.

Cualesquiera que fuesen los esfuerzos de los misioneros, era imposible que pudiesen producir en aquellas circunstancias, todo el fruto apetecido, cuando se veian los pobres idólatras envueltos en una guerra aterradora, y tratados con dureza por sus conquistadores, no obstante de profesar estos la religion de Jesucristo, que solo enseña lo santo y lo justo. ¿Cómo era posible que en medio de los guerreros españoles pudiesen tributar homenage á la santidad del cristianismo, sobre todo cuando las tinieblas de la idolatría, solo les permitia apreciar difícilmente la sublimidad de sus misterios, tan superiores á los sentidos, y á la fragil razon humana? Márcos de Niza, que habia regresado al Perú, en calidad de comisario de los religiosos franciscanos, emprendió nuevamente con celo sus tareas apostólicas, viéndose secundado en su obra regeneradora, por los religiosos Mateo de Xumilla, Juan de Monzon, Francisco de los Angeles, Francisco de Santa Ana, Francisco de Portugal y Francisco de la Cruz.

Juan de Luna, continuador de Wadding,





dice, al hablar de Fr. Mateo, natural del pueblo de Xumilla, del reino de Murcia, y admitido como lego en la observancia, que su celo por la propagacion de la fé, fué iguál á la inocencia de su vida y al fervor de su piedad. Enviado Mateo á diferentes puntos del Perú, acabó por fijar su residencia en Caxamarca, despues de la muerte de Atahualpa, donde procuró atraer á los indígenas al dulce yugo del evangelio, por medio de la pureza de sus costumbres, y de la santidad de sus doctrinas. Habia en aquella region, cincuenta pueblos ó aldeas, que visitó sucesivamente, acompañado de niños á quienes habia enseñado la doctrina cristiana, cuyos principales puntos les habia traducido Mateo en estilo poético; al entrar en cada uno de los pueblos, empezaban los niños á cantarles, precediendo el misionero á aquellos jóvenes apóstoles con el lábaro santo de la cruz. Instruidos los indígenas por medio de aquellos cantos en los misterios de la religion, abandonaban el detestable culto del sol, para abrazar el del Dios verdadero; y cuando el sacerdote, se presentaba á cada pueblo en épocas señaladas, estaban ya sus habitantes suficientemente instruidos, y acababa de purificarles con el agua bautismal. Mientras evangelizaba á los indígenas, tenia en las manos un cráneo, al objeto de hablar con mas elocuencia, acerca de lo breve y fugaz que es la vida, y acerca de los suplicios con que el Dios justo y vengador, aflige en el infierno á los réprobos. Conducia por lo regular su auditorio al pié de los sepulcros de los idólatras, donde se lamentaba de la desgracia de aquellos, que, en su culpable supersticion, habian adorado falsas imágenes, y tributado culto al enemigo del género humano. Luego suplicaba á la multitud apiñada en derredor de las tumbas, que renunciase, ya que aun lo podia, á los hábitos y costumbres licenciosas, á sus ritos profanos y á sus supersticiones hereditarias, á fin de no tener que sufrir, como sus abuelos, una muerte terrible. Las mortificaciones de Mateo de Xumilla, impresionaban vivamente á los indígenas, y contribuian no poco á infundirles veneracion y respeto por una religion que inspiraba tanto heroismo. Cuando el sueño le cerraba los párpados, prolongaba Mateo sus oraciones hasta la salida del sol; y cuando el cuerpo le reclamaba imperiosamente el descanso, interrumpia la oracion para acostarse en el suelo y reclinar su cabeza en una piedra; hasta en su mas avanzada edad continuó orando toda la noche, azotándose además hasta inundar de sangre su cuerpo.

No era menos estraordinaria la templanza del apóstol franciscano, puesto que procuraba despertar y sentir el hambre, mas bien que saciarla; un poco de maiz le bastaba para hacer el domingo su mejor comida; puede decirse que ayunaba contínuamente, privándose de todo alimento durante los diez dias que preceden á la Pascua. Aquel hombre, empero, tan austero para sí, estaba animado de la caridad mas ardiente para con su prójimo; mas de una vez dió su capa al indigente, ó la repartió entre varios. Al visitar los enfermos, iba siempre provisto de todo cuanto pudiesen necesitar, á menos que no le hubiese sido posible procurárselo; si el enfermo le pedia algun alimento ó pócima que pudiese calmar sus sufrimientos, no tardaba el buen religioso en procurárselo, por mas que momentos antes no lo tuviese en su poder, merced á un milagro de la Providencia. Cita el continuador de Wadding diferentes prodigios, que demuestran claramente cuan grande era la gracia de aquel humilde siervo de Dios. En sus largas escursiones, por destruir el culto de los ídolos y enarbolar la enseña de la salvacion, cayó un dia del picacho de una roca: sus compañeros, que con razon le creian muerto en el fondo del abismo, no tardaron en verle de pié, sin que hubiese recibido daño alguno. Hallábase en otra ocasion hablando con los albañiles, en el techo de una casa que acababan de construir, cuando se hundió de repente el edificio, sepultándoles á todos entre las ruinas; y solo Mateo se libró de la muerte invocando el nombre de Maria. Muchos fue-

ron los enfermos que curó con solo persignarles, ó bien presentándoles los medicamentos que debian tomar, á pesar de ser muy graves sus enfermedades; una muger, á la que acababa su marido de herir mortalmente, fué tambien salvada por Mateo; hé ahí el modo sencillo con que obró este nuevo milagro: acompañó al sacerdote que debia administrar á la moribunda los últimos sacramentos, y derramó en su herida algunas gotas de aceite de la lámpara del santuario. Al dia siguiente, los frailes menores, que creian muerta á aquella infortunada, la vieron con asombro presentarse en el convento, á fin de dar las gracias á Mateo, por haberle devuelto la salud. Despues de haber propagado el evangelio en la provincia de Cajamarca, fué enviado aquel taumaturgo por sus superiores á Chachapoyas, donde constituyó un magnífico convento; finalmente, rendido por la austeridad y el trabajo, sucumbió al peso de los años en el año 1578. Su muerte, anunciada ya por él mismo con alguna antelacion, fué la de un santo, y causó un desconsuelo general. Sus vestidos, su cilicio y las cuentas de su rosario, fueron distribuidos como insignes reliquias, é hizo el olor de sus virtudes implorar con confianza su intercesion poderosa.

Francisco de los Angeles, Francisco de Santa Ana, Francisco de Portugal, y Francisco de la Cruz, no fueron menos ilustres en el Perú por sus trabajos apostólicos, donde al propio tiempo que se estableció una custodia, en el año 1535, se erigió en provincia, la otra custodia del santo evangelio, que existia en Méjico.

Lima, (Pl. LII, n.° 1.) fundada por Pizarro, el dia 6 de enero de 1535, como á unas cinco millas de la embocadura del Rimac, y llamada *ciudad de los Reyes*, esto es, de los magos, en memoria del dia de su fundacion ó de la Epifania, tuvo ya desde un principio diferentes iglesias; porque siendo su conquistador favorable á la propagacion de la fé, y protector ardiente de los misioneros, queria en todas partes levantar al Señor nuevos templos. Así que, hizo construir un número considerable de ellos en San Miguel, Trujillo, y otros muchos puntos, y si esto hacia en poblaciones de escasa importancia, mal podia en la capital prescindir de ellos. Estaba la catedral situada en el centro de la ciudad, se componia de tres naves magníficas, y tenia dos grandes campanarios en los dos ángulos de su frontispicio; sus cimientos fueron los primeros que se echaron en la ciudad, ó lo que es lo mismo, fué el primer monumento que levantó en ella la dominacion española. Francisco de la Cruz empezó en Lima un convento, cuya construccion fué interrumpida á consecuencia de las luchas políticas suscitadas entre los diferentes partidos en que estaban los españoles divididos; pero luego que se hubo restablecido la tranquilidad, le continuó Fr. Francisco de Marchena, superior de la custodia establecida en aquel pais, edificando además con Fr. Francisco de Aragon, otro convento que podia contener hasta ciento cincuenta religiosos, y del cual dependieron en breve dos colegios, destinados para la instruccion de la juventud. Alfonso de Alcañices, nacido en Benavente, adquirió en ellos una gran celebridad, siendo considerado como modelo de todas las virtudes.

Limitarémonos á mencionar los principales conventos ó centros de regeneracion moral, añadiendo tan solo el de Cuenca, ciudad fundada por Pizarro, á la distancia de cincuenta leguas en la parte meridional de Quito, y el de Pasto, poblacion construida por Lorenzo Adan, hácia el norte de la antigua ciudad del Sol.

Mientras se dedicaban los franciscanos á instruir los indígenas, y á preservarles de la violencia de los conquistadores, recibió Las Casas la triste noticia de los abusos cometidos en el interior del Perú; por lo que parte inmediatamente á España, reclama para aquel infortunado pais la aplicacion de las leyes relativas á la libertad de los americanos, vuela nuevamente al Perú, se reune con Pizarro y Almagro cerca de Quito, á quienes entrega





las órdenes á que deben atenerse en lo sucesivo, y parte de aquella region, tan pronto como queda terminada su mision salvadora.

Tambien Valverde, al ver que nada adelantaba con sus constantes súplicas, se dirige á España para implorar justicia en favor de los peruanos; pero menos afortunado que Las Casas, tuvo que aguardar en la corte por espacio de cuatro años, las órdenes que solicitaba, y que al fin, despues de haberlas dictado el emperador, no habian de ser en el Perú siempre acatadas. Despues de haber sido Valverde trasladado á la diócesis de Cuzco, fué declarado en virtud de un rescripto imperial, patrono y protector de los indios. Habiendo recibido el obispo de Cuzco, las bulas de Paulo III (1) regresó nuevamente al Perú en 1538, donde secundado por diferentes dominicos que se llevó de España, trabajó en su diócesis con mucho celo y bastante fruto. Sus contínuas amonestaciones, acabaron por inspirar á diferentes españoles, sentimientos de moderacion y humanidad; y los peruanos, que por librarse del furor de los vencedores, se habian retirado á lo mas áspero de las montañas, calmáronse á su voz, y volvieron á ocupar sus moradas. Sin cesar repetia aquel prelado á sus conquistadores, que su fé, sin las buenas costumbres, no podia salvarles, y que cuanto mas santa era la religion que profesaban, tanto mas imperdonables les serian las faltas cometidas durante su vida. Procuraba al propio tiempo el ministro de Jesucristo, esplicar sencillamente á los idólatras las verdades que les eran aun desconocidas, y pedir ardientemente por ellos el don de la fé; desvelándose de este modo por el bien de todos, pudo en el período de cinco ó seis años, (puesto que vivia aun en 1543), tener el consuelo de formar una iglesia cristiana, un clero y un pueblo sometido á la ley. Sin embargo, los habitantes de la isla de Puna, en la provincia de Quito, mucho mas bárbaros que las demás tribus americanas, y acostumbrados á comer carne humana, estaban muy lejos de profesar los sentimientos que la verdadera religion inspira; pero no por ello se entibió en su favor, el ardiente celo del obispo de Cuzco. Antes de convertirles al cristianismo, preciso era hacerles conocer que eran hombres. Animado Valverde de la caridad de Jesucristo, hizo por aquellos bárbaros, lo que nadie se habia atrevido á hacer; pero en cambio, su heroismo le costó la vida. Desplegó la bandera de la cruz en aquel bárbaro pais, que devoraba á sus propios hijos, construyó una pequeña capilla en la que levantó un altar, en el que celebraba el santo sacrificio, cuando los antropófagos se arrojaron un dia sobre él, y despues de haberle dado muerte, y de descuartizarle, se alimentaron con su propia carne. (Pl. LII, n.º 2.) Honráronle los fieles como mártir.

Para alejar Francisco Pizarro á su segundo Almagro, le habia propuesto la conquista de Chile, pais ceñido al norte por el desierto de Atacama, que le separa del Perú; al sud, por el golfo de Guayteca, y el archipiélago de Chiloe; al este, por la cordillera de los Andes; y al oeste, por el grande Océano. Es Chile uno de los climas mas hermosos y saludables del mundo; forma parte de la gran cordillera dividida transversalmente en altas montañas, y en ricos y profundos valles, cuyas montañas descienden hácia el mar, no en líneas rectas, sino formando curvas variadas, y disminuyendo en altura, de modo, que raramente se elevan dos mil piés sobre los valles que las cortan. Partió Almagro en 1535, pero fué detenido por los belicosos araucanos, y obligado á regresar al Perú, quedando de este

(1) Paulo III, en el año 1537, declaró que los indios, aunque fuesen infieles, no podian ser despojados de sus bienes, pues eran dueños de ellos; y esto no porque ya no se supiese muy bien por otra parte, sino como dice Sepúlveda, *para contener á los soldados, los cuales, sin autoridad ni órden alguna del príncipe hacian esclavos.* Muchos años antes que Roma, habia hecho la corte de España varias veces la misma declaracion, y entre otras en el año 1502. Y tanto ella, como toda la nacion, juzgaron siempre que los indios tenian derecho y dominio incontrastable sobre sus bienes, y manifestaron este sentir en las leyes promulgadas y observadas en todo tiempo. (Véanse las leyes 10 y 12, tít. I. lib. 4, de la Recopilacion.) Y si tal vez se mandó que se tomase posesion de algunas tierras en nombre del rey, siempre se entendió, ó de las vacantes, ó de las otras, por via de rescate, ó de cesion voluntaria. (N. del Trad.)

modo aplazada la hora en que habia de brillar en Chile la luz del cristianismo.

CAPÍTULO XXXIX.

Los dominicos y los franciscanos predican la fé en Venezuela, Santa Marta, Cartagena y Bogotá.— Mision franciscana en el Rio de la Plata.

Las provincias de Cartagena, Santa Marta, y Venezuela, situadas al este del istmo de Darien, fueron, como el Perú, teatro de la violencia de los conquistadores (1), y de la caridad de los misioneros.

La de Venezuela, que es una de las mas vastas del Nuevo-Mundo, fué cedida por Cárlos V á los Velser de Augsburgo, quienes confiaron la conquista definitiva, y la colonizacion de aquel pais, á algunos de los aventureros que tanto abundaban en Alemania, en el siglo XVI. Como eran aquellos aventureros en su mayor parte luteranos, ni siquiera pensaron en la conversion de los idólatras, por mas que á este fin se les obligase á partir con algunos religiosos, encargados de evangelizar aquella region. Avidos de riquezas, solo procuraron los luteranos saciar su codicia, para poder abandonar un pais que les parecia insoportable, empleando al efecto los medios mas atroces, sin que bastasen las contínuas amonestaciones de los misioneros á contener su rapacidad y su furor. Asolaron en pocos años tan completamente el pais con sus impuestos, que se vieron los Velser obligados á abandonar una propiedad que no podia procurarles ya ventaja alguna; cuando los españoles volvieron á apoderarse de aquella colonia, imposible les fué levantarla de la postracion y miseria en que la dejaron sumida los bárbaros hijos de Lutero.

La provincia de Santa Marta, situada al oeste de la de Venezuela, debe su nombre á haber verificado los españoles su entrada en la Magdalena, en el mes de julio del año 1539, el dia mismo de Santa Marta. El dominico Tomás Ortiz, que habia evangelizado ya Haiti y Méjico, fué nombrado en el año 1531, primer obispo de Santa Marta, por Clemente VII; merced á la cooperacion de los indios, logró el nuevo obispo levantar en breve una catedral, cuyo único ornamento consistia en la edificante regularidad de los sacerdotes, ocupados noche y dia en cantar las alabanzas de Dios, y en instruir los neófitos. El P. Juan Mendez, de la propia órden, fundó allí un convento del que fué prior, y en el que no tardaron en formarse apóstoles celosos. Seguido Tomás Ortiz de algunos misioneros, recorrió hasta las tribus mas hostiles, predicando en ellas la palabra divina; penetrando en breve los operarios evangélicos en diferentes pueblos, de los que ni siquiera tenian noticia las tropas españolas. Rápidos fueron los progresos de la fé en aquella nueva colonia, debidos al incansable afan de los misioneros, quienes recorrian á la vez casi toda la nueva provincia, continuando unos la obra regeneradora empezada por los otros, y recogiendo los últimos, los ópimos frutos sembrados por los primeros. Alfonso de Zamora dice, que aquellos operarios evangélicos que tanto secundaron al obispo Tomás Ortiz, y á su sucesor en el episcopado, Juan Mendez, fueron Gerónimo de Loaysa, mas tarde obispo de Cartagena, y primer arzobispo de Lima; Gregorio

(1) No es solo Henrion, sino la mayor parte de los historiadores de la America, entre ellos muy particularmente Raynal y Robertson, que exageran y califican de fieras é inhumanas las acciones de sus conquistadores, tomando de aqui pretesto, para calificar de violentos y crueles á los españoles. Reconocerémos, y debemos confesar, que tal cual vez, escedieron de los términos que prescribe la humanidad y la justicia, pero como observa muy cuerdamente un desapasionado escritor del siglo pasado, esas fueron culpas de algunos hombres particulares; y las acciones buenas ó malas de pocos individuos, no caracterizan á toda una nacion. Es menester considerar que se hallaban en unos paises apartados, que guerreaban con unos pueblos bárbaros, que sacrificaban, comian, y quemaban á los prisioneros, y aun asi por lo comun se portaron con humanidad hácia ellos, y solo una ú otra vez usaron de escesivo rigor. Declamar desentonadamente contra nuestra nacion, é insultarla con semejante pretesto, al mismo tiempo que se callan las atrocidades de otros conquistadores, es muy ageno de la imparcialidad filosófica, y mas parece envidia ó prurito de satirizar, que celo por la humanidad. Por lo demás, la mayor parte de los acusadores, se han apoyado principalmente en la famosa relacion de Fr. Bartolomé de Las Casas; pero ya hemos dicho en otra nota, y tendremos ocasion de hacerlo observar mas adelanto, los muchos hipérboles, equivocaciones y errores que se hallan en aquel escrito. (Nota del Trad.)

de Beteta, uno de los sucesores de Loaysa, en la sede de Cartagena; Domingo de Salazar, primer obispo que fué de Filipinas; Juan de Aures; Agustin de Zúñiga; Domingo de Las Casas; Rodrigo de Andrada; Martin de Trujillo; Bartolomé de Ojeda; Pedro de Villalva; Pedro de Zambrano; Gaspar de Carvajal; Martin de los Angeles; Tomás de Mendoza; Juan de Ossio; Francisco Martinez; Pedro Duran; Juan de Monte-Mayor y Bartolomé de Talavera. Muchos hubo entre ellos, que habiendo llegado á la provincia de Santa Marta el año 1529, continuaban en ella aun sus trabajos en 1590, sin que se limitasen á cristianizar las dos únicas provincias de Santa Marta y Cartagena, por mas que fuese su estension considerable. Debióse á su ardiente celo, el establecimiento de la célebre provincia dominicana de San Antonino, que tan fecunda llegó á ser en buenos ministros del evangelio. De la eficacia de su predicacion, no tardaron en brotar numerosas comuniones cristianas, colegios y conventos, que fueron en medio de las tribus bárbaras, otros tantos baluartes que preservaron á los neófitos de todas las violencias.

Tiene la provincia de Santa Marta mas de cuatrocientas leguas de estension; la de Cartagena está situada á occidente, teniendo la costa de ambas como unas cien leguas: su interior es inmenso. Cuando en el mes de enero, del año 1533, edificaron los españoles la ciudad de Nueva-Cartagena, habia con ellos diferentes eclesiásticos, á mas de los dos dominicos Diego de Ramirez y Luis de Orduna; tambien los PP. Gerónimo de Loaysa, Bartolomé de Ojeda y Martin de los Angeles, fueron desde la provincia de Santa Marta á reunirse con ellos, junto con algunos indígenas, que habian recibido ya el agua del bautismo. Precedidos por aquellos ministros de Jesucristo que anunciaban un evangelio de paz, casi no encontraron los españoles resistencia alguna; por su parte, los misioneros, al ver que entraban los idólatras tan dócilmente en el redil del Señor, arrostraban gustosos los peligros y prescindian de todas las fatigas. Sin embargo, los sacrificadores eran tanto mas temibles, cuanto que empleaban hábilmente el veneno, además, era el trabajo insoportable, á causa de los malos alimentos, del escesivo calor y de las picaduras de los mosquitos. Gerónimo de Loaysa regresó á fines del año 1534 á España, para reclamar contra el servicio personal que habia sido impuesto á los naturales convertidos; sus hermanos, permanecieron en la provincia repartiéndose las tribus para atender mejor á sus necesidades espirituales, y levantar en medio de ellas diferentes oratorios y aposentos, á fin de que pudiesen ir á todas horas los indígenas á reclamar su intervencion benéfica. Al ver Cárlos V que era Cartagena un puerto seguro y un medio de comunicacion con todo el pais descubierto en tierra firme, procuró dispensarle toda la proteccion posible. El dominico Tomás de Toro, religioso del convento de Salamanca, fué nombrado obispo de Cartagena, y consagrado en España, llegando á su diócesis á últimos del año 1534, con diferentes misioneros. Su primer cuidado al llegar á su iglesia, fué llamar á todos los dominicos que habia en los diferentes puntos de su diócesis, á fin de que le ausiliaran con su esperiencia y con sus luces; luego creó diferentes curatos, confiados á celosos cooperadores, haciendo construir las correspondientes iglesias en todas las parroquias designadas. Encargó al propio tiempo la destruccion de los ídolos y de los templos que quedaban en pié; luego mandó llamar á los sacerdotes de los falsos dioses, y en una alocucion llena de religioso celo, sin hacer uso de su autoridad ni emplear amenaza alguna, les pidió que no desecháran las instrucciones que se les darian para hacerles conocer el verdadero camino de la salvacion. «Si renunciais sinceramente á vuestros antiguos errores, les dijo, además de no faltaros nunca la proteccion del cielo, tendreis la proteccion del rey y de sus gobernantes.» Era esta última proteccion tanto mas necesaria, cuanto que estaba el puerto de Cartagena cubierto de buques, atraidos de varios

puntos de España por la fama de las riquezas que contenian las provincias, de cuya historia nos estamos ocupando. Algunos aventureros que no reconocian otro Dios que el oro, se arrojaron furiosos sobre los indígenas, sin hacer distincion entre cristianos é idólatras, reduciéndoles á la esclavitud, y hollando con avidez sacrílega hasta los mismos sepulcros. Al ver el obispo que de nada servian sus manifestaciones, sus súplicas y sus lágrimas para contener la sórdida avaricia de aquellos aventureros, apeló á los anatemas de la iglesia, y á la justa indignacion de Cárlos V contra los opresores de su pacífico rebaño. La mortificacion y las fatigas amenazaron en breve la existencia del piadoso obispo, el cual reunió á sus cooperadores para encargarles que perseverasen en la obra de salvacion que habian emprendido: «No temais, les dijo, la cólera de los hombres; pero confiad en el ausilio de Dios que os ha enviado, para que deis á conocer su santo nombre en estas vastas regiones.» Lleno de aquella dulce esperanza, y menos cargado de años que de méritos, se durmió el prelado en el seno de Dios á fines del año 1536. Segun afirma Alfonso de Zamora, fué llorada la muerte del ilustre Tomás Toro por todos los hombres de bien, y sobre todo por los indígenas, obrándose en ella diferentes milagros.

Tan pronto como se supo que la iglesia de Cartagena acababa de quedar sin pastor, solo se pensó en nombrarle otro que pudiese consolarla, recayendo la eleccion en Gerónimo de Loaysa, natural de Trujillo, hijo de D. Alvarez de Carvajal, y de Juana Gonzalez de Paredes. Tomó Gerónimo de Loaysa el hábito de Santo Domingo, hácia el año 1515; haciéndose ya desde un principio notable por su virtud, y luego por su saber, prudencia, acierto y dulzura en la direccion de las almas. Despues de haber hecho profundos estudios en el célebre colegio de San Gregorio de Valladolid, fué nombrado profesor de filosofía y luego de teología en las universidades de Córdoba y Granada. Mas tarde, habiendo obtenido el grado de doctor, se fué á América para enseñar á los indígenas la ciencia de la salvacion, confiándosele al regresar á España, la direccion de varios conventos de su órden. Hallábase de prior en el convento de Carboneros, el año 1537, cuando supo con santo horror que iba á elevársele á la dignidad episcopal; para mejor obligarle á prestar aquel servicio á la nueva iglesia, Cárlos V le ofreció generosamente todo cuanto él creyese que podia necesitar en el alto puesto á que se le destinaba. Hé ahí lo único que pidió el nuevo obispo: 1.°, que el príncipe protegiese á los indígenas, á fin de que fuese mas fácil su conversion; 2.°, que se construyese una catedral en Cartagena, ya que Tomás de Toro no habia podido hacerlo por falta de tiempo y de medios; 3.°, que se edificase un convento para los dominicos, y que se enviasen anualmente de España á las misiones de Cartagena, seis religiosos de aquella órden. Luego de aceptadas estas proposiciones, hizo Gerónimo de Loaysa á Dios el sacrificio de su reposo y de su vida; despues de su consagracion, eligió en diferentes órdenes monásticas, y particularmente en la suya, dignos ministros del evangelio; llevándose así mismo diferentes eclesiásticos seculares de reconocido mérito. Al llegar á su diócesis, señaló á cada uno de los misioneros en Tierra Firme, una parte de territorio, á fin de que las diferentes tribus comprendidas en su jurisdiccion no careciesen de los ausilios espirituales; y para alentar á los demás con su ejemplo, fué Loaysa el primero en consagrarse enteramente á todas las funciones del santo ministerio. Su dulzura, su desinterés y su caridad ardiente, le valieron el respeto y amor de los indígenas, quienes reconocian con placer que solo les predicaba Gerónimo de Loaysa aquello mismo que le veian practicar. En todos los sinsabores que le ocasionaron las circunstancias difíciles que pesaron sobre él, mostró el prelado una paciencia y resignacion verdaderamente evangélicas, sin que dejase por ello de oponerse con energía á todos los desmanes. Cuantas veces le daban los cristianos algun

fundado motivo de queja, procuraba advertirles en secreto que se abstuviesen en lo sucesivo de cometer falta alguna, á fin de que no impidiesen con su mal ejemplo la conversion de los idólatras; y si bien por desgracia no lograba siempre corregir los abusos, evitaba al menos el escándalo y sus funestas consecuencias. Como su prudencia igualaba su firmeza, no habia para él obstáculos que entorpeciesen la propagacion de la fé, ni reveses que bastaren á detenerle en su santo camino; al contrario, cada dia aumentaba el número de los establecimientos piadosos consagrados al servicio de Dios. En el mes de enero del año 1538, consagró su catedral bajo la invocacion de Santa Catalina, mártir. Reunió á todos los misioneros que predicaban el evangelio en la provincia de Cartagena, y á los que se habia llevado de España, á los que prescribió sábias reglas para la disciplina eclesiástica, prohibiendo sobre todo á los limosneros, tanto regulares como seculares, que siguiesen en adelante á los conquistadores, y el que usasen uniforme, ó cualquier otro traje que pudiese ocultar su profanacion; encargándoles por el contrario, que vistiesen siempre el hábito religioso, acertada disposicion que corrigió bastantes abusos. A últimos del año 1539, quedó terminado el convento de S. José, construido á espensas del rey y de la liberalidad de algunos nobles españoles, tomando posesion del mismo el dominico José de Robles, vicario general, junto con los PP. Juan de Avila, Juan de Chaves, Juan de Cea, y otros, plantel glorioso de un sin fin de apóstoles que llevaron la antorcha de la fé de uno á otro ángulo del nuevo reino de Granada, y hasta mucho mas allá de sus estensos límites. Además del de la órden de Predicadores, se construyó en Cartagena otro convento de hermanos menores, quienes fueron los primeros de enseñar en un colegio, fundado con autorizacion de Cárlos V, los principios de la fé, latin, filosofía, teología, leyes y costumbres de España, á los hijos de los caciques y á los de los demás indígenas notables: establecimiento precioso que produjo inmensas ventajas, porque los alumnos formados en él por los dominicanos, contribuyeron mas tarde á la propagacion de la fé en todas las diferentes regiones de América. Como los misioneros procuraban con fruto desarraigar las supersticiones, mejorar las costumbres, y predisponer ó preparar á los neófitos para recibir el bautismo en menos de seis años, fueron numerosas las familias indígenas que renunciaron á las tinieblas de la infidelidad para abrir los ojos á la luz del evangelio. En una palabra, la iglesia de Cartagena, merced á los cuidados del segundo de sus pastores, fué cada vez mas sólida y estensa; el conocimiento, empero, que tenia Gerónimo de Loaysa, de los usos, costumbres, carácter é idioma de los americanos, su esperiencia, su sabiduría, su amor á la paz y los ópimos frutos concedidos por el cielo á su apostolado en casi todos los paises conquistados por los españoles, fué lo que mas contribuyó á que el papa y el emperador le considerasen como el único hombre capaz de establecer el cristianismo y de inducir á la obediencia aquel gran reino que tanto deseaba el emperador conservar. Tratábase de crear un obispado en Lima, y como aprobase el papa la proposicion que le hizo Cárlos V de nombrar para la nueva diócesis á Gerónimo de Loaysa, espidió Paulo III las correspondientes bulas, nombrando al propio tiempo á Francisco Benavides, de la órden de S. Gerónimo, para suceder á Loaysa en la silla de Cartagena.

Entretanto, el evangelio predicado ya en las provincias de Cartagena y Santa Marta, acababa de penetrar tambien en el pais de Cundinamarca, tercer centro de civilizacion que poseia entonces la América.

El llano de Cundinamarca, ó de Bogotá, tenia bastante similitud con la llanura en que está situada la ciudad de Méjico. Colocado á dos mil seis cientos sesenta metros sobre el nivel del mar, circúyenle igualmente altas montañas: el perfecto nivel de su suelo, su constitucion geológica, la forma de los peñascos de Suba y Factotiva, que se levantan como

otros tantos islotes en medio de aquellas inmensas sábanas, parecen indicar en él la existencia de un antiguo lago. El rio de Funzha, llamado comunmente rio de Bogotá, despues de haber reunido las aguas del valle, abrióse paso al través de las montañas situadas al sud-este, y se precipita por un angosto lecho, dentro una grieta que dá en el Magdalena. Si se intentase cerrar aquella abertura, única que hay en el valle de Bogotá, todas aquellas fértiles llanuras irian convirtiéndose insensiblemente en un lago, igual á los demás lagos mejicanos.

Lucas Fernandez-Piedrahita, obispo de Panamá, que escribia en vista los manuscritos de Quesada, Juan de Castellanos, cura de Tanja, y de los franciscanos Antonio Medrano y Pedro Aguado, habla de las tradiciones que habia entre los indígenas muiscas, panchas y nagataimas, cuando los españoles penetraron en las montañas de Cundinamarca.

Al llegar al valle, admiróles en gran manera el contraste que ofrecia la civilizacion de los pueblos de la montaña, con el estado salvaje de las hordas que habitaban las regiones meridionales de Tohé, Mahatés y Santa Marta. En aquel valle, donde el termómetro centígrado estaba casi constantemente de dia entre diez y siete y veinte grados, y de noche, entre ocho y diez, encontraron los españoles á los muiscas, los guanes, los muzos, y los colimas, divididos en cantones, entregados á la agricultura, y vistiendo de telas de algodon mientras que las tribus que iban errando en las llanuras vecinas, casi situadas en el mismo nivel del Océano, estaban embrutecidas, desprovistas de todo, sin industria y sin artes. Grande era la sorpresa que causaba á los europeos el verse trasladados de repente en un suelo mas fértil, en el que los campos ofrecian do quiera ricas espigas de maiz, de *Chenopodium quinoa* (1), y turmas ó patatas.

Entre las diferentes naciones ó tribus d Cundinamarca, la designada por los españole con el nombre de Muisca ó Mosca, parece ha ber sido la mas numerosa.

En los mas remotos tiempos, antes de qu la luna fuese compañera de la tierra, segun l mitología de aquellos indígenas, vivian lo habitantes del valle de Bogotá en la mayo barbarie, pues iban desnudos, no conocian l agricultura, y estaban sin leyes y sin culto Pero de repente apareció entre ellos un ancia no, procedente de las llanuras situadas al est de la cordillera de Chingasa, que parecia d una raza distinta de la de los indígenas, pue tenia una barba larga y poblada. Era aque anciano conocido bajo estos tres nombres: Bo chico, Nemquethebo y Zuhe; como Manco-Capac, enseñó á los hombres á vestirse, á construir sus cabañas, á cultivar las tierras y á vivir en sociedad. Llevó consigo á un muger, á la cual la tradicion le atribuye tam bien tres nombres, á saber: los de Chia, Yu becayqueya y Huytaca; esta muger, dotad de una rara belleza, pero de una perversida escesiva, contrarió á su esposo en todo cuan to emprendió para labrar la dicha de los hom bres. Por medio de su mágia, logró Chia ha cer desbordar las aguas del Funza, é inunda el valle de Bogotá, en cuyo diluvio perecieron los mas de sus habitantes, pudiéndose salva tan solo algunos de ellos, en las cumbres d los montes vecinos. Justamente irritado el an ciano al ver tanta perfidia, arrojó á la hermosa Huytaca lejos de la tierra, y Huytaca, desd entonces convertida en luna, ha continuado iluminando nuestro planeta durante la noche Luego apiadado Bochica de los hombres qu continuaban dispersados en las montañas, hendió con mano robusta las peñas que cierran el valle por la parte de Canaos y de Tequendama para abrir paso á las aguas de lago de Funza, reunió nuevamente á los pue blos en el valle de Bogotá, donde construy

(1) Planta ánua de la familia de las salsolaceas, subórden de las cicloboas, tribu de las quenopodieas, sin brácteas, flores hermafroditas, rara vez femeninas; estambres insertos en el fondo del caliz, y opuestos á las lacinias calicinas, con filamentos filiformes, anteras aovadas, frecuentemente con glándulas harinosas esparcidas: hojas alternas, pecioladas, rara vez sentadas, dilatadas, sinuosas ó dentadas. (N. del Trad.)

ciudades, introdujo el culto del sol, nombró dos gefes, entre los cuales dividió los poderes eclesiástico y civil, retirándose luego al valle santo de Iraca, junto á Tanja, donde vivió bajo el nombre de Yoacanzas, entregado á todos los ejercicios de la mas austera penitencia por espacio de dos mil años.

Esta fábula, que atribuye al fundador del imperio de Zaque el orígen de la cascada de Tequendama, reune un gran número de hechos enteramente iguales á los que se notan en las tradiciones religiosas de diferentes pueblos del antiguo continente. Reconócese en esta fábula el principio del bien y del mal, personificados en el anciano Bochica, y en su muger Huitaca; lo de los remotos tiempos en que la luna aun no existia, recuerda la pretension de los arcadios acerca de la antigüedad de su orígen. Segun ellos, debia ser el astro de la noche considerado como un ser maléfico que aumenta la humedad en la tierra; al paso que Bochica, hijo del Sol, sazona con su calor los frutos, y es el bienhechor de los muiscas, así como el primer inca lo fué de los peruanos. La forma de gobierno que dió Bochica á los habitantes de Bogotá, es muy notable, segun Alejandro de Humboldt, por la analogía que tiene con la forma adoptada en el Japon y el Tibet. Reunian los incas en el Perú los dos poderes civil y eclesiástico, siendo los hijos del Sol á la vez, soberanos y pontífices. En una época muy anterior al reinado de Manco-Capac, habia conferido Bochica en Cundinamarca el cargo de electores á los cuatro gefes de las tribus Gameza, Busbanca, Pesca y Toca; ordenando que despues de su muerte, tuviesen aquellos electores y sus descendientes, el derecho de nombrar el gran sacerdote de Sogamazo. Los pontífices ó lamas, sucesores de Bochica, estaban obligados á observar estrictamente su piedad y sus virtudes; lo que en tiempos de Motezuma era Cholula entre los aztecas, lo llegó á ser Sogamazo entre los muiscas. El pueblo acudia en tropel á ofrecer ricos presentes al gran sacerdote; visitábanse todos los puntos que habian adquirido alguna celebridad por los milagros de Bochica; y hasta en medio de los sangrientos horrores de la guerra, gozaban los peregrinos de la proteccion de los príncipes que la sostenian, pudiendo con toda seguridad recorrer su territorio para dirigirse al santuario (*Mansua*), y postrarse á los piés del lama que en él residia. El gefe civil, llamado Yaque de Tanja, y el pontífice de Sogamazo, residente en el valle de Yraca, eran dos poderes distintos, como lo son en el Japon el dairi y el emperador.

No era tan solo considerado Bochica como fundador de un culto y legislador de los muiscas, si que tambien como símbolo del Sol, que regulaba las estaciones y disponia los cambios atmosféricos. No tenian los muiscas, ni las décadas de los chinos y de los griegos, ni las medias décadas de los mejicanos y de los pueblos de Benin, ni los cortos períodos de nueve dias de los peruanos, ni las ogdoadas de los romanos, ni las semanas de siete dias (*schebuas*) de los hebreos, que encontramos en Egipto y la India: la semana muisca se distinguia de todas las que presenta la historia de la cronología; solo constaba de tres dias. Diez de ellos formaban una lunacion, á la que se daba el nombre de *suna*, (gran via, camino, empedrado, dique) á causa del sacrificio que se celebraba mensualmente durante el plenilunio, en la plaza pública de cada pueblo, á la que conducia una gran via que arrancaba de la casa del gefe de la tribu. Consumábase en ella un sacrificio cuyas bárbaras ceremonias estaban en relacion con ciertas ideas astrológicas, sacrificio que indicaba la apertura de un nuevo ciclo de 185 lunios. Dábase á la víctima humana el nombre de *quichica*, (puerta) por ser su muerte la que debia abrir ó dar principio al siclo; y el de *quesa* (errante, sin hogar), por ser un niño arrancado de la casa paterna. Debia ser la víctima natural de un villorrio situado en las llanuras llamadas hoy dia, Llanos de San Juan, que se estienden desde la pendiente oriental de la cordillera, hasta las orillas del Guaniara; region que acababa de visitar Bochics, símbolo del Sol,

cuando se presentó por primera vez entre los muiscas. El *quesa*, ó sea la víctima, era educado cuidadosamente hasta la edad de diez años, en el templo del Sol, en cuya edad se le hacia salir para visitar los caminos que habia recorrido Bochica, al objeto de instruir el pueblo, y que habia hecho célebres con sus milagros. A la edad de quince años, cuando la víctima tenia un número de sunas igual al que comprende la indiccion del ciclo muisca, se le inmolaba en una de aquellas plazas circulares, en cuyo centro se levantaba una alta columna que servia sin duda para medir la longitud de las sombras equinocciales ó solsticiales, é indicar las veces que pasaba el Sol por el cénit. Conducíase á la víctima en procesion hasta aquella columna, en la que iban los sacerdotes (*jeque*) enmascarados, como los sacerdotes egipcios; unos representaban á Bochica, que es el Osiris ó el Mitras de Bogotá, y al cual se atribuyen tres cabezas, porque, semejante al Trimourti de los indos, reunia tres personas que no formaban mas que una sola divinidad; otros llevaban los emblemas de Hecythaca, esposa de Bochica, Isis ó luna; otros llevaban máscaras que tenian la forma de ranas, para representar el primer signo del año; y finalmente, habia otros que representaban al mónstruo Fomagata, símbolo del mal, figurando tener solo un ojo, cuatro orejas, y una larga cola; aquel mal espíritu, aparecia en los aires, como un cometa, entre Tanja y Sogamazo, y trasformaba á los hombres, segun los indígenas, en serpientes, lagartos y tigres. Una vez atada la víctima en la columna, se le arrojaba una nube de flechas, y luego se le arrancaba el corazon para ofrecerle al Sol, ó lo que era lo mismo, á Bochica; recogiéndose en vasos sagrados la sangre de la víctima.

La influencia benéfica del cristianismo iba al fin á modificar aquella semi-civilizacion, manchada por tan abominables sacrificios.

El dia 5 de abril del año 1536, partió de Santa Marta Gonzalo Gimenez de Quesada, acompañado de los religiosos de la órden de Predicadores, Domingo de Las Casas y Pedro Zambrano, así como tambien de dos eclesiásticos, llamado uno de ellos Juan de Legaspes. Despues de ocho meses de contínuas privaciones y fatigas, llegó aquella cohorte evangélica á una altura, desde la cual descubrió una region poblada y rica, cuyos habitantes acogieron á los españoles como amigos. En el mes de enero del año 1537, encontraron los misioneros otro pueblo, llamado Chipata, que no se mostró menos dispuesto á acoger con benevolencia á los cristianos; en él hizo Domingo de Las Casas levantar una cruz y construir un altar, siendo su misa la primera que se celebró en aquel pais, donde los españoles edificaron despues la ciudad de Velez. Solo quedaban ya ciento sesenta y seis europeos y aun habia entre ellos algunos enfermos que tuvieron que ser conducidos á Santa Marta cuando llegó la espedicion á una tribu, que llevaba por nombre Ubaza; el P. Domingo de Las Casas, era casi el único misionero que podia aun continuar prestando sus servicios á la pequeña cohorte española, puesto que el P. Zambrano y algunos eclesiásticos mas, se habian visto obligados, junto con algunos oficiales, á dirigirse al Perú. Los naturales informaron á los espedicionarios de que habia á no muy larga distancia el rey de los muiscas, nacion entonces dueña del valle de Cundinamarca, al cual los cippas ó príncipes de Bogotá, pagaban un tributo anual. Deseosos de verle, prosiguieron los conquistadores su camino, llegando á Guacheta el dia de S. Gregorio el Grande, lo que hizo que el P. Domingo de Las Casas, que estableció allí un colegio de instruccion, dióse á aquella tribu el nombre de S. Gregorio. Veíase desde una altura inmediata una gran poblacion, en la que fueron los españoles recibidos con entusiasmo, oyendo que por primera vez se les llamaba hijos del Sol, título que consideraban los indígenas deber serles tanto mas grato, cuanto que era para ellos el sol objeto de adoracion. Persuadidos de que les enviaba el astro á sus hijos para castigar sus faltas, se apresuraron á ofre-



cerles sacrificios para aplacar su justa cólera; habian sido sacrificadas ya un gran número de inocentes víctimas, cuando llegó á noticia de los españoles su funesto designio. La malicia ó ignorancia de sus sacerdotes habia arraigado de tal modo la creencia de que era la inmolacion de aquellas inocentes criaturas sumamente agradable á su Dios, que con frecuencia arrojaban los indigenas un gran número de niños desde lo alto de una roca, á fin, decian, de que pudiesen servir al sol de alimento. Tal fué el primer espectáculo que aquellos indígenas ofrecieron á los españoles, á quienes hicieron estremecer de horror; á las señales que hicieron para contener aquel bárbaro sacrificio, y al entusiasmo y ternura con que todos los cristianos fueron á recojer y acariciar los dos niños que quedaban en vida, conocieron los indios sus sentimientos de humanidad. Luego que pudieron hacerse oir, declaró Domingo de Las Casas á los idólatras, por medio de sus intérpretes, que los españoles eran hombres como ellos, hijos, no de un astro inanimado, sino del Sol de justicia, Jesucristo, del que iban á hacerles conocer el nombre y la religion, única capaz de procurarles una vida eternamente dichosa. Al propio tiempo, procuró el celoso misionero bautizar á las criaturitas que aun respiraban despues del horrendo sacrificio que acababan de presenciar, empleando de ese modo el crímen de los padres en bien de la salvacion de sus hijos (Pl. LIII, n.º 1). Hizo Dios tan espresiva y fecunda la palabra del dominico, que no tardó el pueblo de Guacheta en renunciar á la idolatría, y en permitir que se alzára el lábaro santo de la cruz en el templo mismo del sol, despues de haber sido purificado. El misionero que veia la abundante cosecha que habia de producir aquel nuevo campo del Señor, deseaba ardientemente permanecer allí algun tiempo mas para terminar su obra regeneradora; pero obligado á seguir á los conquistadores, tuvo que limitarse á encargar á los indígenas que conservasen cuidadosamente el signo de salvacion que les dejaba, y del que les esplicaria en otra ocasion el misterio y la virtud. Los naturales se lo prometieron formalmente, y hasta cumplieron su promesa, puesto que los misioneros que fueron mas tarde á catequizarles, encontraron todavía la cruz en el mismo sitio, habiendo sido levantado aquel símbolo, les dijeron, por un hijo del sol que habia pasado por allí con algunos otros. Entretanto los españoles llegaron á Suezusca, y venciendo luego cuantos obstáculos les fueron opuestos, avanzaron hasta Chia, cuyo cacique les recibió como amigos; aprovechando los cristianos la buena acogida que se les dispensaba, celebraron con toda la solemnidad posible las fiestas de la semana santa, siendo tales sus ejercicios de piedad, que edificaron á los indígenas de diferentes tribus. Los primeros en convertirse, fueron los que desde Santa Marta acompañaban á Domingo de Las Casas para servirle de intérprete cerca de los habitantes de Chia; hé ahí como empezaron en aquel pais los progresos del cristianismo. El cacique de Suba, que seguido de una numerosa comitiva, habia acudido llevando ramos de flores en señal de paz, pidió que los españoles á su vez fuesen á visitarle, aceptando estos con gusto aquella invitacion inesperada, que habia de procurar al que lo hacia tan dulces consuelos. Atacado el cacique de una enfermedad mortal el dia mismo que llegaron los cristianos, fué instruido y bautizado por Domingo de Las Casas, y muriendo poco tiempo despues de haber abierto los ojos á la luz de la fé, fué enterrado con todas las imponentes ceremonias de la iglesia. El ejemplo de su conversion y los honores fúnebres de que fué el cacique objeto, produjeron en toda la tribu el mas brillante resultado. En el mes de abril del año 1537, esto es, un año despues de haber salido de Santa Marta, entraron los españoles en Bogotá, sin haber esperimentado resistencia alguna, merced á la fuga del gefe ó cippa que habia de oponérsela; irritados los habitantes á causa de su partida y de la devastacion de sus templos, á penas atendieron á Domingo de Las Casas, que no cesaba de hablarles de la impotencia de sus ídolos y de la santidad del

cristianismo. Por otra parte, tampoco habian tenido los misioneros tiempo bastante para cristianizar aquellos pueblos, obligados como estaban á seguir á los españoles en sus nuevas espediciones hácia Tunja, donde los conquistadores se apoderaron de Quimuinchateca, zague ó rey de los muiscas. Desde Tunja, residencia del gefe de la nacion, marcharon sobre Sogamazo, situada en el valle de Graca, ciudad que habitaba el gran sacerdote; los indígenas en su turbacion, fuese por respeto á su falsa divinidad, ó bien porque juzgasen que les faltaria tiempo para ello, no quitaron ni un solo adorno de los muchos que habia en el templo del Sol. Los españoles penetraron en él resueltos á reducirle á escombros despues de haberle saqueado; pero, segun Touron, « el resplandor de tantas riquezas cegó su espíritu mas bien que sus ojos, y se pegó en el fuego casi antes de que lograsen sacar cosa alguna. Los adornos interiores y las demás materias de combustibles, y la voracidad de las llamas aumentada por la violencia del viento, hicieron que en breve se convirtiese el templo en un mar de fuego, que solo podia compararse con el mas terrible de todos los volcanes, estendiéndose el resplandor y los torbellinos sobre toda la ciudad y su campiña. Han asegurado diferentes historiadores haberse conservado el fuego durante cinco años entre los escombros de aquel vasto templo; lo que si es indudable, que fué el incendio casi tan sentido por los indios como por los españoles, por llorar unos amargamente la ruina de su templo, y por verse los otros privados de las inmensas riquezas que aquel contenia. Por mas famosos que fuesen los templos del sol en Bogotá y Guacheta, el de la luna en Chia, y todos los de los demás ídolos que levantó la ciega credulidad de aquellos pueblos, todos los historiadores están conformes en que ninguno igualaba al de Sogamazo en celebridad, gusto y riqueza. Todo empero fué devorado por las llamas, ni un solo objeto de los que por tanto tiempo contribuyeron á aumentar la credulidad y los horrores del paganismo en aquellos pueblos bárbaros, pudo librarse del voraz incendio. » Sabedor Quesada del punto en que se hallaba el cippa de Bogotá con todos sus tesoros, trató de apoderarse de él, pero habiendo sucumbido el príncipe á los pocos dias, Saquesa, su sucesor, se unió con los españoles, quienes le protegieron contra los panchas. La religion hizo entonces entre los indígenas rápidos progresos; habríase dicho que las chispas del fuego que abrasaba á Domingo de Las Casas inflamaban el corazon de los naturales, tan vivo era el deseo que estos mostraban de instruirse en la fé y de recibir las aguas del bautismo. Para avivar mas aquel buen deseo, resolvieron los españoles fundar cerca de Bogotá una nueva ciudad, á la que dieron el nombre de Santa Fé, la cual hizo edificar Quesada entre dos montañas para preservarla de los huracanes del este, y por calcular que en el caso de que se convirtiese en plaza de guerra, podria ser mas fácilmente fortificada. Es la ciudad de Santa Fé (Pl. LIII, n.° 2), abundante en aguas cristalinas, pero la escesiva humedad de su clima y los contínuos temblores de tierra que se esperimentan en ella, contribuyeron á hacer poco apetecible su morada. Durante su construccion, se vió á los naturales trabajar con el mismo ardor que los antiguos cristianos para edificar la iglesia, cuya bendicion se verificó con mucha pompa, en 6 de agosto del año 1538, dia de la Trasfiguracion, y en la que Domingo de Las Casas celebró por primera vez los santos misterios. Mientras que Quesada, acompañado del sacerdote Juan de Legaspes, emprendia nuevas espediciones, el piadoso dominico, pastor de la iglesia de Santa Fé, no solo se ocupaba en adornar aquel templo material, sin que tambien en crear templos vivientes para el Espíritu Santo. Nada era tan grato á su corazon paternal como la sencillez, piedad y modestia de los convertidos, á quienes con razon llamaba sus nuevos hijos; enteramente libres de las ilusiones de la idolatría, poseidos de la verdadera luz de la fé, despues de haber estado tanto tiempo sumidos en las tinieblas, y gozando de una libertad dulcísima,

despues de haber sufrido la horrible esclavitud del demonio, solo deseaban aquellos nuevos hombres cantar las alabanzas del Señor. De este modo empezó la iglesia de Santa Fé de Bogotá, que en breve llegó á ser la mas floreciente, y puede decirse, la metrópoli de todas las iglesias del nuevo reino de Granada. Debióse así mismo á Domingo de Las Casas y á Juan de Legaspes, el no haber estallado una guerra civil entre los conquistadores, puesto que Sebastian Benalcazar, acompañado de un religioso mercenario, habia avanzado ya hasta el reino de Bogotá, mientras que Nicolás de Fedreman marchaba tambien resuelto sobre el mismo reino para disputar á Quesada su rico patrimonio. Pero los tres misioneros, verdaderos apóstoles de paz, lograron, al nombre de Jesucristo y al del rey de España, evitar la efusion de sangre, y decidir á los tres capitanes á que se fuesen á Europa, para hacer presente al soberano las pretensiones que abrigaban. El dia 8 de julio del año 1539, Domingo de Las Casas se embarcó con ellos en Cartagena; su primer cuidado al llegar á Sevilla, fué esponer al consejo de Indias el estado de la religion en el nuevo reino de Granada, y escribir al maestro general de su Órden, Agustin Bemperat, para que enviasen á él nuevos misioneros. Luego se retiró Las Casas al convento de S. Pablo, donde murió santamente cinco años despues á consecuencia de las fatigas que sufrió durante su vida apostólica. Para que los intereses de la religion y del rey, no sufriesen menoscabo durante la ausencia de Quesada y del P. Domingo de Las Casas, confió por una parte la audiencia de Santo Domingo á Gerónimo Lebron el gobierno civil de aquel reino; y por otra, el obispo de Santa Marta designó á diferentes religiosos dominicanos y sacerdotes seculares, á cuyo frente puso á su vicario general Pedro Garcia Matamoros, á fin de que velasen por los intereses de la fé. Llegaron los nuevos misioneros á mediados del año 1540 á la ciudad de Veles, sobreviniendo á poco de su llegada un conflicto entre Lebron y el hermano del capitan Quesada, á quien este habia dejado en Santa Fé de Bogotá, encargado del mando durante su ausencia; pero los misioneros Pedro Duran y Juan de Montemayor, evitaron con su prudencia un rompimiento que no habria dejado de tener graves consecuencias. Luego de restituida la calma, por haber regresado á Santa Marta el licenciado Lebron, se entregaron los dominicos á la evangelizacion de los pueblos; el P. Juan de Lescanes, fué encargado de la cura de almas de Veles, y el P. Pedro Duran de la numerosa tribu de Ramiriqui, nombrándosele como adjunto al P. Juan de Montemayor, para que se dedicasen de consuno á la conversion de los idólatras, particularmente en Tunja y sus alrededores. Hallábase Juan Verdoso al frente de la parroquia de Santa Fé, habiendo sido reemplazado por el P. Juan de Aurres, en 20 de setiembre del año 1540; mientras que el P. Juan Mendez, su compañero en el apostolado, purificaba y bendecia el gran templo en que los cippas de Bogotá ofrecian poco antes sus horrendos sacrificios, convirtiéndolo en su primera iglesia y punto de partida de sus escursiones para el valle.

En los dias señalados, Juan de Aurres, y Juan Medez reunian sus neófitos, el uno en la nueva iglesia, que era vastísima, y el otro en la plaza de Santa Fé, donde despues de una corta y tierna plática, se les enseñaba el catecismo; luego lo preguntaban á algunos indígenas, y los que contestaban mejor, recibian en recompensa una pequeña cruz que conservaban cuidadosamente, la cual volvian á presentar en la próxima reunion para mejor demostrar los nuevos adelantos que habian hecho desde la últimamente celebrada. Entonces se les hacian las mismas preguntas, y solo en el caso de contestar satisfactoriamente, se les dirigian otras; se vigilaba su conducta, y cuando no podia dudarse de sus buenas costumbres, se les administraba el bautismo, siendo apadrinados por españoles que se encargaban de continuar instruyéndoles, sin que los nuevos cristianos quedasen por ellos dispensados de asistir á la oracion, á los puntos

doctrinales, ni á ninguna de las demás prácticas que les estaban prescritas. El método seguido por aquellos dos celosos misioneros en el reino de Bogotá, fué tambien adoptado por Juan de Lescanes, Pedro Duran, y Juan de Monte-Mayor en el reino de Tunja. Convencidos estos últimos, de que la conversion del jaque y del gran sacerdote daria por resultado la de todos sus súbditos, hicieron todos los esfuerzos posibles para alcanzarla, teniendo Pedro Duran el dulce consuelo de regenerar por medio del agua bautismal á aquellos dos ilustres neófitos. El jaque, que luego quiso casarse segun las leyes de la Iglesia, invitó con este motivo á un gran número de gefes indígenas, cuya reunion alarmó de tal manera á Perez de Quesada, por considerar que fraguaban algun plan de revuelta, que dictó contra ellos injustas medidas de rigor. El gran sacerdote, al que se dió el nombre de Alfonso, fué el instrumento de las misericordias divinas; puesto que, debidamente instruido en los misterios del cristianismo, catequizó á los demás sacrificadores, que le consideraban como oráculo, y así como habia sido celoso por la idolatría, fué despues activo por lograr la propagacion de la fé. Vivió aun muchos años, muriendo cristianamente al fin en Sogamazo, y siendo sepultado en la iglesia de los franciscanos. Si grandes fueron los triunfos cristianos que alcanzó Pedro Duran, no lo fueron menos los que obtuvo Juan de Monte-Mayor en la tribu de Boyaco; entre los ídolos que logró destruir aquel celoso misionero, habia el famoso ídolo de Bochica, que tenia tres caras de hombre: la celebridad de los sacrificios que se le hacian, y á los que asistian con tanta veneracion los pueblos, indujeron al misionero á preguntar á los indígenas, que era lo que se proponian al presentar sus votos y víctimas á una estátua que era de frágil barro. Contestáronle los idólatras que, inseguian una antigua tradicion trasmitida de padres á hijos, segun la cual era aquella estátua el verdádero Dios, creador de todas las cosas; y que aunque tuviese tres caras, no era mas que un solo Dios, no teniendo mas que un espíritu, un corazon, y una voluntad. El misionero les dijo entonces, lo mismo que en otro tiempo habia dicho S. Pablo á los atenienses: «Pues yo vengo á anunciaros al mismo Dios que adorais sin conocerle. Esa estátua no es mas que obra de hombres, y es por lo tanto una impiedad adorarla; sin embargo, ella representa á la debilidad de vuestro espíritu, lo que no os es dado comprender ni ver en esta vida, esto es: un espíritu purísimo, increado, eterno, invisible, el Ser Supremo y único omnipotente, que no tiene principio ni fin.» Esplicóles lo que nos enseña la fé con respecto á la unidad de la esencia divina, y á la trinidad de las personas, sin que tal vez ningun discurso religioso haya sido nunca escuchado con mas satisfaccion ni entusiasmo. Si se avergonzaban los indígenas de haber adorado por tanto tiempo una estátua de barro, sentian por otra parte el placer de que hubiese alguna analogía entre la doctrina del misionero y las confusas ideas que ellos tenian de su Dios. Su docilidad, y la prudencia del misionero de Jesucristo, hicieron que en breve triunfase el cristianismo de todas las supersticiones que se oponian á su marcha civilizadora. Así que, no solo fué sumamente fácil destruir el ídolo, si que tambien persuadir á los indígenas de todas estas verdades de nuestra religion: la unidad de Dios; la trinidad de las personas, la encarnacion del Verbo, la mediacion de Jesucristo, su muerte, su resurreccion por salvar á los hombres, la eficacia de su gracia, y de los sacramentos que ha instituido para hacernos mas estensivo el precio de su sangre. El pueblo de Boyca abrazó desde entonces el cristianismo, siendo muchos los indígenas que merecieron en poco tiempo la gracia de ser bautizados; construyóse una Iglesia parroquial, que Juan de Monte-Mayor dedicó á la santísima Trinidad, y á cuyo frente estuvieron los dominicos, basta el año 1645. Era tal la piedad de los indígenas, que entraban en la iglesia al amanecer, y permanecian muchas veces en ella todo el dia, particularmente el miércoles de Ceniza y el domingo de Ramos,

entregándose con el mayor placer por espacio de tantos dias á todas las prácticas de piedad. La obra de Dios continuaba adelantando de un modo admirable, cuando en el año 1542 llegó una infinidad de misioneros con Alfonso Luis de Lugo, nombrado gobernador de una gran parte de los paises conquistados. En breve se distinguieron entre aquellos nuevos apóstoles, los dominicos Antonio de la Penna, y Lopez de Acuna, los cuales habiendo estado cerca de dos años en el convento de San Pablo en Sevilla, con el P. Domingo de Las Casas, sabian por él todo el bien que podia hacerse en América, y lo que es mas, el modo como debia este operarse.

Tambien en otro punto de la América meridional, ó sea en las orillas del Rio de la Plata, combatian ya los franciscanos á la idolatría con las luces de la fé, de resultas de haber intentado algunos españoles apoderarse de aquel pais. Para sostener sus heróicos esfuerzos, envió Cárlos V á Alfonso de Cabrera y á Lopez de Aquin con tres buques, en los que se embarcaron tambien seis franciscanos de la Observancia regular, encargados de dar á conocer la ley de Jesucristo á los pueblos que se pretendia someter á la corona de España. Hé ahí lo que escribia Fr. Bernardino, superior de aquellos misioneros, el dia 1.° de mayo de 1538, desde el puerto de San Francisco, á Juan Bernal Diez de Lugo, miembro del consejo de Indias establecido en Sevilla: «Hemos llegado felizmente á la embocadura del Rio de la Plata, gracias á la proteccion de Dios. Por tres veces hemos procurado entrar en el para seguir adelante, y otras tantas hemos tenido que retroceder rechazados por la fuerza del viento; viéndonos al fin obligados á detenernos en el puerto de San Francisco, llamado anteriormente puerto de Don Rodriguez. Hemos encontrado en él, tres cristianos que nos sirven de intérpretes, por poseer perfectamente la lengua del pais; nos han dicho que tres años antes, un indio llamado Etiguara, habia recorrido mas de doscientas leguas de territorio para anunciar á los indígenas, que en breve verian un gran número de verdaderos cristianos, hermanos de los discípulos del apóstol Santo Tomás, los cuales les administrarian el bautismo: encargándoles al propio tiempo que recibiesen dignamente á aquellos santos varones. Fueron las palabras de aquel profeta tan religiosamente escuchadas, que todos nuestros hermanos han encontrado desde entonces entre aquellos pueblos, la mas benévola acogida. Tambien les enseñó aquel algunos cantos, en los que se previene de un modo particular la observancia de los preceptos de la ley de Dios. Aquel hombre notable dejó algunos discípulos que han demostrado causarles nuestra vista un placer vivísimo, y que procuran complacernos en todo; estamos tan ocupados en administrar el bautismo, que no podemos dedicarnos á otra cosa, sin que tiempo nos quede siquiera para descansar. Estos salvajes se contentan fácilmente con una muger, y hasta consienten en no casarse con las que sean parientes en los grados prevenidos por la Iglesia, por habérselo así ordenado su profeta; los mas ancianos de entre ellos, son los que con mas ardor abrazan nuestra fé; hay algunos que pasan de cien años, encargados de enseñar á los demás todo lo que ellos han aprendido de nosotros. Son tan grandes las maravillas que Dios se ha dignado obrar en este pueblo, que es imposible esplicarlas; así que, os suplico por el amor inmenso con que procuró Jesucristo la salvacion de los hombres cuyo número es aquí tan infinito, no descuideis los medios que pueden contribuir á salvarles, haciendo de modo que el rey y los consejeros, vuestros colegas, nos envien al menos doce de nuestros hermanos de la provincia de Andalucía, y de la de los Angeles, al objeto de ejercer el apostolado en estas regiones. Así mismo seria necesario que nos enviasen algunos labradores y artesanos de toda clase, paraque ejerciesen aquí sus respectivos oficios; su cooperacion seria mucho mas útil que la de los soldados, siendo como es mas fácil atraer á estos salvajes por medio de la dulzura que por medio de la fuerza; no

dudo que si se les exaspera nos maltratarán, puesto que á pesar de su natural bondad, tienen un carácter vivo y belicoso. Aunque no somos mas que cinco, hemos conquistado ya, por la proteccion del cielo, toda esta vasta provincia, sin emplear mas armas que las de la palabra divina, y aun creo habremos prolongado de mas de ochenta leguas el teatro de nuestras conquistas, cuando recibais esta carta; ya veis si está dispuesto este pobre pueblo á recibir la luz de la fé. Por lo tanto, os repito, que tanto vos como vuestros colegas, no perdais la ocasion que se os presenta, para contribuir al cumplimiento de una grande obra; haced por el contrario lo posible para llevarla felizmente á término, si no quereis que os pida Dios un dia estrecha cuenta. Los hermanos que nos envieis, deberán desembarcar en el puerto de Don Rodriguez, ó en la isla de Santa Catalina, donde encontrarán ya á algunos de nuestros misioneros, encargados de procurarles todo lo necesario. En este pais es el aire purísimo, lo que hace que viva el hombre en él sano, robusto, y hasta á la edad mas avanzada; ofrece además muchas comodidades, y sobre todo, la facilidad de ganar almas para el cielo, que es la principal circunstancia para un corazon verdaderamente cristiano. He dado á esta provincia el sagrado nombre de Jesus, por ser su virtud la que obra en ella los grandes prodigios que cada dia estamos presenciando.»

CAPÍTULO XL.

Continuacion de las misiones de los PP. Dominicos y Franciscanos en la America del norte.

El órden de los hechos nos obliga aquí á dejar la parte meridional de la América, para dirigirnos á la del septentrion.

Los principales apóstoles del Mechoacan, cuyo cacique condenado al fuego, fué libertado por un misionero (Pl. LIV, n.° 1.), fueron los franciscanos Martin de Jesus, Angel de Saliceta, Gerónimo, Juan de Badia, Miguel de Bolonia y Juan de Padilla, quienes edificaron en él un convento dedicado á Sta. Ana, y luego algunos otros que formaron en el año 1535 una custodia, sometida en un principio á la provincia del Santo Evangelio de Méjico, y erigida el año 1561, en provincia separada, bajo el título ó nombre de San Pedro y San Pablo.

En el año 1535, se confirió por primera vez el vireinato de Nueva España, á Antonio de Mendoza, cuyo virey invitó al año siguiente á los obispos de Santo Domingo, Tlascala, y Méjico, á que se reuniesen para fallar sobre una cuestion muy debatida. Hé ahí la causa que la promovió. Los hermanos ó frailes menores de la provincia del Santo Evangelio, que tuvo sucesivamente por ministros á Garcia de Cisneros y á Antonio de Ciudad Rodrigo, eran en número de sesenta; y como desde la llegada de los doce primeros religiosos en el año 1524, hasta el año 1539, recibieron el bautismo siete millones de indígenas, era imposible, por falta de misioneros, que hubiese podido administrárseles aquel sacramento con todas las ceremonias que prescribe el Ritual romano. Se reunia á los neófitos en una gran plaza, y se les dividia en tres clases, una de niños, otra de mugeres y otra de hombres; se empezaba por los niños, de los cuales se bautizaba á tres ó cuatro con todas las ceremonias que exige aquel sacramento; limitándose con respecto á los demás, á procurarles el agua que es la esencia del bautismo. Lo propio se practicaba acerca de los hombres y mugeres, dando el mismo nombre á todos los individuos de cada sexo; y á pesar de suprimirse por este medio la mayor parte de las ceremonias, se pasaba todo el dia administrando el bautismo, por presentarse sin cesar nuevos grupos que debian recibirle; los sacerdotes empleaban tan pronto el brazo derecho como el izquierdo, hasta que acababa por rendirles enteramente el contínuo movimiento que hacian. Semejante costumbre, aunque exigida por la necesidad, tuvo sus impugnadores. Reunidos los tres obispos, establecieron un reglamento, que por de pronto





satisfizo á todos; pero aunque sometida luego aquella misma cuestion, á las universidades de Salamanca y de Alcalá, no pudo ser decidida mas que por la bula de 1.° de junio del año 1537, en la cual declaró el papa, que, los que habian administrado el bautismo sin las ceremonias acostumbradas, no habian pecado, por exigir las circunstancias aquella omision; mandando empero, que, escepto en caso de necesidad, se practicasen en lo sucesivo las ceremonias prescritas. Tambien se declaraba en la propia bula, que, todos los indígenas que hubiesen vivido con diferentes mugeres, debian casarse con la primera de ellas, caso de recordar cual era; pero que sino lo tenian presente, podian conservar la que prefiriesen entre todas las demás, aunque fuese pariente en tercer grado.

Otra era tambien la cuestion que ocupaba al propio tiempo los ánimos, si bien, que, mas que cuestion religiosa, era de interés material. Pretendian algunos, que, atendido el estado de su ignorancia, debian ser los indígenas considerados indignos de recibir los sacramentos (1), al paso que sostenian los mas, y entre ellos todos los misioneros, que era el carácter de los naturales dulce y benévolo, y por lo tanto merecedores de recibir cuanto antes la luz de la fé. Como en todos los casos en que se trataba de los pobres salvages, fué Las Casas, uno de sus mas ardientes defensores. Todos los hombres, decia, civilizados ó salvages, deben conocer á Dios, porque todos son igualmente objeto de la misericordia divina. No menos celosos se mostraron Julian Garcés, obispo de Tlascala, y Domingo de Betanzos, provincial de la órden de Predicadores, los cuales elevaron un escrito al papa, esponiéndole las costumbres, carácter y culto de los indígenas, para demostrar que se hallaban aquellos pueblos en estado de comprender las verdades del cristianismo. Solo citarémos un hecho, decian, entre los muchos que hemos presenciado, que probará por sí solo cuan grande es entre algunos de estos naturales, el poder de la gracia, cuando de salvages les ha trasformado en ángeles de luz. Habia entre las jóvenes nuevamente bautizadas, una, no menos notable por su talento y modestia, que por su belleza; prendado de ella un jóven indígena de la misma edad, no cesaba de importunarla para que correspondiese á su cariño, pero escudada la nueva cristiana con la religion que profesaba, supo mostrarse insensible á las súplicas y amenazas de su seductor. Cierto dia que logró este sorprenderla en un sitio donde no podia esperar la jóven ningun socorro humano, apeló con fervor á la proteccion del cielo, y dirigió estas sencillas palabras al que para triunfar de su virtud, iba á emplear la violencia. « ¿No eres cristiano? ¿Cómo te atreves pues á intentar lo que Jesucristo prohibe? » Estas palabras, en boca de la vírgen cristiana, produjeron en su seductor el efecto del rayo. (Pl. LIV, n.° 2.) Mudo é inmóvil, solo volvió en sí el indígena para confesar su crímen, arrepentirse de él y prometer corregirse en lo sucesivo; siendo su promesa religiosamente cumplida. El obispo de Tlascala y Domingo de Betanzos, enviaron su célebre carta latina á Paulo III, por conducto del P. Bernardo de Minaya, prior de los religiosos de Santo Domingo, quien debia de viva voz completar sus informes para mejor pro-

(1) Afirman gravemente algunos autores estrangeros, que los españoles juzgaron á los indios incapaces de recibir la sagrada Eucaristía, con el objeto de sugetarles á la esclavitud y despojarles de sus bienes, continuando en su propósito por espacio de dos siglos. Tanta impostura y mala fé, queda desvanecida con la simple lectura de esta historia de la civilizacion, llevada por los españoles á la América. El celo y cuidado pastoral que constantemente tuvieron los religiosos, que en gran número, mandó España á aquellas remotas regiones, han patentizado al mundo la notoria falsedad de envidiosos estrangeros. Desde los primeros tiempos de la conquista, fueron admitidos los indios á la participacion del sacramento del altar; levantáronse templos y se celebraron fiestas, y no perdonaron los sacerdotes españoles, ni fatigas ni trabajos, recorriendo caminos escabrosos, á fin de administrar el viático al mas pobre é infeliz indio. Por testimonio de sujetos que vivieron muchos años en aquellas regiones, sabemos que los guaranies, esto es, uno de aquellos pueblos que fueron tenidos como los de mayor incapacidad, celebraban la fiesta llamada del *Corpus Domini*, con una piedad capaz de causar maravilla y ternura á los mismos europeos, y con señales de una fé tan viva, como puedan verse en cualquiera otra nacion del mundo. (Nota del Traductor.)

bar que eran los americanos, seres dotados de razon, y por lo mismo dignos de recibir el bautismo. Despues de haber visto el pontífice romano los fundados motivos en que se apoyaban, el obispo, el provincial y su delegado, declaró por medio del decreto de 2 de junio del año 1537, que los indígenas de América eran considerados hombres dignos de recibir la fé cristiana, y todos los sacramentos de la Iglesia; que no podia privárseles de su libertad ni de sus bienes, por mas que se intentase probar lo contrario. « Algunos satélites del espíritu del mal, dice el papa, impulsados por el deseo desenfrenado de satisfacer su codicia y todas sus malas pasiones, se atreven á afirmar cada dia que los indios orientales y occidentales, y algunas otras naciones de las que se nos ha hablado en estos últimos tiempos, deben ser tratados como bestias de carga, fundados en que son incapaces de recibir y profesar nuestra santa religion; Nos, que aunque indignos, ocupamos el lugar de Dios en la tierra, y que empleamos todos los medios que están á nuestro alcance, para encontrar las ovejas descarriadas, al objeto de conducirlas á su redil, cumpliendo, al obrar así, con el deber que nos ha sido impuesto; informados de que los indios, no solo se hallan en estado de abrazar la fé de Jesucristo, sino que desean ardientemente recibirla; queriendo remediar los abusos que nos han sido denunciados, en virtud de nuestra autoridad apostólica, declaramos con las presentes, que los referidos indios, y todos los demás pueblos que se descubran en lo sucesivo, aunque desconozcan la fé de Jesucristo, no son ni deben ser por esto privados de su libertad ni de la propiedad de sus bienes, ó reducidos á esclavitud; y que solo por medio de la predicacion del evangelio, y por el ejemplo de una vida llena de virtudes, debe atraérseles y decidírseles á recibir nuestra santa religion. En su consecuencia mandamos: que todo lo que sea contrario á esta nuestra resolucion, sea considerado como nulo y de ningun valor. »

Desde Méjico, se dirigió Las Casas, en el año 1536 á evangelizar la provincia de Nicaragua y las comarcas vecinas, despues de haberse puesto de acuerdo con el obispo Diego Alvarez Osorio; pero como el gobernador de ella se propusiese tambien recorrerlas con algunas fuerzas, el misionero, que estaba debidamente autorizado para ello, se opuso con resolucion, declarando que solo él estaba encargado por el rey de España, de descubrir el interior de aquel pais para predicar la fé. El modo tierno con que Las Casas habló de los indígenas, causó tan viva espresion en el ánimo de los españoles, que en breve llegó á quedarse el gobernador casi solo; pero, habiendo muerto el obispo durante aquellas contiendas, escribió el gobernador á España, diciendo que era el protector de los indios un sedicioso, por lo que tuvo este que dirigirse á Europa para defender con mas constancia y mejor éxito la causa de sus hijos adoptivos.

Reinaba entre Las Casas y el virey de Méjico la amistad mas íntima, por ser tan apacible y benéfico el carácter de Antonio de Mendoza, y tal el efecto que profesaba á los indígenas, que con razon le daban el nombre de protector y padre. Cárlos V le habia encargado muy particularmente que hiciese adelantar en aquel pais las letras y las artes; así que, el colegio anexo al primer convento de S. Francisco de Méjico, en el que prestó Pedro de Gante tan grandes servicios, secundado por Arnoldo de Basacio, profesor de gramática, fué luego insuficiente para contener á la multitud de alumnos que acudieron de todos los puntos del reino. Fundó entonces Mendoza un segundo colegio, al que dió el nombre de Santa Cruz, cerca de otro convento, llamado de Santiago, del que fué su guardian nombrado director, destinándole no solo para los hijos de Méjico, sino para los de todo el reino, sin que tardasen mucho en salir de él discípulos distinguidos, que prestaron á la religion y á la patria eminentes servicios.

Dócil á los consejos de Las Casas, que volvió de España á Méjico en el año 1537, no

confió Mendoza ya mas que á los misioneros el descubrimiento de nuevos paises; por lo que Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, ministro de la provincia franciscana del Sto. Evangelio, comisionó á seis de sus religiosos para esplorar las provincias marítimas del lado del norte, donde recogieron en dos años abundantes frutos en la conversion.

Habiendo dispuesto Cortés algunos buques para descubrir las costas del mar del Sud, Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, dispuso que pasasen á su bordo tres misioneros, pero como viesen los españoles luego que eran aquellas comarcas de escasa poblacion é importancia, volvieron atrás conduciendo á los tres religiosos, por no ser á estos posible continuar, sin el apoyo de sus compatricios, sus tareas evangélicas en aquel pais vírgen, donde no habia penetrado aun hasta entonces la voz dulcísima de la religion. No menos afligido Fr. Antonio al ver que no habian podido sus hermanos seguir adelante, trató de mandar á dos de ellos por tierra, á fin de ver si podian así mas fácilmente lograr su cristiano propósito; pero en breve tuvo que regresar uno á Méjico, á consecuencia de una grave enfermedad, que contrajo en la travesía, continuando el otro religioso solo con dos intérpretes hasta llegar á un pais muy poblado, pero en estremo pobre. Sus habitantes le recibieron como á un hombre descendido del cielo, acudiendo á él en tropel con las mayores demostraciones de alegría, y besándole el hábito con profundo respeto. Despues que les hubo evangelizado, quiso continuar el religioso su marcha civilizadora, lo cual sabido por los nuevos convertidos, determinaron acompañarle de un punto á otro en número de tres ó cuatrocientos, y atender á su sustento durante el camino por medio de la caza, á cuyo ejercicio estaban sumamente adiestrados. De este modo acompañaron hasta á mas de doscientas leguas de distancia al misionero, que iba sembrando por do quiera la palabra evangélica que tuvo el consuelo de ver germinar, florecer y fructificar. En aquel largo viage, supo que allende las montañas habia otros paises muy ricos y poblados, en el que sus habitantes poseian grandes poblaciones, y que se hallaban sus gefes en contínuas guerras; así pues, resolvió no penetrar en ellos por temor de que si llegase á morir, ignorasen los españoles tan importantes noticias, y regresó á Méjico para dar conocimiento al virey de todo cuanto habia sabido durante su viage. En vista de los informes de aquel religioso, encargó Mendoza luego á Francisco Vazquez de Coronado, gobernador de Nueva-Galicia, que fuese á reconocer los nuevos paises de que acababa de tener noticia; nombrando al propio tiempo al hermano Márcos de Niza, para que le acompañase en la espedicion proyectada. Debia el franciscano preceder á Vazquez, y adelantarse por tierra con el hermano Honorato, el negro Estéban Dorantes, para que le sirviese de intérprete, y seis indígenas que empezasen ya á comprender bien el español. Hé ahí, segun Wadding, el itinerario del hermano Márcos.

Partió en 7 de marzo del año 1539 del pueblo de San Miguel, de la provincia de Culiacan, y tomó el camino de Petatlan, cuya poblacion estaba aun á setenta leguas de distancia; en todas partes se le recibió con benevolencia; al llegar á Petatlan tuvo que dejar al hermano Honorato, por haber caido gravemente enfermo. Recorrió con sus demás compañeros una larga estension de territorio, y, apesar de la estrema miseria que habia á consecuencia de haberse perdido la cosecha por espacio de tres años, nunca les faltó lo necesario. Luego se internó Fr. Márcos en un vasto desierto en el que permaneció cuatro dias, acompañado de algunos indígenas, llegando despues á un pais muy poblado, cuyos habitantes se sorprendieron en gran manera al ver el trage de los españoles y el de los americanos de su séquito, á quienes no conocian, ni de los que no habian tenido nunca noticia. Con todo, hicieron los indígenas una escelente acogida á los viageros, á quienes procuraron voluntaria y generosamente todos los víveres necesarios; era tanta la veneracion que tenian al

P. Márcos aquellos pobres naturales, que no cesaban de besarle el habito con santo respeto, dándole el nombre de *haiotan*, esto es, hombre divino. Al ver el misionero su escelente disposicion, les esplicó por medio de sus intérpretes, el dogma de la unidad de Dios y el poder del rey de España. Dijéronle los naturales que á la distancia de cuatro jornadas en el interior del pais, se estendia una vasta llanura, cuyos habitantes vestian ricamente y llevaban piedras verdes en las orejas y en la nariz; que era el oro tan abundante en aquel pais, que revestian de aquel metal las paredes interiores de los templos; sin embargo, el P. Márcos no quiso dirigirse á aquel rico pais, á causa de la órden que habia recibido de no alejarse mucho del mar. Despues de haber andado cuarenta leguas en cuatro dias, llegó á Vapacam, desde donde envió diferentes hombres de su séquito á la costa por distintos caminos, y al negro Estéban hácia el norte, encargándoles muy particularmente á todos que le diesen aviso de todo cuanto averiguasen de notable. A los cuatro dias de su partida, regresó uno de los compañeros del negro, para anunciarle que habia á treinta jornadas de distancia una hermosa provincia llamada Cibola, cuyos habitantes poseian siete grandes poblaciones, que eran allí tan abundantes las turquesas, que hasta adornaban con ellas las puertas de sus casas, y que era aquel pais gobernado por un rey.

Fray Márcos se habia detenido en Vapacam para celebrar la fiesta de Pascua, en cuyo mismo dia llegaron á su vez los demás esploradores que habia hecho dirigir hácia la parte del mar, declarándole que habian descubierto treinta y cuatro islas. Presentáronle á algunos de aquellos isleños, los cuales llevaban unos grandes broqueles de cuero, con los que se cubrian todo el cuerpo; visitaron tambien á Fr. Márcos aquel mismo dia, tres indígenas de la parte de oriente, con los brazos y el pecho pintarrajados, diciéndole que vivian en la frontera de Cibola, y que podia en un todo disponer de ellos, sirviéronle de guia cuando fué el misionero á reunirse con el negro. Apenas acababa Fr. Márcos de emprender la marcha, cuando recibió ya del negro Estéban diferentes avisos, previniéndole que adelantase lo posible, y que habia á mas del de Cibola otros tres reinos, llamados Murata, Acus y Tonteac. En todas partes se recibió al misionero con muestras de vivo interés, procurándosele abundantes víveres para él y sus compañeros, y ofreciéndosele además ricas pieles; en cambio, dispensaba él á los naturales grandes beneficios, puesto que además de hacerles entrever las eternas verdades de la fé, curaba los enfermos con la lectura del evangelio y con la señal de la cruz. Encontró Fr. Márcos por el camino á diferentes indígenas que le advirtieron que el negro le estaba aguardando en las inmediaciones de un pais desierto, á la distancia como de unas dos jornadas; y que para mejor indicar el camino que debia seguir el sacerdote, habia plantado el negro de trecho en trecho una cruz que debia servirle de guia. Poco antes de reunirse con Estéban, encontró el misionero un pais hermoso y fértil, cubierto de mieses, y regado por grandes canales, cuyos habitantes, y hasta su mismo gefe, fueron á felicitarle, vistiendo sus mejores trajes, en los que ostentaban magníficas turquesas; dijéronles que sus vestidos habian sido tegidos en Tonteac, y que eran del pelo de unos animales bastante parecidos á los perros, aunque mas grandes; ofreciéronle varios presentes que el religioso no quiso aceptar. Luego se dirigió al desierto que atravesó en cuatro dias sin encontrar al negro, penetrando, despues de aquella vasta soledad, en un valle poblado y frondoso, en el que iban sus habitantes vestidos del mismo modo que los de que acabamos de hablar; dijéronle que estaba ya cerca de la provincia de Cibola, cuyo pais conocian todos ellos perfectamente. Despues de haber recorrido Fr. Márcos diferentes puntos de la costa, vino en conocimiento de que se hallaba aquel pais á treinta y seis grados del equinoccio; á los cinco dias de continuar su viage por el interior del valle, vió el religioso á un hombre que

huia de su pais por el temor de ser castigado, segun lo indicó él mismo; como no revelase su esterior la perfidia, y manifestase por otra parte el deseo de acompañar al misionero, prometióle este hacer todo lo posible para alcanzar del gefe de la tribu el perdon de su leve falta. Hízole entonces el fugitivo una descripcion bastante exacta de la provincia, dijo así mismo que se daba á su principal ciudad el nombre de Abacam, la cual estaba situada al mediodía de Murata, que aquel reino, antes muy poblado, estaba entonces casi desierto á causa de sus últimas guerras, y que estaba cerca del de Tonteac, cuyos moradores eran en estremo ricos. Los habitantes del valle regalaron al hermano Márcos una piel de un pelo muy largo y erizado, del mismo color que el del gamo, y mas grande que dos cueros de buey: dijéronle que el animal á que pertenecia tenia en la frente un cuerno encorvado, del que nacia otro enteramente recto, constituyendo ambos su principal fuerza. Al penetrar en otro valle, encontró el religioso á un mensagero del negro, encargado de participarle que continuaba este adelantando sin obstáculo, guiado por los mismos naturales. Aunque vivamente instado para que avanzase en lo posible, quiso el misionero detenerse en aquel valle, por haber consentido sus habitantes en que tomase posesion del pais á nombre del rey de España; ofreciéronle tambien acompañarle en gran número, con las provisiones necesarias, al través del inmenso desierto, cuya estension constaba de quince jornadas, y que precisamente habia de atravesar para dirigirse á Cibola.

El dia 5 de mayo penetró Márcos en aquella vasta soledad por una gran via, en la que vió aun las señales de las hogueras que acostumbraban los viageros encender en ella. Feliz en estremo habia sido hasta entonces su viage; pero al segundo dia de hallarse en el desierto, vió el misionero dirigirse hácia él un hombre vivamente azorado: era uno de los compañeros del negro, el cual le dijo que al llegar cerca de Cibola habian enviado al gefe de la ciudad una calabaza adornada de plumas encarnadas y blancas, y de algunas campanillas ó cascabeles para anunciarle su presencia, segun la costumbre del pais. Luego añadió, que irritado el gefe al ver aquel símbolo, arrojó la calabaza, maltrató á los que acababan de presentársela, y mandó, que tanto ellos, como su gefe, y los de su séquito, abandonasen inmediatamente su territorio, sino querian perder la vida. El negro, empero, á quien no habia intimidado en lo mas mínimo semejanta amenaza, continuó avanzando hácia la ciudad, de la que fué arrojado con todos sus compañeros, despues de habérseles despojado de cuanto llevaban. No fué aun esto lo peor, continuó con tristeza el mensagero, sino que habiendo sido despues perseguidos hasta un rio que no fué posible atravesar, fuimos alcanzados por nuestros bárbaros perseguidores, quienes dieron muerte al negro, y á casi todos los demás compañeros; siendo yo el único que logré librarme de su furor por haberme escondido. Semejante noticia aterró á Fr. Márcos y su comitiva; pero recurriendo el sacerdote á la oracion, no tardó en sentir renacer en su pecho la esperanza y el valor que la virtud inspira hasta en las mas terribles pruebas de la vida. Despues de haber logrado reanimar con su ejemplo á los indígenas, distribuyó entre ellos algunos vestidos, y les decidió á seguirle, encontrando á una jornada de Cibola á otros dos compañeros del negro, que por desgracia confirmaron todo cuanto habia dicho el primer mensagero, y mostrando en apoyo de sus palabras las heridas que habian recibido: el negro, añadieron, ha sido muerto, y con él los tres cientos hombres que formaban su escolta. Esta triste relacion acabó de desconcertar á los compañeros de Fr. Márcos; inútiles fueron las dádivas, reflexiones y promesas que les hizo el animoso apóstol, para decidirles á continuar su camino: el temor al peligro pudo mas que sus esfuerzos. Apoderóse de los indígenas tan ciego furor al ver la heróica constancia de Márcos, que determinaron asesinarle, para vengar en

él la muerte de sus compañeros ; pero advertido el misionero por un habitante de Méjico , logró disuadirles de su fatal intento, diciéndoles que ninguna ventaja podria procurarles su muerte , la cual seria por otra parte severamente vengada por los españoles. Entonces propuso Márcos enviar á algunos de los indígenas hácia el interior del pais, para que pudiese saberse con toda exactitud lo ocurrido , sin que tampoco quisiesen aquellos consentir en ello ; pero lejos de desconcertarse Márcos, se adelanta con un pequeño número que , al ver su decision le sigue hasta la vista de Cibola. Notó que esta ciudad , situada en el centro de una llanura que habia al pié de una colina , era mucho mas grande que Méjico , y que todas sus casas eran de piedra , y muy bien construidas ; no creyó prudente entrar en ella , por temor de que no privase su muerte á los españoles de una noticia tan interesante. Se contentó con formar un grupo ó monton de piedras sobre el que colocó una cruz, para indicar que tomaba posesion del pais en nombre del rey de España ; luego retrocedió hasta Nueva-Compostela , pasó á Nueva-Galicia , desde donde mandó al virey una relacion exacta de su viage, que habia durado cerca de tres meses. Aquella relacion , dice Mr. Eyries , exaltó vivamente á los mejicanos por los fabulosos detalles que contenia acerca de la belleza del pais , situado al norte de California , la magnificencia de la ciudad de Cibola , su inmensa poblacion , y el órden y policia de sus habitantes. La sana razon, rechazando las exageraciones, admite como probable que las ruinas de *Casa Grande*, descubiertas en las orillas del Rio-Gila , podian haber dado lugar á la relacion de Fr. Márcos ; siendo diferentes los historiadores que suponen haber sido *Casa Grande* , la segunda poblacion de los aztecas, cuando emigraron del Aztlan para dirigirse al valle de Tenochtitlan ; ocupan aquellos restos de una antigua ciudad azteca cerca de una legua cuadrada. Hay un gran edificio en la parte de oriente , cuyas paredes tienen doce decimetros de espesor , y un muro interrumpido por gruesas torres , que ciñe el edificio principal , sirviéndole de defensa. El P. Garcés , descubrió en 1773 , los vestigios de un canal artificial, que conducia las aguas del Gila á la ciudad ; la llanura inmediata está llena de vasijas y pucheros rotos, pintados de blanco, encarnado y azul; encuéntranse así mismo entre aquellos despojos de alfareria mejicana , algunas piezas de lava vidriosa ú obsidiana. Es innegable que los indígenas que habitan el pais regado por el Gila, han sido siempre mucho mas civilizados que los pueblos de la parte del sud.

En el mes de abril del año siguiente, Francisco Vazquez de Coronado partió á su vez de Culiacan , con el objeto de colonizar el pais recorrido por Fr. Márcos ; acompañábanle en su espedicion dos franciscanos, Juan de Padilla, sacerdote que habia evangelizado con gran provecho una gran parte de Nueva-España , y el hermano lego Luis de Escalon. En siete dias llegó Coronado á Cinaloa, cerca del grande Océano , siendo muy mal acogido en Cibola , cuyos habitantes se negaron á recibir la fé y á considerarse como vasallos del rey de España; en la provincia de Tucayan, situada á la distancia de cinco jornadas hácia el nord-este, encontró siete poblaciones bastante grandes, que supuso debian ser las siete ciudades de que hablaba en su relacion Fr. Márcos. Veíanse á lo lejos frondosos valles , en los que pacian diferentes manadas de bisontes ; Quivira , en la que entraron los españoles algun tiempo despues , solo era entonces un pueblo de escasa importancia. A fines del mes de agosto , regresó Vasquez á Nueva-Galicia, sin haber fundado ninguna colonia , dejando en pueblos hasta entonces ignorados á los hermanos Juan y Luis , los cuales al dirigirse á Quivira fueron inmolados por los indígenas, siendo por lo mismo las primeras víctimas que regaron con su sangre aquel nuevo pais. Era tanta la veneracion en que tenia Vasquez al hermano Luis , que mandó á sus soldados inclinar la cabeza cuantas veces oyesen pronunciar el nombre de aquel santo religioso.

Cuando el P. Antonio de Ciudad-Rodrigo, envió hácia el pais de Cibola al hermano Márcos de Niza, que debia sucederle á su regreso en el cargo de ministro de la provincia del Santo-Evangelio, dirigia al propio tiempo otros dos religiosos Menores hácia el pais de los Chichimecos, cuyos descendientes habitan hoy dia el estado de Mechoacan. Bajo el nombre Chichimecos, eran conocidas diferentes tribus, de lengua, usos, y costumbres distintos; tales eran las de los panuas, capuzos, samues, mayolias, guamares, gunchinchiles, zancas, y otras muchas poblaciones enteramente divididas. Ocupaban estas el pais situado en la frontera de Nueva-España, entre las ciudades de San Miguel y San Felipe, cuya estension era de dos cientas leguas; su posicion era encantadora, tanto por la fertilidad del suelo, como por lo apacible y benigno del clima. Algunos restos de edificios indican claramente el paso de una generacion mas industriosa y civilizada por aquel pais, entonces sin cultura, y cuyas tribus solo debian dedicarse á la caza, por lo que se les daba el nombre de Chichimides. Para dar una idea de lo vehemente que era la pasion de la caza en aquellos indígenas, solo dirémos que hasta las mugeres acompañaban á sus maridos en aquel ejercicio, dejando á sus hijos en cunas de junco, suspendidas sobre las ramas de los árboles. No conocian mas armas que el arco y la flecha, que manejaban con la mayor destreza; cuando se veian los chichimedes acosados por el hambre, se reunian en numerosos grupos para ir á devastar los campos vecinos, y robar el ganado; se comian las comadrejas, topos, gatos monteses, y casi todos los animales á que lograban dar muerte en sus escursiones. Iban en su mayor parte desnudos, sirviéndoles de asilo las cavernas y quebradas de las mas ásperas montañas. Tales eran los chichimecas, pueblo errante y sin religion que recorria sin cesar las vastas soledades y los bosques; el hombre creado á imágen de Dios, parecia entre ellos haber descendido al nivel del bruto; preciso era lavarles con la sangre divina de Jesucristo, para sacarles de aquella degradacion profunda, y hacerles elevar á la vida moral. Los dos hermanos Menores bautizaron á un gran número, pues habria como unos treinta grupos, compuesto de tres ó cuatro cientos cada uno, entre hombres, mugeres y niños, que habian sido admitidos ya en el seno de la Iglesia; reuniéronse además muchos otros á la voz de los religiosos, para formar diferentes colonias, bajo la promesa de que no se les exigiria ningun tributo aun cuando reconociesen al rey de España; los mismos franciscanos presentaron el tratado que acababan de formar con ellos, el cual fué ratificado por el virey de Méjico.

El perfecto acuerdo que reinaba entre Mendoza y Las Casas, aseguró el resultado de diferentes escursiones pacíficas que hizo el último en varias provincias con Rodrigo de Andrada y otros tres dominicos; sin embargo, no pudo Las Casas continuar sus triunfos gloriosos por haber tenido que volver á España el año 1539, á instancias del obispo de Guatimala, cuyo prelado estaba vivamente afligido por haber intentado un gefe subalterno invadir aquella region con algunas tropas de su mando. Tenia Las Casas el encargo de pedir, no solo que se enviase á América mayor número de misioneros, sino tambien que fuesen puestos de nuevo en todo su vigor las antiguas órdenes relativas á los indígenas, particularmente las que prevenian que fuesen los sacerdotes empleados en el descubrimiento de los nuevos paises. Aunque á la sazon no estaba Cárlos V en el reino, fueron Las Casas y su compañero Rodrigo de Andrada, atendidos por el consejo; á ellos se debió aquel magnífico sistema, tan fecundo en resultados, que se planteó tres años mas tarde en América.

Desde Guatemala hasta Yucatan se estendia la custodia del Nombre de Jesus, puesta bajo la jurisdiccion del provincial franciscano de Méjico; de tal modo multiplicaron los frailes Menores sus conventos, que en breve se formaron en aquel dilatado pais otras custodias, que fueron á su vez erigidas en provincias: la

de Guatimala, situada á lo largo de la costa marítima, conservó el título de Nombre de Jesus. El ministro general envió á ella en el año 1539 cinco sacerdotes, á saber: Alfonso de Eras, Didacio Ordoñez, Alfonso Bustillo, Didacio Alvaquio ó Pesquio, Gonzalo Mendez, y el hermano lego Francisco de Valderas, todos ellos procedentes de la provincia franciscana de Santiago. Al llegar aquellos misioneros al término de su viage, el año 1540, habian tenido que llorar ya la muerte de su superior Alfonso de Eras; pero viendo desde el primer momento de su llegada la insuficiencia de su número para cultivar con provecho el vasto campo que se les destinaba, enviaron á España á Francisco de Valderas, quien regresó á Méjico con otros doce religiosos, de los que perecieron ya algunos, despues de haber salido de Méjico en direccion á Guatimala. En el año 1542, el hermano Jacobo de Testera, comisario general, llegó á Méjico con otros doscientos religiosos españoles, que fueron repartidos entre diferentes provincias, en las que difundieron prodigiosamente la luz de la fé, y de los que destinaron doce á la de Guatimala.

Un triste acontecimiento fué causa de que se entorpecieran por algun tiempo en el Yucatan los progresos del cristianismo. Hé ahí como refiere el mismo Las Casas aquel hecho lamentable: «Gozaba el reino de Yucatan de una verdadera paz, cuando el hermano Jacobo y otros cuatro religiosos de S. Francisco, llegaron á él para predicar el evangelio, enviados allí, por el virey de Nueva-España, quien les autorizó para prometer en su nombre á los indios, que no volverian á entrar ya en su pais nuevas tropas. El hermano Jacobo hizo á algunas personas prudentes el encargo de pedir á los naturales el permiso para ir á su pais, al objeto de hacerles conocer el verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra; á lo que contestaron los caciques, que si eran aquellos religiosos hombres pacíficos, podian presentarse sin temor alguno. Inmenso fué el bien que hicieron los misioneros á todo aquel pueblo que acababa de abrirle sus puertas; así que, agradecidos los caciques no tardaron en presentarse á los franciscanos, diciéndoles, que estaban dispuestos á quemar sus ídolos y á reconocer al rey de España. En efecto, aquellos mismos indígenas, envueltos poco antes en las tinieblas de la idolatría, trabajaban despues con ardor para levantar templos al Dios de los cristianos. Otros doce ó quince grandes caciques de los paises vecinos, siguieron tambien el ejemplo de los anteriores, diciendo que reconocian voluntariamente al rey de España por soberano. Obra en mi poder el acta de reconocimiento que firmaron, segun la costumbre de su pais, así como tambien los certificados de los misioneros; estos hechos indican claramente el medio que debia emplearse para establecer el poder del rey de España en aquellas vastas regiones.... Pero, mientras que la religion cristiana lograba de este modo arraigarse y florecer en el reino de Yucatan, penetró en el pais una banda de treinta hombres perdidos, que traia á los indígenas numerosos ídolos, y cuyo gefe dijo á los caciques que se los ofrecia en cambio de algunos jóvenes naturales que necesitaba para su servicio. Al ver los misioneros semejante conducta, reprendieron á los aventureros, que trataban de destruir su obra, pero lejos de prestar estos oido á las amonestaciones de los religiosos, dijeron á los indios ser ellos los que les habian llamado para sugetarles por medio de la fuerza. Irritados los indios á semejante noticia, resolvieron dar muerte á los religiosos, que para librarse de su furor apelaron á la fuga. A los pocos dias empero, conocieron ya los naturales el engaño de que habian sido víctimas, y para reparar en lo posible la falta cometida, llamaron otra vez á los misioneros, recibiéndoles como verdaderos ángeles de paz, á los que debian los pocos momentos de dicha que les habia sido dado gozar en la tierra. Sin embargo, continuaban los treinta aventureros desmoralizando el pais, despues de haberle hecho víctima de todos los escesos. Sabedor el virey de Nueva España de lo que

ocurria en el reino de Yucatan, sometido á su dominacion, condenó á muerte á los bandidos que turbaban su reposo, pero, como por no infringir los tratados dejó de mandar tropas que les persiguiesen, no solo continuaron aquellos desmoralizando el pais, sino que hasta obligaron á los religiosos á salir del reino, que con dolor dejaban otra vez sumido en las tinieblas de la idolatría.»

La mayor parte de los franciscanos que se consagraban á la conversion de los indígenas deseaban el martirio, si bien no fué posible á los mas de ellos alcanzar la palma gloriosa, con que quiso el cielo coronar las virtudes del bienaventurado Juan Calero. Ignoramos la patria y hasta el año en que nació aquel hermano lego, de la órden de S. Francisco, al que su celo y su fervor le valieron en las misiones el dulce nombre de *Santo*. Hallábase en el convento de Ezetlan (1) en Nueva España, cuando diferentes indígenas, que habian sido instruidos y bautizados por los religiosos en el año 1541, se escaparon de la poblacion y se dirigieron á las montañas, donde se perpetuaba el culto de los ídolos entre las diferentes tribus que se habian refugiado á ellas. Juan Calero, al que no ocupaba otra idea que la salvacion de los fugitivos, corrió tras ellos, acompañado de tres jóvenes americanos, que habia catequizado y que pertenecian á la Tercera órden de la Penitencia. En alas de su generoso ardor, en breve alcanzó el religioso aquellas ovejas descarriadas cerca de las montañas, y las suplicó con instancias tan tiernas, que continuasen profesando el cristianismo, conforme les prevenia el bautismo, que habia logrado ya enternecerles, cuando una muger, empero, obstinada en sus rancias supersticiones, tuvo bastante ascendiente en ellos para hacerles faltar á la promesa hecha al hermano Juan y sus compañeros. Alentada la impía por aquel primer triunfo, pide á los fugitivos que no permitan á los cristianos retirarse sino quieren ser descubiertos, y dice, que solo su muerte puede ponerles al abrigo de la persecucion de sus enemigos, y mas que el temor, deciden las palabras de aquella mejera de la suerte de los tres cristianos. Al ver Juan Calero que iban á arrojarse sobre él, cae de rodillas y dá gracias á Dios por permitirle morir por su nombre. Decapitáronle con un sable de madera, arma que acostumbran usar los indígenas, por lo que fué su suplicio mucho mas lento y terrible; los otros tres jóvenes terciarios sufrieron tambien la muerte, habiendo tenido lugar el martirio de aquellos cuatro confesores, el dia 30 de octubre del año 1541. Siete dias despues, encontraron los españoles el cuerpo de Juan Calero, en el mismo punto en que habia dejado de existir; los de los tres terciarios habian sido devorados por las fieras, puesto que solo habia de ellos algunos huesos. El cuerpo del religioso fué trasladado al convento de Ezetlan, y como le revistiesen los franciscanos, segun costumbre, con el hábito de la órden, cortaron los españoles sus vestidos, y conservaron sus retazos como reliquias de un mártir; luego se hicieron al confesor honrosos funerales, teniendo lugar aquel acontecimiento en ausencia de Antonio Collaris, guardian del convento de Ezetlan, que acababa de dirigirse á Méjico. A su regreso, fué á encontrar á los indígenas desertores de la fé, y les habló con tanta uncion, les reprendió con tanta fuerza el sacrilegio con que se habian marchado, que logró atraerles de nuevo á la religion, en la que vivieron despues santamente, restituyeron los vestidos de que habian despojado al mártir, y refirieron todas las circunstancias de su dichosa muerte. Alentado Antonio Collaris, por el glorioso triunfo que acababa de procurarle su celo, intentó convertir á otros indígenas que, menos sensibles á sus santas exhortaciones, le recibieron con una nube de flechas, que le hicieron alcanzar la palma de la inmortalidad: trasladado á su vez el

(1) En la cuarta parte de la crónica general de la órden de S. Francisco, compuesta por Fr. Antonio Daza, cronista general de su órden, lib. II, pág. 211, al referir el martirio de los Santos Mártires, Juan Calero y Antonio de Cuellar, dice ser este último guardian del convento de Izatlan en las Indias Occidentales. Sirva esta nota de correctivo al texto de Henrion en el que se lee *Ezetlan y Collaris*. (N. del T.)

cuerpo del nuevo mártir al convento de Ezetlan, fué enterrado junto al de Juan Calero; ni aun la muerte bastó á separar los restos de aquellos dos hombres, tan estrechamente unidos durante su vida por los lazos del apostolado.

CAPÍTULO XLI.

Misiones en Europa, Africa y Asia

La accion santa y benéfica de los frailes Menores y Predicadores no quedaba circunscrita en ambas Américas, donde procuraban establecer la fé (1); remontémonos sino á los primeros años del siglo XVI, y les verémos continuar ya sus misiones heróicas en las demás partes del mundo.

Verémos en el oriente al franciscano Juan de Potenza, enviado en calidad de nuncio apostólico á los maronitas del monte Líbano, disipar con el hermano Francisco de Rieti, los errores de aquel pueblo, y acompañar tres embajadores al concilio de Letran, para reconocer la autoridad del papa y hacer profesion de fé ortodoja. Cayetano, maestro general de la órden Dominicana, nombró al provincial de Grecia su vicario general en Tierra Santa, á fin de propagar la religion católica en Palestina, encargándole que enviase allí todos los religiosos que creyese necesarios para hacer progresar la fé en aquel apostolado; y á fin de que la provincia de Grecia, que ocupaban en su mayor parte los otomanos, no se viese privada, por la ausencia de aquellos misioneros, de los ministros del evangelio que le fuesen necesarios, le destinaba el P. General cierto número de frailes Predicadores. Entretanto, la admirable familia franciscana en Tierra Santa, constante en su abnegacion por conservar los santuarios, que desde el año 1517 habian caido en poder de los turcos, aunque sumamente reducida por su escaso número y por la estrema indigencia de los cristianos de Palestina que no podian procurarles ningun socorro, logra conservar los monumentos sagrados de la religion cristiana. Al verla en tantos apuros, le señala el papa por su parte una pension anual, privándose de una parte de los productos de la cámara apostólica, é imitando los cardenales su ejemplo, prívanse tambien de una parte de sus rentas en beneficio de aquellos pobres mártires. Sin descanso trabajan en Hungría los dominicos y los franciscanos; y en Eslavonia y Transilvania sucumben tambien los franciscanos bajo la cimitarra de los turcos, cuyo ciego fanatismo no para hasta regar aquellas provincias con la sangre de numerosos mártires.

En Africa, el franciscano Antonio de Garay, obispo de Tama, ciudad situada en las riberas del Nilo, predica constantemente la verdad católica, durante los veinte años que permanece entre los musulmanes y los coptos, el dominico Jacobo de San Pedro, de la provincia de Aragon, enviado por el maestro general Cayetano, como misionero apostólico, á aquellas regiones, convirtió con sus compañeros, muchos mahometanos é idólatras, sellando al fin con su sangre, la fé que les anuncia.

Fray Martin de Spoleto, franciscano italiano, que pasó en el año 1530 al reino de Fez, al objeto de convertir los infieles á la fé, debe ser considerado como uno de los mas ilustres mártires de la órden de S. Francisco. A su llegada, fué á visitar al rey y á su hermano político, príncipe muy benévolo para los cristianos, los cuales procuraron hacerle desistir de su propósito, prometiéndo protegerle en todo. La oposicion, empero, que le hicieron los príncipes, solo contribuyó á aumentar mas su celo; así que, empezó desde luego á discutir públicamente con los doctores musulma-

(1) En tanto esto es así, que se cree que hubo religiosos franciscanos que bautizaron mas gentes que los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, como se lo dijo un general de esta órden al papa Clemente VIII. Solamente en la Nueva España se halló por cómputo muy cierto, por una carta del primer arzobispo de Méjico, y por autores graves y muchos historiadores que lo afirman, que en el año 1531 estaban bautizados (*per aspersionem*) por mano de los religiosos de esta órden en aquella tierra, sin las que antes bautizaron en otras Indias, mas de un millon de almas. (N. del T.)





nes, y á convencer á algunos de ellos, siendo en su consecuencia muchos los moros que prometen seguir las máximas del religioso: tambien convenció en presencia del rey á diferentes rabinos judíos, que, dominados por su irresistible lógica, persuadieron á su auditorio y al soberano, de que tenia el buen religioso un demonio familiar; que debia por lo mismo privársele de predicar y arrojársele del pais, si querian evitar que el pueblo y los cristianos, arrastrados por la mágia de su palabra, se sublevasen contra el rey, para despojarle de sus Estados. El hermano político del soberano, que profesaba un particular afecto á Martin, le hizo llamar y le dijo en presencia del rey y su divan, que pusiese fin á sus predicaciones y conferencias, y que se volviese al pais de los cristianos. Contestóle, empero el religioso, que solo habia ido allí con la intencion de propagar la fé que profesaba, y para arrancar de su ceguedad á los musulmanes de Fez; que perseveraría en su generosa empresa; que eran los judíos unos impostores, que solo procuraban perder á los moros; y que, persuadido de la verdad que predicaba, no titubearía en lanzarse á una ardiente hoguera, solo por convencerles de ella, en cuyo caso debian prometerle adorar al Dios que le haria triunfar de las llamas. El rey y su hermano prometieron convertirse, caso de que en efecto se viese salir al religioso del horno ú hoguera sin daño alguno; y se señaló el dia en que debia hacerse la prueba, que debia tener lugar en la calle de los Caballos. Se llevó mucha leña seca al punto designado, con la que se formó una pira de forma cónica; asistiendo el rey á todos aquellos preparativos, acompañado de su hermano, sus mugeres, sus hijos, el divan, y de una multitud de moros, judíos, y esclavos cristianos. El religioso acudió con exactitud á aquella cita imponente y solemne, poniéndose de rodillas ante un crucifijo, mientras procuraban en vano los moros encender la leña; terminada su oracion se adelanta, y manda á los infieles que enciendan la hoguera, la cual arde en seguida arrojando á lo lejos un mar de llamas. Animado por la fé y la esperanza que tenia en Jesucristo, se adelanta el piadoso franciscano hácia el boquete de la hoguera, se para en él un momento para hacer la señal de la cruz, y se arroja en aquel mar de fuego. Arrodillase en él, y con el rostro vuelto hácia oriente, ora, mientras algunos otros cristianos rezan tres Credos y cuatro Padrenuestros por él, y por la conversion de los infieles. (Pl. LV, n.° 1.) Luego se levantó el misionero, y salió sin haber recibido daño alguno; pero en aquel mismo instante le atravesó un moro el pecho de una lanzada, y le aplastó otro la cabeza con una enorme teja; alcanzando de este modo la corona del martirio. Los esclavos cristianos recogieron algunos preciosos restos de su cuerpo y de sus vestidos, con los que curaban á los enfermos con solo hacerles tocar una de aquellas reliquias. Creyóse que el rey, instado por los judíos, habia mandado á los moros dar muerte al santo religioso. A los ocho dias de haber sido Martin sacrificado, murieron sus dos verdugos miserablemente: el que le atravesó el pecho, fué asesinado, y el que le hirió con la teja, tuvo á su vez la cabeza aplastada por una piedra que cayó de lo alto.

La noticia de aquel martirio, dispertó una santa emulacion en el hermano Andrés, hijo tambien de Spoleto, cuya muerte gloriosa tuvo lugar dos años despues. Mientras que la guerra entre güelfos y gibelinos, convertia la Italia en un mar de sangre, fué Andrés capitan de uno de aquellos dos bandos; pero pensando en el mal que hacia, y en los inútiles peligros á que se veia contínuamente espuesto, abandonó la carrera de las armas, para abrazar la regla de S. Francisco. Sin embargo, pronto dejó de pertenecer á ella, no porque le disgustase aquel nuevo estado, sino por salvar á sus padres, que habian quedado espuestos al furor de sus enemigos; de modo que, despues de haber atendido á su seguridad, volvió á abrazar Andrés la carrera religiosa, llegando á ser en breve uno de los mas célebres predicadores de su tiempo. Hacia ya algunos

años que estaba ejerciendo el apostolado, cuando desde su patria se dirigió á Africa, donde pensaba poder derramar su sangre en defensa de la fé, y reparar de este modo la falta que habia cometido al derramar la de los demás, por ciego espíritu de partido. Se embarcó en un puerto de la isla de Córcega, pero un viento contrario le obligó á dirigirse á Génova, desde donde volvió á embarcarse á los pocos dias, llegando al reino de Andalucia, sin haber esperimentado ningun percance durante el viage. En aquel reino aguardó una ocasion favorable para pasar á Berbería, disponiéndose ya por medio de contínuas oraciones y de rigurosos ayunos á recibir dignamente la corona del martirio, objeto de sus mas ardientes votos. Al fin se presentó un buque mercante que se dirigia á Ceuta, cuya plaza estaba ya en poder de los cristianos; permaneció allí algun tiempo en el convento de los frailes Menores, que le recibieron con un amor y caridad verdaderamente evangélicos. Como esplicase á aquellos buenos religiosos su proyecto de internarse en el pais para predicar la fé de Jesucristo á los musulmanes, hicieron todos los esfuerzos posibles para hacerle desistir de su propósito; pero todo fué inútil, nada bastó á disuadir al generoso confesor de su resolucion heróica. Dirigióse pues á la ciudad de Fez, donde anunció que el Verbo se hizo carne, no solo ante el pueblo, si que tambien en presencia de los mismos príncipes; pero como no creian aquellos infieles en sus palabras y oraciones, pensaron confundirle diciéndole que afirmase ó acreditase sus palabras por medio de milagros. A su colmo llegó el asombro de los moros, al ver que lejos de arredrarse á semejante proposicion el apóstol cristiano, les dijo con la mayor confianza, que estaba pronto á devolverle la vista á un ciego, á resucitar á un muerto, á descender en un circo de fieras, ó á lanzarse en medio de una ardiente hoguera. Lejos empero de aceptar los musulmanes la proposicion de Andrés, le intimaron que se volviese inmediatamente al pais de los cristianos, si no queria que se le impusiesen duras penas, tal era el terror que causó en ellos la sola idea de que obrase el apóstol de la fé los milagros que poco antes le exigian. Sus amenazas no intimidaron á Andrés en lo mas mínimo, puesto que nada deseaba tanto, como la gloria de morir por Jesucristo; así que, se dirigió en seguida á la sinagoga de los judíos, para discutir con sus rabinos; sin embargo, al ver su ceguedad y obstinacion, se dirigió otra vez á la plaza pública para predicar contra el islamismo; conociendo empero su designio los musulmanes que se encontraban en ella, arrojaron al apóstol despues de llenarle de injurias y de haberle azotado. Vivia el religioso en la casa del portugués Fernando de Meneces, hijo del gobernador de Tanger, por lo que se decidió á pedir á aquel que procurase alcanzar de los musulmanes, ya que á él no querian siquiera escucharle, que le permitiesen al menos entrar en un horno encendido, tan firmemente convencido estaba de que Dios le haria salir triunfante por la gloria de su nombre. Persuadido Fernando de la constancia de Andrés, habló á los principales musulmanes, y despues de demostrarles que seria una mengua para la religion que profesaban el no aceptar el reto, logra decidirles á admitir aquella prueba. El dia 10 de enero de 1532, fué el destinado para el triunfo del apóstol cristiano; enciéndese el horno, y despues de haberse quitado Andrés sus vestidos, entra en él sin temor, en presencia de una multitud de infieles y de todos los cristianos de Fez; permanece un buen rato en medio de las llamas sin recibir daño alguno, y sin que cese de cantar las glorias de su Dios. Semejante prodigio, capaz por si solo de convertir á un pueblo, no produjo el efecto que era de esperar; porque lejos de reconocer los musulmanes en aquel milagro, la virtud de un Dios, lo atribuyeron á la mágia; así que, prorumpieron desde luego en espantosos gritos, arrojaron al mártir una nube de piedras, sin parar hasta descuartizarle para saciar su venganza y su rabia. Un portugués logró llevarse uno de los piés del mártir, conservado

aun religiosamente hoy en la capilla real de Portugal; tambien fué llevado otro de sus huesos al convento de San Lucar de Barrameda en Andalucia.

Al año siguiente, el bienaventurado Damian, natural de la ciudad de Valencia, alcanzó tambien en Africa la palma del martirio; habia tomado el hábito de franciscano descalzo en el convento de Badajoz, en calidad de lego. Llevó su humildad hasta el punto de no atreverse á aspirar al sacerdocio, á pesar de haber hecho Damian todos los estudios necesarios; sin embargo, despues de una práctica constante de todas las virtudes religiosas, sintió nacer en su pecho el deseo de ir á anunciar el evangelio á los mahometanos; y sus superiores, á fin de que pudiese consagrarse mas estensamente al desempeño de su santa mision, quisieron hacerle ordenar de sacerdote. Luego de alcanzada esta dignidad, se dirigió Damian á la ciudad de Nápoles, donde interin aguardaba buque que se hiciese á la vela para Africa, y entró en un hospital para cuidar los enfermos. Al fin se realizaron sus deseos, pues se presentó el buque que habia de conducirle á las playas africanas; á penas se encontró Damian entre los infieles, empezó ya á predicar la fé de Jesucristo, y á confundir el islamismo, por lo que no tardaron los musulmanes en reducirle á prision. Una vez estuvo en su poder, empezaron por condenarle á las llamas, pero como respetasen estas el cuerpo del mártir, resolvieron apedrearle, y luego atravesarle el cuerpo con sus alfanges. De este modo vió Damian recompensado con el martirio su ardiente celo en 1533.

No se limitaban los mahometanos de Berbería á inmolar á los misioneros que se consagraban á llevarles la luz del cristianismo, sino que hasta se dirigian á los paises cristianos, para abrir con su cimitarra el camino del cielo á los ministros de Jesucristo. Para citar de ello un ejemplo, solo dirémos que, habiéndose dirigido en 1536 el pirata Barbaroja á la isla de Menorca, tomó y pasó á saco la ciudad de Mahon; al ver el guardian de los franciscanos los desórdenes cometidos por los infieles, fué, junto con Fr. Bartolomé Genestor, y Fr. Francisco Coll, á sacar las hostias que habia en el Santo Copon, á fin de evitar que fuesen profanadas. Aquel acto de prudencia y piedad valió á los tres religiosos la corona del martirio, puesto que por él les impuso la pena de muerte el cruel Barbaroja.

El fanatismo feroz de los musulmanes que dominaban el norte del Africa, contrastaba admirablemente con los sentimientos cristianos de los pueblos de la costa occidental de aquel continente, en el que los portugueses habian plantado el glorioso estandarte de la cruz. Vémonos obligados á continuar aquí algunos hechos referentes á la historia de la conversion del Congo.

Manuel, rey de Portugal, accediendo á los deseos de Alfonso, envió al Congo cinco dominicos, cinco franciscanos, y cinco agustinos, con algunos sacerdotes seculares, hombres todos ellos de inteligencia y de mérito. Llegada á su destino aquella escogida cohorte cristiana, el año 1521, se estendió por aquellas provincias, á las que habian dado los portugueses los nombres de ducados, marquesados, y condados; predicó en ellos el evangelio, y convirtió y bautizó en poco tiempo á tantos idólatras, que no bastaban los sacerdotes á llenar las funciones de su santo ministerio; por lo que fué indispensable conferir el sacerdocio á algunos negros, á fin de que pudiesen instruir mas fácilmente á los naturales en su propia lengua, y á este objeto formar un clero indígena. El rey envió á la sazon sus hijos, nietos y sobrinos á Portugal, paraque siguiesen allí sus estudios; siendo tantos los adelantos y la virtud de que dieron pruebas dos de aquellos príncipes, que fueron considerados dignos del episcopado. Los misioneros, entretanto, abrian en todas partes numerosos templos al verdadero Dios, y disponian las residencias necesarias para los operarios apostólicos que irian en pos de ellos á continuar sus trabajos en aquel nuevo campo, que empezaba ya á producir tan abundantes frutos. Conforme lo pre-

viera el piadoso Alfonso, procuráronle los misioneros la dicha de ver que una gran parte de sus súbditos habian abrazado ya la religion cristiana, cuando Dios le llamó á sí en el año 1525.

Pedro, su hijo, al que habia encargado tan encarecidamente que no parase hasta destruir la idolatría, y que diese á los misioneros toda la proteccion posible, heredó á la vez su trono y sus virtudes. La piadosa liberalidad del nuevo rey, llegó á superar aun á la de su difunto padre, puesto que aumentó considerablemente las rentas destinadas por Alfonso á la conservacion de los templos y de los ministros de Jesucristo. La isla de Santo Tomás, situada en el golfo de Guinea, descubierta por los portugueses en el año 1545, en el mismo dia del santo del apóstol, tenia una silla episcopal, cuyo titulario recibió del papa la jurisdiccion espiritual sobre los estados del príncipe Pedro, atribucion que le decidió á tomar el nombre de obispo del Congo. Cuando el padre espiritual fué á tomar posesion del dilatado pais que le estaba confiado, le tributó el rey los mas grandes honores; el camino que desde el mar á la capital debia recorrer el obispo, fué limpiado cuidadosamente y cubierto con esteras; aun mucho antes de su llegada, habian acudido ya á la capital gran número de personas de todos los puntos del reino. Al acercarse el prelado á la ciudad, salió Pedro, acompañado del clero, á recibirle en procesion solemne (Pl. LV, n.° 2,) y le acompañó á la iglesia de Santa Cruz, erigida en catedral. El obispo estableció en ella veinte y ocho canónigos, diferentes capellanes y otros sacerdotes; la proveyó de campanas, órgano, chantres, maestro de música, reguló en ella con magnificencia todos los detalles del culto, y finalmente, fijó las parroquias y las misiones en su diócesis. La muerte, empero, no tardó en arrebatarle al cariño del rey; como manifestase el prelado en sus últimos momentos, desear que le sucediese en el episcopado uno de los príncipes reales educados en Portugal, que él mismo habia elevado al sacerdocio, partió aquel príncipe inmediatamente á Roma. El papa, que desde luego reconoció la virtud y el saber del jóven príncipe, y al que juzgó en aquellas circunstancias capaz de llevar el enorme peso del episcopado, lo consagró en Roma, colmándole de bendiciones y de ricos presentes, antes de partir para la diócesis que acababa de confiársele. Pero la muerte no permitió al nuevo obispo el placer de llegar á su patria, quedando el reino de Congo sin pastor por espacio de muchos años. Poco tiempo sobrevivió Pedro al prelado indígena.

Murió el rey en el año 1530, siendo su muerte, como su vida, un modelo de virtud cristiana; dejó la corona á su hermano Francisco, príncipe no menos celoso que él en la propagacion de la fé y en la estincion de la idolatría; pero que murió á los dos años de ocupar el trono, ó sea, en el año 1532.

Sucedió á Francisco su primo Diego, bajo cuyo reinado se nombró el tercer obispo en la isla de Santo Tomás, recayendo la eleccion en un portugués, que reunia todas las circunstancias indispensables para desempeñar con acierto el alto puesto á que se le destinaba. Acostumbrados algunos sacerdotes del Congo á vivir con sobrada independencia, no podian acostumbrarse despues á la jurisdiccion del obispo; pero fué este tan celoso en el cumplimiento de su mision, que no paró hasta someterles del todo, siendo preciso para ello prender á algunos de aquellos sacerdotes, y enviarles á la isla de Santo Tomás y al reino de Portugal; habiendo habido algunos otros que se retiraron voluntariamente, despues de llevarse todo cuanto poseian. Como no podia menos de suceder, todas aquellas divisiones perjudicaron notablemente en el Congo, los intereses de la religion, cuando Juan III, rey de Portugal, envió allí, en el año 1549, un gran número de misioneros de la Compañía de Jesus, que acababa de fundar S. Ignacio, y cuyos trabajos apostólicos habian de estenderse por toda la faz de la tierra.

Sigamos ahora las huellas de los portugueses en el Asia meridional, donde los misioneros habian encontrado aun los vestigios del

cristianismo, predicado por Sto. Tomás, y hasta las mismas reliquias del apóstol de las Indias.

Fontana habla de los dominicos Juan de Aro y Luis de Victoria, enviados en el año 1542, junto con otros misioneros, á las Indias orientales, en las que lograron convertir un gran número de idólatras. Añade el mismo autor que, el dominicano Ambrosio, misionero en el reino de Cochin, penetró hasta el pais que habitaban los cristianos de Sto. Tomás, á los que procuró atraer á la unidad católica, y que informada la Santa Sede de sus heróicos esfuerzos, lo nombró arzobispo de aquel pais, que dirigió cristianamente hasta su vejez, con la cooperacion de diferentes religiosos de la órden de Predicadores, los cuales, aun despues de la muerte del prelado, permanecieron en medio de su rebaño.

Dice Jarric, que la India portuguesa fué regida, bajo el punto de vista espiritual, por algunos vicarios, tan pronto seculares, como regulares, de la órden de S. Francisco, hasta que al subir al trono Juan III en el año 1521, obtuvo que se crease una silla episcopal en la ciudad de Goa; y Mafei designa, como primer prelado que tomó pesesion de aquella iglesia, al franciscano Fernando Vaqueira, obispo de Areópolis, en Asia, cuya silla dependia de la metrópoli de Efeso, y obispo ausiliar en las islas y paises de la India, sometidos al rey de Portugal. «El hermano Fernando, dice, desempeñó aquel cargo con tanto celo y provecho, que no solo condujo los portugueses á la práctica de todas las virtudes, haciéndoles perseverar en ellas, sino que convirtió además muchos idólatras. No puede dudarse que aquel escelente prelado acometió y dió cima á grandes empresas, que no deberian haberse pasado en silencio; pero como los que han escrito la historia de la India no han hablado casi mas que de guerras y comercio, han descuidado todo cuanto se ha hecho en aquel pais para establecer la fé, por mas notables que fueran los sublimes esfuerzos á que tuvo que apelarse por lograrlo.» Despues de haber consagrado el hermano Fernando su vida á los mas árduos trabajos, la terminó en el reino de Ormuz.

Era la fé en aquella época públicamente anunciada en el archipiélago de los molucos, compuesto de las islas Amboine, Banda y Gilolo; formóse en esta última una comunion cristiana, merced á Gonzalo Veloso, y á un santo sacerdote llamado Simon Vaz, al cual se habia unido otro que llevaba el nombre de Francisco Alvarez. El rey habia ido á hacerse bautizar en Ternata, y al regresar á Mamoya, su capital, empezó tambien á evangelizar como un verdadero misionero; amenazado luego este príncipe por los enemigos de los portugueses, poseido de un mal entendido celo, creyó asegurar la salvacion de su esposa y sus hijos dándoles la muerte. Y no debiendo ya aquel príncipe temer mas que por sí, procuró obtener el martirio prorumpiendo públicamente en mil imprecaciones contra Mahoma; con todo, se respetó en él la alta clase á que pertenecia, y dejó de ser sacrificado. De los dos misioneros, el uno de ellos Simon Vaz, fué degollado; y el otro, despues de haber recibido diferentes heridas, pudo aun llegar á Ternata en una canoa.

Algun tiempo despues, fué nombrado Antonio Galvan, gobernador de los Molucos; apenas habia logrado el nuevo gobernador someter enteramente aquel pais á la dominacion de Juan III, cuando se le vió, con un crucifijo en la mano, predicar el evangelio y convertir á un gran número de idólatras, entre los que habia dos reyes y sus familias. Sobre las ruinas mismas de las pagodas, levantó iglesias, y consagró á su construccion mas de setenta mil cruzados; finalmente, fundó en la pequeña isla de Ternata, un colegio para los hijos del archipiélago de los molucos, colegio que sirvió de modelo al que se erigió despues en Goa. Habia un misionero, llamado Fernando Vinaigre, que secundó poderosamente con incansable celo al piadoso gobernador Antonio Galvan, el cual despues de haber perdido todo cuanto poseia, se vió obligado á buscar un asilo en el hospicio de Lisboa, donde se dedicó al servicio de los enfermos,

por espacio de catorce años, sin que el recuerdo de sus eminentes servicios, sugiriese al gobierno la idea de sacarle de su miseria. Eran sus servicios de tanta importancia, que solo Dios podia recompensarlos dignamente.

Otro portugués, Estéban de Gama, hijo del primer almirante que dobló el Cabo de Buena Esperanza, propagó el cristianismo entre los paravas ó pescadores, en la costa de la Pesqueria, así llamada á causa de la pesca de sus perlas, la cual se estiende desde el Cabo de Comorin hasta la isla de Manar. Habiéndose apoderado los mahometanos de una gran parte de la costa, monopolizaban á su antojo los productos de la pesca de las perlas, en perjuicio de los paravas, reducidos ú obligados á ser sus instrumentos; hubo cierto dia una cuestion entre un mahometano y un pescador de Tutucuren, en virtud de la cual agarró aquel á este por uno de los pendientes que llevaba en las orejas; debe advertirse que por pobres que sean los habitantes de aquel pais, llevan todos largos pendientes adornados de perlas ó de piedras preciosas, y que se consideran gravemente ofendidos al tocárselas. Ciego de cólera el mahometano, no se contentó con el pendiente, sino que hasta le arrancó la parte de la oreja en que estaba aquel suspendido; en vista de semejante ultraje, imperdonable á los ojos de los paravas, púsose todo el pueblo en movimiento. Resueltos estaban los musulmanes á castigar cruelmente aquel acto, cuando se presentó Juan de Santa Cruz, malabaro que habia abrazado el cristianismo, y recibido del rey de Portugal el título de caballero, y aconsejó al oprimido pueblo, que acudiese en su desgracia al Dios de los cristianos, y á la espada de los portugueses. En su virtud, enviaron los paravas una comision á Cochin, á la que Miguel Vay, sacerdote secular de un gran celo, recomendó eficazmente al gefe de su nacion, y escribió así mismo en su favor á Estéban de Gama, á la sazon gobernador de la India; mientras se estaba preparando la espedicion naval destinada á socorrer á los paravas, recibieron sus diputados el bautismo; y reconocidos al consejo de Juan de Santa Cruz, tomaron su nombre, que han continuado llevando desde entonces, particularmente las familias mas distinguidas de entre ellos. Tan pronto como estuvo dispuesta la flota, se embarcaron los diputados con Miguel Vaz y otros sacerdotes, encargados de regenerar á aquellos pobres pescadores, que con tanta docilidad recibieron los principios de la fé, luego de haber sacudido los portugueses el ominoso yugo musulman que pesaba sobre ellos. Mas de veinte mil de ellos fueron bautizados en poco tiempo; pero como no podia procurárseles toda la instruccion necesaria, conservaron los mas sus supersticiones y sus vicios.

Francisco de Melo, nombrado obispo de Goa, murió antes de haber tomado posesion de su silla; sucedióle el bienaventurado Juan de Alburquerque, descendiente de una ilustre casa de Castilla, cuya gloria aumentó con su eminente piedad, y ministro de los franciscanos descalzos de la provincia de Ntra. Sra. de la Piedad en el reino de Portugal. Embarcóse el nuevo prelado de Goa en la flota que conducia á las Indias al gobernador Garcia de Noronha, llevándose con él á Jacobo de Borba, jóven clérigo, conocido ya por su celebridad en el púlpito, y al hermano Vicente de Lac, hombre de muy avanzada edad, que era un gran catequista. Al poco tiempo de haber llegado á Goa Juan de Alburquerque, merecia ya el respeto y la confianza de los indos, merced á la prudencia y dulzura que empleó en la direccion de su diócesis; alentado por los primeros triunfos que obtuvo en el episcopado llamó en su ausilio á diferentes misioneros, pertenecientes los mas á la órden seráfica, á fin de que pudiesen ser en lo sucesivo aquellos triunfos mas rápidos.

Ya anteriormente debia de haber penetrado la órden seráfica en la isla de Ceilan, por poseer en ella los portugueses desde el año 1517 en la ciudad de Colombo, situada en la costa occidental, una factoría que pronto se convirtió en fortaleza. Cualquiera que hubiese sido

empero el establecimiento anterior de los franciscanos en la isla de Ceilan, es lo cierto que habian desaparecido enteramente de ella, puesto que cuando los portugueses decidieron á uno de los reyes de la isla á enviar una embajada á Juan III, lo primero que pidió el embajador al llegar á Lisboa, fueron misioneros para instruir al rey y á su pueblo en la fé cristiana que queria abrazar. En su virtud, se embarcaron para Goa seis hermanos de la Observancia, siendo nombrado su superior el P. Juan de Villecomte; era tal el ardor con que deseaban aquellos religiosos evangelizar el pueblo que imploraba su ausilio, que sin aguardar siquiera al embajador, prosiguieron su camino hasta llegar á Cotta, residencia real situada en medio de un lago, en la que solo se puede penetrar por una calzada larga y estrecha. Dióles el rey audiencia á los tres dias de su llegada, en la que le presentaron los religiosos las cartas de Juan III y del gobernador de la India; si bien les hizo el rey concebir grandes esperanzas de que se convertiria á la fé cristiana, y de que todo el pueblo seguiria su ejemplo, no manifestó sin embargo deseos de realizarlo desde luego. Cuantas veces recordaron al rey el cumplimiento de su palabra, recibieron la misma contestacion, á pesar de haber confundido á los bramas ó sacerdotes, en todas las conferencias públicas que por espacio de quince dias tuvieron con ellos; finalmente, viendo que el rey no trataba de cumplir su promesa, pidiéronle los franciscanos para evangelizar á sus súbditos, y distribuyéndose por los puntos en que podia la proteccion de los portugueses atender mas fácilmente á sus necesidades, dieron principio á su mision. Fundaron los hermanos Menores un colegio en Colombo, que en breve tuvo mas de setenta alumnos, escogidos entre los nuevos convertidos, y que de discípulos pasaron á ser luego escelentes maestros para la enseñanza de la fé.

Fray Antonio de Padron, uno de los seis franciscanos que desde Portugal habian ido á Ceilan, se trasladó con otro hermano á Meliapur, pueblo situado en la costa de Coromandel, para hacer conocer á los idólatras el nombre de Jesucristo, y conducir á los cristianos de Santo Tomás á toda la perfeccion y pureza de la fé católica. Hizo el misionero construir una capilla junto á un pueblo idólatra, no muy distante de Meliapur, cerca del punto en que el cuerpo del apóstol de las Indias permaneció oculto durante tantos siglos, y de la colina en que fué martirizado. Las instrucciones y el ejemplo de Fr. Antonio, convirtieron en breve mas de mil tres cientas almas á la fé de Jesucristo; y como fuese cada dia en aumento el número de las conversiones, formó un convento de franciscanos.

Entretanto, Jacobo de Borba conferenciaba en Goa con Miguel Vaz, vicario general de aquella diócesis, acerca de los obstáculos que se oponian á la conversion de los indígenas; viniendo al fin uno y otro en conocimiento de que era la mayor dificultad que se oponia al logro de sus deseos, el no haber predicadores que hablasen los dialectos de la India. Así pues, procuraron instruir desde luego á un gran número de jóvenes de distintas provincias, á los que se confirió mas tarde el sacerdocio, los cuales al regresar á sus paises respectivos anunciaron el evangelio, de un modo mas eficaz, y que dió muchos mas resultados de los que habria dado, siéndolo por sacerdotes estrangeros. Algunos ricos y piadosos portugueses que prometieron contribuir con una parte de su fortuna á una obra tan santa, formaron una cofradía, bajo el nombre de Santa Fé, cuyo objeto era procurar á los jóvenes de todas las provincias ó reinos de la India, los medios necesarios para llegar á ser apóstoles del evangelio, ó al menos intérpretes de los misioneros que no hablasen su idioma. Aquella cofradía fué erigida el dia 25 de julio de 1541, en la iglesia de Ntra. Sra. de la Luz de la ciudad de Goa; los cofrades tomaron por patrono al doctor de los gentiles, en cuyo honor hicieron construir un altar y un hermoso cuadro que representaba la conversion del insigne apóstol, por lo que recibió aquel colegio el

nombre de San Pablo. De las rentas destinadas anteriormente para la dotacion de los bramanes que servian las pagodas de Goa, se estrajo una cantidad para la construccion de aquel establecimiento, sostenido despues por dádivas ó limosnas particulares. En un principio tuvieron los cofrades la direccion temporal del colegio y los franciscanos quedaron encargados de la parte espiritual del mismo, hasta que como verémos despues, la entregaron á los jesuitas, destinados á la India, bajo el nombre de padres de San Pablo.

Antes de hablar de las primeras misiones de aquella nueva órden religiosa, preciso es decir algo acerca de las relaciones que mediaron entre los portugueses, dueños de una gran parte de la India, y el imperio de Abisinia.

El haberse apoderado entonces los turcos de algunas posesiones inmediatas á las de los abisinios, decidió á la regente Helena á aliarse con los portugueses que, posesionados tambien en la misma India, se hallaban en el caso de poder proteger á los negues contra aquellos terribles adversarios. Covilham, aunque instalado en la corte de Iscander, continuaba viviendo en cierto modo en la de David III, y era el hombre mas á propósito para contratar y hacer que aceptasen los portugueses la alianza que iba á proponérseles. Despues de haber conferenciado la regente con él, confió sus cartas á un mercader armenio, llamado Mateo, hombre inteligente, digno y acostumbrado á recorrer los Estados de Oriente, para atender á los asuntos comerciales de los negues y de los grandes de Abisinia. Habia recorrido Mateo el Cairo, Jerusalen, Ormuz, Ispahan, las Indias Orientales, la costa de Malabar, por ser uno de aquellos factores que pagaban su *caratch* (*capitacion*) al gran señor, para el permiso de ejercer el comercio en su imperio, sin ser espuestos á los insultos y estorsiones que hacian sufrir á los estranjeros los agentes turcos. Un jóven abisinio, que murió durante el viage, era la única persona que acompañaba á Mateo en su importante embajada; debia el antiguo factor prometer verbalmente al rey de Portugal la tercera parte del imperio, caso de que consintiese en mandar una flota al golfo Arábico para llamar la atencion á los turcos, mientras que la regente en persona iria á atacarles por tierra. Dirigióse Mateo á la India, pero, solo despues de tres años de contínuas humillaciones, se le permitió dirigirse á Lisboa en una flota portuguesa. Considerando el rey de Portugal lo muy útil que seria aquella alianza con el Negus, dueño de las costas del mar Rojo, donde podrian procurarse los portugueses todos los socorros y provisiones necesarias al perseguir á las escuadras turcas, colmó á Mateo de honores, y nombró embajador en Abisinia á Eduardo Galvan, que habiendomuerto en la travesía, fué reemplazado por Rodrigo de Lima. Llegó Rodrigo á Arkeko en compañía de Mateo, desde donde pasó inmediatamente al campo de David III; muriendo el armenio antes de llegar á él sin poder por lo mismo dar cuenta del resultado de la mision que le fué confiada. El Negus recibió friamente á Rodrigo de Lima, al que admitió en audiencia en el mes de octubre del año 1520, tanto por encontrar escesivas las promesas que en nombre de la regente habia hecho Mateo al rey de Portugal, como por ver su poder mucho mas asegurado; y finalmente, por la arrogancia y brusca conducta del embajador portugués; así es que, dejó trascurrir seis años sin dar al monarca portugués contestacion alguna. Sin embargo, no dejaba por ello la alianza aparente, formada entre los abisinios y los portugueses, de causar algun recelo á los mahometanos, quienes al fin resolvieron vengarse. Durante la dominacion de los mamelucos, antes de conquistar Selim el Egipto y la Arabia, acostumbraba salir de Abisinia anualmente una carabana para Jerusalen, la cual fué esterminada por los infieles en el año 1525, y desde cuya época interrumpieron los cristianos toda comunicacion con los turcos por la parte del desierto. Además, pensaba Selim, despues de haber sometido la Arabia, conquistar la orilla opuesta del mar Rojo, á fin de impedir que los abisinios fuesen dueños de con-

ceder á los portugueses una isla ó puerto, desde el cual pudiesen amenazar á la Meca é impedir la navegacion de las galeras turcas, en el estremo del golfo arábico. Tal era la situacion del imperio de Abisinia, cuando David hizo nuevas proposiciones al rey de Portugal, por medio de su enviado Rodrigo de Lima, en el año 1526, haciendo acompañar al embajador por Zaga-Zaab, monge abisinio, que habia aprendido la lengua portuguesa. Mientras que David enviaba aquel representante cerca de la corte de Lisboa, nombraba tambien á Francisco Alvarez para que le representase cerca del papa Clemente VII. Juntos llegaron á Portugal los tres embajadores el año 1527; pero solo á los cinco años, ó sea en 1532, pudo Alvarez pasar á Bolonia, donde Clemente VII iba á coronar á Cárlos V. Besó, en nombre de David, los piés al pontífice romano, le presentó las cartas del príncipe y le dirigió un discurso bastante notable. Juan Bermudez, médico de Rodrigo de Lima, que se quedó en Abisinia al salir aquel para Portugal, obtuvo hasta tal punto el favor de David, que á instancias de este llegó á suceder al abuna Márcos, por no estar ya este en relaciones con el Cairo desde la invasion de los turcos, cuyo cargo aceptó Bermudez, con tal que fuese reconocido por el papa. Los desastres que esperimentó la Abisinia, atacada á la vez por los mahometanos y por los judíos, obligaron á David á pedir ausilio á los príncipes cristianos; por lo que Bermudez, su embajador, en lugar de tomar el camino de la India y el del Cabo de Buena-Esperanza, atravesó el mar Rojo y la Palestina para dirigirse á Roma. Paulo III, que ocupaba á la sazon la silla de S. Pedro, nombró á Bermudez patriarca de Alejandría; despues de haber recibido aquella dignidad, partió el nuevo prelado para Lisboa, donde encontró á Zaga-Zaab, el cual, como llevase en Portugal una vida mas agradable y tranquila que en su patria, procuraba prolongar en lo posible la mision que le habia sido confiada. Pero mas celoso Bermudez, obtuvo del rey el ausilio que iba á pedirle, y volvió á embarcarse desde luego para la India, acompañado de Zaga-Zaab. Estéban de Gama, penetró en el mar Rojo con una escuadra, y desembarcó en las costas de Abisinia un cuerpo de tropas escogidas, mandado por su hermano Cristóbal; á aquel refuerzo, llegado tan á tiempo, fueron debidas las primeras derrotas que sufrieron los musulmanes en el año 1542, así como tambien las victorias posteriores que aseguraron la corona en las sienes de Claudio, sucesor de David. De este modo fué libertada la Abisinia por el celo del patriarca católico, sin que bastáran no obstante sus esfuerzos ni los de los jesuitas, á hacerla volver al seno de la unidad católica.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

CAPÍTULO I.

Primeras misiones de los jesuitas. — S. Francisco Javier, apostol de las Indias.

A pesar de que el clero secular y regular procuraba misioneros á todas las partes del mundo, y de que los franciscanos, los dominicos, agustinos, mercenarios, etc., difundian con el mayor celo la antorcha de la fé en las Indias orientales y en América, cuyas puertas habian abierto los portugueses y los españoles, en aquellos puntos en que fijaron su dominacion é influjo, era no obstante el número de obreros desproporcionado á la inmensidad de su tarea. Pero Dios en su misericordia, hizo brotar una nueva órden religiosa, cuya profesion no solo debia ser combatir al vicio y la heregía, agregándose bajo la bandera de Jesucristo, lo que le valió el glorioso nombre de Compañía de Jesus, si que tambien dirigirse á todos los puntos donde el supremo gefe de la Iglesia la enviase, para trabajar en la salvacion de las almas. De esta manera el ejército apostólico, cuyas conquistas, aunque en parte realizadas, abrazaban ya el universo, fué aumentado por nuevos y ardorosos adalides, dirigidos por el ilustre español S. Ignacio de Loyola.

Emulo de S. Francisco de Asis y de Sto. Domingo, Ignacio quiso desde luego evangelizar á los infieles. Cuando en el año 1523 visitó la Tierra Santa, no sabia salir de allí, y no pensaba mas que en convertir á los musulmanes; pero revestido el guardian de Monte-Sion de una suprema autoridad sobre todos los peregrinos, le obligó á renunciar á su designio, y regresó á Europa en el mes de enero del año 1524. Diez años despues, el dia de la Asuncion del año 1534, en la capilla subterránea de Montmartre, cerca de Paris, donde fué decapitado S. Dionisio, apóstol de Francia, Ignacio y sus seis primeros compañeros, hicieron el voto de ir á predicar el evangelio á la Palestina, ó bien sino era esto posible, pasar á ofrecer sus servicios al vicario de Jesucristo, para trabajar en la mayor honra y gloria de Dios, del modo que aquel creyese mas oportuno y conveniente. (Pl. LVI, n.° 1.) Habiendo el emperador y los venecianos declarado la guerra á los turcos, fué imposible á los siervos de Dios trasladarse á Palestina, por lo que se pusieron á disposicion del pontífice romano, quien por su bula de 27 de setiembre del año 1540, aprobó el instituto de la Compañía de Jesus. Ya de antemano Juan III, rey de Portugal, habia pedido á S. Ignacio obreros evangélicos, y en su virtud, obtuvo que se le enviase á Simon Rodriguez, que se quedó en Portugal, y á Francisco Javier, que se embarcó para las Indias, de cuyo pais mereció el nombre de apóstol.

Nació aquel taumaturgo español el dia 7 de abril del año 1506, en el castillo de Xarier, Navarra, á ocho leguas de Pamplona. Su padre Juan de Jasso, era uno de los principales consejeros de Estado de Juan de Albret, tercero de su nombre, rey de Navarra. Su madre era heredera de las ilustres casas





e Adpilcueta y de Xarier. Tuvieron estos onsortes muchos hijos, de los que llevaba el rimogénito el nombre de Azpilcueta, y á 'rancisco, el mas jóven de todos, se le dió l de Javier. Cuando llegó á los diez y ocho ños, le mandaron á la universidad de Paris, eputada entonces como la primera del mun-o. Entró en el colegio de Santa Bárbara, y ué graduado despues de terminar su curso de ïsolofía, enseñando él mismo esta ciencia en l colegio de Beauvais, sin dejar por eso de abitar en el de Santa Bárbara. Al ir á su vez Paris S. Ignacio, en el año 1528, entró le pensionario en la misma casa, en la que ivió en compañía de Pedro Le Fèvre y Fran-isco Javier. Poco le costó asociar á sus miras l primero, que no tenia apego alguno al nundo; pero lleno el segundo de ambiciosas deas, se le resistió en un principio, hasta jue despues de violentos combates, Francis-o no pudo resistir á las impresiones de la gracia; y la humildad de la cruz, fué ya pa-a él preferible á todas las glorias y grande-as de la tierra. Estaba estudiando teología, uando hizo en Montmartre el 15 de agosto lel año 1534, el voto de que ya hemos ha-lado; y terminado su curso, partió con ocho ompañeros mas el 15 de noviembre del ño 1336 para Venecia, donde S. Ignacio le guardaba. A pesar de los rigores del invier-10, atravesó Francisco á pié toda la Alema-ia, y en espiacion del placer que en otro iempo le causaba su agilidad en la carrera, e ató con cuerdas los brazos y los muslos; nflamóle el movimiento los muslos, de mo-lo, que las cuerdas se le habian introducido n las carnes, hasta perderse de vista. Lla-móse á un cirujano, el cual declaró ser el nal incurable, y muy peligroso el hacer inci-ion alguna, porque solo serviria para enco-ar mas las heridas. A tan triste augurio, se pusieron en oracion los compañeros de Fran-isco, y á la mañana siguiente, vieron con orpresa que las cuerdas se habian caido, y jue los miembros estaban sanos. Llegado á Venecia, asistió á los enfermos del hospital de incurables. Uno de estos tenia una úlcera tan horrible y asquerosa, que le causaba repugnancia el aproximarse á él; pero aprovechando la ocasion de hacer un heróico sacrificio, acercó su boca á la úlcera y chupó el pus que despedia, cesando en él desde luego toda repugnancia; este triunfo sobre sí mismo, bastaba á demostrar por sí solo el heroismo de aquella alma cristiana. S. Ignacio mandó sus campeones á Roma, á fin de solicitar antes de su marcha á Tierra Santa, la bendicion de Paulo III. Habiendo autorizado el papa á los miembros de la Compañía, que aun no habian recibido las órdenes sagradas, para obtenerlas de manos de cualquier obispo católico, Francisco fué ordenado sacerdote en Venecia, el 24 de junio del año 1537, haciendo al igual que sus compañeros, los votos de castidad, pobreza y obediencia, en manos del nuncio. Despues de haberse retirado por espacio de cuarenta dias en una choza abandonada, donde dormia en el suelo sin alimentarse mas que de lo que de puerta en puerta mendigaba, celebró su primera misa en Vicenza, con tanta ternura y lágrimas, que hizo llorar á todos los asistentes; luego ejerció su ministerio de ardiente caridad en Bolonia. San Ignacio le llamó en el año 1538 á Roma, porque la guerra contra los turcos era un obstáculo para su viage á Tierra Santa; y el papa, que aceptó los servicios de los miembros de la Compañía, les mandó predicar en la ciudad santa. Francisco hizo admirar su celo en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso*. El portugués Govea, poco antes superior del colegio de Santa Bárbara en Paris, y entonces misionero en Roma, escribió á Juan III manifestándole, que aquellos hombres tan esclarecidos, activos y celosos, serian los mas apropósito para estender la fé cristiana en las Indias. El rey encargó en seguida á su embajador en Roma, Pedro Mascareñas, que le procurase algunos de aquellos obreros apostólicos; pero S. Ignacio no pudo concederle mas que dos: Simon Rodriguez, portugués, que marchó en seguida para Lisboa, y Nicolás

Bobadilla, español, que debia aguardar al embajador. Habiendo caido enfermo Bobadilla la víspera misma de su salida, dispuso la Providencia que le sustituyese Francisco Javier, quien recibiendo la bendicion de Paulo III, salió de Roma con Mascareñas, el dia 16 de marzo del año 1540, dejando en manos del P. Lainez un acta firmada, en la que declaraba que de antemano aprobaba la regla y constituciones que formulase S. Ignacio, y que desde luego se consagraba á Dios, por los votos de castidad, pobreza y predicacion en la Compañía de Jesus, para cuando la santa sede la hubiera erigido en órden religioso. Hizo el viage por tierra, atravesó los Alpes y los Pirineos, y al llegar á Pamplona, proponiéndole el embajador que visitase el castillo de Xarier, para despedirse de su madre, contestó generosamente, que ya la veria cuando estuviese en el cielo. Llegado á Lisboa, se reunió con Rodriguez en el hospital, donde aquel estaba alojado. El bien espiritual que ambos jesuitas hicieron en la capital, inclinó á Juan III á retenerlos en ella, accediendo al fin únicamente á que Javier fuese solo á las Indias. En el momento de su partida el rey entregó cuatro breves apostólicos al misionero. En los dos primeros, el papa instituia á Javier nuncio apostólico, confiriéndole los mas ámplios poderes; en el tercero le recomendaba á David, rey de Abisinia, y en el cuarto, á los demás príncipes orientales. Rehusando toda especie de provisiones, Francisco no se hizo mas que con algunos libros de piedad, destinados al uso de los nuevos convertidos. Rehusó llevar un criado que se le proponia, diciendo que era suficiente para servirse á sí mismo; y á los que le hacian presente que seria indecoroso y poco decente que un nuncio de la santa sede, se hiciese á sí propio la comida y se lavase la ropa, contestó que no creia causar ningun escándalo, con tal que lo hiciese bien. Salió pues de Lisboa acompañado del P. Pablo Camesino, italiano, y del P. Francisco Mausilla, portugués, que aun no era sacerdote. El P. Simon Rodriguez, les siguió hasta el buque, y Javier, al abrazarle, le dijo: « Ahora para vuestro consuelo, quiero deciros un secreto, que hasta el presente habia tenido oculto. Sin duda recordareis aquella noche en que estando en el hospital de Roma, me oisteis esclamar: « ¡ Aun mas Señor, aun mas! » Cuantas veces me habeis preguntado lo que significaban aquellas palabras, os he dicho que no os paraseis mas en ellas; pues bien, sabed, que en sueños ó despierto, ví todo cuanto he de sufrir por la gloria de Jesucristo. El placer que sentí al ver aquellos sufrimientos, me hizo esclamar: « ¡ Aun mas, Señor, aun mas todavia! Espero que la divina bondad me concederá en las Indias, lo que me ha mostrado en Italia, y que serán muy luego satisfechos los deseos que me ha inspirado. » El 7 de abril del año 1541, dia de su cumpleaños, se embarcó Javier á los treinta y seis de su edad. La flota se hizo á la vela bajo el mando de Martin Alfonso de Soura, que quiso llevar al Santo á bordo.

El buque del virey llevaba cerca de mil personas, á las que Francisco consideró como un rebaño confiado á su paternal solicitud. Todos los dias predicaba al pié del palo mayor, cuidaba de los enfermos, y los trasladaba á su cámara que convirtió en enfermería; dormia sobre cubierta, y vivió de limosnas durante el viage. En vano el virey le invitó en su mesa ó á que aceptase al menos lo que le enviaba para su alimento; á lo que contestaba siempre que habia hecho voto de pobreza, y que debia cumplirle exactamente. Obligado á veces á recibir los platos que el virey le enviaba, los repartia entre aquellos que creia tener mas necesidad. Dispuesto siempre á reprimir toda clase de desórdenes, acallaba las murmuraciones, cortaba las disputas, y en lo posible impedia los juramentos, las blasfemias, y el juego. Si presenciaba alguna mala accion, reprendia á los culpables con una autoridad irresistible, siendo tales su celo y su dulzura, que nadie se daba por ofendido. Los insoportables frios del Cabo Verde, los escesivos calores de Guinea, y la putrefaccion del agua

lulce y de la carne, produjeron graves enfermedades, que procuraron á Javier la ocasion le atender con incansable caridad á las necesidades corporales y espirituales de toda la tribulacion. La flota invernó en Mozambique, londe los portugueses tenian algunos establecimientos, y los dominicos un gran hospital. El aire de aquel pais es mal sano, cayendo Francisco enfermo de bastante gravedad; mas restablecida su salud, se reembarcó el 13 de marzo del año 1542, y llegó muy luego á Melinda. Estaba resuelto á predicar allí la religion católica para demostrar lo absurdo del islamismo, cuando uno de los principales mahometanos se le adelantó preguntándole si habia mas piedad en Europa que en Melinda; añadiéndole, que allí de diez y siete mezquitas que habia, catorce estaban abandonadas, y poco frecuentadas las tres restantes: al ver Javier tanta supersticion, partió desde luego, lamentándose de la ceguedad de aquel pueblo. La flota siguió su rumbo hácia la isla de Socotora, situada frente al estrecho de la Meca. El franciscano Antonio Laurier ya habia evangelizado esta isla, abandonada por los portugueses, desde el año 1506 al 1510. Francisco, que encontró allí rastros del cristianismo, aunque desfigurado, no pudo menos de derramar lágrimas al tener que abandonar un pueblo dispuesto á recibir sus instrucciones. Los socotorinos le acompañaron hasta el buque rogándole que no dejase de visitarles. Por último, entró en el puerto de Goa el 6 de mayo del año 1542, á los trece meses de su salida de Lisboa.

«El año 1542, dice el jesuita Lafiteau, debe ser considerado como una de las épocas mas célebres que Dios marcó en los decretos de su misericordia, puesto que en él apareció en aquellas regiones infieles, en la persona de S. Francisco Javier el luminoso astro que debia alumbrarlas, y disipar en ellas las sombras de la muerte. Admirable fué la disposicion de la divina Providencia, puesto que así como permitió al gran Alburquerque conquistar en diez años aquel Nuevo-Mundo, y echar en él los cimientos del Impèrio portugués, quiso que en igual número de años estableciese allí el gran Javier el imperio de Jesucristo, obrando en él todos los milagros.

Luego de saltar en tierra, se fué Javier como de costumbre, á hospedarse en el hospital, sin querer empero ejercer allí funcion alguna, hasta haber visto á Juan de Alburquerque, obispo de Goa. Le presentó los breves del papa, pidiendo su aprobacion para hacer uso de ellos, y se arrojó á sus piés implorando su bendicion. Sorprendido el prelado al ver la modestia y santidad del misionero, le hizo levantar en seguida; y despues de haber llevado á sus lábios con el mayor respeto los breves del pontífice romano, le prometió ayudarle en todo con su autoridad episcopal, promesa que fué fielmente cumplida.

Para atraer el celeste rocío sobre el campo abierto á su celo, Francisco pasó en oracion la mayor parte de aquella primera noche. Sus lágrimas corrieron en abundancia, al considerar el deplorable estado de la religion en aquel pais. Entregados á la ambicion y á sus desordenadas costumbres, los portugueses habian casi olvidado los sentimientos religiosos; los sacramentos no se frecuentaban; las iglesias estaban desiertas, y se miraban con el mayor desprecio, las exhortaciones, ruegos, y hasta amenazas del prelado. Francisco conoció desde luego, que la vida escandalosa de los cristianos, era un grande obstáculo para la conversion de los idólatras, y así comenzó su mision por los primeros. Empleaba la mañana en asistir á los enfermos de los hospitales, y visitar los presos de las cárceles, y recorria despues las calles de Goa tocando una campanilla, para avisar con su sonido á los padres y señores, para que enviasen sus hijos y esclavos á la escuela de la doctrina cristiana ó catequística, favor que pedia por amor de Dios (Pl. LVI, n.º 2). Los niños le seguian detrás, y les llevaba á la iglesia, donde les enseñaba el credo, los mandamientos, y prácticas del cristianismo; llegando á inspirar á aquellos tiernos niños tales sentimientos de piedad,

modestia y devocion, que su solo ejemplo cambió muy pronto el aspecto moral de la ciudad. Al poco tiempo ya predicó en público, y fué recorriendo las casas particulares, hablando con dulzura y caridad á los mas endurecidos en el vicio, los cuales, arrepintiéndose de sus pasados escesos, se arrojaban á los piés del santo para que les confesase. Cesaron los contratos usurarios y las ganancias ilícitas; fueron puestos en libertad los esclavos injustamente adquiridos; los concubinarios abandonaron sus cómplices, caso de no ser posible casarse; el órden y la decencia renacieron en las familias, y la reforma de costumbres en Goa, dió á conocer cuanto se podia esperar de semejante siervo de Dios.

Habiendo hablado á Francisco el vicario general del obispo, Miguel Vaz, acerca de la conversion incompleta de los paravas, en la costa de la Pesquería, se encargó aquel de evangelizarlos con tanto mas gusto, cuanto que ya tenia algun conocimiento del idioma malabar que se usaba en aquella costa. Dejando al P. Camesino en el colegio de San Pablo, para ayudar al franciscano Santiago Borba, y llevando consigo al P. Francisco Mansilla y á otros dos eclesiásticos de Goa, que entendian el malabar, se embarcó en octubre del año 1542 y tomó tierra en el Cabo de Comerin. Dió principio al ejercicio de su ministerio en una aldea llena de idólatras, á quienes predicó las verdades de la fé, y á pesar de que le contestasen aquellos infieles, que ellos no podian cambiar de religion, sin el asentimiento del soberano del pais, no pudo su indiferencia resistir á la fuerza de los milagros que Dios obró por medio de su siervo. Una muger que iba de parto sufriendo horriblemente por espacio de tres dias, y para la que no se encontraba remedio alguno, fué instruida por Javier, y en cuanto declaró que creia en Jesucristo y fué bautizada, dejó de sufrir desde luego y salió del apuro con toda felicidad. Semejante milagro convirtió no solamente á su familia, sino á los principales habitantes del pueblo, y habiendo permitido el príncipe el libre ejercicio del cristianismo, todos sus habitantes se hicieron instruir y bautizar. Alentado por tan feliz ensayo, Francisco fué á la costa de la Pesqueria, situada al sud-este, y dirigiéndose desde luego á los paravas, que ya habian recibido el bautismo, les enseñó la doctrina cristiana, y para obtener mas fruto, se dedicó á poseer bien el idioma malabar. A fuerza de trabajo, tradujo á aquella lengua el credo, los mandamientos, el Padrenuestro, el Ave-María, el *Confiteor*, la *Salve Regina*, y por último todo el catecismo. Aprendió de memoria toda esta traduccion, y con la campanilla en la mano, recorrió todas las aldeas reuniendo á cuantos niños y adultos podia, recomendando sobre todo á aquellos que repitiesen cuanto habian aprendido á sus padres, á sus criados y vecinos. Todos los domingos enseñaba la doctrina en la capilla, y hacia recitar á los neófitos las oraciones acostumbradas entre los cristianos, esplicándoles minuciosamente los artículos del símbolo, los mandamientos y demás principales puntos de la moral de Jesucristo; y para mejor fijar la atencion de los niños, les hacia repetir juntamente con él, una oracion corta despues de cada respuesta del catecismo. Por este medio, pudo formar en breve catequistas que sirvieron de mucho para completar las conversiones que él dejaba comenzadas. El fervor de esta cristiandad naciente fué admirable, y tan grande el número de los que recibieron el bautismo, que Javier á fuerza de administrar aquel sacramento, acababa por no poder levantar los brazos de cansancio. Para vencer la obstinacion de algunos que no abrian sus ojos á la luz del evangelio, permitió Dios que las enfermedades fuesen mas frecuentes de lo que lo habian sido antes, en la costa de Pesqueria. Todos acudian á Francisco, ó para ser ellos mismos curados, ó para que lo fuesen sus amigos ó parientes: todos los enfermos que recibian el bautismo é invocaban con fé el nombre de Jesucristo, recobraban inmediatamente la salud. Muchas veces el santo mandaba en su lugar á jóvenes

eófitos, con su crucifijo, su rosario y su re-cario, con los que tocando á los enfermos y ecitando juntamente con ellos la oracion do-ainical, el símbolo y el decálogo, no bien cababan de protestar que querian ser bauti-ados, y ya se encontraban de repente sa-os y restablecidos. El celo y la santidad del aisionero le hicieron respetable aun para los aismos brahmas, sin que por esto, por mo-vos de su particular interés, dejasen de ponerse al progreso del evangelio. Ni las re-etidas conferencias que estos ministros del rror tuvieron con Francisco Javier, ni la in-udable verdad de los milagros que á su vista bró, particularmente el de la resurreccion de uatro muertos, lograron ablandar su corazon. a codicia cerró sus ojos á la luz. A todo esto nia Javier las austeridades mayores de la pe-itencia; su alimento era el de los mas po-res, sin comer mas que arroz y beber agua lara. Dormia á lo mas tres horas, acostán-ose en el suelo en una cabaña de pescado-es. Los colchones que le fueron enviados de ioa, los repartió á los pobres mas necesi-ados.

La mies recogida y preparada desde el mes e noviembre del año 1542 hasta diciembre el año siguiente, era tan abundante que creyó avier necesario regresar á Goa para procu-ar nuevos operarios. Entonces fué cuando los undadores del colegio de S. Pablo, instituido ara la educacion de los jóvenes indos, con-iaron á Javier su direccion, que aceptó el póstol para ejecutar en él obras importantes, y ormar nuevos reglamentos para la mejor edu-acion cristiana de los niños; dejó luego su ul-erior gobierno á los miembros de su compa-ía que pasaron despues á la India, por lo ue fueron en esta ocasion llamados como ya emos dicho: *Padres de San Pablo ó Paulis-as*. Dividió el recinto del colegio en dos par-es. En una de ellas se recibia á los niños, ya nteramente indígenas ó ya nacidos de un por-ugués y una inda, donde permanecian hasta a edad de quince años; vestian ropon blanco on cruces encarnadas en el pecho. Se les enseñaban con esmero los principios de la fé, de donde les vino el nombre de *Hijos de la doctrina cristiana.* Los que no se aprovechaban en los estudios, y que no se sentian inclinados al estado eclesiástico, salian de allí para aplicarse á un oficio que les procurase medios de subsistencia; por el contrario, aquellos cuya capacidad y virtud los hacian aptos para el sacerdocio pasaban al segundo departamento, donde aprendian latin, filosofía y teología, acostumbrándoseles á los diferentes ejercicios del sagrado ministerio. Tal fué el principio del colegio de Goa, del que procedieron como otras tantas colonias los demás colegios ó residencias que los jesuitas tuvieron en la India, de modo, que todo el bien procurado por estos religiosos en Oriente, fué en gran parte debido á la importancia de la fundacion de aquel primer colegio de Goa, puesto que, no solo salieron de él los agentes espirituales llamados á la conversion de las almas, sino hasta los ausilios materiales para el sosten de los misioneros.

En febrero del año de 1544, reapareció Javier entre los paravos con otros tres sacerdotes seculares, uno español y los otros dos indos, á quienes destinó á distintos puntos. El P. Francisco Mausilla, trabajó tambien en la costa de la Pesqueria. Asegurada á los paravas la asistencia de cuatro misioneros, Javier pasó al reino de Travaneor, limitado al norte por los estados del Samorin; al este, por el Madura, y al oeste y mediodía, por el mar. Desde el Cabo de Comorin, la costa de Travaneor se estiende hácia occidente unas treinta leguas. En el espacio solo de un mes bautizó allí el misionero por sus propias manos hasta diez mil idólatras, y en cierta ocasion, un pueblo entero recibió el bautismo en un dia.

Internóse mas y mas en el pais, pero como no sabia la lengua se limitó únicamente á bautizar los niños y asistir á los enfermos que por señas le manifestaban su estado; mientras que ejercitaba así su celo, Dios le concedió el don de conocer todas las lenguas, así que, sin

haberle jamás aprendido, habló á los indígenas en su propio idioma, y se hizo entender de ellos sin necesidad de intérprete. Cinco ó seis mil personas se reunieron á veces para oir sus sermones; sus conquistas espirituales le suscitaron la persecucion de los bracmanes, que le tendieron lazos y emplearon diferentes medios para quitarle la vida; pero haciéndoles Dios inútiles todos sus esfuerzos, conservó ileso el instrumento de sus misericordias. Encontrábase Francisco en el reino de Travaneor, cuando los badages hicieron en él una incursion. El misionero, puesto al frente de algunos cristianos fervorosos y llevando en su mano un crucifijo, se adelantó hácia el enemigo á quien intimó de parte de Dios, que lejos de avanzar, se volviese atrás. El tono de autoridad con que pronunció estas palabras, llenó á los gefes de terror, y ellos y su tropa quedaron mudos é inmóviles, y retirándose despues en desórden abandonaron el pais. Este suceso aseguró al Santo la proteccion del rey de Travaneor. «Yo me llamo, le dijo, el gran Monarca, en adelante vos sereis el gran Padre.» Si este príncipe no se decidió al fin á renunciar á los dioses que legitimaban sus pasiones, al menos quiso que su pueblo obedeciese al misionero como á su misma persona Predicando Javier en Colam, cerca del Cabo de Comorin, ciudad antes evangelizada por el P. dominico Rodriguez, notó que los idólatras prestaban poca atencion á sus discursos, por lo que pidió á Dios que ablandase sus corazones, y que no permitiese que la sangre de Jesucristo se hubiese inútilmente derramado para ellos. En seguida hizo abrir un sepulcro donde el dia anterior habia sido sepultado un difunto. Los que estaban presentes confesaron no solo que aquel cuerpo estaba privado de vida, sino que ya habia comenzado el estado de corrupcion y daba mal olor. El Santo se puso de rodillas, y despues de una corta oracion, mandó al muerto, en nombre de Dios Todopoderoso, que volviese á la vida. En el instante el difunto resucitó y se levantó lleno de fuerza y salud (Pl. LVII, n.° 1.) Conmovidos con este prodigio los idólatras, se postraron á los piés del Santo y le pidieron el bautismo. En aquella misma costa, Javier resucitó á un jóven cristiano á quien llevaban á enterrar, y al verle sus parientes restituido á la vida, hicieron elevar una gran cruz en el sitio mismo donde se verificó el milagro. Estos y otros portentosos prodigios afectaron de tal manera al pueblo, que el reino de Travancor se hizo todo cristiano en pocos meses; el rey y los indos que estaban cerca de su persona fueron los únicos que permanecieron en las tinieblas de la idolatría.

Por todas las Indias se estendió ya la reputacion de Javier y por do quiera le reclamaban los idólatras para que les instruyese y bautizase. Viendo esto, escribió á S. Ignacio, en Italia, y al P. Simon Rodriguez, pidiéndoles obreros evangélicos. En el transporte del celo que le inflamaba, hubiera querido cambiar en misioneros los doctores de todas las universidades de Europa. «Muchas veces me ha ocurrido la idea, decia en una carta, de recorrer las mas célebres academias de Europa, particularmente la de Paris, á fin de invitar con todas mis fuerzas á sus profesores, hombres de mas saber que caridad, diciéndoles: «¡Ah! cuantas almas pierde el cielo y caen en los infiernos por culpa vuestra!» Cuántos habria que si pensasen en ello, se dedicarian á la meditacion de las cosas celestiales para escuchar la voz del Señor; como entonces renunciarian á sus pasiones y hollando las vanidades de la tierra, se pondrian en situacion de seguir los movimientos de la voluntad divina, diciendo con todo su corazon: «Hédme aquí, Señor, mandadme donde mas os agrade.» ¡Cuánto mas satisfechos se verian estos sábios, y con cuánta mas tranquilidad aguardarian el postrer momento de la vida y el primero de la eternidad!... Millones de idólatras se convertirian á la fé si fuesen mas las personas que buscasen, no sus propios intereses, sino los de Jesucristo.»

Francisco recibió á unos enviados de la isla de Manar, á la que un estrecho canal separa





Ceilan, cuyos habitantes le pedian el bau-
no con las mayores instancias. Como á la
on no podia alejarse del reino de Travaneor
de le era preciso consolidar la fé de los
tianos, envió á los manareses, uno de los
ioneros de la costa de la Pesqueria. El rey
Djafanapatam, de quien dependia el de Ma-
, no bien supo los grandes progresos que
hacia el cristianismo, atacó con sus tropas
s manareses, se apoderó de seiscientos ó
cientos cristianos, y amenazándoles con la
erte si no dejaban de serlo, prefirieron el
tirio á la apostasía. Wadingo, si bien equi-
adamente atribuye á los franciscanos la con-
sion de aquellos isleños en los que se ensañó
rueldad del rey de Djafanapatam, añade
razon, que muchos de aquellos cristianos
seguidos, habiéndose refugiado al conti-
e, Juan de Alburquerque, obispo de Goa,
inistró el bautismo á un hermano mayor
perseguidor, ilustre neófito, que aun no le
a recibido. El prelado dió el nombre de
nso á aquel príncipe que perseveró cons-
emente en la fé.

[alllándose en Cambaya el gobernador de la
a portuguesa, Martin Alfonso de Souza,
er se avistó con él para suplicarle que re-
iese las injustas tropelías del rey de Dja-
patam. En aquella misma época, el hijo
or del rey de Caudy, otro soberano de
la de Ceilan, que, instruido por un co-
iante portugués, queria abrazar el cris-
smo, fué muerto por su mismo padre,
biendo así el bautismo de sangre en lugar
lel agua. El comerciante, á quien debia
ártir el inestimable tesoro de la fé, pro-
adquirir su cuerpo y le sepultó con to-
pompa posible. En el instante apareció
e la tumba del príncipe una cruz de su
a longitud, tan bien formada como si
ese sido obra de un hábil artista. Los
tras y los mahometanos, irreconciliables
iigos del sagrado signo de la redencion,
ron de borrarla, llenando de tierra la parte
epulcro que se habia hundido en forma de
, pero por mas tierra que echasen no lograban llenar nunca el vacío; apareciendo al propio tiempo otra cruz luminosa enteramente igual en el firmamento. Muchos idólatras asombrados con este doble prodigio se convirtieron, y sin ser mas que catecúmenos, se trocaron en ardientes predicadores de la fé. El hijo segundo del rey de Caudy, presunto heredero de la corona por el martirio del mayor, recibió secretamente el bautismo, y con la ayuda del comerciante portugués, ya citado, pudo trasladarse á Goa, y vivir allí como cristiano, de lo que hace mencion Javier en una de sus cartas, fechada en Cochin, en el año 1545.

Mientras estaba Francisco en Cochin, conferenció varias veces con el vicario general del obispo de Goa, Miguel Vaz, sobre el mejor medio de remediar los desórdenes de los portugueses que tanto perjudicaban á la propagacion de la fé. Por consejo del santo, el vicario, se determinó ir á Portugal, á fin de instruir á Juan III de cuanto pasaba, dándole una carta para aquel soberano á quien suplicaba que emplease todo su poder en procurar la mayor gloria de Dios. «Ruego á V. M., decia, por el ardiente celo que demuestra por la gloria de Dios, y por el cuidado que ha tenido siempre de su salvacion eterna, que, mande á este pais un ministro activo y de carácter, para que se consagre á la conversion de las almas, el cual debe obrar con entera independencia de los encargados de vuestras rentas, y no dejarse seducir por esos políticos cuyas ambiciosas miras únicamente se limitan á la utilidad del Estado; que V. M. compare las cantidades de oro y plata que entren en su tesoro con los gastos que este emplea en ventaja de la religion, y de este cotejo resultará la proporcion que existe entre la que Dios dá á V. M. y lo que de esto se emplea en el mas sagrado de los objetos, resultando quizá de esta comparacion los inmensos bienes con que la liberalidad divina os colma y la escasa porcion de los que de ellos concedeis á Dios.» El vicario general salió de Cochin en enero del año 1545, y en marzo de 1546 ya estaba de vuelta con una carta de Juan III, dirigida

á Juan de Castro, gobernador entonces de las Indias. Las órdenes que esta carta contenia, nos dan á conocer los abusos graves de que se quejaba Javier al soberano. «Juan, rey á Juan de Castro gobernador de la India, su amigo, salud. La idolatría, como no ignorais, es tan gran pecado, que he resuelto no sufrirla mas en mis Estados. Sin embargo, he sabido que en la provincia de Goa existen aun templos públicos y particulares donde se sacrifica á los ídolos y se celebran con toda libertad los juegos y las solemnidades de los paganos. Os mando en su consecuencia, de la manera mas esplícita y absoluta, que donde quiera que encontreis ídolos, de cualquiera clase que sean, los mandeis destruir al punto, prohibiendo, bajo las mas severas penas, que se fabriquen otros de cualquiera materia que sea, ó que se introduzcan, traidos de otra parte; como así mismo que se celebren en ningun punto de mis dominios fuegos, ceremonias ó fiestas en honor de aquellos sacrificios, ni que se reciba ni favorezca en manera alguna á los bracmanes, siendo como son los primeros impostores y mayores enemigos de las puras verdades del evangelio; y si alguno se atreve á contravenir á estas mis disposiciones, que sea al punto castigado; como está permitido atraer por todos los medios á los pueblos al verdadero culto y á la adoracion de un solo y verdadero Dios, no solamente por la esperanza de los bienes de la vida futura, sino por las ventajas de la vida presente, cuidareis de que las exenciones de tributos, los cargos públicos y demás empleos lucrativos que hasta aquí se han concedido á los idólatras, se den con preferencia á los nuevos cristianos; y por el contrario, que en vez de emplear en el servicio de mis flotas á toda clase de indios, queden esceptuados de esta carga los cristianos, y si es preciso alguna vez echar mano de ellos, que se les pague su justo salario. Sobre todos estos puntos os pondreis de acuerdo con Miguel Vaz, á quien he encontrado apto para los negocios del Estado, y ardiente y celoso para la propagacion de la fé. A mas de esto, he sabido con el mas vivo dolor, que hay portugueses, que compran á vil precio esclavos, que con la mayor facilidad se les pudiera atraer al cristianismo, si permaneciesen entre los cristianos; pero sin inquietarse en lo mas mínimo por la pérdida de sus almas; esos comerciantes los venden á los mahometanos é idólatras para reportar mas lucro. Tendreis especial cuidado de que ningun esclavo pueda en adelante venderse sino á un comprador cristiano. Dedicaos tambien á reprimir la usura, que sabemos está autorizada por una disposicion de las ordenanzas de Goa, disposicion que debe desaparecer muy luego. Disponed que se construya una iglesia con la advocacion de S. José en la ciudad de Bacaim (en el reino de Cambaya), y asignad fondos suficientes para un sacerdote que la sirva, y que los tres mil pardaos (1), que cada año pagan los idólatras y mahometanos por sus templos y profanas ceremonias se apliquen á remunerar á los que predican las verdades evangélicas y á enseñarles los caminos de salvacion; que el vicario de Chaul (costa de Malabar) separe anualmente de los tributos trescientas medidas de arroz para los nuevos cristianos que ha instruido Miguel Vaz, y para los demás que se conviertan despues. Tambien se nos ha dicho que los mercaderes portugueses, despreciando los convenios asentados con los cristianos de Santo-Tomás, que venden la pimienta en el reino de Cochin, les engañan en el peso, precio, y calidad del género, lo que causa á estos cristianos un gran perjuicio y engendra en ellos aversion á la religion católica; y así, reparareis esta injusticia procurando que esos cristianos no sean de esta manera estafados en su comercio, antes por el contrario, tratados con toda equidad y justicia como cristianos y como amigos. Tratareis con el rey de Cochin, y procurareis obtener de él el que se suprima una ceremonia pagana que aun se practica en la venta de la pimienta, supresion á la que no debe tener inconveniente

(1) Moneda equivalente á corta diferencia á la *piastra* turca

en acceder, cuanto que en nada influye en sus intereses. Me han dicho que priva de sus bienes aquel príncipe á los súbditos que abandonan los ídolos por abrazar el cristianismo; hareis lo posible por conseguir de ese rey, que se dice amigo nuestro, que no cometa semejante injusticia, sobre lo cual le escribiré yo mismo. Como me habeis con especialidad recomendado á los cristianos de Socotora, tengo el mayor deseo de verles cuanto antes libres de su dura esclavitud, pero en esto es menester proceder con cautela para que el turco, bajo cuya dominacion se encuentran, no se irrite y se habitue á enviar flotas á esos mares. De lo que en esto pueda hacerse, empleando vuestra esperiencia, y de acuerdo con Miguel Vaz, me avisareis. Tambien he recibido quejas de que mis capitanes privan injustamente del producto de su pesca á los habitantes de la costa de la Pesqueria; conservareis á esos pueblos la plena libertad de vendérsela por su precio, sin que mis oficiales puedan apropiársela; examinareis si los tributos impuestos pueden ser cómodamente pagados, si las costas están suficientemente guardadas, sin que haya necesidad de mantener en ellas flotas. Además, consultareis con el maestro Francisco Javier, y discutireis con él, si es útil y oportuno para los progresos de esa cristiandad el restringir la facultad de pescar las perlas á solos los cristianos, y privar de ese beneficio á los demás que no lo son hasta que se hayan convertido. Se me ha advertido tambien, que los parientes y allegados de los idólatras que se convierten, arrojan de su casa á esos neófitos como si fuesen unos malvados, los desheredan y reducen á la mayor miseria y aislamiento. Para subvenir á su indigencia, tomareis de mis propias rentas la suma necesaria que, con acuerdo de Miguel Vaz, será distribuida á esos neófitos por el sacerdote encargado de instruirles. Me han dicho, que un jóven príncipe, huyendo de la crueldad de su tio ó de su padre se ha venido de Ceilan á Goa, para recibir el bautismo; tendreis cuidado de que sea instruido y educado en el colegio de San Pablo con los demás jóvenes que allí hay; pero con alojamiento aparte y las consideraciones debidas á su rango; y respecto á sus pretensiones á la corona, examinareis si son fundadas, y me escribireis sobre ese particular. En cuanto al tirano que tan cruel se ha mostrado con sus súbditos cristianos, desearé que cuanto antes le impongais un buen castigo, tardío, es verdad, pero proporcionado á su crímen, á fin de que sepan todos, que mi único pensamiento es garantir y proteger á todos los que han pasado de la esclavitud del demonio al dulce yugo de Jesucristo. No creo conveniente el que se permita á artistas idólatras que hagan, pinten ó vendan imágenes de Dios, de la Santa Vírgen y de los santos, se lo prohibireis pues bajo severas penas. Aun me ha parecido mas vergonzoso que las iglesias parroquiales de Cochin y de Colan estén aun por concluir y espuestas á la intemperie: dispondreis los obreros necesarios para que cuanto antes se cubran y terminen. Deseo igualmente que en el pueblo de Norva, se edifique un templo en honor de Sto. Tomás; que se acabe la iglesia de Santa Cruz, principiada en Calapur; que se establezca en la isla de Choran, no solamente una iglesia, sino escuelas además donde los cristianos acudan ciertos dias para ser allí instruidos, y que tambien se obligue á los idólatras á frecuentarlas para que se vayan enterando del catecismo; y como el primordial objeto en mis conquistas es la propagacion de la fé y el servicio de Dios, deseo ardientemente desterrar la idolatría de las islas de Salceta y de Bardos que Idalcan me ha cedido; pero que esto se haga sin tumulto, sin violencia, con especialidad al principio y que en las conferencias y amigables discusiones que se tengan con esos pueblos, se les haga ver con dulzura cuán deplorable es la ignorancia de la verdad en que viven, y cuán injusto é impío es tributar á las piedras y á la madera el honor y culto que únicamente es debido al solo y verdadero Dios. A fin de que con mas seguridad podais disipar estas tinieblas, emplead para ello hombres piadosos ó

ilustrados, que se entiendan con las personas mas principales de esos pueblos, para que tanto por sus consejos como por su buen proceder, les atraigan á la verdadera religion. No solamente protegeréis á los que se conviertan, sino que les favorecereis segun su mérito con todo vuestro poder. Todas estas cosas las deseo con todo mi corazon y espero que emplieareis en su cumplimiento todo vuestro cuidado y prudencia. Escrita en Alemania, á 8 de marzo del año 1546. »

Despues de haber conferenciado en Cochin con Miguel Vaz, y resultando de esta entrevista el viage de este último á Portugal, Javier visitó la isla de Manar, regada con la sangre de los mártires. Por sus oraciones quedó libre el pais de una peste cruel que le afligia, y este milagro afirmó en la fé á los isleños ya bautizados, y contribuyó á aumentar el número de los cristianos.

Habiendo hecho despues un viage á Meliapur, donde veneró las reliquias de Sto. Tomás é imploró las luces del Espíritu Santo, por la intercesion de aquel primer apóstol de las Indias, convirtió á muchos pecadores que vivian inveterados en el vicio. Como su presencia no era por entonces indispensable ni en la costa de la Pesqueria, ni en la de Travancor, y ni habia tampoco esperanza próxima de realizar por completo la conquista espiritual de Ceilan, pensó Francisco en visitar la gran isla de Celebes, que confina con las Filipinas al norte, con las Molucas al levante y mediodia, y con Boruzo á poniente. Dos habitantes de aquella isla, bautizados en Ternate, una de las Molucas, en tiempo de Antonio Galvan, habian inspirado á sus compatriotas tal deseo de abrazar el cristianismo, que mandaron á pedir un sacerdote á Ternate. Francisco de Castro, que fué el destinado á ese objeto, evangelizó algunas islas inmediatas, donde convirtió cinco de sus reyes á Jesucristo, pero la fuerza de los vientos no le permitió llegar á Celebes. Mas tarde, un comerciante portugués llamado Antonio Paiva, procedente de Malaca, ciudad famosa que el Portugal ya poseia desde el año 1511, en la península del Ganges, llegó á aquella isla, y el rey Supar, uno de los seis que en ella mandaban, recibió del portugués las primeras nociones del cristianismo. Paiva vió en seguida al rey de Cion, á quien convenció por la sola esposicion de la fé cristiana. Este príncipe estaba remiso en recibir el bautismo, cuando el rey de Supar, sintiendo no haberlo ya recibido, él mismo pidió esa gracia á Paiva. Con efecto, fué bautizado este príncipe, á falta de sacerdote, por el de mas edad de los portugueses presentes, y se le dió el nombre de Luis. Este ejemplo disipó toda la incertidumbre del rey de Cion, quien fué luego bautizado á su vez por Antonio Paiva, y tomó el nombre de Juan. El comerciante portugués á su salida de la isla, quedó encargado por ambos príncipes, de proporcionarles misioneros que evangelizasen la isla de Celebes. Al saber esto Javier, resolvió pasar allí. El 25 de setiembre del año 1545 llegó á Malaca donde sus instrucciones, sostenidas por algunos milagros, arrancaron del vicio á muchos malos cristianos y convirtieron á gran número de idólatras y mahometanos; pero como no se le presentase ocasion favorable para trasladarse á la isla de Celebes, se convenció de que no habia llegado aun el momento designado por la Providencia para llenar aquella mision.

Despues de cuatro meses de permanencia en Malaca, en 1.° de enero del año 1546, se embarcó con direccion al archipiélago de las Molucas, encontrándose al mes siguiente en la isla de Amboine. Los cristianos á quienes la crueldad de los mahometanos de las islas inmediatas, habia obligado á refugiarse en lo mas áspero de las montañas del centro de la isla, donde vivian en cavernas ó grutas, se encontraban privados de todo ausilio temporal y espiritual, por haber muerto el único sacerdote que les administraba los sacramentos. Javier les consoló y convirtió á muchos infieles. En aquella época se encontraba en aquellos puertos una flota española, enviada desde Méjico para conquistar las Molucas. Diezmada

por una fiebre pestilente, era para todos un objeto de terror; nadie osaba acercarse á ella, y el contagio iba devorando las víctimas sin ausilio de ninguna especie. Al saber esto Javier, vuela al puerto, asiste á los moribundos, entierra los muertos, y mendigando en seguida de puerta en puerta, logra organizar un socorro para los enfermos, que hizo mas tolerable la aflictiva y casi desesperada situacion de aquella flota estrangera; y aunque los españoles llevaban en ella sacerdotes seculares y algunos religiosos agustinos, todos se dirigian con preferencia al santo misionero, hasta que cesando la peste se dieron á la vela para España. Despues de esto, Javier, de Amboine pasó á Ternate, y de allí á Gilolo. Los habitantes de aquella isla, que antes habian abrazado la fé, habian acabado por abandonarla enteramente. En el momento de salir para la isla, escribia Javier á S. Ignacio en estos términos: « El pais á donde voy está lleno de peligros, y es sobre manera mortífero por la barbarie de sus habitantes, y por el uso que hacen de ciertos venenos que mezclan con los alimentos. Esto es lo que ha impedido á muchos sacerdotes el ir á instruirlos. Por lo que á mi toca, considerando su estrema necesidad, y que el deber de mi ministerio me obliga á libertar á las almas de la muerte eterna, aunque sea á costa de mi vida, he resuelto aventurarlo todo, por conseguir su salvacion. Toda mi esperanza y deseo, es el conformarme en cuanto de mi dependa con la palabra del maestro: «El que venda su alma, la perderá, y el que la pierda por amor á mí la encontrará.» Cuantas personas aquí me aprecian, que son muchas, han hecho cuanto han podido para hacerme renunciar á este viaje, y viendo que eran infructuosos todos sus ruegos y súplicas, se han apresurado á darme contravenenos. Yo no he pensado en aceptarlos por temor de que al escuchar el remedio, llegase á temer el mal. Mi vida está en manos de la Providencia; creo no necesitar por lo tanto preservativo alguno contra la muerte, y que cuantos mas remedios tenga, menor será mi confianza en Dios.» Partió pues Javier con esta confianza sublime, consiguiendo dulcificar las bárbaras costumbres de aquel pueblo, é imponerle de nuevo el suave yugo de Jesucristo. Los consuelos interiores que recibió, le recompensaron superabundantemente de cuanto tuvo que sufrir en esta mision. « Los peligros á que me espongo, escribia á S. Ignacio, y los trabajos que emprendo por los intereses de Dios, son para mi un manantial inagotable de alegria espiritual. Jamás me acuerdo de haber disfrutado de tanta alegria interior, y estos consuelos del alma son tan puros, tan esquisitos y continuados, que quitan al cuerpo todo sentimiento de pena.» Regresó á Ternate, luego á Amboine, y se trasladó á Malaca en julio del año 1547. Allí encontró á los PP. Juan de Beyva, Nuño Rivera y Nicolás Nogués, que aun no era sacerdote, y despues de haberles dado sus instrucciones, los mandó á las Molucas.

Durante la permanencia de Javier en Malaca, cuya ciudad protegió contra el rey de Achem, el soberano mas poderoso de la isla de Sumatra, se le presentó un japonés llamado Angervo, de noble alcurnia, considerable fortuna y de treinta y cinco años de edad. Despues de haber cometido un homicidio en su patria, se retiró á una casa de bonzos, pero sus contínuos remordimientos no le permitian disfrutar del menor reposo. Instruidos algunos cristianos de su estado, le aconsejaron que se dirigiese al santo misionero, asegurándole que en él encontraria el consuelo y tranquilidad de que tanto necesitaba. Francisco le recibió con bondad, le prometió el sosiego de su alma, aunque añadiéndole, que no podria disfrutarle sino en la verdadera religion. Conmovido el japonés con su discurso, que comprendió por poseer el idioma portugués, fué instruido por Javier en los misterios de la fé, y le propuso que con todos sus criados se embarcase para Goa, donde se reuniria con él muy pronto. El buque que condujo al santo misionero, tomó el rumbo de Cochin. So-

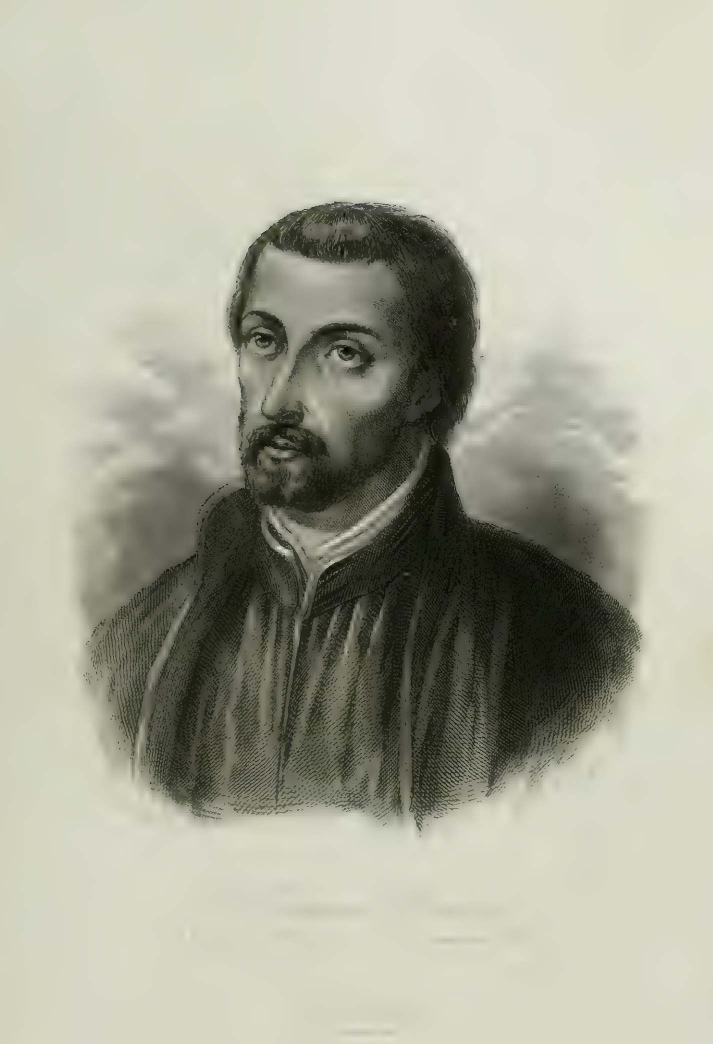
brevino una tempestad tan violenta al llegar en el estrecho de Ceilan, que hubo que arrojar todo el cargamento al mar; y el piloto no pudiendo gobernar el barco, le abandonó á merced de las olas. Durante tres dias y tres noches, estuvo la tripulacion en inminente peligro. Despues de haber confesado Javier á toda la tripulacion y pasageros, oró con tanto fervor postrado á los piés de un crucifijo, que quedó como absorto en Dios. El buque arrastrado por la impetuosa corriente, iba ya á estrellarse contra los bancos de Ceilan, y todos se creyeron perdidos sin remedio; pero el santo salió de su cámara donde se habia encerrado, pidió al piloto la cuerda y el plomo que servia para sondear el mar, y lo dejó correr hasta el fondo pronunciando estas palabras: « ¡ Gran Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tened piedad de nosotros! En el instante el buque se detuvo, y el viento cesó. El viage se continuó luego con toda felicidad, y llegaron á Cochin el 21 de enero del año 1548. Javier, en una carta que escribió á los PP. de la Compañia que estaban en Roma, les cuenta en estos términos el peligro que corrió: « En lo mas fuerte de la tempestad, dice, tomé como intercesores para con Dios, á todas las personas existentes de nuestra Compañía, y despues á todos los cristianos. Recorrí todos los órdenes y gerarquías angélicas, é invoqué á todos los santos; y sobre todo, busqué la proteccion de la santísima Madre de Dios y reina del cielo. Por último, habiendo puesto mi esperanza toda en los méritos de Ntro. Sr. Jesucristo, sentí una alegría mayor en medio de aquella furiosa tormenta, que la que esperimenté cuando me ví fuera de peligro. A la verdad, siendo como soy el peor de los hombres, me avergüenzo de haber derramado tantas lágrimas por semejante esceso de celestial placer, cuando estaba á punto de perder la vida, y por lo tanto, suplicaba humildemente á Nuestro Señor, que si me libraba del naufragio que nos amenazaba, fuese para sufrir en adelante mayores riesgos y trabajos, por su gloria y su servicio. Dios, por último, me ha hecho conocer de cuantas fatigas y peligros me han librado las oraciones y sacrificios de los de la Compañia.... ¡ Jamás podré olvidarte, ó Compañia de Jesus, y si llegase esto á sucederme, que mi mano derecha quede inútil y no pueda valerme de ella! »

De Cochin, Francisco fué á la costa de la Pesqueria, donde visitó á sus predilectos hijos. Siete eran los religiosos de la Compañia que estaban allí evangelizando á aquellos idólatras; nombró superior de ellos á Antonio Criminal, les encargó mucho que aprendiesen todos la lengua del pais, y al P. Francisco Enriquez, que facilitase su estudio redactando una gramática y un diccionario malabarés, tarea al parecer de ejecucion imposible, y mas para un hombre que acababa de llegar de Europa; pero con sola la bendicion de S. Francisco Javier, logró el jesuita en menos de seis meses, comprender y hablar perfectamente el idioma malabar, y enseñarle á los demás.

Desde la costa de la Pesqueria, quiso Javier ir á recoger en Ceilan, el fruto de sangre que los mártires habian derramado dos años antes; puesto que la muerte de dos príncipes singhalais refugiados en Goa, le quitaba la esperanza que tenia de ver por su mediacion, propagarse la fé en el Ceilan; resolvió Francisco tener una entrevista con el rey de Caudy, confiando que para asegurar su corona contra una invasion de los portugueses, consentiria al menos en autorizar la predicacion del evangelio. El rey, mediante el ausilio de la gracia, prometió hacerse cristiano, y envió un embajador para negociar la paz con el gobernador Juan de Castro, el cual acompañó á Javier á Goa, donde llegó el santo á 20 de marzo del año 1548. Por no separar la relacion de los hechos referentes á la isla de Ceilan, reproducirémos aquí lo que decia Wadingo, acerca del reino de Cotta. Los franciscanos obtuvieron permiso de evangelizarle; pero el rey temió que al cambiar sus súbditos de religion, quisiesen cambiar igualmente de soberano, por lo que se opuso á la idea de los mi-







sioneros, confiscando los bienes de los nuevos convertidos, y dando la muerte en secreto á su hijo mayor que se habia hecho cristiano; pero á pesar de su reserva, una voz que salió del mismo sepulcro del príncipe declaró que el padre mismo del mártir habia sido su verdugo. Pocos dias despues disponiéndose el perseguidor á combatir contra su hermano Madun, rey de Ceitavaca, un soldado portugués le dejó muerto de un balazo, sin saberse si fué su muerte premeditada ó casual, aunque en cualquiera de estos dos casos, no fué menos visible en ella la mano de la Providencia. Los isleños y los portugueses, reconocieron por sucesor suyo á un jóven príncipe, cuyo afecto y consideracion hácia los cristianos permitió á los Menores de S. Francisco continuar sus misiones. Al cabo de poco tiempo bautizaron al nuevo rey, á la reina, á los principales de la nacion, á mas de tres mil personas del pueblo, y fundaron doce iglesias. Ceilan, siendo la principal sede del budismo presentaba mas dificultades á los misioneros que el resto de la India. Habiéndose purificado un templo de ídolos para consagrarle al culto cristiano, y dado la casualidad de ahullar un perro en la noche siguiente junto á la nueva iglesia, los idólatras creyeron que sus dioses se quejaban de la injuria que se les hacia, y por poco habria costado aquel incidente la vida á los misioneros y á los portugueses. Muchas conversiones se siguieron á la del jóven rey, que generosamente habia enarbolado el estandarte de la cruz; pero quejoso Madun de que se le hubiera quitado el cetro que creia pertenecerle, y de que á los antiguos dioses se hubiese sustituido una divinidad desconocida é indivisible, arrastró en pos de sí á todos los idólatras, y redujo al rey cristiano á la estremidad de tener que salir de Cotta, y retirarse á Colombo con los franciscanos y los portugueses, y con doce mil indígenas convertidos. Los portugueses recibieron socorros en Ceilan, y los misioneros enviaron á un pariente del rey de Cotta á Lisboa, donde fué educado con esmero; mas desgraciadamente este príncipe que prometia ser un dia el apóstol de su patria, murió al restituirse á ella.

Los PP. Nicolás Lancelot y Francisco Perez, ausiliaban al P. Pablo de Camesino en el gobierno y direccion del colegio de San Pablo, donde el japonés Angeroo y sus dos criados fueron sólidamente instruidos en la fé. En conmemoracion de este colegio, establecido por la sociedad de Santa Fé; y conocido con el nombre de S. Pablo, el japonés convertido quiso ser llamado en el bautismo Pablo de Santa Fé; tomando uno de sus criados el nombre de Juan, y el otro el de Antonio. El obispo de Goa, Juan de Alburquerque, fué el que administró el sacramento de la regeneracion espiritual á aquellas primicias de la cristiandad del Japon, imperio que Javier pensaba ya evangelizar.

Desde Goa, el santo misionero envió dos religiosos, Francisco Perez y Roque Oliveira, que aun no era sacerdote, á fundar una residencia de su Compañía en Malaca. Otros varios jesuitas, procedentes de Europa, fueron destinados á diferentes puntos, encargándose al P. Barze de la mision de Ormuz, ciudad de la que se habian apoderado los portugueses desde el año 1507. Javier despues de dejar al P. Camesino, durante su ausencia, superior de todos los jesuitas de la India, y al P. Antonio Gomez, rector del colegio de Goa, salió de esta ciudad en abril del año 1549, para trasladarse al Japon. Antes visitó de nuevo las costas de la Pesqueria y de Travancor, donde se entregó á las obras mas admirables de caridad; y, cobrando en los ejercicios de la vida espiritual nuevas fuerzas para el porvenir, descansaba de las fatigas que se imponia en favor del prójimo en su íntima comunicacion con Dios. Retirado algun tiempo en una pequeña ermita, que se habia construido en el colegio de San Pablo, inundado de celestiales goces, esclamaba: « Basta, Señor, basta ». Otras veces se entreabria la sotana como para dar espansion á su pecho, porque no podia soportar la abundancia de los consuelos celestiales, diciendo que queria

mas bien sufrir muchos tormentos por la gloria de Dios, que gozar de tanta espiritual dulzura. Pedia al Señor le reservase aquellos placeres para la vida futura, y que no le escasease los padecimientos en esta: Dios atendió á sus súplicas, puesto que iba á verse espuesto á muchos peligros, en la gran empresa que iba á llevar á efecto.

Los PP. Alfonso de Castro y Manuel Morales, acompañaron al santo apóstol hasta Malaca. Javier siguió su camino con el P. Cosme de Torres, sacerdote español, que habia sido recibido en la Compañía en Goa, Juan Fernandez, natural de Córdoba, no sacerdote aun, Pablo de Santa Fé (el japonés convertido), y sus dos criados, tambien cristianos. Un junco chino los trasportó de Malaca al Japon, y llegaron á Kago-Sima, en el reino de Satsuma, el dia 15 de agosto del año 1549, bajo los auspicios de María.

CAPÍTULO II.

Mision de los jesuitas en el Japon.

La palabra Japon, de orígen chino, deriva de *Jyfon* (nacimiento del Sol); así como el Zipangu de Marco Polo, procede de la palabra china *Jy-pen-kué* (reino del orígen del Sol). El archipiélago japonés situado al nordeste de la China, es en efecto, con respecto á esta, como la cuna del astro del dia. Las principales islas del Japon, que son las de Nifon Kiusiu, Sikokf; y la primera sobre todo, están en general llenas de elevadas montañas volcánicas. La de Nifon, en su longitud de trescientas diez leguas, desde nord-este á sud-este, se vé atravesada por una cordillera, cuyas cumbres poco mas ó menos de un mismo nivel, no están separadas de distancia en distancia, sino por grandes picachos cargados de nieves eternas. Esta cadena de montañas separa los rios que corren al este y al sud del gran Océano, de los que riegan la zona norte y desembocan en el mar del Japon. Sin embargo, hay otra montaña mucho mas alta aun, que las comprendidas en aquella inmensa cordillera, á la que se dá el nombre de Fusi-no-yama, enorme pirámide cuya corona de yelo resiste á los mas ardientes rayos del sol, y en cuya cresta se abre un volcan, que es el mayor de cuantos se conocen. Un fenómeno volcánico ha dado origen, en la parte occidental de la isla de Nifon, al lago interior Biva-no-mitsu-Umi, de donde sale el Yodo-gava, que desemboca en el golfo de Osaka. Aunque en el mismo paralelo á que corresponden los paises de España, Italia y Sicilia, el Japon está muy lejos de disfrutar de la primavera y del otoño de que gozan aquellos climas; porque no hallándose resguardada como lo está España, por los Pirineos, é Italia por los Alpes, queda espuesto á los helados vientos de los paises tártaros; y circuido por un océano denominado mar de las nieblas, tiene que soportar dias glaciales en los meses de enero, febrero y marzo, terribles huracanes en las épocas de equinoccios, y frecuentes tempestades en junio, julio y agosto.

Kaempfer, cree que los japoneses descienden de una de las familias que se dispersaron inmediatamente despues de la construccion de la torre de Babel; Maltebrun y Klaproth, les atribuyen un orígen diferente del de los chinos. « Esta raza de hombres, dice Klaproth, á primera vista se parece mucho á los chinos por su figura esterior; pero examinando cuidadosamente sus rasgos característicos, y comparándoles con los del pueblo chino, se nota al punto la gran diferencia que existe entre ambos pueblos. Yo mismo he hecho esta observacion en la frontera del imperio ruso y de la China, donde he encontrado confundidos á individuos de ambas naciones. Los ojos de los japoneses, aunque colocados casi tan oblicuamente como los de los chinos, son mas anchos cerca de la nariz, y el párpado aparece como levantado cuando se abre. El cabello del japonés no es del todo negro, pues tiene algo de pardo oscuro. En los niños menores de doce años, presenta toda clase de colores hasta el del lino; pero no por esto dejan de en-

contrarse individuos de cabello enteramente negro y rizado, con los ojos oblícuos y la piel negra, mirada á una cierta distancia; el color de las personas de la clase inferior, tiene poco mas ó menos el color del queso; el de los habitantes de las ciudades, varia segun su modo de vivir, y en los palacios de los grandes personages se ven mugeres de tez blanca, y de megillas tan sonrosadas, como las de los mismos europeos. Por otra parte, los vagabundos y la gente que vive á la intemperie, tienen un color entre cobrizo y de tierra oscura, siendo este el color general de los campesinos japoneses, especialmente en las partes del cuerpo que están espuestas á la accion del sol. El diverso origen de los chinos y de los japoneses, queda completamente demostrado por la lengua de los últimos, la cual difiere totalmente de las de todos los pueblos inmediatos al Japon. Aunque ya ha adoptado un número considerable de palabras chinas, estas no forman una parte radical é integrante del idioma, conociéndose haber sido introducidas por las colonias chinas, y especialmente por la literatura china, que ha servido de base á la del Japon. Las radicales japonesas no se parecen á las de Corea, y son igualmente estrañas á las de la lengua de los ainos, ó kuriles, que habitan el Yesso. Por último, el japonés no tiene afinidad con el idioma de los manchues y de los tonguses, que ocupan la parte del continente de Asia, opuesta al Japon.» Además, las diferencias de tipos se esplican por las oposiciones de higiene y de temperamento; las diferencias en el idioma, por el hecho de una lengua primitiva que unos han conservado, y otros perdido; y así, en vez de dividir, mas bien se debe agrupar, en vez de desunir, juntar; por lo que debemos creer que la familia china, colonia probablemente jafética, como ya hemos dicho antes, tiene sus congenéricos de los tipos que hay en su alrededor, en la zona que partiendo del Japon pasa por la Corea para atravesar la China, y va luego á fundar sus mezclas bastardeadas en el Tong-King, Cochinchina, y el reino de Siam. La comunidad de orígen entre los actuales isleños del Japon, y los pueblos del continente chino, es por otra parte una consecuencia de su filiacion histórica. Los anales japoneses pretenden que su archipiélago fué en un principio gobernado por siete espíritus celestes, ó dioses, que se sucedieron unos á otros: los tres primeros nacieron por su propia voluntad, y los otros cuatro, procedieron de ellos. Despues de estos siete espíritus celestes, vinieron cinco semidioses ó genios terrestres, de los que el primero fué la hija del Sol, llamada Ten-sio-dai-sin (el gran espíritu de la luz). De esta diosa, fundadora del imperio, descienden los dairis ó emperadores, cuya familia, por consiguiente, no tiene orígen humano. Su dinastía fué establecida en el año 660, antes de Jesucristo, por Zin-Mu (el guerrero espiritual), que viniendo desde la estremidad occidental del imperio, le conquistó todo, menos la parte septentrional, que los yebis, sus habitantes anteriores, continuaron ocupando mucho tiempo despues. Zin-Mu, fué indudablemente de orígen chino, y el que introdujo en el Japon la agricultura y la industria. Acudieron luego otros colonos, entre ellos, trescientos jóvenes de ambos sexos que el emperador Tsin-chi-huang-Ti mandó bajo la direccion del médico Ziko-Fuk (Sin-Fu), á la isla imaginaria de For-ai-sun, para buscar allí el elixir vital. Estos chinos llegaron al Japon 209 años antes de Jesucristo, y como su conductor introdujo en su pais las artes y las ciencias, que antes no se conocian, le tributaron despues de su muerte honores divinos; de lo que resulta que la colonizacion china, sino ha poblado desde un principio el Japon, al menos ha modificado y asimilado las familias que anteriormente allí existian.

Tres son las religiones principales que reinan en el Japon, á saber: el Sinto ó Sinsiu, el Siuto ó religion de Kong-fu tse (Confucio), y el Budismo, subdivididas todas en una multitud de sectas.

El Sinto ó religion de los *kamis* (espíritus)

tiene por objeto el culto de las divinidades invisibles que dirigen todas las cosas. Llámanse kamis á los siete espíritus celestes, de que se compone la primera dinastía de los soberanos del Japon, y á los cinco semidioses que forman la segunda. Los emperadores posteriores á Zin-Mu, fundador de la tercera dinastía, tambien son admitidos al rango de kamis despues de su muerte, y toca al dairi ó emperador reinante el declararlos tales. Los japoneses, consideran á los siete espíritus celestes como demasiado elevados sobre la tierra para interesarse en lo que en ella pasa; y así, invocan ante todo á la diosa Ten-sio-dai-sin, que está en la primera clase de los cinco semidioses, y de quien procede el dairi. Su principal templo, edificado cuatro años antes de la era cristiana, es el *nai-ku*, situado cerca de Uza, en la provincia de Izé, la tierra santa del Japon (Pl. LVII, n.° 2), este edificio está rodeado de otros siete templos dedicados á diferentes genios. El hermano de la diosa, es el dios de la guerra Fastman, al que se llama comunmente Uza-Fastman, porque su principal templo está en Uza, en la provincia de Bunzen; este cuida de la integridad del territorio, y los emperadores le mandan embajadas cuando se presenta un caso de hostilidad. Toyo-ke-o-dai-sin, reputado como el creador del cielo y de la tierra, y patrono del dairi, tiene un ghe-ku (templo esterior) en el monte Nuki-Nuko-Yama. Al ocupar el trono, cada dairi se mide su estatura con una varita de bambú, que permanece en el templo hasta la muerte del soberano, época en que se traslada el nai-ku envuelto en doce ó trece hojas de papel que contiene la biografía del difunto, y estos bambúes, correspondientes á los dairis difuntos, son venerados como otros tantos kamis. Además del bambú se conservan en el ghe-ku, edificado tambien cuatro años antes de la venida de Jesucristo, un sombrero de paja, un manto para preservar de la lluvia y un azadon, emblemas de la agricultura, profesion que despues de la de las armas, es la mas considerada en el Japon. Aquel templo está rodeado de otros cuatro monumentos religiosos, consagrados á la tierra, á la luna, al viento, etc. El pueblo cree inestinguible la descendencia de los dairis, y cuando el emperador no tiene hijos, la diosa le envia uno. En este caso se tiene cuidado de colocar en la puerta del palacio debajo de un árbol, á un niño de ilustre cuna, escogido secretamente por el dairi; y al verle, el pueblo prorumpe en transportes de alegría y reconocimiento. Los sintoistas admiten que las almas sobreviven á los cuerpos, y que son juzgadas en la otra vida por jueces celestiales; las de los hombres virtuosos entran en el Taka-ama-ka-wara, es decir, en la cumbre del cielo, donde llegan á ser kamis, genios bienhechores; mientras que las almas de los malvados son precipitadas en el infierno, Ne-no-ku-ni, ó reino de las raices. En honra de los kamis hay erigidos unos *miya* ó templos de diferente grandor, construidos de madera: en su centro está colocado el símbolo de la divinidad que consiste en tiras de papel pegados á unas varetas del árbol finoki (*Thuya japónica*). Estos símbolos, llamados *gofei*, se encuentran en todas las casas japonesas donde se conserva en pequeñas «myas» ó urnas, á cuyos lados se colocan tiestos con ramas verdes del árbol sakaki (*cleyeria kœmferiana*), ó de mirto, y jazmin, despues dos lámparas, una taza de té, y algunos vasos llenos de *saki*, ó vino japonés; y los habitantes de la casa hacen allí sus oraciones por la mañana y noche á los kamis. Los «miya» ó templos, aunque de construccion sencilla, unidos á veces con las habitaciones de los sacerdotes, constituyen vastos edificios á los que preceden pórticos abiertos, llamados *tori-i*, ó sitios destinados para las aves. En frente de estos templos figuran ordinariamente los dos perros koma-inu; y delante del santuario de Ten-sio-dai-sin, están colocados, Fino-O (el rey del fuego), y Mitza-O (el rey del agua), que siguieron á la diosa en su viage de Fiuga á Idzumia. En ciertas épocas, y poco ó mucho, diariamente, se hacen sacrificios á la fundadora del imperio, á los buenos dairis ó emperadores, y á todos aquellos cu-

yas almas han llegado á ser kamis: sin embargo, no se implora directamente á Ten-sio-dai-sin, sino que las oraciones llegan á él por la mediacion de los Siu-go-zin, divinidades tutelares ó protectoras. A esta clase pertenecen todos los demás kamis; y como á estos les sirven ciertos animales, hay algunos á quienes se reverencia tambien como divinidades protectoras, principalmente á la zorra (*inari*). Los japoneses honran mucho á aquel animal, sobre todo al gris, que es el mas inteligente; le consultan sus negocios mas árduos, le erigen un pequeño templo doméstico en el interior de la casa, y le ofrecen en sacrificio arroz, y varias frutas; si los alimentos han desaparecido, creen que la zorra los ha comido; y es señal de buen agüero para el negocio; y si quedan intactos y averiados, es signo desgraciado para el que consulta. En tiempos mas antiguos se ofrecian holocaustos humanos á las divinidades malévolas, tales como Kiu-sin-rio, el dragon de las nueve cabezas del monte Toka-kusi; mas despues esto se ha limitado á diferentes ofrendas de arroz, pescado y cabrito. Cada distrito tiene sus divinidades tutelares que imploran los transeuntes; así como los marineros que navegan entre las islas de Nifon y de Sikokf, presentan sus ofrendas á Konfira, reputado como el Tengu ó perro celeste del pais. Los sacerdotes de la religion de Sinto, se dejan crecer el cabello como los laicos, y puedèn casarse. Antiguamente, cuando moria un gran personage, se enterraban con él vivos un cierto número de sus amigos y criados; mas tarde ya no se les enterró, sino que ellos mismos se abrian el vientre. Esta costumbre bárbara, prohibida el año 3 de la era cristiana, se perpetuó hasta los tiempos de Taiko, á fines del siglo XVI. Sin embargo, á veces se reemplazaban tambien las personas vivas por estátuas de barro. Los ataudes de los sintoistas tienen esteriormente la forma de un cuerpo humano.

Por los años 284 de Jesucristo se introdujo en el Japon el Siuto, ó doctrina de Kong-fu-tse. Varios sujetos versados en la religion de los letrados chinos, llegaron de Corea á Miyako, trayendo consigo el Ron-go, libro de Kong-fu-tse, que presentaron al dairi y enseñaron á uno de sus hijos. Wo-Nin, gefe de aquella mision religiosa y literaria, recibió despues de su muerte honores divinos. Desde entonces los signos ideográficos de los chinos, han continuado usándose en el imperio japonés, inventándose por lo tanto sistemas silábicos completamente adoptados al idioma del pais.

De la misma manera el budismo se introdujo en el Japon por la Corea, en el año 552 de la era cristiana. Los anales indígenas refieren sobre esto, que uno de los príncipes coreos envió aquel año al dairi un embajador, que llevaba consigo una imágen de Buda Sakya y los libros clásicos de aquella religion. «Ensayad ese nuevo culto, dijo uno de los ministros al emperador. — Nó, replicó otro, porque nuestro pais tiene ya muchos dioses que adorar, y si dirigimos nuestro culto á divinidades estranjeras, las nuestras se disgustarán.» Se tomó un término medio, no declarándose en pro ni en contra de las doctrinas budicas. Pero de los palacios de los grandes, la religion estranjera pasó al bajo pueblo entre quien se estendió, prefiriendo sus pomposas prácticas al rito sencillo del culto de Sinto. Cuando el budismo llegó á ser culto popular y dominante, los dairis le hicieron reconocer como religion del Estado. Los mismos sintoistas le adoptaron, sin creer por eso abjurar el suyo; y la tolerancia ó la confusion llegó hasta el punto de que los ídolos budicos figuran á veces en los templos de Sinto, mientras que los kamis celebran ritos en los templos del Buda, á quien se llama *Zi*. El mayor de estos es el Fo-ko-zi de Miyako, célebre en toda el Asia por su imágen colosal de *Dai-buts*, ó gran Buda llamada *Rusiana* (el resplandeciente). Esta estátua representa al Buda, sentado á la manera inda sobre una flor del *lotus*. Antes era de bronce dorado; habiéndola deteriorado el terremoto del año de 1662, fué reemplazada en 1667 por una estátua de madera cubierta de papel dorado. La total altura de este

coloso es de ochenta piés, de los que setenta corresponden á la estátua y diez á la flor, sobre la que está sentada. El interior del templo enlosado de mármol blanco, está adornado de noventa y seis columnas de madera de cedro. En una estancia inmediata, está suspendida la campana mas grande que existe en el mundo: pesa un millon setecientas mil libras japonesas, que equivalen á dos millones, poco mas ó menos, de libras holandesas. Su altura es de diez y siete piés. El dios Amida ó *Xaca*, es el mismo Buda Sakya de los indos: se le adora bajo muchas formas, principalmente bajo la de un hombre con cabeza de perro, con un aro en las manos, y montado en un caballo de siete cabezas. De todos los ídolos de su hijo, Kang-won, ó Canon, el mas nombrado y que se vé junto á una garganta cerca de Miyako, es una figura gigantesca con veinte brazos armados de otras tantas flechas y siete cabezas de niños pintadas en el pecho.

No entrarémos en detalles sobre las ocho sectas principales de budistas que se cuentan en el Japon. Hablarémos solamente de los Yama-Bus, (hombres que duermen en las montañas), especie de anacoretas, á los que el pueblo atribuye una ciencia sobrenatural y un poder mágico, y cuya vida pasan en peregrinaciones á los lugares que están reputados como santos. Estos caminan siempre descalzos y llevan un trage talar y holgado, pero de una hechura particular y estraña. El trage de los demás bonzos es mas sencillo. Unos llevan la cabeza enteramente rapada, otros, con solo un mechon de cabellos (Pl. LVIII, n.° 1.). Entre los budistas del Japon, se encuentra la misma manía del suicidio religioso, que en los del Indostan. «Nada es mas comun, dice Charlevoix, que el ver en las costas del mar barcas llenas de estos fanáticos, que se precipitan y sumergen dentro del agua cargados de piedras, ó que agujereando esas mismas barcas dejan entrar el agua hasta que se van á fondo, cantando las alabanzas del dios Canon, cuyo paraíso, dicen ellos, está en el fondo del Océano. Un pueblo infinito les sigue y presencia el suicidio, elogiando su valor, y recibiendo sus bendiciones hasta que desaparecen bajo las olas. Los sectarios de Amida, se hacen encerrar y emparedar en cavernas, donde apenas tienen espacio para estar sentados, no respirando sino por un pequeño tubo por donde entra el aire, y allí se dejan tranquilamente morir de hambre con la esperanza de que Amida recibirá su alma al salir del cuerpo. Otros suben á las rocas mas elevadas, bajo las cuales hay minas de azufre que vomitan fuego en cierto tiempo, y desde allí, despues de invocar á su dios para que acepte el sacrificio de su vida, se arrojan al fondo de aquellos abismos. No faltan tampoco otros que se hacen aplastar bajo las ruedas de los carros donde van los ídolos en procesion, ó que mueren sofocados bajo los piés de la multitud que acude á los templos en las grandes solemnidades; y si bien no todos llevan hasta ese punto su fanatismo, y no compran tan cara la esperanza de ser bien recibidos en el paraíso de su dios, es casi general en la religion de los fotocas un espíritu de penitencia, que será sin duda una acusacion contra los malos cristianos en el gran dia de las venganzas. Vénse con mucha frecuencia penitentes, que antes de salir el sol, en lo mas crudo del invierno, se quedan desnudos, y se hacen echar sobre el cuerpo ciento ó dos cientos cántaros de agua helada, sin demostrar el menor estremecimiento. Otros emprenden largas peregrinaciones con los piés descalzos, por caminos ásperos y llenos de guijarros ó malezas y plantas cargadas de espinas, con la cabeza descubierta, sufriendo todas las intemperies, encaramándose en aquella forma á las rocas mas escarpadas, por puntos donde ni las cabras pueden sostenerse, y dejando rastros de su sangre por el camino que transitan. Algunos hacen el voto de invocar á su dios millares de veces al dia, prosternados contra la tierra, y tocando con su frente el suelo. Pero para dar fin á esta materia, cuyos detalles nos harian estender mucho, citarémos por último, la peregrinacion que ciertos bonzos llamados Xamabugis (*Yama-Bus*), celosos





discípulos de Xaca, hacen de tiempo en tiempo, lo cual bastará para demostrar que el enemigo del género humano, exige y obtiene mas de estos isleños, para perderlos, de lo que el verdadero Dios nos pide para salvarnos. Sobre doscientas personas se reunen todos los años en la ciudad de Nara, situada á ocho leguas de Miyako, las cuales, en un dia marcado, emprenden una marcha de setenta y cinco leguas, por caminos y desiertos tan intransitables y ásperos, que á penas pueden andar una legua al dia. Cada uno lleva una provision de arroz para todo el viage que no es muy grande, pues durante la travesía, su comida, en dos veces al dia, se reduce á la cantidad de arroz machacado que puede contener el hueco de la mano, y tres vasos de agua. Cuando alguno de los peregrinos cae enfermo, lo que es muy frecuente, se le deja abandonado en el camino, y por lo general, allí muere miserablemente. A ocho leguas de Nara, se comienza á subir, y son precisos guias, los cuales son ciertos bonzos llamados *genguis*, que espresamente aguardan allí para ejercer aquella funcion. Estos conducen á los peregrinos hasta otra estacion, ocho leguas mas allá, y los entregan á otros bonzos que les sustituyen en su cargo, llamados *guoguis*. Estas dos especies de bonzos llevan una vida estremadamente penitente, y nadie sabe, ni de que viven, ni donde se albergan. La idea que se tiene concebida de estos hombres estraordinarios, su figura, que ya de suyo es repugnante, su aire, su mirada fiera, su tono de voz, y sus maneras salvajes, la agilidad con que trepan y corren por las pendientes de las rocas en el borde de espantosos precipicios; todo esto inspira un secreto horror, capaz de espantar á los mas intrépidos. A mas de eso, se cree que semejantes conductores están en frecuente comunicacion con los demonios; y todo cuanto se nota en ellos, mas inclina á creer que son espíritus infernales, que seres humanos; sin embargo, ellos dicen ser los confidentes del dios Xaca, y el pueblo los cree santos. Prevalidos de esta opinion, ejercen sobre los desgraciados peregrinos que caen en sus manos, un predominio y autoridad soberana. Por de pronto, les advierten que observen exactamente el ayuno, el silencio absoluto, y demás reglas prescritas para el importante acto que van á ejecutar, y á la menor falta en que incurra alguno de los peregrinos, le cojen, y sin mas forma de proceso, le cuelgan por las manos de un árbol, y allí le dejan morir de hambre y desesperacion, y esto han de presenciarlo los demás sin decir nada: si un padre diese la menor señal de compasion al ver tratar así á su hijo, sufriria en recompensa la misma suerte. Hácia la mitad del camino hay un campo donde los bonzos directores obligan á sentar á todos los peregrinos con las manos en cruz, y la boca pegada á las rodillas, postura ordinaria de los japoneses cuando oran. Así permanecen un dia y una noche sin menearse, siendo unos cuantos palos el castigo del menor movimiento que alguno haga. Todo este tiempo está destinado á examinar cada uno su conciencia y á prepararse á una confesion general que ha de hacer de todos los pecados cometidos desde la última peregrinacion. Terminado el exámen, toda la gente se pone en marcha, y al cabo de algunas leguas se descubre un círculo de montañas elevadas, próximas al parecer unas á otras, y en medio de las cuales se eleva una roca inmensa aislada, y que parece tocar las nubes. La cima de esta roca, es el término de la peregrinacion. Los *guoguis*, han arreglado allí un aparato, por medio del cual fijan á la roca horizontalmente una gruesa barra de hierro que sostiene una balanza estremadamente larga. En uno de sus platos, van colocándose los peregrinos unos despues de otros, y en el otro plato se coloca un peso proporcionado para formar el equilibrio. La barra está colocada de tal suerte, y tan saliente, que se encuentra la balanza suspendida inmediatamente sobre un abismo profundísimo, y en esta posicion el peregrino hace en alta voz la confesion de sus pecados, que oyen los demás sentados en las montañas inmediatas

(Pl. LVIII, n.° 2). Si á los bonzos que tambien la escuchan, se les figura que el penitente no habla con franqueza, ó que trata de ocultar ó disminuir sus faltas, dan por medio de un mecanismo, cierto movimiento á la barra, y aquel miserable cae en el precipicio, cuya sola vista es capaz de aterrar, y de privar del juicio y del uso de la palabra. Despues que todos sucesivamente han pasado por esta peligrosa y humillante prueba, son conducidos al templo de Xaca, donde hay una estátua de este dios, de oro macizo, de un tamaño estraordinario. Otros muchos ídolos del mismo metal le rodean como para honrarle, cuyo número se aumenta cada año. Despues que los peregrinos han cumplido sus deberes en Xaca, y empleado veinte y cinco dias en hacer diferentes estaciones en las otras montañas, se despiden de sus directores, á quienes cada uno dá de limosna el valor de cuatro escudos. En seguida se van todos á otro templo, al salir del cual se despiden unos de otros, y cada uno vuelve á su casa por el camino que mas le acomoda, y cree mas corto.»

Los dairis, en calidad de pontífices, legisladores y gefes militares, reunen en sí todas las atribuciones religiosas, civiles, y políticas, hasta que enervados por una posesion pacífica, y deseosos de gozar, dejan á los kubos ó generales del ejército, el que reinen de hecho en su nombre. El gran poder de estos data sobre todo desde Yoritomo, de la familia de los Ghensi, que habiendo salvado al dairi reinante, en el año 1190, de las ambiciosas tramas de la familia de los Feike, fué nombrado generalísimo, y fijó su residencia en Kama-Kura: la usurpacion no se completó hasta el siglo XVI, época en que el dairi quedó como soberano nominal, siéndolo real y efectivo el Kubo ó Seugun. Pero no por eso disminuyó el culto respetuoso hácia el dairi, como vástago de una diosa; antes por el contrario, este se aumentó á medida que su autoridad disminuia. «No se permite á este emperador, dice Charlevoix, el tocar la tierra, ni aun con el pié, porque esta le profanaria; y así, cuando quiere trasladarse de un punto á otro le llevan en andas personas destinadas al efecto. Tambien se cree que jamás se muestra al público. Algunos autores suponen que no le es permitido cortarse el cabello, la barba, ni las uñas; pero Kaempfer asegura, que se le prestan esos servicios cuando duerme. Antiguamente estaba obligado á sentarse todas las mañanas en su trono, y permanecer en él durante algunas horas, inmóvil como una estátua. Esta inmovilidad se creia de buen agüero para la tranquilidad del imperio; pero si desgraciadamente le ocurria moverse algo, ó dirigir la vista hácia alguna de sus provincias, se creia que estaban próximos el fuego, el hambre, la guerra, ú otras calamidades por el estilo. Despues se creyó mas prudente librarle de esta violenta y ridícula ceremonia, y desde entonces se contenta con dejar sobre el trono su corona imperial, cuya inmovilidad es mas segura, y produce segun ellos mismos creen, los mismos efectos.» El trage del dairi es muy sencillo; consiste en una túnica de seda negra, con una toga encarnada, y sobre ella otra toga de crespon de seda estremadamente fino; lleva un bonete de forma cónica con fajas pendientes por detrás, como las de una mitra de obispo. Su mesa está magníficamente servida, y se le prepara diariamente una comida suntuosa en doce aposentos del palacio á la vez, y cuando él designa el que prefiere, todo el aparato se reune en una sola mesa. Una música ruidosa le atruena los oidos durante la comida; la vajilla que usa, á pesar de ser de porcelana, se rompe á medida que se va quitando de la mesa, pues se cree que si otra persona que no fuese el dairi ú otro miembro de la familia imperial, usase dicha vajilla, moriria el culpable ahogado. Lo mismo se dice del profano que sin permiso del dairi se pusiese alguno de sus vestidos. Una especie de consejo ó corte eclesiástica cuida de que esta corona nominal no salga de la familia de Zin-Mu, y cuando el príncipe reinante muere, su mas próximo pariente le sucede.

No es menos aparente el poder real de los seugunes, perpetuado en la rama de Yoritomo hasta el año 1585, en cuya fecha reinaba la familia que trasladó su capital á Yedo. Prodigando el seugun al dairi todas las consideraciones de una preeminencia ostensible, jamás descuida cuando ocurre una innovacion legislativa ó cuestion diplomática, mandarle un embajador que pida su asentimiento; y el dairi, por su parte, como gefe espiritual del imperio, mantiene en la corte del seugun varios dignatarios eclesiásticos, encargados de vijilar la conducta de aquel, en materia de religion. El imperio está dividido en ocho grandes reinos llamados *do* ó caminos; estos *do* se subdividen en sesenta y ocho *kokfs* ó provincias, y estas comprenden seiscientos veinte y dos *koris* ó distritos. El seugun no manda por sí mismo sino en cinco provincias, que son gobernadas en su nombre por sus delegados, llamados *obanjos:* las restantes se dividen entre un gran número de dai-mio ó príncipes de los llamados *Kokfs*, poderes aristocráticos, tanto mas fuertes, cuanto que son hereditarios; pero no por eso dejan de estar sometidos como feudatarios al gefe supremo. Por medio de este feudalismo organizado, está el poder de los seugunes necesariamente coartado en sus atribuciones. Los principales dai-mio, forman parte de un consejo revocable á voluntad, pero cuya autoridad es casi decisiva. Este Tsindjo-no-sio, ó consejo general central, se subdivide en otros consejos secundarios, como nuestros ministerios ó tribunales, en los que se reparten los negocios de legislacion é instruccion pública, de asuntos del interior, de policia general, de la guerra, de causas criminales, de hacienda pública, y del patrimonio ó casa del emperador. Los dai-mio están obligados á sufragar todos los gastos de las localidades que gobiernan, y además, á economizar una cantidad que deben enviar como tributo al seugun; este tiene que sostener una fuerza militar á disposicion de aquel, y todos los gastos de una corte fastuosa, y estar dispuesto á presentarse cuando le llamen para ir á ofrecer sus homenages al soberano. A escepcion de algunos que se sostienen en un estado de independencia, la mayor parte de los dai-mio, sobrecargados por sus mismos privilegios, son pobres, mientras que el seugun disfruta la enorme renta de seiscientos á ochocientos millones.

El pueblo está distribuido en ocho categorías: los dai-mio, príncipes hereditarios; los chadamodo, nobles de segunda clase, que dividen con aquellos el monopolio de los cargos públicos; los ministros de la religion ó sacerdotes, sometidos especialmente al dairi; los militares que por sus buenos servicios llegan al grado de dossines, y cuyo cargo es tan honrado, que un hombre del pueblo los da siempre el tratamiento de *sama* (señor); los comerciantes, clase rica en el Japon, pero poco apreciada; los artesanos, los labradores, y un corto número de esclavos chinos ó coreos. Es muy raro que el labrador sea propietario de la tierra que cultiva; simple arrendador, tiene que pagar al propietario verdadero las tres quintas partes de su cosecha. La profesion mas abyecta es la de los desolladores, á quienes se obliga á hacer el oficio de verdugo y carcelero, y que forman entre sí una especie de corporacion, cuyos miembros tienen el derecho de mendigar en dias marcados, que lo son en el primero y último mes del año. De esta gerarquía social así constituida, resulta una independencia relativa, circunscribiéndose cada uno en los límites de sus derechos y deberes.

Las costumbres y usos del Japon, merecen algunos detalles. Los nacimientos no se hacen constar legalmente, y no existen allí registros de estado civil como en Europa, y esto procede de que la ley japonesa deja á los hijos á la entera disposicion de sus padres que tienen sobre ellos derecho de vida y muerte, lo que lleva consigo la frecuencia de los infanticidios. «Una cosa, dice Charlevoix, sorprende en un pais tan reglamentado, y en hombres que tanto encomian sus derechos, y es esta la costumbre que permite el dar muerte ó espo-

ner vivos los hijos que sus padres no creen poder mantener; pero como no existe vicio alguno que no se haya querido erigir en virtud, los japoneses creen para defender esa barbarie, que en eso ejercen un acto de humanidad, privando á esas desgraciadas criaturas de una vida que seria para ellas una carga insoportable. Las personas acomodadas que no tienen hijos, adoptan los de sus parientes y amigos que tienen demasiados. Desde que los hijos mayores de cada familia llegan á la edad viril, los padres se retiran del manejo de la casa, les entregan todos sus bienes, reservándose solo lo que creen necesitar en su retiro para sí y para mantener á los demás hijos. La parte hereditaria de estos es muy corta. En cuanto á las hijas, cuando se casan no llevan al marido mas que lo puesto. Aquí no se conocen dotes.»

Los japoneses desposan muchas veces á sus hijas desde la cuna, y realizan el matrimonio cuando cumplen quince ó diez y seis años. Kœmpfer nos esplica las ceremonias del matrimonio en estos términos. «Dispuesto todo para la boda, los novios desde la madrugada del dia señalado se pasean cada uno en una carroza tirada por búfalos ó caballos; despues al son de instrumentos se les lleva fuera de la ciudad, por caminos diferentes, á una colina donde se reune mucha gente á presenciar el acto. A la carroza del marido siguen otros pequeños carros, llenos de regalos para la novia; y esta, despues que los recibe, los entrega á sus padres ó parientes en recompensa del cuidado que han tenido en educarla. De esta manera un padre se hace rico si tiene muchas hijas que casar, y si sus novios son personas acomodadas. Un poco antes de llegar á la colina de que hemos hablado, la desposada se apea de su carroza, y mientras que ella sola sube por un lado, el marido lo verifica tambien solo por otro. En lo alto de la colina está dispuesta una tienda de campaña muy adornada, y en su centro se vé un altar donde el dios del matrimonio tiene la cabeza de perro, los brazos abiertos y un alambre en las manos; tal es una de las maneras como se representa á Amida. Por la cabeza de perro, los japoneses quieren significar la fidelidad y vigilancia de los casados, así como por el alambre simbolizan la estrecha union que debe reinar entre los esposos. Ante el ídolo hay un sacerdote á cuya derecha está la desposada y á su izquierda el esposo, cada uno con un cirio. La primera enciende el suyo en una de las lámparas que hay en la tienda, y mientras el sacerdote pronuncia algunas palabras, el segundo lo enciende despues en el de su prometida, y los concurrentes entonces dan gritos de alegría deseando á los casados toda clase de felicidades, á lo que se sigue la bendicion del sacerdote. Mientras que los nuevos esposos están cumpliendo en la colina con esta ceremonia, los convidados que se han quedado abajo no están ociosos, puesto que se entretienen unos en arrojar al fuego los juguetes con que la esposa se entretenia cuando era niña, otros en mostrar á aquella un torno y una rueca, y, otros, le guardan el carro donde están los regalos de boda; y por último, los sacerdotes matan al pié de la colina dos búfalos como en sacrificio al dios del matrimonio. En seguida se conduce á la desposada en su carroza en medio de la música y general alegría á la casa de su marido, cuyas habitaciones están todas sembradas de flores; y allí se celebra en el terrado un gran banquete. Esta fiesta, que es muy costosa, se prolonga por ocho dias.» Segun otra costumbre singular, la jóven japonesa debe desfigurarse el dia de su matrimonio, por lo cual ennegrece su blanca dentadura con un licor corrosivo, se afeita las pestañas y tiñe los lábios de verde, á fin de demostrar que ya en adelante está bajo el dominio del marido. El adulterio de la muger se castiga con la muerte; una leve imprudencia la cuesta á veces la vida. La fidelidad conyugal se lleva al estremo, y la adhesion al marido llega en la muger hasta el punto de dejarse morir de hambre á la muerte de aquel. Hé ahí el caso que refiere Charlevoix con respeto al amor de la muger japonesa: «Un noble japonés del Fingo tenia una muger hermosísima por esposa, de quien era tierna-

mente amado y que le hubiera hecho dichoso, si hubiese podido ocultar su felicidad; pero el emperador lo supo y le mandó matar, con objeto de casarse con la viuda, á la que llevó á su palacio. Esta, disimulando su idea, le pidió permiso para poder llorar en libertad á su marido por espacio de treinta dias, y el de dar luego un convite á sus parientes en el palacio. Todo esto fué concedido, y el emperador mismo quiso tomar parte en el festin. Vino en efecto, y al salir de la mesa, la dama se acercó al balcon, y haciendo como que se apoyaba en él, se arrojó desde aquella grande altura (pues la fiesta se hacia en el último piso de una torre) y quedó muerta en el acto, poniendo así en seguridad su honor y la fidelidad que habia jurado á su esposo. Los maridos menos fieles, tienen consigo algunas concubinas, pero estas están obligadas á servir á la esposa legítima si esta lo exige, y jamás se sientan á comer en la mesa del gefe de la familia. La ley japonesa autoriza además el divorcio.

Con esta disolucion de costumbres contrasta en gran manera el desprecio á la vida que existe entre los nobles y entre el pueblo, desprecio que prueba un valor, hijo de la vanidad, y una fuerza de amor propio, que en parte alguna se lleva á tal estremo como en el Japon. Una simple criada de servicio, dice Charlevoix, por solo haber sido objeto de una burla de parte de sus amos, se creyó deshonrada y se mató en el acto. Otro japonés, habiendo exigido á su esposa, que estaba leyendo una carta de su madre que se la entregase, y negándose aquella por motivos de delicadeza, hasta el punto de tragársela con tanta precipitacion que casi la ahogó, el marido, creyendo que aquella carta era de un amante, la abrió la garganta para sacársela, y viendo por su contenido el engaño que padeció, no encontró otro medio para atenuar su falta y borrar su remordimiento, que recoger en su casa á aquella madre, causa inocente de su desgracia para tenerla en la abundancia hasta su muerte. Estos rasgos nos demuestran la energía de un sexo, si bien no es menor la del otro. Dos japoneses que estaban al servicio del seugun se encontraron un dia en la escalera del palacio, el uno bajando con un vaso vacío, y el otro subiendo con un plato destinado á la mesa imperial. Por casualidad al juntarse tropezaron uno con otro los sables de ambos, el que bajaba se picó de esto y lo creyó una ofensa; el otro le dió sus escusas añadiendo que la cosa no era nada, pues todo se reducia al contacto imprevisto de dos sables que tanto valian el uno como el otro. «Pues yo, dijo el que se creia ofendido, os haré ver la diferencia que va de uno á otro,» y sacando su arma se abrió con ella el vientre. Sin decir una palabra el otro que subia, corre á poner cuanto antes el plato en la mesa imperial, vuelve al sitio en que su adversario estaba agonizando, y le dice: «Dispensadme si el servicio del príncipe me ha hecho tardar un poco, y para que veais que un sable vale tanto como otro,» desenvainó el suyo, se abrió tambien el vientre y espiró. Los hijos de familia se ejercitan desde su juventud en aprender á darse la muerte, y así como nuestros jóvenes se dedican á los ejercicios gimnásticos para desarrollar la agilidad y fuerza del cuerpo, los japoneses estudian el modo de saber morir, para que aquel acto final les haga honor. La ley tiene autorizado y previsto el suicidio, y fija sus circunstancias. Para que se consuma de una manera legal, la víctima debe estar vestida con ropa limpia y sin insignia ni adorno alguno especial. Cuando es un noble el que se va á matar, se cubre el esterior de su casa, donde están sus armas, con una cortina blanca, y ante toda la familia reunida se abre el vientre. Charlevoix compara la manía de los japoneses por el suicidio, con la de los europeos por el duelo ó desafío, y hace esta reflexion: «No sé en verdad cual es la mas bárbara de ambas cosas; solo creo que se van ambas en zaga; al menos los japoneses llevan la ventaja de que creyendo un deshonor el que tema el hombre la muerte, razonan con mas justicia dándosela ellos mismos para lograr

aquella ventaja sobre sus enemigos. Por otra parte, entre ellos, no hay para aquel acto padrinos, como entre nosotros, y esto es una locura de menos. »

Las clases inferiores se limitan á enterrar sus muertos en los cementerios. Despues de haber cubierto el cadáver con aromas, se le deposita en una fosa, y en la tierra con que se cubre, se plantan árboles y flores. El monumento fúnebre es conservado cuidadosamente por los parientes del difunto, quienes embellecen aquel jardin que visitan frecuentemente, y en el que van á descansar junto con la familia. Los cadáveres de los ricos no son enterrados, sino quemados con un ceremonial suntuoso. Una hora antes de que se saque el cuerpo de la casa, los amigos del difunto se dirigen magníficamente vestidos al sitio donde se ha de quemar el cadáver, como para tomar posesion de él. Llegada la hora, el cortejo fúnebre se pone en marcha : las mugeres, parientes ó amigos de la familia van vestidos de blanco, color de luto en el Japon; despues de las personas mas notables de la poblacion siguen los bonzos de la secta á que pertenecia el difunto que, es conducido en una litera cubiertas con telas de oro y seda, y rodeada de sacerdotes cubiertos con una especie de sobrepellices y un manto negro. Detrás sigue un hombre vestido de color gris, que lleva en la mano una tea de pino encendida, al que siguen doscientos bonzos cantando alabanzas á su dios. Varios acólitos van detrás derramando flores que el pueblo recoje; otros jóvenes bonzos llevan estandartes vueltos hácia abajo donde está inscrito el nombre del Dios de la secta que profesaba el muerto. Este mismo nombre se encuentra escrito en diez linternas que llevan otros tantos portantes, y en otro gran estandarte en letras de oro. Aquel largo acompañamiento, llega algunas veces hasta la colina donde está preparada la hoguera, mucho antes de que el cuerpo haya salido aun de la casa mortuoria. El cadáver, vestido de blanco, está colocado en la postura de un hombre que ora con la cabeza baja y las manos juntas, y por cima de su trage lleva un gran papel ó cartelon en que están trazados los misteriosos caractéres que le han de procurar la entrada en el Eliseo. Sus hijos, vestidos con magnificencia, rodean la litera que conducen seis hombres, llevando el mas jóven de aquellos la antorcha destinada para encender la hoguera (Pl. LIX, n.° 1.) Cuando el féretro ha llegado al recinto funerario, los acompañantes prorumpen en gritos, y esclamaciones en medio del rumor de treinta Tam-tams (instrumento de cobre) que se tocan á la vez. En los dos lados de la pira de leña seca, que está cubierta con una magnífica tela de seda, se ven colocadas dos mesas, la una provista de pastas, confituras y frutas; y hay en la otra una estufa llena de carbon encendido y un plato con astillas de aloe. Despues de haber entonado el gefe de los bonzos el himno de los muertos que cantan todos los circunstantes, toma de las manos del hijo del difunto la antorcha encendida, dá con ella tres veces la vuelta alrededor de la pira, y se la devuelve para que este prenda fuego á la cabeza del cadáver. Lo mismo hacen los demás con las que llevan, encendiendo la pira por otros puntos. En seguida todos echan sobre el fuego, aceite, perfumes, palo de aloe y otras sustancias inflamables y odoríferas hasta que el cuerpo queda consumido; luego todos se retiran, y dejan los manjares preparados para los pobres que acuden. Al dia siguiente los parientes y amigos del difunto van á recojer las cenizas, los huesos y los dientes, y lo meten todo en un vaso de porcelana, que cubierto con un rico velo, queda depositado durante siete dias en el mismo sitio donde estuvo la hoguera. Trascurridos aquellos, se colocan los restos en el sepulcro, levantado sobre un pedestal en que está inscrito el nombre del difunto y el del dios cuya secta habia abrazado. Siete meses despues se renuevan casi iguales ceremonias, que se repiten por última vez al cabo de siete años. Por este ceremonial fúnebre, se vé, dice Charlevoix, «que la idea de la muerte nada tiene de lúgubre para aquel pueblo que la considera en vez de un mal, como un paso necesario para lle-



gar á la verdadera felicidad.» Se empieza por tomar parte en la dicha del muerto, y en seguida se llora su pérdida. El luto dura dos años, durante los cuales, el que lo lleva, se abstiene de todas las diversiones, y placeres y se presenta en público siempre con los ojos bajos, y las manos metidas en las mangas del vestido, caminando lentamente y con cierta gravedad (Pl. LIX, n.º 2.) Existe además la costumbre de una fiesta anual consagrada á todos los muertos, que se celebra el dia trece de la séptima luna, en esta forma. Todas las casas, dice Charlevoix, se adornan como si se tratase de la entrada pública de una persona del mas alto rango. Durante la noche que precede á la fiesta, todas las familias salen de la ciudad, y van al sitio en que creen que deben encontrar á las almas, donde las felicitan y dan la bienvenida. Se las invita á que descansen, se las presentan refrescos y se entabla con ellas una conversacion que dura á lo menos una hora. Terminada aquella ceremonia, se va una parte de la familia á casa para preparar lo necesario, y la otra se queda prolongando la conversacion con las almas, invitándolas á que vayan con ellos, continuando esta farsa todo el camino hasta llegar á la ciudad, que encuentran toda espléndidamente iluminada. El interior de las casas está tambien iluminado, y dispuestos los grandes banquetes que deben celebrarse; los muertos tienen tambien en ellos su cubierto en la mesa; y como la mayor parte de los japoneses creen que nuestras almas están formadas de una materia estremadamente sútil, no dudan que aunque de una manera invisible, absorven la pura sustancia de los manjares que se las preparan. Despues de la comida cada uno va á visitar las almas de sus allegados ó vecinos, y así se pasa la noche recorriendo la ciudad. La fiesta dura todo el dia siguiente, y vuelve por la noche á reunirse la misma comitiva para acompañar las almas, á las que se cree ya bien obsequiadas, al mismo punto donde la víspera se fué á recibirlas, guardando las mismas ceremonias. Los campos se iluminan en la segunda noche, á fin de que las almas no se pierdan en el camino; y por temor de que algunas se queden en las casas, se registran cuidadosamente todas las habitaciones, y se mete ruido en ellas dando palos en los rincones para que salgan, pues sentirian que se quedasen en la casa tan importunos huéspedes, cuyas apariciones temen tanto, y aun mas, de lo que las temen los niños entre nosotros.

El bosquejo que acabamos de hacer sobre la religion y costumbres de los japoneses, basta para dar á comprender lo urgente y necesaria que era la revolucion moral que iba á verificarse en aquel archipiélago, y cuan indispensable era allí el cristianismo que iban á plantear los portugueses. En el año 1542, época en que S. Francisco Javier, llegaba á Goa, fué descubierto el Japon por dos puntos diferentes; esto es, por Fernando Mendez Pinto, Diego Zeimoto y Cristóbal Borello, que venian de Lampacao, puerto de la China; y por Antonio Mota, Francisco Zeimoto y Antonio Pexota, al salir de Dodra, en el reino de Cion para la isla de Célebes. No podemos omitir una notable circunstancia que tuvo lugar á la llegada de Mendez Pinto al Japon. Sorprendido un gefe indígena ante quien se presentaron los portugueses, prorumpió al verlos en estas palabras: «Que pierda la vida, si estos hombres no son los Chinchicogis, de quienes está escrito en nuestros antiguos libros, que, volando sobre las aguas, se harán dueños de todas las tierras que pisen, y especialmente de los paises que posean mas riquezas. Serémos dichosos si quieren contentarse con ser nuestros aliados.» De esta manera, tanto en el Japon, como en la América, la tradicion local indica la llegada de los europeos, dando á estos un carácter de superioridad, que nadie se habria atrevido á negarles. Desde entonces se establecieron relaciones comerciales entre Portugal y el Japon. Pero consideraciones muy distintas y de mas alta importancia, eran las que obligaban al apóstol de las Indias á dirigirse á aquel imperio, en el que á pesar del espíritu del mal, iba á

levantarse la cruz de Jesucristo para destruir las bárbaras costumbres de la idolatría, subyugadas por las verdades y la moral civilizadora de la religion del Salvador.

En el tiempo que duró el viage, Pablo de Santa Fé enseñó los primeros elementos de la lengua japonesa á Javier, que continuó estudiándolos durante los cuarenta dias que pasó en Kago-Sima, en la casa de Pablo, cuya familia convirtió y bautizó en seguida. Aunque no se hablaba mas que un idioma en el Japon, este se modificaba por los acentos y pronunciacion, segun la calidad de las personas á quienes se dirigia la palabra. Los progresos del santo misionero, fueron tales, que pudo traducir en japonés el símbolo de los apóstoles, con su esplicacion, traduccion que aprendió de memoria, y con ella comenzó á predicar la fé de Jesucristo.

Entretanto, Pablo de Santa Fé hizo patentes su celo, sus virtudes y sus milagros en la corte del dai-mio de Satsuma, que residia á seis leguas de Kago-Sima; y creyendo que el interés de la religion exigia el ver á aquel príncipe, Pablo se encargó de procurar á Francisco una audiencia. El dio-mio le recibió benévola y honrosamente, y le permitió anunciar la fé á sus súbditos. El conocimiento que ya tenia Javier de la lengua japonesa, que hablaba bien y hasta con elocuencia, contribuyó mucho á estender el cristianismo; distribuyó entre los convertidos copias de su traduccion del símbolo y de la esplicacion de los artículos que le componen. Nuevos prodigios confirmaron la doctrina que enseñaba; al bautizar un niño que tenia un gran tumor que le hacia parecer un mónstruo, se lo devolvió á su madre sano y hermoso, colmándola de dicha; tambien curó con la eficácia de sus oraciones á un leproso, y resucitó una joven de una familia principal, despues de haber muerto hacia ya veinte y cuatro horas. Completa habria sido la satisfaccion del misionero, si hubiese logrado convencer á los bonzos; pero á pesar de cuantos medios inspiró á Javier su caridad, persistieron los sacerdotes idólatras en su ciego fanatismo.

Como los portugueses abandonaron el reino de Satsuma, para trasladar su comercio á Firando, el dai-mio retiró á Javier el permiso que le habia dado de instruir sus habitantes, aun amenazó perseguir á los cristianos; pero y estos, fieles á la gracia que habian recibido, le declararon que sufririan el destierro y aun la muerte, antes que renunciar á su fé. No pudiendo ya ejercer su ministerio el santo entre los kago-simanes, dejó su ciudad despues de un año de residencia, y se fué á Firando. No contento con haber recomendado á Pablo de Santa Fé, á los que habia regenerado en nombre de Jesucristo, le dejó una estensa esplicacion del símbolo, con una vida de Jesucristo, sacada de los Evangelios, que habia hecho imprimir en lengua y caractéres japoneses. Luego partió el apóstol llevándose, segun su costumbre, todo lo necesario para la celebracion del santo sacrificio de la misa, seguido de los dos jesuitas que le habian acompañado.

Por el camino predicó en la fortaleza de un príncipe llamado Ekandono, vasallo del dai-mio de Satsuma; muchos idólatras creyeron desde luego en Jesucristo, entre ellos el intendente del príncipe, hombre anciano, que á una gran prudencia unió un estraordinario celo por la religion, de la que fué uno de sus mas celosos propagadores. Javier al despedirse de él, le encargó que cuidase de todos los otros cristianos. El piadoso intendente, les reunia todos los dias en su casa, para rezar en comun varias oraciones, leyéndoles los domingos la esplicacion de la doctrina cristiana. Fué tan edificante la conducta de aquellos fieles, que contribuyó á convertir á otros muchos idólatras. Hasta el dai-mio de Satsuma, se hizo ya mas propicio al cristianismo, y se declaró su protector.

Hízose en Firando al apóstol una recepcion magnífica, permitiéndole el príncipe, que anunciase la fé de Jesucristo en sus Estados. Bautizó allí mas idólatras en veinte dias, que en Kago-Sima en un año entero. Dejó aquella cristiandad al cuidado del P. Torres, uno de



los jesuitas que le acompañaban, y salió para Miyako con el otro y dos cristianos japoneses.

Desde allí pasaron por mar á Fakata, donde volvieron á embarcarse para Amanguchi, capital de la provincia de Nogato, en cuyo pais se hallaban las mejores y mas ricas minas de plata del Japon. Reinaba en aquella ciudad una escandalosa corrupcion de costumbres; por lo que á pesar de haber predicado Javier en público, y con santo celo, fueron sus palabras, mas bien que atendidas, objeto de burla y de escarnio.

Despues de un mes de permanencia en Amanguchi, continuó su camino hácia Miyako con sus tres compañeros. Era en fines de diciembre del año 1550; las lluvias habian puesto intransitables los caminos, la tierra estaba cubierta de nieve y el frio era escesivo, sin encontrarse mas que torrentes impetuosos, rocas escarpadas y bosques impenetrables, sin embargo, los siervos de Dios quisieron hacer el viage descalzos. Al pasar por las aldeas y pueblos pequeños, Javier predicaba y leia á sus habitantes alguna parte de su catecismo. Como la lengua japonesa no tenia palabra especial para espresar á la soberana divinidad, temió que los idólatras no confundiesen al verdadero Dios con los ídolos, y así les dijo que no le admiraba que hombres como ellos que jamás habian conocido á aquel Dios, no pudiesen espresar su nombre; pero que los portugueses le llamaban *Deos*. Repetia con frecuencia esta palabra, y la pronunciaba con un tono de voz y accion tan significativa, que inspiraba á los idólatras con solo oirla, una veneracion profunda por el santo nombre de Dios. La palabra portuguesa *Deos*, y su sinónimo latino *Deus*, pareciéndose á la palabra japonesa *dius* ó *diusa*, que en su idioma significa *mentira*, dió motivo á que los idólatras fundados en esta analogía, preguntasen al santo porque blasfemaba llamando á Dios *mentira* ó mentiroso. Pinto, al hablar de esto, añade, que cuando Javier despues de haber celebrado la misa, recitaba con los cristianos las letanías de los Santos por la propagacion de la fé, los bonzos prevaliéndose de que la palabra *sancti* quiere decir en japonés *vil infame*, sacaban partido de esta coincidencia casual para hacer despreciable una religion que enseñaba, segun ellos, á adorar las cosas mas viles, y á esperar de ellas proteccion; pero la interpretacion dada á la palabra latina, cuyo sentido es diametralmente opuesto al de la palabra japonesa, destruyó esa acusacion. Javier predicó en un pueblo con tanta vehemencia contra las divinidades del pais, que sus moradores intentaron apedrearle, costándole no poco trabajo el salvarse del peligro que le amenazaba.

Miyako (capital), llamada tambien Kio (residencia), ciudad la mas importante de la provincia de Yama-Siro, está situada en medio de un anfiteatro de colinas; bañándola por la parte de levante las aguas del Kamo-gava, rio afluente del Yodo-gava. Está regularmente edificada, y sus calles son muy rectas; su poblacion es de seiscientos mil habitantes, y cuenta en su recinto quinientos templos. Ya hemos hablado del de Fo-ko-zi. Puede rivalizar con esta pagoda del gran Buda, el templo de Kang-wong, cuya estátua gigantesca tiene treinta y seis manos, y está rodeada de otros seis héroes colosales, y de una multitud de dioses subalternos, graduándose su talle de tal suerte, que forman á la vista las cabezas de todos, un plano inclinado que se remonta desde las mas pequeñas á las mas grandes. pudiendo aquella abrazarlas todas á la vez. (Pl. LX, n.º 1.) El palacio del dairi es un vasto recinto rodeado por todas partes de muros y de fosos; en el centro se eleva una torre cuadrada de donde arrancan en todas direcciones trece calles habitadas por los grandes dignatarios. La corte del dairi es como una especie de academia donde se cultivan la literatura, ciencias y las bellas artes; en ella se redactan los anales del imperio, un almanaque ó guia oficial que indica todas las cargas del Estado, así como tambien las rentas de las principales casas, desde la cantidad mas elevada hasta la que no tiene mas que 10,000

cobany (480,000 rs. vn.). Su universidad es una de las seis principales del Japon. En el año 1540, cada una de estas contaba mas de 3,500 estudiantes; es aquella capital á un tiempo metrópoli, con respecto á la religion y centro de la industria; allí se hace la mejor afinacion del cobre, se fabrican las mejores porcelanas del Japon; se teje la seda, se trabaja el oro y la plata, se templa el acero, y se acuña toda la moneda que circula en el archipiélago.

Cuando Javier llegó á ella, en febrero del año 1551, el dairi, el seugun y el saco, ó gran sacerdote, tenian allí su corte; en vano el santo les pidió una audiencia, puesto que las conmociones ocasionadas por las guerras civiles, impidieron por entonces que se le escuchase, y así salió de Miyako al cabo de quince dias para volver á Amanguchi. La pobreza de su esterior era el principal obstáculo para ser recibido en la corte, por lo que creyó deber acomodarse á las preocupaciones del pais; así que, venciendo su repugnancia, se presentó lujosamente y con gran séquito, é hizo algunos regalos al dai-mio, entre otros el de un reloj de repeticion que le sorprendió sobre manera. Por este medio obtuvo la proteccion del príncipe, y el permiso para predicar el evangelio. Bautizó tres mil idólatras en la ciudad de Amanguchi, lo que le llenó de satisfaccion. «Jamás he disfrutado tanto consuelo como en Amanguchi, escribió despues á los jesuitas de Europa; de todas partes venian á oirme, veia el orgullo de los bonzos abatido, y á los mas fieros enemigos del nombre cristiano, sometidos á la humildad del evangelio. Contemplaba estasiado los trasportes de alegría de aquellos nuevos cristianos, despues de haber confundido á los bonzos en sus disputas, se volvian gozándose en su triunfo. No menos encantado estaba al ver el trabajo que á porfía se tomaban por convencer á los gentiles, y el placer con que me referian sus triunfos. Todo esto me causaba tanta alegría, que me privaba de sentir mis propios males.» En Amanguchi, Dios favoreció tambien al santo, permitiéndole obrar grandes milagros. Se hacia entender perfectamente de los chinos, que el comercio atraia á aquella ciudad, sin haber aprendido nunca su idioma; dando su santidad, su dulzura, y su humildad, mas fuerza á su palabra, que los mismos prodigios que obraba, sin que hasta los infieles mas obstinados pudiesen resistir á ella. Un incidente acaecido al P. Fernandez, contribuyó mucho á hacer respetar la religion cristiana. Un dia que este predicaba en la ciudad, un hombre de la hez del pueblo se acercó á él como para hablarle, y le escupió en la cara. El Padre, sin decir una palabra, ni demostrar la menor emocion, sacó su pañuelo, se limpió y continuó tranquilamente su discurso. Todos quedaron asombrados de una moderacion tan heróica; y los que en un principio se burlaron del insulto, no pudieron menos de admirar la paciencia con que fué soportado. Uno de los japoneses mas sábios de la ciudad, que se hallaba presente, esclamó, que una ley que inspiraba semejante valor, tanta grandeza de alma, y que preparaba un triunfo tan señalado sobre el amor propio ofendido, no podia proceder sino del cielo. Concluido el sermon, confesó que la virtud del predicador habia ablandado su corazon, y pidió enseguida el bautismo que le fué solemnemente administrado. A aquella conversion siguieron muchas otras no menos importantes. Despues de haber confiado Javier aquella nueva grey cristiana á Torres, á quien habia hecho venir de Firando, y á Fernandez, salió de Amanguchi á mediados de setiembre del año 1551.

Seguido de dos cristianos japoneses que habian hecho el sacrificio de sus bienes por abrazar el Evangelio, se trasladó á Fucheo ó Funai, residencia del dai-mio de Bungo. Este príncipe habia oido hablar de él y deseaba conocerle, como lo prueba la carta que escribió al apóstol en estos términos: «Padre bonzo de Chinchicogin, (los japoneses designan así al Portugal) desearé que vuestra dichosa llegada á mis Estados sea tan agradable á vuestro Dios, como lo son las alabanzas con que los santos

le honran. Quansyo-nafama, mi secretario, á quien he mandado al puerto de Fizen, me ha hecho saber que acabais de llegar de Amanguchi, y toda mi corte os podrá decir la alegría que esa nueva me ha causado. Como Dios no me ha hecho digno de mandaros, os suplico que vengais antes de salir el sol á mi palacio, donde os espero con impaciencia; permitidme que os pida ese favor, sin que os molesteis por eso. Entre tanto, prosternado en tierra, suplico de rodillas á vuestro Dios, que confieso ser el Dios de todos los dioses, y el soberano mas grande, y de los mejores que habitan en el cielo, le suplico, repito, que haga entender á los soberbios del siglo, lo muy agradable que le es la vida santa y pobre, á fin de que los hijos de nuestra carne no se dejen seducir por las falsas promesas del mundo. Enviadme noticias de vuestra salud para que así duerma bien esta noche, hasta que el canto del gallo me anuncie vuestra llegada.» Los portugueses que el comercio atraia á aquellos sitios, sabiendo lo mucho que en general, los japoneses desdeñan la pobreza, querian convencerles en esta ocasion de que si los predicadores del Evangelio no estaban rodeados del fausto que afectaban los ministros de los dioses del Japon, no era porque les obligase á ello la pobreza, sino por el desprecio que hacian de los bienes y honores de este mundo. Con esto trataban de desengañar á la multitud, que en el Japon mas que en otra parte se deja llevar por las apariencias, y desvanecerles aquella idea que para sus fines habian propalado los bonzos respecto de los religiosos europeos. El humilde misionero, alegó además el ejemplo de los apóstoles y del gefe mismo del colegio apostólico que por la humildad de la cruz, habia triunfado de todo el orgullo romano; pero á todo esto se le replicaba que importaba mucho quitar todo pretesto y vencer la repugnancia que su pobreza encontraba en espíritus entregados tan de lleno á las seducciones del lujo; que era conveniente á la misma religion el mostrar á los idólatras algo del brillo que rodea en Europa al sacerdocio católico, lo cual seria un medio para infundir mas respeto á su persona, y hacer mas eficaz su predicacion por los honores mismos que se tributaban al predicador. En vista de esto, y haciendo violencia á su humildad, consintió Javier en ponerse una sotana nueva, un sobrepelliz, y una estola de terciopelo verde guarnecida de brocado de oro, y presentarse en público precedido de una música militar. Eduardo de Gama, comandante de un buque portugués, con la cabeza descubierta, iba delante del apóstol del Japon, como para indicar el respeto que se merecia. Treinta portugueses de distincion, vestidos con ricos trages de seda, y cargados de pedrería, cerraban el acompañamiento. Pero en medio de todo este aparato, la vista de la multitud se fijaba únicamente sobre el hombre apostólico, junto al cual cinco europeos llevaban una bolsa de seda azul que guardaba el libro de los evangelios, una caña de Bengala, cargada de oro, unas pantuflas de terciopelo negro, un cuadro de la Santa Vírgen, y un quitasol de gran precio, adornado de pinturas indianas, que aun se conserva en Roma en la casa de Jesus. Cuando estuvieron frente al palacio, la guardia del dai-mio abrió filas para darles paso, y aproximándose entonces á Javier los cinco portugueses, despues de saludarle con respeto, le entregaron la caña de Bengala, las pantuflas de terciopelo, y estendieron el quitasol sobre su cabeza. Los que llevaban los evangelios y la imágen de la Vírgen, se colocaron á su lado. Al ver esta pompa, y sobre todo, la dulce magestad y religiosa modestia que brillaba en el rostro del santo: «Es este esclama el pueblo, el miserable de quien los bonzos de Amanguchi han dicho, que hasta los gusanos de que estaba cubierto repugnaban alimentarse de una carne tan infecta como la suya? ¿Acaso hay alguno entre todos ellos, que tenga ese aire de grandeza? Y si fuese lo que nos dicen, ¿le harian esos estrangeros tantos honores?» Despues de haber recorrido muchas galerías, donde los principales japoneses honraron al misionero con

el ceremonial del pais, fué Javier introducido en presencia del dai-mio, que se inclinó tres veces ante él. (Pl. LX, n.° 2.) El jesuita se iba á arrodillar y tocar el pié del príncipe para conformarse con el uso establecido; pero el dai-mio, lo impidió antes que fuese á hacerlo, y le hizo sentar en el mismo estrado que él. Javier propuso los misterios y la moral cristiana á aquel jóven príncipe, que encantado de sus palabras, esclamó: «Nuestros bonzos nada dicen que se parezca á esto.» Faxiandono, uno de los ministros del error, quiso interrumpirle, pero el príncipe le contestó: «Callad, hombres como vosotros se comunican con los demonios, y no con los dioses.» El príncipe y el misionero comieron juntos, señal de distincion la mas grande que puede conceder éste, puesto que nunca en el Japon, dos personas se sientan á comer á la vez en una mesa, sino que cada uno tiene la suya. Las mesas son pequeñas y muy bajas, porque comen los japoneses sentados en el suelo, sobre esteras mas ó menos elevadas, segun la gerarquía y condicion de los convidados. No usan manteles, ni servilletas, pero se lavan las manos á cada plato; y como las mesas están barnizadas, y los japoneses son muy limpios, nunca las manchan, y á lo mas se enjugan con un paño. Javier comió solo, cerca del dai-mio que le hizo los honores en la mesa, mientras que los portugueses permanecieron durante la comida de rodillas, y los japoneses sentados sobre los talones, postura para ellos la mas respetuosa. El santo, en las conferencias públicas que tuvo, confundió á los bonzos, que por motivos de interés querian refutarle, y convirtió á algunos de ellos. Sus predicaciones y conversaciones particulares impresionaron al pueblo, hasta el punto de hacerle acudir en tropel á pedirle el bautismo. El mismo dai-mio, convencido de la verdad del cristianismo, mejoró su conducta privada; pero la voz de las pasiones fué aun bastante fuerte para hacerle dilatar su conversion: solo al recordar mas tarde las instrucciones que el santo le habia dado, rompió su cadena impura, y recibió el sacramento de la regeneracion. Dos años y cuatro meses habian pasado desde que Javier comenzó á evangelizar el Japon, cuando se embarcó el 20 de noviembre de 1551, para regresar á la India.

CAPÍTULO III.

Antonio Criminal, primer mártir de la Compañía de Jesus. — Gaspar Barcia en Ormuz. — Conversion del rey de Tanor. — Muerte de S. Francisco Javier, y del bienaventurado Juan de Alburquerque.

Al dejar el Japon S. Francisco Javier, recordó habérsele dicho que los hombres sábios y estudiosos de la China, no habian aun abrazado la fé, por lo que resolvió practicar todos los medios para hacerla penetrar en aquel vasto imperio. No pudieron los contratiempos que esperimentó el misionero durante el viage entibiar en lo mas mínimo su ardiente celo; por dos veces salvó milagrosamente al buque del furor de las olas. Cuando llegó á Malaca, recibieron al religioso los habitantes de aquella ciudad con las mayores demostraciones de alegría; pero como solo pensaba el santo en la mision de la China, á cuyo pais no sabia de que modo poder dirigirse, mostrábase indiferente á aquellas pruebas de síncero afecto. A mas de la dificultad de la empresa, mediaban las circunstancias de que los chinos no tenian simpatias con los portugueses, y que estaba terminantemente prohibido á los estrangeros penetrar en el celeste imperio, bajo pena de muerte, ó encierro perpétuo. Algunos comerciantes portugueses que lograron entrar, aunque con sigilo y precaucion, fueron descubiertos, y pagaron la temeridad unos con su cabeza, y muriendo los demás en una cárcel cargados de cadenas. Hablando Javier sobre esto con el gobernador de Malaca, quedó resuelto entre ambos, que podria enviarse á la China una embajada en nombre del rey de Portugal, al objeto de pedir al emperador que permitiese á los portugueses hacer el comercio en el imperio; y que una vez obtenida esta autorizacion, los obreros evangélicos ya no tendrian tantas dificultades para introducirse en el celeste





imperio; sin embargo, no pudo por entonces realizarse el plan convenido. No podia la muerte intimidar á ninguno de aquellos atletas cristianos, á ninguno de aquellos dignos hijos de la Compañía de Jesus, conforme acaba de demostrarlo el fin glorioso del P. Antonio Criminal, primer mártir de la Compañía. Nació este en Sisi, cerca de Parma, siendo admitido en Roma por S. Ignacio en el número de sus compañeros. En 1542, se le mandó de Roma á Portugal, y de allí á las Indias; luego fué destinado á predicar el Evangelio en la costa de la Pesqueria, mision favorita de S. Francisco Javier, de la que éste le nombró superior. Austero, laborioso, sufrido en las adversidades, y ansioso de sufrimientos, solo pensaba en el modo con que podia mortificarse; en su celo por la salvacion de las almas, visitaba todos los meses, y casi siempre descalzo, toda la costa. A ejemplo del buen pastor, se espuso á la muerte, y la sufrió con gusto por sus ovejas en 1549. Hé ahí las causas que dieron lugar á ella. Atacados los indígenas por la belicosa tribu de los badages, se inmoló generosamente el misionero por salvar sus vidas, despues de haber logrado en gran parte salvar sus almas. En el momento del peligro cayó de rodillas con las manos y la vista levantada al cielo, (Pl. LXI, n.º 1.) como acostumbraba hacerlo cuarenta veces al dia, y sucumbió gloriosamente por amor á su Dios y á sus criaturas. Tal fué la muerte del P. Antonio Criminal, primer eslabon de esa inmensa cadena de mártires que con tanta gloria ha continuado ofreciendo al cielo la Compañía de Jesus, para hacer triunfar la doctrina de Jesucristo en la tierra. Al tener noticia S. Francisco Javier de semejante muerte, dió las mas vivas acciones de gracias al Señor, pidiendo le deparase igual fin.

El P. Enriquez, de nacion portugués, que sucedió al P. Criminal en calidad de superior de los misioneros jesuitas de la Costa de la Pesqueria, obtuvo allí la mayor influencia, á causa de la conversion de un indígena, persona de claro entendimiento, y de profundo saber. Informado por el misionero de que debia despreciar los ídolos y adorar á un solo Dios, fué ya desde el primer dia de su conversion, un modelo de virtud cristiana. El santo misionero tuvo tambien su parte en los sufrimientos que las incursiones de los badages reservaban á los obreros apostólicos. Despues del P. Antonio Criminal, el P. Alfonso Mendez, murió tambien á manos de aquellos feroces enemigos de los paravas, quienes le decapitaron; tambien el P. Pablo del Valle, cogido luego prisionero y aherrojado, sin mas que un poco de arroz y agua para su sustento, espiró estando en oracion; y el mismo P. Enriquez, cogido á su vez, sufrió tan malos tratamientos durante su cautiverio, que su cuerpo se hinchó todo á causa de las cadenas con que estaba aprisionado. Libertado al fin, así como otros portugueses prisioneros, se fué enseguida á evangelizar á los paravas. Decia Javier, que era Enriquez un hombre de bien, calificacion merecida por el misionero que, esparció por espacio de cincuenta y tres años la semilla evangélica en la costa de la Pesqueria.

Desde Malaca, S. Francisco Javier se fué á Cochin, á donde llegó el 24 de enero de 1552. Pedro Gonzalez, vicario del obispo de Goa en esta ciudad, y los portugueses que allí tenian establecido su comercio, habian obtenido que se les mandase al P. Baltasar Gago. En breve se formó una piadosa cofradía bajo la advocacion de Nuestra Señora, y se cedió á los jesuitas su iglesia, llamada de la Madre de Dios, y cuya donacion confirmó el obispo de Goa, Juan Alburquerque; pero arrepentidos luego los cofrades de la cesion que habian hecho á favor de los jesuitas, trataron de apoderarse nuevamente de la iglesia que les habia pertenecido, lo que contribuyó á que se enfriasen un tanto las buenas relaciones que antes mediaban entre aquellas dos asociaciones piadosas. Tal era el estado de las cosas cuando llegó allí S. Francisco Javier, cuya caridad y dulzura debian poner feliz término á la disension que reinaba. En 2 de febrero de 1552, hizo reunir á los cofrades de Nuestra Señora

en el átrio de la iglesia principal de Cochin, y allí en presencia del vicario, del obispo, y de los sacerdotes que habian servido de testigos para la donacion, se presentó con las llaves de la capilla disputada en la mano, y puesto de rodillas dijo á todos los presentes, tan asombrados como enternecidos: «Vosotros me habeis concedido generosamente la iglesia de la Madre de Dios, á la que tanto venerabais con la esperanza de que si los PP. de nuestra Compañía se hacian cargo de ella, la devocion se aumentaria aun mas entre los habitantes de Cochin, resultando de eso un gran provecho para las almas. Aunque yo abrigo tambien iguales esperanzas, sin embargo habiendo sabido con gran sentimiento que con esta ocasion algunos de vosotros han perdido algo del afecto que anteriormente demostraron por nosotros; yo vengo aquí á poner en vuestras manos las llaves de esa iglesia, no porque deje de apreciar por eso el favor que nos habeis hecho concediéndonosla, pues lo mismo ahora, que cuando de ella tomamos posesion, os estamos tan reconocidos, como si la hubiéramos disfrutado; sino porque no seria justo que causásemos (Dios no lo permita), el menor desagrado á aquellos á quienes estamos tan agradecidos, ni menos que devolviésemos mal en cambio del bien que nos han hecho. En resúmen, por no causar descontento á nadie, antes por el contrario, para mantenernos en la mejor armonía con vosotros, os entregamos estas llaves, paraque dispongais de ellas como mejor os plazca.» Y enseguida dió las llaves al presidente de la cofradía, y esto con tal humildad, que muchos años despues nadie podia acordarse de este acto sin enternecerse. Semejante conducta ganó los corazones de todos los cofrades, inclusos los que mas opuestos estaban á los jesuitas, hasta el punto que á vivas instancias de todos los miembros de aquella corporacion, se ratificó libre y espontáneamente la donacion de la iglesia en favor de la Compañía de Jesus. Desde entonces se instaló esta con gran satisfaccion y aprovechamiento espiritual de los habitantes de Cochin en aquella capilla, que dió orígen á un colegio que llegó á ser, despues del de Goa, el primero de la India, tanto por el número de individuos, como por la importancia de obras espirituales á que dió márgen. El rey de las islas Maldivas, arrojado por sus súbditos, se habia refugiado en Cochin, y acababa de ser catequizado por el P. Heredia. El apóstol de las Indias confirió el bautismo á este príncipe, que sin esperanzas ya de recobrar sus estados, y casado despues con una portuguesa, murió en la vida privada, dichoso por haber cambiado la vanidad del poder por el sólido don de la fé.

Por todo el mes de febrero, Francisco pudo desembarcar en Goa, y visitar los hospitales; luego se fué al colegio de S. Pablo, donde curó repentinamente á un enfermo agonizante. Entre otros misioneros, encontró allí al P. Gaspar Barcia, á quien antes habia enviado á Ormuz, y cuyas tareas apostólicas vamos á reasumir.

Gaspar, de orígen flamenco, nació en Guza, villa de la provincia de Zelandia, de padres cuya única nobleza consistia en su virtud. Despues de haber estudiado la gramática en su villa natal, siguió en Lovaina los cursos de filosofía y teología. Fué admitido en Portugal en la Compañía de Jesus, y en el año 1548 fué destinado á las Indias con otros tres padres de su misma órden. La influencia de su celo, de su caridad y de su paciencia fué tal en el ánimo de la tripulacion y de los pasageros, que el buque se transformó en una comunidad edificante; no fué menor el cambio que se notó en Goa, á causa de sus contínuas predicaciones. Tuvo varias conferencias con los bramanes, cuyo gefe, llamado Locu, cautivado por su irresistible elocuencia, fué solemnemente bautizado junto con su esposa y un sobrino. El neófito recibió el nombre de Lucas; su muger, el de Isabel, y su sobrino el de Antonio, celebrándose aquel bautismo durante ocho dias con inusitada pompa. Enviado Gaspar á Ormuz por S. Francisco Javier, convirtió durante la travesia, en el puerto de Mascate, de la costa

oriental de la Arabia, á muchos cristianos apóstatas. El vicario del obispo y el comandante del fuerte de Ormuz, se disputaron el honor de hospedarle cuando se presentó, sin que desairase el misionero á ninguno de ellos, por haberse instalado como de costumbre en el hospital de los pobres; empezando allí con sus actos de humildad á combatir el espíritu de las tinieblas que reinaba como soberano en la isla de Ormuz, (Pl. LXI, n.º 2,) á la sazon, una de las mejores factorias establecidas entre Europa y Asia. En aquella roca de piedra salina, sin agua potable y casi sin vegetacion estaban acumulados los tesoros del Oriente. Católicos, griegos, abisinios, judíos, mahometanos é idólatras, todos vivian allí en la mayor opulencia entre el fausto y los mas escandalosos placeres. Los musulmanes solemnizaban el viernes en su mezquita, una de las mas célebres del Asia; los judíos, el sábado, en una gran sinogoga, y los idólatras los lunes en sus pagodas. Despues de haber catequizado Gaspar en las calles á los grupos que reunia el sonido de una campanilla que tocaba, y atraido hácia la religion el pensamiento de aquella poblacion tan diversa y distraida con sus riquezas, resolvió atacar sucesivamente y en detalle á cada uno de los errores que dominaban en Ormuz. Distribuia sus sermones de tal forma, que el domingo y los demás dias de fiesta, predicaba á los portugueses; el lunes, á los idólatras; el viernes, á los mahometanos y el sábado á los judíos, utilizando en el interés de su salvacion los demás dias destinados al reposo. Cuando se dirigia á los cristianos, se alzaba con energía contra los principales vicios con que veia que contradecian su fé, es decir, la disolucion de costumbres, las blasfemias, la codicia, la usura y el espíritu de venganza y de discordia; y por cada vicio abatido hacia florecer la virtud contraria. No era menor su celo y elocuencia para atraer á los cismáticos y hereges, sobre todo á los apóstatas, que habian renegado de Jesucristo para someterse al vergonzoso yugo de Mahoma. Uno de estos últimos, llamado Juan, natural de Colonia, en Alemania, y artillero hacia diez años al servicio de los musulmanes, estaba empleado en el polvorin de El-Katif, á orillas del golfo pérsico, cuando noticioso de las maravillosas conversiones que se obraban en Ormuz, resolvió entrar á su vez en el gremio de la Iglesia, y valiéndose, en vez de tinta, de pólvora desleida en agua, escribió á Gaspar una carta, redactada en tres idiomas, latin, francés y aleman, ignorando que el padre los sabia todos, en la que espresaba su deseo de retirarse á Ormuz si obtenia un salvo conducto de los portugueses, y reconciliarse allí con su Dios. Gozoso Gaspar con esta nueva, le contestó que viniese sin temor; pero desgraciadamente esta contestacion cayó en manos del gobernador de El-Katif, quien mandando al punto comparecer á Juan le preguntó rotundamente, cuál era su ley, si la de los cristianos ó la de los mahometanos. El artillero contestó con tanta franqueza como decision, que él era cristiano y estaba dispuesto á sufrirlo todo por la fé de Jesucristo, sintiendo sobre manera el haber hasta entonces ocultado su creencia bajo la práctica aparente del islamismo. Transportados de cólera los musulmanes que presenciaban este razonamiento, se arrojaron sobre el confesor y en el instante mismo le hicieron trizas. En cuanto murió le cortaron la cabeza, y puesta en la punta de una lanza la fijaron sobre el muro de la fortaleza. Cuando los portugueses se apoderaron de El-Katif, poco tiempo despues, encontraron aun en la casa del gobernador la carta interceptada del P. Gaspar, se informaron de todos los detalles del martirio y llevaron con toda pompa á Ormuz la cabeza de Juan. Los que jamás habian recibido la fé cedieron á su predicacion, así como los malos cristianos, los hereges y los renegados. Dos rabinos de Ormuz, Salomon y José, se vieron obligados á confesar que la ley de Jesucristo era la verdadera, y no esplicaron su obstinacion en el judaismo sino por su repugnancia á hacer las muchas restituciones, que habian de ser la consecuencia de su conversion. Pero estas restituciones precisamente, realizadas por

la influencia de Gaspar, y las mas veces en provecho de los musulmanes, atraian al misionero la admiracion y la confianza de los sectarios de Mahoma, que le llamaban el gran sacerdote de los cristianos; y tambien, Juan Bautista, hijo de Zacarías, como si el alma del precursor animase por transmigracion el cuerpo del P. de la Compañía de Jesus. En prueba de su respeto, le rogaron que visitase su gran mezquita de Ormuz, en lo que no tuvo inconveniente el misionero, á fin de conocer mejor las ceremonias y las supersticiones del islamismo, y poder hablar como testigo ocular y refutarlas de una manera mas eficaz. Sin embargo, cuando quiso entablar discusion con los doctores mahometanos estos la esquivaron. Atacados hasta en sus últimos atrincheramientos, acabaron por oponerle como contendiente á un anciano de ellos, muy versado no solamente en el islamismo, sino en la filosofía y en las ciencias de los árabes. Este antagonista, siguiendo otro rumbo, declaró desde luego que valia mas recurrir á la prueba de los hechos que á las razones, y propuso que aquel de los dos campeones que aguantase mas tiempo el hambre y la sed seria reconocido como el defensor de la mejor causa. Gaspar contestó, que no convenia tentar á Dios, que la verdad de una religion no estaba sometida á la complexion mas ó menos robusta de los que la profesaban; que la razon habia sido dada al hombre para discernir el bien del mal, y la palabra para espresar los motivos de sus juicios; que primero le debia argüir y razonar, y si así no se estableciese la verdad, se recurriese despues á la prueba subsidiaria de los hechos. Temiendo el antagonista ser confundido en presencia de una asamblea tan numerosa, recurrió á un medio dilatorio; pero al evadirse, procuró á la verdad el triunfo de la conversion de su muger y su hija, las que dotadas de un corazon recto, y viendo de una parte la firmeza del P. Gaspar y de la otra el embarazo y la indecision de su adversario, comprendieron por eso solo que nada tenia de sólido el islamismo, y se sintieron inspiradas de abrazar la fé de Jesucristo. Con este objeto se dirigieron al misionero á pedirle el bautismo, y este las depositó en casa de un piadoso portugués, cuyas puertas no osaron forzar los musulmanes, tanto por respeto á Gaspar, como por temor al poder portugués. El campeon de Mahoma vino á reclamar á su muger y á su hija, el religioso entonces le invitó á continuar la discusion comenzada bajo la condicion de que le entregaria las dos mugeres si salia victorioso, ó que él mismo se haria cristiano si quedaba vencido. Venciendo en él, el afecto á su familia, aceptó esta condicion. La conferencia se principió de nuevo, públicamente y en toda regla. El misionero redujo muy luego á su antagonista á admitir el dogma de la Trinidad y á confesar que la ley de Mahoma no podia seguirse, sin pecar por lo menos de estravagancia. Obligado el musulman á hacer de nuevo estas concesiones y dominado por la vergüenza, trató de retirarse pretestando serle indispensable, consultar algunos libros para terminar así la conferencia; luego se marchó y en lugar de volver á comparecer, huyó á Persia con el ausilio de los camellos que un rico musulman habia puesto á su disposicion para evadirse, como el decia, de las artes del encantador, nombre que los doctores musulmanes confundidos, daban al P. Gaspar. Despues de bien instruidas las dos mugeres, fueron bautizadas, la madre con el nombre de María, y la hija con el de Catalina; y otros mahometanos, entre ellos la sobrina del cherif de la Meca, casada con el embajador persa que residia en Ormuz, siguieron su ejemplo. El mismo rey de Ormuz (sometido á la soberanía portuguesa), dió esperanzas de que abrazaria el cristianismo; pero el temor de una revuelta y las súplicas de su madre, le hicieron titubear en su proyecto, por lo que Gaspar encargó á los cristianos de Ormuz, que orasen por la salvacion de aquel príncipe. Los musulmanes por su parte, al ver la demostracion de los cristianos, acudieron en tumulto á la gran mezquita. Por una inspiracion de

Dios, pues de otro modo no puede esplicarse este paso, Gaspar mandó preparar muchas cruces, fué á plantar una de ellas en una colina donde habia un templo de Mahoma, y dirigiéndose luego hácia la gran mezquita, que fué abandonada por los musulmanes, aturdidos tan pronto como vieron la cruz que el misionero enarbolaba en triunfo; lo que dió lugar á que el rey mandase tapiar la puerta de la mezquita, y á que en adelante no se invocase públicamente á Mahoma en toda la isla de Ormuz. Los musulmanes entonces recurrieron á la intervencion de Abu-Modhaffer-Chah-Thamasp-Behader-chah, que habia sucedido en el año 1524, á chah-Ismael, fundador de la célebre dinastía de los sofyis de Persia. El embajador persa, cuya esposa habia sido bautizada en Ormuz, presentó sus reclamaciones á chah-Thamasp, quien hizo arrestar á un enviado portugués llamado Enrique Macedo, exigiendo por su rescate el que se le entregase en cambio la nueva cristiana; pero Gaspar se opuso á aquel acto, y Macedo á pesar de eso recobró su libertad. En cuanto á la gran mezquita de Ormuz, el persa en calidad de rey de los chytas, sectarios de Ali, no tomó gran empeño en que se volviese á abrir, porque aquella pertenecia á la secta opuesta. De tal modo se estendió la fama del misionero por el vasto Oman, que llegaron á presentársele emisarios de varios puntos de la Arabia oriental, pidiéndole que se llevase allí la antorcha de la fé; mas la obediencia que le tenia sugeto en Ormuz, no le permitió ausentarse. San Francisco Javier, conociendo su fervor, y temiendo que el gran deseo del martirio no le arrastrase á internarse demasiado en el pais de los infieles, le tenia prohibido el abandonar á Ormuz, hasta pasados tres años sin su espresa autorizacion, y por tener además allí ocasion de ejercitar su celo, aunque no fuese mas que en la conversion de los muchos penitentes idólatras que de todos los puntos habian acudido á Ormuz. El deseo de santificarse en la soledad, y de llegar á una mayor perfeccion, ya de remotos tiempos habia obligado á muchos bramanes á abandonar las ciudades, y el trato de los hombres para irse á vivir en los desiertos con sus mugeres. A estos bramanes se les llama *vanaprastha*, es decir, habitantes de los desiertos. La condicion mas sublime entre ellos, es la de los *sanniasi*. El vanaprastha, retiene aun algo del mundo en los lazos de la familia; mientras que el sanniasi se impone además el sacrificio de abandonar á su muger é hijos. El vanaprastha se somete á duras mortificaciones, hace profesion de pobreza, y se resigna á no vivir en adelante sino de limosnas. En general todo braman, antes de llegar á sanniassi, ha tenido que ser casado, por considerar los indos que nada hay tan grato á la memoria de sus antepasados como la conservacion de su nombre; sin embargo, aunque raros, hay ejemplos de bramanes jóvenes aun, que sin haber sido casados se han hecho sanniasis. Se encuentran además gran número de penitentes sudras, sectarios de Siva y de Vichnu, que siempre han sido celibes, y que viven en ermitas aisladas. La conducta que debe seguir el sanniasi para llegar á la cumbre de la perfeccion, difiere un poco segun la secta á que pertenece. Su libertad comienza desde el dia en que ha abrazado aquel santo estado. Libre de los lazos que sugetan á los demás hombres al mundo y á sus placeres, creen poder adquirir mas fácilmente la sabiduría, por medio de abluciones frecuentes, por el contínuo uso del *pansa-gavia*, (especie de mixtura compuesta de cinco substancias que todas proceden del cuerpo de la vaca, á saber, de leche, el cuajo, la manteca líquida, el fiemo y la orina); por sacrificios cotidianos, por la penitencia y las austeridades, y sobre todo, por la contemplacion. Esta, cuya práctica tiene algo de notable entre los idólatras, se llama *yoga*, y de aquí el nombre de *yoghi* que se dá á una secta de vagabundos que se dicen estar entregados á este ejercicio. Existe un gran número de yogas, que solo indican hasta que punto pueden el fanatismo y la supersticion estraviar á los hombres, sobre todo cuando

anima á estos la vanidad y el deseo de conquistarse un nombre. Además de los ejercicios espirituales, hay tambien lo que llaman *tapasas*, ó penitencias corporales, mas ó menos rigurosas. Cada solitario elige la que mas le agrada; así que, tan pronto se vé á uno de ellos sufriendo el ardor del sol durante las horas del calor, rodeado además de braseros encendidos, mientras que otro, por el contrario, pasa un dia entero, sumergido hasta el cuello en agua fria con la cabeza envuelta en un lienzo mojado, en la época mas cruda del año; hay quien tiene sin cesar los brazos cruzados por detrás de la cabeza, hasta que los nervios lastimados á causa de aquella posicion violenta y contínua, acaban por causar una deformidad en los miembros; los hay que permanecen siempre de pié, sin sostenerse mas que con una pierna, permaneciendo con la otra levantada hasta que se hincha, supura y aun se llena de úlceras; y por último, se reprimen otros la respiracion con tal violencia que, el alma, segun ellos, obligada á abrirse paso por la coronilla de la cabeza, vuela y se va á reunir con el Parabrahma. Estas y otras locuras semejantes, eran las que el P. Gaspar tenia que hacer abandonar á los penitentes idólatras de Ormuz. Visitábales primero para procurarse su afecto, y luego para conocer mejor sus principios, á fin de combatirlos con mas seguridad; aquellos penitentes por su parte, prendados del misionero, le recibian con gusto, le descubrian su modo de pensar, y conmovidos por sus observaciones, titubeaban por de pronto entre el error y la verdad, hasta que por último, hicieron depender su conversion de la del principal de entre ellos, que se habia ido á visitar á otros solitarios idólatras en las montañas de la Arabia, hombre cuya austeridad le daba tal prestigio, que los idólatras se bebian con respeto el agua en que él se habia lavado los piés, y ante quien el rey de Ormuz se postraba. A su vuelta de Arabia, Gaspar se fué á ver á este gran penitente, y ganó su voluntad elogiándole en gran manera la castidad y la pobreza; despues le hizo presente, que esas virtudes no podian tener solidez alguna, mientras que no tuviesen por base el conocimiento y el culto del único y verdadero Dios. Con esto, logró despertar en él el deseo de conocer las doctrinas del cristianismo, y el Señor infundió al fin en aquella alma perpleja el deseo de abrazarle, exigiendo solo para ello un plazo de treinta dias, que Gaspar le concedió gustoso, aconsejándole que, en aquel intérvalo suplicase al Sol de justicia que le iluminase con su luz celestial. Le aconsejó al mismo tiempo que se diese cada dia cinco disciplinas, en recuerdo de las cinco llagas que el Salvador recibió en su cuerpo por amor nuestro. Una noche que el penitente fiel á las prácticas que el misionero le habia impuesto, meditaba sobre el partido que debia tomar: «¿Qué haces? le dijo una voz. ¿Por qué no sigues el camino que te se ha mostrado? No hay mas senda de salvacion que la que siguen los cristianos.» En aquel momento, tuvo una vision, en la cual Dios, queriendo desplegar ante su vista toda la belleza y magestad del culto católico, le presentó el interior imponente de una iglesia cristiana, al clero revestido con sus mas ricos ornamentos, los altares adornados con magnificencia, y el eco sublime de los cánticos sagrados, confundido con el humo del inciensò que subia hasta el trono del Altísimo. Conmovido y deslumbrado al ver semejante espectáculo, resolvió prestarse al llamamiento divino que acababa de oir. Habiéndose presentado el rey de Ormuz á visitarle en su gruta, evitó el convertido el honor de su visita, y se fué á pedir con instancias el bautismo al P. Gaspar. Este se lo confirió, y recibió el nombre de Pablo en las fuentes bautismales, á causa de la analogía de su vocacion con la del doctor de las naciones, en el camino de Damasco. Todos los demás penitentes, á ejemplo de su gefe, como lo habian prometido, se agregaron á el estandarte de Jesucristo, é hicieron pedazos los ídolos que antes adoraban. Gaspar despues de haber plantado una cruz en la cumbre de la peña que le sirvió de asilo, co-

mo glorioso trofeo de la victoria ganada por el Salvador sobre el demonio, convirtió su pagoda en un templo del verdadero Dios. Muchos otros idólatras, á quienes el ejemplo de aquel célebre penitente hizo salir de sus errores, pidieron, y les fué otorgado el bautismo. Pablo, queriendo contemplar con los ojos materiales el espléndido aparato cristiano que Dios le habia hecho ver con los del alma, pasó desde Ormuz á Goa y de allí á Portugal, donde fué presentado á Juan II; mas no pudo ir á Roma como lo deseaba, por impedírselo la muerte; durante su enfermedad y hasta el momento en que exhaló su postrer suspiro, dió el nuevo cristiano el ejemplo de todas las virtudes. Tales fueron los resultados de la mision del P. Gaspar Barcia en Ormuz. Al tener que dejar esta ciudad, pensaba ser enviado al Japon ó á la China; pero los habitantes de Goa suplicaron á Javier que le dejase en medio de ellos, por lo que fué nombrado rector del colegio de S. Pablo, y vice-provincial de los jesuitas de la India, en la que murió el 18 de octubre del año 1553. Los PP. Gonzalo Rodriguez, Antonio Heredia y Alejo Diaz reemplazaron sucesivamente á aquel misionero en Ormuz, en cuya ciudad se edificó una iglesia y una residencia para la Compañía: pero los jesuitas cedieròn despues aquella mision á los dominicos y á los agustinos. Si bien carecemos de detalles acerca de los trabajos apostólicos de estos últimos, podemos no obstante afirmar, que, una reina de Ormuz, convertida al cristianismo en el año 1586, junto con su hermana, recibió el bautismo en Goa, donde se casó despues con el portugués Antonio de Acevedo Cutiño.

El P. Antonio Gomez, que habia llegado á la India al mismo tiempo que el P. Gaspar Barcia, y á quien Javier, antes de ir al Japon, habia nombrado rector del colegio de Goa, instruyó en la fé al rey de Tanor, pequeño territorio situado en la costa del Malabar. Ya hacia mucho tiempo que este príncipe, de la raza de los bramas, mostraba especial inclinacion hácia los portugueses, y despues de haber sido visitado por el franciscano Vicente, compañero del obispo de Goa y por Juan Suarez, vicario de la ciudadela de Ciale, que los europeos ocupaban á dos leguas de Calicut, este último le administró el bautismo secretamente, así como á la reina. La causa de este misterio fué el temor de una sublevacion. El rey continuó aun llevando públicamente los tres hilos pendientes de su cuello (lo que erà una señal de supersticion entre los bramanes), si bien al mismo tiempo llevaba tambien oculto un pequeño crucifijo en el seno. Algun tiempo despues de su bautismo deseó que un individuo de la Compañía de Jesus, viniese á instruirle mas á fondo en las verdades del cristianismo, cuya mision fué confiada al rector del colegio de San Pablo, el cual salió de Goa en abril del año 1549. A su llegada, vió el rector que era el rey cristiano interiormente; pero idólatra en la apariencia, por lo que derramaba en secreto lágrimas ante el crucifijo, y adoraba á los ídolos en las pagodas, creyendo de este modo borrar la falta que conocia cometer. Como el P. Antonio Gomez, se negase á autorizar semejantes subterfugios, el rey de Tanor se resolvió á ir á Goa para conferenciar sobre esto con el obispo en presencia del gobernador. Este último dudaba en recibir y tratar como cristiano á un príncipe, á quien sus súbditos reputaban como idólatra; pero el obispo Juan de Alburquerque, no teniendo en cuenta la diferencia entre las costumbres de un pueblo y los símbolos esteriores de supersticion, arrastrado además por su bondad natural, y por el afecto que profesaba al príncipe convertido por el hermano Vicente, dió su parecer de que los hilos que el rey de Tanor llevaba pendientes al cuello, no prejuzgaban nada contra él; que José Nicodemus y Gamaliel habian sido discípulos secretos de Jesucristo, sin declararse como tales, por temor de los judíos; que S. Sebastian, despues de haber recibido la fé, habia conservado el trage é insignias militares de los romanos; y que convenia contemporizar con el rey malabar, hasta que el estado

de sus negocios le permitiese profesar públicamente el cristianismo. Con arreglo á este dictámen, se mandó un barco para traer al príncipe. Al saber su partida los bramanes, se opusieron suplicando al rey que no fuese á contaminarse con el impuro contacto de los cristianos. Viendo que eran inútiles sus ruegos, emplearon las amenazas y hasta la fuerza, y solo protegido por las sombras de la noche, y escalando su palacio despues de haber atado su crucifijo á su cabellera, fué como pudo salir, y lograr embarcarse en la flotilla portuguesa. Vestido á la europea, hizo una entrada real en Goa, recibió á la puerta de la iglesia la bendicion del obispo y besó la cruz con devocion. En el mismo dia de su llegada manifestó sus intenciones: dijo que queria vivir y morir en la religion católica, y pidió que se le administrase en secreto el Sacramento de la Confirmacion; con efecto, se le confirió aquel sacramento al dia siguiente en la capilla particular del obispo. Grandes fiestas se celebraron en Goa durante la permanencia del príncipe; aunque dió á los portugueses la esperanza de que su reino y todo el Malabar, no tardarian en estar convertidos al cristianismo, no por eso hizo pública profesion de fé, sino que continuó como antes de su viage. Únicamente hizo plantar dos grandes cruces frente á su palacio, exigió á las clases inferiores que abrazasen el cristianismo, ó que abandonasen sus Estados, y dijo á los bramanes y á los nairas, que se les colmaria de favores si reconocian á Jesucristo, cuyas disposiciones hicieron concebir sospechas á los idólatras. Los unos creyeron que el rey de Tanor habia fingido una conversion secreta para asegurarse la proteccion de los portugueses, y los otros que el temor de verse privado del trono, le habia únicamente impedido una clara y decisiva manifestacion de sus verdaderos sentimientos; pero todos siguieron respetándole.

En medio de todo esto, S. Francisco Javier no perdia de vista su idea constante de la mision de la China, para lo cual obtuvo del virey de la India, Alfonso de Noroña, que nombrase á Santiago Pereira embajador de Portugal cerca del celeste imperio. Despues de haber distribuido los misioneros por todos los puntos de la península de aquende el Ganges, enviado al P. Melchor Nuñez á Bacaim, donde Melchor Gonzalez habia dado principio á una residencia el año 1549, y dado á todos sus instrucciones, Javier salió de Goa el 15 de abril de 1552, acompañándole hasta Malaca el P. Baltasar Gago, así como Eduardo de Silva y Pedro de Alcazera, que aun no eran sacerdotes, para dirigirse al Japon.

Malaca ofrecia ancho campo á la caridad del apóstol de las Indias; reinaba á la sazon allí una enfermedad contagiosa, que el mismo Javier habia predicho, y que causaba muchas víctimas. Su primer cuidado al saltar en tierra, fué ir en busca de los enfermos, y recorrer las calles con sus compañeros para recojer los pobres que encontraban desamparados, y conducirles á los hospitales ó al colegio de la Compañía. Hizo construir á lo largo del mar, en la playa, chozas abrigadas, para trasladar á ellas á los desgraciados que no tenian cabida en otra parte, á quienes se procuraban en seguida los remedios y alimentos necesarios. En aquella misma época, resucitó al jóven Francisco Ciavos, que despues entró en la Compañía. Habiendo casi cesado el contagio, trató del desempeño de la embajada de la China con Alvaro de Ataide que mandaba entonces en Malaca, y á quien el virey habia nombrado para terminar aquel asunto; pero descontento el gobernador de Malaca, de Santiago Pereira, que era el designado para representante, desbarató el proyecto de la embajada, oponiéndose á él abiertamente, á pesar de recordarle Javier las órdenes del monarca y del virey. Al ver el gobernador la constancia del misionero, se enfureció hasta el punto de tratar al santo de una manera indigna, sin que lograse por esto alterar su paciencia; solo despues de haber sostenido sus pretensiones durante un mes, sin conseguir nada, amenazó á Ataide con escomulgarle, si per-

sistia en oponerse á la propagacion del Evangelio. Presentóle los breves de Paulo III, en los que le nombraba Nuncio apostólico en la India, y sobre los cuales por su mucha humildad nada habia dicho desde que los presentó á Juan de Alburquerque. El gobernador se burló de sus amenazas, por lo cual, el vicario general del obispo de Goa, que estaba en la residencia de Malaca, lanzó contra él una bula de escomunion, hasta que mas adelante á causa de las estorsiones y otros crímenes de que fué acusado, se le destituyó del mando, y se le condujo cargado de cadenas á Goa por órden del rey.

Viendo el apóstol que era imposible realizar el plan que habia motivado la embajada, se embarcó en un buque portugués que se dirigia á la isla de Sancian, que daba frente á las costas de la China, en la que podian los portugueses abordar para proveerse de lo que les fuese necesario. Durante el viage, Javier obró muchos milagros, y convirtió á algunos pasageros mahometanos, en aquellos veinte y tres dias. Los comerciantes portugueses que habia en aquella isla, dijeron á Javior que renunciase al designio que llevaba de pasar secretamente á la China, acompañado solamente de un jóven indo, y de un hermano de la Compañía, chino de nacimiento, que habia tomado la sotana en Goa. Los portugueses le hicieron presente el rigor de las leyes del celeste imperio, así como la vigilancia de los oficiales y empleados en guardar los puertos, á quienes era imposible seducir; añadiendo al misionero, que lo menos que podia sucederle en su empresa, era ser azotado cruelmente, y condenado á una prision perpétua. Nada empero pudo hacerle variar de resolucion, declarando abiertamente, que ninguna dificultad le impediria emprender la obra de Dios. En su consecuencia, comenzó á tomar medidas para su viage, siendo la principal la de proporcionarse un buen intérprete, pues el compañero chino que habia traido de Goa, no sabia el idioma de la corte, y hasta habia olvidado en parte el que hablaba el pueblo. Un mercader chino se ofreció á conducir al santo de noche á un punto de la costa, alejado de toda poblacion, pidiendo para ello doscientos pardaos (el pardao vale sobre unos seis reales de nuestra moneda), y exigiendo además la promesa de que en caso que Javier fuese arrestado, no descubriria ni el nombre, ni la casa del que le habia desembarcado. Sin embargo, los portugueses de Sancian, que temian que fuesen víctimas del chino, hicieron todo lo posible por impedir el viage, é interin cayó malo el siervo de Dios. Todos los barcos portugueses habian partido, á escepcion de uno solo que carecia absolutamente de provisiones. Además, el intérprete chino, se retractó de la palabra que habia dado, sin que por eso se desalentára Javier en lo mas mínimo; al contrario, habiendo sabido que el rey de Siam se estaba preparando para enviar una magnífica embajada al emperador de la China, resolvió hacer todo lo posible por obtener el permiso de acompañar al embajador siamés; pero Dios se contentó con su buen deseo, y quiso llamarle á sí. En el mes de noviembre, la fiebre atacó de nuevo á Javier, al cual fué revelado el dia y la hora de su muerte, por lo que sintió ya desde entonces el mas profundo disgusto por las cosas de la tierra, y no pensó ya mas que en la celeste patria á donde Dios le llamaba. Abatido por la calentura, se retiró al barco que servia de hospital para los enfermos, á fin de poder morir en la pobreza; pero como la agitacion del buque le causaba grandes dolores de cabeza, que le impedian dedicarse á Dios como él deseaba, pidió al dia siguiente que le trasladasen á la playa, lo que verificaron dejándole tendido en ella, á la intemperie, á pesar de reinar un fuerte viento del norte. Jorge Alvarez, compadecido de su estado, le hizo transportar á su cabaña, en la que no estaba mucho mas resguardado del aire, á causa de sus muchas aberturas. La enfermedad de dia en dia hacia nuevos progresos; sangraron dos veces á Javier, pero el cirujano poco experto en su arte, le picó un tendon, lo que

le causó una gran debilidad y fuertes convulsiones. Le sobrevino luego una inapetencia horrible, que le impedia tomar nada. A pesar de todos estos sufrimientos, su semblante estaba sereno, y su espíritu tranquilo. Ya alzaba sus ojos al cielo, ya los fijaba sobre el crucifijo, y sin cesar se comunicaba con Dios derramando muchas lágrimas. Por último, el 2 de diciembre del año 1552, lleno de tierna devocion, y dirigiéndose al crucifijo, pronunció estas palabras: « Señor, en vos pongo mi esperanza, de que jamás seré confundido. » Y al concluirlas, poseido de una alegría celestial que se hizo visible en su rostro, entregó dulcemente su alma al Señor. (Pl. LXVIII, n.º 1) Tenia entonces cuarenta y seis años, y acababa de pasar diez y medio en la India. Sus trabajos le habian hecho encanecer hasta el punto de ser ya su cabello del todo blanco. Su cuerpo fué colocado en una caja grande al estilo de los chinos, y se llenó de cal viva, á fin de que las carnes se consumiesen pronto, y pudiesen llevarse cuanto antes los huesos á Goa; pero el 17 de febrero del año 1553, cuando se abrió el ataud, y se separó la cal que estaba encima del rostro, se encontró éste fresco y sonrosado como el de un hombre que duerme. El cuerpo se encontró tambien todo entero, y sin señal alguna de corrupcion. Para hacer mas patente el milagro, se cortó un poco de carne del bajo muslo, y brotó la sangre de la herida. El santo cuerpo exhalaba un suave olor mas dulce y agradable que el de los mas esquisitos perfumes. Cuando desembarcaron las santas reliquias á Malaca, el 22 de marzo, cesó de todo punto la peste que afligia á la poblacion ya hacia algunas semanas; fué el cuerpo del santo enterrado en el cementerio comun. Habiéndole encontrado otra vez fresco y entero en el mes de agosto siguiente, trasladósele á Goa, donde fué depositado en la iglesia del colegio de S. Pablo, el 15 de marzo del año 1554, en cuya época se verificaron por intercesion del santo, muchas curas milagrosas.

Por decreto del rey de Portugal, Juan III, se formó un espediente acerca de la vida y milagros del siervo de Dios, no solamente en Goa, sino en otras muchas partes de la India que el santo ilustró con su presencia. Paulo V le beatificó en 1619, y Gregorio XV le canonizó en 1622. Habiendo dispuesto Juan V, que se reconociesen sus reliquias en 1744, el arzobispo de Goa encontró el cuerpo perfectamente conservado sin exhalar mal olor, y rodeado al parecer de un esplendor estraordinario. El rostro, las manos, el pecho y los piés, no presentaban la menor señal de corrupcion. En el año 1747, obtuvo el mismo rey del papa Benedicto XIV, un breve honrando al santo apóstol con el título de patrono y protector de las Indias orientales. La capilla donde ahora se venera el cuerpo de S. Francisco Javier, es uno de los mas bellos monumentos del arte. En medio de la suntuosa capilla, se eleva una pirámide compuesta de diversos mármoles, en cuya parte superior hay un sarcófago de madera negra, en el que están grabadas las principales acciones del apóstol de las Indias.

Los protestantes han honrado la memoria de S. Francisco Javier, tanto como los católicos. « Si la religion de Javier estuviese conforme con la nuestra, dice Baldeo, nosotros deberíamos honrarle y estimarle como otro S. Pablo. Sin embargo, no obstante esa diferencia de religion; su celo, su vigilancia, y la santidad de sus costumbres, deben escitar en todos los hombres honrados la mas tierna piedad. Los dones que Javier habia recibido para ejercer el cargo de ministro y embajador de Jesucristo fueron tan eminentes, que mi alma no es capaz de espresarlos. Si considero la paciencia y estremada dulzura con que presentó á los grandes y pequeños las aguas santas y puras del Evangelio; si me paro en el valor con que sufrió las injurias y afrentas, no puedo menos de esclamar con el apóstol: « ¿ Quién como él puede obrar tantas maravillas? »

Al lado del gran nombre de Francisco Javier, de esa gloria eterna de la Compañía de



Jesus, hubo tambien otros que brillan con honor en los anales de la Órden Seráfica. El mas ilustre de entre ellos es el del bienaventurado Juan de Alburquerque, obispo de Goa, cuya sede fué erigida en metrópoli en el año 1552. Aquel prelado precedió á Javier en la tumba.

Su vicario general, Miguel Vaz, á quien el apóstol de las Indias hizo emprender el viage á Portugal, que tan buenos resultados produjo para la propagacion de la fé, evangelizaba la ciudad de Chol, cuando los bramanes le envenenaron para contener los grandes progresos, que merced á su celo, hacia el cristianismo. Citarémos tambien al hermano Vicente de Lago, compañero de Juan de Alburquerque, de quien obtuvo el permiso de ir á Cochin á administrar los sacramentos á los cristianos de Santo Tomás y catequizar á los mahometanos y á los idólatras. Este religioso, lleno de celo y de virtud, habíase retirado á Cranganor, donde predicaba en las iglesias á los cristianos de Santo Tomás, y á fin de desarraigar por completo el error de los cismáticos y la idolatría de los demás indígenas, previa autorizacion del obispo de Goa, y por órden del rey de Portugal, estableció en el año 1546 un colegio seminario, en el que los hijos de los cristianos de Santo Tomás y los de los gentiles, se educasen, y donde al mismo tiempo que aprendian las artes liberales y mecánicas, en las que se empleaban despues, los primeros recibian la pura doctrina católica, y los segundos, los primeros rudimentos del cristianismo y de la moral. El hermano Vicente, que tenia un don especial para la instruccion de la juventud, se cautivó el afecto de esta. Como le ocurriese un dia verse precisado á castigar á alguno de sus discípulos, y que sus padres, incomodados por una correccion que les parecia recaer sobre ellos mismos, acudiesen armados á tomar venganza del maestro, los niños que acababan de ser castigados fueron los primeros que se presentaron delante de su querido preceptor, formando un muro con sus cuerpos, y cogieron piedras para defenderle y ahuyentar á los agresores. Subyugados por esta manifestacion tan espresiva y espontánea de agradecimiento, los padres se retiraron conociendo la bondad del catequista. El colegio de Cranganor no aprovechó solamente á los jóvenes idólatras, sino á los mismos cabezas de familia, que instruidos por sus hijos abrazaron la fé. Respecto á los cristianos de Santo Tomás, la influencia que sobre ellos hubiera podido ejercer, se encontró paralizada por sus mismos gefes espirituales, que rehusaron á los discípulos de este colegio ya ortodoxos, y muchos de ellos ordenados de sacerdotes, la facultad de predicar y administrar los sacramentos en los templos cismáticos, tolerando únicamente que celebrasen los santos misterios segun el rito latino. Además, habia el inconveniente de que en el colegio, fundado por Fr. Vicente, no se enseñaban las lenguas caldea y siríaca, vacío que mas tarde llenaron los jesuitas estableciendo á una legua de Cranganor el colegio de Vaipicota. El piadoso franciscano acabó sus dias en medio de sus discípulos en el año 1550.

CAPÍTULO IV.

Continuacion de las misiones de las órdenes de Sto. Domingo, de la Merced y de S. Francisco en la América Septentrional. — Misioneros seculares.

Mientras que la fama de los milagros y de las conquistas espirituales de S. Francisco Javier se estendia por todas las Indias orientales, las protestas de los misioneros en favor de la libertad de los americanos continuaban resonando en las Indias occidentales.

Domingo de Betanzos habia evangelizado el territorio de Guatemala y fundado en la ciudad de este nombre un convento de su órden, antes que el licenciado D. Francisco Marroquin llegase á ser el primer pastor de la parroquia de Santiago. Este santo sacerdote tuvo á mucho honor el haber sucedido en el ministerio apostólico á un religioso, á quien llamaba en sus cartas, persona de tan eminente santidad, de una ciencia tan profunda, y de un tan des-

interesado celo, que no podia menos de ganar mucho imitándole. Habiéndose erigido una silla episcopal en Guatemala, Francisco Marroquin, su obispo electo, fué consagrado en Méjico, y los dominicos le cedieron sin dificultad para que le sirviese de Catedral, la iglesia que ellos habian edificado. No hablarémos de los útiles monumentos con que este prelado enriqueció su sede episcopal: las escuelas, los colegios, los hospitales, las casas de instruccion ó de retiro se alzaban lo mismo que las iglesias á la voz de los obispos en todos los puntos de la América, y la civilizacion nacia por do quiera bajo sus plantas. Francisco Marroquin tuvo por ausiliares, buenos eclesiásticos seculares así como tambien á religiosos dominicos, franciscanos y mercenarios. Entre estos últimos Touron nombra á varios, haciendo especial mencion de entre los dominicos, de Fr. Pedro de Angulo, cuya biografía nos conducirá por otra parte á esplicar detalladamente una resolucion pacífica, á la cual hasta aquí no habíamos hecho mas que una ligera alusion. Angulo nació en Burgos, siguió desde luego la carrera de las armas, y en el año 1524, se embarcó para América en busca de gloria y de fortuna. La gracia debia transformar al valiente guerrero en ferviente apóstol. El año 1528, tomó el hábito de Santo Domingo, en Méjico, recibió allí las órdenes sagradas, y se lanzó enseguida á la carrera de las misiones. En el norte de Guatemala se encontraba un pueblo que siempre habia rechazado con éxito á los españoles; pueblo belicoso, defendido naturalmente por lo áspero é intransitable de su territorio, cruzado por todas partes de torrentes y precipicios, era difícil sujetarle por ser ligero en la fuga, cuando se veia sorprendido, y constante en sostener su puesto cuando emprendia el ataque. A este pais llamaban los españoles *Tierra de Guerra*. Bajo la direccion de Las Casas, Pedro de Angulo, ayudado de otros dos compañeros, logró por la caridad, lo que sus compatriotas en mucho tiempo no habian podido conseguir por medio de la fuerza. Era ya conocida la obra del *protector de las Indias*, titulada: *Unico medio de Conversion*. Dios permitió que los tres religiosos de que empleasen con aquella gente indómita el principio en que el dominico ponia toda su confianza, sin sufrir un desengaño. «Si estais convencidos, les decian los dominadores, de que por solo la predicacion, sin el ausilio de nuestras armas se puede reducir á los indígenas y hacerlos cristianos, ensayad ese sistema en la *Tierra de Guerra*.» Se les hubiera podido desde luego contestar, que el ensayo se habia ya verificado con buen éxito en mas de una tribu, y que si el resultado no habia sido completo, la falta estaba en la intervencion militar, que habia impedido á los apóstoles su accion civilizadora. Pero sin discutir los dominicos aceptaron el reto, con la condicion única, de que los españoles no aparecerian armados en el pais, ni ejercerian la menor vejacion sobre los indígenas que hubiesen abrazado el cristianismo; y que una vez reunidos en poblaciones ó caseríos, se les dejaria gozar en paz de su libertad bajo la proteccion del rey de España. Concluido este tratado con la aprobacion del gobernador de Guatemala, los misioneros se prepararon con la oracion y el ayuno á tan santa y arriesgada empresa. Como la caridad es industriosa, recurrieron al piadoso é inocente artificio que ya habia dado tan buenos resultados, y que consistia en traducir en el idioma de los que se queria convertir, una instruccion familiar en forma de cánticos espirituales, en los cuales se mencionase sucesivamente la creacion del mundo, el pecado de nuestros primeros padres, la redencion del género humano por la muerte de Jesucristo y las penas y recompensas de la otra vida. Los misioneros hicieron aprender estos cánticos á varios buhoneros acostumbrados á penetrar en la *Tierra de Guerra* con su comercio, y á los que se dieron instrucciones precisas y especiales. Estos encargados ejecutaron su cometido con inteligencia, y con tanto mas gusto, cuanto que servia el canto para reunir á su alrededor un gran número de indígenas. Contribuia esto al mas pronto despa-

cho de sus géneros. Uno de los caciques, sobre todo, fué el que mas se sorprendió de aquellas canciones por lo que no hacia mas que preguntar á los marchantes, qué significaban aquellos misterios que cantaban ; y satisfaciendo estos á sus preguntas de la mejor manera que podian, concluian diciéndole, que no á ellos, sino á personas mas sábias, era á quienes correspondia dar mas ámplias esplicaciones. La inquietud del cacique crecia juntamente con su curiosidad. Los marchantes le dijeron entonces: « Nosotros tenemos en nuestra Compañía ministros de ese gran Dios que ha hecho el cielo y la tierra ; hombres dulces , amables y pacíficos , no buscan el oro ni la plata , ni nada exigen de lo que pertenece á los huéspedes que los reciben. Lejos de querer dominar á los indígenas ó de causarles el mas leve daño , ellos les han protegido siempre con todo su poder, porque no se proponen mas que hacerles felices. Dos de estos hombres serian suficientes para enseñaros todo lo que quereis saber. »

Grande fué la satisfaccion que se notó en el cacique y sus compañeros al escuchar estas razones. Los marchantes aguardaban que se los invitase á que hiciesen venir á alguno de aquellos hombres tan instruidos ; pero el cacique fué mas lejos aun. « Ya que me asegurais, les dijo, que estos sábios se encuentran con vosotros en Guatemala, y que ellos no tendrian inconveniente en venir si se les rogase que lo hiciesen, para mejor conseguirlo yo les mandaré dos diputados que irán con mi hermano á verles, y cuento con vuestra palabra que conseguiré lo que deseo. » Esta sábia resolucion fué al punto ejecutada. Los enviados del cacique fueron perfectamente recibidos, y si todos se sorprendieron de esta novedad , nadie lo fué mas agradablemente que los dominicos de Guatemala. Viéndose invitados por los mismos indígenas á entrar en su pais para llevar á cabo la santa obra que tanto deseaban, su fé y su celo se inflamaron mas y mas. Pedro de Angulo y Luis Cáncer , se fueron en seguida á la *Tierra de Guerra*, donde fueron bien acogidos. Los indígenas escucharon con avidez las verdades que se les proponian y las soluciones que se daban á sus dudas. Observaban con ojo inquieto y previsor la conducta de sus nuevos huéspedes, y cada vez les concedian mas confianza, á medida que se iban persuadiendo de la sencillez de su vida , de la dulzura de sus costumbres , de su aplicacion infatigable al trabajo, y sobre todo , del desinterés y desprecio con que miraban los bienes de la tierra, puesto que los misioneros, solo á duras instancias aceptaban algunos presentes que se les ofrecian, y eso únicamente cuando su negativa pudiese tomarse á desaire. El cacique fué uno de los primeros en pedir el bautismo , y por su parte contribuyó despues á la conversion de su tribu. A instancia de los dominicos, se construyó una capilla y un altar donde se comenzaron á celebrar los santos misterios. Los principales de entre los indígenas presenciaban el sacrificio de propiciacion con un asombro mezclado de respeto , mientras que la multitud agrupada alrededor del santuario esperaba el momento de la instruccion que se hacia al aire libre. Para contentar el ardor de aquellos neófitos , pues ya se les podia considerar como tales, tenian que predicar los misioneros á la vez en varios puntos. Despues de la instruccion pública , se catequizaba en particular á los que lo deseaban ; y juntamente con la doctrina cristiana aprendian los sagrados cánticos que tanto agradaban á aquellos pueblos. En muy poco tiempo la tribu cambió enteramente de faz ; cuéntase que yendo uno de los nuevos cristianos con su muger , encontró un jaguar ó tigre de América ; aterrada la muger hizo la señal de la cruz y comenzó á rezar las oraciones que los dominicos le habian enseñado; y el tigre, entonces, en vez de precipitarse sobre ellos se alejó , lo cual ellos reputaron como una especie de milagro que contaban luego, llenos de reconocimiento. Gozosos los ministros del Evangelio con su primera conquista espiritual , intentaron ya otras internándose mas en el pais. Aunque el cacique cristiano deseaba sobre manera retener á los misioneros cerca de sí , con todo

no se atrevió á oponerse á que sus vecinos disfrutasen de igual beneficio que él, insistiendo únicamente en que los misioneros llevasen una escolta que les protegiese; pero la esperiencia probó que esta precaucion no era necesaria. La providencia velaba por sus mensageros, á quienes los indígenas en todas partes recibieron con las mismas muestras de afecto, y en quienes la palabra de Dios fué igualmente fecunda. Los que en un principio parecian mas opuestos á aquellos estrangeros, por creerles enemigos de sus dioses, se dejaron al fin instruir y desengañar, prestaron sus casas para que sirviesen de capillas, mientras que en el primer pais evangelizando se alzaba una iglesia, que pudiese contener toda la primera tribu. El cacique de la segunda no contribuyó menos que el primero á secundar los esfuerzos de los dominicos que, adelantando su obra de civilizacion, se ocuparon en hacer abandonar á estos nómadas sus aisladas y solitarias moradas para reunirlos en poblaciones, en las que el lazo de la sociedad civil se constituia al paso que la sociedad espiritual se afirmaba. Cuidóse sobre todo de elegir de entre la misma tribu los jueces y caudillos de cada pueblo, obedeciendo estos superiores secundarios al cacique como supremo gefe. Se adoptaron leyes aplicadas á la inteligencia, carácter, comprension y necesidades de los indígenas, y estos, á fin de asegurar su situacion y tranquilidad, se ofrecieron ellos mismos á someterse bajo la proteccion de la corona de España, y prometieron pagar un tributo anual, en tanto que no se emprendiese nada en perjuicio de su libertad, dándoseles, sobre esto, las seguridades mas formales, que fueron ratificadas en debida forma.

Hasta entonces Pedro Angulo, Luis Cáncer y algunas veces José Ladrada, habian sido, con la cooperacion de Las Casas, los únicos apóstoles de la *Tierra de Guerra*. Pero el *protector de los indios*, que jamás perdió de vista aquel dichoso pais, procuró que acudiesen á él otros misioneros del convento de Méjico, y aun de España. Francisco Marroquin, obispo de Guatemala, quiso visitar en persona este punto, antes tan temido de su diócesis, sin que ni la distancia, ni el mal estado de los caminos, pudiesen hacerle desistir de aquel viage, objeto de su solicitud paternal; cuando llegó á aquella tierra milagrosa, y se vió rodeado de lobos trasformados en inocentes corderos; cuando la modestia, la docilidad, el fervor de los nuevos cristianos, y su tierno amor por la religion que acababan de abrazar, tendieron ante su vista aquel edificante cuadro, enternecido el prelado esclamó alzando sus manos al cielo: «Este cambio, Señor, es obra de vuestra diestra. Vos sois admirable en vuestros santos, y santo en todas vuestras obras.» El obispo de Guatemala se detuvo algun tiempo en aquel pais, ocupándose en consagrar los altares, conferir el Sacramento de la Confirmacion, y en catequizar, y bautizar como los demás misioneros. En seguida dirigió á la corte de España una relacion exacta de las maravillas que habia presenciado, suplicando á Cárlos V que sancionase las promesas hechas á los indígenas por los dominicos. La alegría que estas noticias causaron al emperador y al príncipe D. Felipe, fué demasiado grande para que nada se rehusase. El mismo Cárlos, en 1.° de mayo del año 1543, desde Barcelona, escribió á Pedro de Angulo lo siguiente: «El rey, al devoto P. Fr. Pedro de Angulo, vicario del monasterio de Guatemala, de la Órden de Sto. Domingo. Ya sabeis que desde que hemos sido informados de la necesidad de hacer algunos reglamentos para atender á todo lo concerniente al mejor gobierno de las Indias, y al buen tratamiento de los naturales del pais, hemos tomado en consideracion todo lo que con este motivo nos ha sido espuesto; por esto hemos deliberado y hecho deliberar con el mayor cuidado; y como todas las opiniones ó pareceres hayan sido conformes, no hemos querido diferir el dar las órdenes ó reglamentos que han parecido justos y convenientes. Se han impreso desde luego algunas de esas leyes que os remitimos con la presente, á fin de que despues

de haberlas leido, podais comunicarlas á los monasterios, y á vuestros religiosos, para que vean cual es nuestra voluntad, y que por su medio lleguen á conocimiento de los indios, puesto que principalmente para ellos han sido hechas. Os rogamos, pues, y os encargamos que nada omitais para procurar el cumplimiento ó ejecucion de esos reglamentos, relativos todos ellos, como vereis, al servicio de Dios, á la libertad, y al buen gobierno de los indios. Es lo que vos mismo, y todos vuestros hermanos habeis deseado siempre mas ardientemente; así pues, procurad, en cuanto os sea posible, que sean estas leyes exactamente observadas por nuestros vireyes, gobernadores, y demás jueces de esas posesiones. Debereis advertirles, así que llegue á vuestra noticia, el que hayan dejado de cumplirse en algunas provincias ó pueblos, á fin de que aquellos gobernadores remedien el mal en su orígen; y caso de que fuesen ellos mismos los que faltasen á las nuevas leyes establecidas, dadnos desde luego conocimiento de ello, para que podamos sin dilacion disponer lo que deba hacerse. Todos estos cuidados y atenciones, son por otra parte dignos de vuestra profesion y de vuestro carácter, pues no son mas que el resultado de ese ardiente celo con que habeis procurado siempre el bien de los indios, y con el que nos habeis prestado un servicio que no podemos nunca olvidar.»

El príncipe Felipe, heredero presunto de la corona de España, escribia á su vez desde Valladolid el dia 7 de setiembre del año 1543, al licenciado Maldonado, presidente de la real audiencia, en las provincias de Guatemala y Nicaragua, lo siguiente: «Ya sabeis que hemos encargado á Fr. Pedro de Angulo, de la Órden de Sto. Domingo, y á algunos otros religiosos de la misma, que procuren cuidadosamente la paz y el conocimiento de nuestra santa religion á los habitantes de las provincias de Tesulutlan y Lacandon, (que eran las que formaban la *Tierra de Guerra*). Con efecto, sabemos que con un celo infatigable, se dedican esos religiosos á la conversion y pacificacion de aquellos pueblos; y como son todos sus trabajos, hechos en honra y gloria de Dios, os encargo muy particularmente que presteis todo vuestro apoyo á aquel religioso y sus hermanos ocupados, como él, en tan santa obra, á fin de que, despues de haber sido tan gloriosamente empezada, pueda continuar dando siempre nuevos frutos. Procurad, pues, cumplir las órdenes que os han sido remitidas, así como tambien las que os remitimos ahora, y no permitais que nadie, cualquiera que sea su rango ó condicion, ponga obstáculo al cumplimiento de estas órdenes. Cuanto mas favorezcais el celo de los religiosos de que os he hablado, tanto mas gratos serán vuestros servicios al emperador-rey, mi señor.» El hermoso nombre de *Vera Paz*, sustituido por los misioneros al de *Tierra de Guerra*, fué aceptado por Cárlos V, y dado por él á la capital que se construyó, para perpetuar el recuerdo de los pacíficos triunfos del Evangelio. Así mismo dispuso mas tarde aquel soberano que Pedro de Angulo, que habia sido el apóstol de la *Tierra de Guerra*, fuese su primer obispo; pero los amigos del misionero aconsejaron á este que no aceptase una dignidad que no le permitiria seguir ya mas la vida apostólica á que el Señor le llamára, consejo enteramente conforme con los sentimientos de su corazon. Hasta el mismo cielo pareció aprobar aquel consejo y estos sentimientos, puesto que, si bien se recibió el breve del rey, tardaron en llegar las bulas de Roma; muriendo Pedro de Angulo en Zalama, el dia 1.° de abril del año 1562, sin haber recibido el carácter episcopal.

Ya hemos dicho que, á instancias del obispo de Guatemala, Francisco Marroquin, habia vuelto á partir Las Casas para España, en el año 1539, de la que se hallaba á la sazon ausente el emperador Cárlos V; mientras aguardaba el sacerdote su regreso, escribió diferentes obras relativas á la situacion de la América, siendo una de las mas notables, la titulada *Relacion brevísima de la destruccion de las Indias*, cuyo manuscrito presentó á su sobe-

rano en el año 1542. Despues de haber leido el emperador la obra, mandó al autor que espusiera su opinion acerca de los medios que juzgaba mas propios para establecer un buen gobierno en el Nuevo-Mundo; lo que hizo el religioso, escribiendo un tratado, cuyo título era: *Remedios para los males que se han hecho en las Indias*. El principal medio que se indicaba en aquel tratado, y que era como el punto de partida de todos los demás, consistia en la supresion de la esclavitud y domesticidad de los indígenas, á los que queria Las Casas que se les declarase hombres libres, independientes, propietarios como antes, y que fuesen protegidos por los tribunales y por los gobernadores, como todos los demás súbditos españoles. Si bien no fueron aceptadas todas las proposiciones del celoso dominico, se tuvieron sin embargo en cuenta las mas de ellas por la asamblea de obispos, consejeros, jurisconsultos y teólogos, que se reunió en Valladolid, la cual acogió favorablemente su memoria, y sometió á la aprobacion del príncipe escelentes disposiciones, basadas en las justas razones aducidas por el venerable defensor de los indígenas. Cárlos V firmó aquellas en Barcelona, y las publicó como órdenes en Madrid, en el mes de noviembre del año 1543. Entre los capítulos de que se componia el plan de administracion que habia de seguir el consejo de Indias, habia el décimonono, en el que se encargaba al consejo la obligacion de procurar que fuesen los indígenas bien tratados, de escuchar sus quejas, y remediarlas por medios mas espéditos, que los de los tribunales ordinarios. En el artículo vigésimo se prohibia que fuesen los indígenas reducidos á la esclavitud, ni por rebelion, ni otra causa; y que por el contrario, fuesen considerados como hombres libres, al igual que todos los demás súbditos del rey de España. Prohibíase así mismo, en el artículo siguiente, el obligar á los indígenas al servicio de *navorias ó criados forzados* (1); segun el capítulo vigésimo segundo, todos los indígenas esclavos habian de ser declarados libres, á menos que sus dueños justificasen su posesion por medio de títulos legítimos, como por ejemplo, el de haberlos comprado en épocas en que era la adquisicion permitida. Si las circunstancias obligaban á emplear á los indígenas en el transporte de efectos y de géneros, prevenia el artículo vigésimo tercero, que solo podia imponérseles una carga moderada, y que se les pagase además al precio corriente el trabajo que hiciesen; prohibia el vigésimo cuarto, que se obligase á los indígenas á trabajar para los españoles en la pesca de las perlas, permitiendo únicamente que se recurriese á los negros para aquel trabajo, y aun en el caso de que no debiesen correr estos ningun peligro, porque á no ser así, debia cesar la pesca, y hasta prohibirse enteramente. Tampoco era permitido á los vireyes, gobernadores, militares, prelados, monasterios, religiosos, hospitales, cofradías, casas-moneda, tesorerías, y á los empleados del fisco, tener indígenas á título de depósito; si habia algunos de estos que hubiesen sufrido esta condicion, debian ser declarados vasallos libres del rey, aun cuando renunciasen á sus empleos los que los poseyesen. Tambien se prevenia que fuese inmediatamente restituida la libertad á todos los indígenas, cuyos dueños no acreditasen su posesion por medio de títulos legítimos; disponíase igualmente que se hiciese una reforma en las *encomiendas* existentes, para que los derechos que percibiesen en lo sucesivo fuesen mas moderados; los que tratasen con sobrado rigor á sus esclavos, perdian el derecho que pudiesen tener sobre ellos, cualquiera que fuese el título en virtud del cual los poseian. Prohibíase á los vireyes, gobernadores y magistrados el autorizar encomiendas, cuya facultad quedaba entonces esclusivamente reservada al soberano; tampoco se permitia á los españoles que descubriesen en lo sucesivo nuevos paises, hacer en ellos esclavos ni apoderarse de cosa alguna que perteneciese á los naturales, mas que por via de cambio y en presencia de un funcionario pú-

(1) Véase lo que dijimos en la nota de la pág. 417.

blico. Obligábase además á todo el que intentase descubrir nuevos paises, á que se llevase al menos dos religiosos, que tendrian la facultad de quedarse en el pais, si tal era su deseo. Concedíase á los indígenas de las islas de Haiti, Cuba, y San Juan, el privilegio de no tener que pagar ningun tributo, mientras fuese voluntad del rey, á causa de las circunstancias particulares que tanto habian conmovido el corazon de Cárlos V, cuyo príncipe vivamente interesado por la suerte de sus nuevos súbditos, dictó las acertadas y justas disposiciones que acabamos de trascribir. El licenciado Miguel Diaz de Armendariz, fué el encargado de pasar á América para hacer que fuesen puestas en ejecucion las nuevas órdenes que empezaron á regir en Ultramar el año 1544; en vano procuraron algunos evadir su cumplimiento, y hasta apelaron otros en algunos puntos á la rebelion para impedir que fuesen publicadas; pues supo el digno Armendariz sostenerse á la altura de su mision, y hacer que fuesen las órdenes del rey puntualmente cumplidas. Tambien el incansable amigo de los indígenas, secundado por los esfuerzos de otros dominicos, fué uno de los que mas contribuyeron á que no quedasen en aquella época defraudadas las esperanzas de sus protegidos.

Siempre habia querido Las Casas conservar la libertad de poderse dirigir á todos los paises en que fuese útil su presencia, á fin de hablar é interesarse por los americanos; y por esto se negó á aceptar la silla episcopal de Cuzco, en el Perú, que habia quedado vacante á la muerte de Valverde; solo cuando los intereses de los indígenas le permitieron renunciar á su libertad, consintió en aceptar el alto cargo del episcopado. Además, la esperanza que se le hizo concebir, de que revestido de aquel carácter augusto, podria dedicarse aun con mas éxito á lo que habia sido siempre su constante objeto, y lograr con su influencia y con sus consejos que se cumpliesen mejor las nuevas órdenes del gobierno, acabó de vencer su resistencia. Habiendo Paulo III erigido una silla episcopal en la ciudad de Chiapa, en Méjico, fué consagrado Las Casas en la Catedral de Sevilla, el Domingo de Pasion del año 1544, (Pl. LXVIII, n.° 2.) y destinado á la nueva diócesis que acababa de crearse. Hé ahí lo que dice el franciscano Juan de Torquemada acerca de aquel notable acontecimiento. « La diócesis de Chiapa tuvo por primer obispo á D. Bartolomé de Las Casas, religioso dominicano, al que tanto deben los reinos, las provincias de las Indias, y hasta los indios todos, por haber sido su incansable protector cerca de nuestros soberanos por espacio de muchos años, sin que las privaciones y disgustos que sufrió, entibiasen nunca en lo mas mínimo su ardoroso celo. »

Apesar de hallarse ya á los setenta años de su edad, se dedicaba constantemente Las Casas al santo ejercicio de su ministerio, y velaba sin cesar por la concordia y la paz de su rebaño; así que, llamó á algunos religiosos de su órden para que le secundasen en la obra de la conversion de los indígenas, embarcándose con un gran número de operarios apostólicos. Era el mas notable de entre ellos Tomás de Casillas, natural del reino de Leon, que profesó en el convento de San Estéban de Salamanca, que habia procurado ya á las regiones americanas un gran número de sacerdotes: era un buen teólogo y un orador famoso. Despues de haber desempeñado varias cátedras en diferentes universidades, anunció la palabra de Dios con tal éxito en varias provincias de España, que determinó consagrarse enteramente al apostolado: animado de este deseo, se presentó al obispo de Chiapa, quien le puso al frente de los demás misioneros. Con la paz en el corazon, pór dar cumplimiento á la obra mas grande y sublime que puede ocupar al hombre en la tierra, se embarcaron aquellos jóvenes apóstoles españoles para el Nuevo-Mundo, á 12 de febrero del año 1544. He ahí los nombres de aquellos adalides de la fé que iban á desbrozar vastos campos para sembrar luego en ellos las doctrinas evangélicas: Jacobo de Magdalena, Tomás de Latorre, Do-

mingo de Aro, Domingo de Vic, Juan Domingo de Azona, Jorge de Leon, Tomás de San Juan, Gerónimo de San Vicente, Vicente Nuñez, Jordan de Piamonte, Pedro Calvo, Jacobo Hernandez, Gerónimo de Cita, Rodriguez, Martin de Fonte, Domingo de San Pedro, Agustin de la Hinojosa, Alberto de Vilalba, Villasanta, Trueno, Ambrosio de Villarego, Andrés Alvarez, Cristóbal de Pardava, Dionisio Vertabillo, Jacobo de Magda, Francisco de Quesada, Francisco de Pigua, Felipe del Castillo, Juan Cabrera, Juan Guerrero, Luis de Cuenca, Miguel de Féria, Miguel Duarte, Pedro de los Reyes, Pedro de la Vega, y N. de Plasencia. Fontana, cita además, á Vicente Ferrer de Valencia, Alberto de Portillo, Baltasar de los Reyes, Domingo de Loyola, Jacobo Calderon, Juan Cavion, Pedro y Alberto de la Cruz, Juan Diaz y Pedro Martin. Con ellos partió tambien Bernardo, nacido en Alburquerque, reino de Leon; sus padres, nobles y ricos, le habian hecho educar en la universidad de Alcalá. Lejos de inspirar á Bernardo sentimientos de ambicion ú orgullo los rápidos progresos que hizo en los estudios, solo contribuyeron á hacerle mas humilde y modesto; las sábias reflexiones que ya desde su mas tierna edad se hizo sobre sí mismo y sobre los peligros del mundo, cerraron su jóven corazon á todos los afectos de la tierra, para abrirle tan solo á las dulces impresiones de la gracia; y únicamente despues de haber reflexionado mucho tiempo acerca de estas palabras del profeta; «He preferido ser humilde en la casa de mi Dios antes que habitar en la morada de los pecadores, » formó su plan de vida. Sin comunicar su pensamiento ni á su familia ni á ninguno de sus amigos, Bernardo, hombre ya á la sazon, salió de Alcalá para ejecutar su proyecto, y dirigiéndose á Salamanca, pidió á los dominicos que le abriesen las puertas de su convento. Quiso ocultar el nombre de su familia bajo el de su pueblo natal, y sin hacer mencion de haber estudiado filosofia y teología, se limitó á pedir el hábito de hermano lego. Despues de haberse hecho con él las pruebas de costumbre, se accedió á su demanda, y se ocupó al nuevo hermano lego en lo que se creyó mas conforme á su estado; solo entonces creyó el humilde religioso haber hallado lo que su corazon buscaba con tanto ardor, esto es olvidar al mundo, y fijar toda su dicha en el ejercicio simultáneo de la oracion y de un rudo trabajo. Pero, sin quererlo, atrajo las miradas de toda la comunidad, á la que edificaba su modestia, su recogimiento, su angélica dulzura, por descubrir en sus modales la fina educacion que habia recibido, y la ilustre cuna de que procedia. La Providencia, que queria servirse de su ministerio para la conversion de un gran número de idólatras, permitió que en una inesperada circunstancia, revelase su caridad una parte del secreto que su modestia procuraba ocultar; dos jóvenes religiosos del convento de Salamanca disputaban un dia con calor acerca de algunos puntos teológicos, creyendo apoyarse cada uno de ellos en la autoridad de Sto. Tomás, lo que contribuia á que sostuviese cada uno su opinion con mas empeño. Fray Bernardo ocupado en sus quehaceres, y testigo de su disputa, creyó deber terminarla en pocas palabras, esplicando, por medio de diferentes textos de Sto. Tomás, el en que se apoyaba uno de los dos teólogos; la sorpresa de estos dos, fué tanto mayor, cuanto que no habian pensado siquiera que el buen hermano jardinero pudiese comprenderles, por haber hablado en latin durante su controversia. Informado luego el superior de aquel incidente, dirigió á Bernardo algunas preguntas, y como fuese preciso contestar á ellas, nadie pudo ya dudar del talento y vastos conocimientos del modesto jóven, al cual desde entonces, en vez del trabajo manual, se le impuso el estudio. Sensible en estremo le fué aquel repentino cambio, porque tanto como amaba su primera condicion, temia las obligaciones de la segunda; con todo, se sometia á la voluntad de Dios, manifestada por sus superiores; renovándose todos sus piadosos temores cuantas veces tuvo que recibir órdenes sagradas: su virtud, em-

pero, no se desmintió jamás. Tal era el P. Bernardo de Alburquerque, cuando al regresar á América el obispo de Chiapa con los dominicos que ya hemos citado, pidió unirse á ellos, previo el permiso de sus superiores: su sólida virtud, su saber y su talento, hicieron que fuese su proposicion prontamente aceptada. Llegó el P. Bernardo á Haiti con Las Casas, en el año 1544.

Los antiguos misioneros fueron á recibir á los nuevos en el puerto, y les condujeron procesionalmente á la iglesia de Santo Domingo, en la que se cantó un *Te-Deum*. La firmeza empero, que desplegó el arzobispo de Chiapa, y el primer sermon hecho por Tomás Casillas, al objeto de que fuesen cumplidas las reales órdenes de que eran portadores, indispusieron á los misioneros con los que tenian un interés en que continuasen las cosas como hasta allí, y en que no fuesen atendidas las justas reclamaciones de los pobres indígenas. Hizo aquella actitud que se resolviese no procurar ningun recurso á los nuevos misioneros, ni á la comunidad de Santa Cruz; los franciscanos, en vista de ello, se encargaron de mantener á diez y seis de aquellos apóstoles; una pobre negra procuró á los demás cuantos alimentos le permitia reunir su caridad ardiente; una viuda española atendió á su sustento, y, convencida por sus predicaciones, de la injusticia que se hacia á los indígenas teniéndoles en la esclavitud, dió libertad á mas de dos cientos de aquellos infortunados. La colonia apostólica prosiguió su viage, despues de haber dejado en Haiti á cuatro de sus miembros, por haberlo exigido así la admiracion afectuosa de los habitantes; los religiosos de San Francisco y de Santo Domingo, acompañaron á los viageros procesionalmente hasta el buque; llegaron los apóstoles á Campeche, en el Yucatan, el dia 5 de enero del año 1545. He ahí un hecho que demuestra lo que hemos dicho ya acerca de la predicacion del cristianismo en América, antes de la llegada de los españoles, puesto que se refiere á una época muy anterior á la de los primeros misioneros, que, despues de Colon, fueron á esplorar aquel pais. « Habiendo desembarcado Bartolomé de Las Casas en la costas del Yucatan, dice el franciscano Torquemada, citado por Touron, quiso atravesar el reino para trasladarse á su diócesis de Chiapa. Por el camino encontró á un eclesiástico respetable y de avanzada edad, que hablaba perfectamente la lengua del pais; y como debiese el obispo dirigirse sin dilacion á Chiapa, suplicó á aquel eclesiástico que se internase mas en el pais de Yucatan, para predicar en él la fé de Jesucristo. Como cosa de un año despues, escribió el anciano sacerdote al protector de los indios, que, habiendo tenido diferentes conversaciones con uno de los principales gefes del pais, acerca de la creencia y antigua religion de aquellos pueblos, le habia asegurado el indio que todos ellos creian en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; en que el Hijo, nacido de una vírgen, habia muerto en la cruz por la malicia de los hombres, que le habian coronado de espinas, y que murió por la salvacion de la especie humana; que tres dias despues habia resucitado y subido al cielo; y que habia enviado al Espíritu Santo á la tierra, á fin de que enseñase á los hombres todo cuanto les interesaba saber para ser felices. Véase cuantos misterios conocian ya aquellos idólatras: difícilmente habria podido hablarse con mas precision de la unidad de Dios, de la Trinidad de las personas, de la encarnacion del Verbo, de la muerte, de la resurreccion y descension del Hombre-Dios; del modo con que habiamos sido redimidos, así como tambien de la venida del Espíritu Santo, y de la efusion de sus dones. Bien es cierto que daba el indio nombres raros y hasta bárbaros á las tres personas divinas; pero no debe esto admirarnos, porque cada lengua tiene sus términos ó espresiones mas ó menos ásperas, ¿por ventura los hebreos, griegos y latinos, emplean los mismos términos para significar una misma cosa, como se vé en estas tres palabras: *Adonaï*, *Theos*, *Deus*? El indio, daba á la primera

persona divina, el nombre de *Ycona*, á la segunda, el de *Bacab*, y á la tercera, el de *Echuah;* añadia que aquella doctrina habia sido trasmitida de padre á hijo, desde la mas remota antigüedàd, y, que por lo tanto habria sido considerado como incrédulo el que hubiese dejado de seguirla. El historiador Torquemada, cita, en corroboracion ó apoyo de este hecho, una apología de D. Bartolomé de Las Casas, que se encuentra, dice, en el convento de Santo Domingo de Méjico; si bien no nos dice que él haya leido aquel manuscrito, por mas que esté en el propio convento. Luego refiere otras dos ó tres tradiciones parecidas, segun lo afirmado por dos ó tres misioneros de su Órden de San Francisco, los PP. Gerónimo de Mendiera, Diego de Mercado y Francisco Gomez. Este último, se dice, que viniendo de Guatemala con el P. Alfonso de Escalona, visitó, al pasar por Guajaca, el convento de dominicos de aquella ciudad, en el que le enseñaron pinturas antiquísimas que habian sido encontradas en el pais, y que representaban al natural la crucifixion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo. (1)» Sea lo que fuere con respecto á la predicacion anterior del cristianismo en Yucatan, donde hemos dicho habia un gran número de cruces y la singular profecía de Chilam Ballam, es lo cierto que la idolatría de los indígenas oponia tenaz resistencia á los esfuerzos de los misioneros que estaban anunciando el Evangelio. Para vencerla, quiso Tomás de Casillas fundar un convento de dominicos en Campeche; luego hizo embarcar el dia 18 de enero del año 1545, para la diócesis de Chiapa, á doce de sus compañeros, que quedaron reducidos á tres de resultas de un naufragio, y á los que siguió muy pronto el mismo Casillas. El dia 12 de marzo llegó á Chiapa, en cuya ciudad acababan de establecerse los religiosos de la Merced; fundó en Cinacantlan un convento de su órden, que fué para los indígenas de los alrededores, lo que era el convento de Ntra. Sra. de la Merced, para todos los que le frecuentaban: un manantial de salvacion y de dicha; finalmente, pasó Tomás de Casillas por Guitztapa, donde evangelizó á sus habitantes, y luego se dirigió á Chiapa de los Indios. Las Casas dispuso se quedasen en la ciudad los religiosos necesarios para instruir á sus moradores, y que fuesen distribuidos los demás entre los diferentes puntos de su vasta diócesis; así que, los PP. Juan Domingo de Azona y Domingo de Vic, fueron á secundar los esfuerzos de Pedro de Angulo y Luis Cancer, que trasformaban la region conocida por el nombre temido de *Tierra de Guerra*, en un pais de *Verdadera paz*. Luis de Cuenca, Francisco de Quesada y Diego Fernandez, instruyeron á los indígenas de la provincia de Soconusco, situada entre las de Chiapa, Guatemala y Guajaca. Tomás de Casillas, vicario general y superior de los misioneros, fué á alentarles con su presencia y á asociarse por algun tiempo á sus trabajos. Otros misioneros fueron enviados al pais de los Zacatecas, y algunos á Zacatula en el gran Océano, hácia la embocadura del rio que dá su nombre á esta última ciudad. Remesal habla de una mision hecha en un pais llamado Cunen, refiriendo con este motivo un hecho bastante singular; helo ahí: solicitando un anciano la gracia de ser admitido en el número de los hijos de Dios, por medio del sacramento de regeneracion, le preguntó el misionero si renunciaba para siempre á los ídolos, á lo que

(1) Todas las tradiciones de los pueblos civilizados y salvages de la América, colocan su antigua patria en el Noroeste, y los chipenais de la Nueva Bretaña refieren todavia en nuestros dias, que hace muchos siglos habitaban en el Oeste un pais, de donde una nacion perversa les arro ó. Este pais, segun la descripcion tradicional que de él hacen los indios, se aplica exactamente á la Siberia y al estrecho de Bering. Además, conforme hemos tenido ya ocasion de hacerlo observar, las tradiciones del antiguo mundo, ta'es como las del primer hombre *Iztacmixcualt*, de su muger que tuvo seis hijos, de la *muger serpiente*, de Noé, la torre de Babel, etc., eran muy comunes entre los indios, cuando la llegada de los españoles. Asi como algunos historiadores antiguos han aventurado decir que en los tiempos primitivos debieron abordar en América pilotos europeos, arrojados por la tempestad por las corrientes ó por una estraña osadia, tambien los ha habido que han supuesto que por motivos análogos, pudieron abordar voluntaria ó forzadamente en aquellas regiones, navegantes cristianos antes de la llegada de los españoles, y cuya memoria andando el tiempo se hubiese perdido. (Nota del Trad.)

solo contestó el indígena con una sonrisa; sorprendido el religioso, quiso saber por qué se habia sonreido. «Me sonrio, contestó el anciano, porque me encargais que renuncie á los ídolos: si no les he adorado nunca, ¿cómo quereis que piense tributarles culto en el momento de pedir la gracia del bautismo? ¿Cómo es posible, repuso el misionero mas asombrado aun, que cuando vuestra familia, vuestros mayores y todos los habitantes de este pais, reconocen á los ídolos como divinidades y les ofrecen cada dia sacrificios, solo vos hayais dejado de adorarles? ¿Por ventura no os han prevenido que debiais hacerlo, y hasta empleado las amenazas y la violencia para obligaros á ello? — Es cierto, padre mio, contestó el anciano, he sufrido mucho por ello; pero, cualesquiera que hayan sido los malos tratos que me he visto obligado á sufrir, nunca he quemado incienso á los ídolos, por no creer que fuesen divinidades dignas de ser adoradas.» Mas vehemente cada vez el deseo del misionero por saber como un pobre indígena, educado en el seno de la idolatría, habia podido preservarse del contagio y no adorar mas que al verdadero Dios, dijo al anciano, quien le habia enseñado aquella santa doctrina. «Desde mi mas tierna edad, contestó el indígena, profeso esa doctrina, debida á dos hombres desconocidos que se me presentaron para servirme de guia en la carrera de la vida: tenia el uno de ellos un aspecto siniestro que me inspiraba horror, al paso que dotado el otro de una sin igual belleza y resplandeciente de luz, me profesaba toda la ternura de un amigo, y me prometió que siendo yo bueno y santo, no se separaria nunca de mí, porque seria dócil en aprender todo cuanto por mi bien él me enseñase. El primero de los dos desconocidos, me decia sin cesar que adorase á los ídolos, porque debia considerarlos como las divinidades del pais; y el segundo, por el contrario, me prohibia hacerles sacrificios, y que les venerase y diese gracias como si me hubiesen dispensado algun beneficio. Cuando este me hablaba, tenia el primero la costumbre de huir, por serle imposible soportar su presencia; el amor que yo sentia por el desconocido hermoso y bueno, era igual á la repulsion que me causaba la sola vista de el de aspecto siniestro; así que, nunca faltaba á ninguno de los preceptos que aquel me imponia. Cuando mis padres me castigaban por negarme á tomar parte en sus sacrificios, el jóven me consolaba, exhortándome á que sufriese con constancia aquellos males, y me aseguraba que veria llegar un dia á las playas de mi patria á algunos estrangeros, que me enseñarian lo que debe hacerse para ser feliz en la posesion de Dios.» Remesal cree que aquel hermoso jóven que daba al indígena tan santos consejos, era su ángel custodio, que combatia las sugestiones del espíritu de las tinieblas. Admitiendo la verdad de este relato, solo debemos admirar las misericordias del Señor, que tiene en todas partes algunos escogidos, y que, en el seno mismo del gentilismo, sabe inundar de gracias á las almas privilegiadas. Aplicables son aquí aquellas palabras de Sto. Tomás, esto es, que si el hombre que habita los bosques ó un pais desierto, en el qne no haya sido predicado el Evangelio, y guiado por la luz de su razon, huye el mal y practica el bien que la ley natural le dá á conocer, no permitirá Dios que muera infiel, aunque tenga que hacerle instruir por medio de los ángeles, ó enviarle un predicador que le enseñe las verdades de la salvacion.

Mientras que los misioneros anunciaban en todas partes la palabra divina, el obispo de Chiapa visitaba la diócesis confiada á su solicitud, y no cesaba de repetir en todas sus predicaciones que los que tuviesen indígenas esclavos, aunque los hubiesen comprado, estaban obligados á darles libertad bajo la pena de pecado mortal, y que no podia ni debia darse la absolucion á los que no cumpliesen con aquel precepto. Por mas que semejante doctrina enemistase al prelado con todos aquellos á quienes prescribia la restitucion, no se desalentó Las Casas; al contrario, compuso é

hizo distribuir un escrito, titulado: *Aviso á los confesores de la diócesis de Chiapa*, en el que encargaba á los directores espirituales que pidiesen á todos los penitentes si tenian indígenas esclavos, y que negasen la absolucion al que los tendria hasta que les hubiese restituido la libertad, por no poder conservarles legítimamente, puesto que los vendedores los habian arrebatado á sus familias ó adquirido de poseedores injustos; de modo, que solo su libertad podia acabar con el vicio radical de semejante adquisicion. Por su parte, los que creian ver perjudicados sus intereses por la doctrina de Las Casas, buscaron teólogos y jurisconsultos para combatir aquella generosa tésis: el doctor D. Bartolomé Frias Albornoz, natural de Talavera de la Reina, profesor de jurisprudencia en Méjico, escribió en este sentido el *Tratado de la conversion y de la conquista de los indios*, cuya obra, segun el dominico Dávila-Padilla, fué condenada en Méjico por los inquisidores. Habiéndose reunido todos los obispos de Nueva España, á fin de resolver las medidas que creyesen necesario adoptar para el gobierno espiritual de sus diócesis, la asamblea examinó la obra de Las Casas, quien se hallaba presente y sostuvo vigorosamente la doctrina contenida en ella; y como en vista de su defensa enérgica, no tomasen los prelados ninguna resolucion definitiva, envió el obispo de Chiapa su obra al supremo consejo de Indias. Despues de haberse examinado detenidamente la obra, fué aprobada por seis maestros en teología, sin duda los mas sábios y respetables que tenia entonces la Orden de Santo Domingo: tales eran, Francisco de San Pablo, director del colegio de San Gregorio de Valladolid, Galindo, profesor de teología en el mismo colegio, Bartolomé Carranza de Miranda, confesor que habia sido del príncipe de Asturias (despues Felipe II) y arzobispo de Toledo; Melchor Cano (1), que fué despues obispo de Canarias, Mancio de Cristo, catedrático de teología en Alcalá de Henares, y Pedro de Sotomayor, confesor de Cárlos V.

Como el sistema de concusion por el cual se enriquecian algunos era tan severa como justamente condenado por los rectos principios de Las Casas, hasta trataron sus enemigos de promover diferentes motines en la ciudad de Chiapa. Denunciáronle además como traidor al soberano, y hasta como infiel y perjuro; y aunque en sus memorias nunca negó el prelado al rey de España el derecho de adquirir y conservar las posesiones de América, y sí solo el de apoderarse de ellas á viva fuerza y derramar la sangre de los naturales, le acusaron calumniosamente de que predicaba y escribia que el rey carecia de títulos legítimos para hacer invadir y conservar luego en su poder los reinos de que se habian apoderado sus súbditos en el Nuevo-Mundo. Aseguraron que al manifestar el obispo de Chiapa semejantes doctrinas, se proponia causar revueltas y males incalculables, imputacion que solo tendia á desprestigiarle á los ojos de Cárlos V y del príncipe Felipe, su hijo, que gobernaba el reino durante su ausencia. La distancia en que Las Casas se hallaba de la metrópoli, fué causa de que no pudiese desvanecer de pronto todas las sospechas de que fué objeto; y que á pesar de ser todas sus obras una apología completa de su persona, se le obligase, sin consideracion á su avanzada edad, á venir á España para dar cuenta de su doctrina y de sus actos. El noble defensor de los indígenas, convertido casi en mártir de su libertad, no titubeó ni un momento siquiera en cumplir la órden recibida; pero temiendo que perjudicase su ausencia al rebaño de que era tan digno pastor, dimitió su silla; y el papa, á proposicion de Cár-

(1) Autor que fué de varias obras, y uno de los hombres mas eminentes de su época. Adquirió su mayor celebridad por la obra que publicó, titulada *De Locis Theologicis*, que es y ha sido siempre consultada por los que se dedican al estado eclesiástico. Valiéronle tambien mucho renombre los encarnizados debates que sobre estas materias sostuvo con el no menos célebre Bartolomé Carranza, despues arzobispo de Toledo. Asistió Cano al famoso concilio de Trento, y en el año 1552, fué nombrado obispo de Canarias; pero, segun uno de sus biógrafos, no habiendo podido recabar del papa las bulas para su consagracion, regresó á Madrid, donde murió al poco tiempo de un ataque cerebral (Nota del Trad.)

los V lo confirió al dominico Tomás de Casillas.

La firmeza del nuevo prelado correspondió en un todo á la de su digno predecesor; no podia menos de ser así, puesto que su conducta anterior era una segura prenda de lo que habia de ser Tomás en lo porvenir. Nos limitarémos á citar aquí dos rasgos, pues bastan ya para demostrar la rectitud y firmeza de carácter del nuevo obispo. Habia un magnate, que, despues de haber deshonrado á una americana, queria obligar á un indígena á casarse con ella. Acudió éste á los dominicos, quienes sabiendo su invencible repugnancia por aquel casamiento, le aconsejaron que de ningun modo diese por debilidad un paso del que se arrepentiria durante su vida; así pues, declaró el indígena al magnate, que nunca tomaria á una muger indigna de su afecto. Como no se ocultaba á los religiosos que su denegacion atraería al jóven nuevas persecuciones, se le advirtió que fuese á consultarles el dia en que iria el magnate á visitarles, y que le contestarian en su presencia segun el espíritu de la Iglesia. Callóse el magnate, pero luego se vengó del pobre indígena, lo que puso á los dominicos en la necesidad de instruir públicamente al pueblo acerca de las circunstancias que debe reunir un casamiento cristiano, para que no se acusase á la doctrina de la Iglesia de autorizar los escesos de algunos que dicen ser sus hijos. No fué menor la firmeza que mostró Tomás de Casillas en la circunstancia siguiente. Habia mandado el rey de España que se escogieran treinta hijos de las principales familias, y que se les educase cristianamente en la casa del gobernador, haciéndoseles asistir diariamente á la iglesia para que se les enseñasen en ella los misterios de la fé. Así podian procurarse rehenes en caso necesario; y sobre todo, era el medio mas seguro para propagar la religion en el pais, con el ejemplo de los nuevos convertidos. Pero el gobernador, sin consultar mas que su propio interés, trataba á aquellos jóvenes como otros tantos criados que empleaba en todas las mecánicas; y lejos de velar por su instruccion. no les permitia asistir á la iglesia, ni aprender el catecismo; en vano el prelado hizo presente al gobernador que debia darse cumplimiento á las órdenes de la corte, pues se mostró sordo á sus instancias. Entonces mandó el obispo al cacique que, en calidad de gefe de los indígenas, enviase los niños á la iglesia, á fin de que fuesen en ella debidamente instruidos; furioso el gobernador al ver que habian salido los niños sin su permiso, dió órden de sacar las escasas provisiones que habia en el convento de los dominicos, y prohibió á los indígenas que les procurasen ningun ausilio, esperando por este medio obligarles á alejarse. He ahí lo que con este motivo Juan de Perera, canónigo de Chiapa de los Españoles, escribia á Tomás de Casillas: «Os felicito, padre mio, porque siguiendo con tanto celo las huellas de S. Pablo, habeis sabido arrostrar en vuestras funciones apostólicas todas las fatigas, el hambre, la sed, y ahora las calumnias, las persecuciones, y todo lo que es patrimonio esclusivo del misionero que solo busca la gloria de Dios, y la salvacion de las almas. He sabido con dolor, que algunos mal intencionados, forjaban diferentes acusaciones contra vos y contra vuestros religiosos, y que vuestro adversario, D. Baltasar Guerra, gobernador de Chiapa, ha obligado á algunos indios á declarar contra la verdad, lo que me hace temer que los jueces de la audiencia sean sorprendidos, y favorezcan á aquel que ha jurado haceros salir de la ciudad y de la provincia. Así pues, aunque estoy firmemente convencido de que es santa vuestra vida, é intachable vuestra conducta, y de que vuestra ausencia ha de perjudicar en gran manera los intereses católicos de ese pais, os aconsejo, no obstante, que os decidais á partir, á fin de conservar la paz y evitar mayores males, á imitacion de los mismos apóstoles que, al recorrer el universo para predicar el Evangelio, abandonaban al pais en que no queria oirseles despues de haber sacudido hasta el polvo de su calzado; y á ejemplo de otros muchos san-

tos, obligados por la persecucion á huir de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, como sucedió al grande Atanasio. Es cierto que los indios de Chiapa tienen necesidad de vuestro ministerio; pero ¡cuántas otras regiones no hay en Nueva-España, que le necesitan tanto como ellos, y que sabrán aprovecharlo mejor!...» La piedad del canónigo era sincera, pero tímida: la contestacion de Tomás de Casillas logró fortalecerlo un tanto. He ahí de que modo terminaba su carta: «En cuanto al temor que abrigais de que se nos disfame por medio de los falsos rumores que contra nosotros se hacen circular, debo deciros que nos tiene sin cuidado. Hemos venido aquí para dedicarnos á la instruccion y conversion de los indios, y para hacerles restituir la libertad de que se les ha privado; nuestra causa es la de Dios y la de su Iglesia, ya sabrá él defenderla. Nosotros, que solo somos sus ministros, debemos seguir ciegamente su voz y ejecutar su voluntad; por lo tanto, lejos de abandonar á este pais, cualquiera que sea la oposicion del gobernador, continuarémos ejerciendo en él todas las funciones apostólicas, tanto en la provincia como en la ciudad de Chiapa, puesto que Dios nos ha enviado aquí, que nuestro obispo nos ha conducido, que el soberano lo permite, que la salvacion de un gran pueblo lo reclama y que nuestra propia reputacion lo exige.» Esta firmeza desconcertó al gobernador hasta el punto de obligarle á dar á los religiosos la satisfaccion mas cumplida; pues besó la mano á Tomás de Casillas y derramó abundantes lágrimas, lamentándose de los males de que habia sido causa. El religioso le exhortó á repararles, y á reconciliarse con Dios por medio de la penitencia y de la restitucion, con lo que logró encontrar de nuevo la perdida calma. No siendo ya tan necesaria en Chiapa la presencia del P. Tomás de Casillas, salió para visitar á los misioneros en los diferentes círculos donde estaban ejerciendo su actividad y su celo: sin haber trazado la biografía de aquel religioso, creemos sin embargo haber dicho de él lo bastante para demostrar cuán acertada habia sido su eleccion para reemplazar al digno Las Casas. Las bulas espedidas por Julio III, el dia 19 de enero del año 1551, no llegaron á América hasta el año siguiente: cuando el provincial las comunicó al obispo electo, produjo la noticia en el humilde prelado el efecto del rayo; su primera idea fué declinar el alto cargo que se le conferia, pero como recibiese del maestro general la órden de aceptarle, pudo mas en él la obediencia que sus escrúpulos.

Entretanto Las Casas habia llegado á España por séptima y última vez. «Llegó, dice Llorente, como un acusado conducido por los dependientes de la autoridad; tal fué la recompensa que se dió al hombre que habia hecho á América catorce viages, sin contar los muchísimos que hizo por el interior de aquellas inmensas regiones desiertas, desconocidas, ardientes, siempre en inminente peligro de caer en poder de los caribes por espacio de cuarenta y nueve años. El venerable Las Casas fué mártir en una edad en que los mas de los hombres robustos han terminado ya su carrera; con todo, es preciso confesar que la Providencia sostuvo y consoló ya en esta vida á aquel modelo de obispos; puesto que no permitió sucumbiera á las fatigas de un largo viage ni á las persecuciones injustas de sus enemigos, sino que permitió triunfase de todos los malos que habian jurado perderle, y que pudiese gozar del triunfo alcanzado sobre ellos en todas las discusiones religiosas y políticas.»

Despues de haber contestado Las Casas verbalmente ante el consejo de Indias, á todos los cargos contra él formulados, esplicó por escrito su doctrina. Pero, como pidió el consejo que no fuese muy estensa su memoria, la circunscribió á treinta proposiciones, en las cuales se vé que admitia como un título suficiente y perentorio la bula de Alejandro VI, cuyo objeto, segun él, no era conferir á los reyes de España un derecho directo de propiedad, sino autorizarles únicamente para enviar misioneros á los americanos, á fin de que les anunciasen el cristianismo, y luego permi-

tirles disfrutar, á título de recompensa, de la soberanía sobre los pueblos que hubiesen recibido el beneficio de la predicacion evangélica: pero los soberanos naturales debian ser conservados, las propiedades particulares respetadas, y no podia mandarse ejército alguno para conquistar el país y someter á sus habitantes. Vese así mismo, en aquellas proposiciones, que, segun Las Casas, la bula de Alejandro VI, solo concedia á los reyes de España el derecho de recibir la soberanía inmediata de las regiones que, despues de haber sido convertidas, se sometiesen voluntariamente á su cetro, sin reconocer en aquellos príncipes la facultad de hacerlas atacar á mano armada en caso de resistencia, lo que de ningun modo autorizaba la citada bula. La doctrina de Las Casas acerca del poder del papa, era la de la mayor parte de los católicos de su tiempo; y hasta el mismo Llorente aprueba que la defendiese, por no perder ó renunciar al derecho de negar á los reyes de España la facultad de adquirir y conservar la soberanía inmediata de las vastas regiones de América á título de conquista y con la fuerza de las armas, y obligar á aquellos príncipes á hacer valer otro título que pareció legítimo, justo y suficiente. Además, añade Llorente, es imposible encontrar otro, como no sea en la obligacion que el mismo Las Casas imponia á los indígenas de reconocer la autoridad del rey de España como una consecuencia natural de la predicacion del Evangelio, conforme á lo ordenado por la bula de Alejandro. El consejo de Indias aprobó y hasta se mostró muy satisfecho de la defensa del prelado.

Interesados los enemigos de Las Casas en desacreditar y hacer formar mala opinion de su sistema, habian procurado atraer á su partido á Juan Ginés de Sepúlveda, natural de Córdoba, canónigo de Salamanca, limosnero y primer historiógrafo del rey, y uno de los hombres mas sábios que ha producido España. En una obra escrita en latin por Sepúlveda, titulada: *Causas que pueden legitimar una guerra*, intentó probar que los reyes de España tenian un justo motivo para hacer la guerra á los americanos, conquistar á mano armada su territorio y someter á los habitantes, para predicarles luego el Evangelio, bautizarles y sujetarles á un órden de cosas que hiciese imposible su fuga y su apostasía. Habiendo presentado Sepúlveda aquel escrito al consejo de Indias, sin poder lograr el permiso para que se imprimiese, escribió á Cárlos V, entonces ausente, para obtener que fuese sometida la obra al consejo de Castilla: gracia que se le concedió en el año 1547, en el momento en que Las Casas llegaba á Aranda de Duero, á donde acababa de dirigirse la córte. Pero el consejo de Castilla sometió el escrito al exámen de las universidades de Alcalá y de Salamanca, y cuyo juicio poco favorable confirmó la prohibicion de que fuese impreso, hecha ya anteriormente por el consejo de Indias. El autor tenia un amigo en Roma, llamado Antonio de Agustin, que era auditor del tribunal de la Rota, que fué sucesivamente obispo de Lérida y arzobispo de Tarragona, y por cuya mediacion fué impresa la obra secretamente en la capital del orbe católico. Cárlos V, empero, prohibió su entrada y circulacion en el reino; en vista de lo cual, escribió Sepúlveda un compendio de ella en español, que fué acogido con entusiasmo por todos cuantos apoyaban una doctrina que permitia gozar sin remordimientos de las riquezas adquiridas en las guerras de América. La causa de los desgraciados indígenas iba á sufrir demasiado á consecuencia de la obra de Sepúlveda, para que guardase silencio Las Casas. Como la discusion de los dos sistemas tenia por objeto uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana, convocó Cárlos V en Valladolid, el año 1550, una asamblea de prelados, teólogos y jurisconsultos, á fin de que se decidiese si era permitido ó no hacer la guerra á los americanos para conquistar su pais, en el caso de que se negasen á aceptar el cristianismo y á someterse á los reyes de España, despues de habérseles invitado á ello. Sepúlveda y Las Casas fueron llamados sucesivamente para esponer las razo-

nes en que fundaban uno y otro su opinion respectiva ; leyendo el prelado en cinco sesiones *La Apologia del Aviso á los confesores del obispado de Chiapa*. Domingo Soto resumió por escrito las principales razones aducidas por los dos antagonistas, á fin de que todos los votantes, pudiesen formar mejor su opinion. Habiendo publicado Sepúlveda algunas objeciones contra las causas deducidas por Las Casas en su *Apología*, contestó el prelado á su adversario, precisando el único motivo por el cual creia él ser lícito apoderarse del Nuevo-Mundo. Héla ahí : «Debian los religiosos entrar en América para predicar el Evangelio, y ser admitidos allí voluntariamente, á fin de que les fuese mas fácil por aquel medio hacer la religion agradable y dulce á los habitantes, y disponerles mejor á reconocer la soberanía de los reyes de Castilla, sin perjuicio de la libertad y de la propiedad de los indígenas, conforme á la bula de Paulo III, que habia esplicado el único y verdadero sentido de la de Alejandro VI; y si los indígenas no recibian voluntariamente á los religiosos, lo único que le parecia permitido, segun las facultades concedidas por el soberano Pontífice, era alzar fortalezas en los paises que habrian sido sometidos y pacificados, y que estuviesen próximos á otras provincias aun independientes, á fin de ponerse por aquel medio en relacion de comercio y amistad con sus habitantes, á los que deberia procurarse con tiempo inspirar confianza para que pudiesen los religiosos penetrar sin obstáculo en su pais, y hacerles amar, con la predicacion del Evangelio y su buena conducta, la autoridad del rey de España, á la cual no tardarian en someterse.» Aquella larga y viva discusion acabó de disipar las prevenciones que existian en el ánimo de los miembros del consejo de Indias acerca de los sentimientos del venerable obispo, falsamente acusado de haber dicho que los reyes de Castilla no podian fundar en nada sus pretensiones á la soberanía de los reinos del Nuevo-Mundo.

El consejo de Indias le dió hasta un testimonio de estimacion y deferencia, consultándole sobre la forma de gobierno que mas convendria adoptar con respecto á los indígenas que eran considerados aun como esclavos; á los que lo habian sido antes de la abolicion de aquel sistema, y que no eran caribes ; á los que se habian esclavizado como pertenecientes á esta última raza, por mas que no perteneciesen á ella ; y finalmente, á los verdaderos caribes, á los cuales, no obstante, pareceria justo restituir la libertad. Para cumplir con aquella órden del supremo consejo de Indias, compuso el obispo un pequeño *Tratado sobre la libertad de los indios que eran aun esclavos*.

Pasó Las Casas sus últimos años en la oracion y el retiro, sin abandonar empero la causa de los americanos, en favor de los cuales no cesó de escribir hasta los últimos momentos de su existencia. No hubo dia que no les dispensase un beneficio mientras estuvo en Valladolid ; y cuando la corte regresó á la capital de la monarquia en 1562, la siguió á pesar de su avanzada edad, para poder obtener mas fácilmente los intereses de sus amados indígenas. Cuando murió en Madrid en el año 1566, para ir á gozar en el seno de la verdadera gloria la dicha de que le hacian merecedor su celo ardiente y su caridad inagotable, habia hecho operar Las Casas en los sesenta años trascurridos desde el 1500, en cuya época envió á América el esclavo que habia recibido de Cristóbal Colon, un cambio notable en el estado de los americanos. Al menos pudo tener Las Casas el consuelo de ver al morir á los españoles y á los indígenas iguales ante la ley, y quizás entrever que no tardarian estos últimos en ser libres de hecho, si habia una alma esforzada, como no podia dejar de haberla, que continuase en la gloriosa senda que él habia sido el primero de recorrer. Todos los misioneros se propusieron seguir la noble conducta del que fué primer obispo de Chiapa ; así fué, que quedó con el tiempo abolida la esclavitud de los indígenas; no habiendo ya desde entonces vasallos obligados á servir sin

salario, ni hombres haciendo las veces de bestias de carga, ni desgraciados que con inminente peligro de la vida, se viesen obligados á trabajar contínuamente en las minas; y si tan solo hubo hombres libres y tributarios por medio de cuotas fijas y determinadas. Las circunstancias, y las contínuas reclamaciones del clero y de un gran número de otras personas influyentes, acabaron al fin por hacer triunfar aquel sistema de moderacion, (1) que de tanto tiempo venia reclamando Las Casas.

Séanos permitido al pagar aquí un justo tributo de respeto y admiracion á la memoria del ilustre dominico, repetir algunas reflexiones que acerca de los grandes méritos y alta importancia de su vida apostólica, ha hecho Llorente. Si se considera que atravesó Las Casas catorce veces los mares que separan á los dos continentes; que recorrió muchas mas aun las vastas regiones del Nuevo-Mundo, en todas direcciones; que hizo diferentes viages á España; que no cesó de ejercer en América las funciones de misionero y de pacificador; que escribió una multitud de obras, que se vió en los mayores peligros; que fué el blanco de la persecucion de algunos poderosos, por haber denunciado sus escesos, y que contestó siempre á todos los ataques, no podrá menos de reconocerse en Las Casas una alma verdaderamente grande, una virtud á toda prueba, y la fuerza de un gran carácter; mientras que aquella larga existencia, durante la que vemos á su alma y su cuerpo sostener tantos combates, demuestra la liberalidad con que Dios le dotára de todas las ventajas de una escelente constitucion, y de una fuerza vital incomparable. Llamado Las Casas por la divina Providencia á una mision especial, habia recibido de ella todas las condiciones morales y físicas que su cumplimiento exigia (1).

La vida del dominico Julian Garcés, obispo de Tlascala, fué casi tan larga como la del mismo Las Casas; puesto que era ya septuagenario al partir para América, y predicó el

(1) Los que suponen que solo debieron los indígenas su emancipacion á haber ido los esclavos africanos á poblar los vastos continentes de América, y á que el trabajo de uno solo de estos igualase, ó fuese aun mayor, que el de cuatro americanos, solo pueden proponerse privar á la España de un título de gloria que con justicia le reconocen todas las naciones, por mas que unos cuantos hombres se empeñen en negárselo. Cuando el gobierno español accediendo á las repetidas instancias de los obispos del Nuevo-Mundo, dignos sucesores de muchos españoles de corazon que veian tambien de cerca las necesidades de los indígenas, y sobretodo, á sus generosos sentimientos, restituyó la libertad á los indígenas, apenas eran aun conocidos en aquellas regiones los esclavos de Guinea. Diga lo que quiera alguno que otro autor poco amante de las glorias de su patria, es lo cierto que la noble España, lejos de gozarse en el martirio de sus nuevos súbditos, lo abrevió en lo posible restituyéndoles su libertad, tan pronto como se lo permitieron las azarosas circunstancias que pesaban sobre el pais conquistado. (Nota del Trad.)

(1) Somos los primeros en admirar el celo apostólico desplegado por Las Casas en su mision en América; pero forzoso nos es repetir, que este celo no siempre fué acompañado de benevolencia para los españoles; y como desgraciadamente los estrangeros se aprovecharon de sus falsos sentimientos con la madre patria, de ahí es que la historia de nuestra gloriosa conquista, escrita por aquellos, está plagada de enormes inexactitudes. Nuestra autoridad seria muy débil para probarlo; apelamos al testimonio del respetable abate Juan Nuix, quien con gran copia de irresistibles argumentos, patentiza la falsedad de las aserciones sentadas en contra de los españoles. Por lo que hace al Sr. de Las Casas trascribimos íntegro lo que dice en su obra titulada: « Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, pág. 9 y 10, Madrid 1782. « Comenzando por lo primero, ya que el tener los españoles por acusador al famoso Sr. Las Casas (ó Casaus) basta para condenarlos en el tribunal de ciertos escritores, veamos que peso debe tener en el derecho este célebre testigo. En primer lugar podria yo poner en duda si aquella obrilla, que corre bajo el nombre del Sr. Casas, es verdaderamente propia de este escritor. El ilustre P. Fr. Juan Melendez en su « Verdadero tesoro de las Indias, » es de sentir, que algun francés, enemigo capital de la reputacion española, la imprimió bajo el especioso nombre de aquel obispo, no en Sevilla como se supone, sino en Leon de Francia. En segundo lugar, podria recusar el testimonio del Sr. Casas, diciendo con algunos autores, que él con la sangre y apellido francés *Casaus*, habia heredado y conservado un cierto ódio contra la nacion española, y que llevado de ambicion, intentó hacer odiosos á los conquistadores españoles con el fin de grangear para un Cárlos V la gracia de los favorecidos flamencos. En tercer lugar se debe notar, que cualquiera que quisiese fundarse en la autoridad del Sr. Casas, manifestaria suma ignorancia, ó gran malignidad, pues un hombre sábio y honrado nunca se atreveria á citar un libelo infamatorio, ó infamado solemnemente, cual es el de un autor sospechoso, dudoso é incierto, impreso en pais estraño y enemigo, furtivamente y sin licencia, divulgado por hombres facciosos y fanáticos, esparcido entre enemigos estrangeros, y finalmente, que mereció tan poca estimacion de parte del gobierno, que quedó abandonado á la suerte de poder contarse entre los romances y las fábulas mas desacreditadas. Pero dejando aparte todo esto, y dado que aquella sea obra genuina de tal autor, es menester ver si este testigo dice siempre la verdad, si pondera y aumenta desmedidamente las cosas; si en su relacion se opone á otros testigos mas dignos de fé. El que leyere con alguna atencion, hallará que el celosísimo obispo abulta evidentemente sobre toda medida, que contradice á los testimonios mas ciertos y auténticos, y que en todas las páginas amontona las mas groseras calumnias.» (Nota del Trad.)

Evangelio á los indígenas por espacio de veinte años. La única cosa que encargó á los frailes Menores del convento que habia fundado en su ciudad episcopal, fué el que no cesáran de trabajar por la salvacion de aquellos pueblos confiados á su solicitud, á fin de que no volviesen á caer nuevamente en las tinieblas despues de haber visto brillar á sus ojos la luz de la fé. Iba el prelado á cumplir los noventa años, cuando terminó la muerte sus trabajos apostólicos en el año 1547, en cuya época fueron erigidas en metrópoli las iglesias de Santo Domingo, de Méjico y de Lima. Sucedió al ilustre dominico el franciscano Martin de Sarmiento, nacido á principios del siglo XVI, en Hoya de Castro; sus padres, dotados de una gran piedad, procuraron al jóven Martin una educacion esmerada y santa: refiérese de él, que siendo aun muy niño tenia ya la costumbre al salir de la iglesia, de subir á una silla, y repetir á su hermana y á sus compañeros, todo lo que lograba recordar del sermon que habia oido; lo que fué despues considerado como un presagio de su ministerio apostólico, y de su elevacion al episcopado. Luego que se lo permitió la edad, abrazó Martin el instituto de S. Francisco, en la provincia de Burgos, y fué á estudiar filosofía y teología en Valladolid; una vez ordenado sacerdote, se dedicó á la predicacion, pasando á América el año 1538. Los padres de la provincia del Santo Evangelio, con quienes vivia, le nombraron junto con Jacobo Testera en 1541, para representar aquella provincia en el capítulo general que habia de celebrarse en Mantua. Jacobo Testera fué nombrado comisario general de Nueva-España; pero como era ya aquel religioso de muy avanzada edad, se le destinó como adjunto á Martin de Sarmiento, y para que en el caso de morir Testera en los seis años que debia durar su cargo, continuase aquel desempeñándole. Como se habia previsto, murió Jacobo al poco tiempo de haber tomado posesion de su destino, en el que le sucedió Martin, por haberle nombrado sus hermanos. Poco tiempo despues, determinó Cárlos V elevarle á la silla episcopal de Tlascala, pero él renunció aquella dignidad, teniendo sin embargo que aceptarla despues por haberle obligado á ello su provincial Turribius, en virtud de la santa obediencia. Su encumbramiento no cambió en lo mas mínimo la existencia de Martin, y lejos de enorgullecerle, contribuyó á hacerle aun mas humilde. No se desdeñó de estudiar los santos cánones á pesar de su alta posicion y de su edad algo avanzada, por considerar mas humillante para un obispo el ignorar aquella ciencia, que el resolverse á aprenderla; enseñósela el venerable Juan Fucher. Desde el primer dia en que ocupó Martin su silla, se dedicó constantemente á socorrer á los desgraciados, á los huérfanos, y á todos cuantos necesitaban su apoyo, mostrando de este modo á sus diocesanos la suerte que les habia deparado el cielo al disponer el nombramiento de tan digno prelado. A una caridad ardiente y tierna, unia Martin una perfecta regularidad de costumbres, una fiel observancia de todos sus deberes de obispo, y el estricto cumplimiento de todos los preceptos de su regla; en sus visitas diocesanas, durante las que administraba los sacramentos, instruia á sus ovejas, conservaba el órden entre el clero, sin permitir que le acompañase en ellas mas que un hermano lego, que componia por lo mismo todo su séquito. Las fatigas sufridas durante tres dias, que pasó sin tomar alimento ni descanso en el curso de una de sus visitas, le causó una enfermedad violenta, que le obligó á retirarse en un convento de San Francisco, que encontró en el camino, donde despues de haber recibido los sacramentos, murió santamente en el año 1560, llevándose al sepulcro la admiracion y el aprecio de los españoles y de los indígenas.

Dos años despues de la muerte de Julian Garcés, tan dignamente reemplazado por Martin de Sarmiento, los dominicos Diego de Tolosa y Luis Cancer, sacrificados en la Florida, dieron con su glorioso martirio nuevo esplendor á la órden que el santo obispo de Tlascala acababa de honrar con sus virtudes. Desde

el año 1514, habia conducido Luis Cancer á América, un gran número de misioneros que predicaban sin cesar, aunque con escaso resultado, el Evangelio á unos pueblos cuya degradacion era tal, segun Fontana, que solo comian arañas, hormigas, lagartos y serpientes; los pobres religiosos, como era regular, sufrieron todas las angustias del hambre y de la sed, porque horrorizándoles el alimento de aquellos pueblos, se veian obligados á comer rahices y á beber aguas cenagosas; todos perecieron en poco tiempo. El P. Luis Cancer fué el único que resistió aquel eterno suplicio, evangelizando por espacio de treinta años á aquellos indígenas, de los que bautizó un gran número, aunque en su mayor parte mugeres; luego cristianizó, como hemos visto ya, con Pedro de Angulo, la *Tierra de Guerra*, tan felizmente trocada en *Tierra de Paz*, merced á sus heróicos esfuerzos, y á los de sus compañeros. Finalmente, se dirigió Luis Cancer á la Florida, en cuyo pais habian resuelto los naturales dar muerte á cualquier estrangero que osára presentarse en sus playas; aunque advertido del peligro, ó mejor de la muerte segura que iba á procurarle su generosa resolucion, no quiso el misionero desistir de ella. Por mas precauciones que tomára su conductor, fué Luis Cancer detenido luego de haber saltado en tierra, y despues de haber sufrido mil tormentos, fué el generoso atleta de Jesucristo descuartizado y devorado por los caníbales. Al referir Las Casas su martirio, dice: « Creemos que el P. Luis Cancer, intercede ahora en el cielo por la salvacion de los que derramaron su sangre, y que á sus oraciones debemos los progresos que han hecho despues de su muerte en la fé cristiana. »

Antonio de Valdiviejo, obispo de Nicaragua, noble castellano, desprendido enteramente del mundo, poseido del espíritu de oracion y de un gran celo por la salvacion de las almas, fué llamado por el Señor á la vida apostólica, cuando los primeros misioneros empezaron á desbrozar el camino que acababa de abrir Cristóbal Colon en las desconocidas regiones del Nuevo-Mundo. Sus superiores le asociaron á algunos de aquellos piadosos dominicos, que partian casi anualmente para Haiti, y que eran luego destinados á las diferentes provincias que carecian aun de operarios evangélicos. A su llegada, fué destinado Antonio de Valdiviejo á Nueva España; llegando á ser despues en Méjico la provincia de Nicaragua, el ancho campo de sus trabajos apostólicos. Despues de haber aprendido en poco tiempo la lengua de los indígenas, empezó á recorrer con gran fruto los principales puntos de aquella provincia, sin arredrarle nunca los contratiempos que no tardaron en sobrevenir. Habiendo sido poco antes en aquella provincia destituido del cargo de gobernador Rodrigo de Contreras, subleváronse sus dos hijos Hernando y Pedro contra el gobierno del rey, tratando á los indígenas como esclavos, y entregándose á todos los escesos. El misionero, empero, se alzó, cual otro Elías, contra semejantes atentados; mas viendo que no era su autorizada voz atendida en lo mas mínimo, pasó á España para informar á Cárlos V de las violencias que se cometian, en notorio perjuicio de los intereses de la religion y de la corona. El emperador, despues de haberle prometido tomar las medidas necesarias, añadió: « Pero es preciso que vos me ayudeis, para que podamos ver mas pronto realizados nuestros deseos; no os negueis al trabajo que habeis emprendido por la gloria de Dios, al contrario, procurad continuarle en el pais donde sois conocido, y en el que habeis hecho tanto bien: no os desalienten los obstáculos, Dios será vuestro apoyo. » Mientras el misionero manifestaba al rey su gratitud por la proteccion que prometia dispensar á los indígenas, este, que habia tenido ocasion de conocer su talento y su firmeza, dijo al religioso, que hallándose vacante la silla de Nicaragua por la muerte de Diego Alvarez Osorio, le habia propuesto á Paulo III para desempeñarla, y que esta' a aguardando las bulas. Con efecto, llegaron estas en el mes de febrero del año 1544; y sin aten-

derse á las súplicas ni escusas de Valdiviejo, fué inmediatamente consagrado, recibiendo al propio tiempo la plenitud del espíritu episcopal, esto es, un amor tierno por su nueva esposa, un aumento de fuerza y de celo por la salvacion de su rebaño, y una firmeza á toda prueba, para oponerse como un muro de bronce á cuantas empresas pudiese acometer el espíritu del mal para oponerse á los progresos de la religion, en el pais que desde aquel dia le estaba confiado. No se atrevieron los rebeldes á impedirle que tomase posesion de su iglesia, pero continuaron las vejaciones, sin que aparecieran las medidas que Cárlos V anunciára, por haber llamado su atencion nuevos acontecimientos; por lo que tuvo el buen prelado que luchar solo durante cinco años, contra las pasiones de hombres poderosos, ora empleando humildes súplicas, ora tiernas exhortaciones, ya avisos, tan pronto secretos como públicos, y ya finalmente, amenazando con los anatemas de la Iglesia á los que se resistiesen por mas tiempo á la suplicante ternura de su pastor. Pero todo fué inútil; nada bastó á desarmar el orgullo de los dos hermanos, quienes llegaron á concebir el crímen horrendo de dar muerte al prelado, en quien estaban personificadas la justicia y las libertades públicas. Aunque informado del complot que acababa de fraguarse contra su vida, continuó el generoso obispo evangelizando á su pueblo, en aliviarle con sus limosnas, en destinar los misioneros á los puntos de su diócesis en que mas falta hacian; pero las ciudades de Leon y de Granada, que eran las que mas parte habian tomado en la revuelta, se negaron á admitir los ministros de paz y salvacion que se les enviaba. Solo despues de haber apurado Valdiviejo todos los medios de suavidad y dulzura, creyó haber llegado el momento de vengar al fin los escarnecidos derechos de la Iglesia, de los pueblos y del soberano; no obstante, apelando al último medio, y deseando, por decirlo así, dejar una puerta abierta al remordimiento, se dirigió el prudente obispo en persona á la ciudad de Leon, y renovó en ella sus esfuerzos para calmar los disturbios. Pero lejos de ceder los autores del desórden, añadieron nuevos crímenes á sus anteriores atentados; por lo que á su pesar, vióse el obispo obligado á fuminarles la escomunion y á hacer cerrar las iglesias. Furioso Hernando de Contreras, en vista de un acto que hubiera debido humillarle y convertirle, resuelve dar muerte al prelado, cuya voz fiel y de paz impide á los pueblos reunirse bajo la bandera de la rebelion; y seguido de los conjurados cuyo ardor escitó en un odioso festin, se dirige á la morada del obispo, penetra en el cuarto en que estaba Valdiviejo hablando con un eclesiástico y dos religiosos de su órden, y levantando la espada sobre el prelado (Pl. LIX, n.º 1.), le dá dos estocadas y le deja anegado en su sangre, mientras estaban los demás saqueando la casa. El santo prelado, víctima de su amor á la justicia, vivió aun algunos momentos que empleó orando por su rebaño, y por sus mismos asesinos; habiéndole preguntado un religioso á quien dejaba el cuidado de su iglesia: « A Jesucristo, contestó; á Jesucristo, que es su primero y verdader esposo. » Al terminar estas palabras, entregó su alma á Dios, el dia 26 de febrero del año 1549; los dominicos que le habian querido siempre como hermano y respetado como padre, le enterraron en su iglesia de San Pablo, al lado derecho del altar mayor. Veíase en el suelo de la habitacion en que fué asesinado, la señal de la mano en que se apoyó al levantarse despues de haber recibido las dos estocadas, siendo aun la sangre despues de dos siglos, tan viva y encarnada, como si en aquel mismo momento acabase de ser derramada.

Domingo de Betanzos sobrevivió algunos meses al santo mártir; terminando su gloriosa carrera en España, á donde habia ido para procurarse algunos operarios evangélicos: murió en Valladolid el dia 14 de setiembre del año 1549. Si la iglesia de Méjico se vió privada del consuelo de poseer sus restos, pudo contar al menos en el cielo con un nuevo pro-





tector, que no habia de dejarla desamparada en la tierra, mientras hubiese en ella discípulos que procurasen imitar sus virtudes y seguir sus huellas.

En el año que precedió á la muerte de Betanzos, exhaló tambien su postrer suspiro el franciscano Juan de Zumarraga, cuya silla acababa Clemente VII de erigir en metrópoli, y cuya nueva dignidad solo aceptó el prelado por no faltar á la obediencia. Dice un historiador que le fué revelado el dia de su muerte, segun él mismo lo comunicó á algunos de sus allegados; no obstante el estado de abatimiento y postracion en que se hallaba á consecuencia de su enfermedad, salió de Méjico é hizo ocho leguas para ir á encontrar al P. Domingo de Betanzos, en el convento en que entonces vivia. Durante los cuatro dias que permanecieron juntos aquellos dos siervos de Dios, administró el obispo el Sacramento de la Confirmacion á catorce mil personas, formadas é instruidas por el celo de los dominicos. Cuando el prelado moribundo tomó nuevamente el camino de su metrópoli, le acompañó su amigo sin separarse ya mas de su lado; al conocer Juan de Zumarraga que su fin se acercaba, pidió los últimos sacramentos, que recibió del modo mas edificante, y espiró diciendo: «Señor, os entrego mi alma á los ochenta y siete años de mi edad.» A pesar de haber mandado que se le enterrase al igual que á los demás religiosos, como lo habia sido el primer arzobispo de Méjico, los PP. Menores lo depositaron en su iglesia, junto á la puerta de la sacristía, hácia el lado del Evangelio. Despues de haber llevado Zumarraga una vida del todo santa, continuó, siendo en el sepulcro, objeto de cosas sobrenaturales (1).

Creemos de nuestro deber agrupar en torno de aquella brillante columna de S. Francisco, algunos misioneros del mismo instituto, igualmente dignos de un piadoso recuerdo.

Murió en 1545 Fr. Luis de Fuenzalida, franciscano de la provincia de S. Gabriel, que desde su llegada á Méjico habia estudiado la lengua de los indígenas, y evangelizado á aquellos con ardor incansable; el tiempo que no podia consagrar á la predicacion, le empleaba en la contemplacion de las cosas del cielo, y durante el cual sentia las mas dulces emociones: su compañero le veia muchas veces en éxtasis, elevado en cuerpo y alma. Como no hubiesen desaparecido aun por desgracia los obstáculos que se oponian á la propagacion de la fé, vióse obligado tambien Fr. Luis á dirigirse á Europa, para pedir á Cárlos V la represion de ciertos abusos; entonces quiso el emperador nombrarle obispo de Mechoacan, á fin de que pudiese remediar mas fácilmente los males de que se lamentaba; pero el humilde religioso declinó aquel honor, prefiriendo, dijo, pasar á Africa con el permiso de sus superiores, y derramar su sangre en medio de los enemigos de Jesucristo, á ser testigo en Méjico de la guerra impía hecha á la Iglesia, por algunos de los que mas interés habian de tener en protejerla. Pedro de Alcántara, que gobernaba la provincia de San Gabriel, no quiso acceder á los deseos de Fr. Luis, sino que volvió á enviarle otra vez á América en el año 1545, pero murió durante la travesía en la isla de San Juan.

(1) Entre los muchos é ilustres prelados que la santa religion franciscana ha dado á la Iglesia, para gobernar la de las Indias y Nueva España, dice uno de sus cronistas, es muy conocido en ellas el santo padre Fr. Juan de Zumarraga, tan esclarecido en todo género de santidad, que por sus grandes virtudes, merece muy dignamente el título de Santo, que otras historias le dan. Fué de los mas insigne de la órden y de los religiosos mas penitentes y ejemplares de su tiempo, y aunque en todas las vidas de los santos resplandece mucho la divina providencia, en ninguna se descubre mas que en la de este venerable arzobispo que, por particular providencia del cielo le llevó Dios á las Indias, en tiempo que aquella primitiva iglesia tuvo tanta necesidad de él. Fué vizcaino y natural de la villa de Durango; hijo de padres nobles; tomó el hábito en la santa provincia de la Concepcion, donde estudió artes y teología y fué consumado letrado y gran predicador, y algunas veces guardian y definidor y provincial de la misma provincia. Como era varon de alto consejo, de mucho espíritu y buenas letras, el emperador Cárlos V le cobró mucha aficion y tuvo grande estima de él; le envió por inquisidor en Vizcaya y le comunicó varias veces cosas de su conciencia y alma. A pesar de la alta dignidad que alcanzó por sus virtudes y sabiduría, su mesa, vestido y cama eran humildísimos; caminaba á pié y descalzo y levantábase constantemente á media noche. El bien que este gran prelado hizo en Méjico es imponderable y su memoria vivirá en aquellas regiones eternamente. (Nota del Trad.)

El territorio de Tula, fué evangelizado por Alfonso Rengel, sacerdote español de la Observancia de S. Francisco, cuyo campo cultivó durante diez años con tanto mas provecho, cuanto que hablaba con suma facilidad la lengua de los indígenas. Arruinó los templos de los ídolos, y levantó uno en Tula al verdadero Dios, así como tambien un convento de PP. franciscanos; irritados los sacrificadores idólatras al verse arrancar de aquel modo su presa, persiguieron cruelmente al misionero por todos los medios que les sugirió el fanatismo; pero su gran piedad y su prudencia, pusieron al religioso al abrigo de todas las persecuciones, y hasta en el caso de burlar cuantos planes formaron contra él sus encarnizados enemigos. Así pues, lejos de cederles el campo, persistió Rengel con mas ardor que nunca en la lucha, logrando atraerse á los mas crueles de entre los indígenas con su dulzura, á los mas orgullosos con su humildad, y á los mas obstinados con la uncion penetrante de sus palabras. Si no fué el primero que estableció en Tula los ejercicios públicos del catecismo, estendió al menos considerablemente en aquel pais la predicacion del Evangelio; casi todos los dias salia tocando una campanilla para reunir á los neófitos en el templo, y exponerles en estilo familiar los diversos puntos de la fé y la moral. De este modo los niños, las mugeres, y los oyentes de todos sexos y edades, se instruian en pocas horas, y como por pasatiempo, en los misterios sublimes que en tantos siglos no habian podido enseñarles las escuelas tan numerosas y pagadas de su orgullosa ciencia, que la historia de la filosofía pagana ofrece á nuestras miradas. Fray Alfonso, para imponer mas á los convertidos, procuraba dar al culto católico toda la elegancia y magestad posibles, á fin de que, admirando la vista con la pompa de las ceremonias, así como dominaba los ánimos con la sublimidad de los dogmas, pudiese conmover los corazones con la pureza de los preceptos; de este modo habia logrado aumentar considerablemente el rebaño de Jesucristo, cuando habiéndole confiado el ministro franciscano de la provincia de Méjico, una comision para Europa, sucumbió Alfonso Rengel durante el viage en el año 1546.

Uno de los primeros dominicos que entraron en Méjico con Domingo de Betanzos, fué Gonzalo Lucero, natural de Andalucia, sacerdote humilde, casto, laborioso, y tan penitente, que era en su concepto el mayor de los pecadores, y el último en la casa del Señor. A imitacion de los grandes santos, no cesó de llorar Alfonso muchos pecados que no habia cometido; y sus lágrimas que no podian menos de enternecer á sus oyentes, les atraian á abrazar ellos mismos los santos rigores de la penitencia; luego de comprender los idiomas de los mejicanos y mistecas, esplicó á aquellos pueblos los absurdos del paganismo, la existencia y la unidad del verdadero Dios, la corrupcion de la naturaleza ó del hombre caido, y la necesidad de un Mediador. Al esplicar Lucero las verdades de la fé á los neófitos, procuraba regular sus costumbres, insistir acerca de la inmortalidad del alma, sobre la eternidad de la pena y de la recompensa, la necesidad de las buenas obras, inculcando así profundamente en el ánimo de los indígenas una doctrina, que no siempre eran los antiguos cristianos capaces de observar. Una curacion milagrosa acabó de dar mas autoridad á la palabra del misionero: mientras estaba predicando en Tlachiaco, Gonzalez Bravo, gobernador de Mistepec, fué atacado repentinamente de una enfermedad mortal, que amenazaba llevarle al sepulcro cuanto antes; apurados inútilmente los medios del arte, quiso el enfermo, á pesar de su debilidad y de sus vivos dolores, que se le llevase al lado del misionero, lo que hicieron los indígenas con asombrosa rapidez, atendida la distancia que habia de un punto á otro. El P. Lucero, lleno de confianza en Dios, procuró inspirarla al enfermo que, luego de haber recibido la bendicion del piadoso dominico, recobró la salud; los indígenas idólatras y cristianos que presenciaron aquel milagro, escucharon dócil-

mente al siervo de Dios, al que habia hablado el gobernador acerca de las disensiones que existian entre ellos, y se reconciliaron á la voz del misionero. Sin embargo, no tardó un acontecimiento funesto en turbar la dicha de que todos gozaban, tal fué la muerte del santo misionero, al que Dios llamó así para premiar sus méritos en el año 1550. De tal modo Gonzalo Lucero se habia hecho amar de ellos por la santidad de su vida, que el esceso del dolor embargó á muchos la palabra, al paso que hacia esclamar á otros: «¡Ah! nuestro padre S. Gonzalo ha muerto, que será de nosotros sin él!»

Émulo y amigo de aquel religioso era Benito Fernandez, quien habia tomado el hábito en el convento de Sto. Domingo en Salamanca; á una instruccion poco comun unia el religioso una modestia angelical, así como á un recogimiento casi contínuo, un celo ardiente por la salvacion de las almas, que le obligó á dirigirse de España á Méjico. La region conocida con el nombre de Misteca, dividida en dos partes, esto es, en alta y baja, fué el pais que reclamó mas particularmente sus nobles esfuerzos; los riachuelos y torrentes de aquel pais eran auríferos; así que, se dedicaban los indígenas á recoger granos ó partículas de oro, que iban luego á cambiar en los mercados vecinos por artículos de primera necesidad, sin cuidarse de cultivar las tierras ni de dedicarse á la caza ni á la pesca: bastaba uno ó dos dias de trabajo para procurarles despues un mes de holganza. Sin embargo, aunque menos vivas, no dejaban por esto aquellos indígenas de tener sus pasiones; por manera que, si bien su supersticion no les arrastraba hasta el punto de sacrificar víctimas humanas, no por ello dejaba de ser menos insensata que en los demás paises. Venciendo Benito Fernandez la repugnancia que debia inspirarle el alimento de aquellos pueblos, despreciados de las demás tribus, vivió en medio de ellos, y despues de haberse granjeado su confianza y su afecto, se convirtió en su institutor y su apóstol; compuso en lengua misteca un pequeño tratado de doctrina cristiana, bajo la forma del catecismo, tradujo al mismo idioma las epístolas y los evangelios del año, y puso en estado de leerlos á todos los niños en quienes notó mas talento y memoria. Despues de haber sembrado la palabra santa en un punto, se dirigia inmediatamente á otro con el mismo objeto: era tanta la asiduidad del misionero, que no tardó el esceso del calor que hacia en causarle una enfermedad peligrosa; pero considerando perdido todo el tiempo que no empleaba en nuevas conquistas espirituales, ni aguardó siquiera que estuviese su salud del todo restablecida para empezar nuevamente el ejercicio de sus funciones apostólicas. Hay en la alta Misteca unas montañas, que llevan el nombre de San Antonio, en las cuales habitaban unos indígenas que vivian en las grutas, sin tener para sus hijos y mugeres mas cama que el duro suelo; haciéndoles su modo de vivir mas parecidos al bruto que al hombre. Así que supo Benito Fernandez la triste suerte de aquellos infelices, se dirigió sin tardanza hácia aquellas pobres almas que se hallaban en poder del espíritu de las tinieblas, teniendo al menos la dicha de arrancar de él á los niños que murieron despues de haber recibido el agua regeneradora. La larga permanencia de Fernandez en aquel pais, casi nos obliga á creer que se refiere á el Bruzen de la Martiniere, cuando dice: «En los confines de los paises de Stequizi-Stepeque, hay en la falda de una alta montaña una caverna en la que penetró un dominico en compañía de algunos salvages: es tan angosta su entrada que solo puede pasar por ella un hombre de frente. Hay en su interior como una plaza cuadrada de cincuenta piés, donde hay algunos hoyos para contener el agua, á los que se desciende por medio de algunas gradas; desde allí, por una via tortuosa y llena de recodos, se llega á otra vasta plaza, en cuyo centro hay una fuente, y junto á ella un riachuelo, cuyas aguas parecen perderse en el fondo de los abismos. Despues de haber permanecido el dominico y sus guias en la cueva mas de una hora sin llegar nunca al

fin de ella, volvieron atrás por medio de un cordel que habian tenido la precaucion de atar en la boca de aquel antro.» Varias son las cavernas de esta clase que hay en los montes de América; muchos son los misioneros que han penetrado en ellas, por saber que los indígenas, obstinados en su supersticion, ocultaban allí los ídolos para tributarles culto. Entre los cooperadores de Benito Fernandez, hemos citado á Gonzalo Lucero que le precedió en el sepulcro, al que no tardó en seguirle Fernandez pocos meses despues: cargado de años y de enfermedades, espiró el dia 23 de agosto del año 1550 en el pueblecito de Achintla, siendo enterrado en una iglesia de su órden. Apenas acababa de morir, cuando ya los indígenas le invocaban como á un amigo de Dios; asegurándose que la eficacia de su intercesion justificó ó acreditó la confianza con que era implorado.

Al igual que Benito Fernandez, no sobrevivieron mucho tiempo á Gonzalo Lucero los religiosos Francisco Marin y Francisco de Mallorca, á quienes habia conferido el hábito Domingo de Betanzos.

Francisco Marin, natural de Méjico, prestó muchos servicios espirituales á sus compatriotas, arrancando á no pocos de las tinieblas de la idolatría en diferentes provincias; vióselo particularmente en las montañas de la alta Misteca, llevar la civilizacion entre unos hombres que habian vivido hasta entonces sin ningun lazo social. Reuniólos el misionero en pueblos, les procuró medios para cubrir su desnudez, les enseñó á sacar del seno de la tierra un alimento mas saludable que el de los insectos y los frutos silvestres que antes usaban, les hizo desbrozar vastos campos, sembrarlos despues, y plantar en ellos árboles útiles; y sobre todo, les enseñó á vivir como fieles discípulos de Jesucristo. Su palabra les esplicaba el Evangelio del Salvador, y su conducta les hacia poner en práctica los mas sublimes consejos de aquel libro divino; puesto que por espacio de treinta años se entregó aquel religioso á las fatigas del apostolado y á los rigores de la penitencia mas austera. Su alimento no era ni menos frugal ni menos triste que el de los indígenas mas pobres; nunca probó el vino, ni por ásperos y largos que fuesen los caminos que habia de recorrer, admitió caballerías ni vehículo de ninguna clase; pasaba Marin la mayor parte de las noches en oracion, ú ocupado en el estudio de los dialectos, tan diversos como los numerosos pueblos que habia de evangelizar; de modo que, ante un mismo auditorio, despues de haber predicado en lengua misteca, para unos, se veia obligado á empezar nuevamente su discurso en lengua *chochona*, idioma tan bárbaro como difícil, á fin de que pudiesen los demás comprenderle. No solo distribuia Francisco Marin el pan del alma á aquellas inteligencias ávidas, sino que en todas las épocas que se esperimentó el azote del hambre, á causa de las malas cosechas del maiz, procuró con su inagotable caridad el pan material á un sin fin de desgraciados, particularmente á las viudas, huérfanos y enfermos; pidiendo á sus parientes y amigos para repartirlo despues entre todos los necesitados. El cuerpo de aquel amigo de los pobres fué sepultado en el convento de dominicos de Méjico, donde habia abrazado la vida religiosa y consagrádose á la conversion de los indígenas.

Francisco de Mallorca, que sucumbió casi en la misma época y en el mismo punto, no habia recorrido tanto como Francisco Marin las provincias de Méjico, para llevar á los infieles la antorcha de la fé; pero no por ello dejó de contribuir menos á la salvacion de muchos con su ejemplo, su mortificacion y sus oraciones. Su mayor deseo, era cantar ú oir como cantaban noche y dia las alabanzas del Señor; puede decirse que mientras estuvo en la comunidad de Méjico, fué el coro objeto de todas sus delicias, su verdadero paraiso; cuando despues de Maitines, se retiraban sus hermanos para entregarse al descanso, continuaba Francisco sus cánticos y sus oraciones hasta el rezo de Prima, pareciéndole el tiempo que mediaba en estremo corto. Lloraba, decia, sus pecados, pidiendo siempre con la misma fé la con-

version de los pecadores y de los idólatras; solo dejaban de correr sus lágrimas cuando le permitia la bondad divina presentir que sus votos habian sido oidos; apesar de lo mucho que sufria de resultas de una grave enfermedad, hallábase en el coro el dia 20 de diciembre del año 1550, absorto del todo en la meditacion de las misericordias de un Dios hecho hombre para salvar á los hombres. Cuando mas entregado estaba á los trasportes del amor divino y del reconocimiento, le fué revelado que pasaria á mejor vida el dia mismo del nacimiento temporal de Jesucristo, agravándose desde aquel instante su enfermedad con tal violencia, que dijo el médico estar en inminente peligro, y que se le administrasen desde luego los santos sacramentos. Fueron las órdenes del médico puntualmente cumplidas; pero el enfermo, á fin de impedir que empezasen las oraciones de los agonizantes, dijo en secreto al superior, que se prolongaria su existencia hasta el dia de Navidad. Cuando el dia 21 de diciembre, ó sea el de Sto. Tomás apóstol, volvió el médico á presentarse al convento, creia encontrar un cadáver, ó cuando menos un moribundo, pero con gran sorpresa vió que seguia el enfermo mucho mejor que la víspera. Toda la comunidad contaba ya fuera de peligro á Francisco de Mallorca, esperando que de un dia á otro volveria á empezar sus acostumbradas tareas, cuando el dia de Navidad hizo llamar á los religiosos, y les suplicó que empezasen desde luego las oraciones prescritas para los agonizantes; y como hubiese algunos que le observasen que, atendido el estado de la enfermedad, era mas probable su restablecimiento que su muerte, limitóse Francisco á sonreirles dulcemente; pero el superior, que estaba ya debidamente informado, empezó desde luego las letanías. El enfermo tambien contestaba, y cuando hubo pronunciado aquellas palabras del Salmo XXIV; «Mis ojos están siempre levantados hácia el Señor,» él los cerró, juntó sus manos y se entregó al sueño de los justos.

No eran tan solo las órdenes religiosas las que procuraban escelentes misioneros á las provincias de Nueva España; habia tambien en ellas diferentes eclesiasticos seculares que, llenos de un verdadero espíritu sacerdotal y de un ardiente celo por la propagacion de la fé, hacian esfuerzos sobrehumanos para evangelizar aquellas regiones. Juan Gonzalez y Juan de Mesa se distinguieron en gran manera durante el episcopado de Juan de Zumarraga.

El primero, hijo de la diócesis de Badajoz, en Estremadura, fué conducido desde su infancia á Méjico, á instancias de Ruiz Gonzalez, pariente suyo, uno de los conquistadores de aquel imperio; la inocencia de sus costumbres, y la apacibilidad de su carácter, hicieron en breve al tierno niño, objeto de la predileccion de su protector. Ni la opulencia de la casa en que vivia, ni las adulaciones y mimos de cuantos le rodeaban, pudieron corromperle nunca; amigo de la oracion y del retiro, supo Juan emplear tan útilmente el tiempo, que en pocos años aprendió el latin, la literatura, y el derecho canónico, teniendo los primeros profesores que enseñaron en Méjico; desde su mas tierna edad resolvió ya el jóven Gonzalez consagrarse enteramente á Dios. Habiéndole examinado mas tarde los prelados que habia entonces en Méjico, no solo aprobaron su vocacion, sino que le confirieron órdenes sagradas; Julian Garcés, obispo de Tlascala, le dió la tonsura, los Menores, el sub-diaconado y el diaconado, prévio el correspondiente intérvalo; y Juan de Zumarraga, obispo de Méjico, le elevó al sacerdocio, haciéndole quedar á su lado, á fin de acabar de formarle para el santo ministerio. Obligado en breve Gonzalez á aceptar un canonicato en la Catedral, fué el jóven canónigo desde el primer dia modelo del clero capitular, tanto por su regularidad, su modestia, su asiduidad en el cumplimiento de todos los deberes, como por el espíritu de desinterés y de celo que le hacia distribuir sus bienes á los pobres y consagrar todos los momentos de que podia disponer á la instruccion de los indígenas. Cuando hubo aprendido los dialectos necesarios

para anunciar el Evangelio en diferentes provincias, renunció su canonicato y sus rentas, para poder seguir mas fácilmente las huellas de los apóstoles; y despues de haberse unido con aquellos que habian entrado antes que él en la viña del Señor, se consideró siempre como el mas ínfimo de todos. Sin embargo, nunca los indígenas se cansaban de oirle ni de seguir sus pasos; la fuerza de sus ejemplos, no menos que la virtud de sus discursos, produjo un gran número de conversiones; grandes y pequeños, todos mostraron siempre el mismo interés en oirle, porque unos y otros reportaban el mismo fruto de sus conversaciones y su trato. Luis de Velasco, virey de Méjico, le suplicó aceptára una habitacion en su palacio, prometiendo dejarle entera libertad para entregarse á todas sus ocupaciones y seguir su acostumbrada vida; esperando tan solo que la conversacion con aquel amigo de Dios, le ayudaria á santificar los actos y deberes de su gobierno por medio del ejercicio de una vida cristiana. Gonzalez, movido por esta última consideracion, accedió á los deseos del virey, y se fué á vivir en el palacio, del mismo modo que se fué á habitar mas tarde en una ermita, sin cesar nunca por esto de instruir á sus amados indígenas. Pronto empero debió convencerse el misionero de que no convenia estuviesen abiertas las puertas del palacio á los hombres de su carácter, puesto que se veia continuamente asediado por una multitud de ambiciosos que no pensaban mas que en aprovecharse de su favor y crédito para adelantar en su carrera. Así pues, veíase obligado el misionero á perder un tiempo precioso, lo que le impedia poder consagrarse á la instruccion de los indígenas que reclamaban su cuidado, por lo que suplicó al virey que le permitiese retirarse y seguir la voz de Dios. No oponiéndose el virey á los santos designios del misionero, se retiró éste á Zuchimilco, poblacion en que vivian muchos indígenas, entre los cuales obró grandes conversiones; luego habitó la ermita de Santiago junto á Tezcuco, donde estuvo muchos años predicando á los idólatras, confesándoles y bautizando á los que lograba atraer cada dia al seno de la Iglesia. Sus ocupaciones fueron las mismas en la ermita de la Visitacion de Ntra Sra., junto á la capital; siempre celoso y activo, humilde y penitente, puede decirse que no tuvo nunca Gonzalez ni un momento de reposo. El cielo le concedió el don de conmover los corazones aun mas endurecidos, y de obtener la confianza de todos cuantos á él se dirigian, lo que valió á sus esfuerzos un gran número de conversiones: ignórase la época en que la muerte coronó la preciosa vida de Gonzalez.

Juan de Mesa ejerció el apostolado en la misma época que Juan Gonzalez, con el que le unia el doble vínculo de la amistad y la virtud; nacido en Andalucia, fué en su juventud conducido á América, donde fué confiado á un tio que estaba de gobernador en un pueblo llamado Tempuhal, de la provincia de Guaxatecas. Destinaban sus padres al jóven de Mesa una rica herencia; pero la divina Providencia le reservaba aun un porvenir mucho mas brillante y útil á los pueblos. El conocimiento que en breve adquirió de los difíciles dialectos de aquellas tribus, le sirvió en gran manera para hacer oir y abrazar el Evangelio á diferentes poblaciones que recorrió hasta llegar á las mismas fronteras de los chichimecas; tan pronto se le veia evangelizar solo aquellos pueblos, porque él solo comprendia su idioma, como asociarse con el franciscano Andrés de Olmos, ó con Luis Gomez, para seguir sus apostólicas tareas. Su tio le dejó al morir todos sus bienes, que aceptó para consagrarlos á obras piadosas, despues de haber hecho las restituciones que aquel habria debido hacer. Murió Juan de Mesa en Panuco, despues de haber gozado por largos años de aquella dulce y envidiable paz que solo la virtud procura.

Además de los misioneros, seculares ó regulares, permitió la Providencia que algunos laicos contribuyesen con su ejemplo y sus virtudes á la edificacion de la América, muchos de los cuales solo habian atravesado los mares para ir á recoger en el Nuevo-Mundo las ri-

quezas que no podian procurarse en su patria.] De este número fué Miguel de Zamora, hábil arquitecto, que ganó en poco tiempo sumas considerables, y que aun habria podido ganar mucho mas; tantos eran los palacios, templos, y hasta pueblos enteros que se construian en todos los paises que estaban bajo la dominacion española; solo la ciudad de Méjico habria procurado á Miguel de Zamora cuantos tesoros hubiese podido ambicionar, á no haber puesto Miguel un término á su codicia, y cedido al amor patrio que le llamaba á España. A su llegada, quiso poner á prueba el afecto de sus parientes y amigos; así que, procuró ocultar sus riquezas, y se presentó á su familia bajo la misma modesta apariencia con que le habian visto poco antes; su padre le recibió con bondad, y para demostrar mejor su alegría, invitó todos los parientes á una fiesta que duró dos dias. Pero menos sensibles estos á la ternura del padre, que indignados por la pobreza del hijo, no podian perdonarle el que hubiese vuelto de aquellas regiones con las manos vacías, cuando habia tantos otros que salian de ellas cargados de oro; en su indignacion, hasta llegaron á decirle que seria siempre el oprobio de su familia. Nada contestó el jóven á cuantos cargos se le hacian, contentándose con haber logrado el objeto que se proponia; el tercer dia, empero, se presentó ostentando un trage riquísimo, deslumbrando el oro y la pedrería que brillaban en el opulento arquitecto; y, cosa rara, á su simple vista, no solo se modificó enteramente el lenguage de los miembros de su familia, sino que hasta le tributaron las mas grandes pruebas de deferencia y de afecto. Entonces, Miguel, que nada habia dicho aun en su defensa durante los insultos de que habia sido objeto, manifestó, que no tenia mas parientes que su padre y los pobres, con los que iba á compartir sus bienes; como en efecto así lo hizo, dando al propio tiempo á su padre una nueva prueba de respeto, ofreciendo su mano á la compañera que él le destinaba. Poco tiempo despues regresó Miguel de Zamora á Méjico, donde parecia enriquecerse á medida que iba aumentando su piadosa liberalidad con los pobres; pero como no tenian ya para él ningun valor los bienes de la tierra, solo aspiraba su corazon á la dicha de la eternidad. Habiendo muerto su esposa algun tiempo despues, confió Miguel á personas piadosas é ilustradas la educacion de su hijo, y deseando abrazar una vida penitente, se retiró con Juan Flores, amigo tan cristiano como él, á las ásperas montañas de Tlascala, donde eran escesivos la humedad y el frio. Cinco años pasaron allí aquellos dos solitarios ocupados en la oracion y el trabajo, llevando una vida en un todo digna de los primeros cristianos de los antiguos tiempos; el ejemplo edificante que ofrecieron á los indígenas, poco acostumbrados á ver el cristianismo tan admirablemente practicado por personas de su estado, produjo entre aquellos naturales abundantes frutos de salvacion. La Providencia parecia querer presentar á los dos cristianos como modelo de todas las virtudes en medio de una tribu salvage que se entregaba poco antes á todos los escesos de la idolatría; sin embargo, aquella práctica tan edificante de la religion, no era en Miguel de Zamora y Juan Flores, mas que el primer paso que daban en el camino del sacrificio, por estar persuadidos de que les seria mucho mas fácil llegar á la perfeccion, abrazando la vida monástica. Así pues, entró Juan Flores en el convento de San Francisco, y Miguel de Zamora en el de Santo Domingo, ambos conventos de la ciudad de Méjico; entró Miguel en clase de hermano converso, no sin interesar antes á la comunidad en favor de su hijo Alfonso que, contaba entonces once años, y al que se vió mas tarde abrazar la misma profesion. Siempre procuraba el nuevo religioso acompañar á los misioneros en sus escursiones evangélicas, en las que les servia de la mayor utilidad, puesto que mientras el sacerdote predicaba el Evangelio ó administraba los sacramentos, catequizaba Fr. Miguel á los niños y les enseñaba á orar á Dios. Como sabia perfectamente las lenguas mejicana y zapoteca, servia algunas veces de intér-

prete á los religiosos llegados nuevamente de España, por no serles aun familiar el idioma de los indígenas; enviáronle sus superiores mas tarde al convento de Guaxaca, donde el antiguo arquitecto prestó á la ciudad un servicio señalado, procurándola el agua de que hasta entonces habia carecido. El Señor, en su misericordia, envió á su siervo diferentes enfermedades que acabaron de purificarle, y de patentizar mas y mas su paciencia, su resignacion, su amor al sufrimiento; y que, despues de una vida penitente le procuraron una muerte tranquila que le abrió las puertas del paraiso: murió Miguel en olor de santidad.

CAPÍTULO V.

Misiones de las órdenes de Santo Domingo, de la Merced, de San Francisco y de San Agustin, en la América meridional.

Dice Fontana, que, notando el maestro general Agustin Recuperat, que era preciso aumentar en América los operarios apostólicos, separó en el Perú la provincia de San Juan Bautista, de las de Santiago de Méjico y Santa Cruz, tomando de estas para aquella, á los misioneros mas aptos y versados en la predicacion del Evangelio, para que pudiese desbrozarse con mas éxito el nuevo campo que iba á serles confiado. Añade el propio autor, que, despues de haber dado el príncipe Felipe, gracias al Señor, por los abundantes frutos que producian los dominicos, escribió desde Valladolid en 14 de agosto del año 1543, á Garcia de Guzman, entonces virey del Perú, que atendiese á las necesidades de las nuevas iglesias construidas por aquellos religiosos, y á todas las demás que en lo sucesivo fuesen construyéndose, procurando además á cada una de ellas un cáliz de plata, una campana, los ornamentos del altar, y hasta el vino y el aceite que necesitasen los misioneros durante el primer año. De este modo fué un dominico primer obispo de Lima, así como Valverde, religioso de la propia órden, lo habia sido de Cuzco.

Gerónimo de Loaisa, trasladado de Cartagena á Lima, llegó á la capital del Perú, el dia 15 de agosto del año 1543.

Sumidos aun allí los indígenas en las tinieblas de la idolatría, ofrecian sacrificios á los ídolos, y la corrupcion de sus costumbres correspondia á la impiedad de su culto; como estaban en la abundancia, y no conocian por otra parte otra dicha que la de la vida presente, procuraban satisfacer todos sus deseos, entregándose sin reserva á los inmoderados goces de todos los sentidos. El obispo de Lima, obligado á trabajar por la salvacion de tantas ovejas descarriadas, hizo esfuerzos sobrehumanos para fundar y estender el imperio de Jesucristo en aquellas regiones; y como veia Dios su ardiente celo, prolongó los dias de Gerónimo de Loaisa, le dió cooperadores fieles y activos, y por los secretos medios de su Providencia, le permitió vencer cuantos obstáculos se oponian al logro de sus santos deseos. La Santa Sede y la corte de España, confiadas en la sabiduría del prelado, hacian tambien por su parte todo lo posible por procurarle cuantos medios pudiese necesitar, para dar cima á la noble y digna empresa que habia acometido; así que, logró Gerónimo Loaisa formar en pocos años un clero secular y regular, construir una Catedral, establecer diferentes parroquias, fundar varios conventos y hospitales, tanto para los indígenas como para los españoles de ambos sexos. Fácilmente se comprenderá cuanta habia de ser la utilidad de aquellos diversos establecimientos, tanto para civilizar á los peruanos, como para aumentar el número de conversiones que se hacian por medio de los misioneros apostólicos.

En el año 1548, erigió Paulo III la ciudad de Lima en metrópoli, y envió el *pálio* á Gerónimo de Loaisa, que fué su primer metropolitano, así como habia sido ya su primer obispo.

Sumamente glorioso era para la órden de Santo Domingo, el que se dignase la Providencia servirse de uno de sus hijos para re-

parar en el Nuevo-Mundo, las pérdidas que Lutero y Calvino causaban á la Iglesia en el mundo antiguo; solo con el ánimo poseido de un santo terror, podia verse el que fuese quitado el reino de Dios á unos pueblos ingratos, para ser confiado á otras naciones que sabrian aprovecharse de él mas dignamente. El santo arzobispo de Lima, por el cual se operaba en el Perú aquella compensacion consoladora, solo procuraba conservar á su lado dignos ausiliares, protegiendo al efecto á todos aquellos sacerdotes, seculares ó regulares, que le parecian mas á propósito para instruir y edificar las almas; al paso que trataba con la mayor severidad á los ministros escandalosos, contra los que, en el caso de no corregirse, hacia uso del poder que le habia conferido el emperador para arrojarles del Perú, y enviarles á España. Como olvidaba sus propios intereses, siempre que se trataba de los de la Iglesia, nunca temió ofender, al obrar de aquel modo, á los protectores de los indignos ministros, ni procurarse por lo mismo enemigos que le desvirtuasen cerca del príncipe.

Como era la paz tan necesaria al establecimiento y propagacion de la fé, procuró Gerónimo de Loaisa conservarla siempre en su metrópoli; y cuando la imprudencia de los unos, y la ambicion de los otros, amenazaban turbarla, fué siempre su ministerio en medio de las agitaciones, doblemente útil á la Iglesia y al Estado. Por esto se le vió desde el año 1546 secundar con tanta inteligencia como abnegacion, al pacificador del Perú, Pedro de Gasca, al cual hace tanta justicia el protestante Robertson. « Aquel eclesiástico, dice el citado historiador, no tenia mas título que el de consejero de la Inquisicion; pero aunque no hubiese desempeñado ningun cargo público, se le habian confiado diferentes misiones importantes, que habia sabido desempeñar dignamente, merced á su carácter apacible, á su firmeza, á su circunspeccion, y á su vigor en la realizacion de sus planes, cualidades que raramente se ven reunidas en un solo hombre. Gasca, no obstante su avanzada edad, lo débil de su constitucion, el temor que habian de causarle las fatigas de un largo viage, y su permanencia en un pais mal sano, temor tanto mas natural cuanto que nunca habia salido Gasca de su pais, no titubeó un momento en cumplir la voluntad de su soberano. Se negó á aceptar un obispado que se le ofrecia, para infundir mas respeto y dar mas dignidad á su carácter, aceptando tan solo el título de presidente de la audiencia de Lima, con la condicion de no percibir por él sueldo alguno; únicamente pidió que fuese su familia socorrida por el gobierno, puesto que iba él á ejercer en América un ministerio de paz, y que no se llevaba mas que su sotana y su breviario, y uno ó dos criados, cuya espedicion no podia gravar en lo mas mínimo las rentas del Estado.

Sin embargo, despues de haber mostrado Gasca tanto desinterés y moderacion con respecto á su persona, se presentó de muy distinto modo al tratarse de las facultades de que debia revestírsele para poder obrar libre y desembarazadamente; no titubeó Cárlos en conferirle todo el poder que pedia: contento Gasca por merecer la confianza de su soberano, partió desde luego sin fuerzas ni recursos para el Nuevo-Mundo, al objeto de apaciguar una revuelta capaz de imponer á cualquier otro hombre, por mas que hubiese contado con los medios necesarios para reprimirla. Presentóse el sacerdote á su llegada tan pacífico, con un séquito tan poco numeroso, y con un título tan modesto, que sin imponer á nadie, á todos infundió respeto; por otra parte, su dulzura, la sencillez de sus modales y su carácter amable y candoroso, inspiraron una general confianza. Muchos fueron los oficiales de distincion, á cada uno de los cuales se habia dirigido Gasca en particular, que le prometieron declararse en su favor tan pronto como se presentase ocasion para ello; por fortuna no tardó Pizarro en procurársela con su proceder violento.... Viendo el presidente que se aumentaba tan rápidamente su

ejército, fué avanzando hácia el interior del pais, siendo siempre su conducta prudente y modesta; en cuantas ocasiones se le presentaban, manifestaba siempre el deseo de terminar la querella sin efusion de sangre. Mas dispuesto siempre á atraerse á los rebeldes que á castigarles, á nadie reprendia sus pasadas faltas, recibiendo á todos cuantos se le presentaban, como recibe un padre al hijo, que arrepentido se lanza en sus brazos. Con todo, á pesar del sincero deseo que manifestaba por la paz, no le impedia el continuar con actividad los preparativos para la guerra. Nada mas singular que el aspecto que ofrecian los dos ejércitos, al avanzar lentamente uno contra otro; el de Pizarro, compuesto de hombres que se habian enriquecido con los despojos del pais mas opulento de América, se componia de oficiales y soldados que vestian ricos trages de seda ó de brocado, y sus caballos, sus armas y banderas, estaban adornados con toda la magnificencia militar; al paso que el ejército de Gasca, aunque menos brillante, ofrecia un aspecto igualmente singular. Acompañado su gefe del arzobispo de Lima, de los obispos de Quito y de Cuzco, y de un gran número de eclesiásticos, recorria las filas repartiendo bendiciones, y encargando á los soldados que supiesen como bravos cumplir con su deber.... En menos de media hora quedó enteramente dispersado un cuerpo de ejército, capaz de decidir la suerte del imperio del Perú.... No empañó Gasca con la crueldad el honor de la victoria que supo alcanzar sin derramamiento de sangre: Pizarro, Carvajal y algunos otros gefes de los sublevados, fueron los únicos que espiaron con la muerte el delito de su rebelion (1).

Despues de haber cumplido Gasca su mision, quiso retirarse de nuevo á la vida privada, y confiriendo el gobierno del Perú á la audiencia de Lima, se embarcó otra vez para España, donde escitó una admiracion general, digna del talento y las virtudes de que acababa de dar tantas pruebas. Sin ejército, sin escuadra, sin recursos, y con un séquito tan modesto y poco numeroso, cuyo equipo solo costó al Estado tres mil ducados, habia partido Gasca de Europa para ir á sofocar una rebelion imponente y terrible: solo su prudencia y destreza, pudieron suplir los medios indispensables de que carecia, y procurarle el triunfo que habia de coronar su empresa. Con ellas adquirió una fuerza naval capaz de dominar los mares; con ellas levantó un ejército que supo vencer á los veteranos que habian conquistado el Perú; con ellas triunfó de su gefe, al que nunca hasta entonces habia abandonado la victoria; con ellas, en fin, estableció nuevamente el poder de las leyes y la autoridad de su legítimo soberano. Por grandes que fuesen, empero, los elogios que merecia el talento de Gasca, distan mucho de serlo tanto como los que debia tributarse á sus virtudes: despues de haber residido en un pais en el que el atractivo de las riquezas, habia seducido hasta entonces á todos cuantos se halláran en el revestidos de alguna autoridad, abandonó Gasca el alto puesto en que estuvo encumbrado, sin que nadie pudiese sospechar siquiera de su integridad.

(1) El presidente, dice Agustin de Zárate, en su Historia del Perú (Lib. VII, cap. 7) cometió el castigo de los presos al licenciado Cianca, oidor, y á Alonso de Albarado como maestre de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por solo su confesion, atenta la notoriedad del hecho, y lo condenaron á que le fuese cortada la cabeza, la cual fuese puesta en una ventana que para ello se hiciese en el rollo público de la ciudad de los Reyes, cubierta con una red de hierro y un rótulo encima que dijese: « Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra S. M. y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Xaquixaguana. » Demás de esto, le mandaron confiscar sus bienes y derribarle y sembrarle de sal las casas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo letrero; lo cual se ejecutó aquel mismo dia, muriendo como buen cristiano.... Fué descuartizado aquel dia el maestre de campo y ahorcados ocho ó nueve capitanes de Gonzalo Pizarro, aun que tambien despues, como iban prendiendo los demás principales los justiciaban.... y usando del poder que de S. M. tenia, perdonó á todos los que se hallaron en aquel valle de Xaquixaguana y acompañamiento del estandarte real, de todas las culpas que les pudiesen ser imputadas durante la rebelion de Pizarro en cuanto á lo criminal, reservando el derecho á las partes en cuanto á los bienes y causas civiles. » Asi es, conforme á la imparcial historia, como el licenciado Gasca, logró con su prudencia vencer y castigar á los culpables, perdonar á sus ciegos instrumentos y dejar asentadas sin gran efusion de sangre, las cosas del Perú. (Nota del Trad.)

Habia repartido entre sus compatriotas, posesiones de una estension y rentas inmensas, sin que él saliese nunca de su primitiva pobreza; mientras llenaba las arcas con los tesoros que habia traido del Nuevo-Mundo, se vió obligado á pedir á su soberano que pagase algunas deudas que habia contraido durante su espedicion. No se mostró el rey ingrato al mérito y al desinterés de Gasca, á quien dió las mas señaladas pruebas de afecto; nombróle obispo de Palencia, donde pasó aquel hombre estraordinario su vida en el retiro, respetado de sus compatriotas, honrado con el aprecio de su soberano, y escitando la admiracion general.» Al celebrar de este modo las virtudes y los triunfos de Pedro de Gasca, habria podido Robertson tributar los mismos elogios á Gerónimo de Loaisa.

Cuando Gasca regresó á España, acompañóle el dominico Tomás de San Martin, quien despues de haber evangelizado el reino de Haiti, habia ido al Perú, donde los conventos y casas de instruccion que fundó sirvieron de base, por decirlo así, á la provincia de San Juan Bautista. Estableció particularmente en Lima el convento del Rosario, en el que entraron los religiosos de su órden el dia 3 de noviembre del año 1546; y Fontana añade que, habiéndose reunido en él los religiosos en 1549 para proceder á la eleccion de provincial, fijaron sus miradas en aquel hombre apostólico, despues de lo cual se esparramaron de dos en dos por diferentes puntos del Perú, particularmente por las montañas, á fin de dedicarse á la conversion de los indígenas, segun lo indica una carta del príncipe Felipe, de fecha 16 de julio del año 1550. He ahí lo que dice tambien Turon acerca de Tomás de San Martin: «Superior ó simple misionero, solo encontraba su reposo en el trabajo; y su trabajo fué siempre útil á la religion. Nombrado en un principio superior de una provincia que le debia su fundacion y su porvenir, consagró todos sus cuidados al alivio de las necesidades de sus hermanos, á los asuntos de su órden y á la instruccion de sus queridos indios; mientras que destinaba con acierto á sus misioneros, segun el carácter de los pueblos á donde les enviaba, catequizaba él por sí mismo á los infieles, particularmente en la vasta region de los Charcas. Procuraba conocer á fondo la religion de aquellos antiguos salvages, sus creencias, sus ritos, sus ceremonias y todas sus prácticas, cuyo conocimiento le permitia demostrar mas fácilmente á aquellos paganos la impiedad y la estravagancia de su falso culto; y al disipar de aquel modo las tinieblas del error, predisponia los animos para recibir la luz de la verdad. Los demás autores han sacado de sus escritos todo cuanto dicen con respecto á los diferentes sacrificios de los peruanos, así como tambien acerca de los ayunos por medio de los cuales el pueblo y el sacrificador se preparaban antes de aquel acto de religion. Él es quien nos ha trasmitido la historia interesante de un hombre que encontró entre los salvajes de los Charcas, el cual no adoraba ni los astros, ni ninguna criatura visible ó invisible, sino á un solo Ser supremo, inefable, mas alto, mas poderoso, mas antiguo que el sol y la luna; tambien es el mismo Tomás de San Martin el que dice que los soberanos de aquel mismo pueblo, no toleraban en su pais ni los vagabundos ni á ninguna muger de mala reputacion: nunca ha dejado la religion cristiana de recibir en su seno á los hombres, cualesquiera que hayan sido sus faltas. Despues de haber hablado de la educacion que los peruanos daban á sus hijos, y del modo con que trescientas vírgenes eran educadas en el templo del sol, añade Tomás de San Martin, que él mismo tomó posesion de aquel templo magnífico, cuando le cedió Cárlos V á la Orden de Santo Domingo para que fuese convertido en iglesia, y que compró algunos terrenos en los alrededores del propio templo para la construccion del convento; lo que solo pudo hacer como provincial, siendo esto anterior á su último viage á España.» En la época en que mas empeñada estaba la lucha intestina, nunca ocultó Tomás de San Martin su fidelidad y adhesion al soberano, procurando tan pronto

como aquella terminó, borrar hasta la menor de sus huellas. A fin de dar un nuevo lustre á la ciudad metropolitana, y procurar mayores ventajas á los indígenas convertidos, pensaba Gerónimo de Loaisa fundar una universidad, á la cual el papa y el rey de España estaban prontos á conceder los mismos privilegios de que gozaba la de Salamanca (1). En su virtud, fué el P. Tomás de San Martin, provincial del Perú, á encontrar á Cárlos V, para esponerle todo el bien que resultaria de aquella fundacion, y tuvo el placer de ver cumplidos en breve sus deseos por la real cédula de 12 de mayo del año 1551. Tres años despues, ó sea, en 1554, regresó Tomás á su provincia del Perú, despues de haber obtenido del mismo emperador nuevos privilegios que debian facilitar en gran manera la conversion de los indígenas. Fundóse la universidad en el año 1557, la cual gozó de todos los derechos y privilegios antes citados, y conforme se previó ya desde un principio, contribuyó no poco á difundir la luz de la fé entre los americanos; hallabase Tomás de San Martin revestido de un nuevo carácter, cuando volvió á presentarse al Perú despues de cuatro años de ausencia. Cárlos V, que estaba bien convencido de su mérito, le habia propuesto para la iglesia catedral de la Plata, edificada en el mismo sitio en que antes se alzára la antigua poblacion peruana de Chuquisaca, en la region de los Charcas, precisamente la misma que tantas veces habia regado el misionero con sus sudores. El pontífice Julio III espidió las bulas el dia 5 de julio del año 1552; siendo el nuevo obispo consagrado en España al año siguiente; luego partió con veinte misioneros de su misma órden, pero murió en Lima en el mes de marzo del año 1554, sin haber podido siquiera visitar su Iglesia. Domingo de Santo Tomás, antes visitador general de los dominicos en el Perú, fué el segundo obispo de la Plata.

(1) Los religiosos de la Observancia, segun observa un antiguo historiador, que tantos y tan brillantes triunfos habian procurado á la religion en los reinos de América, creyeron ser conveniente erigir en su convento de la ciudad de los Reyes, una universidad en la que pudiese seguirse la carrera eclesiástica, enteramente igual á la de Salamanca. El monarca y el papa que habian tenido ocasion de admirar una á una todas las glorias que habian alcanzado los iniciadores de aquella escelente idea, no pudieron menos que acogerla con benevolencia, y de ahi el que concediesen á la nueva universidad todos los privilegios de que disfrutaba la de Salamanca. (Nota del Trad.)

Terminemos empero aquí la biografía de Gerónimo de Loaisa, aunque sea anticipándonos un tanto al órden de los tiempos, á fin de no tener que dividirla; para limitarnos á considerar aquel prelado como propagador de la fé, recordarémos que en 4 de octubre del año 1552, reunió un sínodo provincial, tanto para reformar las costumbres del pueblo y de los eclesiásticos, vivamente alteradas á consecuencia de las últimas guerras, como para acordar un modo uniforme para instruir á los indígenas y asegurarse de su conversion antes de regenerarles con el agua del bautismo. Aquella asamblea aprobó tambien diferentes obras que el prelado habia escrito, ó hecho escribir por varios religiosos de su órden, á fin de enseñar á los peruanos la doctrina cristiana y las prácticas de la religion; pero nuevos disturbios políticos, durante los que fué la conducta del arzobispo un modelo de prudencia, neutralizaron momentáneamente el efecto de las medidas adoptadas antes y despues de la reunion de la asamblea. Pero cuando la calma se hubo restablecido en Lima y en el resto del Perú, visitó el arzobispo una gran parte de su inmensa diócesis, dió nuevo vigor á las misiones, multiplicó las parroquias y casas religiosas, dotó los hospitales, y para perfeccionar la disciplina eclesiástica, reunió un segundo sínodo provincial en Lima, á 2 de marzo del año 1567. Entre las fundaciones que mas demostraban la magnificencia de aquel prelado en todo lo concerniente al culto divino ó al ejercicio de la caridad, figuraban la Catedral, una de las mas grandes y ricas del Nuevo-Mundo, las iglesias parroquiales de Santa Ana, San Sebastian, San Marcelo, el convento del Rosario y el célebre hospital de Santa Ana, fundado por Gerónimo de Loaisa, únicamente para los indígenas, y al que dejó al menos una renta de diez y seis mil duros. No podia de

ningun modo el arzobispo con la renta de su diócesis atender á los muchos gastos que hacia para procurar á su rebaño los socorros espirituales y temporales que le eran necesarios; pero como habia diferentes personas que querian tomar parte en sus buenas obras, remitian á Gerónimo sumas considerables; el rey, además, le señaló las rentas de una provincia, dejando á su prudencia el cuidado de emplearlas en adornar los templos, socorrer los pobres y dotar á los ministros encargados de instruir y formar al pueblo; así que, pudo Loaisa seguir mas libremente los impulsos de su caridad inagotable. Tambien fué la ciudad de Lima deudora al celo de su primer arzobispo, no solo de la fundacion de varias casas religiosas y de retiro, sí que tambien de la de algunas congregaciones, y en particular del establecimiento de la Tercera Órden de Santo Domingo, que fué mas tarde una escuela de perfeccion para un gran número de vírgenes cristianas. La ilustre Sta. Rosa de Lima, cuyas heróicas virtudes exhalaron el dulce perfume de la religion en uno y otro mundo, aprendió en la Tercera Órden las máximas de santidad que enseñaba en ella Gerónimo de Loaisa. Despues de haber trabajado tanto y con tan incansable celo en bien de la religion y de sus hermanos, y de haber conquistado para Jesucristo un gran pueblo, murió aquel santo arzobispo el dia 25 de octubre del año 1575, á los treinta y ocho años de desempeñar el episcopado, de los cuales pasó seis en Cartagena, y treinta y dos en Lima; quiso Loaisa que se le enterrase entre los pobres en el hospital de Santa Ana.

Todas las órdenes religiosas le habian procurado celosos ausiliares durante su episcopado.

Entre los misioneros de Ntra. Sra. de la Merced, cita Turon á Miguel de Orense y Martin de Victoria, apóstoles incansables, que catequizaban los idólatras y destruian los objetos de su supersticion, sin que llegasen á arredrarles nunca, ni los peligros á que se esponian constantemente, ni las fatigas y rudos trabajos que tenian que sufrir para lograr su piadoso objeto (1). Sin embargo, ningun religioso de aquel instituto contribuyó con mas provecho á la propagacion de la fé, que el sábio Nicolás Oval, natural de Sevilla; luego de haber profesado, se le destinó á Salamanca, donde estudió el jóven religioso bajo la direccion de Francisco Zumel, que fué despues general de su Órden. Conociendo el P. maestro ya desde el primer dia los grandes dones que el cielo habia dispensado á su discípulo, procuró cultivarlos cuidadosamente, á fin de poner á Oval en estado de desempeñar los dos esenciales deberes del instituto, esto es, ir á romper las cadenas de los cristianos cautivos, y atraer por medio de la predicacion del Evangelio los infieles al cristianismo. Los progresos de Oval en la piedad y en las ciencias, correspondieron á los desvelos y solicitud de Zumel, de modo que, continuaba aun sus estudios en España, y ya su fama se habia abierto paso al través de los mares. Como desease el virey del Perú contar á Oval entre el número de los profesores de la universidad de Lima, hizo el jóven oposicion á una cátedra de teología, que desempeñó por espacio de veinte y dos años, siendo por lo mismo uno de los doctores y mi-

(1) Despues de lo que se ha dicho en los anteriores capítulos respecto á las tan gloriosas ocupaciones de la Mercenaria religion, cuando el descubrimiento de la América, debemos añadir conforme á su cronista el P. M. Fr. Felipe Colombo, que los religiosos de la órden de redemptores de Ntra. Sra. de la Merced, desde la isla de Cuba pasaron á Guatemala, siendo allí los primeros predicadores del Evangelio como confiesa el P. Remesal de la Órden de Sto. Domingo (Hist. de Chiape, lib. III, cap. 19, n.º 1.) De la misma isla pasaron al Darien, asistieron á la fundacion de Panamá, y en nombre de Dios, pasando el convento á Portobelo, donde sirvieron con gran descomodidad, poco interés y sumo gusto á S. M. de capellanes en aquellos castillos. De allí fueron los primeros que entraron en el Perú. Fr. Sebastian de Trujillo, celebró en Quito el primer incruento sacrificio del altar, que se vió en el Perú. Lo mismo hizo en Lima el P. Fr. Antonio Bravo, como afirma, con otros, Gil Gonzalez en su Teatro. En el Rio de la Plata el Mtro. Fr. Juan Barrios y Toledo, fundó la iglesia de la Asuncion, y fué su primer obispo. En Sta. Cruz de la Sierra ablandaron con su sangre la dureza de aquellos bárbaros corazones, dos religiosos de la merced, sus primeros predicadores, no habiendo en muchos años en el estéril parage de aquellas montañas mas iglesia que la de la citada órden. En Chile conservarán siempre los libros del cabildo de la ciudad de Santiago, la memoria del P. Fr. Antonio Correa, primer padre de la fé en aquel reino. Finalmente, como puede verse en las «Décadas» de Antonio de Herrera, fueron grandes los servicios que prestaron los mercenarios durante las revueltas y alteraciones del Perú. (Nota del Trad.)

sioneros que propagaron la fé en aquel pais; pero su celo por la salvacion de las almas le hizo al fin abandonar el profesorado y compartir con sus hermanos los trabajos apostólicos en la provincia de Cuzco. Despues de haber ejercido por mucho tiempo todas las funciones del misionero, se le llamó nuevamente á Lima para confiarle otra cátedra en la universidad; á ser cierto que hubiese sido Oval tres veces provincial de la Órden, debió de vivir muchos años, ó bien desempeñar á un tiempo diferentes cargos; de todos modos, es lo cierto que, catedrático, misionero ó superior, contribuyó siempre, tanto por su ejemplo como por su palabra, á los progresos del Evangelio. He ahí lo que dice Zumel acerca de aquel religioso; « Aunque el R. P. maestro Oval sea un doctor consumado en teología, admiro aun mas en él la santidad de su vida, siendo aun mas estimable por su virtud que por su vasta erudicion. Le conozco á fondo por haberle enseñado en Salamanca, y puedo asegurar que nunca he notado en él ninguna falta; por el contrario, le he visto dotado siempre de una virtud sólida, de una docilidad y honradez que le hacia cautivar los corazones, y de una pureza de costumbres que le ha valido la admiracion y el afecto general; y como su edad ha acabado de perfeccionar sus virtudes, no es estraño que el virey, el consejo real y cuantas personas distinguidas hay en el Perú y en toda la América le hayan venerado tanto. »

La órden seráfica contribuia tambien en gran parte á sostener las misiones en el Perú; cosa de dos años despues que Gerónimo de Loaisa hubo tomado posesion de la diócesis de Lima, fueron un gran número de religiosos de la Observancia á América para dedicarse á la propagacion de la fé. Didacio de Vera, uno de ellos, natural de Ávila, en el reino de Castilla, analiza en una carta que escribió en el año 1585, todo lo que hicieron aquellos religiosos por espacio de cuarenta años; con todo, es imposible saber por aquel resúmen los hechos que corresponden á cada año, por no haberse parado el autor en el órden cronológico Francisco Cebico, religioso de una gran piedad, que habia enseñado teología en Valladolid, se embarcó con diferentes compañeros para América, llegando probablemente á Panama hácia el año 1545, donde fueron los misioneros destinados á diferentes puntos. Francisco de Lona se dirigió á la provincia de Quito, y Francisco Morales á Cuzco, acompañados ambos de diferentes ausiliares; Cebico, que en compañía de Didacio de Vera se dirigia á Lima, murió en la travesia. En breve Filiberto, prefecto de las misiones, envió Didacio á Europa, á fin de que espusiera al rey de España y á los superiores de la Órden el estado en que se hallaban las cosas; el resultado de aquel viage fué enviar á Francisco de Victoria al Perú con amplios poderes, ó sea en calidad de prefecto general de la mision franciscana. Pero antes de que se hiciese Francisco á la vela, volvió Didacio á dirigirse á Lima, donde se le encargó que fuese á evangelizar á los idólatras carancos y cajambos; entre los que administró el sacramento de la regeneracion espiritual, habia un pariente del Inca, que, apenas purificado por el agua bautismal, murió cantando las alabanzas del Señor. En breve fué Didacio á dedicarse al cultivo de otra viña, dirigiéndose al Chimbum, donde alcanzó tantos triunfos, que en menos de cinco años arrebató al imperio de la idolatría mas de treinta mil almas; luego se dirigió á Sulcum, en cuyo pais abrazaron la fé unos cuatro mil indígenas. No fué menor la gloria que adquirió Didacio en el valle de Trujillo y en el pais de Caxamarca, puesto que en el primero aumentó de tres mil el número de los cristianos, y sometió en el segundo á veinte mil idólatras al imperio de Jesucristo, despues de veinte años de constantes desvelos: imposible es fijar el número de esclavos del espíritu de las tinieblas, á que dió Didacio la libertad de los hijos de Dios. Visitó numerosísimos pueblos bárbaros, sembrados en un espacio inmenso, sin que haya elogios que basten á encomiar dignamente los trabajos de aquel celoso apóstol y los triunfos que alcanzó en los vastos reinos que recorrió

predicando el Evangelio. En el valle de Jauja logró convertir á una muger de muy avanzada edad, que adoraba al sol, y que se entregaba hacia mas de cien años á ritos supersticiosos; suplicábale la pobre anciana que le enseñase el camino del cielo, por lo que hizo el religioso brillar á sus ojos la antorcha de la fé, y luego le abrió las puertas del paraiso, purificándola con el agua del bautismo. Refiere el mismo Didacio que, habiendo muerto aquella anciana algun tiempo despues, se vió en torno de su cadáver un resplandor suave, y que lejos de ser su semblante el de una muger decrépita, ofrecia todos los encantos del de una jóven vírgen.

Al citar Didacio de Vera á los misioneros mas famosos de su tiempo, hace particular mencion de Didacio Garcia, el cual, dice, habla con suma facilidad la lengua de los indígenas, por lo que hizo en Lima numerosísimas conversiones; la vehemencia con que aquel siervo de Dios reprendia los escándalos, enardeció hasta tal punto contra él la animadversion de los malos, que le envenenaron traidoramente.

Juan de Luca habla del convento que Fr. Francisco Morales, religioso de la Observancia de San Francisco, fundó en Chujapa, y en el que los cinco sacerdotes que empezaron á habitarle, convirtieron en poco tiempo unos seis mil peruanos; cita así mismo el propio autor otro convento de franciscanos de la Observancia, construido en Guamango, en el que procuró avivarse la piedad de los neófitos formando congregaciones, una de las cuales lo fué bajo el título de Inmaculada Concepcion; y, finalmente, habla el propio Luca del convento de los observantes, que Francisco Rincon y Francisco de Torrisa fundaron en Arequipa, ciudad en cuyos alrededores hay el terrible volcan conocido en el pais por el nombre de Guaga ó Guaina-Putina, cuyo cono es el mas pintoresco y perfecto que hay en toda la cadena de los Andes. Salen de él constantemente vapores y alguna lava, pero no ha habido ninguna erupcion desde que llegaron los españoles en América; los inmensos torrentes de lava que en el siglo XVI sepultaron casi enteramente la ciudad de Arequipa, salieron del cráter del volcan de Urinas, actualmente estinguido, situado á algunas millas hácia el sudeste del de Guaga-Putina.

Es antigua costumbre entre la familia franciscana, el dejar confiados á sacerdotes que no pertenecen á su órden los pueblos que han hecho entrar en el seno de la Iglesia romana; porque, considerándose la vanguardia de la milicia sacerdotal, creen deber llevar siempre mas lejos sus descubrimientos, y recorrer como verdaderos esploradores de la fé, otras regiones envueltas aun en las tinieblas de la supersticion, para asestar en ellas los primeros golpes al enemigo de la especie humana. Imposible no obstante fué á los misioneros franciscanos en la provincia de Cajamarca, seguir aquella regla constante en su órden. Cuando en 1546, fué Pedro de la Gasca, enviado al Perú para acabar la guerra civil que duraba hacia ya algunos años, pidió á los religiosos de la Observancia que continuasen al frente de sus parroquias: hé ahí porque á su pesar se vieron obligados á permanecer en ellas, si bien continuando por esto con el mismo celo en los trabajos esteriores del apostolado hasta el año 1560. Abrumados empero en aquella época por los cuidados de la administracion interior, renunciaron á los cargos parroquiales, confiando á sacerdotes seculares el cuidado de las almas; aquel cambio descontentó á los pueblos, que se vieron con dolor abandonados por los franciscanos, á quienes consideraban como sus bienhechores y sus padres en la fé. Así es que, cuando Francisco de Toledo desembarcó en el Perú en calidad de virey, durante el reinado de Felipe II, se le presentó una gran parte de pueblo de contristado aspecto, suplicándole que tan pronto como hubiese tomado posesion de su destino, procurase que volviesen los hermanos de la Observancia á encargarse de la direccion de las parroquias que antes administraban con tanta prudencia y piedad. Vivamente enternecido, procuró Fran-

cisco de Toledo al llegar á Lima verse con el ministro de los Observantes, y despues de haberle reprendido benévolamente el modo con que habian abandonado á los pobres indígenas, le pidió que enviase, como antes, á la provincia de Caxamarca, un prefecto y doce religiosos para encargarse de la direccion de las almas. En vista de la reclamacion del virey, designó el ministro al portugués Gaspar Bannius, hombre de reconocida virtud, el cual, junto con algunos otros compañeros, se dirigió á la provincia que con tan vivas instancias reclamaba sus ausilios; los sacerdotes que no eran franciscanos se abstuvieron desde entonces de regir las parroquias.

Despues de haber recordado el celo de los religiosos de Sto. Domingo, de la Merced, y S. Francisco, tócanos demostrar cual fué el de los eremitas de S. Agustin.

Habia entre los misioneros de América muchos agustinos venerables por su ciencia y su piedad, siendo los principales de ellos en Nueva-España, Nicolás de Perea, que habia evangelizado en América diferentes islas, y soportado con resignacion heróica el hambre, la sed, el aislamiento, para hacer penetrar la religion cristiana en los corazones de los naturales; Andrés de Mata, Juan Perez y Juan de Medina, todos muy versados en las lenguas mejicana y otomita, y de los que conservó un grato recuerdo el pueblo salvage de los otomitas; Miguel de Alvarado, y Didacio de Salamanca que, habiéndose dedicado al estudio de la lengua mechoacana, multiplicaron los monasterios en aquel pais; Juan de Moya ó Bautista, al que se atribuyen diferentes milagros; Juan de San Roman, que fué tres veces de América á España, procurándose siempre escelentes misioneros. La América meridional fué donde empezaron los agustinos sus tareas apostólicas durante el episcopado de Gerónimo de Loaisa; siendo los primeros que llegaron á ella Andrés de Salazar, Juan de San Pedro, Gerónimo de Melendez, y Baltasar Melgareio, quienes fundaron en el Perú, segun Fr. José Pámfilo, obispo de Señí, diferentes monasterios en el año 1550. Reunidos los misioneros agustinos del Perú en Lima, nombraron en 1551 provincial á Juan Staxio, que se encontraba ya antes en Nueva-España, donde el virey Antonio de Mendoza le habia nombrado su confesor y consejero. Agustin de Caronio, que era de la propia órden, y uno de los primeros agustinos que se habian dirigido á América, fué nombrado en 1560, primer obispo de Popayan, en el Perú, donde se dedicó con ardor á la conversion de los indígenas. Todas estas incompletas noticias con respecto á las misiones de la órden de S. Agustin, las confirma Turon estensamente en una relacion que procurarémos estractar.

Al enviar el provincial de Castilla religiosos al Perú, les exhortaba á que procurasen llevar allí la misma vida que habian seguido en España, á vestir el mismo hábito, y á no aumentar el rigor de la regla, como lo habian hecho los Observantes en Méjico. En efecto, es muy cierto que Antonio de Roa y algunos otros misioneros de aquella santa órden, habian adoptado algunas prácticas de penitencia, que podríamos llamar escesivas, á no creerlas infundidas por el Espíritu Santo, para facilitar por el ejemplo de aquellas admirables mortificaciones, la conversion de los paganos. Solo así puede esplicarse el que todos los hombres apostólicos de los diferentes institutos, que fueron los primeros en llevar la antorcha de la fé al Nuevo-Mundo, tratasen de imitar tan dignamente á los apóstoles, sus maestros y modelos, viviendo en la humildad, la penitencia y la pobreza; siempre cargados con la cruz de Jesucristo, solo pensaron en dar á conocer su Evangelio y adorar su santo nombre; se olvidaron de sí mismos, mortificaron su carne y despreciaron todo cuanto tiene para el mundo mayores atractivos; aquella penitencia, aquella desnudez, aquella abnegacion perfecta que les sostenia en todos sus combates y fatigas, les dieron la fuerza el valor y la calma que se necesitan para triunfar de los contratiempos, de las injusticias, y de los opro-

bios; en una palabra, pudieron decir con S. Pablo: «Parece que Dios nos trata á los apóstoles, como los últimos de los hombres, como á los que están condenados á muerte, ofreciéndonos en espectáculo al mundo, á los ángeles, y á los hombres.» Todo estaba en el órden de la Providencia, y en los designios de su misericordia por la salvacion de los indígenas: necesarias, precisas, indispensables eran aquella penitencia, dulzura, caridad y pobreza rigurosa y voluntariamente observadas, para hacer abrir los ojos de los indígenas á la luz de la fé y desvanecer para siempre en ellos sus arraigadas preocupaciones. Cuando empezaron á comprender los indígenas la pureza de la religion cristiana, cuando estuvieron en el caso de apreciar en su justo valor el desinterés y la abnegacion de sus ministros que, solo por su bien se esponian á todas las privaciones, fatigas y peligros; y cuando, por fin, compararon sus bárbaros dioses que les exigian el sacrificio de sus vidas y el de las de sus hijos, con aquel Dios verdadero que todo era amor y caridad, necesariamente habian de amar á los misioneros que les habian sacado de la postracion en que antes se hallaban para elevarles en esta vida al rango de hombres libres, y abrirles luego de par en par las puertas del cielo.

Entre los misioneros agustinos del Perú, cita tambien Turon á Andrés de Salazar, Juan de Vivero y Diego Ortiz, de cuyas biografías estractarémos algunos de los actos mas notables de su vida.

Andrés de Salazar tomó el hábito de San Agustin, el año 1536, en la ciudad de Burgos, su patria, y pronunció sus votos ante Sto. Tomás de Villanueva, prior de la propia órden, el cual cultivó el talento del jóven profeso, y perfeccionó su virtud naciente, correspondiendo la docilidad y estímulo del discípulo á los cuidados del hábil maestro. Los adelantos que hizo Andrés en sus estudios, le pusieron pronto en estado de presentarse con gloria en los púlpitos de España, valiéndole su bien sentada reputacion, que le confiára el general de la órden la direccion de doce religiosos, que enviaba, á instancias de Cárlos V, á las misiones del Perú. Llegados á Lima, fueron acogidos los misioneros benévolamente por Gerónimo de Loaisa; señalóles el piadoso arzobispo, de acuerdo con los magistrados, un terreno para construirse una casa ó convento, que aunque de humilde y modesta apariencia, habia de atraer en breve todas las miradas por el mérito de las personas que la habitaban, por el ejemplo que su regularidad ofrecia, por los socorros espirituales que habian de procurar á los españoles, hasta que el conocimiento del idioma del pais les permitiese anunciar el Evangelio á los indígenas. Desde el momento en que los agustinos estuvieron reunidos en comunidad, resolvieron nombrar un superior; y como habian tenido ocasion de admirar todos ellos la dulzura, prudencia y sabiduria de Andrés de Salazar, confirmaron la eleccion que su general habia hecho para el tiempo que durára el viage; el primer cuidado del nuevo superior, fué fundar aquella comunidad naciente sobre los sólidos cimientos de la pobreza evangélica. Pronto aquella santa casa, rica únicamente en virtudes, fué como un verdadero paraiso, en el que se gozaba de toda la calma y la dicha; la paciencia, la humildad, la modestia, la caridad previsora, la mas exacta obediencia, el desprecio ó el mayor desprendimiento del mundo, y la union en fin de todos los corazones, eran las virtudes que caracterizaban á sus moradores, que procuraban imitar en todo á su piadoso superior. Al presentarse los religiosos en el púlpito, el ejemplo de su vida evangélica, fué aun mas elocuente que sus discursos; porque no siempre comprendian los indígenas sus palabras, al paso que nunca les eran desconocidas, ni dejaban de afectarles sus obras. En poco tiempo, aquellos agustinos, eremitas mas bien de hecho que de nombre, admitieron jóvenes que deseasen consagrarse á la virtud y al retiro, multiplicaron sus casas en diferentes puntos de la diócesis de Lima y fuera de ella, formando así una

provincia que fué el orígen y el ejemplo de otras muchas. Aunque era Andrés de Salazar el alma de aquel cuerpo, que se veia crecer y estenderse cada dia en todas partes, confióse á Juan de Staccio el cargo de dirigir la provincia; pero habiendo sido llamado este religioso á España, por asuntos de alta importancia, Andrés de Salazar presidió, en calidad de vicario provincial, todas las casas que su órden poseia en el Perú, desempeñando aquel empleo con su acostumbrada prudencia hasta que convocó un capítulo en Lima el año 1554. El cielo parecia complacerse en recompensar el celo del siervo de Dios, procurándole nuevos súbditos, acostumbrados ya algunos de ellos á la vida apostólica; apenas el provincial Juan de Staccio habia partido para España, cuando un sacerdote de avanzada edad, llamado Baltasar Massia, testigo de la vida ejemplar de los agustinos, y poseido de la gracia, se presentó al vicario provincial, y postrado á sus piés, le pidió con tanta humildad, fervor y lágrimas, ser admitido en su órden, que convencido el prudente superior de su vocacion, procuró abreviar en lo posible las pruebas á que antes debia aquel sujetarse. El modo con que el viejo novicio se preparó para pronunciar sus votos, acabó de confirmar á Andrés de Salazar, la idea de que Dios le llamaba al estado religioso por su propia perfeccion y por salvar á otros muchos; su fervor durante el noviciado, mostró la solidez de su virtud y el ardor de su celo: cuando se quiso probar la capacidad de Massia, se descubrió en él un raudal de conocimientos y luces, que hasta entonces habia procurado ocultar su modesta sencillez. Luego de ser profeso, se destinó á Baltasar en clase de vicario á la mision del Japon, donde ejerció aun por espacio de veinte años el apostolado, produciendo un fruto digno de la actividad de su celo y de la santidad de su vida. Dejó Andrés de Salazar de ejercer las funciones de prior y vicario general, en el año 1554, sin querer aceptar mas que el cargo de maestro de novicios, por satisfacer este mas su natural inclinacion á la regularidad y al retiro; viósele así mismo hacer con preferencia todas las mecánicas en la cocina y en la enfermería; nada le repugnaba al cuidar los enfermos; su fervor inspiraba á todos los religiosos, cualesquiera que fuesen su edad y su clase, el respeto y la obediencia, y sobre todo una santa emulacion en todos los ejercicios de piedad. Al animar á sus hermanos por la virtud del ejemplo, al formar los novicios segun el espíritu del instituto y los profesos para el apostolado, edificaba é instruia al propio tiempo á los habitantes de Lima, con el fervor de sus predicaciones. A veces se presentaba Salazar en las otras misiones, bastando su solo aspecto para dar mayor impulso á los que trabajaban en ellas bajo su direccion; sin referir detalladamente las conversiones que operó, dicen todos los historiadores de su órden, que muchas fueron las tribus y las vastas regiones del Perú, que debieron el conocimiento del Evangelio á las predicaciones de aquel siervo de Dios. Véase lo que dice de Andrés de Salazar y de sus hermanos, el P. Buenaventura de Salinas, historiador franciscano: «La vida que llevaron los religiosos agustinos en su primera casa de la ciudad de Lima, podia compararse por su recogimiento, su penitencia y su asiduidad en la oracion, con la de los mas fervientes y austeros anacoretas del desierto. Dia y noche era la oracion sus delicias y el alimento de su alma; aun hoy dia, añade el propio autor, siguen las mismas prácticas en aquel augusto santuario, en el que se conservan incorruptos los cuerpos de varios penitentes. Su primer superior fué el venerable P. Fr. Andrés de Salazar, quien distribuia sus misioneros por las diferentes provincias de los peruanos, para hacerles anunciar las verdades del Evangelio; pudiéndose asegurar, que, si fué maravilloso el fruto de sus predicaciones, no lo fué menos su ardiente caridad: despues de haber hecho entrar en el redil del buen Pastor á cuatro ricas y grandes provincias, viendo que todos aquellos indígenas estaban ya suficientemente im-

puestos y fortalecidos en la fé, les dejaron confiados al cuidado de algunos eclesiásticos que habian llegado allí, y que eran en su mayor parte pobres, á fin de que pudiesen mantenerse mientras se dedicaban á ejercer su vocacion.» Ignórase el año en que murió Andrés de Salazar.

Cuando los agustinos pasaron al Perú, pidiéles el presidente del consejo de Indias que le participasen todo cuanto lograsen saber con respecto á la religion de los indígenas. En su consecuencia, escribió uno de los religiosos en el año 1555, una relacion acerca del culto y costumbres de los indígenas, relacion analizada por Bonetti (1), la cual suplirá los detalles que hemos dejado de dar, y confirmará todo lo que acerca de lo mismo hemos dicho antes.

« Los agustinos preguntaron á los sacerdotes indios, cual era el Dios que adoraban, á lo que contestaron ser Ataguju, que habia creado todas las cosas, que habia hecho el cielo y la tierra; que habitaba el cielo, y que al verse solo, habia creado otros dos dioses, que junto con él gobernaban el mundo, sin que tuviesen los tres mas que una sola voluntad, ni se hubiese casado ninguno de ellos. Los indígenas daban á los dos últimos dioses los nombres de Sagad-Zavra y Vaungabrad; y habiéndoseles preguntado como sabian todo aquello, contestaron que así lo enseñaban los padres á sus hijos desde tiempo inmemorial.

« Los templos en que los indios adoraban sus falsas divinidades, consistian en grandes patios circuidos de altas paredes; en el centro de cada patio habia un foso profundo, en el que habia plantados diferentes palos ó mástiles; el que queria ofrecer un sacrificio, subia á uno de ellos, vestido de blanco, y luego inmolaba un coyo (conejo del Perú), ó un carnero del pais, cuya sangre ofrecia á Ataguju, y del que se comia despues toda la carne, sin que pudiese llevarse ni dejar una sola tajada. Todo el pais estaba lleno de aquellos templos; las fiestas que se celebraban en ellos, llamadas taquis, duraban cinco dias; los indios asistian á ellos ricamente vestidos y pasaban allí el tiempo prescrito cantando y bebiendo; solo eran reemplazados cuando no podian tenerse de pié.

Al reunirse los indios en la plaza para comer y beber, tenian un particular cuidado, antes de apurar el vaso de chico y de yaco, cuya bebida consiste en un poco de harina desleida en agua hirviente, en derramar una parte de ella en honor de sus dioses.

Creen que Ataguju tiene dos criados, á los que dan los nombres de Uvigaietro y Unstiqui, los cuales interceden por ellos cerca del dios; por lo que acuden á los dos criados en todos sus apuros, con el mismo fervor que imploramos nosotros la intercesion de los santos; creen así mismo en un tercer criado, al que dan los indígenas el nombre de Guamansuri; para mejor lograr su intercesion, ofrecen á los tres criados algunos coyos y zaco, cuando el maiz empieza á nacer, en la esperanza de que pedirán al dios Ataguju que no tale los campos por el pedrisco, y que procure á los sacrificadores todo cuanto pueden necesitar.

Antes de tratar del orígen de los ídolos, dice el religioso agustino, del que reproducimos sus palabras, llenas de sencillez y buena fé, conviene hacer presente el modo con que procura el demonio hablar y atraer á los sacerdotes indios. Cuando el espíritu maligno ha notado que hay un indígena mas hábil é inteligente que los demás, aguarda á que salga de su casa para dirigirse al campo ó á los bosques, y á que pase junto á alguna de las numerosas lagunas que hay en este pais; entonces vé flotar el indio sobre el agua algunas hermosas calabazas que huyen á medida que se les acerca, y que se hunden en el agua cuando cree cojerlas. Dura aquel juego hasta que cede el indio al cansancio, y entonces el demonio se apodera de él y le conduce á su templo, en el que le tiene encerrado cinco y hasta diez dias; al salir de él deben los indi-

(1) Hállanse las observancias críticas que hizo Bonetti sobre esta relacion en los « Anales de Filosofía cristiana. » tom. XXI, p. 229. (Nota del Trad.)

genas ayunar por espacio de nueve dias, pudiendo ya desde entonces hablar con el demonio á todas horas. Los que han pasado por todas estas pruebas, son ya hechiceros consumados; he visto á algunos de ellos que podian á su antojo derramar la sangre de otro indio sin herirle ni tocarle siquiera.

«Los ídolos ó *guacas*, eran generalmente unas enormes piedras esculpidas, si bien habia algunos que eran de madera; acostumbraban los indios colocar sus ídolos sobre grandes almohadas ricamente trabajadas, despues de haberles puesto dentro de un cesto de mimbres que tenia una forma casi triangular, teniendo la precaucion de cerrar su abertura por medio de un enrejado, á fin de que el *guaca* no pudiese salir. Ostentaba el ídolo sobre su túnica de *cumla* tejida con la mas fina lana de los carneros del pais, un rico manto guarnecido de diamantes y cerrado por broches de oro ú plata; ornaban su cabeza hermosas plumas; teníase además la precaucion de colocar siempre á su lado algunos vasos de chica, y dos ó tres hondas ó *guaracas*. El dios, segun los indígenas, residia en aquella especie de muñecas, y hablaba únicamente á los sacerdotes; cuantas veces debian estos consultar al *guaca*, los encargados de la custodia del templo, debian limpiarle con esmero, y suspendian ante el ídolo una tela de diferentes colores, para que no pudiese ser visto el que consultaba: el dios, empero, contestaba en voz tan alta, que todos los que estaban en el templo podian oir cuanto decia. Cuando los indios habian obtenido la contestacion del oráculo, celebraban muchas fiestas y bailes, y sacrificaban coyos y ovejas cuya sangre ofrecian al dios. Los guacas tenian una especie de mayordomo para servirles, varios niños de ambos sexos que estaban encargados de vestirles con todo esmero, pastores para guardar los rebaños que les pertenecian, y otros indios que debian desempeñar todas las funciones que eran indispensables en los sacrificios.

«El demonio, dice el P. agustino, ha inventando mil fábulas, que ha logrado hacer creer á esta nacion para asegurar mejor su imperio en ella. Creen los indios que Guamansuri, del que hemos hablado antes, fué enviado á la tierra por su amo, y que llegó precisamente á la provincia de Guamachuco, en la que encontró cristianos, á los que en su lengua dan los indígenas el nombre de guachemines; y que al verle estos pobre y abandonado, le hicieron esclavo y le obligaron á trabajar en su provecho. Los cristianos tenian una hermana llamada Canptaguan, que guardaban con gran cautela y sin dejar verla á nadie; pero á pesar de todas sus precauciones, pudo Guamansuri cierto dia llegar hasta ella, por estar sus hermanos ausentes, y seducirla por medio de algunos regalos. Al notar los cristianos el estado de la jóven, se apoderaron de Guamansuri, y le quemaron vivo, lo que impidió por entonces la creacion de los indios; algun tiempo despues, la jóven dió á luz dos huevos, de cuyas resultas murió á las pocas horas; sus hermanos arrojaron los dos huevos en un muladar, donde no tardaron en nacer dos hijos que lanzaban espantosos gritos. Apiadada de su triste suerte, resolvió una santa educarlos: llamábase el uno Apo-Catequil, príncipe del mal, ídolo el mas respetado que hubo en el Perú, y al que se adoraba desde Quito á Cuzco; su hermano llevaba el nombre de Piguerao-Catequil: uno de sus primeros actos fué acercarse al cadáver de su madre y devolverle la vida. Dióle su madre dos *guaracas* ú hondas, que le habia confiado Guamansuri, con órden de darlas á sus hijos, para que al ser hombres diesen con ellas muerte á los guachemines, como en efecto así lo hizo Catequil, con todos los que no huyeron á remotos climas. Luego de haber cumplido la mision que le encargó su padre, subió al cielo y dijo á Ataguju; «La tierra ha quedado libre, y los guachemines gimen en el destierro; así pues, te pido que crees á los indios para que la habiten y cultiven.» A lo que contestó Ataguju que, puesto que habia combatido con tanto denuedo, que solo tenia que ir á los montes de Guacas, situados entre Tru-

jillo y Lima, donde existe hoy la poblacion de Parilla, y cavar la tierra allí con un azadon de oro ú plata, para que saliesen de ella indios que la habitasen; y en efecto, se cumplió todo cuanto Ataguju habia dicho. Los indios, consideran por lo mismo á Catequil como su creador, y le tienen en una veneracion profunda; dicen que produce el trueno y los rayos, y que arroja enormes piedras con su honda, llegando á temerle hasta el punto de sacrificarle todo cuanto poseen para que les salve la vida. Son los indios tan pusilánimes, dice el religioso agustino, que llegan á veces á morirse de miedo, si se encuentran solos en la montaña al estallar la tempestad, creyendo en este caso ser Catequil quien les mata. La debilidad de su carácter es tal, que aun cuando hayan recibido el bautismo, basta una idea, una tentacion cualquiera, para hacerles abrazar nuevamente la idolatría y todos sus errores; son tambien tan volubles, que cuantas veces llegan nuevos misioneros dicen que no son cristianos, solo para que vuelvan á bautizarlos nuevamente.» (1)

Segun la relacion que precede, es tambien innegable que eran los cristianos conocidos en el Perú hacia mucho tiempo, y que habia sido predicado el Evangelio en aquellas regiones. El mismo religioso agustino que escribia al presidente del consejo de Indias, habia encontrado una estátua de piedra, que era sin duda la del hombre barbudo de que hemos hablado ya antes: y que figuraba, segun él, ser un apóstol ó misionero con su tonsura, enteramente igual á la de los misioneros españoles. En el mismo sentido refiere el propio autor de la memoria, la siguiente tradicion relativa á Viracocha:

«Los indios, añade, dicen que Viracocha quiso, no ha mucho, convertirles al cristianismo, pero que fué arrojado del pais; creen así mismo que para vengar á los guachemines que fueron muertos antiguamente en este pais, les hacen los cristianos al presente la guerra, y se apoderan de lo que no les pertenece; por esto, y por haber dado muerte á Guamansuri los guachemines, odian los indígenas á los que consideran como sus descendientes.

«Algun tiempo despues de haber llegado los cristianos á este pais, hubo una india que encontró una pequeña piedra mientras estaba pensando en Catequil, y la presentó á un hechicero para que le dijese lo que aquello significaba. Tomó el nigromántico la piedra y le preguntó: «¿Quién eres?» «Soy Tantagueganai, hijo de Catequil» contestó aquella. A lo que repuso el hechicero: «Si eres hijo de Catequil, condúceme á donde él se halle.» Ignórase lo qué sucedió, pero es lo cierto, que fué la piedra considerada como hijo de Catequil; en breve se descubrió otra piedra que se dijo ser Tantazoro; y desde entonces empezaron los sacerdotes á recojer todas las piedras bonitas que encontraban, diciendo que eran otros tantos hijos de Catequil, cuyos hijos fueron aumentándose de tal modo, que no hubo pueblo que no poseyera en breve dos ó tres de ellos. Los cristianos descubrieron las dos primeras piedras, que procuraron quitar á los indios; y luego fueron apoderándose y destruyendo en lo sucesivo mas de trescientas de ellas en diferentes aldeas.

En tiempos de los Incas, se tributaba culto en Guamachuco á nueve guacas ó ídolos principales, cada uno de los cuales poseia un gran número de trompetas, un gran número de rebaños y otras muchas riquezas que les habian sido cedidas por los Incas; tenia además cada ídolo sus sacerdotes y sus servidores particulares. Eran los nueve guacas conocidos por los nombres de Ulpillo, Pomacama, Coaquilca, Cuangachugo, Nomadoi, Garacayoc, Guanacatequil, Casipoma y Llaiguen: cada pueblo y cada profesion tenian sus ídolos particulares; habia entre ellos uno, llamado Ginspeganaguay, al que hacian ofrendas los tintoreros para que fuesen permanentes los colores que empleaban para teñir las telas. Cada vez que habia de prepararse algunas telas para el rey y su cor-

(1) El original de esta carta se halla en Simancas en el último volúmen de la coleccion titulada «Papeles de buen gobierno, — 1550 — 1555.» (Nota del Trad.)

te, se celebraba una fiesta en honor de aquel ídolo; en el centro de cada poblacion habia una gran piedra que los indios consideraban como patrono ó dios tutelar del mismo, y á la que daban el nombre de Guachecoal. Junto á Conacacha, habia un gran templo dedicado al dios Uzorpillao que, poseia dos casas llenas de riquezas, y luego otras tres destinadas á albergar á los peregrinos que de todos los puntos iban á adorarle: ninguno habia, sin embargo, que osára acercarse al ídolo. Cada vez que una muger daba á luz dos gemelos, los indios ayunaban durante cinco dias sin salir de sus casas, verificándolo tan solo el sexto dia para ir á ofrecer un sacrificio al ídolo Acuchuccaque; cuando se sublevaba una provincia, los encargados de ir á someterla invocaban á los dioses Janaguanca y Xulcaguaca. En todas las casas pertenecientes á los Incas, se veian pintadas grandes culebras, por decir los indios ser aquellas las armas de sus antiguos reyes. Cuando los indígenas cogian una zorra, despues de haberla abierto la hacian secar al sol, luego la vestian en traje de viuda, poniéndola además una banda negra, y despues de haberla colocado en una especie de trono, la ofrecian chica y otros muchos objetos.

Despues de Ataguju, era el sol considerado por los indios como el primero de los dioses, y por lo tanto, el que mas respetaban, celebrando en su honor grandes fiestas; le habian levantado templos suntuosos en Cuzco y en muchas otras poblaciones. Cuando los indios al viajar se sentian cansados, arrojaban al aire algun alimento, y decian al sol: «Toma esto, y no me canses mas;» cuando quieren ofrecerle algun sacrificio, se tapan la nariz con una materia muy parecida á la cera amarilla y se pintan el rostro con un color rojo; creen que al salir el sol, hay en el oriente los dos ídolos Agan-Yamoc y Yagan-Yahicac, sin duda para felicitarle antes de que con su luz inunde á la tierra; no tienen aquellos ídolos templo alguno, pues solo les tributan los indios un culto cuando mejor les parece. Durante las conjunciones de la luna, á cuyo planeta dan el nombre de Quilla, se separan los indios de sus mugeres, y observan un riguroso ayuno; cuando hay algun eclipse de luna ó de sol, mueven los peruanos un ruido espantoso, y no cesan de gritar á la luna: «¡Madre Quilla, ó madre luna, no mueras, vuelve á la vida!» Adoran asimismo á la tierra, á la que llaman Pachamama y Chucomama.

Tienen los peruanos á la tierra en mucha veneracion, sin duda por ser ella la que les recibe al salir del seno materno; las mugeres al ir de parto, no adoptan en todas las Indias otra precaucion que la de tenderse en el suelo; y luego de verse libres se dirigen al torrente ó riachuelo mas próximo para lavar á su hijo. Cuando quieren los indios poner un nombre á sus hijos, celebran en honor de Ataguju una especie de bautismo, sumergiendo la cabeza del jóven peruano en una popilla; cuando el niño ha llegado á cierta edad, se celebra una nueva fiesta, se dá al adolescente otro nombre y una pampanilla (1) para cubrir su desnudez; entonces debe matar un coyo ó conejo, y ofrecer su sangre al ídolo; como de costumbre, terminan los indios aquella ceremonia cantando y bebiendo.

Tenian los indios la costumbre de vivir algun tiempo con sus mugeres antes de casarse con ellas; dábase á aquel ensayo ó prueba el nombre de pantanaco; sucediendo muchas veces que, despues de haberse casado, abandonaban á su muger, so pretesto de que no sabia arreglarles la comida, ó de que no habian hecho pantanaco.

Como los cristianos, tenian los indios su confesion verbal ó auricular; hé ahí como se descubrió: notó un misionero, al recorrer las montañas, que habia un indio asentado en un monton de nieve, á pesar del frio intenso que hacia; y como le dirigiese varias preguntas, acabó por saber que cumplia aquel una penitencia que le habia impuesto su alco ó confesor en espiacion de sus pecados ú *ochas*, como así les llaman los peruanos. Antes de im-

(1) Nombre que dan los indios á la tela con que se cubren desde la cintura hasta las rodillas. (Nota del Trad.)

onérseles la penitencia, sacrificaban los indios un coyo y examinaban cuidadosamente sus entrañas; si se hallaban estas en buen estado, les daba el sacerdote la absolucion; pero si estaban lesiadas, se les despedia bruscamente, diciéndoles que no habian confesado todos sus pecados, por lo que se les obligaba á una ruda penitencia, terminada la cual, debian empezar nuevamente la ceremonia. Sin embargo, no se seguia esta costumbre en la provincia de Guamachuca, y sí solo en las de Cuzco y de Callao.»

La memoria que acabamos de reasumir, demuestra claramente el carácter observador del religioso que la escribió.

Juan de Vivero, misionero tambien de la órden de San Agustin, nació de padres nobles en Valladolid, y estaba de profeso en el convento de Salamanca: el celo que le animaba por la salvacion de las almas, y la voluntad de sus superiores, le hicieron pasar al Perú hácia mediados del siglo XVI. Desde el momento de su llegada, fué puesto Juan al frente de la casa de Lima, donde sus hermanos, en cambio de los ejemplos y preceptos religiosos que de él recibian, le iniciaron en el conocimiento de las costumbres é idiomas de los indígenas, cuya salvacion se queria procurar. Juan Vivero procuró educar en una piedad sólida á los jóvenes destinados á perpetuar en aquel pais la órden de San Agustin, exhortándoles á que renunciasen á todas las vanas pompas de la tierra, y á convertirse por la práctica de la pobreza evangélica, en verdaderos ángeles de paz y de luz, para ir á anunciar á los idólatras, la mejor de las nuevas. El fervor y el aumento de la comunidad de Lima, fueron las primicias debidas á la virtud y á los esfuerzos de Vivero: fué llamado este religioso posteriormente á Cuzco, á donde le siguieron diferentes de sus discípulos, para cooperar bajo sus órdenes, á estender el reino de Jesucristo; la palabra de Dios fué tan eficaz en su boca, que convencidos un gran número de indígenas y diferentes caciques, de las verdades que anunciaba, abandonaron las locas supersticiones de sus antepasados, rompieron sus ídolos y fueron bautizados. En el año 1558, fundó un convento de su órden en Cuzco, para mejor asegurar y estender las conversiones; no tardó en llegar á noticia del rey de España la justa reputacion que valieron á Vivero su virtud y su celo, por lo que pensó el soberano recompensar su mérito, aumentando así los socorros espirituales de los peruanos. Así que, hizo ofrecer en su nombre diferentes dignidades al misionero, que las rehusó modestamente, por no esperar ninguna recompensa en este mundo; y, sobre todo, por el temor de que las dignidades le hiciesen perder el bien que habia hecho en el apostolado; cuantas veces se insistió acerca de ello, se encontró siempre en él la misma resistencia. Nombrado sucesivamente algunos años despues para ocupar las sillas episcopales de Cartagena y de los Charcas, renunció á una y otra con igual constancia: «Es triste, decia Juan de Vivero, y hasta terrible para un religioso, el morir rico, y el tener que dar cuenta á Dios del gobierno ó direccion de una infinidad de almas, cuando tan poca certeza puede tener del estado de la suya.» No solo renunció el humilde Vivero á las mas altas dignidades, sino que ni siquiera pudo soportar su modestia las justas alabanzas que en todas partes se le tributaban; así es que, tomó el partido de salir del Perú para regresar á España, é ir á ocultarse en la oscuridad de un claustro. Tranquilo y feliz en el fondo de su retiro, pasó el virtuoso Juan de Vivero el resto de sus dias, entregado á la oracion, al recogimiento y á la penitencia, sin verse espuesto mas que á las miradas de Dios: ignórase el año en que voló al cielo aquella alma cristiana. Los compañeros de su apostolado y sus diferentes discípulos, continuaron predicando el Evangelio en las regiones que su modestia le hizo abandonar, fundando templos y casas de instruccion, que llegaron á ser otros tantos manantiales, en los que fueron los indígenas á beber los preceptos de la vida moral.

Juan de Canto, Nicolás de Tolentino y Juan

Ramirez, regaron por mucho tiempo con su sudor, un suelo ingrato; sin embargo, logró al fin el último de ellos civilizar, por medio de la dulzura del Evangelio, á los rudos habitantes de la provincia de Moyobamba.

Diego Ortiz, natural de Madrid, y profeso en el convento de San Agustin de Sevilla, habia dado pruebas de una virtud sólida y de tener un verdadero talento para la predicacion, cuando el provincial de Castilla le permitió reunirse con el P. Juan de San Pedro, y algunos otros hermanos destinados á evangelizar el Perú. Embarcáronse todos ellos en el año 1559, siendo su navegacion una de las mas felices; como eran todos jóvenes de disposicion, y estaban resueltos á entregarse lo mas pronto posible á las tareas del apostolado, apenas llegaron á la América meridional, cuando el provincial de Lima señaló á cada uno el campo que debia desbrozar. La ciudad y la diócesis de Cuzco, tocaron á Diego Ortiz, en cuyos puntos, no obstante los esfuerzos de Juan Vivero, continuaba aun la idolatría rechazando la influencia benéfica de la religion, ó cuando menos, disputándole el terreno á palmos; hé ahí lo que dice el mismo Las Casas, con respecto al estado de Cuzco en aquella época: « Se vió en Cuzco á algunos indios, á los que se habia conferido el cargo de alcaldes, descubrir en el año 1560 mas de quinientos *guacas* ó ídolos, en aquella ciudad y en sus alrededores, á los que iban á adorar sus habitantes, á pesar de haber en aquella ciudad un obispo, una iglesia catedral, cuatro conventos de religiosos, un gran número de sacerdotes y cristianos laicos desde el año 1531. Diego de Ortiz, procuró, por la conversion de los indígenas que habian pertenecido ya al cristianismo, vencer el principal obstáculo que impedia nuevas conversiones, siendo tanto el fruto que dieron sus esfuerzos, que en breve logró catequizar á los campesinos, que eran en su mayor parte idólatras. Se le destinó despues á la isla de Puna, donde Valverde, primer obispo de Cuzco, habia alcanzado la palma del martirio; sus feroces habitantes, no solo respetaron entonces á Ortiz, sino que hasta llegaron á escucharle cuando les predicaba la palabra de Dios. Sin embargo, pronto iba á verse obligado el religioso á sostener nuevos y terribles combates en las montañas de Vilcabamba, casi inaccesibles por la naturaleza y por la astucia de sus moradores, que habian servido de asilo á tres príncipes de la familia de los Incas, y acerca de los cuales darémos aquí algunos detalles.

Despues de haber logrado el Inca Saire Tupac salvarse de la catástrofe que acabó con su raza, se habia retirado y fortificado en las montañas, donde era aun mas protegido por el amor y adhesion de los indígenas, que por la escabrosidad del pais, y la línea de defensa que habia levantado. Gerónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, que sabia perfectamente lo inespugnable de las posesiones que ocupaba el Inca, aconsejó al virey que no le atacase en ellas, sino que procurase atraérsele por medio de proposiciones ventajosas; en su virtud, se confió al dominico Melchor de los Reyes, el mismo que con tanta gloria evangelizó á los temibles yavios, aquella negociacion delicada, debiendo acompañarle D. Juan de Betanzos, que vivia y habia casado en Cuzco con una pariente cercana de Saire Tupac. Vencidos todos los obstáculos que les impedian llegar al retiro del Inca, lograron los dos comisionados ser admitidos en su presencia, y luego de haber participado Melchor á Saire el objeto de su mision, indujo á este á que fuese á tratar con el virey. Despues de haber invitado al príncipe á sentarse á su mesa, le presentó el arzobispo las órdenes que debian asegurar á Saire Tupac, los dominios y honores que se le conferian en cambio de su sumision, y á cuya vista, sin manifestar el príncipe satisfaccion ni descontento, arrancó un hilo de los manteles que cubrian la mesa, y enseñándolo al prelado, le dijo con calma: « Hace poco que todo este tapete era mio, y ahora me contento con uno de sus hilos. » En breve acreditaron los hechos la

sinceridad de sus palabras; deseando el arzobispo ver al Inca en el número de los discípulos de Jesucristo, hablóle de la pureza del cristianismo, y acerca de cuya alta importancia tenia ya el príncipe algun conocimiento. Dotado Saire de un claro y recto juicio, no podia contentarse con aquella multitud de dioses, á los que continuaban aun los idólatras ofreciendo sus sacrificios, ni con la pretendida divinidad del sol, á pesar de haberle adorado por seguir el ejemplo de sus antecesores: nada de ello bastaba á darle una idea del Ser eterno, increado, independiente é infinitamente perfecto. Véase pues, como reconocia ya el Inca la vanidad de los ídolos, y la locura ó la impiedad de los idólatras, que tributaban á la criatura el culto que solo es debido á Dios; con todo, distaba mucho de ser aquella confesion lo que el buen arzobispo deseaba, pero fueron tan repetidas y vivas sus instancias, tan fervientes sus oraciones al Dios de las misericordias, que al fin se realizó lo que tanto anhelaba su corazon cristiano. El Inca, despues de estar ya sólidamente instruido, declaró que creia de todo corazon en Jesucristo, y que deseaba prepararse, segun las leyes de la Iglesia, para recibir la gracia del bautismo, que le fué administrado algun tiempo despues: púsosele el nombre de Diego. Hecho ya cristiano, prestó el príncipe en el año 1561 juramento de fidelidad al rey de España, en manos de Gerónimo de Loaisa, y perseveró profesando el cristianismo y siendo fiel al juramento de fidelidad prestado libremente al rey católico. El segundo Inca, llamado Cuscitito, escuchó dócil las instrucciones del P. Márcos Garcia, agustino del convento de Lima, siendo bautizado, junto con su esposa, por aquel misionero, bajo los nombres de Felipe y de María de los Angeles (1). Tai era el estado de la mision de Vilcabamba ó Villcabamba, cuando á ella llegó Diego Ortiz, despues de tantas fatigas.

Unió el nuevo misionero sus esfuerzos á los del P. Márcos, y no cesó de exhortar vivamente á los indígenas á que siguiesen el ejemplo de su príncipe, abrazando la fé de Jesucristo; sin que el hambre, la sed y el contínuo peligro de perecer en medio de las nieves ó de ser devorado por las fieras, bastasen á estinguir el fuego de su caridad. Hubo dos de los principales indígenas que acababan de recibir el bautismo que, prestando oidos á las sugestiones del espíritu maligno, zozobrante en su trono, hicieron presente al Inca, que desde que habia abandonado la religion de sus padres por profesar otra que habia sido hasta entonces desconocida á los peruanos, se habia entibiado el celo de estos en su favor. Semejante noticia aterró al débil príncipe que, si bien nada prometió á los apóstatas, tampoco se declaró en favor de los misioneros, perseguidos desde entonces cruelmente á causa de su silencio; el P. Márcos, insiguiendo el consejo del Evangelio, apeló á la fuga para librarse del mal; mientras que el P. Ortiz se limitó á ocultarse y á aumentar sus oraciones y sus lágrimas, en la esperanza de que haria Dios cesar la tormenta, y que se lograria despues, con el auxilio de su gracia, llevar otra vez aquellas almas descarriadas al buen camino. Habiendo descubierto el Inca su retiro, quiso que volviese á su lado, y hasta le recibió con vivas demostraciones de gozo, sin hablarle siquiera del nuevo cambio operado en sus creencias; por su parte, el prudente misionero se limitó á esponerle, como incidentalmente, las bases sólidas en que descansaba el cristianismo, sin dejarle entrever que supiese su apostasía; sin embargo, las frecuentes conversaciones del

(1) Saire-Tupac ó mejor Seyri-Tupac, fué, el 17.º Inca del Perú, primogénito de Manco-Capac II, coronado por Francisco Pizarro en el Cuzco en el año 1533. A su vez Seyri-Tupac fué coronado en Villcabamba por los indios en las provincias de Tarma, Moyabamba y Chunchos, en el año 1553, en que acaeció la muerte de su padre. Reinó siete años, segun Gomara (Hist. gen.), y en el año 1559 renunció la corona en Felipe II de España por no tener mas que una hija, reservando la propiedad de los estados y señoríos de Villcabamba y Urabamba, donde se retiró, y viviendo privadamente, murió en el año 1563. Apenas habia muerto, cuando reclamaron los pueblos dando por nula é inválida la renuncia, por vivir aun sus hermanos, y coronaron al mayor de ellos llamado Cucitito-Yupanqui, que fué el 18º Inca del Perú. Reinó poco mas de seis años, y murió sin sucesion en el año 1569. (Nota del Trad.)

príncipe y del religioso, anticiparon la muerte de uno y otro. El Inca cayó enfermo y sucumbió á los pocos dias; y los que probablemente recurrieron al veneno para vengar con su muerte á los ídolos, ó para evitar las consecuencias del remordimiento del príncipe, imputaron aquella muerte al misionero, cuya inocencia no era menos evidente que su dolor. Con todo, la viuda y los gefes idólatras le declararon culpable, y se le condenó á ser descuartizado, despues de habérsele hecho sufrir los mas horrorosos tormentos: las cadenas, los calabozos, el hambre, la putrefaccion, los contínuos azotes y cuantos sufrimientos pueden esperimentarse, precedieron á su martirio. Despues de haber hecho sufrir al confesor de Jesucristo todos los oprobios y todos los dolores, se inventaban aun nuevos tormentos que no bastasen á darle la muerte, á fin de poder los bárbaros idólatras gozar por mas tiempo del grato espectáculo que les ofrecia el contínuo sufrir del misionero. Acudióle á uno de aquellos salvages la idea de que aun podia el religioso salvar su vida y probar su inocencia, haciendo resucitar al príncipe, de cuya muerte se le acusaba tan fundadamente; como fuese su proposicion aceptada, se dirigieron aquellos verdugos á su víctima, diciéndole: «Vil y detestable enemigo de los dioses y de los hombres, por mas que hayas dado muerte á nuestro príncipe, consentimos en salvarte, si ahora mismo le devuelves la vida. Ya que muchas veces te hemos oido decir que tu Dios, dueño de la vida y de la muerte, resucita al que quiere, y atiende siempre á las súplicas que le invocan con fé y esperanza, pruébanos que es el Dios de los cristianos omnipotente, y que no es vana la fé que poco ha nos predicabas; pero si no alcanzas la resurreccion del Inca, quedará plenamente probado que eres á la vez un impostor y un asesino. — Sí, contesta con firmeza el humilde discípulo de Jesucristo; he predicado, y creeré hasta mi último suspiro que el hijo del Eterno, el único verdadero Dios que os anuncio, es el autor de la vida; que nos la da y nos priva de ella; que puede conservárnosla y devolvérnosla segun le plazca, y que nos resucitará á todos en el último juicio. Pero como nos prohibe pedirle milagros en manifestacion de su poder, y soy yo por otra parte sobrado pecador para obrarlos, no me atreveré nunca á pedírselos. —¿Pues dónde está tu fé? le preguntan. — Cuanto mas grande esta sea, contesta el misionero, menos haré lo que Dios me prohibe.» Por mas sábias que fuesen estas respuestas, no pudieron convencer á aquellos furiosos, quienes quisieron obligar al P. Ortiz á que celebrase el santo sacrificio de la misa para obtener el milagro que se le exigia; ni los tormentos que impedian al misionero tenerse de pié y hacer uso de los brazos, ni la imposibilidad material en que se hallaba de rezar las oraciones necesarias, pudieron hacerles renunciar á la idea de obligarle á celebrar la misa. Pero como era para el fiel ministro de la religion un bien precioso el recibir á Aquel que es la fuerza de los mártires, el ardor de su fé lo alentó y lo sostuvo; así que, ofreció los divinos misterios, y pidió, no la resurreccion de un muerto, sino la conversion de los infieles, el perdon de sus pecados y la gracia de poder consumar su martirio por la gloria de Dios. Durante la celebracion de la misa, dirigiéronle los idólatras un sin fin de preguntas impropias y ridículas, diciéndole por último que abreviase en lo posible; al ver que no habian podido lograr el objeto que se proponian, arrancaron con violencia al sacerdote los ornamentos sagrados y le maltrataron cruelmente. Dos infames apóstatas, de los que uno habia sido poco antes celoso cristiano y amigo íntimo del P. Ortiz, fueron entonces los que mas le injuriaron; llegó su crueldad hasta el punto de atravesarle con un hierro las mejillas, por las que le pasaron una cuerda en forma de brida, para arrastrarle por las calles durante tres dias, en medio de un populacho inmenso, y conduciéndole luego hasta el palacio de Tupac, tercer Inca, que se negó á verle, pero que á instancias de los perseguidores, mandó que se le hiciesen sufrir nuevos

tormentos, y que fuese luego ejecutado en el sitio ó lugar del suplicio destinado para los reos de lesa magestad. Aquellos ciegos pedian al P. Ortiz que hiciese resucitar al Inca, como si el heroismo que únicamente Dios habia podido infundir á su generoso confesor, no fuese un milagro aun mas patente; durante aquel largo martirio, resistió el P. Ortiz tormentos capaces de privar de la vida al hombre mas robusto, sin que se le oyese nunca proferir ni una queja, ni que diese la menor señal de debilidad ni desaliento. La palabra de Dios era su único alimento, la cruz de Jesucristo su fuerza: la fé le sostenia y la gracia le hizo triunfar. En el momento de espirar, podia Diego Ortiz decir con el discípulo querido: « Esta victoria, en la que ha quedado el mundo vencido, es el resultado de nuestra fé. » Tuvo lugar su glorioso martirio hácia últimos del año 1569 ó á principios del de 1570.

En la parte meridional del Perú, donde acabamos de presentar la accion civilizadora de los misioneros, habia tambien otros hombres apostólicos que se dedicaron á convertir los habitantes de Chile, á cuyo punto acababa de dirigirse Valdivia para continuar la conquista que habia abandonado Almagro. Fontana habla de los triunfos obtenidos en aquel pais por los hermanos Menores hácia el año 1541; y Juan de Luca dice que en el año 1553 cinco religiosos de la Observancia de S. Francisco, fundaron un convento cerca de la ciudad de Santiago (Pl. LXIX, n.° 2.): eran aquellos religiosos Martin Robledo, despues obispo de Chile, Juan Torrolva, Cristóbal Ravanera, Juan de la Torre y Francisco Frejenal; fué instituido aquel convento bajo la invocacion de Santa Lucía, vírgen. Los religiosos abandonaron al año siguienté aquel sitio, para ir á establecerse definitivamente cerca de la iglesia de Ntra. Sra. del Ausilio; Martin de Robledo fundó una residencia en la ciudad de la Concepcion, y algunas otras mas en Chile. Pertenecia esta última custodia á la provincia peruana de los Doce Apóstoles; pero luego fué erigida en provincia el año 1572. Muy caras pagó Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, sus primeras victorias; derrotado en el año 1559 por los araucanos, cogido prisionero y atado á un árbol, tuvo que presenciar como los indígenas daban muerte á sus soldados, para morir á su vez, despues de haber presenciado aquel horrendo espectáculo. Los vencedores construyeron con sus huesos algunas flautas y otros instrumentos, y conservaron su cráneo como un monumento del triunfo que acababan de obtener, obligándose á celebrarle por una fiesta anual. Hé ahí las costumbres de los pueblos que los hermanos Predicadores y Menores lograron civilizar despues con la saludable uncion del cristianismo.

Si desde Chile y el Perú pasamos hácia el norte de la América meridional, verémos que no son menores los frutos debidos al incansable celo de los dominicos. Cárlos V habia pedido al maestro general Francisco Romero, que formase una provincia de su órden en aquellas regiones; pero los conventos fundados ya en las ciudades de Santa Marta, Cartagena, y Tocayma, ó en los paises vecinos, no eran aun bastante numerosos para formar una nueva provincia, por lo que erigió Romero al principio una congregacion, llamada de San Antonino, de la que nombró primer vicario general al P. José de Robles, á cuya solicitud fué debido el que mas de sesenta iglesias parroquiales fuesen convertidas en otros tantos centros de poblacion.

Cárlos V, al ver la importancia y estension de las regiones que formaban el nuevo reino de Granada, resolvió segregarlas de la audiencia de Santo-Domingo, creando al efecto el dia 7 de abril del año 1550 otra real audiencia en la ciudad de Santa Fé de Bogotá, declarada capital del nuevo reino, aunque debia continuar no obstante sometida á la jurisdiccion del obispo de Santa Marta. Era á la sazon prelado de esta última ciudad Juan de los Barrios, religioso de S. Francisco, segun unos, y de la Merced segun otros; y de acuerdo con la real audiencia, procuró Barrios aumentar considerablemente las casas de instruc-

cion en el nuevo reino, formar conventos en las ciudades, empezando por la capital, que en breve tuvo dos comunidades de Menores y Predicadores. José de Robles, vicario general de los dominicos, llegó á Santa Fé en el mes de diciembre del año 1550, teniendo ya la satisfaccion de encontrar á su llegada un convento de su órden perfectamente organizado, y cuyos religiosos ejercitados en el divino ministerio, estaban en el caso de continuar con fruto sus tareas en cualquier punto á que se les mandase. A fin de hacer mas provechosa la predicacion, obtuvo el prudente superior de la real audiencia, los poderes necesarios para reunir á los indígenas y procurarles el número de casas de instruccion que fuesen necesarias para atender á todas sus necesidades; siendo además sancionadas todas aquellas disposiciones por un rescripto real del mes de enero del año 1551. Los religiosos de S. Francisco y de la Merced, trabajaron por su parte con el mismo celo que los dominicos en aquella viña del Señor; distinguiéndose, sobre todo, los de S. Agustin, desde que el P. Agustin de Caronio hubo tomado posesion de la iglesia de Popayan, y fundado un convento de su órden en la ciudad episcopal (1). Fueron así mismo establecidos en diferentes puntos varios conventos de religiosas de Sta. Clara, Sta. Catalina, y Ntra. Sra. de la Concepcion; fundáronse hospitales y otros establecimientos de beneficencia para los enfermos y los pobres: el de S. Juan de Dios, sobre todo, fué de gran utilidad tanto para los españoles como para los indígenas. De este modo derramaba á manos llenas la religion sus gracias espirituales y temporales sobre el nuevo reino de Granada.

El capítulo general de los frailes Predicadores, reunido el año 1551 en Salamanca, reguló, á instancias del consejo real de Indias, todo lo concerniente á las provincias de su órden en América, y determinó sus límites, segun los de cada real audiencia, nombrando vicario general de la Congregacion de S. Antonio al P. Pedro de Miranda. Este religioso, hombre de estraordinario mérito, se embarcó en Sevilla con otros veinte y tres dominicos para el nuevo reino de Granada, y desembarcó el año siguiente en el puerto de Santa Marta; distribuyó allí una parte de sus misioneros por los diferentes puntos de la diócesis en que era su presencia mas necesaria, y siguió con los demás su camino hácia Cartagena, desde donde se dirigió á Santa Fé de Bogotá, mientras que el P. José de Robles, que le habia confiado el gobierno de la Congregacion, regresaba á España, desde donde pasó á Roma para el capítulo general del año 1553. En virtud de lo espuesto por el P. José de Robles se resolvió enviar al nuevo reino de Granada veinte y cinco misioneros, que fueron al efecto embarcados en el año 1555, yendo á su frente el P. Domingo de Arzola, que sucedió á Pedro de Miranda en el gobierno de la Congregacion de S. Antonino.

Hácia el año 1553, el obispo de Santa Marta protector declarado de los indígenas, fué encargado de erigir en Catedral la iglesia parroquial de Santa Fé de Bogotá; pero eran los cimientos de aquel edificio tan poco sólidos, que en la noche misma que precedió al dia en que habia de celebrar en ella de pontifical los santos misterios, se derrumbó repentinamente. Vióse entonces un admirable espectáculo: despues de haber pasado Juan de los Barrios un dia y una noche orando, sin comunicar su designio á na-

(1) A un tiempo mismo protegian los religiosos de todas las órdenes los intereses de la religion y de la ciencia: puesto que, mientras procuraba unos desbrozar cada dia nuevos campos para sembrar luego en ellos la preciosa semilla del Evangelio, procuraban otros con el mismo celo fundar estudios, en los que pudiesen los nuevos convertidos, y hasta los que no lo estuviesen aun, recibir la instruccion de que necesitaban, ya para perseverar en la fé que habian abrazado, ya para empezar á conocerla y abrir los ojos á su luz salvadora. No contentos aun los religiosos con las primicias que, bajo el punto de vista de la instruccion, habian empezado á recoger al poco tiempo de haber instituido los estudios públicos, resolvieron fundar un colegio en el convento de Santo Domingo en Tunja, que en breve pudo ser considerado como una universidad, tanto por el gran número de escolásticos que albergó en su seno, como por enseñarse en él casi todas las ciencias. De él brotaron mas tarde aquel sin fin de misioneros que tan as conquistas habian de procurar á la civilizacion en los vastos reinos del Nuevo-Mundo, que á tantos hombres habian de levantar de la abyeccion en que estaban sumidos, que á tantos canibales habian de convertir en dóciles y humildes discipulos de Jesucristo (Nota del Trad.)





die, se dirigió solo á una cantera que habia en las inmediaciones de la poblacion, cargó con una enorme piedra y la llevó al punto de la catástrofe (Pl. LXX, n.º 1) é hizo levantar desde luego el plano de un nuevo edificio. El ejemplo del primer pastor, mucho mas eficaz que todas las palabras, fué seguido como una comun inspiracion por todo el pueblo; eclesiásticos, religiosos, indígenas, españoles, todos, á imitacion de su obispo, acudieron á la cantera, cargaron con el peso que sus fuerzas les permitian; y la piedra misma que el prelado habia llevado en hombros, fué la primera que se colocó en los cimientos de la nueva iglesia. La emulacion lejos de disminuir fué siempre en aumento; todos los habitantes de la poblacion trabajaron en la casa del Señor, sin que hiciese la actividad general olvidar las prudentes precauciones que convenia adoptarse para evitar los terribles efectos de los terremotos, cuya frecuencia ha influido tanto en la construccion que se nota en los edificios de Bogotá. Todas las casas son poco elevadas, y sus paredes de un espesor prodigioso; los edificios públicos, sobre todo, tienen una base enorme: el cuerpo ó caña de las columnas de las iglesias no guarda ninguna proporcion con la longitud, á fin de resistir mas fácilmente las sacudidas. El desplome ó ruina de la iglesia parroquial de Bogotá, sugirió la idea de hacer visitar todas las demás iglesias que habian sido construidas con igual precipitacion por los nuevos conquistadores, y se procuró en todas partes repararlas; así era que Juan de los Barrios, sin perder nunca de vista los templos materiales, procuraba al propio tiempo edificar templos espirituales con el ornamento de todas las virtudes. A este objeto, convocó en Santa Fé de Bogotá un sínodo diocesano, en el que se trató de erigir parroquias en varios puntos de cada provincia, de reunir los indígenas en pueblos, ora fuese en los mismos donde estuviese la iglesia parroquial, ora en los inmediatos, á fin de que pudiesen recibir mas fácilmente la instruccion y los sacramentos.

Esta obra de regeneracion moral fué entorpecida, tanto por las hostilidades de algunas tribus indígenas, como por las violencias de un gefe aventurero que levantó la bandera de la rebelion contra su soberano. La sublevacion de las tribus fué en estremo deplorable por la sangre que hizo correr, pero al mismo tiempo procuró grandes ventajas, puesto que la victoria abrió nuevos caminos á los españoles hácia otras poblaciones, y procuró á los ministros de Jesucristo los medios de hacer conocer á aquellos su nombre y de atraerlos al seno de la Iglesia, al paso que la rebelion de Lopez de Aguirre fué un desastre que no tuvo compensacion alguna. Aquel hombre feroz fué el mas terrible enemigo de los misioneros y de los obispos, por ser estos, segun decia, los que enervaban con su moral el valor del soldado, y enfrenaban la libertad de que se necesita para alcanzar la victoria. Habiendo encontrado un religioso dominico en la isla de la Margarita, mandó que fuese pasado al filo de la espada; y como los insulares suplicasen al bárbaro Aguirrre que les salvase á su cura, su misionero, su confesor, dijo: «Que se cuelgue á ese sacrílego.» La misma suerte sufrió otro dominico que fué hallado en la cabaña de un pobre enfermo, á quien administraba los últimos sacramentos; habia otro religioso de la propia órden que estaba al frente hacia mucho tiempo de aquella nueva cristiandad para procurarla todos los consuelos espirituales; Aguirre entró un dia en su casa y le dijo: «Quiero confesarme.» — Ante todo, contestó el sacerdote, os es preciso poner término á los escándalos y desórdenes con que cargais cada dia vuestra conciencia; empezad por obedecer á Dios y al rey; despedid, ó dispersad al menos esa banda de ladrones de que os habeis constituido gefe, si quereis que no me niege á oiros en confesion.» Nunca habia oido Aguirre una persona que le hablase con tanta firmeza; con todo, no pareció conmoverse en lo mas mínimo; pero solo difirió su venganza para hacer sufrir al siervo de Dios una muerte mas lenta y terrible. Paniagua y Manuel Baez, instrumentos de su barbarie,

arrancaron al pastor de los santos altares á la vista de casi todo su rebaño ; y, obligando al dominico á dirigirse á una casa inmediata, le comunicaron la sentencia, que él oyó con una resignacion verdaderamente santa. Puesto luego de rodillas, con los ojos y las manos levantadas al cielo, oró por él, por sus queridas ovejas, y por la conversion de sus verdugos, á los que suplicó respetasen la vida de los indígenas, y que hiciesen caer sobre él todo el peso de su cólera, á fin de que fuese mas gloriosa la corona que iba pronto á ceñir. Los isleños lloraron amargamente la muerte de su pastor, y le honraron como un mártir, por haber sufrido la muerte en defensa de la justicia y del sacramento de la penitencia, del que habia intentado burlarse Aguirre. El P. Francisco de Montesino, superior de la provincia dominicana de Santa Cruz, al visitar las misiones de las islas que estaban bajo su jurisdiccion, dió noticia á Santa Fé de Bogotá de los escesos del feroz rebelde ; por lo que se dictaron providencias enérgicas para reprimir aquel movimiento. Cuando la muerte del bandido hubo desvanecido todas las inquietudes, fué la obra de Dios continuada con mas libertad y fruto.

Mientras que Juan de los Barrios ocupaba la silla de Santa Marta, Gregorio de Beteta, hijo de una antigua familia del reino de Leon, dominico profeso en el convento de Salamanca, y uno de los compañeros de Juan Ortiz, supo en el año 1555, que acababa de nombrársele obispo de Cartagena. En la inmensidad de su dolor, se negó á aceptar el peso del episcopado, debiendo sus superiores para hacérselo admitir, amenazarle hasta con las censuras de la iglesia; vióse por lo mismo obligado á ceder, y gobernó santamente su diócesis, sin hacer consagrarse. Algun tiempo despues envió su dimision á Roma y á Madrid, fundada en su falta de conocimientos y méritos para poder desempeñar dignamente un cargo de tanta importancia ; pero informado Julio III de su capacidad y de sus virtudes, no quiso admitir la dimision presentada. El humilde religioso, escribió al mismo objeto una tercera carta, y pronto se trasladó él mismo á España; y como el rey se negase á apoyar su peticion, se fué á Italia para arrojarse á los piés del vicario de Jesucristo : hallábase ya á las puertas de Roma, cuando al fin recibió el decreto que le libraba del peso que tanto alarmára su modestia. Fué tal la alegría que le causó semejante noticia, que, retrocediendo, sin entrar siquiera en la capital del mundo cristiano, fué á enterrarse en el convento de San Pedro Mártir en Toledo, donde murió el virtuoso Gregorio de Beteta, el año 1562. Felipe II. propuso á Juan de Simancas para suceder á Gregorio en la silla de Cartagena, sábio eclesiástico del colegio de San Clemente de Bolonia; despues de haber sido consagrado el nuevo obispo en Santa Fé de Bogotá, se dirigió á su diócesis el año 1560, y encontró la ciudad episcopal casi enteramente arruinada por los corsarios ; á duras penas tuvo tiempo el prelado para retirarse á los montes con los eclesiásticos, los religiosos y todos los habitantes que deseaban salvar sus efectos mas preciosos. El arrabal llamado de Getsemaní, en el que habia el convento de los franciscanos, fué incendiado, siendo luego reconstruido por la liberalidad del prelado, que dirigió su rebaño en una contínua alternativa de tribulaciones y consuelos. Así el obispo de Cartagena como el de Santa Marta, vieron con el mayor placer la llegada de S. Luis Bertran.

La América conservará eternamente el recuerdo de aquel hombre apostólico, cuyas virtudes y milagros la edificaron tanto, desde el año 1562 al 1569.

Nacido en la ciudad de Valencia, en el mes de enero del año 1526, fué admitido en la Orden de Santo Domingo el año 1544, por el ilustre P. Juan Micon ; aun antes de entrar ya el jóven novicio en la santidad del claustro, agitábale la idea de que habia en las vastas regiones del Nuevo-Mundo, pueblos que, sin haber oido hablar aun de Jesucristo, obedecian al espíritu de las tinieblas. Ya entonces tenia el virtuoso jóven un presentimiento de

que con el tiempo habia de destinársele para instruir é iluminar con la luz del Evangelio á aquellos pueblos que continuaban envueltos en las tinieblas del error: el consuelo que esperimentaba al hallarse entre sus hermanos y sus conciudadanos, esplicándoles la perfeccion cristiana, le parecia, no obstante el inmenso fruto que producia su elocuencia, que nada era, comparado con la dicha de procurar la salvacion á tantos millones de almas. Súpose en aquella época, que diferentes dominicos, despues de haber regado con sus sudores aquella mies que habia nacido por sus cuidados, habian sellado con su sangre las verdades de la fé, cuando se disponian á partir á otras regiones para anunciarlas de nuevo; semejante noticia solo contribuyó en Luis Bertran, á aumentar mas sus deseos de ir á esponer gloriosamente su vida, por el nombre de Jesucristo. Desde el dia en que fué elevado al sacerdocio, no cesó de pensar en la importancia de aquel sacrificio; y á imitacion de S. Pedro Martir, cuantas veces ofrecia el santo misterio, se presentaba él mismo como una víctima destinada á morir, sin que nada pidiese con tanto ardor como el poder derramar su sangre por el que habia ofrecido la suya para salvarle. Un fraile predicador, que despues de haber evangelizado la América por espacio de muchos años, habia regresado á España, se disponia á partir nuevamente, y estaba autorizado por el maestro general Vicente Justiniani, para llevarse á los religiosos que quisiesen seguirle. Luis Bertran fué uno de los primeros que se presentó para acompañarle, sin que las lágrimas de su familia ni las súplicas de sus queridos novicios, ni las observaciones del prior y de toda la comunidad de Valencia, bastasen á retraerle de su heróica determinacion. A sus parientes, que eran los que mas se oponian á su designio, les contestó que desde su profesion religiosa, no pertenecia ya mas que á Jesucristo; dirigió á todos sus novicios reunidos una tierna despedida, encargándoles muy particularmente, que fuesen siempre fieles á su vocacion; y finalmente, despues de haber recibido la bendicion de su superior, que no se atrevió á negársela por temor de oponerse á la voluntad de Dios, salió Luis de Valencia el primer domingo de cuaresma del año 1562.

Embarcáronse los misioneros en Sevilla; S. Luis convirtió el buque en un templo, en el que se cantaban contínuamente las alabanzas del Señor, y en el que se hacia con regularidad la oracion muchas veces al dia; apenas amenazaba algun peligro, cuando ya toda la tripulacion recurria al jóven religioso. Uno de sus compañeros fué el primero de esperimentar cuan grande era el favor de que Luis gozaba cerca de Dios: cayóle al misionero una garrucha ó polea en la cabeza, siendo tan terrible el golpe, que le dejó como muerto y anegado en sangre. En el momento que los cirujanos se disponian á operarle, el santo, despues de una corta oracion, lavó con agua la herida, hizo apoyar la cabeza del paciente en su hombro, y la curó desde luego, sin que ni siquiera quedase en ella la menor cicatriz. Cuantos tuvieron ocasion de presenciar aquel milagro, creyeron firmemente que destinaba la Providencia á Luis Bertran al Nuevo-Mundo, para que diese allí cima á grandes empresas.

Habiendo llegado á la parte de la América meridional, llamada por los españoles Castilla de oro, se retiró Luis al convento de San José, dependiente á la sazon de la provincia dominicana de San Juan Bautista en el Perú; si bien solo permaneció allí el tiempo necesario para disponerse á emprender, por medio de la penitencia, los trabajos del apostolado. Así que, se entregó aun con mas ardor á toda clase de mortificaciones, para mejor lograr del cielo las gracias de que necesitaba; luego añadió aun, durante el curso de su ministerio, nuevas austeridades y privaciones, acostándose tan pronto en el campo para esponerse á la intemperie, como sobre algunos leños que le servian mas bien de potro que de cama. Fuese desinterés, fuese intencion de sufrir, fuese confianza en el que mantiene á las ave-

cillas en sus nidos, ó bien todo esto á la vez, es lo cierto que nunca quiso Bertran admitir, ni de los indígenas, ni de los españoles, los socorros que acostumbraban dar á los misioneros, lo que le hizo esperimentar todos los tormentos del hambre, la sed y la pobreza. Una vida tan apostólica, no podia menos de dar admirables resultados; así es que, enviado Luis por sus superiores á diferentes pueblos, en el istmo de Panamá, en la isla de Tabago, en la provincia de Cartagena y en otras diferentes regiones, convirtió á un gran número de idólatras.

La primera gracia que pidió y obtuvo, fué la de ser oido por todos aquellos á quienes habia de anunciar las verdades de la salvacion, señalando además muy particularmente otras muchas gracias la carrera de su apostolado, puesto que el don de profecía y el de hacer milagros, contribuyeron á aumentar en gran manera el número de sus conversiones. Jesucristo, al separarse de sus discípulos para dirigirse al lado de su padre, les habia dicho: «Hé ahí los milagros que harán los que crean: arrojarán á los demonios en mi nombre; hablarán todos los idiomas; tocarán sin peligro las serpientes; no habrá veneno mortal que los dañe; pondrán sus manos sobre los enfermos, y los enfermos quedarán curados.» (Marc. XVI, 17 y 18.) Todo esto hizo durante su ministerio el nuevo apóstol de América. Al invocar el adorable nombre de Jesucristo, arrojaba á los demonios del cuerpo de los pobres posesos, y devolvia la salud á los enfermos en que habia hecho nacer los sentimientos de la fé y la esperanza. Hablaba las lenguas de todas las naciones que queria evangelizar, (ó lo que es lo mismo, segun Sto. Tomás) todas las naciones le entendian, aunque no hablase su lengua. Como quisiesen deshacerse de él, aquellos á quienes intentaba corregir, resolvieron envenenarle, sin que á pesar de haberlo logrado, sufriese el apóstol daño alguno; quedando justificados todos estos hechos por la misma bula de su canonizacion.

Consta así mismo en la propia bula un acontecimiento singular, capaz de demostrar por sí solo lo grandes que son las atenciones con que la Providencia se digna honrar á sus escogidos; he ahí el hecho á que nos referimos. Cuando Luis Bertran se disponia á empezar su mision en Tubara, se le presentó un idólatra que vivia en la montaña, con un niño moribundo para que lo bautizára, por habérsele asegurado que procuraria aquel sacramento á su hijo una vida eternamente dichosa. El santo, admirando semejante discurso en boca de un idólatra, administró desde luego el bautismo al niño, que recibió el nombre de Miguel, y que murió pocos momentos despues; pudiéndose considerar la regeneracion espiritual de aquel tierno predestinado, como la primicia de los frutos que la semilla evangélica produjo despues en todo el pais. En tres años, sometió Luis Bertran mas de diez mil infieles al suave yugo de Jesucristo; los que en un principio no pudieron ser convencidos por la fuerza y la verdad de sus palabras, ni por la santidad de su vida, lo eran al fin, por los milagros que le veian obrar. Los enfermos curados por el solo contacto ó por las oraciones del siervo de Dios; los demonios arrojados de los cuerpos por su sola presencia; las tempestades que alejó de los campos, y las fieras que amansó con la señal de la cruz, fueron otros tantos milagros que contribuyeron á que escuchasen los idólatras con docilidad y provecho las instrucciones del misionero. Despertóse entre ellos cierta emulacion por aprender la ley del Señor, y abrir sus corazones á la fé mas pura; así que, no pararon hasta renunciar á sus vanas supersticiones, romper sus ídolos, elevar por sí mismos altares al verdadero Dios, y corregir y mejorar sus costumbres. Habiendo declarado un cacique á Luis Bertran, que no se atrevia á ir, como los demás, á oir sus sermones, por las terribles amenazas que le estaba haciendo el demonio, logró el santo infundirle aliento, hollando á su vista los ídolos que de tanto tiempo adoraba aquel tímido príncipe.

Desde entonces creyó el cacique en Jesucristo, su familia siguió su ejemplo, y en breve no hubo ningun idólatra en toda la ciudad de Turbara ni en sus alrededores.

Luego de haber establecido la fé en aquel pais, que supo despues conservarla, encargó el santo á algunos de sus compañeros el cuidado de conducir la nueva grey cristiana, y se fué á llevar la luz evangélica á otros paises llamados por los indígenas, Cicapo" y Paluato. El gobernador español dispensó al misionero una honrosa acogida, sin que se le mostráran sus habitantes menos dóciles que los de Tubara, por lo que dieron los esfuerzos del hombre apostólico, al que llamaban los indígenas el *religioso de Dios*, los mas felices resultados. Los infieles, para ahorrarle el trabajo de ir en su busca, salian de sus bosques, descendian de sus montañas, y se agrupaban en su derredor, prestando atento oido por no perder ni una sola de sus palabras; y mientras que se disponian para recibir dignamente el sacramento de regeneracion, presentaban sus hijos, para que recibiesen tambien la misma gracia. Entre los milagros que permitió Dios obrára su siervo, para confirmar á los ojos de aquellos pueblos las verdades que anunciaba, el que mas le valió el afecto de los indios, fué el de procurarles una lluvia benéfica que les salvó la cosecha: era tan terrible la sequía que asolaba los campos, que se consideraba ya el hambre como inevitable; en tan grave apuro, acudieron los indígenas el dia 24 de noviembre al ministro de Jesucristo, pidiéndole con las lágrimas en los ojos que los salvase del inminente peligro que les amenazaba. Al ver Luis Bertran su desconsuelo, les indicó el sitio en que debian reunirse al dia siguiente para hacer sus oraciones, prometiéndoles que él tambien iria, y que quedarian aquel mismo dia cumplidos sus deseos: con efecto, llovió en abundancia, la cosecha fué salvada, y los ricos frutos que produjeron los campos pudieron ser considerados como presagio y símbolo de los frutos espirituales que el obrero apostólico tuvo la dicha de recoger en aquella region.

Hubo algunos otros pueblos, no muy distantes de Paluato, que menos dispuestos á acoger favorablemente las verdades de la fé, permanecieron por mucho tiempo esclavos, aun mas de sus pasiones que de sus ídolos, por temer, segun decian aquellos indígenas, la cólera de sus dioses, si no procuraban calmarla por medio de contínuos sacrificios. Sin embargo, permaneció S. Luis por algun tiempo entre ellos, empleando para lograr su conversion cuantos medios puede inspirar el celo mas ardiente; pero ni las oraciones, ni la penitencia, ni los contínuos sacrificios, ni las lágrimas que ofreció incesantemente al Señor para atraer la luz de lo alto sobre aquellos ciegos obcecados, produjeron el apetecido resultado. Lleno de tristeza se retiró el misionero, sin haber podido atraer á la fé mas que dos indígenas; sin embargo, como veremos despues, era mucho mayor el número de los que, andando el tiempo, habian de abrazar en aquel pais la religion de Jesucristo.

Despues de aquella mision estéril, por haberse obstinado los indígenas en no querer escuchar la palabra de salvacion, Luis Bertran, cuyo celo no se habia entibiado por ello en lo mas mínimo, se dirigió á los pueblos de Callinago, cuyos habitantes eran caribes, y por lo mismo hombres crueles, salvajes, intratables, y en quienes era la supersticion igual á la ferocidad. Todos los misioneros parecian haber abandonado á aquellos bárbaros á sus tinieblas; y si bien algunos, desde la entrada de los españoles en Méjico, habian intentado instruirles y hacerles mas humanos, no habian podido ver realizado su cristiano propósito. Pero no por ello desesperó el santo de su salvacion, por saber que nada hay imposible para el que está poseido de fé, y que para todos los pueblos ha señalado Dios una hora de misericordia infinita. Penetrado, pues, de estas eternas verdades, y sin pensar siquiera en el sacrificio de su vida, penetró solo en la Guyana, recorrió con gran pena los bosques y los montes en busca de aquellos pobres infieles, para enseñarles á conocer al Creador, á amarle, servir-

le y á merecer la recompensa prometida á los que observen su ley. Dícese que obtuvo el misionero, despues de tantos sacrificios, la conversion de un cacique y de algunos negros, que sin duda los caribes habian cogido á los españoles; pero no por esto se sabe fijamente cual fué el resultado de aquella mision, verificada á costa de tantos peligros.

Supo por los mismos caribes que, además de los sacrificios ofrecidos á sus falsas divinidades, presentaban tambien otras ofrendas á uno de sus antiguos sacerdotes, del que conservaban los huesos con tanta mas superstición, cuanto que estaban persuadidos de que si llegaban á perderlos, caeria el cielo sobre ellos. Despues de haber empleado el santo inútilmente las mas convincentes razones para desvanecer aquel funesto error, resolvió hacerles quitar el objeto de su idolatría, esperando así, que cuando los indígenas, despues de la pérdida de aquellos huesos, viesen que no se realizaba el castigo que tanto temian, conocerian al fin su ceguedad y la astucia del maligno espíritu que les seducia. Pero, por mas que los caribes, despues de la desaparicion del cuerpo de su sacerdote idólatra, viesen que el cielo no habia caido sobre ellos, no por ello fueron menos supersticiosos, logrando tan solo el santo misionero por aquel medio escitar su furor; puesto que, para vengarse de la afrenta que creyeron haber recibido, resolvieron envenenar al ministro de Jesucristo. Era tan violento el veneno que al efecto emplearon, que esperimentó desde luego Luis Bertran una fiebre terrible que le redujo al último estremo: feliz por morir en honra y gloria de su Salvador, abrazó con todo el amor y efusion de su alma la cruz, objeto de todas sus delicias; pero sus esperanzas fueron defraudadas, por destinarle Dios á emprender aun nuevos trabajos para lograr la conversion de los americanos. Despues de cinco dias de terribles convulsiones, recobró el misionero, por una proteccion especial del cielo, su salud y sus fuerzas, con gran asombro de los indígenas: su sorpresa subió aun de punto, al ver el ardor con que emprendió nuevamente las funciones del apostolado, y el modo con que predicó el nombre de Jesucristo, así como la necesidad de creer en él para evitar las penas eternas, burlándose luego de la impotencia de los ídolos. El Señor continuó honrando su ministerio con nuevos prodigios; y si los malignos espíritus tomaban alguna vez formas humanas para seducir á sus adoradores, ora fuese para turbar el reposo de los que habian abrazado la religion cristiana, ora para seducir á sus adoradores, el taumaturgo les hacia desaparecer desde luego con solo hacer la señal de la cruz. Por mas que los sacerdotes de los caribes, mucho mas obstinados que los otros infieles, impugnasen, ó mejor, resistiesen la influencia del ministro de Jesucristo, del mismo modo que los mágicos de Faraon habian resistido á Moisés, no dejó por esto de inculcar las verdades de la fé en muchos de los indígenas.

Los progresos del Evangelio fueron mucho mas rápidos en los montes llamados de Santa Marta; puesto que, menos endurecidos sus habitantes, recibieron al apóstol como un ángel bajado del cielo para enseñarles el camino que conduce á él, por lo que se apresuraron á oirle y á poner en práctica sus instrucciones. Su ejemplo, en breve, estimuló á los pueblos vecinos que no tardaron en seguir sus huellas; mientras que Luis Bertran cuidaba de su mision con un verdadero afecto paternal, se le presentaron mil quinientos indígenas de las inmediaciones de Paluato, de los mismos que tan sordos se mostraron antes á la palabra de Dios, manifestándole que estaban firmemente resueltos á hacerse bautizar y á seguir en un todo la religion cristiana que poco antes habian rechazado. Luis Bertran admiró mas y mas la bondad del Señor, é instruyó á aquellos estrangeros junto con los naturales, teniendo el consuelo, antes de abandonar los montes de Santa Marta, de haber regenerado en ellos á mas de quince mil personas.

Desde allí pasó al pais de Mompox y luego á la isla de Santo Tomás, donde procuró á la Iglesia de Jesucristo nuevos y señalados triun-

fos; alcanzando así mismo á cada paso nuevas pruebas de la proteccion de Dios. Predicaba cierto dia debajo de un árbol, ante una gran multitud reunida para oirle, cuando se presentaron á su vista muchos infieles, armados de flechas y piedras, que iban adelantando precipitadamente para vengar á sus dioses con la muerte del que se atrevia á profanar los templos y derribar los ídolos. En vista de tan inminente peligro, hubo algunos amigos del santo que le aconsejaron que huyese para librarse del furor de aquellos bárbaros; pero él solo se limitó á contestarles: «Nada temais, porque les faltarán fuerzas para cumplir lo que han meditado,» y continuó su sermon con la misma calma que antes: todo sucedió como él habia dicho. Los infieles, al llegar á cierta distancia, se pararon repentinamente, escucharon en silencio y con respeto, y declararon abrazar el cristianismo doscientos de entre ellos, pidiendo el bautismo; un cacique y toda su familia siguieron en breve su ejemplo, y se convirtió el primero en celoso defensor de la cruz, cuya virtud poderosa le habia dado á conocer Luis Bertran.

Las conversiones mas difíciles eran las de los sacerdotes de los ídolos, así como eran tambien las mas peligrosas, puesto que, cuantas veces se alcanzaba alguna victoria decisiva sobre el espíritu de las tinieblas en la persona de sus ministros, sufrió el siervo de Dios una persecucion encarnizada. Los sacerdotes infieles que rechazaban las aguas del bautismo, á pesar del ejemplo de algunos de sus compañeros, continuaban sirviendo á Satan, procurando con la malicia de la antigua serpiente atacar el honor y la vida del hombre que tan activamente procuraba destruir su imperio. Empleóse la violencia para hacer morir á Luis Bertran por el hierro, y luego la astucia para hacerle sucumbir por el veneno; pero como el Señor reiteró tantas veces sus milagros para su conservacion, ni la fuerza, la astucia y la calumnia, de la que tambien se echó mano contra Luis, pudieron perjudicar en lo mas mínimo, ni al ministro, ni á su ministerio. Una muger indígena, que no tardó en convertirse á la fé, á pesar de haber perdido ya en una edad temprana su candor y su inocencia, procuró á los sacerdotes de los infieles un medio para calumniar al misionero. Infiel á las observaciones que le hacia el santo, se dejó seducir por un jóven; y como temiese despues ser castigada, acusó á Luis Bertran como cómplice de su delito; los enemigos de la fé, que tenian un interés directo en propalar la calumnia, procuraron darle toda la publicidad posible para hacer caer al misionero y sus doctrinas en el mayor descrédito; pero como estaba acostumbrado ya el casto religioso á las mas duras pruebas, se limitó á orar y gemir, sin dejar de atender ni un solo instante al ejercicio de sus funciones. El Señor, empero, tomó su defensa. La muger adúltera confesó su crímen ante el juez; y obligado el cómplice á confirmar su declaracion, habria sido castigado en conformidad á las leyes, á no haber sido por un esceso de caridad, su intercesor, el ministro calumniado. Esto demuestra claramente las contínuas persecuciones que tuvieron que sufrir los ministros de Jesucristo hasta á veces de parte de aquellos que tienen obligacion de protegerles, solo por la cruda guerra que estaban haciendo al vicio y al error; los esclavos de la voluptuosidad, sobre todo, nada omitieron para hacer alejar á aquel rígido censor de su mala conducta, y luego para hacerle guardar silencio acerca de la misma. Unos, á fin de hacerle aparecer como cómplice de sus escándalos, indujeron á algunas mugeres sin pudor á que penetrasen en su pobre cabaña á horas impropias, á fin de publicar despues que el santo estaba de acuerdo con ellas; otros, con mucho disimulo, aparentaban compadecer y encomiar al justo perseguido, mientras que al paso que le admiraban en público, favorecian en secreto á sus calumniadores y apoyaban sus falsedades; pero todos ellos quedaron igualmente confundidos. Como Luis Bertran no se proponia mas que la gloria de Dios, y por lo mismo, solo se apoyaba en el Señor, nunca

le faltó en todos sus apuros el consuelo divino; así que, cuanto mas se obstinaban sus enemigos en difamarle, mas patentes eran los prodigios con que el cielo hacia brillar su piedad. Vióseles contener ó alejar las tempestades y vencer á las serpientes venenosas, y hasta los mismos tigres, sin mas armas que las de la oracion; viéronse realizar cuantas cosas él predijera, sin que dejáran nunca de cumplirse en todo; y por último, bastó su sola presencia para apaciguar un pueblo amotinado en la Granada, isla que los españoles habian conquistado en la América septentrional.

No fué menor el poder de Luis Bertran en Cartagena, donde logró por medio de sus obras y de sus palabras, hacer miles de conversiones en una sola cuaresma; ni aun los corazones mas endurecidos por el pecado pudieron resistir á la fuerza de sus discursos, y mucho menos aun á la influencia de sus ejemplos. Con una firmeza heróica, y una paciencia á toda prueba, sostuvo siempre el santo religioso las verdades que anunciaba, cualesquiera que fuesen las persecuciones, insultos y mofas que tuviese que arrostrar de parte de los enemigos de sus santas doctrinas. Las curaciones maravillosas que hizo, y hasta el milagro de resucitar un muerto, dieron menos fuerza aun á las palabras de Luis Bertran que la solidez de su virtud inquebrantable.

Hacia cerca de ocho años que solo procuraba hacer conocer el nombre de Jesucristo á los indígenas, y aumentar la virtud de los que pertenecian ya al gremio de la Iglesia, cuando al ver Luis Bertran los obstáculos que oponian algunos malos cristianos á la marcha regeneradora de los operarios apostólicos, determinó regresar á España. Con todo, no quiso abandonar aquella mision que le costaba tantos desvelos, sin consultar antes por medio de fervientes oraciones la voluntad de Dios, y sin estar seguro de la del maestro general, al cual escribió desde luego. Así que se supo en América su intencion de retirarse, los nuevos cristianos que le debian su conversion unieron sus súplicas á las vivas instancias de los demás misioneros para decidirle á quedarse en el Nuevo-Mundo. Los religiosos dominicos del convento de Santa Fé de Bogotá, hicieron el último esfuerzo para retenerle, nombrándole prior de su comunidad; y como el provincial de San Juan Bautista confirmase su eleccion y mandase al religioso aceptar aquel cargo, dispúsose Luis Bertran á dar cumplimiento á la órden recibida. Embarcóse al efecto en el buque Magdalena para trasladarse al convento de Santa Fé; pero Dios lo dispuso de otro modo, pareciendo aprobar su regreso á España: tuvo el buque un viento contrario, que no le permitió hacer en treinta dias ni la mitad del trayecto que se hacia regularmente en veinte y cuatro horas, sin que pudiese por último evitar el naufragio. La lancha en que estaba el religioso, junto con otros pasajeros, zozobró, y si todos lograron salvarse, solo fué atribuido á la fé del misionero y al fervor de sus oraciones. Una canoa que salió quince dias despues de su embarque, alcanzó al religioso, siéndole entregada una carta de Vicente Justiniani, maestro general de la Orden de Predicadores, el cual le permitia regresar á Europa; Luis remitió una copia de ella al provincial, cuyas órdenes habia empezado á cumplir, dió gracias á los dominicos de Santa Fé, y por el mismo rio, se dirigió nuevamente á Cartagena.

Durante la travesia, se detuvo el misionero algun tiempo en un punto llamado Tenerife, donde habia una persona unida á él por los lazos de la amistad, y que admiradora de su virtud, le recibió con toda la efusion de su alma. Como corriese la voz de que iba la flota á hacerse á la vela dentro ocho dias, hizo aquel sincero amigo todos los preparativos necesarios para el viage; y cuando se creyó que se iba ya á levantar anclas, pidió al santo su bendicion, y le previno que se dirigiese al buque. «No, le contestó el siervo de Dios; no creais que urja tanto, puesto que aun permaneceré quince dias á vuestro lado.» Esta contestacion sorprendió agradablemente al amigo del santo, por ignorar que se quedaba Luis

Bertran para administrar los últimos sacramentos á su esposa y bautizarle un niño, nacido antes de tiempo. Pocos dias despues, los horrendos silvidos de una enorme serpiente espantaron á aquella señora, que estaba en cinta; y el espanto y una caida que sufrió en el momento de huir, causaron su muerte. Si bien la presencia del santo no evitó aquel triste suceso, fué no obstante muy útil y contribuyó en gran manera á la salvacion de la madre y de su hijo. Durante las tres semanas que Luis Bertran permaneció en Tenerife, predicó con su acostumbrado celo, manifestando todos los indígenas un vivo dolor al verle partir.

Los habitantes de Nueva Granada han conservado siempre con veneracion profunda el recuerdo de las virtudes de aquel santo misionero, que el Señor habia glorificado á sus ojos, y de sus oraciones, á las que se atribuye la perseverancia de aquellos pueblos en la fé que él les habia predicado. Vese con cuánta razon se ha dado á Bertran el nombre de Apóstol del Nuevo-Mundo, y comparádosele con el ilustre S. Francisco Javier, por haber hecho este algunos años antes en la India y el Japon, lo mismo que hizo despues aquel en América. Sus predicaciones y milagros ensancharon considerablemente el imperio de la religion, y dieron á conocer á muchas regiones el nombre de Jesucristo; sometieron á su dulce yugo á naciones degeneradas hasta la barbárie, é hicieron adorar la cruz á un sin fin de pueblos que prostituian su veneracion hasta el punto de reconocer por dioses á Satan y sus ídolos. El uno de los dos apóstoles terminó su gloriosa carrera en busca de nuevas naciones donde poder estender el imperio del cristianismo: el otro, fué conducido por la Providencia á su patria, para que formase allí nuevos ministros que pudiesen consagrarse como él á la conversion de los idólatras.

Llegó Luis Bertran á Valencia en el mes de octubre del año 1569, donde murió á 9 de octubre de 1581. Paulo V le beatificó por su bula de 29 de julio del año 1608, y fué canonizado por Clemente X el dia 12 de abril de 1671; todos los estados del rey de España celebraron aquella fiesta con magnificencia; los pueblos de Nueva Granada, sobre todo, sobrepujaron á todos los demás en la esplendidez de sus fiestas. Luego pidieron á S. Luis Bertran por especial patrono, no dudando que él que les habia llamado á la fé, é instruido con tanta caridad, continuaria protegiéndoles despues de su muerte: Cárlos II hizo presente su peticion al papa Alejandro VIII que, por decreto de 3 de setiembre del año 1690, declaró á S. Luis Bertran, patrono y protector especial del reino de Nueva Granada. El papa declaró así mismo que fuese su fiesta de precepto en aquel pais, debiendo celebrarse en 10 de octubre, por ser el 9, dia de su muerte, el destinado para la fiesta de S. Dionisio.

Por no interrumpir la historia de las misiones de S. Luis Bertran, hemos dejado de hacer mencion de algunos hechos que en manera alguna deben omitirse.

Hácia el mes de febrero del año 1564, llegó á Santa Fé de Bogotá, en calidad de presidente de aquella real audiencia, el doctor Andrés Venero de Leiba, varon ilustre y virtuoso que tenia tanto afecto á los indígenas como celo por la propagacion de la fé. De acuerdo con los obispos y con los superiores de los misioneros, adoptó el prudente Venero de Leiba todas las medidas necesarias para organizar las tribus; porque yendo los naturales errantes y viviendo en un aislamiento completo, no podian ser fácilmente instruidos. Luego puso tambien el nuevo presidente en vigor algunas disposiciones sinodales del obispo de Santa Marta, que habian querido suprimir algunos de sus antecesores; los indígenas recibieron en su consecuencia la órden de reunirse en los pueblos, y de construir en ellos iglesias bastante capaces para que pudiesen reunirse todos al toque de la campana que debia anunciarles la oracion. Al propio tiempo se dispuso la apertura de diferentes escuelas, donde los niños y los jóvenes criollos, pudiesen aprender á orar, leer y escribir.

A peticion de Felipe II, erigió el santo pon-

tífice Pio V en metrópoli la iglesia de Santa Fé de Bogotá, el año 1566; y Juan de los Barrios, que habia dirigido hasta entonces aquella iglesia como obispo de Santa Marta, fué nombrado su primer arzobispo. La congregacion dominicana de S. Antonino fué elevada tambien á provincia independiente de la de S. Juan Bautista, la cual tenia ya á la sazon diez y siete conventos con título de priorato, y un número mucho mayor de casas de instruccion ó vicariatos dependientes de ellos, que estaban en relacion con el número de pueblos que debian instruir. Dice un historiador que vivió en aquel pais, que habia setenta pueblos confiados á los dominicos de la provincia de San Antonino, la cual se estendia por las diócesis de Santa Fé, Santa Marta, Cartagena y Popayan, hasta los confines de la de Quito, sin tener mas límites que los del nuevo reino de Granada.

CAPÍTULO VI.

Misiones de los Jesuitas en el Brasil.—Inútiles esfuerzos de los calvinistas en aquel pais y en la Florida. — Pedro Leitan, primer obispo del Brasil.

Habia otra region en la América meridional, bañada por el Océano atlántico, la de los Tupis (1), á los cuales procuraban los portugueses tomar el Brasil, que habia recibido ya de los franciscanos la feliz nueva de la salvacion, durante el primer período de la dominacion portuguesa; pero como se pensaba entonces mucho menos en aumentar el número de los misioneros, que en asegurarse por la fuerza de las armas la posesion de diferentes puntos que debian asegurar la organizacion política del Brasil, no pudieron dar los misioneros grandes resultados. Fué aquel pais dividido en alcaldías ó bailíos que fueron cedidos á título de feudos ó dignatarios del reino de Portugal. Si bien no fueron en un principio aquellas concesiones de gran utilidad, por estar los bailíos muy separados, no dejaron de ser despues de bastante importancia por haberse ensanchado y ser ya limítrofes. El primer gobernador general enviado al Brasil con la doble mision de asegurar el nuevo órden político de la colonia y procurar la conversion de los indígenas, fué Tomás de Souza, al que acompañaron seis jesuitas, pedidos por Juan III á Paulo III y á S. Ignacio de Loyola. Simon Rodriguez, provincial de la Compañía en Portugal, nombró á los cuatro sacerdotes que habia entre aquellos religiosos, á saber: Manuel Nobrega, hombre de una gran virtud, de mucho saber y de una rara prudencia, el cual fué nombrado rector; Leonardo Nuñez, Antonio Pireo, Juan Aspilcueta, y los dos hermanos Vicente Rodriguez y Diego de San Jacobo, los cuales formaron parte de aquella primera espedicion. Todos ellos eran portugueses á escepcion de Aspilcueta, que era natural de Navarra, como S. Francisco Javier. Se embarcaron los seis jesuitas con Tomás de Souza en el mes de abril del año 1549, llegando en breve á la ciudad del Brasil, llamada del Salvador (San Salvador) ó ciudad de la Bahia de todos los Santos (Bahia) (Pl. LXX, n.° 2.)

Situada en la costa oriental y casi á la entrada de la bahia, tiene aquella ciudad uno de los mas hermosos puertos de América; está una parte de ella edificada en un terreno escarpado que se eleva como unos seis cientos piés sobre el nivel del mar, y parte en la playa: fué por espacio de dos siglos la residencia de los gobernadores generales del Brasil. La parte baja bañada por el mar, lleva el nombre de Praya, y la ciudad alta, ó *Cidade-Alta*, comprende los dos arrabales de Bom-Fim, situados al norte, y el de Victoria, al sud; hay en este último la hermosa capilla de Gracia, iglesia la mas antigua de Bahia: se encuentra en la propia iglesia un sepulcro, que pertenece, segun su inscripcion del año 1582, á Catalina de Alvarez, indígena de la tribu de los tupinambas, á la cual pertenecia todo el territorio del bailío.

A la llegada de los jesuitas, se les señaló un terreno para que se construyesen en él un

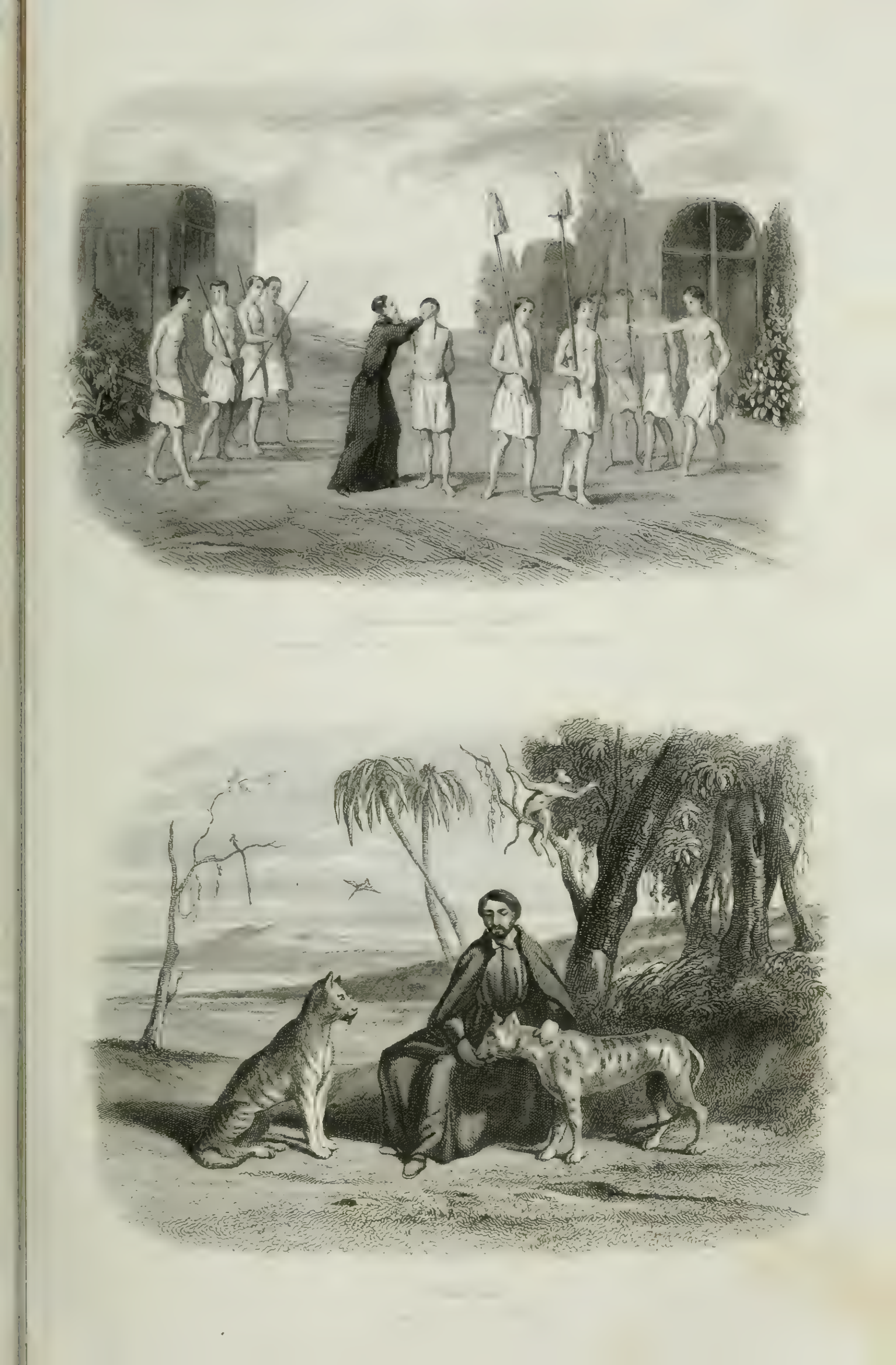
(1) Véase lo que dijimos en el cap. XXXV, lib. I.

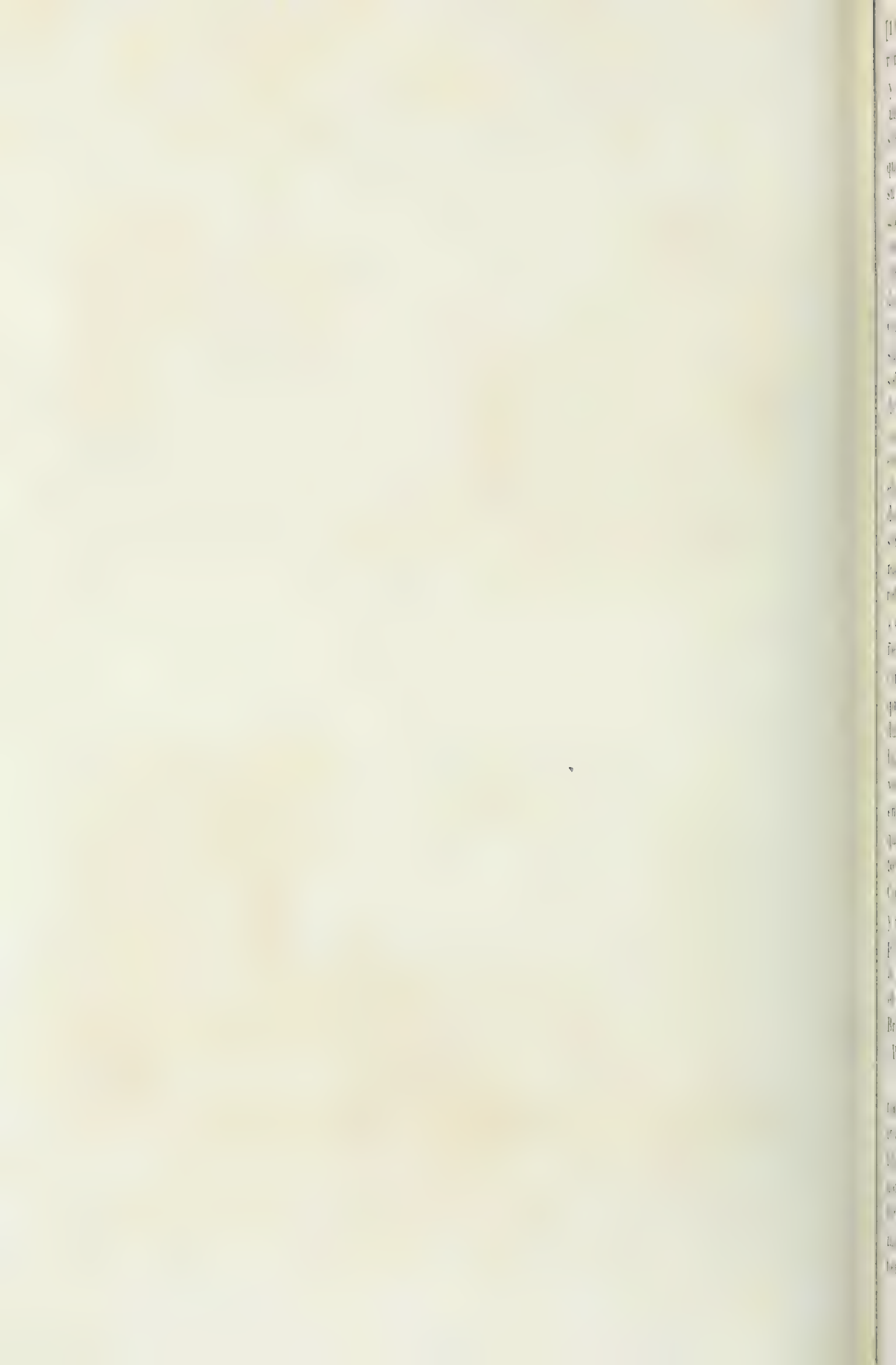
convento y una iglesia; ellos mismos fueron á procurarse en los bosques la madera que necesitaban, se labraron la piedra, buscaron la arena y el agua indispensables, é hicieron á cuestas todo el acarreo de aquellos materiales para edificarse luego la casa de Dios. Como apenas podian con las limosnas atender á sus necesidades, viéronse obligados á dedicarse al trabajo, mas no por ello descuidaron la obra espiritual que les estaba confiada, y que desempeñaron dignamente en Bahia hasta que llegó de Portugal un sacerdote secular, que se encargó de la direccion de las almas. Una vez libres de este cuidado, se dedicaron los jesuitas á convertir á los indígenas, objeto principal de su mision; dejaron la iglesia y la casa que se habian construido al cura párroco, y fueron á establecerse en una colina no muy distante de la ciudad, á la que dieron el nombre de Calvario, y cerca de la cual residian algunos tupinambas. Como todas las alcaldias tenian la misma necesidad de socorros espirituales, debieron los operarios apostólicos dividirse; por lo que Nobrega destinó al P. Leonardo Nuñez y á Diego de San Jacobo, á San Vicente; él se dirigió á Pernambuco; y los demás compañeros sin abandonar á Bahia, visitaron sucesivamente los Ilheos, Porto-Seguro y Espirito-Santo. Aspilcueta, sobre todo, por ser el que con mas facilidad aprendió el idioma de los indígenas, no cesaba de evangelizar á los habitantes de la costa, siendo en todas partes benévolamente acogido; si bien no se atrevia á bautizar á todos aquellos, cuya inteligencia empezaba á comprender ya las verdades de la religion, á causa de su inconstancia y de sus bárbaras costumbres, conferia, no obstante el bautismo á los moribundos, y llenaba los seminarios y las escuelas de jóvenes y niños, que eran en ellos instruidos y educados cristianamente. Habian sido traducidos á la lengua brasileña la Oracion dominical, el Ave-María, el Símbolo de los apóstoles, los Mandamientos de la ley de Dios, y casi todos los principales puntos del catecismo; y los misioneros, despues de haber grabado aquellas traducciones en su memoria, recorrian las tribus y la recitaban en alta voz ó cantando, á fin de llamar la atencion á los indígenas, á los que procuraban al propio tiempo atraer por medio de signos afectuosos: luego les referian la creacion del mundo, el pecado del primer hombre, la misericordia, el poder y la grandeza de Dios. En el año 1550, llegaron al Brasil otros cuatro jesuitas, llamados Salvador Roteric, Francisco Pir20, Manuel Payva y Alfonso Blaise, quienes, por decirlo así, abrieron el camino á los demás que desde entonces fueron llegando cada año. Al ver los buenos resultados que daba la fácil enseñanza adoptada, merced al atractivo que tenia para los indígenas, fué seguida en todos los puntos del Brasil, visitados por los misioneros. Maravillados los oyentes, abrazaban con placer desde luego la doctrina que se les proponia: pero, si bien dejaban aquellos antropófagos halagarse fácilmente por las verdades de la fé, rara vez llegaban á practicar los preceptos de la moral cristiana, como pudieron por desgracia convencerse de ello en breve los religiosos del Calvario. Sus vecinos, los tupinambas, habian hecho un prisionero de guerra, al que condenaron á muerte, y se disponian á comérselo, cuando los jesuitas, al saber aquel horrible festin, acudieron para impedirlo; fueron tantas las observaciones que hicieron á los hombres que habian catequizado, que, aunque las mugeres, mas ávidas de carne humana, escitasen á algunos jóvenes á la resistencia, acabaron los jesuitas por apoderarse del cadáver, que enterraron en su jardin, procurando remover la tierra en varios puntos, á fin de evitar que hallasen los salvages la sepultura. A la noche siguiente, conforme lo previeron los padres, se presentaron los tupinambas, y empezaron á escabar la tierra hasta que hallaron el cadáver; pero como los jesuitas estaban de observacion, se presentaron desde luego para salvarle de la voracidad de los caníbales; y á pesar de los furiosos gritos de las mugeres, quedaron due-

ños del cuerpo, que enterraron al dia siguiente en Bahia. Fué tal la cólera que se apoderó de los tupinambas, que por poco habrian destruido enteramente la ciudad de Bahia; viéndose obligados los jesuitas á permanecer en ella por librarse de su furor, construyéronse entonces una nueva casa, que se convirtió despues en colegio de su Compañía. Por último, se apaciguó la cólera de los indígenas, quienes se presentaron á dar una satisfaccion á los padres, que, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, y el peligro á que la ciudad se habia visto espuesta, resolvieron no apelar en lo sucesivo mas que á la persuacion para retraer á los indígenas de su bárbara costumbre. Sin embargo, lograron que algunos de ellos renunciasen á la antropofagia; y los que quisieron persistir en ella, prometieron permitir á los jesuitas hablar con los infelices que estaban destinados á servir de alimento al vencedor: ya que no podian los jesuitas salvar su cuerpo, procuraban al menos salvar su alma, esplicándoles los principales misterios del cristianismo. De aquel modo, lograban hacer nacer en ellos el deseo de ser hijos de Dios por medio del bautismo, les sugerian un verdadero dolor de sus pecados, luego les regeneraban con el agua bautismal, y les ponian en el caso de recibir con el golpe fatal que habia de poner fin á su existencia terrestre, la corona imperecedera que ciñe la frente de los escogidos. Pero como luego el espíritu infernal sugiriese á los antropófagos la idea de que el agua que se derramaba sobre la cabeza de las víctimas contribuia á que fuese menos suculenta su carne, no permitieron aquellos que se les bautizase; por lo que convinieron los religiosos en que despues de haberse asegurado de que el paciente deseaba el bautismo, le acompañarian hasta el lugar del suplicio, donde tan solo le rociarian con el agua exprimida de un pañuelo mojado, para poder pronunciar la fórmula esencial del sacramento (Pl. LXIV, n.° 1). Los pajés. (especie de sacerdotes) al paso que esplotaban la credulidad de los indígenas, entorpecian en gran manera los esfuerzos de los misioneros: encontró el P. Nobrega á uno de ellos, que pretendia curar todas las enfermedades, y habiéndole preguntado si las curaba en nombre de Dios, creador del cielo y de la tierra, ó bien porque tuviese pacto con el maligno espíritu, se atrevió á contestarle que él era el verdadero Dios, hijo del Dios del cielo, que á menudo se le mostraba en medio del fulgor del rayo. El jesuita atacó entonces su impiedad en presencia de todo el pueblo, obligándole con la fuerza de sus argumentos y el poder de su lógica á guardar silencio; luego le exhortó á que cambiára de vida, y le prometió rogar al Señor que le perdonase sus imposturas y sus crímenes: y en efecto, penetrado el pajé de la luz de la gracia, fué admitido al poco tiempo en el número de los catecúmenos. Fueron escogidos como unos cien neófitos, por ser los que estaban mas dispuestos é instruidos de entre los ochocientos que aguardaban el sacramento de la regeneracion, los cuales despues de haber recibido el bautismo, se vieron en su mayor parte atacados de diferentes enfermedades, que atribuyeron algunos de los infieles á la influencia del agua bautismal: pero Dios permitió que la curacion de todos los enfermos hiciese impotentes los esfuerzos de la calumnia. Aquellos nuevos y fervientes cristianos empezaron desde luego á construir iglesias, á fin de poderse reunir en ellas para el santo sacrificio y todas las demás funciones religiosas que debiesen celebrarse. Los templos levantados al Señor por las manos purificadas de los nuevos convertidos, pronto fueron convertidos en otros tantos centros de civilizacion; puesto que, todos los indígenas errantes, fueron á agruparse en su derredor, para sujetarse á un reglamento que aseguraba el órden, y aprender á cultivar las tierras, cuyos frutos debian asegurarles una subsistencia abundante, y útiles medios para procurarse en cambio las producciones de la industria europea. Verdaderos padres de aquellos hombres tan profundamente degradados, no debian pa-









rar los jesuitas hasta rehabilitarles en el alma y el cuerpo, puesto que formaban á la vez una santa reunion de fieles, y una honrada sociedad de ciudadanos: nada tiene de estraño que algunas almas generosas se asociáran á su gloriosa mision. Entre los muchos portugueses que al ver las portentosas conversiones obradas por los jesuitas, determinaron entrar en su Compañía, citarémos á Pedro Correa, descendiente de la familia real de Portugal. Capitan de un buque, recorria Pedro en toda su estension la costa del Brasil, sin que nunca saltára en tierra, sino con el objeto de apoderarse á viva fuerza de los indígenas, que vendia luego en las alcaldias, donde se les empleaba en el cultivo de las tierras ó en la elaboracion del azúcar. Al obrar de aquel modo, creia el jóven portugués prestar un gran servicio á la causa de la religion y de la humanidad, porque aquellos esclavos, en sus relaciones con los portugueses, se civilizaban y convertian al cristianismo; pero, el P. Nuñez, que era el que estaba especialmente encargado de los esclavos, demostró á Correa que no tenia derecho para reducir á la servidumbre, á infortunados que ningun mal le habian hecho, y que la religion no queria siervos, y si únicamente hombres libres. Desde entonces procuró Pedro Correa reparar el mal que habia hecho á los indígenas, haciéndoles todo el bien posible; así pues, entró en la Compañía de Jesus para consagrarles su sudor y su sangre. Entre tanto, la sociedad fundada por S. Ignacio, estaba reclutando en Europa la flor de las inteligencias, y hallábase ya en el caso de poder mandar nuevos refuerzos al Brasil, donde apareció entonces Anchieta. (Pl. LXIV, n.º 2.)

José Anchieta, cuyo padre era vizcaino, nació el año 1533 en la isla de Tenerife, patria de su madre; eran ambos cónyuges nobles y ricos, pero mucho mas recomendables aun por su piedad que por su nacimiento y fortuna. Despues de haber educado cristianamente á su hijo José, le enviaron con otro hermano mayor á la ciudad de Coimbra, en Portugal, para que estudiára en el colegio que tenian allí los jesuitas. Dotado de un talento superior, no tardó en ser José uno de los discípulos mas aventajados; mostró ya desde el principio de sus brillantes estudios una gran disposicion para la poesía; pero los dones del alma eran aun en él muy superiores á los de la inteligencia; la modestia, el candor y la castidad, formaban el conjunto de su carácter angélico. Un dia, que estaba orando ante el altar de la Vírgen, le consagró su pureza; y, desprendiéndose desde luego de todas las cosas terrenas para no aspirar mas que á las cosas divinas, resolvió abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesus, á la que perteneció ya desde la temprana edad de diez y siete años. Los estudios y los combates espirituales del noviciado, le acostumbraron á los penosos ejercicios de aquella milicia, en la que debia distinguirse tanto; la costumbre, empero, que tenia de ayudar arrodillado diariamente la misa á ocho sacerdotes, hizo contraer su cuerpo, por no estar aun desarrollado, y le acarreó una debilidad, que fué probablemente la causa de que se le enviára, oido el parecer de los facultativos, á desplegar su celo en las regiones del Brasil. El dia 13 de mayo del año 1553, se embarcó el jóven Anchieta en Lisboa con Eduardo de Acosta, segundo gobernador general, y en compañía de los tres padres, Luis Grana, que habia sido rector del colegio de Coimbra, Blas Laurens, Ambrosio Pireo, y de los tres hermanos, Gregorio Serran, Juan Gonzalo y Antonio Velazquez, español este último, y portugueses los demás. Como iba aumentando cada dia en el Brasil el número de los jesuitas, se juzgó necesario formar una provincia de la órden, y de la que fué nombrado provincial el virtuoso Manuel de Nobrega. Con la cooperacion de aquellos nuevos operarios, fueron construidas diferentes iglesias, y particularmente una en Piratiningua, donde se fundó, bajo la invocacion de S. Pablo, el primer colegio del Brasil, del que hizo Anchieta la descripcion siguiente: «Algunas veces nos hemos visto reunidos en

aquella choza mas de veinte y seis personas, sin tener otro lecho que el que formaban algunas haces de rastrojos ó yerbas secas; la pieza principal tendrá como unos catorce piés de longitud sobre diez de anchura, teniendo que servirnos á la vez para las clases, para comedor y dormitorio; pero todos nuestros hermanos están tan contentos de su habitacion, que no trocarian su cabaña por el palacio mas cómodo y magnífico. Tienen siempre presente que el Hijo de Dios nació en un pesebre, mas incómodo que el sitio en que habitamos, y que murió por nosotros en una cruz, que era aun mucho mas insoportable: hé ahí lo que hace desaparecer todas las incomodidades de la habitacion, en que los intereses de la gloria de Dios nos reunen.» Por espacio de algunos años, enseñó Anchieta la lengua latina, mientras estudiaba él la lengua del pais, de la que llegó á escribir la gramática; compuso así mismo un diccionario, algunos diálogos para el uso de los catecúmenos, esplicando los principales misterios de la fé, varias instrucciones para la confesion, algunos cánticos de devocion, y hasta algunas canciones alegres é inocentes, destinadas á sustituir otras que no podian ser permitidas. Sus versos llegaron á ser tan populares, que eran repetidos sin cesar, contribuyendo sus cantos á elevar á Dios el alma de los portugueses y de los indígenas; á peticion del provincial, que queria corregir ciertos vicios en los antiguos cristianos, que podian escandalizar á los nuevos, escribió Anchieta un drama en portugués y en brasileño, á fin de que tuviese el mismo interés para ambos pueblos; disponiendo para representarle un teatro al aire libre en la poblacion de San Vicente, residencia del provincial: inmenso fué el pueblo que de todos los puntos acudió para asistir á aquella representacion, la primera, sin duda, que se hizo en el Brasil. En el momento que los actores se presentaban á la escena, cayeron algunas gruesas gotas que parecian anunciar una tempestad, y empezaban ya los espectadores á dispersarse, cuando á una señal de Anchieta, volvieron á ocupar sus puestos; solo estalló la tempestad despues de terminada la funcion y de haberse retirado la multitud bendiciendo la piedad dulce é ingeniosa de los jesuitas, que aun en el seno de los placeres, sabian dar saludables lecciones. Aunque Anchieta no hubiese recibido aun órdenes sagradas, se unia ya con frecuencia á los sacerdotes, para recorrer, como los apóstoles, los puntos habitados por los indígenas: en una de sus escursiones, procuró el jóven misionero la gracia del bautismo á un anciano que contaba cien años, y que murió pocas horas despues cristianamente. Tal era el alto concepto en que se tenia á Anchieta por su talento y sus virtudes, que nada emprendia de algun peso el provincial Manuel Nobrega, sin consultárselo.

Los singulares beneficios que sin cesar dispensaban los jesuitas á los pueblos que estaban en sus alrededores, decidieron á diferentes carijos, que solo de oidas conocian sus virtudes, á ir á encontrarles en San Vicente, para que se dignasen instruirles en las verdades de la fé; pero Dios recompensó á aquellos pobres salvajes su buena voluntad, abreviando su viage, y permitiendo que recibiesen en su camino el bautismo de sangre en lugar del de agua, puesto que habiendo sido sorprendidos por los tupiniquinos durante el viage, fueron casi todos bárbaramente asesinados: los pocos que tuvieron la desgracia de caer prisioneros, debian ser devorados por aquellos caníbales. Un español, que era su compañero de viage, y que logró escaparse, llevó la noticia de aquella horrenda escena á la poblacion de San Vicente; tan pronto como los jesuitas supieron lo ocurrido, nombraron á Pedro Correa, que poseia perfectamente la lengua de los tupiniquinos, para que fuese en su busca y procurase salvar á los prisioneros. Los esfuerzos del héroe portugués, su persuasiva elocuencia, y sobre todo, la proteccion que le dispensó el cielo por su caridad ardiente, le valieron el dulce consuelo de salvar á los prisioneros, así como tambien á dos españoles, que se llevó consigo. El libertador de los carijos, contrajo





por ellos tan vivo afecto, al ver las bellas cualidades de que estaban dotados, que en su celo, pidió y obtuvo de Nobrega el permiso para ir á anunciarles la fé: partieron pues, Pedro Correa y el hermano Juan Souza, encargándoseles muy particularmente que estuviesen de regreso antes de la fiesta de Navidad del año 1554. Ni la fatiga ni los peligros pudieron entibiar en lo mas mínimo el ardor de los misioneros: luego de haber llegado al pais de los corijos, empezaron por hacerles odiosas sus supersticiones, por hacerles conocer y amar la ley de Jesucristo y por hacerles desear vivamente la gracia del bautismo; pero como el plazo fijado por el provincial iba ya á espirar, determinaron ponerse en camino, ya para cumplir con la órden de su superior, ya para procurarse otros ausiliares que terminasen con ellos la obra regeneradora bajo tan buenos auspicios empezada. Llevaban por guia á uno de los prisioneros salvados por Pedro Correa del furor de los tupiniquinos que les hacian engordar para ser devorados en sus horrendos festines. Aquel desgraciado, á quien los misioneros habian obligado á separarse de una muger, con la que vivia en una intimidad escandalosa, no titubeó en vengarse, haciendo morir al hombre que le salvó su vida; hé ahí de que modo realizó su plan infame: abusando de la confianza que tenia en él un pueblo sencillo y crédulo, persuadió á los demas salvages de que Pedro Correa y su compañero trataban de hacerles degollar por otra tribu vecina. El ódio sucedió desde luego al afecto que inspiraban antes los dos misioneros; mientras se disponian á emprender la marcha para San Vicente, se les estaba preparando una emboscada que estaban muy lejos de sospechar y que debia costarles la vida. Apenas acababan de caer en ella, cuando dos de los brasileños de su escolta fueron mortalmente heridos; al ver el furor con que eran atacados, cayó Souza de rodillas, para recibir la muerte en una actitud mas respetuosa, y se vió al instante atravesado por una multitud de flechas. Todos los arcos se vuelven entonces contra Pedro Correa que, aunque herido, dirige tiernas palabras á sus asesinos, que solo contestan á ellas con nuevos golpes; entonces se arrodilla como su compañero, deja su baston, levanta los ojos y las manos al cielo, é invocando á Dios en favor de sus verdugos, recibe á un tiempo la muerte y la palma del martirio (Pl. LXXI, n.º 1.) Dos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesus, que se consagraban por su celo á la conversion de los indígenas, fueron tambien muertos con la misma crueldad en el año 1555.

Hora es ya de que veamos el contraste que ofrecen las estériles misiones de los protestantes (1) al lado de las fecundas misiones católicas que han evangelizado tantos pueblos.

Nicolás Durand de Villagañon, caballero de Malta, sobrino de Villiers de Isle-Adam, gran maestre de la propia Órden, se habia distinguido en Africa por su valor, siendo nombrado, en recompensa de sus servicios, vice-almirante de Bretaña. Luego, empero, de haberle elevado Enrique VII á aquel empleo, se indispuso ya el nuevo vice-almirante con el gobernador de Brest, y como previese las funestas consecuencias que se le podian seguir de aquel rompimiento, se resolvió á abrazar la heregía. Vivamente alarmado el almirante de

(1) Estériles, y mas que estériles aun, perjudiciales, habian de ser precisamente las misiones del protestantismo en América. Una secta, que debe su origen al orgullo y á la impiedad de un mal religioso; una secta, que ya al nacer costó á la Europa torrentes de sangre; una secta, que solo pudo ser planteada en Alemania y Francia despues de terribles y prolongadas luchas, é introducida en Inglaterra por el desenfreno de Enrique VIII; una secta, que lleva la muerte en su seno por estar dividida en tantas otras, cuantas han sido las opiniones de los hombres de talento y de ambicion que han pertenecido á ella; una secta, cuyos pastores ó ministros se ven unidos á la tierra por indisolubles lazos que no siempre les permiten ejercer libremente las funciones de su ministerio, y mucho menos elevar su alma al cielo por medio del sacrificio; una secta, en fin, que sustituyó la razon á muchos misterios, y que en su espíritu de revuelta y desórden no paró hasta separarse del seno de su madre la Iglesia católica, no podia predicar á los pueblos la caridad, la paz, la mansedumbre evangélicas de que ella carecia, ó bien haciéndolo, no debian sus predicaciones dar ningun resultado. Esto es lo que sucedió, lo que debia suceder, lo que sucederá siempre, que el protestantismo, faltando á su mision de destruir, intente crear alguna cosa. Además, se necesitaba para evangelizar provechosamente los pueblos de América, toda la fé, abnegacion y caridad de los misioneros católicos, y en verdad, son estas virtudes, que nunca han poseido en alto grado los hombres del libre exámen. (Nota del Trad.)

Coligni al ver los decretos dados contra los protestantes, trató en lo posible de evitar su efecto, procurando establecer en América algunas colonias con los pretendidos reformados; Villagañon, que conocia perfectamente los planes de Coligny, le prometió ofrecer á los protestantes un asilo seguro en el Brasil, que les pondria al abrigo de todas las persecuciones. Así las cosas, obtuvo por mediacion de Coligny una suma de diez mil libras para atender á las primeras necesidades de los colonos, junto con dos buques de doscientas toneladas, provistos abundantemente, y del todo armados, en los que fueron embarcados una compañía de artesanos, algunas tropas de infantería y varios nobles aventureros; partió aquella espedicion del Havre, cuyo puerto llevaba entonces el nombre de *Franciscoplo*, el dia 12 de julio del año 1555. Obligado Villagañon á hacer escala en Diepa, vióse abandonado por una parte de sus compañeros, lo que debia de serle tanto mas sensible, cuanto que veia disminuirse con el número de los suyos las probabilidades del buen éxito de la espedicion; finalmente, despues de un viage asaz desgraciado, llegó á 10 de noviembre á la embocadura de Rio-Janeiro, y acabó por establecerse en una isla de una milla de circunferencia, rodeada de peñascos, sin tener mas que un solo puerto dominado por dos alturas, que fueron inmediatamente fortificadas. Fijó el ex-vice-almirante su residencia en el centro de la isla, en la cima de una peña de cincuenta piés de altura, donde construyó algunos almacenes y tambien un pequeño fuerte, llamado Coligny, en justa gratitud á su protector.

El franciscano Andrés Thevet, natural de Angulema, el cual acababa de recorrer la Grecia, el Asia Menor, y la Tierra Santa, habia aprovechado aquella ocasion para visitar el Brasil, desde donde volvió á partir para Francia el dia 31 de enero del año 1556, publicando la descripcion de aquel pais, bajo el título de *Singularidades de la Francia antártica*. Escribió asi mismo su cosmografía universal, en la que decia haber sabido por un portugués muy anciano que los brasileños atribuian á un Ser, llamado por ellos Maire Monan, casi las mismas perfecciones que nosotros reconocemos en Dios: puesto que aquel Ser, segun ellos, no tenia principio ni fin, habia creado el cielo, la tierra y todas las cosas, y luego se habia encarnado y hecho hombre, para aliviar con su enseñanza las necesidades de su pueblo. Esta tradicion, recogida por Thevet, habria sido de mucho interés para los misioneros católicos; pero que de nada sirvió á Villagañon, por no ser en el Brasil mas que el mandatario de la heregía, cuya esterilidad vamos á demostrar. Cuando el gefe de la espedicion calvinista hubo dado sus instrucciones, formó una alianza con los tamoyos, enemigos entonces de los portugueses, y escribió á Coligny ponderándole mucho las riquezas del pais, que los franceses llamaban *Francia antártica*, y la buena disposicion de los indígenas, y para pedirle refuerzos y algunos teólogos de Ginebra. Al recibirse en esta última ciudad las cartas de Villagañon, se presentaron desde luego catorce ministros ó estudiantes, que dijeron estar resueltos á pasar al Nuevo-Mundo. Partieron de Ginebra en 10 de setiembre del año 1556, se vieron con el almirante de Coligny al pasar por Chatillon-sur-Loing, se embarcaron en Honfleur el dia 19 de noviembre en tres buques fletados á espensas del Estado, llegando al fuerte de Coligny á 10 de marzo del año 1557. Los ministros protestantes Pedro Richer y Guillermo Chartier, iban acompañados de Juan de Lery, que escribió aquella espedicion, bajo el título de: *Historia de un viage al Brasil, llamado tambien América*. Dice el autor en ella, que todo cuanto se vé en América, sea con respecto al modo de vivir de sus habitantes, sea acerca de la forma de los animales, y en general, respecto de todos los productos de su suelo, es diferente de lo que hay en el antiguo mundo; entre todos los detalles que dá sobre las costumbres, es quizás el mas curioso la descripcion que hace de un baile religioso, durante el cual los pajés ó hechiceros dan vueltas en torno de los danzantes, á los





que arrojan por medio de su maraca (1) el humo del tabaco al oido diciéndoles: « A fin de que podais superar á vuestros enemigos, recibid todo el espíritu de fortaleza.» (Pl. LXXI, n.º 2.) Villagañon, de apóstata por temor, se convirtió en católico por conviccion, al ver por una parte la desunion que ocasionaba el libre exámen, y por otra, las pruebas de respeto y abnegacion dadas por los jesuitas: era verdaderamente admirable la unidad que reinaba en su doctrina y la conformidad de opiniones que presidia todos sus actos, mientras que los ministros protestantes se querellaban entre sí, hasta el punto de tener que hacer partir á Guillermo Chartier nuevamente á Europa para consultar á Calvino. Penetrado ó convencido de la insuficiencia y de la falta de sentido con que aquel reformador presentaba sus decisiones en materias de religion, contradijo á Richer mientras predicaba, se declaró Villagañon públicamente católico, hizo abrir los ojos á los colonos de buena fé, y obligó á embarcarse para Francia en 4 de enero del año 1558, á los que continuaban obstinados en el error. Su prudente, al par que firme conducta, llegó á consolidar su establecimiento ó colonia, á pesar de haber cesado Coligny de mandarle socorros; hé aquí lo que decia de él Mendez Sala, gobernador portugués, en una carta dirigida á su gobierno en 11 de julio del año 1560: « Villagañon se porta con los salvages de un modo muy distinto que los portugueses: es con ellos sobradamente liberal, sin faltar nunca á los mas estrictos principios de justicia. Si alguno de los suyos comete una falta es inmediatamente condenado á muerte; con esto ha logrado hacerse temer y amar á un mismo tiempo; hace instruir á los naturales en el uso y manejo de las armas; y, como la tribu con que está aliado es muy numerosa, y una de las mas belicosas, puede llegar á ser muy fuerte y temible. » Estaba el antiguo marino francés tan convencido de su poder, que dejando tan solo algunos soldados en Rio-Janeiro, se dirigió á Francia con la decidida intencion de procurarse una flota de siete buques con la que se proponia destruir la escuadra de las Indias y luego todos los establecimientos que tenian en el Brasil los portugueses; pero los disturbios que agitaban entonces al reino, no le permitieron procurarse la escuadra de que necesitaba para la realizacion de sus planes. Entonces fué cuando en lugar de ser el fuerte de Rio-Janeiro la cuna de una gran colonia francesa, no tardó en caer en poder de los portugueses, que procuraron colonizar desde luego aquella posicion, donde se alza hoy dia una gran ciudad que tiene uno de los mas hermosos puertos de América. (Pl. LXXII, n.º 1.) Son sus alrededores muy famosos por los bellos cuadros que ofrece la naturaleza; de modo que, lo pintoresco de su situacion, la benignidad de su clima y las riquezas vegetales que cubren aquel privilegiado suelo, admiran en Rio-Janeiro aun mucho mas que las obras del hombre.

No fué el Brasil la única region del Nuevo-Mundo, en que intentó Coligny establecer el protestantismo, sino que tambien fijó á este objeto su vista en la América septentrional, conocida hacia ya tanto tiempo por los franceses; puesto que desde el año 1504, habia pescadores vascongados, normandos y bretones, que se dedicaban á la pesca del bacalao en el gran banco de Terranova, y en toda la costa marítima del Canadá. En el año 1506, Juan Denys, natural de Honfleur, hizo una carta ó mapa del golfo hoy llamado de San Lorenzo; y en el año 1508, Tomás Aubert, capitan del buque *La Pensée*, armado por Juan Ange, célebre comerciante de Diepa, condujo á Francia á muchos indígenas del Canadá. Los primeros establecimientos que fundaron en aquel pais los negociantes de Diepa, debieron de ser los que fueron creados por sus mayores en la costa de Africa, en sus primeros viages, esto es: establecimientos que servian á la vez para almacenes de los géneros

(1) Especie de vaso que se emplea en varios puntos de América, y sobre todo en el Perú, para recojer un precioso bálsamo que cura las llagas y las heridas por graves que sean, con solo aplicar de él algunas gotas: tiene este bálsamo el mismo nombre de Maraca. (Nota del Trad.)

cambiados, y para albergar á los hombres que debian preparar los cargamentos. Situados aquellos establecimientos en las costas que hay junto á la entrada del golfo de San Lorenzo, la pesca del bacalao, la caza, el cambio de los objetos de peletería, ofrecian á aquellos industriosos navegantes enormes beneficios que podian procurarse dos veces al año, en razon á no ser la travesía que debian hacer mas que de setecientas leguas. El florentino Verazzano, que habia reconocido ya en el año 1508, la embocadura del rio de San Lorenzo, sin entrar en él, fué encargado por Francisco I en el año 1523, de esplorar el nuevo pais, del que tanto empezaba á hablarse ya en Francia, y de que se enterase del comercio de peletería, que acababa de adquirir tanta importancia. Sin embargo, la espedicion de Verazzano no procuró aun mas que nociones generales acerca de todas aquellas costas, desde Terranova hasta la Florida; puesto que, por no haber reconocido el Canadá, ignoraba que Terranova estuviese separada del continente, y no sabia el camino que hay al sud para ir desde aquella isla al golfo de San Lorenzo. Diez años despues Jacobo Cartier de San Malo, subió por el rio San Lorenzo hasta ciento treinta leguas mas allá de su embocadura. «La historia, dice el P. Cristian Leclercq, dirigiéndose á la princesa de Epinoy, nos revela que Mr. Felipe Chabot, conde de Baransais y de Chargny, señor de Brion, y gran almirante de Francia, que vivia con honor y con gloria durante el reinado de Francisco I, queriendo abrir el camino á los predicadores de la fé, en un pais donde no habia sido nunca anunciada, dió generosamente á Jacobo Cartier tres buques equipados á sus costas, y provistos de todo lo necesario para facilitar los primeros descubrimientos, y asentar la base de aquella floreciente colonia de la Nueva-Francia, que se vé hoy tan perfectamente organizada en el Canadá; y, trasmitiendo ó comunicando al corazon de aquel famoso piloto una parte de ese noble ardor tan comun y tan natural en todos los de vuestra familia, por estender la gloria de Jesucristo y de nuestros reyes, le mandó enarbolar en aquella region la cruz, la flor de lis, y la famosa inscripcion que valió á la monarquía francesa mas de dos mil leguas de pais en 6 de julio del año 1535, al aparecer por primera vez en la Gaspesia, y pocos dias despues en las riberas y las costas del rio San Lorenzo, concebida en estos términos: *Franciscus primus, Dei gratia, rex francorum, regnat*. Así pues, señora, ya veis como debe la Francia á vuestra augusta familia la conquista de aquella parte del Nuevo-Mundo, y que, por un efecto singular de la divina Providencia, vieron nuestros salvajes gaspesianos, con tanto placer como sorpresa, en su pais, una cruz igual ó parecida á la que adoraban sin conocerla.... Atenienses de un Nuevo-Mundo, prestaban homenage y adoracion á la cruz de un Dios que les era desconocido.» Cartier, que tenia mucha religion, insistió, á su regreso del segundo viage, en lo muy digno que seria de un gran príncipe como Francisco I, que llevaba el título de rey Cristianísimo y de Hijo primogénito de la Iglesia, procurar el conocimiento de Jesucristo á tantas naciones infieles que parecian estar dispuestas á convertirse al cristianismo. Se resolvió el proyecto de fundar una colonia, y por real cédula de 15 de enero del año 1540, Francisco de La Roque, señor de Roberval, noble picardo, fué declarado señor de Norimbega, virey y teniente general del Canadá, Hochelaga (hoy Montreal), Saguenay, Terranova, Belle-Isle, Carpon, Labrador, la Grande Bahía y Bacalaos. Partió Roberval en el año 1541, instaló su colonia en el Cabo Breton bajo el mando de Jacobo Cartier, y regresó luego á Francia al objeto de pedir nuevos socorros. Cartier y sus compañeros, viendo que no les llegaban las provisiones que estaban aguardando con tanta impaciencia, se embarcaron para la madre patria, pero como encontrasen al virey en la travesía, les hizo regresar al Cabo Breton. Roberval hizo aun otros viages al Canadá, muriendo en uno de ellos en el año 1549; desde entonces no volvió



á pensarse siquiera en la América septentrional; la idea de formar en ella establecimientos permanentes, solo fué reproducida en interés de los protestantes, cuando Coligny, obligado á renunciar al Brasil, quiso procurarles un asilo en aquella parte de la Florida que Verazzano habia descubierto, complaciéndose en creer que nadie disputaria á los franceses la posesion de la misma. El almirante confió la ejecucion de su plan á Juan de Ribault, natural de Diepa, y uno de los mas ardientes calvinistas; así pues, partió aquel navegante de su patria á 18 de febrero de 1562, con dos embarcaciones muy parecidas á las carabelas españolas: recaló en un principio á treinta grados de latitud, junto á un cabo que llamó Francés, y luego encontró á treinta y dos grados al Edisto, que se dividia en dos brazos casi iguales. Construyóse en la isla que hay en la embocadura de aquel rio, un fuerte, al que se dió el nombre de Charles-Fort, que fué el primero que tuvieron los franceses en la América septentrional; pero como Ribault regresase á Francia, é hiciesen las circunstancias mirar con descuido aquel establecimiento, llegaron la mayor parte de sus colonos á perecer de miseria (1).

En el año 1564, Renato de Laudonniere, tambien protestante como Juan de Ribault, con el que habia formado parte de la anterior espedicion á América, fué á su vez encargado de una pequeña flota que debia dirigirse de nuevo á aquellos mares, llegando el dia 29 de junio al Cabo Francés, en la embocadura del rio de Mai, llamado luego de San Agustin, y hoy dia de San Juan, donde construyó el fuerte de la Carolina. Es muy estraño que Laudonniere no condujese á la Florida ni un solo ministro, lo que impedia que pudiese hacerse en ella ni la funcion religiosa mas insignificante; por las relaciones que nos han trasmitido los protestantes, hemos podido saber cual era la religion de los habitantes de la Florida; hé ahí los datos que acerca de ella dá Laudonniere, en su *Historia notable de la Florida, comprendiendo los tres viages hechos sucesivamente por capitanes y pilotos franceses.* El sol parecia ser la única divinidad de los indígenas, puesto que casi todos los templos le estaban consagrados, si bien variaba, segun los puntos, el culto que se le tributaba; los naturales colocaban anualmente en un poste la piel de un siervo, cubierta de toda especie de frutos, y adornada con guirnaldas y coronas de flores campestres (Pl. LXXII, n.º 2); sin embargo, el sacrificio mas comun consistia en arrojar al fuego la ofrenda, ó la parte de la víctima ofrecida al sol, despues de habérsela presentado con una corta alocucion. Segun Jacobo Le Moyne, pintor de Diepa, encargado de dibujar las costas que se descubririan, los naturales, que consideraban á sus gefes ó *parustis* como hijos del sol, y que como á tales, les tributaban honores divinos, les ofrecian el solemne sacrificio de sus hijos primogénitos. Los mismos franceses fueron una vez testigos de esta triste ceremonia (Pl. LXXIII, n.º 1), que describen en los siguientes términos: «Es costumbre en aquellos pueblos ofrecer al rey en sacrificio, á los hijos primogénitos: señalado el dia en que debe tener lugar aquella ceremonia, aceptada por el príncipe, se traslada este al lugar destinado para el sacrificio,

(1) Segun los historiadores de aquel tiempo, viendo los calvinistas que componian aquella reducida colonia que habian sido olvidados por sus correligionarios, y ya sin confianza en ellos ni en Dios, acordaron á propuesta de su gefe, construir un buque y lanzarse al mar en busca de mejor fortuna. Difícil fué la realizacion de su proyecto á causa de los escasos medios con que contaban; pero habiendo vencido la necesidad todas las dificultades, inclusa la de las velas, que tuvieron que hacer con sus sábanas y camisas; y hallándose ya en alta mar, el hambre asaltó á aquellos aventureros. Despues de haberse visto obligados á comerse sus propios zapatos y á beber agua del mar, acabaron por devorarse entre sí. «En el colmo de la desesperacion, dice un historiador francés, uno de los calvinistas, propuso salvar la vida de los demás sacrificando la suya. No solamente aquella bárbara proposicion no fué rechazada con horror, sino aplaudida con frenesí y ya iban á sortear la víctima, cuando un soldado llamado Lachau, declaró que consentia morir en favor de sus camaradas. Le aceptaron el ofrecimiento y le degollaron al punto, sin que se perdiese una sola gota de su sangre, pues toda la tripulacion bebió de ella con la mayor avidez; en seguida el cuerpo fué dividido en pedazos que se disputaron con encarnizamiento. Aquel preludio añade el historiador, hubiese sido seguido de una carnicería mas sangrienta sin consultarse ya la disposicion de las víctimas, á no haberse visto á poco la tierra y acercádose un buque que socorrió á los aventureros.» Juzgamos inútil hacer comentarios sobre semejantes escenas y los motivos de ellas. (Nota del Trad)

donde se le ha dispuesto un banco que le sirve de trono. En el centro de la plaza se coloca un pilon de dos piés de altura y de diámetro, frente al cual se coloca la madre del niño que ha de ser inmolado, y sentada sobre sus talones, y tapándose el rostro con entrambas manos, deplora la triste suerte de aquella tierna víctima. Una de las mugeres de mas consideracion de entre los parientes ó amigos de la infortunada madre, toma el niño en brazos, y vá á presentarle al rey; empezando desde luego todas las demás mugeres una danza formando círculo, en cuyo centro el niño vá tambien á bailar, y canta alguna cancion en honor del príncipe. Durante aquella funcion religiosa, permanecen seis indios, nombrados al efecto, en uno de los ángulos de la plaza, teniendo en medio de ellos al sacrificador, armado de una enorme maza y magníficamente vestido; despues de la danza y de las demás ceremonias acostumbradas en semejantes actos, el sacrificador toma al niño y de un golpe le aplasta en el pilon.» Jacobo Le Moyne, dice que los parustis no pueden decidir cosa alguna, sin tomar antes consejo: «En una época señalada, celebran anualmente los pueblos de la Florida, un consejo general, en el que se reunen todas las mañanas: el consejo tiene lugar en la plaza pública, en la que hay una gran porcion de bancos que forman un semicírculo, ocupados por el pueblo, hallándose el gefe sentado en el centro, en una especie de trono, desde el que domina á sus senadores. Es el príncipe el primero de ocupar su puesto; todos los demás pasan despues á saludarle, empezando por el presidente ó el decano de aquella asamblea, y con las manos puestas sobre la cabeza, cantan una cancion, á la que todos contestan en coro á cada estrofa, *Hé, hé*. Despues de saludar cada cual de aquel modo y de haberse sentado, el gefe espone á su consejo la causa que motiva aquella reunion, y consulta sucesivamente á los *jovas*, que son los sacerdotes ó adivinos, y á los ancianos, á cada uno de los cuales pide que emitan su opinion, sin que nunca se tome ningun partido, que no haya sido resuelto y aprobado despues de un detenido exámen. Entre tanto, las mugeres, por órden del gefe, disponen la *casina*, nombre que dan á una bebida compuesta de diferentes yerbas, cuyo jugo deben esprimir cuidadosamente despues de haberlas puesto en infusion, y hecho hervir un buen rato; antes de beberla se levanta un hombre, nombrado al efecto, y poniéndose de pié en el centro de la asamblea, pronuncia un discurso en presencia del rey, deseando que sea aquel brevaje útil á cuantos deben probarle, y que les dé el espíritu de fuerza (Pl. LXXIII, n.° 2): toma luego de mano de las mugeres una gran copa llena de aquel líquido caliente, y la presenta al gefe con mucha ceremonia. Luego de haberla apurado el gefe, ofrece á cada miembro del consejo igual dósis en la misma copa; tienen aquellos pueblos en tanto aprecio el espresado licor, que solo se juzga á los guerreros que mas se han distinguido y á los hombres notables por su prudencia en el consejo, dignos de beberle. Produce en todos cuantos lo prueban un sudor copioso; y si hay alguno en la asamblea cuyo estómago no pueda resistirle, y que se vea obligado á arrojarlo, se le considera como inútil é incapaz de hacer la guerra, en la que es preciso á los combatientes ayunar durante tres ó cuatro dias consecutivos. Basta una sola copa de aquel licor, para preservar del hambre y de la sed por espacio de veinte y cuatro horas; hé ahí porque en todas las espediciones, los hermafroditas (especie de sacerdotes vestidos de muger para indicar su estado mixto, esto es, del hombre en la realidad, y de la muger en la profesion), no llevan casi mas provisiones que algunas calabazas llenas de aquella decoccion ó jugo que tiene la virtud de alimentarles y fortalecerles, sin que se les suban sus vapores á la cabeza, conforme hemos podido notarlo en todas las grandes fiestas de los indígenas.» Solo con el fruto de la palmera hacian los naturales en la Florida, licores espirituosos. En las marchas y combates, estaban siempre los *parustis*, al

frente de sus tropas teniendo en una mano el hacha de armas, y en la otra una flecha: luego que habian logrado los habitantes de la Florida dar muerte á sus enemigos, les arrancaban la piel de la cabeza, y en las fiestas que seguian á la victoria, se ponian las viejas á la cabeza de los grupos, ostentando en sus calvas frentes, el pelo ó los cabellos de las víctimas. Las mugeres y niños hechos prisioneros durante la guerra, eran considerados como esclavos; pero los hombres eran, sin escepcion, sacrificados al Sol, y se consideraba un deber religioso el comer su carne despues del sacrificio. Los *paraustis*, que eran objeto de altos honores durante su vida, los recibian aun mucho mayores despues de su muerte: se rodeaba su sepulcro de flechas clavadas en el suelo, colocándose sobre su tumba la copa en que bebian; el pueblo, en su dolor, no cesaba de llorar durante tres dias, ayunando además rigurosamente; la cabaña, así como tambien todo lo que era de uso particular del difunto, se entregaba á las llamas, por creer que nadie, despues de él era digno de usarlo. Luego las mugeres se cortaban el cabello que procuraban esparcir sobre la tumba del *parausti*, ante la que iban á llorar diferentes de ellas tres veces al dia, durante seis meses. Debemos añadir á estos detalles la relacion de las fiestas que se celebraban para la iniciacion de las jóvenes adultas, en honor de una diosa, á la que se daba el nombre de Toya. Las leyes del pais no permitian á los estrangeros asistir á ellas, debiendo tomar los franceses que las presenciaron muchas precauciones por no ser descubiertos. Se las conducia primeramente á una gran plaza circular, que procuraban antes las mugeres limpiar con el mayor cuidado; á la mañana siguiente al romper el alba, salieron de la cabaña del *parausti* que daba á la plaza, un gran número de indígenas, pintados de diferentes colores y ostentando ricas plumas, y empezaron á formarse en torno de la plaza. Luego se presentaron tres *jovas* ó ministros de la religion, estrañamente vestidos, se adelantaron hácia el centro de la plaza con un instrumento en la mano, y empezaron á bailar cantando una romanza ó especie de oracion fúnebre, á la que contestaba la asamblea en el mismo tono. Por tres veces seguidas se repitió lo mismo, hasta que tomando de repente unos y otros igual determinacion, huyeron, como poseidos de un pánico terror, hácia los bosques vecinos. Las mugeres fueron á ocupar entonces el puesto de sus maridos, sin que hiciesen en todo el dia mas que lamentarse y gemir; solo de vez en cuando parecian enfurecerse, y se arrojaban sobre sus hijas, haciéndolas en los brazos diferentes incisiones con conchas de moluscos; cuando tenian sus manos llenas de sangre la arrojaban al aire gritando tres veces: *¡Hé Toya!* Los hombres permanecian dos dias y dos noches en el bosque; á su regreso á la plaza, empezaban otra vez sus danzas, pero eran sus cantos menos tristes; luego hicieron algunos juegos bastante divertidos, y se terminó la solemnidad con un gran festin en el que se comió con esceso, por no haber tomado los convidados alimento alguno en los dos dias que duró la fiesta. Uno de entre ellos refirió á los franceses que, durante los dos dias que pasaron en el bosque, los jovas habian invocado al dios Toya, que al fin se les habia aparecido y contestado á todas sus preguntas; si bien no quiso el indígena revelar lo que habia visto y oido, por temor de arrostrar la indignacion y cólera de los adivinos. Un pueblo entregado á tales supersticiones, necesitaba en gran manera la influencia benéfica de los misioneros católicos, para salir de la eterna noche en que le tenia sumido su ciega idolatría; y, sin embargo, á pesar de su estrema necesidad, ninguna influencia moral trataron de ejercer los calvinistas en el ánimo de aquellos indígenas, si bien su permanencia en la Florida, no tardó en acabar de un modo trágico. En su prevencion contra Laudonnière, el almirante de Coligny mandó á Ribault en el año 1565, que se dirigiese con su flota al fuerte Carolina, donde llegó el navegante el dia 28 de agosto del propio año; disponíase á aumentar en él las obras

de fortificacion, cuando se presentó una escuadra española, encargada de arrojar á los calvinistas de la Florida, así como les habian arrojado los portugueses del Brasil. Don Pedro Menendez de Ávila habia hecho presente á Felipe II que los habitantes de la Florida estaban envueltos aun en las mas densas tinieblas de la infidelidad, y que el rey de España, como su soberano legítimo, estaba obligado á procurarles el conocimiento del verdadero Dios, puesto que bajo esta condicion, habian concedido los pontífices romanos á sus mayores el dominio del Nuevo-Mundo. « Solo puedo deciros, Señor, añadia Menendez, que la desgracia de tantos millares de idólatras me ha afectado hasta el punto de que, ninguna de las misiones con que podria V. M. honrarme, pudiera serme tan grata, como la de conquistar la Florida y poblarla de verdaderos cristianos. » Dióse á la espedicion propuesta por Menendez, todo el carácter de una guerra santa, emprendida contra hereges, de acuerdo con el rey de Francia, que desaprobaba, segun se decia, el establecimiento de sus súbditos calvinistas en la Florida; destinándose para aquella mision á doce franciscanos, un religioso de la Merced, cinco sacerdotes seculares y ocho jesuitas. Sin oir Ribault mas que la voz de su temerario arrojo, marchó contra la flota española al frente de sus mayores buques, y dejó á Laudonnière enfermo en el fuerte Carolina sin mas que unos cien soldados, de los que apenas habria veinte en estado de empuñar el mosquete. Alejado por vientos contrarios de la flota que iba á combatir, no pudo oponer Ribault á los españoles resistencia alguna, por lo que lograron estos desembarcar y apoderarse del fuerte que abandonó Laudonnière, dando muerte á cuantos soldados cayeron en su poder, á los que pusieron despues esta inscripcion en el pecho. « No como franceses, sino como hereges. » Laudonnière llegó sin percance á las costas de Francia; pero Ribault, cuyos buques, arrojados por la tempestad fueron á estrellarse en los peñascos de la orilla, se dirigió hácia el fuerte Carolina, cuyo nombre trocaron los vencedores por el de San Mateo, siendo pasado con todos los suyos al filo de la espada. Aquel acto de rigor con los calvinistas, fué despues cruelmente vengado por Domingo de Gourgues, que logró algun tiempo despues sorprender el fuerte de San Mateo, é hizo colgar de los árboles á los infelices soldados que lo guarnecian. (1) « Casi todos los historiadores franceses, dice Charlevoix, han aprobado aquel hecho como justo y legítimo.... Pero, á mas de que, las represalias son siempre injustas, por ser inocentes sus víctimas, y sobre todo, por ser contrarias á todos los preceptos de la moral cristiana, no titubeamos en afirmar que la espedicion del caballero de Gourgues, habria sido mas gloriosa para él y para la Francia, si hubiese hecho resaltar en ella la moderacion y la clemencia, y no aquel ciego furor que tanto reprendia poco antes en los soldados españoles. Es altamente vergonzoso para gefes cristianos, el no haber hecho lo que en otro tiempo hizo un príncipe idólatra en ocasion semejante. Despues de la derrota de Mardonio, uno de los generales de Jerjes, algunos gefes propusieron á Pausanias, rey de Esparta, que hiciese con el cadáver de aquel sátrapa, lo mismo que Jerjes habia hecho con el de Leonidas, muerto en la batalla de las Termópilas, y ahorcado por órden de aquel príncipe: « Cuán poco conoceis la gloria, contestó Pausanias, si creeis que debo procurármela imitando á los bárbaros. »

Los inútiles esfuerzos que hicieron los calvinistas por colonizar el Brasil y la Florida, tienen tanta similitud, y están tan íntimamente

(1) ¡Cosa rara! los mismos historiadores estrangeros que tanto anatematizaron el rigor con que los soldados españoles trataron á los calvinistas que defendian en la Florida el fuerte de Carolina, aplaudieron despues con frenesí el acto salvage á que se entregó para vengarlo el bárbaro gascon Domingo de Gourgues, faltando así abiertamente no solo á todas las leyes de la humanidad, sino tambien á todos los principios de la mas sana lógica. Si injusta fué para ellos la conducta de los españoles al condenar á los calvinistas que cogieron con las armas en la mano, injusta, bárbara, monstruosa y sacrílega fué la del atroz caudillo que, despues de haber ofrecido cuartel á los soldados que no hubiera sido capaz de vencer en buena lid, les hizo colgar de los árboles. ¡Imposible parece que pueda el ciego patriotismo ofuscar de tal modo hasta las inteligencias mas privilegiadas! (Nota del Trad.)

unidos entre sí, que hemos creido deber continuarlos en una misma relacion: prosigamos ahora las misiones de los jesuitas en el Brasil.

Los tamoyos, á los cuales se habian unido algunos franceses, continuaban molestando con sus incursiones el bailío de San Vicente, situado al mediodía del Rio-Janeiro. El P. Manuel de Nobrega no titubeó en ponerse á merced de aquellos bárbaros, al objeto de ver si podia inclinar su ánimo hácia la paz; así que, acompañado de José Anchieta y de Antonio Luis, hermano coadyutor, se embarcó en el buque del genovés José Adorno, que hacia su comercio en las costas del Brasil. Furiosos en un principio los tamoyos por creerles soldados portugueses, se calmaron no obstante, al notar el semblante pacífico de Nobrega, y al oir las dulces palabras de Anchieta. Uno de los principales de la tribu exigia, como primera condicion para la paz, que entregasen los portugueses á tres de sus compatriotas que habian tomado las armas en su favor. Nobrega escribió desde luego al gobernador de San Vicente, previniéndole que no aceptára una condicion semejante, por mas que debiese el rechazarla costarles la vida á él y á Anchieta; pero como el que propuso aquella exigencia, fuese enviado en clase de diputado á San Vicente, y quedase muy satisfecho de la acogida que se le hizo, renunció á su pretension, continuando las negociaciones con mas probabilidades de buen éxito. Vivian los PP. en la casa de un anciano, cuya santa vida y estremada continencia les llenó de asombro: mas de una vez protegió aquel hombre virtuoso su existencia, salvándoles del furor de algunos indígenas que querian sacrificarles para alimentarse con su carne, sin exigirles mas recompensa que la de tenerle presente en sus oraciones; su conversion al cristianismo no tardó en verificarse. Como no se viese nunca el resultado de las negociaciones entabladas, Anchieta persuadió al P. Nobrega de que era necesario regresase á San Vicente, á fin de procurar con su presencia dar una pronta solucion á aquel negocio; dejándole á él solo entre los tamoyos, con los que, no solo el jóven misionero trató de la paz, sí que tambien de los intereses de su salvacion. La natural inconstancia de aquellos pueblos, no le permitia bautizar á los que acababa de instruir, limitándose á administrar tan solo el bautismo á los niños que se hallaban en peligro de muerte: una de aquellas infelices criaturas, fruto del adulterio, que habia sido enterrada viva por su abuelo, segun la bárbara costumbre de aquellos pueblos, que castigaban, no á la madre culpable, sino al inocente, á quien su falta habia dado la luz, fué salvada por Anchieta que la desenterró, y que respiraba aun, á pesar de hacer media hora que estaba sepultada; bautizóla y luego la entregó á unas mugeres, en cuyos brazos no tardó en espirar aquel inocente ser. Por cumplir con una promesa hecha para lograr que se le enviase en medio de los antropófagos, compuso un *Poema de la Vírgen*, que constaba de cinco mil versos latinos, que procuró el misionero grabar en su memoria, por verse en la imposibilidad de escribirlos, y la reina del cielo, cuyas alabanzas cantaba de aquel modo, preservó á Anchieta de todo peligro. Impacientes los tamoyos por no firmarse la paz, intimaron al misionero que se saciase de la luz del sol, y que se dispusiese á morir, indicándole al propio tiempo el dia que habian destinado para que les sirviese su carne de alimento. « No me dareis la muerte, contestó el misionero con calma, porque no ha llegado aun mi última hora. » Súpose mas tarde que hablaba de aquel modo, en virtud de una promesa hecha por la madre de Dios. Finalmente, merced á las gestiones hechas por Nobrega en San Vicente, y á las que hizo Anchieta entre los tamoyos, la paz fué firmada; y el misionero, cuya embajada se consideró haber salvado la colonia portuguesa, pudo regresar libremente á ella. Unicamente dos tribus, de las que habia una en las orillas del Rio-Janeiro, y la otra en el Cabo Frio, se negaron á reconocer aquel tratado y á abandonar á los franceses. Los PP. Gonzalo Oliveira y José Anchieta, acompañaron, en el año 1565, á la espedicion portuguesa

destinada á combatirles; en los dos años que duró aquella guerra, vivieron los religiosos en el campo portugués, en el que lograron hacer conservar siempre el órden. En aquella época, llegó Pedro Leitan al Brasil, en calidad de primer obispo, y Anchieta fué llamado á la ciudad de Bahia para recibir en ella las sagradas órdenes; luego visitó el nuevo sacerdote la residencia del Espíritu-Santo y sus dependencias: Oliveira que se habia quedado solo en el campamento para atender á las necesidades espirituales del ejército, estaba un dia orando ante el altar, cuando las flechas enemigas, dirigidas hácia el oratorio, se plantaron en el suelo en torno del religioso, sin herirle, y sin turbar siquiera su meditacion; los portugueses, al presenciar aquel acto, se lanzaron con nuevo ardor al combate, por no dudar ya de la proteccion decidida que les dispensaba el cielo. El gobernador Mendez Sala, en 20 de enero del año 1567, ó sea el dia mismo de San Sebastian, acabó por hacerse dueño de todo el pais; arrasó dos pueblos en que los franceses se habian fortificado, purgó el golfo de los enemigos que lo infestaban, y, realizando al fin el plan de colonizacion que meditaba para fundar á Rio-Janeiro, dió á la nueva ciudad el nombre de San Sebastian. El obispo acompañaba al gobernador, para reconocer aquella parte de su diócesis, hallándose con aquel prelado el P. Acevedo, al que Francisco de Borja, general de la Compañía, habia encargado la direccion de los jesuitas en el Brasil, en clase de visitador. Anchieta, que como hemos visto, habia sido ordenado recientemente, se retiró á San Vicente; mientras seguia el visitador con Leitan y Mendez Sala, fundó en San Sebastian un colegio, al que sometió todas las residencias vecinas de San Vicente, Piratiningua, Espíritu-Santo y otras, á fin de que en lo sucesivo no formasen mas que un solo cuerpo y fuesen dirigidas por un mismo gefe.

Tenia la Compañía de Jesus en el Brasil, casas fijas y organizadas en siete ciudades y diez pueblos, de las que dependian las demas localidades de menos importancia, con sus respectivas iglesias, y las habitaciones necesarias para los misioneros que se dirigiesen á ellas en ciertas épocas: desde aquellas diez y siete residencias principales, emprendian los jesuitas sus viages al objeto de instruir á los indígenas, y al de recorrer los pueblos de los nuevos convertidos, ó á fin de internarse mas en el pais de los idólatras, que llegaron á conocer en una estension de mas de cien leguas.

Este último modo de viajar era el mas penoso, si bien era tambien en cambio el mas fecundo en resultados: el hambre, la sed, el cansancio, lo escabroso de los caminos, los mas inminentes peligros, la carencia absoluta de todo consuelo, escepto el de procurar la gloria de Dios, la crueldad y malos tratamientos de los bárbaros para colmo de tantas fatigas, hé ahí las amargas delicias reservadas á los amantes de la cruz, que iban á conducir al redil de Jesucristo á las ovejas descarriadas, y á estender, con el ausilio divino, la dominacion del Evangelio. No habia, sin embargo, obstáculos ni duras pruebas que bastasen á entibiar el ardor de aquellos adalides cristianos; al contrario, siempre eran mas frecuentes los viages que hacian en el interior de los paises idólatras para procurarse la posesion de nuevas almas, que los que acostumbraban hacer á los paises convertidos, por mas que no ofreciesen estos ningun peligro; pero, Dios, que por su misericordia infinita, se complace siempre en aumentar los frutos que riega el hombre con el sudor de su frente, no quiso que dejase de ser en el Brasil la cosecha digna de la abundante semilla, y fueron cada dia en aquella region mas numerosos los idólatras que abrieron sus ojos á la luz de la fé, y que se consagraron al servicio de su Creador.

Las visitas hechas á los pueblos de los nuevos cristianos ó á los de los idólatras mas inmediatos, procuraban tambien á los misioneros grandes triunfos: tan pronto como los convertidos habian recibido el bautismo, practicaban ya todos los ejercicios de la piedad cristiana,

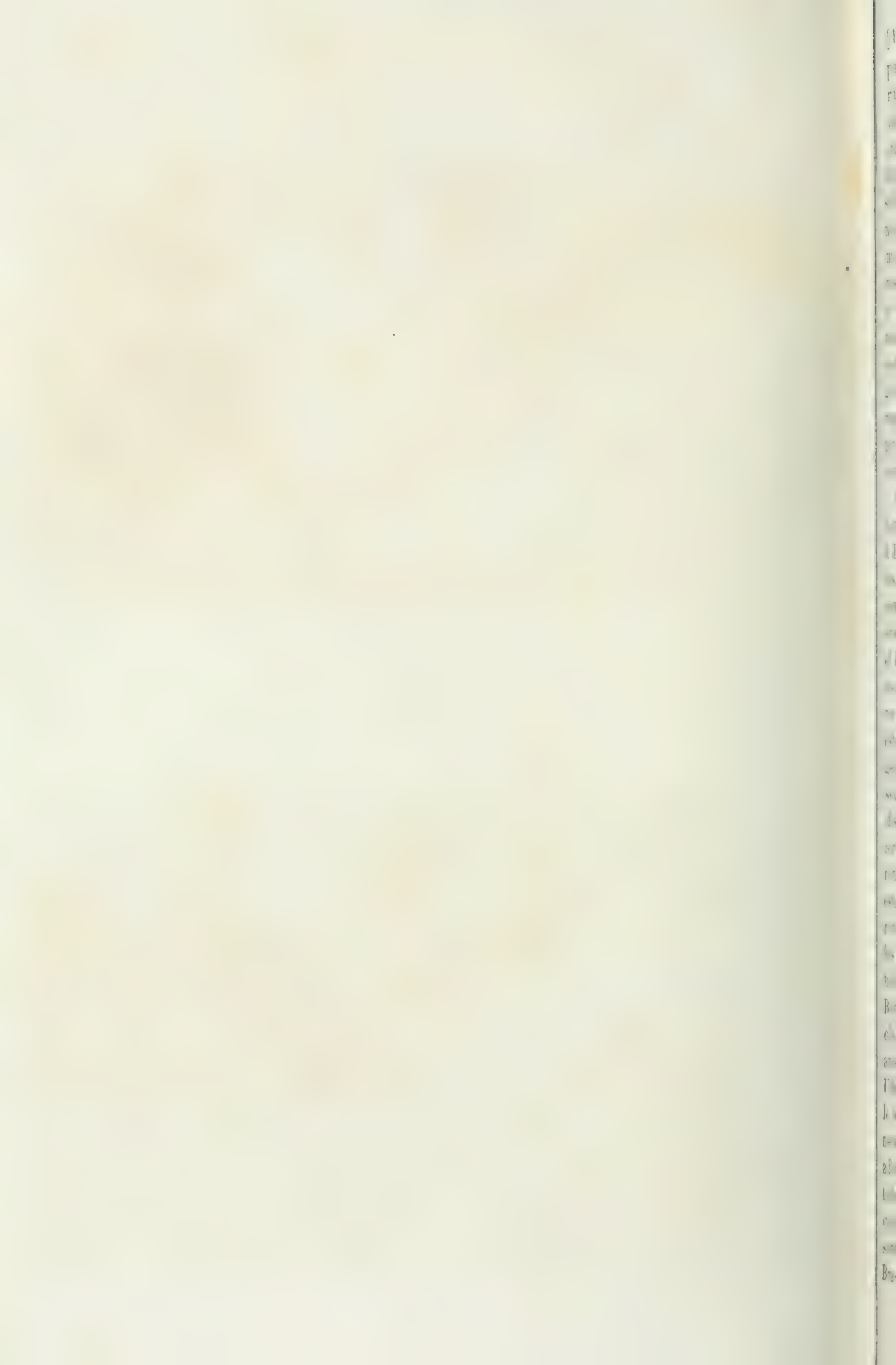
y no pocas veces lograban con su ejemplo atraer los infieles á la fé. Luego del toque de la oracion al romper el dia, se reunian los nuevos cristianos, para oir misa, despues de la cual se les catequizaba en su idioma, se les enseñaban las oraciones, y se les despedia al ser la hora de empezar el trabajo: tal era el sistema adoptado en todos los puntos que recorrian los misioneros para instruir á los catecúmenos; pero en los pueblos en que tenian los jesuitas sus residencias, y cuyos habitantes eran ya mas civilizados, luego del toque de la oracion, los niños de ambos sexos, formados en dos grupos frente á la puerta principal de la iglesia, rezaban en alta voz el rosario, empezando casi siempre los niños con estas palabras: «Bendito y glorificado sea el santísimo nombre de Jesus,» continuando las niñas: «y el de su santísima madre, la vírgen María, para siempre, amen.» Despues del rosario, entraban en la iglesia para oir la misa con los demás habitantes; terminado el santo sacrificio, seguia una corta y fácil esplicacion del catecismo, en lengua del pais. Los niños se dirigian desde la iglesia á la escuela, en la que se les enseñaba, segun su edad, la lectura, el canto gregoriano y música, haciéndoles ejercitar en algunos instrumentos, que tocaban en los divinos oficios y en casi todas las funciones religiosas, contribuyendo á darles todo el esplendor posible. A las cinco de la tarde, volvian á reunirse nuevamente al son de la campana, para la doctrina cristiana y la esplicacion de la otra parte del catecismo; los niños se dirigian en procesion, entonando algun piadoso cántico, desde la iglesia hasta la cruz que habia á no muy larga distancia, donde oraban por las almas de los finados. Además de estos ejercicios diarios, tenian los jesuitas otras muchas ocupaciones no menos importantes; preparaban á los indígenas con sus instrucciones para recibir los sacramentos del bautismo y del matrimonio; bautizaban á los recien nacidos; tomaban los neófitos bajo su proteccion, sin permitir que se atentára en lo mas mínimo contra su libertad; les cuidaban en todas sus enfermedades; les administraban los últimos sacramentos en el duro trance de la muerte, y procuraban á los difuntos una sepultura eclesiástica; escogian entre los indígenas de uno y otro sexo, á los que creian estar mas dispuestos á recibir, fuera de la Pascua, el cuerpo y sangre del divino Redentor; y aquellos convertidos, preparados por sus exhortaciones, se abstenian de trabajar la víspera, se retiraban temprano para hacer en el silencio su exámen, recibian al dia siguiente con una piedad angélica el pan de los fuertes, y terminaban el dia en la iglesia, entregados á fervientes preces. La piedad de los brasileños era afectuosa y tierna: nada les afectaba tanto como la pasion y muerte del Salvador; así es que, cuántas veces se predicaba acerca de este sublime misterio, llenaban siempre el templo disciplinándose con gran fervor; hasta hacian en la semana santa procesiones de disciplinantes, en las que veian los europeos con la mayor sorpresa, á niños de la mas tierna edad imitar, segun sus fuerzas, el ejemplo de sus padres. Los indígenas convertidos se acostumbraban á cultivar las tierras y á economizar el fruto que les procuraba su trabajo, por cuyo medio podian los hombres y mugeres cubrir su desnudez: llevaban estas últimas un vestido blanco modestamente cerrado hasta el cuello, y que desde los hombros les descendia en anchos pliegues hasta los piés; les sujetaba una cinta el cabello en derredor de la cabeza, y pendia de su mano un largo rosario. Los hombres adoptaban el primer trage que les venia á mano; si bien en los dias festivos y cuando iban á la iglesia, vestian como los soldados y los portugueses. La civilizacion que iba estendiéndose de este modo en todos los puntos donde residian los jesuitas, fué dilatándose mas y mas á medida que levantaron la gloriosa enseña de la cruz en los paises de la idolatría.

Entre las regiones abiertas al celo y actividad de los misioneros, habia una, á la que miraba Anchieta con particular solicitud: tal era un áspero pais situado hácia el sud, de

muchas leguas de estension, y cuyo pedragoso suelo lastimaba los piés de cuantos le visitaban. Sin embargo, no contuvo la escabrosidad del terreno al piadoso jesuita, antes por el contrario, dábale el nombre de su *Perú*, tal era la predileccion en que le tenia, merced á la rica cosecha apostólica que presentaba á sus ojos aquel suelo vírgen. Nunca quiso caballo ni otra montura alguna para recorrerle; so pretesto de no permitírselo su enfermedad, empezaba sus viages á pié, sin mas apoyo que su baston de peregrino, y luego de haber salido de los sitios frecuentados, se quitaba los zapatos y continuaba su camino á pié descalzo, llevando un paso tan largo y sostenido, á pesar de las malezas, que los mismos brasileños mas acostumbrados á la fatiga no podian seguirle. Algunas veces permitia Anchieta que le precediesen sus compañeros de viage, á fin de poder él recogerse libremente en el seno de Dios: y cuando despues de algunas horas se paraban aquellos para aguardarle, veian con el mayor asombro que les adelantaba el religioso de un gran trecho, cuando todos le creian detrás y á muy larga distancia. Un dia que estaba el religioso recorriendo su *Perú*, dejó á sus compañeros, y obedeciendo á una súbita inspiracion, se internó en el bosque, donde encontró un anciano indígena, sentado en el suelo y apoyado en el tronco de un árbol. (Pl. LXXIV, n.° 1.) « Adelantad el paso, le grita el anciano, porque hace tiempo que os aguardo. » Preguntóle el misionero de donde venia, y como le contestase el anciano que de una costa muy lejana, le dijo Anchieta cual era el motivo ó la causa que le traia allí, á lo que le respondió el anciano: « Vengo para que se me enseñe á vivir dignamente: » lo que equivalia á decir entre los brasileños, la ley divina, el camino de la salvacion. El misionero se informó entonces de todas las principales circunstancias de su vida; sabiendo que no habia tenido el anciano mas que una esposa, que solo habia tomado las armas para atender á su defensa, en una palabra, que nunca habia faltado á la ley natural, cometiendo un pecado grave. Tenia aquel hombre una nocion de lo justo y de lo injusto, una idea acerca del autor supremo de la naturaleza; y, preguntado sobre ciertos misterios de la religion, contestó que habia pensado en ellos, sin poder comprenderlos ni espresarlos. Despues de haber completado su instruccion, como le viese Anchieta rendido de fatiga y estenuado por los años, recogió algunas gotas de agua en las hojas de una planta, única agua que halló en aquellos sitios, y lo bautizó dándole el nombre de Adan. Al esperimentar el buen anciano los efectos de la gracia trasmitida por el sacramento, dá gracias sonriendo al Padre de las misericordias que acababa de realizar sus deseos, demuestra su gratitud á Anchieta, por haberle procurado la dicha, y libre ya de toda inquietud, entrega su alma al Creador, en el mismo sitio en que acababa de ser regenerado. El misionero, despues de haber encomendado á Dios aquella alma desprendida de su mortal cubierta, entierra el cuerpo en la arena del bosque. En otra ocasion Anchieta encontró un leproso, al que instruyó y bautizó, curándole á la vez la lepra del cuerpo y del alma: muchos mas milagros podríamos citar aun, obrados por aquel ilustre taumaturgo. Estéban Ribera de Piratiningua que le acompañaba sin llevar ninguna provision para el viage, refiere haberle dicho Anchieta que encontrarian un pescado en la orilla, y que cuando creia ser aquella prediccion un medio para escitarle á poner su confianza en Dios, vió con asombro realizada la promesa del santo misionero. Los animales, como en otro tiempo los del Eden, respecto del primer hombre, antes de perder este su inocencia, se sometian á la voluntad del siervo de Dios, cuyo bautismal ropage no habia sufrido aun mancha alguna que empañára su brillo; por esto las aves del cielo se posaban en su hombro, y acompañaban con su concierto armonioso las alabanzas que su voz inocente y pura elevaba al Señor; las serpientes, cuyas sútiles escamas halagaba su mano, olvidaban su veneno,







para no hacerle mortal su contacto; las panteras, siguiendo su huella, respetaban su oracion, y dóciles á su voz, recibian el alimento que Dios dispensa á todo ser viviente. La dulzura que brillaba en su frente serena, amansaba hasta las mismas fieras; y, sin embargo, nada hubiera deseado tanto Anchieta, como morir en un completo abandono entre las garras de una fiera, ó en el fango de una oculta y profunda hondonada. Tan pronto vivia el misionero en medio de frondosos bosques, como entre áridos é inmensos arenales, evangelizando á los idólatras, cuando se vió de repente nombrado superior de la casa de Espíritu-Santo, y mas tarde de la de San Vicente.

Entre tanto el P. Acevedo, despues de haber terminado su visita en el Brasil, regresó á Europa, poseido de la idea de que, siendo los jesuitas los únicos que se dedicaban á la conversion de los brasileños, y de que no era por lo mismo posible que pudiese procurar el Portugal los religiosos que se necesitaban, atendido el escesivo número de indígenas que reclamaban su ausilio, se hacia indispensable establecer en aquella region un semillero evangélico, por medio de un noviciado y de un seminario, en los que fuesen admitidos los discípulos de la Compañía. Cuando Acevedo atravesó Evora para trasladarse á Roma, fueron muchos los jóvenes de su instituto, y los estudiantes de la universidad, que le suplicaron se interesase con el provincial para que les permitiese ir á engrosar en el Brasil las filas de la milicia apostólica. Francisco de Borja aprobó el proyecto de formar el noviciado y el seminario de que hemos hablado antes, y mandó al P. Acevedo que volviese á Ultramar, en clase de provincial, para llevarle á cabo; y á fin de atender á las urgentes necesidades de la nueva Iglesia, le permitió además el general, admitir en la Compañía á todos los jóvenes que quisiesen seguirle, y que juzgase él aptos para aquella mision. El santo pontífice Pio V, colmó al provincial del Brasil de gracias espirituales; y hasta le autorizó, lo que era entonces una señalada muestra de aprecio, para sacar una copia del cuadro de la Vírgen, atribuido al evangelista S. Lucas, y que se conserva en la basílica de Santa María-la Mayor. Acevedo reunió desde luego en España y Portugal, sesenta y nueve jóvenes, algunos de los cuales eran ya sacerdotes, y otros cursaban teología ó filosofía, habiendo además algunos coadyutores temporales. El provincial se embarcó con cuarenta y cuatro de ellos en el *San Jacobo*; el P. Diaz, y veinte mas tomaron pasaje en el buque de D. Luis de Vasconcellos, almirante de la flota y nuevo gobernador del Brasil; y el P. Francisco de Castro, con los restantes, hizo su viage á bordo de *los Huérfanos*, buque así llamado por conducir á aquella colonia una multitud de niños, á los que un reciente contagio habia privado de sus padres, y á los que se destinaba á poblar el Brasil. Además de los sesenta y nueve miembros que acababan de ser admitidos en la Compañía, y que estaban distribuidos en los tres buques, habia algunos otros jóvenes que aspiraban á ser admitidos en el instituto, luego de haber llegado al término de su viage; la escuadra, compuesta de siete embarcaciones, salió del puerto de Lisboa á 5 de junio del año 1570, y llegó á Madera en siete dias. Hácia el año de 1556, hubo tres jesuitas que, despues de haber intentado inútilmente abordar en los Azores, fueron arrojados por la tempestad á la isla de Madera, donde hallaron á sus habitantes consternados á causa del pillage y de las demás crueldades ejercidas recientemente en aquel pais por piratas calvinistas; los misioneros, como siempre, procuraron á aquellos infortunados todos los consuelos y la fuerza que la religion inspira. Establecióse en la isla un colegio de la Compañía, y en el que fueron el P. Acevedo y sus compañeros perfectamente acogidos, por haber tenido el *San Jacobo*, en el que iba el provincial del Brasil, que separarse de la flota, para desembarcar en Palma parte de su cargamento. Era Palma una de las islas Canarias, en cuyo ar-

chipiélago habia ya jesuitas desde el año 1557, los cuales habian acompañado á Bartolomé Turriano, obispo de Canarias, para dedicarse con el virtuoso prelado á evangelizar su diócesis, por mas que debiese su ardiente celo costar en breve la vida al ilustre pastor, y á uno de los misioneros. Como supiese Acevedo que los corsarios calvinistas, que habian devastado la isla de Madera, se dirigian hácia Canarias, previno á los pasageros del *San Jacobo*, que debian resignarse á todo, hasta á morir, si era preciso, en defensa de la fé; añadiendo que, si habia alguno entre ellos que no se sintiese con fuerzas para arrostrar el peligro, le haria pasar á uno de los restantes buques. Cuatro fueron tan solo los que tomaron el partido de quedarse, y aun es de advertir que ninguno de ellos perseveró despues en su vocacion: todos los demás, que eran en número de cuarenta, siguieron decididamente á su superior. El dia 29 de junio, fiesta de S. Pedro y S. Pablo, tuvo lugar la separacion del *San Jacobo*: las abundantes lágrimas que derramaron todos los religiosos al darse el último abrazo, mostraron el triste presentimiento que unos y otros tenian de no volver á verse en la tierra.

Al dirigirse los pasajeros del *San Jacobo* á Palma, solo pensaban en la corona del martirio, y en la dicha que les estaba reservada en aquellas islas verdaderamente *Afortunadas*, caso de cumplirse en ellas el mas ardiente de sus votos. Un viento contrario obligó al buque á tocar en un pequeño puerto de la isla de Palma, donde encontró Acevedo á uno de los amigos de la infancia, que le instó vivamente á que se trasladase por tierra á la capital, donde iria despues á reunirsele el buque: fluctuaba Acevedo en seguir los prudentes consejos de su amigo, inspirados por el temor de los corsarios calvinistas que recorrian la costa, por no tener que separarse de los marineros del *San Jacobo*. Al menos, dijo al fin, quiero antes de separarme de ellos, distribuirles el sagrado pan de la Eucaristia; pero terminada la misa, durante la cual no se descuidaba nunca de pedir á Dios que le inspirase en todos los actos importantes de la vida, lejos de continuar Acevedo su camino por tierra, hizo embarcar nuevamente su equipage, y se hizo con sus compañeros á la vela para el puerto de Palma. El dia 15 de julio, al romper el alba, dió un marino la señal de que se divisaban cinco buques; y si bien se creyó en un principio que seria la flota del gobernador del Brasil, no tardó en conocerse que eran aquellos buques franceses, mandados por Jacobo Sourie, natural de Diepa, vice-almirante de la reina de Navarra, calvinista acérrimo. Creyendo el capitan portugués inminente el combate, propuso al P. Acevedo que hiciese tomar las armas á aquellos de sus compañeros que no tuviesen órdenes sagradas, que eran los mas; pero el religioso no quiso de ningun modo acceder á ello; al contrario, despues de haber dispuesto á todos los novicios á derramar su sangre por Jesucristo, les hizo descender á la cámara con el P. Benito de Castro, al que encargó acabase de exhortarles. Y él, con once de los mas esperimentados, se consagró al cuidado de los heridos, á administrar los sacramentos á los moribundos, y á desempeñar en fin todos los cargos que fuesen compatibles con su estado religioso; así que, de pié, junto al mástil, teniendo en la mano el cuadro de la Virgen que le regalára el papa, exhortaba Acevedo á la tripulacion á combatir heróicamente y á morir con gloria por la fé católica. Tres franceses intentaron dar el abordage, pero no habiéndoles seguido sus compañeros, fueron arrojados al mar y murieron ahogados; cuantas veces volvieron á intentar el abordage fueron igualmente rechazados, hasta que llegando por último los restantes buques, vióse la tripulacion portuguesa del todo circuida y atacada á la vez por numerosos calvinistas. Sin embargo, continuaron los portugueses defendiéndose con sin igual bravura, mientras les alentaba Acevedo con estas palabras: «¡Compañeros, muramos, muramos todos por el Salvador, y para glorificar la fé, de la cual son esos hombres enemigos encarnizados!»

Al oir semejantes palabras, descarga un calvinista en la cabeza del religioso un golpe terrible que se la hiende en dos partes, sin que logre por ello interrumpir á Acevedo que, de pié en el mismo sitio continua exhortando á los suyos, hasta que recibe otras tres heridas, tambien mortales, y cae sobre el puente esclamando: «Que los hombres y los ángeles presencien que muero en defensa de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de todo cuanto ella profesa y de todo cuanto enseña.» Sus compañeros, al ver al superior tendido en el suelo, corren hácia él con las lágrimas en los ojos para recibir su última bendicion; y bañado en su sangre, Acevedo les abraza á todos con ternura, diciéndoles: «Ánimo, hijos mios, no temais la muerte, antes bien, dad gracias al Señor, por dispensaros el beneficio de poder sacrificar por él vuestra vida: ya que tenemos un testigo tan fiel y un remunerador tan generoso, no nos mostremos cobardes en el momento de combatir por su causa.» Tales fueron las últimas palabras que pronunció el religioso al entregar su alma á Dios; conservaba con tal fuerza en sus manos el cuadro de la Vírgen, que no pudieron los calvinistas arrancárselo por mas que lo intentasen antes de arrojarlo al mar. Al espantoso estruendo que hicieron los enemigos al lanzarse sobre el buque, el P. Benito de Castro, que oraba en el fondo del mismo con los jóvenes jesuitas, subió á cubierta con un crucifijo en la mano, y adelantándose hácia el punto en que era mas terrible el choque, presenta á los calvinistas el signo de la redencion, y esclama con ánimo resuelto: «Soy católico, hijo de la Iglesia romana, y quiero morir como tal.» Recibe en aquel mismo instante tres heridas, y como continuase el religioso su profesion de fé, se le echa al mar aun antes de haber espirado. Manuel Alvaro, tambien jesuita, escita á su vez á los portugueses al combate, reprende á los calvinistas su ceguedad y su obstinacion, y recibe en el rostro una herida; luego le tienden en el puente, le cortan las piernas y le rompen los huesos para aumentar sus sufrimientos, pero lejos de desfallecer su valor en tan terrible prueba, vuelve Álvaro los ojos hácia sus compañeros, y les dice: «Hermanos mios, os suplico que no me tengais compasion, antes bien envidiad la suerte que me cabe, pues confieso no merecer la dicha que Dios me concede de morir por su gloria. Quince años ha que estoy en la Compañía, y mas de diez que pedia ser destinado al Brasil, como si previese la dichosa suerte que me estaba reservada en este viage.» Furiosos los calvinistas al oir semejante lenguaje, arrojaron al moribundo á las olas; luego viendo otros dos jesuitas que estaban orando de rodillas ante una imágen, se lanzan sobre ellos; hunden el cráneo de Blas Riveiro con el pomo de sus espadas, hasta hacerle saltar el cérebro, y matan de una puñalada á Pedro Fonseca, cortándole á la vez la mandíbula y la lengua. Entre tanto el P. Jacobo de Andrade, superior desde la muerte de Acevedo, oia en confesion á algunos de sus compañeros; por lo que, reconociendo en él los calvinistas el carácter sacerdotal de que estaba revestido, le acometen y se indignan mas y mas al oirle esclamar: «Hermanos mios, disponed vuestras almas, porque vuestra redencion se acerca.» Ciegos de furor los calvinistas se lanzan sobre él, le cosen á puñaladas y lo arrojan vivo al mar; dos otros jesuitas, Gregorio Escrivan y Álvarez Mendez que estaban enfermos, se visten como mejor pueden y se dirigen hácia los verdugos de sus compañeros para alcanzar á su vez la inmortal corona: habrian podido conservar la vida quedándose en la cama y diciendo que no eran compañeros de los mártires; pero como prefieren ganar la misma palma á prolongar su vida, quieren morir en defensa de la misma causa. Un jóven de diez y ocho años, llamado Simon de Acosta, cuyo esterior y distincion revelan en él al descendiente de una ilustre familia, fué presentado á Sourie, que se prometia alcanzar por él un buen rescate; en esta esperanza, le pregunta el corsario si es tambien jesuita, y por mas que pudiese el jóven negándolo salvar su vida, declara que

es compañero y hermano de los que mueren por la fé católica, apostólica y romana. El bárbaro Sourie le hace estrangular, siendo luego su cadáver arrojado á las olas ; una vez dueños enteramente del buque, dan el saqueo, vacian los cofres en que colocára Acevedo los objetos de devocion, profanan las reliquias, queman un pedazo de la verdadera cruz, clavan sus puñales en un crucifijo; y uno de ellos, revistiéndose en escarnio como el sacerdote en el altar, parodia las ceremonias de la misa. Como la artillería de los calvinistas franceses habia causado bastantes estragos en el *San Jacobo*, hicieron reunir los corsarios á todos los jesuitas que quedaron con vida, y despues de haberles abofeteado, se les puso á la bomba para estraer el agua que estaba haciendo el buque, si bien no debia aquel trabajo durar mucho tiempo; porque habiendo sabido Sourie que quedaban aun algunos jesuitas, mandó en alta voz que se acabase con todos ellos : « Matad, matad á esa canalla, que iba al Brasil á sembrar el papismo, esclama ; arrojad al mar á todos esos perros jesuitas. » A esta órden del vice-almirante, los soldados se apoderan de los cautivos, les atan de dos en dos, les arrastran hácia la baranda del buque, y despues de dar á cada uno de ellos diferentes puñaladas, los arrojan á las olas, (Pl. LXXIV, n.° 2) bajo las que desaparecen los mártires entonando el *Te-Deum*. Llevaron los calvinistas franceses su barbárie hasta el punto de cortar las manos á algunos de los jesuitas, á fin de que no pudiesen, en las convulsiones de su agonía, agarrarse al buque : de este modo perecieron aquellos religiosos ó novicios de la Compañía de Jesus, jóvenes en su mayor parte, de quienes no habian recibido los calvinistas daño alguno, pero que, como jesuitas, ó lo que es lo mismo, como esforzados campeones de la fé, eran objeto de todas las violencias de la heregía. El mismo Jacobo Sourie, se apoderó poco tiempo antes de un buque que conducia dos franciscanos y dos sacerdotes seculares, á los cuales no hizo daño alguno, al paso que no dejó despues en vida ni á uno solo de los discípulos de S. Ignacio, prueba evidente de que era la Compañía de Jesus el blanco del furor de los calvinistas. Preciso nos es hacer una rectificacion, puesto que hemos dicho haber dado muerte los calvinistas á todos los jesuitas, cuando se salvó á uno de los cuarenta que iban á bordo del *San Jacobo* : á medida que los corsarios iban separando á los religiosos de entre los demás cautivos, examinaban cuidadosamente las manos y el vestido de cada uno de ellos ; y viendo que Juan Sanchez tenia las manos súcias y callosas, y que llevaba tambien un trage corto y no muy limpio, le preguntaron si era el cocinero de los religiosos; habiendo contestado afirmativamente, se le salvó la vida para conferirle el mismo cargo ó empleo. De este modo permitió Dios que sobreviviera aquel religioso para poder atestiguar todas las circunstancias que precedieron al martirio de sus hermanos; permaneció Sanchez con los calvinistas hasta su regreso á Francia, desde donde volvió á dirigirse á Portugal. Sin embargo, algunos de los portugueses á quienes se salvó la vida, llevaron á Madera mucho antes la noticia de aquel trágico acontecimiento, en cuyo punto se encontraban aun los otros treinta miembros de la Compañía que se habian detenido allí, de modo que el P. Diaz envió ya en 18 de agosto al P. Henriquez, provincial de Portugal, la triste relacion de lo ocurrido el dia 15 de julio. La escepcion hecha en favor del hermano cocinero, reducia á treinta y nueve el número de víctimas; pero como los mártires de Sebaste, eran cuarenta los misioneros del Brasil que habian de morir, por estar así dispuesto en los decretos del Eterno. Un jóven, llamado San Juan, sobrino del capitan que mandaba el *San Jacobo*, se afectó tanto al ver los actos de virtud y de piedad de los jesuitas, que habia pedido al P. Acevedo, y obtenido de él mismo, el favor de ser admitido en el número de los novicios, aunque sin llevar el hábito, por no haber ninguno de repuesto en el buque. En el momento de hacer la eleccion, se colocó el jóven sin proferir palabra al lado de los cor-

deros que habian de ser sacrificados, si bien se le rechazó, diciendo que no pertenecia al número de los que debian morir. « Os engañáis, contestó el jóven con resolucion y esfuerzo; he sido admitido en la Compañía de Jesus, y como tal, quiero predicar tambien en el Brasil las verdades de la religion católica. » Pero como ni aun así se atendiese á su generosa reclamacion, tomó uno de los hábitos pertenecientes á los mártires que habian sucumbido, se lo puso precipitadamente y se presentó de nuevo á los asesinos que, en su ciego despecho le dieron entonces la muerte, arrojando despues su cadáver al mar. Aunque San Juan no perteneciese de hecho á la Compañía de Jesus, completó no obstante el número de sus cuarenta mártires, cuyos nombres, escritos ya en el libro de la vida, no podrán caer nunca en el olvido, son los siguientes: P. Ignacio Acevedo, hijo de Oporto, provincial del Brasil; P. Benito de Castro, portugués; P. Jacobo de Andrada, Manuel Álvaro; Blas Ribero, natural de Braga; Pedro Fonseca; Gregorio Escrivan; Álvaro Mendez; Simon de Acosta; Francisco Álvaro Covillo; Domingo Hernandez; Alfonso Vaena, español, natural de Castilla la Nueva; Gonzalo Henriquez, diácono; Juan Fernandez de Lisboa; Juan de Mallorca, aragonés, Alejo Delgado; Luis Correa; Manuel Rodriguez; Simon Lopez; Pedro Nuñez, español; Francisco Magallanes; Nicolás Dinys de Braganza; Gaspar Álvarez; Antonio Hernandez de Montemayor; Manuel Pacheco; Pedro Fontaura; Andrés Gonzalez, natural de Viana; Jacobo Perez; Juan Baeza, español; Márcos Caldeira; Antonio Correa, natural de Oporto; Hernando Sanchez, español; Francisco Perez Godoy, español, natural de Torrijos; Juan de San Martin, hijo de Illescas, Portugal; Juan de Zafra, español, hijo de Toledo; Antonio Suarez, español; Estéban Zuzayre; natural de Vizcaya, el cual antes de partir de Plasencia, donde vivia, para ir al Brasil, dijo al P. José Acosta, su confesor, que partia alegre y contento, por tener la certeza de alcanzar el martirio. Habiéndoselo preguntado como lo sabia, contestó que el Señor se lo habia revelado. Los PP. Julio de Cordara y de Beauvais, de la propia Orden, escribieron la vida de Acevedo; tambien el P. Jacobo Courtais, llamado el Burguiñon, pintor y jesuita, hizo, con motivo de la muerte de Acevedo y de sus compañeros, un cuadro magnífico; pero el mas bello monumento de su triunfo es la bula de 21 de setiembre del año 1742, por la que el papa Benito XIV, reconoce el martirio de los cuarenta jesuitas.

Un mes despues del sangriento drama que acabamos de referir, prosiguieron los jesuitas que se habian quedado en Madera, su viage hácia el Brasil; siendo tan fuertes las tempestades que tuvieron, que quedó la flota enteramente dispersada; el buque en que iba el P. Diaz con diferentes de sus compañeros, fué á parar á la isla de Cuba. Llegó el buque en tan mal estado, que fué preciso abandonarlo en el puerto mismo de Santiago; y como los viageros no encontrasen en él proporcion para continuar su viage, resolvieron dirigirse al puerto de la Habana, á fin de ver si les seria allí mas fácil procurarse otra embarcacion. Dirigiéronse pues á aquel puerto, al que llegaron en un mal buque, despues de haber sufrido durante tres dias un horroroso temporal, del que solo lograron salvarse milagrosamente; por último, fletaron un barco para dirigirse á la isla de los Azores, á donde llegaron en el mes de agosto del año 1571. Luis de Vasconcellos, con el P. Francisco de Castro, y otros cinco miembros de la Compañía de Jesus, habian llegado ya anteriormente á aquella isla; pero viendo el almirante que su flota se habia disminuido hasta el punto de tener apenas bastante gente para tripular un solo buque, resolvió dejar los demás, y no conservar mas que uno para dirigirse al Brasil. Solo quedaban ya entonces catorce miembros de la Compañía, á saber: los PP. Pedro Diaz y Francisco de Castro, y doce de ellos que no eran aun sacerdotes, los cuales se embarcaron el dia 6 de setiembre

del año 1571 con Vasconcellos. Algunos dias despues de haberse hecho á la vela, descubrieron cinco buques de alto porte, cuatro de los cuales eran franceses y el otro inglés, mandados por Du Bearnais Capdeville, calvinista como Jacobo Sourie, y en el buque del cual se hallaba cuando aquel corsario apresó al *San Jacobo*. Los portugueses se dispusieron desde luego á combatir, empezando por tomar los sacramentos; el combate no se empeñó hasta el dia siguiente, 13 de setiembre, el cual á pesar de ser las fuerzas de los católicos tan inferiores, fué sangriento y terrible: el almirante Vasconcellos, que murió con la espada en la mano, tuvo al menos el consuelo de no presenciar la derrota que iba á causar á los portugueses su muerte gloriosa. El P. Francisco de Castro, que estaba confesando al piloto, herido mortalmente, fué asesinado por los calvinistas tan pronto como reconocieron su carácter sacerdotal, al lado mismo de su penitente; el P. Diaz, que confesaba tambien á los heridos en el fondo del buque, subió á cubierta al oir el espantoso ruido y gritería de los corsarios, seguido del hermano Gaspar Goes, para reunirse con el P. Francisco de Castro; pero descubiertos por los hereges así que se presentaron sobre el puente, sufrieron la misma suerte que habia cabido al mártir, siendo sus tres cuerpos arrojados al mar. Entre tanto, los demás miembros de la Compañía, en número de once, estaban resignados aguardando en la cámara el momento en que se presentarian sus verdugos para asesinarles; mas viendo que estos no acudian, y que, por el contrario, habian cesado en la cubierta del buque la confusion y el ruido, se alentaron mútuamente á morir por Jesucristo, y se presentaron en el puente para sufrir la misma suerte de las tres primeras víctimas. A todos los insultos y golpes de los calvinistas, solo contestaron diciendo que eran ardientes católicos; encerróseles de noche en la cámara de Vasconcellos, atándoles las manos á la espalda; y como durante esta operacion lanzase Miguel Aragonés un suspiro, por haberle tocado la herida que acababa de recibir en un brazo, lejos de mostrar los calvinistas por ello la menor compasion, se apoderaron de él y le arrojaron al mar, junto con Francisco de Paul que se encontraba á su lado (Pl. LXXV, n.º 1). Los demás religiosos permanecieron atados toda aquella noche y parte del dia siguiente, sin que se les diese alimento alguno; de vez en cuando, para dar los calvinistas una nueva prueba de su crüeldad, se presentaban á la puerta de la cámara, anunciándoles unas veces que iban á ser puestos en libertad, y otras que se les habia condenado á muerte. Nunca dieron los prisioneros contestacion á los ultrages que se les dirigian, procurando únicamente animarse entre sí, para sufrir con paciencia los tormentos que les estaban reservados; por último, se les sacó de su estrecha cárcel y se les condenó á muerte. Ya estaban dispuestas las cuerdas para colgarles del palo mayor, cuando aplazó Capdeville la ejecucion de la sentencia, en la esperanza de que le entregarian los religiosos todo el oro que llevaban para fundar en el Brasil sus establecimientos. Pero habiendo sabido luego su estrema pobreza, mandó dejar en el buque portugués, á Jacobo Carvallo y Pedro Diaz, homónimo del otro padre que habia sido muerto, y que fuesen los otros siete restantes trasladados á su propio buque, en el que empezaron los calvinistas á injuriarles nuevamente. Mientras que los ultrages fueron personales, los siete religiosos guardaron silencio; pero cuando oyeron hablar del papa de un modo indigno, así como tambien de los santos y de todas las cosas sagradas, reprendieron con santa resolucion á los impíos, que furiosos al oir las observaciones de los jesuitas, les abofetearon brutalmente. Hallábase entre los novicios un jóven llamado Pedro Fernando, de oficio carpintero, que iba sin sotana en el momento de ser el buque portugués apresado; así que, temiendo no ser reconocido como jesuita, y perder por ello la corona del martirio, se fué desde luego al lado de sus compañeros, sin separarse de ellos ni un solo





instante. No hubo atrocidad que no cometiesen los calvinistas con aquel buen novicio, que, en medio de los tormentos se estremecia de gozo, y en el trasporte de su reconocimiento esclamaba: «¿Qué es lo que he hecho, Dios mio, para merecer la dicha de sufrir algo por vos?» Cansados por un momento los calvinistas de hacer las veces de verdugos, se alejaron de los religiosos, quienes aprovecharon aquel corto respiro para animarse mútuamente y disponerse á morir; siendo Pedro Fernando, á pesar de su juventud, el que mostraba desear con mas ansia los tormentos. Mientras trataban los religiosos de la serenidad con que debian soportar su último combate, se les presentaron los calvinistas, resueltos á entablar con ellos una especie de controversia. «¿No veis, les dijeron, que estais en nuestro poder? — ¿Por qué no pedís á la Vírgen María y á los santos, en cuya intercesion teneis tanta confianza, que os rompan las cuerdas con que os sujetamos? — No hay duda, contestaron los misioneros, que si debiese nuestra vida prolongarse, la bienaventurada Vírgen y los santos del paraiso, obtendrian de Dios nuestra libertad; pero como nos es mejor morir ahora en defensa de la fé, se abstienen de romper nuestras cadenas.» Los calvinistas por toda contestacion, escupieron al rostro de los mártires. Alfonso Fernandez, superior de sus compañeros, en virtud de la muerte de los otros padres, reprendió á un herege por sus blasfemias, y como le dijese el desalmado, que iba aquella reprension á costarle la vida, contestóle el misionero: «Todos mis compañeros y yo, estamos prontos á morir, siempre que Dios lo disponga.» Hasta el anochecer no se realizó la amenaza del feroz soldado: despues que los hereges se hubieron entregado en la mesa á todos los escesos, circuyeron á los religiosos, agrupándose ocho ó diez en torno de cada uno de ellos, y les arrojaron con furia al mar (Pl. LXXV, n.º 2); Pedro Fernando y Juan Alvaro, que no sabian nadar, se ahogaron desde luego. Los cinco restantes se sostuvieron un buen rato en la superficie de las aguas, exhortándose mútuamente á ofrecer con amor á Jesucristo, el sacrificio de sus vidas; pero como faltasen por último las fuerzas y la respiracion á tres de ellos, se pidieron recíprocamente perdon de las faltas cometidas, dieron el último adios á Jacobo Fernando y Sebastian Lopez, que, por habérseles dado el alimento un poco mas tarde, continuaban luchando aun, y desaparecieron para ir á recoger la inmarcesible palma del martirio en el fondo del mar. No solo siguió Jacobo Fernando á la flota con bastante facilidad por haber cesado el viento, si no que hasta llegó á alcanzar una de las embarcaciones, en la que se le recibió, por haber dispuesto Dios que quedase un testigo para procurarnos los detalles de aquel acontecimiento. En su desesperada lucha, no cesaron los cinco misioneros de encomendarse á Dios, y para mejor resistir las tentaciones del maligno espíritu, que tanto asedia al hombre en su última hora, recitaban juntos el símbolo de los apóstoles y otras oraciones. Alfonso Fernandez empezó el salmo *Miserere mei Deus*, que continuaron sus compañeros alternando con él; seria como media noche, cuando pronunciando estas palabras: *Tibi soli peccavi*, faltaron las fuerzas á Alfonso, que no paró hasta el fondo del mar. Luego se ahogó Alfonso Andrés Pais, pronunciando el santo nombre de Jesus, por cuyo amor moria; Fernando Alvaro, fué de entre los tres, el que mas resistió al furor de las olas. Al ver Sebastian Lopez que todos sus compañeros habian sucumbido, que quedaba enteramente solo en medio de las olas y de las sombras de una noche profunda, y que continuaba la lluvia cayendo á torrentes, sintió por un momento oprimírsele el corazon, y creyó llegada su última hora; pero animado luego al ver una luz á corta distancia, hizo un supremo esfuerzo y alcanzó la flota, pero al acercarse el misionero á uno de sus buques, pidiendo socorro, fué rechazado cruelmente hasta que encontró otro, en el que un calvinista, menos cruel que los demás, ó arrepen-

tido tal vez de haber abandonado la religion de sus padres, tendió la mano á Sebastian Lopez, y lo ocultó procurándole los ausilios necesarios. Dos fueron por lo tanto los religiosos milagrosamente salvados, despues de haber tenido que luchar por espacio de muchas horas con una muerte segura, en medio de un mar embravecido. Informado por ellos el P. Francisco Henriquez, de la catástrofe ocurrida, envió desde Lisboa á Roma el dia 19 de diciembre del año 1571, la relacion de aquel nuevo martirio de los jesuitas. Hé ahí los nombres de aquellas ilustres víctimas cristianas: Pedro Diaz, Francisco de Castro, Gaspar Goes, Miguel Aragonés, español, natural de Tarragona, Francisco Paul, Juan Alvaro, Pedro Fernando, Alfonso Fernandez, Alfonso Andrés Pais, Pedro Diaz, homónimo del superior, Jacobo Carvallo y Fernando Alvaro. Estos doce confesores de Jesucristo, unidos á los otros cuarenta de que hemos hecho ya mencion en el presente capítulo, formarán el número de cincuenta y dos mártires.

Tal fué el glorioso resultado del viage que emprendió Acevedo para propagar la fé católica en el Brasil; procurarémos, por ahora, no ocuparnos mas de las misiones de aquel pais, á fin de no alejarnos demasiado de la época en que empezaron los jesuitas en Africa sus trabajos apostólicos.

CAPÍTULO VII.

Mision de los jesuitas en Berbería, Congo, Angola y Abisinia.

Desde el año de 1548, á peticion del gobernador de Ceuta, asiento del gobierno de las posesiones portuguesas en el norte de Africa, el P. Simon Rodriguez envió á los padres Juan Nuñez Barreto y Luis Gonzalez á dicha poblacion, cuyos habitantes llevaban una vida muy relajada; pero merced á los esfuerzos de aquellos dos jesuitas, no tardó en desaparecer aquella licencia y fué casi trasformada aquella poblacion en una verdadera comunidad religiosa. En Tetuan, ciudad sometida á los mahometanos é inmediata á Ceuta, se hallaban á la sazon unos seiscientos esclavos cristianos, de cuyo número rescataron una buena parte aquellos religiosos, consolando y animando á los restantes.

Hácia la misma época, la Compañía de Jesus dió comienzo á una mision en un pais distante del precedente mas de mil leguas. El dominico Labat, y, segun su testimonio, el historiador Walckenaer, dicen que Juan III, rey de Portugal, envió á Diego, rey de Congo, algunos misioneros escogidos de la Compañía de Jesus, que S. Ignacio, añaden, habia fundado cuatro años antes. Estos misioneros debieron llegar al Congo á fines del año 1538 ó á principios de 1539, poco tiempo antes de la muerte de Diego, acaecida en 1540, despues de un reinado de unos ocho años, durante los cuales la religion hizo notables progresos en el reino. Diego tuvo por sucesor á Enrique V, que no tardó en ser muerto en una guerra contra los Anzicos, pueblos antropófagos; sucediéndole Alvaro I en el año 1542, muerto en 1587. Jarric pone, en el año 1549, la llegada de los jesuitas en el Congo, manifestando de este modo, que no fueron conocidos en aquel reino hasta el reinado de Alvaro I; pero, indicando la verdadera fecha de su viage, anuncia este historiador que llegaron en tiempo de Diego, lo que no puede ser. Diego murió en el año 1540, la Compañía de Jesus no fué aprobada por el papa hasta el 27 de setiembre del mismo año, y S. Francisco Javier, primer misionista de esta órden, no se embarcó en Lisboa hasta el 7 de abril del año 1541. La partida de los apóstoles del Congo fué muy posterior. Al sentarse en el trono Alvaro I, escribió al rey de Portugal para renovar la antigua alianza religiosa y comercial. Dirigiéndose despues al obispo de la isla de Santo Tomás, á quien las revueltas políticas habian impedido trasladarse al Congo, se valió con buen éxito de la autoridad de este prelado para restablecer la tranquilidad en el reino y el buen órden en el clero. Habiendo llenado estos deberes, regresó el obispo á su isla donde halló el fin de una

vida santa y laboriosa, quedando por tercera vez aquellas regiones huérfanas de su prelado, de lo que se resintieron algun tanto su religion y sus costumbres. Sabedor de ello Juan III, pidió al colegio de jesuitas de Coimbra, que habia fundado, cuatro misioneros para el Congo, y se nombró á los PP. Jorge Vaz, superior de la mision; Cristóbal Ribera, Jacobo Diaz y Diego Soveral que se dirigieron primero á Santo Tomás. Despues de haber permanecido enfermos por algun tiempo en aquella isla, se trasladaron al puerto de Pinda, en el embocadero del Zairo. Sabedor de su llegada, el rey mandó que dos de sus principales gefes saliesen á recibirles, quienes les honraron haciéndoles llevar en caballos de palo (1). Tambien el rey con su familia salió al encuentro de los jesuitas hasta la cruz levantada fuera del recinto de su capital. Acojióles con la mayor bondad y les dió una casa, en la que el P. Soveral abrió en seguida una escuela, frecuentada por seiscientos jóvenes del pais, á quienes enseñó á leer y escribir, y muy particularmente los elementos del cristianismo. Los demás religiosos, se dedicaron, con gran contentamiento del rey, á reformar con sus pláticas doctrinales las costumbres relajadas de los antiguos cristianos y á convertir á los idólatras. En el corto periodo de cinco meses el P. Ribera catequizó y administró las aguas del bautismo á mil sietecientos indígenas; el P. Diaz á cuatrocientos, y á trescientos el P. Vaz; además, este último habiendo estendido su mision á los alrededores de la ciudad, llegó á contar unos dos mil setecientos neófitos. Este mismo religioso, independientemente de las iglesias construidas en otro tiempo por Alfonso I, ordenó la construccion de otras en los arrabales bajo la advocacion del Salvador, Ntra. Sra. de la Ayuda y San Juan Bautista. Jorge Vaz murió agobiado bajo el peso de tanta fatiga y Diego Soveral se hizo á la vela para Europa, á fin de dar cuenta al general de la Compañía de los obstáculos que de repente se habian opuesto al desarrollo de la mision, hasta entonces en un estado tan floreciente.

Diaz y Ribera en vez de limitarse á cultivar la viña del Señor, se ocupaban en asuntos demasiado temporales, agenciando para facilitar á los europeos toda especie de relaciones comerciales con los indígenas. Semejante conducta que tendia á desnaturalizar el apostolado, no podia ser tolerada por S. Ignacio, que dispuso reemplazáran aquellos religiosos, los padres Noguera y Gomez. El primero, halló la muerte cuando daba comienzo á sus trabajos apostólicos; y el segundo, sobre quien habia hecho nacer la desconfianza, la imprudencia de sus antecesores, en vano mostró la mas completa abnegacion y el celo mas admirable. Verdad es que la inconstancia del rey contribuyó en gran parte á que fuesen escluidos los jesuitas en el año 1555. Poniendo desgraciadamente toda su confianza en unos jóvenes á quienes dominaba el ardor de las pasiones, su favorito y pariente Francisco Ballamatare declamó abiertamente contra una religion que prohibia tener mas de una muger, y produjo una impresion desfavorable en un pueblo que echaba muy de menos las libertades de la poligamia. Este enemigo del cristianismo murió en una edad poco avanzada; y apesar de su apostasía, el rey le hizo enterrar en la iglesia de Santa Cruz. Refiere Lopez que durante el silencio de la noche se oyó un gran rumor y que al siguiente dia, por la mañana, vieron horrorizados que el techo habia sido descubierto, y el cadáver del apóstata arrebatado de su tumba. Si bien este hecho tan estraordinario no convirtió al rey, fué un aviso que Dios le dió.

Los jagas que habian saqueado y arruinado la mayor parte de los paises vecinos, entraron en el reino del Congo por la provincia de Batta; y no habiendo podido resistirles el ejército que se mandó contra ellos, adelantaron hácia la capital. El rey salió de ella al frente de algu-

(1) Estos caballos de palo, son unos gruesos maderos de ocho piés de largo y un pié de ancho, sobre los cuales se coloca un cuero de buey á guisa de silla de montar. Los dos estremos de los maderos descansan sobre las espaldas de dos hombres que son reemplazados por otros de vez en cuando. (Nota del Trad.)

nas tropas; pero no contando con suficientes fuerzas para aventurar una batalla, volvió á regresar á la ciudad, desde donde la necesidad le obligó á trasladarse con su principal nobleza á una isla del rio Zairo. Los habitantes de San Salvador tambien se vieron obligados á buscar un refugio en las montañas; y el enemigo hallando la ciudad sin defensores, la redujo á cenizas. Despues de esta espedicion, los jagas se dividieron en varios ejércitos que se derramaron por las provincias del reino con el objeto de saquearlas. No tardó el Congo en verse sumido en la mas espantosa miseria, y errantes la mayor parte de los habitantes por los bosques y montañas para evitar el furor de los jagas, casi todos perecieron de hambre ó de enfermedades. Tambien el hambre y la peste diezmó á los que habian seguido al rey. Dábase un esclavo por el precio de un pedazo de carne; los padres vendian á uno de sus hijos para procurarse el sustento de un solo dia, y al siguiente volvian á hallarse en la necesidad de vender otro. Estas infortunadas víctimas de un comercio tan bárbaro como la violencia de los jagas, eran compradas por los portugueses que venian de la isla de Santo Tomás con buques cargados de provisiones. El negro que vendian se reconocia voluntariamente por esclavo, con el solo objeto de aplacar su hambre; y entre ellos se contaban nobles de primera clase y hasta príncipes. Este colmo de infortunio, inspiró sentimientos religiosos al rey que acababa de ser atacado de hidropesía. Imploró la proteccion del soberano de Portugal, quien le mandó un cuerpo ausiliar que derrotó á los jagas en varios encuentros y le restableció en su trono. Sabedor el rey de Portugal de que habia varias minas de oro y plata en Congo, envió al propio tiempo dos personas hábiles para descubrirlas y beneficiarlas; pero Francisco Barbuto, portugués, que residia en la corte del rey del Congo, aconsejó al soberano que no descubriese las minas sino queria comprometer su corona; y Alvaro que siguió aquel consejo, desorientó á los enviados que acabaron por ver frustrados todos sus propósitos. Viendo los mercaderes portugueses que no habia minas de oro en el Congo, abandonaron aquellas regiones, llevando su comercio á tierras mas favorecidas por la naturaleza; mas como desde entonces cesaron las comunicaciones con Europa, la mision se halló casi desierta y la fé mal cultivada. A las vivas instancias de los embajadores de Alvaro I para obtener nuevos apóstoles, contestaban en Portugal con promesas que nunca llegaban á realizarse. Los embajadores que reclamaban los misioneros, estaban encargados de rescatar á los cristianos negros que habian sido vendidos á los portugueses durante la guerra de los jagas; pero de aquellos esclavos, muchos prefirieron permanecer en su condicion en un pais cristiano, donde abundaban los medios de salvarse; solamente los que eran de clase distinguida regresaron á su patria contribuyendo al sostén del cristianismo. Hasta el cabo de tres años no mandó el rey de Portugal un obispo á la isla de Santo Tomás. Este prelado era español y se llamaba Antonio de Gliova, y llevó el encargo de visitar la iglesia del Congo. Mal informado el gobernador de la isla, recibió muy mal á aquel prelado, y cuando partió para el Congo, lo pintó á Alvaro I. como un hombre ambicioso y de un carácter soberbio y tenaz, por manera que le fué prohibida la entrada á la capital, y por algun tiempo el rey no quiso comunicar con él. No obstante, habiendo reconocido mas tarde la calumnia y deseando borrar su falta, Alvaro mandó á su hijo primogénito en busca del prelado, á quien tributó en nombre de su padre, los honores que le eran debidos. El obispo Gliova consagró ocho meses á su visita pastoral, y al embarcarse para Portugal dejó en el Congo seis sacerdotes, cuatro seculares y dos religiosos, número sumamente reducido para las necesidades espirituales de aquel gran reino.

Existe al mediodia del Congo una comarca llamada propiamente Dongo, cuyo nombre cambiaron los portugueses por Angola, que era el nombre del primer príncipe que la usurpó al rey del Congo. A mediados del siglo XVI, An-

gola, uno de los «sovas» ó gobernadores del Dongo, declaró la guerra á todos los demás con el ausilio de los portugueses, les hizo sucesivamente sus tributarios y ciñó la corona con el nombre de Inevo, significando la multitud de sus pueblos. Este príncipe que habia podido apreciar la bondad de la religion cristiana, por sus relaciones con sus vecinos del Congo, pidió á los portugueses algunos maestros para enseñarla. Conforme á sus deseos, pasaron á aquel pais algunos sacerdotes tanto de Portugal como de la isla de Santo Tomás, y entre ellos un religioso de la Órden de San Bernardo. Estos primeros misioneros murieron en el pais ó regresaron á Europa, sin haber llevado á cabo muchas conversiones; no obstante Angola-Inevo tuvo buen cuidado de conservar todos los ornamentos y vasos sagrados, en la confianza de que algunos nuevos apóstoles podrian servirse de ellos. A instancias de este príncipe, cuatro jesuitas, acompañados de Pablo Diaz de Novaes, pasaron en el año 1560 al Dongo. Entonces ya no existia Angola-Inevo, y su hijo y sucesor Dambi-Angola, no era amigo de los portugueses. Con todo, finjió en un principio que participaba de las creencias de su padre y hasta encargó al P. Govea que educase á su hijo, porque cada vez mas asustado por la vecindad de los europeos, temia que estos se vengasen si perseguia á los misioneros. Al partir Diaz de Novaes, aconsejó á los jesuitas que se dirigiesen á pueblos menos sospechosos; pero el P. Govea le contestó, que si el deber de un soldado es obedecer siempre á sus gefes, tambien él, como cristiano y sacerdote debia mostrarse sumiso á la voluntad de Dios y de su superior. En consecuencia, permaneció entre los negros, quienes durante seis años tuvieron á los generosos apóstoles en estrecha cárcel, donde murieron dos sacerdotes; pero mas humano al fin Dambi-Angola, permitió que Diaz regresase á Portugal; mostrando para lo porvenir mejores disposiciones en favor del cristianismo y de los cristianos, conservando no obstante en rehenes á los jesuitas que habian sobrevivido á sus compañeros.

En Abisinia, el emperador Claudio, en vez de reconocer, por medio de una sincera sumision á la iglesia católica, la proteccion de la divina Providencia, cuyo instrumento habia sido el patriarca Juan Bermudez, (1) envió á buscar en el Cairo un «abouna» cismático. Bermudez manifestó públicamente la ingratitud de aquel príncipe, quien habiendo sido el embajador de David en Roma, y salido garante en nombre de aquel monarca de que la Abisinia volveria á la unidad, faltaba abiertamente á las promesas de su antecesor. Claudio se desentendió de los compromisos contraidos por su padre, no quiso ver en el patriarca de Alejandría mas que al obispo de los europeos, y sostuvo con él una controversia teológica, que dió lugar á Bermudez para escribir un tratado cuya lectura pareció causar una profunda impresion en el ánimo del príncipe. Entretanto llegó á Abisinia el sacerdote cismático que el emperador habia pedido, y como los abisinios estaban divididos entre los dos prelados, Claudio que abrigaba la intencion de alejar á los portugueses, envió á Bermudez al pais de Gafats con ánimo deliberado de que encontraria allí la muerte. No obstante, despues de una ausencia de siete meses, regresó á la corte el patriarca de Alejandría, sin que fuese mejor acojido que antes; por el contrario, sus amigos le aconsejaron que se retirase, á fin de evitar la violencia de que tal vez echaria mano el pérfido Claudio. En consecuencia se trasladó á Dobarwa, donde permaneció tranquilamente por espacio de dos años, ejerciendo su sagrado ministerio protegido por diez portugueses que habian militado á las órdenes de Cristóbal de Gama; despues pasó con sus compatriotas á la isla de Massauah y allí se embarcó para Goa, en donde llegó en el año de 1556. Habiendo permanecido algun tiempo en aquel pais, corriendo nuevos riesgos en su constante afan de salvar las almas, tomó por último el camino de Lisboa. El rey de Portugal le acogió benignamente, dispensándole los ho-

(1) Véase lo que dijimos en el final del cap. XLI del libro primero.

nores debidos á su dignidad, y murió sobre el año de 1575, dejando sobre la Abisinia una relacion escrita en estilo sencillo, pero llena de la mas ardiente fé. Tal fué el patriarcado de Bermudez, cuya permanencia de treinta años entre los abisinios, le hizo esperimentar todas las vicisitudes de la fortuna, pero le ofreció la ocasion de desplegar su talento y poner á prueba su constante valor y firmeza.

Corresponde á la época de este patriarcado la mision de Antonio Virguletan, franciscano reformado. Enviado por el papa á Abisinia, predicó en aquel pais la fé católica, sin obtener mas resultado que gloriosos sufrimientos. Primero encarcelado y despues deportado á un islote de Souakim, acabó por morir de hambre. Unos mercaderes portugueses trasportaron su cuerpo á Diu, en donde fué enterrado en la iglesia de los franciscanos observantes. Juan de Luca, refiere algunos milagros que tuvieron lugar junto á su sepulcro.

Mientras que Claudio observaba una conducta tan reprensible respecto de Juan Bermudez, por una rara contradiccion, veíasele rogar una y otra vez á Juan III, rey de Portugal, que obtuviese del papa el consentimiento de enviarle un patriarca y algunos obispos. «Juan III, dice el P. Bouhours, en la vida de S. Ignacio, tomó muy á pechos el asunto; pero los graves deberes que ocupaban entonces el pontificado, retardaron la ejecucion de aquel deseo, hasta el advenimiento del papa Julio III, en el año 1550, que las cosas pasaron del modo que voy á referir. El rey de Portugal escribió al P. Ignacio, pidiéndole algunos sacerdotes que pudiese proponer al papa para el patriarcado y obispados de Etiopía. El solo título de patriarca y obispo, hizo estremecer al padre; pero habiendo reflexionado que un patriarcado y unos obispados de aquella naturaleza, eran mas bien cruces que dignidades, y que esto no tenia consecuencias, tranquilizóse, y consintió en todo cuanto quiso el príncipe. Nombró á tres padres de gran capacidad y eminente virtud, llamados Juan Nuñez, Andrés Oviedo y Melchor Carnero, sin determinar no obstante, cual de ellos seria patriarca, aunque abrigaba deseos de que fuese Nuñez, á quien parece, colocó en primer lugar. Unicamente declaró que los que fuesen obispos, sucediesen al patriarca en caso de necesidad. Nuñez, que habia trabajado muchos años en Africa rescatando esclavos y convirtiendo renegados, se encontraba en Lisboa, á donde habia ido para procurarse medios para rescatar á los cristianos que el dey de Argel habia quitado al de Fez arrojándole de su reino. Cuando supo la resolucion tomada respecto de su persona, escribió á Roma con grande empeño, para que no fuese aprobado aquel nombramiento que se habia hecho sin consultarle. Manifestó igualmente al P. Ignacio, que no se negaria á aceptar la mision de Etiopía; pero que no podia resolverse á ir allí con una mitra, y que preferiria de mucho pasar el resto de sus dias encadenado entre los esclavos de Berbería. Suplicóle por las llagas de Jesucristo crucificado, que se compadeciese de su debilidad, y que no le agobiase con un peso que tal vez seria causa de su perdicion. Nuñez añadió, que si el buen padre no queria dispensarle, al menos le enviase su voluntad por escrito, á fin de que una órden firmada de su mano, le consolase y animase en su ruda tarea. Carnero que se hallaba en Roma, y Oviedo que llamaron de Nápoles, no hicieron menos resistencia y quisieron disculparse ante el papa. Por muy penosas que fuesen las dignidades que les destinaban, les parecian todavía mas honoríficas que fatigosas, y su brillo les inspiraba horror. Si bien el P. Ignacio abrigaba otras intenciones, no dejó de alabar su modestia, y se complació en que los tres tuviesen necesidad con aquel motivo, de un mandato absoluto del sumo pontífice. No obstante les dió á entender que todo el honor, todas las rentas de aquellas dignidades, consistian en grandes trabajos, en contínuos peligros por mar y tierra, en la pobreza, y quizás en el martirio. Tanto fué lo que conmovió á Julio III, la conducta de S. Ignacio y de sus hijos, que

dijo públicamente en presencia de todos los cardenales, que al fin se veia lo que ambicionaban los jesuitas en este mundo, puesto que de una parte, renunciaban las mitras que eran mas honoríficas que onerosas, y de otra aceptaban las que llevaban consigo los trabajos y el sufrimiento. Si bien el P. Ignacio no creyó que ninguno de los tres discípulos fuese capaz de abusar de la autoridad patriarcal, parecióle no obstante, que á fin de obligar al que fuese patriarca á cumplir mejor con su deber, convenia que residiese en Goa un nuncio apostólico, y que visitase á aquel de vez en cuando, para observar de muy cerca su conducta.

Don Alfonso de Alencastre, gran comendador de la órden de Cristo, y embajador de Portugal, habia recibido una carta de su soberano, en la cual le encargaba que apoyase en la corte pontificia todos los pasos dados por el general de los jesuitas. En esta carta de que fué portador el P. Luis Gonzalez, manifestaba el rey á D. Alfonso la ilimitada confianza que le inspiraba aquel religioso. Aconteció que como observase el general que el embajador olvidase algun tanto el asunto de la mision de Etiopía, ordenó al P. Luis Gonzalez que lo activase, visitando á aquel funcionario cada tres dias, y como el padre no dejára de hacerlo constantemente por espacio de tres meses, decíase en Roma, que Gonzalez era la calentura terciana del embajador. Esta solicitud por parte de los padres no fué inútil, porque al fin D. Alfonso activó el negocio, logrando que el papa nombrase á Nuñez patriarca de Etiopía, conforme á los deseos del rey de Portugal, que habia conocido las intenciones del P. Ignacio. Envióle poco tiempo despues el *pallium*, confiriéndole derechos y poderes absolutos no solamente en Etiopía, sino tambien en todas las provincias circunvecinas. Nombró á Oviedo obispo de Nicea, á Carnero obispo de Hierapolis, y declaró á uno y otro sucesores del patriarca. En fin, dió el título y autoridad de comisario apostólico al P. Gaspar Barzeo, que el P. Ignacio habia indicado al embajador, y que entonces era rector del colegio de Goa. El P. Ignacio dió al patriarca y á los dos obispos, diez compañeros escogidos, y cuando partieron estos para Etiopía, escribió al rey de los abisinios, la siguiente carta: « Señor: en nombre de N. S. J., deseo á V. A. gracia, salud y abundancia de bienes espirituales. El serenísimo rey de Portugal, animado por el celo de la gloria del santo nombre de Dios, y de la salud de las almas redimidas por la sangre de J. C., me ha manifestado repetidas veces que tendria gran contento que nombrase á doce religiosos de nuestra pequeña *Compañía*, llamada *de Jesus*, para pasar á los estados de V. A., y entre los cuales hubiese un patriarca y dos obispos. Sumamente agradecido á este príncipe, por los muchos favores que ha dispensado á nuestra Compañía, y por la veneracion que todos debemos á tan gran rey, he ejecutado puntualmente sus órdenes, y siguiendo el número que representa la sociedad de Nuestro Señor, y de sus apóstoles, he elegido, además del patriarca, á doce profesos de nuestro cuerpo, para que consagrasen su existencia á la salvacion de vuestros súbditos; y lo he hecho tanto mas gustoso, cuanto yo y los mios, deseamos muy de veras servir á un príncipe como vos, que, entre tantas naciones enemigas del nombre cristiano que os rodean, os esforzais, siguiendo el ejemplo de vuestros antepasados, en mantener y aumentar en vuestro imperio la religion de Jesucristo. Estas buenas intenciones y laudables esfuerzos de V. A., necesitaban en efecto, ser secundadas por los padres y pastores espirituales, con cuyo concurso la iglesia de Etiopía adquiere el legítimo poder dimanado de la Santa Sede apostólica, y la pura doctrina de la fé cristiana, verdaderas y únicas llaves del reino de los cielos, que N. S. J. ofreció primero á S. Pedro, y mas tarde le confió. Prometióselas únicamente cuando le dijo, conforme lo leemos en el evangelista S. Mateo: « Y yo te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán con-

tra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.» Y se las dió efectivamente, cuando, despues de haber resucitado, y antes de su ascension, díjole, como escribe el evangelista S. Juan: «Apacentad mis ovejas.» Con estas palabras, el Hijo de Dios le encomendó no una parte del rebaño, sino el rebaño entero, y con una plenitud de poder mucho mas ámplio que el que dió á los demás apóstoles. Lo propio parece haber querido demostrar el Señor por boca del profeta Isaías, cuando hablando del gran sacerdote Eliacim, dijo: «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro: y abrirá, y no habrá quien cierre: y cerrará, y no habrá quien abra.» Este símbolo es la figura de S. Pedro y de sus sucesores; y las llaves que son el signo de un dominio pleno y absoluto, indican el poder de la Sede romana. Siendo esto así, V. A. debe estar muy agradecido de que, bajo su reinado, Nuestro Señor, haya querido enviar verdaderos pastores, á unas naciones estraviadas que dependen del soberano Pastor de los fieles, habiendo recibido del vicario de J. C. todo el poder que tienen.

No fué sin intencion, la resolucion tomada por vuestro padre y vuestro abuelo, de admitir un patriarca por manos del de Alejandría. Un miembro separado del cuerpo, no tiene ni vida ni movimiento: así es que el patriarca de Egipto, ya sea que resida en Alejandría, ya en el Cairo, siendo cismático separado de la Santa Sede apostólica y del soberano pontífice, gefe de toda la Iglesia, no puede recibir por el mismo, ni comunicar á nadie, la vida de la gracia y la autoridad pastoral. Porque en fin, no hay mas que una Iglesia católica; y no es posible que una iglesia dependa del pontífice de Roma, y otra del de Alejandría. Así como el esposo es único, única debe ser tambien la esposa; y de ella dijo Salomon en sus cantares, aludiendo á la persona de Jesucristo: «Una es mi paloma.» En el mismo sentido ha hablado el profeta Oseas: «Los hijos de Israel y de Judá se reunirán, y no tendrán mas que un gefe.» San Juan, dijo mucho tiempo despues en el mismo sentido: «No hay mas que un aprisco y un pastor.» No hubo mas que una arca de Noé, fuera de la cual nadie se salvó del diluvio, conforme leemos en el Génesis. No hubo mas que un tabernáculo construido por Moisés; un templo en Jerusalen levantado por Salomon, donde se sacrificaba y adoraba; una sinagoga donde los fallos fuesen legítimos. Todas estas cosas figuraban la necesidad de la Iglesia, fuera de la cual no hay nada bueno: porque cualquiera que no esté unido á este cuerpo místico, no recibirá del gefe, que es Jesucristo, la gracia divina que vivifica el alma, y la dispone para la eterna felicidad. Para declarar esta unidad se canta en el símbolo, contra algunos hereges: «Creo en la iglesia, una, santa, católica y apostólica.» y los santos concilios han condenado como error, la opinion de los que sostenian que las iglesias particulares de Alejandría ó de Constantinopla, eran verdaderas iglesias, sin estar unidas al pontífice romano, gefe comun de la Iglesia católica, de la que han descendido sucesivamente todos los papas desde S. Pedro, quien, segun S. Marcelo, mártir, eligió la Sede de Roma por órden de Jesucristo, y la cimentó con su propia sangre. Estos papas han sido considerados sin controversia, como vicarios de Jesucristo, por un gran número de santos doctores griegos, latinos y de todas las naciones; lo han sido igualmente por los anacoretas, obispos y otros confesores ilustres en santidad; en fin, han sido autorizados por una infinidad de milagros, y por la sangre de un increible número de mártires muertos en la union, y por la fé de la santa Iglesia romana. Animados de estos sentimientos, todos los obispos que asistieron al concilio de Calcedonia, esclamaron á una voz al ver entrar el papa Leon: «Santísimo, apostólico, universal pontífice.» En el de Constancia, se fulminó el anatema contra los que negaban la primacía y la existencia del

pontífice romano sobre todas las iglesias del mundo. Estas formales y auténticas declaraciones, vénse todavía confirmadas por la autoridad del concilio de Florencia, que se celebró en tiempo de Eugenio IV, en el que los griegos, los armenios, jacobitas y otras naciones asistieron. «Definimos, decian los padres de este concilio, que la Santa Sede apostólica y el pontífice de Roma, tienen la primacía sobre todas las iglesias del universo; que es el sucesor de S. Pedro, el verdadero vicario de Jesucristo, el gefe de toda la Iglesia, el padre y doctor de todos los fieles, y que N. S. J. le dió, en la persona de S. Pedro, un pleno poder de enseñar, dirigir y gobernar la iglesia universal.» Por tanto, cumplió con su deber el serenísimo rey David, padre de V. A., cuando en su tiempo mandó una embajada que reconoció solemnemente á la Iglesia romana, como á madre y señora de todas las Iglesias.

Entre varias laudables acciones que habeis hecho uno y otro, merecen mencionarse dos de muy ilustres, cuya memoria será inmortal, y por las cuales vuestros pueblos deben tributar á Dios eternas acciones de gracias. Vuestro padre fué el primer rey de los abisinios que se sometió á la perpétua obediencia del que ocupa el lugar de Jesucristo en la tierra; y vos sois el primero que habeis llamado á vuestros estados á un verdadero patriarca, hijo legítimo de la Santa Sede, nombrado por el vicario de Jesucristo. Porque, si se debe contar por una singular merced, como lo es en efecto, verse unido al cuerpo místico de la Iglesia católica, animada y dirigida por el Espíritu Santo, y á la cual el mismo Espíritu enseña todas las verdades, segun el testimonio del evangelista; si es un gran bien ser guiado por la luz de una sana doctrina, y apoyarse en los fundamentos de la Iglesia, á la cual el apóstol S. Pablo escribiendo á Timoteo, llama la casa de Dios, columna y base de la verdad, y á la que N. S. J. prometió un eterno ausilio, cuando dijo á sus apóstoles: «Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos,» como leemos en el evangelio de S. Mateo; estas naciones deben estar sin duda agradecidas de que nuestro Dios y Criador, se haya valido de vuestro padre y de vos, para concederles tal merced; y su reconocimiento debe ser tanto mayor, cuanto es de esperar que las ventajas temporales seguirán á las ventajas espirituales, no tardando en ser confundidos vuestros enemigos, y acrecentado vuestro imperio por vuestra union con la Iglesia. Los sacerdotes que se os envia, son todos, y muy particularmente el patriarca y los dos obispos, de una acrisolada virtud, muy esperimentados en nuestra Compañía, y elegidos por un destino tan importante, tanto por su doctrina ortodoxa, como por su perfecta caridad. No les faltará ni el ánimo, ni el ardor necesarios, para desempeñar debidamente su ministerio, en la confianza que abrigan de trabajar útilmente por la gloria de Dios, por la conversion de las almas, y en servicio de V. A.; porque arden en deseos de consagrarse á la salvacion de los hombres, anhelando imitar en cierto modo al Hijo de Dios, que sufrió voluntariamente la muerte para rescatar al género humano de la eterna condenacion, y que dijo por boca del evangelista: «Yo soy el buen pastor; y el buen pastor dá la vida por sus ovejas.» El patriarca y los demás, á quienes anima el ejemplo del Salvador, vienen enteramente dispuestos á socorrer las almas con sus consejos, sus trabajos, y hasta, si es preciso, con su existencia. Cuanto mas V. A. les abrirá su corazon, mas consuelo interior confio sacará de ello. Por lo demás, respecto al crédito que es debido á lo que manifestáran tanto en público como en particular, V. A. no ignora que las palabras de estos misionistas enviados de la Santa Sede, y sobre todo las del patriarca, están revestidas de la autoridad apostólica, y que es preciso en cierto modo creerlas todas como las de la Iglesia de la que son los intérpretes. Y á fin de que todos los fieles de Jesucristo se adhieran á los sentimientos de la Iglesia, obedezcan sus mandatos, y la consulten si se

ofrece alguna cosa ambigua ú oscura, no dudo que vuestra piedad os aconsejará publicar un edicto, obligando á todos vuestros súbditos á seguir sin ninguna clase de resistencia, las órdenes y dictámenes tanto del patriarca, como de los que ocupen su lugar. El Deuteronomio nos enseña que era costumbre entre los judíos, siempre que se presentaba alguna controversia ó dificultad, consultar la sinagoga, que era la representacion y mensagera de la Iglesia cristiana Por esto Jesucristo, dice en el Evangelio: «Los escribas y fariseos ocupan el asiento de Moisés.» El sábio enseña lo propio en los proverbios: «No echeis en olvido los preceptos de vuestra madre;» esta madre, es la Iglesia. Y en otro lugar: «No paseis los límites que os han trazado vuestros padres;» estos padres, son los prelados de la Iglesia. En fin, Jesucristo quiere que nos conformemos tanto á la Iglesia, que dice terminantemente por boca del evangelista S. Lucas: «El que os escucha, me escucha; y el que os desprecia me desprecia;» y por boca de S. Mateo: «Si no oyere á la Iglesia, tenlo como un gentil y un publicano.» De lo que se sigue, que no debemos prestar oidos á los que digan alguna cosa que no esté conforme con el sentido, y la interpretacion de la Iglesia católica, pues S. Pablo nos lo advierte en su epístola á los Galatas: «Mas aun cuando nosotros, ó un ángel del cielo os evangelice fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea anatema.» En fin, el testimonio de los santos doctores, los cánones de los concilios, el consentimiento y práctica de todos los fieles, prueban evidentemente esta verdad. El patriarca y sus compañeros, están dispuestos á tributar á V. A. todos los honores y respetos que le son debidos, y á ser tan indulgentes, como se lo permitan sus piadosos deberes. Por lo que hace á nosotros, que permanecemos en este pais de Europa, puede estar bien persuadido V. A., que harémos todo cuanto de Nos dependa para servirle, conforme la voluntad de Dios. En nuestras oraciones y sacrificios, rogarémos al cielo que conserve vuestra real persona, y todo vuestro imperio en el santo temor de Dios, y que os conceda la merced de que podais disfrutar de los bienes temporales, sin perjuicio de los bienes espirituales. Por último, que Dios Nuestro Señor, á todos nos ilumine para conocer perfectamente su santísima voluntad, y nos dé fuerzas para cumplirla como es necesario. Roma 28 de febrero del año 1555.»

Mientras que todo se preparaba en Lisboa para el viage de los misionistas, Juan III escribió al virey de las Indias que enviase una embajada al emperador, á fin de conocer cuales eran sus intenciones y si recibiria con agrado al patriarca y los obispos. Recibida aquella órden, el virey hizo partir enseguida para la Abisinia al portugués Jacobo Diaz, acompañado del P. Rodriguez, de la Compañía de Jesus. Aquel paso fué muy prudente, porque si bien Claudio recibió muy bien á Diaz, luego que conoció el objeto de su embajada, manifestóle que sin dejar por esto de ser aliado del rey de Portugal, no abandonaria jamás, en materias de religion, las costumbres de sus antepasados. Como le manifestase el embajador que aquel propósito estaba en contradiccion con las intenciones manifestadas á Juan III de querer entrar en el gremio de la iglesia romana, al principio negó el hecho en ademan confuso y despues lo esplicó por la inexactitud del secretario que habia escrito sus cartas; pero de todos modos no se opuso de un modo terminante á que entrase en la Abisinia la mision. Mientras esto tenia lugar, diez jesuitas se embarcaron en Lisboa, entre ellos Carnero, obispo electo de Nicea, que fué consagrado en Goa, y los tres padres Gonzalez, Pascual y Alfonso Lopez, los cuales á causa de un temporal, murieron de hambre en una isla desierta, con un gran número de portugueses, de quienes no quisieron separarse, á fin de prodigarles los ausilios de la religion. El patriarca Juan Nuñez Barreto y Oviedo, obispo electo de Hierápolis, fueron consagrados en la iglesia de los Trinitarios de Lisboa, y partieron enseguida con el P. Juan de Mesquita, para las







Indias. Segun los informes que dió el P. Rodriguez, los principales miembros del clero de Goa, de acuerdo con los padres del colegio de Jesuitas, fueron de unánime parecer, de que no debia esponerse la dignidad patriarcal de que estaba revestido Juan Nuñez á los ultrajes de una nacion herética y cismática. En consecuencia, el patriarca permaneció en Goa; pero Oviedo, obispo de Hierápolis, pasó á la Abisinia, para prepararles el camino, llevando consigo á los PP. Antonio y Manuel Fernandez, Antonio Gualdanez, Gonzalez Cardoso y Francisco Lobo. Su navegacion fué doblemente feliz, porque desembarcaron en Abisinia cinco dias antes de haber tomado posesion los turcos de Massauah y Arkeko, las dos entradas mas fáciles de aquel imperio. Lo que aconteció mas tarde, no correspondió á aquellos comienzos. Oviedo fué á encontrar á Claudio en su campamento y el emperador recibió á los misionistas y en particular al obispo con benevolencia (Pl. LXXVI, n.° 1.); pero cuando se le habló de renunciar al cisma, no se mostró tan dócil como antes. El prelado, en vez de romper con él, tomó la prudente resolucion de contemporizar, y se dedicó ya á conducir á los portugueses que habitaban en aquel pais al exacto cumplimiento de las prácticas cristianas, ya á reconciliar á los indígenas con la Iglesia católica. Claudio se irritó cuando supo los progresos que hacian los misioneros, y habiéndole propuesto entonces Oviedo discutir con los religiosos mas doctos de su imperio, los puntos sobre los cuales diferian en creencia, acabó, apesar de su repugnancia, por consentir en aquella pública discusion que llenó de confusion á los cismáticos, sin que por esto desistieran de su error. El obispo juzgó que tal vez venceria su obstinacion, escribiendo varios tratados que hizo circular con buen éxito entre los abisinios; pero el soberano le manifestó terminantemente en el mes de diciembre del año 1558, que jamás se someteria al pontífice romano. La justicia divina no tardó en herir á aquel príncipe que despreciaba la salvacion que unos ángeles de paz le traian de tan lejos: el 22 de marzo del año 1559, pereció Claudio en una batalla que dió contra los moros.

Menas, su sucesor, recibió con muestras de satisfaccion las felicitaciones de los misionistas con motivo de su advenimiento al trono; pero no tardó en manifestar sus verdaderos sentimientos. Habiendo sabido que Oviedo habia logrado volver á la unidad á dos abisinios de ilustre rango, les mandó comparecer á su presencia. Antes de entrar en la audiencia real, Oviedo les administró los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, á fin de que permaneciesen igualmente inaccesibles á las amenazas y á las promesas del emperador, quien hizo decapitar al mas jóven, que contaba unos veinte años, y desterró de la Abisinia al otro que tenia sesenta. Viendo que el prelado y sus compañeros, eran la causa de todas aquellas conversiones, les hizo prender á fin de imponerles un castigo que atemorizase á los neófitos. Condujeron á su presencia el obispo de Hierápolis, y con ademan feroz y brutal, le prohibió, bajo pena de la vida, predicar la religion romana, y como Oviedo contestase que no podia tener cautiva la verdad, Menas, dice Bruce en su viage en las fuentes del Nilo, se arrojó sobre él, le golpeó indignamente, le arrancó la barba, destrozóle sus vestidos y le quitó su cáliz á fin de impedir que celebrase el santo sacrificio de la misa. Enseguida lo desterró, lo propio que á Francisco Lobo, á una montaña desierta, donde aquellos dos apóstoles, esperimentaron toda clase de sufrimientos, durante los siete meses que permanecieron en ella. Menas no limitó la persecucion á aquellas violencias: publicó varios rigurosos decretos contra los portugueses, y prohibió que en adelante se casasen con mugeres indígenas, y por último habiendo mandado á llamar al obispo desde el lugar de su destierro, le prohibió que permaneciera en Abisinia bajo pena de la vida. Oviedo que no tenia mas ambicion que morir por Jesucristo, contestó que mas valia obedecer á Dios que á los hombres; que se le podia arrojar á las fieras ó decapitarle, pero no impedir que tra-

bajase para la salvacion de las almas. Al propio tiempo dejó caer su capa, adelantó su cabeza, y levantando los ojos y las manos al cielo, rogó á Dios que le hiciera digno del martirio. La abnegacion del generoso prelado irritó de tal modo á Menas, que desenvainando su cimitarra iba á descargarla sobre Oviedo, consumando el martirio que este ambicionaba, cuando los ruegos de la princesa su esposa y de sus oficiales, contuvieron su brazo (Pl. LXXVI, n.º 2.) El obispo habiendo sido azotado otra vez de un modo cruel, fué desterrado nuevamente á la montaña desierta; pero como esta vez la órden del destierro comprendia á todos los demás portugueses que se hallasen en Abisinia, Oviedo y sus compatriotas, lograron sustraerse de aquel rigor, acojiéndose bajo la proteccion del Baharnagash Isaac, á quien Menas habia maltratado, y que acababa de aliarse con el turco Samur, comandante de la isla de Massauah. El Baharnagash manifestó á los portugueses el deseo de proteger y basta de abrazar su religion; estos á su vez, le hicieron esperar que recibiria de la India portuguesa los socorros de que tenia necesidad; pero el dia 13 de enero del año 1563, Dios dispuso que tuviese término el reinado de Menas. Se supo al propio tiempo que Juan Nuñez Barreto, que vivia como un humilde religioso en el colegio de Jesuitas de Goa, sometido á la voluntad de los superiores, como sino estuviese revestido de la dignidad patriarcal, habia terminado su santa vida el dia 22 de diciembre del año 1562.

Por su muerte, Andrés Oviedo, obispo de Hierápolis, pasó á ser patriarca de Etiopía; pero el rango elevado á que ascendia, puso mas y mas en contraste su extrema miseria. En otro tiempo con las dádivas de los portugueses se procuraban su subsistencia los misioneros; pero habiéndoles faltado este recurso, viéronse obligados á comprar un arado y algunos bueyes para poder cultivar la tierra y hacerla producir la cebada necesaria para su subsistencia. El patriarca no tenia siquiera un vestido, no dirémos para honrar su dignidad, sino para cubrirse. Habiendo querido escribir al rey de Portugal, no pudo disponer de un pliego entero de papel, y se vió obligado á servirse de una hoja arrancada á un libro antiguo. Como se ignoraba en la India lo que pasaba en Abisinia, diez y seis portugueses acompañados del jesuita Fulgencio Freire, resolvieron trasladarse allí; pero al atravesar el mar Rojo, cayeron en poder de los turcos, quienes dieron muerte á unos, é hicieron esclavos á los otros, en particular al religioso que condujeron á Massauah, donde fué destinado á las galeras para remar con los forzados. Su cautividad aprovechó á seis personas á quienes convirtió y de las cuales tres murieron poco tiempo despues de haber recibido el bautismo. En fin, habiéndole hecho rescatar el rey de Portugal, regresó á Europa, pero con la intencion de volver á la India; porque aquellos trabajos lejos de abatir el valor de los esforzados soldados de Jesucristo, les animaban mas y mas para correr en busca de nuevos y mayores peligros. Sabedor el rey del deplorable estado de la Abisinia, en donde la presencia de un patriarca era desgraciadamente inútil, al paso que en otras comarcas mejor dispuestas, entre ellas el Japon, ni siquiera tenian un obispo para confirmar á los nuevos cristianos, y perpetuar el sacerdocio, hizo suplicar al papa que ordenase al patriarca de Etiopía ir á ejercer las funciones episcopales en el Japon. Un breve del 3 de febrero del año 1566, dispuso en efecto, que Oviedo pasase ya fuese á la China, ya al Japon, si podia salir de la Abisinia, posibilidad que no se realizó. Permaneció pues en Fremona, situada á unas tres leguas de Axum (1), en donde habia sido relegado, logrando reunir un pequeño rebaño que iba aumentando todos los dias y que se vió obligado á distribuir en una es-

(1) Axum, es la capital del reno de Tigré, y está situada en una llanura fértil á unos 170 kilómetros del mar Rojo. Es residencia de los monarcas abisinios que de toda la Abisinia no poseen mas que el reino de Tigré. Segun relacion de los historiadores, la iglesia mayor parece no haber sido construida basta el año 1637 y se reputa como la mas hermosa del reino despues de la de Tchelicut. (Nota del Trad.)







pecie de aldeas construidas espresamente. El historiador Bruce dice, hablando de Melec Sequed, hijo de Menas, que no solamente no impidió á los sacerdotes católicos que bautizáran, predicáran y llenáran las demás funciones de su ministerio, sino que muchas veces hablaba con elogio de su moral, de su sobriedad, de su paciencia y de la pureza de sus costumbres. Oviedo murió en Fremona en el mes de setiembre del año 1577. Durante su vida, su extrema pobreza, unida á las persecuciones que sufrió con una paciencia invencible, su caridad y los frecuentes milagros que Dios obró por su intercesion, le habian hecho igualmente venerable tanto para los católicos como para los cismáticos. Despues de su muerte, todos honraron sus restos, y los enfermos que sanaron y las conversiones que se realizaron cabe su tumba, le hicieron considerar como un taumaturgo que hasta en el sepulcro continuaba su apostolado. De los cinco jesuitas que lo habian acompañado á Abisinia, ninguno llegó á las Indias. Gonzalez Cardoso, enviado de Fremona á Dembea (1), predijo que no llegaria y en efecto fué asesinado el 23 de mayo del año 1574 al atravesar un bosque, por unos ladrones (Pl. LXXVII, n.º 1). Antonio Fernandez, nombrado por Oviedo superior de la mision, no tardó en seguir al patriarca. Andrés Gualdanez, habiendo recibido el encargo de ir á la isla de Massauah, halló á su paso á los turcos que lo degollaron. Manuel Fernandez, que era el de mas edad, fué el cuarto que murió. Francisco Lobo, vivió hasta el año 1596 y anunció, al morir, que los católicos que dejaba afligidos por su pérdida, tendrian el consuelo de ver á otros misioneros. En efecto, aun no habia pasado un año, cuando llegó un sacerdote secular, llamado Melchor de Silva, oriundo de Goa, encargado por el arzobispo de aquella ciudad de informarse detenidamente de todo cuanto Oviedo y sus compañeros habian hecho en Abisinia. Hijo de aquellos paises, su aire, sus maneras orientales, el color de su tez, la pureza y el acento de su idioma, todo hacia prometer que lograria burlar la vigilancia de los enemigos de la fé. Este sacerdote pasó á Massauah en el año 1597; penetró en Abisinia sin que se sospechase siquiera su permanencia en el pais, y los informes que tomó, mientras trabajaba en aquella porcion de la viña del Señor, los comunicó á Goa, desde donde fueron enviados á Portugal imprimiéndose en Lisboa en el año de 1607.

Para completar la historia de esta primera mision de los jesuitas en Abisinia, debemos añadir que Melchor Carnero, obispo de Nicea, se vió obligado á permanecer en Goa con Juan Nuñez Barreto, donde vivia como un simple religioso en el colegio de la Compañía. No obstante, llevado por su celo, hacia frecuentes correrías en los reinos de Cochin y de Colam. Hallándose en Cochin con el P. Gonsalvo Rodriguez, se empeñó en combatir las falsas doctrinas esparcidas por un obispo nestoriano, siguiendo sus huellas hasta el interior de las montañas; pero estuvo á punto de perecer de un flechazo que á su regreso le disparó uno de los partidarios de aquel cismático. Debió el celoso misionero su salvacion al bonete que atravesó el arma arrojadiza. Mientras que Carnero consagraba de este modo una parte de su existencia á la salvacion de las almas, el papa le ordenó por un breve, parecido al que habia recibido Oviedo, que fuese á ejercer las funciones episcopales en el Japon. En consecuencia, el prelado se embarcó para Macao, desde donde esperaba proseguir su viage, cuando Dios se dignó llamarle á sí. Tal fué el venturoso fin de los tres prelados que la Santa Sede habia designado para la Abisinia.

Los anales de los dominicos hablan tambien de la Abisinia; pero no podemos admitir, con Fontana, que la princesa Elena, tomando el hábito de los dominicos en el monasterio de Blurimanos, profesára en presencia de un prior de los Hermanos Predicadores. El analista aña-

(1) Dembea, es una provincia de la Abisinia en el reino de Ambara y comprende el territorio que se estiende al norte del gran lago de su nombre. Desde el último siglo, habiendo cambiado notablemente la condicion moral de aquellos habitantes, se reputa como la provincia mas poblada y mejor cultivada de aquellas vastas comarcas. (Nota del Trad.)

de que esta princesa escribió varias obras para la conversion de los abisinios, y entre ellas una sobre la escelencia de la fé cristiana, titulada: *Rayo de sol*, y otra sobre el misterio de la Santísima Trinidad, titulada: *Alabanza sea dada á Dios en todas sus obras*. Es mas fácil creer que el dominico Pedro Cœllius, fué enviado con otros tres religiosos dominicos, á las Indias orientales, para pasar desde allí á la residencia del emperador con Juan Bermudez, patriarca de Alejandría. Despues de esta embajada, dice Fontana en su «Monumenta dominicana,» Pedro y sus compañeros permanecieron en las Indias para trabajar en la conversion de los idólatras.

CAPÍTULO VIII.

Misiones de los Dominicos, Franciscanos y Jesuitas en el Indostan, el Pegú, la China, Ceylan, Monomotapa, Molucas, Solor y Siam.

Revestido Bernardo de la Cruz, religioso de la órden de Predicadores, del carácter episcopal en el año 1540, fué enviado á Meliapur, lo que demuestra claramente la perseverancia de los dominicos en el centro del Indostan; y si esta prueba aun no bastára á patentizar su celo y su constancia, veamos algunas de las importantes medidas que adoptaron allí en el año 1545. Para facilitar en aquella época la órden de Predicadores, la conversion de los paises confiados á su cuidado, por medio de iglesias y conventos que fuesen otros tantos focos, de los que irradiase á lo lejos la verdad católica, erigieron la *Congregacion oriental de las Indias*, semillero perenne de operarios a ostólicos, cuya abnegacion nunca cejó ante la fatiga, el destierro, la persecucion y la muerte. Doce dominicos de la provincia de Portugal, partieron en el año 1548 para la India, bajo la direccion del P. Didacio Bermudez, fundador de aquella Congregacion; fueron á su llegada aquellos religiosos, encargados de evangelizar á quince distintos pueblos de la isla de Goa, en la que levantaron cuatro iglesias. Segun Fontana, en el año 1549 y siguientes, fueron construidas en las islas de Solor, Flores y Lamalla, así como tambien en la península de Malaca, diez y ocho iglesias y otros tantos conventos por los PP. Predicadores, quienes convirtieron á mas de sesenta mil idólatras, entre los que habia diferentes reyezuelos que imperaban en un radio de cien leguas; ya verémos, empero, mas adelante la época exacta en que llegaron los dominicos á la isla de Solor. Entre los apóstoles dominicos que evangelizaban la India portuguesa, hay algunos de los que debe hacerse particular mencion. Refiere Fontana, que estando el P. Ignacio de la Purificacion, ocupado hacia muchos años en la conversion de los indos, dijo, el dia de S. Bartolomé, apóstol, á su pueblo: «El momento de mi muerte se acerca,» y que despues de haberse despedido de su auditorio, se retiró á su celda, en la que murió á los tres dias, el año 1552. El propio autor, dice tambien que el P. Francisco Macedo, convirtió á un gran número de idólatras con sus elocuentes y tiernos discursos, y que no cesó de evangelizar hasta su muerte, acontecida en el año 1554.

Hácia aquella misma época, hubo un religioso de la órden de San Francisco, llamado Bonfer, de nacion francés, que encontrándose en Goa, á donde le habia conducido su celo apostólico, oyó hablar de la importancia del reino de Pegú, hácia el cual resolvió dirigirse lo mas pronto posible. Como era hombre de una virtud y ciencia poco comunes, dice el jesuita Du Jarric, y sobre todo de un gran celo por la salvacion de las almas, no ocupó á Bonfer otra idea que la de acudir en ausilio de aquella vasta nacion, para hacer brillar en ella la antorcha de la fé. En su virtud, se dirigió de Goa á Meliapur, en cuyo último puerto, habia á veces medio de embarcarse para Pegú, donde contrajo estrechas relaciones de amistad con el vicario de la poblacion, con el P. Alfonso Ciprian, jesuita, y con otros portugueses, por medio de los cuales se le recibió en un buque que acababa de hacer su

cargamento. Despues de haberse visto espuesto á grandes peligros, desembarcó Bonfer en el puerto del Pegú, en cuya ciudad permaneció tres años, á fin de aprender la lengua del pais, y de enterarse de las ideas que tenian los indígenas acerca de la religion. Bonfer, dice de los peguanos: «Abrazaban errores en estremo perniciosos, que creemos deber referir aquí, á fin de que los cristianos conozcan mejor el señalado beneficio que han recibido de Dios, infundirles su fé, y para que procuren por este medio ayudar con mas ahinco á aquellos pobres ciegos, ó cuando menos con sus oraciones, á salir de la abnegacion y miseria en que están sumidos. Los que son entre ellos considerados como sábios, dicen que hay una infinidad de mundos, que se han sucedido y se sucederán eternamente, y que debe de haber por lo mismo una infinidad de dioses; creyendo que al cambiar el mundo, cambia tambien el dios que le regia. No obstante, segun ellos, hay en el mundo actual cinco dioses, cuatro de los cuales deben ya haber muerto, habiendo perecido el último de ellos hace ya dos mil ochenta años, y como el quinto no ha venido aun, se ha quedado el mundo sin Dios, pero le aguardan para dentro de algunos años; creen que despues de la muerte de este último Dios, al que dan el nombre de Cestuici, será el mundo actual consumido por las llamas, sucediéndole otro mundo que tendrá tambien sus dioses propios y peculiares. Creen además los peguanos que los hombres están en la misma altura que los dioses, con tal que hayan sido antes trasformados en toda clase ó especie de animales, tanto acuatiles como terrestres y aéreos; tres son las moradas que destinan para el hombre en la otra vida, á saber: la primera, llamada *Najac*, es el lugar de los tormentos; la segunda, ó sea *Scuum*, es el paraiso, del que se han formado una idea casi igual á la de los mahometanos; la última, á la que dán el nombre de *Neiban*, que significa privacion de todo sentido, es, por decirlo así, un aniquilamiento completo del cuerpo y del alma. En los dos primeros puntos, dicen, están las almas detenidas por cierto tiempo, y luego se trasladan á otros cuerpos, cuantas veces sea necesario, hasta quedar enteramente limpias de toda mancha ó pecado, en cuyo caso se las destina al Neiban, donde quedan reducidas á la nada. Es tal la firmeza con que creen los peguanos estos y otros muchos delirios, que no dudan ser sus doctrinas las mas verdaderas de cuantas existen; creyendo por lo mismo ser un crímen imperdonable, el prestar tan solo oidos á los que sustenten otras ideas que difieran de las suyas, aun cuando procediesen aquellas del mismo cielo; y, sobre todo, el creer en ellas y abrazarlas. Tales son las densas sombras que oscurecen en aquel pais todos los entendimientos, tal la obcecacion que se opone en él á la luz de la verdad.» Los peguanos, á los cuales el franciscano Bonfer hablaba del cristianismo, diciéndoles que no habia mas que un solo Dios, creador de todas las cosas, y esplicándoles luego todos los principales artículos de nuestra fé, rechazaron semejantes doctrinas, á pesar del fervor con que se las predicaba. Unos se burlaban de él, otros despreciaban su doctrina, habia muchos que se mostraban ofendidos, y todos eran sordos á las palabras del misionero, quien, á pesar de todos los esfuerzos, no podia sembrar la semilla divina en aquellos obstinados corazones. Al ver pues el apóstol franciscano que perdia el tiempo inútilmente, y que estaba de contínuo espuesto á los mayores peligros, accedió al fin á las instancias de sus amigos, y se alejó del Pegú, despues de haberse quitado hasta el polvo de sus piés, por no conservar recuerdo alguno de aquel suelo ingrato; volvióse á embarcar Bonfer para el Indostan, hácia el año 1557.

Cuatro años despues de la muerte de S. Francisco Javier, ó sea en el año 1555, Gaspar de la Cruz, oriundo de Evora, y uno de los doce primeros dominicos portugueses que fueron á las Indias, penetró en el vasto imperio de la China. Convencidos aquellos naturales, mas bien por la fuerza de sus obras,

que por la de sus elocuentes discursos, demolieron una de las pagodas consagradas á sus ídolos; luego pidieron muchos de ellos el bautismo, cuyo sacramento fué administrado á un gran número, y si bien los mandarines hicieron arrestar al misionero, con el designio de condenarle á muerte, respetaron despues en algun modo su santidad, puesto que se limitaron á desterrarle del imperio, por temor de que destruyese su falsa religion. Separado de aquel modo Gaspar de la Cruz, de las ovejas que acababa de conducir al redil de Jesucristo, se dirigió al pequeño reino de Ormuz, en el que operó tambien un gran número de conversiones, hasta que rendido al fin despues de tantos trabajos, regresó á su patria, en la que se consagró al cuidado de los apestados de Lisboa, en cuyo santo ejercicio fué víctima del terrible azote cuyo término predijo. Cardoso en su *Martirologio*, dice haber leido una relacion escrita en portugués por aquel religioso, en la que referia lo que le aconteció en la China, fundando grandes esperanzas en aquella mision, para el dia que pudiese ser continuada.

El dominico Gaspar de la Cruz, habia renunciado á la silla episcopal de Malaca, erigida en el año 1557, así como tambien las de Cochin y de Goa, cuya última iglesia habia sido elevada á metrópoli, y primada de todo el Oriente, sucediendo á la estinguida iglesia de Funchal. Fué el año de 1557, una época notable en los anales de la órden de Predicadores, puesto que dos de sus hijos, el P. Gregorio Themud y el P. Jorge de Santa Lucía, fueron propuestos para las dos nuevas diócesis de Cochin y Malaca. Segun Fontana, hicieron producir aquellos dos prelados grandes frutos á la viña que les fué confiada, sin entrar en detalles acerca de su vida; Jorge de Santa Lucia, habia sido escogido por el P. Gregorio de Santiago, nombrado obispo de los Azores, por compañero de su apostolado, y á cuyo lado se dedicó constantemente á la conversion de los idólatras. Algunos años despues, se vió Jorge obligado por los intereses de aquella iglesia, á dirigirse á Lisboa, y admirado de sus virtudes, le propuso el rey de Portugal en el año 1557, para la silla episcopal de Malaca, recientemente instituida, siendo al poco tiempo nombrado su primer obispo por Paulo IV. El nuevo prelado se trasladó inmediatamente á Malaca, donde llevó una vida apostólica, predicando, catequizando, administrando los sacramentos, y siendo uno de los misioneros, á pesar de su carácter episcopal, que bautizó mayor número de indígenas en su diócesis. No obstante de desear aquel siervo de Dios, ardientemente el martirio, y de ser su vida una contínua prueba, llegó á la mas avanzada edad, por permitirlo Dios así en beneficio de su iglesia: terminó Jorge su santa carrera á los 18 de enero del año 1579. Gregorio Themud, primer obispo de Cochin, fué nombrado mas tarde arzobispo de Goa; otro tanto puede decirse del dominico Enrique de Tavora, trasladado tambien de la silla de Cochin á la metrópoli de Goa, en el año 1578, cuyo prelado difundió de tal modo en su arzobispado la religion verdadera, que los sacerdotes de los ídolos, al ver que iban cada dia perdiendo sus rentas, le envenenaron en el año 1583. Sucedióle en el episcopado Vicente Fonseca, de la propia órden de Predicadores.

Colocados los dominicos que acabamos de nombrar, en sus respectivas sillas de Goa, Cochin y Malaca, tendieron una mano protectora á los demás hermanos misioneros, que con la antorcha de la fé iban internándose en todas las regiones de la India. Para impedir que ninguna hoz segára el trigo en un campo ageno, fué dividida la India entre las diferentes órdenes religiosas que habia en ella, señalando la isla y las inmediaciones de Goa á los jesuitas, el reino de Ormuz á los dominicos, y la isla de Ceylan á los hermanos Menores.

Procurábase atraer los indígenas al culto del verdadero Dios, no solo por las promesas de la vida futura y por las ventajas de la vida presente, si que tambien por medio de la pompa

con que se celebraba su regeneracion espiritual. A fin de que aquellos hombres, en los que hacian las cosas esteriores tanta impresion, renunciasen mas fácilmente á sus supersticiones y á sus culpables ceremonias, era preciso ponerles de manifiesto la magestad de las que la iglesia observa en el santo sacramento del bautismo, cuyas ceremonias son mas ó menos notables segun el número de los catecúmenos, y la clase á que estos pertenecen. Véase las que se observaban entonces en la ciudad de Goa. Los jesuitas que evangelizaban la isla, se dirigieron á los pueblos en que antes ya habian predicado, para reunir á los que, atraidos por sus anteriores predicaciones, deseasen recibir el bautismo; acompañábanles, además del cura ó vicario del pueblo, algunos agentes de la autoridad, cuya intervencion se limitaba á proteger á los neófitos y evitarles los insultos y violencias á que podian esponerles la obcecacion de sus parientes. Luego de estar reunidos los neófitos, se les conducia á Goa, en la casa de los catecúmenos que, dividida en dos partes enteramente separadas, albergaba á los neófitos de ambos sexos. Los hombres y los jóvenes estaban bajo la direccion de un religioso que, con otro compañero, iba á catequizarles dos veces al dia; y las mugeres y las niñas estaban bajo el cuidado de algunas señoras piadosas que las instruian con maternal solicitud. Cuando los catecúmenos estaban ya bastante preparados, se elegia un dia festivo para conferírseles el bautismo, ya fuese el de la Circuncision del Señor, ya el de la conversion de San Pablo, en cuyo caso se adornaba la iglesia con las mas ricas telas del pais, con flores y ramas que formaban vistosos arcos de verdor matizados de diferentes colores, lo que era tanto mas fácil, cuanto que eran las estaciones en la India enteramente iguales. Se adornaban así mismo las calles que los catecúmenos debian recorrer, procurando cada cual ostentar en el frontis de su casa lo mejor que poseia; cada catecúmeno recibia un trage nuevo, conforme á la clase que pertenecia; los prelados, el virey y todos los portugueses de distincion, rivalizaban en liberalidad para que se celebrase aquella funcion religiosa con toda la esplendidez posible. El dia del bautismo, los niños de la doctrina cristiana (fundacion de S. Francisco Javier), salian vestidos de blanco, llevando en el pecho una cruz encarnada, coronados de flores y con una rama verde en la mano; luego seguian los alumnos del colegio de San Pablo, por órden de clases, al compás de una música armoniosa y brillante; finalmente, iban de dos en dos los religiosos de la Compañía, precedidos del estandarte de la cruz. Dirigíase en este órden la procesion á la casa de los catecúmenos, que se aguardaban ya para que se les condujese á la iglesia; al divisar la procesion, salian del catecumenado, llevando una palma en la mano, para juntarse á ella: los hombres y los niños, colocados por órden de edad, formaban una fila, siguiendo en otra las mugeres y las jóvenes por el mismo órden. Se les conducia con toda esta pompa á la iglesia, donde debian apadrinarles el virey y todas las personas mas distinguidas, y en la que les administraba el arzobispo, las mas de las veces, el sacramento de la regeneracion. Antes de llegar al templo, se dirigian á su encuentro los estudiantes del seminario, yendo de dos en dos con la mayor modestia precedidos de la cruz, sin separarse ya de ellos hasta empezar la ceremonia. En la puerta de la iglesia habia diferentes jesuitas revestidos con sobrepelliz y estola que exorcisaban y hacian las demás oraciones de costumbre. Mientras se bautizaba á los catecúmenos, cantaban los músicos algunos motetes escogidos y la armonía de sus voces unida á la de sus instrumentos, parecian patentizar mas el gozo que causaba á la córte celestial la conversion de tantas almas; puesto que, eran á veces los catecúmenos mas de trescientos. Despues de haber recibido el bautismo, iban á postrarse todos ante el altar mayor, en el que habia el Santísimo Sacramento, para dar gracias á Jesucristo por ser ya hijos suyos. Los hombres y los niños recien bautizados, comian aquel dia en el convento de los jesuitas, siendo ser-

vidos á la mesa por los mismos padres; las mugeres y los niños estaban así mismo invitadas á comer en casa de las principales señoras de la ciudad, donde eran tratadas con tanto cariño como magnificencia. Al dia siguiente, volvian á encontrarse los nuevos bautizados en la iglesia en que habian recibido las primicias del Espíritu-Santo; y despues de la misa se desprendian de los que les habian instruido en la fé, para dirigirse nuevamente á sus pueblos con la alegría en el semblante y la paz en el alma. De vez en cuando iban los religiosos á visitarles, á fin de ver si seguian en su feliz disposicion y de exhortarles á que continuasen viviendo como buenos cristianos. Tal era la solemnidad imponente con que se verificaban los bautismos, á la que se debieron un gran número de conversiones desde el año 1556, puesto que, además de las conversiones operadas por los franciscanos y los dominicos, solamente los jesuitas bautizaron en la isla de Goa, primero 1080, luego 1916, despues 3260, y por último 12,742 infieles, en los cuatro años que permanecieron en aquella isla. Una de las conversiones mas notables que se obraron, tuvo lugar en el año 1557. La hija de Meale, que debia suceder á su padre en el trono de Dekan, estaba en Goa y debia casarse con un príncipe mahometano; y como en sus relaciones con las damas portuguesas tuviese noticia del cristianismo, manifestó desde luego deseos de abrazarle. A instancia del P. Francisco Rodriguez, de la Compañía de Jesus, envió la jóven una sortija al gobernador Barreto, como prueba de su consideracion, y sobre todo, para que le diese la proteccion de que tanto necesitaba para realizar sus planes; el gobernador le remitió en cambio un diamante, como prenda de la proteccion concedida á nombre del rey de Portugal, y poco despues se presentó á la habitacion de Meale, al que declaró ir á buscar á su hija, que, deseaba la gracia del bautismo. Al propio tiempo habian acudido ya al lado de la princesa algunas damas portuguesas, para servirla de apoyo en aquella circunstancia difícil; advertida la madre de las intenciones de su hija por un criado que habia oido las palabras de Barreto, quiso en su cólera arrojarla de lo alto de la escalera, pero las señoras portuguesas se opusieron á aquel acto de violencia, hasta que oyendo el gobernador la confusion y gritería, subió á la habitacion en que estaba la jóven. La princesa, al verle, se arrojó á sus piés, se puso bajo su salvaguardia, y despues de haber hecho constar por medio de escribano su resolucion libremente tomada, de abrazar el cristianismo, fué trasladada á una casa de las principales, en la que recibió la instruccion necesaria. El dia de la Asuncion salió la jóven princesa de las tinieblas del islamismo para entrar en la recta senda, iluminada por la pura luz de los santos, dándosele en conmemoracion de aquella fiesta el dulce nombre de María. Puede decirse que de la conversion de esta princesa musulmana, dependió en gran parte el movimiento que se notó en la isla de Goa, entre los mahometanos y los idólatras á favor de la religion verdadera.

Hay situadas al norte de Goa otras dos pequeñas islas, llamadas Choran y Divar, cuyos habitantes tenian una multitud de ídolos. De casi todos los puntos del Indostan se iba en peregrinacion á la isla de Divar, para adorar al ídolo de Ganesa. El fanatismo de aquellos isleños, sostenido y alentado por el egoismo de los bramas, hacia inútiles los repetidos esfuerzos de los jesuitas; pero lejos de cesar estos en su cristiano propósito, resolvieron, por el contrario, atacar á la vez á la idolatría en las dos islas. Así pues, los PP. Antonio Acosta y Melchor de Figueredo, con seis compañeros mas que no eran aun sacerdotes, fueron destinados á la isla de Divar; mientras que el P. Francisco Rodriguez con seis novicios mas, entre los que habia Domingo Fernando, debia evangelizar la isla de Choran. Aquellos dos escuadrones espirituales, como dice Du Jarric, se lanzaron intrépidos á los dos campos de la idolatría; distribuidos los misioneros por los principales puntos, empezaron simultáneamente el combate, no tardando en rendir-

se ante las vencedoras armas de la gracia divina, no solo una gran parte de aquellos insulares, si que tambien hasta los mismos bramas. Despues de haber dispuesto los ánimos, formaron los apóstoles una lista de los que quisiesen recibir el bautismo, y se volvieron á Goa para dar cuenta del resultado de su espedicion; pero á los pocos dias se presentaron los principales bramas de ambas islas á su vez á Goa, á fin de dar gracias á los jesuitas por el vivo interés que se habian tomado para hacerles abrir los ojos á la verdadera luz. El bautismo de los convertidos fué celebrado con la acostumbrada pompa; Juan Nuñez Barreto, patriarca de Etiopía, que vivia aun en el año 1556, bautizó á los de la isla de Divar en la iglesia de Ntra. Sra. recientemente construida, dirigiéndose luego al propio objeto á la isla de Choran. Domingo Fernando, cuya última isla evangelizó por espacio de veinte y siete años, solo siete cristianos encontró en ella á su llegada: cuando murió el misionero en el año 1583 ascendian ya á cinco mil los convertidos.

Don Constantino, hijo del duque de Braganza, virey de la India, intentó en el año 1559 apoderarse de la ciudad de Daman, perteneciente al rey de Cambaya que, se hallaba á la sazon en guerra con los portugueses, haciendo desembarcar sus tropas al romper el alba el dia 2 de febrero, fiesta de la Purificacion de la Vírgen. Como entendido capitan, preveia la lucha y tomó de antemano todas las providencias necesarias para que nada faltase á las fuerzas de su mando; pero el terror pánico que se apoderó de los mahometanos, hizo que fuese mucho mas corto el ataque que habia de hacerle dueño de la plaza. Casi puede decirse que entró el ejército en ella sin que se le opusiese resistencia; y como quedase aun bastante tiempo para celebrar una misa en accion de gracias en honor de María, á la que no podia menos de atribuir el hijo del virey su victoria, se purificó entretanto la mezquita principal que tenian los musulmanes en la fortaleza. De todos los sacerdotes seculares y regulares que seguian al ejército, Gonzalo Silveira, hijo del conde de Sortella, y provincial de los jesuitas en la India, fué el único que estaba en ayunas; cuando despues de haber celebrado la misa solemne fué á presentarse á Constantino, este le dijo, en presencia de todos los gefes del ejército, que por haber sido el único de hallarse en estado de tomar posesion de la mezquita de Mahoma en nombre de Jesucristo, tenia la Compañía un justo derecho á la posesion de la misma; y que en su consecuencia el rey de Portugal la cedia á los jesuitas que les sirviese de iglesia y de casa. Los religiosos se encargaron pues desde luego del cuidado de aquella iglesia, en gran beneficio de los cristianos y hasta de los mismos infieles; bautizóse al poco tiempo en ella á la esposa del antiguo gobernador musulman de la ciudad, apesar de haber hecho su marido todo cuanto estuvo de su parte para evitar aquella conversion.

Por mas que desease Constantino vivamente la propagacion de la fé, continuaba la península de Salceta, cuyo pais no debe confundirse con la isla del mismo nombre, evangelizada por los cuatro ilustres mártires de Tana, resistiéndose al celo de los misioneros. Habia en aquel pais, á pesar de no tener muchas leguas de circunferencia, unos ochenta mil idólatras, distribuidos en sesenta y seis pueblos, que vivian en la mas grosera supersticion, á merced de los bramas que esplotaban su estúpida credulidad; al ver Constantino la abyeccion y el oprobio en que estaban sumidos aquellos naturales, hizo cuanto estuvo de su parte para procurar á los jesuitas los medios de que necesitaban para penetrar en aquel campo atrincherado de la idolatría. Los operarios evangélicos empezaron por convertir en el año 1560 á unos dos mil de sus habitantes, que reunian todos los domingos y demás dias festivos en cinco iglesias, cada una de las cuales estaba confiada al cuidado de dos religiosos de la Compañía. Furiosos los idólatras ante los progresos del cristianismo, procuraban hacer sentir á los neófitos el peso de su cólera; desde el momento que uno de ellos abrazaba la

fé, sus padres cesaban de verle, de hablarle, sin que le hubieran procurado ya en lo sucesivo ni un pedazo de pan, ni un vaso de agua, aunque le hubiesen visto morir de miseria; por manera que fué preciso fundar un hospital para admitir á todos los cristianos enfermos y desechados por sus familias. Pero el ódio de los infieles, se dirigia, sobre todo, contra los jesuitas, por ser ellos los que inducian á sus compatriotas á hacerse cristianos, á derribar los templos de los ídolos y á construir iglesias; siendo muchas las veces en que aquellos fanáticos se entregaban á actos de violencia en las personas de los ángeles de paz que iban á procurarles la salvacion. Llegaron á tal punto los escesos de los infieles, que los vireyes se vieron obligados á usar de represalias, y á tomar el partido de destruir los asilos de la impiedad; dos cientos templos de los ídolos fueron derribados, sin contar una infinidad de oratorios de menos importancia. En vano los salcetanos, tributarios de Portugal, ofrecieron una suma considerable para que se les permitiese reconstruirlos: al ver que desechaban los vireyes su proposicion, recurrieron al poder soberano de la metrópoli, pero tambien sin resultado alguno.

Fué el año 1560 considerado como una época notable, tanto por haber penetrado en él los jesuitas en el pais de Salceta, como por haber invadido Constantino la isla de Ceylan para vengar los ultrages que habia hecho al cristianismo, el rey de Djafanapatam (1). Aquella espedicion dió por resultado el reunir á la corona de Portugal la isla de Manar, que tantas veces el bárbaro perseguidor habia hecho regar con la sangre de los mártires; produjo además aquella espedicion la ventaja de capturar al hijo primogénito del verdugo de los cristianos, la de saquear la capital de su reino y la de apoderarse de todas las arcas del tesoro. Tambien perdieron los idólatras en ella la joya que, en su concepto, habia de mas valor, no solo en el Indostan, si que tambien en toda la India; consistia aquella en el diente de un mono blanco, llamado *Anuma*. Hé ahí lo que dice el abate Dubois acerca del culto que tributaban los indios al mono: « Sin duda á causa de su similitud con el hombre por su configuracion esterior y por alguno de sus actos físicos, fué el mono en un principio adorado por los indios, y continua siéndolo aun en varios puntos de aquella region. Quizá debiólo tambien á ser naturalmente aquel animal malo, pillo, y destructor; de todos modos, es lo cierto, que los libros indios contienen un sin fin de relatos en los que se atribuyen al mono maravillosas cualidades. » Dícese que Rama, encarnado bajo el nombre de Vichnu, al cual Ravanna, rey de Lankai, (Ceylan) habia robado su esposa Sitté, contrajo poderosas alianzas, para arrancarla de entre los brazos de su vil raptor; añadiendo Dubois con este motivo, « y contrajo en primer lugar amistad con Sugriba, rey de los monos.... Impaciente Rama por saber de su esposa, resolvió enviar sin dilacion una persona de su confianza á Lankai, para que se informase de la salud y del estado en que se hallaba; difícil, sin embargo, era la empresa, puesto que debia atravesarse un brazo de mar para llevarla á cabo. La agilidad hereditaria de *Anuma*, hijo del viento, y general en gefe del ejército de los monos, que Sugriba habia enviado en socorro de su aliado Rama, hizo que pensase este en él para confiarle aquella difícil embajada; apenas supo *Anuma* la honrosa mision que queria confiarle Rama, cuando hizo sus preparativos, emprendió la marcha, atravesó el estrecho á pié enjuto y llegó sin percance á Lankai. Despues de muchas investigaciones inútiles, pudo al fin descubrir el gran mono Anuma en un lugar solitario á Sitté, sentada debajo de un árbol frondoso: era su aflic-

(1) Djafanapatam, llamada tambien Djafna, Jafna y Jafnapatam, es una península situada en la estremidad septentrional de la isla de Ceylan, á la cual está unida por una lengua de tierra sumamente estrecha. Tiene unos 65 kil. de largo, por unos 20 de ancho. Hoy dia esta provincia está muy poblada; la mayor parte de sus habitantes son indios, y profesan la religion católica desfigurada con muchas prácticas del budismo. En otro tiempo comprendia 32 iglesias católicas, la mayor parte de las cuales están actualmente destruidas. En la capital del mismo nombre, reside un gobernador inglés. (Nota del Traductor.)

cion tan profunda, que regaba la tierra con sus lágrimas y exhalaba su pecho hondos suspiros que solo eran de vez en cuando interrumpidos, para quejarse la fiel esposa de su triste suerte, para maldecir á su infame raptor y manifestar el dolor que la causaba el verse separada de su querido Rama, al cual juraba guardar una fidelidad inviolable, cualesquiera que fuesen los esfuerzos que hiciese su pérfido raptor para triunfar de su virtud. Anuma procuró desde luego informar á Rama de todo cuanto habia visto y oido; aun no habia terminado el celoso mensajero la relacion de su viage, que ya habia formado Rama el proyecto de construir un dique en el estrecho ó brazo de mar que le separaba de su amada, á fin de que pudiese atravesarlo su ejército. El mono Anuma fué tambien el encargado de llevar á feliz término esta segunda empresa; así que, empezó desde luego por derrumbar las peñas y montañas, llevando cada vez al dique tantas piedras como pelos tenia en su cuerpo; mas como eran muy frecuentes sus viages, y como por otra parte, amontonaba con suma rapidez las piedras unas sobre otras, en breve logró unir la isla de Lankai al continente. Rama, sin embargo, no se creyó despues con fuerzas bastantes, á pesar de su numeroso ejército de monos, para ir á atacar á su formidable enemigo, por lo que resolvió formar otro ejército compuesto de osos, y cuando hubo reunido aquel segundo cuerpo ausiliar, se dispuso á atravesar el dique para arremeter á su contrario. Despues de haber esperimentado el caudillo las vicisitudes de la suerte por medio de diferentes victorias y derrotas, logró por último triunfar de su enemigo: Ravanna fué vencido y muerto; y Sitté, causa inocente de aquella sangrienta guerra, fué libertada y conducida en triunfo á Ayotta, su patria.»

Vése por lo que acabamos de trascribir, que hace el mono un gran papel en la mitología de la India, y que está en ella muy generalizado el culto de Anuma. «Los sectarios de Vichnu, añade el abate Dubois, tienen á este ídolo en una predileccion tan especial, que nadie se niega á prestarle homenaje; tambien al mono Anuma se le vé figurar en la mayor parte de los templos, en los sitios públicos mas frecuentados, y hasta en los bosques y en los mas apartados desiertos. Sobre todo, en los puntos donde existen los vichnuvistas en gran número, no se puede dar un paso sin encontrar la imágen de su muy querido Anuma: los ofrecimientos que se le hacen por lo regular, consisten en producciones de la naturaleza, sin que sea nunca objeto de sacrificios sangrientos. En los puntos que acostumbran frecuentar aquellos repugnantes animales que adora el indio en su estupidez, nunca faltan devotos que les llevan arroz cocido, fruta y todos cuantos requisitos puede apetecer su gula, lo que es considerado entre ellos como un acto piadoso del mayor mérito.» Nadie estrañará, despues de todos estos detalles, la veneracion en que se tenia el diente del mono, de que se apoderó el virey Constantino; tan pronto como supo el rey de Pegú, que habia caido aquel diente en poder de los portugueses, envió una embajada á Goa para ofrecer de su parte por él, cien mil escudos. Consultados los teólogos, contestaron que no podia venderse á los idólatras, sin incurrir en el pecado de idolatría. Entonces hizo el virey presentar el diente á todos los circunstantes á fin de que se enterasen de su identidad; luego se le desprendió de los rubíes y safiros que le circuian, se picó en un mortero de bronce y fué su polvo arrojado al fuego, despidiendo un olor fétido.

La jurisdiccion del arzobispo de Goa se estendia hasta Mozambico y Sófala, situadas al sudeste de Africa. Entre el mar, la Abisinia, la Nigricia y el Congo, se encontraba la Cafreria, cuyo pais puede dividirse en tres partes, á saber: la septentrional, que comprende todo el centro del Africa; la meridional, en la que está el Cabo de Buena-Esperanza; y la parte oriental, que contiene el Monomotapa, imperio subdividido en el Monomotapa propiamente dicho, y en los reinos de Quiteva, Manika, Sabia é Inhambana. Los maho-

metanos que estaban haciendo el comercio en las costas, cuando los portugueses descubrieron el Cabo, habian designado vagamente los pueblos del interior con el nombre de Cafres, ó mejor de Kafer (descreidos). Es tanto mas aventurado lo que supone Alberti, al decir que no tienen los cafres ninguna idea de la divinidad, cuanto que Walckenaer, dice por el contrario, que reconocen á un Ser Supremo, al que dan el nombre de *Ulhanga* (soberano), ó el de *Utika* (hermosisimo). Creen así mismo los cafres en la inmortalidad del alma, y sin embargo, no tienen la menor idea ni de las penas ni de las recompensas que hay en la otra vida; en todos sus apuros, invocan el ausilio de las almas de sus padres y de todos los demás seres queridos que han perdido, y á cuyos espíritus dan el nombre de *Schuluga*. La divinidad, es, segun ellos, la que hace estallar al trueno; por esto cuantas veces mata el rayo á alguno de los cafres, dicen que Ulhanga ha descendido entre ellos, en cuyos casos cambian de domicilio, y sacrifican á Dios un buey ó una ternera; si mata el rayo á alguno de sus animales, procuran enterrarlo con el mayor cuidado, sin hacer, empero, ningun sacrificio á Ulhanga. En las épocas de gran sequía, acostumbran tambien los cafres ofrecer sacrificios á los rios, en cuyos casos matan un buey, y arrojan al cauce de aquellos una parte de la víctima (1). No tienen los cafres sacerdotes, ni hacen ninguna práctica religiosa; cualquiera que sea la desgracia ó desastre que les ocurra, la atribuyen desde luego á la influencia de algun poder misterioso que les es contrario, y al que tributan inmediatamente las mayores muestras de respeto, para hacérsele propicio; pero ni admiten una causa universal, ni personifican aquel poder oscuro, sin que ni siquiera se lo representen como una sustancia corpórea ó espiritual. Algunas veces, por ejemplo, consideran que es una enfermedad la consecuencia de la ofensa hecha á un rio, por tener la horda la costumbre de ir á buscar ó á procurarse en él toda el agua necesaria; en este caso, creen deber apaciguar el furor del rio, arrojando á él las entrañas de un carnero de su rebaño, ó bien cierta cantidad de mijo. Murió en cierta ocasion un cafre á los pocos dias de haberse llevado á su casa una áncora rota de un buque que habia naufragado en la costa, y su muerte fué considerada como un castigo, por la falta que cometió con respecto á aquella áncora: nadie en lo sucesivo pasó delante de ella sin saludarla respetuosamente, por no atraerse su cólera. Cuando despues de mucho trabajo han logrado los cafres dar muerte á un elefante, se apresuran á disculparse en torno de su víctima, diciendo que su muerte no fué premeditada, y si tan solo efecto de la casualidad; luego sepultan con la mayor precaucion su trompa, para quitarle el poder imaginario de dañarles y de vengar su muerte, cuyo poder manifiestan los cafres diciendo: «Es el elefante un señor poderoso, su trompa es su brazo.»

Para demostrar la verdad de sus asertos, juran invocando el nombre de uno de sus gefes muertos, ó tambien el de alguno de los que están al frente de su horda; tienen los cafres una creencia ciega en los sortilegios; los admiten de dos especies, á saber: unos propicios, y otros perjudiciales, y se creen que los primeros pueden evitar la funesta influencia de los últimos. Por lo regular, son mugeres ancianas las que pretenden ejercer la mágia benévola, haciendo redundar siempre aquel engaño en su provecho; cuando hay alguna enfermedad que se cree ser efecto de un sortilegio, se llama á la buena mágica, la cual aplica en el vientre del enfermo, por considerarse proceder de él todas las enfermedades

(1) Aun en nuestros dias, son los cafres tan supersticiosos, que si por casualidad mata una fiera ú otro animal cualquiera, á alguno de ellos, se apresuran á ofrecer un sacrificio al maligno espíritu, para aplacar en él la cólera con que creen les castiga, por medio de la fiera que devoró á uno de sus compañeros, y á la que consideran como encargada de ejecutar las terribles órdenes del príncipe de las tinieblas. En cambio, si hay algun cafre que de muerte á un buitre ó á alguna de las muchas aves de rapiña que tanto abundan en aquel pais, está obligado á ofrecer á su víctima en espiacion, un buey ó una ternera, á fin de evitar los males que en justa venganza no dejaria de atraer el buitre sobre toda la tribu. (N. del Trad.)

del cuerpo, cierto número de bolas de boñiga ó estiércol vacuno, que remueve bien hasta formar un emplasto, haciendo mil gestos y contorsiones, hasta que acaba por designar á una tortuga, serpiente ú otro animal cualquiera, como causa de la enfermedad, asegurando que aquel animal ha sido enviado contra el enfermo por algun hechicero. Antes de emprender la curacion del enfermo, tiene la mágica buen cuidado de hacerse pagar su trabajo, en lo que sigue la costumbre general que hay entre los cafres, de hacerse adelantar el salario ó importe de sus trabajos; dado que sea la enfermedad efecto de algun sortilegio, no exige la mágica para su curacion mas que una cabeza de ganado. Caso de que no cese el encantamiento, y de que el enfermo muera, se disculpa la hechicera, diciendo que habia llegado su última hora, y que tambien habria muerto del mismo modo, y en el propio dia, aunque no hubiese sido hechizado; otras veces tambien se disculpa diciendo, que el maligno hechicero la ha sobrepujado en destreza; pero en uno y otro caso, está obligada á devolver el precio de la curacion que habia recibido, sin que por esto sufra su reputacion menoscabo. No se contentan los cafres con descubrir y alejar al objeto de que se ha valido el mal hechicero para causar la enfermedad, si no que quieren verle por sus propios ojos y castigarle como se merece; á este fin se reune toda la horda, mientras que la mágica se dirige á una choza, en la que aparenta dormir, para ver en sueños al hechicero, é informarse de todo cuanto la interesa saber. Su sueño no dura por lo regular mas que una hora, y toda la horda entre tanto canta, baila y bate palmas; pasada aquella primera ceremonia, los hombres se separan de entre la multitud, para dirigirse á la choza en que está la mágica, á fin de invitarla á que salga de ella. Niégase la hechicera en un principio á complacerles; pero como la re galen despues algunas javelinas ó venablos, (objetos de bastante precio entre los cafres, no solamente como armas, si que tambien como pruebas que indican el valor,) se tiñe ó pinta de blanco el contorno del ojo, el brazo y la pierna izquierdos, y de negro las mismas partes del lado derecho, se ciñe luego una especie de delantal que la cubre desde la cintura hasta una parte de los muslos, y sin mas vestido se presenta en la entrada de la choza, llevando los regalos que acaban de hacérsele. Luego se la cubre con algunos mantos, la horda reunida se apiña en torno suyo, y se la pide con instancia que diga el nombre del bárbaro hechicero; ella parece en un principio querer aludir la contestacion que se le exige, alegando su poca habilidad en el arte de adivinar que profesa; pero al fin arroja los mantos con que se la cubrió poco antes, se dirige corriendo hácia la multitud que la cerca, se abre paso con una flecha que conserva en la mano, y la arroja ó la clava al pasar á uno de los que tiene mas cerca: el que tiene la desgracia de ser herido, es considerado como autor del delito que se persigue. Se le reduce inmediatamente á prision, pero antes de juzgar al acusado, se exige á la mágica que indique el lugar en que tiene oculto aquel los objetos que emplea para sus sortilegios; entonces la vieja, precediendo á la tribu, se dirige á un sitio, en el que desentierra un cráneo, y un pedazo de carne, que dice ser humana, ó algun otro miembro del cuerpo; quedando el delito desde entonces plenamente probado, y considerándose el acusado como reo convicto. El gefe de la horda delibera entonces con sus oficiales, acerca del castigo que ha de imponerse al culpable; y hé ahí por lo regular el suplicio á que se le condena: se le atan al reo los brazos y piernas á unas estacas clavadas en el suelo, y se le ponen ó aplican en los ojos, en el sobaco, en los costados y en el bajo vientre, un gran número de gruesas hormigas negras, que á aquel objeto llevan en un saco; y como ya de antemano se ha tenido la bárbara precaucion de humedecer las partes del cuerpo en que han de aplicarse, se agarran las hormigas desde luego, produciendo su picadura á la víctima,

una hinchazon y un dolor insoportable. Emplean los cafres tambien otro suplicio, que consiste en poner piedras calentadas al fuego, en los costados y en el bajo vientre del culpable: si á pesar de lo terrible de estos tormentos, no espira la víctima en ellos, se la destierra para siempre del pais en que vive la horda, á menos que ya de antemano se la condene á la última pena, en cuyo caso se le aplasta el cráneo con una enorme maza. Cualquiera que sea el castigo impuesto por el delito de sortilegio, se procede desde luego á la confiscacion de todo cuanto posee el acusado, y se cede al gefe de la horda, que, distribuye una parte entre sus oficiales: así pues, no es estraño ver á los que tienen grandes rebaños, acusados injustamente del delito de sortilegio, á peticion del gefe de la horda ó de la de sus empleados. Muchas veces la mágica se contenta con lo que ha recibido para la curacion del enfermo, sin indicar el supuesto hechicero, en cuyo caso se obstina siempre en decir que este lo ha sobrepujado en destreza. Tambien sucede algunas veces que el que tiene la desgracia de ser acusado, se disculpa, diciendo, que el autor del sortilegio ha sabido por sus malas artes presentarle como sospechoso, para evitar el ser descubierto; y si la mágica no se opone á ello, se declara inocente el acusado. La lluvia, es, tambien, en concepto de los cafres, debida siempre á la mágia; así que, en todas las épocas de sequía, se acude á un hechicero, que es regularmente hotentote, el cual se encarga de procurar el agua apetecida, dándosele ya desde el momento que se recurre á él algunas reses en recompensa del señalado beneficio que ha de dispensarles. Dase muerte á un buey ó una vaca, en cuya sangre empapa el supuesto encantador su varita para rociar con ella á los espectadores, luego empieza á pasearse en medio de la asamblea, con la actitud de un hombre inspirado, ó bien se retira cantando para dirigirse á una choza, mientras que la tribu reunida tambien canta y baila, interin aguarda su respuesta. Si despues de la prediccion pasa un mes sin que la lluvia haya fertilizado los campos, va la tribu en busca del mágico, aunque casi siempre en vano, por haber tenido este la precaucion de evadirse con el producto que le valió su engaño; pero si tiene la desgracia de caer en poder de la tribu, se le condena á muerte. Los cafres, como los antiguos israelitas, creen incurrir á veces en una gran falta ó mancha moral; la persona que se haya manchado en ella, es escluida por algun tiempo del trato de las demás, debiendo observar ciertas reglas prescritas para purificarse. En primer lugar, no se le permite lavar ni pintarse el cuerpo, mientras no quede su falta enteramente borrada, tampoco podrá tomar leche; solo cuando se cree no existir ya aquella, que es despues de haberse mortificado con un sin fin de privaciones por bastante tiempo, se le permite lavarse de nuevo, pintarse la piel y limpiarse la boca con leche. Todos los niños son considerados como culpables de aquella mancha, hasta que llegan á la pubertad ó que pertenezcan á la clase de adultos. Dura al marido aquella mancha durante el medio mes lunar en que muere su esposa, y á la muger, durante el mes en que queda viuda; la madre, cuyo hijo acaba de morir, contrae tambien aquella mancha por dos dias; y, generalmente, todo el que esté próximo á una persona en el momento de espirar, se considera tambien manchado, pero en este caso solo dura la mancha hasta haberse lavado. Por esto todos los cafres al volver de un combate, deben lavarse cuidadosamente antes de entrar en sus cabañas. Si durante una tempestad cae un rayo en el punto en que vive una horda, se considera esta manchada; abandona aquel lugar inmediatamente; procura purificarse desde luego, inmolando algunas reses, durante lo cual, todas las demás hordas interrumpen toda comunicacion con ella.» Entraríamos todavía en mas detalles, si las observaciones de Alberti no se refiriesen mas bien á los cafres inmediatos al Cabo, que á las otras tribus mas lejanas. Jacobo de Bucquoy, que visitó la ba-

hía de Lagoa, hace observar que entre los diferentes pueblos conocidos por el nombre de cafres, hay algunos, como el de los hotentotes, que no tienen residencia fija, sino que van errantes de un punto á otro como los árabes, y de los que constituye el ganado toda su riqueza; al paso que, hay otros pueblos que se estienden al norte hácia el Cabo Corrientes, los cuales residen siempre en el mismo punto. Los cafres consideran al sol y la luna como dos gefes: el primero dá y conserva la luz, el calor, siendo, por decirlo así, una fuente de vida; la luna solo tiene la facultad de procurar á la tierra el agua necesaria. Creen aquellos salvages en una especie de metemsícosis, y es el valor para ellos inmortal; practican, como los musulmanes, la circuncision; durante los plenilunios se entregan á toda clase de regocijos; asi es que, solo se les vé en sus noches bailar, cantar, y batir palmas; aquella costumbre procede regularmente de los árabes que han propagado el islamismo en Madagascar, en las islas inmediatas, y hasta en los puntos mas remotos de la costa de Africa. Esto no obstante, siguen aquellos cafres todas sus inclinaciones sin tener freno alguno. White, autor tambien citado por Walckenaer, no duda que creen en un Ser Supremo; pero nunca notó ni supo aquel célebre viajero que siguiesen los cafres culto alguno, pues solo se limitaban á hacer algunas lijeras prácticas de la religion musulmana. Además, no tienen mezquita, ni lugar alguno destinado para celebrar ceremonias religiosas de ninguna clase. La bahía de Lagoa está al mediodia del pais de Inhambana: el gefe de este último reino tenia en el año 1559 dos hijos, y como oyese el menor de ellos hablar del cristianismo á los portugueses que hacian el comercio en los estados de su padre, se dirigió á Mozambico, para que se le instruyese en la religion, donde el gobernador portugués le hizo una recepcion magnífica. Despues de estar ya aquel jóven príncipe perfectamente instruido, recibió el bautismo y regresó contento á su patria; como le preguntase su familia la causa que motivaba su satisfaccion, refirió la buena acogida que le dispensaron los portugueses, é hizo al propio tiempo tanto elogio de la religion cristiana, que su hermano mayor quiso ir tambien á Mozambico para ser bautizado; pero el rey, su padre, le contuvo diciendo, que si era posible que fuesen á su reino sacerdotes que le espusiesen la ley de los cristianos, quizás él mismo se decidiria tambien á abrazarla. Así las cosas, el príncipe convertido se dirigió otra vez á Mozambico, para prevenir al gefe portugués, que los misioneros que enviasen á su patria, encontrarian en ella una mies abundante y sazonada. Al propio tiempo el emperador de Monomotapa se mostraba dispuesto á entrar en relaciones comerciales con los europeos, por cuya razon abrigaban estos la grata esperanza de propagar la fé en aquel imperio. Informado el virey de la India de aquellas felices disposiciones, las comunicó al P. Antonio de Cuadros, que acababa de suceder en el cargo de provincial de la Compañía de Jesus, al P. Gonzalo Sylveira. El nuevo provincial encargó entonces á su predecesor que emprendiese la mision del Monomotapa; por lo que Sylveira, acompañado de otros dos jesuitas, abandonó á Goa en el año 1560, haciéndole acompañar el gobernador portugués de Mozambico hasta el mismo reino de Inhambana. Apenas acababan de llegar á él los tres religiosos, cuando cayeron enfermos por no poder resistir el calor sofocante que hacia; apesar de su natural robustez, casi llegó el P. Sylveira á perder la vida; con todo, se restablecieron los misioneros despues de haber sufrido por espacio de muchos dias terribles dolores, dirigiéndose desde luego á Tongo, capital del reino, donde se les recibió con trasportes de alegría, al saberse que solo se dirigian allí para predicar la ley divina. Los religiosos empezaron por anunciar la feliz nueva que tanto fructificó en muchas almas, acudiendo desde luego en tropel á las fuentes bautismales los cafres convertidos; recibió el rey con el agua sagrada el nombre de Constantino, la reina su esposa, el de Ca-

talina, y su hermana el de Isabel. Mientras que el P. Sylveira, alentado por aquellos primeros triunfos, se alejaba para llevar el Evangelio al Monomotapa propiamente dicho, levantaban sus dos compañeros una iglesia bajo la invocacion de la Vírgen, y continuaban con ardor creciente la propagacion de la fé. Pero hé ahí que uno de ellos, el P. Acosta, rendido por las enfermedades que le afligian de contínuo en aquel clima ardiente, vióse obligado á dirigirse nuevamente á Goa; el otro religioso Andrés Fernandez, permaneció mas de dos años en el reino de Inhambana entre los cafres, cuya inconstancia y crueldad le ocasionaron incesantes peligros. Cierto dia, entre otros muchos, que supo el religioso disponian un sacrificio en honor de sus dioses, y que hasta el mismo rey debia asistir á aquel acto de idolatría, se dirigió con intrepidez al lugar del sacrificio, y llevado de su ardiente celo, no paró hasta derribar cuantos aprestos se hacian; solo milagrosamente pudo salvarse del furor de las turbas. La ligereza y la barbarie de aquellos hombres, cuyas pasiones les hacian caer de nuevo bajo el yugo de Satan, obligaron por último al P. Andrés Fernandez á aceptar otro destino. Entre tanto el P. Sylveira, que desde la mision de Inhambana se habia dirigido á Mozambico, recorria de norte á mediodia la costa oriental de Africa; amenazado en cierta ocasion el buque que le conducia por una tempestad horrible, se dirigió el apóstol á su Dios pidiéndole que cesára la tormenta, y casi en el mismo instante el cielo se despejó y el huracan dejó de rugir. Quiso el misionero celebrar inmediatamente una misa en accion de gracias en la misma orilla, cuya ardiente arena no podian resistir los portugueses á pesar de ir bien calzados; durante el sacrificio, quedó la cabeza del celebrante cubierta de enormes ampollas, sin que quisiese practicar despues remedio alguno, por el desprecio con que miraba su miserable cuerpo, y porque preferia dejar hacer su curso á la naturaleza. Se prosiguió el viage hasta Quilamané, embocadura la mas considerable de las cuatro del Zambezo; siendo las tres restantes Cuama, Luabo y Luaboel: el Zambezo, del que solo es conocida la parte inferior, nace á una gran distancia. No quiso Sylveira permanecer mucho en Quilamané, por mas que un gefe mahometano de las inmediaciones, disgustado del islamismo, le permitiese predicar el Evangelio, por desear trasladarse cuanto antes á la corte del emperador de Monomotapa, en la esperanza de que una vez convertido aquel príncipe, no tardarian en seguir su ejemplo todos los reyezuelos que le eran tributarios. En la embocadura de Cuama, ofreció el misionero el santo sacrificio de la misa para obtener que protegiese el cielo su viage, y suplicó al propio tiempo á sus compañeros el que no tomasen á mal que viviese por algunos dias enteramente retirado, porque le era indispensable prepararse. Así pues, se instaló en un rincon del buque, donde hizo poner una vela que le separase de los marineros, en el que se dedicó contínuamente á la oracion ó á la lectura de obras piadosas, sin tomar al dia otro alimento que un puñado de guisantes y un vaso de agua. Al remontar el Zambezo por la embocadura de Cuama, llegó al pueblo de Sena, desde donde anunció al emperador de Monomotapa su llegada. Confesó á los portugueses residentes en aquella factoría, purificó sus costumbres, legitimó sus matrimonios, catequizó y bautizó á unos quinientos esclavos que habian comprado, y visitó Sylveira muchas veces al rey de Inhamior, tributario del emperador, el cual residia á una legua de Sena. Conmovido aquel príncipe por las reflexiones que le hizo el misionero, prometió abrazar el cristianismo junto con su familia; pero como por una parte, no podia dejar allí Sylveira ningun religioso para que le sirviese de guia en el nuevo camino de la fé, y temia por otra ofender al emperador si bautizaba á su tributario antes de bautizarle á él, limitóse á procurar al rey de Inhamior todos los consuelos, y á exhortarle á que perseverase en sus nuevas creencias hasta que pudiese administrarle el sacramento de la regeneracion. Al ca-

bo de dos meses, el portugués Antonio Cayado, residente en la corte imperial, fué á buscar al P. Sylveira de parte del emperador; á semejante aviso, cargó el religioso en hombros los ornamentos sagrados, su misal, su breviario y su cáliz, y se dispuso á seguir su guia. Cuando encontraban los dos viageros una corriente, veíase obligado el religioso á pasarla á vado, con agua á veces hasta el cuello, en cuyo caso se ponia el paquete sobre la cabeza, ó bien lo colocaba en una almadia, que empujaban algunos cafres nadando. De este modo llegó Sylveira la víspera de Navidad á Chetuchin, donde celebró al dia siguiente sus tres misas con un gran consuelo espiritual; y, despues de haber permanecido ocho dias en aquella poblacion, entró en la capital, no sin encomendar antes su mision á Dios con mas fervor que nunca. Sabiendo el emperador que era el religioso hijo de una ilustre familia, le envió riquísimos presentes, mucho oro, algunos bueyes y diferentes esclavos; pero el misionero se negó á aceptar aquellos regalos, y encargó á Cayado dijese al monarca, que en breve se sabrian cuales eran las riquezas que su corazon ansiaba. Asombrado el jóven príncipe, al ver el desinterés del misionero, esclamó; «No es como los demás hombres, que con tanto afan atraviesan los mares y la tierra en busca del oro y de la fortuna.» Fué tal el concepto que le mereció Sylveira, que le hizo el dia siguiente la recepcion mas magnífica que habia hecho hasta entonces á cuantos se le habian presentado; puesto que, le admitió el príncipe en su mismo gabinete, en el que no podia penetrar estrangero alguno. La emperatriz, madre del jóven príncipe, estaba sentada en una rica alfombra, debiendo Sylveira sentarse en otra igual al lado del príncipe; Andrés Cayado, estaba de pié en la puerta del retrete, en la parte de afuera, para servir de intérprete. El emperador dijo al religioso que se le procurarian todo el oro, bueyes, tierras y mugeres que quisiese; á lo que contestó el religioso, que nada de todo aquello podia satisfacerle, porque aspiraba á una cosa mucho mas grande aun: á poseer el emperador. Se volvió este entonces hácia el intérprete, diciéndole: «Preciso es que ese hombre, que así desprecia lo que todos los demás tanto estiman, sea de una naturaleza superior á la del resto de los hombres.» Apesar del desprendimiento que por dos veces habia demostrado ya el misionero, reiteró el príncipe sus ofrecimientos, haciéndole muchas mas promesas, que le agradeció Sylveira humildemente; luego se despidió del emperador y de su madre, y se fué á su habitacion, en la que arregló una sala en forma de capilla, y levantó un altar, en el que colocó un hermoso cuadro de la Vírgen que habia traido de las Indias. Algunos cafres que formaban parte de la casa del emperador, vieron, al pasar delante de la capilla mientras estaba el sacerdote celebrando, aquel precioso cuadro; y creyendo realmente que era una muger, dijeron al príncipe que llevaba Sylveira consigo á una jóven de singular belleza. El emperador mandó llamar inmediatamente al misionero para que se le presentára con su jóven compañera; Sylveira, que comprendió desde luego la equivocacion que habia dado lugar á aquella órden, envolvió el cuadro en un trozo de damasco y lo presentó al emperador. Antes empero de descubrírselo, le declaró que contenia la imágen de la madre del Hijo de Dios, creador del cielo y de la tierra, que tenia bajo su poder á todos los emperadores y reyes del universo; fué tal el respeto que infundió al príncipe aquel hermoso cuadro, que cayó de rodillas y le besó con toda la efusion de su alma. Le pareció aquella imágen tan hermosa, que suplicó al religioso se la regalase, prometiendo conservarla siempre en su habitacion; Sylveira, que solo deseaba conducir á aquella alma al camino de la salvacion, se la ofreció con el mayor placer, colocándola él mismo en el cuarto del emperador, en el que hizo construir al propio tiempo un altar. A los dos dias le hizo anunciar por Antonio Cayado que habia resuelto, así como tambien su madre, abrazar el cristianismo, encargándole al propio tiempo que fuese á bau-

tizarles lo mas pronto posible. Si bien se dirigió Sylveira inmediatamente á palacio, aplazó no obstante la administracion del bautismo, á fin de imponer bien á los dos ilustres catecúmenos, y á los diferentes cafres que estaban con ellos, en los mandamientos de la ley de Dios y en los principales puntos de la fé cristiana; solo cuando juzgó á los neófitos suficientemente instruidos, les regeneró con el agua bautismal, ceremonia imponente y sublime que tuvo lugar á los quince dias de haber llegado el misionero á la corte imperial. Dióse al emperador el nombre de Sebastian, y á su madre el de María; terminada la ceremonia, como supiese el príncipe que no queria el religioso aceptar dinero, le envió cien bueyes, que aceptó Sylveira por no desairarle; pero encargó desde luego á Antonio Cayado que les hiciese matar, descuartizar y distribuir entre los pobres. Semejante liberalidad admiró al pueblo en gran manera, por no estar acostumbrado á presenciar aquellos nobles actos de desprendimiento; todos alababan las virtudes del religioso. Imitando el ejemplo del emperador, se presentaron tres cientos cafres, entre ellos los mas ilustres del imperio, pidiendo ser bautizados, y pasar del imperio de Satan al redil de Jesucristo; se mostraron aquellos buenos neófitos tan sumisos á la doctrina y hasta á la persona del misionero, que no sabian separarse de él, tanta era la ternura con que le amaban. Continuamente le estaban haciendo regalos de manteca, leche y corderos para su alimento, regalos, que como de costumbre, servian para aliviar la triste suerte de los pobres: nunca tomaba el religioso otro alimento que un poco de mijo cocido y algunas yerbas silvestres. Al igual que el monarca y los grandes de su corte, empezó el pueblo á abandonar sus creencias; todo el imperio parecia estar dispuesto á someterse á la cruz; pero al ver Satan las numerosas almas que iban á serle arrebatadas, hizo un desesperado esfuerzo para derrumbar el edificio espiritual, haciendo desaparecer la piedra angular en que aquel descansaba. Cuatro mahometanos que gozaban de bastante crédito y consideracion en la corte, fueron los instrumentos del maligno espíritu; presentaron á Sylveira como un espía enviado por el virey de la India, para reconocer las fuerzas del Monomotapa y fomentar en él una rebelion que facilitase su conquista á los portugueses. Añadieron además, que el misionero, como hábil mágico, empleaba el agua del bautismo y las palabras usadas al derramarla para atraerse á todos los que rociaba con aquella agua mágica; que la esperiencia habia demostrado ya los funestos resultados de sus hechizos; y que era muy temible caso de no ejercerse con él un ejemplar castigo, el que se dividiesen los cafres en dos bandos para hacerse la mas cruda guerra. El emperador y su madre, fáciles en creer aquellas infames imposturas, resolvieron hacer morir al hombre á quien debian la vida del alma; apenas se hubo decidido su muerte, lo supo ya Sylveira por revelacion divina. «Sé, dijo á Antonio Cayado, que quiere el emperador condenarme á muerte; estoy pronto, ahora y siempre que me permita el Señor derramar mi sangre en su servicio;» el portugués se sonrió, como si se tratase de una cosa inverosímil ó imposible. Cuando la inspiracion divina le anunció haber llegado su último dia, encargó á Antonio Cayado que reuniese á todos sus compatriotas, para administrarles por última vez los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía: «Porque desde hoy, añadió, me veré en la imposibilidad de hacerlo.» Sorprendido Antonio, aunque no convencido, fué en busca de los portugueses, sin poder hallarles en parte alguna, por haber salido ya de la ciudad todos ellos; aguardóles empero Sylveira hasta mediodia, conservando las hostias consagradas; pero viendo que no llegaban las consumió todas. En el mismo dia bautizó aun como unas cincuenta personas, entre las que distribuyó despues todos los rosarios que le quedaban; al anochecer llegaron los portugueses, por lo que solo pudo confesarles, sin darles el pan eucarístico, exhortándoles á que permaneciesen siempre fieles á la fé de Jesucristo, cua-

lesquiera que fuesen las persecuciones á que se viesen espuestos. Su aire tranquilo les demostró lo bastante, la calma intérior de que estaba poseido al hablarles de aquel modo; asi que, ninguno de ellos concibió el menor recelo; poco despues les dijo que llevasen los ornamentos sagrados á la casa de Antonio Cayado, á fin de evitar toda profanacion, lo que indicaba claramente la certeza que tenia de morir aquella noche. Cuando los portugueses se hubieron retirado, se puso un alba, tomó un crucifijo, y se preparó para la muerte, que esperaba de hora en hora. Como se le presentase luego Antonio Cayado, le puso la mano en el pecho, y le dijo: «Estoy mas dispuesto á morir de lo que lo están aun mis enemigos á darme la muerte; perdono de todo corazon al emperador y á su madre, el haberse dejado seducir por los mahometanos.» Acababa de pronunciar estas palabras sonriéndose, cuando se retiró Cayado, sin poder creer que meditase el emperador una accion tan cruel; sin embargo, habia oídole pronunciar algunas palabras contra Sylveira, y notó además en él una profunda preocupacion que le hizo concebir algunas sospechas, por lo que resolvió enviar dos de sus criados á la casa del religioso, con la órden de que no se separasen de él en toda la noche: por ellos se supieron despues los detalles que vamos á referir. Luego de haber salido Antonio Cayado, empezó el religioso á pasearse por delante de su habitacion, con mas velocidad de lo que lo acostumbraba hacer regularmente: habríase dicho, al verle, que estaba pugnando su alma por salir del cuerpo que la aprisionaba. Tan pronto dirigia sus ojos al cielo, donde esperaba en breve reunirse á su Dios, tan pronto cruzaba sus brazos ó los levantaba á lo alto, para ofrecer sin duda su vida al Salvador, que habia sacrificado la suya en la cruz para redimirle, exhalando profundos suspiros. Despues de haber pasado de este modo una parte de la noche, como se hallase un poco cansado, se retiró á su cuarto, oró ante el crucifijo, único consuelo que le quedaba, se tiró sobre su lecho de cañas, en el que no tardó en conciliar el sueño. Habia ocho soldados que le estaban asechando, los cuales al notar que dormia, se arrojaron sobre él para estrangularle: su gefe, Mocruma, con el que el religioso habia hablado familiarmente poco antes, y con el que muchas veces compartiera generosamente su comida, le arrancó del lecho, le derribó al suelo, subió de piés sobre él, y no paró hasta hundirle el pecho. (Pl. LXXVII, n.º 2.) Cogiendo entonces cuatro soldados al mártir por piés y manos, le levantaron, mientras que otros dos, le pasaron una cuerda al cuello, tiraron uno y otro por los dos cabos en sentido opuesto, sin parar hasta que exhaló la víctima el último suspiro, arrojando mucha sangre por la nariz y por la boca. Tal fué la muerte gloriosa del P. Gonzalo de Sylveira, acontecida á 11 de agosto del año 1561, por mas que diga Tanner equivocadamente, haber tenido lugar el dia 15 de marzo. Despues que los bárbaros hubieron dado muerte al religioso, tomaron el crucifijo que tenia en sus manos y le hicieron pedazos; luego arrastraron el cuerpo por medio de una cuerda hasta el rio inmediato, por haber dicho los mahometanos que aconsejaron al emperador la muerte del misionero, que si el cadáver era sepultado, infestaria el aire hasta el punto de causar una peste. El príncipe, lejos de ver saciada su injusta venganza con la muerte de Sylveira, mandó asesinar á los cincuenta cristianos que habian sido bautizados el dia anterior, despues de haberles quitado los rosarios dados por el misionero; pero indignados los grandes del imperio al ver una órden tan atroz, se presentaron al emperador diciéndole, que si debian ser aquellas cincuenta personas condenadas á la última pena, solo por haber permitido que se les echára agua sobre la cabeza (indicando así el bautismo), ellos, y hasta él mismo, debian estar comprendidos en aquella sentencia terrible. Esta justa observacion, calmó algun tanto el furor del bárbaro príncipe. Se le presentaron á los dos dias los portugueses, para echarle

en cara el crímen que habia cometido al condenar á muerte al generoso apóstol, que solo deseaba su salvacion y la de todos sus súbditos: dijéronle asimismo, que no solo Dios, juez recto y vengador de las iniquidades, le castigaria, si no que hasta los hombres vengarian con sus armas, la muerte de tan ilustre mártir. El emperador se escusó, luego manifestó sentir en el alma la órden que habia dado por complacer á pérfidos consejeros, á quienes condenó entonces á la última pena, sufriéndola ya dos de ellos en el mismo dia; los dos restantes lograron escaparse, á pesar de haber sido dotada su cabeza. El P. Antonio de Cuadros, provincial de la Compañía de Jesus en la India, que habia enviado al P. Gonzalo de Sylveira á Monomotapa, sintió en estremo la pérdida del escelente misionero; solo el pensar en la dicha que Sylveira habia alcanzado con su muerte gloriosa, y en el ardor que su ejemplo infundió para el martirio á todos los religiosos de la Compañía, pudieron consolar al provincial, quien lejos de desalentarse, resolvió lograr á todo trance la conversion de los cafres. En el mes de enero del año 1562, envió al Monomotapa á los PP. Pedro de Toar y Luis de Goes, y mandó al P. Andrés Fernandez, que habia evangelizado el reino de Inhambana, que se uniese tambien á ellos; así que pasaron aquellos tres religiosos á la corte del emperador, que les acogió con benevolencia, y propagaron la fé en el imperio por espacio de muchos años, ó sea, hasta que el provincial los llamó, á instancias del gobernador de la India, porque iban los portugueses á declarar la guerra al emperador, y era prudente que los PP. saliesen de sus estados antes de que se llegase á un rompimiento. Cuatro jesuitas, á saber: los PP. Francisco de Montelar, Estéban Lopez y dos que no tenian aun órdenes sagradas, siguieron la espedicion, mandada por Francisco Barreto, atendiendo á todas las necesidades espirituales de la misma. Temerosos los mahometanos de que se estendiese el poder portugués, en grave perjuicio de su causa, y no creyéndose por otra parte en estado de poder presentarles batalla, resolvieron envenenar los víveres y el agua, con lo que lograron causar á los europeos pérdidas inmensas: el mismo Barreto y otros muchos gefes, oficiales y soldados, fueron víctimas del veneno. Regresaron entonces los jesuitas nuevamente á la India, y sin duda habrian vuelto á Monomotapa con Fernando de Monroy, sucesor de Barreto, si la muerte del nuevo general, no hubiese hecho renunciar á la segunda espedicion. Si la Compañía de Jesus no continuó evangelizando aquel imperio, no ha sido como pretenden los protestantes, por la esterilidad de su suelo, puesto que los jesuitas han predicado la fé en paises mucho mas estériles, como lo es toda la costa de la Pesquería; tampoco fué por la crueldad de los cafres, porque los hombres que no temieron confundirse con los antropófagos del Brasil, no podian temer la crueldad de los habitantes de Monomotapa, en cuyo pais hacian los portugueses su comercio con la misma seguridad que en su patria; sino que la órden dominicana emprendió el cultivo de aquel campo del Señor, en el que produjeron bastantes frutos su doctrina y su ejemplo; y los jesuitas, por no apoderarse de una cosecha agena, se abstuvieron de enviar misioneros al Monomotapa.

El martirio de Silveyra demuestra claramente el modo con que sabian los jesuitas aceptar la muerte; hasta los nuevos cristianos formados por sus virtudes, eran dignos émulos de su valor heróico. Aquellas tiernas plantas, dice Du Jarric, indicaron en todos los momentos de prueba, que habian sido cuidadas por hábiles cultivadores, y regadas por las aguas de la gracia. Seis paravas de la costa de la Pesquería, mision predilecta del gran apóstol de las Indias, se dirigian en el año 1566 á Cochin, cuando cayeron en poder de los musulmanes; y como quisiesen estos obligarles á renegar de Jesucristo, y á seguir la secta de Mahoma, contestaron con resolucion los paravas, que preferian mil veces la muerte á la deshonra, y que nunca comete-





rian un crímen semejante. Furiosos los mahometanos, se arrojaron sobre ellos, los maltrataron y encerraron en una estrecha cárcel, creyendo que el deseo de la libertad acabaria por hacerles aceptar la apostasía, pero vano empeño: el placer que sintieron aquellos buenos cristianos al sufrir por Jesucristo, aumentó su constancia hasta el punto de hacerles desear la muerte que tanto temian antes de conocer la verdadera vida. Al ver los musulmanes que á pesar de todos sus esfuerzos no podian lograr que los paravas renunciasen á la fé, quisieron al menos obtener de ellos una especie de abjuracion indirecta: propusiéronles que se quitasen el rosario del cuello, ya que era el rosario en el Indostan la señal del cristiano, y se les pondria en libertad; los generosos paravas contestaron que podian arrancárselo si querian, puesto que ellos no se lo quitarian nunca, prefiriendo renunciar antes á la vida que al signo de su fé. Inmediatamente se les anunció que iban á morir, sin que por esto desfalleciera en lo mas mínimo su valor heróico, al contrario, marcharon á la lid como verdaderos campeones de Jesucristo, presentando sus cabezas á las cimitarras musulmanas, que se las derribaron sin piedad: la corona de gloria que conquistaron aquellos pobres paravas, fué, segun Du Jarric, mas brillante y mas rica que todas las pedrerías del Oriente. La firmeza con que aquellos cinco mártires sufrieron la muerte, admiró de tal modo á los mahometanos, que les obligó á salvar el último que tambien habia de morir como sus compañeros, el cual refirió despues en Cochin, el glorioso suplicio de los demás, sintiendo vivamente que sus pecados no le hubiesen permitido alcanzar la dicha eterna. En la misma costa de la Pesquería, se negó un jóven parava, que no habia sido aun bautizado, á asistir á los funerales de su amo, por enterrársele segun la costumbre de los idólatras, y tener que hacerse en ellos ciertas ceremonias supersticiosas: al ver los idólatras su fé inquebrantable, empezaron por despojar al jóven de todo cuanto tenia, y acabaron por condenarle á muerte: el catecúmeno, que no habia sido lavado aun por el agua bautismal, vió purificadas sus faltas todas, por aquel bautismo de sangre.

La noticia del martirio que sufrió el P. Francisco Lopez en el año 1568, contribuyó á aumentar mas la fé de los cristianos del Indostan; hé ahí los detalles acerca de la muerte de aquel misionero. Iban cuatro jesuitas en un buque portugués, cuando se presentaron de improviso algunas galeras mahometanas, que se arrojaron sobre él, empezando inmediatamente el combate. A pesar de su escaso número, se defendian los portugueses con tanta bizarría, que estaba aun indecisa la victoria, cuando se les incendió un barril de pólvora que les obligó á arrojarse al mar, y dirigirse á nado á la vecina costa; muchos fueron los que en medio de aquella confusion terrible, sucumbieron ó quedaron prisioneros, siendo del número de estos últimos el P. Francisco Lopez, cuya corona dió á conocer el carácter sacerdotal de que estaba revestido. Despues de haberle sacado del agua, le trataron los musulmanes con todas las consideraciones, á fin de ver si podian por aquel medio atraerlo al islamismo; pero como el misionero desvaneciese luego en ellos aquella esperanza, diciendo que estaba resuelto á derramar hasta la última gota de su sangre, antes que faltar á la fé de Jesucristo, le dieron muerte en el acto. De los otros tres jesuitas, los dos fueron muertos por los musulmanes ó ahogados en el mar (Pl. LXXVIII, n.º 1.), puesto que en la lista de los prisioneros, solo se encontró al P. Antonio Denís, al cual despues de habérsele sacado del mar, se le encerró en un estrecho calabozo, con una enorme cadena al cuello, sin darle mas alimento al dia, que el de un puñado de arroz. Tal fué su triste vida hasta el dia en que recobró su libertad, mediante el rescate pedido por los musulmanes, rescate que habria sido mucho mayor, á haberse sabido que era jesuita, atendido el ódio implacable que tenian á la Compañía de Jesus: cuyos miembros todos se

esponian al embarcarse, á una muerte casi cierta.

Los que predicaban le fé en el vasto archipiélago de las Molucas, veíanse tambien espuestos cada dia á los mayores peligros. Los jesuitas Nicolás Nuñez y Alfonso de Castro habian evangelizado la tribu de Gilolo, que eran los molucos. Bajo su direccion aumentaba cada dia el número de los cristianos, y era cada vez mayor la virtud que se notaba en ellos, sufriendo con heróica constancia las persecuciones de los gefes mahometanos de Gilolo, Ternato, Tidor y Bartchian, príncipes crueles, á los que comparaba Alfonso de Castro en una carta, con los Decio, los Diocleciano, los Maximino y los Licinio. La perseverancia de los indígenas fué tanto mas meritoria, cuanto que no se atrevió ningun portugués, durante cinco años, á salir de la fortaleza de Ternato, á causa del ardor con que los naturales continuaban la guerra; desde empero, que los jesuitas pudieron visitar á aquellas ovejas sin pastor, se vió á los pobres indígenas acudir llorando á la orilla, y levantar las manos al cielo en actitud de reconocimiento por devolverles á los padres queridos que les enseñaron la fé. Jorge, uno de los indígenas principales, al dirigirse á los religiosos, les decia: « Hemos sido hasta ahora sin vosotros, lo que eran los patriarcas en el limbo antes de la venida del Salvador. » Eran en tal número los niños que presentaban á los religiosos para que los bautizáran, que en el primer villorrio solamente regeneraron á mas de ciento cincuenta; no os ofrecemos otros presentes, decian los indios á los misioneros, por saber que os es la inocencia de esos niños mas grata que todos los tesoros del mundo. Cuando se celebraba algun bautismo solemne, invitaban á los musulmanes para que asistiesen á él, á fin de que pudiesen aquellos ciegos sectarios de Mahoma, comparar las vanas ceremonias de su culto vacío, con los actos vivificadores y solemnes de la santa Iglesia; la impotencia del Alcoran, que solo se propaga por la fuerza de las armas, con la eficácia del Evangelio; la sórdida avaricia de los ministros del islamismo, con el desinterés de los misioneros católicos. Gilolo, la mayor de las Molucas, ofrece, aunque en menor escala, el mismo aspecto de las cuatro penínsulas de la isla Célebes: levántase en su centro una montaña, en cuya falda estaba edificada la ciudad de Tolo, la cual contenia unas tres mil familias, descubriéndose desde ella ricas campiñas cubiertas de arrozales, en las que se ostenta á cada paso el robusto sagotal (1). Aquella ciudad, cristiana y fiel á los portugueses, escandalizó despues al caer en poder de los musulmanes á la cristiandad de todo el archipiélago; puesto que sus habitantes apostataron, demolieron su iglesia, rompieron la cruz, quemaron las santas imágenes y levantaron á Satan nuevos templos; pero en cambio, descargó Dios sobre Tolo, el triple azote del hambre, la peste y la guerra. Bernardino de Sousa, gobernador de Ternato, se presentó con sus tropas á las puertas de la ciudad rebelde, intimándola que se rindiese á discrecion: « Marchaos, dijeron sus defensores al heraldo, y decid á los estranjeros que os envian, que somos mas bravos que ellos, y que no queremos sufrir mas su yugo. Con respeto á lo de abrazar otra vez el cristianismo, decidles, que nos arrepentimos de haberlo seguido por condescendencia, y que estamos por lo mismo resueltos á no profesarlo de nuevo. » El cielo se encargó de la venganza, de la que solo fueron los portugueses meros espectadores: abrióse por un acto providencial en un monte vecino, el cráter de un volcan que arrojó sobre Tolo un diluvio de piedras y de abrasadora lava que solo respetaron la casita, contigua á la iglesia, en que se hospedaban los misioneros cuando iban á evangelizar la ciudad. Un terremoto estremeció al propio tiempo su suelo hasta el punto de arrancar de cuajo los robustos sago-

(1) Pertenece aquel árbol á la familia de las palmeras; los hay de tres ó cuatro especies, llevando todos ellos el mismo nombre, se crian regularmente en los terrenos pantanosos de Amboine, Sumatra y de las islas Molucas. Se estrae de ellos el sagú, especie de pasta vegetal y alimenticia, que mezclada con algunas otras sustancias, ha sido por mucho tiempo uno de los platos mas esquisitos de los indios. (Nota del Trad.)

tales, y de desviar las aguas de un lago que ahogaron á los hombres y á los animales de la ciudad maldita. La flota portuguesa, retirada á cierta distancia, contempló con horror el espectáculo de aquella venganza divina que duró tres dias; solo tuvieron los europeos que emplear sus fuerzas contra el gefe mahometano; cuyas provocaciones habian causado la rebelion, la apostasía y la desgracia de la ciudad de Tolo. Perseguido por los portugueses en una isla vecina, apeló el sectario al suicidio por no caer en manos de sus enemigos, y devolvió su muerte la paz á las islas Molucas. El jesuita Juan de Beyra se dirigió entonces de Ternato á Gilolo; y fué tal el arrepentimiento de los apóstatas que sobrevivieron á las pasadas catástrofes, que á pesar de toda la influencia que el gefe mahometano habia ejercido en ellos, se reconciliaron con la Iglesia. La esterilidad cesó con la apostasía; la peste desapareció con la infidelidad. Refiere Du Jarric, que aparecieron durante la rebelion nubes de enormes ratas que devastaron los campos, y que abandonaron luego las tierras de los cristianos reconciliados, para dirigirse á las de los infieles, á los que indujo aquella rara invasion á reconocer la omnipotencia y la divinidad de Jesucristo. Los pueblos enteros se convirtieron al cristianismo, viéndose obligado el P. de Beyra á llamar á cuantos ausiliares habia en las ciudades de Ternato y de Goa. Antes de aquel estraño acontecimiento, solo se contaban en el grupo de Gilolo, veinte y una tribus cristianas; diez años despues habia ya treinta y seis, y cuatro años mas tarde llegaban al número de cuarenta y siete tribus. Maffei y Du Jarric, suponen que los hechos que acabamos de referir, acontecieron en el año 1553. Batchian, una de las islas mas grandes del grupo de Gilolo, tenia por soberano á un príncipe de veinte y un años, que se habia aliado con el príncipe infiel de Ternato contra los portugueses; pero que habiéndose apoderado de la hija de aquel soberano, á la qué condujo á su isla, reclamó despues el ausilio del gefe europeo que mandaba en la plaza fuerte de Ternato para poder hacer frente al padre justamente ofendido. Para mejor lograr su objeto, pidió al gefe portugués que le enviase un jesuita, á fin de que despues de haberle instruido en la religion cristiana, le administrase el sacramento del bautismo; y el P. Nuñez, encargado de aquella mision, fué recibido en Batchian con todo el respeto y consideracion debidos á su clase. Mientras el sacerdote esplicaba al jóven príncipe los principales puntos del cristianismo, fueron tan grandes en este los efectos de la gracia, que en breve comprendió los principales misterios de la fé, que se le pudo conferir ya el bautismo al terminarse la octava de San Juan Bautista: su esposa, se hizo tambien instruir y bautizar. La conversion del príncipe de Batchian, que parecia en un principio ser objeto de un interesado cálculo, fué considerada luego como una de las mas sínceras, por haber permitido Dios, como otras veces, que hasta las mismas faltas redunden en provecho de los que las cometen. Desde que fué cristiano, hizo derribar el príncipe todas las mezquitas de Mahoma, y plantar cruces, y construir iglesias; habiendo sitiado nuevamente el gefe musulman de Ternato la plaza portuguesa, fué el soberano de Betchian á defenderla contra su suegro; y lo que mas demostró aun el interés con que procuraba la propagacion de la fé, fueron los medios que empleó para lograr que la abrazáran sus súbditos. En menos de cinco meses todos los hombres mas notables del pais, fueron bautizados por el P. Nuñez; como quisiese luego este religioso ir á evangelizar otra isla que dependia de Batchian, el príncipe resolvió acompañarle, para acreditar mejor con su ejemplo la enseñanza del apóstol. Completo fué el cambio operado en las costumbres del príncipe: cuando mahometano, se hacia odioso por su carácter escéntrico y altivo; cuando fué cristiano, se mostró tierno y amable hasta para con los mas pobres de sus súbditos. Despues de haber trabajado el P. Nicolás Nuñez por mucho tiempo en aquella isla, cayó gravemente enfermo, viéndose obligado á volverse á Ter-

nato, sucediéndole en su apostolado el P. Fernando Alvarez, que continuó procurando al cristianismo las mismas ventajas. El P. Alfonso de Castro, cuyos trabajos continuó sin interrupcion desde el año 1549 al 1558, fueron coronados por el martirio: era el superior de la Compañía de Jesus en aquellas regiones. Habíase embarcado el P. Alfonso en una de las islas de Gilolo para dirigirse á otra que habia junto á Ternato, cuando los marineros de su buque, que eran musulmanes, creyendo complacer al gefe mahometano de aquella última isla, enemigo encarnizado del nombre cristiano, le despojaron de sus hábitos, le ataron de piés y manos, y le dejaron de aquel modo á la intemperie por espacio de cinco dias. (Pl. LXXVIII, n.° 2.) Como era el religioso de una complexion muy débil, hasta sus mismos verdugos llegaron á temer que pereciese antes de poder saciar en él todo el furor que les inspiraba el fanatismo; al llegar al puerto, atáronle aquellos hombres inhumanamente al cuello una enorme tabla que tenia la forma de yugo, y despues de haberle sujetado las manos á la espalda, le arrastraron por un suelo pedregoso. Finalmente, viendo que habia perdido el sentido y que iba á espirar, le atravesaron el cuerpo con sus cimitarras; luego le arrojaron al mar para que los cristianos no pudiesen hallarle; pero queriendo el Señor dar á conocer la santidad de su siervo, descubrió de un modo miraculoso aquellos preciosos restos. Por mas que el flujo del mar fuese allí tan rápido como la corriente de un impetuoso rio, apareció á los tres dias el cuerpo del mártir en la orilla, circundado de luz: sus heridas manaban aun sangre, como si en aquel mismo instante acabase de recibirlas. Vivísimo fué el dolor que causó la muerte de Alfonso de Castro, no solo á los cristianos, si que tambien á todos los infieles que le conocian personalmente, ó por haber oido celebrar sus virtudes. Al recibir un gefe de Gilolo aquella triste noticia, no pudo menos de rendir un último homenage al misionero en presencia de los musulmanes: «¿Hay, dijo, entre nosotros, ningun imán que pueda comparársele?» Lo que mostraba claramente el alto concepto que le merecia la santidad del jesuita, y el poco caso que hacia de los ministros del islamismo. No dejó Dios impune la muerte del P. Alfonso de Castro: los marineros que le habian asesinado, así como tambien sus parientes mas próximos, perecieron algunos dias despues, unos al fuego de algunas piezas de artillería, y otros cubiertos de pústulas asquerosas que les causaban la muerte, despues de haberles hecho sufrir los tormentos mas atroces. El que se habia llevado y vendido el cáliz del mártir, se hinchó de un modo horrible, y murió tan miserablemente como todos sus cómplices. Desde el año 1558, época de la muerte de Alfonso de Castro, acontecida en el grupo de Gilolo, hasta el año 1562, ejerció el musulman Leliato todas las vejaciones sobre los cristianos de la isla de Amboine, por haberle encargado el gefe mahometano de Ternato, que sometiese aquella isla á su obediencia. Y si bien hubo durante aquellos años algunas defecciones, no faltaron en cambio admirables ejemplos de fidelidad entre los pobres indígenas que habian abrazado la fé de Jesucristo; bastará un solo ejemplo, para demostrar con cuanto ardor la seguian algunas almas. Habia un indígena, instruido en el cristianismo por S. Francisco Javier, llamado Manuel de Ativa, por ser gobernador de la plaza de este último nombre; intimada la rendicion á los habitantes de Quilao por el gefe sitiador Leliato, creyeron aquellos no poder patentizar mejor su constancia, que contestando no abandonarian su religion ni el partido del rey de Portugal mientras perseverase Manuel en el cristianismo. El gobernador de Ativa, á la vez guerrero esforzado y cristiano fiel, hacia ya tres meses que estaba defendiendo la plaza contra los combinados esfuerzos de los musulmanes, cuando su cuñado y algunos otros portugueses cobardes se sublevaron contra él, apuntándole los arcabuces para obligarle á capitular; lejos empero de desconcertarse por ello, tomó el gobernador una cruz, la abrazó y es-

clamó: «¡Al menos moriré con la cruz de mi Salvador, conforme me lo ha enseñado mi padre Francisco!» El respeto que infundió la cruz á los portugueses les impidió hacer fuego, y obró la piedad de Manuel un cambio en todos los corazones; dando tiempo á que la flota de Enrique de Saa pudiese salvar á todos los cristianos de la isla. Los jesuitas Márcos Prancudo y Jacobo de Mascareñas, que formaban parte de la espedicion salvadora, permanecieron por algun tiempo en la isla, donde no tardaron en unírseles los PP. Francisco Vieyra y Jacobo de Magallanes, quienes atrajeron nuevamente al seno de la iglesia á los cristianos que la habian abandonado durante la persecucion, y bautizaron además en ella á un gran número de musulmanes ó idólatras No contento el piadoso Manuel de Ativa con haber rechazado al enemigo, secundó ardorosamente á los misioneros para acabar de salvar enteramente á la isla de Amboine; al preguntarse á aquel héroe cristiano, como era posible que estuviese dotado de tantas luces y de tanta constancia, contestaba sencillamente: «No soy mas que un pobre ambonés, criado en los bosques, que ni sé lo que es un verdadero cristiano, ni mucho menos lo que es Dios; no sé mas que una cosa, que el P. Francisco me ha enseñado: que es bueno morir por mi Salvador Jesucristo. A esta máxima santa del virtuoso padre, debo el no ser mahometano, porque á no haberme él instruido de este modo, probablemente habria sucumbido á la tentacion.» El P. Jacobo de Magallanes, admirador de Manuel, se dirigió en el año 1563 côn algunos portugueses á la isla de Célebes, en la que habian sido bautizados poco antes los dos soberanos de Supar y de Cion; á su vez bautizó tambien allí el misionero al nuevo rey de Cion y al de Manado y á mil quinientos de sus súbditos, debiendo luego regresar á Ternato con los portugueses que le habian acompañado en su exploracion. Descontentos los súbditos del rey de Cion de que se hubiese convertido al cristianismo, se sublevaron contra él, obligándole á refugiarse en Ternato; pero, luego arrepentidos los rebeldes, volvieron á llamarle en el año 1568, por lo que se dirigió él nuevamente á Célebes, acompañado del jesuita Pedro de Mascareñas quien bautizó á su llegada al anciano padre del monarca. Cuando se preparaba el religioso para visitar la cristiandad de Manado, recibió una comision de parte del rey de Sanguin, encargada de hacerle presente en su nombre que deseaba convertirse; los comisionados, en prueba de su buen deseo, se cortaron el pelo, que tenian la costumbre de dejarse crecer, y que era por lo mismo tan largo como el de las mugeres. El rey de Cion quiso acompañar aquel religioso; y el dia que se hizo en el nuevo reino la inauguracion de la cruz, se vió á aquel y al rey de Sanguin llevarla humildemente en hombros, seguidos de los principales gefes de ambos reinos. Luego de haber designado el P. de Mascareñas el punto en que debia levantarse la iglesia, se vió tambien á los príncipes y á la reina de Sanguin trabajar los primeros en disponer y limpiar el sitio destinado para la casa del Señor. Visitó despues el religioso una cristiandad naciente en Cauripana, y se dirigió nuevamente á Ternato, llevándose al hijo del rey de Cion para educarlo segun los principios de la religion cristiana. Debió Du Jarric todos estos datalles, á una carta del mismo Pedro de Mascareñas, cuyo religioso hizo diferentes viages á la isla de Célebes, en la que murió el año 1582, envenenado por los mahometanos, causando su muerte un vivo dolor á todos los isleños convertidos. Los cristianos de Amboine sufrieron en el año 1565 una nueva persecucion, que si bien ocasionó diferentes apostasías, no dejó de procurar tambien á la iglesia de Jesucristo señalados triunfos (1). Seiscientos fueron los cristianos

(1) Continua fué siempre la lucha que tuvo que sufrir la naciente iglesia de Jesucristo en todas las regiones de América, sin que no obstante se desalentáran nunca sus heróicos soldados; cuantos mayores eran por lo regular sus triunfos, mayores eran tambien los reveses que no tardaban en sucederles; pero ella, constante siempre cualquiera que fuese la suerte que Dios le deparase, continuaba su mision salvadora, no parando hasta confundir en su maternal abrazo á sus hijos perseguidos y á sus perseguidores. Todos los hombres le son enteramente iguales;

sacrificados en poco tiempo por el furor musulman: ancianos, mugeres, niños, nada se respetó; todos los que no quisieron abjurar la fé cristiana, fueron pasados al filo de la espada. El P. Nuñez Ribera, descubierto por los mahometanos en la gruta en que estaba oculto, le pegaron fuego, despues de haber tenido la bárbara precaucion de llenarla de leña, paja y otras materias combustibles; sin embargo, salvóle Dios de tan inminente peligro, por considerar sin duda, necesaria aun su existencia, consagrada esclusivamente al ausilio de los desgraciados, y á la salvacion de los idólatras. Despues de haber continuado por algun tiempo mas sus tareas apostólicas, murió Nuñez en la isla de Amboine, siendo su muerte la del varon justo que vé ya el cielo entreabierto para premiar sus santas virtudes. Los PP. Jorge Fernandez y Gomez de Amaral, que se dirigian á aquella isla en el año 1580, fueron asesinados el dia 24 de setiembre por los mahometanos, que se apoderaron de su buque, en el momento en que estaban confesando á la tripulacion portuguesa.

La isla de Solor, situada en el archipiélago Sumbawa-Timor, fué de todas las islas de aquellos mares, la que se vió mas regada por la sangre de los confesores de la fé. Un mercader portugués bautizó en ella al rey, á la reina y á todos los principales gefes: pero como no tuviesen los nuevos cristianos ningun sacerdote que les instruyese y sostuviese en la fé por medio de los sacramentos, escribió el rey al rector del colegio de los jesuitas en Malaca, suplicándole fuese á terminar la conversion de aquel reino. En la imposibilidad de enviar á él los jesuitas á ninguno de sus hermanos, dispuso el rey que pasase su hijo á Malaca, á fin de que pudiese al menos ser él instruido en la religion cristiana, en la que no tardó en hacer grandes progresos. Solo

así que, lo mismo endulzó la triste suerte de los habitantes de Amboine durante la persecucion que sufrieron, como volvió á admitir despues gozosa en su amoroso seno, á aquellos de sus hijos que la habian abandonado en los momentos de prueba. Verdadera esposa de Jesucristo, nada le es tan grato como el acoger de nuevo en su redil á alguna oveja descarriada. (N. del T.)

á los dominicos les fué posible encargarse mas tarde de cristianizar aquella isla de Solor, que tantos de ellos habian de regar con su sangre. Debe citarse entre aquel número al célebre Antonio Pastana, el cual despues de haber pertenecido en Goa á la milicia secular, abrazó la milicia eclesiástica, llegando á ser en una y otra un campeon adicto y esforzado, que mereció alcanzar la palma del martirio, el dia 29 de enero del año 1565. Tambien el dominico Simon de Playes, se durmió el dia 8 de febrero del año 1580 en la paz del Señor, despues de haber seguido constantemente una vida ejemplar, y de haber conquistado para el cielo un sin fin de almas; Simon de Montanis, perteneciente tambien á la órden dominicana, fué muerto por un infiel mientras estaba orando en la iglesia, el año 1581, terminando así con el martirio, una vida de contínuas privaciones.

Así mismo evangelizaron los dominicos el reino de Siam, en el que derramaron generosamente su sangre, los PP. Gerónimo de la Cruz, Sebastian de Cantú, Lupo Cardoso y Juan de Madeyra, despues de haber obrado muchas conversiones.

CAPÍTULO IX.

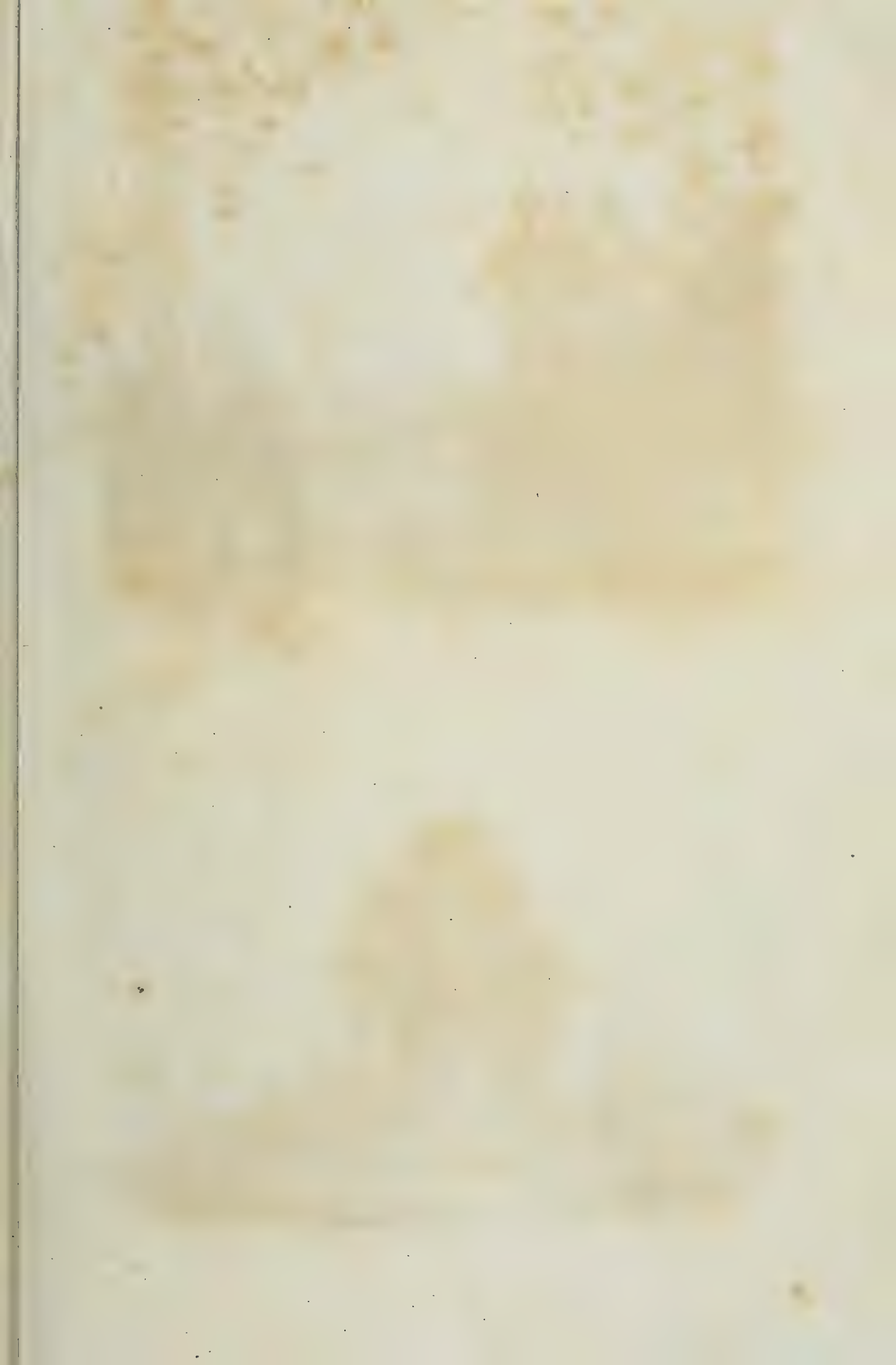
Continuacion de la mision de los jesuitas en el Japon.

El P. Baltazar Gago, jesuita portugués, Eduardo de Silva y Pedro de Alcazeva, que todavía no eran sacerdotes, desembarcaron en Kago-sima, en el mes de agosto del año 1552, donde el daimio de Satsuma (1), reconciliado con los portugueses, les dió favorable acogida. Desde allí pasaron á Bungo y Amanguchi, con el objeto de conferenciar con el P. Torres, superior general de la mision, y este, de acuerdo con los principales cristianos de la mision, acordaron consagrarse por de pronto

(1) Satsuma es la provincia mas meridional de la isla de Kiu-Siu, en el Japon. Sus costas presentan muchas ensenadas y en una de ellas, al O., está la bahía que lleva el nombre de la provincia y tambien de la capital. (Nota del Trad.)













con un celo intemp



á la caridad pública. Una vez tomada esta resolucion, Gago partió para Fucheo y Alcazeva, fué en busca de misioneros á las Indias, puesto que en el año 1554, se contaban ya mas de mil quinientas personas bautizadas en la provincia de Arima, donde todavía no habia penetrado ningun sacerdote. Verdad es que habia contribuido á ello la conversion de dos célebres bonzos que habian ido de Miyako (Pl. LXXIX, n.º 1) á Fucheo, para ver á los doctores portugueses, de quienes se hablaba muy diversamente. Convertidos á la fé, predicaron á su vez la divina palabra con gran fruto.

Habiendo llegado Alcazeva á las Indias, Melchor Nuñez Barreto, entonces vice-provincial de los jesuitas, tomó el partido de pasar al Japon con Fernando Mendez Pinto, uno de los que habian descubierto aquel archipiélago, Gaspar Vilella, Melchor y Antonio Diaz, Estéban Goez, Luis Froez, que no eran sacerdotes, y cinco jóvenes huérfanos destinados para servir de catequistas. Diversos incidentes contrariaron el viage. Nuñez pasó á Sancian, despues á Lampacao, desde donde pudo introducirse con la cruz en el año 1556, en la populosa ciudad de Canton (Pl. LXXIX, n.º 2). Habló de ciencia y moral con los mandarines; pero las circunstancias no permitiéndole ninguna demostracion esterior, no quiso con un celo intempestivo cerrar á los suyos la entrada á un pais donde el cristianismo debia obrar mas tarde tantas maravillas. Llegado por último al Japon, fué recibido solemnemente por el dai-mio de Boungo, quien le dijo que creia volver á ver á Francisco Javier. Despues de haber instado en vano á aquel gefe para que abrazára el cristianismo, una penosa enfermedad obligó á Nuñez á regresar á Goa, sin haber convertido un solo indígena. En el año 1557, Torres envió á los PP. Gago y Hernandez á Firando, donde el cristianismo aumentaba de cada vez mas, habiéndose construido con el ausilio de un príncipe convertido algunas iglesias. Habiendo partido mas tarde para Fakata el P. Gago, le reemplazó Vilella, quien se vió obligado á salir de la poblacion del órden del dai-mio, á quien sedujeron los bonzos irritados por los progresos que hacia la cristiandad en aquel pais. A pesar del alejamiento de los misionistas, los fieles de Firando permanecieron constantes en su fé, y esta les valió en el año 1558, la gloria de dar á la Iglesia el primer mártir que bañó con su sangre el Japon. Irritado un fanático idólatra, de que una de sus esclavas fuese todos los dias á hacer oracion al pié de una cruz que habian levantado los cristianos en la cercanías de la poblacion, fué un dia en su busca, y cuando ya regresaba, despues de haberla llenado de denuestos la degolló (Pl. LXXX, n.º 1.) Los cristianos dieron á su cuerpo honrosa sepultura.

Tambien en Fakata (1), donde se habia dirigido el P. Gago, los bonzos enemigos de la verdadera religion, sublevaron al pueblo, incendiaron la iglesia y destruyeron la casa de los misioneros. Gago y sus ausiliares pudieron librarse del furor del populacho, y se dirigieron á Fucheo, donde fueron muy bien recibidos. El P. Vilella se encaminó primero á Jesan (*Bello monte*), montaña sagrada llena de monasterios de bonzos, logrando convertir á uno de los superiores llamado Daizembo, y despues á Miyako, en donde entró el 30 de noviembre del año 1559. Habiendo permanecido algunos dias en el retiro, preparándose con la oracion y la penitencia para la obra apostólica que iba á emprender, fué á hablar con el seugun, quien le permitió predicar el cristianismo, y si bien en un principio amenazó la persecucion al apóstol de Dios, mas tarde se multiplicaron las conversiones, y obtuvo del príncipe la mas decidida proteccion. Muchos bonzos abrazaron el cristianismo, y hasta escribieron cartas notables en su elogio. Mientras que este infatigable misionero establecia el cristianismo en el centro del imperio, Luis Almeyda visitaba otras provincias empezando

(1) La poblacion de Fakata ó Facata, está situada en la costa N. O. de la isla de Kiu-Siu; pero pertenece á la provincia de Tsikuzen, y dista unos 75 kil. O. S. O. de Kokura. (N. del T.)

por la de Firando. Dos cosas llamaron particularmente su atencion, esto es: el grande espiritu de penitencia de los nuevos fieles, á quienes apenas se podia contener en los limites de la discrecion, y la gran superioridad que adquirian con el agua regeneradora del bautismo, hasta los simples artesanos, sobre sus compatriotas idólatras, aun los m s distinguidos. La estrecha union mantenida no solo entre los miembros de cada iglesia, sino entre las diversas iglesias, sostenia el fervor primitivo y una santa emulacion, animándose y consolándose en sus contradicciones. Cada mision tenia una escuela pública; se enseñaba á los jóvenes á hablar en público, y á ejercer para con el prójimo los actos de caridad y amor que ordenó el Divino maestro. Almeyda pasó de la provincia de Firando á la de Satsuma, y antes de salir de Kago-sima, tuvo la satisfaccion de ver construida una iglesia consagrada al verdadero Dios. Fué recibido como un íntimo amigo en la fortaleza del príncipe Ekandono, que en otro tiempo habia visitado S. Francisco Javier; bautizó á los que no lo estaban, é instruyó á un jóven japonés que algun tiempo despues compuso un tratadito de la Historia sagrada, desde la creacion del mundo hasta la resurreccion de Jesucristo, obra que fué de mucha utilidad á toda la iglesia del Japon. Desde Ekandono, pasó el misionero por órden del superior al pais de Omura (1), que estaba gobernado por Sumitanda, quien habiendo leido un libro del P. Vilella, deseaba hablar con los religiosos europeos, y abrir á los cristianos el puerto de Vocoxiura. Habiendo tenido muy buen éxito aquella mision, construyóse en el citado puerto una capilla dirigida por el P. Torres que se trasladó allí, y en poco tiempo un gran número de cristianos de varias provincias, afluyeron á aquel lugar, que llegó á ser un gran centro de comercio, y principal establecimiento de los misioneros protegidos por Sumitanda, que era cristiano de corazon. Su hermano el daimio de Arima, pidió á su vez un misionero, y propuso á los portugueses el puerto de Cochinotzú. Teniendo que partir Sumitanda para la guerra, y conservándose todavía al antiguo ídolo en la pagoda, él mismo fué á destruirlo sable en mano, y despues redujo á cenizas el templo; logró convertir á sus tropas; misionero y general, de una parte hizo triunfar el cristianismo de la idolatría, y por otra Dios le concedió la victoria sobre sus enemigos; la cruz brilló siempre en su pecho; cada dia daba limosna á cinco ó seis mil pobres, y llegó al colmo de su dicha, logrando convertir él mismo á su muger al cristianismo.

En Miyako, el sazo y los bonzos, que en un principio hicieron grandes esfuerzos para arrojar á los doctores estrangeros de todo el imperio, por un favor especial del cielo que se valió de un sencillo aldeano cristiano llamado Santiago, entraron en deseos de conocer y oir á los misioneros, quienes habiéndoles convencido de la escelencia de la religion cristiana, pidieron con vivas ansias el bautismo, abrazando con gran gozo el cristianismo en el año 1564. El sazo antes llamado Xicaidono y despues Sancho, acompañó á uno de los misioneros á Imory, donde los cristianos multiplicaron á su voz; y por su parte dos de los príncipes bonzos convertidos, compusieron un tratado de religion cristiana, cuya lectura produjo maravillosos frutos. A aquella conversion siguió la del famoso guerrero Tucayama, muy versado en todos los misterios de las sectas del Japon. Maravillado por la escelencia de la doctrina del Salvador, pidió ingresar en el gremio de la Iglesia, y fué bautizado por el P. Vilella con el nombre de Dacio, y su muger y su hijo lo fueron igualmente con los nombres de Maria y Justo. Este hijo de Tucayma, es el Justo Ucondono, tan célebre en las relaciones portuguesas y españolas de aquel tiempo, hombre ilustre de cuyas virtudes y sufrimientos nos ocuparémos mas adelante.

Almeyda se reunió con el P Vilella, en un

(1) Omura u Oomura, es á situado en la costa occidental de la citada isla de Kiu Siu, en la provincia de Fizen Separada su bahia de la de Sunaraba en un trecho de unos doce kilom. (Nota del Trad.)

dominio de Mioxindono, favorito del seugun, donde fueron recibidos con mucho respeto por aquel japonés, que era el hombre mas poderoso del imperio. Tanto él como su madre, les colmaron de obsequios, y el dia de la recepcion les ofrecieron con sus propias manos el té y algunas frutas esquisitas llamadas en el pais zacana. El P. Froez, dice en sus cartas haber encontrado aquella princesa en medio de un círculo de japonesas, sentada en frente de un elegante oratorio consagrado á Amida (1), la cual estaba representada bajo la figura de un niño coronado de rayos. Fué aquel dia el mas hermoso que brilló para la Iglesia en el Japon; y todo concurria para hacer esperar que el cristianismo iba á dominar en la capital del imperio, cuando en un instante quedaron desvanecidas todas aquellas apariencias. Daxandono, favorito del seugun, tan ambicioso como osado, intentó usurpar el poder de su bienhechor, quien pereció en aquella guerra civil. Triunfante Daxandono, y á instancias suyas, el dairio, gefe espiritual y soberano nominal del Japon, revocó el edicto que el último seugun habia dado en favor del cristianismo. Aunque el culto por la religion de Jesucristo, fué declarado abominable en el año 1565, no por esto se estinguió la fé en el corazon de los cristianos de Miyako; por el contrario, fué tal su fervor, que el P. Vilella que con el P. Froez, se habia retirado en Sakai, tuvo que escribirles recomendándoles la prudencia. Tambien el dai-mio de Boungo, aunque idólatra, no dejó de proteger á los apóstoles, creido que su luz atraia la bendicion del cielo sobre su familia y sus estados; el dai-mio de Firando que tampoco queria el cristianismo, no quiso interrumpir su comercio con los portugueses, y los misioneros lograron por fin volver á construir su iglesia; pero aquella concesion aparente, no hacia mas que velar la mala voluntad de aquel magnate, porque habiendo llegado algun tiempo despues cuatro cristianos de Omura con cartas de Sumitanda, el dai-mio, fingió ver en ellos á unos espias, y les inmoló en su ódio al cristianismo. En el mes de junio del año 1566, murió en Firando el P. Fernandez, que habia sido un digno discípulo de S. Francisco Javier.

Mientras que el dai-mio de Firando se valia de todos los medios, escepto de la fuerza, para abolir en su provincia una religion que sus intereses le hacian tolerar, el de Gotto, dueño de cinco islas, lo admitia en ellas, á cuyo efecto llamó al P. Almeyda, quien acompañado de otro socio japonés, se trasladó allí en enero del año 1566. Despues de algunas graves dificultades y contratiempos que logró vencer la fé y resignacion del misionero, fué inaugurado el culto público en algunas iglesias que se erigieron al verdadero Dios, y siguiendo el ejemplo del príncipe, todos los guerreros pusieron en sus armas la cruz, por atribuirle la virtud de salvarles la vida en los combates. Entre tanto, á favor de una contrarevolucion que hizo sentar al trono al hermano del que Dexandono habia sacrificado á su ambicion, el cristianismo recobró su primer esplendor en Miyako. El catecúmeno Vatadono, hermano de Tacayama, fué con Nobunanga, dai-mio de Owary, el móvil de aquella reaccion. El 26 de marzo del año 1568, el P. Luis Froez, que se hallaba en Sakai, fué enviado á buscar por aquel gefe, y un triunfo tan completo hizo estremecer á los bonzos. El P. Froez que fué presentado á Nabunanga, obtuvo una favorable acogida, y en la audiencia del seugun en que fué admitido enseguida, recibió las mismas muestras de benevolencia. En fin, habiéndose reunido los cristianos para obtener que un acto público autorizára la religion cristiana, fuéles concedido con este título: « Cédula para la seguridad del padre de la cristiandad, en la capilla llamada de la verdadera doctrina. »

(1) Amida, segun la mitologia japonesa es el mas grande de sus dioses y el soberano y dueño de su paraiso; el protector de las almas humanas; el padre y el dios de los que son admitidos ó gozan de las delicias del paraiso; en una palabra, el mediador y el salvador de la humanidad, pues por su intercesion obtienen las almas la remision de todas sus faltas y llegan á ser dignas de la beatitud celestial. Todos los años algunos fanáticos hacen el sacrificio de su existencia en su honor; le pintan de varios modos; pero sobre todo le dan tres cabezas, significando que vé el pasado, el presente y lo porvenir. (Nota del Trad.)

Protegido en el centro del imperio, el cristianismo continuaba estendiéndose por otras provincias. Nanga-saki (Pl. LXXX, n.º 2), puerto situado á sesenta leguas de la China, pareció al príncipe de Omura un asilo seguro para los misioneros en caso de persecucion. Torres acogió con alegría la proposicion de Sumitanda, y llamó en el año 1568 al P. Vilella, que logró evangelizar aquella ciudad. Habiendo llegado en aquellos dias al Japon el P. Francisco Cabral, vice-provincial, acompañado del P. Organtin Gnecchi, libre el P. Torres del peso de la superioridad que su edad adelantada no le permitia soportar, cedió al nuevo superior general, el honor de conferir el bautismo á los principales miembros de la familia del príncipe de Omura, debidamente instruidos en los principios de la religion cristiana. Este segundo fundador de la cristiandad del Japon, que habia bautizado por su propia mano mas de treinta mil personas, y fundado cincuenta iglesias, murió en Xequi, á la edad de setenta y cuatro años, el 2 de octubre del año 1570. Poco despues de la muerte de aquel hombre apostólico, no permitiéndole la salud del P. Vilella permanecer por mas tiempo en el Japon, partió para Goa, pero murió al llegar á Malaca. Es de observar que tanto el príncipe de Xequi, como el de Amakusa, si bien admitian el cristianismo en sus ciudades, era mas bien por interés propio y poder comerciar con los portugueses, que por estar convencidos de las verdades de la fé; pero andando el tiempo, y merced á los esfuerzos del P. Cabral y de otro jesuita llamado Vicente, lograron preparar para una pronta conversion al primero, y que se declarase cristiano el segundo, quien recibió el nombre de Miguel. Tambien fué bautizada la compañera de este último, considerada como la muger de mas talento del Japon, versada en el conocimiento de todas las sectas, y consultada hasta por los mas hábiles bonzos. Como tenia un buen corazon y no habia estudiado por vanidad, cedió por fin á las instancias de su esposo y abrazó el cristianismo con sus dos hijos, el mayor de los cuales, ilustró su nombre de Juan con sus virtudes. Cuando en 1582, murió el príncipe Miguel, no quedaba en la isla ningun vestigio de idolatría. Ximabara fué teatro de una persecucion mas prolongada.

Las contradicciones que sufria el Evangelio por una parte, estaban compensadas en otra por sus triunfos. Así es que mientras que los cristianos del Gotto solicitaban un misionero, súplica que fué atendida, pasando allí el P. Juan Bautista Monti, quien bautizó en secreto al hijo del dai-mio, un hermano de este, movido por los bonzos, proscribió el cristianismo. La abnegacion y el talento del P. Alejandro Valla, que reemplazó á Monti, no solo salvaron la iglesia de Gotto, sino que obtuvieron que el sucesor del dai-mio, cuyo hijo habia abrazado en secreto la religion de Jesucristo, se convirtiera y proclamára abiertamente su fé; de modo que cuando el P. Valla pasó á Europa en calidad de diputado de la Compañía, siempre que hablaba del dai-mio de Gotto lo hacia con las lágrimas en los ojos. Nobunanga no era cristiano como su hermano, pero continuó protegiendo el Evangelio. Irritado este porque los bonzos siempre habian favorecido el partido de los rebeldes, embistió el Jesan, principal santuario de aquellos falsos sacerdotes, con el propósito de destruirlo. «No lo intenteis, le dijeron, porque los bonzos son los amigos de los dioses: — Si así es, contestó, el cielo los defenderá; pero si son unos hipócritas que profanan la santidad de su ministerio con sus crímenes y abusan de la sencillez de los pueblos, debo vengar á los dioses que deshonran.» Los bonzos del Jesan fueron pasados á cuchillo el 29 de setiembre del año 1571. El P. Cabral, vice-provincial, acompañado del P. Froez, tuvo poco despues una conversacion sobre religion con Nobunanga. Admirado este de la sencillez al par que de la sublimidad de las verdades de la fé, esclamó con entusiasmo: «Hé aquí unos hombres á quien yo quiero de veras; porque son verídicos y sinceros y me dicen cosas sólidas, al

paso que los bonzos son sus « kamis » ó sus ídolos búdicos, no me hacen creer mas que fábulas y son unos verdaderos hipócritas. » La tranquilidad que reinaba en el pais, fruto de las victorias de aquel príncipe, favoreció el desarrollo del cristianismo, y permitió que el P. Cabral, vice-provincial de la Compañía, pudiese visitar las provincias que permanecian fieles á sus pastores. Aunque hacia mas de dos años que ningun misionero habia ido á Fakata, halló una hermosa iglesia frecuentada por muchos cristianos. Tambien hacia mas de veinte años que ningun obrero apostólico habia podido establecerse en Amanguchi, en la provincia de Naugato, y esto no obstante, la fé se habia perpetuado en ella, por medio de un ciego llamado Tobías, bautizado por S. Francisco Javier. De aquella ciudad, Cabral pasó á Omura, donde con el concurso de los PP. Gaspar Cuello y Melchor de Figueredo, convirtiéronse muchos infieles; de allí á la provincia de Boungo, donde el segundo hijo del dai-mio que sus padres habian destinado para bonzo, quiso ser cristiano y fué bautizado en el mes de diciembre del año 1575. Siguió su ejemplo su cuñado el dai-mio de Tosa, una de las cuatro provincias que forman la isla de Sikokf y el de Arima que habia sido instruido por Almeyda. Á no haber llegado entonces los PP. Alfonso Gonzalez, Cristóbal de Leon, Juan Francisco y Antonio Lopez, este misionero y el P. Cabral se hubieran visto muy apurados, porque todos los súbditos del dai-mio, movidos por su determinacion, quisieron hacerse instruir y bautizar á la vez, y antes de haber trascurrido un año, se contaban veinte mil fieles en la provincia. Pero habiendo muerto en el año 1577 el dai-mio cristiano, besando el crucifijo que en vano los bonzos se esforzaron en arrancarle de sus manos, su hijo y sucesor, gobernado por aquellos falsos sacerdotes, desterró al punto á los doctores estranjeros, como llamaban á los misioneros, y destruyó las iglesias. Joscilon, hijo mayor del dai-mio de Boungo que habia asociado á su poder, estaba animado de sentimientos no menos hostiles al cristianismo. Secundaba gustoso el ódio de su madre contra los jesuitas, tanto por la conversion de algunos miembros de su familia, como por la del hijo adoptivo de su hermano que el P. Cabral bautizó en abril del año 1577 con el nombre de Simon. El hermano de esta princesa habiendo hecho amenazar á los jesuitas con motivo de esta conversion, contestóle el provincial que si algun sentimiento abrigaba, era no tener mas que una existencia para poderla sacrificar á tan santa causa y que siempre que quisiera realizar sus amenazas, le hallaria sin defensa. Por prudencia el P. Cabral quiso enviar los vasos y ornamentos sagrados de Ousuki á Fucheo donde residia el P. Monti; pero todos, temiendo perder la ocasion del martirio si se alejaban de aquella ciudad, se escusaron y el P. Cabral no halló un solo cristiano que quisiera encargarse de aquella comision. Por el contrario, todos acudieron á la iglesia, en donde los PP. Cabral y Froez, dos jóvenes jesuitas, japoneses y algunos catequistas se habian reunido á fin de participar de la corona inmortal. Durante la noche se oyó un gran rumor en la puerta; abrióse, y con gran sorpresa se vió á la mayor parte de las mugeres cristianas de las familias mas notables de Ousuki, que acudian, dijeron, para morir con sus padres en Jesucristo. Una de ellas, temerosa de que sus superiores se opusieran á su resolucion, habia forzado una puerta falsa para salir sin ser vista. Aquel arrojo tuvo un grande eco entre los japoneses idólatras, porque este pueblo tiene en mucho aprecio la grandeza de alma que hace despreciar la muerte, y como pasa fácilmente del aprecio á la imitacion, muchos infieles solicitaron el bautismo sin dar mas razon que esta: « Una religion que inspira tanto valor, no puede ser falsa. » El dai-mio de Boungo, cuya inaccion habia dejado formar la tempestad, tuvo bastante energía para impedir que estallase, y la princesa su muger, á quien sobrevino una grave enfermedad, prometió que en adelante no molestaria mas á los fieles. Despues de algunas tentativas inútiles

de los infieles para impedir los progresos del cristianismo, el vice-provincial resolvió convertir la casa de Fucheo en colegio, y la de Ousuki en noviciado, porque se presentaban frecuentemente algunos portugueses para entrar en la Compañía, refuerzos tanto mas preciosos, cuanto eran insuficientes los que llegaban de las Indias.

El dai-mio de Boungo que durante veinte y siete años no se habia determinado entre la verdad de la que se habia convencido tantas veces, y el error que se le hacia cada dia mas visible, acabó por resolverse á abrazar el cristianismo, siendo bautizado por el P. Cabral el 28 de agosto del año 1578. En honor de S. Francisco Javier, quiso llevar el nombre de Francisco. Entonces dejó el poder á su hijo Joscimon, se embarcó en una flotilla cuyos juncos llevaban banderas de damasco azul, sembradas de cruces rojas bordadas de oro, y se retiró en Fiuga, provincia recientemente adquirida, en la que edificó una ciudad toda poblada de cristianos. Su hijo Joscimon no tardó en seguir tambien el culto del verdadero Dios. Al siguiente año llegó al Japon el P. Alejandro Valignani, nombrado visitador general. Oriundo de una familia noble de Napoles, habia abrazado en el año 1566 la regla de S. Ignacio, y en 1573 fué enviado por Francisco Borgia á las Indias orientales, donde desempeñó con celo las funciones de visitador y provincial. Hombre muy robusto y de formas atléticas, reunia las condiciones físicas y morales muy propias para su ministerio. Los misioneros del Japon, á escepcion de los de Miyako, fueron á verle en Cochinotzú y despues de haber conferenciado con ellos, escribió al P. Aguaviva, su general, que de los cincuenta y nueve religiosos de que se componia entonces la mision, entre ellos veinte y tres sacerdotes, no habia uno solo que no fuese digno de ocupar el lugar que se le habia destinado; que entre ellos se contaba uno que en dos años habia bautizado setenta mil personas, y que las necesidades del pais reclamaban la fundacion de un seminario y de un noviciado, así como la ereccion de un obispado. En la asamblea de Cochinotzú suscitóse la cuestion de saber s era preferible establecerse sólidamente en lo lugares en que nada impedia cultivar con toda libertad la viña del Señor, ó bien aprovechar, como se habia hecho hasta entonces, todas la ocasiones favorables que se presentasen para ir á sembrar las semillas de la fé en las provincias donde las contínuas guerras no permi tian hacer esperar que echasen profundas rai ces. Los mas hábiles teólogos que habia enton ces entre los jesuitas europeos, fueron todo de opinion que no se cambiase nada de lo que se habia hecho hasta entonces, y que no de bia perderse ninguna ocasion que se presentas para ir á predicar el Evangelio en las provin cias donde la palabra de Dios no habia llegad todavía.

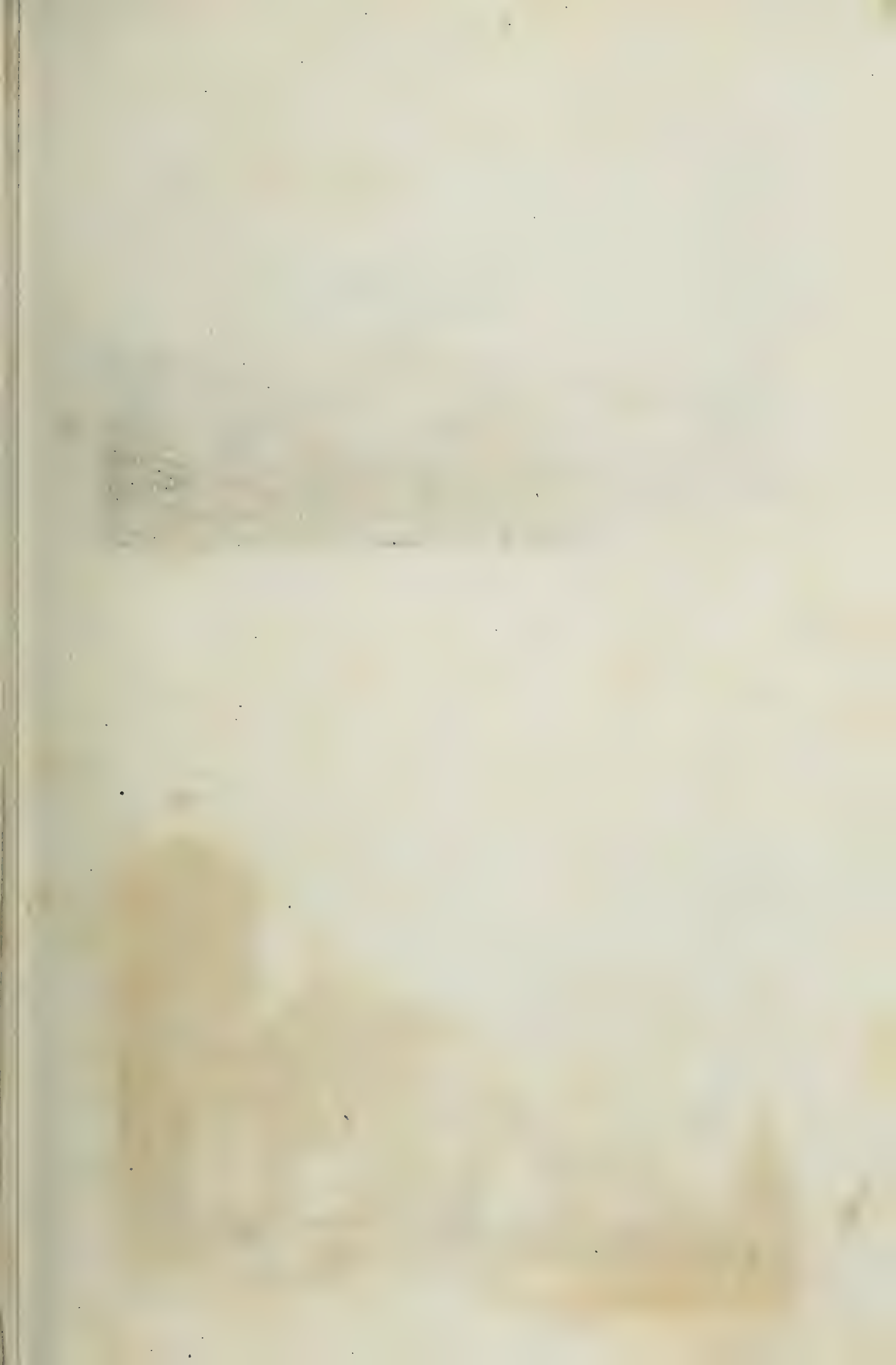
Reconocido Joscimon á los favores que l habia concedido el cielo, logrando vencer sus enemigos idólatras en la guerra que tuv que sostener contra ellos, abrazó con fervor e cristianismo y arruinó en poco tiempo mas d cuarenta pagodas y construyó iglesias, no sol en Cochinotzú, Aria y Arima, sino tambie en otras poblaciones mucho menos importan tes. La rápida propagacion de la fé en aquell provincia, hizo comprender al P. Valignan que era el sitio mas á propósito para estable cer en él un seminario destinado para la edu cacion religiosa y literaria de la juventud ja ponesa, y habiendo hablado de aquella insti tucion al dai-mio, no solo la aprobó, sin que quiso contribuir á su realizacion con tod su poder. Tambien las provincias sometidas Nobunanga, al frente de cuyas floreciente iglesias se hallaba el P. Gnecchi, se mostra ban cada vez mas favorables al triunfo de l fé. En el solo año de 1577 bautizó aquel re ligioso once mil personas en las provincias d Kawatsi y Kiinocuni. Los tres hijos de Nobu nanga, dai-mios de Mino y Owari, Farima Ixo, mostrábanse cada vez menos favorable á los bonzos y mas amigos de los cristianos Su padre así como no permitió que los pr meros se estableciesen en Anzuquiama, conc

dió un terreno á los jesuitas para que pudiesen construir en él una casa y una iglesia. Un dia llamó á parte al P. Gnecchi y le dijo: «Es preciso que me prometais formalmente hablarme con toda sinceridad.» Habiéndole contestado el religioso que así lo haria, añadió: «¿De buena fé estais realmente persuadidos de todo lo que predicais en el Japon? Habiendo prometido el secreto á unos bonzos cuya secta no os nombraré, me confesaron que todos sus misterios eran puras fábulas para entretener ó contener las malas pasiones del vulgo. Habladme con la misma franqueza, y os doy mi palabra de que lo que me digais no saldrá jamás de mí.» El P. Gnecchi, sin proferir ni una palabra, se acercó á una mesa sobre la cual habia un globo terráqueo y mostrando á Nobunanga la vasta estension de las tierras y mares que le habia sido preciso atravesar para llegar al Japon, le dijo: «Príncipe, el aprecio que nos profesais, me hace creer que no veis en nosotros á unas gentes vulgares. Ahora bien; ¿habria locura igual á la nuestra si para referiros fábulas, de las que ningun provecho material habríamos de reportar, hubiésemos emprendido tan largos viages, sufrido tantas fatigas, corrido tantos peligros, renunciado á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestra patria, en fin, á todas las esperanzas que pudiésemos abrigar en la tierra? Que los bonzos hablen de una manera y piensen de otra; que os digan cosas que no entienden ó que bien conozcan su falsedad, no hay de que admirarse; su fortuna depende del éxito con que hacen pasar esas quimeras por verdades constantes; pero ¿qué bienes alcanzamos en el ejercicio de nuestro ministerio, qué dones obtenemos observando la fidelidad de nuestros votos y privándonos de todos los placeres de la vida? Nuestro modo de vivir, nuestra pobreza, nuestro desinterés, deben bastar para convencer á los mas incrédulos que es preciso que tengamos pruebas bien manifiestas de las verdades que proclamamos, puesto que tanto nos cuesta para inculcarlas y reducirlas á la práctica.» Nobunanga le escuchó con los ojos bajos y en la actitud de una profunda reflexion. Enseguida volviendo á tomar su aire risueño, confesó al jesuita que se daba por satisfecho. Despues de otras serias conferencias habidas entre los religiosos y aquel príncipe, que acabó por convencerse de la santidad y pureza de nuestra religion, así como de la buena fé y abnegacion de los misioneros, su aprecio para con ellos llegó al estremo de permitirles construir en frente de su mismo palacio un colegio en que debian ser educados los hijos de las familias aponesas mas ilustres. Habiéndose construido una hermosa casa en Miyako para servir de templo al Señor y de morada á los misioneros, por consejo de Justo Ucondoco, hijo de Tacayama, fué trasladada despues desde aquella ciudad á Anzuquiama, porque los edificios japoneses ofrecen la ventaja de poder montarlos y desmontarlos cuando se quiere. Ucondono proporcionó mil quinientos hombres para trasportarla; muchos cristianos se agregaron de propia voluntad sin que ninguno aceptase el menor salario, y en pocos dias la casa estuvo otra vez de pié con gran contento de Nobunanga quien rogó á los PP. que le hicieran frecuentes visitas.

La satisfaccion del P. Valignani hubiese sido completa, si por otra parte Joscimon no la hubiese turbado por las concesiones que hacia á la idolatría, dispuesto al parecer á abandonar. Los de Boungo, á quienes no se habia podido convertir, habiendo declarado al jóven dai-mio que no le permanecerian fieles en su desgracia, en tanto que no jurase por los dioses de su pais, restituir á los bonzos y á sus templos las rentas que les habia quitado, y restablecer el antiguo culto de los japoneses, Joscimon que se creia perdido irremisiblemente, sometióse á aquella vergonzosa condicion, si bien manifestó á los misioneros que, en cuanto se viese libre de sus acciones, sabria sustraerse de semejante compromiso. Francisco habia perdido cuatro provincias y visto eclipsarse la gloria de treinta años de uno de los mas hermosos reinados que regis-

tren los anales japoneses, sin que el pesar hubiese alterado sus facciones; pero cuando vió desvanecerse la esperanza de poder contar á su hijo entre los adoradores de Jesucristo, todas sus fuerzas le abandonaron. En un principio no quiso que su hijo entrára siquiera en su casa, rogando á Dios que se apiadase de aquel desgraciado, y en la vivacidad de su fé esclamó: « Declaro y juro en vuestra presencia, Dios todopoderoso, que aun cuando todos los padres de la Compañía de Jesus, por cuyo ministerio me habeis dado á conocer vuestro santo nombre, renunciasen ellos mismos lo que me han enseñado; aun cuando estuviese seguro, lo que reputo de todo punto imposible, que todos los cristianos de Europa y hasta el mismo Santo Padre que está en Roma, han abandonado la fé que me habeis concedido la merced de hacerme conocer y abrazar, os confesaria y adoraria, como os reconozco, confieso y adoro hoy dia como el único y verdadero Dios todopoderoso, creador de este universo, sin poner en duda ninguno de los artículos que vuestra Iglesia me enseña á creer.» Humillado mas tarde Joscimon por las exigencias de sus súbditos, suplicó á su padre que volviese á tomar las riendas del estado, que sus débiles manos no podian sostener en un tiempo de revuelta. Francisco se volvió á sentar en el trono al lado de su hijo, y el Boungo no tardó en recobrar la tranquilidad. Ya la calma habia renacido, cuando el P. Valignani llegó á Ousuki donde residian los dos dai-mios. Manifestóle Joscimon el sentimiento que tenia por lo que habia pasado, y le prometió hacerse cristiano. De acuerdo con Francisco, el visitador puso la última mano al noviciado, en el que entraron en un principio diez y seis novicios, en cuyo número se contaban algunos portugueses procedentes de las Indias, y procuró dar una forma conveniente á los seminarios establecidos en Fucheo y Arima. Como el vice-provincial no estuviese de acuerdo con el P. Valignani sobre la instruccion que debia darse á los japoneses, pues así como el primero juzgaba que debia ser limitada, deseaba el segundo que fuese gene en provecho de todos, el visitador lo alejó Japon y entró á ocupar su lugar el P. Gas Cuello.

La conversion del dai-mio de Oomi, d pojado de su provincia por Nobunanga, lado de quien residia entonces, contrast de un modo consolador con la momentá defeccion de Joscimon. Súpolo el visitado llegar á Miyako, donde halló una cristian floreciente y obtuvo una favorable acogi Sin el precepto de la monogamia y atendi las costumbres del pais, el cristianismo hubiese estendido todavía muchísimo ma porque el dai-mio de Mino dijo un dia á jesuitas: « Deberiais tener un poco de to rancia sobre el particular en favor de aque cuya conversion tendria consecuencias m favorables por vuestra religion. — Princi contestóle uno de los padres, si los homb fuesen autores de la ley, podrian dispensar exacto cumplimiento; pero procede de Di Por otra parte, no se nos ordena nada sea superior á nuestras fuerzas. Este prece en particular, es observado por millares millares de cristianos que tienen una na raleza igual á la de los demás hombres; y razon libre de las tinieblas hijas de la pas que le ofuscan, basta para dar á compren la sabiduría del que la dictó y hacer muy p sible el cumplimiento de los preceptos q parecen los mas difíciles en la práctica. hay mas que fijarse en las recompensas p metidas á los que los observan y los castig que aguardan á los que los ininfrgen.» Al p tir acompañóle Nobunanga hasta Anzuquian cuyo seminario contenia ya veinte y seis ni de las familias mas ilustres. Si el reinado aquel poderoso príncipe hubiese tenido ma duracion, el solo seminario de Anzuquia hubiese dado al cristianismo todos los gran del Japon, porque viendo los principales je el interés que se tomaban los religiosos por educacion de sus hijos, no hubiesen deja de mandarlos allí. Despues de haber regu rizado el establecimiento, el visitador se de









pidió de Nobunanga, quien, como una muestra de aprecio, le regaló una rica alfombra que fué la admiracion de Roma por su perfeccion, cuando la recibió Gregorio XIII. Del centro del imperio, el P. Valignani regresó á Boungo, á fin de realizar un proyecto ya acordado con Francisco, dai-mio de aquella provincia, Protasio que lo era de Arima, y Bartolomé (Sumitanda) príncipe de Omura. Tratábase de enviar al Papa, de parte de aquellos tres soberanos, una embajada de obediencia.

Como todos los pueblos aislados, los japoneses se creian ser la nacion mas civilizada, mas rica y gloriosa del mundo. Aquel amor propio nacional, especie de enfermedad, que no ha podido sujetarse debidamente á la prueba de la comparacion, debia desaparecer con provecho de los europeos. Por otra parte, los japoneses están revestidos por lo general de cualidades tan nobles, que proporcionando al Papa y á los soberanos de Europa la ocasion de estudiar su carácter y sus costumbres, no podian dejar de interesarse por la suerte de aquel lejano imperio. La embajada proyectada llenaba aquel doble objeto. Francisco eligió por embajador á su sobrinito Mancio Ito, que tenia unos diez y seis años, pero cuya prudencia era muy superior á su edad; Protasio y Bartolomé designaron á Miguel de Cingiva, primo hermano del primero y sobrino del segundo, de la misma edad que Mancio Ito, pero de un aspecto tan noble y gracioso, que á primera vista conquistaba todas las simpatías. Julian de Naucara y Martin de Fara, japoneses de preclaro talento, aliados del dai-mio de Arima, acompañaron á los dos jóvenes príncipes á quienes el dai-mio de Boungo encargó que solicitáran con vivas instancias la beatificacion del P. Francisco Javier, cuya memoria le era cada dia mas grata y respetable. Embarcáronse el dia 20 de febrero del año 1582, en Naga-saki, en un buque portugués, y se separaron en Conchin del P. Valignani, quien habiendo recibido la órden formal de no dejar el Oriente, sustituyóle el P. Nuño Rodriguez, rector del colegio de San Pablo de Goa. Desde Lisboa (Pl. LXXXI, n.º 1.) donde desembarcaron el dia 10 de agosto del año 1584, hasta Madrid (Pl. LXXXI, n.º 2.) donde Felipe II les hizo una cordial acogida, y desde esta capital hasta Roma (Pl. LXXXII, n.os 1 y 2), donde entraron en 22 de marzo del año 1585, su viage fué mas bien una marcha triunfal, porque creyó la antigua cristiandad que su honor estaba interesado en festejar con toda pompa en sus personas, á la jóven y lejana iglesia del Japon. Llegados á Jesus, casa profesa de los jesuitas, sus huéspedes, fueron recibidos por el P. Aquaviva, general de la Compañía, quien les condujo á la iglesia, donde cantaron el *Te-Deum*, dando gracias al Dios de las misericordias por el feliz éxito de su viage. Al siguiente dia, 23 de marzo, señalado para la audiencia pública, Julian de Naucara, cuya salud no le permitia reunirse con sus compañeros, fué conducido solo al Vaticano, donde Gregorio XIII le abrazó cariñosamente. Charlevoix, en su «Historia general del Japon,» describe así el ceremonial observado respecto de los otros tres jóvenes. «Cuando los embajadores hubieron llegado á la viña del Papa Julio (que es el punto de partida de las grandes ceremonias), el obispo de Imola, camarero del papa, fué á felicitarles en nombre de Su Santidad; y estando ya todo dispuesto para la marcha, partieron en el órden siguiente: Precedia á la comitiva la caballería ligera del Papa; venia despues la guardia suiza con los oficiales de los cardenales; detrás de estos, las carrozas de los embajadores de Francia, España y Venecia, y las de los príncipes romanos; despues toda la nobleza romana á caballo; los pajes y oficiales de los embajadores seguian con los clarines y los címbalos; los camareros del Papa y los oficiales de palacio, todos en trages encarnados, precedian inmediatamente á los embajadores que iban montados y vestidos á la japonesa. No podia darse nada mas soberbio ni mas rico que su trage. Vestian tres anchas túnicas, la una sobrepuesta á la otra, pero

de un tafetan tan fino, que las tres no pesaban lo que una de las nuestras, y de un blanco deslumbrador; todavía no habian escogido las telas mas blancas, sino las que usan los ancianos. Aquellas ricas telas de seda, estaban sembradas de flores, hojas y pájaros perfectamente dibujados, y que parecian bordados, aunque eran tejidos: las figuras distinguíanse por sus colores naturales, pero de una viveza de colorido estraordinario. Aquellas túnicas en forma de ropones, estaban abiertas por delante, y traian mangas estremadamente anchas no llegando sino hasta el codo; pero á fin de que no apareciese desnudo el resto del brazo, como se acostumbra en el Japon, el P. Valignani habia hecho añadir una contramanga de la misma tela, y levantar tambien el cuello, el que comunmente es tan bajo, que deja ver una parte de las espaldas descubiertas. Llevaban además sobre las espaldas, una especie de banda de tres palmos de largo por dos de ancho, prendida con cintas, cruzada sobre el pecho, echada atrás y anudada como un cinturon: aquellas bandas eran de una tela muy parecida á la de los ropones, pero de un trabajo mucho mas fino. Iban calzados hasta las rodillas, con una especie de borceguies de un cuero sumamente fino, abiertos en el pié entre el dedo pulgar y los demás dedos, cubiertos por debajo con una sencilla suela sugeta por medio de correas. Sus cimitarras y sus sables eran de un temple finísimo, y tanto los puños como las vainas, estaban guarnecidas de perlas finas, piedras de gran valor y varias figuras esmaltadas. Iban con la cabeza descubierta enteramente afeitada, á escepcion de la coronilla de la que pendia un mechon de cabellos. La espresion de su semblante correspondia con la rareza de sus trages, si bien se notaba aquel aire amable que dan la inocencia y la virtud, una dignidad modesta y el noble aspecto que casi nunca deja de acompañar á los hijos de ilustre cuna. El príncipe de Fiuga (Marco Ito), iba el primero entre dos arzobispos; el príncipe de Arima (Miguel de Cingiva), le seguia entre dos obispos, y Martin de Fara iba despues entre dos titulares. El P. Diego de Mesquita, en calidad de intérprete, iba detrás, tambien montado, y un gran número de caballeros ricamente vestidos cerraban la marcha. Siguiendo este órden entraron en Roma, y aunque toda la ciudad acudió para presenciar aquel espectáculo, y calles, ventanas y azoteas estaban llenas de gente, la admiracion y el respeto religioso, suspendian de tal modo los ánimos, que reinaba por todas partes el mas profundo silencio, interrumpido únicamente por los sonidos de los clarines, timbales y otros instrumentos músicos, y por algunos vítores que se oian de vez en cuando, y que parecian darse de concierto y á compás. Al llegar los embajadores al puente del castillo de San Angelo, dispararon todos los cañones; contestó la artillería del Vaticano, y en seguida rompió la música militar que allí aguardaba, una marcha triunfal, y fué tocando hasta llegar delante del palacio pontificio. Al entrar al patio del Vaticano, el pontífice y todos los cardenales, se dirigieron al gran salon de embajadores, donde fué preciso que los suizos hicieran grandes esfuerzos para apartar la gente que impedia que el Papa pudiese llegar hasta su trono. Apenas se hubo sentado en él, cuando entraron los embajadores, llevando cada uno en la mano, las credenciales de sus respectivos príncipes, y se postraron en seguida á sus piés, (Pl. LXV, n.° 1.) declarando en su idioma natural y en alta voz, que venian de las estremidades de la tierra, para reconocer en su persona al vicario de Jesucristo, y prestarle obediencia tanto en nombre de los príncipes de quienes eran enviados, como en su propio nombre. Cuando hubieron terminado, el P. de Mesquita esplicó en latin lo que acababan de decir; pero la presencia de tres jóvenes distinguidos que habian arrostrado tantas fatigas y peligros, para venir á tributar un testimonio de adhesion y respeto á la Santa Sede apostólica, era un lenguaje que no tenia necesidad de intérprete, y que penetraba hasta el fondo de los corazones; de modo que la mayor





parte de los cardenales, y un gran número de personas de las primeras clases de la sociedad allí presentes, no cesaron de llorar y sollozar, mientras duró la audiencia. Hasta al mismo Papa le costó mucha pena no poder dirigirles algunas palabras de consuelo; por último, les hizo levantar, les besó en la frente, abrazóles varias veces, les cubrió de lágrimas y les manifestó un cariño tal que en su vida pudieron olvidarlo. Les acompañaron despues á un estrado, que se habia dispuesto espresamente, donde permanecieron de pié mientras que el secretario del consistorio leia en voz alta las cartas de que eran portadores y que el P. de Mesquita habia traducido en italiano.... Terminada la lectura de aquellas cartas, el P. Gaspar Gonzalez, jesuita, hizo, en nombre de los tres príncipes y de sus embajadores, el discurso llamado de obediencia. «La ciudad de Roma, dijo, fué muy afortunada en otro tiempo, bajo el imperio de Augusto, cuando algunos pueblos de las Indias, sabedores de sus grandes acciones, vinieron á solicitar su alianza y le enviaron algunos embajadores. Grande fué el concurso de gentes que de todas las ciudades de Italia acudieron á Roma para ver aquella nueva especie de hombres, cuyos semblantes desconocidos hasta entonces á los romanos, la forma de sus trajes, su color, su porte y todas sus maneras les sorprendian. Les devoraban con la vista y contemplábanlos como séres de otro mundo. Si comparamos aquella embajada de los indios con la de los japoneses, hallarémos que esta es incomparablemente mas noble, mas ilustre y gloriosa. Muy lejano es el pais de los indios; pero lo es todavía mucho mas el de los japoneses, puesto que les han sido precisos tres años para llegar á los piés de vuestra Santidad y andar siete mil leguas de camino por mar y tierra entre infinitos peligros. En tiempo de Augusto, la gloria del imperio romano habia llegado hasta las Indias; pero no se habia sentido la fuerza de sus armas, ni visto desplegados sus estandartes; los indios vinieron á solicitar la amistad de los romanos, mas no á prestarles obediencia; trataron con ellos como á iguales y no como á súbditos; deseaban su alianza, pero no pretendian someterse á su dominacion. Lo que estamos presenciando hoy dia en este gran teatro del universo, es un espectáculo mucho mas sorprendente; porque vemos á tres jóvenes señores de sangre real prosternarse á los piés de Vuestra Santidad, no para pedirle su amistad como á iguales, sino para prestarle obediencia como á fieles súbditos, aunque se prometen que los amará como á sus hijos. Los que jamás se han rendido, que yo sepa, á las armas estrangeras y que nunca han recibido la ley de ninguno de sus enemigos, han enarbolado ahora en su pais el victorioso estandarte de Jesucristo, llevado allí por la voluntad de Vuestra Santidad, y se confiesan vencidos por las armas invencibles de la iglesia romana, esto es por la virtud de la fé cristiana y católica, confesando que esta victoria les es tan ventajosa como agradable es á toda la Iglesia de Jesucristo y gloriosa para Vuestra Santidad, bajo cuyos auspicios ha sido alcanzada. En otro tiempo creyó la religion cristiana haber hecho una gran conquista, cuando merced al celo de S. Gregorio el Grande, vió á la Inglaterra, separada, segun entonces se decia, del resto del mundo, recibir la ley de Jesucristo y someterse á la iglesia romana; pero si grande fué entonces su alegría por ver sometida aquella isla á la obediencia del Sumo Pontífice, profundo es ahora su dolor al verla separada por el cisma y la heregía del cuerpo de los fieles. Mas, hé aquí que para su consuelo y bajo el venturoso gobierno de otro Gregorio, contempla, ya no una isla, sino varias islas y diversos reinos y naciones separadas de Roma por todo un mundo, acudir al amparo de sus benéficas leyes, de modo que nuestras pasadas pérdidas, aunque en verdad muy grandes, parecen estar compensadas con esas nuevas conquistas y con la esperanza que abrigamos de que andando el tiempo sean mayores, lo que debe hacernos enjugar nuestras lágrimas y trocar la tristeza de la iglesia en un júbilo universal.»

Cuando el P. Gaspar Gonzalez hubo cesado de hablar, el prelado Antonio Bocapoduli, contestó en latin en nombre del Papa, en estos términos: « Su Santidad me encarga, muy nobles señores, que os diga, que Francisco, rey de Boungo; Protasio, rey de Arima y Bartolomé, príncipe de Omura, han procedido como príncipes sábios y religiosos, cuando os han enviado de los confines del Asia, para reconocer el poder con que Dios, por su bondad, le ha revestido en la tierra; porque no hay mas que una fé, una iglesia universal, un solo gefe y pastor supremo, cuya autoridad se estiende á todas las partes del mundo en donde existen cristianos, y que este pastor y este gefe único es el obispo de Roma, sucesor de S. Pedro. Su Santidad tiene una suma satisfaccion viendo que creen firmemente y profesan en alta voz esta verdad, con todos los demás artículos que constituyen la fé católica; dá gracias inmortales á la divina bondad que ha operado esta maravilla, y el contento que esperimenta, le parece tanto mas legítimo, cuanto esta alegría reconoce el celo que le anima por la gloria del Todopoderoso y la salvacion de las almas que el Verbo encarnado rescató con su sangre. Hé aquí el motivo porque este venerable Pontífice y todo el sacro colegio de cardenales de la iglesia romana, acojen con paternal afecto, la protesta que haceis al Vicario de Jesucristo de su fé, de su devocion filial y de su obediencia. Su Santidad desea ardientemente y pide á Dios que todos los reyes del Japon y todos los demás que reinan en las diversas partes del mundo, imiten tan bellos ejemplos, renuncien á la idolatría y á todos sus èrrores, adoren en espíritu y en verdad al soberano Señor que ha creado el universo y á su Hijo único Jesucristo que envió á la tierra, puesto que en este conocimiento y en esta fé consiste la vida eterna. »

Terminado este discurso, los embajadores fueron conducidos nuevamente delante del trono y besaron otra vez los piés del Papa; despues habiéndose acercado los cardenales, les abrazaron y les hicieron varias preguntas acerca de las aventuras de su viage y sobre las rarezas de su pais. A todo contestaron con tanta discrecion como acierto, de modo que la sorpresa iba cada vez en aumento. Por fin, el papa se levantó, pronunciando en alta voz aquellas palabras del santo anciano Simeon: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, etc.* Quiso que los dos primeros embajadores que eran de la sangre real, le sostuvieran los hábitos, y despues siempre los hizo servir de caudatarios, honor reservado al embajador del emperador. Cuando hubieron acompañado al Santo Padre á su aposento, el cardenal de San Sixto, sobrino de Su Santidad, el cardenal Guastavillani y el duque de Sora, hermano del Papa, les hicieron servir una magnífica comida. Terminada esta, el Papa quiso hablarles en particular y quedó muy satisfecho de sus maneras y de su conversacion. Envióles desde allí á la iglesia de San Pedro para tributar nuevas acciones de gracias á Dios y reiterar su rendimiento sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles. En otra audiencia, Gregorio XIII se hizo hacer por los embajadores japoneses una relacion fiel del estado en que habian dejado al cristianismo del Japon cuando su partida, y durante todo el tiempo que hablaron, las lágrimas no cesaron de correr por sus mejillas. Cuando hubieron concluido, el Santo Padre les dijo que queria fundar el seminario que el P. Valignani habia empezado en Fucheo é inmediatamente le asignó una renta de cuatro mil escudos romanos.

Terminarémos este capítulo, sobre el estado del cristianismo en el Japon, á últimos del siglo XVI, añadiendo algunos nuevos detalles á los que dimos en el bosquejo que hicimos anteriormente sobre la religion y costumbres de los japoneses (1), los cuales completarán la pintura del cuadro religioso-moral de aquel gran pueblo, para el cual tan necesaria es la luz de la fé.

De las tres religiones principales que dijimos reinan en el Japon, la mas ortodoxa e

(1) Vide Lib. II. cap. II.

sin duda el Sinto que se refiere al culto de los antiguos dioses del pais, los cuales, segun las ideas de aquel pueblo, han gobernado el Japon durante muchos millones de años. Esta religion es un secreto para el pueblo; los sacerdotes solo hablan de ella á sus discípulos, y estos al iniciarse en sus misterios, se obligan bajo juramento, á no revelar nada de cuanto se les enseña. Este juramento se refiere principalmente al orígen del mundo, que en el Japon, así como en muchos otros pueblos idólatras, es un objeto misterioso. La historia de los primeros tiempos solo contiene la relacion de los combates de los dioses contra los gigantes, dragones y otros mónstruos que desolaron la tierra; por manera que muchas ciudades y poblaciones del imperio, llevan el nombre de aquellas acciones memorables acontecidas en sus cercanías. Se conservan en los templos las espadas y armas de aquellos dioses, ó mas bien de aquellos héroes, que habiéndose hecho célebres con sus estraordinarias hazañas, el pueblo en su admiracion, los colocó en la categoría de dioses y les erigió altares. De ahí, esa numerosa série de divinidades que los sintoistas, dividen en diversas clases, y que adoran bajo el nombre de « espíritus inmortales. » Consideran aquellos héroes no solamente como génios tutelares de la nacion, sino como sus fundadores y sus primeros reyes. La historia de esos falsos dioses, forma una de las principales partes de la teología japonesa. Unicamente corresponde al dairi, que como dijimos, es el soberano pontífice de los japoneses, canonizar de este modo á los hombres célebres, y esto se verifica de vez en cuando en favor de ciertos personages, que juzga dignos de aquel honor, sea por su vida sin mancha, por los milagros que se les atribuyen ó bien por el favor que se desea dispensarles. En estos casos, permite al pueblo que los invoque, y hasta les erija templos. La ceremonia del apoteosis, se hace con mucho aparato, y se señala al nuevo dios la especie de poder que debe ejercer sobre los mortales; y como el número de esas mentidas divinidades aumenta todos los dias, y no se crea una nueva sin levantarle una pagoda, de ahí es, que el número de templos y capillas es tan grande, como el de casas. La costumbre ha establecido que se conserven en una caja los huesos y armas del dios, y las obras que salieron de sus manos durante su vida. No solamente el dairi tiene el singular poder de hacer dioses, sino que él mismo es objeto de veneracion y culto entre los sintoistas. Como se supone que desciende en línea recta de las antiguas divinidades de la nacion, y que ha heredado las virtudes y carácter augusto de sus abuelos, se le considera como su viva imágen, y se le tributan á poca diferencia los mismos homenages, y su ceguedad llega hasta el estremo de creer, que todos los dioses del pais tienen un profundo respeto á su persona, que están en íntimas relaciones con él, y que cumplen con un deber visitándole una vez cada año, en los meses de noviembre ó diciembre. Los japoneses llaman á este tiempo « el mes de la llegada y de la visita de los dioses » como los antiguos que creian que sus dioses descendian anualmente á Etiopía donde permanecian doce dias. Durante este tiempo, los japoneses cierran los templos, porque suponen que el cielo está vacío y que toda su corte celestial ha acudido á visitar á su gran sacerdote, el cual no olvida de tener constantemente la mesa puesta y bien servida para obsequiarles.

Los sintoistas no admiten la transmigracion de las almas; no obstante se abstienen de matar y comer los animales que son útiles al hombre, persuadidos de que se mostrarian crueles é ingratos si les diesen muerte. Tienen alguna idea de la inmortalidad del alma y de un futuro estado de felicidad ó infelicidad; pero embrutecidos por las supersticiones, no se fijan mucho en ello, y todas sus esperanzas y sus temores se limitan á los goces y penalidades de la vida material. Segun ellos, los malvados vuelven al mundo para expiar sus crímenes, y lo mas grato para sus dioses, es ver que los hombres están contentos y se entregan gozosos á sus placeres. Tienen ciertas ceremonias

legales la mayor parte de las cuales se refieren á la pureza del cuerpo, y consisten principalmente en no mancharse de sangre, abstenerse de comer carne y evitar los cadáveres. Los que se consideran impuros bajo este concepto, no pueden, sin ser criminales, entrar en los templos ni visitar los lugares que reputan santos. Si le cae á alguno una gota de sangre en el vestido, queda impuro durante siete dias; tambien mancha, segun aquellos idólatras, la muerte de un pariente, y la expiacion es mas ó menos larga segun el mayor ó menor grado de parentesco. El que come carne de ciertos animales domésticos, tambien tiene necesidad de purificarse. En su estravagante religion, no se conocen mas espíritus malos que las almas de las comadrejas, porque estos animales causan muchos estragos en el Japon.

La celebracion de los dias solemnes es otro punto esencial de la religion de los sinoistas, quienes los emplean para ver y cumplimentar á sus amigos; así es que la mayor parte del dia lo pasan en banquetes y festines. Tienen tres fiestas particulares que se repiten cada mes, y otras mas solemnes que se celebran cinco veces por año con mucho aparato; la de año nuevo dura muchos dias, y aquel empieza con la luna nueva que sigue al 5 de febrero entre el solsticio de invierno y el equinoccio de la primavera. Hay además otra fiesta que es particularmente un dia de asueto para las niñas, otra para los muchachos, y otra consagrada á los placeres de la mesa, al juego, á la danza, á los espectáculos, etc. El bullicio, la disolucion, la embriaguez, reinan entonces por do quiera y por espacio de muchos dias, pareciéndose aquella fiesta por su licencia, á las saturnales y bacanales de los romanos; y aunque pertenezca propiamente á la religion de los sintoistas, no obstante como se atiende menos al culto de los dioses que á las diversiones á que son muy aficionados los japoneses, ha llegado que con el tiempo, todas las sectas la han adoptado. La peregrinacion á Ise (1), es otro artículo de la religion de aquellos idólatras, pues, segun ellos, nació allí el mas antiguo y poderoso de los dioses del pais, y pretenden además, que es la primera morada de sus antepasados y la cuna del género humano. Los devotos van una vez al año, pero todos al menos hacen un viage en la vida, para obtener la bendicion del cielo en este mundo y la eterna felicidad en el otro. El término de la peregrinacion es una grande pagoda que llaman «el Templo del gran Dios,» y aunque no hay otra ni mas venerada ni mas famosa en el Japon, es sumamente sencilla y pobre, construida de madera y cubierta de bálago. Todo su ornato consiste en un espejo que representa en el ánimo del sintoista, la penetracion y la pureza de la suprema inteligencia. Cerca de aquel sitio, al pié de una colina, existe una caverna que no se olvidan de visitar los peregrinos, en donde les dicen que en otro tiempo su gran Dios se ocultó cuando privó al mundo de la luz y se enseña un ídolo sentado sobre un cuadrúpedo que llaman: «la representacion del sol.» El templo de Ise está rodeado de una infinidad de capillitas, la mayor parte tan bajas, que apenas un hombre de regular estatura puede permanecer de pié en ellas, y están guardadas por seculares. Este viage se hace en todas las épocas del año, pero el mayor concurso es durante los meses primaverales, en que acuden toda clase de personas á escepcion de los grandes señores que raras veces lo verifican personalmente, contentándose la mayor parte con enviar sustitutos, á ejemplo del soberano que todos los años manda allí una embajada solemne. Las personas de comun condicion, creen que no pueden dispensarse de aquel acto religioso; los unos hacen el viage montados, los otros en silla de mano, y la mayor parte á pié; los pobres llevan á cuestas la cama, que consiste en una esterilla arrollada; llevan un palo en la mano y una escudilla de madera colgada de la cintura, en la cual reciben las limosnas, porque no viven durante el viage

(1) Llámase tambien Isi ó segun Kæmpfer Itsitsi, en chino Y-tchi; está situado á unos 120 kilóm. E. de Meaco, y á 300 O aproximadamente de Yedo, en la provincia de Ise. (Nota del Trad.)

sino de las limosnas que les hacen los demás peregrinos. Se cubren la cabeza con un gran sombrero de juncos, en el que lo propio que en la escudilla, están escritos sus nombres, el lugar de su nacimiento y el sitio de donde vienen, á fin de que en caso de muerte, se les pueda reconocer y dar cuenta á los magistrados del lugar de su residencia habitual. Entre aquel gran número de peregrinos, los hay, y no pocos, que se distinguen por sus estravagancias. Muchos se reunen en pequeños grupos cantando y tañendo instrumentos de cuerda durante todo el camino; otros van desnudos en lo mas riguroso del invierno, cubriéndose únicamente una pequeña parte del cuerpo con un poco de paja. Estos últimos van solos, corriendo casi siempre, no pidiendo nada á nadie y viviendo pobremente. Cuando un peregrino parte para el famoso templo de su gran dios, tiene cuidado de colgar á la puerta de su casa una cuerda guarnecida de papel recortado para advertir á los que han contraido alguna impureza legal que se abstengan de entrar en ella; de lo contrario es creencia admitida, que se espondria á tener alguna desgracia ó cuando menos malos sueños. Al llegar al término de su viage, el peregrino visita todos los templos y capillas y luego recibe una cajita que contiene, dicen, el perdon de sus pecados, la cual ata debajo del ala de su sombrero, y, á su regreso, coloca en un nicho particular; y aunque la virtud de aquella prenda esté limitada al término de un año, no hay ningun japonés que deje de guardarla siempre con el mayor cuidado. Se reparte un número considerable de aquellas cajitas para el uso de los que se hallan en la imposibilidad de visitar la célebre pagoda y es un manantial inagotable de riqueza para los bonzos, que hacen con ellas un gran comercio.

Desde remotos tiempos existe en el Japon una especie de anacoretas que llevan una vida muy solitaria, á quienes un cisma dividió en varias ramas, y cuyas dos principales ramificaciones tienen un general particular que reside en Meaco. El espíritu de su instituto es de combatir por la causa de sus dioses; pasan su vida viajando de montaña en montaña y todos los años se imponen el deber de escalar una que sea muy elevada y llena de precipicios. Es comun encontrar á esos hombres vagabundos alrededor de las pagodas pidiendo limosna con mucha insistencia; algunas veces aguardan á los viageros en lugares retirados donde es difícil negarles lo que piden con vivas instancias. Estos ermitaños son muy dados á la adivinacion y á la mágia; pretenden que profiriendo algunas palabras misteriosas y trazando ciertas figuras cabalísticas, pueden descubrir á los autores de un hurto, predecir lo porvenir, esplicar los sueños y curar las enfermedades. Los hay que se precian de rejuvenecer á los ancianos: la fábula de la fuente de Juvencia es de todos los tiempos y de todos los paises. Los sintoistas cuentan además otras varias asociaciones, formadas en su mayor parte de gente vagabunda ó de indigentes, que so capa de contribuir al culto de sus ídolos, disfrutan de todas las comodidades de la vida y se entregan en secreto á toda suerte de vicios y desórdenes.

La secta de Budsdo, mas generalmente conocida por el budismo, tuvo su orígen en las Indias, desde donde se esparció por Siam, la China y Japon, bajo diferentes nombres. Se refieren mil hechos fabulosos respecto de su fundador, y su historia varia, segun los diversos paises en que su culto está establecido. Dijimos ya anteriormente, que se le rinden los mas grandes honores; los indios le llaman *Wisthnu*, los siameses *Sommonacodon*, los chinos *Foé*, y los japoneses *Buds* ó *Siaka*. Los discípulos que recojieron en los primeros tiempos sus principales máximas, han sido colocados en el número de las divinidades de esta secta, y se les rinde el mismo honor que á su maestro. El culto de Siaka fué importado al Japon por los misioneros chinos, y si bien durante muchos siglos hizo progresos muy lentos, hoy dia es la secta mas numerosa del pais, y hasta los mismos sinoistas han adoptado los puntos mas esenciales. Su funesta

doctrina hace cometer á los japoneses acciones crueles para consigo mismos é inútiles para la sociedad, tales, como dijimos ya, de ahogarse ó enterrarse vivos. Las inhumanidades practicadas por los adoradores de Siaka, esceden á toda ponderacion y este horrible fanatismo es alimentado incesantemente por los bonzos, cuya hipocresía y ambicion desmedida, sacrifican cruelmente á sus semejantes para apoderarse de sus bienes temporales. Los adoradores de Siaka tienen tambien fiestas particulares como los sintoistas. Una procesion de carros llenos de figuras simbólicas, se dirige con gran ceremonia al templo de su ídolo, para tomarlo y pasearlo por la ciudad; la amiga de este dios va por otra parte y encuentra á su esposo legítimo de quien se apoderan los celos; el pueblo se apesadumbra, se entristece y llora, y todos parece que toman parte en aquel hecho: pero por fin, fingen que todo se arregla y cada ídolo se retira por su lado. En otra fiesta, pasean un ídolo á caballo, con la cimitarra en la mano, acompañado de pajes que llevan su arco y flechas y va seguido de otro carro vacío, al cual el pueblo rinde honores como si fuese tambien el dios; siguen los bonzos cantando himnos, y los asistentes gritan y repiten todo el dia un estribillo en el que viene espresado su deseo de los goces mundanales. Finalmente, en otra fiesta, muchos caballeros armados se dirigen á una esplanada, llevando cada uno en la espalda la figura del ídolo al cual rinde culto. Ya reunidos, forman diversos escuadrones, y es el preludio de un combate sangriento que empieza por arrojarse piedras los combatientes y en seguida emplean las flechas, la lanza y la cimitarra, peleando con todo el furor que puede inspirar el ódio mas implacable. Generalmente figuran entre aquellos caballeros, cualquiera que sea su clase, todos los que abrigan deseos de vengarse de algun enemigo personal y lo hacen entonces impunemente so capa de religion. El campo de batalla queda cubierto de muertos y heridos, sin que la justicia tenga derecho de averiguar los motivos de aquella violencia.

La otra secta conocida en el Japon con el nombre de *Sinto*, es de los llamados filósofos moralistas, que enseñan que el soberano bien del hombre consiste en el placer que esperimenta en hacer bien; siguen como dijimos tambien, la moral de Confucio, y aunque esta secta contaba en otro tiempo con numerosos partidarios, la entrada de los ídolos en aquel imperio sedujo á los insensatos, y muchísimos abandonaron al Sinto para hacerse idólatras. Hemos visto ya que un gran número de aquellos moralistas abrazaron el cristianismo, y contribuyeron en mucho al progreso que este hizo en el Japon; pero mas tarde sufrió las mismas persecuciones que la ley de Jesucristo, y todos los que la seguian, fueron obligados á declararse por alguna de las sectas que dividen las dos religiones autorizadas en el imperio. Por no verse comprendidos en la persecucion que se sucitó contra los cristianos, para salvar su vida y su hacienda, pusieron en su casa un ídolo del pais. La presencia y el culto forzoso de aquellas imágenes, les llevaron insensiblemente á la idolatría, de modo que aquella secta ha perdido cuasi todo su crédito. A mediados del siglo XVII, un señor del Japon pretendió hacer revivir aquella secta que enseñaba á ser justo, honrado y á conservar la conciencia pura; pero como de ello empezára á resentirse el culto de los falsos dioses, los bonzos se alarmaron, porque temieron que iban á faltarles los medios de enriquecerse. Sus gritos llegaron hasta el trono, y su cabala enemiga de la tolerancia que les era perjudicial, volvió á hundir aquella secta en la oscuridad y en el olvido.

El establecimiento del cristianismo en el Japon, dice un ilustrado viagero, fué sin contradiccion la época mas notable de su historia, así como su conversion fué el período mas brillante del apostolado de San Francisco Javier. Este apóstol del oriente, tuvo la gloria de hacer triunfar la verdadera religion en un pais, donde el heroismo en punto á religion, ocupa el primer lugar en el aprecio público; pero lo que mas sorprende, es que el celo de

los nuevos cristianos, supliendo al corto número de misioneros, Jesucristo fué en poco tiempo conocido y adorado en provincias, donde ningun predicador habia podido penetrar todavía. Su ley fué anunciada y aceptada con gusto en todo el imperio, á pesar de los esfuerzos de los bonzos contra una doctrina que haciendo su profesion inútil y despreciable, les hacia pasar por unos ignorantes é impostores. Mil otros motivos se oponian á su establecimiento y á su progreso. ¿Podian ignorar los japoneses lo que habia pasado en muchas comarcas asiáticas, en donde los portugueses habian entrado espada en mano, aprisionado ó dado muerte á una parte de sus habitantes, y hecho tributarios á sus reyes? Por otra parte, aquellos mismos portugueses llevaban una vida bastante licenciosa, que formaba un singular contraste con la ley que profesaban, y que los misioneros enseñaban con tanto celo. No obstante, la natural curiosidad de los japoneses y el desprecio de las quiméricas opiniones de sus diversas sectas, les decidieron en un principio á prestar oidos á las enseñanzas del cristianismo: la paciencia, el desinterés, la piedad de los predicadores del Evangelio, vencieron al fin el ódio y las falsas acusaciones de los bonzos. Pronto se vieron testas coronadas someterse al dulce yugo de nuestra religion, abrazando con fé y ardor sus saludables máximas; todos los dias se registraba una nueva y sonada conversion; hasta los niños instruian y persuadian á sus familias; los orgullosos bonzos, convencidos de la verdad, abjuraron sus errores, y viéronse otros milagros parecidos fruto de una gracia verdaderamente celestial. Pero un éxito tan asombroso no podia menos de alarmar á los ministros de los ídolos, y creyeron que todo les era permitido para contener el progreso del cristianismo. Hicieron obrar á los príncipes á su antojo, ya infundiéndoles temor en presencia de las perturbaciones que iba á ocasionar aquel cambio de religion, ya lisongeando sus pasiones á las cuales combatia sin cesar la nueva doctrina. Promovieron además guerras sangrientas, que casi siempre acababan en perjuicio del cristianismo. ¡Cuántas revoluciones para evitar sus progresos en aquel imperio! ¡Cuántas prosperidades inesperadas seguidas de crueles persecuciones! ¡Cuántos triunfos, sobresaltos, humillaciones y sufrimientos! ¡Cuánta sangre cristiana derramada en todas partes, y por este motivo; cuántas revueltas, rebeliones, violencias y asesinatos! Mil ejemplos de valor, de constancia, de heroismo, ofrece la historia por parte de los primeros cristianos japoneses, que recuerdan los primeros siglos de la Iglesia; pero al propio tiempo, cuántas traiciones, cuántas debilidades, cuántas apostasías sucitadas por el maligno espíritu que veia que se le arrebataban tantos millones de almas!

Pero no anticipemos los hechos, cuya narracion, á contar desde la embajada de los japoneses á la capital del orbe cristiano, tendremos ocasion de referir mas adelante.

CAPÍTULO X.

Misiones de los capuchinos, jesuitas, dominicos y franciscanos en el levante y norte de Africa.

La embajada de los japoneses demostraba los felices esfuerzos que los predicadores del Evangelio hacian en los puntos mas remotos del globo para aumentar el rebaño dirigido por el cayado del soberano pastor. Pero á la misma vista de los pontífices romanos, y alrededor del mar Mediterráneo, en cuyas playas el islamismo habia plantado el estandarte del falso profeta, intrépidos misioneros no cesaban de proclamar la verdad católica muriendo gustosos por el amor de Jesucristo.

Si nos remontamos á la época en que interrumpimos el cuadro de las misiones del levante y del Africa superior, verémos que el apostolado fué continuado por Fr. Juan, que nació en Troia en la Pulla, de padres honrados, pero pobres. Un español, en cuyo servicio entró, le condujo á su patria, donde Juan quedó tan agradado de la austera vida que

llevaban los franciscanos descalzos de la provincia de San Gabriel, que solicitó el favor de ser admitido entre sus hermanos legos, recibiendo entonces el nombre de Alejandro. Entusiasmado por la frecuente lectura que se hacia en el refectorio, de las Actas de los mártires, suplicó á Dios con las lágrimas en los ojos, que le asociase á sus tormentos y á sus triunfos. Para entregarse solitario á la oracion, habia elegido en el convento de Salvatierra, casi pegada á la iglesia, una pequeña gruta, que mas tarde conservó su nombre (1). Su vicario general, le permitió en fin que pasase á tierra de infieles con Fr. Bartolomé de Castelló y otros dos religiosos, animados como él del deseo de sellar con su sangre las verdades del cristianismo. Llegados á Berbería, los misioneros empezaron á evangelizar á los musulmanes, hasta que fueron cubiertos de injurias y azotados y despues arrojados á un pozo seco privados de todo alimento. Allí permanecieron veinte y dos dias, durante cuyo tiempo, los bárbaros, por una cruel burla, en vez de alimentos les traian un gran vaso lleno de infectas inmundicias, á fin de añadir al suplicio del hambre, la presencia de sus nauseabundos excrementos. Pero, movidos á compasion algunos judíos, les dieron á hurtadillas el alimento indispensable para sostener su existencia. Los ávidos mahometanos, oyendo á los mártires que todavía cantaban las alabanzas á Dios en el fondo de aquel pozo donde horribles emanaciones debian haberles asfixiado, los vendieron á unos mercaderes de cristianos, bajo la condicion que los sacarian inmediatamente del territorio musulman. Fr. Alejandro regresó pues á España con sus compañeros, sin perder no obstante ni el deseo, ni la esperanza del martirio. Provis de una nueva autorizacion de su vicario gen ral, pasó solo á otra comarca infiel, don nuevas persecuciones y azotes siguieron á s predicaciones, viéndose obligado á volver pais cristiano. Despues de dos nuevas tenta vas, seguidas de una doble cosecha de opr bios y malos tratos, el vicario general opi que Dios no le destinaba para la corona d martirio, y le mandó, á pesar de sus viv instancias, que no saliera mas del convent pero el hermano Alejandro redobló sus lág mas y sus oraciones ante el trono de la mis ricordia divina.

En aquella época la fama de los capuch nos llegó á España. Sabedor de la increib austeridad con que vivian en Italia, y juzga do que aquella órden le abriria las puertas d martirio, cerradas entonces para él á causa d la negativa del vicario general de los francis canos descalzos, el hermano Alejandro pid y obtuvo el permiso de pasar á Roma, don Luis de Fossembrun le admitió en el número d los capuchinos en el año 1530, bajo el nom bre de Juan, y le envió á la Pulla, desd donde el hermano Juan pasó á la Umbría. U dia que suspiraba con ardor en presencia d la imágen de Jesucristo crucificado, movid Dios de sus lágrimas, le habló desde la cru de un modo sensible, diciéndole: —¿Por qu lloras, Juan? — Dios mio, contestó, me la mento porque veo que derramasteis en la cru toda vuestra sangre por mí, aunque yo n haya derramado todavía ni una sola gota de l mia por vos. Considero el gran número d vírgenes y niños que han combatido y triunfa do en vuestro nombre, alcanzando la palm del martirio, al paso que yo que cuento y muchos años, no puedo participar de su vic toria. —«Juan, no llores, repuso la voz consoladora; tú pides el martirio y lo obtendrás y despues de haberte coronado, te haré digno de estar conmigo.» El afortunado herman lego se alimentaba con esta esperanza, cuando, para ganar la indulgencia de Nuestra Señora de los Angeles, pasó á Asis, donde en

(1) Segun la crónica de Fr. Juan Bautista Moles (cap. 25), cavó Alejandro por sus manos, una ermita en un peñasco donde vivió mucho tiempo sin salir de ella, salvo á maitines que iba á ellos cada noche con los frailes del convento, los cuales le vieron venir varias veces guiado de una lumbre celestial que le alumbraba por el camino. Segun el mismo cronista, fué varon muy áspero y penitente: su comida era algunas hojas de berzas, y á falta de estas, suplia con otras yerbas, y llevaba por cilicio unas cardas tan ásperas y agudas, que cuando cavaba en la huerta, le rasgaban las carnes, de suerte que regaba el suelo con su sangre. (Nota del Trad).

[158
rovis
zen
dond
a s
lver
enta
pro
pir
e d
vira
ato
gr
ise

ha
ribl
zar
s de
a d
neis
p.di
ond
r d
om-
lesd
a. U
a d
vid
ru
que
e la-
ru
n
le la
de
unfa-
ma
ya
ic-
n-
as,
g-
ano
an-
Se-
en-





contró al hermano Juan de Zuazo, hijo de una noble familia española de Medina del Campo en el reino de Leon. Este religioso habia entrado en un principio en el convento de los religiosos franciscanos de la Observancia en Valladolid, desde donde habia pasado á la Reforma. Mas tarde, esto es, en el año 1539, pasó de España á Italia, para abrazar el instituto de los Capuchinos, entonces dirigido por Bernardino de Sena, quien le mandó al convento de Monte-Pulciano, en Toscana. Juan de Zuazo llevó en aquel convento una vida verdaderamente angelical. Religioso-sacerdote, cuando celebraba los santos misterios, contemplaba las cosas del cielo con una atencion tal, que parecia desprenderse de sus sentidos, arrebatado por un sublime éxtasis. Dios le favoreció con varias revelaciones, é inflamó en su corazon el deseo del martirio (1). Juan de Zuazo hacia mucho tiempo que era íntimo amigo de Juan de la Pulla, que tambien como él ambicionaba la palma del martirio, y reunidos en Asis, resolvieron alcanzarla juntos, á cuyo efecto solicitaron el permiso de Fr. Bernardino de Sena, general de los capuchinos, quien los destinó al apostolado en tierra de infieles. Provistos de cartas de obediencia del soberano pontífice, se embarcaron en Venecia (Pl. LXV, n.º 2), para las costas de Levante, desembarcando á los pocos dias en Constantinopla (Pl. LXXXIII, n.os 1 y 2). Al ver aquella ciudad, en otro tiempo fiel, y entonces perdida hasta el punto de no conocer á Dios, se compadecieron de ella, recorrieron sus calles y anunciaron á Jesus crucificado, do quiera encontraban algunos musulmanes reunidos. Estos, en un principio, al aspecto de aquellos dos hombres descalzos, casi cubiertos de cilicios, abrigada la cabeza con la punteaguda capucha de la que traen su nombre los Capuchinos, se contentaron con burlarse de ellos; pero cuando oyeron á los valerosos hijos de S. Francisco proclamar que la fé era necesaria para la salvacion eterna, que Mahoma era un impostor, que su ley era falsa y brutal, se enfurecieron, maltratáronles con palos y piedras, y les condujeron en presencia del juez musulman, quien, despues de haberles mandado azotar, les envió á la cárcel. Algunos mercaderes cristianos, á cuya noticia llegó aquel suceso, temieron que si el sultan llegaba á saber lo que habia pasado, tal vez adoptase alguna medida general, perjudicial á sus personas é intereses, y para evitarlo, ofrecieron algunas sumas de dinero al juez, quien consintió en dar la libertad á los dos confesores, embarcándolos en seguida los mercaderes en un buque que se hacia á la vela para la Palestina. En Jerusalen, teatro de la Pasion del Salvador, Juan de Zuazo y Juan de la Pulla, se sintieron mas que nunca abrasados del deseo del martirio; y, siguiendo el ejemplo de S. Francisco de Asis, su patriarca, que habia predicado la fé al soldan de Egipto ó Babilonia, evangelizaron aquella comarca. Habiendo llegado á Alejandría, (Pl. LXXXIV, n.º 1.) fueron recibidos caritativamente por un cristiano, que hospedaba ordinariamente á los franciscanos. Desde lue-

(1) Léese en la vida de este esclarecido mártir de Cristo, al hablar de la alta nobleza de sus padres, que dióles Dios este hijo en premio de haber hospedado en su casa año y medio á los pobres frailes de S. Francisco de Medina del Campo, cuando por haberles quemado los comuneros su convento, con el gran fuego que pusieron á Medina, no tenian donde acojerse. En el bautismo le pusieron por nombre Lope, y desde su niñez dió muestras de lo que habia de ser en adelante, porque desde pequeña edad fué muy aficionado á las cosas eclesiásticas. Daba á los pobres todo lo que podia, hasta su propio almuerzo, merienda y parte de su comida, asistia á los enfermos, y se iba al campo á hacer oracion. Todavia muy jóven, se fué al monasterio de Nuestra Señora de Aniago de la Cartuja, donde no le quisieron dar el hábito por ser de poca edad. Mas tarde se fué al Abrojo, donde tambien por la misma razon y ser muy delicado para los trabajos de aquella santa Recoleccion, se le negaron. Cuando religioso nunca comió carne ni bebió vino, sustentando su flaca complexion y cuerpo solamente con pan y una escudilla de caldo. Segun los Memoriales de la Provincia de la Concepcion (Gonc. III Part., pág. 863), diferiendo en esto de las antiguas crónicas y del texto de Henrion, los moros le dieron una muerte muy cruel, porque fué empalado vivo, y así estuvo dos dias enteros en el palo, y como si estuviera en el púlpito predicaba á los moros, los cuales diciendo que lo hacia por arte mágica, le cortaron la cabeza y apartada de su santo cuerpo, todavía á grandes voces decía: « Bautizaos en la sangre de Cristo si os quereis salvar. » Echaron su cuerpo en un muladar de donde le quitaron los mismos moros por la grande fragancia y olor que salia de él, y vendieron la santa cabeza por gran precio á unos mercaderes venecianos y la tienen en mucha veneracion en la ciudad de Venecia en la iglesia de San Márcos. (Nota del Trad.)

go su huésped les hizo presente que el viage del Cairo estaba lleno de peligros; pero viendo que aquellos peligros no les desanimaban, ya no trató sino de ausiliarles con sus consejos. Cuando ambos misioneros hubieron llegado al Cairo (Pl. LXXXIV, n.º 2.), encontraron a un judío italiano, cuya casa les sirvió de refugio. Rodeados de tan gran multitud de infieles, rogaron a Dios que les diese las luces y fuerzas necesarias para sacarlos de las tinieblas, aunque tuviesen que sufrir los mas crueles suplicios; pero ignoraban el árabe y el copto, así como los que ellos querian instruir no entendian las lenguas de Europa. Entonces se les ocurrió la idea de ir a encontrar al gobernador del Cairo, imaginando que entenderia el italiano, y si así fuese y lograban convertirle, todo el pueblo reconoceria como él, la verdad católica. Tomada esta resolucion, confiaron como un gran secreto á su huésped, que tenian que comunicar algunas cosas muy importantes al gefe musulman. Segun la relacion del judío que creyó conciliarse, dando aquel paso, el favor del gobernador, este último dió audiencia á los religiosos y les preguntó que era lo que querian decirle. Juan de Zuazo, en aquel momento tan ardientemente deseado, díjole con todo el celo y libertad de un apóstol, que se trataba nada menos que de mostrarle el verdadero camino del cielo. El gobernador, en su admiracion, dejó que el religioso esplayase su doctrina; pero la cólera sucedió á la sorpresa, y estuvo tentado de mandar castigar su atrevimiento, cuando el aspecto de aquellos semblantes enflaquecidos por el ayuno, movió a compasion al gefe musulman, y juzgó que la falta de alimento habia perturbado la razon de los dos capuchinos. Mandó que los arrestasen, pero para darles un buen trato y ver si podian hacerles abrazar el islamismo. Condujéronles en seguida ante el juez ó cadí, quien les preguntó si habian ido al Cairo á fin de declararse discípulos de Mahoma. Los intrépidos confesores contestaron que eran cristianos, y que no veian en Mahoma mas que a un audaz malvado, de cuyo yugo querian sustraer á tantas almas engañadas. Irritado el juez, les hizo azotar cruelmente, y los dos mártires dieron gracias a Jesucristo de aquella prueba, y proclamaron una vez mas su santo nombre, mientras los musulmanes descargaban fuertes golpes sobre sus estenuados cuerpos. Del oscuro calabozo donde se les encerró en seguida, sugetos sus miembros con pesados grillos, se les volvió a conducir estenuados por el hambre, en presencia del cadí, á quien volvieron á instar con energía para que renunciáse el islamismo, y acatase como era debido, la divinidad de Jesucristo. Encolerizado el juez, mandó que les atormentasen de un modo mas cruel. Por varias veces fueron conducidos á presencia del cadí, y puesta á prueba su constancia con atroces tormentos, hasta que desesperando el juez de poder hacerles aceptar las vergonzosas doctrinas del falso profeta, les condenó á morir de hambre y sed en la cárcel. De regreso á su calabozo, despues de esta sentencia, arrodilláronse en su húmedo suelo, y cantaron con voz desfallecida las alabanzas del Rey de los mártires, que no tardó en coronar su admirable constancia.

Mientras estos hechos tenian lugar, esto es a mediados del año 1551, un agente diplomático del rey de Francia, habiendo oido hablar de dos capuchinos, á quienes creia todavía encarcelados, los reclamó del gobernador del Cairo; pero únicamente se hallaron sus preciosas reliquias. No obstante, segun *Las Crónicas de los Hermanos Menores*, Juan de la Pulla debió haber sobrevivido a Juan de Zuazo, quien habiendo pasado á otra ciudad musulmana, su celo le hizo prender y encerrar en una torre, desde lo alto de la cual evangelizaba todavía a los infieles; condenado á las llamas, por dos veces hubo de preservarse de su accion destructora; apedreado en fin, y libre de los lazos del cuerpo, pasó entonces á reunirse en el seno de Dios con su amado compañero de apostolado. El admirable valor de estos dos capuchinos, edifica mucho mas que no sorprende, al considerar que una es-

pañola, llamada María, animada del Espíritu de Dios, se atrevió en un domingo de Ramos á salir á recorrer las calles de Jerusalen con un crucifijo en la mano, manifestando en altas voces la impiedad de Mahoma. Presa por los turcos, fué arrojada á una grande hoguera encendida delante de la iglesia del Santo Sepulcro, y sufrió aquel martirio con una intrepidez que llenó de confusion á los infieles, quienes no podian esplicarse como una pobre muger arrostrase una muerte cruel para glorificar á Jesucristo. Los turcos vendieron los huesos de María á los cristianos, quienes se disputaron con santo celo aquellas preciosas reliquias. A pesar de la terrible persecucion de que fueron objeto por parte de los infieles, los capuchinos estendieron considerablemente sus misiones. En su órden, Ignacio se distinguió no solamente por sus eminentes virtudes, sino tambien por su elocuencia en el púlpito y por un conocimiento muy profundo en las lenguas caldea y hebraica. Habiéndole enviado el P. Morin, que era su general, á la isla de Creta, hoy dia Candía, con el título de comisario, desempeñó aquella comision de un modo tan edificante, y sus trabajos dieron frutos tan abundantes, que mereció y obtuvo el honroso dictado de *Apóstol de los cretenses*. Despues de haber hecho amar la moral cristiana á aquellos pueblos, merced á sus consejos y á sus ejemplos, murió santamente en Carea, el 1.° de setiembre del año 1570, en donde fué sepultado, y los milagros que se operaron en su tumba, le merecieron la veneracion de los cristianos de aquella isla, aunque la iglesia no le hubiese dado todavía el título de bienaventurado.

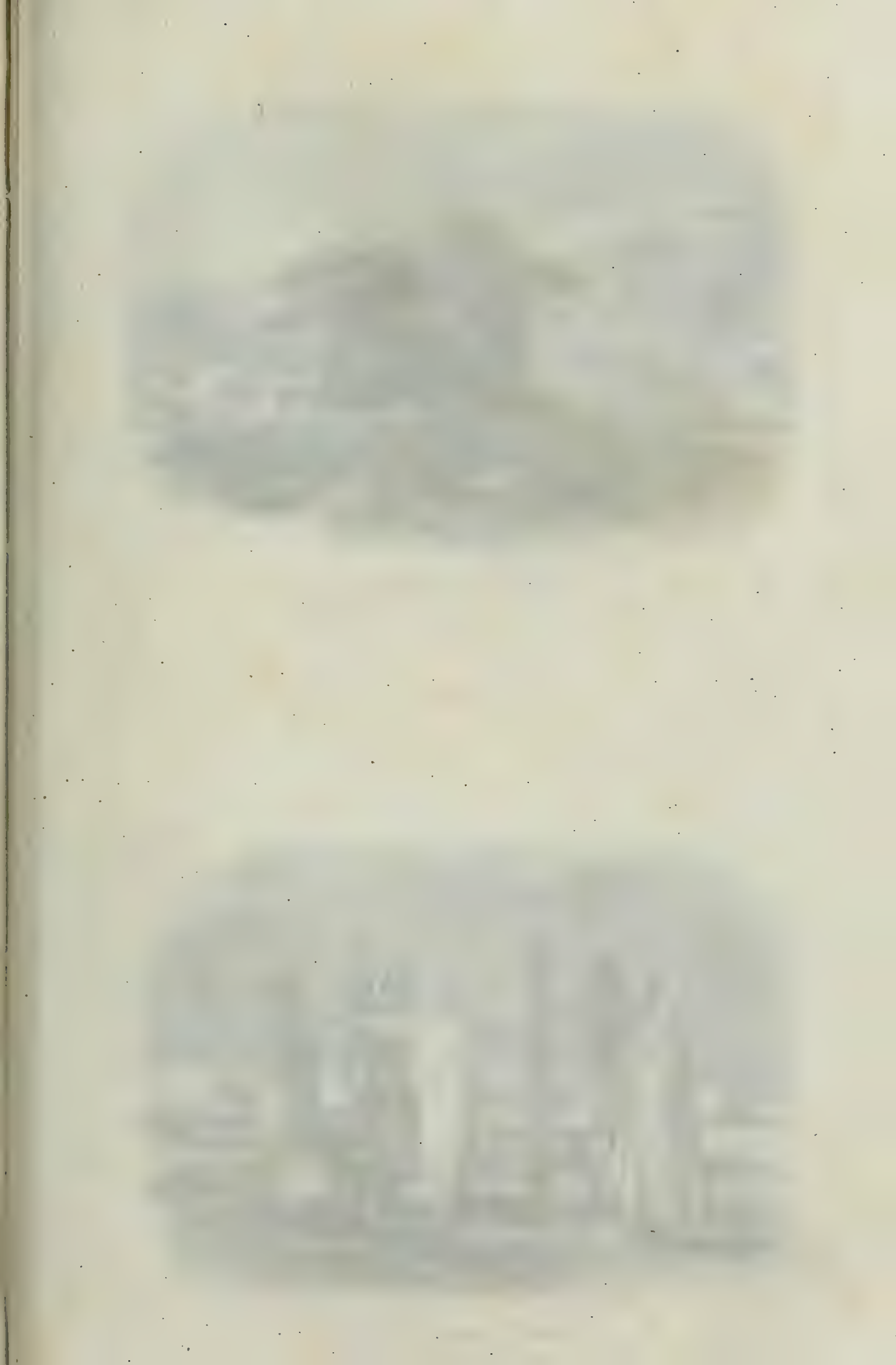
Mas tarde los jesuitas visitaron el Egipto, donde los capuchinos Juan Zuazo y Juan de la Pulla, acababan de sostener tan gloriosamente los combates del Señor. Gabriel, patriarca de Alejandría, habiendo escrito en el año 1560 al pontífice romano que le enviase algunos misioneros para los coptos (1), Pio IV acogió favorablemente aquella súplica que hacia presagiar la reunion tan vivamente apetecida por sus predecesores, y nombró en calidad de nuncios suyos en Egipto á los jesuitas Cristóbal Rodriguez y Juan Bautista Elian, quienes llegaron al Cairo, residencia del patriarca en el año 1561. Los sacerdotes cismáticos que presintieron su derrota, echaron mano de la violencia, antes que admitir la discusion, y amotinaron á la multidud ignorante contra los nuncios. Los judíos que, á causa de sus riquezas, constituyen un poder dentro del estado, asociáronse á aquel movimiento; por manera que Rodriguez y Elian no tuvieron sino el tiempo preciso para rescatar algunos cristianos que gemian en la esclavitud, y regresaron á Italia con un diputado que el patriarca enviaba al concilio de Trento. Poco tiempo despues, fueron mucho mas numerosos los jesuitas que llegaron al estremo occidental del Africa con Sebastian, rey de Portugal, aquel héroe que ambicionando el título de Alejandro cristiano, queria someter el Africa, pasar en seguida á las Indias, penetrar en la Persia, regresar á Europa por la Turquía, y arrancar en fin á Constantinopla del poder del islamismo. Una embajada de Muley Mohammed el-Monthaser, soberano de Fez y Marruecos, que el anciano Muley-Abdelmelek, su tio, habia despojado de una parte de sus estados, determinó á Sebastian á apresurar la espedicion en la cual debia hallar la muerte. Este triste resultado no se escapó á la penetracion del P. Mauricio Serpi, hijo de la ciudad de Viana en Portugal, y confesor del rey; porque embarcándose en Lisboa con otros doce jesuitas, de los cuales era superior, dijo al P. Amador Rebello, que le abrazaba por última vez, y que ya no volveria á verle sino en el cielo. La prediccion de Serpi se verificó el dia 4 de agosto de 1578. Habiendo perecido en el combate el rey Sebastian y los dos Muley, en medio de la derrota del ejército cristiano, el P.

(1) Los coptos son los descendientes de los antiguos egipcios, y habitan en el Egipto, la Nubia, y en las costas de Habech. Profesan la religion cristiana, y casi todos son eutiquianos ó partidarios de la heregía de Eutiquio. Estos pueblos han conservado la circuncision. (Nota del Trad.)

Serpi se apeó y empezó á recorrer con un crucifijo en la mano, las filas de los heridos y moribundos. Arrodillado al lado de un caballero é inclinado para oir mejor las palabras que el herido pronunciaba con voz espirante, fué visto por un ginete mahometano, quien corriendo hácia él, esclamó: « ¿ Cómo, perro cristiano, te atreves en este lugar á cometer un acto de impiedad nazarena? » Y al propio tiempo le descargó algunos sablazos que abrieron la cabeza del afortunado mártir (Pl. LXXXV, n.º 1.) Pero si aquel infiel inmoló á Serpi por su ódio al sacramento que administraba, la avaricia de los musulmanes libertó de la muerte á otros jesuitas. Exigieron despues un crecido rescate por su libertad, y aquellos tristes testigos de la derrota de Don Sebastian, pudieron referir todos sus detalles á Lisboa consternada.

En 1580, Gregorio XIII para confirmar á los maronitas (1) del monte Líbano en su adhesion á la Iglesia romana, les envió á los dos jesuitas Juan Bautista Elian y Juan Brunon, portadores de crecidas limosnas, además de un catecismo escrito en árabe, otros libros y algunos ornamentos de iglesia. Los maronitas recibieron aquellos presentes en una asamblea de obispos y sacerdotes, que habia sido convocada para la eleccion de un patriarca, quien, apenas fué elegido, hizo solemnemente su profesion de fé, y se ocupó, con los jesuitas, en la instruccion religiosa del pueblo que tenia á su cargo. El amor filial que profesaba Gregorio XIII á ese pueblo, vése demostrado tambien en una bula fechada el 27 de junio del año 1584, que estableció en Roma un colegio en el cual los jóvenes maronitas debian instruirse en los principios religiosos y científicos, á cuyo efecto fué nombrado un cardenal para dirigirlo, y se señalaron algunas rentas para su sostén. Como los misioneros enviados de Italia al Líbano, no permanecian allí por mucho tiempo, los maronitas volvian fácilmente á incurrir en varios errores que á instancias de aquellos abandonaban. Por otra parte, los jóvenes que iban de Asia al colegio de Roma, no siempre reunian las condiciones necesarias de edad y capacidad para reportar señalada ventaja de sus estudios, y ser útiles á sí mismos y á los demás. En fin, los discípulos de aquel colegio, de regreso á su patria, no siempre se les daban los destinos que les permitieran aprovechar el celo de que estaban animados á favor de sus compatriotas, ni emplear los conocimientos que habian adquirido en la capital del orbe cristiano. Movido por estas tres consideraciones, resolvió el Papa enviar un nuncio á los maronitas, y el P. Aquaviva, general de la Compañía de Jesus, designó al efecto al P. Gerónimo Dandini, que habia nacido en Cesena en el año 1554, y el primero de su sociedad que habia enseñado en Paris la filosofía de Aristóteles. « Además de la teología escolástica, que sabia perfectamente, dice Ricardo Simon en su « Viage al monte Líbano, » poseia la teología de los santos padres, y sobretodo la moral, habiendo escrito una obra que lleva por título *Ethica sacra*; por manera que el Papa no podia elegir un hombre mas capaz para tratar con los maronitas. Verdad es que le faltaba el conocimiento de las lenguas orientales; pero suplió fácilmente esta falta por medio de los intérpretes de que se sirvió. » Dandini partió de Roma el dia 15 de junio del año 1596, y se embarcó en Venecia el 14 de julio, vistiendo un trage de peregrino y bajo un nombre supuesto, á fin de burlar á los espías que hu-

(1) Los maronitas forman un pueblo cristiano del Asia y de la Turquía asiática en Siria, y son llamados así de un monge llamado Juan Maro ó Maron, que vivia en el siglo VII de la Iglesia, y que sembró en él las primeras semillas de la fé. Durante algun tiempo siguieron los maronitas los errores de los « monotelitas », herejes de aquel siglo que no reconocian en J. C. mas que una sola voluntad. Los maronitas hablan el árabe y, merced á los saludables esfuerzos de los misionistas, están reunidos á la iglesia latina. No obstante, no han dejado de conservar algunos usos particulares. Tienen un gran respeto á los cedros del Libano, y el dia de la Transfiguracion, al pié de uno de aquellos árboles mas corpulentos, levantan un altar con varias piedras, donde celebran una misa solemne. La constitucion de este pueblo es muy parecida á la de una república militar: el jefe de los maronitas lleva el título de patriarca de Antioquía, aunque reside en el Castravan. La historia contemporánea encierra muy tristes páginas de la persecucion de que han sido víctimas en nuestros dias por parte de los feroces musulmanes. (Nota del Trad.







biesen denunciado á la Puerta el viage de un enviado del Papa. A últimos del mismo mes llegó á Candía y habiendo permanecido algunos dias en aquella isla, tuvo ocasion de observar las costumbres de sus habitantes, escribiendo las siguientes notables palabras. «Las mugeres de esta isla no acostumbran salir de sus casas durante todo el dia, ni siquiera para ir á misa ó al sermon; pero en llegando la noche, salen á bandadas y muy frecuentemente acompañadas de hombres y entran en las iglesias que espresamente dejan abiertas. Esta costumbre es muy vituperable, no solamente porque aquellas mugeres no cumplen con sus deberes para con Dios, sino tambien porque es contraria á la honestidad; al paso que seria mucho mas edificante si de dia fuesen modestamente á la iglesia, en vez de concurrir á ella tumultuosamente durante la noche. Mucho tendria que decir si quisiera referir todas las graves faltas de los prelados, sacerdotes y otros eclesiásticos de esta nacion, su separacion de la iglesia latina, las maldiciones y excomuniones que fulminan contra ella en los dias mas santos, y cuando nosotros rogamos á Dios por su conversion. Tampoco quiero decir nada respecto de su rito, de su orgullo, de su obstinacion, de su falta de buena fé, de las dificultades que ofrece su trato, de sus sortilegios, supersticiones, horribles y contínuas blasfemias, que no pueden oirse sin estremecer. En fin, S. Pablo dijo con mucha razon con uno de sus poetas: «Que los de Creta siempre son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.» (1) Y lo confirma añadiendo: «Este testimonio es verdadero.» (Epist. de S. Pablo á Tito, cap. I, v. 12.)

Los jesuitas Benedetto Benedetti y Francisco Parochetti, cumplian su mision en Candía, cuando desembarcó en aquella isla Dandini con el P. Fabio Bruno y el jóven maronita José Elian, su intérprete. El nuncio tocó tambien en la isla de Chipre, y el dia 1.º de setiembre llegó al monasterio de Kannobin, residencia del patriarca de los maronitas (1). «Me recibieron, dice en su viage antes citado, con grandes muestras de contento, poniendo al vuelo tres grandes campanas, que están allí por un privilegio muy particular. Primero fuí á la iglesia y despues á la casa del patriarca. Por lo que toca á la iglesia me pareció bastante hermosa, aunque algo oscura y mal cuidada, y con respecto al patriarca, lo encontré en un pequeño aposento, donde no habia ninguna clase de adorno ni colgadura, porque además de profesar la vida monástica, la insaciable codicia de los turcos, no le permite estar mejor alojado. Estaba sentado en su cama, cubierto con el turbante de patriarca, y despues de haberle saludado reverentemente, le presenté el breve de Su Santidad, que besó con mucha devocion y lo puso en seguida sobre su cabeza, que es una muestra de gran respeto en aquel pais. Observó la misma ceremonia, cuando le entregué las cartas del cardenal protector y de nuestro padre general.» En un sínodo convocado á peticion del nuncio, dijo el patriarca que siempre habia seguido y queria seguir en lo sucesivo y en todas cosas, á la iglesia romana. El primer diácono (administrador temporal), fijándose en estas palabras, esclamó: «Sí, queremos seguirla, sin separarnos jamás de ella, vaya donde vaya, aun cuando siguiera la senda que conduce al infierno.» Apenas hubo terminado el sínodo, cuando Dandini, que estaba visitando los alrededores, supo que el patriarca se hallaba gravemente enfermo, y si bien regresó apre-

(1) Este poeta fué Epiménides, natural de Creta, á quien miraban y respetaban como á un profeta. Al decir que los cretenses son *malas bestias*, debe interpretarse que son hombres semejantes á bestias feroces, que se alimentan con el mal y daño que hacen; y *vientres perezosos*, glotones, pero sin querer trabajar. (Nota del Trad.)

(1) Kannobin está situado á unos 40 kilómetros E. S. E. de Trípoli, á cuyo bajalato pertenece, en el Kesrauan, junto al declive de una montaña á cuyo pié corre el poco caudaloso rio Nahrkades ó Nahr-Gadisha. El convento de los maronitas, situado en una eminencia á la cual conduce un angosto y escarpado camino, consiste en varias celdas abiertas en la peña viva. La iglesia es una gruta muy espaciosa, y en otra gruta cercana hay otra capilla dedicada á Sta. Marina. Cerca de la iglesia principal, dos escaleras de muchas gradas, conducen á unos subterráneos sombríos, uno de los cuales sirve de tumba á los patriarcas y en el otro se entierran los simples monges. Véase lo dicho en el cap. XXV, lib. I. (Nota del Trad.)

suradamente á Kannobin, cuando llegó el anciano ya habia muerto. «Lo encontramos, dice, en la iglesia, sentado en una silla, revestido con sus hábitos pontificales, con la mitra en la cabeza y el báculo de patriarca en la mano. Junto al cadáver habia varias personas y algunos de sus parientes de ambos sexos que lloraban y estuvieron lamentándose amargamente toda la noche. Al dia siguiente acudió mucha mas gente, y entre otros, un gran número de sacerdotes que se reunieron para darle cristiana sepultura. Tambien se encontraban allí los dos diáconos. Al mediodia lo bajaron á la tumba ordinaria de los patriarcas que está muy inmediata á la iglesia y cercana al devoto lugar donde Sta. Marina hizo penitencia. Lo encerraron en aquella gruta, sentado en una silla de madera.» No habiendo tardado en darle un sucesor, los acuerdos tomados por el sínodo fueron confirmados y recibieron las mismas adiciones. Cumplida ya por Dandini la mision de que estaba encargado, hizo la peregrinacion de Jerusalen y despues se embarcó para Italia, no sin correr graves peligros durante su viage. El 22 de octubre del año 1597, dió cuenta al Papa de todo lo que habia visto y de lo que habia hecho. Este célebre jesuita, despues de haber llenado varios empleos importantes en su órden, murió en Forli, el 29 de noviembre del año 1634. Ricardo Simon que tradujo la relacion de su viage del italiano al francés, se abstuvo de reproducir lo que tiene relacion con la Palestina porque no se halla nada de nuevo. Las notas y observaciones del traductor ocupan mas lugar que el texto, y son tan instructivas é interesantes como la misma obra del jesuita italiano. Por ahora nos limitarémos á lo dicho respecto á los trabajos apostólicos de la familia de S. Ignacio en el levante.

Por lo que respeta á los dominicos, nunca dejó de existir su congregacion de Hermanos-viageros en oriente para la propagacion de la fé católica. Despues de haber llenado el P. Benito Filicaya por espacio de dos años las funciones de vicario general de esta congregacion, fué elegido de nuevo por otros dos años en el capítulo general de la Órden, celebrado en Roma en el año 1553. Dos años despues, la Santa Sede, que no perdia de vista el estado espiritual de la Siria, encargó una mision para aquel pais al P. Ambrosio Botigella, maltés, de la provincia dominicana de Sicilia, obispo *in partibus infidelium*. Este prelado logró hacer afortunadas conquistas en los paises en que reinaban la idolatría y el islamismo, conquistas que prosiguió con no menos éxito despues de su muerte el P. Antonio de Sagra, que se le habia asociado. Instruido en el conocimiento de las lenguas orientales, recorrió la Siria, la Mesopotamia, la Asiria, el Egipto y otras comarcas del levante, en calidad de comisario apostólico, acomodando los usos y ritos de los cristianos de aquellos paises á los de la iglesia romana, y haciendo progresar á los católicos orientales en las sendas que conducen al verdadero conocimiento de Dios. Estuvo ejerciendo aquel ministerio hasta que supo el advenimiento al trono pontificio de Pio IV en cuya época se trasladó á Roma para prosternarse á los piés del nuevo pontífice á quien dió cuenta de todo lo que le habia acontecido, siendo por último nombrado obispo de Acqui el dia 17 de noviembre del año 1564. Precisamente cuando terminaba su mision, fué cuando la comunidad franciscana de Tierra-Santa se vió espulsada de Monte-Sion, en el año 1561 (1).

Las conquistas de los musulmanes transformaban cada año algunos territorios católicos é independientes en paises de mision; y debemos demostrar con algunos ejemplos, como á pesar de estar amenazada la fé cristiana por aquellas invasiones del islamismo, resistia victoriosamente á sus violencias y sobrevivia como en mejores tiempos en los corazones generosos.

La isla de Chio (2), de la que los Justinia-

(1) Véase libro I.; cap. XV.

(2) Chio, Scio ó Skio, en turco «Sakiadasi» es una de las mas hermosas, agradables y celebradas islas del archipiélago griego, cercana á las costas de la Natolia al S. de Metelin y al N. O. de Samos. Tiene unos 66 kilometros de largo por 32 de ancho. El clima es muy agradable y sano. Los genoveses poseyeron

ni (1), eran todavía señores á principios del siglo XVI, aunque hacia algun tiempo tributarios de los turcos, poseia un convento de dominicos. Timoteo, hijo de Jacobo Justiniani, nacido en el año 1502, y bautizado con el nombre de Bernardo, profesó en aquel convento. Ejerció por mucho tiempo y con fruto, el ministerio de la predicacion en su isla natal, donde la mezcla de griegos cismáticos con los latinos, y de los cristianos con los musulmanes, es onia mucho á los fieles á familiarizarse con el error ó con las prácticas impías.

No debe confundirse á Timoteo con Antonio Justiniani, que no nació hasta el año 1505, en Chio, y que tomó el hábito de Sto. Domingo en Génova, en el año 1524. Este último, despues de haber evangelizado á su patria por espacio de doce años, fué promovido en el año 1562, al arzobispado de Naxia, isla conquistada por los venecianos á los griegos, á principios del siglo XIII, y que formaba un ducado perteneciente á los Sanudi. A instancias del duque Juan Chrispi, Antonio Justiniani, cuya esperiencia hubiese remediado los abusos é inveterados desórdenes que tenian lugar en Naxia, no permaneció por mucho tiempo en aquella isla, siendo trasladado á la sede de Lipari en el mar de Sicilia, donde murió en el año 1571, despues de haber presenciado de lejos los destrozos causados por los turcos, la destruccion de su casa y la ruina de su patria, desgracias que se sucedieron rápidamente en presencia de Timoteo Justiniani.

Este, despues de haber prestado utilísimos servicios en la direccion espiritual de sus compatricios, fué nombrado vicario general de la congregacion de los «Religiosos viageros por la fé,» y posteriormente el 21 de julio del año 1550, consagrado obispo de Aria, en la isla de Candía, á cuya diócesis el Papa agregó al año siguiente la de Calamona. Asistió al santo Concilio de Trento, y faltándole á la isla de Chio su pastor, fué propuesto en el año 1564 para la guarda de aquel rebaño, que lobos hambrientos iban á diezmar.

Bajo el falso pretexto de que los príncipes Justiniani, estaban de inteligencia con el rey de España y la república de Génova, Soliman II ordenó al almirante Piali, que ocupase la isla de Chio. Aquella órden fué cumplimentada, desembarcando los turcos el dia 14 de abril del año 1566, mientras que los insulares descansando en la fé de los tratados, no pensaban mas que en celebrar con santa paz, la solemnidad de la Pascua. Nadie tomó las armas para defenderse, así es que hubo poco derramamiento de sangre; pero los infieles cometieron horribles profanaciones, cebándose sobre todo en las iglesias, para saquearlas y destruirlas. El obispo viéndose interrumpido en la celebracion de los santos misterios, empleó inútilmente los ruegos y las lágrimas para contener las sacrílegas manos de los musulmanes. En vano ofreció á los infieles todas las sumas que pudo recoger en la isla, para librar del saqueo los lugares consagrados á Dios; los turcos no quisieron escuchar nada. Habiendo entrado al desembarcar en la Catedral, dedicada bajo la advocacion de San Pedro, y habiendo puesto el almirante sus manos profanas en el santo copon, que contenia varias hostias consagradas, preguntó al obispo, si se hallaba allí el Dios de los cristianos. «Este es el mismo Dios,» contestó el prela-

esta isla por mucho tiempo; pero los turcos les arrojaron definitivamente de ella en 1595, despues de haberla ocupado desde 1566; los venecianos la tomaron de los turcos en 1695; pero estos se apoderaron otra vez de la isla en 1822, destruyendo casi enteramente la poblacion, no contando en el dia mas que unos diez mil habitantes, cuando antes de la última conquista mahometana. ascendia aquella, segun algunos autores, á ciento cincuenta mil habitantes. (Nota del Trad.)

(1) Familia ilustre que durante los siglos XIII, XIV y XV, dió á la Italia hombres famosos en virtud, ciencia y valor. A una de las ramas de esta familia pertenece S. Lorenzo Justiniani, primer general de los canónigos de San Jorge *in alga*, quien en 1424, dió á esta congregacion unos escelentes reglamentos. El Papa Eugenio IV le nombró obispo y primer patriarca de Venecia en 1451 y murió en 1455 á la edad de 74 años, despues de haber gobernado con suma prudencia su diócesis. Su sobrino Bernardo Justiniani, muerto en 1489 á la edad de 81 años, que fué elevado á los puestos mas honoríficos del estado, cultivó con gran éxito las letras y dejó diversas obras muy apreciables. Finalmente, Agustin Justiniani, obispo de Nebbio, que vistió el hábito de dominico en 1488, y adquirió un nombre por su habilidad en las lenguas orientales, siendo el autor del primer salterio que se publicó en diversas lenguas. (Nota del Trad.)

do. Al oir aquella respuesta afirmativa, el turco arrojó con furor el copon al suelo, mientras que el obispo, dominado por el mas vivo dolor, esclamó: « Detente ó mátame, antes que yo vea hollados los santos misterios. » Y arrodillándose en seguida, recogió escrupulosamente hasta las mas pequeñas partículas que pudo hallar. No pasó mas adelante el infiel en aquel momento; pero mas tarde hizo destruir la iglesia de San Pedro, y derribar todas las demás, escepto la de Santo Domingo, que los turcos trasformaron en mezquita. Estas profanaciones fueron infinitamente mas sensibles al prelado, que la ruina de toda su familia.

Al dar á los habitantes de Chio un gobernador mahometano, despojaron de toda autoridad á los que habian estado revestidos de ella por espacio de mas de dos siglos. Las familias del presidente y de los doce senadores, distribuidas en cinco bajeles, fueron conducidos primero á Constantinopla, y desde allí trasladadas á diversos paises. La que sufrió mas malos tratos, fué la de los Justiniani, y seria difícil consignar cual de sus miembros dió en aquella ocasion mayores muestras de valor y religiosidad. Mas tarde algunos individuos de aquella noble casa, habiendo rescatado su libertad á costa de enormes sumas pagadas á Piali, se retiraron á Italia, y otros desterrados á Caffa, en la costa de Crimea, fueron restituidos á su patria por la mediacion de Cárlos IX, rey de Francia. Pero los que mas sufrieron y se distinguieron, fueron una veintena de niños, de diez á doce años de edad, cuyos nombres no ha conservado la historia, pertenecientes á las diversas ramas de la familia Justiniani, que llevaron á Constantinopla, para agregarlos al servicio interior del sultan Soliman II. El cautiverio á que se les condenó, no les hizo perder en nada los nobles sentimientos que las influencias reunidas del nacimiento, educacion y religiosidad, habian arraigado en ellos. No olvidando jamás las santas instrucciones que habian recibido de sus padres, y del obispo en particular, aquellos jóvenes cristianos, se comportaron á poca diferencia, en la corte del Gran Señor, como lo hicieron en otro tiempo Daniel y sus compañeros en la de Nabucodonosor. Emplearon la fuerza y la violencia para circuncidarles; pero no lograron ni con amenazas, ni con malos tratos, ni con promesas, persuadirles que renunciasen la fé que habian profesado. Destrozaron sus cuerpos á latigazos, ó les trataron con tanta inhumanidad, que algunos de ellos perecieron en medio de espantosos tormentos; pero todos resistieron con la misma intrepidez y la misma constancia. Refiérese que viendo los turcos que uno de aquellos pequeños mártires iba á espirar, le dijeron que levantase únicamente un dedo para indicar que renunciaba al cristianismo; pero entonces el valeroso confesor de Jesucristo, no pudiendo ya proclamar su fé de viva voz, la confesó por señas, porque apretó tan fuertemente sus dedos hácia la palma de la mano, que ya no pudieron abrírselos ni durante el poco tiempo que vivió todavía, ni despues de su muerte. El santo Papa Pio V, en el consistorio que celebró el 6 de setiembre del año 1566, no olvidó este hecho, é hizo mencion de otro que no es menos digno de alabanza. El bajá, encargado de hacer cumplir las órdenes de su señor respecto de aquellos valerosos niños, despues de haber sido vencido tantas veces como los vió morir en los suplicios, sin poder lograr que desistiesen de su noble propósito, dijo á uno de los últimos, que, si continuaba por mas tiempo en no querer abrazar el islamismo, el verdugo le cortaria la cabeza, ó bien lo precipitaria desde lo alto de una torre. El jóven cristiano contestó sin titubear que no merecia la gloria del martirio; pero que lo que mas ambicionaba en este mundo, era morir como sus hermanos, por el nombre de Jesucristo. Despues de haber contestado tan heróicamente, y ya postrado por los tormentos que habia sufrido, fué encerrado en una cárcel, donde se puso de rodillas, rogando á Dios que le diese valor para resistir en aquel rudo combate, y le

concediese la gracia de morir en su fé: despues de tres dias enteros pasados en aquel santo ejercicio, desprovisto de todo ausilio humano, entregó su alma al Criador. El obispo de Chio pudo ser testigo de todos estos hechos, ó haberlos sabido en los mismos sitios en que tuvieron lugar, porque si bien los infieles le permitieron permanecer en la isla, pasó á Constantinopla, ya para rescatar algunos cautivos, ya para solicitar el libre ejercicio de la religion católica, y la facultad de reconstrüir una iglesia, lo que obtuvo al fin del sultan Selim II, hijo de Soliman II, á quien la justicia divina sacó de este mundo antes de terminar el mismo año 1566. Pero los cristianos no disfutaron por mucho tiempo de la libertad que Selim les habia concedido, para ejercer su religion en la isla de Chio. El obispo, despues de haber sufrido muchísimo, sin descuidar nada de lo que su ilustrado celo pudo inspirarle, para sostener y consolar los restos de su grey, en aquella isla desolada, vióse forzado por último á retirarse, para no ser de contínuo testigo involuntario de mil profanaciones. Pasó á Italia y fué trasladado por Pio V á la sede de Strongoli en Calabria, cuya diócesis gobernó desde el año 1568 hasta 1571, época de su muerte. Existe de este prelado, una sumaria relacion de lo que aconteció en la isla de Chio, cuando fué sorprendida y saqueada por los turcos.

El cristianismo florecia aun en la isla de Chipre (1), bajo la dominacion veneciana, cuando Angel Calepius, oriundo de una noble familia griega, nació en Nicosia en el año 1530. Ya fuese que sus antepasados se hubiesen preservado del cisma de su nacion, ya que despues de la separacion, hubiesen ingresado en la comunidad de la iglesia romana, Calepius, educado en las escuelas católicas, abrazó á mediados del año 1548 el instituto de los Hermanos predicadores, en el convento de Santo Domingo de Nicosia. Por su piedad y por su ciencia, adquirió un nombre respetable en la órden, recibió el grado de doctor y el título de vicario general de Tierra Santa, y despues de haber predicado con fruto el Evangelio durante la paz, sufrió valerosamente en defensa de la fé, durante la guerra, exponiéndose á perecer para impedir que sus compatriotas, despues de haber perdido la libertad, no perdiesen además sus puras creencias.

Nicosia, corte ordinaria de los antiguos reyes de Chipre, y despues del gobernador veneciano, fué sitiada por los turcos, en tiempo de Selim II, en el año 1570. Durante aquel largo y mortífero asedio, Calepius llenó noche y dia todos los deberes de un buen ciudadano, y de un celoso ministro del Evangelio. Nunca cesó de exhortar á los habitantes y soldados á que se sostuvieran con firmeza, y rechazáran los esfuerzos de los infieles que amenazaban á su patria y religion. A pesar del contínuo fuego que hacian los sitiadores, hallábase en todas partes, y procuraba á todos los ausilios espirituales y temporales de que tenian necesidad. Permitió Dios que despues de cuarenta y ocho dias de heróicos esfuerzos por parte de los sitiados, la plaza fuese asaltada y saqueada por los turcos, quienes irritados por las pérdidas que habian sufrido, degollaron á mas de veinte mil personas sin distincion de edad, condicion ni sexo, durante los tres dias que duró aquella horrible carnicería. Calepius, como un ángel consola-

(1) La isla de Chipre, llamada por los turcos *Kíbris*, está situada en la parte oriental del Mediterráneo, al sud del Cabo Anemun, y al O. de las costas de Siria. Si bien el aire es generalmente salubre y el suelo fértil, las frecuentes nieblas que se estienden por sus costas, ocasionan enfermedades endémicas, y la peste que muchas veces se comunica al Egipto, causa muchos estragos en la poblacion. En otro tiempo fué esta isla muy poblada y floreciente, compuesta de nueve reinos, de los cuales cada uno contaba varias grandes ciudades y una totalidad de cerca un millon de habitantes, al paso que al presente su poblacion no llega á setenta mil almas. Entre aquellas ciudades habia su capital la antigua Nicosia, llamada hoy dia Lifkoscha; Pafos, hoy Raffa; Amatonte, hoy Limasol, etc. Fué sometida á los reyes de Persia, (352 años antes de J. C.) á los reyes de Egipto (313) y á los romanos (58). Conquistada por Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, fué dada á la casa de Lusiñan como feudo inglés; pasó en el siglo XV á los venecianos, y los turcos la conquistaron en el año 1570. Los grandes visires la poseen hoy como una especie de infantazgo, y para sacar provecho, arriendan al mejor postor el cargo de intendente ó de *mamelina*. El rey de Cerdeña toma todavía el título de rey de Chipre. (Nota del Trad.)

dor, se multiplicó al lado de las víctimas, á quienes animaba para que prefiriesen sin titubear la pureza de su cuerpo é integridad de su fé, á la conservacion de su vida. Aquel apóstol de Cristo, tuvo el amargo desconsuelo de tener que presenciar no solo la muerte de los ministros del altar, sus amigos y mas próximos parientes, sino la de su querida madre Lucrecia, cuya garganta fué cegada sin piedad por la cimitarra de un soldado turco, hallándose la pobre anciana en su propia casa, y en brazos de una de sus criadas. Aunque espuesto de contínuo Angel Calepius á sufrir el mismo trato, no trató de huir, sin que pudiese la crueldad de los musulmanes hacerle faltar ni un instante á los deberes que le imponia su ministerio, vigilando sin cesar por la salvacion de sus hermanos, y prodigando á todos los tesoros de la caridad y del amor mas puro. Dios premió tanto celo y abnegacion, conservando su preciosa vida, y permitiendo que la consagrase por mucho mas tiempo en bien de sus semejantes.

Despojado de sus hábitos sacerdotales, y cargado de cadenas, fué confundido con los demás cautivos, y vendido varias veces. Un cierto Osma, capitan de una galera, habiéndolo adquirido últimamente por esclavo, se preparaba á conducirlo á Constantinopla, cuando, antes de salir del puerto, Calepius fué testigo de un suceso muy singular. En el saqueo de Nicosia, los turcos habian reservado para Selim II un cierto número de mugeres y doncellas las mas dotadas de gracias naturales, así como algunos jóvenes bien formados, y los objetos mas preciosos, y los habian trasladado á tres buques que debian dirigirse hácia el Bósforo. Pero mientras aguardaban un viento favorable, uno de los cautivos, cuyo nombre no ha conservado la historia, prefiriendo la muerte á la deshonra, puso fuego á una de las naves. En un instante las llamas prendieron á las otras dos, y á escepcion de siete ú ocho turcos, que ganaron á nado la playa, todo fué consumido por el fuego, ó desapareció en el fondo del mar. Vencedores y vencidos encontraron una misma sepultura. Entretanto habiendo llegado Osma á Constantinopla con su cautivo, tratóle con bastante humanidad, acabando por profesarle tanto aprecio y cariño, que no solo le hacia comer en su mesa, sino que le permitia que fuese donde quisiera, mientras no saliese de la ciudad. El P. Angel se aprovechó de aquella libertad, para hacer en Constantinopla, lo que Tobias hiciera en otro tiempo en Ninive. Visitaba cada dia á los demás cautivos, les aliviaba segun su posibilidad, y les consolaba en sus aflicciones, enseñándoles á hacerlas meritorias por la paciencia y sumision á los decretos de la Providencia. «Todos hemos pecado, les decia, y hemos irritado al cielo con nuestros crímenes; pero todavía podemos confiar en la misericordia divina, humillándonos ante la voluntad de Dios, y hacernos dignos del perdon con los frutos de la penitencia. Si el Señor nos castiga, no por esto nos ha abandonado, puesto que nos dá todavía el tiempo y los medios de poder satisfacer su justicia. Volvamos pues á él de todo corazon; y despues de haber sido harto ingratos para despreciar su ley, cuando nos colmaba de beneficios en nuestra patria, esforzémonos ahora en serle gratos, aceptando de su mano lo que sufrimos en esta tierra estrangera. Nuestro infortunio no será tan grande, si logramos conservar la fé que debe salvarnos.» El santo religioso, cuyo nombre hacia ya mucho tiempo que era conocido en Roma, no fué olvidado por el maestro general Serafin Covalli y el Papa Pio V, quienes le enviaron cuatro cientos escudos de oro para su rescate. Despues de cuatro meses de cautiverio, Osma le puso en libertad el dia 4 de enero del año de 1571.

Calepius podia desde entonces regresar á Chipre, ó ir á disfrutar de mejor suerte en alguna ciudad de Italia; pero la caridad de Cristo que inflamaba su corazon, no le permitió tomar este partido. Movido á compasion por el estado de sufrimiento en que veia á sus compatriotas, mas alarmado todavía por

el peligro que amenazaba su fé, afligido por saber que ya varios habian apostatado, esperanzando obtener un trato menos cruel, y sabiendo que muchos otros sucumbirian á la tentacion si se viesen abandonados á sí mismos, el caritativo dominico, se creyó en el caso en que todo cristiano y con mucha mas razon un sacerdote, debe generosamente esponer su reposo, su libertad y hasta su vida, para salvar á sus hermanos. Determinó por tanto no moverse de Constantinopla, y ocuparse sin descanso en cumplir con las obras de misericordia. Al mismo tiempo que la capital del imperio otomano encerraba un gran número de esclavos, tambien habia en ella muchos ricos negociantes, además de los representantes de las potencias cristianas. Calepius iba á solicitar de unos que se mostrasen compasivos y generosos con otros; y al distribuir á estos en sus calabozos las limosnas que reunia, les hacia mas propicios á sus patéticos discursos, y mas capaces por consiguiente de abrazar las santas resoluciones que deseaba inspirarles. Siguiendo tan noble y cristiana conducta, tuvo el consuelo y la gloria de volver á hacer entrar á varios apóstatas en el gremio de la Iglesia, y hasta rescatar algunos que apartó del peligro de una recaida, procurándoles la libertad. Pero los infieles no le dejaron siempre la misma facilidad para ver y hablar á sus esclavos. Habiéndose vuelto mas desconfiados, y siendo mayor su rencor contra los cristianos despues del famoso combate naval de Lepanto (1), empezaron á inquietar al P. Angel de diversos modos; luego le amenazaron y acabaron por acusarle ante los jueces, como el enemigo mas declarado del islamismo, y confidente secreto del Papa. De estos dos cargos hechos al venerable apóstol, el segundo quedó sin probar, como que carecia de fundamento; pero el primero en el que el confesor de Jesucristo cifraba todo su honor, bastaba para ocasionar su perdicion; así es que por segunda vez fué encadenado y encerrado en oscura cárcel. Calepius sostuvo aquella terrible prueba sin sorpresa y con vigor; y dando gracias á Dios por haberle juzgado digno de sufrir algunas penalidades por su amor, se disponia á hacer el sacrificio de su vida, cuando la Providencia lo dispuso de otro modo. El P. Angel habia sido preso el dia 3 de febrero del año 1572, y apenas sus amigos supieron su cautiverio, se empeñaron asíduamente en su favor, y dieron los pasos que juzgaron convenientes para obtener su libertad. Algunos notables de Ragusa, que se encontraban á la sazon en Constantinopla, ofrecieron generosamente una suma considerable para su rescate, y Abamachi, nuevo dey de Argel, apoyó con su autoridad los ruegos del embajador de Francia. Por último, logróse que el juez musulman soltase el preso, pero con la condicion que debia salir al punto de Constantinopla, donde sus discursos y sus amonestaciones perjudicaban visiblemente al islamismo. Negóse tambien al P. Angel el consuelo de volver á ver por última vez á sus cautivos, que nunca apartaba de su corazon; pero no lograron hacerle desistir de servirlos de lejos como lo habia hecho de cerca. Para lograrlo mas cumplidamente, pasó á Italia, donde Pio V lo recibió con suma bondad.

Al salir de Roma, recorrió las principales

(1) En este memorable combate (1571) que tan alta é imperecedera gloria reportó España, quedó humillado para siempre el orgullo musulman y de él data, al sentir de sábios historiadores, la decadencia cada vez mayor de los sectarios de Mahoma. «Fué aquel suceso, dice un laureado escritor contemporáneo, (*Rosell*. Hist. del combate naval de Lepanto), en sumo grado beneficioso á la causa de la cristiandad y de la civilizacion. Aquellos mares estaban destinados por quien les trazó sus límites, á ser teatro de contiendas durísimas y memorables: en Accio cambió de dueño el imperio del universo; y diez y ocho siglos despues, rompió Grecia en Novarino el yugo de sus opresores. Lepanto fué así testigo de la mas alta ocasion en que ha lucido el denuedo humano, porque no se trataba esta vez de dirimir discordias de poderosos, ni de escarmentar altivas emulaciones : luchando allí frente á frente la civilizacion moderna con la del Asia, sin desmerecer esta de su antiguo brio, comenzó á ceder la palma á su robusta competidora; y alzadas en medio del cruel conflicto la enseña de la Redencion y la bandera del islamismo, quedaron para siempre cerrados los ojos de los creyentes y renació con imperecedera fé la esperanza de los escojidos.... Todo fué sacrificado por el bien de la religion y de la patria. Lepanto fué la magnánima aspiracion de todo un siglo á la soberanía de la verdad y la inteligencia, la sancion indeleble del cristianismo, el triunfo de la libertad del hombre.» (Nota del Trad.)

ciudades de aquel pais, en donde muchos ricos chipriotas se habian refugiado. En Bolоña, Florencia, Milan, Venecia y Nápoles, su número era considerable. El servidor de Dios, abogado de todos los que gemian en la esclavitud, habló por ellos y pintó su miseria de un modo tan tierno, que resolvieron en comun poner término á ella. Los pobres quisieron contribuir á aquella santa obra; los ricos dieron á proporcion de sus haberes, y las sumas que el P. Angel recogió, fueron enseguida destinadas al rescate de varios cautivos.

Calepius tuvo el contento de verse ausiliado por el célebre Estéban de Lusiñan, piadoso y sábio dominico de la casa real, á la que habia obedecido la isla de Chipre. Habiendo nacido en Nicosia en el año 1537, Estéban entró muy jóven en el claustro. Llegado á Italia con el obispo de Megara, su antiguo preceptor, á principios del año 1570, hallábase todavía en ella cuando la tempestad que amagaba á Chipre, despues de la invasion de la isla de Chio, estalló en su patria. Dos de sus hermanos, Hércules y Juan Felipe de Lusiñan, fueron muertos combatiendo en defensa de la isla contra los infieles, el primero al pié de los muros de Nicosia, y el segundo en Famagusta. Estéban de Lusiñan tenia varios sobrinos, hijos de su hermana Helena y de Demetrio Paleólogo, y aquellos jóvenes acababan de ser conducidos cautivos á Constantinopla, con su tia Isabel, religiosa que no habia hecho todavía sus votos No era preciso tanto para mover á Estéban á obrar de concierto con el P. Angel, en favor de compatriotas, amigos y parientes. Uno y otro se ocuparon durante muchos años, en aquella obra de caridad, y de vez en cuando tuvieron la indecible satisfaccion de ver venir de Constantinopla á muchos cuyos hierros habian roto. Su consuelo hubiese sido perfecto, si les hubiera sido dado poder ir en persona á visitar y animar á los demás, ó á participar de sus sufrimientos, aguardando que se pudiese obtener la libertad de todos. Tambien se sirvieron de la pluma, para dar á conocer en todos los reinos cristianos, y particularmente en las córtes de los príncipes, la triste situacion en que se hallaban tantas ilustres familias, arrebatadas á su patria y condenadas á servir, como viles esclavos, unos bárbaros y orgullosos señores. Calepius escribió las dos Relaciones que se hallan al fin de la *Historia universal* de Estéban de Lusiñan. La una es una descripcion exacta y muy interesante de la toma de Nicosia; pinta la otra con colores tambien muy vivos, el saqueo de Famagusta. El autor las escribió en griego, y Estéban de Lusiñan las tradujo en italiano y en francés. No cabe duda que aquellas relaciones procuraron abundantes limosnas para el rescate, ó al menos para el alivio de un gran número de particulares que regresaron á la isla de Chipre.

Movido Gregorio XIII por el preservante celo de Angel Calepius y conocedor de sus talentos, le nombró en 3 de noviembre del año 1583, obispo de Santorin, isla del archipiélago, arrebatada á los griegos por Marco Sanudo en los primeros años del siglo XIII, y tomada á la república de Venecia por Selim II en el año 1566, cuatro años antes de la conquista de Nicosia y de Famagusta (1). Touron cree, en su «Historia de los hombres ilustres de la órden de Sto. Domingo,» y en esto discrepa de Fontana en su «Monumenta dominicana,» que Calepius no halló medio de penetrar en su diócesis ó que si lo logró, per-

(1) Santorin, Santorini ó Sant Erini, Dejirmenlik, y tambien Thera ó Calisto, pertenece á las Cicladas meridionales, en el mar Egeo, al N. de Candia, y al S. O. de Nanfio. Tiene unos veinte kilómetros de largo por otros tantos de ancho; está cubierto su suelo, de origen volcánico, de una mezcla de cenizas, piedra pomez y otras sustancias calcinadas, cuyo cultivo, por esta causa se hace muy difícil. Sus costas están tan erizadas de escollos, que casi se hacen inaccesibles. Tiene algunas poblaciones y sobre once mil habitantes casi todos del rito griego cuyo obispo mora en Skaro. El obispo católico reside en Pyrgos, que es otra de las principales poblaciones de esta isla Sus tres primeros nombres parecen derivar de Sta. Irena, su patrona, que fué martirizada en ella en el año de 304. Segun algunos geógrafos, su primera denominacion fué la de Calisto, y el nombre de Thera, con que tambien ha sido conocida, lo tomó de un lacedemonio que fué á establecerse en ella y sujetó á sus habitantes, gobernándola como rey, y al cual concedieron honores divinos despues de su muerte. Dicen las «Cartas edificantes,» (Tom. I, 17) que Santorin se hace notable por su volcán submarino que durante el espacio de veinte siglos y en diversas épocas, ha producido varias islas. (Nota del Trad.)

maneció en ella muy poco tiempo. Segun este mismo autor, aquel prelado murió en Nápoles en el año 1593 ó 1594.

No se limitaban únicamente al archipiélago griego los sufrimientos que los ministros de Jesucristo debian sufrir por parte de los feroces sectarios de Mahoma; participaban tambien del cáliz de los dolores en Armenia, venturosa comarca de la que vamos á decir en este lugar algunas palabras. El P. Gregorio, armenio, elegido arzobispo, habia sido confirmado en el año 1541 por Paulo III, quien le colmó de dones y le volvió á enviar á su patria; pero aquel prelado murió al año siguiente en la isla de Chipre. Sabiendo el pontífice romano las fatigas y privaciones que tenian que soportar los Hermanos-Unidos, destinados en Armenia al cultivo de la viña espiritual, fragil rosa que brillaba en medio de las espinas del islamismo, dispuso en el año 1544, que los arzobispos armenios, nuevamente elegidos, que pasasen á Roma para obtener la confirmacion apostólica, á contar desde entonces, quedarian libres de todo gasto, lo propio que sus acompañantes, que serian tratados como prelados domésticos en la córte del Papa, subvencionados por la cámara apostólica y socorridos con lo que fuese necesario para atender á los gastos de su regreso á Oriente. En el año 1546 el P. Estéban de Cahors, arzobispo electo de Nakchivan, fué confirmado por aquel generoso pontífice. En un capítulo general de los Hermanos Predicadores, celebrado en Roma en el año 1583, la congregacion de los Hermanos-Unidos, agregada hacia muchísimo tiempo á esta órden, empezó á figurar entre sus provincias; y, desde entonces, los gefes de la familia de Sto. Domingo, parecieron redoblar su interés por el acrecentamiento de casas religiosas, en las cuales, en medio de las mas rudas pruebas y apesar de las persecuciones de los mahometanos, formáronse siempre verdaderos discípulos de Jesucristo y fervientes predicadores de la fé, que no dejaron de anunciarla con celo y defenderla con valor. Así es, como el P. Pablo, director de los misioneros dominicos en Armenia, fué inhumanamente degollado por los turcos, con casi todos sus religiosos y un gran número de otros cristianos. Por órden de Sixto V, el maestro general Sixto Fabri, hizo venir de diferentes provincias nuevos predicadores de la fé que envió á Armenia para reemplazar á los primeros y consolar aquella afligida iglesia. Tenia esto lugar en el año 1586; y once años despues, esto es, en 1597, los armenios, pobres, pero adictos á la Sede apostólica, tuvieron que sufrir por parte de los turcos y de los nestorianos heréticos, un sin número de tribulaciones. El P. Nicolás, vicario del arzobispado, y el P. Rafael, fueron azotados con muchos otros religiosos y hasta heridos, porque profesaban la fé católica, obligándoles sus fieros enemigos, á abandonar su tranquila morada sin que les permitiesen llevarse ninguna provision y reducidos á tener que mendigar de puerta en puerta para procurar á su subsistencia. Habiendo sido elegido arzobispo, el P. Azarias Fridonis, el patriarca cismático armenio, solicitó que reconociera su supremacía; pero rechazó con constancia sus presentes y despreció sus halagos no queriendo reconocer mas que al gefe visible de la iglesia. Despues de haber sufrido mucho por parte de los turcos, partió para que Clemente VIII le confirmase en Roma su eleccion, en cuya capital del orbe cristiano entró en el onzavo mes de su viage, esto es el dia 15 de agosto del año 1602. El Papa le acogió con bondad, le examinó sobre el rito latino, y encargó al cardenal de Ascoli que le consagrase, ceremonia que tuvo lugar en el año 1604. Clemente VIII y el sacro colegio se informaron por su respetable conducto, del estado de la cristiandad en Armenia, la adhesion de sus naturales á la iglesia romana, y de las persecuciones ejercidas por los turcos contra los Hermanos Predicadores y los católicos armenios. Por último, colmado de piadosos dones y de socorros pecuniarios, el arzobispo volvió á reunirse con su amada grey.

Pero todavía tenemos que hablar de la isla de

Chio, en la cual habia nacido en el año 1544, Gerónimo Justiniani, á quien su ilustre padre iba á enviar á las escuelas de Italia, cuando las tropas de Soliman II invadieron su patria. Mientras que los infieles cargaban de grillos á la jóven nobleza de la isla y particularmente á los hijos de la casa de los Justiniani, que no tardaron en ser conducidos á Constantinopla, Gerónimo, á quien la Providencia destinaba á ser un dia el consuelo y el padre de sus conciudadanos, fué sustraido á las pesquisas de los turcos, y enviado despues á Nápoles. El convento de dominicos, llamado de Santa Catalina de Formella, fué el puerto en donde se abrigaron su religiosidad é inocencia. Vistió en aquel santo retiro el hábito de la órden dominicana el dia 17 de abril del año 1570, y ordenado de sacerdote, comenzó por enseñar la teología en las escuelas de Nápoles y llenó despues diversos destinos en su instituto. Cuando se supo, en el año 1597, la muerte de Benito Garreti, obispo de Chio, las escelentes calidades que distinguian al P. Gerónimo Justiniani, le hicieron considerar como el mas capaz para guiar aquel rebaño; destino tanto mas difícil de llenar, cuanto que los católicos que se hallaban todavía en la diócesis, vivian mezclados con los griegos cismáticos, judíos y musulmanes, quienes únicamente se distinguian de los infieles por estar agobiados de malos tratos ó de tributos, lo que era una nueva tentacion para los mas débiles. Clemente VIII destinó á aquella diócesis al P. Gerónimo, á quien manifestó que, el beneficio que querian confiarle, no tenia nada que lisonjease la ambicion ó el interés; pero que por este mismo motivo, esperaba que el bondadoso dominico, no se negaria á aceptarlo. « Conocidos son, añadió el Papa, vuestros talentos, vuestra caridad y vuestra firmeza. Se cuenta con vuestro celo, contad vos con el ausilio divino, y disponeos para ir á salvar el resto de vuestro pueblo, ya despojado de los bienes de este mundo y en grave riesgo de perder los de la eternidad, si un pastor vigilante no acude á su ausilio. » La respuesta del servidor de Dios fué lacónica y modesta. « Santo Padre, le dijo, ordenad, que estoy dispuesto á obedecer. El que se complace en servirse de los mas débiles instrumentos, para llevar á cabo sus obras, aprobará sin duda lo que haga su Vicario en la tierra. » Consagrado en Roma antes de terminar el año 1597, Justiniani fué á reunirse con sus compatriotas, á quienes su solo nombre les era grato, porque les recordaba su antigua libertad, pero que todavía les fué mas amado por su tierna caridad. Todos los dias les comunicaba la palabra divina, él mismo les administraba los sacramentos, les corregia con dulzura, y al mostrarles los peligros á que les esponia su comercio con los enemigos de la fé, les enseñaba el modo de evitar la ocasion ó de estar muy alerta cuando no podian absolutamente evitarla. Los mismos infieles y los cismáticos, respetaban su santidad. Atrajo muchos á la fé y á la unidad, y conservó constantemente con todos la paz y la caridad. Para adelantar mas y mas en la obra del Señor, el celoso prelado empleó útilmente á los religiosos de su órden y á los de la Compañía de Jesus, establecidos hacia poco tiempo en aquella isla. De repente una tentativa frustrada por parte de los cristianos, volvió á dispertar contra ellos el furor de los musulmanes. Virginio de los Ursinos, general de los ejércitos de Fernando, gran duque de Toscana, y un sobrino del arzobispo de Chio, trataron en el año 1599 de quitar aquella isla á los turcos; pero habiendo abortado la empresa, todos los cristianos que moraban en la capital, se vieron obligados á salir de ella y á dispersarse por el campo. Aunque los mahometanos no sospecharon que Gerónimo Justiniani hubiese sabido el complot tramado para arrojarlos del pais, esto no impidió que se le obligase, como á los demás, á salir de la ciudad y trasladar su sede á otra parte. Estableciόla en una poblacion en la que sus sucesores la tuvieron tambien y en una iglesia llamada Santa María de Travena. Allí reunió en adelante su rebaño, llenando tranquilamente por espacio de muchos años las funciones pasto-

rales. Mientras que sus fuerzas se lo permitieron, viósele ir de aldea en aldea, entrar en las casas de los pobres y de los enfermos, instruir á los unos y fortificarles en la fé, consolar á los otros y enseñarles á sacar provecho de sus sufrimientos. Por módicas que fuesen sus rentas, las partia con los indigentes, doblemente satisfecho por poder asistir á los pobres y esperimentar él mismo los rigores de la pobreza. Con la edad llegándole á ser imposible el ejercicio del santo ministerio, pidió un sucesor y fué propuesto el dominico Márcos Justiniani, profeso del convento de Santo Domingo de Génova, quien habiendo sido consagrado para la iglesia de Chio, el 31 de mayo del año 1604, la dirigió en santa paz por espacio de treinta y seis años. El antiguo obispo se retiró al convento de Santa Catalina en Nápoles, y murió en casa de su hermana Flora Justiniani, en el castillo de Gripteria, en la Calabria, en el año 1618.

Émula de la familia de Sto. Domingo, la de S. Francisco de Asis no cesó nunca de dar misioneros y hasta mártires á las vastas regiones del Africa y del oriente. En el año 1577, dos religiosos capuchinos, que, con el permiso de su general el P. Gerónimo, habian ido á visitar los Santos Lugares, fueron hallados al salir de Jerusalen, por algunos turcos, cuyas blasfemias contra el cristianismo, despertaron en ellos una justa indignacion. Entonces los agresores descargaron sobre los PP. una lluvia de palos y acabaron por atravesar sus cuerpos á flechazos. Un esclavo cristiano, testigo de su muerte, lo puso en conocimiento del guardian de los frailes Menores de la Observancia de Jerusalen, quien dispuso retirar los cadáveres, en cuyos hábitos se encontró la obediencia del general, les enterró honrosamente en una iglesia, y enseguida, lo escribió al P. Gerónimo, que leyó su carta en el refectorio de Roma. Todos los hermanos, alegrándose del venturoso fin de los dos mártires, cantaron al punto el *Te-Deum* para dar gracias á Dios por su triunfo.

En el año 1585, otro capuchino pereció en Berbería, mártir de la caridad. Gregorio XIII habia enviado á los PP. Pedro de Plasencia, célebre predicador, y á Felipe de la Rocca Centrada á Argel para rescatar á los cristianos cautivos. La cofradía del gran pendon de Roma les agregó los seculares Juan Sanna y Luis Giumius, quienes, despues del rescate de varios esclavos, regresaron á Italia. Por el contrario, Pedro de Plasencia se quedó en Argel para cuidar de los cautivos que se hallaban ya en las galeras, ya en las casas particulares, exhortándoles á soportar la esclavitud, purificarse por medio de la confesion y fortificarse con el pan eucarístico. Por otra parte, solicitaba en su favor la piadosa liberalidad de los demás cristianos que el comercio llevaba á aquella ciudad, y los consuelos del celoso capuchino apartó á muchos de aquellos desgraciados de la senda de la perdicion ó de la manía del suicidio engendrada por su desesperacion, y sobre todo de la tentacion de la apostasía. Hussein, que gobernaba entonces en Argel, mostraba tal tolerancia, que los cristianos podian asistir sin ningun obstáculo á los sermones del misionero. La sala en donde Pedro de Plasencia los reunia, siendo ya demasiado angosta para contenerlos, y ávidos los fieles de la santa palabra, que les comunicaba con tanta elocuencia como dulzura, subian á los terrados de las casas inmediatas, á fin de recojer, aunque no fuese mas que algunas de las frases que la robusta voz del apóstol llevaba hasta á aquellos sitios. Mientras que evangelizaba así la ciudad, la peste que se declaró en ella, le impuso nuevos deberes. Nada le contuvo, cuando se trató de llevar á los cristianos enfermos los consuelos, sacramentos ó limosnas que su estado reclamaba. Un sacerdote, llamado Didacio, que lo mandó á llamar para confesarse y á cuyo lecho de muerte acudió al momento, le comunicó la enfermedad reinante. Los dolores no tardaron en ser tan intensos, que hubieran postrado al hombre mas animoso; pero en los mas violentos escesos de calentura, no solo se mostró paciente y resignado, sino que nunca profirió la menor que-

ja, celebrando incesantemente las alabanzas del Señor. Apenas se esparció por la poblacion la nueva de su enfermedad, todos los cristianos, ya libres, ya cautivos, acudieron solícitos á su morada para prestarle toda clase de consuelos; pero él no pensaba sino en recomendarles que conservasen el tesoro de su fé y se amasen los unos á los otros. Como notase en su semblante la afliccion que les causaba su pérdida, les dijo: «¿Por qué os aflige que deje este valle de lágrimas para reunirme con el criador y redentor de mi alma? Pedidle mas bien que me haga soportar con cristiana paciencia las últimas tentaciones del enemigo del hombre.» Los «Anales de los Hermanos Menores capuchinos,» pretenden que se vió entonces un prodigio en Argel. La capilla en donde Pedro de Plasencia celebraba la misa, ofrecia á la devocion de los fieles, los retratos de S. Roque y de S. Sebastian, entre los cuales se hallaba el de S. Leonardo. Mientras duró la enfermedad del misionero, aquellas santas imágenes parecieron estar empapadas en lágrimas y sudor, aunque el hermano Felipe, compañero de Pedro, no cesase de enjugar los ojos y la frente de los santos; y en el momento en que el enfermo entregó su alma á Dios, las dos puertas móviles en donde estaban representados los bienaventurados Roque y Sebastian, se cerraron de repente ocultando á S. Leonardo. Esta tradicion, prueba al menos la alta opinion en que se tenia á Pedro de Plasencia. El espíritu maligno hizo cruda guerra al célebre predicador con la tentacion de la vana gloria; pero el humilde religioso, abrazado con la imágen del crucificado, lo venció repitiendo con amor: *Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam*; santa aspiracion empezada en la tierra y terminada en el cielo. Su cuerpo, despues de unos solemnes funerales, fué trasladado fuera de la ciudad y enterrado en el cementerio de los cristianos.

El capuchino Luis de Alcamo no murió en Berbería, sino en un pais donde el islamismo desencadenaba las mas brutales pasiones, dando en él aquel angélico sacerdote, los mas bellos ejemplos de pureza y castidad. Dos años de retiro en el monte, al pié del cual está fundada la poblacion de Alcamo en Sicilia, le habian preparado para abrazar el austero instituto de los Capuchinos. Se perfeccionó de tal modo, bajo la direccion del P. Gervasio, en el amor y práctica de la pobreza, que jamás llevó túnica, durmiendo sobre una tarima, apenas cubierta con una estera; ayunaba casi todos los dias, y durante el adviento y la cuaresma, no comia sino cuatro veces por semana. Habiéndole enviado sus superiores de Castellamare en Sicilia á la Basilicata, un bergantin turco lo capturó. Vendido como esclavo en Berbería, fué á parar en poder de un señor tan iracundo, que mandaba azotarle todos los dias, y casi siempre le tenia encadenado. Un pedazo de galleta, muchas veces lleno de gusanos, formaba todo su alimento. Aquel riguroso trato, acompañado de las mas groseras injurias, no alteraban en nada su serenidad; cuanto mas pesados eran sus grillos, mas satisfecho se hallaba. El demonio cambió entonces su modo de ataque. La muger de su amo, como en otro tiempo la de Putifar, le perseguia con sus halagos; pero nuevo José, Luis los rechazó con constancia. Calumniado entonces por la culpable, que no podia triunfar de su virtud, le encadenaron de piés y manos, y le pusieron además una argolla, por manera, que se halló condenado á la mas penosa inmovilidad. En aquel estado, otras mugeres, no menos depravadas, atacaron al pobre esclavo; cuyas terribles miradas, severas palabras y salivazos en fin, última espresion de su desprecio, contestaron á sus criminales propósitos. La misma hija de su amo le amenazó con que le acusaria á su padre, si se resistia á sus deseos; pero el casto religioso sacando del fondo de su corazon el elogio de la pureza, hizo derramar lágrimas á la jóven tentadora, que se retiró transformada. Una muger esclava, puso por cuarta vez á prueba su virtud, de la que triunfó como de las tres primeras. Entonces tuvo el consuelo de cambiar de morada. En aquella época

un florentino renegado, merced á las amonestaciones del P. Luis, abjuró el islamismo que en un momento de error habia abrazado, y al volver á los amorosos brazos de Jesucristo, se declaró públicamente cristiano, siendo muerto á pedradas por el populacho furioso. Merced á un cambio de cautivos, el instrumento de aquella conversion, no tardó en regresar á su patria, sobre el año 1590, y murió en Bivona, en olor de santidad.

Terminarémos esta rápida reseña, mencionando dos martirios que tuvieron lugar, el primero en Jerusalen y el segundo en Argel, y cuyos héroes fueron dos franciscanos.

En la ciudad de Málaga, en España, vió la luz primera el bienaventurado Cosme. Vistió el hábito de San Francisco, en el convento de Santa María de los Algares, en calidad de hermano lego. Apenas admitido en la órden, se entregó á todo género de mortificaciones: unas tablas estrechas y delgadas le servian de lecho, y el tronco de un árbol de asiento; alimentábase con pan y agua, dábase frecuentes disciplinas y andaba siempre descalzo, por largos que fuesen sus viages y ásperos los caminos. Animado de un ardiente deseo de recibir la palma del martirio, obtuvo de Francisco de Gonzaga, entonces general de la órden, el permiso de pasar á Tierra Santa, donde habiendo permanecido por mucho tiempo sin sufrir quebranto en su cuerpo, determinó por último regresar á España. Hàbitó el convento de Sevilla, donde aguardó durante cuatro meses, que fuese servido el Señor iluminarle sobre lo que debia hacer. Al cabo de este tiempo, tuvo relevacion de que habia llegado el momento tan anhelado; y, con consentimiento de sus superiores, volvió á partir para Oriente. Al llegar á Jerusalen, preparóse con fervientes oraciones y abundantes lágrimas, con la visita de los Santos Lugares y la recepcion de los sacramentos, para la gracia del martirio. Cosme elegió para anunciar la fé á los turcos, el dia y hora en que iban á la mezquita, en donde, habiéndole permitido entrar el portero, estando ya reunidos los musulmanes, levantando la voz el apóstol, y enseñándoles la imágen del Crucificado, les dijo que aquel era el único redentor del mundo, y que Mahoma no era mas que un impostor y un falso profeta. Al momento los infieles se precipitaron sobre él, descargáronle terribles golpes, le abofetearon y le condujeron en presencia del cadí, quien le dió á escoger entre renunciar á su religion ó perecer en el tormento. Aquella horrible alternativa no desanimó al esforzado confesor de la fé, quien no abandonando nunca el crucifijo, perseveró en sostener que Jesucristo era el Hijo único del verdadero Dios, y que cualquiera que lo dudára, seria condenado como Mahoma. Los musulmanes, á quienes su constancia enfureció á mas no poder, le azotaron crùelmente, le degollaron y ataron su cadáver á la cola de un caballo, arrastrándolo por la ciudad por burla y desprecio del nombre cristiano, y por último, clavaron aquel santo cuerpo en un poste en la plaza pública, en frente de la iglesia del Santo Sepulcro, el dia 15 de agosto del año 1597.

Fué tan ejemplar el martirio de este insigne misionero, que no podemos menos de trasladar á este lugar la relacion detallada que se lee en la informacion auténtica que al efecto se hizo, y se halla continuada en las Crónicas generales de la órden.

« El bienaventurado Fr. Cosme de San Damian, segun una informacion jurídica hecha en Jerusalen, con la cual concuerdan otras relaciones de su martirio, que se enviaron de la Tierra Santa, fué natural de la ciudad de Málaga, hijo de Pedro Ruiz Afan y de Leonor Garcia, su muger. Tomó el hábito de nuestro padre S. Francisco, para fraile lego, en su convento de Nuestra Señora de las Algaydas, de la santa provincia de Andalucía. Desde su noviciado dió muestras de lo que habia de ser en adelante, porque luego comenzó á hacer grandes penitencias, ayunos y mortificaciones; dormia poco y oraba mucho; nunca tuvo celda ni cama, porque la mas ordinaria era el suelo. Morando en el convento de Sevilla,

dormia sobre una losa que sirve de peana en un altar que está junto á la sacristía, y estando en Jerusalen, dormia sobre unas tablas y tenia una piedra por cabecera. A los ayunos ordinarios de la órden, añadia muchos de pan y agua, y se daba disciplinas una ó dos veces cada dia, hasta derramar sangre. Traia un solo hábito de muy grosero sayal, y siempre anduvo á pié y descalzo, aunque hizo muchos y muy largos caminos, de suerte que antes de llegar á ser mártir, podemos decir que lo fué, y su vida un prolongado martirio, el cual deseó mucho padecer en el mismo lugar donde el Hacedor de la vida, fué muerto y crucificado por la salud de los hombres. Habida licencia de Reverendísimo P. Fr. Francisco Gonzaga, ministro general de la órden, á pié y descalzo partió en demanda de la Tierra Santa, donde estuvo algunos años sirviendo al Señor en aquellos santos lugares de Jerusalen, aunque hallándose indigno de conseguir sus intentos, con humilde conocimiento, á pié y descalzo como habia ido, se volvió al convento de Sevilla, donde estuvo cuatro años ejercitándose en la humildad y obediencia, y en otras muchas virtudes, hasta que el Señor le llamó segunda vez y le inspiró volviese á Jerusalen, con esperanzas muy ciertas que conseguiria lo que tanto deseaba, y la palma del martirio que la primera vez no habia alcanzado. Y así tornó á la Tierra Santa, con nueva licencia que los prelados le dieron, con la cual se puso en camino. Llegando á Jerusalen, le hicieron sacristan del sacro convento de Montesion, y como tuviese tan buena ocasion, de visitar á menudo el Santo Sepulcro y lugares santos, hacíalo muchas veces, pidiendo al Señor le cumpliese sus deseos.

«Vivió algunos años en Jerusalen el bienaventurado Fr. Cosme, hecho un dechado de humildad y penitencia á todos los otros frailes; en la oracion era muy fervoroso y contínuo, procurándola tener las mas veces que podia, en el lugar del Santo Sepulcro, fiel testigo de la excesiva caridad y amor con que el Hijo de Dios humanado dió su santísima vida por él, y con esta consideracion se hallaba el devoto mártir muy obligado á dar la suya por la verdad de su fé y honra y gloria de su cruz. Otras veces visitaba el santo monte Calvario, y con devotas oraciones y lágrimas adoraba aquel santo lugar donde se obró nuestra redencion, y con las consideraciones que de estos santos lugares sacaba, no veia la hora que derraman su sangre por Dios. Un mes antes que le concediese el Señor esta merced, se confesó generalmente para el martirio con el vicario del convento, á quien el guardian de Jerusalen concedió su autoridad tan plenaria como la que tiene del Sumo Pontífice; el siervo de Dios se confesó con mucha devocion y lágrimas, durándole la confesion treinta dias contínuos, hasta que llegando el de la Asuncion de Nuestra Señora, rogó al guardian dijese misa por él, y le ayudó con mucha devocion y despues de haberla dicho, le pidió licencia para visitar los misterios del valle de Josafat, mientras se hacia hora de comer, y volviendo al convento, despues de haberlos visitado, á las once horas del dia, pasando por el templo de Salomon, que es la mezquita de los turcos y moros de Jerusalen, vió que algunos estaban haciendo la Zalá y leyendo el Alcoran y llegándose á la puerta del templo, dicen algunos, que unos turcos le metieron dentro para hacerle renegar; otros que de su voluntad entró por oir lo que pasaba. Sea lo que se fuere, que lo muy cierto es, que los turcos, cuando le vieron dentro de su mezquita, amenazándole con la muerte, le dijeron que negase la fé de Cristo y creyese la de Mahoma; pero el santo abrazándose con un crucifijo que llevaba en las manos y besando sus santísimos piés, se lo mostraba á los turcos, diciendo que aquel Señor adoraba, y que Mahoma no era Dios, ni profeta, sino engañador y su ley falsa, que llevaba sus secuaces al infierno. Mas los turcos y moros que no lo pudieron sufrir, celosos de su Alcoran, pusieron las manos en él y dándole una recia puñalada, le atravesaron el pecho. Y porque su muerte fuese mas pública y afren-

tosa, despues de haberle dado muchos palos, y puñadas, fué presentado al cadí, que, informado de su crímen, dijo al santo religioso que se volviese moro, si queria salvar la vida porque la tenia perdida el cristiano que entrando en la mezquita no renegaba de su ley; por tanto que viese lo que mejor le estaba; á lo cual con mucho espíritu y fervor respondió el santo fraile, que la vida queria y estimaba, solo para ofrecerla por aquel Señor que traia en sus manos. Oyendo esto el cadí, lo sentenció luego á las llamas y al cuchillo. Entonces con nuevo espíritu y celo comenzó á predicar la fé de Jesucristo á los moros, mostrándoles el crucifijo que llevaba en las manos, y sin quitárselo de ellas, le quitaron la cabeza de los hombros, en la plaza de la puerta del mercado, diciendo el mártir: Jesus, habiéndole primero azotado cruelísimamente y para mayor afrenta, despues de haberle quitado la cabeza, le trajeron á la vergüenza en un palo públicamente por las calles de Jerusalen y su cuerpo fué arrastrado á la cola de un caballo, con voz que publicaba su delito. Llegando á la plaza del Santo Sepulcro, le quemaron, dejando la cabeza puesta en un palo. Los cristianos recojieron sus huesos y los guardaron con mucha reverencia. »

Las circunstancias de la muerte de Fr. Francisco Ciriano fueron todavía mas horribles. Nacido en Cerdeña, religioso sacerdote de la órden de frailes menores de la Observancia, fué agregado en calidad de compañero á Fr. Mateo Aguirre á quien el rey de España enviaba en calidad de embajador al soberano del Couco, pais situado entre Argel y Bujía, llamado así de una ciudad que hoy dia no existe. Desde el siglo XV los habitantes de aquel pais montañoso eran enemigos irreconciliables de los turcos, cuyo poder amenazaba absorverlos y contra los cuales favorecian voluntariamente las tentativas de los españoles. Fr. Ciriano dejando que se le adelantára Fr. Mateo Aguirre, se detuvo en Argel para rescatar á un primo suyo llamado Fr. Francisco Serra. Mientras que se ocupaba en devolverle la libertad, un cristiano, portador de cartas dirigidas por Aguirre á Ciriano y algunos habitantes de Argel, fué preso como espía y ahorcado; tambien quemaron vivo á un portugués y empalaron á otros ocho cristianos. Habiendo podido evadirse Ciriano con cuatro esclavos que habia logrado rescatar, se dirijió á Couco, donde dió cuenta á Mateo Aguirre de lo que habia pasado. A los pocos dias, queriendo el príncipe de Couco enviar á su vez una embajada al rey de España, para arreglar las relaciones comerciales y tratar de la proteccion reclamada en favor de la religion católica, y no habiendo en sus estados ninguna persona que poseyera la lengua castellana, encargó á Fr. Francisco Ciriano que fuese á Madrid con el título de su embajador. Partió el religioso el dia 1.° de enero de 1603, y siguiendo el camino de la costa, fué asaltado con su escolta por una banda de argelinos, quienes despues de haber celebrado tumultuosamente aquella captura, como si se tratára de una batalla, se apoderaron de sus credenciales, le encadenaron, y cubrieron de oprobios, conduciéndole por último á Argel en donde entró el dia 10 de enero en medio de los frenéticos aplausos de la poblacion infiel. El príncipe mandó al punto encarcelarle, prohibiendo bajo pena de muerte, que ningun estraño fuese á visitarle. En tan apurado trance, Fr. Serra no olvidó á su libertador. A pesar del grave peligro que corria, aprovechó un viernes en que los moros se hallaban reunidos en la mezquita, para acercarse al cautivo y anunciarle que se acercaba su última hora, pues habia llegado á su noticia, que querian quemarle vivo. El prisionero contestó con tanta humildad como resignacion: « No merezco que Dios me conceda semejante gracia; pero, si así le place, cúmplase su santa voluntad y perezca en las llamas por Jesucristo. » El siguiente viernes, dia 17 de enero, volvió Serra á la misma hora á la cárcel y dijo á Ciriano derramando abundantes lágrimas, que sin duda al dia siguiente los infieles le darian muerte de un modo cruel. « ¡ Quiera Dios, le contestó el cautivo, que mi

suplicio abra los ojos á los musulmanes y los convierta á la fé! Solo pido un confesor á fin de prepararme á morir en estado de gracia. » Hízole observar Serra que las rigorosas órdenes del príncipe no permitian poder procurárselo. « Dios que lee en los corazones, verá mi buena voluntad, » repuso el mártir, quien pasó toda la noche entregado á la oracion, á fin de obtener del cielo todas las fuerzas necesarias para no sucumbir. El sábado, dia 18, dia consagrado á la Santa Vírgen, al cual Fr. Ciriano tenia una gran devocion, el príncipe le condenó á ser descuartizado vivo y ordenó que su piel, rellenada de paja, fuese colocada en la puerta de Bab-Azun, sentencia tan atroz como injusta, pero ardientemente deseada por el siervo de Jesucristo. Levantando los ojos y manos al cielo, manifestó su gratitud á Dios derramando abundantes lágrimas, y con voz conmovida esclamó: « Demos gracias al Señor, que me ha elegido aunque siervo indigno: *Gratias agamus Domino Deo nostro, quia indignum servum me elegit.* » Viendo los que acababan de notificarle aquella sentencia terrible, que no tan solo no daba muestras de ningun sobresalto, sino que les acojia con magnánima firmeza y risueño semblante, trataron de modificar su resolucion por medio de palabras falaces y seductoras. « Si te quieres hacer mahometano, le dijeron, y abandonas tu idolatría para seguir nuestra ley, te prometemos librarte de la muerte y asegurarte un honroso destino. » Pero el santo religioso rechazó con horror aquella proposicion, y por el contrario, se esforzó en convertir á Jesucristo á los que se la hacian, hablándoles de la muerte eterna á que corrian siguiendo la falsa enseña de Mahoma.

Entretanto la sentencia habia sido proclamada en Argel, siendo recibida por el pueblo con grande aplauso. Cuando hubo llegado la hora de la ejecucion, el verdugo entró en la cárcel, quitó á Fr. Ciriano su hábito religioso, revistiólo por burla con una ancha camisa blanca y llevándole consigo sujeto á la cadena que pendia de la argolla que habian puesto al mártir, lo paseó por toda la ciudad, precedido de un trompetero grotescamente vestido quien á cada esquina decia á voz en grito: « El príncipe manda que este sacerdote cristiano sea descuartizado vivo, por haber servido de espía al rey de España y al príncipe de Couco, y por haber procurado la fuga de algunos esclavos cristianos de Argel. » Durante aquel tiempo, el valeroso soldado de Jesucristo, complacíase en la cruz que Dios le enviaba y espresaba los sentimientos que inundaban su alma cantando en alta voz el cántico: *Benedicite omnia opera Domini, Domino*, como lo hicieran en otro tiempo los tres niños en el horno. Por último, habiendo llegado el triste cortejo delante de la puerta de Bab-Azun, hicieron subir á Fr. Ciriano sobre un cerrito que allí habia á fin de que pudiese ser mejor visto de la multitud. Abrieron un agujero en el suelo en el que hundieron sus piés, atando fuertemente sus manos en dos postes, de modo que ofrecia la imágen de un crucifijo. Acercáronse cuatro verdugos navaja en mano; pero antes de destrozar la carne, intentaron perder el alma del mártir arrebatándole la fé (Pl. LXXXV, n.º 2). Armado con la gracia de Dios y tanto mas firme el alma cuanto mas postrado se hallaba el cuerpo: « Yo soy cristiano, dijo, y como tal no temo morir, sabiendo muy bien que la muerte me abrirá las puertas de la vida eterna, y que Jesucristo, que me dá aliento en esta hora suprema, dentro breves instantes me concederá la recompensa. Detesto y me causa horror vuestra falsa ley de Mahoma, porque es obra del demonio; ruego al soberano Señor del cielo y tierra que se digne arrancar el velo que cubre vuestros ojos tan obstinadamente cerrados á la luz, que os convierta á la fé y os haga entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion. » Prosiguió entonces el cántico comenzado, diciendo: « *Benedicite spiritus et animæ justorum domino.* » Apenas hubo terminado aquellas palabras, uno de los verdugos levantó su navaja y se puso á abrir la piel á partir del cuello y siguiendo á lo largo de las espaldas, y luego de una es-

palda á otra en forma de cruz. Enseguida los cuatro se apoderaron de la cabeza, en la que hicieron otra cruz, rayendo y arrancando cada uno por su lado, la piel del paciente religioso, quien, con gran sorpresa de la multitud, terminó el cántico en alta voz. Una vez quitada la piel de la cabeza, causaba menos horror contemplarlo en aquel diforme estado, que ver remover aquellos lábios y oir aquella voz, que, despues de haber acabado el cántico, repetia sin debilitarse: «Santa María, rogad por nosotros,» y proseguia la letanía de la Santísima Vírgen, mientras que los inhumanos verdugos desollaban el resto del cuerpo. La piel de la parte superior caia ya hasta el ombligo, reservado para el último tormento y que los verdugos arrancaron con violencia, cuando desataron á Fr. Ciriano. Aquel valerosísimo mártir, levantando la cabeza y la voz, esclamó: «Señor, encomiendo á vuestras manos mi espíritu,» y espiró. Al instante se desencadenó una furiosa tempestad que obligó á los moros á desbandarse precipitadamente, y en el terror que se apoderó de ellos, los mas esclamaban: «Verdaderamente este sacerdote debia ser un santo hombre y un servidor de Dios.» Los que habian ido á buscar leña para quemar el cuerpo, no pudieron acercarse á él por arrebatarles un violento torbellino. Únicamente Fr. Francisco Serra y otros dos cristianos pudieron llegar hasta las reliquias. Con el mas profundo respeto y en el colmo de la afliccion levantaron aquel cuerpo mutilado, le enterraron bañándole de lágrimas en el cementerio de los cristianos y en memoria del hecho, trazaron en una plancha de plomo un corto epitafio que relataba el nombre del mártir, el motivo de su martirio, la fecha y lugar de su muerte. Cuando hubo cesado la tempestad, volvieron los moros para formar la hoguera; pero no encontrando el cuerpo y creyendo que las aguas ó animales carnívoros se lo habian llevado, se contentaron con tomar la piel que llenaron de paja en forma de crucifijo y clavaron en la puerta de Bab-Azun. Pero un viento impetuosísimo que no tardó en declararse, arrancó aquellos restos del lugar en que habian sido fijados, y los fieles tuvieron la dicha de recojerlos, los conservaron y honraron como se merecian los preciosos despojos de un confesor de la fé.

Como discrepen algunos historiadores, sino en el fondo, en la forma del martirio de este famoso apóstol de Jesucristo, juzgamos conveniente continuar en este lugar lo que dice el cronista general de su órden (1), sobre el mismo asunto. «Entre los religiosos que por la confesion de la fé católica, en estos últimos tiempos derramaron su sangre, es digno de eterna memoria el bienaventurado, Fr. Francisco Ciriano, sacerdote natural de Cerdeña, de cuyo martirio aunque he visto algunas relaciones, por llegarme mas á lo que es sin sospecha, sigo una informacion jurídica, hecha á peticion mia, que es del tenor siguiente:

«Presentada una peticion por parte de Fr. Antonio Daza, comisario de corte y procurador general de la órden del seráfico S. Francisco, ante monseñor ilustrísimo D. Juan Garcia Millano, nuncio y colector general de Su Santidad en estos reinos, su señoría ilustrísima mandó que el dicho Fr. Antonio Daza, dé informacion de lo que ofrece, la cual cometió á mi su secretario, ó á Juan de Obregon, oficial mayor, y dada, se traiga para ver y proveer justicia. En Valladolid á veinte y nueve de marzo de mil seiscientos y seis años. Ante mi Francisco de Santander. — Y despues de lo susodicho, en la dicha ciudad de Valladolid á los dichos 29 de marzo del dicho año de 1606, el dicho Fr. Antonio Daza en nombre de la órden del padre S. Francisco, para la dicha informacion, presentó por testigo á Juan Andrés Sardo, natural de Cerdeña, estando al presente en esta corte, de edad cuarenta y cinco años, poco mas ó menos segun dijo, hombre alto, entrecano, y que nació en Caller, del dicho reino de Cerdeña. Y ha-

(1) Cuarta parte de la Crónica general de nuestro padre S. Francisco, y su apostólica órden, dedicada al rey D. Felipe III. Año 1611. Valladolid Lib. IV. pág. 256.

biendo jurado á Dios y á la señal de la cruz, en que puso su mano derecha conforme á derecho, prometió de decir verdad de lo que supiese; y siendo preguntado al tenor del pedimiento, dijo este testigo, que lo que sabe de lo contenido en el dicho pedimento, es, que estando cautivo en la ciudad de Argel mas de veinte y dos años, hará cuatro años y medio, poco mas ó menos, por el mes de febrero, que enviando el P. Fr. Mateo de Aguirre, á su compañero Fr. Francisco de la órden de S. Francisco, que no sabe el sobrenombre, mas de que era un fraile sacerdote de edad de treinta años, poco mas ó menos, barbicastaño, de mediana estatura, natural de la ciudad de Sasa en el reino de Cerdeña, y enviándole con un despacho al rey D. Felipe nuestro Señor, los moros que le llevaban le vendieron y engañaron, de manera, que en lugar de llevarle al puerto para embarcarle, le metieron la tierra á dentro de los turcos, á donde fué preso por los ministros del rey de Argel, y queriendo rescatarle, no quisieron, sino que entendiendo que era el dicho Fr. Mateo de Aguirre, le condenaron á muerte; y llevándole á ejecutar la sentencia en la ciudad de Argel, en la Aduana, que es el consejo, donde se determinó que le desollasen vivo, le metieron en un hoyo hasta la cintura Y este testigo vió como los moros y turcos, cuando le llevaban al martirio, le persuadian que renegase de nuestra santa fé católica, y que el dicho Fr. Francisco, persuadiendo y predicando la verdad de nuestra santa fé, decia que en ella habia nacido y en ella queria morir. Y viendo esto, trajeron un verdugo griego renegado, y sin orejas, que decia se las habian quitado los cristianos, y se lo habia de pagar el que tenia presente; y así vió este testigo como el dicho verdugo, con una navaja llegó á él que le tenian maniatado y metido en el dicho hoyo en tierra, y allí le dió una navajada desde la oreja hácia atrás, llegándole con ella hasta la cintura; y el dicho Fr. Francisco estaba con grandísima paciencia invocando el santísimo nombre de Jesus y de Nuestra Señora, y rezando Salmos. Prosiguió el verdugo desollándole con grandísima crueldad, y llegando á las manos, le cortaba el pellejo y las manos por las muñecas, y luego hacia lo mismo de los piés, y desollándole los cuartos delanteros, vió este testigo como llegando el verdugo desollando hasta la boca del estómago, dijo el dicho Fr. Francisco, con gran dolor, puestos los ojos al cielo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu: redemísteme señor Dios de la verdad. Con esto espiró y el verdugo le acabó de desollar, y tomando el pellejo, le hinchó de paja y puso encima del portal que llaman de Babazon, y el cuerpo y huesos echaron en el campo, á donde yéndolos á recoger este testigo con otros cristianos cautivos, no hallaron los dichos huesos, y supo que otros los habian cogido y enviado á tierra de cristianos. Todo lo cual sabe este testigo, por haberlo visto por sus ojos, y hallándose presente al dicho martirio, y haber conocido al dicho Fr. Francisco, por ser de una tierra, por lo cual sabe este testigo que es verdad todo lo contenido en el dicho pedimiento, y esta es la verdad, y lo que sabe de lo que ha sido preguntado se cargó del juramento que hizo, y en ello se ratificó, habiéndoselo leido y no lo firmó, porque dijo que no sabia firmar, é hizo esta † en lugar de firma, y se ratificó en presencia de Fr. José Vallejo y del dicho Fr. Antonio Daza, de la órden de S. Francisco. Pasó ante mí Francisco de Santander.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ÓRDENES DE SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO, HASTA EL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑIA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

NOTA.—Los grabados deberán mirar siempre las páginas designadas.

TOMO PRIMERO.

Nota. — Esta obra podrá encuadernarse en dos tomos, tal como la hemos publicado, ó en cuatro si así se prefiere, á cuyo efecto damos las correspondientes portadas impresas. (Véase la Advertencia al final de la pauta del tomo II.)